



Elementos Narrativos

en las primeras biografías de S. José de Calasanz (Tomo I)

José P. Burgués Sch. P.

EDICIONEScalasancias

José P. Burgués Sch. P.

**Elementos Narrativos
en las primeras biografías
de S. José de Calasanz
(Tomo I)**

 **EDICIONEScalasancias**
www.edicionescalasancias.org

Elementos Narrativos en las primeras biografías
de S. José de Calasanz (Tomo I)
Autor: José P. Burgués Sch. P.



Publicaciones ICCE
(Instituto Calasanz de Ciencias de la Educación)
Conde de Vilches, 4 - 28028 Madrid
www.icceciberaula.es

Reservados todos los derechos.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Blaseph Calasancius a Madre Dei Aragonensis
Clericor. Reg. Paup. M^{ris}. Dei Scholarum Piarum
Fundator, et Praepositus Generalis.
Obiit Romae die 25^{ta} Aug. An^{no} 1642. aetatis 69.

Z. B. Sculp.

Índice

Presentación	7
Introducción	9
Esquema	15
Núcleo Narrativo 1. Infancia y antecedentes familiares (1567-1571)	55
Núcleo narrativo 2. Estudios universitarios y servicios antes de su ordenación sacerdotal (1571-1583)	93
Núcleo narrativo 3. Servicios sacerdotales de Calasanz en España (1583-1592)	143
Núcleo narrativo 4. Primeros años de Calasanz en Roma (1592-1597)	227
Núcleo narrativo 5. Origen de las Escuelas Pías, y desarrollo hasta la erección de la Congregación Paulina (1597-1617)	287
Núcleo narrativo 6. Congregación y Orden de las Escuelas Pías. Expansión (1617-1642)	389
Núcleo narrativo 7. Años de prueba y muerte (1642-48)	465
Núcleo narrativo 8. Virtudes de Calasanz	599
Núcleo narrativo 9. Calasanz predecía el futuro	713
Núcleo narrativo 10. Gracias obtenidas por medio de Calasanz, antes y después de su muerte	743
Núcleo narrativo 11. Fama de santidad	805
Núcleo narrativo 12. Restauración de la Orden	813
Apéndice. Frases atribuidas a Calasanz en estas primeras Vidas	821
Epílogo	847

Presentación

Acercarse a Calasanz

El libro que tienes en tus manos, quizá uno de los estudios más minuciosos elaborado por el P. José Pascual Burgués en su calidad de Historiador de la Orden y Archivero General es, simultáneamente, un instrumento de trabajo y una exhaustiva presentación de las primeras biografías de Nuestro Santo Padre San José de Calasanz.

A lo largo de los dos primeros siglos de la vida de nuestra Orden, numerosos escolapios se acercaron a la vida de Calasanz, con el deseo de ayudar a los lectores a conocer -cada vez mejor- el recorrido vital del fundador de la educación popular cristiana. La mayor parte de esas biografías son hoy desconocidas por el conjunto de los escolapios, que nos alimentamos de las más recientemente publicadas.

Pero todas esas biografías son un tesoro, un auténtico tesoro hagiográfico, que nos permiten comprender más de cerca el significado histórico de la paternidad de Calasanz sobre sus Escuelas Pías a lo largo de la historia.

En ese sentido, el trabajo del P. Burgués constituye una formidable aportación para que posteriores estudiosos puedan profundizar, de modo diverso, en la vida de Calasanz y en el modo en el que nuestro santo fue percibido por sus hijos a lo largo de los años.

El P. Burgués ha elegido doce núcleos narrativos diferentes, y en torno a ellos ha agrupado varios cientos de acontecimientos y experiencias vividas por Calasanz y reflejadas en las diversas biografías. De este modo, podemos leer el libro desde varios puntos de vista, siendo el fruto de todos ellos un estudio exhaustivo y completo de los textos biográficos calasancios.

La obra se presenta en tres tomos, constituyendo el primero el estudio propiamente dicho, y los otros dos la recopilación de las diversas biografías, que ven la luz por primera vez después de muchos años de estar escritas y archivadas.

Os animo a acercaros a esta obra con “espíritu de trabajo” y “ánimo de estudiar”, pues no estamos delante de una serie de narraciones, sino de un estudio completo y detallado sobre las diversas vidas de Calasanz. Lo presentamos al conjunto de las Escuelas Pías con el deseo de que contribuya a un mejor conocimiento del fundador y, sobre todo, a un mejor desarrollo de los estudios sobre él.

Una vez más, mi agradecimiento al P. José Pascual por su trabajo, su dedicación y su amor por Calasanz y sus Escuelas Pías.

¡Ánimo y al trabajo!

P. Pedro Aguado Sch. P.
Padre General

Roma, a 5 de marzo de 2022

Introducción

¿Qué es más importante en la vida de una persona? ¿Lo que un documento prueba (José y los bandoleros de Urgel; el conflicto de los hermanos reclamantes), o lo que la persona cuenta más tarde, y decora tal vez un poco, porque lo tiene por importante y útil como ejemplo para los jóvenes?

¿Qué es más importante, lo que una persona ha hecho, o lo que las personas recuerdan de ella y sus acciones, tal vez embelleciéndolas un poco?

Creo que no debemos dejar de lado lo que no está documentalmente probado, la tradición oral, que es portadora de la estela espiritual dejada por un personaje. Y esa estela aparece claramente en las primeras vidas de Calasanz, aunque los autores “serios” han tratado luego de relativizarla e incluso eliminarla como “no histórica”. Habría que discutir sobre una noción de historia más amplia...

En el pueblo tienen más fuerza los “relatos”, y más aún si tienen algo de extraordinario, que las “historias” documentadas. Llegan a la imaginación de las personas, un arma más potente para la acción que el conocimiento científico.

¿Quién es más real, el José de la historia o el de los relatos de quienes le conocieron, y que se ha fijado de manera indeleble en la memoria colectiva? Algunos acontecimientos de suma importancia en la historia de la Orden no son mencionados en las primeras biografías de Calasanz. El P. Giuseppe Del Buono, entonces Vicario General de la Orden, escribe en su Diario el 10 de noviembre de 1926: *“Importante conversación con el P. Picanyol sobre los acontecimientos de nuestra Orden en sus inicios, sobre la cuestión de los hermanos ope-*

rarios, y como ya en 1633 los bien pensantes (P. Spinola, P. Castelli...) vieron que nuestra Orden se encaminaba hacia la disgregación, a la ruina. La destrucción, aunque dolorosa, decretada por Inocencio X, fue ciertamente un hecho providencial que salvó verdaderamente a la Orden, abriendo la puerta a los malos y a los que no tenían vocación...". Tal como lo escribe, da la impresión de que esta historia sonaba a nuevo al P. Del Buono. Cuando el P. Calasanz Bau presenta su Biografía Crítica de Calasanz, el P. Tomek, General, nombra dos censores para que la revisen. Uno de ellos es el P. Valentín Caballero. En su juicio indica que la obra no contiene nada contra la fe y la moral, aunque presenta algunos hechos que pueden escandalizar a los simples (como que era hijo de un herrero, o los conflictos con los hermanos operarios)¹. Estamos en pleno siglo XX, ante una de las más importantes biografías sobre Calasanz.

El objetivo de esta obra es más literario que histórico. Pretendo identificar los elementos narrativos que aparecen en las 17 biografías de Calasanz (manuscritas o impresas; de ellas 13 en italiano, 2 en latín y dos en español) que tenemos en nuestro Archivo General y en la Biblioteca Escolapia de San Pantaleo, datadas desde los primeros días tras la muerte del Santo hasta principios del siglo XVIII. Puede que existan otras fuera de nuestro alcance, pero no es probable que contengan muchos elementos nuevos.

Considero “elementos narrativos” las unidades de información sobre la vida, hechos, cualidades, milagros etc. de la vida de Calasanz. Identifico en mi estudio algo más de 700. Algunos más breves, otros más largos. Puede que alguien piense que son demasiados, o demasiado pocos. Dejo de lado las reflexiones espirituales o morales que algunos autores introducen por su cuenta. Como digo en la presentación del “Proceso informativo”, de esta amplia obra no tengo en cuenta las numerosas repeticiones que aparecen en las declaraciones de los diversos testigos; algunas las citaré solamente en forma resumida. Para facilitar el estudio, agruparé los **elementos narrativos** en **núcleos narrativos**, tal como se presentan generalmente en las diferentes biografías. Estos son los núcleos establecidos:

1 AGSP Fondo Tomek, Prot. 1106/49.

1. Infancia y antecedentes familiares (1567-1571)
2. Estudios universitarios y servicios antes de su ordenación sacerdotal (1571-1583)
3. Servicios sacerdotales de Calasanz en España (1583-1592)
4. Primeros años de Calasanz en Roma (1592-1597)
5. Origen de las Escuelas Pías, y desarrollo hasta la erección de la Congregación Paulina (1597-1617)
6. Congregación y Orden de las Escuelas Pías. Expansión (1617-1642)
7. Años de prueba y muerte (1642-48)
8. Virtudes de Calasanz
9. Calasanz predecía el futuro
10. Gracias obtenidas por medio de Calasanz, antes y después de su muerte.
11. Fama de santidad
12. Restauración de la Orden

Partiremos, como referencia inicial, de los núcleos y elementos de la *Breve Noticia* del P. Catalucci. Los núcleos tienen numeración romana, como se ve más arriba. A los elementos, daremos una referencia en letras mayúsculas, a recomenzar en cada núcleo. He elegido las versiones en español porque son las más completas: dos de ellas (los números 3 y 10) solo existen en esta lengua; las demás las he traducido o revisado yo mismo. En las declaraciones del proceso, tras el número 4 escribiré entre paréntesis el número del testigo. Así 4 significa lo que el Procurador Berro quiere demostrar; 4(3) es lo que el testigo 3 del proceso declara con respecto a un determinado hecho o cualidad.

La lista de las vidas estudiadas, con su correspondiente numeración, es la siguiente:

1. Breve Noticia, 1648
2. Teatro glorioso, 1648
3. Oración fúnebre P. Jacinto OD, 1648
4. Proceso informativo 1650-53
5. P. V. Berro, 1664
6. P. J.F. Bischetti, 1664

7. P. P. Mussesti 1663-65
8. Anónima RC 80 1
9. Anónima RC 80 2
10. P. E. Soto Real 1675
11. P. C. Chiara, 1678
12. P. F. Maggi CR, 1680
13. P. G. Bianchi, 1681
14. P. D. Marchesi OP, 1685
15. P. A. Armini, 1693
16. P. E. Orlandi, 1700 (1712)
17. P. E. Bartlik, 1702

El resultado de este estudio nos mostrará qué era lo importante, lo digno de ser contado sobre Calasanz para los escolapios de las primeras generaciones. Cuáles eran entonces los elementos más impactantes de su vida, según el número de veces que aparecen. Veremos que hay contradicciones, mala información en algunos casos. Pero no pretendemos establecer la historicidad de los hechos narrados. Ya se han ocupado de ello historiadores como Bau y Giner. Quizás no lleguemos a conocer a Calasanz mejor que ya lo conocemos, pero sí conoceremos cómo le veían los autores que escribieron sus primeras biografías. Y de este modo recobremos algo de la primera tradición calasancia. Que, sin duda, puede sernos útil para aumentar nuestra devoción al Padre Fundador. Dejo al lector establecer sus propias conclusiones sobre la importancia de los diversos elementos narrativos. El lector podrá elegir entre considerar un elemento o un núcleo narrativo (y para ello le será útil este tomo I), o leer toda la Vida escrita por un determinado autor, en español (tomo III), o en el original italiano o latino (tomo II).

Quiero señalar que ya en 2010 publiqué un artículo en *Archivum Scholarum Piarum* (nº 68, pp. 45-143) titulado “La crítica narrativa como instrumento para conocer mejor a Calasanz”, en el que trataba de las unidades narrativas en siete de las primeras biografías de Calasanz (Breve Noticia, Teatro Glorioso, Berro, Bischetti, Mussesti, Chiara y Soto Real). En aquel trabajo me propuse estudiar unas narraciones concretas. El objetivo del actual es diferente, y más

amplio, pues además de esas siete Vidas añado otras diez. Además, pretendo anotar todos los elementos narrativos, estableciendo una especie de “hilo narrativo” que recoja todas las aportaciones de las 17 Vidas. Hilo que parece en el siguiente esquema, establecido, como he dicho más arriba, a partir de la *Breve Noticia* de Catalucci. Ni que decir tiene que se trata de un estudio subjetivo, aunque he pretendido la mayor objetividad posible. Releyendo las vidas habrá quien piense que he omitido elementos narrativos importantes. Y, cómo no, tratándose de tantos datos, no puedo excluir errores propios involuntarios, tanto en la transcripción como en la traducción y en la elaboración. A pesar de todo, creo que este trabajo puede ser útil a los estudiosos de Calasanz.

Esquema

- I. Infancia y antecedentes familiares (1567-1571)
 - A) *El P. José de la Madre de Dios, fundador de la Religión de los Clérigos Regulares de las Escuelas Pías, fue de patria española. (Su nacimiento fue en 1556, o en 1558).*
 - Lugar
 - En Peralta de la Sal (2, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Reino de Aragón (4, 5, 6, 8, 10, 11, 12, 13, 15, 17)
 - En los confines de Aragón y Cataluña (2, 7, 10, 11)
 - Lugar reclamado por haber sido separado del Reino de Cataluña por el Rey Jaime el Conquistador (8, 9)
 - Diócesis de Urgel (4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 13, 14, 15, 16)
 - Provincia [eclesiástica] de Tarragona (5, 7, 8, 9, 11, 14)
 - B) *Nació de legítimo matrimonio, hijo séptimo del Sr. Pedro Calasanz y María Gastón, familias nobilísimas y temerosas de Dios, y como tal lo educaron.*
 - Padres y parientes. Nobleza
 - Pedro Calasanz y María Gastón (2, 4.3, 4.9, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 12, 13, 15, 16, 17)
 - Séptimo hijo (5, 7, 8, 9, 11, 12, 14)
 - Nobleza de los padres (2, 4.3, 4.9, 6, 7, 9, 10, 11, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Parientes famosos (5, 8, 9, 10, 11, 12, 13)

- Cualidades de José de Calasanz niño
 - Señales de santidad desde la infancia (4)
 - Temeroso de Dios (4.3, 12)
 - Devoción a la Virgen (16)
 - Bondad insólita (17)
 - Bondad de costumbres (11)
 - Ánimo recto y puro (11)
 - Palabras modestas (10, 11)
 - Abundancia de la gracias divina (11)
 - Frutos de virtud en costumbres y doctrina (2, 7)
 - Natural bien formado, bello, proporcionado, señorial, vivo de ingenio, rica memoria (14)
 - Modesto, humilde, obediente a padres y maestros (10, 11, 13, 14, 16)
 - Rehuía los pasatiempos y el ocio, y cuánto se aplicaba a la escuela y a la oración (14)
 - Gravedad senil en el hablar (13)
 - Aborrecía los juegos (15, 16)
 - No comenzaba ninguna obra sin antes hacer oración (4.9, 7, 11, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Modestia y silencio en los juegos (10, 17)
 - Amor a Dios y odio al diablo (12, 15)
 - Aborrecimiento al pecado (16)
 - Disposición y facilidad para la oración (15)
 - Ansioso por las cosas del cielo, dedicado a la oración (16)
 - Jugaba acomodando alguna imagen devota en su altarcito (16)
 - Devoción muy especial a la gran Madre de Dios Nuestra Señora (16)
 - Firme devoción del santo rosario desde los primeros años (4.26, 15, 16)
 - Devoción a San José (16)
 - Madurez superior a los años (16)

- Raro ingenio (6, 13, 15, 16)
- Se atraía el amor de todos (16)
- Le llamaban el santito (4,9, 7, 11, 12, 13, 14, 15 16, 17)
- Circunspecto en el trato con otros y al hablar (7, 11, 14, 15, 16)
- Virginal candor (no permitía que su madre lo viera desnudo) (7, 11, 13, 14)
- Frecuentaba la Penitencia y la Comunión (14)
- Primeros estudios
 - Sus padres le educaron en el temor de Dios y virtuosamente (8, 14, 15, 16)
 - Lo educaron sus padres con particular precisión (16)
 - Apartándolo de malas influencias (16)
 - Buenos maestros, virtuosos y doctos, de gramática (7, 11, 14, 16).
 - Lo enviaron a la escuela de Peralta a estudiar gramática, poesía y retórica (3, 6, 7, 11, 12, 14, 16, 17)
 - Estudió en Estadilla con Francisco de Ager (4,9)
 - Su madre apoya sus motivos para estudiar (7, 11).
 - Aprendió rápidamente los primeros rudimentos de la fe cristiana (7)
 - D. José Marqués, párroco de Perpiñán, su compañero de estudios de gramática (11).
 - Llevaba a sus compañeros a la adquisición de las virtudes (2, 4.3, 7, 10, 12, 13, 14)
 - Comenzó a mortificarse con ayunos, durmiendo sobre tablas (14)
- C) *Llegó a tal punto que en compañía de otro compañero andaba fuera de su tierra para matar al demonio por ser enemigo de ellos. Esa simplicidad nacía de la buena educación y del deseo del honor de Dios.*
- El demonio en un árbol
 - Desafío al demonio (2, 3, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)

- A los cinco años de edad (13)
 - Unos seis años (17)
 - Con un compañero, armado de un cuchillo (3, 11, 12, 15, 16, 17)
 - José Marqués (5, 11 ?) José Metiches (7) José Moriches (9), José Moschies (12, 14) José Mosches (16), José Moschier (17)
 - En un olivar (3, 5, 7, 9, 14, 17)
 - el demonio le derribó de un árbol rompiendo una rama (3, 12, 14, 15, 16, 17; 5. 8, 9, 11, 13: higuera)
 - El demonio en forma de etíope (17)
 - Por matar al diablo, enemigo de nuestro bien, no le importaba ayunar hasta muy tarde (9)
 - Su padre fue a buscarlo (13)
 - El demonio intentó ahogarlo; le salvaba la Virgen (10, 13, 14)
- D) *Su blasón de armas era un perro que lleva una bolsa de dinero en la boca, lo que representa la fidelidad de Beltrán de Calasanz por el servicio hecho al Rey Jaime llamado el Conquistador, pues él había ido con 60 hombres de armas pagados a propias expensas en ayuda suya contra el Conde de Urgel, que había ofendido con palabras y actos inconvenientes a la Real Majestad.*
- Blasón, antepasados
 - Antepasados Claras Valles (10)
 - Antepasado Jimeno Calasanz (15)
 - Antepasado Beltrán de Calasanz (3, 4.9, 5, 6, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14; Bernardo (4.3)
 - Antepasado Jimeno Fortuñón (17)
 - Escudo de armas (3, 4.3, 5, 6, 8, 9, 10, 11, 13, 14, 17)
- E) *Nació (el día en que pasó a mejor)² vida san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.*

- Fecha
 - Les nació este hijo el 3 o el 4 de septiembre de 1556, o 1558 según dicen otros (5)
 - El 11 de diciembre de 1556 durante el pontificado de Paulo IV (7)
 - Nació en 1556, si bien otros dicen que en 1558 (8).
 - Nació el día once de septiembre del año 1556 (12, 13, 14, 15, 16)
 - En septiembre (17)
 - En la octava del nacimiento de la Virgen (11, 12, 13, 15, 16)
 - El día de su nacimiento fue el 11, lo cual fue un felicísimo augurio, como se ve en el obrero que fue llamado a la viña a la hora undécima. Naciendo en una fecha tan próxima a la de la Reina de los Cielos, estaba inclinado a tener gran familiaridad con ella en el futuro, como mostrarán los hechos (17).
 - En 1556 (4, 10, 11, 17).
 - En el tiempo en el que murió S. Ignacio Loyola, fundador de la Compañía de Jesús (8, 9, 13, 16, 17)
 - Bautizo
 - 11 de septiembre de 1556 (5, 8, 9).
 - Fue bautizado, educado piadosamente por sus padres, y confirmado en su momento (4).
 - Nombre
 - José (5, 14).
 - Significado: “aumento”, “crecimiento” (10, 11, 13, 15)
 - Como al José del AT (10, 14, 17)
 - Como el esposo de la Virgen (10)
- II. Estudios universitarios y servicios hasta su ordenación sacerdotal (1571-1583)
- A) *Después de haber estudiado Gramática y Retórica con mucho aprovechamiento en versos y en prosa, fue enviado a las Universidades de Lérida, Valencia y Alcalá, y se doctoró en Sagrada Teología, Leyes civil y canónica.*

- Planes de su padre
 - Su padre quería dedicarlo al ejército (5, 7, 8, 9, 11, 12, 14, 16)
 - Salió a escondidas de su casa, “como huyendo” (5, 7, 12)
 - Mientras estudiaba en Alcalá, murió su hermano Pedro, hacia 1579 (15, 16)
 - Su padre quería casarlo (10, 13, 15, 16, 17)
 - José da largas al plan (13, 15, 16)
 - Vistió de clérigo, recibiendo la primera tonsura en 1575 por el Obispo de Urgel Dimas Loris (5, 8, 9, 11, 12, 14, 17)
 - Su padre le permitió seguir estudiando (11, 16)
- Universidades
 - Lo enviaron sus padres a los Estudios de Lérida, Valencia, Salamanca y Alcalá de Henares (6, 14, 16)
 - En las más famosas universidades de España en aquel tiempo (2)
 - Fue a estudiar a Lérida (7, 15)
 - Estudió en Lérida, Valencia y Alcalá de Henares (3, 5, 8, 9, 11, 13)
 - Estudió en Perpiñán, Valencia y Alcalá (4, 10, 14)
 - Estudió en Lérida, Perpiñán, Valencia y Alcalá (12)
 - Estudió en Lérida y Valencia (15)
 - Estudió en Lérida, Perpiñán, Valencia (17)
 - Estudió teología en Alcalá (16)
 - Estudió en un colegio importante, ¿Salamanca? filosofía y teología (4.26)
 - Se graduó en filosofía, teología y derecho civil y canónico (3, 10, 14)
 - Magisterio (doctorado) en teología y derecho civil y canónico (4, 5, 6, 8, 9, 11, 13, 15, 16)
 - Condiscípulo de Báñez y Medina (10, 13)
- Cualidades y modo de vida
 - Distribuía el tiempo en estudio y oración (2, 6, 14).

- En Lérida ayudaba a Mateo García (4,9, 7, 11, 12, 14, 15, 16, 17)
- Mateo lo confesó al Señor D. Miguel Ximénez, Canónigo de Lérida, quien lo depuso en su Proceso (14).
- En Lérida le eligieron “prior», “rector”, “príncipe” de los aragoneses (4,9, 7, 11, 12, 13,14, 15, 16, 17)
- Habilidad para restablecer la paz (13)
- Retrato de virtudes morales (16)
- Oración, mortificaciones (7, 11, 13, 14)
- Pasaba toda la noche en el estudio, o en la oración (14)
- Humilde, afable, benigno (11, 14)
- Caridad, visitaba hospitales (14)
- Vida retirada (13)
- Humilde, ocultaba sus virtudes (14)
- Vivía con cautela y cuidado para no pecar (7, 14)
- Mantener el candor de su virginidad (14)
- Confianza en Dios y práctica de las devociones (7, 14)
- Confesión y comunión frecuentes (7, 13)
- Sacó a muchos del vicio (7, 12)
- Atraía a sus compañeros a los sacramentos (11, 14, 15, 16)
- No buscaba honores, sino la unión con Dios (11)

B) *Le ocurrió ser buscado para desempeñar el oficio de secretario de una nobilísima señora, la cual, observando su modestia y costumbres, se le aficionó de tal manera que, habiendo ocupado a sus criadas en otros quehaceres, quedó sola en la alcoba y llamó a nuestro Calasanz, al cual manifestó sus lascivos deseos. A guisa del otro José de Egipto huyó de aquella casa en busca de su confesor, y allí determinó no querer en adelante entrar más en la casa de aquella señora, como lo hizo.*

- Tentación
 - Secretario de una dama de Valencia (2, 3, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Una señora casada le tentó (5)

- La dama era viuda, pero no vieja (14)
 - Una dama de Barbastro (13)
 - Que le tentó (2, 3, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Pero él huyó de la casa y la ciudad (2, 3, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Volvió a Peralta (3, 7, 11, 12, 13, 14, 17)
 - Fue a Alcalá de Henares a continuar sus estudios (15, 16)
 - Siendo ya anciano contó a algunos de los suyos su secreto, exhortándoles vehementemente para que en cualquier ocasión que se les presentara, huyeran rápidamente de ella. (12)
 - Imitó a José, huyendo de la esposa de Putifar (10, 11, 14, 15, 17)
- C) *(Volvió a la patria donde) (Antes de regresar)³ Se enfermó después gravemente y con hacer voto de hacerse sacerdote de pronto recobró la salud.*
- Enfermedad y voto
 - Actividades piadosas (7, 13 14)
 - Enfermedad en Peralta (3, 4, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Enfermo en la universidad (5, 6)
 - Voto (3, 4, 4.3, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Curación (3, 5, 6, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Cumple el voto (4, 14)
- D) *Vuelto a su patria se ordenó de Menores, y después del sagrado Orden del Subdiaconado.*
- Ordenaciones
 - Órdenes menores Pedro Frago, de Huesca, 1582 (4, 5, 8, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Subdiaconado Pedro Frago, de Huesca, 1582 (4, 5, 8, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)

3 Estas dos frases están tachadas.

- Diaconado Gaspar de la Figuera, de Jaca, 1582 (4, 5, 8, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
- Sacerdocio H. A. de Moncada, de Urgel, 1583 (4, 5, 8, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
- Vida tras la ordenación
 - Se esforzó por ser mejor (3, 6, 10, 11, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Más oración (11, 16)
 - Mortificaciones (3, 11, 16)
 - Al servicio de la gente (11, 16)
 - Renunció a pasar al servicio de cortes en España (14)
 - Pensaba permanecer en Peralta (16)

E) *Siendo de edad de 22 años fue elegido para ayudante de estudio por aquel gran literato e insigne prelado Obispo de Barbastro del cual fueron discípulos Báñez y Medina, que son de los primeros doctores de Salamanca. Estuvo junto a este prelado hasta la edad de 25 años.*

- Al servicio de un obispo
 - El obispo de Jaca, Gaspar Juan de la Figuera profesor de Báñez y Medina (2, 6, 15, 16, 17)
 - El obispo de Jaca, Balbator, profesor de Báñez y Medina (10)
 - El obispo de Barbastro, Gaspar Juan de la Figuera, profesor de Báñez y Medina (5, 7, 8, 9, 11, 12, 13, 14)
 - Secretario en el Cap. General de los PP. Agustinos Descalzos de España (11)

III. Servicios sacerdotales de Calasanz en España (1583-1592)

A) *Inmediatamente después de ser ordenado sacerdote fue elegido como confesor por el obispo de Lérida. Siendo dicho Prelado Visitador de la santa casa de Montserrat, ayudó a dicho Obispo en dicha Visita por espacio de seis meses con diversos cargos, y particularmente como secretario de la Visita. Quería siempre estar retirado y se hospedaba en una habitación desde la cual con gran gusto espiritual suyo oía la misa que en una capilla de enfrente se cantaba todos los días al alba.*

- Al servicio del Obispo de Lérida
 - Confesor y teólogo, examinador, visitador, secretario, oficial y otros cargos de varios obispos (4, 4.3)
 - Confesor, teólogo, examinador del Obispo de Lérida (2, 3, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12,13, 14, 15, 16)
 - Teólogo, consejero y examinador del Andrés Capilla⁴, obispo de Lérida (17)
 - El obispo de Lérida le nombra oficial de Tremp (12, 13)
- Visita a Monserrat
 - Visita a Monserrat, como secretario del obispo de Lérida (2, 3, 4.9, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Habitación junto a la capilla (5, 8, 9, 11, 15, 17)
- B) *Murió el Obispo de Lérida en esta Visita, y fue enviada la patente de Visitador al obispo propuesto antes al Rey por el Residente y por nuestro Calasanz, que fue luego comisionado para comunicar la nueva al dicho Obispo.*
 - Fin de la visita
 - El obispo de Vic le pide que siga como secretario de la visita (3, 5, 8, 9, 11, 15, 16)
 - Vuelta a Peralta. Muerte de su padre (3, 5, 7, 11, 13, 15, 16, 17)
- C) *Después de esta función, monseñor Hugo Ambrosio de Mendoza, antes camaldulense en el sacro yermo de Toscana y luego Obispo de Urgel, y que era hermano del Virrey de Cataluña, eligió a nuestro Calasanz como Vicario suyo en Tremp, y juez supremo en lo civil y lo criminal en todo el territorio que comprendía 60 castillos.*
 - Oficial de Tremp y Vicario General
 - Rector de Ortoneda (15, 16, 17)
 - Vicario General de Urgel (2, 3, 4.9, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 17)

4 Andrés Capilla no fue obispo de Lérida. Lo fue de Urgel de 1588 a 1609. Gaspar Juan de la Figuera fue obispo de Lérida (después de serlo de Jaca y Albarracín) de 1585 a 1586, año en que murió, en Monserrat.

- D) *En este oficio se portó egregiamente, disponiendo que el clero viviese con mucha observancia y no acudiese a convites de personas seglares, sino que honestamente se recreasen juntos los eclesiásticos, y apaciguaba sus discordias con suma prudencia.*
- Medidas tomadas
 - Oficial de Tremp (3, 5, 6, 8, 9, 11, 13, 15, 16)
- E) *Andando de visita por los montes Pirineos encontró al clero bastante desarreglado, por lo que hizo y puso en práctica muchas excelentes ordenanzas, e impuso la pena de excomunión a los vicarios foráneos si no denunciaban a los que no las observaran, por lo que se sublevó el pueblo y el clero hasta quererlo matar. Pero visto que todo resultaba a mayor gloria de Dios se calmaron, y como prueba le fue regalada por aquella comunidad una gran cantidad de quesos, dándole las gracias y confesando que hasta aquel momento no habían conocido su propio bien ni qué era la dignidad sacerdotal.*
- Visitador diocesano
 - Visita en los Pirineos (2, 3, 5, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Algunos deciden matarlo (3, 6, 7, 8, 9, 11, 12, 13, 14)
 - El asno y la barca
 - Episodio del asno en el lodazal, y de la barca (5, 11, 12, 13, 15 16)
 - Tras la visita vuelve a Peralta (14)
- F) *Estaba para casarse una jovencita noble, la cual fue raptada a causa de su belleza por una persona poderosa, quien salió al campo. Por el estrépito que la cosa hacía en la corte del Rey, y se seguían de ello muchos desórdenes, se le rogó al Obispo que pusiera algún remedio al caso, y para ello fue elegido nuestro Calasanz, el cual con toda diligencia y solicitud montó a caballo, no obstante la abundancia de nieve, y con la autoridad que le había dado, lo puso todo en paz, siendo restituida la esposa que debía casarse con aquel caballero de su condición, con mucho gusto de todos los que eran conocedores del caso.*

- La joven raptada en Barcelona
 - Rapto y arreglo (2, 3, 4.3, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
- G) *Estableció una cofradía que dota para el matrimonio todos los años a muchas jóvenes.*
 - Cofradía para dotar jóvenes casaderas
 - Cofradía para casar doncellas (3, 5, 6, 7, 8, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 17)
- H) *Con sus bienes fundó un montepío de trigo de considerable importancia, para que de él se hiciera limosna a los pobres en los meses de enero y febrero, y dejó a cargo del mismo al párroco de Tremp, y que el vicario del Sr. Obispo revisase cada año todo, asignando tanto al párroco como al vicario la porción correspondiente. Y él partió para Roma.*
 - Monte de piedad de grano para los pobres
 - (2, 3, 4, 4.3, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 16, 17)
 - Llamada para ir a Roma
 - (4.22, 5, 6, 7, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)

IV. Primeros años de Calasanz en Roma (1592-1597)

- A) *Llegado a Roma, iba con mucho gusto suyo y devoción a visitar los santuarios de la ciudad santa.*
 - Llegada a Roma
 - En 1592 (4, 7, 12, 15, 16)
 - En 1590 (5, 11, 13)
 - Actividades piadosas y caritativas
 - Visita primero Loreto (10, 13, 17)
 - Visita a los santuarios de Roma (3, 5, 7, 8, 9, 10, 11, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Se entrega a ejercicios espirituales y mortificaciones (2, 7, 11, 15)
 - Oración y obras de misericordia (7, 10)
 - Visitas a hospitales y cárceles (5, 8, 9, 16)

- Enseñaba la doctrina cristiana (4.3, 5, 8, 9, 11)
 - Casó doncellas (10)
 - Alimentó y ayudó a pobres y viudas (4.3, 10, 15)
 - Renunció a una canonjía en Barbastro (15, 16, 17)
- B) *Fue conocida su bondad del Eminentísimo Cardenal Antonio Colonna, quien lo tomó en su corte como teólogo suyo y como padre espiritual de toda la casa. Y era tanta la estima en que le tenía que ordeno a su sobrino el príncipe que no saliera nunca de casa sin pedir la bendición del P. José de Calasanz.*
- En el Palacio Colonna
 - Teólogo del Cardenal (2, 3, 4.3, 4.9, 4.17, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Lo había conocido en España (4.9, 12, 13, 14, 16)
 - Padre espiritual de la corte (2, 3, 5, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Tutor del sobrino (2, 3, 5, 6, 7, 8, 9, 12, 14, 17)
 - Tutor de sus dos sobrinos (10, 13, 15, 16)
 - Considerado un santo en la casa (4.3, 16)
 - Habitación contigua a los Santos Apóstoles (7, 11, 12, 14, 17)
 - Relación con los Franc. Conventuales (Larino, Bagnacavallo) (12, 14, 17)
 - Iba a la iglesia de Monserrat (17)
 - Ayunaba a pan y agua (5, 17)
 - Oración y actos de caridad (16)
 - Peregrinaciones: Montecasino, Loreto, Asís (15, 16, 17)
 - Visiones de S. Francisco en Asís (16)
 - Problema con un canónigo español (8, 9, 17)
- C) *En este tiempo, para estar siempre bien ocupado, quiso ser agregado a la Cofradía de los Santos Apóstoles. Visitaba a todos los enfermos, no sólo de los barrios que le estaban asignados, sino también de otros, cuando algún cofrade estaba impedido. Y además de los oficios que tenía en dicha corte, se ejercitaba en toda obra de piedad, visitando*

prisiones y hospitales, ayudándoles en toda necesidad con caridad grandísima.

- Cofradía de los Santos Apóstoles y otras
 - Entre los fundadores de la cofradía (2, 3, 4, 4.3, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Sustento para los pobres de dos parroquias en enero y febrero (en Ortoneda, en realidad: monte de trigo) (13)
 - Cofradía del Refugio (o Sufragio) (2, 4.3, 4.26, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 14, 15, 16)
 - Cofradía de la Trinidad de los Peregrinos (4.26, 15, 16)
- D) *Fue de los primeros en inscribirse en la Cofradía de las Sagradas Llagas, en la que se hacían muchos ejercicios especiales y mortificaciones.*
 - Cofradía de las Llagas
 - Entre los fundadores de la cofradía (2, 3, 4, 4.3, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
- E) *Enseñaba en las fiestas la Doctrina Cristiana, de la cual fue muchas veces visitador, y elegido luego Prefecto no quiso aceptarlo, excusándose razonablemente con el Eminentísimo Cardenal de Médicis, que luego fue León XI.*
 - Cofradía de la Doctrina Cristiana
 - Miembro y Prefecto de la cofradía (3, 4.3, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Con Cosme Vanucci (5, 11, 12, 14)
- F) *Era muy asiduo a visitar las siete iglesias de Roma.*
 - Las siete iglesias
 - Visita a las siete iglesias (4, 4.20, 5, 6, 7, 8, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
- G) *A menudo sucedió que personas poseídas se sentían impedidas de entrar en la capilla de la Columna de Santa Práxedes y en otros lugares de devoción. Estando él presente en estos lugares se movía a compasión, e imponiendo su mano sobre la cabeza de los aquejados, les mandaba que entrasen sin*

hacer ruido, y era obedecido, de modo que podían asistir a misa, confesarse y comulgar sin impedimento alguno. Y esto decía él ser efecto de la misa que había dicho poco antes, como solía todas las mañanas.

- Endemoniados
 - Santa Práxedes (3, 4.3, 5, 8, 9, 11, 12, 14, 15, 16)
- H) *Atendía a consolar a los enfermos y pobres no sólo con las limosnas que les distribuía, sino también amaestrando a ignorantes y pecadores, enseñándoles la vía de la salvación y el modo de hacer oración para mantenerse en gracia de Dios y aprovecharse, en lo cual hizo gran provecho.*
- Hospitales y cárceles
 - Visitaba hospitales y cárceles (3, 4, 4.3, 4.20, 5, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Obras de misericordia espirituales y corporales (14)
- I) *Además de los ejercicios y oficios mencionados, ayunaba casi diariamente a pan y agua, llevaba sobre la carne desnuda cilicios y cadenas de hierro trenzado, y en particular en la iglesia de los Santos Apóstoles solía todos los días retirarse, postrado en tierra delante del Santísimo Sacramento, y considerando la gloria de Dios y la propia vileza, pedía a su Divina Majestad le concediese sentimientos interiores para conocer la vanidad de todas las cosas del mundo y la verdad de las grandezas celestiales.*
- Oración
 - Ayunos y penitencias (3, 4, 5, 6, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Se retiraba a la iglesia de los Santos Apóstoles (5, 6, 8, 9, 13)
 - Escuchaba a los predicadores (6, 17)
 - Pide iluminación para ver a qué obra dedicarse (13, 14)
 - Colabora con Camilo de Lelis (12, 14, 17)
 - Caso de la paralítica y mística Victoria (12, 14)
- J) *Solía decir sus maitines siempre a medianoche.*

- Maitines
 - Se levantaba a medianoche para recitar los maitines (6, 8, 13, 17).
- V. Origen de las Escuelas Pías, y desarrollo hasta la erección de la Congregación Paulina (1597-1617)
 - A) *Al visitar a los enfermos y pobres de Roma comprendió con mucho dolor que la mayoría de los niños pobres se entregaban como presa a los vicios, no pudiendo sus padres y madres mantenerlos en las escuelas. Y visto que los maestros rionales no admitían más que siete u ocho pobres gratis, y que los de la Compañía tampoco los admitían si no estaban antes iniciados en la Gramática, se movió tanto a piedad que estimó que Nuestro Señor le encargaba a él el cuidado de estos pobres niños.*
 - El problema y la vocación
 - Niños pobres: “José, mira” (2, 3, 4.22, 5, 6, 8, 9, 10, 12, 13, 14, 15, 16, 17)
 - Busca una solución al problema (17)
 - Pide ayuda al Senado (5, 11, 12, 14, 17)
 - Pide ayuda a religiosos (12)
 - Acude a la Compañía de Jesús (5, 8, 9, 17)
 - Decide comenzar la obra (8, 9, 10, 11, 13, 14, 15, 17)
 - Se prepara con oración (14)
 - Los comienzos
 - Comienza las Escuelas Pías en Santa Dorotea (3, 4, 4.3, 4.26, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16)
 - Paga el salario a dos maestros (5, 7, 8, 9, 11, 12, 13, 14, 16)
 - Calasanz da gratis el material escolar (4.16, 4.21, 5, 7, 11, 12, 13, 14, 15, 16)
 - Acompaña a los niños a sus casas (5, 11, 13, 15, 16)
 - Calasanz asume el peso de las escuelas (5, 7, 8, 14)
 - B) *Buscó la colaboración de otros sacerdotes, viendo que él solo no podía (emprender una cosa tan seria)⁵ ejercitar un insti-*

5 Tachado.

tuto que sería frecuentado por muchos. Comenzó con poca ayuda el instituto de enseñar a los niños, que luego llegaron a un número tal que fue preciso proveerse de una casa más adecuada.

- Primeros compañeros
 - Busca compañeros que le ayuden (2, 3, 4.23, 5, 8, 9, 10, 12, 14)
 - Le dejan solo (7, 14)
 - Se mudan a varias casas (3, 4.3, 4.23, 5, 6, 8, 9, 11, 14, 16)
 - Van a la casa de Mons. Vestri, 600 alumnos, 1603 (5, 8, 9, 11, 12, 13, 15, 16)
 - Permiso para tener un oratorio (5)
 - Permiso para pedir limosna (5, 7, 14)
 - Vida común de los maestros (11, 15, 16)
- Traslados de las escuelas
 - Calasanz deja el palacio Colonna (4, 5, 7, 11, 12, 14, 15, 16)
 - Casa cerca del lugar llamado Paraíso (15, 16)
 - Calasanz trabajaba mucho y no se acostaba (11)
 - cae mientras coloca una campana (3, 5, 6, 7, 8, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16)
 - Gaspar Dragonetti viene en su ayuda (5, 7, 8, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16)
 - Gellio Ghellini viene a ayudarle (15, 16)
 - Apoyo del cardenal Giustiniani (2, 5, 7, 11, 14, 15, 16)
 - Y finalmente a San Pantaleo, 1612, 1500 alumnos (4.3, 5, 7, 10, 11, 12, 14, 15, 16)
 - Seis compañeros forman una congregación secular (14)
 - San Pantaleo, 1613 (13)
 - Compra por 10.000 escudos, a plazos (15)
 - Compra de otra casa adjunta (14)
 - Uso de la iglesia (16)
 - Uso perpetuo de la iglesia, 1614 (13)
 - Iglesia cedida a las Escuelas Pías en 1622 (13)

- Unión con la Congregación de Luca
 - Decreto de unión, 1614 (4, 4.3, 5, 7, 8, 9, 11, 12, 13, 14)
 - Diferencias con los luqueses (5, 11, 14)
 - Pedro Casani pasa a las Escuelas Pías (7, 13, 14)
 - Con él otros 9 de los luqueses (11)
 - Calasanz va con Dragonetti a Frascati (5, 7, 11, 14)
 - Se retiran los luqueses (7, 11, 14)
 - Idea de fundar una congregación nueva (7, 14)
 - Paulo V aprueba la idea (14)
- C) *Y como el Papa Clemente VIII apreciaba mucho la obra, le asignó doscientos escudos anuales de limosna, para que pudiese atender más fácilmente al alquiler y a los otros gastos necesarios para el mantenimiento del instituto.*
 - Apoyo de Clemente VIII
 - Clemente VIII (2, 3, 4.3, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 13, 14, 15, 16)
 - Clemente VIII pensaba erigir una Congregación de las Escuelas Pías (5, 6, 7, 8, 9, 11, 13, 14, 15)
 - Prepara una imagen de Loreto para ofrecerla a León XI (7, 12, 14)
 - Ofrece una imagen de Loreto a Paulo V (7, 12, 14)
 - Trato frecuente con Paulo V (4.3, 7, 11, 12, 13, 14)
 - Encuentro en la Rotonda (4, 4.3, 5, 7, 11, 12, 13, 14)
 - Rechazo de dignidades
 - Rechaza el cardenalato (3, 4, 4.3, 5, 6, 8, 9, 10, 11, 12, 15, 16)
 - Rechaza obispados (3, 4, 4.3, 4.9, 5, 6, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 15, 16)
 - Visita a las escuelas
 - Visita a las escuelas de Antoniano y Baronio (3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16)
 - Vista del cardenal Kleppel⁶ (7) Glisel (8, 11), Glissel (5), Gliser (9) Clavel (14)

6 Todos estos nombres pueden referirse a Melchor Klesl (1552-1630), obispo de Viena, creado cardenal en 1616.

- Algunas actividades
 - Por la noche leía las Morales de S. Gregorio (4.3, 12, 14)
 - En las fiestas iban a las iglesias a enseñar la Doctrina Cristiana (5, 11, 14)
 - Cosme Contini y el Credo (7, 14)
- Actividades escolares
 - Calasanz tenía su clase de lectura y escritura, y ayudaba a los maestros (4, 4.3, 5, 7, 8, 9, 13, 15, 16)
 - Calasanz visitaba las escuelas (4.7, 4.16, 4.26, 5, 8, 14, 16)
 - Preguntaba a los niños (5, 13)
 - Calasanz dormía poco, apoyando la cabeza en la mesa (4.3, 5, 7, 8, 9, 11, 13, 15, 16)
 - Limpiaba las clases y los baños, arrojaba sangre por la boca (15, 16)
 - Uso solo de libros espirituales (13, 15, 16)
 - No quería castigos excesivos (13, 14)
 - Los escolares recibían los sacramentos de penitencia y comunión (15, 16)
 - Los escolares aprendían de memoria la doctrina cristiana (11, 15)
 - Misa, letanías, oración continua, oratorio (7, 11, 13, 14, 15, 16)
 - Formación profesional para algunos (13)
 - Al principio venían a las escuelas niños judíos (5, 8, 9, 11)
 - Fundadas para los niños pobres (14)
 - Venían también a la escuela hijos de los nobles (5, 8, 9, 11)
 - Los niños veneraban al P. José (4.16)
 - Acompañaban las filas de niños (11, 13, 15)
 - Aparición de la Virgen, con el Niño bendiciendo, en la capilla (16)

VI. Congregación y Orden de las Escuelas Pías. Expansión (1617-1642)

- A) *Sucedió luego el papa Paulo V, quien no sólo continuó dando la limosna citada, sino que elevó bajo el nombre de Congregación a cuantos quisieron sujetarse a votos simples, confor-*

me al Breve en que quiso llamar con su nombre a la Congregación Paulina.

- Congregación Paulina
 - Erigida en 1617, Calasanz Prefecto (3, 4, 4.3, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16)
 - Suma pobreza (6, 14)
- Toma de hábito
 - Hábito, por Giustiniani (3, 5, 6, 7, 8, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16)
 - Vestición primera en la iglesia de San Pantaleo (14)
 - Calasanz y 14 compañeros (15, 16)
 - Cambio de apellido (7, 12, 13, 14, 15, 16)
 - Escudo (7, 12, 13, 14, 15, 16)
 - Pedro Casani, maestro de novicios (7, 12, 14)
 - Primeros novicios (2, 7, 10, 13, 14)
 - Glicerio Landriani (7, 10, 12, 13, 14)
 - Juan García (10, 13)
 - Juan Esteban Spínola (10)
 - Al H. Luis la Virgen le hace el pan (14)
 - Noviciado diferente de S. Pantaleo (7, 10, 12, 14)
 - Visitador de las monjas de San Silvestre (5, 8, 9, 11, 13)
 - Visitador de otros monasterios de religiosas (8, 9)
 - Visitador de los Franciscanos de los SS. Apóstoles (10, 13)
 - Consejero de los Carmelitas Descalzos (10, 13)
 - Se aconsejaba con los Carmelitas Descalzos (17)
 - Llamados “Padres Paulinos” (10)
 - Fundaciones a menos de 20 millas de Roma (14)
- B) *En este pontificado elevaron muchas reclamaciones los maestros rionales de Roma, pero no prevalecieron y el instituto fue creciendo con aplauso universal.*
- Problemas con los maestros de Roma
 - Ataque de los maestros rionales (5, 7, 8, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16)

- Ataque del rector de la Sapienza (5, 8, 9, 11, 12, 14)
 - Algunos religiosos abandonaron las Escuelas Pías (7)
 - El carmelita Juan de Jesús María defiende las E. Pías (5, 8, 9, 11, 12, 13)
 - Visita de varios cardenales (5, 8, 9, 10, 11, 12, 13)
- C) *Después de este sucedió en el Pontificado Gregorio XV, el cual elevó la Congregación al número de la Religiones, honrándola con la comunicación de los privilegios de los mendicantes.*
- Orden religiosa
 - Calasanz va a Narni a escribir las Constituciones (6, 7, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16)
 - El Cardenal Ludovisi (Gregorio XV) pasa por Narni (10, 11, 12, 13, 14)
 - Gregorio XV eleva la Congregación a Orden (3, 4, 4.3, 5, 7, 8, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16)
 - Aprueba las Constituciones (4, 4.3, 7, 11, 12, 13, 14, 15, 16)
 - Observancia de las Constituciones y preceptos divinos (4.3, 4.16, 4.19, 7, 11, 12, 14, 15)
 - Privilegios de las Órdenes mendicantes (3, 5, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16)
 - Nombra General a Calasanz por 9 años (3, 5, 7, 9, 11, 12, 14, 15)
 - Asistentes Generales (7, 12, 14)
 - Calasanz avanza en la vida de perfección (15, 16)
 - Ayudaba a los enfermos y a los pobres (9, 16)
 - Forma a los religiosos (15, 16)
 - Cuarto voto (6, 16)
 - Se le aparece Santa Teresa (10, 16)
 - Devoto de Santa Teresa (4.3, 7, 14)
 - Devoto de S. Gregorio (4.3, 7, 14)
 - Devoto de San Joaquín (14)
 - Un religioso rechazado intenta matarlo con un bastón; le defiende Ottonelli (4, 5, 8, 9, 11, 16)

- Le ataca con un chuchillo; Calasanz le asusta gritando (12, 14)
 - Un seglar estafador se hace pasar por vicario (5, 8, 9, 11)
 - Algunos hermanos piden el bonete (16)
 - Algunos hermanos piden ser ordenados sacerdotes (10)
- D) *Sucedió después Urbano VIII y el instituto se dilató por muchas partes del mundo, a saber: Nápoles, Génova, Umbria, Sabina, Marca, Florencia, Germania y Polonia, con mucha satisfacción de los pueblos y gloria de la Religión.*
- Urbano VIII
 - Urbano VIII confirma los privilegios (3, 5, 7, 8, 9, 11, 12, 14)
 - Privilegio de no asistir a procesiones (16)
 - Urbano VIII lo nombra General vitalicio (5, 7, 8, 9, 11, 12)
 - Monopolio del nombre “Escuelas Pías” (16)
 - Expansión
 - Expansión (2, 3, 4.9, 5, 6, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16)
 - Nápoles
 - Fundación en Nápoles (8, 9, 10, 11, 12, 14, 15, 16)
 - Problemas con los actores de comedias (11, 12, 14)
 - Despierta a Caputi para que llame a la oración (14)
 - Consuela al novicio Buenaventura en Nápoles (12, 14)
 - Reprende a algún religioso en sueños (9, 13)
 - Tres cargas de comida en Nápoles (12, 14, 16)
 - Una mula cargada de comestibles cuando no había nada para la cena (4.16, 14)
 - Fundación en Guissona (4.9)
 - El Card. Dietrichstein alaba la formación que dan los escolapios (5, 8, 9, 11)
 - Escribía muchas cartas (8, 9, 13)
 - Visitaba las casas del distrito romano (8, 9)
 - El Card. Tonti funda el colegio Nazareno (10, 14, 16)
 - Petición al Papa de no fundar más casas durante 10 años (14)

VII. Años de prueba y muerte (1642-48)

A) *En este pontificado, hacia el final, por algunas controversias de los mismos religiosos, fue visitada la pobre Religión.*

– Problemas internos

- Algunos quieren acabar con las Escuelas Pías (3, 14, 15)
- Poco discernimiento al admitir al hábito (14)
- Calumnian al fundador, visita (3, 5, 7, 8, 9, 12, 14, 15)
- P. Ubaldini, primer visitador (11, 13, 16)
- P. Pietrasanta, segundo visitador (11, 13, 14, 16)
- Temor de que envenenen a Calasanz (4.26)

B) *Y nuestro Calasanz, que por humildad no solía comparecer por las casas de los príncipes en los cortejos, fue maltratado, y finalmente, como humildísimo que era, ha sido muy abatido en el exterior y ha visto con grandísima paciencia reducida su Religión a Congregación bajo el gobierno de los Ilustrísimos Ordinarios, diciendo siempre: “Dios está por nosotros; dejemos obrar a Dios”.*

– Mario Sozzi

- Mario Sozzi, ambicioso y malvado (5, 7, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 16)
- Llevado al Santo Oficio (4.3, 7, 10, 12, 13, 14, 15, 16)
- Removido del generalato (14, 16)
- Mario, castigado con la lepra (3, 5, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16)
- Mario no recibe a Calasanz (7, 12)
- Signos de arrepentimiento de Mario (7, 10, 14)

– Esteban Cherubini

- Esteban Cherubini (4.3, 7, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16)
- Cherubini, castigado con la lepra (11, 12, 14, 15, 16)
- Cherubini quiere cambiar las Constituciones (11, 12)
- Cherubini presume de poder destruir la congregación (14)
- Cherubini se arrepiente (4.3, 7, 10, 14, 16)
- Castigo de otros cómplices (12, 14)

- Calasanz soporta la humillación
 - Calasanz soporta con constancia y paciencia la humillación (4.6, 5, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16)
 - Calasanz exhorta a la paciencia (11, 12, 14, 16)
 - Calasanz ora por sus perseguidores (7, 8, 9, 13, 15)
 - No acepta acuerdos indignos (4.3, 9)
 - Confianza en Dios de Calasanz (12, 13)
 - El P. Gabriel Bianchi ayuda a Calasanz (13)
- Reducción de la Orden
 - Algunos religiosos van a suplicar al Papa (12, 14)
 - Reducción de la Orden a Congregación (11, 13, 14, 16)
 - Calasanz no se desanima (13)
 - Muchos religiosos abandonan la Orden (14)
- C) *Con esta resignación, después de larga enfermedad, ha recibido los sacramentos de la Santa Iglesia con mucha devoción, y la recomendación del alma. Y declarándose deseoso de que Nuestro Señor perdone a cuantos le han hecho sufrir, ha dado a todos su santa bendición. Y diciendo que a todos deseaba cuantas bendiciones quería para su alma, pidió a todos que rogasen por él a su Divina Majestad, y entregó el espíritu a Dios.*
- Enfermedad
 - Enfermedad (2, 4.21, 5, 6, 7, 9, 10, 11, 14, 15, 16)
 - Enfermo del hígado (4.3)
 - Oía la misa desde la cama (10)
 - Sufría fuertes dolores (13, 14, 15)
 - Los médicos no le encuentran la fiebre (5, 7, 9, 10, 11, 12, 14)
 - Misa (última) en honor de S. Pedro in Vincula, el 1.8 (7, 12, 14, 15, 16)
 - Se despide de los franciscanos el 2.8 (10, 13)
 - Pide perdón por sus pecados (5, 10, 12, 13, 14)
 - Última comunión en la capilla (5, 11, 12, 14)

- Rechaza un remedio con limoncillo inventado por Enrique VIII de Inglaterra (5, 7, 15, 16)
 - Rechaza un remedio con limoncillo inventado por Carlos I de Inglaterra (11, 12, 14)
 - Rechaza un remedio con limoncillo inventado por el rey de Inglaterra (9, 13)
 - Bebe en una taza con la cruz de Malta (15)
 - Él estaba consolado y alegre (7, 9, 11, 14)
 - Madonna dei Monti (4.3, 11, 12, 14, 15, 16)
 - Recibe muchos favores de la Virgen (5, 10, 13)
 - Obediente a los médicos (5, 7, 9, 12, 14)
 - Le servía un hermano sordo (14)
 - Mucha gente viene a visitarle (5, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 16)
 - Despedida de D. Cosme Vanucci (5, 11, 12)
 - Caso del pecador arrepentido (5, 11, 12, 13, 14, 16)
 - Cura los pies a Francesco Piantanidi (11)
 - Promete ayuda a sus religiosos (5, 9, 11, 12, 13, 14)
 - Les exhortó a toda virtud y perfección religiosa (8, 13)
 - Rezaba el rosario (14)
 - preveía la fecha de su muerte (5, 10, 11, 14)
 - Visión de los escolapios difuntos (5, 11, 12, 13, 14, 16)
 - Entrega las llaves al rector P. Castilla (4.3, 5, 11, 12, 14)
 - Recibe muchas veces la comunión durante la enfermedad (5, 7, 9, 10, 12, 13, 14, 15, 16)
 - Viático (6, 10, 11, 12, 14, 15, 16)
 - Extremaunción (5, 6, 11, 13, 14, 15, 16)
 - Anuncia la autopsia al Dr. Prignani (5, 11, 14)
 - Bendice a todos sus religiosos (5, 11, 12, 13, 15)
 - Pide la bendición del Papa (4.3, 5, 6, 7, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16)
 - Manda a dos religiosos al Vaticano a profesar la fe (4.3, 5, 6, 7, 9, 10, 11, 12, 14, 15, 16)
- Muerte
- Recomendación del alma (5, 7, 9, 11, 12, 13, 14, 15)

- Última noche (5, 11, 12, 14, 15)
- Le leen la Pasión (5, 7, 9, 11, 12, 13, 15)
- Murió el 25 de agosto de 1648 (4, 4.3, 4.4, 5, 7, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16)
- Después de muerto
 - El cuerpo queda compuesto y agradable, con aroma (5, 7, 11, 12, 13, 14, 15, 16)
 - Las sábanas, limpias y olorosas (5, 7, 11, 12, 14)
 - Lavaron su cuerpo, se cubría con las manos (5, 7, 11, 12, 14)
 - Los religiosos sienten alegría (5, 7, 11, 12, 14)
 - Se hace su autopsia (4.3, 7, 11, 12, 14)
 - El 25, expuesto en el oratorio (15)
 - Solo se dan 25 toques de campana (5, 7, 11, 14)
 - Procesión a la iglesia (5)
 - El 26, expuesto en la iglesia, se celebraron las exequias (4.21, 5, 7, 14, 15)
 - Expuesto dos días en la iglesia (14)
 - Un niño anuncia la presencia del santo (11, 14, 16)
 - Acude multitud de gente a la iglesia (2, 4, 4.4, 4.15, 4.21, 5, 7, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16)
 - Más gente que al entierro de S. Felipe Neri (5, 11)
 - Algunos quieren evitar las muestras de devoción (7, 14, 16)
 - Guardan el cuerpo los religiosos, guardias del palacio y la guardia suiza (4.21, 5, 7, 10, 11, 14, 16)
 - hacen reliquias de su ropa y de su cuerpo (4, 4.3, 4.7, 4.21, 5, 11, 12, 14, 15)
 - Se producen muchos milagros (10)
 - En presencia de testigos y notarios, los milagros (10, 13)
 - El P. Caravita ensalza a Calasanz (7, 11, 12, 14)
 - El P. Caravita se había quedado ciego por injuriar a Calasanz; recobra la vista y lo alaba (10)
 - Finalmente lo pueden enterrar, en la parte del evangelio (4.3, 4.4, 4.6, 4.7, 4.21, 5, 7, 11, 12, 13, 14, 16)

- En presencia de notario y testigos (4.21, 5, 7, 11, 13)
- En una caja de plomo dentro de otra de ciprés (7, 11, 14)
- En una caja de madera, y esta dentro de otra de plomo (5, 13, 16)
- La gente intenta desenterrarlo (4.21, 5, 11)
- Se llevan la tierra, como reliquia (4.21, 11)
- En Peralta se le hizo un digno funeral (10, 11)
- Muchos van a venerar el lugar donde está enterrado (4.3, 4.6, 4.7)
- El 8.3.1686, trasladado a la nueva iglesia. Milagro (15)

VIII. Virtudes de Calasanz

- Virtudes teologales
 - Fe (4, 4.3, 4.7, 4.8, 4.9, 4.21, 5, 7, 10, 11, 14, 15, 16)
 - Confianza en que Dios les traería alimentos (4.16, 14, 16)
 - Entrega todo el pan a un pobre (11, 12, 14, 15, 16)
 - Propagador de la fe católica (5, 9, 11)
 - Enemigo de los herejes (4.21, 12, 14, 16)
 - Esperanza (4, 4.3, 4.8, 4.9, 4.21, 6, 7, 11, 14, 16)
 - Caridad (4, 4.3, 4.7, 4.8, 4.9, 4.16, 4.21, 4.26, 5, 7, 11, 12, 13, 14, 16)
 - Practicó las obras de misericordia (4, 4.3)
 - Visitaba a los alumnos enfermos (4.20)
 - Ayuda a los pobres y prisioneros (4.3, 5, 11)
 - Por amor hizo muchos viajes (16)
 - Apaciguó los bandos de Carcare (15, 16)
 - Buscaba el honor y la gloria de Dios (15, 16)
 - Amor de Dios (se le encendía la cara) (5, 7, 10, 11, 13, 16)
- Virtudes cardinales
 - Virtudes cardinales (4.3)
 - Prudencia (2, 4, 4.3, 4.8, 4.9, 7, 10, 14, 16)
 - Justicia (4, 4.9, 10, 11, 12, 14)
 - Amigo de la verdad (4, 14)

- Fortaleza (4, 4.3, 4.8, 4.9, 5, 10, 12, 13, 15, 16)
- Templanza (4, 4.3, 4.8, 4.9, 4.21, 7, 9, 10, 12, 14)
- Moderado en el comer, ayunos (4.19, 12, 13, 14)
- Otras virtudes
 - Brilló en todas las virtudes (4)
 - Siempre celebraba misa, que preparaba cuidadosamente (4.3, 4.16, 4.21, 5, 7, 9, 12, 13, 14)
 - Devoto de la Pasión de Cristo (10)
 - Recomendaba la devoción a la Virgen (5, 9, 12, 13)
 - Recitaba el Rosario, y exhortaba a los demás a hacerlo (4.26, 5, 7, 9, 12, 13, 14)
 - Predicaba con sentimiento (5, 15)
 - Devoto de San Francisco (10, 13, 14)
 - S. Francisco en la cocina (10, 13)
 - Don de la oración (7, 12)
 - Puntualidad en la oración (5, 7, 13, 14)
 - Visita al S. Sacramento, devoción (4.3, 4.21, 5, 10, 13, 12, 14, 16)
 - Exhortaba a los religiosos a la oración (7, 15)
 - Lección espiritual (10)
 - Contrario a la ociosidad (7, 15)
 - Toda la noche en oración (12)
 - Abstraído en contemplación (13, 14, 15)
 - Imitación de Cristo (15)
 - Elevado en el aire, extasiado (11, 12, 13, 14, 16)
 - Con dos santas vírgenes (11, 12, 14, 16)
 - Paciencia en los sufrimientos y enfermedades (2, 4.6, 4.8, 4.26, 5, 7, 8, 9, 11, 13, 14, 16)
 - Constancia (2, 3, 6, 12, 14, 16)
 - Modestia (2, 9, 13)
 - Continencia (2)
 - Religión (culto, oración) (2, 4, 5, 9, 10, 14)
 - Atención al confesionario (14, 15)

- Convirtió a muchos pecadores (10)
- Fidelidad (2)
- Bondad (15)
- Penitencia (mortificación) (4.7, 5, 7, 10, 12, 13, 14, 15)
- No se quejaba si le faltaba algo en la mesa (5, 8, 9, 12)
- No quería nada especial (13)
- Exhortaba a todos a aborrecer el pecado (9, 13)
- Don de consejo (6, 12)
- Convencía a la gente (12)
- Fisionomía (15)
- Humildad
 - Era muy humilde (3, 4, 4.3, 4.7, 4.9, 4.19, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16)
 - Renuncia a prerrogativas de nobleza y privilegios de doctorado (5, 8, 9, 11, 12, 13, 14)
 - No acepta ser llamado Reverendísimo o Muy Reverendo (5, 8, 9, 11, 12, 13, 14)
 - No permite que le retraten (4.9, 12, 14)
 - Cepillando el burro (4.3, 5, 11, 12, 15, 16)
 - Iba a mendigar con las alforjas (3, 4.3, 5, 6, 8, 9, 11, 12, 13, 14, 15)
 - Silencio perpetuo (14, 15)
- Votos
 - Modelo en ellos (4)
 - Bodas en Loreto con las 3 doncellas (11, 15)
 - S. Francisco le casa con las tres doncellas en Asís (12, 14, 17)
 - **Castidad** (4, 6, 10, 11, 12, 13, 14, 16)
 - Mortificación para dominar la lujuria (14, 16)
 - Hablar siempre honesto (16)
 - La quería en los religiosos y los escolares (16)
 - Cíngulo de Sto. Tomas para preservar la castidad (16)
 - **Pobreza** (4, 6, 7, 9, 10, 11, 12, 14, 15, 16, 17)

- Suma pobreza (4, 21, 14)
- Rechaza legados (4.3, 4.21, 12, 14, 16)
- Vestía con la tela más vil (4.3, 16)
- **Obediencia** (4, 4.3, 6, 7, 10, 11, 12, 13, 14, 16)
- Cuarto voto (11, 13, 16)

IX. Calasanz predecía el futuro

- Don de profecía
 - Calasanz recibió el don de profecía (4, 7, 13)
 - Conocía cosas secretas (4.26)
 - Sabía lo que hacían los religiosos fuera de casa (4.3, 4.26, 11, 12, 14)
 - A Julia Merenda le predijo que su situación se arreglaría (4.3, 11, 12, 14)
 - Anunció su muerte en agosto (4.3)
 - Predijo que Francisco María Biscia no moriría en la guerra (4.17, 11, 12, 14)
 - Predijo que Francisco Biscia moriría fuera de Roma (4.17, 4.18, 10, 11, 12, 13, 14)
 - Predijo al Card. Ludovisi que sería Papa, Gregorio XV (10, 11, 13)
 - Predijo al Card. Rospigliosi que sería Papa, Clemente IX (10, 13)
 - Predijo que el Card. Pamphili sería Papa, Inocencio X (10, 11, 12, 13, 14)
 - Predijo al Mons. Fachinetti que sería Cardenal (10, 11, 13)
 - Anunció a dos religiosos que fueron a Génova que morirían (11, 12, 14)
 - Anuncia al P. Diomedes, que quiere ir a Nápoles, la muerte (11, 12, 14)
 - A Juan Bautista le anuncia que le irá mal si deja la Orden (14)
 - A un sacerdote de Sicilia le anunció que le irían bien las cosas (11, 12)

- A un sacerdote español le anunció que le irían bien las cosas (14)
- Desaconseja a un religioso. Domingo Manuel, ir a Poli (11, 12, 14)
- Anuncia la muerte a un hermano de Fanano, enfermo (11)
- Predice a Chiara, novicio, que irá a Roma y será General (11, 12, 14)
- Explicación del “dragón devora a las abejas” de Joaquín de Fiore (11, 12, 14)
- Anuncia a Cocchetti que su hijo será admitido en el colegio Salviati (11)
- Anuncia a Judicki la curación del Senador polaco, y la decendencia masculina (11, 12, 13, 14)
- Anuncia a Judicki que su obispo se hará viejo, y mejorará su posición (11, 12, 14)
- Misterio de la carta de Mesina, respondida sin ser enviada (11)
- Misterio de la carta de Palermo, respondida sin ser enviada (12, 14)
- Anuncia infortunios al Sr. Previsano (11, 12, 14)
- Anuncia al P. Juan de S. Carlos que vivirá aún 12 años (11, 12, 14)
- Anuncia a dos que van a Moricone que encontrarán comida en el camino (11, 12, 14)
- A algunos religiosos enfermos les anuncia que curarán (11, 12, 14)
- Anuncia a un religioso que no obtendrá la canonjía que pretende (11)
- Anuncia una desgracia a uno que viene a Roma sin su permiso (11, 12, 14)
- A uno de Florencia le dice que espere al próximo Año Santo para venir a Roma (11, 12, 14)
- Pide al Dr. Prignani que venga al día siguiente para su autopsia (11, 14)
- Anuncia su muerte a otras personas (11)

- Anuncia al conde de Rogalmuto que tendrá hijos (11)
- Desaconseja a Pedro Poli que se haga teatino (11, 12, 14)
- Anuncia a Francisco Peregrini que morirá pronto (12)
- Anunció los sufrimientos de la Orden (11, 12, 14)
- Se ríe de un incendio fantástico (10, 13)

X. Gracias obtenidas por medio de Calasanz, antes y después de su muerte

A) *Con gran demostración de santidad se frecuenta su sepulcro con mucha devoción y con demostración de milagros, por los cuales a su tiempo se dará gloria a Dios, porque “mirabilis est in sanctis suis”.*

- En vida
 - Hizo milagros en vida (4, 4.3)
- Curación de religiosos
 - Curación del P. Arcángel (4.3, 11)
 - Cura al P. Lorenzo de la Anunciación (14)
 - Curación de un novicio (11)
 - Curación de un hermano barbero (4.16)
 - Expulsó fiebres y dolores de sus súbditos (14)
 - Cura al P. Silvestre, en San Pantaleo (11)
 - Cura al P. Ignacio, genovés (4.26, 11, 12, 14)
 - Cura al H. Lorenzo Ferrari (4.26, 11, 12, 14)
 - Cura al P. Castilla (4.26, 11, 12, 14)
 - Cura al H. Carlos de la Pasión (14)
 - Cura al P. Alacchi (13)
 - Cura al P. Ángel de Sto. Domingo (11)
- Curaciones en la familia Piantanidi
 - Devuelve la vista a Jerónima Piantanidi (4.20)
 - Cura de retención de orina a Félix Piantanidi (4.20, 11, 12, 14)
 - Cura de podagra a Félix Piantanidi (4.20, 14)
 - Cura a Francisco Piantanidi, niño con los pies torcidos (4.11, 4.20, 4.27, 5, 13, 14)

- Curaciones en la familia Biscia
 - Cura a Hortensia Biscia (4.17, 4.18, 4.27, 12, 14)
 - Cura al hijo de Hortensia Biscia, Bernardino (4.17, 4.18, 10, 11, 12, 13, 14)
- Otras curaciones
 - Curas de enfermos (12)
 - Curación de una mujer desesperada (4.3)
 - Libra a una criada endemoniada del Sr. F. de Totis (4.3, 11, 12, 14)
 - Cura a Marta Pace y a su marido (4.6, 12)
 - Cura a Eugenia, esposa del barbero, que abortaba (4.24, 11, 12, 14)
 - Cura a Sebastián Previsano (4.24, 11, 12, 14)
 - Cura a Reginaldo da Todi (4.26, 11, 14)
 - Cura a Fernando Tuder (12)
- Milagro del ojo del niño
 - Un niño se lo saca a otro; Calasanz manda a Landriani que se lo ponga (10, 13)
 - Un niño se lo saca a otro, en Frascati; Calasanz se lo pone en su sitio (11)
 - Un maestro le saca el ojo con un azote; Calasanz se lo pone en su sitio (12, 14)
 - Un niño se lo saca a otro; Calasanz se lo pone en su sitio (16)
- Otros milagros
 - Cura al P. Ottonelli de su aprensión a la cebolla (4.16, 14)
 - Calasanz manda a Landriani que resucite un burro (10, 13)
 - Entra en Nursia estando las puertas cerradas (10, 13)
 - Ayuda misteriosa a la casa de Mesina (11, 12)
- Después de muerto
 - Con sus reliquias se obtienen milagros (4)
 - Milagros cuando estaba expuesto en la iglesia (12, 14)

- Se han realizado milagros por su intercesión (4.3, 4.5)
- Curación de un pobre que se arrastraba, Salvatore di Marini (4.3, 4.4, 12, 14, 16)
- El delantal restaurado (4.3, 4.5, 12, 14, 16)
- Con el delantal se cura una vecina (4.5, 11)
- Con el delantal se cura un moribundo (11)
- Vestido reparado de una mujer pecadora, que se convierte (10)
- P. Scassellati, curado de podagra (4.3)
- Félix Piantanidi, curado de podagra (14)
- Alejandro, curado del brazo enfermo (4.3, 4.10, 4.11, 11, 14, 16)
- Niña curada de una perla en el ojo (4.3, 4.13, 4.14, 11, 14)
- El Condestable Colonna, curado de una fiebre (4.3)
- Un ciego recobra la vista (4.4, 16)
- Cura a Belardino, hijo de Marta Pace (4.6)
- Cura a Marta Pace (4.6, 12, 14)
- Cura a Barbara Reggi (4.7)
- Cura de una hernia a Miguel Jiménez Barber (4.9)
- Cura de una inflamación en el brazo derecho a Constancia Pesuli (4.15)
- Cura a Francisco Gutiérrez (4.16, 14)
- Cura de opilación a una joven (4.20)
- Cura de una herida en el pie a Magdalena Bigozzi (4.20)
- Cura a un pintor de exvotos (4.27)
- Cura a una mujer con la mano derecha paralizada (4.27)
- Cura a Cecilia Burgi, epiléptica (4.28)
- Cura a un sacerdote, Jacinto, que se embrollaba al decir la misa (4.30, 14)
- Cura a una mujer con una mano enferma (Marquesa de Palmes) en Cagliari (4.33, 11)
- Cura a una monja de Roma de una apostema en el pecho (11)
- Ayuda misteriosa a la casa de Mesina (14)

- Cura al H. Juan Pedro de la Stma. Trinidad (14)
- Cura el brazo de Doña Constanza (14)
- Cura del pie a Magdalena Bigozzi (14)
- El P. Segismundo se cae al foso cuando las obras de la nueva iglesia, ileso (15)

9 (Anónimo 2). Gracias y Milagros hechos por Nuestro Señor a través de la intercesión de Nuestro Padre General y Fundador durante el tiempo en que estuvo expuesto en la iglesia y después.

1. Porcia, hija de Cesare Napolione de Versano, endemoniada, sanó inmediatamente.
2. Mónica de Poncio, estando igualmente endemoniada, fue inmediatamente sanada.
3. Cecilia de Antonio estando igualmente endemoniada se sanó.
4. Catalina de Antonio, se le rasgó el zinale o delantal...
5. Catalina di Sixto habiendo estado inválida se encontró sana.
6. La citada Catalina llevó el zinale a uno de sus familiares.
7. Paola Taddei estando poseída quedó sana.
8. Margarita Porsi había estado enferma de fiebre y dolores inmediatamente sanó.
9. La Sra. Angela Bonelli, tenía un pezón marchito, y quedó inmediatamente sano.
10. La hija de la señora citada tenía un dedo estropeado sanó de inmediato.
11. José de Gregorio había tenido fiebre, inmediatamente sanó.
12. Lucrecia Diodata tenía una pierna golpeada y torcida, inmediatamente se curó.
13. Ágata Giordani teniendo un bracio sin poder moverlo, se mantuvo sana.
14. La misma Ágata tenía un diente muerto ya no le dolió más.
15. Julia Squanzi era ciega, recuperó la vista.
16. María de Horacio, estando poseída y minusválida se curó.
17. Juan Bautista de Domingo tenía un gran dolor de cabeza se curó.
18. Santiago Ercolani estaba con dolores en la rodilla, se curó.

19. Catalina Scientini estaba enferma desde hacía dos o tres años, se curó.
20. Octavia Victoria Orsini sufría grandes dolores en la cabeza, y se curó.
21. Catalina d'Alessandro, viuda, tenía un gran dolor en un brazo, se curó.
22. Francisco, hijo de Pietro Sabrione, tenía convulsiones e inmediatamente se curó.
23. Francisco Starino tenía dañadas las piernas y una mano, y sanó.
24. Lorenza hacía tres años que tenía el brazo izquierdo paralizado y se curó.
25. Anastasia Catalia llevaba cinco años con gota, tocó al Padre y se curó.
26. Marta de Marco tenía una herida que supuraba bajo un brazo, y nada más tocar al Padre manejaba bien la mano.
27. Lorenzo Pancarelli, cuatros meses con dolor de vientre, inmediatamente sanó.
28. Cristófana Neliofanti una llama de fuego en el ojo derecho, quedo sanada.
29. Leonardo de Martino tenía una congestión en la cabeza quedó curado.
30. Ruggiero Anastatio tenía un dolor en una rodilla, inmediatamente sanó.
31. Alessandro Bernardi, dos meses enfermo con fiebre, con una rodilla que le dolía y supuraba; e inmediatamente se recuperó.
32. Magdalena Manini tenía un fuerte dolor en un muslo, y quedó sana.
33. Sor Alessia de Santa Apolonia con fiebre y oclusión, quedó curada inmediatamente.
34. Margarita Nusa sufría pérdida de sangre; quedó libre.
35. La señora Margarita Rieni no podía dar a luz y trajo al nacido.
36. El Padre Jacinto de San Vicente subió al púlpito para recitar la oración fúnebre del Padre, y quedó completamente sano.
37. La Sra. Victoria Gracchi envió a su hijo de dos años que arrastraba la pierna izquierda al P. José, y le curó.

38. Astolfo di Mutio recuperó la vista que había perdido dos años antes.
39. Salvador di Marino, iba arrastrándose y quedó curado.
40. Juan Lorenzo Berto no podía caminar, quedó curado.
41. Francisco Prati, se vio libre de una enfermedad.
42. Valerio Rotella, padre de la niña con una perla en el ojo, quedó sana.
43. Sor Bárbara tuvo un accidente con el carruaje; desapareció el dolor.
44. El Señor Pedro Pablo Giuliani, teniendo un flujo dolorosísimo de podagra en una pierna se sintió sano.

10 (Soto Real). Milagros

1. Salvador de Morino se arrastraba, quedó sano.
2. La señora Victoria Grachi, envió un hijo suyo niño con su pierna izquierda torcida, volvió sano y bueno.
3. Alejandro Cominis, con un feísimo mal en el brazo, fue curado.
4. Valerio Rorella tenía una hija con una perla en el ojo, quedó sana.
5. Anunció la muerte del señor Francisco Biscia.
6. Curó al niño Bernardino Biscia.
7. Catarina Anastasi, delantal reparado, y cura de un enfermo con él
8. Mateo Judicki, consiguió la curación del senador, y descendencia masculina

13 (G. Bianchi). Muchos milagros

1. Porcia Napolione, endemoniada. Lo mismo a Menica di Pontio y Cecilia d'Antonio.
2. Catarina de Sisto, lisiada, sanó.
3. Catarina d'Antonio, la del delantal.
4. Giuseppe Gregorio, tenía fiebre y curó.
5. Lucrecia Deodato, tenía una pierna torcida.
6. Giovanni di Lorenzo, tenía mal la pierna (el nervio de la rodilla), no podía andar. Y su madre Barbara, a la que atropelló una carroza, y quedó curada.
7. Agata Giordani, tenía un brazo impedido. Y un diente podrido.

8. Giacomo Hercolani, lisiado, con dolores y fiebre.
9. Catarina Sietini, enferma desde hacía dos años.
10. Catarina d'Alessandro, no podía mover un brazo.
11. Francesco Sofirone, tenía impedido el brazo.
12. Francesco Stavicco, enfermo de las piernas y una mano.
13. Lorenzo Astolfi, tres años con el brazo izquierdo hinchado.
14. Anastasia Catalia, cinco años con gota.
15. Lorenzo Pancalli, dolores de riñones.
16. Salvatore di Marino, se arrastraba por el suelo sobre las posaderas, con el codo.
17. Francesco Grati, dolores de estómago durante 18 meses
18. Alessandro Domenico Comini, el niño con el brazo izquierdo herido.
19. Un religioso (Garavita, jesuita) hablaba mal de Calasanz y quedó ciego. Pidió perdón y recuperó la vista. Y luego predicaba sobre un poyo a la puerta de la iglesia.
20. Una mujer pública fue a SP y se le rompió el vestido. Y luego se le arregló.
21. Giulia Sequanzi, ciega, recobró la vista.
22. Maria d'Orazio, lisiada y poseída.
23. Juan Bautista de Domingo, dolor de cabeza.
24. Ottavia Vittoria Orsini, dolor de cabeza, se curó con una reliquia de la sotana.
25. Christofora Lionfanti, un ojo enfermo, se curó con tierra de la sepultura.
26. Leonardo di Martino, inflamación con dolores
27. Alessandro Bernardi, con fiebre y dolores.
28. Madalena Marini, dolor en un muslo.
29. Sor Alessia de Santa Apolonia, fiebre con opilación.
30. Margarita Nuta, pérdida de sangre.
31. Margarita Ganzi, fiebre y dolores.
32. Giacomo Viola, dolor en un muslo.
33. Angela, tenía un pezón marchito. Su hija tenía un dedo con tres heridas.

34. Paula Catarina Carretta, erisipela y dolor de dientes. Monja.
35. Tomaso Armiroto, fiebre y dolores. Su madre Anna Maria, lo mismo.
36. P. Francesco M., escolapio de Génova; fiebre y dolores de cabeza.
37. Valerio Rotella: su hija tenía una perla, le pusieron el bonete de Calasanz y curó.
38. Un tal Benedetti, herido mortal, curó en Norcia por una reliquia.
39. P. Agostino di S. Carlo, escolapio en Savona; salió cuando la explosión; Calasanz le advirtió en sueños que saliera.

XI. Fama de santidad

- Testimonios a favor
 - (4, 4.3, 4.4, 4.5, 4.6, 4.7, 4.9, 4.10, 4.11, 4.15, 4.17, 4.20, 4.21, 4.27, 4.28)

XII. Restauración de la Orden

- Restauración como Congregación de votos simples (1656)
 - (10, 12, 13, 14, 16)
- Restauración como Orden de votos solemnes (1669)
 - (10, 11, 12, 13, 14, 15)

Núcleo Narrativo 1. Infancia y antecedentes familiares (1567-1571)

A) El P. José de la Madre de Dios, fundador de la Religión de los Clérigos Regulares de las Escuelas Pías, fue de patria española. (Su nacimiento fue en 1556, o en 1558)

Lugar

2. Nace José, siendo Dios propicio y los astros favorables, en Peralta, que es un célebre castillo en los confines de Aragón y Cataluña, con lo cual ambas provincias se hicieron famosas con su afortunado nacimiento, y no sólo el lugar en el que él nació. Pues como su propio nombre ya presagiaba su fama, nació a los suyos como el lucero de la mañana, o luz que anuncia el día, que con la preclara luz de su virtud daría espléndido resplandor a muchos para llevarlos al camino de la doctrina saludable, al puerto de la salvación, al premio de la felicidad eterna; pues del mismo modo que se realizó este presagio, se cumplieron todos después.

4. En primer lugar, demostraré que fue y es cierto que, en el año 1556, en el pueblo de Peralta de la Sal, de la diócesis de Urgel, en el Reino de Aragón, nació el Siervo de Dios José, hijo de Pedro Calasanz y María Gastón, familias principales del pueblo, y fue bautizado, educado piadosamente por sus padres, y confirmado en su momento.

5. El P. José de la Madre de Dios, Fundador y General de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, en el siglo D. José de Calasanz, nació en Peralta de la Sal, diócesis de Urgel, en la provincia de Tarragona, en territorio del Reino de Aragón. Na-

ció, digo, en Peralta de la Sal, del matrimonio legítimo de D. Pedro de Calasanz y D^a. María Gastón Castejón, en séptimo lugar, después de que nacieran dos varones y cuatro hembras.

6. De Pedro Calasanz y María Gastón, matrimonio bien merecedor de alabanza inmortal, nació en Peralta de la Sal, diócesis de Urgel, en el Reino de Aragón, el venerable siervo de Dios José de Calasanz, fundador y General de los Clérigos Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías.

7. José de Calasanz nació en el lugar llamado Peralta de la Sal, diócesis de Urgel, provincia de Tarragona, situada en los límites de Aragón y Cataluña.

8. El Padre José de la Madre de Dios, Fundador y General de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, nació en Peralta de la Sal, Diócesis de Urgel (de la Provincia de Tarragona, lugar reclamado por haber sido separado del Reino de Cataluña por el Rey Jaime el Conquistador) del Reino de Aragón, del matrimonio legítimo de Pedro Calasanz y María Gastón, el séptimo hijo.

9. El Padre José de la Madre de Dios, Fundador y General de Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, en el siglo Don José de Calasanz, nació en Peralta de la Sal, Diócesis de Urgel de la Provincia de Tarragona, en la parte reclamada por Cataluña y poseída por el Reino de Aragón desde cuando el Rey Jaime el Conquistador dividió sus Reinos entre sus tres hijos.

10. También los Fundadores de las Religiones, que en sus institutos pretenden imitar a los Apóstoles, siendo Coadjutores de Dios en la salvación de las Almas, ordenó la Providencia Divina que, como habían de ser en la santidad tan eminentes, fuesen también en la sangre muy nobles, porque para salir sus Discípulos, o hijos, diestros maestros en la enseñanza y en la predicación, era necesario, como dice san Ambrosio, que fuese no solo doctos y Santos, pero nobles. Así lo fue nuestro Santo Padre Domingo de Guzmán, la mayor gloria de Castilla, Fundador de la Sagrada y siempre insigne Orden de Predicadores. Y nuestro Padre San Ignacio de Loyola, glorioso ornamento de la Vizcaya, Fundador de la siempre Esclarecida Compañía de Jesús. De la misma suerte, quiso Dios que el Fundador de la Escuela Pía, nuevo honor de Aragón, así como en la santidad había de ser muy glorioso, que fuesen la nobleza muy ilustre, que tal fue

el Venerable Siervo de Dios José Calasanz, nobilísimo Caballero del reino de Aragón.

En el año de nuestra salud de mil quinientos y cincuenta y seis nació José Calasanz en la villa de Peralta de la Sal, del reino de Aragón, del Obispado de Urgel, en los confines con el Principado de Cataluña, Villa muy antigua, aunque por las guerras reducida hoy a la población de solos doscientos vecinos, de territorio ameno y de sitio eminente; llamada por eso Petra alta, que de una sola letra corrompida el vocablo, se llama Peralta y se le añade de la Sal, por las salinas que las hermosean y la enriquecen como por diferenciarla de otra Peralta de Navarra.

11. Peralta de la Sal, que se encuentra en la diócesis de Urgel de la Provincia de Tarragona, en territorio perteneciente al Reino de Aragón, se hizo bien conocida a todos los siglos por haber dado al mundo para beneficio común de todos los fieles cristianos un nobilísimo fruto de piedad divina, que fue José de Calasanz, fundador de la Orden de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, los cuales tienen como ministerio propio el estar siempre dispuestos a repartir a los niños el pan de la buena educación. El Profeta ya no podrá seguir quejándose de que *“Los niños pedían pan y no había quien se lo repartiera”*. Se precia en Mesopotamia la ciudad de Jarán porque en ella nació del patriarca Jacob el santo José enviado por la divina providencia a socorrer al mundo cuando estaba en los mayores apuros a causa del hambre, proveyendo abundantemente a todo Egipto de pan para mantenimiento de la vida corporal. Por haber procurado alimentos a tanta gente mereció el sobrenombre de Justo, pero mucho más puede preciarse Peralta de la Sal por nuestro José, que puede justamente recibir el título de Piadoso, porque destinado por la alta providencia a ser educador de la niñez, suministra siempre alimento de vida, no para el cuerpo, sino para el alma; no temporal, sino eterno.

En la antiquísima provincia de Aragón, en los límites con el principado de Cataluña, en la diócesis de Urgel se encuentra una villa muy antigua llamada Peralta de la Sal (...)

Tuvieron sus padres siete hijos, tres varones y cuatro hembras. El último fue nuestro venerable Padre, llamado en el santo bautismo, no sin instinto del cielo, José, que quiere decir aumento, porque parece que Dios le hubiera enviado todas las bendiciones celestes, y que desde la cuna hubiera mamado la leche de la protección

y gracia de la Virgen María Nuestra Señora, en la octava de cuyo nacimiento vino él a esta luz mortal, por su gran devoción y amor que tenía desde aquellos tiernos años a la Virgen Santísima, por la bondad de sus nobilísimas costumbres, y por la candidez de ánimo recto y puro en tratar y obrar con la consideración que tenía aprendida. Sus palabras estaban llenas de modestia y vergüenza, que se volvía amable y más digna de admiración por el decoro de su disposición natural, o más bien por la abundancia de la gracia de la gracia divina, favorecido por la cual se aplicó en su infancia bajo la disciplina de buenos maestros, virtuosos y doctos, al estudio de la gramática. Su madre D^a. María consideró a causa de la conveniencia de su sangre que era un justo deber apoyar los motivos rectos y anhelos que mostraba el hijo de alimentarse de la piedad y el santo temor de Dios, que parecía que iba a ser el que haría guerra contra el enemigo infernal al encaminar las almas de la tierna edad al conocimiento de su Señor, por lo que se puede deducir de lo que cuenta D. José Marqués, párroco de la real iglesia de Perpiñán, hombre insigne en la profesión de las letras y en virtud, que fue compañero en la escuela de gramática y primeros rudimentos de nuestro José, entonces niño.

12. En la Provincia de Aragón, en el muy antiguo pueblo que en lenguaje vulgar se llama Peralta de la Sal, floreció la noble familia Calasanz, famosa hoy en Cataluña, e ilustre por su gloria militar.

13. El Ven. P. y Siervo de Dios José Calasanz, Fundador y primer General de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, nació en Peralta de la Sal, Diócesis de Urgel en el Reino de Aragón.

14. Nació en la tierra de Peralta de la Sal, diócesis de Urgel, en la provincia de Tarragona en España, madre fecunda no menos de héroes en letras y armas, que, en santidad, y entre otros de santos, y muy famosos Fundadores, o Reformadores y restauradores de las órdenes más ilustres y gloriosas, que hoy tan pomposas y gloriosas sirven no menos de celebración, que de ornamento a la Iglesia.

15. El venerable Siervo de Jesucristo P. José de la Madre di Dios, Fundador y General de los Clérigos Regulares Pobres De la Madre de Dios de las Escuelas Pías nació en Peralta de la Sal en Aragón, diócesis de Urgel, en el año 1556 de nuestra salvación.

16. Nació el Ven. Padre José de la Madre de Dios, Fundador de la Religión de los Clérigos Regulares de las Escuelas Pías, en Peralta de la Sal, Diócesis de Urgel, en el Reino de Aragón.

17. Poco después de que Ignacio de Loyola, tras expandir la luz brillante de la Compañía de Jesús por doce provincias, como los signos del zodiaco, y difundir sus rayos esplendentes en cien casas, fuera envuelto por el sudario oscuro de la muerte, la Divina Majestad en su inefable Providencia se dignó ordenar que José de Calasanz iluminara este mundo con su nacimiento en la población de Peralta de la Sal, famosa y antigua en Aragón.

B) Nació de legítimo matrimonio, hijo séptimo del Sr. Pedro Calasanz y María Gastón, familias nobilísimas y temerosas de Dios, y como tal lo educaron.

Padres y antepasados. Nobleza

2. Nació él mismo ilustre, de padres nobles y piadosos; de la familia paterna Calasanz, y la materna Gastón, que desde antiguo se gloriaban en la España citerior no tanto por la fama de sus antepasados, o por la fortuna abundante, o por la numerosa descendencia, cuanto por la integridad de vida, el culto de la religión y rectitud de costumbres.

4.3. Yo de la boca del mismo Padre José oí poco antes de que muriera, que fue en el año mil seiscientos cuarenta y ocho, el veinticinco de agosto, y tenía noventa y dos años, y más, y de otras personas, incluso españolas... Y porque he visto en las auténticas dimisorias de las órdenes sagradas, supongo que sin duda recibió el Bautismo y la Confirmación.

En cuanto a la nobleza del nacimiento, añadido la mención que hace de la casa calasancia Bernardino Gómez, Arcediano de Sagunto en el libro de la vita y hechos de Jaime I, Rey de Aragón, en la página 80.

4.9. He oído decir por voz pública y fama, tanto en Peralta como en Azanuy, en Vinaced mi patria, en Estadilla, en Monzón y en Calasanz que dicho Padre José nació en Peralta de Sal, y también he oído decir al mismo Padre José que nació de la familia Calasanz, familia que en dicho lugar son hidalgos infanzones, que significa tanto como gentilhuomini, y según las leyes de ese Reino gozan de todos los privilegios que disfrutaban los infantes del Rey de Aragón.

5. El P. José de la Madre de Dios, Fundador y General de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, en el siglo D. José de Calasanz, nació en Peralta de la Sal, diócesis de Urgel, en la provincia de Tarragona, en territorio del Reino de Aragón. Nació, digo, en Peralta de la Sal, del matrimonio legítimo de D. Pedro de Calasanz y D^a. María Gastón Castejón, en séptimo lugar, después de que nacieran dos varones y cuatro hembras. De su familia era el Ilm^o. Y Rvdm^o. Sr. D. Diego Castejón Fonseca, obispo de Tarazona en Aragón⁷, que fue Presidente en Madrid. Ambas familias pertenecen a la nobleza de aquel reino, por haber sido y ser al presente gente de título e insigne en las armas y en las letras. Uno de ellos fue D. Pedro de Calasanz, que se dedicó a la carrera militar con cargos honorables.

6. La nobleza de sus progenitores fue notable, pero yo no me detendré en exagerarla, porque José no se vanaglorió de ella. Lo que él pisoteó con pie generoso, no voy a ponérselo yo en la cabeza como una corona de alabanza.

7. Su padre se llamaba Pedro Calasanz, y su madre María Gastón. Ambos eran de noble origen y de buenas y cristianas costumbres, y como tales procuraron (especialmente la madre) que a medida que iba creciendo el niño fuera instruido cristianamente en las costumbres, la piedad y las letras. Tuvieron sus padres otros seis hijos; primero dos varones y luego cuatro hembras, y en séptimo lugar nació José. Hasta ahora no tenemos otras noticias de los seis sino de una hija, que dicen que fue monja en un convento de Sevilla. Pero lo que conocemos por cierto es la infinita liberalidad de Dios, con la cual adornó de gracias singulares a nuestro José, quien con facilidad se iniciaba en toda clase de obras de bondad.

8. Y siendo ambos el padre y la madre de familias honradas en ese país y Reino, muy piadosos y temerosos del Señor, criaron a nuestro José en el santo temor de Dios y virtuosamente.

7 Nació en Madrid en 1580. Tras servir en diversos cargos la diócesis de Toledo, fue nombrado obispo de Lugo (1634-36). Fue nombrado luego administrador de la archidiócesis de Toledo, por lo que renunció al obispado de Lugo. El rey lo nombró Presidente del Consejo de Castilla, hasta que en 1643 fue nombrado obispo de Tarazona, además de recibir el título de Marqués de Camarena. Falleció en su diócesis en 1655.

De la casa Gastón fue aquel varón distinguido Egidio Gastón, muy conocido en todo el Reino de Aragón y Cataluña por sus virtudes y cualidades. (En estos años vivió el Ilmo. D. Diego Castejón Fonseca, Presidente de Madrid y luego nombrado Obispo de Tarazona en Aragón).

9. Nació en Peralta de la Sal del matrimonio legítimo de Pedro Calasanz, y María Gastón. Era su séptimo hijo, habiendo tenido dos hijos varones y cuatro mujeres. Estas dos casas son en ese Reino muy nobles por haber sido, y serlo ahora, personas con título y distinguidas. Una de las cuales fue el citado Pedro, padre de nuestro José, que así le llamaron cuando en la santa pila bautismal fue regenerado para el Señor el 11 de septiembre de 1556, como dicen algunos. Ahora hay el señor conde Calasanz, General del ejército de la Majestad Católica en el Reino de Aragón hacia Navarra. De la Casa Gastón era Egidio Gastón, hombre distinguido por sus virtudes en todo el Reino de Aragón y Cataluña.

10. Que son un alano blanco como levantado, en campo rojo, con una bolsa en la boca y un ala azul en campo dorado, merced que de ambos timbres hizo el Rey Don Jaime el Conquistador a Beltrán de Calasanz, primero de este nombre, cifrando en el ala azul el celo del mayor servicio real; en el alano, la lealtad con que le había servido, y en la bolsa el dinero con que le había socorrido. El arcediano de Sagunto Bernardino Gómez, en la vida del Rey Don Jaime, refiere el señalado beneficio que Beltrán Calasanz hizo a su Rey al tiempo que se hallaba solo con trece Caballeros, muy alcanzado con tantas guerras, y con la que actualmente tenía; en el tiempo, pues, más necesitado, dice Gómez: *Ibi tamen invento Beltrando Calasantio, cum expeditis militibus Septuaginta*⁸, etc. que fueron los que a su costa llevó en servicio del Rey. Esto mismo refiere también Zurita, el cual, en las erratas de los índices, corrigiendo el folio 52, trae entre los Ricos hombres de Aragón a los Calasanzes. También Blancas en sus Comentarios entre los Ricos hombres de Aragón nombra a los Calasanzes. Y es de advertir que en aquellos tiempos los Ricos hombres de Aragón y los de Castilla suponían como ahora los Grandes de España, porque la Casa Guzmán, tan famosa en Castilla, la cual

8 Se encontraba también allí Beltrán Calasanz, con setenta soldados armados.

emparentaba con la sangre Real, casando los hijos de los Reyes con los Guzmanes, y estos con las hijas de los reyes de Castilla; y con ser tan grande y tan evidente esa prerrogativa, los antiguos escritores de aquellos tiempos nombran a los Guzmanes entre los Ricos hombres de Castilla; de la suerte que Zurita y Blancas de escriben a los Calasanzes entre los Ricos hombres de Aragón.

11. Hay allí dos casas nobilísimas, por el esplendor de las armas y por la profesión de las letras. La primera es la de Calasanz. De esta cuenta la historia que en el tiempo en que el rey Jaime, llamado el Conquistador por sus victorias, hacía guerra contra el conde de Urgel, D. Beltrán de Calasanz, un caballero muy principal, se armó para defender a su rey, llevando consigo tropas de soldados a sus expensas. Después de luchar con gran valor contra el conde de Urgel, finalmente lo venció con una brillante victoria, y lo sujetó como vasallo a la corona real. Le agradó tanto al rey el servicio recibido y agradeció tanto el valiente coraje de D. Beltrán que, para conservar perpetua memoria para los sucesores, quiso que en el escudo de armas de la familia Calasanz, en la que había un ala de ave, se añadiese un perro con una bolsa llena de dinero en la boca, mostrando con lo primero la fidelidad a su príncipe y con lo segundo la liberalidad, contribuyendo con su dinero a los gastos de guerra. Este es el origen de la casa Calasanz, de la que nació D. Pedro de Calasanz, padre de nuestro venerable José. La otra familia, no menos principal y antigua que la primera, es la casa Gastón, muy célebre en los reinos de Cataluña y Aragón. Vive hasta el día de hoy la memoria del nombre de Egidio Gastón, y de Pedro Fonseca Gastón, que en la corte Real de Madrid fue Presidente Supremo del Consejo del Rey Católico, y después fue hecho obispo de Tarragona. De esta familia nació D^a. María Gastón⁹, la cual se unió en matrimonio a D. Pedro de Calasanz.

12. D. Pedro Calasanz era nieto de Beltrán, quien se unió en matrimonio a Doña María Gastón, mujer de ilustre familia, que le dio

9 El P. Chiara sigue la *Vida* del P. Vicente Berro. Ahora bien, éste cita a los parientes maternos de Calasanz de otro modo. La madre es María Gastón *Castejón*, y los otros dos citados son Egidio *de Castejón* y Diego *Castejón* Fonseca, que ciertamente fue Presidente del Consejo de Castilla y obispo de *Tarazona* en 1643-1655.

cuatro hijas y tres hijos. El más joven de ellos, de quien escribimos ahora, fue llamado José, que llegó a ser más famoso que los demás hermanos y hermanas, y desde su primera edad dio muestra de todas las virtudes.

13. Sus padres fueron Pedro Calasanz y María Gastón, ambas familias dotadas de buenas costumbres cristianas y muy nobles en ese Reino, por haber tenido allí y tener en el presente personas tituladas y distinguidas en las armas.

14. Pedro de Calasanz se llamaba su padre, heredero y nieto de aquel Beltrán de Calasanz, noble caballero aragonés, a quien, por haber servido fielmente con muchos hombres a su costa al rey Jaime de Aragón llamado el Conquistador contra el Conde de Urgel, entre otros privilegios le dio por armas a la familia de Calasanz un perro con una bolsa en la boca, como narra Bernardino Gómez en la Vida del dicho Rey. Su madre se llamaba Doña María Gastón, de igual nobleza y riquezas, aunque de lo que esta noble pareja se gloriaba más era de ser ricos en las virtudes más firmes y cristianas; y para que no le faltara nada, el Señor les felicitó con una fructífera descendencia de siete hijos, de los cuales cuatro eran mujeres, y tres varones.

15. Su padre fue Don Pedro Calasanz del linaje de los Calasanz, nombrados ya en el año 1119 (por aquel tiempo vivió Jimeno Calasanz, Señor y Maestre de la Villa o castillo llamado Calasanz) entre las antiguas y nobles familias del Reino de Aragón, y su madre era Doña María, de la noble familia Gastón.

16. Sus padres fueron don Pedro Calasanz y doña María Gastón, ambos nobles del mismo Reino, y de Cataluña, por la altura del linaje, reconocido entre los más conspicuos por el rey Don Alonso y Jaime el Conquistador. Mucho más grandes, sin embargo, fueron ellos, tanto por la estima de su piedad, como por haber dado al mundo a José, quien luego ilustraría su nombre más gloriosamente con sus virtudes heroicas.

17. Los padres de José fueron ilustres y nobles, como lo muestran entre los aragoneses los supervivientes de la familia. Por el lado paterno venía de la familia de los Calasanz; por el materno, de los Gastón. Las dos son famosas por la larga serie de antepasados que fueron famosos en el mundo por la toga y por la espada, como describió Gómez antes que yo.

Cualidades de José de Calasanz niño

2. Y ciertamente lo ilustró cuando siendo aún efebo, casi como Febo en un nuevo cielo, se ejercitaba vigorosamente en la palestra de la piedad y las letras, y brillaba admirablemente para llevar con su luz a sus compañeros a la adquisición de las virtudes en el tiempo cuando cultivaba la óptima índole de su bondad, y una muestra de su ingenio singular. Cuando ni las blanduras de casa lo detuvieron en su camino, ni le sedujeron las seducciones de fuera, de modo que pudiera alcanzar un fruto óptimo desde su tierna edad con frutos de virtud en costumbres y doctrina probadas. Omíto muchas cosas, pero escuchad un hecho admirable de su niñez.

4. En segundo lugar, demostraré que durante su niñez y adolescencia dio señales no pequeñas de santidad, huyendo de los pecados, superando las tentaciones e ilusiones del demonio, y absteniéndose de muchas cosas en las que podía haber caído a causa de la juventud y la fragilidad, en las que podía haber transgredido y no transgredió.

4.3. En su niñez era temeroso de Dios, y daba señales de santidad no mediocre, con la asistencia muy a menudo a las devociones, y exhortaba a sus compañeros al temor de Dios y también a la piedad cristiana, como dije en la oración citada, y en ello siempre iba creciendo con la edad.

4.9. Sobre la educación del Padre José en su niñez, puedo decir que he oído decir de hombres viejos, y antiguos de aquel pueblo, como fueron el citado Antonio Calasanz, y el Sr. Francisco de Ager, ministro familiar del Santo Oficio, que fue condiscípulo del Padre José, con quien estudió de niño en Estadilla, que todos le llamaban el santet, que significa el santito, diciendo además que nunca iba a recitar la lección sin hacer antes una oración, y así lo hizo todos los días, aunque sus condiscípulos se burlaran de él.

4.26. ... y con ocasión de que me exhortaba a mí y a otros jóvenes súbditos a la piedad cristiana, nos dijo que desde niño asistía a las devociones, y que siempre decía el oficio de Nuestra Señora, y otras devociones, y en particular el Santísimo Rosario, que siempre continuó durante toda su vida.

6. Mamaba juntas la blancura de la leche y la pureza de la virtud, y parecía desde pequeñito inclinado por naturaleza a un perfecto

amaestramiento. Los caracteres de los documentos saludables se imprimían fácilmente en la cera de aquel corazón, tierno por la edad y calentado por los rayos del favor divino. A la eficacia del temperamento y de las enseñanzas paternas se añadía la mucho más viva y más breve de los ejemplos domésticos, que hablando a los ojos fieles sin el estrépito de las palabras suele persuadir fácilmente. Estaba completamente dedicado a las devociones, alejado de los vicios, desapegado de todo lo que seduce y alimenta un corazón infantil.

7. Pero lo que conocemos por cierto es la infinita liberalidad de Dios, con la cual adornó de gracias singulares a nuestro José, quien con facilidad se iniciaba en toda clase de obras de bondad. Todavía muy niño aprendió rápidamente los primeros rudimentos de la fe cristiana, y en aquella tierna edad dio signos de que llegaría a ser un gran siervo de Dios. Durante su niñez era admirablemente inclinado a la oración, y nunca comenzaba cosa alguna sin hacer oración antes. Cuando creció y alcanzó la edad de ir a la escuela, sus padres lo encomendaron a quien pudiera instruirlo. Una vez en la escuela, José siguió dando pruebas de haber sido elegido por Dios para alcanzar mayor perfección que muchos otros, al punto de que cada vez que el maestro le sacaba a tomar o recitar sus lecciones, se ponía de rodillas y primero decía ciertas oraciones suyas, por lo que sus compañeros se burlaban de él, como suelen hacer los niños. Pero no por ello el devoto angelito se enfadaba con ellos, ni abandonaba su costumbre, por lo que se ganó el nombre de “santito”. Uno de los frutos de sus oraciones era que obedecía con prontitud, y era muy respetuoso con sus mayores. Su virginal modestia era tal desde aquella tierna edad que ni siquiera a su misma madre le permitía fácilmente que viera la desnudez de su cuerpo.

10. En todas sus acciones mostró desde su niñez ser prevenido de Dios para cosas grandes. Era muy pronta la obediencia para con sus padres; no ordinaria la reverencia que tenía a sus maestros; singular la devoción con la cual frecuentaba las iglesias; era muy grande el recato y muy rara la modestia que en sus palabras y obras se les reconocía, descubriendo hasta en los juegos pueriles lo que después siendo grande había de ser. Llamaba a todos los niños del Lugar, predicábales el temor de Dios, exhortábales que hiciesen Señor de su Alma a su Criador, y que ni por un instante diesen posada en

sus corazones al demonio. Y porque una vez oyó a algunos niños maldecir y hablar palabras indecentes, cuando apenas de niño podía mantener la pluma en la mano, se arma con una gran cuchilla y sale al campo Caballero armado, diciendo que quería ir a matar los demonios que quitaban a Dios los niños, que por inocentes eran de Su Majestad tan queridos.

Admirados quedaron así los padres de nuestro Bendito niño como todos los vecinos de la villa de Peralta de la Sal, y con razón persuadidos todos que Dios había de obrar maravillas por quien de tan tierna edad tenía ya por suyo, y con tan declarada enemistad contra el común enemigo Satanás, el cual, previendo la santidad y guerra que le había de hacer nuestro Joven siendo grande, le persiguió fieramente en su tierna edad, queriéndole no pocas veces ahogar y otras echar en un pozo, espantándole en figura de horribles animales de no vista grandeza, pero nuestro José, aunque tan niño, en todos esos aprietos invocó siempre el dulcísimo nombre de María Santísima Nuestra Señora, con lo cual el dragón infernal desaparecía, y nuestro muchacho quedaba libre, alegre y victorioso, según él mismo lo refirió después a sus confesores.

11. Así guiado y protegido José por el cielo, pensaba que no debía poner todo su empeño y esfuerzo en aprender los primeros rudimentos de la gramática, sino más bien en saberse mantener alejado de toda ocasión de pecado, aunque fuera pequeño, y en amar solamente a Dios, y cuando hubiera aprendido eso sería sabio. Principio de la sabiduría era su santo temor, y por su ánimo fiel al Creador parecía ser de aquellos de los que dice el Sabio: *“creada con los fieles, les acompaña desde el seno materno”*¹⁰. Todo esto se conocía de su exquisita modestia y vergüenza, adornado de la cual nunca admitía en su conversación y trato sino a aquellos que veía que eran honrados, y tenían en el rostro el candor de un corazón puro y justo. Como si tuviera escrita en su alma la ley de Dios, la llevaba atada a los dedos conforme a lo que está escrito en los Proverbios: *“para alcanzar instrucción y perspicacia, justicia, equidad y rectitud, para enseñar a los simples la prudencia, a los jóvenes ciencia y reflexión”*. De este modo se daba a conocer a todos, que admiraban una pru-

10 Si 1, 14. En las citas bíblicas usamos la traducción de la Biblia de Jerusalén. El P. Chiara usaba la Vulgata.

dencia tan grande en un niño. Su agudeza en el hablar, y su humilde reverencia hacia sus padres y mayores dejaban maravillados a quienes lo escuchaban con estupor.

Con los años crecía su devoción, y una religiosa observancia de todo lo que se refiere al provecho del alma, hasta tal punto que aun de niño se había convertido en norma y regla para los demás, incluso mayores que él, de modo que cuando estaban en su presencia procuraban portarse bien, y ser cuidadosos en lo que hablaban con él, pues habían observado que cuando oía alguna palabra o alguna conversación contraria a la virtud y las buenas costumbres, inmediatamente mostraba su disgusto grande en la cara con algún resentimiento, y así gozaban con provecho de aquel ejemplar de niño objeto de toda virtud.

Con los años brilló aún más la bondad de su alma, iluminada por el esplendor de las virtudes singulares, en especial de su virginal candor, que fue tan digno que afirman que desde sus tiernos años no permitió nunca que fuera vista la desnudez de su cuerpo, ni siquiera por su propia madre D^a. María. Y no debía ser de otro modo, porque viéndolo muy fervoroso en el ejercicio de las oraciones, ella jamás se entrometía; recurriendo a Dios le pedía siempre su ayuda para vencer a su Enemigo y decía que no quería otra cosa sino vivir en su gracia, que supo conservar desde el principio. Hablando sobre el fervor que tenía encendido siempre a José en sus oraciones, el citado Marqués con D. Miguel Jiménez de Rubéis y D. Francisco Reyes, condiscípulos suyos, dicen que siendo aún de pocos años, cuantas veces el maestro le preguntaba la lección, o le pedía que hiciera algún otro ejercicio escolar, él de repente se ponía de rodillas para decir algunas devociones suyas con gran modestia y compostura, y nunca dejó de hacerlo, aunque sus compañeros se reían de él, como suele ocurrir, y decían: “mira el santito”. Pero él no se enfadaba por eso, sino que se mantenía manso y pacífico, y con toda modestia les hacía ver su interna tranquilidad y la bondad de su ánimo, por lo que los demás quedaban confusos, y se disponían a temer a Dios, diciendo que José había nacido para arrastrar las almas a su conocimiento.

12. Exhortaba vehementemente a los niños sus compañeros a amar y honrar a Dios, y a odiar y despreciar al demonio malo.

13. En su infancia fue muy compuesto y modesto, y dejando de lado

cualquier entretenimiento pueril, mostraba una gravedad senil no tanto en el actuar como en el hablar, no diciendo nunca palabras menos que honestas y decentes. Y cuando oía decir palabrotas a otros, se sonrojaba, demostrando así que le causaban dolor. Era singular su obediencia a sus padres, obediéndoles con toda prontitud en todas las cosas. No era ordinaria la reverencia que tenía a sus maestros y a las iglesias, a las que asistía con todo afecto. A veces reunía a los niños y les predicaba el temor de Dios, una indicación de lo que luego tenía que hacer en Roma, y les exhortaba a no cometer pecado mortal por todo el oro del mundo. También observaba una singular modestia en su propia persona, no permitiendo que la desnudez de su cuerpo fuera vista ni por su propia madre. Algo que siempre observó en el transcurso de su vida, en las enfermedades que fueron muchas y graves. De hecho, siendo religioso, jamás permitió ser visto desnudo o sin sotana por nadie, sino en tiempo de enfermedad, y por el mismo motivo llevaba la manga del brazo abierta para medicar al cauterio en su vejez, custodiando así desde entonces su modestia virginal.

Sus padres procuraron que estudiara, y demostró su raro ingenio, porque primero aprendió los primeros rudimentos de la fe, así como de las letras, en las que obtuvo gran provecho, teniendo la costumbre, antes de aprender la lección y recitarla, decir algunas de sus oraciones arrodillado en el suelo. Nunca dejó de hacer esto, aunque se burlaran de él sus condiscípulos, que por esto le llamaban el santito.

14. Y porque el Señor no sólo da a los que elige para grandes cosas los dones de la Gracia, sino también los de la naturaleza, era el niño de un natural tan bien formado y adorable que no se podía desear más, bello y proporcionado de cuerpo, muy señorial y de condiciones muy agradables, vivo de ingenio, y dotado de una rica memoria, de modo que en todas las cosas donde se aplicaba tenía una maravillosa actividad y destreza, y en fin, era tal como tenía que ser uno que tenía que ganar tantas almas para Dios, y tenía que fundar en su Iglesia una religión nueva y muy útil. Dados los bellos talentos de gracia y naturaleza puestos en el niño por sus piadosos y buenos padres, no dejaron de aplicarse con todo su espíritu al cultivo de los mismos con la excelente educación del buen niño (pues no puede rendir todo lo que por su naturaleza feraz podría la tierra que no es cultivada y trabajada por sus colonos) insertaron con diligente

cuidado en el suave pecho del inocente niño sentimientos de alta piedad, y devoción, y ejemplos de costumbres cristianas y nobles. Sus costumbres eran angelicales más que humanas, pues era modesto, humilde y obediente a sus mayores. No se puede decir cuánto contra el uso de la época rehuía los pasatiempos y el ocio, y cuánto se aplicaba a la escuela y a la oración, por lo que de él se narra lo mismo que de nuestro Doctor Angélico, es decir, que no comenzaba ninguna obra sin antes hacer oración.

Lo que se pudo saber de su infancia es que huyó más que de la muerte no solo de las faltas, sino también de la ocasión de las mismas, y que fue tan modesto y virtuoso que, por todos los habitantes de Peralta, y particularmente por sus condiscípulos, era tenido por santo, de modo que con ningún otro nombre lo llamaban sino por el Santito. Grande fue, como lo atestiguaron en su Proceso testigos jurados, el amor de Dios mientras aún era niño, y la devoción con la que asistía a los Sacrificios Divinos, y a la iglesia, y era edificación para todos ver a ese niño con qué modestia y devoción perseveraba orando. Y como el Señor lo había predestinado para la guía y la salud de muchas almas, desde sus primeros años quiso hacer aparecer algunos destellos; así que con inocente sencillez se convirtió en la cabeza de muchos niños de su edad, les daba regalos, los llevaba a la iglesia, y allí les enseñaba a rezar el rosario y otras alabanzas devotas a la Virgen, pues desde entonces tenía una gran devoción a esta gran Señora. Su devoción y edad crecieron a lo largo de su vida, como diremos a continuación. No se detuvo aquí la Gracia, que ya andaba laboriosa modelando en aquella alma un Fundador de Religión austera, para fortalecerla desde entonces con una vida muy penitente. Escuchaba el niño José, o leía, la vida de los santos, y la austeridad con la que vivían, los ayunos, las vigiliass y las penitencias que hacían y, totalmente dispuesto a imitarlos, comenzó a mortificarse en la comida dejando lo que más le gustaba, ayunando varias veces a la semana, y durmiendo muchas veces sobre la dureza de tablas y mesas, y muy a menudo se levantaba antes que los demás para atender sus devociones.

Tuvo tan innata modestia, que desde sus años más tiernos nunca permitió que ninguna mujer, incluso su propia madre, le viera o tocara parte de su cuerpo desnudo, aunque fuera con motivo de algún servicio habitual de los que se hacen a los niños de su edad, signo manifiesto de esa pureza inmaculada que luego mantuvo durante

todo el tiempo de su vida. De esta modestia innata nació que nunca se le oyó una palabra menos que honesta y decente de su boca. De hecho, cuando escuchaba alguna, y principalmente de los niños de su edad, les reprendía con dureza, diciéndoles que esas palabras eran pecado, y buenas solo para estar en boca de demonios, por lo que ya nadie se atreviera a decir una palabra menos que honesta en su presencia. Y si sabía que alguno de sus compañeros era poco modesto y amigo de la virtud, inmediatamente se apartaba de su compañía y terminaba toda amistad y trato con él, sabiendo el niño sabio que no hay mayor veneno contra la virtud que el trato con los viciosos. Crecía al mismo tiempo en edad, en discreción y en inclinaciones virtuosas, porque cuanto más conocía con el aumento de la luz de la razón la belleza de la honestidad y la virtud, tanto más anhelaba adquirirlas. Por ello, habiendo avanzado ya en edad para poder recibir los sacramentos de Penitencia y Sagrada Comunión, los frecuentaba con tal espíritu y devoción que era la edificación de aquella tierra, y con ellos, y con la oración continua, siendo como se ha dicho desde la infancia muy aplicado a este santo ejercicio, era grande la adquisición de la perfección que hacía.

15. El niño fue educado por sus Padres, que tenían como su mayor herencia la pureza de la fe católica, no tanto con la leche de la nodriza, como con la de la piedad cristiana, y del santo amor y temor de Dios; y según crecía en edad fue descubriendo la índole de su naturaleza, sumamente dócil e inclinada a todo acto de devoción, dando en su infancia signos muy evidentes con la disposición y facilidad para recitar sus oraciones devotas. Y a esa tierna edad manifestó cuánto amor por Dios ya alimentaba en su pecho, y cuánto odio hacia el diablo.

Siempre huyó de los juegos y ligerezas infantiles, no admitiendo nunca, como declaró un testigo jurado, ni como niño, ni como joven, cosas pueriles, por lo que parece que se puede aplicar a José lo que de Tobit lee: *Suma esset iunior omnibus in tribu Nephtali, nihil tamen puerile gessit in opere.*

A esta tierna edad comenzó a recitar todos los días el Santísimo Rosario a la Santísima Virgen, como santa devoción que continuó hasta el final de su vida y antes de morir la recomendó a sus religiosos; y en cuanto aprendió a leer recitaba también su Oficio todos los días.

Una vez que el niño había llegado a una edad competente para aprender las letras, fue aplicado a ello por sus padres, y pronto se

descubrió la vivacidad de ingenio que Dios le había dado, aprendiendo muy fácilmente lo que se le enseñaba. Y al mismo tiempo daba muchas pruebas de su devoción, pues cada vez que tenía que presentarse al maestro para tomar o recitar la lección, primero se ponía de rodillas en el suelo y decía alguna breve oración, por lo que sus condiscípulos le llamaban “el santito”. También aparecía la inocencia de sus costumbres al conversar y hablar con los demás; pues nunca se oyó salir de su boca palabra descompuesta o menos que honesta; y si se las oía decir otros, inmediatamente se enrojecía su cara de vergüenza, y se separaba de ellos.

16. Los padres comenzaron a educar al niño con las mismas normas de su gran piedad; procurando que con la leche de la nodriza bebiese aquellas santas máximas por las que la virtud cristiana crecería en él en la misma proporción. Tan pronto como salió de los pañales, comenzó a dar señales de este espíritu que Dios comunicaba a su corazón, mostrándose más que ningún otro ansioso por las cosas del cielo, consumiendo las horas de sus juegos acomodando alguna imagen devota en su altarcito, o recitando las oraciones que le habían enseñado en aquellos tiernos años.

Entre otras, mostraba una devoción muy especial a la gran Madre de Dios Nuestra Señora, cuyo santísimo nombre escuchaba con alegría, y la llamaba con extraordinaria ternura de corazón. Aprendió a articular sus palabras al son de un nombre tan hermoso; y aprendió con un propósito tan firme la devoción del santo rosario que desde los primeros años hasta el final de su vida nunca dejó de recitarlo, procurando desde su temprana edad ofrecer este homenaje a María con tanto sentimiento de piedad, que imprimía en los que le escucharon su devoción. No era menor el sentimiento que tenía en su corazón hacia el esposo de la Reina del Cielo San José, cuyo nombre tenía, y procuraba hacerse digno de su protección mostrándoles los mayores respetos que podía sugerir su inocente piedad.

A medida que avanzaba en edad, más y más se veían crecer en él los indicios de una disposición totalmente dócil a la bondad, haciendo admirar en él una madurez superior a los años, manteniendo todos los sentidos compuestos; porte modesto; serio en el hablar; de corazón devoto e inocente en cada acción, de modo que causaba asombro no solo a los de su familia, sino también buen comportamiento en los otros de su edad que trataban con él, que solían llamarle el santito.

Al ver a los padres de José que el niño daba cada día más y más señales de la gracia que el Señor estaba obrando en su corazón, y argumentando a partir de los dos eventos narrados antes que Dios lo había elegido para alguna gran empresa a su servicio, comenzaron más que nunca a educarlo con particular precisión, procurando mantenerlo apartado del trato con cualquier otro compañero que pudiera desviarlo del camino correcto de la virtud, que tan bien había comenzado a recorrer.

Pero José no necesitaba demasiada ayuda de las criaturas, manteniéndole el Señor bien custodiado con su gracia, y cooperando él en lo posible cultivar cada vez más aquellas virtudes que son propias de los niños devotos y sensatos para hacerles obedientes a en todo a los mayores, modesto y respetuoso con todos, fácil para aprender a seguir los buenos ejemplos, se atraía el amor de todos, que lo consideraban dotado de bellas cualidades que enamoraban no solo a los hombres, sino al mismo Dios.

17. Si la índole y el genio de los hijos suele depender de la educación recibida, se puede esperar mucho provecho a partir de lo que fue la infancia de José. Pues desde la más tierna infancia (como se dice) se mostraba en él una bondad insólita, por lo que uno se puede preguntar si la trajo al mundo consigo cuando salió del útero materno. O si, una vez fuera, la aprendió del Divino Maestro en secreto. Es cierto que José tenía a quien imitar en sus padres, pero también es necesario concluir que aparte de los ejemplos cotidianos, debía haber alguien que instruyese a Joselito con un magisterio oculto acerca de todas las cosas divinas, y de la reverencia hacia la Virgen y lo sagrado. Pues ponerse de rodillas a menudo durante el día, juntar las manos para rezar, elevar los ojos hacia el cielo, ir a las iglesias, fatigar los altares con suspiros, saludar con veneración las imágenes, proferir reverentemente los nombres de Jesús y María, pronunciados con gestos que expresaban una alegría íntima, construir altarcitos, y otros medios semejantes de expresar la piedad, no suelen ser comúnmente rasgos innatos en los niños. A esto se añaden los juegos infantiles, en los que prefería la modestia y el silencio angélico a contaminarse con carreras y voces en lugares escondidos; estaba pronto a obsequiar a sus padres; vivía frugalmente, y con una virtud de la que no se ven ni se escuchan aún ejemplos en un niño, lo que se puede considerar un milagro. Justamente tanto los mayores como los jóvenes sentían admiración por José.

Hecho ya grandecito, puso de buena gana su ánimo en los estudios con los cuales se suele formar la edad pueril, y ciertamente al estudio de las letras unió el ejercicio de las virtudes, pues ¿qué conflicto podía haber con las letras si se dedicaba más al provecho de las virtudes? No iba a clase antes de saludar a la Madre de la Divina Sabiduría; no comenzaba el estudio sin pedir con piadosas oraciones la ayuda del Espíritu Divino. Y como sus compañeros de estudios observaban que hacía muchas cosas así, le llamaban “el santito”

Primeros estudios

3. No emuló José a esos tesoros con una sola ciencia o con pocas letras, mas después de haber aprendido en su patria Gramática, Retórica y Poesía (en las cuales en poco tiempo hizo grandísimo provecho) salió de los patrios límites, y se encaminó no sé si he de decir para enseñar la virtud o para aprender las ciencias superiores.

6. Se dedicó a los estudios de Gramática y Retórica, y fue tal el provecho que en las mismas letras humanas demostró tener ingenio divino. A la doctrina añadía la modestia y la santidad. Por lo que los mismos que le enseñaban podían confesar con verdad que habían tenido que aprender de un estudiante. Estudiando Gramática, consideraba solecismos y barbarismos las palabras vanas; en la clase de Retórica procuraba aprovecharse no sólo del bien decir, sino también del bien hacer. Pasado a la Dialéctica aprendió a armonizar juntas piedad y doctrina, y convertido en un perfecto argumentador, de los mismos estudios de las letras deducía e infería los de la religión. Le agradaba disputar, pero con modestia; su objetivo era encontrar la verdad, no rebatirla. Le gustaban tan poco los litigios que no le habría disgustado ser vencido con tal de dejar de discutir.

7. Cuando se hizo mayorcito se aplicó al estudio de la Gramática, la Poesía y la Retórica, en las que hizo rápidos progresos, pero sin detenerse nunca, es más, creciendo en la devoción. Con su ejemplo animaba también a los demás a obrar bien, mostrando verdaderamente ser un elegido de Dios para ganar almas para el Paraíso. Era muy circunspecto en el hablar, por lo que no hablaba ni podía oír hablar sino honesta y decentemente. Es más, si alguno de los compañeros dejaba salir por la boca algunas palabras feas, su rostro

se cubría de un vergonzoso enrojecimiento. Tales y otros fueron los preludios de la niñez de Calasanz.

11. Del mismo modo fueron maravillosos los progresos que hizo en el estudio de la gramática, y con no menor provecho avanzó en los de la retórica, tanto en prosa como en verso, llevando el primado entre sus compañeros.

12. Cuando creció, se dedicó a estudiar. Era tan cuidadoso en rezar a Dios que antes de que el maestro comenzara la lección, o se la preguntara, se ponía humildemente de rodillas y pedía ayuda a Dios. Sus compañeros cuando le veían se reían de José, y le llamaban *el Santito*, lo cual era un fausto presagio. En aquella edad fue tal por sus costumbres que brillaba por su virtud y piedad. No podía oír una palabra deshonesta, pues enrojecía a causa del pudor, y cubría su boca con ambas manos, no sin admiración de los circunstantes, indicando con cuánto cuidado conservaba el temor de Dios y el pudor.

14. Dados los bellos talentos de gracia y naturaleza puestos en el niño por sus piadosos y buenos padres, no dejaron de aplicarse con todo su espíritu al cultivo de los mismos con la excelente educación del buen niño (pues no puede rendir todo lo que por su naturaleza feraz podría la tierra que no es cultivada y trabajada por sus colonos) insertaron con diligente cuidado en el suave pecho del inocente niño sentimientos de alta piedad, y devoción, y ejemplos de costumbres cristianas y nobles. Luego, a una edad ya capaz de aprender las letras, lo enviaron a la escuela de Peralta, donde por un maestro bueno y diligente fue formado lo suficiente en gramática, poesía y retórica, y todas esas que se llamaban Letras Humanas. En las cuales avanzó tanto a sus compañeros, que pronto se convirtió en su maestro. Tampoco olvidó, sin embargo, que nunca hay que separar del estudio la oración, y de la oración el estudio, pues uno beneficia admirablemente a la otra, y de hecho hizo tal progreso en él nuestro José, que con admiración de todos en poco tiempo se convirtió en uno de los jóvenes más virtuosos en todo lo que se llamaba letras humanas, no sólo en la lengua latina, sino también en la Poética, y en la Retórica. Procuraba no perderse lo uno ni lo otro, y para ello tenía las horas del día tan bien determinadas y distintas que, asignando a cada uno de ellos su tiempo con admirable orden, entrelazaba todo lo de su vida, el estudio y la oración. Así andaba el Señor disponiendo a aquel que, como Fundador y cabeza de una Religión

enteramente entregada a la caridad del prójimo, y educación a los niños pobres en las letras y en la virtud, en una, y en la otra, tenía que ser ejemplar y espejo para todos.

16. Cuando llegó José a la edad común para poder dedicarse a los estudios, fue entregado providencialmente a la dirección de maestros expertos y ejemplares que se adaptaran a la capacidad del niño. Pronto mostró la gran vivacidad de su ingenio, y así en un corto intervalo de tiempo se habilitó en los estudios de Gramática, Retórica y Poesía con toda perfección y solidez. Aunque en ese tiempo se aplicaba con exactitud no ordinaria a todo lo que le era impuesto por los maestros, con pasión literaria, no descuidaba por ello ninguno de los ejercicios de devoción que solía practicar desde su más temprana edad, porque había entendido que la sabiduría entra más fácilmente en las almas de aquellos que más se mantienen en la inocencia y procuran perfeccionarse en las virtudes morales. Se dedicaba más de lo ordinario a la oración, a la lección de buenos libros y a los servicios del espíritu; y nunca comenzaba a hacer ningún acto pertinente a los estudios sin antes, haciendo la señal de la Santa Cruz, hacer una breve oración de rodillas, sin importarle lo que los otros jóvenes le decían a modo de broma, los cuales, con todo, no podían menos que admirarle y a veces imitar su ejemplo.

En ese tiempo era muy circunspecto en preservar en sí mismo esa sencillez y franqueza de corazón que lo hacía agradable al Señor y capaz de su mayor ayuda. No trataba con nadie más que con aquellos de quienes sabía que eran del agrado de sus mayores, y que como él se dedicaban a las cosas de Dios. Si a veces no podía evitar el encontrarse con otros jóvenes de menor modestia en hablar de lo conveniente, procuraba taciturno no apartarse del lado de su director y guardián; y si de pronto escuchaba palabras de poca edificación, inmediatamente vestía el rostro de ese casto rubor que los santos llaman decoro y adorno de la honestidad. Los juegos¹¹ y entretenimientos propios de la época infantil fueron extremadamente aborrecidos por él, según lo que fue depuesto con juramento en el proceso llevado a cabo para su canonización, de modo que, como otro Tobit, no actuaba como un niño en sus obras. Todo su gusto era

11 Compend. de su Vida. Impresa en Roma Pág. 7.

tratar con Dios en la visita de las iglesias y en la oración, o incluso con los libros, estudiando en ellos para conocerse mejor a sí mismo, y con el fin de aprender la ciencia para su mayor servicio.

17. Después de estudiar la gramática latina, comprendidos los dogmas, estudió poesía y retórica, y también prometió rayos de sabiduría más divina, de modo que puede creerse que aquí con su excelente luz superaría a todos los de su edad.

- C) *1. Llegó a tal punto que en compañía de otro compañero andaba fuera de su tierra para matar al demonio por ser enemigo de ellos. Esa simplicidad nacía de la buena educación y del deseo del honor de Dios.*

El demonio en un árbol

2. Era un niño que lo mismo tomaba con su mano la pluma que se armaba con una espada, y salía a la puerta de la ciudad. ¿Cómo es eso? ¿Os reís porque se trata de la tontería de un niño? En modo alguno, os digo. Este adolescente bien cuerdo y de ánimo viril salía al campo movido por un impulso celestial, y de la misma manera que se caza a las fieras, intentaba herir y desbaratar, atemorizar en lo posible, a los terribles ejércitos de la impiedad, a los ladrones de la divina gracia. Tenía tanto odio a la maldad que le declaraba la guerra sin cuartel. ¿Qué guerra no declaró virilmente desde su tierna edad a todos los ejércitos del mal, a los monstruos bárbaros, y en la cual luchó valerosamente, y contuvo la osadía de los enemigos, y rompió su ímpetu, y resultó vencedor muchísimas veces, y consiguió casi innumerables trofeos de gloria para conseguir una feliz inmortalidad? De este modo tanto los suyos como los de fuera concibieron una casi increíble expectación acerca de su futura virtud. Pues nadie dudaba que al llegar a la madurez produciría ubérrimos frutos de piedad y doctrina, del mismo modo que un amanecer luminoso suele presagiar un ocaso brillante.

3. Desde niño desde edad muy tierna más veces se armó con un cuchillo y llevado por su compañero a otro niño salió del lugar para encontrarse con el demonio y darle la muerte, por haber oído que así hacía injuria a su Dios con la derrota de tantas almas, que son el tesoro del cielo y la heredad de Cristo nuestro bien. Parecen estas acciones argumento de pueril ligereza; todavía se ha visto que

fueron presagios de su vida. Pues, armado de celo, fielmente procuró guardar las almas para la eterna salvación, no sin contraste del infernal enemigo, el cual procuró en aquel exordio de su vida estorbarle en los adelantamientos del Espíritu despeñándole de un árbol, y dio con tal ímpetu en el suelo que, según la relación del compañero, fue asombro que no muriese. Pero patrocinado del auxilio divino, casi otro Anteo, se levantó determinado a derrotar al mismo demonio que lo había derribado. Por lo cual enfervorizado fue buscándolo entre unos olivares de aquellos campos.

5. Era nuestro José de edad pueril, todavía muy tierno en años, y solía ir con otro niño llamado José Marqués fuera de la villa a un olivar con algunos cuchillos para encontrar el Demonio y matarlo. Pueril simplicidad en verdad, pero efecto de la buena educación que le habían dado sus padres, y del hecho de haber sido elegido por la Divina Majestad. Una vez, andando por aquel olivar, subió decidido con su compañero a una higuera, porque les pareció ver al Demonio, y querían matarlo. Se rompió la rama en la que estaba nuestro José y cayó al suelo, por lo que debería haber muerto del golpe, como afirmó su compañero. Pero el Señor lo salvó. Es fácil pensar que fue el demonio quien le puso en este peligro, viéndole los principios, pues la rama no debía haberse roto por su peso, que era poco. Nuestro José tenía tan fija la idea de matar al demonio que estaba en ayunas en aquel olivar hasta tarde, sin pensar en comer nada, a pesar de que los niños pronto tienen hambre. Todo esto lo refirió Marqués, mientras estuvo en Roma en 1649 y 1650, siendo párroco de la real iglesia de Perpiñán.

6. Muy a menudo solía salir de las puertas de la ciudad y, armado de un cuchillo en la mano, correr con ímpetu por los campos, diciendo que quería a toda costa atravesar con mil heridas al enemigo infernal, y hacerle derramar toda la sangre de las venas. Una de las veces fue salvado por Dios de un peligro evidente de muerte, al que ya lo había conducido el Demonio, temeroso de tan elevados principios. ¡Oh claro pronóstico de las futuras victorias de José! ¿Quién vio en edad más tierna signos mayores de un alma fuerte y piadosa? Bien se adivina por el alba tan hermosa de su infancia el brillantísimo sol de toda la vida. Por un trazo se conoce un Apeles.

7. Todavía muy niño aprendió rápidamente los primeros rudimentos de la fe cristiana, y en aquella tierna edad dio signos de que lle-

garía a ser un gran siervo de Dios. Uno de ellos fue que oyendo decir que el demonio es enemigo de Dios e inventor del pecado, sentía una gran indignación y odio contra él, por lo cual más de una vez, empuñando un cuchillo y saliendo con otro de su edad, de nombre José Metiches, fuera de Peralta con santa simplicidad corría por aquellos campos y olivares desafiando al demonio a combatir, diciendo que lo quería matar, y recíprocamente, el demonio no dejaba de tender trampas al niño.

8. En su niñez con otro de sus compañeros salió de la villa con unas navajas con la idea de encontrar al diablo y matarlo. Simplicidad pueril, pero efecto de la buena educación de los padres y de aquello para lo que Dios le había elegido.¹² Y una vez que iban por esos campos con tamaño pensamiento, subieron con el compañero a una higuera, se rompió la rama, nuestro Calasanz se cayó y fue salvado por Dios, teniendo que haber muerto por el golpe según dijo el compañero.

9. Siendo bastante pequeño nuestro José, fue con un niño llamado José Moriches su par, sacerdote de la Real di Perpiñán, que murió en Roma en 1649 o 1650. Fuera de la villa, a un olivar con unos cuchillos para encontrar el diablo y matarlo: simplicidad pueril, pero efecto de la buena educación de los padres; y de aquello a lo que Dios le había elegido. Una vez, andando por ese olivar con ese pensamiento subió con su compañero sobre una higuera, se rompió la rama et nuestro José se cayó y fue salvado por el Señor, debiendo morir por la caída como dice el compañero, en cuyo peligro fácilmente le había colocado el diablo, viendo tan elevados principios. Y no debía haberse roto la rama por el peso; siendo el jovencillo de poca edad. Por matar al diablo, enemigo de nuestro bien, no le importaba de ayunar hasta muy tarde, una cosa que molesta mucho a los jovencillos.

10. Y porque una vez oyó a algunos niños maldecir y hablar palabras indecentes, cuando apenas de niño podía mantener la pluma en la mano, se arma con una gran cuchilla y sale al campo Caballero armado, diciendo que quería ir a matar los demonios que quitaban a Dios los niños, que por inocentes eran de Su Majestad tan queridos.

12 Picanyol añade al margen: correcciones y añadidos finales del P. Vicente Berro.

11. Refiere este caballero que Calasanz le exhortaba a menudo y en toda ocasión le aconsejaba que supiera temer a Dios huyendo de los vicios, y a tener odio al Demonio con palabras tan encendidas de fervor de espíritu, y que decía con un sentimiento tan grande que le parecía que no era un niño, sino un hombre proveyo y lleno de bondad. Entre otras cosas le decía: “Este es nuestro enemigo, ¿no sabéis que nos atrae siempre a hacer el mal? Yo tengo ganas de matarlo. ¡Oh, si supiera donde está ese feo y horrendo monstruo!” Y, agarrando un cuchillo, añadía: “En verdad os digo que le voy a dar una cuchillada tan grande que lo haré morir”. Casi siempre estaba pensando en lo mismo, y cuando ocurría que íbamos juntos a jugar en cualquier campo, pedía, incluso al mismo maestro, que le dijéramos si el demonio estaba entre aquellos árboles, porque estaba decidido a matarlo. Estando una vez con esta idea, me dijo que le parecía verlo encima de una higuera, y animó a Marqués a que le acompañara, y subiera con él a aquel árbol, cosa que hicieron. “Entonces, estando yo en otra rama sin ver nada –cuenta Marqués–, observaba lo que hacía él, cuando he aquí que el tronco sobre el que se había subido Calasanz con el cuchillo en la mano se partió de pronto, y yo me asusté y al mismo tiempo sentí miedo por el compañero que cayó al suelo, y afirmo que con toda seguridad debía matarse, por el duro golpe que se dio en el suelo. Y por otra parte, siendo la rama bastante gruesa y José de peso muy ligero, consideré que la había roto el demonio, porque se puede pensar que aquel, despreciando los altos motivos de un niño que estaba dispuesto a matarlo, no pudo tolerar ser provocado a luchar con un niño, por lo que rompiendo la rama en al que se hacía ver, lo tiró al suelo para llevárselo por delante. Verdaderamente fue un milagro, pues sin sufrir ningún daño de pronto se levantó él mismo del suelo. Pero nunca abandonó semejante propósito de firme voluntad, que es un claro indicio de lo que con el tiempo Dios iba a obrar por medio de él para ayuda de las almas, quien ya le asistía desde entonces con particular gracia y ayuda divina.

12. El niño tenía tanto amor a Dios que, oyendo que el diablo era su enemigo capital e inventor de todos los crímenes, pensó que podría matarlo con hierro, y le desafió a un combate singular, y con todas sus fuerzas intentaba enfrentarse con él para poder eliminarlo, portándose de manera ardorosa. Exhortaba vehementemente a los niños sus compañeros a amar y honrar a Dios, y a odiar y despreciar

al demonio malo. Más de una vez salió al campo con un cuchillo, buscando al diablo. Iba con él su compañero José Moschies, el cual, siendo Abad en Perpiñán refirió lo sucedido a otros, no sin admiración, y murió en 1649. El cual narra lo que consta en acta, que al final vio al demonio que se encontraba en un árbol, y el niño, lleno de ánimo, armado con el cuchillo subió al árbol. Pero lo que a los tímidos y cobardes espanta, a los que aman a Dios eleva su presencia de ánimo. El demonio malo le vio, y rompiendo una gruesa rama del árbol, lanzó con fuerza a José al suelo, y quizás fue obra de la B. Virgen, de quien él era devoto, que sus tiernos miembros apenas sufrieran daño.

13. José pronto comenzó a dar señales claras de haber sido elegido por Dios para sí mismo y para grandes cosas en la Santa Iglesia, porque entre otras cosas notables que hizo, una fue que, teniendo solo cinco años de edad, con un santo celo y sencillez (habiendo entendido que el diablo era enemigo capital de Dios y del hombre), armado con un cuchillo en la mano, varias veces salió de Peralta al campo, diciendo que iba a buscarlo para matarlo. Un día Pedro su padre oyó esto y salió inmediatamente a buscar a su hijo, temiendo algún encuentro siniestro, y cuando lo encontró lo llevó a casa con no poca admiración, no sólo de sus padres, sino también de todo el pueblo, que había oído tal acción misteriosa de José, persuadiéndose sin duda todos de que Dios haría grandes cosas por medio de ese niño, que a una edad tan tierna lo había declarado su Capitán General contra el enemigo común, quien, previendo la guerra que le iba a hacer el buen José a él a una edad mayor, le persiguió ferozmente, procurando varias veces hacerle caer en un pozo de la casa para ahogarlo, y con este fin le hizo caer de una alta higuera con evidente peligro de vida, donde el diablo lo había llevado fácilmente para evitar tan altos principios vueltos contra sí mismo, pero fue preservado por Dios y pronto liberado del daño sufrido, dando a entender al buen soldado de Cristo que había sido enviado por Dios al mundo para hacer la guerra contra el diablo, y para expulsarlo junto con los vicios, en lo que le fuera posible, de los corazones de los jóvenes, a través de la educación piadosa del nuevo Instituto que luego iba a establecer. No temía el niño bueno todos estos asaltos, invocando siempre el dulce nombre de Jesús y María en su ayuda, con los que rechazaba y superaba a todos sus enemigos y se mantenía victorioso y alegre, como él mismo informó más tarde a su confesor.

14. Grande fue también el odio que concibió contra el diablo, porque sabía que era enemigo de su amado Dios, y por lo tanto inventor del pecado y tentador de los hombres contra Dios. Así que, con una santa sencillez, a veces tenía tanta rabia contra él que, empuñando un cuchillo o cortaplumas, salía por las puertas de Peralta e iba por aquellos olivares y campos y lo desafiaba, diciendo que siendo solo un niño, tenía fuerza y coraje si viniera por allí para desafiarlo a un duelo para matarlo, lo que luego se supo por uno de sus compañeros de la misma edad y sentimientos, llamado D. José Moschies, que luego fue Abad de la Real de Perpiñán, y murió en Roma muy viejo el año 1649. Fue esto un buen índice del pecho constante y lleno de celo del honor de Dios y de la salud del alma, que el Siervo del Señor mostró luego durante el curso de su vida en todas las ocasiones. Bien lo previó el enemigo infernal, por lo que intentó varias veces matarlo.

Una de ellas la cuenta el P. Maggi, Teatino, en el compendio de la vida del Siervo de Dios escrito en latín, y fue que habiendo salido como de costumbre a desafiar al diablo en el campo fuera de los muros de Peralta con el mencionado D. José su compañero, el diablo, como otro Goliat ante David, creía que con su sola vista le aterrorizaría, por lo que apareció en horrenda y aterradora figura sobre un árbol muy alto. Tan pronto como lo vio el constante José, que como otro pastorcillo David, en nombre del Señor no tuvo miedo, sino que con un alma demasiado valiente, y que sobrepasa toda creencia humana, y máxime en un niño, todo corazón se dispuso a trepar al árbol, en el que había aparecido el enemigo, que aterrorizado ante tanto coraje desapareció, pero al huir, como un traidor, para matarlo, rompió una gran rama de aquel árbol a donde el niño había subido, pero en vano, porque donde lucha la Gracia debe renunciar el infierno; invocó los santísimos nombres de Jesús y María al sentirse la caer, y fue suficiente para que al caer permaneciera ileso, y la caída fue tan alta que en opinión del compañero antes mencionado tenía que haberse roto los huesos y quedar muerto; y después agradeció al Señor que así lo había liberado de las manos del enemigo, burlándose de su cobardía, que aterrorizado por un niño huyó, y fue con villanías y burlas desafiándolo por aquellos campos. Y si se declaraba enemigo del diablo, sólo porque era enemigo de Dios y amigo del pecado, ¿con cuánto mayor odio tenía que huir de él?

15. Puesto que habiendo oído que el diablo era enemigo de Dios y causa del pecado, como el primer rebelde a la divina Majestad, concibió contra él tal odio e indignación que varias veces sosteniendo animosamente un cuchillo, o una espada pequeña en su mano pueril, y acompañado de otro niño, igual a él en edad, salió de Peralta y fue buscando al diablo para matarlo. Y una vez subió a tal efecto a un árbol donde le pareció ver una sombra que él creía que era el diablo, y de pronto se rompió la rama donde estaba, y cayó al suelo; aunque fue ayudado y protegido por la mano de Dios, y resultó sin heridas ni daño.

16. En aquellos años pueriles cogió un tal aborrecimiento al pecado que, al oír a veces sobre su deformidad, se horrorizaba totalmente y concebía en su corazón una santa indignación hacia el mismo. Y porque oyó que el primer autor del pecado era el diablo, quien, como un enemigo de Dios, inducía con sus sugerencias a las criaturas a ultrajarlo, sin haber salido aún de su infancia, encendido con un celo santo del amor de Dios, agarró con sus tiernas manos un cuchillo, se unió con otro niño de su edad llamado José Mosches, y salió de Peralta a buscar al diablo, diciendo que quería matarlo, por ser rebelde contra Dios y un enemigo del hombre. Y otra vez en la que le pareció ver bajo la figura de una gran sombra sobre un árbol al diablo, corrió a tomar un cuchillo, y regresó al árbol y comenzó a trepar rápidamente en él para atravesar a aquel enemigo; quien previendo por estos signos cuánta guerra le haría José, trató de acortar el curso de su victoria quitándole la vida. Le rompió una rama bajo sus pies, y le hizo caer al suelo, con la esperanza de maltratarlo para que ya no tuviera la osadía de provocarlo. Pero la bondad divina que había visto al niño exponerse a ese peligro con el único propósito de defender su honor, se precipitó de alguna manera con su poderosa mano a defenderlo, de modo que no recibió ninguna lesión en la caída. De hecho, le inflamó cada vez más el deseo de luchar contra el enemigo, reservándolo para una lucha continua contra el infierno, para hacerla no tanto por sí mismo sino por medio de los niños, a quienes lo había destinado como guía, para que destilándole su santo temor en el corazón pudieran resistir los fraudes de un adversario tan poderoso.

17. Uno de los ejemplos principales fue que, cuando tenía José unos seis años, y no sabía aún usar la caña o la pluma, sin embargo, es-

taba ya acostumbrado a armarse con un cuchillo, y saliendo de la casa paterna iba a un olivar cercano, no para imitar a David contra el Gigante Goliat, o para seguir al gran Antonio en su lucha contra el monstruo de Estigia. ¿Qué le llevaba allí? Sólo se nos ocurre que era movido por la gracia celestial, que lo llevaba ya a luchar valientemente con los vicios, para coronarlo con laureles como vencedor de los vicios al llegar a la edad propecta. En este camino le acompañaba alguien, que vio a Calasanz, y era José Moschier, de la misma edad que él, y luego dignísimo abad de Perpiñán, quien narraba el hecho no sin estupor de los que oían, como está escrito en otro lugar, que viendo en un árbol a un enemigo con forma de etíope, se puso a subir al árbol impertérrito, donde el etíope del infierno le rompió la rama y le hizo caer a tierra, haciendo que la Virgen viniera en su ayuda para que sus miembros no se rompieran a tan tierna edad. Lo cual nos enseña con señales del cielo cómo era ya de joven aquel que sería el Jefe que armaría a quienes se preparaban para resistir a los infiernos, con el temor del Señor y otras virtudes cristianas.

D) Su blasón de armas era un perro que lleva una bolsa de dinero en la boca, lo que representa la fidelidad de Beltrán de Calasanz por el servicio hecho al Rey Jaime llamado el Conquistador, pues él había ido con 60 hombres de armas pagados a propias expensas en ayuda suya contra el Conde de Urgel, que había ofendido con palabras y actos inconvenientes a la Real Majestad.

Blasón, antepasados

3. Levantóse nuestro Venerable José reengendrado de las aguas no solamente como Moisés, mas también muy semejante a un perrito con alas que tenga y guarde en su boca una bolsa llena de monedas (que tales son los blasones y armas de la nobilísima familia Calasanz) no solamente para enseñar la fidelidad de sus antecesores, que con propio gasto armaron gente para socorrer al católico Rey Don Jaime el Conquistador contra el Conde de Urgel, que esforzadamente se oponía a sus designios.

4.3. Que nació en la familia noble de los Calasanz por parte del padre, que se llamaba Pedro, conforme vi en sus dimisorias, y por el lado de la madre María Gastón era igualmente noble, y cuando hice

la oración fúnebre, tuve noticia de un libro del que me serví, que habla de la nobleza de esta familia, de un tal Bernardo Calasanz, que sirvió a Jaime primero, Rey de Aragón, y porque este Beltrán sirvió con su propia bolsa al citado Rey, el mismo Rey en agradecimiento le concedió que se hiciera un escudo de armas con un perro con una bolsa en la boca, y estas armas las conservan los descendientes de dicha familia hasta el día de hoy, y esto lo sé por el trato que tuve con sus connacionales, como se habla ampliamente en la mencionada oración.

4.9. Puedo decirles además que cuando le estimulaba a veces a contarme cosas antiguas de su familia, en particular me contó un suceso ocurrido en tiempos de un Rey de Aragón¹³, que al ir a la guerra en Cataluña, el abuelo o bisabuelo del Padre José con setenta ballesteros fue a encontrarse con el Rey en el lugar de Corvins, en la cruz situada fuera de dicho lugar, a una milla o más, y habiéndose reunido allí con todo su gente como he dicho antes, pagada a su costa, se postró a los pies de su dicho Rey de Aragón, y el Rey le abrazó y recibió con gran amabilidad amorosa, y apreció mucho aquel servicio y obediencia que le había prestado, conforme hablan ampliamente las historias de los escritores de dicho Reino, tanto de esto, como de otros actos públicos, donde suelen congregarse los nobles de aquel Reino.

5. En el escudo de armas de la casa Calasanz aparece el ala de un ave, y como divisa tiene un perro con alas, que lleva en la boca una bolsa llena de dinero. La divisa se la dio el rey Jaime el Conquistador a Beltrán de Calasanz por haber ido con setenta hombres de armas en ayuda del rey, que estaba luchando con el Conde de Urgel, quien quería apoderarse de algunos lugares que tenía el rey en los estados del conde. Con esta divisa quiso explicar la fidelidad y rapidez que aquel Calasanz mostró en aquella necesidad, pagando además los gastos.

6. De ningún modo me abstendré de mencionar a un antepasado suyo, por una hermosa, aunque desigual correspondencia, que hay entre ellos. Todavía está tan viva en la boca de la gente como

13 Jaime I el Conquistador (1208-1276). Más que bisabuelo sería...

es célebre en los escritos de los historiadores la memoria gloriosa de Beltrán de Calasanz. Este enemigo de la tranquilidad del ocio pasó buena parte de su vida en ejercicios militares, y yendo con un buen número de soldados mantenidos a su costa contra el Conde de Urgel, recibió como premio de sus victorias del Rey Jaime el Conquistador como escudo heráldico de su familia un perro con una bolsa de oro en la boca. José, vigilando continuamente al cuidado de la Iglesia, mereció, no en atención a sus antepasados, sino por sí mismo, el título de Perro Fiel, y desembolsando con mano generosa sus facultades tuvo, no en la boca, sino en la mano, las bolsas de oro.

8. El arma o insignia de los Calasanz es un perro que lleva una bolsa llena de dinero en la boca, y esta fue concedida por el rey Jaime el Conquistador a Beltrán Calasanz por haber ido con setenta hombres de armas a ayudar a su Majestad, que iba contra el Conde de Urgel, explicando con ello el servicio que le hizo con toda fidelidad a su costa.

9. El escudo de armas de la Casa Calasanz es un perro que lleva en su boca una bolsa de dinero, y un ala de ave, y fue dado por el rey Jaime el Conquistador a Beltrán de Calasanz, por haber ido con 70 hombres armados en ayuda de Su Majestad mientras iba contra el conde de Urgel por la pretensión de algunos lugares que el rey tenía en los estados del conde; queriendo con esto explicar la lealtad utilizada por Calasanz en esa necesidad a su propio costo. Y si en poco tiempo pudo juntar muchos hombres y mantenerlos con sus medios hasta terminar la guerra, necesariamente debía ser persona ilustre.

10. Y si se puede gloriarse por dichosa, según aquello que dice el Espíritu Santo: *Dichosa la tierra cuyo Príncipe es Noble*, por tener por su soberano Príncipe al Católico Monarca de las Españas nuestro Señor, y por su inmediato y particular Señor al Excelentísimo Marqués de Aytona, y porque fue regida del Noble Pedro Calasanz, que fue su Juez Gobernador, padre de nuestro José Calasanz, mucho más feliz y gloriosa será en adelante por haber nacido en ella un tan Santo Varón. Fue José Calasanz hijo de oración, porque sus padres fueron igualmente nobles y virtuosos. Pedro Calasanz se llamó su padre, y Doña María Gastón su madre, ambos linajes de Hijosdalgo y de solar conocido en Aragón. Muy esclarecido es el de Calasanz, por ser rama hermosa de su ilustre tronco el Señor de Clarasvalles,

cabeza y primera raíz de la casa Calasanz, descendiente por baronía de aquel gran Beltrán de Calasanz, Señor de la misma villa de Calasanz que, como advierte Zurita, tomaban los apellidos de los lugares que poseían, según en las antiguas ermitas de la villa Calasanz aún se hallan esculpidas las armas de este nobilísimo linaje. Cabeza y tronco de la Casa Calasanz es el Señor de Claras Valles, y de su baronía en el Reino de Aragón, el cual es también Señor de Urban, Baltasaren y Carlán de Copons en Cataluña. Es también del mismo linaje y tronco el Señor de Ramastre, pero como procede de hermano mayor la Señoría de Claras Valles, antigua más de 300 años en la Casa Calasanz, esta es la Cabeza, y como a tal la reconoció el Padre José Calasanz, escribiendo desde Roma a todos los de su linaje, cuyas cartas conservan con gran veneración todos sus parientes, y muy en particular el Señor Don Juan Bayarte de Calasanz y Ávalos, Señor de Claras Valles etc., del Consejo de su Majestad, su Gobernador y Capitán General que acaba de ser de la isla de Menorca, el cual caso con la hija de los Señores de Concas, que hoy viven, y es nieto de la Señora Doña Francisca de Ábalos y Maull, mujer que fue de su abuelo Pedro Calasanz, Señor que fue de Claras Valles, etc. Este Don Juan Bayarte de Calasanz y Ávalos, que hoy es el Señor de Claras Valles, tiene la efigie del Bendito Padre José Calasanz, y en un Relicario de cristal con mucha veneración sus cartas, siendo la última de la fecha del año de 1648, que fue el de su santa muerte, en la cual le participa que tenía ya noventa y dos años, como despidiéndose del mayorazgo de su casa. El señor que es hoy de Ramastre se llama Don José Calasanz, de cuya nobleza quedará ya satisfecho el Lector, pues dejamos con lo escrito bastantemente asentada la antigua, y calificada de los progenitores de nuestro Santo José Calasanz, cuya vida escribimos.

11. Hay allí dos casas nobilísimas, por el esplendor de las armas y por la profesión de las letras. La primera es la de Calasanz. De esta cuenta la historia que en el tiempo en que el rey Jaime, llamado el Conquistador por sus victorias, hacía guerra contra el conde de Urgel, D. Beltrán de Calasanz, un caballero muy principal, se armó para defender a su rey, llevando consigo tropas de soldados a sus expensas. Después de luchar con gran valor contra el conde de Urgel, finalmente lo venció con una brillante victoria, y lo sujetó como vasallo a la corona real. Le agradó tanto al rey el servicio recibido y agradeció tanto el valiente coraje de D. Beltrán que, para conservar

perpetua memoria para los sucesores, quiso que en el escudo de armas de la familia Calasanz, en la que había un ala de ave, se añadiese un perro con una bolsa llena de dinero en la boca, mostrando con lo primero la fidelidad a su príncipe y con lo segundo la liberalidad, contribuyendo con su dinero a los gastos de guerra. Este es el origen de la casa Calasanz, de la que nació D. Pedro de Calasanz, padre de nuestro venerable José.

12. Brilló un cierto Beltrán de ella, quien sirvió con insigne fidelidad al Rey de Aragón Jaime Primero, cuando le necesitaba y estaba envuelto en temas de guerra y paz, y de fueros. El Rey salió en guerra contra los catalanes, y él le ayudo fielmente con setenta ballesteros armados a su costa, y mostró un gran valor en la lucha. El Rey adornó a su noble familia con amplios privilegios, y le permitió que en su escudo de armas representara un perro con una bolsa de dinero en la boca, que es la insignia hoy de los Calasanz, como escribe Bernardino Gómez en el *Libro de la vida y hechos del Jaime I, rey de Aragón*, Cuarto, fol. 80.

13. Uno de los cuales era el dicho Pedro, hijo de Beltrán Calasanz, que habiendo ido con un tercio de hombres armados a su propio costo en ayuda del Rey Católico Jaime, llamado el Conquistador, que hizo la guerra contra el Conde de Urgel, recibió de S.M. en agradecimiento de este servicio una bolsa llena de joyas, que para la memoria él colocó en la boca del perro que tenía en el escudo de su familia, además del ala estirada de un ave, como señal de su lealtad y disposición a servirle.

14. De la sangre más pura y noble de esa tierra fueron sus progenitores; Pedro de Calasanz se llamaba su padre, heredero y nieto de aquel Beltrán de Calasanz, noble caballero aragonés, a quien, por haber servido fielmente con muchos hombres a su costa al rey Jaime de Aragón llamado el Conquistador contra el Conde de Urgel, entre otros privilegios le dio por armas a la familia de Calasanz un perro con una bolsa en la boca, como narra Bernardino Gómez en la Vida del dicho Rey. Su madre se llamaba Doña María Gastón, de igual nobleza y riquezas, aunque de lo que esta noble pareja se gloriaba más era de ser ricos en las virtudes más firmes y cristianas; y para que no le faltara nada, el Señor les felicitó con una fructífera descendencia de siete hijos, de los cuales cuatro eran mujeres, y tres varones.

17. De sus antepasados se recuerdan pocas cosas. El primero de ellos fue Jimeno Fortuñón, que añadió a la familia el venerable nombre de Calasanz. Pues este Jimeno acompañando el ejército del rey Alfonso de España mostró su heroica fortaleza contra los moros, tomando Calasanz y el valle de Bardají con otros muchos lugares y castillos vecinos, y recibió como botín la fortaleza de Calasanz. Verdaderamente Fortuñón fue afortunado, y no sólo de nombre, en este asunto. Agradecido al rey, y para que su memoria perdurase, a su hijo que nació en el castillo de Calasanz le puso como apellido Calasanz, y quiso que así pasara a todos sus herederos. Y como los nombres gloriosos de los padres solían ser también honrosos para los nietos no desagradecidos, Jimeno, según una obra editada de Arauno, abandonando el antiguo nombre de Fortuñón quiso que en su escudo quedara sólo este nombre de Calasanz, orden que obedeció Guillermo, y entre los que le siguieron destaca Bernardo, el cual siendo rico, e industrial cultivador tanto de la guerra como de la paz, con insigne fidelidad sirvió con su casa y sus campos fielmente al rey de Aragón Jaime el Conquistador, y le acompañó como fiel vasallo a la guerra contra los catalanes con 70 ballesteros pagados con su propio dinero, y mostró el valor de Héctor, de modo que el Rey le premió de manera memorable, y dio muchos privilegios a su ilustre familia, y le condecoró con un escudo gentilicio con un perro vigilante que tenía en la boca una bolsa con oro y plata, símbolo de la fidelidad y de la generosidad que había mostrado, para envidia de los demás.

E) *Nació (el día en que pasó a mejor)¹⁴ vida san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.*

Fecha

4. En primer lugar, demostraré que fue y es cierto que, en el año 1556, en el pueblo de Peralta de la Sal, de la diócesis de Urgel, en el Reino de Aragón, nació el Siervo de Dios José.

5. Les nació este hijo el 3 o el 4 de septiembre de 1556, o 1558 según dicen otros.

14 Tachado.

7. Su nacimiento tuvo lugar el 11 de diciembre de 1556 durante el pontificado de Paulo IV.

8. Nació en 1556, si bien otros dicen que en 1558.

10. En el año de nuestra salud de mil quinientos y cincuenta y seis nació José Calasanz en la villa de Peralta de la Sal.

11. Corría el año 1556 del Señor. Gobernaba la Iglesia Pablo IV; regía el Imperio Fernando, primero de este nombre, y tenía el cetro de la monarquía española Felipe II el Prudente, cuando vino a la luz del mundo de una pareja tan afortunada nuestro José.

12. Nació el 11 de septiembre de 1556, en la octava del nacimiento de la Santísima Virgen, siendo Paulo IV el Santísimo Pontífice Romano

13. Nació, digo, José el séptimo, es decir, después de dos varones y cuatro hembras, el 11 de septiembre de 1556 y en el bautismo, no sin la providencia divina, fue nombrado José, lo que significa crecimiento, denotando que este hijo nacido en la octava de la B.M. María, tenía que crecer en edad y perfección tanto en sí mismo como en sus hijos espirituales en la santa Iglesia, que a la manera de un nuevo y bien ordenado escuadrón de soldados que como militares bajo la bandera de María había nacido entonces, al que debía servir como Capitán General durante todo el tiempo de su vida, y como fiel compañero como otro San José su esposo. José nació, digo, el 11 de septiembre de 1556, cuando acababa de morir S. Ignacio de Loyola, fundador de la Sagrada Compañía de Jesús, que murió el 31 de julio del mismo año 1556, es decir, cuarenta y dos días antes de que naciera nuestro José, dando pistas al mundo de que, como S. Ignacio había terminado y perfeccionado el edificio noble y santísimo de la Compañía de Jesús en la Santa Iglesia, llegaba inmediatamente el V. P. José para dar señales claras de otro edificio espiritual similar dedicado a la Virgen María su Madre con la nueva Religión de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías.

14. Nació el día once de septiembre del año 1656, estando sentado en la sede de Pedro el Pontífice Paulo IV, y gobernando la Monarquía española el muy prudente Rey Felipe II por la renuncia que hizo en él el Emperador Carlos V a principios del mismo año 1556.

15. El día de su nacimiento fue el once de septiembre, día en la octava de la Natividad de la Santísima Virgen, como que nació bajo

la tutela de tan gran Señora, que tuvo a lo largo de su vida como abogado singular, y siempre fue muy devoto a ella, ya que también fue muy devoto del glorioso Patriarca San José, esposo de la misma Purísima Virgen.

16. El día de su afortunado nacimiento fue el undécimo de septiembre, dentro de la octava de la Natividad de la Santísima Virgen, que lo había elegido como uno de sus siervos más fieles; para aumentar la gloria de su nombre muy divino, plantando una nueva religión que militaría bajo su bandera. Lo cual se conocido muy bien por haber nacido en el año mil quinientos cincuenta y seis, aquel en el que pasó el glorioso San Ignacio Fundador de la Compañía de Jesús a disfrutar en el cielo del premio de sus grandes méritos; como si Dios quisiera que al atardecer de una luz clara que había ilustrado en el mundo el nombre de su bendito Hijo, surgiera otro que propagase el de su amada esposa.

17. Año 1556 de la reparación de la salvación, gobernando en la Iglesia de la tierra el Sumo Pontífice Paulo IV, gobernando el Imperio Romano Carlos V, y teniendo el cetro de España Felipe II...

La cual, como para reunir el gozo de toda la tierra con la del cielo, quiso que fuera en el mes del nacimiento de la Reina del todo el mundo; y como indica el nombre de septiembre, José vio la luz en el séptimo parto, como los siete ríos, como los siete dones del Espíritu Santo, digno receptáculo para recibirlos. Y el día de su nacimiento fue el 11, lo cual fue un felicísimo augurio, como se ve en el obrero que fue llamado a la viña a la hora undécima. Naciendo en una fecha tan próxima a la de la Reina de los Cielos, estaba inclinado a tener gran familiaridad con ella en el futuro, como mostrarán los hechos.

Bautizo

4. Fue bautizado, educado piadosamente por sus padres, y confirmado en su momento.

5. Fue bautizado el 11 de septiembre con el nombre de José.

8. Fue bautizado el 11 de septiembre, unos días después de nacer. La fecha no debe pasar sin consideración, por ser el tiempo en el que murió S. Ignacio Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.

9. Así le llamaron cuando en la santa pila bautismal fue regenerado para el Señor el 11 de septiembre de 1556, como dicen algunos; hay que considerar que nuestro José nació poco después de que el gran patriarca S. Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús, dejara esta vida de miseria y subiera santamente al Cielo, tanto más cuanto que estos dos Reinos limitan entre sí.

Nombre

10. Fue sin duda misterio el llamarle José (nombre hasta entonces no habido en su casa), porque si José quiere decir *grande y acrecentamiento*, indicaba con ese nombre que había de dar grandes creces con sus virtudes a las glorias heredadas de su noble Casa. Si ya no decimos que quiso el Cielo que le pusieran por nombre José, porque había de renovar con la pureza de su vida, y con huir las persuasiones de mujer no menos principal de la señora Gitana¹⁵, Ama de aquel Gran Jose, hijo del Patriarca Jacob (como diremos) la fe y la castidad que aquel conservó en Egipto. Si ya también no queremos decir que fue indicarnos con ese nombre que, si el otro nunca bastantemente alabado (el Esposo digo de la Santísima Virgen María Nuestra Señora) fue devotísimo, como igualmente castísimo y purísimo compañero de la Santidad de la Madre de Dios: este nuestro José había de imitarle con todas sus fuerzas, y había de esmerarse tanto en servir a tan Soberana Princesa que, dejando su noble apellido solo de la Madre de Dios, querría hasta en el nombre ser llamado, pues estaba todo dedicado a sus obsequios.

14. Bautizado en la parroquia de dicha Villa, se le impuso el nombre de José, no muy utilizado en esa nación, aunque no sin misterio, pues, como aquel otro José, había sido elegido por Dios para nutrir con el pan de la doctrina y las letras si no a su hijo natural en su niñez, a los pobres hijos adoptivos de Dios por la Gracia.

15. También fue muy devoto del glorioso Patriarca San José, esposo de la misma Purísima Virgen, del que llevaba el nombre, que se le impuso en el santo bautismo, no sin la disposición del Cielo, no habiendo habido antes en el árbol de su linaje otro con este nom-

15 Egipciana, egipcia.

bre; de modo que del significado del mismo nombre, que significa “crecimiento”, y expresa lo mucho que tenía que crecer por virtud y méritos ante la Divina Majestad, y con cuánto mayor honor y gloria iba a ilustrar a sus antepasados de lo que había recibido de ellos en la nobleza de la sangre.

17. Después de toda esta serie ininterrumpida de héroes nació al final el ilustre descendiente don Pedro Calasanz, a quien se dio en matrimonio la ilustre heredera María Gastón (como se ha dicho más arriba), de quien tuvo cuatro hijas y tres hijos, de los cuales el último regalo del cielo fue José de Calasanz. Y fue un nombre cargado de augurios, pues de la misma manera que suena el nombre del José en el testimonio de la sagrada escritura, del mismo modo suena al recibir el baño del bautismo. Una vez recibido, se podía presagiar su futuro, pues Dios le iba a hacer crecer, no en el tamaño del cuerpo, sino por la propagación de los hijos espirituales en una gran familia.

Núcleo narrativo 2. Estudios universitarios y servicios antes de su ordenación sacerdotal (1571-1583)

A) Después de haber estudiado Gramática y Retórica con mucho aprovechamiento en versos y en prosa, fue enviado a las Universidades de Lérida, Valencia y Alcalá, y se doctoró en Sagrada Teología, Leyes civil y canónica.

Planes de su padre

5. Después de estudiar durante su niñez Gramática y Retórica con mucho aprovechamiento, tanto en verso como en prosa, al llegar a la edad de 17 años su padre quiso que se dedicara a la milicia, pero nuestro José se marchó de casa para dedicarse a estudiar, y fue a la universidad. Para dar a entender mejor a su padre cuál era su intención, se vistió de clérigo y recibió la tonsura del obispo de Urgel Mons. Dimas Loris el 7 de abril de 1575.

7. Algunos dicen haberle oído contar siendo viejo que salió de la casa paterna como huyendo, puesto que el padre, que era soldado de profesión y con un cargo importante, quería que José hiciera lo mismo, pero él, movido por otro espíritu y genio, se fue a escondidas a Lérida a estudiar.

8. Habiendo nuestro José estudiado gramática y retórica con mucho provecho en verso como en prosa, quiso emplearlo a su padre en la milicia, pero él procuró ir a los estudios, y para mejor desengañarlo, vistió de clérigo, recibiendo la primera tonsura en 1575 por el Obispo de Urgel.

9. Habiendo estudiado en su niñez la Gramática y después la Retórica, con mucho provecho, tanto en verso como en prosa, aunque su Padre quería dedicarlo al ejército, obtuvo permiso para ir a la universidad a continuar sus estudios, y para desengañar mejor a su padre se vistió de clérigo y tomó la primera tonsura del Obispo de Urgel en 1575.

10. Era muy grande el amor y cariño que a nuestro José tenían sus padres, holgábanse de tenerle ya Doctor y de edad para tomar estado, y así determinaron casarle con una doncella principal y muy rica, en cuyas bodas se persuadían se cifraba el consuelo y gozo de toda su casa; pero el santo Joven tenía firmísima resolución de guardar ilesa su virginidad, aunque con santa prudencia, por no disgustar a sus padres, a quienes amaba con el cariño de hijo tan querido, y veneraba con todo el respeto debido, los entretenía con dilaciones rogando en el interior a Dios Nuestro Señor que los consolase y que, sin faltar a la obediencia que siempre les había tenido, le concediese lo que deseaba, que era vivir en perpetua virginidad.

11. Su padre D. Pedro, como estaba desempeñando cargos honorables que mantenía en el ejército al servicio del Rey Católico, quería que el genio de su hijo se acomodase al propio, pero como él tenía ya la mira puesta en descubrir los engaños de las riquezas, de la vanidad y de los honores, con los precipicios de la fortuna, no podía en modo alguno encaminarse por aquella vía, y se detenía en la consideración de aquellas palabras del Sabio como si le fueran dirigidas a él: *“Reconócele en todos tus caminos y él enderezará tus sendas”*¹⁶. Teniendo siempre esto en cuenta, se mantenía estable en su firme propósito, y con toda modestia y habilidad de un ánimo sabio supo mostrar tan bien sus motivos que su padre D. Pedro lo dejó estar en su elección de continuar sus estudios y abrazar el estado clerical, lo que hizo el 7 de abril de 1575, recibiendo la primera tonsura de Monseñor Dimas Loris, obispo de Urgel.

12. Después de los rudimentos de Gramática, estudió Poética y Retórica. Y como no podía seguir los estímulos de los padres, que, llevados por el espíritu profano querían que se dedicara a las armas

para promover e instaurar la gloria de sus mayores, salió a escondidas de su casa, para dedicarse plenamente a disciplinas y estudios más serios, principalmente en la vida espiritual.

13. Pero debido a que el diablo había quedado avergonzado y vencido en la mencionada batalla, hizo pensar a sus padres en desposarlo con una dama noble muy principal y rica, su par, estimando con este matrimonio del hijo consolidar más su familia. Pero el joven José, teniendo un deseo muy firme de preservar su virginidad, estaba dando largas a sus padres con prudencia, para no disgustarlos, y oró insistentemente a Dios para que, sin perder el respeto y la obediencia debidos a sus padres, le concediera lo que él quería, que era preservarse siempre en su pureza.

14. España no es menos orgullosa por sus guerreros que por ser madre de literatos, y puede presumir con razón de tener en su territorio las escuelas más famosas y las universidades más eruditas del mundo católico. Solo una, Salamanca es tan famosa en todo el mundo, particularmente por el estudio de la Teología y las Leyes Civiles, que bastaría para justificar este orgullo. Cuánto más, cuando son tantas universidades, y todas célebres, las que tiene, que en mi opinión supera a todas las demás naciones del mundo en esto. Y lo que más hay que admirar en ellas es la pureza de la fe católica, y de la doctrina pura, que allí se profesa, teniendo su piadoso monarca en esto tan grande vigilancia, que siempre las ha mantenido puras y sin mancha. De la luz, por tanto, de tan nobles universidades nuestro D. José se sintió muy seducido, como alguien muy inclinado a los sagrados y sólidos estudios de Teología y Derecho, para estudiarlos en cualquiera de ellas. Pero sus padres, que sobre los excelentes talentos de su hijo no sentaban las bases de sus esperanzas, sino en el valor de la espada y el corazón, con los que habían adquirido sus antepasados la nobleza y el brillo de su familia, no querían destinarlo a las universidades de estudios, sino al campo de Marte. Pero a él no le importaba nada la libertad que tal vida le prometía; tenía el propósito de perfeccionarse en las letras y vivir en la paz de ellas, no en el fragor de las armas, para poder servir mejor al Rey Pacífico que se declara amigo y familiar de los que buscan sabiduría en los estudios sagrados, no de los que van tras la gloria que no puede ser inmortal, al ver a sus padres entre los muertos, y las caídas de los adversarios.

Conociendo ellos la constancia del hijo en querer dedicarse a las letras, teniendo 17 años, y siendo perfectamente erudito en Gramática, Retórica y Poesía en Peralta, lo enviaron con mucho gusto a estudiar primero en la universidad de Perpiñán, luego en la de Valencia, y finalmente, para progresar más, en la famosa universidad de Alcalá de Henares en Castilla. ¿Quién podrá explicar con cuánta avidez y diligencia se aplicó el nuevo estudiante a estudiar primero Filosofía, y Sagrada Teología, y luego también Derecho Canónico y Civil, y cuánto progreso en cada uno de estos estudios le hicieron llegar a ser en pocos años muy erudito en todas, hasta el punto de recibir en cada una de ellas con aplausos universales el grado de Doctor y Maestro?

15. Mientras José estudiaba en Alcalá de Henares, D. Pedro Calasanz, su hermano mayor, que tenía el mismo nombre que su Padre, pasó a mejor vida, después de haber estado casado durante unos tres años sin dejar sucesión, y esto fue aproximadamente el año 1579 de Cristo. Por lo que D. Pedro su padre instó repetidamente a José, que era el único varón que quedaba, con cuatro hijas, a saber, Juana, Magdalena, María e Isabel, que pronto se casaron, a regresar a su tierra natal y tomar una esposa. Pero José, que tenía en su alma otros pensamientos que el de entregarse al mundo, se había disculpado legítimamente con el pretexto correcto de terminarles los estudios.

16. Por esta razón, después de terminar el curso de letras liberales, trató con gran destreza con su padre, quien se inclinaba por aplicarlo a la milicia, para continuar sus estudios en la Universidad de Lérida, donde fue enviado a aprender las ciencias especulativas. José fue allí con un gozo extraordinario de su corazón por el gran deseo que tenía de hacerse cada vez más capaz de enriquecerse y beneficiar a los demás con el capital de las ciencias.

Mientras estudiaba José en Alcalá, hacia el año 1579 pasó a una vida mejor su hermano mayor D. Pedro Calasanz, que tenía el mismo nombre que su padre, por lo cual fue llamado a la patria con repetidas peticiones cariñosas de sus padres, porque habiendo quedado como el único vástago masculino, pensaron en casarlo. Pero José, que quería ser todo de Dios y nada del mundo, con el pretexto de querer continuar sus estudios, rogó insistentemente a sus padres que no quisieran violentarlo y atormentarlo; pero su propósito principal era no exponerse al peligro de tener que dar otro paso del que se había fijado en torno a su condición de clérigo.

Después de haber vivido dos años con tan digno prelado, tantas y tales fueron las presiones de don Pedro su padre, que se vio obligado a regresar a su patria, donde inmediatamente comenzó a perder toda la tranquilidad de su corazón, encontrándose en mil agitaciones, dadas las continuas presiones de sus parientes para que se casara. En estas turbulentas situaciones, José no tenía otro refugio que recurrir con oraciones cálidas y frecuentes a su abogada muy especial María Santísima, y a su dulce esposo San José, junto con su Santo Ángel Custodio. Y para lograr de la asistencia divina fuerzas para mantenerse sujetas al empeño de la razón las pasiones rebeldes, aumentaba sus penitencias, ciñéndose cadenillas de hierro sobre la carne desnuda, y macerándose con disciplinas, pero con más fervor y frecuencia de lo habitual se equipaba con los santísimos sacramentos, reconociendo que de ellos recibía nuevo consuelo para afirmarse cada vez más en la resolución tomada de servir a Dios en el estado eclesiástico.

17. José quedó como único superviviente de los tres hijos, así que su padre lo hizo heredero de todos sus bienes, y para este fin le procuraba un matrimonio noble. Cuando José se enteró de la idea de su padre, su ánimo se alteró no poco, pues quería vivir en el estado célibe, para entrar en el clero. Por esta razón con afecto filial comenzó a rogar a su padre que no se precipitara en cumplir su decisión sin consultarlo, sino que se dignara esperar el momento en el que el Señor manifestara claramente que debía abrazar ese estado. Mientras tanto él no dejó de orar para poder conocer la voluntad de la divina Providencia.

Universidades

2. De aquí José, para que pudieran colmar y defender las expectativas comunes de todos con mayor facilidad, sale de la casa paterna a las más famosas universidades de España en aquel tiempo.

3. Andó a la Universidad de Lérida, Valencia y Alcalá de Henares, donde en breve tiempo fue promovido y graduado en Filosofía, Teología y leyes, así civiles como Canónicas.

4. En tercero, demostraré que estudió en las Universidades de Perpiñán, Valencia y Alcalá, y obtuvo el magisterio en ambos derechos y en teología.

4.26. He oído decir del mismo Padre José que desde niño comenzó a estudiar, y hecho mayor siguió el estudio de las ciencias, es decir filosofía y teología, en un colegio importante, que no recuerdo si estaba en Salamanca.

5. Estudió en las universidades de Lérida, Valencia y Alcalá de Henares, en las cuales, huyendo de todas las libertades de los estudiantes, cultivó con total empeño primero las virtudes cristianas, y después las ciencias, en las cuales al terminar se doctoró en leyes civiles y canónicas, y también en sagrada teología.

6. Lo enviaron sus padres a los Estudios de Lérida, Valencia, Salamanca y Alcalá de Henares, y en aquellas floridas academias libó la perfecta miel de la ciencia. Por lo que, a la vista de los grandes progresos que ya había hecho, los suyos quisieron que se doctorase, cosa que hizo, en ley civil y canónica, y en sagrada Teología.

7. Cuando tuvo más edad se fue a Lérida por razón de los estudios superiores, y después fue a otras universidades de España.

8. y fue a las universidades de Lérida, Valencia y Alcalá de Henares, en las que con el tiempo se graduó en Sagrada Teología, Derecho Civil y Canónico.

9. Fue enviado a las universidades de Lérida, de Valencia y de Alcalá de Henares, donde en su momento se doctoró en Sagrada Teología, Derecho Civil y Canónico.

10. Cuidaron sus buenos padres de darle estudio, y fueron grandes las muestras que dio de su grande ingenio, estudiando las letras humanas y la Filosofía y la Sagrada Teología, con la Jurisprudencia y Sagrados Cánones, habiendo algunos años frecuentado la ilustre Universidad de Valencia, como también la insigne de Alcalá de Henares, mereciendo en premio de sus grandes estudios ser laureado en ambos derechos y en Sagrada Teología, habiendo concurrido en sus estudios y sido condiscípulo de aquellos grandes y famosos Maestros Báñez y Medina, y sido todos tres discípulos de aquel eminente varón Balbasor, dignísimo Obispo que fue de Jaca.

11. Se transfirió después a la universidad de Lérida, donde aprendió filosofía; fue a la de Valencia, en la que estudió sagrados cánones, y leyes; y, finalmente en la de Alcalá de Henares se aplicó al estudio de la sagrada teología.

12. Se dedicó a los estudios en célebres universidades; primero estudió filosofía en Lérida, luego ambos derechos en Perpiñán y Valencia, y luego Sagrada Teología en Alcalá.

13. Tras sus estudios de letras humanas, pronto pasó a las universidades de Lérida, Valencia y Alcalá de Henares, donde se aplicó de tal manera a las ciencias, que en definitiva las aprendió todas, y a la perfección, de modo que hizo sus demostraciones públicas con aplauso universal. Se doctoró primero en derecho civil y canónico, y luego en teología, y fue discípulo de aquellos dos famosos maestros, Báñez y Medina.

14. Conociendo ellos la constancia del hijo en querer dedicarse a las letras, teniendo 17 años, y siendo perfectamente erudito en Gramática, Retórica y Poesía en Peralta, lo enviaron con mucho gusto a estudiar primero en la universidad de Perpiñán, luego en la de Valencia, y finalmente, para progresar más, en la famosa universidad de Alcalá de Henares en Castilla.

Así es que él nunca hablaba, ni quería que otros hablaran en su presencia, de las prerrogativas de la nobleza de sangre de su familia ni de los privilegios de su Doctorado en Derecho y Magisterio en Teología recibidos en la distinguida Universidad de Salamanca.

15. Habiendo terminado Calasanz en Lérida el curso de Filosofía y Derecho Civil y Canónico, se doctoró en este, y luego se fue a Valencia, para llevar a cabo allí el estudio de la Sagrada Teología. Tenía José entonces unos 21 años, y se aplicó al estudio de la teología con no menos fervor del que había tenido en Lérida, ejerciendo sobre su persona el mismo estilo y norma de vida que había tenido estudiando Filosofía y Derecho.

16. Se trasladó a Alcalá de Henares, donde continuando sus estudios, se doctoró en Sagrada Teología.

17. Al crecer fue a otras academias, de Filosofía en Lérida, y de ambos derechos en Perpiñán, y después empezó con gran habilidad el estudio de la Teología en Valencia, y de tal modo brillaba entre todos por su erudición, que con el aplauso de todos fue elegido Rector de la Universidad.

Interrumpidos sus estudios en Valencia a causa del caso sucedido, de buena gana fue José a Alcalá de Henares para continuarlos, y con tanto provecho que, tras obtener el título en Sagrada Teología, después fue agregado con el título de Doctor en aquella universidad.

Cualidades y modo de vida

2. Es increíble cuánto aprovecha, y qué rápidamente progresa quien une la erudición con la piedad, de modo que empapen lo más íntimo del alma juntas, y de este modo poder enseñar a los demás la luz que uno posee; juntamente la poesía con las letras de los humanistas; la retórica con la dialéctica; la jurisprudencia con la filosofía; la sacra teología con las demás doctrinas. Reunía con las dotes de su ingenio las que son adorno del alma: avanzaba a la vez en virtud y en ciencia; conseguía al mismo tiempo la erudición de la doctrina con el esplendor de la castidad. ¡Cuánta piedad hacia Dios! ¡Cuánta observancia hacia sus preceptores! ¡Cuánta humanidad con sus compañeros! Todos admiraban no tanto la elegancia de sus letras cuanto la integridad de sus costumbres.

4.9. Y cuando estudiaba en la Universidad de Lérida siendo joven, me dijo el Sr. Mateo García, sacerdote y su condiscípulo en Lérida, de la misma edad que el Padre José, que Mateo era muy díscolo, y a menudo creaba problemas, por lo que se veía en serios apuros, y entonces recurría al Padre José, que con su consejo y ayuda lo liberaba de todo apuro, y solía decir que para él era el Espíritu Santo, no teniendo a nadie más que a él en sus tribulaciones. Y además me dijo que toda la juventud de nuestro país de Aragón le habían elegido como prior de la nación, y fue de ayuda para todos, y los suyos le apreciaban como hombre de toda virtud y bondad, y esto, como digo, fue en su juventud en la universidad de Lérida.

6. Enemigo del ocio, consumía estudiando todas las horas en las que otros se dedicaban al entretenimiento, y preocupándose poco de las satisfacciones corporales que los otros consideraban como medios necesarios para mantener la salud, eligió ser más bien flaco y docto, que unir la grosura del cuerpo con la del ingenio. Se conservaba tanto más humilde y bajo cuanto más elevados eran las ciencias y los honores que conseguía. Tenía por horizonte de sus acciones la honradez; fuera de ella, nunca vio ni oyó. Esto era el objeto de sus sentidos, el motor de sus afectos, la regla de sus pasiones.

7. Sea lo que fuera, lo cierto es que se aplicó de corazón y se dio a estudiar de tal modo que hacía progresos sorprendentes, aventajando y dejando detrás a buena parte de los estudiantes de su edad. Observando su ingenio feliz, su diligencia y rectitud de costumbres,

sus compañeros y los doctores lo consideraban el joven más brillante de su edad.

En medio de la libertad de los estudiantes vivía de tal modo que era considerado como educado y accesible, pero conservaba al mismo tiempo la inocencia de sus costumbres. Y como se veía en peligro de ensuciar su alma, acompañaba las oraciones con ayunos y otros diversos tipos de austeridad para domar mejor la insolencia de la carne, y someterla al imperio de la razón.

Se confesaba y comulgaba frecuentemente, y con su ejemplo y palabras tenía también a no pocos compañeros alejados del pecado. Se entregaba a la práctica de la humildad con gran aplicación, y siendo cortés y humano con todos, todos le tenían en gran estima, y él no se consideraba superior a nadie, sino el menor de todos. Tenía una destreza singular para apaciguar a los que estaban enfrentados, como atestigua en su deposición haber experimentado muchas veces en sí mismo Mateo García, por ser él en aquellos tiempos demasiado vivaz y dispuesto a meterse en peleas, en las cuales, encontrándose a menudo en grandes apuros, era librado de ellas por la habilidosa destreza de su amigo Calasanz. Este también depuso que José era tan querido y apreciado por toda la juventud de los estudiantes aragoneses que toda aquella nación, de común acuerdo, lo eligieron su Príncipe en la universidad de Lérida, como acostumbra los estudiantes, prestándole el honor, reverencia y obsequio que convenía. Y nunca había una reyerta entre los jóvenes en la que él no fuera mediador para calmarla, y diestramente ajustaba todas las diferencias con mutua satisfacción de las partes.

Consideraba suma gracia (y con razón) que Dios le hubiera dado su santo temor, y con vigilancia extrema custodiaba su pureza en cualquier lugar en que se encontrara. Era muy amigo de estar retirado, pero de tal modo que para el ejercicio de los estudios y de la virtud, a su debido tiempo no dejaba de conversar. Tenía, finalmente, tal don de divina bondad que podía atender al ejercicio de la caridad para con Dios y con el prójimo, y a los estudios de las letras sin que lo uno fuera impedimento para lo otro.

11. Fue grande en ellas su progreso, y se convirtió en el orgullo de sus compañeros, porque cada uno, como también sus maestros, admiraba la cualidad de su extraordinario ingenio, vuelto más digno de alabanza por el esplendor de la virtud, por lo que era tenido por el más brillante de aquellos tiempos. Si en su edad infantil causó

tanto asombro, qué podrá decirse sobre lo que había llegado a ser en su juventud con el aumento de juicio y saber.

Por cuanto testifican muchos de sus condiscípulos, y principalmente D. Mateo García, que dice que vivía de tal guisa en medio de aquella juventud libertina de estudiantes en aquel tiempo que, irreprochable de manera sobrehumana, no se desviaba fuera de lo debido con una intención recta y una voluntad santa, y como una flecha iba directo al blanco, aprovechando en la fe con las operaciones regulares de su caridad, de la cual estaba tan encendido como el cuerpo vive de lo que lo nutre, junto con el alma. Si de pequeñito odiaba al inventor de la muerte tanto como al pecado, de jovencillo, mucho más fortalecido por la gracia divina, lo tenía en horror por sí mismo, por el gran odio que le tenía. Alimentaba de continuo su alma con la oración, el cual ejercicio tenía por sustento de su espíritu tan necesario para nosotros como el pan para el cuerpo.

A la oración añadía el ayuno, muchas veces a pan y agua, y esta práctica la observó durante toda su vida. Además, practicaba otras mortificaciones, apretando su carne con cadenas y cilicios. Domaba la insolencia de aquella, contra la cual con mucha gracia y don de Dios se custodiaba tan puro e intacto que parecía un ángel encarnado. Sin embargo, él se consideraba el más pobre, vil y miserable de todos. Amaba y se sometía a cada uno, no considerándose en absoluto más que los otros, y no sabía cómo podría despreciar a nadie; con paciencia y buena voluntad escuchaba incluso a los que valían menos que él, sin considerarlos como tales. Prefería reconocer con humildad que era culpable antes que excusarse dando entrada en su pecho a la soberbia. No sólo no se turbaba en las contrariedades, sino que lo sufría todo con alegría. Refrenando el imperio de los sentidos, tenía su mente siempre fija en Dios, de quien justamente nos viene todo para nuestro bien. Así, procurando ser tenido en nada, poco le importaba ser apreciado. Y para ser dueño de sí, no apetecía nada de este mundo; sólo buscaba el sumo y verdadero bien, y sólo temía el pecado, que odiaba junto con quien lo inventó. Por eso amaba con ternura de corazón a cada uno. Mostrándose afable y benigno con auténtica caridad, parecía alegrarse del bien de los demás como del suyo propio, lamentando sus faltas, hasta el punto de que lo consideraban cortés, tratable y de Dios, que todo nacía del dictamen interno que tenía en su corazón de reducir a los demás al amor de su Creador.

Nunca se molestaba con nadie, por muy desagradable y molesto que lo viera, ni tampoco desesperaba de la salvación de quien se le mostraba arrepentido, como confesó García haberlo experimentado él mismo, que ya había sido sorprendido en una mala resolución tomada en el hervor de aquella edad, que le conducía a perder la misma vida del cuerpo, con la del alma. Se vio admirablemente y de hecho liberado del ataque de quererla poner en ejecución por la hábil prudencia y destreza de las eficaces persuasiones que le suministró la bondad de José, lo que él mismo no podía creer, como nos contó, que podría llegar a gozar de ello, sino cuando se vio vencido y guiado por sus santos consejos, al darse cuenta de aquello a lo que se exponía con tanto daño, y después, de aquello que es un motivo mayor para dar gracias a Dios en su siervo fiel: le había dado el amor a su Creador. El mismo añade que por tales efectos de piedad, que siempre obraba Calasanz con una más que humana prudencia y saber, era tan querido y aceptado en medio de aquella desenfrenada juventud aragonesa y de otras provincias que acudía a estudiar a aquella universidad, que, además de haberlo elegido (como acostumbran a hacer en las clases de estudiantes) su Príncipe de todas las facultades de la universidad, en la que vivía, dándole el debido honor y reverencia tanto por la nobleza de su sangre como por su saber y laudable virtud, también lo reconocían y aclamaban como guía de sus almas, maestro y regla de costumbres. Todas las peleas y disgustos nacidos entre ellos por obra del Enemigo, siempre eran pacificadas y compuestos los ánimos desunidos con amor mutuo y satisfacción de las partes por la gran bondad de José. Su vida irreprochable y su ejemplaridad no podían menos que encender los pechos de todos para seguirle y escucharle, especialmente en frecuentar los santos sacramentos, viendo que para él era más cotidiano alimento de su alma el pan de los ángeles que el material para su cuerpo. Se quedaban asombrados al verlo tan amigo del retiro y la soledad. El tiempo que le sobraba de la aplicación a sus ejercicios espirituales y al estudio de las letras, lo aplicaba al beneficio común de los demás, con los cuales hablaba. Y lo creían nacido para la salvación y conversión del prójimo a Dios, conociendo que no puede producir tales efectos un joven como ellos a no ser que fuera todo de Dios y en Dios, como dice San Juan: *“El que permanece en mí, como yo en él, ese da mucho fruto”*. Sin embargo D. José estaba alejado de la búsqueda y seguimiento de los aplausos, de los honores y de los gozos terrenos, y viviendo para sí

mismo, dedicado de lleno a la adquisición del verdadero bien, meditando asiduamente lo que había obrado y padecido Nuestro Señor Jesucristo en su vida y pasión, hasta morir por el hombre. Día y noche no pensaba en otra cosa sino en su santa cruz, y sólo anhelaba y quería estar unido a su divina voluntad para seguirlo entre cortes y pinchazos.

12. Por motivo de los estudios nunca descuidó la virtud, principalmente la oración, el propósito de cuidar su virginidad, ni la frecuencia de los Sacramentos, ni disminuyó su amor a Dios y a la Virgen. Tenía tanta erudición, opinión de integridad y autoridad entre sus compañeros que todos le eligieron de común acuerdo Príncipe. Y ejerció este cargo, conferido con gran honor, de manera tan admirable que Mateo García, que fu su condiscípulo, declaró bajo juramento lo siguiente: Calasanz fue elegido príncipe de todos, porque brillaba por su conocimiento, y en todas las cosas se cuidaba de los aragoneses. Y hablaba con tanta destreza y suavidad que lograba volver a la concordia a muchos estudiantes enfrentados, y era capaz de extinguir los odios y restablecer la paz. Y añadió que muchas veces lo experimentó en sí mismo, que tenía un carácter vivaz y a menudo andaba en riñas, de modo que llamaba a Calasanz su Ángel. Ayudó a muchos con sus advertencias y consejos. Y con su boca sonriente y gran habilidad, sacó a muchos del vicio y los llevó al camino de la piedad.

13. En el tiempo que duraron sus estudios, no se puede decir con cuánta modestia y retiro vivió el joven José. Huyó de la vida licenciosa de estudiantes poco temerosos de Dios, frecuentaba las iglesias y los Santísimos Sacramentos de Confesión y Comunión, y con su ejemplo atraía a sus otros condiscípulos a la misma frecuencia. Se ejercitaba no sólo en la oración para ganar fuerza contra el infernal enemigo, sino también en la mortificación de sus propios sentidos, para mantenerlos sujetos a la razón. Singular se mostró en la destreza en hacer las paces entre enemigos, principalmente entre condiscípulos, de quienes adquirió su amor y voluntad, y sobre todo de los compañeros aragoneses, que lo eligieron su príncipe en aquella Universidad, dependiendo de sus indicaciones, manteniéndolo como árbitro en sus diferencias y conflictos. Y en esto actuaba con tanta destreza el prudente joven que calmaba las reyertas, reunía a los discordes y restablecía amistades con gran beneficio de las almas y del honor de Dios, ganándose los ánimos de todos con su humildad al hablar, acompañada por la nobleza de su sangre y la excelencia de su conocimiento.

14. Es la vida de un estudiante en todas las universidades del mundo, pero sobre todo en las de España, tan libre, que se consideran lícitas y casi propias de ese estado todas aquellas licencias e impertinencias que les sugieren el sentido o el ardor de la juventud y la sangre; por lo que en este estado había ocasiones propicias para todo mal, incentivos muy galantes para el sentido, y compañeros listos para ayudar en cualquier acción inusual. Viéndose José entre tantos peligros para el alma y para su virginal candor, uno no puede creer con cuánto miedo, y por lo tanto con qué cautela y cuidado vivía. Se esforzaba principalmente en dos cosas, que, desde el principio de su vida, y en los años más tiernos había observado. La primera era poner toda su confianza en Dios, y en la protección de sus santos protectores, y sobre todo de la Santísima Virgen, a quien todos los días se encomendaba de corazón con mucha oración, que nunca abandonó, porque nunca estimó, como algunos juzgan falsamente, que podía impedir el estudio, y de hecho siempre experimentó ser de gran beneficio. Así que nunca dejó todos los ejercicios de piedad que había establecido en su patria como sus devociones diarias; y gracias a estos siempre estimó haber sido preservado de los graves peligros de caer en aquella fragilidad juvenil, que en el camino de un estudiante encuentra fácilmente muchas oportunidades para los placeres, la libertad y el ardor de la juventud. La segunda fue una gran cautela, que desde los primeros años de su niñez tuvo, como se ha dicho, para no tratar ni acompañarse de jóvenes de malas costumbres y gamberros, sabiendo que el alma que trata con los apesados de vicios es fácilmente invadida, y que no hay nada que haga más daño a la juventud que la conversación de los tristes. Así que ni acompañaba ni se familiarizaba con aquellos de los que sabía no tenían, o no podía atraerlos con su trato a su santo modo de vida y a sus sentimientos más santos. No fueron pocos los jóvenes a los que atrajo a una vida modesta y virtuosa en aquel estado; pues como el Señor le había dotado de tanta gracia y simpatía en el trato, y todos buscaban y deseaban su conversación, él se servía de ello para llevarlos a una vida virtuosa y ordenada. De uno de ellos en particular puedo ofrecer el ejemplo, porque sobrevivió al Siervo de Dios, y siendo ya muy viejo fue a declarar en el examen que se hizo en el proceso de las virtudes y milagros del Siervo de Dios. Fue este un caballero aragonés de nombre D. Mateo García, quien siendo joven estudiante en la Universidad de Lérida era más inclinado a Marte que a Mercu-

rio, y estaba a menudo entre peleas y jaleos, movido por su naturaleza, más que briosa, impertinente, a la más mínima ocasión, y por lo tanto se encontraba muy a menudo, como tales cabezas inquietas suelen encontrarse, en situaciones de peligro o de perder la vida, o el honor. Nuestro D. José le era como él decía, su Ángel Custodio, que con el consejo y con la acción le libraba de semejantes peligros, y le redujo al final a una vida más prudente, mansa y moderada. Luego, siendo muy mayor y sacerdote, lo confesó al Señor D. Miguel Ximénez, Canónigo de Lérida, quien lo depuso en su Proceso.

Y era tan cortés, agradable y querido por todos, que los estudiantes aragoneses le eligieron unánimemente príncipe de su nación en la Universidad de Lérida, un uso introducido en todas las universidades de España. A pesar de verse honrado por sus compañeros y estimado por sus maestros que, al verlo al mismo tiempo con buen ingenio, y tan virtuoso y modesto, lo querían mucho, no se hincha-ba y ensoberbecía. De hecho, humillándose, no sólo obedecía a sus mayores y Maestros y les servía con gran reverencia y sumisión, sino también a los iguales e inferiores, sirviendo a todos con tal cortesía y modestia, que todos le querían. Del amor que tuvo desde entonces a la hermosa virtud de la humildad, venía el que se estimase indigno de los honores que la hacían, y trataba de ocultar sus actos virtuosos a los ojos de todos. Como su caridad no podía dejar de ejercitarse, a pesar de que estaba aplicado a tantos y tan diferentes actividades que apenas tenía tiempo de dormir, a favor no solo de lo espiritual, sino también de lo temporal, de sus prójimos, encontraba el tiempo y la manera de dedicarse a visitar hospitales y al servicio de los enfermos, pero de manera que no fuera visto por los demás, y especialmente por sus compañeros, para que no creciera el concepto de bueno que tenían de él. No satisfecho con esto, para ir formándose, aunque en un estado tan libre como el de los estudiantes, en sí mismo la idea no solo de ser un religioso perfecto, sino también un fundador que debía ser de una religión perfecta, pasaba toda la noche en el estudio, o en la oración, contentándose con muy poco sueño, que aun siendo tan poco se lo daba a su cuerpo con mucha incomodidad, pues dormía en el desnudo suelo, o como hacía a menudo, sentado, mientras se encontraba estudiando, sobre la mesa, descansando y reclinando solo su cabeza sobre ella. Y añadía a esto frecuentes ayunos, disciplinas atroces que se daba, y ásperos cilicios y cadenas con los que mortificaba y sometía sus sentidos a la

razón. No es de extrañar que pudiera, en medio de tantas ocasiones y peligros, mantener siempre intacto el candor de su virginidad. Era tan amado de Dios y querido por los hombres, que nuestro José se encontró en pocos años tan aventajado en el estudio, que recibiendo primero en Lérida y en Valencia el grado del Maestro de Filosofía y Teología, y luego obteniendo en Alcalá de Henares el Doctorado tanto en Derecho Canónico como Civil, al dejar cada una de esas famosas Universidades, sobre todo en la de Alcalá, donde dio la última perfección a sus estudios, y era ya tan erudito que conquistó tal fama que todos deseaban tenerlo consigo, y tratar con él, porque había unido en sí una gran bondad de vida, gran erudición y letras, y una dulzura de trato tan noble y atractiva, que bastaba con hablarle una sola vez para permanecer ligado a él y obligado a amarle.

15. Cuando José terminó de estudiar las letras humanas, es decir, gramática, poética y retórica, sus padres enviaron a José a estudiar las ciencias en la Universidad de Lérida, la más cercana a Peralta, pues no está a más de seis leguas de distancia. Allí fue el joven con gran júbilo de corazón por las muchas ganas que tenía de aprenderlas, y se aplicó allí al estudio con no menor atención, por lo que en poco tiempo dio tales pruebas de la perspicacia de su intelecto que atrajo las miradas de todos, y más aún porque lo veían con frecuencia acercándose a los sacramentos de la penitencia y la comunión, armándose a menudo con ellos para librarse más fácilmente de las malas acciones y compañías que suelen ser la ruina y perdición de muchos estudiantes en las Universidades. De hecho, con su ejemplo atraía a otros de sus condiscípulos a la misma frecuencia de los Sacramentos. Por lo que se hizo universalmente querido de todos los estudiantes aragoneses, que, cautivados por las dulces y amables maneras de Calasanz, lo eligieron, según el uso de esa Universidad, como su Príncipe, y a él le presentaban las diferencias que nacían entre ellos, y él, con gran destreza y prudencia, los pacificaba y reunía los espíritus discordantes con satisfacción mutua. Uno de ellos se llamaba Mateo García, y era un joven muy vivaz, y por esta razón a menudo se encontraba mezclado en reyertas, y no tenía otro refugio que acudir a José para que le pusiera en paz con los demás. Y solía decir que José era para él el Espíritu Santo. Habiendo terminado Calasanz en Lérida el curso de Filosofía y Derecho Civil y Canónico, se doctoró en este, y luego se fue a Valencia, para llevar a cabo allí el estudio de la Sagrada Teología.

16. Fue, pues, tanto el buen ingenio y la aplicación asidua al estudio, que en poco tiempo levantó grandes expectativas, tanto más porque acompañaba el estudio con tal modestia y ejemplaridad que se atraía la admiración de todos sus compañeros de estudios. A menudo lo veían por las iglesias, recibiendo los santísimos sacramentos, recogido en sí mismo, dispuesto para todas las obras de piedad, caritativo con los necesitados y, en resumen, un retrato de las virtudes morales más bellas que pueden brillar en un cristiano perfecto. Por esta razón, muchos, a imitación de él, reformaron sus vidas, y deseaban su conversación, con el fin de tener la posibilidad de confirmarse mejor en las buenas intenciones de servir al Señor y avanzar en la virtud: Acompañaba a todos los que lo observaron con tal dulzura y suavidad de trato que cautivaba las almas de quienes trataban con él. Por ello los estudiantes aragoneses de la Universidad, atraídos por las amables maneras de Calasanz, le eligieron según la costumbre de esa Universidad su príncipe, al que remitían las controversias que surgían entre ellos y que él, con gran prudencia y destreza, componía fácilmente reuniendo con mutua satisfacción las almas de la discordia. Y, entre otros, uno de ellos llamado Mateo García, que era muy juerguista, y que se veía en problemas más frecuentemente que los demás, recurría inmediatamente a José para ayudarlo a resolverlos, como sucedía, por lo que llamaba a nuestro Calasanz su ángel guardián.

17. D. Mateo García, que fue su condiscípulo, juró sobre lo anterior con estas palabras: *“Calasanz fue elegido Rector, porque brillaba por su doctrina, y porque todos los aragoneses lo trataban con amor, honor y estima”*. Por lo demás su palabra tenía tanto poder entre sus compañeros, que cuando había disputas entre ellos, venía a poner la paz entre ellos, y era capaz de restablecer la concordia, y lo que no es menos, tenía una rectitud de costumbres tal que en su presencia (como en la de Bernardino de Siena) ninguno se atrevía a hablar de cosas indignas, ni usar palabras o gestos en ese sentido.

B) *Le ocurrió ser buscado para desempeñar el oficio de secretario de una nobilísima señora, la cual, observando su modestia y costumbres, se le aficionó de tal manera que, habiendo ocupado a sus criadas en otros quehaceres, quedó sola en la alcaoba y llamó a nuestro Calasanz, al cual manifestó sus lascivos deseos. A guisa del otro José de Egipto huyó de aquella casa en*

busca de su confesor, y allí determinó no querer en adelante entrar más en la casa de aquella señora, como lo hizo.

Tentación

2. ¿Por qué, siendo ya famoso tanto por su doctrina como por su castidad, más de lo que parecería normal por su edad, fue nombrado de mala gana secretario y consejero de una pía y nobilísima señora? Creo que se trata de un hecho promovido por Dios, para que, amenazada, brillara más hermosa su virtud, y para que este nuevo José fuera digno de alabanza lo mismo que el antiguo. Era José, lo sabéis bien, de hermosas facciones, de aspecto decoroso y comportamiento digno, de modo que *La virtud es más agradable cuando viene de un cuerpo hermoso.*

Atraía las miradas y las alabanzas de todos, y qué prudentemente y con qué pudor trabajaba en las habitaciones interiores de la casa de la rica mujer. Ocurrió sin embargo que una vez, en la que no había testigos, ella le acometió con caricias mientras hacía su trabajo. ¿Qué creéis que hace este para renovar la fe del José de Egipto en España, para instaurar su constancia, para conservar la castidad? No abandona su manto, sino su trabajo. No sale fuera de la habitación, sino de la ciudad, ni pudo quedarse dentro de unos muros en los que se da cuenta de que el pudor era impugnado, no propugnado; ofendido, no defendido. Tan grande era en aquel honestísimo joven el amor al pudor, tanto el candor de su virginidad. De aquí el hecho de que a menudo en lo sucesivo renunciara a la familiaridad de los amigos de los que sospechaba que echaban a perder la flor de los cuerpos.

3. Anheló una señora de mucho porte enriquecerse de dichos tesoros, y para eso procuro tener a José en su casa con título de secretario. Con ese oficio de confianza en poco tiempo tomó ocasión de confiarle lo ardiente de sus ciegas pasiones. Originábanse de los raros modos y prendas de José, que como yesca cada día cebaban y engendraban nuevos incendios amorosos en el corazón de aquella señora. De suerte que un día supeditadas (aun con la propia reputación) las humanas y divinas leyes, acostóse en su rica cama y haciendo venir a José (que en otro cuarto estaba escribiendo) con un gesto listen lisonjero y lascivo le rogó cariñosamente que inclinase el ánimo a sus torpes deseos. ¿Qué hará en este caso José? Los pre-

ceptos de la Dialéctica no valen para deslindar las falacias de amor cuando el demonio concluye con las premisas de los sentidos. La Filosofía queda burlada; la teología, inválida; ni se atreven a decidir las civiles o canónicas leyes lo que puede suceder. Pero nuestro fidelísimo y al lado dogo ladró contra aquella fiera que pretendía preñar los tesoros de las ciencias con aquellos de la gracia y juntamente del temor de Dios. Imitó al otro patriarca José. Huyó no solamente de la señora y de su casa, mas de aquella ciudad también. Remontó el vuelo y, libre de aquel peligro, vino a parar en su Patria. Dicese de aquel antiguo José *ut castitatem tenere reliquit pallium*. Este dejó con la vida de seglar todos los hábitos de la vida mundana. Y porque no podía dejar a su carne doméstica y cruel enemiga ciñóla de cadenas y cilicios. Reprimíala con agudas punzadas, oponiéndose a sus desordenados estímulos. Y para conseguir mayores victorias y sujetarla en todo al Espíritu, metióle en su boca el áspero freno del ayuno. No contento de vivir en una perpetua abstinencia, frecuentaba muy a menudo el ayuno a pan y agua. Con esto apagaba el fuego deshonesto y cebaba más y más la abrasadora llamarada del Divino Amor.

5. Le ocurrió que se encontró en peligro depender su pureza virginal (por accidente, sin culpa suya) por la malicia de una señora casada. No quiso volver a entrar en aquella casa ni pasar por aquella calle; hasta ese punto custodiaba esta celestial y preciosa joya.

6. Ocurrió para mayor prueba de su virtud que, encontrándose un día en las habitaciones más retiradas de una dama, a la que servía de secretario, fue ásperamente atacado por sus dulces y deshonestas lisonjas. ¿Qué harás, José, en esta situación? ¿De qué modo harás vanos los cantos de esta Sirena, o, mejor dicho, los silbidos de esta Medusa? Si tiendes el oído, tienes seguro el letargo; si vuelves los ojos, te conviertes en piedra. Te veo en un laberinto, pero mucho más peligroso que el otro, porque aquí Ariadna conjura con Minotauro para devorarte. ¿Qué harás, José, cómo te protegerás de un afecto tan potente con todos? Yo sé que para librarte deseas las espinas de Benito, la nieve de Francisco y el fuego de Martiniano, pero ¿dónde están? Tienen alguna similitud, es cierto, con las primeras los dientes, con la segunda el pecho y con el último las pupilas de quien te asalta, pero no te salvarán estos; al contrario, si te sirvieras de ellos, te perderían. ¿Qué harás aquí, José? Te lo pregunto. Pero

tú, que sabes qué inadecuada es la tardanza en decidirse ante los peligros de la sensualidad, huyes precipitadamente. Tu fuga es similar a la de los Partos: triunfa, pero no sólo de ella, que quedó desilusionada en su esperanza más allá de todo lo que podía creer, sino del infierno, que sabe qué pocos resisten a la influencia de la belleza. ¡Oh, cuánto podría decirse de tan hermosa y maravillosa victoria de José! La oportunidad del lugar, aderezado tal vez aquel día con pinturas artísticas que sirviesen de incentivo a la concupiscencia; la edad juvenil del vencedor, que llena, como dice David, los lomos a los hombres de ilusiones; la belleza de aquella infeliz, que para asegurarse la victoria es verosímil que apareciera en el lugar acompañada de encantos y cortejada por las gracias... Pero rechaza la pluma consagrada en los claustros de una religión tan ejemplar dar vueltas durante mucho rato en torno a materias similares. Sábetete que, si bien es cierto que amplificadas estas cosas podrían destacar más vivamente la victoria de José, podría también derivarse de ellas (tanta es la fragilidad humana) el producir en las almas, no perfectas, conmociones poco loables. Así es, ciertamente; y el mismo José me enseña con su huida que éxitos logrados de este modo no deben tratarse más que huyendo. Concluyo, pues, diciendo que huyó, pero venció; y que a imitación del antiguo José no solamente dejó el manto, sino que renunció al trabajo, abandonó la casa y eligió el exilio voluntario de aquella región.

7. Después, a causa de la buena fama que corría de sus cualidades, una gran señora le pidió que entrara a su servicio como secretario. Aquí el casto joven se vio en gran peligro de ver naufragar su pureza. Por ser de hermosos rasgos, angélica modestia y cortés en el trato, hizo el demonio que la señora se aficionase a él con amor desordenado, atreviéndose incluso a invitarlo con lisonjas a cumplir sus deseos, pero con el temor de Dios, que siempre estaba a punto en su corazón, pudo librarse de una situación tan peligrosa con una fuga veloz, abandonándolo todo a imitación del José hebreo, cuyo nombre llevaba. Huyó, pues, no sólo de la casa de la señora mencionada, sino también de la ciudad, y se volvió a Peralta su patria, agradeciendo al Señor que lo hubiera iluminado y fortalecido su debilidad para resistir y vencer los fieros asaltos.

8. Durante estos estudios ocurrió que se había puesto honradamente a servir en la casa de una dama honrada como su secretario, y

esta, tomando cada vez más afecto a las buenas cualidades del joven Calasanz, una vez envió fuera de casa a sus dos sirvientas, y mientras escribía el casto joven Calasanz se sintió llamar por la señora, y al llegar la encontró en la cama desnuda, y con palabras amorosas y signos lascivos le invitaba a yacer con ella, por lo que confundido el casto joven huyó de la casa, yendo inmediatamente a ver a su confesor, y nunca más entró en dicha casa ni pasó por aquella calle.

9. Para hacer estos estudios ocurrió que se había puesto al servicio honradamente en casa de una honrada señora como su secretario, y ella, viendo las buenas cualidades del joven Calasanz, sintiendo por él un creciente afecto impuro, una vez mientras escribía, después de haber ocupado a sus dos de sus sirvientas, enviándolas a un asunto fuera de casa, oyó que le llamaba la señora, y llegando a su habitación la encontró desnuda en la cama, y con palabras amorosas y signos lascivos le provocaba a hacer el mal, por lo que confundido el casto joven huyó de la casa, yendo a ver a su confesor, y nunca más entró en esa casa ni pasó por esa calle.

10. Muerto este sapientísimo Prelado, el Doctor José Calasanz se acomodó por Secretario de Estado en una casa principal. Era nuestro José Calasanz hermosísimo de rostro, de lindo aire, en el talle grave, en su portarse majestuoso, y cuando era más modesto, tanto parecía más hermoso, porque de la suerte que viendo el humo conocemos que allí hay fuego, así por la modestia exterior se descubre la calidad interior. Las palabras santas, la modestia de sus ojos, y la buena compostura que en toda su persona y sentidos mostraba nuestro casto mancebo, eran humos con los cuales descubría el fuego del amor que a la castidad tenía. Pero su señora andaba tan perdida que, sin reparar en el descrédito de su persona y olvidada de las obligaciones de su sangre, declaró su amorosa pasión a su Secretario José, el cual respondió con razones prudentes, amonestaciones y consejos tan saludables para desviarla de aquel moroso delirio, suficientes para que la enamorada señora mudarse de propósito, asegurada del silencio que le había prometido el santo Joven, mientras no le inquietase más en cosas tan en daño de su preciosa joya la castidad, de tan grave ofensa de Dios y descrédito de su persona y nobleza. Y aunque se reportó la noble matrona algunos días, al fin, para desahogar con mayor libertad su ánimo, halló medio, como con pretexto de cartas de gravísima importancia, se quedó a solas

con su Secretario, a quien la apasionada señora provocó primero con palabras amorosas, y aun dio licencia a las manos, mas librése de ellas nuestro José, dejando no solamente la capa, como hizo en Egipto el otro José hijo de Jacob, pero aún la casa, la ciudad y la provincia, templando el agrio de los trabajos, que venía a sufrir, partiéndose desacomodado, solo y a pie, ausentándose de aquella ciudad y de toda su comarca, pero muy alegre con la suavidad y gozo de haber conservado ilesa su virginidad, porque por más que no se esperase el premio debido en el Cielo, lo mismo que se padece por su conservación, es suficientísima paga, pues lo padece el amante por la cosa tan amada como es la pureza y la castidad de quién virgen la quiere guardar ilesa, como lo fue el Bendito José Calasanz toda su vida, premiándole Dios con esta virtud, por la esclarecida victoria que alcanzó en ella, como lo testificaron los Confesores que le confesaron de toda su vida, y particularmente los primeros Fundadores de los Carmelitas Descalzos en Roma, que afirmaron esto, como las muchas veces que fue visitado de la Santísima Virgen Nuestra Señora y de Santa Teresa de Jesús, siendo el principal de ellos el Bienaventurado Padre Fray Simón de la Escala, español, Confesor que fue muchísimo tiempo del P. José Calasanz, el cual con haberle sobrevivido y muerto mucho después del Padre Calasanz, con todo se trata con mucho fervor de la Canonización de este Siervo de Dios Simón de la Escala, en la Sacra Congregación de Ritos.

11. El Demonio no podía contener ya sus fieros asaltos para aplastar a este siervo de Dios, del cuyos fuertes y grandes avances temía una guerra cruel, a no ser que encontrase la manera de vencerlo y aplastarlo. Vivía en aquel país una gran señora, cuyo nombre se omite por el debido respeto, a cuyos oídos llegó la fama y el prestigio de D. José de Calasanz, y después de haberlo visto se aficionó mucho a su persona, y por todos los medios posibles quiso tenerlo como amigo y confidente para servirse de sus consejos y consultar con él en cosas de importancia (de este modo el mentiroso traidor ocultaba en su mente la máscara que no podía durar mucho). Admiraba ella los discursos virtuosos y santas acciones del casto joven, como también el que fuera de hermosas facciones y aspecto agraciado, así como de angélica modestia y cortés en el trato. No quiso el Demonio perder una ocasión tan favorable para encender el fuego y atar el pecho de la mujer, del mismo modo que tejió y urdió la red contra José el justo y casto en la mujer de Putifar, príncipe del ejér-

cito del rey Faraón. La mezquina se le fue aficionando, y creciendo el fuego de la concupiscencia, se sirvió de las artes y engaños que le suministraba el tentador para reducir a José el pío y casto a sus caprichos, tal como el Sabio describe a aquella en los Proverbios: *“Con sus muchas artes le seduce, le rinde con el halago de sus labios”*. No se está en el campo de batalla sin enemigos, y es necesario que haya con quien combatir para quien quiere ser fiel a su Dios. Entró el Demonio en casa de esta señora y sirvió para que D. José se acercara más a Dios. Él al principio no conoció el aspecto de la guerra de su fiero enemigo, que urdía la tela para vencerlo, despojándolo de la preciosa joya de la castidad, a pesar de que él siempre estaba armado contra su contrario con las virtudes de la templanza y el santo temor. Con su recta intención, no creía que hubiera malicia en la afabilidad y gentileza de ella. Pensar mal fácilmente suele ser ligereza, y un alma buena no suele tener pensamientos sino correspondientes con sus justas y rectas operaciones. Finalmente, la ciega, como quien ya había sido vencida por el fuego del infierno y perdido su decoro y honradez, se atrevió a descubrirse manifiestamente para atraer a su desenfrenado apetito a José el casto. Se dio cuenta entonces el continente joven de que el pecador con sus secuaces *“tensan su arco, ajustan a la cuerda su saeta, para tirar en la sombra a los rectos de corazón”*. De repente, como el otro, gritó *“¡al ladrón!”* el fiel perrito, y dijo: *“¡Jesús mío, nunca ocurra tal!”*. Consideró que sólo en la huida tenía segura su victoria en un asalto tan abominable; cerró los oídos a los silbos infernales, y volviendo la espalda al áspid, generosamente sordo, y con gran velocidad se puso a huir, mientras decía gritando: *“Dios me ciñe de fuerza y hace mi camino irreprochable, hace mis pies como de ciervas, y en las alturas me sostiene en pie”*.

Y así, corriendo velozmente, salió de aquella casa e incluso de la ciudad para no volver nunca allí, tomando el camino de su patria Peralta de la Sal. Donde, llegado con increíble alegría suya, dobladas humildemente las rodillas y vuelto solamente a su Dios, le dio las debidas gracias por haberlo liberado de todos los lazos impuros de Satanás, y por haber fortalecido su debilidad contra su feroz enemigo en una ocasión tan abominable, diciéndole así: *“Te doy gracias, Señor Jesucristo, porque desde la infancia custodiaste mi juventud, para no ser arrebatada mi mente por mis enemigos, ni ser desviado por las sendas que llevan al interior de la muerte. Ayuda-*

do por ti atravesé las inmundicias del diablo por una calle inmaculada. A ti solamente te entrego mi fe como un siervo, y a mí mismo con toda devoción”.

12. Después fue a casa de cierta matrona, siendo su secretario. Fue acogido liberal y espléndidamente; ejercía continuamente sus labores, y era tenido por todos con honor, y se ocupaba de la amplia casa, los asuntos familiares, y vivía una vida cómoda. Pero el demonio, a quien había desafiado en su tierna edad, no dejaba de acechar y prepararle insidias, e incendió a aquella matrona, la cual, atraída por su carácter, modestia y aspecto agradable, y movida por un amor impuro, deseaba a José, que no sospechaba nada y que encomendaba cada día su virginidad a Dios y a la Virgen, y lo atrajo a su habitación, para conquistar su insigne pudor, dejando aparte todo tipo de consideraciones. Pero el valiente púgil de Dios escapó a la trampa. Pues llevado por su virtud y por su brillante ingenio escapó no solo de aquella casa, sino también de la ciudad, y volvió a su pueblo, despreciando las ganancias y comodidades, para conservar completamente su integridad de ánimo y su pureza. Siendo ya anciano contó a algunos de los suyos su secreto, exhortándoles vehementemente a que en cualquier ocasión que se les presentara, huyeran rápidamente de ella.

13. Muerto este sabio Prelado, el diablo urdió inmediatamente un complot y una trampa para hacer que el joven José cayera en la deshonestidad, como lo hizo otra vez a José el Hebreo, porque movió a una dama principal de Barbastro para desear deshonestamente al joven José, pues era de rasgos singulares, y de modales elegantes pero modestos, más aún por verlo desempleado de los estudios del obispo fallecido. Por lo tanto, buscó la dicha señora con buenos medios que el Dr. José (con el pretexto de cuidar de sus muchas riquezas y tierras) frecuentara su casa, y como médico de virtud y prudencia gestionara sus causas, y le guiara en el gobierno de sus muchas haciendas. Pero habiendo olvidado la dama el temor de Dios y el perjuicio de su persona, no pasó mucho tiempo hasta que descubrió sus malos deseos al buen joven José, que rojo y lleno de vergüenza al encontrarse en tal peligro de manchar su pureza tan custodiada por él, respondió por entonces con razones y correcciones muy eficaces para desviarla de su mal pensamiento. Y, en efecto, estuvo algún tiempo sin acosarlo, y siguió cubriendo ese fuego

de amor deshonesto en su corazón sin pensar, sin embargo, en apagarlo por completo con la enmienda, sino en mantenerlo hasta otra coyuntura más oportuna, como hizo. Pues el diablo la volvió a solicitar ferozmente, y ella intentó un día (con el pretexto de querer consultar en secreto algunos asuntos importantes de su casa) estar a solas con el Dr. José, a quien pronto descubrió impacientemente su mal talento, porque con palabras halagadoras y con medios y términos indecentes comenzó a provocarle a la deshonestidad. Pero el buen José, movido por el Espíritu divino, ya no le contestó con palabras, ni dio más oídos a los cantos de esa sirena infernal. De hecho, de repente se aferró al único remedio (para no ser quemado por tal fuego infernal), que fue huir no sólo de esa casa, sino también de la ciudad con tal presteza y aborrecimiento del caso que le había sucedido, que sin buscar ningún consuelo caminó a pie a Peralta su patria muy feliz, por haberle Dios preservado de tal peligro, y logrado tal victoria, por la que Dios le recompensó conservándolo en su virginidad durante todo el tiempo de su vida, como sus confesores lo testificaron después, y particularmente el P. Fray Simón, Carmelita Descalzo, uno de los primeros fundadores en Italia de su Religión, y el P. Juan de Jesús María, llamado Castilla.

14. El enemigo del hombre que siempre busca su daño, conociendo el daño que desde tan elevados principios de virtud y sabiduría en José con el tiempo podría hacerle, por el bien que traería a infinitas almas por sí mismo y por el santo Instituto que fundaría, intentó con todas sus fuerzas impedirlo; y para ello quiso usar aquellas armas que le hicieron triunfar en el paraíso terrenal, para conquistar la castidad de José, que no era menos amigo de la castidad que el primero. De hecho, custodiaba todas sus virtudes mediante la cuidadosa custodia de su castidad, como se ha dicho. Pensaba el diablo, y no sin fundamento, que haciéndole perder esta arruinaría el Instituto. Pero el mezquino se engañó, pues donde el cielo lucha a nuestro lado con su gracia, el infierno no puede sino ser vencido. Había en una ciudad de España una princesa muy noble, de cuyo nombre e ilustre nobleza y títulos por modestia guardamos silencio; esta, oyendo la fama de la gran virtud de D. José y de sus buenas letras, tanto hizo con el obispo, en cuya casa estaba, como mencionamos antes, que al final le hizo aceptar el pasar a servir en la casa de esa dama con el cargo de secretario. Colocado en esa corte, pronto se convirtió en el dueño absoluto de todas las voluntades, no sólo de los demás corte-

sanos y familiares, sino de la propia señora. Y lo que más importa, sus grandes virtudes tenían tanta fuerza, que pudieron reformarla en poco tiempo por completo con el ejemplo de sus virtudes, y con las exhortaciones eficaces y caritativas de Calasanz. Mantenía en ella una gran paz, cosa difícil en las grandes cortes, donde la envidia y el orgullo mantienen siempre vivas las disputas y peleas, pero D. José con su prudencia y afabilidad atraía a todos a su voluntad, para contentarse manteniéndose en los límites de su estado, con lo que la corte inferior no era agraviada ni la otra vilipendiada, sino que, con muy buen orden según el dicho del Apóstol, a quien amor, amor; a quien temor, temor. La señora misma parecía regular su vida con los indicios de Calasanz, estimando y amando su virtud tanto como se merecía. Así que no hacía nada sin consultarle, y encantada de su virtuosa y erudita conversación, le gustaba quedarse mucho tiempo y de buena gana encontraba la oportunidad de hablar con él. Pero todo esto, que parecía un afecto honesto y virtuoso, hizo el enemigo del hombre que pasara a fomentar el amor infame y sensual. Comenzó la dama, que no era ni fea ni vieja, aunque viuda, a parecerle hermosa no sólo el alma, con el noble adorno de la virtud, sino también el rostro, con rasgos graciosos y vivos, con los que la naturaleza le adornaba; y creciendo lentamente la llama llegó a estallar en un fuego voraz, que consumió toda honestidad, modestia y alma. A menudo trataba con su secretario, pero no le contaba el único secreto que le atormentaba el corazón, mientras de cualquier otro secreto le había hecho no solo su árbitro y secretario, sino maestro absoluto. D. José, que no podía sospechar nada de ese maldito afecto, seguía su conversación, tratando de mantenerla entre lo gracioso de su trato afable, y la utilidad de sus prudentes advertencias y consejos. Los dones que recibía de la liberalidad de su patrona eran muy grandes, que no puede sino ser liberal el amor con quien ama, y estimándolo él solo como efecto de un alma noble y generosa, sólo trataba de no mostrarse ingrato con un servicio fiel y exacto, lo cual solo servía para encender con llamas más vivas aquel corazón y atar aquella alma con cadenas más inquebrantables, que al final frágil, como de mujer, no supo vencerse a sí misma y se rindió completamente a la discreción de aquel amor sensual, que cuanto más tiene de brutal menos tiene de discreción. Rotas, pues, las barreras de la honestidad y del honor, y olvidada de su alma y de su sangre, decidió satisfacer a toda costa sus apetitos bestiales, y disfrutar de aquella

belleza que tan aprisionado tenía su corazón. Así que un día llamó a su amado secretario, como si quisiera hacerle escribir una carta con un gran e importante secreto y se encerró con él en su gabinete más retirado. Viéndose allí a solas con él creyó que podría llevar a cabo sus infernales intenciones. D. José se dispuso con su habitual modestia y reverencia a escribir, esperando de boca de la patrona el secreto que tenía que poner en aquel folio, y muy ajeno a imaginar lo que sucedió. De repente vio palidecer a la patrona, luego se inflamó su rostro y entre la vergüenza y el amor que luchaban en ella, una para callar, el otro para hablar, al final con una voz temblorosa y poco segura dijo: “D. José, tus actos elegantes, la nobleza de tu rasgo, lo virtuoso de tu trabajo, y la belleza, seamos realistas, de tu rostro, me han robado el corazón y han atado mi voluntad a amarte; por lo tanto, no sólo te he hecho dueño de mi familia, y de todo lo mío, que como bien sabes está puesto a tu disposición, sino también de toda mi persona, de modo que cuando quieras estoy lista para servirte, para tu placer. Por lo tanto, aprovecha la ocasión que el destino te presenta, aunque la verdad sea dicha, no viene tanto de la suerte como de tu gran mérito”. Aunque entre las habituales cortesías y expresiones sobrecogedoras permanecía un tanto perturbado Calasanz, y como en un justo no puede caer tan inmediatamente el mal concepto del prójimo, pensaba que eran expresiones de cariño de una patrona bien servida, que con esas bondades amorosas quería obligarle a continuar con fidelidad y puntualidad en su servicio, por lo que con iguales expresiones de respeto reverente y reconociendo lo muy honrado y favorecido que se encontraba en aquella casa, se mostró muy dispuesto a servirla incluso con su propia vida y con su sangre; y la señora, que ardiendo con llamas de amor inmodesto lo quería más como amante agradecido que como servidor fiel, ciega por su pasión, le puso un brazo en el cuello y le dijo: “¡Qué servidor, qué servidor! Cuando eres el amo absoluto de mi voluntad y de mi corazón, que arde y se consume en el fuego de tu amor, y te ruega esa ayuda y correspondencia que solo puede restaurarlo de un fuego tan ardiente”. Se puede imaginar cómo quedó el casto joven ante lo inesperado e increíble del hecho. Se quedó helado, desconcertado por el asombro y el miedo al verse en peligro a solas con una mujer, siendo ambos jóvenes y hermosos. La señora, una vez perdida la vergüenza que era una barrera y freno a su afecto deshonesto, se desahogó con los actos, palabras y expresiones más deshonestos y torpes que

le sugería su lujuria, y que creía más apropiados para hacer caer en pecado al joven, al que veía demasiado púdico y constante.

Pero ¿qué harás, D. José? ¿Cómo puedes vencer en una batalla tan peligrosa? Estás luchando contra una mujer joven, hermosa, rica, noble, tu patrona, y al mismo tiempo ardientemente enamorada, que como mujer y bella te atrae al deleite; como rica y noble te fascina con el interés, y como enamorada te asegura que para ambos tendrás tanto como desees y cuanto quieras. ¿Qué resuelves, pues? Supongo que el diablo en su pensamiento le sugería: “Has encontrado tu fortuna, y con solo contentarla, ahora que eres joven podrás probar cuán dulces son los frutos del amor; serás rico, feliz, dueño de tu propia patrona, y, como consecuencia, de todas sus riquezas, estado y familia, y ¿quién sabe si con el tiempo no podrás aspirar también a casarte con ella? Aunque tú no eres de su alta conspicua nobleza, no eres innoble, y esa desigualdad, que la hay, puede quitarla el amor en un momento al declararte su cónyuge. Vamos, no pierdas esta oportunidad, el pecado es de fragilidad, no hay circunstancias agravantes; es un secreto que no dará lugar a escándalo ni peligro; así ¿qué piensas, qué te preocupa, qué esperas a darle gusto?”. Esto le sugería el diablo mientras aquella descarada hacía su parte como nunca había hecho una mujer para precipitarlo en el infierno. Cuando D. José, que al final no era de bronce, sino de sangre y compasión muy amable, y bien inclinado por tanto al amor, al verse en tan grave y evidente peligro de perder su tan amada y estimada virginidad, con todo su corazón invocó la ayuda divina y recurrió a la intercesión de aquella Virgen, que fue la precursora y maestra de todas las vírgenes, y le encomendó la defensa de su pureza, luchando entre oleajes de tentaciones tan poderosas.

Se acordó entonces de aquel hebreo cuyo nombre tenía, del que imitaba el candor, y de la huida que hizo de su patrona la esposa de Putifar en un peligro semejante; y ya sin prestar atención a sus propios intereses, ni a otras comodidades, le dio la espalda a la impúdica patrona, salió de la habitación, dejándola avergonzada y confusa, y con ella a todo el infierno, que ciertamente creía romper su continencia y destruir su castidad con un encuentro tan peligroso. No le bastó a nuestro castísimo D. José el haber superado al enemigo en un encuentro tan difícil, sino que, sabiendo lo peligroso que es, y especialmente en tales batallas, la ocasión, no presumiendo (como otros presumen de sí mismos, que por haber superado una peque-

ña tentación se consideran impecables, cuando el astuto diablo a veces abandona el campo, o finge cederlo, para asegurarse de que la caída sea más cierta y más mortal), sino siendo entonces más temeroso no tanto del diablo, como de sí mismo, que este es muy a menudo el mayor enemigo del hombre, pensó que ya no estaba seguro en esa casa donde el demasiado amor que le tenía buscaba hacerle tanto daño a su alma la impúdica patrona; así que con la máxima prudencia, aprovechando no sé qué pequeña ocasión, y haciéndola parecer grande, y suficiente para licenciarse del servicio de aquella señora, partió no sólo de su casa, sino que para evitar aún más peligro, para el alma y para el cuerpo, que podía temer de su desdeñada patrona, que ardía de ira por verse no sólo no correspondida a sus amores impúdicos, sino también abandonada y huida de su amado demasiado rígido, y cambiaba el amor en odio, también abandonó esa ciudad, y victorioso del infierno y de la carne regresó a su patria Peralta para aplicarse allí totalmente a la virtud.

15. Pero poco se quedó en esta Universidad, porque el diablo le tendió una trampa de perdición. Era él de hermosa presencia y rasgos elegantes, y una dama noble en cuya casa solía trabajar, le llamó un día a un lugar apartado, y le comunicó sus feos pensamientos, provocándole al mal. Se quedó helado el casto joven ante tan impensable asalto, y ayudado por la gracia divina escapó diestramente de los ataques descarados de esa Mujer, y tras darle la espalda salió (a imitación del otro José en Egipto) de la habitación, y de la casa, y fue a encontrar a su Padre espiritual, y, con el consejo de este, decidió también dejar incluso la ciudad, cosa que hizo inmediatamente, y fue a Alcalá de Henares para continuar sus estudios, donde, después de estudiar la Sagrada Teología, se doctoró en ella.

16. No contento solo con estas ciencias, porque tenía su alma orientada al estado eclesiástico, y deseaba un conocimiento cada vez más profundo de Dios que se aprende mediante el estudio de las facultades teológicas, decidió, teniendo entonces unos veintiún años, trasladarse a la Universidad de Valencia, y entregarse por completo al estudio de las letras divinas. Así lo hizo, pero su estancia en ese lugar fue corta, debido a un encuentro que el diablo había preparado para su hacerle caer.

Al llegar a Valencia, por cortesía con sus padres, se vio obligado a hacer algunas visitas a caballeros y damas de esa ciudad. Una de

ellas, atraída por la presencia y trato elegante, aunque modesto, de José, se dirigió a él para rogarle que le ayudara a escribir unas cartas urgentes de importancia. El buen joven que no suponía ninguna malicia en una acción inocentes y cortés, no supo rechazarla, pero entonces se dio cuenta de que se trataba de una estratagema del diablo para aprovecharse de su inocencia. Pues lo llevó a un lugar apartado y le descubrió descaradamente sus intenciones con actos o palabras tan impulsivas al pecado que no se necesitó más que el coraje de José para vencer la tentación. Cuán sorprendido quedó el casto joven a tan malvada petición, solo puede imaginarlo el que sabe qué gran pérdida es la de la flor de su pudor. El espíritu que faltó en sus labios para la respuesta, le pasó a los pies para acelerar su escapada, pues volviéndole inmediatamente la espalda no solo salió de esa casa, sino que por consejo de su confesor, a quien inmediatamente recurrió, también abandonó la ciudad de Valencia y se trasladó a Alcalá de Henares, donde continuando sus estudios, se doctoró en Sagrada Teología.

17. Con ocasión de sus estudios teológicos, como se ha dicho más arriba, José se encontraba en Valencia, y entre la nobleza también se dio a conocer a muchos, hombres y mujeres, con los que seguramente tendría que tratar en razón del parentesco, por orden de su padre o de su madre. Y entre ellos, una señorita, que no era de baja cuna, se le fue haciendo familiar, e invitaba a menudo a José para pedirle consejo. Yo creo que Dios arreglaba las cosas de tal manera que la virtud brille más tras vencer los peligros, y de la misma manera que el antiguo entre los egipcios, el nuevo José mereció la alabanza de la victoria entre los valencianos. Pues ocurrió que aquella joven, que solía reunirse con José para pedirle consejo, viendo lo gracioso de su rostro, y otros adornos naturales en su bien formado cuerpo, encontró atractivos que la inclinaron a la concupiscencia. Y como el enemigo de todas las almas nunca dejó de poner trampas a José (con el cual ya luchó de niño), encendió en el corazón herido de esta Venus desvergonzada el fuego del deseo, de modo que no pudo ocultarlo, así que cuando se presentó la oportunidad, habiendo alejado a los testigos, a la manera de la mujer de Putifar manifestó abiertamente sus deseos. ¿Qué hizo José? Se renovó en España la fe del patriarca José, porque sin duda vive a salvo de la impureza quien hace al temor de Dios custodio de su conciencia, e imitando allí mismo la acción heroica de su tocayo, no sólo huyó

raudo como el viento del impúdico lugar, sino que poco después se volvió de Valencia a su pueblo. ¡Tal era la integridad el amor en el joven modestísimo! Tanto el amor a la virtud de la virginidad.

C) *(Volvió a la patria donde) (Antes de regresar)¹⁷ Se enfermó después gravemente y con hacer voto de hacerse sacerdote de pronto recobró la salud.*

Enfermedad y voto

3. Remontó el vuelo y, libre de aquel peligro, vino a parar en su Patria. Tuvo en llegando una gravísima enfermedad. Hizo voto de tomar el orden sacerdotal. No tardó a cumplirlo luego que consiguió la salud.

4. En cuarto, demostraré que a los diecinueve años de edad entró en el estado clerical, y luego, estando enfermo hizo el voto de hacerse sacerdote, sanó de la enfermedad y para cumplir el voto recibió las órdenes menores, y luego las mayores y el sacerdocio, como consta en sus patentes, que indican el lugar de su celebración.

4.3. Que hizo un voto para convertirse en sacerdote lo oí decir al Padre Vicente, quien cuidó a dicho Padre.

5. Mientras estaba en la universidad cayó gravemente enfermo, y se dudaba mucho que pudiera seguir vivo. Aunque su cuerpo estaba enfermo, su mente estaba muy sana. Sintió un impulso interno de ofrecer a Dios su castidad, e hizo voto, y además de hacerse sacerdote. Una vez hecho este voto de corazón, sintió que se le quitó la fiebre y sanó totalmente.

6. Enfermó gravemente, pero haciendo voto de hacerse sacerdote, curó súbitamente. Quizás no pretendía el cielo por medio de esta enfermedad nada más que exigir a José el tributo ya mencionado. La fiebre, instrumento en las manos vengadoras de Dios, quería incitarlo a los honores, no deprimirlo con los castigos. Bien a menudo las mismas aflicciones son causa de muchos gozos. ¡Qué diversos son los caminos del mundo y los de Dios! Aquel eleva para suprimir; este suprime para elevar. Tensó Dios un poco más las cuerdas para arrancar una melodía más sonora, y para que no perdiera el rit-

17 Estas dos frases están tachadas.

mo, lo sacudió con esta enfermedad. Oirías cantar entonces a José aquel motete: “Ofreeceré al Señor mis votos”; mientras, de regreso a su patria (si es que puede reducirse la patria de un virtuoso a una sola ciudad), se ordenó de subdiácono; accedió al diaconado; fue ordenado sacerdote.

7. Habiendo vuelto a su patria no estaba ocioso, sino que se entregó más de lo habitual a la oración, a los ayunos y otras penitencias, dedicándose a las obras de caridad en beneficio de los demás, no sólo dedicándose a los ejercicios espirituales, atrayendo a muchos a las santas ocupaciones, pasando buena parte del tiempo en honrar a Dios y apartándolos de las ocasiones de ofenderlo cuando podía, y todo lo que hacía era para honor de Dios y utilidad del prójimo. No mucho más tarde cayó gravemente enfermo, y dándose cuenta de que su enfermedad era mortal, confiando más en Dios que en los remedios humanos, con cálidas oraciones recurrió a él, obligándose con voto a hacerse sacerdote si recuperaba la salud.

8. Siendo ya doctor sufrió una enfermedad muy grave, y con inspiración divina se sintió interiormente movido a hacer un voto de hacerse Sacerdote, y una vez hecho de corazón, de pronto se sintió sano.

9. Ya doctorado, sufrió una gravísima enfermedad, y con impulso divino se sintió interiormente movido a hacer un voto de hacerse sacerdote, y tras hacerlo de corazón, inmediatamente se sintió sano.

10. Fue de Su Majestad oída su oración, porque le envió una grave enfermedad, tal que se despidieron los médicos, atestiguando que, si no era milagrosamente, no viviría. Entonces nuestro bendito enfermo, con firmísima esperanza en la Divina Clemencia y en la poderosa intercesión de su Soberana Protectora María Santísima, llamó a sus padres y les dijo que ya habían oído de los médicos que se moría; con todo si ellos condescendían con agrado con un voto que quería hacer, confiaba firmemente que sin duda alguna estaría luego bueno. Sus padres, deseosos de tenerle vivo, con muy buena voluntad condescendieron gustosos con la súplica de su devoto hijo, el cual apenas pronunció el voto de perpetua virginidad y de ser perpetuo capellán de la Madre de Dios ordenándose de sacerdote luego que estuviese sano, mejoró, y tan aprisa que en muy breve tiempo fue Sacerdote, con gran regocijo de su bendita Alma y consuelo grande de sus padres por tenerle vivo, aunque no en el estado que pretendían.

11. Un accidente tan peligroso, en el que José reconocía que el mérito y la victoria se debían sólo a la benignidad de Dios, no podía quedar sin gran fruto en su alma. Su inteligencia, mucho más iluminada, le persuadía de que en su vida nunca estaría seguro y libre de los asaltos del enemigo sino con la ayuda divina. Como un fuerte guerrero en las crudas batallas de este mundo peligrosísimo, se ceñía para lograr cualquier mayor provecho y salud en los insultos de sus mismos enemigos, y para no deber estar ya nunca sin armas hasta el último suspiro. Dios suele privar de consolaciones a los que ya han crecido en el espíritu, y sustentarlos a su placer con el pan de las lágrimas y con el alimento de las tribulaciones y contrariedades. Cuando falta el viento, hay que poner la mano en los remos, y quien ama en medio de las tribulaciones y luchas con sus enemigos, avanza mucho en el camino del cielo. Vuelto, pues, un fortísimo guerrero contra el infierno comenzó con más temor del acostumbrado a dedicar la mayor parte del tiempo al santo ejercicio de la oración, y no sabía suspenderlo felizmente más que para hablar de Dios, o tratar con él. Se había dado cuenta de que los entretenimientos humanos son ciegos e imperfectos en comparación con los que elevan el alma al goce del sumo bien y lo mantienen en su presencia, para tener ingreso a exponerle su débil flaqueza e implorar su divina ayuda, y esto le resultaba más provechoso por medio de la oración, y como un tributo más grato a su Creador, y esta tenía por compañeras las obras santas. Se entregó completamente centrado en la amistad y gracia de Dios por medio de la oración, y a aumentar el mérito con sus habituales, pero más rígidos, ayunos, añadiendo rigurosas penitencias, flagelando y afligiendo su cuerpo, macerándolo con áspero cilicio y además con una larga vigilia, dedicada a sus continuos ejercicios espirituales. Le daba para reposar la tierra desnuda, implorando siempre la divina asistencia. Reprimía las pasiones del sentido, y con una mente santa y perfecta, centrada en las reglas verdaderas, la razón no temía en absoluto a los estímulos de la lascivia y las seducciones terrenas en los engaños de su enemigo, de tal modo que libre de hecho no tanto de los vicios como de las ocasiones, gozaba de tranquilidad, con un amor encendido hacia su Dios en sí mismo. Vivía con admiración de todos con una pureza de ángel, que parecía más de Dios que del mundo.

Estando José entregado completamente al servicio y al amor de su Creador, quiso este por su divina bondad hacer brillar su grandeza en las obras de su fiel siervo y hacerlo digno de aquellos atributos y

aquellas gracias de las que le había llenado admirablemente desde su niñez, y entregarlo a la adquisición de almas. Era increíble el fruto que lograba con su hablar y tratar con la gente. De su boca sólo salía la verdad, y doctrina evangélica, y aquello de lo que ardía su corazón: el amor a Dios y el odio al pecado y a todo el infierno. Sus discursos llenos de solidez y saber de pureza y enseñanza con una atractiva y eficaz persuasión suya natural, o más bien don de Dios, reducían a todos a desarmar la obstinación de la mala voluntad huyendo del vicio, y a buscar el bien del alma. Sus palabras llenas de admirable elocuencia y acompañadas de su gran bondad no podían por menos que producir frutos en los pechos de los que veían tal en sus costumbres que les conmovía la doctrina corroborada por su ejemplo único. Con tales efectos de piedad y provecho para el alma, todos gozaban de la imitación del bien de su alma, y continuando José afligiendo su cuerpo con las asperezas rigurosas de su vida ejemplar, fue voluntad de Dios que cayese en una grave enfermedad, considerada en la opinión de los médicos mortal, con universal disgusto de los que lo tenían por dulce y amoroso soporte para sus almas. Pero el enfermo, viendo en sus cosas siempre la divina voluntad, tenía como ventajoso para él el estar enfermo. No le asustaba recibir la muerte de su benigna mano a quien en los días de su vida no hacía otra cosa sino morir; sólo le desagradaba no haber sabido vivir lo suficientemente bien como decía que debería haber sido su obligación, a pesar de que lo había deseado.

Adorando la divina voluntad, el enfermo estaba totalmente conforme al gusto de Dios, a quien tenía por su medio y único fin, sin poner ninguna confianza en la medicina humana, sino sólo en la ayuda divina, y vuelto hacia su Creador, dentro de sí mismo le dijo así: “Señor y Redentor mío, si es tu voluntad, y sirve para mayor gloria tuya y servicio y ayuda del prójimo el que yo me sane de esta enfermedad, yo seré tuyo, aunque ni tengo ni valgo nada, sino lo que tú haces de mí; que tu voluntad se haga en el cielo y en la tierra. Sólo te ruego, que si quieres que yo viva en esta frágil vida, te complazcas, Dios mío, en hacerme un digno ministro tuyo, para poder gozar del santo altar. Siempre he tenido este anhelo de unirme a ti, y de vivir la vida verdadera, que sois vos, mi bien. Y este deseo mío os lo prometo con voto, de ser todo de vuestra Divina Majestad. Mi vida, mi Dios, haz de mí como te plazca, que otra cosa no quiero sino lo que tú quieras. Así he dicho”.

Se tranquilizó el enfermo permaneciendo en este propósito, y con una cierta esperanza de deber ser sacerdote, aunque se consideraba indigno de ello. Guardaba aquellos sentimientos que tenía desde su niñez de estar completamente consagrado a su Señor, siendo conforme a lo que el Eclesiástico pedía a Dios: *“Siendo joven aún, antes de ir por el mundo me di a buscar abiertamente la sabiduría en mi oración, a la puerta del templo la pedí, y hasta mi último día la andaré buscando. Mi pie avanzó en derecha, desde mi juventud he seguido sus huellas”*. Como de hecho se vio bien pronto libre y sano de aquella peligrosa enfermedad, y recobró con especial ayuda de la divina gracia la salud del cuerpo, su habitual fervor de espíritu, que con los años iba creciendo, ya no anheló más que dedicar su vida a amar a Dios, como alguien que había estado ya en el umbral del cielo.

12. Pero tanta carga, tanto esfuerzo en su trabajo y maceración de su cuerpo le hicieron caer enfermo, y contrajo una enfermedad gravísima, de la cual se recuperó con la ayuda de Dios después de hacer el voto de ordenarse sacerdote.

13. Llegado a su tierra natal, y recordando el peligro pasado y reconociendo la gracia del Señor Dios, y de la purísima Virgen María, su abogada particular, les dio las gracias debidas, y se encendió de nuevo en el fervor y la devoción, atendiendo a todo tipo de obras de caridad y virtuosas.

Fueron sus oraciones escuchadas, porque Dios le envió una enfermedad muy grave, de la cual los médicos dijeron que no podía sanar sin un gran milagro. El bendito enfermo, con firme esperanza en la providencia divina y confiando en la protección del B.V. su abogada, llamó a sus padres y les dijo que ya habían escuchado a los médicos, quienes comúnmente decían que no había esperanza de su salud, y que, al no servirle los remedios humanos, era necesario recurrir a los divinos. Y que (si estaban de acuerdo con que hiciera un voto de sacerdote) esperaba recuperar la salud anterior. A lo que accedieron de buenas gana y pronto los padres, por el gran deseo que tenían de que su hijo sanara. Habiendo hecho así el voto de ser sacerdote, pronto Dios, que lo había destinado a cosas mayores, le devolvió la salud anterior.

14. No es nuevo para la Gracia el servirse de los mayores peligros de caídas tremendas para hacer saltar a sus héroes, de hecho, para sobrevolar los más altos grados de santidad, cuando, asistidos por su

ayuda, pudieron escapar de los peligros y superar las ocasiones de culpa. Así, al haber perdonado a uno de sus enemigos por Dios en la ocasión que podía, y ya había decidido matarlo, S. Juan Gualberto fue elevado a aquel grado de santidad que le hizo admirables en la virtud, y padre de monjes en la fundación de la muy noble Congregación de Valle Ombrosa. El serafín de Asís, por haberse arrepentido de no haber dado limosna, y por lo tanto decidido a no negarla a ninguna persona pobre que se la pidiera, y porque supo superar el afecto de su avaro padre, y de sus propias comodidades, renunciando incluso a su propia ropa, pudo alzar tal vuelo de santidad, que, convertido en un serafín en la tierra, pudo fundar una Orden tan gloriosa que es tan pobre de bienes terrenales, como rica en bienes celestiales. Y bien se vio esto en nuestro José, que regresó después de tan noble victoria a la patria y se entregó totalmente a los ejercicios de virtud y devoción, creciendo cada vez más en espíritu. Añadió más largas oraciones vocales y mentales más fervientes, nuevos rigores en el ayuno, vigiliias y otros ejercicios de penitencia, y sobre todo muchas obras de caridad, que él hacía, e invitaba a hacer lo mismo con sus muchas persuasiones y muy virtuosos ejemplos a muchos jóvenes compatriotas suyos. Pero no pasó mucho tiempo hasta que él, o por qué era demasiado dura la vida que había emprendido, o como más piadosamente se puede creer, porque el Señor quería llevarlo a un estado más perfecto, y prepararlo poco a poco para los más altos fines a los que la Divina Providencia lo tenía destinado.

Cayó gravemente enfermo, y con tal peligro para su vida que los médicos ya lo habían desahuciado. No le importaba a nuestro José la muerte, que para él habría sido el fin de su exilio, ni porque amase este mundo, o esta vida mortal, de la que ya huía como de un apesadado, y que crucificaba todo el día con el duro trato de su cuerpo; pero es propio de los humildes el perder de vista sus propias virtudes, y teniendo ante sus ojos sólo los defectos, consideraba mala suerte el destino de morir tan pronto sin tener tiempo para hacer penitencia por sus pecados, ni haber hecho nada al servicio de su Señor, de modo que sin duda tendría que sufrir grandes penas en el purgatorio, y no tenía ningún mérito para adquirir en algún grado con la gloria el amor perpetuo y perfecto de su Dios. Estas eran las razones que le hacían temer santamente a la muerte, y oraba al Señor para que le diera, si era su gusto, una vida más larga.

Y como ya se veía fuera de toda esperanza humana, recurrió a la oración y con votos al Señor para que le concediese la vida que el mundo ya no podía salvar, y luego la gastaría totalmente en su servicio. Y así, inspirado por Dios, hizo el voto de que, si recuperaba la salud ya desesperada, tomaría el estado eclesiástico y se haría sacerdote. Tras hacer el voto, comenzó a mejorar inmediatamente, y contra la expectativa de los médicos, recuperó la salud perfecta, e inmediatamente cumplió su voto, porque ya había recibido antes la primera tonsura del obispo de Urgel D. Juan Dimas Loris el 17 de abril del año 1575.

15. Después de haber estado en Jaca durante unos dos años, siempre importunado por D. Pedro su padre para regresar a Peralta, finalmente se trasladó allí, e inmediatamente perdió la tranquilidad del alma, en un mar de aflicciones. Puesto que eran continuas las instancias del padre para hacerle tomar una esposa y él continuaba esforzándose para evitarlo. Mientras el hijo, como reverente y obsequioso, no se atrevía a dar una negativa abierta, y como ansioso por la vida eclesiástica no quería darle su consentimiento, con diferentes pretextos lo estaba esquivando, esperando con el beneficio del tiempo lograr su intención. A tal efecto, se recomendaba día y noche a la Santísima Virgen su abogada, añadiendo ayunos y penitencias para obtener la gracia, que finalmente obtuvo de una manera que no se le había ocurrido. Pues el Señor le visitó con una enfermedad que al principio parecía ligera, pero luego se agravó de tal manera que los médicos la consideraron desesperada para su salud. El enfermo estaba muy dispuesto a la voluntad divina y completamente puesto de nuevo en las manos de Dios. Sin embargo, inspirado por el mismo Dios, llamó a su padre, y le expuso la gravedad de su enfermedad y el juicio dado por el médico, y le rogó que le complaciera, ya que ya no había esperanza ni remedios humanos, sino recurrir a lo divino. Le dio su consentimiento con lágrimas en los ojos, y José entonces, implorando la ayuda y la intercesión de la Santísima Virgen, levantó sus ojos y su corazón a Dios, hizo un voto de hacerse sacerdote si S.D.M se dignaba restaurar su salud. Y el Señor que lo había destinado a una gran obra para cultivar las tiernas plantas de su viña, benignamente le concedió gracia. En cuanto hizo el voto, comenzó a mejorar, y en pocos días cesó la fiebre, y se curó.

16. Al Señor le agradó consolar a su siervo, porque en el momento oportuno, en el que sus padres más que nunca luchaban por apartar-

lo de su santa resolución, lo visitó con una enfermedad que al principio parecía muy leve, pero luego se agravó hasta tal punto que lo redujo al extremo. Encontrándose, por lo tanto, en tal estado en el que el arte ya no podía servirse de sus industrias para asegurar su vida, queriendo todos los más cercanos, llorando, darle el último adiós, José lo mejor que pudo les suplicó que como último signo de su amor, le permitieran hacer un voto a Dios, de modo que, si se libraba de esta enfermedad, se dedicaría a S.D.M. en el estado sacerdotal. Ellos, viendo ya perdida toda esperanza de su salud, con nuevos suspiros y lágrimas benignamente consintieron a sus peticiones. Entonces, levantando sus ojos al cielo, lleno de confianza, hizo la promesa a Dios, implorando la intercesión de la Santísima Virgen para que ella le obtuviera esa gracia, si era para la salud para su propia alma, y para mayor servicio de su bendito Hijo. Tan pronto como hizo esta oferta de sí mismo sintió una alegría inusual en el corazón, que comunicó tal vigor a todos los miembros, que, en un corto período de tiempo, restaurado de la opresión del mal, quedó completamente curado.

17. Y fue oído, como pudo verse de improviso no muchos días después por el suceso que ocurrió, con ocasión de una gravísima enfermedad de la cual, según decían los médicos, no era posible recuperarse de manera natural. Entonces José, confiando en Dios y en su poderosa Santa Madre, que es auxilio y salud de los enfermos, deseando mantenerse sin mancha por todos los días de su vida, y conociendo su padre (que quería que viviera su único hijo) el deseo de su alma, hizo voto a Dios de recibir el sacerdocio si le restituía la salud. Y el voto fue aceptado, como se vio porque poco a poco fue recuperando las fuerzas, y toda la salud se restableció, para gran consuelo de todos los suyos, pues así lo quería el cielo.

D) Vuelto a su patria se ordenó de Menores, y después del sagrado Orden del Subdiaconado

Órdenes

4. En cuarto, demostraré que a los diecinueve años de edad entró en el estado clerical, y luego, estando enfermo hizo el voto de hacerse sacerdote, sanó de la enfermedad y para cumplir el voto recibió las órdenes menores, y luego las mayores y el sacerdocio, como consta en sus patentes, que indican el lugar de su celebración.

5. Volvió rápidamente a su tierra para poner en efecto el voto que había hecho. Recibió las cuatro órdenes menores el 17 de septiembre de 1582, y al día siguiente el subdiaconado, de manos del Ilmo. Y Rvm^o. Mons. Pedro Frago, obispo de Huesca, estando la diócesis de Urgel vacante por la muerte de su obispo.

Él mismo [G. J. de la Figuera] le ordenó diácono en la capilla de San Sebastián el 9 de abril de 1583, con gran alegría para los dos, por las buenas cualidades que su Señoría Ilustrísima sabía que tenía nuestro D. José de Calasanz.

Finalmente, el 17 de diciembre del mismo año 1583 fue ordenado sacerdote por el Ilmo. Obispo de Urgel, el Rvm^o. Fray Hugo Ambrosio de Moncada, que había sido monje camaldulense en el santo yermo de Toscana.

8. Pronto regresó a su patria para ejecutarlo, convirtiéndose en Clérigo de las cuatro órdenes menores el 17 de diciembre de 1582, y ordenado in sacris al día siguiente, es decir, el 18, por Ilmo. Mons. Pedro Frago, Obispo de Huesca, a los 23 años de edad.

Estuvo con este Prelado [G. J. de la Figuera] durante un tiempo, perfeccionándose en las letras y la virtud; por él fue ordenado Diácono en la S. Capilla de S. Sebastián el 9 de abril de 1583, con mucho gozo para ambos, por las buenas cualidades que Su Señoría Ilma. conocía en su D. José; y luego fue ordenado sacerdote el 17 de diciembre del mismo año por el Ilmo. Mons. D. Hugo Fray Ambrosio de Moncada, Obispo de Urgel.

9. Pronto regresó a su tierra natal para llevarlo a cabo, como lo hizo, ordenándose de las cuatro órdenes menores el 17 de diciembre de 1582; y de Subdiácono al día siguiente, a manos del Ilmo. Monseñor Pedro Frago, Obispo de Huesca.

Estuvo con este Prelado [G. J. de la Figuera] unos años, perfeccionándose en las letras y en la virtud; de quien también fue ordenado Diácono en la Santa Capilla de San Sebastián el 9 de abril de 1583, con mucho consuelo de ambos, por las buenas cualidades que su Señoría Ilma. conocía en su D. José; finalmente el 17 de diciembre de ese año fue ordenado Sacerdote por el Ilmo. Mons. Hugo Ambrosio de Moncada, Obispo de Urgel, que había sido antes monje Camaldulense en el Santo Yermo de Toscana.

11. Tenía un deseo enorme de cumplir su voto y recibir las órdenes sagradas, y hacerse sacerdote, el cual voto José había hecho en su úl-

tima enfermedad, pero se iba disponiendo y preparando para un estado tan alto. En su alma siempre sentía un cierto estímulo e impulso divino que lo excitaba a un estado de mayor perfección y bondad, la cual encontraría en el santo sacrificio de la misa, y entonces le parecía que sería ungido el fiel guerrero para exponerse generosamente a combatir contra su enemigo. Así que, lleno de fervor en el ejercicio de la oración y en la maceración de su carne, se vigorizaba, y con toda la preparación debida a menudo recibía mientras tanto el Pan de la Vida, por recibir el cual cada día se consumía, para transformarse totalmente en su Dios, que era lo único que tenía en su corazón.

Llegado el momento en que la divina bondad quería que este siervo suyo tomase las órdenes sagradas, el 17 de diciembre se ordenó de las órdenes menores, y al día siguiente recibió con toda reverencia el subdiaconado del mismo monseñor Gaspar Juan de la Figuera, obispo de Barbastro, y finalmente con inexplicable alegría, fue ordenado sacerdote por monseñor Hugo Fray Ambrosio de Moncada, obispo de Urgel, el 13 de diciembre de 1583, ocupando la Cátedra de S. Pedro Gregorio XIII. Tenía veintisiete años de edad.

12. Y así el año 1575, el domingo 17 de abril, a los 19 años, fue adscrito al orden clerical por Juan Dimas Lloris, Obispo de Urgel. De Pedro Frago, Obispo de Huesca, el 17 de diciembre de 1582, recibió las cuatro Órdenes menores, y al día siguiente, el Subdiaconado. Al año siguiente, el 9 de abril recibió los Santos Evangelios de Gaspar Juan de la Figuera, Obispo de Jaca, y el 17 de diciembre fue ordenado sacerdote por Ambrosio de Moncada, Obispo de Urgel.

13. Inmediatamente recibió las órdenes menores el 17 de diciembre de 1582, a los 26 años de edad, de manos del obispo de Huesca, y en el transcurso de un año, habiendo recibido las dos órdenes sagradas, fue ordenado sacerdote por el obispo de Urgel Fray Ambrosio de Moncada, en diciembre de 1583, con 27 años.

14. Después de la enfermedad antes mencionada, a los 26 años, recibió las órdenes menores de mano de D. Pedro Frago, obispo de Huesca, y al día siguiente el subdiaconado. Viéndose ya adscrito al estado santo, comenzó con nuevos fervores no sólo a continuar los ejercicios de devoción, sino que también se aplicó con gran espíritu a la salud espiritual de su prójimo. Lo primero que hizo en beneficio del prójimo en su tierra natal fue la creación de un Monte de trigo, con el que en la época más necesaria del año se ayudara a los pobres de esa tie-

rra, destinando además de las limosnas recogidas, buena parte de su patrimonio; y lo reguló con reglas excelentes y muy prudentes; y para poder atender mejor a la salud de sus almas, después de alimentarlos corporalmente, les distribuía el alimento espiritual de la Doctrina Cristiana y de otros ejercicios devotos que introdujo en aquella tierra. Creó por esta razón en ella una devota cofradía o Congregación, en el que estableció el ejercicio de asistir y enseñar el Doctrina Cristiana a aquellos rústicos, y a los niños, y muchos otros ejercicios espirituales y obras piadosas. Entre estas, dar cada año la dote a algunas jóvenes pobres y honradas para colocarlas en el honesto estado del matrimonio; y a esta obra aplicó una buena suma de dinero propia, y con este ejemplo movió a los demás a colaborar con sus limosnas. También dio a esta excelente cofradía reglas óptimas y muy prudentes, eligiendo entre ellos un Rector de la misma, para gobernarla, y administrarla; y para que lo hiciera con más fidelidad y aplicación, también le reservó una competente compensación; y para que fuese bien administrada ordenó, y estableció que cada año el rector estuviese obligado a dar cuenta de su administración al Vicario General de Urgel, a cuya jurisdicción esa tierra pertenece. Con obras tan bellas corría la fama de su gran virtud por todo aquel país, y llegó el momento de tomar el diaconado, que tomó el año siguiente de 1583 en abril, por el obispo de Jaca D. Juan Gaspar de la Figuera, y finalmente el sagrado orden del sacerdocio en el siguiente mes de diciembre a manos del obispo de Urgel D. Ambrosio de Moncada, y lo hizo con tal preparación y espíritu que edificaba a todo los eclesiásticos y laicos de ese país.

15. Recuperadas las fuerzas, no tardó en cumplir la promesa hecha, por lo que, en diciembre siguiente, que era el año 1582, teniendo sólo la primera tonsura, tomó las órdenes menores, y al día siguiente, sábado de tómporas, se ordenó subdiácono. Luego el Sábado Santo del año siguiente recibió el Diaconado, y en diciembre de 1583 el Presbiterado.

16. Luego, sin demora alguna en el cumplimiento de la promesa, teniendo ya la primera tonsura, el siguiente diciembre del año 1582 recibió de Don Pedro Frago, Obispo de Huesca el viernes de Tómporas las cuatro Órdenes Menores, y al día siguiente la sagrada Orden del Subdiaconado, promoviéndose a título de un beneficio que disfrutaba en la iglesia de S. Esteban de Monzón, Diócesis de Lérida; y esto lo hizo para no tener ningún apego a la herencia de su padre.

En el año siguiente 1583, dispensado por el Obispo de Urgel arriba citado de los intersticios, y partido de esta vida el mismo Obispo, fue junto al P. Gaspar Juan de la Higuera, Obispo de Jaca, y de él recibió la sagrada Orden del Diaconado el nueve de abril, y en diciembre siguiente del mismo año, el día diecisiete, recibió del nuevo Obispo de Urgel Don Hugo Fray Ambrosio Moncada, la dignidad sacerdotal, estando entonces en el vigésimo séptimo año de su edad.

17. Por lo que, no olvidando du voto, como ya antes había sido agregado a la Santa Milicia Clerical por el ministerio de la sagrada tonsura por el Reverendísimo Juan Dimas de Urgel, para responder al beneficio de recuperar la salud, el 17 de diciembre de 1582 fue promovido a las cuatro órdenes menores por Pedro Frago en la catedral de Huesca, con permiso de su ordinario, y al día siguiente recibió el subdiaconado del mismo Rvmo. Obispo. Después de haberse ejercitado en ese ministerio de acuerdo con lo establecido por los ritos, el 9 de abril de 1583, en la iglesia de S. Sebastián Mártir de la villa de Fraga, diócesis de Lérida, con permiso del Rvmo. Cabildo de Urgel, estando la sede vacante, fue ordenado diácono, y finalmente e 17 de diciembre del mismo año fue ordenado sacerdote, cuando había entrado en los 27 años de edad, por el Ilmo. y Rvmo. D. Ambrosio de Moncada, nuevo obispo de Urgel, según consta en el documento de las órdenes recibidas

Vida tras la ordenación

3. Dícese de aquel antiguo José *ut castitatem tenere reliquit pallium*. Este dejó con la vida de seglar todos los hábitos de la vida mundana. Y porque no podía dejar a su carne doméstica y cruel enemiga ciñóla de cadenas y cilicios. Reprimíala con agudas punzadas, oponiéndose a sus desordenados estímulos. Y para conseguir mayores victorias y sujetarla en todo al Espíritu, metióle en su boca el áspero freno del ayuno. No contento de vivir en una perpetua abstinencia, frecuentaba muy a menudo el ayuno a pan y agua. Con esto apagaba el fuego deshonesto y cebaba más y más la abrasadora llamarada del Divino Amor. Pero ¿para qué imprudentemente paso a ponderar las acciones para el beneficio ajeno, sin ponderar las que obró para su propio provecho desde que Monseñor Fr. D. Hugo Ambrosio de Moncada le ordenó sacerdote? Pues, así como la dignidad sacerdotal es tan solamente interior a Dios, así también la vida y costumbres de los sacerdotes deben ser superiores a todo lo criado. Todo eso considerado del nue-

vo sacerdote José se aperció para ejecutar el prudente consejo de Isaías: *In monte excelsum ascende tu qui evangelizas Syon*. Cuya subida San Gregorio Papa atribuyó al Oficio Sacerdotal: *Qui coelesti virtute munere, terrenorum operum ima deferens in rerum culmina stare videatur*. Por lo cual José, Sacerdote Evangélico emuló la graduación de Moisés, Sacerdote de la ley escrita, *quando de campestribus Moab ascendit in montem Nebo*. Ni sé de cierto quién de estos dos subiese al más empinado monte de la perfección. Pero puedo decir que José llegó hasta poner su cabeza sobre las nubes, donde no llegaban los vapores de las pasiones, que causan torbellinos, relámpagos y rayos para turbar la serenidad de entendimiento. Desde allí enseñaba claramente la diferencia entre el monte donde suben para bien vivir los virtuosos y los valles donde arrastran su mortal vida los mundanos: *Terrenorum operum ima deferens in rerum culmina stare videatur*.

6. Hecho sacerdote, dejó al lector que considere a qué grado de virtud fue elevado junto con la dignidad sacerdotal. Se consideraba indigno de tal honor, pero con esta misma estima, tanto más digno se volvía. Siempre procuraba hacerse mejor, aun cuando ya se había vuelto óptimo. Tenía palabras para hacer bajar a Cristo del cielo a la tierra, y tenía obras con las cuales, una vez descendido, podía mantenerlo. La devoción de José al recitar el oficio divino, la reverencia con que se acercaba al altar, eran tan excesivas que querer contarlos sería la historia de comenzar siempre y nunca acabar.

10. Con la Dignidad del Sacerdocio era mayor el fervor de nuestro José en todos los ejercicios espirituales, creciendo en la virtud y recogimiento.

11. Tenía un deseo enorme de cumplir su voto y recibir las órdenes sagradas, y hacerse sacerdote, el cual voto José había hecho en su última enfermedad, pero se iba disponiendo y preparando para un estado tan alto. En su alma siempre sentía un cierto estímulo e impulso divino que lo excitaba a un estado de mayor perfección y bondad, la cual encontraría en el santo sacrificio de la misa, y entonces le parecía que sería ungido el fiel guerrero para exponerse generosamente a combatir contra su enemigo. Así que, lleno de fervor en el ejercicio de la oración y en la maceración de su carne, se vigorizaba, y con toda la preparación debida a menudo recibía mientras tanto el Pan de la Vida, por recibir el cual cada día se consumía, para transformarse totalmente en su Dios, que era lo único que tenía en su corazón.

Quién podrá describir plenamente cómo era el nuevo sacerdote, y de qué estado de perfección gozaba su alma en el disfrute total del verdadero bien, en el que parecía ya totalmente transformado, el participante en la mesa celestial en la que centró todo su ser y pensamiento, para estar unido a su Dios, y más cercano ser totalmente transformado en la sustancia de su amado, que ya no parecía un hombre, sino un serafín, que salía de la misa *“como desprendiendo fuego, con hechos terribles para el diablo”*. Sería cosa de no terminar nunca si quisiéramos explicar las gracias de las que lo llenaba su Celestial Esposo, y que aparecían a los ojos de todos. Si en el pasado había sido tan fervoroso en sus ejercicios espirituales para con la debida disposición a tan alto ministerio, qué debemos pensar que ocurriría con el gozo de celebrar tan divino sacrificio. Esto sólo lo pueden comprender los que, saciados del Pan de la Vida, se ven no ser ya lo que eran, pero no pudiendo expresarlo, representan su forma en vivo.

Los efectos innumerables de su caridad, que él obraba en beneficio de aquellos habitantes del país para encaminarlos al bien del que estaba tan lleno, si quisiéramos contarlos todos, haría falta un grueso volumen. La vida que llevaba era tan irreprochable que quitaba de su persona cualquier sombra de sospecha de culpa por mínima que fuera, que la humana flaqueza suele atribuir a los demás, aunque sean considerados santos y buenos. En tal concepto lo tenían los hombres de mayor consideración en virtud y letras, de modo que cuanto más se esforzaba él en esconderse con humildad y modestia, tanto más sus virtudes eran conocidas y admiradas.

Los efectos innumerables de su caridad, que él obraba en beneficio de aquellos habitantes del país para encaminarlos al bien del que estaba tan lleno, si quisiéramos contarlos todos, haría falta un grueso volumen. La vida que llevaba era tan irreprochable que quitaba de su persona cualquier sombra de sospecha de culpa por mínima que fuera, que la humana flaqueza suele atribuir a los demás, aunque sean considerados santos y buenos. En tal concepto lo tenían los hombres de mayor consideración en virtud y letras, de modo que cuanto más se esforzaba él en esconderse con humildad y modestia, tanto más sus virtudes eran conocidas y admiradas.

13. No se puede decir con cuánta devoción se preparó para una función tan santa, y con cuánto espíritu de humildad ejercía una dignidad tan alta como la del sacerdote, por lo cual, sabiendo que estaba obligado a aspirar a una mayor perfección, se entregó tanto

al ejercicio de las sólidas virtudes que la fama de estas voló no sólo por todo el Reino de Aragón, sino también por Cataluña.

14. Pero ¿quién podrá explicar cuánto se enfervorizó en el espíritu y en la devoción D. José con el nuevo y más alto estado sacerdotal? ¿Cuán retraído era, virtuoso en el trato, cuán puntual y devoto en la celebración del divino sacrificio, como intachable y santo en todos sus actos? Se había convertido en el ejemplo para todos los eclesiásticos y en el espejo y norma del hábito clerical, y volando ya su fama por todos esos contornos era estimulado por muchos con cargos ventajosos para pasar a la corte de los primeros Señores de España. Pero él, como ya había experimentado con mucho dolor los peligros de las Cortes de los Grandes, aunque con tanta gloria suya había sabido cómo escapar y superarlos, no quiso que le ofrecieran nunca más el pasar a la Corte de ningún Grande del siglo, sosteniendo con santo orgullo que no deben los sacerdotes, que ocupan en la Iglesia un grado tan alto, someterse y anularse con una profesión servil y de cortesano, donde es, si no imposible, supremamente difícil preservar esa pureza y santidad de vida que es conveniente para un sacerdote. Sin embargo, no lo dejaron en el ocio los obispos de esa Provincia, porque conociendo sus más que admirables virtudes, cada uno deseaba tenerlo en su compañía.

15. Agradecido con el nuevo grado de sacerdote y el ministerio del altar, cuánto aumentó la devoción y el amor a Dios de José, uno puede imaginarlo más fácilmente que decirlo. Pues reflexionando él que la dignidad de sacerdote requería en él mayores virtudes y perfección, se esforzaba todo lo que podía para corresponder a la santidad del ministerio, la santidad de la vida. Todos los días celebraba muy devoto el sacrosanto sacrificio de la Misa, cosa que, cuando no se lo impedía una grave enfermedad, hizo hasta los últimos días de su vida, y con ese pan celestial daba alimento continuo al alma, y la vigorizaba a través de la gracia divina para caminar como otro Elías hasta la montaña de Dios Horeb, de la bienaventuranza celestial. Se retiró como en un rincón, en su tierra natal, el nuevo sacerdote; pero debido a que la luz no puede ser escondida y se manifiesta por sí misma, la fama de sus virtudes se extendió por todas partes, por lo que fue obligado a salir y ofrecerse para oficios públicos.

16. Con el nuevo carácter, no se puede decir cómo creció el fervor del espíritu en José. Cuando se recogía interiormente, practicaba actos de virtud y penitencia, se deshacía en ternuras de afecto. Era cierta-

mente entonces cuando se sentía digno de estar familiarizado y tratar más a menudo con su Dios sacramentado, de tenerlo en sus manos y administrarlo para el beneficio y el consuelo de las almas. Se humillaba en su interior sabiendo que no merecía tal sublime gracia. Alababa la gran bondad del Señor, que usaba su bajeza como instrumento de tan alto misterio. Encendía su corazón con nuevas llamas de deseo de convertirse cada vez más en digno ministro de Dios, y en la medida de sus favores divinos, santificar su espíritu. Así es que, inmediatamente después de ser hecho sacerdote, aumentó sus abstinencias, multiplicó sus ejercicios espirituales, y mantuvo su vida en tal tenor, que, si antes todos sus deseos, oraciones, lágrimas, ayunos y penitencias habían tenido el propósito de preservarle lejos de cualquier mínima culpa, ahora ejercía estos actos virtuosos en mayor medida, para que crearan en su corazón una ferviente ansiedad de unirse completamente a Dios con la práctica de las virtudes más firmes que santifican el alma. Por esta razón, se preparaba para celebrar el santo sacrificio de la Misa con intensos actos de amor a Dios, deteniéndose en una meditación de larga duración y exhalando su corazón con frecuentes suspiros. Nunca dejaba de celebrar todos los días, si no se lo impidió una grave indisposición del cuerpo, y después de la celebración se retiraba durante unas horas para dar las gracias debidas, con actos de humildad muy frecuentes; como si esta virtud le hiciera más consciente de su bajeza y de la inmensa grandeza de Dios, que se dignaba visitarlo con la abundancia infinita de sus gracias. Y con ello se disponía cada vez más no sólo a estimar la gran dignidad que tenía como sacerdote, sino también a hacerse digno de la infusión de esas virtudes que se buscan en uno que es un ministro más familiar de Dios. Luego solía decir que para hacerse uno adecuado para el ejercicio de los sagrados órdenes, convenía profundizar en su nada para que de esta manera Dios le diera la disposición interna necesaria para una tan gran dignidad. Sabiendo cuánto fruto le había dado tal ejercicio de profunda humildad, solía recordarlo e insinuarlo a quienes se acercaban a tomar el carácter de las órdenes sagradas. El Siervo de Dios, mientras tanto, pensaba permanecer en Peralta su patria en este estado de sacerdote, libre de todos los demás compromisos, excepto el de avanzar diariamente en el servicio de Dios y disfrutar de la tranquilidad del espíritu en sus dispensaciones celestiales. Pero debido a que Dios quería utilizarlo en obras de mayor fruto para su prójimo, por las cuales su santo nombre fuese más

glorificado, le convino privarse de aquella dulce paz que su corazón disfrutaba entre los suaves consuelos del espíritu.

17. Tan pronto como fue investido del carácter sacerdotal, aunque siempre había sido bueno, se esforzó por ser mejor, ofreciéndose cada día a Dios como una Hostia sin mancha según la exigencia de su ministerio, y cerrando completamente la puerta de su alma al común enemigo de las almas, para no perderse en su caminar hacia Cristo, que se llamó a sí mismo la puerta.

E) Siendo de edad de 22 años fue elegido para ayudante de estudio por aquel gran literato e insigne prelado Obispo de Barbastro del cual fueron discípulos Báñez y Medina, que son de los primeros doctores de Salamanca. Estuvo junto a este prelado hasta la edad de 25 años.

Al servicio de un obispo

2. Por ello el obispo de la Iglesia de Jaca, al que en aquel tiempo toda España veneraba como otro oráculo de doctrinas sagradas, y de quien recibieron la luz de la ciencia como de un sol aquellas dos lumbreras que fueron Báñez y Medina, se gloriaba de tener como un Acate junto a sí a José, que entonces era joven de edad, y brillante en las letras, pero maduro en el consejo y angelical en las costumbres, para los más elevados estudios. ¿Cómo así? Porque el prudentísimo joven, al que la naturaleza dio un loable pudor, no sólo lo conservaba como un arma validísima para ahuyentar los vicios, sino que lo seguía como a un diligentísimo pedagogo, que no tanto lo sacaba de los vicios cuanto lo empujaba hacia las virtudes. Y por ello es mejor exhortar a los adolescentes para que discernan de qué modo regirse, no sea que por alguna temeridad imprevista debida a las costumbres de los compañeros (de las cuales por ello se abstenía todo lo que podía), resbalen en alguna mancha vergonzosa.

5. Ordenado subdiácono, fue llamado como ayudante de estudios por aquel gran letrado, el mayor de toda España en aquel tiempo, el insigne obispo Ilmo. Y Rvmº. Gaspar Juan de la Figuera, obispo de Barbastro, del cual fueron discípulos Báñez y Medina, que fueron de los más famosos catedráticos de Salamanca. Estuvo algunos años con este prelado perfeccionándose en las letras y en las virtudes, Él mismo le ordenó diácono en la capilla de San Sebastián el 9 de abril

de 1583, con gran alegría para los dos, por las buenas cualidades que su Señoría Ilustrísima sabía que tenía nuestro D. José de Calasanz.

6. Se detuvo algunos días como ayudante de estudios con el obispo de Jaca, el más docto que había en aquel tiempo en España, de cuya enseñanza habían recibido la luz de la doctrina aquellas dos estrellas del cielo científico que eran Medina y Báñez. Fue esto un argumento de peso a favor de las cualidades de José, que incluso en edad juvenil podía aceptar tales oficios, y pudo desempeñarlos con gloria. Enrojezca la canosa vejez al ver que se encontraba tan gran prudencia en un joven, tantos frutos en una edad tan verde. En José no se tenía en cuenta el tiempo, pues sus acciones apuntaban a la eternidad, en la cual no existe el tiempo. Vean ahora los enemigos de la juventud cómo también los jóvenes saben mantener con alabanza las cargas que se les han impuesto. Si los pelos y la barba hicieran a un hombre digno de cargos, cualquier sátiro podría pretender ser superior. La pureza y la sinceridad, buscadas en una cabeza, no deben deducirse de la blancura del cabello, sino de la del corazón.

7. Habiendo terminado sus estudios, se doctoró en Leyes y en Sagrada Teología. Siendo bastante conocido ya el gran talento de José, un insigne prelado lo quiso junto a sí. Este (si no me equivoco) era D. Gaspar Juan de la Figuera, obispo de Barbastro, de quien fueron alumnos Bañes y Medina, luego ilustres catedráticos de Salamanca. Estuvo durante algún tiempo en su casa, con provecho de sus estudios.

8. Una vez ordenado in sacris, fue llamado como auxiliar de estudios por aquel gran literato, el mayor de España en su tiempo, e insigne Prelado Gaspar Juan de la Figuera, Obispo de Barbastro, del cual fueron discípulos Báñez y Medina, entre los primeros doctores de Salamanca. Estuvo con este Prelado durante un tiempo, perfeccionándose en las letras y la virtud; por él fue ordenado Diácono en la S. Capilla de S. Sebastián el 9 de abril de 1583, con mucho gozo para ambos, por las buenas cualidades que Su Señoría Ilma. conocía en su D. José.

9. Ordenado subdiácono, fue llamado como ayudante de estudio por aquel gran literato, el mayor de toda España en aquella época, el distinguido Prelado Monseñor Ilmo. Gaspar Juan de la Figuera, Obispo de Barbastro, de quien fueron discípulos Báñez y Medina, entre los primeros catedráticos de Salamanca. Estuvo con este Prelado unos años, perfeccionándose en las letras y en la virtud; de

quien también fue ordenado Diácono en la Santa Capilla de San Sebastiano el 9 de abril de 1583, con mucho consuelo de ambos, por las buenas cualidades que su Señoría Ilma. conocía en su D. José.

10. (...) Balbasor, dignísimo Obispo que fue de Jaca, aclamado por el sol de las ciencias en aquel tiempo, el cual, reconociendo las virtudes de nuestro José, y aunque en la edad muy mozo, pero que en las letras era docto, en los consejos muy anciano, y en las costumbres un Ángel, le quiso tener en su compañía, como lo hizo hasta su muerte por coadjutor de sus más graves estudios.

11. Sus cualidades singulares y un vivir tan virtuoso no podían pasar desapercibidos, y cuanto más procuraba él esconderse con su humildad y modestia, y huía del apetito de las ambiciones, tanto más encontraba la estima y el honor de sus mayores. Por lo que D. Juan Gaspar de la Figuera, obispo de Barbastro, de quien fueron discípulos Báñez y Medina, maestros entonces en la universidad de Salamanca, hizo lo posible por tenerlo junto a sí, lo que fue con mucho gusto y satisfacción suya, y también de Calasanz, por poder aprender más una doctrina superior con la conversación de un prelado tan señalado y docto en las ciencias.

De manera semejante entre otros queda la memoria en sus libros de los anales que están escritos por propia mano por nuestro José de Calasanz, donde se leen los decretos que se hicieron en la primera congregación general de los primeros agustinos descalzos en España, antes de que se propusiera su reforma a la corte del Rey católico para obtener la confirmación de sus constituciones de la orden por la Santa Sede Apostólica, donde ellos descubrieron la bondad y virtud de este siervo de Dios. Fueron los mencionados de su primera vocación a buscarlo, y se las arreglaron para que interviniese él, y asistiera con su consejo y rectitud. Observaron que había sido de mucho provecho, como quien en sus cosas sopesaba todo con la razón firme en buscar sólo el gusto de Dios, sin que le moviera nada más que la caridad, y que obraba como si fuera una persona venida del cielo.

12. Cuando consiguió el doctorado en ambos derechos y en teología, se unió a un doctor y maestro: D. Juan Gaspar de la Figuera, Obispo de Barbastro, que había sido en otro tiempo maestro de los insignes y sabios discípulos Báñez y Medina, de la Universidad de Salamanca. Llamó junto a sí a Calasanz, que compartió su compañía y corte, y brillaba mucho, tenido por todos en gran honor.

13. en el que, para perfeccionarse más al terminar sus estudios públicos, ingresó como ayudante de estudio del Obispo de Barbastro, un prelado sabio y aclamado por todos como un sol de ciencia en aquel momento, quien, reconociendo la singular virtud del joven José, quiso mantenerlo en su compañía hasta su muerte.

14. No sólo le estimaban los profesores de aquellas universidades, sino, lo que es más, aquel gran prelado y muy erudito maestro D. Juan Gaspar de Figuera, obispo de Barbastro, quien entre otras glorias tuvo la de haber tenido como discípulos a las dos grandes lumbreras de la Teología en Salamanca, nuestros Medina y Báñez, que antes de hacerse religiosos nuestros habían estudiado en aquella Universidad. Tanto se aficionó este gran hombre a la virtud y doctrina de D. José, que quiso tenerlo consigo a toda costa y convertirlo en su compañero y ayudante de estudio, disfrutando, como él decía, de tener un hombre santo en su compañía. José se perfeccionó no poco con la compañía y doctrina de tan gran prelado. Era tan sabio en el servicio acompañado de su mucha prudencia y virtud, que siempre agradecía al Señor que le hubiera dado un hombre tal. Pero ¿con qué integridad de costumbres se portaba con los demás cortesanos y sus coetáneos y compañeros? Él, sin carecer de la cortesía debida a todos, y esa afabilidad al conversar que es tan necesaria en las cortes de los Grandes, no se apartaba de los principios fijados ya desde su infancia para escapar del trato con aquellos jóvenes que veía, o muy libres, o disolutos en el trato y las costumbres. Huía diestramente de aquellas conversaciones en el que cierta gente muchas veces no sabe cómo pasar el tiempo sino con burlas, que en realidad ennegrecen la fama de los demás con murmuraciones, o el propio candor con la libertad de gestos y palabras no muy modestas. Y cuando por la necesidad o la circunstancia no podía evitar sin parecer rústico, o enemigo, sus chanzas disolutas, introducía diestramente algún discurso útil, que condimentaba con tales condiciones y muy suaves sales, que con su asombro, veía que aquellos disolutos, olvidando el gusto que tenían por el inútil charloteo, probaban cuánto deleite se puede encontrar en las conversaciones sabias y honestas, permaneciendo todos muy satisfechos, tanto más porque sabían haber pasado aquel descanso ocioso no solo con gusto, sino con fruto por la buena compañía del Dr. de Calasanz. Así fue más querido por el maestro y compañeros en esta Corte, cuando el Señor, para refinar su virtud, le puso en la situación siguiente.

15. Cuando se doctoró, temiendo que al regresar a Peralta podría su Padre forzarle a hacerle caso, siendo él por lo demás obedientísimo, pensó escapar del peligro alejándose, por lo que se trasladó a la ciudad de Jaca como Asistente de estudio del obispo D. Gaspar Juan de la Figuera, Prelado que brillaba por encima de todos los demás en el espíritu y las letras, habiendo sido primero profesor en la famosa Universidad de Salamanca. Con el trato continuo con tan famoso prelado se benefició grandemente José en las ciencias y en el espíritu, ganando plenamente el afecto del Obispo, que amando y admirando juntos las buenas cualidades de José le instruía para ser un excelente y celoso ministro de la gloria de Dios y la salud de las almas.

16. Calmados así sus padres, se trasladó a la ciudad de Jaca como asistente de estudio del obispo Don Gaspar Juan de la Figuera, prelado muy apreciado, habiendo sido uno de los principales profesores de la universidad de Salamanca. Con el trato continuo de un personaje tan altamente cualificado, José aprovechó mucho en la práctica de aquellas ciencias ya aprendidas. Era muy querido por el Obispo, quien cada día más y más descubría sus buenos y virtuosos modales, y le instruía con gran precisión, para que pudiera convertirse en un excelente y celoso ministro de la gloria de Dios y de la salud de las almas.

17. Mientras tanto el primogénito de su padre, de nombre Pedro, y poco después también su querida madre, emigraron de esta vida. El anuncio de estos dos mensajes, aunque debieron causarle mucho dolor, no echaron abajo su ánimo, pues en la fe él confiaba que estaban disfrutando de la felicidad eterna. Al mismo tiempo que para ir a consolar a su padre de su viudedad, se dirigió de buena gana a su tierra, movido por la razón más urgente de aceptar la invitación del Obispo de Jaca Gaspar de la Figuera, confiando que, con el trato de un obispo tan piadoso, la ciencia que había aprendido en la escuela se podría afirmar y consolidar. No es fácil decir cuánto provecho sacó para preparar el futuro con su empleo presente, ni cuánto sería apreciado por su ingenio brillante, su perspicacia y los deseos de aprender de su viva mente. ¿Durante cuánto tiempo estuvo José al servicio de un hombre de tal dignidad? No es seguro, pues las noticias difieren; baste al menos con decir que estuvo con un obispo tan notable para completar y elevar al máximo su ciencia, bajo el cual habían trabajado los graves teólogos Báñez y Medina.

Núcleo narrativo 3. Servicios sacerdotales de Calasanz en España (1583-1592)

A) *Inmediatamente después de ser ordenado sacerdote fue elegido como confesor por el obispo de Lérida. Siendo dicho Prelado Visitador de la santa casa de Montserrat, ayudó a dicho Obispo en dicha Visita por espacio de seis meses con diversos cargos, y particularmente como secretario de la Visita. Quería siempre estar retirado y se hospedaba en una habitación desde la cual con gran gusto espiritual suyo oía la misa que en una capilla de enfrente se cantaba todos los días al alba.*

Al servicio del Obispo de Lérida

2. Y en verdad tal vez no se ha visto un hombre de mayor integridad, fidelidad y virtud al servicio de la dignidad sagrada, que el admitido como ayudante por el ilustre obispo de Lérida, hombre de sana doctrina y costumbres. Lo hizo ayudante suyo como consejero privado, y como director espiritual.

3. Considerado José tan superior a la humana fragilidad, del obispo de Lérida fue elegido por su confesor, teólogo y público examinador.

4. En quinto, demostraré que después de ser ordenado sacerdote fue elegido por varios obispos como confesor y teólogo, examinador, visitador, secretario, oficial y otros cargos, que desempeñó prudentemente para gloria de Dios y beneficio del prójimo. Redujo pueblos enteros a la paz, creó un Monte de Piedad para los pobres, y llevó a cabo otras obras que mostraban su carácter ardiente y su celo.

4.3. Dicho Padre fue elegido por varios obispos como confesor, secretario, vicario general, teólogo y examinador, y para otros cargos importantes en los que actuó para gloria de Dios y bien del prójimo, con gran prudencia.

5. Nuestro D. José se encontraba en su patria a causa de la muerte de su madre, pero no pudo permanecer mucho tiempo allí porque el Ilmo. Obispo de Lérida lo llamó a su corte como confesor suyo, teólogo y examinador público.

6. Estaba tan ajeno a cualquier afecto a la gloria, que, si hizo mucho por ser de santas costumbres, no hizo nada menos por no parecerlo. Se veía obligado a recibir honores, a pesar de que no quería que lo honrasen. Los que querían premiar sus virtudes, miraban al mérito, no al deseo. Fue confesor y teólogo del obispo de Lérida, con el añadido del honorable cargo de ser su examinador público.

7. Cuando José se vio llegado a ese grado, deliberó llevar una vida nueva y digna del sacerdocio, y aspirando siempre a mayor perfección, tenía la intención de retirarse y vivir privadamente, pero extendiéndose cada vez más la fama de su voluntad, fue promovido a diversas ocupaciones. Primero lo quiso en su casa el obispo de Lérida, y lo hizo su confesor, teólogo, secretario y examinador público.

8. Luego fue tomado por el obispo de Lérida como confesor y teólogo, y examinador público.

9. Luego el Obispo de Lérida le tomó como su confesor y teólogo, y examinador público.

10. Con la Dignidad del Sacerdocio era mayor el fervor de nuestro José en todos los ejercicios espirituales, creciendo en la virtud y recogimiento, tanto que, volando la fama de su santidad no solo por todo Aragón, pero aún por la Cataluña, el Obispo de Lérida le eligió por su Confesor, aunque no pasaba la raya de la edad juvenil ni se le asomaba apenas pelo en la barba. Fuele muy bien al Obispo con tal compañía y se le lució la elección, el cual, admirado de las virtudes que resplandecían en su nuevo Confesor, de su continuo recogimiento, lección del libros santos, oración y humildad, le pareció conveniente dar cuenta, como en efecto hizo, a la Majestad de Felipe Segundo el prudente, de la ejemplarísima vida del Doctor José Calasanz (dichosos tiempos, que los virtuosos eran puestos en la no-

ticia de sus Reyes, y no arrinconados, y solamente sublimados los que tienen medio por el camino de la negociación).

11. En aquel tiempo regía la Iglesia de Lérida un prelado muy digno por la nobleza de su sangre y la eminencia de su doctrina y virtud, que con gran cuidado y vigilancia pastoral dirigía su rebaño. Sabía muy bien que había tenido éxito en el gobierno a causa de la sinceridad de costumbres y de la bondad de vida de los que había acertado a designar como ayudantes de la cura pastoral en su Iglesia, y por el contrario, buscando él no otra cosa que la salud de las almas y el celo de la fe, había vertido lágrimas cuando había elegido hombres cubiertos con el manto de una piedad simulada, llenos de ambiciones e intereses temporales, amigos de la vida licenciosa, con daño irreparable para los fieles, y luego se había visto obligado a alejarlos de su diócesis por el mal ejemplo que daban. Ahora bien, la pública fama de Calasanz que corría por todas partes llegó a los oídos de este prelado, y por estas buenas referencias aumentó el deseo y las ganas con que intentó primero verlo y conocerlo, cosa que hizo. Le gustó tanto que dispuso inmediatamente tenerlo consigo, y no privar a su Iglesia de un sujeto semejante, y tuvo que insistir mucho, pues José estaba dispuesto a huir cualquier ocasión de atarse a ningún tipo de compromisos. Al final, con humilde resignación se dobló a la demanda del obispo, conociendo que aquello era la voluntad de Dios. Quiso el prelado que fuera su padre espiritual y confesor, y que de su resolución y consejo dependiese todo lo que tuviera que hacerse y seguirse en el gobierno de su Iglesia, como si él fuera el mismo pastor de su rebaño. Fue mucho su gozo al ver los frutos espirituales de que gozaba su episcopado, que florecía más allá de toda humana esperanza por la buena dirección de este evangélico y diligente obrero, y daba muchísimas gracias al Señor.

12. En este grado fue un ejemplo de todas las virtudes para todos, y como brillaba su virtud ante los ojos de todos, el Obispo de Lérida lo tomó como teólogo, confesor, secretario y examinado público. Como tal vez él deseaba irse de allí, el Obispo de Lérida, que había oído hablar de su fama, nombró a José juez de causas civiles y penales de ciudades y pueblos. No le faltó trabajo: rechazó a los intercesores, no aceptaba sobornos, y en todo se esforzaba para dar sentencias según derecho, corregir abusos y desterrar los vicios e ignominias.

13. Por lo que el obispo de Lérida, con mucha insistencia (consciente de las raras cualidades que tenía nuestro D. José, y en particular de su humildad, su retiro, oración y lectura de libros sagrados) lo eligió como confesor, aunque era joven, y lo nombró también su teólogo y examinador sinodal, e informó al Rey Católico Felipe II, llamado el Prudente, de la vida ejemplarísima de su nuevo confesor.

Tras la visita de Montserrat y las montañas pirenaicas de la manera antes mencionada, el nuevo obispo de Lérida le nombró juez tanto de causas civiles como de criminales en todo el territorio de Tremp, que contiene sesenta aldeas y lugares, en cuyo oficio se portó D. José de tal modo que la gente no le consideraba su juez sino su padre, maestro y protector.

14. Sin embargo, no lo dejaron en el ocio los obispos de esa Provincia, porque conociendo sus más que admirables virtudes, cada uno deseaba tenerlo en su compañía. Prevalció sobre los demás el obispo de Lérida, que cuando conoció a este gran hombre inmediatamente lo quiso consigo, y como en él vio unidas gran virtud, grandes letras y gran prudencia, aunque era un sacerdote joven le nombró su teólogo, su confesor, secretario y examinador sinodal. En todos estos cargos lo encontró muy eminente, y los cumplía todos con tanta satisfacción de todos.

15. Se retiró como en un rincón, en su tierra natal, el nuevo sacerdote; pero debido a que la luz no puede ser escondida y se manifiesta por sí misma, la fama de sus virtudes se extendió por todas partes, por lo que fue obligado a salir y ofrecerse para oficios públicos. Había sido nombrado el nuevo obispo de Lérida, quien lo invitó a ir con él de manera tan cortés y obligativa que José no pudo negarse. Este obispo lo nombró su confesor, teólogo y examinador sinodal.

16. Pues el nuevo obispo de Lérida, oyendo la fama de las cualidades virtuosas y la doctrina de Calasanz, quería tenerlo cerca de él, y le invitó con cartas tan obligantes y corteses, que no pudo rechazar sus peticiones. Fue, por lo tanto, a Lérida, donde fue acogido con expresiones de suprema estima y bondad, e inmediatamente el mismo prelado lo nombró su confesor, teólogo y examinador sinodal, demostrando con los hechos el gran concepto que tenía de él, mientras confiaba a su dirección los intereses de su propia alma, y los asuntos más importantes de la diócesis. Y de hecho, la experiencia le hizo saber la valía de este ministro, mientras que con su

consejo todo se llevaba a cabo con suprema tranquilidad y fruto de sus ovejas.

17. Casi al comienzo de haber recibido la santa dignidad del presbiterado, José fue tomado por el Ilmo. y Rvmo. Obispo de Lérida D. Andrés Capilla, hombre de costumbres íntegras y muy erudito, como teólogo, consejero y examinador sinodal. Le costó asumir la tarea propuesta, pues había pensado vivir durante un tiempo en su pueblo. Pero la asumió. Y comenzó a tratar los asuntos correspondientes con prudencia.

Visita a Montserrat

2. Para llevar a cabo una comisión confiada a él por Felipe II, rey de España, sapientísimo. No sólo para que le ayudara, sino para que casi dirigiera, tratara y completara, no tanto por la destreza de su ingenio como por su integridad de vida, la visita del famosísimo en todo el mundo Monasterio dedicado a Nuestra Señora de Montserrat. Para que investigase, y si juzgaba que había que cambiar algo, restableciera el orden y diera leyes para restablecerlo a su mejor estado. Con el fin de que, con la ayuda de Dios, una vez recibido el consejo de los hombres sabios, no quedara nada por hacer según los deseos del rey. ¡Hasta ese punto eran admiradas en aquella edad juvenil la habilidad, la fe y la honradez de José!

3. Recibiendo dicho Obispo una comisión del Católico y Augusto rey Felipe II para visitar la Santa Casa de Montserrat, escogió por secretario y compañero de tal empresa a José. Sobre su prudencia y virtud estribó la mayor parte del cargo. Lo mantuvo durante seis meses seguidos, después de los cuales, habiéndose muerto el Visitador, fue conferido aquel oficio a otro Obispo.

4.9. Se mostró prudente y correcto en negociaciones muy difíciles, como lo fue en acallar algunas disputas que se produjeron en el real Convento de Nuestra Señora de Montserrat de la orden benedictina, entre castellanos y catalanes de dicha Orden, por la pretensión de las abadías, prioratos y el gobierno de dichos monasterios, y sus jurisdicciones, que asciende a más de cuarenta poblaciones, por cuyas pretensiones habían llegado a las armas. Por orden y motu proprio de Felipe II fue elegido árbitro para componer las diferencias citadas, como felizmente las redujo a la concordia con aplauso uni-

versal para servicio de Dios. Y esto lo sé porque es público y notorio en nuestro país, y además está escrito en las historias de Monserrat, y además el mismo Padre José más de una vez me lo contó, compadeciéndolos por lo que tenían que sufrir por las turbulencias que de nuevo surgieron en dicho monasterio contra los castellanos.

5. siendo designado dicho prelado segundo visitador de la santa casa de la Virgen de Montserrat por el Sumo Pontífice Gregorio XIII o quizás por Sixto V¹⁸, con el visto bueno de Felipe II, nuestro D. José le sirvió como secretario en aquella visita. Permanecieron seis meses, en los que nuestro José llevó la mayor parte del trabajo, estando ocupado no sólo por el obispo, sino también por el Delegado Real enviado por Su Majestad para acompañar y ayudar a dicho prelado, el cual después de esos seis meses enfermó, y tras dos días de fiebre falleció, no sin sospechas de que fue envenenado.

En todo este tiempo nuestro D. José había pedido tener una habitación que daba a la Santa Capilla, y cada mañana asistía a la misa cantada que se celebraba al alba, y se recogía en ella todo el tiempo que podía, con mucho consuelo y fruto espiritual.

6. Por orden del gran monarca español Felipe II visitó con el mismo prelado la santa casa de Montserrat, y durante seis meses seguidos que duró aquella visita, se echó sobre sus espaldas la mayor parte de los trabajos. Durante el tiempo que le sobraba solía entretenerse con mucha devoción en aquella santa iglesia, quizás para dar cuenta a Dios de todo lo que había realizado en aquella visita, o para consultarle acerca de lo que aún quedaba por realizar.

7. Poco después se fue por orden de Felipe II, rey de España, con el mismo obispo a hacer la visita de Montserrat, en la cual, por haber enfermado el obispo, las obligaciones de tan ardua empresa cayeron en su mayor parte en D. José, el cual actuaba con prudencia y a satisfacción de todos aquellos con los que trataba. Después de seis meses murió el obispo, por lo que José se volvió a su retiro en su patria, pero no llevaba allí mucho tiempo cuando Pedro Calasanz, su padre, pasó a mejor vida, después de que él pudo asistirle y ayudarle a bien morir.

18 Gregorio XIII fue Papa desde 1572 hasta el 10 de abril de 1585. Sixto V desde el 1 de mayo de 1585 hasta 1590.

8. Y siendo el dicho Prelado por Felipe Segundo nombrado Visitador de la Santa Casa de Montserrat, nuestra Don José Calasanz sirvió en esa visita, con el cargo en primer lugar de Secretario de la visita, donde permanecieron durante 6 meses, en los que nuestro Calasanz llevó la mayor parte del esfuerzo, siendo no sólo empleado por el Prelado, sino también por el Regente Real enviado por Su Majestad para asistir y ayudar a dicho Prelado, que después de dos días de fiebre, después de los meses citados murió, no sin sospecha de veneno. En todo este tiempo nuestro D. José había conseguido para su uso una habitación adyacente a la santa Capilla, y cada mañana oía la Misa Cantada que se celebraba al amanecer, y asistía cuando podía con mucho consuelo.

9. El Rey Católico Felipe Segundo nombró a dicho Prelado visitador de la Santa Casa de Monserrat, y nuestro D. José sirvió en esa visita, que duró seis meses, en los que nuestro Calasanz llevó a cabo la mayor parte del esfuerzo, siendo empleado no sólo por el Prelado, sino también por el Regente Real enviado por S. Majestad para asistir y ayudar a dicho Prelado, que después de dos días de fiebre tras los meses citados, murió no sin sospecha de veneno. En todo este tiempo nuestro D. José, teniendo una habitación que daba a la S. Capilla, todas las mañanas asistía con mucho consuelo a la misa cantada que se celebraba en la madrugada.

10. Con cuya noticia que el Gran Rey, como tan sabio, empleó luego a nuestro Sacerdote, tan igualmente docto como ejemplar, enviándole por su Real Visitador al celeberrimo Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat en Cataluña. Llegado a este Real, insigne y devotísimo Santuario, allí delante de su Señora renovó sus santos propósitos; allí fue más continua su oración, y más fervorosos sus obsequios delante de su Protectora, y de tal suerte se portó en su oficio de Visitador, que mereció la aprobación del mismo Rey; tanta era la industria y capacidad para todo género de negocios en la edad tan juvenil de nuestro santo mancebo José Calasanz.

11. Ocurrió en aquellos días que llegó una orden de la católica majestad Felipe II una orden a este obispo para que fuera a la santa casa de Montserrat, santuario muy célebre en todo el mundo, con el encargo de que visitara todo lo que le indicaba la católica majestad en aquella casa. En este asunto de gran importancia y consideración, tal como estaban las cosas, basó todo su éxito en la persona de su confesor, sin el cual estimaba infructuoso su trabajo. Al princi-

pio se excusó José, y con toda humildad le dijo que era insuficiente, inhábil, sin experiencia y demasiado joven, no capacitado para semejante asunto. Al fin cedió a las persuaciones y ruegos del obispo, que de todos modos lo quería consigo. No puso resistencia a la divina voluntad, a cuya disposición se encontraba, y estimó conveniente aplicar los talentos con que Dios le había enriquecido. Además, el prelado le decía que sacaría provecho y sería doctrinado con la práctica, el apoyo y la legitimización de su autoridad, que él le daba en aquel asunto, para satisfacer la piadosa mente del Rey Católico y para beneficio de aquella santa casa erigida bajo la protección de la Gran Madre de Dios. La ayuda divina vino para secundar los votos y recta intención del buen prelado, porque una vez llegado a aquel santuario dio comienzo a la visita con tal éxito que no podría desearse mayor, y sin duda que se le habría dado un fin correspondiente al buen inicio si después de seis meses el digno prelado no hubiera enfermado y a los dos días de enfermedad no hubiera cambiado su vida mortal por la eterna. Realmente son admirables y ocultos los juicios divinos, con los que debemos todos conformarnos. Cuando la católica majestad recibió el aviso de la muerte del visitador, proveyó aquel cargo en la persona de otro prelado, el de Vich. Mientras tanto José no dejó con su ejemplaridad más que religiosa de edificar a aquellos con los que trataba en aquel santuario. Le fue de gran consuelo y gozo para su espíritu el haber tenido allí por habitación una que estaba vecina la capilla santa, en la que durante buena parte de la mañana permanecía, centrado en las divinas contemplaciones que recibía de su Dios y de su Madre Santísima.

Se ajustaron los de aquella santa casa a las disposiciones hechas en la visita terminada con común tranquilidad y satisfacción, y como sabían que la mayor parte de todo procedía en beneficio suyo de la dirección de José de Calasanz, que vivía con ellos, con universal sentimiento y obra deliberaron mantenerlo en el fructuoso fin que esperaban, admirando su prudencia y saber singular, unidos con una bondad invencible, para aprovecharse de su presencia. Por ello hicieron todas las diligencias posibles, y mientras tanto cada uno imitándolo conocía cómo servía a Dios con verdad, y era de ayuda para todos con la comunicación de aquellos bienes que gastaba con ellos, de modo que los mismos religiosos se sentían muy felices porque el Señor les había hecho partícipes en el gozo de su asistencia y ayuda en sus necesidades comunes.

12. Este Obispo fue enviado por el Rey Católico a Monserrat, para que llevara a cabo una visita pendiente, y él encargó la mayor parte del trabajo al juicio y la prudencia de José, el cual inspeccionó todo seriamente, y principalmente con su erudición, destreza y prudencia resolvió algunas graves controversias y divisiones que existían entre castellanos y catalanes, que causaban graves molestias a aquel cenobio. Después de seis meses, y muerto el obispo, Calasanz volvió a su pueblo.

13. Y ocurrió que S.M. Católica le ordenó hacer la visita del gran monasterio de Nuestra Señora de Monserrat en Cataluña, y condujo consigo a nuestro José de Calasanz. En cuanto llegó, entró en la iglesia, y ante aquella sagrada imagen renovó sus buenas intenciones con cálidas oraciones. Entonces comenzó la visita de ese monasterio junto con el obispo, quien enfermó al poco tiempo, y dio órdenes a Don José de continuar la visita, que terminó con tal prudencia y caridad que no se podía desear más, y recibió grandes alabanzas incluso de S.M. Católica. Ocupado en una tarea tan seria, nuestro D. José nunca dejaba de visitar a diario aquella imagen devotísima de Nuestra Señora, pasando horas enteras en ferviente oración, y esto lo hizo durante todo el tiempo que vivió allí, que fue por espacio de unos seis meses.

14. Debiendo su obispo, por orden del gran Monarca de España Felipe II, ir a visitar el famoso santuario y admirable monasterio de N. Señora de Monserrat, no encontró como su compañero, consejero y secretario en un asunto de tanta importancia elegir otro mejor que D. José de Calasanz; y lo hizo con sus consejos y ayuda con gran satisfacción así de los religiosos, que vivían en aquella santa casa, como de Su Majestad que le había mandado, al existir algunas controversias en aquella santa casa, estando los castellanos por un lado, y los catalanes por otro, que creaban en ella no poca inquietud y perturbación, y esto con satisfacción de ambos lados, y más aún de su obispo, quien veía con cuánta reputación y honor obraba su secretario y compañero de visita D. José. Seis meses había estado con el citado Prelado, cuando no habiendo terminado la visita, vino a morir con signos de santo y excelente pastor, como había vivido, y D. José, aunque rogado por el sucesor en el obispado y en la visita para continuar con él en los mismos cargos y preeminencias que había ocupado con su predecesor difunto, viendo cuánta perturba-

ción traía a la quietud interior de su espíritu esa carga y la variedad de negocios, agradeciendo a aquel Señor el honor que le hacía, supo disculparse con satisfacción de todos y le dieron licencia para regresar a la patria.

15. Dicho obispo había sido delegado por orden del Rey Católico con Escrito Papal como Visitador del famoso monasterio real de Montserrat de la orden benedictina, y llevó a su José como Secretario de la Visitación, poniendo sobre sus hombros casi toda la cantidad de asuntos, que por ser el dicho Monasterio rico en Abadías, Prioratos y el gobierno con unas cuarenta villas, y las tierras sujetas a su jurisdicción, eran para él no poca fatiga. En ocupaciones tan serias y continuas no encontraba otro descanso que retirarse ante el altar de la Santísima Virgen, y pasar buena parte de la noche en oración, pidiendo luz celestial para abordar adecuadamente las operaciones de la Visita. Mientras continuaba la visita, el obispo por un accidente pasó de improviso a la otra vida.

16. Habiendo sido entonces diputado dicho obispo por orden del Rey Católico Felipe II con Breve Apostólico como Visitador del Real y distinguido Monasterio de Monserrat, quiso que José le sirviera en dicha Visita como secretario, descansando sobre sus hombros todo el grueso de este importante asunto. Puesto que este Monasterio era muy rico en Abadías, Prioratos y Gobiernos, con unas cuarenta y tres poblaciones y villas bajo su jurisdicción, no fue para él pequeño esfuerzo. Pero trabajando con buena eficacia de espíritu, no puso su confianza en su propia industria, sino en la intercesión de la gran Madre de Dios, a los pies de cuya milagrosa imagen a veces consumía las noches enteras, pidiendo luz y fuerza para llevar a cabo bien la empresa, que estaba completamente dirigida a su honor y al de su Hijo.

Mientras tanto, los actos de esa visita iban con toda prosperidad, gracias a la exactitud del buen ministro, y a la eficaz protección de la Reina del Cielo, cuando por accidente repentino pasó a una vida mejor el obispo, y hubo que detenerlo todo.

17. No mucho después ocurrió que el Rey de España Felipe II envió al mismo obispo de Lérida a Montserrat con plena autoridad real como visitador, cuyo acompañante y encargado de negocios debía ser José. Después de llegar felizmente al citado Montserrat, para suerte suya a José le tocó una habitación contigua a la capilla ma-

riana célebre por sus muchos milagros. Uno puede imaginar con cuánto gozo entró en aquel santuario dedicado a la devoción mariana, y con cuánta devoción reverenciaría a la Madre de Dios; no es fácil describirlo con la pluma. Después de comenzar a realizar su trabajo con su Rvmo. Obispo, además de asistir de rodillas a la misa cantada temprano cada día, y de celebrar luego su propia misa, veneraba durante el día a su Divina Majestad, y en cuanto se lo permitían sus trabajos, iba a visitar a la Santa Madre, a cuya dirección providente se encomendaba diligentemente a sí mismo y sus tareas. Había graves controversias y disensiones entre castellanos y catalanes en aquel santo cenobio de Montserrat, que ocasionaban no pocas molestias, y no pocas quejas contra el abad del mismo monasterio. El obispo se sintió gravemente enfermo, y para que no se interrumpiera el curso de la visita, tuvo que confiar todo el trabajo a la prudencia y el juicio de José, quien con el Censor real no sólo gestionó todas las cosas hábilmente en lugar del Obispo, sino que manifestó su madurez y su juicio prudente. Hasta que felizmente todas las cosas se terminaron (lo cual se prolongó debido al fallecimiento del obispo a causa de la fiebre). Después de lo cual, después del fallecimiento de su obispo, habiendo recibido la noticia de que su padre estaba muy enfermo, se despidió de Montserrat, y no fue a Urgel, sino a Peralta de la Sal. Allí su presencia fue de gran ayuda a su padre agonizante, y cuando falleció cumplió piadosamente sus deberes filiales con él.

B) Murió el Obispo de Lérida en esta Visita, y fue enviada la patente de Visitador al obispo propuesto antes al Rey por el Residente y por nuestro Calasanz, que fue luego comisionado para comunicar la nueva al dicho Obispo

Fin de la visita

3. Pidió aquel otro Prelado a José que quisiese proseguir en el oficio de secretario, pero José supo excusarse con tales modos que dejó gustoso al Obispo, y se volvió a la Patria.

5. Se dio parte de la muerte del señor visitador al Rey Católico, y conforme a su deseo se enviaron despachos al obispo de Vich, que nuestro D. José le llevó, e informó a Su Señoría Ilm^a. de cuanto se había hecho. Aunque dicho prelado rogó a nuestro Calasanz con gran

afecto que continuase con él la visita con el mismo cargo de secretario, él se excusó y regresó a su casa, donde al cabo de poco tiempo murió su padre, cuando él tenía cerca de treinta años de edad.

7. Después de seis meses murió el obispo, por lo que José se volvió a su retiro en su patria, pero no llevaba allí mucho tiempo cuando Pedro Calasanz, su padre, pasó a mejor vida, después de que él pudo asistirle y ayudarle a bien morir.

8. Habiéndose dado parte al Rey de la muerte del Prelado, llegó la patente de Visitador al Obispo de Vic, propuesto primero por el residente y por Calasanz al Rey, y con sus cartas fue enviado como embajador de esta noticia a dicho Obispo, de quien no pudo ser inducido a servirle en los cargos de antes.

9. Después de dar parte al Rey Católico de la muerte del Prelado con cartas del Regente y de nuestro D. José, llegó conforme a su deseo la Patente al Sr. Obispo de Vic; fue con la Patente a Su Ilma., e informado de lo que había hecho el Obispo de Lérida, aunque el Prelado quería que nuestro Calasanz continuase con él en su oficio durante la visita, se disculpó, y regresó a casa, donde pronto murió su padre. Tenía él unos treinta años de edad.

11. Llegó entonces a aquel santuario el supradicho visitador para continuar la visita comenzada con Calasanz, quien ya había ido a su encuentro y al mismo tiempo a informarle de todo lo que el anterior había hecho. El regente del Rey Católico, que también tenía comisión para intervenir en aquella visita, recomendó al obispo de Vich que de ningún modo permitiera el privarse de tal sujeto, pues en aquella urgentísima necesidad lo consideraba necesario para el fin último, y lo mismo decían los de la santa casa, que era más que necesaria la continuación de la presencia de José. No eran contrarios los sentimientos del obispo, por las informaciones que había recibido y por lo que él había observado personalmente. Pero llegó aviso de Peralta de la Sal de que el señor D. Pedro su padre estaba gravemente enfermo, y con gran pena suya y de todos los señores y religiosos se vio obligado a partir lo más aprisa posible, y volver a Peralta, como hizo.

Todos los de la ciudad se alegraron cuando José volvió a su patria, con la esperanza renovada en sus corazones de que iban a recibir mayores frutos para sus almas y ayudas en sus necesidades corporales de su conocidas beneficencia y caridad. Pero más que nadie

recibió consuelo y respiro su padre enfermo, muy contento por poder gozar su alma de la utilidad de su presencia, y tuvo como un particular favor de Dios el verlo en su casa, a fin de que un hijo suyo tan bueno estuviera presente para consolarle y asistirle en su feliz paso a la otra vida. No dejó el piadosísimo y amoroso hijo de cumplir su deuda filial con un padre tan querido al verlo conforme con la divina voluntad, y con sus encendidas palabras lo dispuso a recibir cristianamente los santos sacramentos con la firme esperanza de deber ser hecho partícipe de la eterna fruición de aquel bien del cual sólo recibía los accidentes velados. Le asistió finalmente en su muerte, y después de haber hecho las debidas exequias al difunto padre volvió a continuar el camino comenzado en este breve exilio, para acertar a hacerle compañía en aquel lugar en el que no existe la inconstancia del tiempo en la sucesión de las cosas, sino la estabilidad de un feliz vivir para siempre, y un reposo eterno en el gozo del sumo y verdadero bien nuestro.

13. Al final del cual, habiendo muerto el obispo de Lérida, y liberado de esta tarea, se retiró de nuevo a Peralta, su tierra natal, no sin disposición divina, pues allí presenció el paso de esta a la otra vida de Pedro Calasanz su padre, que ocurrió poco después de su regreso.

15. Le sustituyó el Obispo de Vich como nuevo Visitador, quien rogó a Calasanz que continuara en el cargo de secretario, pero se disculpó discretamente, y le informó de lo que consideraba necesario para continuar bien la visita; renunció y regresó a Peralta. Esto no fue sin un designio soberano, porque no mucho después enfermó D. Pedro, su padre, y pasó al Creador, siempre asistido por José con verdadero amor de hijo para su feliz paso a la vida eterna.

16. Mientras tanto, los actos de esa visita iban con toda prosperidad, gracias a la exactitud del buen ministro, y a la eficaz protección de la Reina del Cielo, cuando por accidente repentino pasó a una vida mejor el obispo, y hubo que detenerlo todo. Pronto fue sustituido por el obispo de Vich, quien luchó mucho para conservar a José en el mismo puesto como secretario, pero él, disculpándose diestramente, después de informarle de lo que consideraba necesario, renunció y regresó a la patria. Lo cual fue sin duda una disposición divina, para que se encontrara presente en la muerte de Don Pedro su padre, quien tuvo este último consuelo de pasar a la eternidad en los brazos de su hijo, pocos días después de su regreso.

17. Después de lo cual, después del fallecimiento de su obispo, habiendo recibido la noticia de que su padre estaba muy enfermo, se despidió de Montserrat, y no fue a Urgel, sino a Peralta de la Sal. Allí su presencia fue de gran ayuda a s padre agonizante, y cuando falleció cumplió piadosamente sus deberes filiales con él.

C) Después de esta función, monseñor Hugo Ambrosio de Mendoza, antes camaldulense en el sacro yermo de Toscana y luego Obispo de Urgel, y que era hermano del Virrey de Cataluña, eligió a nuestro Calasanz como Vicario suyo en Tremp, y juez supremo en lo civil y lo criminal en todo el territorio que comprendía 60 castillos.

Oficial en Tremp y Vicario General

2. El obispo de Urgel Ambrosio de Moncada, hombre no tanto notabilísimo por la gloria de su origen como celeberrimo por la suma integridad de costumbres, de religión y doctrina, conoció la fama de José en sus años juveniles, y lo llamó a su diócesis para que la rigiera en su lugar, y lo pone al mando en lo civil y en lo religioso, para que rija a los sacerdotes con su guía e instruya a la gente de un amplio territorio en santas costumbres con su palabra y con su ejemplo. ¡Cuánto trabajo hizo, oyentes, con cuánta prudencia experimentada, con cuánta constancia, para propagar la mayor gloria de Dios, para restituir el culto de la religión y los deberes de la piedad!

3. Habiéndose sabido tan grande y universal satisfacción en aquella visita, determinó el dicho Obispo de Urgel enviar a José por juez así del civil como del criminal a Tremp y sus 60 lugares. Ejecutó lo determinado, dándole con el cargo un absoluto poder. Y porque el puesto es el toque de las personas, en aquel oficio descubrió José los mayores quilates de sus prendas. De suerte que, por premio del bien obrado, ascendió al puesto de Vicario General de Urgel.

4.9. Sé que el Padre José fue Vicario General del obispado de Urgel, su diócesis, donde más allá de la excelencia de su valor, particularmente en Derecho Canónico, se mostró prudente y correcto en negociaciones muy difíciles.

5. La buena fama del oficial de Tremp se extendió por aquella vasta diócesis de Urgel, y también la buena armonía en que vivía todo

aquel clero, por lo que el Ilmo. Obispo nombró a nuestro D. José de Calasanz su vicario general, en el cual cuanto mayores eran las dignidades, tanto mejor brillaban sus heroicas virtudes, siendo siempre celosísimo del culto divino, y muy acertado al confiar las curas de almas y las licencias para confesar. Quería que los ordenados además de en doctrina y buenas costumbres, estuvieran muy bien instruidos en las ceremonias correspondientes a su orden, y él mismo los probaba y ejercitaba en ellas. A los sacerdotes forasteros les hacía todo honor posible, pero tenía muchos reparos para confiarles la cura de almas, diciendo que era mejor darla a gente conocida de buenas costumbres y menos doctos, que no a los que sólo eran conocidos por un trozo de pergamino, y nunca más vistos.

6. Se había extendido ya por todas partes la fama de la santidad y prudencia de José, y con arcos de muchas pestañas celebraban muchos sus virtudes. Ambrosio de Moncada, obispo de Urgel, deseó experimentarla él mismo. Lo nombró Vicario General y Juez supremo. Tuvo también el cargo de Párroco de Tremp y sus sesenta poblados.

7. Finalmente, el obispo de Urgel, su superior, queriendo a Calasanz al servicio de su diócesis, lo hizo vicario general de todo su extenso territorio. Y porque aquel campo por falta de obreros había estado inculto durante mucho tiempo, el celoso vicario tuvo mucho trabajo para arrancar las espinas de los vicios, que se había propagado enormemente. Encontró grandes abusos por negligencia en el ministerio de las cosas sagradas, y poco saber de los eclesiásticos, concubinatos, enemistades arraigadas, y mil otros males, para remediar los cuales trabajó sin descanso movido por su deseo de servir fielmente a Dios y la Iglesia. Protegiéndolo la mano de Dios, redujo gran parte a buen estado, con maravillosas conversiones de muchos eclesiásticos y seglares, poniendo paz en muchas discordias, y eliminando con todo su poder los desórdenes, sin aprovecharse de sus bienes, antes bien haciendo muchas limosnas con lo suyo. Dejó bastante bien cultivada aquella viña del Señor con su valor, por lo que el buen obispo quedó muy satisfecho, y todos los buenos edificados, y el demonio confundido.

8. Después de dicho servicio, Monseñor Hugo Ambrosio de Moncada, que había sido antes Monje Camaldulense en el Santo Yermo de Toscana, y luego obispo de Urgel, hermano del Virrey de Cataluña, le nombró su Vicario General y Juez o funcionario supremo de

lo Civil y Criminal de Tremp y de todo su territorio, que abarca 60 poblaciones, en los que nuestro Calasanz quería que todos vivieran con el mayor temor de Dios posible, y particularmente que el Clero apareciera adornado con todas las virtudes. Además, no quería que se entretuviesen con los seculares en ningún tipo de juego, ni que participaran en convites en su compañía, ni que fueran a comer o beber a las cantinas de sus lugares. Estaba de acuerdo en que se recreasen entre ellos con conversaciones honestas y lícitas, pero no en lugares públicos.

Lamentaba mucho que hubiera disturbios entre el clero y una vez que se enteró de que dos sacerdotes habían salido de sus casas muy enfadados entre ellos, perturbados por no sé qué cuestión de dinero; aparecieron en la corte, y después de escribir sobre sus respectivas reclamaciones y viendo su pasión, una vez que volvieron a sus alojamientos envió al Notario que legalmente les ordenó no salir de aquella casa si antes no se habían arreglado primero entre sí, lo que fue la causa de que pronto se arreglaran y regresaran a su pueblo pacificados, después de haberles corregido paternalmente.

9. No podía durante mucho tiempo estar oculta una luz tan grande, porque enterado el Ilmo. Prelado Mons. Hugo Ambrosio Moncada, Obispo de Urgel, que nuestro D. José había regresado a casa, le llamó y quiso que estuviera en su corte, y le dio el título de Visitador General. Sintiendo por toda esa vasta Diócesis de Urgel el buen nombre del Oficial de Tremp y lo bien que vivía el clero, el Ilmo. Sr. Obispo, con la satisfacción común de toda la ciudad, nombró al nuestro D. José su Vicario General, cargo en el que cuanto mayor era la dignidad, mejor destacaban sus virtudes heroicas. Inmediatamente después de tomar posesión comenzó a consagrarse a las obligaciones de su cargo y gobernar la Diócesis, como algo querido por Dios, demostrando en cada acto ser muy celoso del culto divino, desinteresado, procurando la salvación del prójimo y no su ganancia. No admitía a los cargos y dignidades del Obispado sino personas de muchas letras y excelentes costumbres; en los exámenes de confesores y ordenandos, y mucho más de los curatos beneficiados, quería estar presente y los confería a los más dignos, sin otra consideración humana; los ordenandos, además de la doctrina y las buenas costumbres, quería que estuvieran muy bien instruidos en las ceremonias propias de esa orden, y él mismo preparaba a muchos, especialmente para la misa.

10. Parecióle al Señor D. Ambrosio de Moncada, Obispo de Urgel, que, siendo nuestro Sacerdote vasallo de su Casa, pues había nacido en Peralta de la Sal, villa del Marquesado de Aytona, Cabeza y tronco insignie de sus nobilísimo y esclarecidísimo linaje, y feligrés de su diócesis, que a ninguno tocaba más el tenerle consigo, y así le llamó a Urgel y, aunque tan mozo, le hizo Vicario General de su diócesis tan extendida, en cuyo ministerio mostró nuestro Vicario General cuán enriquecida estaba su Alma de todos los dones, porque era recto en la justicia, misericordioso con los pobres, tierno y afable con los desvalidos, y rígido con los insolentes. Visitó personalmente en nombre de su Obispo los Montes Pirineos, Todo su patrimonio y gajes lo daba tan liberalmente a los necesitados que alcanzó el renombre de padre misericordioso de los pobres, como su Obispo el señor Don Ambrosio de Moncada el de protector de desvalidos y único amparo de afligidos.

11. Quiso el obispo que José, después de unos cuantos días, continuase con la carga del gobierno en la provincia de Tremp y su distrito, en la cual lo constituyó juez y gobernador con absoluta potestad en las causas tanto civiles como criminales, queriendo elevarlo después a cosas mayores, como se dirá más tarde.

El dominio de Tremp con su distrito comprende sesenta lugares, muy digno por el concurso de forasteros y por sus habitantes. En este otro cometido se conoció también la liberalísima mano del Señor para con su siervo, quien por servirle a él y por el bien del prójimo no se excusó de servir a su obispo, con aquel deseo que tenía de hacer siempre la voluntad de Dios para que dispusiera siempre su Divina Majestad de él como fuera su gusto, y se sirviese de su persona como quisiera. Con estos firmes deseos se volvía fuerte y valiente su ánimo, y vencía cualquier dificultad y cansancio.

Constituido juez, deseaba por amor de su Señor complacer y satisfacer a todos, teniendo como su último fin el servicio de Dios y la observancia de su divina ley y la de la Santa Madre Iglesia, y todo lo que viene establecido por la ley natural y humana. Lo llamaban juez, pero él creía su deber ser un padre para ellos. Apoyó su administración del gobierno en la prudencia con la justicia, y en su natural destreza, que Dios le había dado. Se servía de la clemencia con los buenos para apartarlos del pecado, y con arte mayor corregía las culpas con el perdón, sabiendo que esta manera de obrar aprovechaba más que castigarlos, pero consistiendo el bien y la tranquilidad de los hombres en castigar los delitos, no dejaba pasar las culpas sin

las debidas penas, y para no dañar a los buenos no perdonaba a los malos. Ponía todo cuidado en hacerse amar por todos, y en no ser odiado por nadie. Vigilaba a sus oficiales y ministros de gobierno, a fin de que no los desviarán de la rectitud los respetos humanos o la mira de los intereses. Así que era amado como bienhechor público, y no temido ni odiado como juez severo. Quería que se diese tiempo a la verdad y no se corriese tras la primera relación, y que se tuviese cuidado para acertar con lo justo con la consideración del ingenio maduro y reposado, más que con la especulación. Nunca permitió que sus ministros se sustentasen con el producto derivado de su oficio, diciendo que de personas venales no puede esperarse nunca nada bueno ni justo. Y, por fin, así como procuraba ser fiel en todo a su Dios, también se esforzaba en ser justo con el prójimo, hacia el cual estaba lleno de caridad. Ahora le servía en sus necesidades, ahora lo sujetaba para que no cayese, ahora lo consolaba para no afligirse y le dilataba el corazón para encaminarlo a la adquisición del verdadero bien. Hacía todo esto con tal afecto y agrado que venía a ser amado y recibido teniéndolo no como su juez, sino como protector, defensor, guía, proveedor y padre de todos. Tal era la voz y la estima que corría, y el concepto que se divulgaba por todas partes de aquel país sobre su persona, de donde vino que en la ciudad de Urgel era grande el nombre de José de Calasanz.

No podía el obispo desear otro más oportuno remedio y celeste alivio para tantos males que oprimían a su rebaño en su Iglesia sino aquel que veía ser un siervo fiel y piadoso de Dios. No tardó a tenerlo a su alcance, pero para gozar de esta luz lo expuso al gobierno de toda su diócesis, y constituyéndolo vicario general suyo le puso sobre sus hombros la administración y gobierno de ella, con toda absoluta potestad, para suplirle en todo aquello que él no podía a causa de su edad y poca salud. José, que ya tenía muertos los ojos al mundo y estaba cerrado de hecho al viento, y al mismo tiempo huía de la adulación y aborrecía la ambición, como quien tiene su mente fijada en la disposición divina, sólo se complacía de pensar que esta fuese la voluntad de Dios, y que tenía que cumplirla. Disfrutaba al pensar que sus esfuerzos y los trabajos que hacía eran conformes al gusto de Dios, pues estaba cierto y seguro de su ayuda, de quien venía su espíritu de amor, pero con humilde sentimiento, y nunca con fingida apariencia. Pidiéndole que le diera un buen corazón, y su asistencia, dobló el cuello al mandato de su obispo como si fuera el de Dios.

No hay mayor caridad que exponer la vida por la salvación de las almas y padecer por Cristo. No quiso José resistir a la divina voluntad, pues ya sabía que Él sabe bien todo lo que hace por su gloria y nuestra salvación; queriéndonos más perfectos y más santos nos expone a los trabajos y peligros del mundo, en los cuales no nos deja sin su ayuda, para llevar a cabo aquello, para mayor servicio suyo y salvación de nuestras almas, que compró con su sangre, y a ello se rindió pronto este siervo suyo. No fue diferente de lo que ocurrió en los montes Pirineos, pero de mayor importancia, pues comprendía toda la diócesis, en la cual, no habiéndose regulado ninguna asistencia de gobierno oportuno por espacio de muchos años, se caminaba por toda ella sin freno y sin ley, porque cada cual tenía su alma puesta en el dinero, y la vendía por interés. No se negociaba sino con engaño, y la adquisición de ganancias, ilícitas o manchadas por la usura, era cosa común para todos en las tinieblas de la noche. No se distinguía lo sacro de lo profano, lo espiritual de lo temporal; quien tenía el dinero, adquiría el poder. Las personas se habían convertido en animales inmundos por la lujuria, y se consideraba más satisfecho el que se revolcaba en la basura a todas horas entre la inmundicia. Así corría el seglar, así gruñían el consagrado y el eclesiástico miserablemente en el fango y la basura abominables de Sodoma y Gomorra, estando privados de sentido y sin razón en la sensualidad. Nadie frecuentaba las iglesias, estaba oscurecido el culto divino y las iglesias poco menos que profanadas sin el debido servicio, decoro y ornamentos de los altares. Había decaído la obligación de asistir al coro, y la manera como se celebraban las misas. Cuando se enteró el Vicario, se deshizo en lágrimas.

En un libertinaje y una disolución tan grandes de vivir a la manera profana, se veía a la gente en los lugares sagrados y en las puertas de los templos celebrando banquetes y bailes con mucha indecencia, como si tuvieran que ofrecer víctimas y sacrificios a Venus, y todos se alegraban de que se hiciese con la participación de personas eclesiásticas y ministros sagrados, o más bien inmundas bestias, de quienes podía decirse lo del Apocalipsis: *“que el injusto siga cometiendo injusticias, y el manchado siga manchándose”*.

El Vicario General se vio expuesto a un inmenso piélago de tempestades. Aunque no estaba demasiado lejano de las furias pasadas, le parecían todas renovadas sobre sus espaldas, y se iban haciendo cada vez mayores a medida que iba descubriendo la fuerza de

los vientos que le empujaban por aquel campo horroroso con toda furia para erradicarlo y extirparlo de hecho. No teniendo otra esperanza y refugio más que en Dios, se inclinó humildemente ante él pidiéndole: “Piadosísimo Señor mío, ¿así que es voluntad tuya que para mayor servicio y gloria de tu suma bondad se confíe a mi inhabilidad el gobierno y la administración de estas almas? ¿Qué fuerza y poder tengo yo para llevarlo adelante? ¡Mira que *‘me hundo en el cieno del abismo, sin poder hacer pie!’* Si tú no me ayudas, ¿qué podré hacer yo? Me parece, Dios mío, llevado *‘a las honduras de las aguas, ¡el flujo de las aguas no me anegue!’* En tales males, en los que veo a esta gente correr como insensata a los precipicios, que no sabe hacer otra cosa más que pecar, mi ineptitud no puede hacerles evitar una miseria tal. Bien conozco la mía, que no sé pensar en ningún bien sin tu ayuda. *‘¡Sálvame, oh Dios, porque las aguas me llegan hasta el cuello!’* Yo también soy pecador, como estos que te ofenden. Ten piedad, Dios mío; piedad, Señor, perdón, si es voluntad tuya que yo proclame que *‘de la opresión, de la violencia, rescatará su alma’*; ello te dará gloria, y honor a tu nombre en la boca de estos. Yo confieso que tu bondad para conmigo es grande, *‘Dios, me enseñaste desde mi juventud’*, por lo que mi alma toda yace en dolor y llanto por los pecados que cometen estas criaturas tuyas contra tu Santo Nombre, *‘porque el celo por tu casa me devora’*, si ese es tu gusto, y *‘proclamaré tus maravillas hasta que sea viejo’*. Dame un alma encendida en el fuego del amor divino. Asísteme con tus dones de gracia, que son dignos de vuestra beneficencia. Descárgame, benignísimo Jesús, del peso de los sentidos, para que así levantado, y vuelto a tu gusto, pueda servirte sin ningún impedimento. Dame aquella prudencia que me haga en parte conforme a las virtudes de tus santos. Dame una justicia incorrupta, con la cual pueda dar reglas a este pueblo tuyo. Ármame de tu fuerza, que me ha sido provechosa para mi defensa y para la de tu Iglesia y su gobierno. Hazme digno, Jesús mío, de una vida continente, incesante en la devoción, fuerte en mis padecimientos, y que todo mi sentir sea tu querer, tu servicio y tu mayor gloria, para que así yo quiera, Dios mío, ayudar a estas almas tuyas, para que dejen el pecado; en mis costumbres, huyan los vicios; y en mi caridad, con tu gracias y favor, te amen y sirvan siempre a ti, Dios mío, nuestro sumo bien”.

Animado por una confianza tan grande en la ayuda divina, el vicario general se sirvió para la empresa del edificio espiritual que pen-

saba levantar en la Iglesia de Urgel de los mismos medios que sabía habían sido provechosos en los montes Pirineos, y antes de poner manos al trabajo le fue menester poner en orden los materiales y las demás cosas que necesitaba y consideraba necesarias para la obra. Juzgó conveniente que conocieran la calidad de su buen Maestro, perito en el arte y digno de la profesión; sabiendo comunicar su saber, con facilidad mayor se podría encontrar en breve tiempo el dócil devenir semejante en su doctrina y profesión como esperaba, empeñarse en su escuela. Dispuso con gran prudencia su familia de personas semejantes en sus costumbres personales y méritos a su señor. Como sabía que no aprovechaba la fuente pura cuando el líquido pasa por conductos fangosos, quiso que vigilaran por todas partes y con destreza a los ministros del oficio de la corte, para saber cómo se portaban, y lo que se decía y lo que se oía por todas partes de ellos, y se lo contarán.

Después él, con su natural amabilidad y gran liberalidad, comenzó a levantar a aquella pobre y necesitada gente con notables limosnas para ayudarles en sus necesidades. Compartía todo lo que tenía suyo, y con espléndidez de ánimo se daba a conocer benigno y piadoso, y con su dulce hablar restablecía los corazones de todos y se hacía comprender. Proveyó también a sus expensas el necesario equipamiento y ornamentos de los altares en las iglesias pobres, y ordenó que se preparasen con la mayor decencia posible. En conformidad con la composición modesta y en el andar con decoro de su familia se iba componiendo el clero, y con las instrucciones y ejercicios de las ceremonias eclesiásticas y del canto se hizo presentar personas prácticas en la profesión y actos, para hacerles aprender, y comenzaron a tener aire y conocimiento de lo eclesial, en el hábito y en el comportamiento. Procuró también que hubiera maestros idóneos y aprobados en costumbres y letras para las escuelas. Mandó que se abriesen los grados de sus escuelas proporcionados a las posibilidades de aquel tiempo, y lugares para instruir a la infancia y la juventud, para que, con ocasión de querer aprender el estudio de las letras con mayor cuidado y atención, quería que los maestros enseñaran también la doctrina cristiana, y saberse confesar, y cumplir, y el temor de Dios y el odio al pecado.

Con destreza y la fuerza de su valor erradicó y suprimió aquella costumbre profana de los bailes y festines que se hacían en los lugares sagrados y en los atrios de las iglesias, las cuales comenzaron todas

a tenerse con el decoro y reverencia que convenía, y ya se volvió a tomar el ejercicio de recitar las horas canónicas, con asistencia al coro los días de obligación, a las cuales si no tenía algún impedimento los días de fiesta asistía el vicario general, en el lugar en el que se encontrara entonces, y con su raro ejemplo de bondad celebró muchas veces en ellas el santo sacrificio de la misa, porque haciendo todo esto disponía y encaminaba a los sacerdotes y al clero al debido y reverente modo de asistir con atención y la debida disposición al culto divino. Por lo que las iglesias estaban frecuentadas a cualquier hora en todo tiempo, y escuchando en ellas la palabra de Dios venían a conocer lo que debían hacer en conformidad con el nombre que tenían en todas partes. En la administración de la justicia, conociendo de hecho que el vicario general era enemigo del interés, ya no sabían qué más desear. Y procediendo del mismo modo en las otras ciudades, lugares y villas de la diócesis, crecía el edificio espiritual, y se plantaba el temor de Dios, y fructificando la viña del Señor, lo devolvía centuplicado, con contento universal. Pero el enemigo del bien no dejó de desfogar su diabólico furor contra el siervo de Dios por medio de sus seguidores, a los que tenía velados con la malicia y con los lazos vacíos de bien, llenos todos de cadenas, que parecían una fiera cruel; con estos dispuso el perverso todo tipo de males para perderlo y matarlo.

Las culpas tienen mucho veneno, y la pasión forma la voluntad, que si es manejada arde y quema, pero no cuando el corazón del obrero divino está en las manos de Dios, cuya gran providencia lo libró muchas veces de peligros manifiestos, incluso de muerte. José nunca tuvo miedo, sino que con prudencia obraba al servicio de Dios, y no tenía otro pensamiento más que ganar almas y librarlas del poder del demonio, y otros fines no podía esperar sino los que dice el Sabio de este siervo de Dios: *“El cumplimiento de la justicia alegra al justo, pero arruina a los que hacen el mal”*¹⁹. Es verdad que no era él quien obraba, sino Dios mismo, que le movía a emprender la causa de su Señor con un corazón magnánimo. Con su juicio y su voz ponía en fuga al tentador, y quedaban atemorizados los tontos, y con los ojos abiertos por el rayo de su liberador, al que no creyeron, se vieron las almas ennegrecidas por la oscuridad en la que agarrados por el

19 Pr 21, 15

mentiroso caían, y se pusieron a gritar en alta voz: “¡engaño, engaño!”, y vueltos hacia la derecha imploraron con suspiros: “¡piedad, piedad, perdón!”. Inmediatamente les tendió la mano y los acogió en su seno, donde calentados por su amor paterno, ardieron en el deseo del propio bien, donde respirando y gozando no hacían otra cosa sino llorar a causa de su maldad, y con la llama del amor divino prendida en el corazón no anhelaban otra cosa sino amar a Dios.

Es en verdad admirable el divino obrar en sus siervos, y donde a veces se teme la muerte y todo tipo de mal, se disfruta por su piedad de la vida, y de todo bien. De la conversión de estos tras escuchar al siervo de Dios se derivó un gran incentivo para los demás; hasta el punto de que ya no se reconocía lo que había sido la diócesis de Urgel, que se había convertido toda ella en un espejo de toda piedad y santa observancia, en toda clase de personas. En todos los lugares se veía florecer el culto divino y la religión cristiana, por la prudente dirección y gobierno maravilloso del vicario general en el espacio de tiempo de cuatro años que permaneció en este cargo, estando el obispo en el colmo de su contento, que no se puede exagerar qué afecto y agradecimiento expresaba a cualquiera que tenía con respecto a su vicario; cómo le quería y reverenciaba cada día más. Al observarlo decía que lo consideraba digno de mayor grado, mereciendo mejor que él mismo el puesto en el que él había sido puesto en su Iglesia.

12. Pero el Obispo de Urgel pidió de nuevo a Calasanz, y le nombró Vicario General, y hasta hoy en aquella diócesis dura la fama de sus virtudes y la alabanza de sus gestos. Se dedicó a levantar a los pobres, a volver al camino del Señor a los alejados, y a que brillara el culto y el decoro divino en todas partes: en los altares, en los templos y en el clero.

14. Fue tal la fama que adquirió con su rectitud D. José que teniendo el obispo de Urgel que nombrar su Vicario General de todo aquel vasto obispado, puso sus ojos en él, a pesar de ser joven, pues lo estimaba apto no solo para aquel cargo, sino también para una prelatu-
ra, y le nombró su Vicario General. Él aceptó más por obedecer que por ocupar un lugar en el que el beneficio de grandes emolumentos y la ambición de un honor tan grande son capaces de atraer la gula de quienes andan tras las cosas del mundo. Habiendo entrado, por lo tanto, en esa inmensidad de asuntos que habrían absorbido a cualquier otro, no dejó sus ejercicios espirituales habituales y su

aplicación interna, retiro y silencio. De hecho, con el aumento de las rentas de los muchos beneficios que como vicario tenía, y de los derechos que con toda justicia le correspondían por su cargo, cada vez más crecía en él la caridad y su gran deseo de hacer el bien a los pobres y consolar a los afligidos. Siguió muchos años en ese cargo con igual satisfacción del pueblo, que siempre encontró en él un padre, protector y pastor, y del obispo, que lo miraba como santo a la vez que docto, y admiraba su suma prudencia, celo y justicia, confiando más en D. José que en cualquier otro miembro de su iglesia. Y él, con la ayuda y el apoyo de ese buen prelado, tomó la decisión de hacer algún servicio relevante a su Señor en esa viña suya. Y en la diócesis de Urgel, muy vasta y de las más grandes de España, como los predecesores de su obispo habían estado ocupados en otros asuntos, o habían sido poco conscientes de sus obligaciones y habían prestado poca atención al cuidado de sus ovejas, confiando en sus Vicarios, que estaban más atentos a aumentar sus ingresos y los de la mesa del obispo, poco o nada habían cuidado de la salud espiritual de los pueblos y de la observancia de las obligaciones para con ellos en los eclesiásticos, de modo que poco a poco se fueron haciendo como salvajes y habituados a los vicios, de modo que poco más que el nombre les había quedado de cristianos. Y dejando a un lado a los seglares, que por lo que de sus pastores diremos bien podemos imaginar lo que debían ser las ovejas, dos vicios entre otros reinaban en los eclesiásticos, lo más contrario a su estado, y que les hacía abominables y dignos de todo desprecio. Estos eran la amarga codicia del dinero, que era el único propósito y fin de todas sus operaciones, y la deshonestidad de la vida, vicios que, si a un juez o príncipe secular hacen ladrón de la justicia y tirano de su dominio, a un eclesiástico lo hacen peor que Simón el Mago, y que Judas. Todos tenían fama de escandalosos, ya sea por sordidez o ganancias indignas hasta desbordar en los abusos de los sacramentos, en la simonía y la usura; ya por el vicio bestial de la lujuria, que, con escándalo público, ya por oficios infames o por concubinato público vituperaban la altura y manchaban la pureza de su estado. Y a partir de aquí es fácil entender el resto de los inconvenientes y abusos que en esas iglesias no solo existían, sino que estaban arraigados desde hacía muchos años. Estaba el culto a Dios deshecho, apenas había quien fuera a las iglesias poco menos que profanadas, y tan desprovistas de cualquier ornamento y despojadas de las cosas necesarias

para el servicio de los altares sagrados, y sacrificios, que parecían, más que templos sagrados, madrigueras de sucios animales, y estaba a punto de decir lupanares, si no me lo prohibiera la reverencia debida al nombre de los lugares de los que hablamos. Tales eran las crápulas y las conversaciones que en ellas tenían lugar, incluso con mujeres infames, a la vista de ministros sin contradecirlas, de hecho, muy a menudo ayudándolas y haciéndose sus cómplices. Los oficios divinos eran maltratados, y más que recitados eran devorados, por así decirlo, sin devoción ni seriedad, sin la dulzura del canto ni la firmeza de las pausas, dichos de prisa no para alabar a Dios, sino para no perder la propiedad, que causaban más disgusto que edificación a quienes los escuchaban. La palabra de Dios estaba olvidada en absoluto por la ignorancia de los sacerdotes, o mal presentada y adulterada por su malicia, y hacía morir a las ovejas ya sea de pura hambre o envenenadas por sus errores, de manera que pocos eran los que sabían la cristiana doctrina, y entre esos pocos había entonces muchos que la sabían tan erróneamente enseñada que era peor que si no la supieran.

Tal era, lector mío, el deplorable estado de aquella desafortunada diócesis, como siempre lo son las que están mal provistas de pastores, cuando nuestro Calasanz entró en ella por su bien como Vicario General, que, al ver la Viña del Señor tan gravemente herida, bien podría decir con el profeta: *Singularis ferus depastus est eam*. Se aplicó de lleno para cultivarla y hacerla una digna Viña del Señor Salvador. No ahorró fatigas, no escatimó tribulaciones, encuentros y peligros muy temidos, y hasta la muerte misma para poder cumplir con su oficio. A unos los corregía, pero como pastor; a otros los animaba y acariciaba, pero como juez; a los más insolentes en los vicios los amenazaba y castigaba también, pero como padre. Era todo lengua de fuego, porque estaba movido por el Espíritu Santo, y amonestaba, enseñaba y redujo a su camino recto a esos clérigos. Era todo pecho, pero de fuego, por puro celo caritativo, y reprendía, castigaba y resistía el poder inicuo de los contumaces, que varias veces atentaron contra su vida, a menudo contra su fama, pero siempre sin ningún efecto, pues estaba protegido por el Altísimo, cuyo honor con todo su espíritu defendía. Con su prudencia, pues, su justicia y celo, pronto se vio el maravilloso fruto que había causado en aquellos pueblos, cambiando aquella gran Diócesis, que antes era un campo inculto lleno de espinas de vicios, y cardos de

mala moral en un agradable campo de virtudes cristianas, bien cultivado por sus diligentes agricultores. Sobre todo, el clero cambió su rostro, que mientras antes estaba deformado por los dos vicios antes mencionados, deseando solo ganar y darse buena vida, después fue totalmente reformado con la modestia de las costumbres, con la devoción y puntualidad de los sagrados oficios, la limpieza de las iglesias, el uso del catecismo, la asistencia a las misas y sermones, no menos con el ejemplo que con la doctrina, según el oficio y el estado que ocupaban. No eran ya lobos, sino pastores que alimentaban a la gente y la guiaban a los pastos saludables de los sacramentos y virtudes cristianas.

El buen obispo, que vio lo grande que había sido el bien que hizo su vicario en poco tiempo en aquella diócesis tan salvaje, se alegraba en el Señor más que ningún otro, pues más que a ningún otro le importaba la salud de esas almas que Dios le había encomendado, y con todo su corazón agradeció al autor de todo bien, por el gran ministro que en tiempo de tanta necesidad le había enviado, con el cual había podido proveer tan bien y tan pronto a los daños de aquella iglesia, y lo estimaba tanto que, aunque no era viejo, sino aún joven, dependía en todos los aspectos de su consejo y cada vez le encomendaba y confiaba a su prudencia más arduos negocios, sabiendo por experiencia que, por arduos que fueran, D. José los trataría con honor y satisfacción, y les daría una solución feliz. No fueron pocos los casos de importancia que le sucedieron, como se puede creer en una vasta diócesis donde la licencia y la libertad de vivir les había causado tantos inconvenientes, pero como no hay nadie que pudiera hacer más fiel y distinta relación, habiendo muerto incluso antes del final de su larga vida nuestro D. José, solo de uno (por el cual, sin embargo, se puede argumentar de los otros, como de tan famoso, que no puede borrarse la memoria, no ya durante muchos años, incluso durante décadas y siglos) puedo dar información.

15. A José no se le permitió hacer una estancia muy larga en casa; porque Don Andrés Capilla, Obispo de Urgel, su diocesano, dándoles un beneficio decente como Rector de Ortoneda, le nombró Juez Ordinario, al que comúnmente llaman Oficial, de la Villa de Tremp, y su Distrito, que se extiende por muchos kilómetros, por haber en ella trescientas entre aldeas y villas, y con una jurisdicción de Vicario sobre más de sesenta y dos parroquias, siendo de su propia jurisdicción en uno y otro foro, bajo el Obispo de Urgel.

16. Poco tiempo se le permitió a José detenerse en su anhelada tranquilidad, lo único que él deseaba, liberado de todos los demás asuntos, para unirse más estrechamente en contemplación con Dios. Pero el que lo quería en trabajos dirigidos a la salvación del prójimo inspiró en el corazón de D. Andrés Capilla, Obispo de Urgel, para conferirle el digno beneficio de la Rectoría de Ortoneda, declarándolo Juez Ordinario de la villa de Tremp y su distrito, que se extiende por muchos kilómetros, pues consta de trescientas entre villas y aldeas, y con jurisdicción de Vicario sobre setenta y dos parroquias, siendo patronato del obispo de Urgel, pro tēpore, en ambos foros. Este cargo, aunque era decoroso, era igualmente de grave peso, sirvió a José, por lo demás, sólo para hacer que su celo, su justicia, ajena a cualquier interés terrenal, su liberalidad y todas las demás prerrogativas de sus distinguidas virtudes, se mostraran. Administró justicia con tal rectitud, que incluso los reos castigados más de acuerdo con la piedad de José que con el rigor de la ley, cuando se pronunciaba sentencia se iban de su lado muy felices y satisfechos. Nunca fue posible que él mismo fuera cegado por las promesas, sino que procuraba que todo estuviera respaldado por la verdad según la cual juzgaba. A veces los emolumentos que le correspondían los entregaba por el amor de Dios a los más necesitados. Otras veces sin los jaleos del tribunal ajustaba las partes con acuerdos caritativos. Con todos era siempre afable, amable y cortés, y con todo esto siempre parecía venerable a quienes trataban con él. En suma, su vida era un ejemplo para todos de humildad, modestia, celo, constancia y caridad amorosa.

17. Terminada su tarea de visitador a gusto del Obispo, al volver a casa lo nombró su Vicario General con plena autoridad y honor. Como a él el honor no le importaba mucho, lo que sirvió de estímulo a José fue el poder ejercer mayor caridad con el prójimo, pues se le abría un campo más amplio para practicar las virtudes. Principalmente se empeñó con gran esfuerzo en corregir las costumbres de los demás con su propio ejemplo. Pues es difícil arrancar los hábitos inveterados, si no se emplea el remedio de la discreción en lugar de la violencia, como demuestra su propio intento, pues actuando según el modelo del Hércules Galicano, atrajo a todos a sí como con una cadena de oro. Y como comprendió que no era él quien había buscado el cargo, sino que más bien lo había ordenado así Dios para que la diócesis de Urgel, que tenía más de 70 parroquias, no careciera del gobierno de pastores cualificados, él mismo nombraba para

los cargos a las personas elegidas, y no promovía a nadie a beneficios a no ser que estuvieran debidamente instruidos en la ciencia, y fueran insignes y ejemplares en la rectitud de costumbres.

En lo sucesivo a quienes manifestaban el deseo de recibir las órdenes sagradas no sólo les pedía el testimonio de vida en casa y las calificaciones en los estudios, sino lo que sabía que era más loable en el clero: ante todo, les exigía que estuvieran bien preparados y experimentados en las ceremonias y prácticas de los ritos. Les recomendaba la decencia en el vestido, y prohibía la vanidad. Cuando surgían discusiones, siempre actuó como un serio Arístides, sin acepción de personas. Después de renunciar a su cargo de Vicario General, y al beneficio del curato en Tremp y en Ortoneda y haber puesto en orden sus cosas, se puso en camino como repetidamente le aconsejaban en su interior hacia la Ciudad Santa, rogando a menudo con suspiros al cielo, para que la Divina Majestad, como en otro tiempo a Tobías, quisiera dirigirle en su camino, y confirmar con su clemencia todos sus consejos para el bien.

D) En este oficio se portó egregiamente, disponiendo que el clero viviese con mucha observancia y no acudiese a convites de personas seglares, sino que honestamente se recreasen juntos los eclesiásticos, y apaciguaba sus discordias con suma prudencia.

Medidas tomadas

5. Vuelto de su visita, el Sr. Obispo nombró a nuestro Calasanz Juez y Oficial de lo civil y lo criminal en Tremp y su distrito, que consta de sesenta lugares, en los cuales quería que todos vivieran con el mayor temor de Dios posible, y que el clero apareciese adornado de toda virtud. Por eso no quería que los eclesiásticos se entretuvieran con los seglares en juegos y otros pasatiempos ni que participaran en banquetes en su compañía, y donde tenían sus propias casas no quería que por ningún motivo fueran a comer o beber a las tabernas. Le parecía bien que los clérigos se recrearan fraternalmente entre ellos con ejercicios honestos, pero no en lugares públicos, procurando en todo su salvación eterna.

Lamentaba mucho también que hubiera conflictos entre el clero. Una vez se enteró de que dos sacerdotes habían venido a su tribunal muy enfadados entre ellos por no sé qué asunto de dinero. Cuando comparecieron les hizo escribir sus reclamaciones, y después les

intimó judicialmente a que no salieran de la hospedería si no se ponían antes de acuerdo entre ellos. A la mañana siguiente volvieron a la corte, y ya estaban de acuerdo. D. José les hizo una corrección paternal, y les mandó volver a sus lugares sin pagar ningún gasto.

9. Después el Sr. Obispo le nombró oficial de lo Civil y lo Criminal de Tremp y su distrito, que tenía 60 poblaciones, en los que nuestro Calasanz quería que todo el mundo viviera con el mayor temor de Dios posible; que el clero apareciera adornado con todas las virtudes y además no quería que tratasen con los seglares en ningún tipo de juego, ni que tuvieran convites en su compañía; y donde tenían sus propias casas, no quería que los clérigos fueran a comer a la hostería por ningún motivo; le parecía bien que el clero se recreara entre ellos en entretenimientos honestos y lícitos, pero no en un lugar público, buscando en todo su salud eterna, y no su bolsillo.

Sentía mucho que entre el clero hubiera disturbios. Una vez que se enteró de que dos sacerdotes habían salido de sus casas muy perturbados por no sé qué pretensión de dinero; comparecieron en el tribunal, hizo que la petición fuera escrita por ambos y regresaron al albergue. Envió a su notario, que legalmente ordenó a los dos que no salieran de casa a menos que primero se hubieran ajustado, lo que fue la causa de que a la mañana siguiente regresaran a la corte pacificados entre ellos, y ajustados; y habiéndoles hecho nuestro D. José una corrección fraterna a los dos, los envió a su pueblo sin costo alguno.

E) Andando de visita por los montes Pirineos encontró al clero bastante desarreglado, por lo que hizo y puso en práctica muchas excelentes ordenanzas, e impuso la pena de excomunión a los vicarios foráneos si no denunciaban a los que no las observaran, por lo que se sublevó el pueblo y el clero hasta quererlo matar. Pero visto que todo resultaba a mayor gloria de Dios se calmaron, y como prueba le fue regalada por aquella comunidad una gran cantidad de quesos, dándole las gracias y confesando que hasta aquel momento no habían conocido su propio bien ni qué era la dignidad sacerdotal.

Visitador diocesano

2. Imaginad por un momento que veis con vuestros ojos aquellos montes escabrosos, llamados Pirineos, con unos caminos por los

que camina con gran dificultad, y de allí, compuestas las cosas según el derecho, pasa a otros lugares. Nunca se detiene en ninguna parte, no descansa en ningún lugar, en ningún poblado, sin cumplir lo que tenía que hacer, con gran esfuerzo, con gran piedad, alabanza y gloria. Es difícil decir si muchos documentos que sean ornamento de las obras de las almas o alimento de los cuerpos de los demás, monumentos de la piedad, dejara de hacer.

3. Oyendo su venida el Obispo de Urgel, llamóle a su Corte y confiándole el puesto de Visitador General. Ejercicio dicho oficio primero en los montes Pirineos. Allí, como otro Moisés, juntando con la vara de la jurisdicción el poder del Orden, halló en aquel Egipto los pueblos esclavos de tantos faraones cuantos eran los vicios en que vivían, juntándose en esto los eclesiásticos con los seglares. Fueron en breve tiempo socorridos allí los unos como los otros por el celoso Visitador con órdenes saludables, pero con malos efectos. Porque, viéndole aquellos hombres apretar dentro la observancia de las leyes (privados de la libertad y disolución de sus costumbres), se alborotaron y le urdieron la muerte. No se amedrentó el siervo de Dios; antes lleno de celo y armado de prudencia los rindió de tal modo que, conociendo sus faltas, universalmente le aclamaron por Varón Apostólico y por su libertador, trocando los desdenes en cariño y las señales de venganza en expresiones de agradecimiento y obligación.

5. Una luz tan grande no pudo estar oculta durante mucho tiempo, porque cuando el Ilm^o. y Rvm^o. Fray Hugo Ambrosio de Moncada, obispo de Urgel, oyó que nuestro D. José había vuelto a su casa, lo hizo llamar y quiso que estuviera en su corte. Para comenzar le dio el título de visitador general suyo, y lo envió a los montes Pirineos a visitar el valle de Boí, donde habiendo encontrado al clero bastante desmadrado y al pueblo poco temeroso de Dios, dio muchas órdenes adecuadas para enderezar a unos y otros, lo cual no sentó bien a la gente ni al clero, por lo que intentaron matarlo. Pero nuestro D. José, con su prudencia habitual, les hizo comprender la obligación que tenían, de modo que al final le quedaron eternamente agradecidos, y le hicieron regalos bastante considerables, enviándoselos a su propia casa con personas delegadas, que le dieron las gracias en nombre de todo el valle, diciendo que hasta entonces no habían conocido qué era la dignidad sacerdotal.

6. Tuvo también el cargo de Párroco de Tresp y sus sesenta poblados, y de Visitador de los montes Pirineos. Con qué cuidado y diligencia debió desempeñarlos es más fácil de argumentar a partir de sus virtudes, que describirlo por medio de la pluma de otro. Fue un vicario tal, que un obispo no habría sido mejor. No contento con exhortar a la gente sólo con las palabras, añadía continuamente su propio ejemplo. Se le veía sobre aquellos montes Pirineos como a un Prometeo cristiano, animando con antorchas de fuego robado del cielo las estatuas de barro de sus desacostumbrados súbditos. ¡Cuántos pobres vistió! ¡Cuántos hambrientos sació! ¡Cuántos malos hábitos, cuántas lascivias, cuántas usuras corrigió! Arrancó infinitos súbditos al infierno, y devolvió muchos al cielo. Quitó lo superfluo de las mesas de los ricos, para dar lo necesario a los pobres. Devolvió las ceremonias a los altares, y se las quitó a los cortesanos. Hizo volver al debido culto las iglesias; a las iglesias, los hombres; a los hombres la devoción. ¡Cuánto sudó para congelar en el corazón de aquella gente el fuego de la deshonestidad! ¡Cuánto se heló para calentarlos con el amor divino! ¡Cuánta fue su paciencia para instruir a los ignorantes! ¡Cuánto el fervor para encender a los tibios! ¡Cuánto el celo para corregir a los díscolos! ¡Cuánta la ternura para compadecer a los afligidos! Devolvió al clero indisciplinado su primitivo esplendor. ¡Pero cuántas tinieblas de rencor ocasionó en el pecho de quien, por verse diferente en las costumbres, le odiaba! Se vio en evidentes peligros de muerte, mientras procuraba devolverlos a la vida. Llevando a cabo tales actos de piedad, encontró a muchos que le atacaron cruelmente, puesto que de la misma manera que amaban los vicios odiaban a aquel que les exhortaba a dejarlos. Quizás no podían ver en el escudo de Calasanz aquel perro que, vigilando noche y día mientras guardaba a sus ovejuelas, perseguía a los lobos. Consideraban apariencia e hipocresía sus auténticas y reales virtudes. Decían que sus ayunos tenían hambre de gloria terrena, que sus suspiros buscaban un aura popular, que sus limosnas compraban las alabanzas de los pobres. Pero la verdad, que a veces se avergüenza de salir en público porque va desnuda, al fin no puede estar escondida por mucho tiempo. Conocido de todos su santo celo, los odios se tornaron amor; los desdenes, afecto; los desprecios, estima. Pero esto fue un ofender más aquel generoso corazón de José, que se sentía tanto más elevado al sumo de su contento cuanto más se veía maltratado y vilipendiado.

7. No había pasado mucho tiempo cuando su obispo de Urgel, hombre insigne en piedad y doctrina, habiendo sabido de él, lo hizo llamar, y viendo que en su juventud era viejo en sensatez, lo nombró Visitador General suyo. D. José obedeció a su buen prelado con humildad y de buena gana, porque iba a tener que esforzarse mucho para gloria de Dios y beneficio de las almas. Recibidas, pues, las debidas comisiones, se fue a visitar los lugares asignados en los montes Pirineos, donde con una amargura más allá de lo imaginable encontró corruptas las costumbres de aquella cristiandad, y más deterioradas aún entre los eclesiásticos que entre los seglares. Tuvo que hacer frente, además de las fatigas, a peligros grandes para su vida, al erradicar y purgar aquel campo del poco cuidado de ministros que lo habían dejado prácticamente abandonado; pero con la ayuda divina venció con maravillosa destreza la casi insuperable barbarie de muchos, y de tal manera los formó que habiendo felizmente terminado la visita con mucho fruto, regresó junto a su obispo para dar cuenta de lo realizado.

8. Después de dicho servicio, Monseñor Hugo Ambrosio de Moncada, que había sido antes Monje Camaldulense en el Santo Yermo de Toscana, y luego obispo de Urgel, hermano del Virrey de Cataluña, le nombró Visitador General en el Valle de Boi en los montes Pirineos. Al entrar en los montes Pirineos visitando el Valle de Bohí, encontró al clero bastante desordenado. Dio y puso en práctica algunas buenas órdenes, bajo pena de excomunión a los Vicarios Foráneos si no le avisaban en caso de que no se observaran. Se sublevaron tanto el clero como el pueblo todo, y tramaron matarlo. Pero luego, viendo que todo redundaba para gloria del Señor, y su propio honor, la comunidad le envió unos quesos a su propia casa, en agradecimiento, y confesando que hasta entonces no habían conocido su propio bien, ni lo que era la dignidad sacerdotal, y a menudo también le enviaron otros regalos de esos países.

9. No podía durante mucho tiempo estar oculta una luz tan grande, porque enterado el Ilmo. Prelado Mons. Hugo Ambrosio Moncada, Obispo de Urgel, que nuestro D. José había regresado a casa, le llamó y quiso que estuviera en su corte, y le dio el título de Visitador General, y le envió a los Montes Pirineos para visitar el Valle de Bohí, donde, habiendo encontrado al clero muy desregulado y a la gente poco temerosa de Dios, dio muchas buenas órdenes para am-

bos, y como eran gente libre y de poca conocimiento, tanto el clero como el pueblo se alteraron de tal manera que procuraron matarlo, pero con su presencia natural nuestro D. José les hizo conocer la verdad tan bien, que quedaron agradecidos para siempre y le hicieron muy buenos regalos, enviándolos a su propia casa.

10. Visitó personalmente en nombre de su Obispo los Montes Pirineos.

11. No pasó mucho tiempo antes de que el obispo de Urgel tuviera aviso de la muerte de D. Pedro y de la vuelta que con ese motivo había hecho a Peralta de la Sal nuestro José. Ya estaba al corriente de las ocupaciones que había tenido en Lérida, con mucha satisfacción del difunto obispo, lo que le causó mucha alegría, y dio gracias a Dios por haber hecho que un ministro suyo tan fiel hubiera sido consagrado por sus manos, y aumentó su deseo de aprovecharse de él con justa razón para su Iglesia, la cual, con gran dolor suyo sabía que necesitaba de un ministro de tanto valer para sembrar en ella la palabra de Dios, y plantar allí su santo temor y observancia de su divina ley, cosa que hasta entonces no había sido posible llevar a cabo, por no tener a mano ninguna persona de su gusto a la que confiar un peso tan importante.

El episcopado de Urgel y su diócesis es vastísimo, y contiene aquellos agrestes lugares de los montes Pirineos, que separan a España de Francia, y el valle de Bohí, que parecía una selva llena de árboles y abrojos, habitado por gente que sólo el nombre tenían de humano. Yacían por la infamia de la sensualidad en las tinieblas de la noche, peor que animales, y como troncos y plantas secas que no pensaban en otra cosa más que en alimentarse de todos los vicios en los que estaban inmersos, y estaban tan lejos de Dios como el cielo de la tierra, como se dirá.

El pastor tenía presente la vida de sus ovejas, pero el buen obispo vivía con achaques y palpitos de corazón continuos, y no se podía estimar digno de tal nombre si no se unía un ministro de su Dios al buen gobierno de aquellos. Le dolía mucho el no haber podido nunca exponerse a una fatiga tal por las graves ocupaciones que se lo impedían, y por la poca salud que tenía, estando siempre enfermo. Su ánimo estaba continuamente afligido por la preocupación y el cuidado de su salud, y vio que había llegado la hora y el momento en el que Dios había escuchado sus plegarias, que no otro podría reparar aquellos daños sino aquel de le dio para unirlo como minis-

tro fiel suyo al servicio de aquellas gentes. Así, pues, con ocasión de enviarle un cortés oficio de condolencia por la reciente muerte de D. Pedro de Calasanz, escribió a José expresándole su sentimiento y aflicción por la muerte de un padre tan bueno, y por el deseo que había ya resuelto de servirse de él, con mucho placer le significó se complaciese en transferirse cuando le fuera posible a Urgel, por la necesidad que tenía de tratar sobre ciertos asuntos de relieve en presencia suya. Él agradeció el afectuoso oficio de condolencia que le envió su obispo, y para secundar el gusto y la voluntad de su pastor diocesano, sin replicar y sin poner ninguna pega, partió lo más pronto que pudo a Urgel.

Cuando llegó al palacio de monseñor, este quedó sumamente admirado a primera vista, y se le aficionó tanto que por sí mismo descubrió mucho más de lo que la fama decía del siervo de Dios, viendo la modestia de un ánimo tan recto al haberle obedecido tan pronto, que él debía ser de los que justamente obedeciendo obtienen sus victorias. Lo acogió con una afectuosa demostración de afecto extraordinario, y dándose cuenta por la conversación que tuvieron de que había en él una rectitud totalmente llena de celo por el honor de Dios, no esperó más a descubrirle lo que el Señor había puesto en su corazón de gozar de su persona para ayuda y salud de las almas en una mies tan pobre y necesitada de su cuidado, pues conociendo su bondad y virtud sabía que había hecho una buena elección en él, a quien anhelaba confiar el cuidado de aquellas almas que yacían en tanto abandono. Diciéndole esto, le abrazó y le movió a rendirse a sus santos pensamientos, al bien de aquella grey, como a la voz del mismo Dios, que le hablaba por su boca.

José quedó un tanto turbado, porque, estando lleno de humildad, aborrecía los efectos de la ambición y el mando, y pensando en sí mismo sólo veía debilidad, y temía obligar a sus flacas y débiles fuerzas, y la pobreza de su ánimo a aquella dignidad, ya que tanto por su edad como por su falta de experiencia se consideraba totalmente inhábil para aquella carga. Finalmente se rindió a los santos pensamientos e ideas de su prelado, sintiéndose estimulado por la secreta llama que ardía dentro de su pecho por reducir a todos los que pudiera al amor y conocimiento de su Dios, considerando que no quería que él viviera ocioso. Y aceptó el cargo con tanto mejor gusto por cuanto era más bien oneroso que honorable, y que llevaba consigo innumerables fatigas, y era grande el bien que podría

resultar de él para mayor gloria de Dios. Con toda prontitud y reverencia se sometió a la voluntad y mando de su pastor, y al suave yugo del Señor. Se alegró enormemente el obispo por ver en marcha un asunto que tanto había anhelado, del que esperaba el efecto de poder reducir al santo redil aquellas sus ovejas perdidas por medio de un obrero tan santo, por lo que confiaba que su corazón iba a alegrarse por el provecho seguro que esperaba.

José, una vez destinado por el obispo como visitador general a beneficio de aquellas almas, como quien siempre buscaba hacer la voluntad de los demás, se sometió de buena gana a la voluntad de su prelado, no teniendo nada en mayor estima que la obediencia. Pensando en la debilidad de su poco talento y reconociéndose inhabilísimo instrumento, con profunda humildad y confianza recurrió a la ayuda divina por medio de la oración. Teniendo puesta toda su fe en el donador de todo bien, pensaba que tendría que tratar con aquella gente como Dios hacía con él, y su caridad no debería ser solamente para con el Creador, sino por medio de su amor también para con el prójimo. Creía que los pecados de aquellos estaban puestos sobre las espaldas de él, por lo que con una auténtica caridad intentaba ganar méritos sufriendo para cancelar las culpas de los demás. Se veía a sí mismo como el más vil y miserable de todos, suplicando con muchas lágrimas a su divina clemencia que los perdonara y admitiera en su gracias, y en todo pedía implorando con insistencia la ayuda de la Bienaventurada Virgen Nuestra Señora y la intercesión de S. Carlos Borromeo.

Con tal ánimo humilde y confiado en Dios, el visitador recibió fuerza y vigor para poder hacer bien, al mismo tiempo que esperaba deber seguir el deseo del obispo, quien, satisfecho por haberlo observado en diversas ocasiones desempeñando sus talentos, después de unos pocos días decidió no retrasar más su partida. Recibió José las facultades y órdenes necesarias para su oficio. Con su bendición se encaminó hacia aquella zona de los montes Pirineos. Al ir puso ante sus ojos como ejemplo el celo y la caridad del glorioso arzobispo de Milán San Carlos, cuando fue a visitar los lugares de su diócesis, y humildemente le pidió que, así como quería ser su imitador y seguidor de sus admirables virtudes y santidad, también él con su intercesión le favoreciera ante Dios para hacerlo digno y abierto a comprender su mérito y bondad, de la cual se sentía tan necesitado por las muchas dificultades que se presentaban ante él.

Aquella gente de la que tenía que ocuparse era muy agreste y difícil, semejantes a la rudeza de aquellos montes que tenía que subir, pues entre ellos sólo reinaban con arrogancia la calamidad de las maledicciones, la ira que es madre de la discordia, y la vida licenciosa con todo tipo de desvío y peligros por la avaricia, y la envidia, fuente de la podredumbre, con un sinnúmero de horrores, sin juicio ni prudencia. Eran un monte de dificultades y un valle de pérdidas en su flaqueza. Y lo que era de mayor consideración, suficiente para desanimar a cualquiera de fuerte y magnánimo corazón, es que no parecían humanos sino bárbaros. Y por fin los que hacían más difícil la empresa eran los eclesiásticos, quienes en lugar de ser modelos de virtud y bondad formaban una asamblea y escuela de vicios, y como dice el filósofo, “la corrupción del mejor es pésima”, estaban todos completamente podridos y repugnantes, reinando en ellos la malicia del veneno que incluso infestaba con abominable horror todo el contorno. Llegado a aquellos montes el visitador general, donde ya lo estaban esperando por los avisos que habían tenido, fue recibido con el debido honor, quedando un tanto desconcertados ante el primer aspecto de su presencia, y no lamentaban que hubiera venido al verlo lleno de amabilidad. Sin embargo, esperaban para ver cuáles serían los efectos de su venida, pues no estaban demasiado dispuestos a tolerar tal personaje. Comenzó su visita poniendo los fundamentos en la oración y la súplica a Dios, para lo que hizo preparar adecuadamente la iglesia mayor, y a adornar decentemente los altares con todo lo necesario para exponer el Santísimo Sacramento a la manera de las 40 horas, y en aquella función comenzó a exhortar con eficacia y a cultivar aquel árido campo para purgarlo de las ortigas, y arrancar las espinas y hierbajos de las vanidades terrenas de los corazones de los hombres, con el anhelo de plantar allí y sembrar la palabra de Dios y su santo temor. Poco a poco los iba adiestrando a saborear los pastos de nuestra salvación, y les hacía ver que los bienes del mundo parecen otra cosa, y de su uso no vienen más que molestias y afanes, y que era un perverso sentimiento vivir engañados y morir miserablemente en tal engaño. La más grave miseria era ser una víctima del infierno, para aquellos que viéndose cerca de los últimos días de su vida no cambiaban a mejor pensando en el reposo eterno. Les decía que la vida mortal no era sino un punto en comparación con la eternidad, y aquella era la auténtica y suma felicidad de quien sabe consumir su tiempo amando a Dios, que

debe ser el primer pensamiento del alma y no el último, pues toda nuestra preocupación no debe ser conservar el cuerpo y reforzarlo, de modo que no avance ni un poco el alma.

Representándoles así la inconstancia de las miserias humanas en cuyo gozo con infelicidad insospechada pone el hombre todas sus esperanzas, procuraba acercar sus mentes a las ciertas y sólidas verdades para adquirir el bien infinito. Explicaba todo con mucha destreza y eficacia, aprovechando también las ocasiones que se le presentaban para invitar ahora a este, luego a aquel, a esforzarse por la verdad. El visitador se daba cuenta al observar el horrible aspecto de las caras de aquella gente que les sabía amarga la comida dulce y suave, y que les daba náuseas aquello que consideraban ligero y sin sustancia, fiados de su paladar duro y amargado por la hiel y vinagre de las atracciones terrenas. Pero no hablaba citando ningún vicio en particular, sino todos en general. Les hacía tocar con la mano las vanidades del mundo y los engaños del Demonio. Se abstenía de castigar o reprender, y si necesitaba dar alguna orden o aviso, lo hacía con toda mansedumbre y clemencia, según las circunstancias y los conocimientos más favorables para los implicados, de modo que fueran de utilidad y conducentes a lograr su fin principal de llevarlos al Señor.

El ejemplo de su vida era un orador mucho más eficaz para persuadir y mover a aquellos para abrir los ojos de la mente y conocer en qué estado miserable yacían, que penetró sus corazones todo lo que oían con admiración. Como resultado de la consideración de la desinteresadísima prudencia con tanto exceso del visitador, no podían por menos que escucharlo, y reconociendo como venido de Dios el favor tan nuevo de poder volver a la adquisición de su goce en las manos de su siervo, se disponían a tomar aquel bien al que comenzaban a aspirar. Con lo que José pudo dar principio a establecerlos en la vía de la verdad y en hacerles aprender el bien para amarlo, en lo que consistía todo el ajuste de su vida. Estimó provechoso dar algunas órdenes, que consideraba una disposición necesaria para el mayor provecho estando él presente; a otros debía darles consejos directos. Pensaba que con tiempo podía consolidarlos en el recto sendero de la vida cristiana. Una tal prudencia y saber no podía menos que acertar a encontrar el medio para llegar al verdadero fin, al parecer del Sabio que dice: *“La Sabiduría es mejor que la fuerza, y el hombre prudente mejor que el poderoso”*.

Ya se veía algún cambio en aquella gente que con buena voluntad acogía y seguía lo que le decía el Visitador. Pero hubo quienes, habituados y endurecidos en las malas costumbres, resistían recalcitrantes al impulso divino, y con dificultad podían dejar aquello que la mala costumbre había ya hecho un hábito al pecar. La mayor fiera que tenemos, la carne, adquiere más fuerza y vigor en los que viven sólo para comer. Estos se vuelven peores que leprosos, y al morder con su aliento y su saliva contagian a otros, a los que infectan, y mueren. Pero quien hacía una guerra mayor era el Demonio, quien ya no podía tolerar avances tan gloriosos en el pueblo de Dios, y como una serpiente venenosa daba vueltas por todas partes y silbando y siseando rechinaba los dientes en los corazones de aquellos, temiendo que mayores progresos no le privaran de hecho de la posesión de todos. Llegó hasta tal punto su maldad en sus seguidores que estos, excitados por sus sugerencias, consideraron que para mantenerse en la libertad de sus licenciosas costumbres tenían que quitárselo de delante, lo que no podría conseguirse más que privando de vida a aquel que estaba totalmente empeñado en que ellos no murieran de muerte eterna por sus pecados. A esto llega la locura del hombre cuando uno se entrega al poder del Demonio, según el parecer del Sabio: *“Los hombres sanguinarios odian al intachable; el hombre malvado trama el mal”*.

El visitador estaba con tranquilidad de ánimo, confiando plenamente en el Señor, y con la certeza de que Él había de transformar todos aquellos males en bien, recibía una gran eficacia con la que esperaba penetrar y vencer totalmente los engaños de sus contrarios, para que quedaran confusos en su maldad, que sin Dios están por siempre en las penas del infierno, despojados a su pesar del dominio de aquellos a los que pervertían con arte. Veía que la divina piedad y los efectos de su misericordia son firmes y verdaderos en aquellos que le temen, y si le entregan sus sentimientos él los secunda con el valor y la gracia de una infalible seguridad en tener ante los ojos el cielo, que es lo único que anhelan, y no temen ningún daño de su enemigo. Así permaneció José, y regulado en sus asuntos por el resplandor divino, con incomparable prudencia supo obrar diestramente con aquellos díscolos e indisciplinados eclesiásticos y sus adherentes, que de manera singular vencidos en sí mismos abrieron los ojos para ver los precipicios en los que caían con daño irreparable para sus propias personas y para las mismas

almas. Suspirando y gimiendo se arrepentían de sus propias faltas, y vencidos por la gran caridad del visitador general, se postraron a sus pies, pidiéndole perdón, y le aclamaban como padre y liberador de sus almas de las manos del Demonio. Humildemente le suplicaron se dignase acogerles en sus brazos, y que con aquel paterno amor con que había sabido librarlos del enemigo, los protegiese encaminándolos y dirigiéndolos a su placer por el derecho sendero del vivir cristiano, de modo que fueran hechos dignos operarios en aquellos ministerios a los que Dios por su divina bondad los había puesto en la Iglesia. Permanecieron siempre a su santo servicio y honor, y no pudieron tener oculto todo lo que había ocurrido con el visitador, sino que con demostraciones públicas lo reconocían y proclamaban como un hombre apostólico, dando gracias a Dios por haberlo enviado.

No se puede contar todo el fruto que se produjo en aquella gente por el reconocimiento y enmienda de estos. Se redujeron a la obediencia del visitador en cuanto concernía al bien de sus almas y beneficio de la Iglesia y de sus hijos, ya totalmente compuestos y reformados en el vestir y en el vivir. Creció de manera extraordinaria la reverencia en las iglesias con el culto divino, al cual siguieron el oficio sacro de las horas canónicas, la administración debida de los santos sacramentos y la frecuentación de las iglesias por fieles de todo tipo, que iban y permanecían en ellas sólo para orar y pedir a Dios por sus necesidades, agradeciéndole el haber vuelto al disfrute de tanto bien verdadero, hasta tal punto de que hacían fiesta, pareciéndoles haber vuelto a nacer, y no tenían otro deseo sino amar a Dios y no ofenderlo nunca más.

¡Qué alegría interna debía sentir el visitador al ver el provecho espiritual que florecía en aquellas manos, venido de las benignas manos de Dios! Él, en su profunda humildad, se reconocía semejante a aquellos, y con lágrimas amorosas le daba infinitas gracias reverentemente, suplicándole que con la asistencia de su benigno favor le confirmase y siempre le hiciera crecer a su santo servicio. Cambiada a mejor aspecto con tales progresos la cara de aquellas ciudades y poblados, vueltos ya piadosos y religiosos en el vivir y en el comportamiento, se volvieron dóciles y capaces de recibir todos los decretos y órdenes salutíferos necesarios para el desarrollo espiritual de la fe católica, en cuanto quiere y manda la Santa Iglesia Romana, y no encontró ninguna dificultad para hacer esto, una

vez vuelto fértil el campo y fecundos los árboles, como para vender el fruto. Distribuyó buenos obreros, óptimamente instruidos, para satisfacerlo, a los cuales el vigilante y santo visitador comunicó en lo posible con sus sentimientos cuanto era necesario y pudieron aprender de acuerdo con el deber, y entonces los habitantes de esos montes Pirineos se alegraron de poder decir que ya no eran agrestes y abruptos, una vez que con fiel humildad yacían sometidos al suave yugo del Sumo Pastor, y las vías fragosas se habían convertido en caminos llanos hacia la eternidad.

Terminada la visita general, la gente de los montes Pirineos que se encontraban en el sumo de su contento se enteraron de la inesperada partida de su visitador, y, todos llenos de llanto y dolor, no podían soportar el privarse de tanto bien, que les parecía perder a su padre, que como a tal lo consideraban todos. José, al escuchar los gemidos y lamentos que hacían, con toda delicadeza les dio a entender que él debía obedecer el mandato de su pastor, que era conveniente conformarse a la divina voluntad y que fue siempre un digno sentimiento de auténtica caridad agradecer su servicio y obra en los demás, y que él reconocía que con la santa disposición de todos había valido la pena el esfuerzo hecho, y que Dios no les abandonaría nunca, y la vigilancia y solicitud del obispo por verles bien sería beneficiosa y provechosa, y él se comprometía a ayudarles con una persona de mayor satisfacción de lo que lo había sido la suya. Y que procurasen que no se deteriorara su fervor en servir y amar a Dios, asegurándoles que siempre estaría en ellos, si conservaban aquella pronta y sincera voluntad con santas y justas obras, con el único anhelo y deseo de gozarlo en la patria bienaventurada. Al oír estas afectuosas palabras y exhortaciones suyas se quedaron conformes con la divina voluntad, y conservaron impresa en sus pechos la memoria de José, con cuanto habían aprendido en sus mentes con el firme propósito de imitar y seguir un tan digno ministro del Señor. Todo alegre y contento el visitador partió hacia Urgel, para reverenciar a Monseñor y darle cuenta de todo lo que se había hecho de bien en los montes Pirineos. Él ya estaba informado de aquellos felices progresos, y le estaba esperando, y cuando lo vio no se puede creer la alegría que recibió, y el afecto con el que le acogió. Todos los de la ciudad, por la cual se había extendido la fama de aquellos óptimos progresos tendían los ojos y la mirada con gran fama y alabanza hacia el fiel siervo de Dios.

12. Luego le llamó el Obispo de Urgel para encargarse de la cura de almas, y tras rogarle muchas veces, al final aceptó. Le encargó que hiciera una visita a los Montes Pirineos, de su diócesis, para que se dedicara a corregir las costumbres y extirpar los vicios. Algunos rebeldes a los que había corregido conspiraban para matarlo, pero ablandados por su virtud, todos vinieron humildemente a pedirle perdón.

13. Le pareció a Monseñor Moncada, obispo de Urgel, que habiendo nacido D. José en Peralta, su diócesis, a nadie correspondía más que a él el recibir el fruto de las raras virtudes de Don José, y así, tras residir un poco de tiempo en su patria, lo llamó y le hizo su Vicario General de toda su gran diócesis, y en particular Rector de Tremp y sus aldeas, y Visitador en los montes Pirineos, en cuyo cargo mostró D. José lo enriquecido que estaba por Dios de sus dones celestiales, y siempre se portó como un excelente Pastor, si bien a causa de la rusticidad de los pueblos, tanto por parte de los eclesiásticos rebeldes como de los seglares encallecidos en vicios y disoluciones, se encontró con muchas dificultades y tribulaciones. Sufrió mucho, y poco faltó para que lo mataran, no pudiendo sufrir el ser corregidos de sus errores. Pero con paciencia y caridad triunfó del diablo, que triunfaba en aquellas almas, a las que el celoso visitador indujo maravillosamente a la enmienda de sus malas costumbres, y transformó aquel campo lleno de espinas de vicios en un jardín florido de virtud. Todos le quedaron agradecidos para siempre, y de hecho le dieron grandes regalos cuando se fue. Él era recto en la justicia, afable y bondadoso con los buenos; severo con los inquietos y disolutos; misericordioso con los pobres, a quienes distribuía su patrimonio, de modo que todos le daban el nombre de Padre de los Pobres, y el obispo le llamaba continuamente con el nombre de Protector de los pobres y necesitados. Pero no es de extrañar, porque como el amor que el P. José tenía hacia Dios era muy singular, de ahí surgía ese gran amor que tenía por el prójimo, ayudándole en todas sus necesidades espirituales y corporales con una esperanza muy firme en la bondad divina que siempre le ayudaba en cada ocasión, experimentando muy bien lo que el profeta real dijo: "Mihi autem adherere Deo bonum est, et ponere in Domino Deo spem meam".

14. Pero no estuvo mucho tiempo ocioso, porque la fama que corría por todas partes de sus heroicas virtudes, letras y prudencia suprema no lo permitieron. Así que nada más escuchar D. Ambrosio de

Moncada, Obispo de Urgel, hombre no menos noble que erudito y santo, que D. José había regresado a su patria, a pesar de que aún era joven, le encargó el importantísimo oficio de su Visitador General, cargo de suma confianza y honroso, y le ordenó por obediencia dada como prelado suyo que lo aceptase. Incluyó el cuello D. José, y él recibió esa carga como de las manos de Dios, considerando que él no le quería ocioso, puesto que así se lo mandaba su prelado, y pensando que con esto también se podría ejercitar para ser útil a la salvación de las almas, como él deseaba ardientemente, se propuso aplicarse a ello con todo el espíritu, sabiendo el gran servicio a Dios que dependía de una visita diligente a las tierras más duras y montañosas de aquella vasta Diócesis.

Después de recibir la instrucción y la bendición del obispo se dispuso a visitar esa parte de la diócesis que se extiende en los Montes Pirineos que dividen España de Francia. No le dieron tantas molestias los acantilados escarpados de estas montañas, y la dureza de los caminos como el tener que extirpar de aquellos pueblos hábitos inveterados de vicios que ya se habían vuelto naturales, a pesar de estar en contra de toda inclinación natural, y escándalos tanto más abominables como dados por aquellos que, por su estado de eclesiásticos y el oficio de pastores, tenían la obligación de edificarlos con su ejemplo, y no escandalizarlos con sus vicios. ¡Oh, cuántas tribulaciones, labores y sudores le costó el reducir las almas no sólo perdidas y extraviadas, sino tan habituadas al mal que el vicio les era natural, como si nunca nadie les hubiera obligado a seguir el camino recto de la justicia y de virtud! Les parecía ahora insufrible el freno de esos preceptos y órdenes con los que sabio Visitador trataba de obligarles a vivir, no digo como eclesiásticos, sino como cristianos. Lo peor fue que en muchos no solo encontró costumbres perniciosas, sino doctrinas infectadas y corruptas con la que, en lugar de apacentar, envenenaban a sus ovejas, que cuanto más ignorantes eran más pertinaces en sus errores.

Con su caridad, sin embargo, y prudencia, con buenas razones, con amorosas advertencias, con reproches caritativos y castigos moderados corrigió y redujo a muchos de esos clérigos a una vida más razonable, y erradicó de ellos muchos errores que entre ellos iban serpeando con la proximidad de los pueblos infectados de Francia, y remedió inconvenientes graves e inminentes y peligros no sólo para muchas almas, sino para la fe misma en esas montañas. Pero

con otros que eran más duros, pertinaces y contumaces y resistían a la verdad, y no sometían sus duras e indomables cervices a la obediencia de sus órdenes y preceptos, debió usar los rigores del castigo y mostrar la fortaleza y constancia de su heroico pecho, por lo que algunos de los más pertinaces se conjuraron y juntos demostraron que querían plantarle cara, decididos incluso a darle muerte (que no hay peor que los que siempre debieran estar unidos a Dios por el estado en el que su misericordia les ha colocado, se alejan de él). Y hubiera sucedido más felizmente para ellos que para nuestro D. José, a quien mucho le habría gustado dar su vida por la justicia y por Dios, esta intención tan desafortunada si el Señor mismo, que le había elegido para grandes cosas a su servicio no le hubiese con su ayuda no solo preservado de sus insidias, sino que también dado tanta eficacia a sus palabras que, finalmente, les hizo notar sus errores con tanto arrepentimiento de sus faltas que con abundantes lágrimas pidieron públicamente a nuestra D. José perdón, prometiéndole la enmienda y sometiéndose obedientemente a todas sus órdenes y preceptos, con lo que pudo con sumo consuelo ver erradicados los errores y abusos de aquellas iglesias y el cambio de las costumbres en los eclesiásticos y seculares, terminando aquella visita con suma utilidad para aquellos pueblos y con el aplauso infinito de todos a su gran virtud y prudencia. Y volvió a su obispo para darle cuenta de cuanto había encontrado y cuanto había hecho en aquella visita, quedando él muy satisfecho, y dando gracias al Señor, porque no siendo él capaz de ir personalmente, le había concedido un individuo de muchas cualidades que había podido remediar felizmente muchos y graves inconvenientes. Después de la visita volvió a su patria, creyendo que ahora podría reclinarsse como Magdalena a los pies de Cristo, pero fue en vano. Porque como el nuevo obispo de Lérida había tenido noticia de su gran talento, quiso a toda costa que viniera a su obispado como juez ordinario de causas tanto civiles como penales en todo el territorio de su obispado, que es tan vasto que tiene 60 lugares o tierras bajo su Jurisdicción, y se portó en este nuevo oficio con tanto celo por la Justicia, sazonado con una caridad muy ardiente, con tal prudencia y rectitud, que ganando el nombre del juez muy justo no perdió el de padre muy amoroso y protector de todos los afligidos, los necesitados y los pobres.

15. Las virtudes de José, y particularmente la justicia administrada sin interés, y el celo del culto divino, y la salvación de las almas, lla-

maron mucho la atención en estos empleos oficiales. Como el Obispo quedó muy satisfecho con el fruto que recogía en beneficio del prójimo, también quiso al mismo tiempo enviarlo como Visitador a la parte de los Pirineos que se encontraban dentro de su Diócesis.

En la visita de aquellos lugares montañosos y habitados por personas rudas e incultas sufrió muchas tribulaciones Calasanz, no tanto por la aspereza de montañas y caminos, como por la dureza de quienes se negaban a convertirse al verdadero camino de la salvación, que varias veces amenazaron su vida. Sin embargo, la caridad del Visitador con ánimo constante superó todas las dificultades, restaurando en esos pueblos la observancia de la ley divina y plantando una excelente reforma de costumbres con las órdenes saludables que dejó, partió; acompañado, sin embargo, de lágrimas de afecto de aquellos pueblos, que confesaron el beneficio que les hizo Dios a través de la visita, y regresó a su Prelado que lo acogió con indescriptible alegría, aprobando lo que había hecho por la gloria de Dios y la salvación de aquellas almas.

16. Mientras tanto, el obispo estaba muy satisfecho con las obras virtuosas de su buen vicario, que en la administración del oficio impuesto conseguía el más alto fruto en esos pueblos, y estimó ser de gran servicio a Dios el encomendarle²⁰ la Visita a la parte de los Pirineos que se encontraba en el distrito de su jurisdicción. En esa nueva empresa, no se puede decir cuántos fueron los sufrimientos que sostuvo para el servicio de Dios.

La dificultad de las montañas, los caminos empinados e intransitables, la gente áspera e inculta, y por lo tanto difícil de llevarla a razonar, y muy propensa a insultar y amenazar, incluso con quitarle la vida, como repetidamente le sucedió a José, habría aterrorizado a cualquier ánimo armado de la fortaleza más refinada. Sin embargo, él se expuso constantemente, para gloria de Dios y para salvación de esas almas, a todo tipo de incomodidades y peligros para su vida. Y el Señor bendijo abundantemente sus labores, mientras le daba tanta fuerza y espíritu que restauró en esos pueblos la observancia de la ley divina, y plantó allí una excelente reforma de las costumbres a través de las órdenes saludables que dejó allí.

20 Ibid. Pág.33. Proc. 593

Al final de la Visita se despidió de aquellos pueblos que, acompañándolo con lágrimas afectuosas, no dejaban de encomiar el gran beneficio que Dios le había hecho al enviarle un visitador tan celoso, reconociendo que le debían a él la salvación de sus almas. Al presentarse ante su prelado, este lo acogió con alegría indescriptible, pues había tenido ya noticias del gran fruto que había hecho en esas ovejas suyas con el ejemplo de vida, con los sermones y con las santas normas dejadas para que se practicaran, de modo que decidió declararlo su Vicario General en Urgel y su metrópoli, conociendo²¹ además la gran prudencia, y la destreza que José tenía en el manejo de los asuntos más arduos, le confió uno no menos difícil que peligroso de ajustar.

17. Después de cumplir con sus deberes filiales y de disponer las cosas domésticas, principalmente en lo que se refería a lo que su difunto padre le había dejado en el testamento a él y los demás, José intentaba vivir recogido durante algún tiempo para reunificar su espíritu después de la dispersión ocasionada por el trabajo en Montserrat y por la muerte de su padre. Pero en contra de sus planes, recibió la invitación del obispo de Urgel, D. Ambrosio de Moncada, su ordinario, en la que le llamaba para que aceptara el cargo de visitador diocesano. Por humildad le costó aceptar el cargo, pero forzado por la obediencia, prometió²² a su ordinario que iría. Una vez aceptado el nuevo cargo, con poderes plenipotenciarios, comenzó la visita de los Montes Pirineos, y llegó a lugares realmente bárbaros, en los que estaban alejados de toda humanidad, tenían una mínima reverencia a las leyes divinas, ningún temor de la justicia, ninguna estimación de las cosas sagradas, y muchos vicios en uno y otro sexo. ¿Qué hizo José? Tuvo que seguir el mandato de Jeremías, a saber: edificar, plantar, aventar, destruir. Impuso las leyes tanto al clero como a la gente, prohibió los abusos, y como se trataba de una obra de Dios, José tocaba la cuerda obstinada de los instintos ocultos, y poco a poco la luz de la verdad que brillaba en las frecuentes predicaciones de José les hizo descubrir los muchos daños provocados por la tinieblas de la ceguera, rechazaron los males asociados al pecado y dieran pruebas de enmendarse, comprendieron lo que el benévolo Padre les decía, y al final no recusaron vivir según las normas de la doctrina enseñada.

21 Ibidem Pág.37. Proc. 97 y 654.

22 P. Alej. En Comp. Vida fol 20. Maggis fol. 10. Testigo 11 en el Proceso.

Episodio del asno en el lodazal, y de la barca

5. Viajaba, pues, por aquellos parajes y casualmente se encontró con un pobre campesino que blasfemaba desesperado, llenando el aire de gritos e invocando contra sí todas las furias del infierno, puesto que se le había atascado su burro de tal manera en un charco lleno de barro que no podía sacarlo de ningún modo, y como se encontraban a muchas millas de cualquier lugar habitado y ya se acercaba la noche, temía que iba a perder el burro y la carga.

Nuestro D. José se compadeció de él, y le pidió a su servidor que le ayudase. Pero no pudieron hacer nada; parece que el animal estaba pegado, y no había manera de sacarlo. Se bajo nuestro Calasanz del caballo para ayudar, pero ni entre los tres podían sacar del barro al animal, por lo que el campesino, perdida ya la esperanza de recuperarlo, cayó en una incandescencia tal que es más fácil imaginarla que describirla.

Pero nuestro sacerdote Calasanz, compadeciéndose más del prójimo que de sí mismo, o quizás reconociendo a Dios en aquel pobre campesino, empujado por un ardiente afecto de caridad, se quitó la sotana y con botas como iba se metió en el pantano, y poniéndose debajo del vientre del asno lo sacó fuera de él, cargado y todo como estaba, y se lo devolvió al pobre campesino, quien quedó verdaderamente confuso y contento ante tal acción. Nuestro Calasanz se limpió lo mejor que pudo, se volvió a poner la sotana y continuó el viaje, triunfante sobre sí mismo y adornado con un acto tan grande de caridad.

11. Una vez ocurrió que yendo de camino en su visita en Urgel vio en el camino un burro por el suelo con la carga dentro de un foso lleno de barro, mientras el dueño, que era un villano, lloraba porque no había podido sacarlo fuera. El visitador general, humilde y compasivo, dijo a sus servidores que le ayudaran e hicieran la caridad a aquel mezquino, y viendo que ellos después de esforzarse no podían, él, que no se consideraba mejor que los otros, bajó del caballo y puso manos a la obra, y tomando al animal lo levantó con sus fuertes brazos y lo sacó del barro con el estupor de los otros por su humildad y su sentimiento de caridad.

12. Mientras tanto podemos ver cuál era su ánimo y caridad por lo que le ocurrió con un campesino. Iba con un burro cargado que cayó en una charca cenagosa. Era anciano, y no podía sacarlo de allí. José mandó entonces a su criado que ayudara a aquel pobre hombre. Pero

juntando las fuerzas entre los dos no eran capaces de sacar al burro del lodo. Entonces José bajó del caballo, se quitó la sotana y con su admirable fuerza se metió en la charca, cargó el burro sobre sus hombros y lo sacó fuera, con admiración de los otros. De vez en cuando contaba esta historia para explicar que la salud del cuerpo y las fuerzas había que ponerlas de buena gana al servicio de los demás.

13. Entre las virtudes que en este cargo brillaban en él, estaba la gran caridad hacia su prójimo, en la que se distinguió un día en particular, pues al ir con un sirviente a caballo a un lugar determinado, se encontró con un pobre campesino, a quien le había caído su jumento cargado en el barro. Ni con todas sus fuerzas podía sacarlo de él. Entonces D. José, al ver a dicho campesino en mucha aflicción, movido a compasión, mandó al sirviente que le ayudara, pero al ver que este tampoco podía sacarlo del barro, él mismo desmontó del caballo, y sin pensar en el peligro o el barro, se metió en barro y sacó el jumento con gran facilidad, y con asombro del campesino y del sirviente que le vieron, dando todos las debidas gracias a Dios. Otra vez, pasando por una playa cerca del mar, vio que muchos marineros juntos no podían con todos sus esfuerzos sacar su barca a tierra con cuerdas, como querían. Movido D. José por la caridad, tomó la misma cuerda, y con toda facilidad él sólo la sacó a tierra, con gran asombro de todos los que lo vieron. Y contándome un día a mí, su secretario, en el tiempo de la recreación las cosas antes mencionadas, me dijo riendo, como burlándose de la desesperación del campesino y de los marineros antes mencionados para cubrir la virtud de Dios y su caridad con la que todo hacía.

15. Mientras desempeñaba este cargo, ocurrió una vez que, yendo por asunto de negocios de su residencia a una de aquellas tierras, pasaba por un camino en campo abierto, y se encontró con un campesino pobre todo afanado e impaciente porque su burro había caído cargado en un lodazal y no podía sacarlo. José sintió compasión, y ordenó a su criado que le ayudara. No contento con esto, todavía bajó de su caballo, y se metió sin tener en cuenta a su propia persona en aquel lodazal, y sacó el burro con asombro del criado y del campesino, dándole el Señor en ese acto fuerzas suficientes para tal acto glorioso de caridad y humildad al mismo tiempo. Se limpió luego del barro lo mejor que pudo, e instó al campesino a tener paciencia en tales accidentes, montó de nuevo a caballo y continuó su viaje.

16. Esto manifiestamente le dio a conocer cuando dirigiéndose a un lugar de su distrito para los negocios pertenecientes a su oficio, encontró con un pobre villano, a quien había le había caído el burro [en un barrizal], y fatigado para extraerlo, no podía lograrlo, incluso con la ayuda de los servidores de José. Movido a compasión el Siervo de Dios, le pareció que tenía que ponerse al servicio de ese pobrecillo, así que descendió del caballo, y entró en el fango, y en cuanto apoyó los hombros al burro, inmediatamente lo liberó, queriendo mostrar al Señor lo mucho que le agradó ese acto de humildad caritativa.

F) Estaba para casarse una jovencita noble, la cual fue raptada a causa de su belleza por una persona poderosa, quien salió al campo. Por el estrépito que la cosa hacía en la corte del Rey, y se seguían de ello muchos desórdenes, se le rogó al Obispo que pusiera algún remedio al caso, y para ello fue elegido nuestro Calasanz, el cual con toda diligencia y solicitud montó a caballo, no obstante la abundancia de nieve, y con la autoridad que le había dado, lo puso todo en paz, siendo restituida la esposa que debía casarse con aquel caballero de su condición, con mucho gusto de todos los que eran conocedores del caso.

La joven raptada en Barcelona

2. El rapto de la nobilísima hija de una familia de Barcelona por un joven de otra igual en nobleza y en poder había suscitado una grave enemistad, que hizo surgir un odio mortal en sus pechos inmortales que no creeríais que se resolvería el asunto más que con la destrucción no digo ya de las dos familias, sino de toda la ciudad y de casi toda la región. Ya están preparadas las armas en las manos de los jóvenes ociosos y enfurecidos, que forman casi dos ejércitos. Ya se preparan para luchar, ya ocupan el campo y los huertos que rodean la ciudad. Se desafían a muerte unos a otros, y todo se encuentra en extremo peligro. Muchos y grandes príncipes, intentan en vano apagar el incendio. Uno pide ayuda al obispo de Urgel, para que dé algún remedio oportuno a ello. Y aquí tenéis de nuevo a nuestro sacerdote, que entonces era vicario general, destinado a dirimir y arreglar aquella situación. ¿Qué puede hacer en medio del estrépito de las armas, en medio del grave tumulto? A caballo sale rápidamente a los campos, acude a donde está la gente armada, a donde habían ocupado las fortalezas. En seguida se dirige a una

parte, y luego habla a la otra. A unos y otros avisa, suplica, promete, amenaza, hasta que con admirable habilidad dulcifica los ánimos, elimina las iras, apaga los odios, compone el sentido común, desarma las manos y a todos devuelve la gracia. Y para que se consolide con firme amor, persuade a las dos partes para que se celebre la boda honrada entre ellas. Así une las dos casas, después de contraer parentesco. ¡Oh prodigio, oh milagro! No hay nadie de los armados que no se someta a José, que no obedezca la autoridad de este sacerdote; tanto vale la prudencia y la honradez en el hombre. ¿Quién triunfó nunca, oyentes, impedida felizmente la guerra, arrodillado arrepentido el ejército, de manera tan gloriosa en un teatro romano como triunfó José, con aplauso, una vez tranquilizados los ánimos y calmado el tumulto y tranquilizada la perturbación de la nobleza no digo ya de toda la ciudad, sino de todo el reino? Triunfó ciertamente con el aplauso de todos y el espectáculo de su virtud se ofreció con suma alabanza en toda Iberia.

3. Añadió el mismo Obispo a la dignidad de Vicario General de Urgel una empresa, cuanto más ardua, otro tanto proporcionada para publicar el valor de nuestro nuevo Moisés. Aconteció en la ciudad de Barcelona, donde unas personas muy poderosas se atrevieron a hurtar una doncella, en el tiempo que había desposarse con un Caballero su igual, no sin grandes aparatos de una y otra parte para derramar mucha sangre, y enviar muchas almas al infierno si José no se hubiera opuesto, sin tener los inconvenientes y peligros que le amenazaban con evidente peligro de la vida. En esto han reconocer cuán admirable era su celo, que habiendo de caminar por campos y montes en donde se habían retirado los agresores con gente armada, hubiera podido quedar enterrado con su caballo entre las nieves. Pero no fueron temidas de nuestros Moisés, porque con el incendio de su Caridad no solamente se hubiera derretido aquel hielo e inanimado elemento, mas también acalorado aquellos inhumanos corazones armados de hierro, así por la parte de fuera como de dentro. Juntábase, pues, en ellos el hielo de las armas con el encendido fuego del furor, de que venía a originarse una antiparistasis²³ para meteorizar rayos de Marte y de muerte. Pero aquellos

23 Antiparistasis: Acción de dos cualidades contrarias, una de las cuales excita por su oposición el vigor de la otra (Diccionario de la RAE).

oscuros nublados luego se resolvieron en suave lluvia de amistad establecida por la maña de José. En breve tiempo reconciliáronse los ánimos discordes con el casamiento de la doncella, con satisfacción de ambas partes. Reconcilió también allí los unos como los otros con Dios, que era el timbre o blanco a quien principalmente dirigía todas sus operaciones.

4 (3) En particular fue delegado del obispo de Urgel para componer la paz entre dos familias, que se preparaban a luchar con motivo del rapto de una doncella, cosa que nadie más había podido conseguir. El Padre lo arregló, y los redujo a la paz y tranquilidad entre los enemigos con gran caridad.

5. Mientras nuestro D. José estaba en esta dignidad fue secuestrada en la ciudad de Barcelona una doncella noble cuando estaba a punto de casarse con un caballero también noble. Por lo cual los padres y el esposo armaron gran alboroto en la Corte Real contra los secuestradores, que siendo también gente muy principal habían salido al campo con mucha gente armada para defenderse, de modo que se hacían estragos entre ambas partes, tanto en la gente como en las propiedades, y se temía que las cosas irían a mayores. No encontrando remedio mejor para arreglar y pacificar tal conmoción se rogó al señor obispo de Urgel que enviara a su vicario general, pues todos conocían lo prudente que era.

Emprendió nuestro Calasanz este asunto tan difícil por ser cosa de suma gloria para su Divina Majestad, y para impedir tantos pecados y tantos daños, sin tener en cuenta las incomodidades que iba a correr, ya que era lo más crudo del invierno, y como él mismo me contó, todo el campo estaba cubierto de nieve, y los caminos eran peligrosos. Incluso perdieron el camino a causa de la nieve.

Pero montó a caballo y se fue con su servidor por aquellos campos. Fue primero al encuentro de los raptos, a los que encontró muy apurados y sufriendo. Con estos supo conducir las cosas tan bien que consiguió su confianza para dar cualquier tipo de satisfacción a la parte ofendida.

A continuación, se puso en camino para hablar con los otros señores, y aunque estaban, y con razón, sumamente enojados con los raptos y muy bien armados, supo negociar muy bien con ellos, dándoles carta blanca, como se dice, con lo cual estos se calmaron, y se dieron recíprocamente palabra de no atacarse, y con el conten-

to de todos nuestro Calasanz se dirigió a Barcelona, donde también la Corte Real se calmó. Y con la ayuda de Dios arregló Calasanz todas las dificultades, de modo que pacificadas las partes y satisfecha la Corte, fue devuelta la muchacha intacta, como lo era antes, y la casaron con el caballero al que los padres la habían prometido, con gran alegría de la ciudad y del reino, quedando confuso el Demonio que esperaba mucha ganancia de aquel secuestro.

6. Pero no quisiera que alguno pensase que no tenía valor para avanzar entre el estrépito de las armas el que hasta ahora sólo ha sido visto sacrificarse a la piedad y a la religión. No le deslumbra el esplendor de las espadas a quien profesa servidumbre a aquel Dios que tanto se goza en el título de Señor de los Ejércitos. En medio del estrépito de los tambores hace sentir a veces sus voces la religión, y el ondear de las bélicas banderas es como una suave brisa para las almas virtuosas. Se habían arraigado a tal punto los odios en los corazones de dos de las más nobles familias de Barcelona, que se temía de un día al otro el exterminio de la mayor parte de los ciudadanos. Los incendios entre ellas habían sido ocasionados por el rapto de una doncella, que, considerada una Elena por su belleza, no podía, una vez raptada, ocasionar más que ruinas. No se extinguen tan fácilmente los fuegos encendidos por estas Venus que tienen por maridos a los Vulcanos, dioses del mismo fuego; y al ser amadas por Marte, ¿qué pueden ocasionar, sino continuas guerras? Ya las dos partes habían acampado, y con los que se les habían unido formaban completos ejércitos. Se lanzan los desafíos; se espera la arena para comenzar; no se puede encontrar nada que contenga los ímpetus de los ánimos exaltados. ¡Oh, cuantos se esfuerzan por serenar aquellos corazones, de los que no se podía esperar otra cosa que una lluvia de sangre, pero en vano! ¡Cuántos se fatigan para calmar aquellas tempestades que, enturbiando la inteligencia de los acampados, amenazan naufragios de vidas, de bienes, de reputaciones! Pero de nada sirve. Llega un aviso a Urgel, por lo que aquel sagrado pastor, considerando que era incumbencia suya el devolver a su prístino estado de paz a aquellas ovejuelas, que con una extraña metamorfosis se había convertido en tales lobos, destina a tal empresa a José. Se apresura estimulado por el incentivo de su caridad, y para poder llegar más rápido, cabalga desarmado sobre un veloz corcel al encuentro de los armados. Me gustaría que vieras, sin fabuloso engrandecimiento, entrar en el campo a aquel

magnánimo sacerdote, que, en palabras de Nonnio, “luchaba con un ánimo estimulante, teniendo la boca como lanza impetuosa, la palabra como espada y la voz como estandarte”. Con una maravillosa facundia aprendida en las escuelas de la piedad, habla ahora a una parte, ahora a la otra. Reprende, pero con dulzura; ruega, pero con rigor; halaga, pero sin engaño. En fin, dice tanto y hace tanto que de pronto se desvanece la indignación en aquellos corazones; se apagan los odios; se calman los furores. Y en medio de aquellos campos en los que se enarbolaban estandartes de guerra, se ven brotar olivos de paz. Y para que ni en los unos, ni en los otros, por accidentes ocasionados por chispas escondidas, se volviera a encender la indignación, y se separaran las voluntades, estrechó con el vínculo de matrimonio y volvió “un corazón y un alma” a aquellos que, poco antes, querían hacerse mil pedazos los unos a los otros. Potentísimas palabras, aquellas que apenas salidas de la boca de José entraron en las más íntimas partes de los corazones de tantos hombres armados. Palabras, no; saetas, que, disparadas del arco de aquellos piadosos labios, hiriendo a tanta gente indignada, sólo mató la indignación. Saetas, no, sino rayos, que, rompiendo desde la nube encendida de aquel caritativo pecho, mientras caéis en los mares procelosos de ánimos tan alterados, hacéis nacer las palabras finísimas de la paz. En realidad, uniones, porque con vínculo indisoluble los habéis ligado.

7. En aquel tiempo se produjo, permitiéndolos Dios, una peligrosa enemistad entre algunos señores de la más elevada nobleza de Barcelona, y la causa fue que por diabólica sugestión algunas personas raptaron una noble doncella mientras iba conducida a casarse a un caballero de nobleza par a la suya. Sin duda se trataba de un caso horrendo y que podría ocasionar infinitos daños, y se recurrió a los más potentes medios para extinguir un incendio tal, intentando mediar desde el principio algunos grandes señores, pero sin fruto. Recurrieron también a D. Ambrosio de Moncada, el obispo de Urgel, quien, aunque sabía que muchos señores lo habían intentado en vano, recordando la destreza y el valor que en tales asuntos había demostrado su vicario, con esperanza de una solución feliz decidió enviarlo en su lugar, y se lo dio a saber. Es de suponer que el vicario, considerando la dificultad de la empresa, sintiera no poca repugnancia, pero confiado en la obediencia y en la divina protección, ardiendo de caridad se dejó persuadir para acep-

tarla. Preparando, pues, lo que consideraba necesario, y armándose de oraciones, se puso en camino, y siendo invierno, tuvo que sufrir mucho, pero después de superar las dificultades de las nieves de los montes con el favor divino, llegó a Barcelona, donde encontró a las partes enemigas ya con gente armada en el campo de batalla, que poco faltaba para que vinieran a las manos. Sabido esto por D. José, con presteza fue a impedirlo. Valiéndose del consejo y la prudencia que requería la importancia del negocio, Dios le dio tanta gracia y valor que yendo con autoridad ahora a los unos, después a los otros, reprendiendo, rogando y advirtiendo, según le parecía necesario, aplacó el furor de los ánimos, y consiguió la suspensión de las armas. Y después, con el fin feliz del matrimonio honroso acordado entre los nobles discordes, arrancó toda semilla de guerra y compuso una óptima paz. Después de llevar a fin una empresa tan difícil con la ayuda divina, dio a la divina bondad todas las gracias posibles, y volvió alegre a hacer saber lo ocurrido a su prelado. Con toda seguridad fueron muchos los agradecimientos, las alabanzas y felicitaciones de mucha gente encantada con D. José por una obra tan digna y tan sabiamente concluida, pero él, que sabía que toda obra buena viene de Dios, humillándose, a él le daba toda la gloria.

8. En estos tiempos fue raptada en la ciudad de Barcelona por gente muy poderosa una noble joven de la casa de su padre cuando estaba a punto de casarse con un caballero su par. Por lo cual los parientes de la joven, su prometido y la Corte Real levantaron un gran clamor contra los raptores. Salieron en campaña con mucha gente armada y se hacían muchos estragos en ambos lados, tanto entre la gente como en las propiedades, y se temían mayores. Pidieron al Obispo de Urgel que viera de poner algún remedio, y conociendo las buenas cualidades de su Vicario General, le encargó esta negociación que, por ser una cosa de gloria suprema del Señor, nuestro Don José aceptó, aunque estaban muy altas las nieves que había en ese tiempo de invierno. Montó a caballo y fue a visitar a los raptore que estaban en los campos, y de ellos recibió facultad para dar todas las satisfacciones a la parte ofendida. Llegado a Barcelona, nuestro Calasanz, con la ayuda divina ajustó las cosas de modo que, pacificadas las partes, devolvieron a la joven y se casó con el mismo Caballero de antes, con suma alegría de toda la Ciudad y Reino y confusión del Diablo.

9. En estos tiempos en la ciudad de Barcelona había sido raptada de la casa paterna por gente muy poderosa una hija noble, en el tiempo que estaba a punto de casarse con un caballero su par, por lo que los parientes de la hija, el novio y la Corte Real estaban muy alborotados contra los raptadores, pero estos, habiéndose retirado al campo con mucha gente armada, se defendían, por lo que se producían grandes estragos por una y otra parte, tanto materiales como personales, y se temían mayores, y, no sabiendo otra cosa mejor, se rogó al Sr. Obispo de Urgel, quien, conociendo las cualidades y la gran prudencia de su Vicario General, le encargó esta negociación, que, por ser cosa para gloria suprema de S.D.M., nuestro D. José la aceptó superando todas las dificultades, sin miedo a la cantidad de nieve que había caído en ese país entonces. Montó a caballo y fue primero a encontrar a los raptadores, y obtuvo de ellos facultades para dar todas las satisfacciones a la parte ofendida. Llegó a Barcelona, y con la ayuda divina ajustó todo de tal manera que, pacificadas las partes, fue devuelta la hija y se casó con el caballero del principio, con suma alegría de toda la Ciudad y Reino y confusión del Demonio.

10. Mientras se detiene el Doctor José Calasanz en obras tan pias, acaece en Barcelona, Corte de la Cataluña, un rapto de una nobilísima doncella, habiendo ejecutado el amoroso hurto un su apasionadísimo galán, Caballero muy principal, en nobleza, riqueza y sangre igual a la señorita robada, pero hijo de padres opuestos y encontrados con los de la doncella. Se temió no solo la destrucción de aquellas dos esclarecidas familias, más aún la de la Ciudad y de toda la Provincia. Llenábanse los campos de cuadrillas de gente armada de los encontrados bandos, lo cual, llegando a los oídos del Rey Católico, despachó luego orden al Obispo de Urgell Don Ambrosio de Moncada para que, con su presencia y autoridad, así por su dignidad como por su sangre, apagase el fuego que, una vez encendido, podría dañar a toda la España. Recibido que hubo la orden de su Majestad del Obispo, no parte luego en persona en cumplimiento de su debida ejecución, antes da orden a su Vicario General, el Doctor José Calasanz, que remedio tan grave discordia que afligía a Barcelona y daba cuidado a todo su Principado, y para que lo ejecute luego sin dilación, se lo manda con carta escrita por su mano y con palabras de precepto, con lo cual no pudo excusar la jornada, y así, dejando luego los montes Pirineos, donde le halló la orden de su Obispo, se encaminó para Barcelona, confiado no en su poder,

industria ni elocuencia, aunque era grande, sino en el Omnipotente Dios de cuya soberana mano procede el principio, el medio y el fin de todo lo bueno. Y encomendándose muy de corazón en la protección de la Santísima Virgen Nuestra Señora llega a Barcelona; halla en los campos las cuadrillas de los opuestos bandos armados a punto de pelea. Habla a unos, ruega a los otros, amonesta a estos, suplica a aquellos, y tanta gracia puso Dios en su bendita lengua que, depuestas las armas, se rinden pacíficos a su voluntad, con lo cual, concertadas y ejecutadas las bodas de la doncella robada con el Caballero ejecutor del amoroso hurto, hacen paces con pública alegría y gozo universal, y aclamado regocijo de la Ciudad de Barcelona y de toda la España Citerior, cuya noticia fue tan grata al Rey Católico que no trató de reprender al Obispo de Urgel porque no obedeció como parece que debía de ir en persona según la orden de su Majestad, antes le dio las gracias con su Real Carta por tan buena elección, y como era tan prudente el Rey Don Felipe Segundo, que en su dichoso reinado sucedió todo esto, tuvo firme resolución de dar el primer Obispado que vacase en España a nuestro Doctor Calasanz, y lo dejó encargado a su hijo el Señor Don Felipe Tercero. Este sí que es glorioso triunfo, apagar odios, reconciliar ánimos opuestos, pacificar enconos y quietar familias, no con estruendo seminar cizaña y ocasionar rencores. El que tiene espíritu de Dios aplica los remedios más suaves y los más decorosos, pero el que le tiene farisaico aplica los más ruidosos, indecorosos y escandalosos, porque el que tiene el Espíritu de Dios su blanco es el remedio, pero siempre unido con el crédito de su prójimo, mas el que le tiene farisaico se ceba con el escándalo y se alimenta con el descrédito ajeno, y así todos los que pretenden remediar males examinen primero qué espíritu es el que les guía.

11. Un joven de la alta nobleza se enamoró de una joven también de alta cuna, y como el amor sensual es alegre, priva al hombre de la razón, y escondiendo la luz del sol lo arrastra con la oscuridad de la noche hacia el fango, y lo hace caer en los peligros de la condena eterna. Entre los nobles no se pierde tal vez el dictamen acerca del temor al qué dirán: la buena educación exige que se respeten las apariencias. Así que se pusieron de acuerdo en que se casarían honradamente. Una vez tomada esta decisión, el joven raptó a la muchacha, que se encontraba en un lugar de recreo próximo a la ciudad con sus padres, ignorantes del atentado, y se la llevó a Bar-

celona, para conseguir el fin deseado después de obtener el permiso de sus padres. Cuando el padre de la joven se enteró de lo ocurrido, se llevó un enorme disgusto, y se encendió de ira y de furor contra la indigna hija que, volviéndole la espalda, no había sabido conservar el honor y el respeto. Encendido en cólera se preparó para vengarse de una injuria tal hecha a su familia, con la firme resolución de matarla a ella y de borrar la memoria del ofensor de la faz de la tierra. De pronto la ciudad se vio conmovida, y con temor de todos fue víctima de un incendio que parecía ser tanto más peligroso cuanto más nobles eran las personas envueltas en él. Se temió que ya ambas partes estaban listas con las armas en la mano para echarse una encima de la otra, y vencer con furor y fuerza donde la razón y el respeto no habían servido para guardar el decoro de la nobleza; por el contrario, pretendían de ese modo defender y sostener el atentado osadamente concebido e indignamente realizado.

Siempre ha sido cosa vil el hacer mal, pero el desearlo es cosa del demonio, que es quien lo ha inventado y quien lo enciende, pues se alegra de las miserias y de los daños del hombre. El desgraciado atizaba este incendio, hasta tal punto que parecía que iba a terminar con toda Barcelona reducida a humo y cenizas. No faltaron señores, y de los más importantes de la ciudad, conscientes de que su grandeza consistía en hacer guerra a los vicios y en mantener la paz entre la gente, especialmente entre los nobles, todos ellos magnánimos y dignos de su nombre, que, conociendo bien el hecho, se ofrecieron a arreglar las cosas entre las dos partes por todos los medios posibles, incluso con perjuicio suyo y de la ciudad, para que no vinieran a las manos. Sin embargo, era tan feroz la indignación de los ofendidos que estaban decididos a arreglarlo todo por medio de la venganza, terminando de este modo el daño hecho por los adversarios. Así que viendo que sus esfuerzos fracasaban, en su intento de contener los asaltos se dirigieron a mediadores de fuera para que les ayudaran.

Entre otros recurrieron a D. Jerónimo de Moncada²⁴, para que mediará con su autoridad para evitar tanto mal como era temer, encontrando el remedio oportuno. El obispo, que estaba deleitándose contemplando la antorcha que tenía en su candelero y que alum-

24 En realidad, su nombre era Hugo Ambrosio, obispo de Urgel en 1579-86.

braba admirablemente por todas partes, puso la esperanza de arreglar las cosas felizmente en la bondad y saber de su vicario general, con tal que él accediera a hacerle ese favor. Y quizás aquellos señores, concededores de su fama extendida por todas partes, concibieron firme esperanza en la bondad de un tan gran siervo de Dios para extinguir el incendio que ardía entre ellos. Inmediatamente el obispo habló con José de Calasanz sobre el incidente, haciéndole notar los daños que amenazaban a aquellos pobres y a todo el reino. Le dijo que Dios le había puesto en el corazón que lo único que podría apagar aquel fuego sería el rocío de la caridad y piadoso valor de su vicario. Añadió: “mientras la llama de quienes arden en este mundo cada vez hace mayor el incendio, sólo se podrá apagar el mismo cubriéndolo con el manto empapado en vuestras lágrimas, que verteréis, espero, por la salvación de estas almas de Dios. Por favor, señor Vicario, hágame esta caridad; hágalo todo por Dios y por la salvación de tantas almas que corren hacia su perdición, con gran satisfacción del demonio que ocasiona tantos males”. Y con la compasión propia de un padre que sufre, abrazándole y llorando le rogaba que no dejara de intentarlo, y que lo hiciera sólo por Dios. El buen vicario no pudo evitar el peligroso ataque de la vacilación propia de la flaqueza humana. Sin duda este es un escollo peligrosísimo, y es terrible tener que decidirse de repente ante una necesidad que se presenta de improviso. Pero quien teme a Dios no cae en los peligros; al nombre de Dios se rindió Calasanz, y en su mente doblegada a la voluntad divina comprendió que mucho yerra quien no la sigue; y como un ángel, no ya gimiendo sino lleno de alegría, se ofreció con presteza a llevar a cabo aquello que se le pedía.

Con la bendición del obispo partió José con aquellos señores que habían sido enviados por la ciudad a tal efecto. Con gran celeridad, pues presentían que ya estarían en el campo de batalla las dos partes con gente armada para comenzar el ataque, atravesó aquellos montes cubiertos de hielo, pues era la época de lo más frío del invierno, y en ellos sufrieron muchos desastres, y se vieron expuestos a toda clase de peligros increíbles. Con toda seguridad otro, sin su gran caridad y la invicta generosidad de su ánimo, no habría corrido tantos riesgos propios de un asunto tal. Con la ayuda de Dios superaron la rudeza de los montes, y al llegar a los campos próximos a Barcelona, de lejos vieron los dos grupos, que con tantos soldados parecían dos ejércitos, que ya se preparaban para combatir.

No dejó el tentador de intentar desanimar con sus artes habituales al siervo de Dios de su intento, para evitar así los efectos que temía que su presencia iba a producir. Y así, del mismo modo que envenenaba los ánimos de aquellos ciudadanos instigándolos a cometer aquella atrocidad, aquel acto de indigna temeridad y presunción contra el esplendor y grandeza de su sangre, al creerse por ofendidos en exceso, sin posibilidad de renunciar a vengarse de una tan tremenda injuria hecha a su familia que exigía antes morir que dejar vivo a los culpables para conseguir su objetivo, fiados en su valor y poder, pues no sería propio de caballeros no sostener lo que una vez se había comenzado, a pesar del daño que pudiera derivar de ello, y que era más honroso morir que vivir, pues hasta ese punto los tenía dominados la indignación producida por el demonio, del mismo modo este intentaba hacer ver la inutilidad de sus esfuerzos al sacerdote. De ningún modo podría frenar el ímpetu y el furor de estos hombres que más parecían bestias en este caso, puesto que ya estaban decididos a luchar y deseosos de terminar con ello. Si muchos señores de valer no habían podido convencerles, ni hacer nada en medio de una tempestad tan violenta, ¿qué podría hacer un sacerdote? Sería una estupidez y un sinsentido entrometerse en este asunto. Más le valdría dedicarse a recitar bien el oficio divino y dedicarse a sus devociones habituales que exponerse inútilmente a perder su reputación. Además de que seguramente se iba a jugar la vida, y no pensara el idiota que aquí iba a tratar con gente baja y sometida a sus órdenes bajo la autoridad de su obispo; sería una gran vanidad el echar por tierra con este empeño todo el crédito acumulado con sus visitas y su buen gobierno. Y quizás su enemigo se aprovecharía de esta ocasión para llevárselo por delante con perpetua ignominia y ridículo. “Déjalo, estúpido, déjalo”, le decía; “deja que el imprudente ardor juvenil descubra su pequeñez; no seas temerario en querer volver contra ti las fuerzas desatadas del poder divino”. De este modo le atemorizaba el astuto y malvado con el aparato de la guerra, pues ya temía que aquel asunto iba a terminar con perjuicio y descrédito propio si él se inmiscuía en ello. Tales eran las sugerencias del espíritu infernal que no había podido hacer valer su maldad durante el camino haciéndole extraviarse muchas veces por culpa de los guías, con riesgo de perder la vida, o al menos turbándolo o haciéndole impacientarse para que desistiera de su empeño.

José percibía los insultos del Enemigo, pero encontraba apoyo acordándose de lo que decía el Apóstol y que sería aplicable a aquella ocasión: *“Dichosos de vosotros, si sois injuriados por el nombre de Cristo, pues el Espíritu de gloria, que es el espíritu de Dios, reposa sobre vosotros”*. Con una esperanza cierta basada completamente en su divina ayuda, tenía por segura su salvación, en la cual reconocía también el poder de Dios, y con la caridad que le llenaba esperaba como cosa cierta su gracia y ayuda para recomponer los ánimos alterados y afirmarlos en la paz. Con una mente intrépida se volvió hacia su Señor y le rezó de este modo: *“El odio del Enemigo me tiende las redes de sus engaños, pero tú, Dios mío, me has librado de tantos apuros y peligros conservándome ileso para llevar a cabo este asunto para mayor gloria y servicio tuyo, y para beneficio de muchas almas, de modo que no se encaminen hacia la perdición, y me guiarás para calmar los ímpetus y el orgullo de estos ciegos e insensatos. Gobierna mi lengua, dame las palabras, sugiéreme ideas que vengan de tu bondad, de manera que yo pueda instruir a estos ignorantes que no te escuchan. Enseñaré a los que están enfrentados el gozo de tu paz, cuando tú, por medio de mis palabras, aniquilando el poder de la hostilidad, alegres con tu bendición a esta ciudad, dándoles la unión auténtica. Señor, no consientas que la discordia de estos que están al borde del precipicio se arregle con la violencia de las armas. Extingue, Dios mío, este incendio encendido entre ellos por el enemigo suyo, contra el cual, con tu ayuda, podré hacerles desistir de maldad tan cruel, dirigiéndolos por el sendero del paraíso, de modo que podamos celebrar para siempre los efectos de tu infinita bondad”*.

Así oró, y con gran ánimo y confianza en Dios, a la vista de los dos ejércitos, que estaban a punto de dar la orden de ataque, a caballo se metió entre ellos, y al galope se dirigió hacia la parte más próxima, y con un aspecto que parecía emanar rayos de fuego en torno, comenzó a hablar con espíritu de Dios de tal modo que aquel que había recibido la ofensa, y que parecía una fiera del infierno, al verlo y escuchar sus palabras, como si se le hubiera diluido en los ojos de la mente una catarata que le oscurecía la razón, cesó en su furor, y escuchando la dulzura y la eficacia de agradable manera de hablar, y las cosas que decía de Dios, puso a los de su partido a reflexionar sobre qué les parecía más conveniente, eficaz y provechoso para el alma y para el cuerpo de todo lo que les había dicho Calasanz.

Inmediatamente, y con su permiso, se fue entonces a hablar con los del otro bando, a los cuales les hizo considerar la atrocidad del atentado cometido, y la ira de Dios que pendía sobre sus cabezas, recordándoles las penas atroces del infierno, hacia las cuales corrían miserablemente, con la pérdida de muchas almas, además de ser inconveniente e injusto el sentimiento entre gente de su categoría el que, una vez puesto en razón el ofendido, el ofensor se negara a abrazarle, pues con ello se buscaría su daño eterno en los precipicios del infierno. Le rogó, le conjuró y lo persuadió para que lo dejara todo en sus manos, que se las arreglaría para ser escuchado por la parte ofendida y arreglar las cosas, y de ello saldría una solución que daría completa satisfacción a las dos partes, que es lo que sucede cuando se teme a Dios y no se ofende su divina justicia. La fuerza de sus palabras aterrizó al ofensor, a quien le parecía que no era un hombre quien le hablaba, sino alguien venido del cielo. Reconoció su error y su desgracia, y se puso totalmente a su disposición, asegurándole que no se apartaría nunca de la rectitud de su mente tan justa y piadosa. De nuevo Calasanz se dirigió al otro, y con una maravillosa prudencia, teniendo siempre en cuenta el objetivo y término del justo deber y conveniencia, dilucida los medios para alcanzar la paz final. Con gran destreza y eficacia de razonamiento se ponen de acuerdo en que, una vez restituida sin daños la hija a su familia, con su permiso y gusto se acuerde el matrimonio; luego se dejen las armas y el enfado, y así, en la unión y parentesco contraído, la ciudad y el reino podrán gozar de la paz. Obtenida la conformidad del primero, vuelve a hablar con el segundo. Este, convencido de la conveniencia de la paz que se propone en ese acuerdo, se postra a sus pies y da su conformidad a todo, y no sabe cómo dar las gracias por ello a Calasanz.

De pronto se oye por todo el campo como un eco de un gozo tan feliz y festivo, con sonido de trombas y estrépito de tambores y exclamaciones de miles de personas que con alegría y júbilo exclamaban cantando: “¡Paz, paz! ¡Alabemos todos a Dios, démosle las gracias debidas, porque nos ha dado la paz por medio de este siervo suyo!” Y abrazándose el uno al otro los dos ejércitos, cada cual volvió a su casa en Barcelona. Durante muchos días reinó la fiesta y la alegría. Alabando al Señor, se glorificaba su Santo Nombre, y en todos los lugares se hablaba con mucho elogio del valor y la prudencia del Vicario General del Obispo de Urgel, el cual, consciente de no ser

nada, lo único que quería es que la gente diera gloria a Aquel que obra todo en nosotros. Y no queriendo permanecer más tiempo allí para evitar los aplausos y alabanzas del pueblo y de los nobles, en modo alguno pudo ser retenido por aquellos señores. Se marchó de repente José de Barcelona, donde la gente de la ciudad quedó extraordinariamente sorprendida al observar tanta bondad en un hombre tan ajeno a la gloria mundana, y lleno de tan gran mérito y valor, que lo creían no un hombre, sino un ángel bajado del cielo. El obispo ya había recibido noticias de Barcelona acerca de la unión y paz entre aquellos señores que estaban con las armas en la mano conseguida por medio de su vicario general, con expresiones de reconocimiento de todos los de la ciudad y señores del reino al mérito y a la grandeza de ánimo de José de Calasanz, y con el agradecimiento por el inexplicable favor recibido para beneficio universal. El obispo no cabía en sí mismo de contento, y en su pecho creció el concepto junto con la estima y el reconocimiento que tenía por su vicario general. Pronto lo vio aparecer delante. Fue a su encuentro, y abrazándole amorosamente se alegraba de volverlo a ver como si le hubieran colgado del pecho una reliquia viva. Al mismo tiempo se dio cuenta de la admirable bondad y virtud que brillaban en la persona de José, al verlo huir de los aplausos y honores del mundo, y cómo se exponía generosamente al sufrir por Dios y por el beneficio del prójimo, que muchos lo afirman, pero pocos lo hacen. Y si el obispo veía colmados sus anhelos, no sabía cómo responder a las obligaciones que sentía hacia él. José, por el contrario, como si en toda su vida no hubiera hecho nada bueno, se turbaba cuando consideraba su poco talento, y temiendo verse ensalzado, se maravillaba de lo que decían de él. Confesaba que Dios es admirable en sus obras, quien siempre se complace en servirse de los instrumentos débiles de los enfermos y despreciados del mundo, para confundir la soberbia del poder humano. Se mantenía escondido para que no penetraran en su mente las sirenas de las seducciones terrenas y la vanidad del mundo; no quería ni escucharlas para que no encantaran sus oídos. Para él las alabanzas y las aclamaciones eran todo mentiras, y en su pecho, que no se sentía digno de ningún mérito, se decía: *“Pongo al Señor ante mí sin cesar, porque está a mi diestra, no vacilo”*.

De estos felices sucesos nació en su alma la decisión de entregarse totalmente a su Creador en aquello a lo que Él dispusiese encami-

narlo para gusto y servicio suyo. No podía encontrar reposo su corazón hasta encontrar el camino por el cual debía dirigirse. Con gran decisión y temor de espíritu, como si nunca lo hubiera hecho antes, se entregó a la oración, en la cual rogaba a su Divina Majestad se sirviera mostrarle el camino. Sólo esto anhelaba, y pedía ayuda a siervos de Dios para que le ayudara en esta necesidad suya tan grande. Sus ayunos y penitencias crecían más del rigor usual, y no quería otra cosa sino ser vilipendiado y despreciado de todos. Casi sólo trataba y hablaba con los suyos, y no decía otras palabras sino que amasen a Dios, con tal expresión y vigor de doctrina, totalmente impregnada de saber divino en su santo amor, que parecía completamente transformado de hecho en su Cristo Jesús. Al señor obispo, observando una ejemplaridad de vida tan extraordinaria en su vicario general, y el desprecio que tenía de las grandezas humanas, le vino a la mente el temor de lo que ocurrió más tarde, que José apartaría su ánimo de todas las cosas terrenas para seguir a Dios y abandonar de hecho el mundo, con lo cual lo perdería con gran dolor suyo y de toda la diócesis. Con este temor siempre estaba atento ante aquello que temía iba a ocurrir.

12. En Barcelona una joven noble y casadera fue raptada, y había surgido una gran confrontación, y los nobles se preparaban, provistos de hierro y fuego, a una severísima batalla. Algunos hombres graves, para evitar la ruina de su patria, acudieron rápidamente al Obispo de Urgel, quien destinó a José inmediatamente para establecer la paz y la reconciliación. Y logró con su admirable destreza y facundia que todos depusieran las armas, y devuelta la joven, se celebró la boda, con el gozo y la paz de todos.

13. Un caso muy grande y molesto también sucedió en Barcelona, que me lo contó el mismo Padre como pasatiempo, cuando con mi gusto particular me entretenía en su habitación y de vez en cuando me contaba cosas de su vida pasada. Y fue que yendo a casarse una noble señorita acompañada de sus familiares y demás gente como es habitual, fue raptada por gente poderosa en el camino. A causa de ello surgió entre los familiares de la señorita y los autores de un hecho tan indigno tal odio y enemistad que, reunidas en el campo de batalla muchas personas armadas de ambos bandos, estaba a punto de hacerse un gran derramamiento de sangre y había fuertes dudas de un gran levantamiento en la ciudad entre las facciones

de un lado y otro. De aquel caso se informó inmediatamente al Rey Católico, que envió una orden expresa al obispo Moncada, para que inmediatamente, con su dignidad y autoridad, hiciera el favor de ir a apagar aquel fuego que era suficiente para incendiar toda España. Habiendo recibido la orden de S. M., el obispo no fue en persona de acuerdo con dicha orden real, sino que dio orden a Don José, su Vicario General, al que creía muy capacitado para este asunto, de que fuese y solucionase una discordia tan grave, y se interpusiera entre ellos, para que la cosa no pasase adelante. Y para que lo llevara a cabo todo sin demora, le dio una patente escrita por su propia mano con palabras preceptivas, con lo que no podía rechazar la tarea que se le había impuesto. Nuestro D. José se encomendó muy cálidamente a la B.V. su abogada, y se puso en camino hacia Barcelona en el corazón del invierno por la nieve y el barro, donde llegó y encontró a la gente armada en orden de batalla y a punto de comenzar el combate. Inmediatamente, con gran espíritu y caridad, se interpuso entre ellos, yendo ahora a hablar con unos, y luego con los del otro lado, y yendo y volviendo, exhortando a unos y rogando a los otros, dio Dios tanta gracia y eficacia a sus palabras, que pronto se llegó a un armisticio y finalmente todos se pusieron de acuerdo con lo que él dijo, y con feliz éxito se obtuvo el anhelado objetivo de la paz con el ajuste de un matrimonio honorable entre los nobles en discordia, y con el júbilo universal de toda Barcelona. El Señor Dios favoreció a su siervo José para persuadir como quiso a aquellos espíritus ya inflamados de indignación y furia. De esta noticia se alegró mucho el Rey Católico, que no reprendió ya al obispo de Urgel por no haber obedecido, ya que era su deber haber ido en persona a Barcelona según la orden de S. M. Incluso le agradeció la buena elección hecha de su Vicario General D. José de Calasanz, por medio del cual se había calmado la agitación de toda la ciudad. Son verdaderos triunfos y victorias calmar los odios, pacificar a los enemigos, reunir entre sí familias desunidas y en discordia. Por estas ilustres oraciones, si bien se tenía en gran estima a nuestro D. José en España, él se sentía, sin embargo, internamente llamado por Dios a cosas mayores, y ya no encontraba aquella tranquilidad de la que disfrutaba en su tierra natal, y en la ciudad de Urgel. De hecho, le pareció escuchar internamente una voz que le decía “Vete a Roma, vete a Roma”. Sin embargo, él estaba muy perplejo sin saber si debía asentir, al no sentirse arrastrado por ningún deseo de honores o dignidades

mundanas. Pero finalmente ya no pudo resistir la llamada divina, se rindió, y decidió dejarse guiar por la divina voluntad.

14. Ocurrió en aquel tiempo en Barcelona, metrópoli de Cataluña, un caso que parecía que de modo inevitable tenía que encender tan gran fuego de guerras civiles en esa ciudad, que durante muchos años no se extinguiría sino con la ruina total de aquella nobleza y mucho derramamiento de sangre. En esa ciudad había dos familias importantes que eran enemigas y opuestas entre sí, haciéndose serias afrentas y hostilidades. Un hecho en aquellos días había sido tan sensible que había generado un fuego de indignación y odio en el partido ofendido que, respaldado por un noble grupo grande y poderoso de familiares, ya anhelaban venganza. Era el agravio que, habiendo salido in compañía de sus parientes una doncella de su familia ya prometida a un noble caballero para ir a encontrarse con su prometido, había sido violentamente secuestrada por el bando opuesto, que habían salido a su encuentro armados, de modo que ante la noticia tomaron las armas los parientes de la doncella y del novio, formando un ejército que ya estaba en el campo contra los raptos, que, previendo la respuesta, les esperaban con un ejército no menor. Se esperaba la pelea con no pocos daños y sangre, ya que eran enemigos muy feroces e indignados. Y lo que era peor, se temía que de tales ofensas y muertes nacieran nuevos e implacables enemigos. Entonces algunos patricios de Barcelona advirtieron al obispo de Urgel D. Ambrosio de Moncada del gran inconveniente, para que con su autoridad y prudencia procurara el remedio. No podía por su poca salud y la dureza del clima ir en persona el obispo para remediar tanto mal, sobre todo porque desde Urgel a Barcelona había un camino desastroso y horrible cubierto entonces con nieve y hielo, pero como el mal era tan grande que era necesario para no arruinar aquel reino darle pronto un remedio efectivo, el obispo pensó que sólo su vicario sería suficiente y tal vez mejor que si hubiera ido allí él en persona, por la conocida prudencia y don que el Señor le había dado para persuadir de lo que quería, y llamándole le dijo el peligro en el que se encontraba todo el Condado de Cataluña, además de la ciudad de Barcelona, de arder y destruirse en guerras civiles, si no se apresuraba a apagar el fuego que se había encendido entre aquellas partes prepotentes por el insultante rapto de la damisela. Era el caso tan arduo, el clima tan horrible, el camino tan áspero que habrían desanimado a uno más fuerte y

constante, pareciendo imprudente meterse en tal empresa, por lo que se disculpó al principio D. José con el obispo alegando la poca prudencia y práctica en tales asuntos, y máxime en un caso tan importante en el que la ofensa había tocado lo más vivo del honor; su poca autoridad apenas conocida en aquellas partes, y en consecuencia no acogerían sus persuasiones y razones con ese piadoso cariño y aplauso que habría si se apoyaran en la autoridad y opinión de quienes las dicen, y finalmente el gran peligro en el que se habría expuesto viajando por lugares tan ásperos en tiempo tan horrendo. Pero el obispo, que veía lo necesario que era que el vicario fuese, y lo fructífero que sería, le cerró la boca y le hizo bajar la cabeza para que obedeciera con un precepto de obediencia que le dio, para que fuera y actuara, asegurándole que en virtud de la obediencia vencería todo peligro y su trabajo sería causa de muchos bienes y para librar a esa provincia de males inevitables, y un gran servicio a Dios. Confiando en esto, partió inmediatamente hacia la empresa D. José y, sin temer los peligros, inició aquel duro viaje, en el que cuántos y cuáles fueron las dificultades y los peligros que pasó, solo podría contarlos aquel que considera los trabajos y sufrimientos de sus servidores para recompensarlos eternamente. El siervo de Dios vio varias veces la muerte ante sus ojos, o entre los tremendos precipicios al pasar en aquel tiempo montañas escarpadas y ásperas, o entre las nieves que había en tal abundancia que más de una vez estuvo peligro de permanecer sepultado con el caballo, asfixiado bajo ellas, pero con el mérito de la obediencia que le dio su prelado, y con el ardor de la caridad para remediar los muchos males de sus vecinos, superó todos los peligros, y llegó donde, ya desplegada en el campo la gente de ambos lados de los orgullosos enemigos, esperaba las órdenes de sus líderes para luchar.

Entonces sí que se asustó el Vicario ante lo difícil de aquella empresa. Consideró que, si aún no habían llegado a las armas, estaban los ánimos tan airados con el ardor de la pelea cercana que no habían podido encontrar ningún acuerdo, por más que se habían fatigado en proponerlos los más serios y grandes señores de ese Reino, que les proponían diferentes soluciones ajustadas a las diabólicas leyes de sus duelos, ¿cómo podría un pobre sacerdote, inexperto y poco conocido, reducirlos al acuerdo, y a la paz, entre la furia de las armas? Ciertamente, según la razón humana es increíble, como del sufrimiento de Lorenzo en el ardor de su parrilla dijo el P. S. Agus-

tín; pero mirando con el ojo de la fe la eficacia y virtud de la obediencia, le pareció todo fácil, no solo posible. Así que recurrió a la oración, de donde esperaba toda su ayuda, y armado con ella entró en la empresa y tanta fuerza en sus palabras, y trato muy prudente le dio la Divina Gratia, que consiguió primero de las partes furiosas la suspensión de una lucha con armas en el campo, y después de retirarse supo negociar y apaciguar los ánimos enfurecidos con la ayuda del Señor, después de muchos sudores y labores, dándolo todo por bien empleado para el feliz desenlace que tuvo este asunto. Consiguió que por medio de matrimonios entre ellos se reparase la reputación de la novia raptada y de sus parientes, y se unieran aquellas almas tan enemigas no sólo con el vínculo de perfecta paz, sino de parentesco amoroso, y puesto todo en paz y tranquilidad, triunfante de la discordia erradicada, volvió victorioso a su obispo.

15. Por la gran experiencia que el Obispo tenía del celo y la caridad de José y de la suma prudencia y destreza en el manejo de los negocios, no había nada, por arduo y difícil que fuera, que no le confiara, como ocurrió cuando una noble señorita que vivía en una villa cercana a Barcelona, prometida a un caballero también noble, fue secuestrada por la fuerza por una persona poderosa. Por un hecho tan indigno, surgió tal enemistad entre las casas principales de esa ciudad, que en ambos bandos se mataban entre gente de armas, y no había un personaje capaz de remediarlo. Rogaron al obispo de Urgel que interviniera para impedir tanto daño, y él no consideró a nadie más hábil para tal empresa que Calasanz. Le llamó y le dio el encargo. José, reflexionando sobre la dificultad de lo difícil que sería la cosa, se habría negado de buena gana, pero considerando por otro lado los escándalos que surgían del conflicto, prevaleció en él el honor y la gloria de Dios, y se inclinó ante la obediencia a su Prelado su superior, y se preparó para la obra. Después de recurrir a la oración (como era su costumbre antes de emprender cualquier asunto) se marchó a Barcelona, y al llegar se encontró ya con los dos bandos en el campo con gente armada, y a punto de luchar. Levantó sus ojos y su corazón al cielo y puso manos a la obra. Fue a hablar con los principales líderes de uno y otro bando, que conocían la nobleza de la sangre y de la fama de sus virtudes y bondad de vida, y adujo tales y tan eficaces razones que con el favor celestial no sólo impidió el derramamiento de sangre que iba a tener lugar, sino que después de apaciguarlos, extinguía los odios, y unió con buena

amistad a esas familias nobles, estableciendo entre ellas el matrimonio honrado. Y a ello siguió la admiración de todos y la alabanza al Señor, que a través de José había dado el remedio anhelado a algo que iba a ocasionar infinitos males y la pérdida de muchas almas.

16. Una noble doncella vivía en su villa cerca de Barcelona, prometida a un caballero su par. Fue secuestrada por la fuerza por una persona igual de noble que poderosa, por lo que el hecho encendió entre las familias principales de esa ciudad por ambas partes tal fuego de enemistad que no había autoridad para apagarlo. Se encomendó, pues, esta tarea a Calasanz, quien, reflexionando sobre el gravísimo detrimento de las almas, y las muchas ofensas que se hacían a S.D.M. por este hecho, si no se ponía pronto fin la ruina que se preveía, poniendo anteponiendo el servicio de Dios a cualquier otro respeto particular, aceptó el compromiso y rápidamente se dirigió a Barcelona.

Encontró a su llegada que ambas facciones estaban desplegadas en campo abierto para venir a la batalla. Así que, encendido con fe viva, elevando sus ojos y su corazón a Dios, imploró de su suprema sabiduría que diera tal eficacia a sus palabras que pudiera reparar el gran daño que resultaría no menos al cuerpo que a las almas de aquellas personas invadidas por el odio. Confiado, por lo tanto, en la asistencia divina, se lanzó en medio de aquellas huestes, y comenzó a suplicar con tal eficacia y fervor de espíritu, que indujo a las partes a escuchar los acuerdos que él les iba a presentar para la concordia. Tales fueron las condiciones propuestas a ambas partes por Calasanz, que era conocido y estimado por todos, tanto por la nobleza del linaje, como por la bondad de su vida, como hombre íntegro, prudente y justo, que las diferencias quedaron resueltas, los ultrajes apaciguados, y reunieron en santa paz las almas de esas nobles familias, con el establecimiento entre ellos de un matrimonio honrado. Todos quedaron admirados de cómo sus palabras cambiaron los ánimos, cuando no habían podido apaciguarlo ni siquiera las órdenes de la autoridad suprema de los regentes.

17. Mientras que le gustaba vivir en paz y estar en paz con los demás, cuando se enteraba de que había conflictos fuera de su diócesis también procuraba arreglarlos. Como se vio en Barcelona. Una muchacha noble y núbil fue traidoramente robada a su legítimo prometido, lo cual fue la ocasión de que se creara un gran incendio

de diferencias del que iba a estallar ya la guerra abierta, a no ser porque rápidamente algunos hombres serios, dándose cuenta del peligro para toda la ciudad, fueron a Urgel a pedir ayuda urgentemente. Viendo los peligros, el obispo no se atrevió a asumir la tarea, y envió a José a Barcelona, que hablando dulcemente con los litigantes logró que, como el agua fría apaga el fuego, la disputa entre los dos bandos se calmara, y la joven fue devuelta a su prometido con alegría de todos, y poco después se celebró la boda.

G) *Estableció una cofradía que dota para el matrimonio todos los años a muchas jóvenes.*

Cofradía para dotar jóvenes casaderas

3. (Instituyó) una Cofradía para casar un determinado número de doncellas. Contribuyó para entrambas obras con grandes sumas sacadas de su inexhausta bolsa, de la cual también desembolsó competente provisión para que el Rector la administrase, y para el Vicario General de Urgel, con obligación de visitarlas todos los años.

5. Determino nuestro Calasanz, o mejor, la Divina Majestad puso en su corazón un gran deseo de dejar las Españas y venir a Roma, por lo que se despidió de parientes y amigos, y renunció a las cargas que tenía en aquellas partes. No queriendo llevar consigo nada de lo que había ganado con los cargos ejercidos, determinó gastarlo todo en ayuda de los pobres. A tal efecto instituyó dos obras de caridad. La primera era para casar a muchachas pobres huérfanas, con una determinada limosna que se entregaría gratis cuando se casaran. A este efecto creó un fondo de dinero como capital, que se consumiría después de un determinado número de muchos años, y dio la administración de esta santa obra a una cofradía que, en efecto, cumplió puntualmente el deseo de nuestro D. José.

6. Fue tan grande la caridad de José que parecía haber nacido verdaderamente para ayudar a los demás. Creó una cofradía cuya finalidad era casar a las jóvenes que, oprimidas por la pobreza, no podían conseguir lícitamente de otro modo la dote.

7. También creó una cofradía en la cual entre otras buenas obras estableció que cada año se casaran un cierto número de muchachas pobres y honradas, aplicando una buena cantidad de su propia bol-

sa, y para dar más estabilidad a aquella obra hizo que se nombrase un rector, que administraría todo fielmente, asignándole una provisión conveniente. Y no contento con ello, dejó también una cierta cantidad al vicario general de Urgel con la obligación de visitar y revisar cada año si todo era fielmente manejado y gobernado.

8. Habiendo decidido salir de España hacia Roma, con sus bienes estableció una cofradía para casar jóvenes cada año, que funcionó durante varios años.

9. Estableció una cofradía que cada año ayudaba a algunas muchachas a casarse con una dote muy suficiente.

11. No se detuvo en esto solamente el fuego de su caridad, de la que ardía su corazón, sino que entre otras obras de piedad que llevó a cabo en aquellos tiempos, fue digno de alabanza aquel otro monte que erigió, en el cual empeñó parte de sus rentas anuales, excitando con su beneficencia los pechos de otros para que se volvieran liberales hacia su Dios en el prójimo con aquello que habían recibido de él. Instituyó este monte de piedad para ayudar a pobres y honradas doncellas que no tenían recursos, queriendo tomar marido. Y según el capital y el rédito anual que daba el monte erigido, se determinaba el número de aquellas que podían recibir el beneficio. Constituyó su rector y otros oficiales convenientes para que la obra pía durara eternamente, así como hizo con el otro de grano en los lugares de Ortoneda y Claverol, asignando una congrua pensión cada año a los que dirigían los montes. Escribió sus estatutos y órdenes para su buen gobierno, con la asistencia de la visita anual del vicario general del obispo, al cual también dejó una paga perpetua, para que revisase con precisión los libros de cuentas y la administración de las obras, con aquella debida fidelidad que convenía de los diputados al gobierno según su deseo. De este modo José resplandecía más como un sol, que no podía ocultarse para aquellos a quienes hacía gozar el rayo de sus ilustres obras de piedad divina.

El espíritu y la bondad de este siervo de Dios se veían consolados y recreados de manera extraordinaria por los efectos de tanta liberalidad ejercida hacia aquella gente, y porque Dios le había hecho gracia de ello con gozo surgía más fruto para mayor gloria suya y utilidad de las almas, por lo que le daba infinitas gracias y le crecía más aún la sed en su pecho del bien del prójimo, pues consideraba poco o nada que aquello lo hacía él, ya que todo lo atribuía a Dios,

confesando que él era el dador y autor de las cosas. Por lo que se turbaba al reconocer sus debilidades; decía que su Creador era muy benigno y liberal al querer servirse de su persona, él que sólo era un gusano sobre la faz de la tierra, y no pudiendo contener sus lágrimas hablaba así con su Dios: “¿Quién soy yo, mi Señor? Yo no soy nada, y vos, mi Creador y Redentor del universo, os habéis complacido en serviros de esta vil criatura. Dulce bien mío, dadme vuestro amor y vuestra gracia; estad siempre conmigo, no me dejéis, Dios mío, para que yo sea siempre vuestro. Sin vos no soy nada, y estando vos en mí soy y puedo hacer todo aquello que sea de vuestro gusto y servicio”. De este modo se turbaba en el reconocimiento de su nada, y suplicaba a su divina bondad que le fortaleciera, y con su gracia le diera fuerza mayor para su santo servicio.

Mientras tanto José sentía dentro de sí que Dios lo quería en otros quehaceres a beneficio de las almas, y con este fuego encendido se decidió a consolidar de manera más provechosa y abundante aquellas dos obras de los montes, que aumentó con todo lo había ganado de su propiedad, y suplicó al obispo que aprobara los estatutos que había hecho para su gobierno y mantenimiento con mayor asignación de pensiones a los oficiales y al vicario general para que los visitara, de modo que se continuase y perpetuase el beneficio para ayudar al prójimo, cosa que fue hecha para satisfacción suya, quedándose él con una pensión mediocre para servirse de ella, pues consideraba que le iba a hacer falta en Roma. A donde pensaba transferirse, y llevar allí una vida de hombre religioso, mientras en su corazón sentía a menudo decirse que Dios lo quería en Roma. Y allí debía vivir al margen de hecho de toda preocupación terrena, de incógnito en cuanto le fuera posible. Y, en conformidad con lo que se escribe del profeta Joel, mientras dormía siempre le parecía sentir en sueños una clara voz que le decía: “José, ve a Roma”, y después de oír esto veía que le venían delante una gran multitud de niños, que le rodeaban y lo miraban con reverencia, y le escuchaban y oían, y él, como si fuera su padre y maestro, les instruía y enseñaba que tenían que amar y temer a Dios, y no le parecía que se apartasen nunca de su vista, hasta que los hubiese transformado de manera que supieran huir del pecado y entregarse a la adquisición de la virtud sirviendo a Dios, en el cual, crecidos y perfeccionados, se hacían dignos de gozar de la beata visión de Dios. Muchas veces le ocurría sentir y oír todo esto, como un signo agradable, y como era

durante el sueño, como tal lo tomaba; y quizás se podía comprender como argumento y pronóstico de aquello que después, con el paso del tiempo, le hizo ver el Señor al haberlo elegido para fundar el instituto de tanta piedad con el que se ejercitan las Escuelas Pías en la cristiandad enseñando a los niños, por lo cual aquello más que un sueño era una visión profética que presagiaba esta santa obra que tenía que hacer José el Piadoso.

A tal lo disponía Dios ya desde sus tiernos años en aquellos sentimientos que lo movían a querer matar al demonio contra el cual en aquella edad iba a hacerle guerra, puesto que él debía ser aquel de quien iba a servirse Dios para encaminar los niños a su santo amor. Por todo lo que hemos escrito en su vida, parecía disponerlo siempre a esto al indicarle la erección de los montes de piedad, siendo su motivo principal el instruir a los niños en las cosas referentes a la profesión que tienen de su nombre cristiano, a lo que parecía siempre movido en cualquier actividad en que estuviera, y siempre hacia ello se encaminaba, por lo que diremos luego, como se ve claramente. A tal fin se disponía encendido en sus oraciones, y comunicando los motivos supradichos con sus padres espirituales acerca de irse a Roma, ya ellos les habían dicho que siguiera la voz de Dios, que incesantemente lo llamaba a aquel lugar. A este rayo y corona de su vocación para seguir la voluntad divina se dispuso Calasanz para cumplirlo, y presentándose a su obispo con toda humildad y expresión de su santo propósito, le pidió permiso para ir con su autorización a Roma a reverenciar a los Príncipes de los Apóstoles, y aquellos santuarios y lugares de veneración que existen en la ciudad. Sin duda el prelado fue asaltado por la gran amargura que se temía, y puso todos sus esfuerzos y obras para persuadirlo a que no quisiera abandonarlo; le expresó de nuevo el beneficio conocido de todos de su gobierno con provecho para tantas almas que gozaban de su bondad, y el servicio hecho a Dios, y que debía continuarlo, y mantener aquellos en el bien en el que sus buenas obras y caridad los habían colocado, y custodiarlos y aumentarlos era el mayor servicio al Señor, quien quizás podría disponer de su persona para bien de aquella Iglesia, de la cual todos lo consideraban digno de regirla y gobernarla, añadiendo cuán conocido y amado era, y el amor y el efecto de toda la diócesis, siendo sus votos y deseos el poder gozar de él en un cargo más elevado y más honorable. Privarse de él ahora cuando mejor iban las cosas, y estaban en el sumo gozo de

la esperanza, era como abortar antes de tiempo sus días, y un dolor y miseria común. Así dijo el buen obispo; y al final, viéndolo completamente firme en su propósito, y que todo esfuerzo para hacerle cambiar de idea era vano, abrazándolo con amorosas lágrimas, le rogó que no le olvidase, y que hiciera en buena hora aquello que Dios le inspiraba.

Muchos de la ciudad presintieron la inesperada deliberación del vicario general y la preocupación en que quedaba el obispo, lo que llenó el corazón de todos de increíble dolor, y casi todos se pusieron a deliberar para obrar de modo tal que se impidiera su partida. Pero José, despegado totalmente de sus afectos, totalmente despegado de cualquier tipo de respeto u obligación, con sagaz prudencia, una vez se despidió del obispo se marchó se Urgel, de manera que antes se supo que ya se había ido que aquellos hicieran nada para impedirlo. Bien es verdad que fue con disgusto y dolor de toda la ciudad y diócesis, en la cual vivió durante cinco años, teniendo cuando partió de Barcelona hacia Roma treinta años cumplidos.

13. Después de pasar siete años en los empleos antes mencionados, se despidió de su Prelado y regresó a Peralta, y ajustó allí los negocios de su casa, creó un monte de una cantidad de grano muy notable para la necesidad de los pobres, y otra para el matrimonio anual de algunas doncellas, empleando lo que había ganado en sus gobiernos y servicios, como dedicando a Dios todas sus labores, servicios y tribulaciones pasadas.

14. Entre estas, dar cada año la dote a algunas jóvenes pobres y honradas para colocarlas en el honesto estado del matrimonio; y a esta obra aplicó una buena suma de dinero propia, y con este ejemplo movió a los demás a colaborar con sus limosnas. También dio a esta excelente cofradía reglas óptimas y muy prudentes, eligiendo entre ellos un Rector de la misma, para gobernarla, y administrarla; y para que lo hiciera con más fidelidad y aplicación, también le reservó una competente compensación; y para que fuese bien administrada ordenó, y estableció que cada año el rector estuviese obligado a dar cuenta de su administración al Vicario General de Urgel, a cuya jurisdicción esa tierra pertenece.

17. De su propio capital creó un censo que rentaría una cantidad fija anual para poder casar honestamente a muchachas pobres.

H) *Con sus bienes fundó un montepío de trigo de considerable importancia, para que de él se hiciera limosna a los pobres en los meses de enero y febrero, y dejó a cargo del mismo al párroco de Tremp, y que el vicario del Sr. Obispo revisase cada año todo, asignando tanto al párroco como al vicario la porción correspondiente. Y él partió para Roma.*

Monte de piedad de grano para los pobres

2. ¡Qué obras creó al servicio de las familias de los pobres con liberalidad, dedicando a ello todo el dinero de sus réditos y beneficios eclesiásticos, regidos durante años al servicio de la gente, para lo cual parece que había nacido! ¿Quién creó un banco de grano, que duró bastantes años, para ayudar a la gente en la dureza del invierno?

3. El primer José, por aquella acción de continencia y fidelidad, fue graduado por Provisor General de todos los bastimentos para todo Egipto y Judea. Este segundo fidelísimo José fue Ministro del Maná, ves a saber del Pan Celestial para los fieles. Ni descuidaba en el sustento del Espíritu los alimentos corporales. Instituyó un granero de trigo para distribuirlo a los pobres en los tiempos más calamitosos

4 (3) Y para los pobres fundó un Monte de Piedad en un lugar de su diócesis Y que hizo otras obras de caridad y celo del honor de Dios y por el prójimo.

5. La segunda, y es perpetua, es que, sabiendo que los pobres suelen sufrir mucho en los meses del invierno, y particularmente en enero y febrero, fundó nuestro D. José un monte de piedad para que en la Pascua de mayo, en los lugares de Ortoneda y Claverol, los párrocos distribuyeran a los pobres una cantidad de grano considerable cada año para cada uno según el número de personas que fueran en la familia, y para que los señores párrocos de dichos dos lugares hicieran de manera más gustosa este caritativo servicio, les dejó una competente provisión anual. Para que no funcionara mal esta obra y los párrocos fueran justos y diligentes distribuidores, dejó también nuestro Calasanz un estipendio digno al Rvm^o. Sr. Vicario General, para que revisara los libros de dicha administración hecha por los señores párrocos cada año cuando fuera de visita.

6. Con la suma de dinero que provenía de las entradas de su gobierno erigió un Monte de Piedad que en los meses de enero y febrero de

cada año diese una cantidad notable de grano a los pobres de aquellas tierras. ¿No es este el lugar para quedarse mudo de estupor? ¿Acaso son necesarias demostraciones más claras para probar que José haya sido la caridad misma? Los demás empobrecen a los súbditos para enriquecerse ellos mismos; este se empobrece a sí mismo para enriquecer a los súbditos. Habría palidecido de estupor, contemplando la excesiva caridad de José, el mismo oro, si no hubiera sido por naturaleza de tal color. Fue una fábula que Júpiter se convirtió en lluvia de oro; fue historia que José lo hizo llover sobre las manos de los necesitados. La edad de hierro podría abandonar su antiguo nombre si hubiera tenido ojos para mirar y oídos para escuchar a tantos pobres que alababan la caridad de José. Nunca hubiera recibido ni siquiera una moneda si no hubiera tenido a los pobres en los que poder gastarla. Era avaro consigo mismo, para ser pródigo con los demás. ¡Oh, cuántas veces para dar de comer a los necesitados aguantó las incomodidades del hambre! Habrías pensado que José era el pobre, si lo hubieras visto buscando con tanta diligencia a los pobres para socorrerlos. Buscaba con más cuidado a quién dar, que los pobres mismos de quién recibir. Así, pues, su corazón estaba en las manos de los pobres, porque en ellas encontraba su tesoro. A donde le han llevado estas, puede inferirlo el lector.

7. Creo un monte pío de grano para ayuda de los pobres de su patria (Peralta).

8. También fundó un Monte de Piedad para que en los meses de enero y febrero distribuyeran como limosna a todos los pobres una cantidad muy notable de grano, con el dinero que había ganado durante su gobierno, y dejó el encargo al Rector de Ortoneda y Claverol, y el Vicario del Obispo lo revisaba todo cada año, asignando tanto al Rector como al Vicario una porción competente, y se fue poco después a Roma.

9. también fundó un Monte di Piedad para que en los meses de enero y febrero se diera como limosna a todos los pobres de dos parroquias una cantidad de grano muy notable, con el dinero que había ganado en sus gobiernos, y dejó el encargo al Rector, y también al Vicario, con una cantidad competente por la fatiga, y se fue a Roma.

10. Movido del celo de su acostumbrada caridad, instituyó una hermandad cuyo ejercicio fuese remediar todos los pobres necesita-

dos, y se empleó tan de veras en aquel ministerio tan piadoso que los vecinos de dos parroquias enteras recibieron por dos meses, de enero y febrero, por su mano el trigo suficiente para alimentarse, como lo predicó públicamente en la oración fúnebre que dijo el Padre Don Vidal de Parma, Monje Benedictino Casinense en la honras fúnebres que consagró a este siervo de Dios en Florencia su Serenísimo Gran Duque.

11. A este efecto deliberó crear un monte de piedad, que lo llamó de grano, para que en él aquella pobre gente y pobres del país pudiesen tener cada año de qué sustentarse, y se les repartiese con toda caridad, y no perecieran de hambre. Imitó el piadoso José al justo, de quien llevaba el nombre y realizó los hechos, alegrándose de saber empeñar lo suyo de antemano en ayuda de los pobres. Abrió el perro fiel su bolsa, y con toda liberalidad empeñó su dinero a favor de la gente pobre, que respirando alababa y daba las gracias debidas a Dios en su proveedor. Sentía particular contento el piadoso proveedor de aquella obra de caridad, pero su anhelo y objetivo principal era no sólo alimentarlos con el alimento material, sino más bien en la vida eterna con los pastos divinos, a lo que el reparador de la gente se sentía movido maravillosamente por el espíritu divino, y con una sabia habilidad quería reunir juntos los pobres con sus hijos, a los que siempre a horas fijas alimentaba con la palabra de Dios, y después los instruía, enseñándoles todo lo que debían saber de los santos sacramentos de la Iglesia que nos enseña nuestra santa fe católica en la doctrina cristiana, y con eficacia de persuasión los encaminaba a frecuentar los santos sacramentos, a lo cual los exhortaba y los preparaba a menudo. Le impulsaba a ello el que supieran amar a Dios temiéndolo, con la frecuencia de sus santos sacramentos. Así la Divina Providencia con su gracia particular lo iba empujando y encaminando por aquello que con el tiempo le iba a servir en la Santa Iglesia para beneficio común de las almas, en el instituto que tenía que erigir.

12. Allí se dedicó a realizar varias obras de caridad y piedad para ayudar a los afligidos. Para remediar la necesidad de los pobres creó un Monte, que llamaban de trigo, para que cada año dieran una limosna a cada pobre, imitando al santo José vendido y llevado a Egipto, no solo en previsión y prudencia, sino también en clara providencia. A los que ya podían recibir el pan del altar les instruía fervientemente en los rudimentos de la fe y en las costumbres piadosas.

13. creó un monte de una cantidad de grano muy notable para la necesidad de los pobres.

14. Lo primero que hizo en beneficio del prójimo en su tierra natal fue la creación de un Monte de trigo, con el que en la época más necesaria del año se ayudara a los pobres de esa tierra, destinando además de las limosnas recogidas, buena parte de su patrimonio; y lo reguló con reglas excelentes y muy prudentes; y para poder atender mejor a la salud de sus almas, después de alimentarlos corporalmente, les distribuía el alimento espiritual de la Doctrina Cristiana y de otros ejercicios devotos que introdujo en aquella tierra.

Creó por esta razón en ella una devota cofradía o Congregación, en el que estableció el ejercicio de asistir y enseñar el Doctrina Cristiana a aquellos rústicos, y a los niños, y muchos otros ejercicios espirituales y obras piasas.

16. Por lo tanto, después de fundar con parte de sus bienes en la iglesia parroquial de Santa María di Peralta un aniversario perpetuo para las almas de los muertos, y constituido a favor de los pobres de Ortoneda y Claverol un capital cuyos intereses tenían que gastarse anualmente en una cantidad de grano para distribuir a los más pobres, como se observa hasta el presente, salió de Peralta.

17. Pero no descuidaba las causas de los pobres, ayudándoles en las calamidades, y se expresó como Juone, y erigió, como Juan de la Limosnas, un banco de trigo, del cual se entregaba una cierta cantidad dos veces al año, y, además, siguiendo el ejemplo de Nicolás de Mira²⁵, de su propio capital creó un censo que rentaría una cantidad fija anual para poder casar honestamente a muchachas pobres.

Llamada para ir a Roma

4.22. Y esto sé por haberlo oído ya del mismo Padre, o de otros que los oyeron de él. Se encontraba en España el Padre, después de ser sacerdote, y escuchaba una voz interna que le decía: “Ve a Roma”, varias veces. Él se preguntaba a sí mismo: “No tengo ninguna pretensión, ¿qué tengo que hacer en Roma?” En varias ocasiones sentía el mismo impulso: “Ve a Roma, ve a Roma”.

25 P. Vicente, Tomo I, parte I, folio 57.

5. Determino nuestro Calasanz, o mejor, la Divina Majestad puso en su corazón un gran deseo de dejar las Españas y venir a Roma, por lo que se despidió de parientes y amigos, y renunció a las cargas que tenía en aquellas partes.

6. De Urgel partió para Roma, digamos que para alejarse de los aplausos que se habían extendido por España, o más bien para recibir sobre el Tarpeo la palma debida a sus virtudes.

7. Dios, que quería servirse de D. José como había decretado desde la eternidad, le puso en el ánimo el deseo de partir de España cuando se encontraba más inmerso en sus ocupaciones. Ya había estado cerca de siete años en los cargos supradichos, y cuando él menos pensaba dejarlos, se sintió invitar por cierta voz interior a venir a Roma. La cual voz, insistiendo en llamarlo, parece que le decía: “José, ve a Roma, ve a Roma”. Él se maravillaba entre sí y resistía a este deseo diciendo: “¿Qué tengo que hacer yo en Roma? Yo no pretendo nada, así que ¿por qué quiero meterme a hacer este viaje?” Con todo tenía fijo en su ánimo el pensamiento de Roma, y era tal la fuerza de visitar estos santuarios que incluso durmiendo no dejaba de pensar en ello. Con un maravilloso sueño que por entonces no entendió, Dios le mostró lo que quería de él en Roma, porque le pareció encontrarse en dicha ciudad en medio de una muchedumbre de jovencillos incultos, y que como maestro les enseñaba con mucho esfuerzo el camino de la virtud y del temor de Dios. Comunicó este deseo a su obispo, a quien es de suponer que le desagradaría mucho privarse de un tal vicario, y que haría todo lo posible para impedir que se fuera, pero los humanos designios no pueden impedir lo que está determinado en el cielo. Finalmente, tras aconsejarse maduramente con sus padres espirituales y primero con Dios, partió de España, y siguiendo la divina inspiración emprendió el viaje hacia Italia y Roma.

10. Muy honrado y estimado en compañía de sus parientes se hallaba en España el Doctor José Calasanz, pero interiormente sentía que Dios le llamaba para mayores cosas, porque no hallaba aquel sosiego que antes tenía en la villa de Peralta de la Sal, su Patria, y en la ciudad de Urgel, porque como dice el glorioso Padre San Agustín, *El corazón que Dios hizo para sí en ninguna parte descansa ni en cosa alguna, si no es en el mismo Dios o en lo que de Su Divina Majestad le viene ordenado*. Y así, movido nuestro José de interior impulso, deja España y va para ilustrar con sus virtudes Italia, o como

otros me dijeron que oyeron de su boca, que fue a Italia solo para visitar la Santa Casa de Loreto y agradecer en ella la gracia que tuvo de salir victorioso en la gloriosa empresa que dejamos escrito, que obró Dios por su medio con aplauso universal en Barcelona.

11. Mientras tanto José sentía dentro de sí que Dios lo quería en otros quehaceres a beneficio de las almas, y con este fuego encendido se decidió a consolidar de manera más provechosa y abundante aquellas dos obras de los montes, que aumentó con todo lo había ganado de su propiedad, y suplicó al obispo que aprobara los estatutos que había hecho para su gobierno y mantenimiento con mayor asignación de pensiones a los oficiales y al vicario general para que los visitara, de modo que se continuase y perpetuase el beneficio para ayudar al prójimo, cosa que fue hecha para satisfacción suya, quedándose él con una pensión mediocre para servirse de ella, pues consideraba que le iba a hacer falta en Roma. A donde pensaba transferirse, y llevar allí una vida de hombre religioso, mientras en su corazón sentía a menudo decirse que Dios lo quería en Roma. Y allí debía vivir al margen de hecho de toda preocupación terrena, de incógnito en cuanto le fuera posible. Y, en conformidad con lo que se escribe del profeta Joel, mientras dormía siempre le parecía sentir en sueños una clara voz que le decía: “José, ve a Roma”, y después de oír esto veía que le venían delante una gran multitud de niños, que le rodeaban y lo miraban con reverencia, y le escuchaban y oían, y él, como si fuera su padre y maestro, les instruía y enseñaba que tenían que amar y temer a Dios, y no le parecía que se apartasen nunca de su vista, hasta que los hubiese transformado de manera que supieran huir del pecado y entregarse a la adquisición de la virtud sirviendo a Dios, en el cual, crecidos y perfeccionados, se hacían dignos de gozar de la beata visión de Dios. Muchas veces le ocurría sentir y oír todo esto, como un signo agradable, y como era durante el sueño, como tal lo tomaba; y quizás se podía comprender como argumento y pronóstico de aquello que después, con el paso del tiempo, le hizo ver el Señor al haberlo elegido para fundar el instituto de tanta piedad con el que se ejercitan las Escuelas Pías en la cristiandad enseñando a los niños, por lo cual aquello más que un sueño era una visión profética que presagiaba esta santa obra que tenía que hacer José el Piadoso. A tal lo disponía Dios ya desde sus tiernos años en aquellos sentimientos que lo movían a querer matar al demonio contra el cual en aquella edad iba a hacerle guerra, puesto que él debía ser aquel de

quien iba a servirse Dios para encaminar los niños a su santo amor. Por todo lo que hemos escrito en su vida, parecía disponerlo siempre a esto al indicarle la erección de los montes de piedad, siendo su motivo principal el instruir a los niños en las cosas referentes a la profesión que tienen de su nombre cristiano, a lo que parecía siempre movido en cualquier actividad en que estuviera, y siempre hacia ello se encaminaba, por lo que diremos luego, como se ve claramente. A tal fin se disponía encendido en sus oraciones, y comunicando los motivos supradichos con sus padres espirituales acerca de irse a Roma, ya ellos les habían dicho que siguiera la voz de Dios, que incesantemente lo llamaba a aquel lugar. A este rayo y corona de su vocación para seguir la voluntad divina se dispuso Calasanz para cumplirlo, y presentándose a su obispo con toda humildad y expresión de su santo propósito, le pidió permiso para ir con su autorización a Roma a reverenciar a los Príncipes de los Apóstoles, y aquellos santuarios y lugares de veneración que existen en la ciudad. Sin duda el prelado fue asaltado por la gran amargura que se temía, y puso todos sus esfuerzos y obras para persuadirlo a que no quisiera abandonarlo; le expresó de nuevo el beneficio conocido de todos de su gobierno con provecho para tantas almas que gozaban de su bondad, y el servicio hecho a Dios, y que debía continuarlo, y mantener aquellos en el bien en el que sus buenas obras y caridad los habían colocado, y custodiarlos y aumentarlos era el mayor servicio al Señor, quien quizás podría disponer de su persona para bien de aquella Iglesia, de la cual todos lo consideraban digno de regirla y gobernarla, añadiendo cuán conocido y amado era, y el amor y el efecto de toda la diócesis, siendo sus votos y deseos el poder gozar de él en un cargo más elevado y más honorable. Privarse de él ahora cuando mejor iban las cosas, y estaban en el sumo gozo de la esperanza, era como abortar antes de tiempo sus días, y un dolor y miseria común. Así dijo el buen obispo; y al final, viéndolo completamente firme en su propósito, y que todo esfuerzo para hacerle cambiar de idea era vano, abrazándolo con amorosas lágrimas, le rogó que no le olvidase, y que hiciera en buena hora aquello que Dios le inspiraba. Muchos de la ciudad presintieron la inesperada deliberación del vicario general y la preocupación en que quedaba el obispo, lo que llenó el corazón de todos de increíble dolor, y casi todos se pusieron a deliberar para obrar de modo tal que se impidiera su partida. Pero José, despegado totalmente de sus afectos, totalmente despegado

de cualquier tipo de respeto u obligación, con sagaz prudencia, una vez se despidió del obispo se marchó se Urgel, de manera que antes se supo que ya se había ido que aquellos hicieran nada para impedirlo. Bien es verdad que fue con disgusto y dolor de toda la ciudad y diócesis, en la cual vivió durante cinco años, teniendo cuando partió de Barcelona hacia Roma treinta años cumplidos.

12. Mientras tanto se sentía llamado a Roma con gran ímpetu e impulso, y sentía continuamente dentro de sí una voz que le decía: “*José ve a Roma*”. Pero como no entendía el motivo, pensaba que el demonio quería engañarle. Se decía: “¿Para que he de ir a la Ciudad? Yo no tengo ninguna ambición ni deseo ninguna dignidad”. Pero como oía una y otra voz, le fue cambiando el ánimo, y entendió que debía ir. Por lo cual a los 36 años de edad fue a Roma. Era el año 1592, y el Romano Pontífice era Sixto V.

13. Él se sentía, sin embargo, internamente llamado por Dios a cosas mayores, y ya no encontraba aquella tranquilidad de la que disfrutaba en su tierra natal, y en la ciudad de Urgel. De hecho, le pareció escuchar internamente una voz que le decía “Vete a Roma, vete a Roma”. Sin embargo, él estaba muy perplejo sin saber si debía asentir, al no sentirse arrastrado por ningún deseo de honores o dignidades mundanas. Pero finalmente ya no pudo resistir la llamada divina, se rindió, y decidió dejarse guiar por la divina voluntad.

14. Cuánta fue la estima que después de la mencionada paz tuvo Moncada de su muy prudente y santo vicario, y cuánto creció y fue conocido su nombre en todas aquellas provincias, bien puede ser entendido después de un asunto de tal importancia y tenido por todos por desesperado, y sin embargo tan felizmente resuelto por D. José, estableciendo en todo el Reino con su prudencia una paz muy firme, cuando parecía imposible apagar el gran fuego de las guerras civiles, que allí se habían encendido tenazmente. Así fue estimado por todos, honrado y amado con las mayores muestras de estima que de un hombre pueden hacerse, no sólo por la gente plebeya y pobre, de quienes siempre se habían mostrado como padre muy amoroso, sino por los primeros Señores y Nobleza de aquel Reino, quedando todos muy satisfechos con sus noble trato y acciones virtuosas. Sólo él entre tantos honores y aplausos se consideraba indigno, y estaba muy descontento con ello, y poco satisfecho de sí mismo. Le parecía que los honores que le hacían sobrepasaban con mucho sus méritos,

y que él, engañando con la apariencia de no adquirir virtudes, era un ladrón de aquellos aplausos y honores que no le correspondían. Para no recibirlos, se hubiera encerrado en una tumba, o huido a un desierto a vivir entre las fieras, para no engañar más a los hombres, como él decía. Pero a pesar de tener sentimientos de sí mismo que no se consideraba bueno para nada, sentía en lo más íntimo de su espíritu ciertos estímulos internos que a actos más gloriosos, a obras más magníficas elevaban su corazón, que muy a menudo provenían de dos deseos contrarios dirigidos a hacer grandes cosas al servicio de Dios y del prójimo, y a retirarse y no hacer nada para no parecer grande a los ojos del prójimo, temiendo que el aplauso de los hombres le volviera menos querido a los ojos de Dios. De modo que D. José estuvo perplejo durante mucho tiempo entre el miedo a perder la virtud o no hacerla crecer entre tantos aplausos, y el amor a Dios y al prójimo que le estimulaba a ganarse los aplausos con la gran obra que haría al servicio de uno y en ayuda del otro. No sabiendo resolverse, se entregó con todo afecto a la oración, pidiendo al Señor que lo iluminara para elegir aquella vida y estado que más le agradase, y que fuera de mayor servicio suyo, y para conseguirlo puso como mediadora principal a la Virgen, de quien siempre fue muy devoto. Desde que regresó por primera vez a su patria, por espacio de cuatro años en los que estuvo ocupado en estos cargos que ya hemos mencionado, siempre con ardientes deseos pidió a la Virgen, y al Señor, que le iluminaran y le hicieran saber en qué estado y en qué forma de vida podría servirles mejor, no contentándose en absoluto con lo que entonces hacía, a pesar de que era tan perfecto y de tanto beneficio para su prójimo. Era el Señor quien le ponía estos estímulos de deseos, para que se apresurase a abandonar España para el propósito para el que la Divina Providencia lo tenía dispuesto.

Así comenzó a despertarse en él un deseo devoto de venir a Roma, y al principio le parecía que estaba motivado por visitar aquellos santos lugares y reliquias, de los que esta ciudad es rica tesorera, y de huir con esta ocasión de las distracciones del cargo que ocupaba, y de los aplausos que en todo aquel país le hacían. Pero no dejó el Señor de darle algunos indicios de aquello para lo que lo llamaba a Roma en un sueño místico y misericordioso. Le parecía oír una voz muy clara que le decía: “D. José, ve a Roma”; entonces se vio rodeado de una gran multitud de niños de los cuales parecía estar constituido como su guía y maestro que les enseñaba a huir de los

vicios y amar la virtud y rectitud que parecía hacerlos dignos de la verdadera dicha. No entendió por entonces el siervo de Dios el significado del sueño, sino que lo tomó por una agradable fantasía, y como tal lo contó entonces a muchos, pero luego, con el evento de la fundación de las Escuelas Pías, comprendió que le pronosticaba aquello a lo que le llamaba el Señor a Roma. No terminó con todo esto de resolverse a partir D. José, cuando el Señor con clara y continua llamada le empujaba a ello, porque le parecía que en lo más íntimo de su corazón escuchaba constantemente una voz que le decía claramente: “D. José ve a Roma, ve a Roma”, que encendía en él ardientes deseos de hacer ese viaje, hasta que, como ya no podía resistir la inspiración divina, resolvió hacer lo que el Señor le mandaba, pero primero quiso consultarlo con su Padre espiritual, quien, siendo un hombre muy práctico de las cosas espirituales, inmediatamente le aconsejó, más aún, le ordenó que obedeciera al Señor, dejándose guiar por la Divina Providencia y disposición para el propósito que lo quisiera allí. Así que terminó resolviéndose José, y se dirigió a su obispo con tales ruegos y razones, que, a pesar de hacerlo de mala gana, y casi llorando, le dio la licencia y aceptó la renuncia que le presentó del Vicariato General.

15. José había desempeñado por espacio de unos ocho años varios cargos importantes, cuando le vino el deseo de salir de España, y esto fue movido por impulsos internos, pues le parecía escuchar a menudo en el corazón como una voz que le decía: “Vete a Roma, vete a Roma”. Preparó su partida y después de fundar en la iglesia parroquial de Santa María de Peralta un aniversario perpetuo por las almas de los difuntos y constituir en Ortoneda un capital con cuyos intereses cada año se destinarían para la caridad, dando a los pobres cierta cantidad de grano, fue a Barcelona, donde se embarcó, y partió hacia Roma, a donde llegó a principios de mayo del año del Señor 1592.

16. No habían pasado muchos años después de que José había recibido el sacerdocio, casi siempre ocupado en los cargos honrosos mencionados, pero no le parecía que su corazón estuviera tranquilo, pues sentía como una voz interior diciéndole “Ve a Roma, ve a Roma, José”, y poniéndose a reflexionar seriamente sobre ello, lo reconocía como un impulso superior debido a la perseverancia y vehemencia del mismo en el tiempo, máxime porque se refería a los misterios más divinos. Por lo tanto, resolvió, con el asentimiento de

su padre espiritual, obedecer la voz de Dios; remitió al obispo de Urgel el cargo de vicario general con gran disgusto de aquel prelado, por la pérdida que sufría de tan excelente ministro.

17. Después de ejercer loablemente el sacerdocio durante ocho años, nuestro José se sintió llamado a ir a Roma. Este fue el origen de su vocación. Después de las tareas diurnas yacía José dormido en su lecho, y en la noche oscura el Celeste Morfeo le representó un gozoso espectáculo cuando todos los sentidos estaban dormidos. Pues soñaba que iba caminando por las calles de la ciudad romana, y que conducía un grupo numeroso de niños en una procesión bien ordenada por ángeles. José volvió a soñar este espectáculo maravilloso, y aunque sabía por las Escrituras que no hay que hacer caso a los sueños, que según el testimonio de Eclesiástico 34 hicieron errar a muchos; por otro lado, estaba inquieto preguntándose si el Señor no le estaría hablando, como en otros tiempos había prometido a los padres en el cap. 12 de los Números. Consta que había hablado al Faraón, a Nabucodonosor y a otros, por lo que él no sólo guardó fielmente en la memoria el sueño, sino que sentado y de pie reflexionaba maduramente qué podría significar para él. Adoptando una posición neutral, se preguntaba si el espectáculo nocturno no sería una ficción como tantos otros sueños. Pero ¿y si le anunciaba algún presagio divino? Oyó una voz que le decía, no una vez, sino muchas: *“José ve a Roma; ve a Roma, José”*. Esta voz le decidió, aunque turbó no poco al auditor. Para que no pareciera que era suficientemente sabio, contra el decreto del Señor (tal como lo había dicho Salomón: *“Oír el consejo es cosa de sabios; no hagas nada sin pedir consejo”*), fue a consultar este secreto de su corazón con su obispo, y le pidió consejo. A pesar de que este le dijo muchas cosas en contra, no quedó satisfecho. Además, la voz urgía a su ánimo de manera más potente, haciéndolo más animoso, recordando el antiguo sueño del patriarca José en el cual se le designaba su futura posición por parte del cielo (pues el curso de la vida del justo es cierto cuando se le representa en sueños), concluyó que sería estúpido hacer ilusorio el sueño y frustrar la voz que repetidamente le invitaba a hacer el camino romano. Por lo que se decidió salir hacia Roma, para que una vez allí Dios le diera a entender lo que quería, como al Apóstol Pablo en el camino de Damasco.

Núcleo narrativo 4. Primeros años de Calasanz en Roma (1592-1597)

A) *Llegado a Roma, iba con mucho gusto suyo y devoción a visitar los santuarios de la ciudad santa.*

Llegada a Roma

3. El cual, saliendo de España, cogió el camino para Roma. No sé si el motivo fue para huir los aplausos domésticos o para encontrar nueva ocasión de merecer con los extranjeros. Esto sé, que Jose no fue llevado de la ambición de la Corte Romana, la cual por ser madre de lisonjas suele enseñar a todos la cara risueña. Y sé que tan solamente incitóle la devoción para poder reverenciar aquel suelo, regado con la sangre de tantos mártires, y precisamente para visitar las siete iglesias.

4. En sexto, demostraré que en el año del Señor 1592 vino a Roma, donde practicó obras de Piedad y Caridad en lugares piadosos, y especialmente la visita a las siete iglesias, que llevaba a cabo de día si podía, y si no, de noche. Visitaba a los enfermos en los hospitales y fuera de ellos, llevándoles ayuda corporal y espiritual. Visitaba a los detenidos en las cárceles, a los que ayudaba con consejo y obras; enseñaba a los niños y a los rústicos la doctrina cristiana de manera pública y privada en iglesias y plazas.

5. Después de fundar estas dos obras y ajustar sus cuestiones domésticas, se embarcó en Barcelona hacia Roma en una galera, y el primer lugar de Italia a donde llegó fue Civitavecchia, y entró en Roma el año 1590, durante el pontificado de Sixto V.

Como la Divina Majestad le había guiado a Roma para fines más altos que el procurarse dignidades eclesiásticas, infundió en el corazón de nuestro D. José una ternura de espíritu y consuelo tan grande al visitar los santuarios de Roma, y particularmente las siete basílicas, que no podía separarse de ellas. Cuanto más las visitaba, más le crecía el deseo de visitarlas, por lo que se le enfriaba el deseo de tirar adelante con alguna dignidad grande para volver a la patria, y ya fríamente descuidaba el ir a los palacios y comparecía poco en la dataría.

7. Corría el año 1592 de nuestra salvación y D. José tenía alrededor de treinta y seis o treinta y siete años, siendo Sumo Pontífice Sixto V cuando llegó a Roma. Cuando se vio en esta santa ciudad, fue increíble el gozo que sintió su alma, y lo demostró con la devoción exterior, porque todo lo que deseaba era visitar los lugares santos, especialmente las siete iglesias. Y no sólo de día, sino que incluso de noche solía visitarlas con demostración de sumo contento, empleando mucho tiempo en hacer el recorrido (como muchos testifican), que le servía para purgar el alma, y estar mejor preparado para el sacrificio del altar que cada día ofrecía, además de la confesión sacramental, que usaba a menudo.

8. Cuando llegó a Roma, fue con gran devoción y gusto a visitar los lugares santos de esta Ciudad.

9. Cuando llegó a Roma, fue con mucha devoción y consuelo a visitar los lugares sagrados de esa ciudad.

10. Llegado a Italia, donde primero enderezó sus pasos fue a la Santa Casa de Loreto, la cual visitó con aquella devoción y lágrimas que podemos pensar de quien era tan tierno hijo y devoto capellán de María Santísima. En aquel glorioso Santuario, que no tiene el mundo igual, ¡con cuál devoción celebrarí su Misa! ¡Qué absorto estaría con la consideración del inefable Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de su Soberana Protectora María! Hallándose presente en aquella Casa que mereció ser Palacio del que no cabe en los Cielos y de su Madre Santísima, y de su gloriosísimo Esposo San José. Casa tan asistida de Los Ángeles, que con Santa emulación alcanzaron por singular merced el ser dichosos peones de aquellas santas paredes, llevándola sobre sus hombros muy gozosos a las Provincias y partes que ha querido Su Majestad hacer gloriosas con tan Celestial Santuario. Su oración

continua en aquel tan divino retrete era rogar a la Santísima Virgen no que le diese los puestos y honras del mundo que dejaba en su Patria; sí que le alcanzase de su Amantísimo Hijo, por el amor con el cual se había dignado de favorecer a la humana naturaleza encarnándose en sus Purísimas Entrañas en aquella Santa Casa, donde con sumo gozo suyo se hallaba postrado, que le di guiarse por aquello que fuese de su mayor agrado y voluntad, protestándose delante de su Señora que su única pretensión era solamente cumplir siempre su voluntad, y la Divina de su Santísimo Hijo.

Como la Divina Majestad le había guiado a Roma para fines más altos que el procurarse dignidades eclesiásticas, infundió en el corazón de nuestro D. José una ternura de espíritu y consuelo tan grande al visitar los santuarios de Roma, y particularmente las siete basílicas, que no podía separarse de ellas. Cuanto más las visitaba, más le crecía el deseo de visitarlas, por lo que se le enfriaba el deseo de tirar adelante con alguna dignidad grande para volver a la patria, y ya fríamente descuidaba el ir a los palacios y comparecía poco en la dataría.

Además de dicha ocupación se ejercitaba visitando las prisiones y los enfermos de los hospitales, ayudándoles en cualquier necesidad con gran afecto.

11. José salió de Barcelona en una galera, y llegó a Noli, en la costa de Génova, y finalmente a Civitavecchia, de donde se dirigió a Roma, en la cual entró el año 1590, en el tiempo en que regía la Iglesia el Sumo Pontífice Sixto V²⁶. Lo primero que hizo en aquella santa ciudad fue el dirigirse rápidamente a San Pedro del Vaticano, donde reverenció con toda devoción los cuerpos gloriosos de los Príncipes de los Apóstoles, y otros santuarios que hay en aquella ciudad, y después con gran consolación y fervor de espíritu se entregó por completo a los ejercicios espirituales y mortificaciones de su cuerpo, a los que se dedicaba con tanta intensidad que aquella ciudad no tenía para él ninguna cosa que le atrajera los sentidos para distraerlo. Después comenzó a visitar las siete basílicas, con admirable

26 Corrección en el texto: Clemente VIII. No se corrige la fecha de llegada. Entre Sixto V (que falleció el 27 de agosto de 1590) y Clemente VIII hubo otros tres Papas: Urbano VII (15 – 27 sept. 1590); Gregorio XIV (8 dic. 1590 – 16 oct. 1591) e Inocencio IX (3 nov. – 30 dic. 1591). El pontificado de Clemente VIII comenzó el 30 de enero de 1592, poco antes de la llegada de Calasanz a Roma (N. del T.).

provecho para su alma. Viviendo desapegado de cualquier otra conversación y quehacer, huía como del mismo vicio de la adquisición de honores y dignidades, de las cuales los hombres obtienen tranquilidad y reposo. Él las consideraba agitación y molestia, y todavía mucho más la asistencia que se acostumbra a hacer en el tiempo de acudir a las cortes, con el mismo efecto. No tenía otro pensamiento que considerar nuestro último fin para llegar a gozar el verdadero bien en la patria bienaventurada. Mirando sólo al cielo, no pensaba volver al lugar de la tierra en la que nació.

12. Por lo cual a los 36 años de edad fue a Roma. Era el año 1592, y el Romano Pontífice era Sixto V.

13. Partió hacia Italia dirigiéndose a la santa casa de Loreto para agradecer a N^a. Sr^a. los muchos favores que había recibido hasta aquel día, y ofrecerse a su servicio para el resto de su vida, rogándole insistentemente día y noche que le inspirara sobre lo que tenía que hacer para servirla mejor como él deseaba. Satisfecha su devoción a la Santa Casa, partió hacia Roma, a donde llegó en 1590, y comenzó a visitar estos santuarios, para que S.D.M. le encaminara hacia lo que fuera de su agrado.

14. Así, como otro Abraham, salió de su patria nuestro Siervo de Dios para peregrinar a países extranjeros y vino a Roma, la cabeza del mundo, para obedecer la Voz de Dios, que le llamaba allí con un propósito muy elevado, como era fundar una nueva y muy fructífera Religión en su Iglesia, y llegó allí en el año 1592, reinando Clemente VIII en el Vaticano, siendo él de 36 años de edad aproximadamente, con indescriptible consuelo suyo, máxime cuando entró en la Basílica de San Pedro y visitó la tumba de ese santo apóstol. ¿Quién puede decir cuáles eran las lágrimas de su devoción, cuáles eran los tiernos afectos de su corazón en ese lugar santo? Dio muchas gracias al Señor por haberle traído a un lugar donde podría dedicarse totalmente a los ejercicios del espíritu sin las preocupaciones que el cargo de vicario le daba en su patria. Santos lugares de devoción de los cuales es más rica aquella ciudad tan gloriosa por haber sido rociada con la sangre de santos mártires, que por las púrpuras de sus césares triunfantes; y el ir ahora a uno, y luego a otro de esos lugares memorables servidos por el Capitolio, donde triunfó tantas veces la fortaleza y la fe de tantos héroes del paraíso, fue siempre para nuestro D. José una nueva razón de espíritu y de-

voción. Visitaba a menudo las siete iglesias y las santas catacumbas de los mártires, a menudo disfrutando de permanecer allí con gran consuelo espiritual noches enteras, donde podía, en esas soledades silenciosas y notables, con más franqueza y libertad expresar las ansiedades de sus afectos a Dios, y los ardientes sentimientos de su devoción, a imitación de aquel serafín de Florencia, San Felipe, del que leemos que su mayor deleite era pernoctar en aquellas catacumbas de los santos mártires. Pero lo que más que nada consolaba a nuestro Calasanz era verse libre de esos aplausos y honores que recibía en su tierra natal y en el obispado de Urgel, donde se conocían sus méritos y eran notorias sus virtudes, y estar en un lugar donde era desconocido para todos y libre de aquellas obligaciones que por la gravedad del cargo que ostentaba le tenían atado, y podía ejercitarse libremente en todo lo que el ardiente espíritu de su corazón le dictaba, oculto a los ojos de todos, y sólo conocido a los ojos de Dios, para quien solo hacía lo que hacía, y a quien solo deseaba agradar. Así que rehuía la conversación de todos, y especialmente de los españoles, de los que hay un gran número en esa Corte, algunos por sus pretensiones, y otros en la corte y al servicio del Embajador de España. Rehuía sus encuentros no sólo para no desviarse, sino para no encontrarse con alguien que lo conociera, lo cual hubiera sido muy fácil, y verse así privado de la alegría que sentía de ser desconocido para el mundo.

Por mucho que se esconda la santidad bajo las cenizas de la humildad, al final será descubierta y traicionada, si no por la luz de sus virtudes, por el calor de su caridad. D. José había salido de su tierra natal para huir de aquellos honores y aplausos que con su santidad y prudencia había adquirido allí, y se había propuesto vivir conocido sólo de Dios, sólo en conversación con Dios. Pero no podía durar tanto tiempo así, porque el ardor de su caridad con los estímulos que internamente le daba el Señor con dulzura muy efectiva no le permitieron seguir durante mucho tiempo en esa vida, que también sentía tan extraña. No sabía cuál era ese deseo interno que le movía a tener que aplicarse en beneficio de su prójimo, y escuchaba constantemente en el interior una voz que le decía al hombre que no había nacido para sí mismo, sino para ayudar a los demás, por lo que se sentía dulcemente violentado sin violencia para determinar no querer pasar su vida en ese dulce ocio espiritual de la vida contemplativa, sino unirla con la activa en beneficio de su prójimo.

Sin embargo, no sabía determinar en qué obra debía poner la mano, por lo que con muy ardiente suplicas rezaba al Señor para que le concediera la gracia para saber cuál era la obra a la que tenía que aplicarse para ayudar a su prójimo, a lo que se sentía llamado con tanta fuerza de estímulos tan agudos e internos. Y para obtener pronto esa gracia del Señor, puso como mediadores además de la Santísima Virgen, que siempre fue su principal Protectora, a los santos Joaquín, Gregorio Magno y Teresa, que tuvo como protectores y abogados durante toda su vida, por lo que también solía invocarlos después de los otros santos en el confiteor, y era un devoto especial de estos santos, elegidos por su especial amor a Dios y prójimo.

15. Cuando José llegó a Roma fue a visitar con extraordinaria devoción y espíritu los principales santuarios de la ciudad, y las tumbas de los santos mártires, que con su sangre derramada confesando la fe de Jesucristo, habían regado el suelo de la ciudad, para que perpetuamente brotase y floreciese la fe católica y la santidad de vida. También visitaba las siete iglesias todos los días, y en tan santa devoción continuó durante más de quince años, a pesar de cualquier otro empleo, y cuando no podía hacerlo de día, las visitaba por la noche, y luego se encontraba por la mañana, listo para sus otras ocupaciones y negocios.

16. Llegó a Barcelona y navegó desde allí hacia Roma, a donde felizmente llegó en mayo de 1592, ocupando la sede de San Pedro Clemente VIII.

En cuanto puso un pie en esa ciudad santa, se encomendó eficazmente a la protección de la Reina del Cielo, de San José su esposo y de su Ángel Custodio; luego se dedicó a visitar esos santuarios, y se sentía inflamado con un nuevo fervor de devoción al reflexionar sobre los recuerdos de los santos mártires, que habían regado con su sangre esa tierra afortunada en confirmación de la fe, considerando los grandes tesoros y promesas de nuestra redención que en esa ciudad santa son venerados y adorados.

17. Después de superar el mar y llegar a Italia, dio un rodeo por el lugar en el que se encuentra la santísima casa de Loreto, famoso en todo el mundo, en la cual había nacido la Augustísima emperatriz de la tierra y los cielos, y en la cual el unigénito Hijo del Padre Eterno, nuestro Señor Jesucristo, se dignó tomar carne humana. En este lugar que había decidido visitar en primer lugar, todavía que-

daba oscuro para él lo que la Divina Majestad le pedía por medio del sueño y la voz. Cuando al final llegó, visitó entre amorosos afectos la Santa Casa, y ofreció sus deseos tanto a la misma Virgen Madre como al Hijo encarnado para la redención del mundo, ofreciéndose a sí mismo perpetuamente y renunció a su voluntad para siempre, para hacer la divina, y a este fin añadió ayunos, distribuyó limosnas y ofreció sacrificios personales.

Considerando que su devoción a Loreto estaba satisfecha, se puso de nuevo en camino, y en sus pensamientos y meditaciones afectuosas se iba imaginando Roma, cabeza del orbe y de las ciudades, y se dirigió hacia ella. Con la ayuda de lo alto, y totalmente dichoso (porque había alcanzado a salvo el centro de sus deseos), entró en ella con propósito más santo que el que tuvo en otro tiempo Teófilo el Alejandrino al entrar en Constantinopla. Pues este, como atestigua Crisóstomo, al entrar en Constantinopla, según la constitución observada hasta entonces, no entró en la iglesia, sino que al descender de la nave, omitiendo los vestíbulos de las iglesias se dirigió a otro lugar. Mientras que aquel, después de llegar, no es fácil narrar con cuánto ardor de espíritu se dedicó inmediatamente a visitar los lugares santos. Primero visitó la basílica del Príncipe de los Apóstoles; luego fue a las basílicas de S. Juan de Letrán, Sta. María Mayor y San Pablo, y según la costumbre fue a visitar el venerado noble cementerio de S. Calixto, con reliquias de tantos santos mártires, y su refugio en las santas catacumbas, su refugio cuando había que huir por Cristo de la vista de los tiranos, y no olvidó la iglesia de S. Sebastián. Por la misma devoción visitó la santa casa de la Santa Cruz de Jerusalén, y por fin el lugar del glorioso S. Lorenzo mártir, completando la veneración de las siete iglesias, y pidiendo humildemente los siete dones del Espíritu Santo.

Actividades piadosas y caritativas

2. Ya los teatros romanos (que acostumbran a experimentar la virtud sólida) pedían conocer y admirar tanta virtud de José con su ejercicio. Vino él a Roma, pero no porque esperara la corona de gloria que había rechazado en España. No buscaba honores, que allí se le habían ofrecido a menudo, bien ricos y honrados, y que él despreció con gusto. Vino para ver la efigie perfecta de la santidad, y para venerarla. ¡Cuánto creció aquí su piedad! ¡Cuánto se incrementó su devoción!

Todo lo que en aquella época en Roma estaba esparcido y diseminado admirablemente en no pocos hombres honrados (de cuyo contacto frecuente él se deleitaba) como en las flores, José lo almacenaba en su panal. A menudo visitaba los lugares llenos de veneración, y con piedad rogaba a Dios cada día que le condujera en su luz para seguir en todo la guía de la voluntad divina, de modo que caminara en un camino que le llevara a alcanzar toda honestidad y rechazar toda torpeza, pues sólo buscaba la auténtica virtud, y no la gloria vacía.

4.3. En qué año el Padre vino a Roma, no lo sé bien. Me dijo que vino a Roma en el tiempo de Sixto V, y que ejerció las dichas obras de caridad en Roma es cosa pública y notoria, y que además visitó a los enfermos ayudándoles espiritualmente y dándoles limosnas, y con exhortaciones, y que enseñó la doctrina cristiana tanto a los niños en las escuelas, e incluso antes de que fundara las escuelas. De hecho, siendo miembro de la Cofradía de la Doctrina Cristiana querían hacerlo superior de dicha cofradía, y se negó a aceptar ese cargo. Era miembro de la cofradía de los Santos Apóstoles, de la de los Estigmas y de otras en las que era necesario hacer obras de misericordia. He tenido noticia por ser voz y fama pública, y lo mencioné en mi oración citada. Y sé que una vez ayudó a gente vergonzante con bienes de su Orden, y sé de muchos otros a quienes dio su propia sotana, como he dicho en el interrogatorio.

5. Estando en Roma se dedicó a servir en los hospitales a los enfermos, a visitar y ayudar a los pobres encarcelados con sus propios recursos, y durante muchos años fue uno de los primeros miembros de la cofradía de los Santos Apóstoles, que visitan y ayudan a los enfermos pobres en sus propias casas, con limosnas y con santas exhortaciones.

7. Y como el hombre no había nacido sólo para cultivar su espíritu con las divinas contemplaciones, siempre encontraba tiempo también para practicar las obras de misericordia en beneficio del prójimo. Hasta tal punto sentía crecer dentro de sí el fuego del amor de Dios, que con la caridad abrazaba a todo tipo de personas, y a todos hubiera querido verlos en un buen estado de salud, para conseguir la cual se ejercitaba en la oración y en la acción, de modo que cada una fuese de apoyo para la otra.

Siempre tenía miedo a caer en error, y para evitarlo recurría con oraciones a la protección de los santos con todo el corazón, pero más particularmente a la Virgen Madre de Dios, a San José, a su An-

gel Custodio, a San Gregorio Magno (al cual añadía en el confíteor diciendo misa) y a Santa Teresa, rogándoles que no permitieran que se apartase del camino recto del servicio de Dios.

Del mismo modo mostraba una devoción particular a S. Gregorio Magno, que solía añadir en el Confíteor cuando celebraba misa, en la cual se mostraba devotísimo. No olvidaba recomendarse a San José, cuyo nombre llevaba, y a Santa Teresa la reformadora de las hermanas carmelitas, deseando imitarla en el amar a Dios y procurar la salvación de las almas, leyendo cada día sus obras.

8. En Roma, además de ese servicio, practicaba todo tipo obra de piedad, visitando las Prisiones, y Hospitales, ayudándoles en toda necesidad con gran caridad. También predicaba en las plazas públicas enseñando a los campesinos pobres la Doctrina Cristiana.

9. En Roma, además de dicho servicio, practicaba todo tipo de obras de caridad visitando las cárceles, y los enfermos en los hospitales, ayudándoles en toda necesidad con gran caridad. También predicaba en las plazas públicas, llevando a los ciudadanos pobres a la iglesia para enseñarles la Doctrina Cristiana.

10. Movidado del celo de su acostumbrada caridad, instituyó una hermandad cuyo ejercicio fuese remediar todos los pobres necesitados, y se empleó tan de veras en aquel ministerio tan piadoso que los vecinos de dos parroquias enteras recibieron por dos meses, de enero y febrero, por su mano el trigo suficiente para alimentarse, como lo predicó públicamente en la oración fúnebre que dijo el Padre Don Vidal de Parma, Monje Benedictino Casinense en la honras fúnebres que consagró a este siervo de Dios en Florencia su Serenísimo Gran Duque. No hubo enfermo a quien no visitase y regalase, ni afligido a quien no consolase, con lo cual se alzó en Roma con el título de padre de los pobres, siendo muy notorio a los romanos las muchas doncellas que casó y las muchas viudas que alimentó, habiendo testificado muchas que se ignoraban, viniéndole a besar los pies después de difunto, que recibieron el sustento por su mano siete años continuos, como afirma el mismo Parma.

11. Ayunaba a pan y agua casi todos los días. Lleva sobre la carne desnuda ásperos cilicios y cadenas de hierro, y ardiendo completamente en el amor divino, se encendía su corazón en la caridad para con el prójimo, a quien con sus encendidas palabras y exhortacio-

nes espirituales jamás desistía de apartar del pecado y a conocer qué es el mundo, y a amar a Dios.

Observó José a un sacerdote llamado D. Cosme Vanucci, que solía hacer caridad ayudando a muchos pobres ciudadanos, y le acompañó de buena gana. En tal ocasión, viendo a los necesitados que no sabían las cosas relacionadas con nuestra santa fe, comenzó a enseñarles la doctrina cristiana, por haber oído de ellos mismos que no habían tenido quien les enseñase; así que en las plazas donde los veía en cierto número, procuraba reunirlos juntos, y les predicaba la palabra de Dios, y después los conducía a una iglesia vecina y en ella los instruía con gran caridad con respecto a todo lo que nos enseña nuestra santa fe.

15. El P. José tenía fama de santo; y esto por los únicos actos virtuosos y caritativos que se veía que él hacía, pero los principales eran secretos y mantenidos ocultos por él mismo con gran esfuerzo. De modo que practicaba todo tipo de virtudes meritorias para la vida eterna. Tenía sus horas destinadas a recitar las horas canónicas, y a orar y contemplar los misterios divinos, y a visitar las iglesias como ya se ha mencionado. Llevaba casi continuamente un áspero cilicio, se azotaba con disciplinas y ayunaba varios días de la semana a pan y agua. De hecho, se puede decir que su ayuno era diario; porque por la mañana se alimentaba muy parcamente, y por la tarde no tomaba comida de ningún tipo; y en esta forma de vida perseveró durante más de cuarenta años, aunque cuando era muy avanzado en edad, y a ruego de sus religiosos, moderó algo una abstinencia tan estricta. En este tiempo que permaneció en Roma como sacerdote secular hizo varias peregrinaciones devotas; y entre otras cosas fue a Montecasino y visitó aquellos lugares donde había vivido el Patriarca San Benito, y luego a Nursia, donde había nacido el santo, y fue a la Santa Casa de Loreto para visitar y venerar ese santuario, en el que el Verbo eterno tomó carne humana en el vientre de la purísima Virgen María. También fue a Asís para la indulgencia de la Porciúncula, y allí fue favorecido por Dios, como lo atestigua con su auténtica certificación monseñor Claver, Obispo de Potenza, con dos apariciones que el seráfico San Francisco le hizo. En una el santo les mostró la gran dificultad que se tiene para ganar la indulgencia plenaria, y si bien el P. José dijo que la tenía por una iluminación que había recibido, no supo cómo explicarla. En la otra, el Padre seráfico lo casó con tres doncellas, que significaban y representaban los tres votos de obediencia, castidad y pobreza.

En el año 1594, dos años después de su llegada a Roma, le ofrecieron una canonjía de la catedral de Barbastro en el reino de Aragón, la ciudad más cercana a Peralta de la Sal su patria, por la muerte del Doctor Santiago Espluga, pero pronto renunció a ella a favor del Doctor Pedro Navarra, estando ya enamorado de las muchas obras piadosas de Roma, a las que se dedicaba diariamente con gran amor por su salvación y la de sus prójimos.

Por ello visitaba a los pobres enfermos en sus hogares, y a los pobres prisioneros, dando así a los unos como a los otros muy a menudo limosna propia; y con indecible caridad servía en los hospitales en todas aquellas tareas que suelen hacer los sirvientes para ayudar a los enfermos. Ponía paz donde había discordias y enemistades, y con mucho celo intentaba convertir a los pecadores mediante la penitencia, y cambiar la vida escandalosa en vida de un verdadero cristiano. Y sobre la facilidad con la que se cometen ofensas de S.D.M dijo que no podía entender cómo había personas tan olvidadas de sí mismas y desamoradas del Creador que sin temer a la justicia divina, corrían libremente a ofenderlo; y después de haberle ofendido, decía que le parecía imposible que pudieran vivir con tranquilidad y alegría, sin levantarse rápidamente de la caída y por medio de la penitencia volver a la gracia.

16. Entre estos y muchos otros ejercicios, como lo son reconciliar a las personas enfrentadas, acompañar y llevar sobre sus hombros a los enfermos, visitar, ayudar y socorrer a los pobres prisioneros, encontraba todos sus deleites José, quien, el cual se encariñó mucho con ellos, y ya no pensaba en regresar a su patria, sino en quedarse para siempre en Roma ayudando al prójimo, donde encontraba tan abundante cantidad de méritos. Por ello, cuando recibió una pingüe canonjía en la Catedral de Barbastro, en el Reino de Aragón, una ciudad muy cercana a Peralta su patria, pronto lo resignó a favor del Sr. Don Pedro Navarro, creyendo que no podía servir a Dios mejor que en los actos de caridad que hacía en abundancia en Roma.

17. Parece que en esta piadosa y cristiana ocupación alcanzó el centro de sus deseos. Pues, aunque se le ofreció una canonjía en Barbastro, y también en la ciudad romana por recomendación de su Cardenal le ofrecieron algún cargo honorífico, todo lo pospuso a los pobres e ignorantes, tocado por la compasión, como si se refiriera a él lo que había dicho el Profeta: “el pobre se encomienda a ti, tú eres

el socorro del huérfano”, y comenzó a esforzarse por llevar a cabo alguna obra para enseñarles e instruirles.

B) Fue conocida su bondad del Eminentísimo Cardenal Antonio Colonna, quien lo tomó en su corte como teólogo suyo y como padre espiritual de toda la casa. Y era tanta la estima en que le tenía que ordeno a su sobrino el príncipe que no saliera nunca de casa sin pedir la bendición del P. José de Calasanz.

En el Palacio Colonna

2. Pero como la luz de una mente preclara en ningún modo puede permanecer en tinieblas, ni se puede esconder la luz de la virtud, sin que emita de algún modo esplendor para admiración de sí, el honor y columna del senado cardenalicio Marco Antonio Colonna (cuya prudencia y prestancia de vida iluminó más claro que la luz del sol todo el orbe; cuya nobilísima casa dio al mundo muchos héroes tan nobles como el caballero troyano, y que puede contender con cualquier otra acerca del primado, pero no es superada por ninguna), Marco Antonio Colonna, pues, quiso servirse familiarmente del trato de este hombre en temas de sagrada teología, para consejero y para las costumbres. ¿Qué más quiso? Lo nombró su director espiritual, y quiso que su excelentísimo sobrino respetara a José como si fuera su padre, y que le besara la mano y le pidiera la divina gracia para él cada día. Estos príncipes apreciaban tanto la virtud y la bondad que no se desdeñaban en venerarlas en otros. No diré aquí con cuánta benevolencia y con cuánta humanidad abrazó él esta famosísima casa de los Colonna, y tampoco cuánto honor fue él para ella, y con cuánto amor la amó. Tampoco diré qué espectáculo singular de religión ofreció en ese lugar.

No buscaba él la gloria que depende de la suerte y fruto de la maldad, sino que ponía la verdadera alabanza toda en el embellecimiento de las almas, y, como nadie ignora que lo que perfecciona al hombre es la disciplina del silencio, observaba en la corte la disciplina de la austeridad de vida, para ser encomiado como hombre religioso, y no como cortesano. ¿Qué, pues, si hombres religiosos y otros hombres doctísimos iban a consultarle frecuentemente sobre muchas cuestiones importantes o para entender los misterios sagrados de las cosas, no como a una cortina délfica, sino como a un auténtico intérprete del oráculo divino? Hay muchos de la familia seráfica

de los conventuales de mucha autoridad, religión y fe, que pueden atestiguar que no sólo opinan, sino que saben; no sólo han intervenido, sino que muy a menudo han hablado con él, y todos confiesan ingenuamente que han progresado con su trato angélico. Entre ellos estaban los primeros venerables superiores de los carmelitas descalzos que brillaron en Roma por su virtud, y que testificaron haber experimentado esto durante mucho tiempo como testimonio para la posteridad. En verdad había en él divina e increíble doctrina de las leyes sagradas, y en él no había nada vulgar ni común, y me atrevo a decir que nada humano, sino que todo se volvía singular, eximio y divino. Ojalá nosotros, que más tarde estábamos pendientes cada día de sus palabras, refiriéramos los consejos que nos daba no con artificiosos halagos, sino con un discurso lleno de espíritu, acerca del amor de Dios, de seguir la virtud, de huir la vanagloria, de tener bajo concepto de sí mismo, de buscar nuestra salvación y la de los demás diligentemente, y de todas las demás cosas divinas de las que muy a menudo nos hablaba; porque si antaño los oráculos celestiales se escribían mediante piedrecillas blancas, en nuestro tiempo deberían escribirse con letras de oro, de modo que en lo que nos falla la memoria, todos estos documentos de divina memoria quedaran para eterna memoria de los que vendrán después.

Tanto pareció haber aprendido cuando iba día y noche a las augustísimas capillas de los templos, en silencio, a la sabiduría de Cristo escondido entre las vestiduras blancas del pan. Esa costumbre la mantuvo durante toda su vida, y exhortaba vehemente a los suyos a observarla; pues conocía por experiencia cuánta luz se difunde de allí divinamente para el hombre, para el verdadero conocimiento de las cosas saludables. Pero ¿para qué recordar sus dichos, si sus hechos hablan más elocuentemente, pues sólo ellos pueden construir una digna alabanza al hombre, pues constituyen la entrada patente para conseguir una gloria inmortal, y que no hay nada mayor que se pueda decir en alabanza suya? ¡Qué dilatada llanura se extiende ante nosotros! No había obra de virtud, ni hecho de piedad practicado por otros que él no siguiera sin fruto con todo entusiasmo.

3. Por estas y otras obras de piedad que ejerció José en su primer ingreso en esta gran Cabeza del Orbe se publicó el olor de sus raras virtudes. Aclamábase la avenida de este varón. Llegaron los aplausos al oído del Eminentísimo Cardenal Marco Antonio Colonna, y quiso experimentar allí en letras como en virtud su predicado valor. Salió César de am-

bas. De suerte que Su Eminencia cariñosamente le obligó a vivir en su casa, con el título de Padre Espiritual de toda su familia. En este nuevo puesto no aflojó nuestro Evangélico Moisés la subida a los montes más altos de la Católica perfección: *De campestribus Moab ascendit in montem*. Mas como otro Estilita, es a saber, inquilino de Columnas, halló el desierto en medio de la ciudad, y el yermo en la corte más bulliciosa. Jamás comparecía sino para obras de virtud. Jamás fue visto en la Antecámara con cartas de curiosidad o gacetas de novedad en las manos. Jamás le hallaron charlando entre la lisonjera muchedumbre de los cortesanos. Entreteníase en su cuarto con libros que tratan de Ciencias y de Espíritu. Tomaba en sus manos coronas y breviarios. Gustaba mucho de ceñirse de cilicios y rendirse postrado a las disciplinas. Causó en fin José tal aumento de estimación en el ánimo de aquel Eminentísimo varón, y comprendió de tal modo en aquella manera de vivir sus prendas encubiertas, qué prohibió al Príncipe su sobrino salir de casa sin tomar primero la licencia y bendición de D. José.

4.3. Dije que, siendo teólogo del cardenal Marco Antonio Colonna, realizó obras de caridad, por las que era considerado un hombre de gran bondad y caridad, yendo desde el Palacio de dicho cardenal hasta Santa Dorotea para enseñar allí a los niños pobres la doctrina cristiana y las letras humanas, lo que era voz pública y fama. Últimamente me dijo la Sra. Ana Colonna que en la casa del cardenal su tío era considerado un santo, y se alegraban de tener un hombre tal, y se gloriaban de que hubiera estado en su casa, y vi varias veces venir a San Pantaleo al Condestable y su esposa para visitar a dicho Padre.

4.9. Y antes de ser religioso, es decir, en el tiempo en que era auditor del cardenal Ascanio Colonna, a quien me dijo que había conocido en Aragón, cuando el Cardenal era Virrey de aquel Reino, cuando iba a fundar la Congregación y Religión citada de las escuelas pías, se despojó de todos sus bienes temporales, los dio todos como limosna, parte a las cárceles y parte a los niños que reunía para enseñarles.

4.17. He oído nombrar al Padre José de Calasanz, fundador de las escuelas pías, desde la época en que vivía el Padre Abad Landriani, y mucho antes, porque estando el dicho Padre en la casa del Sr. Cardenal Marco Antonio Colonna, que era mi tío primo, y primo de mi señor padre, el Sr. Cardenal Colonna envió al dicho Padre José a visitar a la Señora Victoria del Valle Gaetana, mi madre, para saber si necesitaba algo. Y después de que el dicho Padre José fundó las

escuelas pías, vi que este era el Padre que, como dije, a veces venía a visitar a mi madre en nombre del Cardenal Marco Antonio Colonna. Y desde que vine a vivir cerca de San Pantaleo con motivo de que casé a la Sra. Hortensia mi hija con el Sr. Francisco Biscia de buena memoria, que tenía su casa cerca de San Pantaleo, casi todos los días iba a San Pantaleo, y esto fue durante treinta años más o menos, y hablaba con el dicho Padre de asuntos del alma, y relacionados con mi conciencia, así como para consultarle los negocios de mi casa, y sus consejos siempre me dejaban muy consolada.

5. El Emmo. Cardenal Colonna se enteró de las heroicas cualidades de nuestro Calasanz, y lo trajo a su palacio con el título de teólogo y padre espiritual de su corte, dando órdenes en particular a su sobrino el condestable de que al salir y volver a casa fuese a besar la mano a nuestro D. José.

Desayunaba la mayoría de los días pan y agua, y llevaba sobre la carne desnuda ásperos cilicios y cadenas. Todavía cada día antes del atardecer se retiraba en la Iglesia de los Santos Apóstoles de los conventuales, pues su habitación estaba frente al Santísimo Sacramento, y allí por espacio de muchas horas ofrecía su corazón a Dios considerando la grandeza inmensa de su suprema Majestad y su propia vileza, y la locura de las cosas del mundo, con tanta humildad que se consideraba a sí mismo una bestia despreciable, suplicando a S.D.M. le concediese conocer, servir y amar su Majestad. Me decía que de esta oración sacaba las fuerzas espirituales para llevar a cabo todo lo que hacía.

6. Llegado a Roma, el eminentísimo cardenal Marco Antonio Colonna lo quiso tomar como su teólogo. Qué prodigios haya llevado a cabo sobre esta columna nuestro estilita, no se puede contar suficientemente, porque incluso después de muchos largos relatos, aún se encuentra el “plus ultra”. Vivía en la corte, pero su vivir no era el de un cortesano. El aura de honor que se considera es el aire que se respira en ella, encontró cerrada la puerta en aquel corazón, que sólo alimentaba la ambición de no recibir honores. Las voces halagadoras de esta sirena encontraron un Ulises que, para no tener un naufragio infelicísimo, se tapó prudentemente los oídos. En suma, la corte, que toda cosa tiene corta excepto solamente la esperanza, nunca pudo alcanzar los pensamientos de José, porque estaban tan alejados que llegaban hasta las estrellas. Pues ¿qué? ¡Oh, prodigios maravillosos de la humildad! Creció tanto la estima de aquel carde-

nal hacia la persona de José que prohibió a su sobrino el príncipe salir de casa sin antes haber recibido de él el permiso y la bendición.

7. D. José de Calasanz había venido a Roma para vivir virtuosamente desconocido y apartado de la gloria del mundo, pero la misma virtud lo hacía patente, y divulgaba su fama. Por lo cual el Emmo. Cardenal Marco Antonio Colonna (de feliz memoria), habiendo oído hablar de las buenas cualidades de Calasanz, deseó tenerlo en su casa y lo recibió en ella con tareas honorabilísimas, y al conocerlo mejor con su trato, se le aficionó y le tomó mucho afecto. Lo nombró su teólogo y se servía de él cuando necesitaba consejo, encontrándolo de gran provecho. Cuando más tarde vio que era fuera de lo común tanto en las letras como en el espíritu, quiso honrarle más dándole la superintendencia de su familia para regular las costumbres, declarándole padre espiritual de su casa, con orden expresa al Príncipe su sobrino de no salir de casa sin haber pedido antes permiso al Padre José, que Padre fue llamado después, y así lo llamaremos en los sucesivos.

Las causas por las que este gran cardenal tenía en buena estima a su teólogo eran no sólo las buenas referencias suyas, sino mucho más el comprobar de hecho que el P. José, estando en Roma y en su palacio, no aspiraba a pretensiones, sino más bien a retirarse, y no salía de casa para ir a cortejos ociosos, ni se hacía ver en los reductos y círculos de los otros cortesanos, para escuchar o contar noticias de este mundo; más bien su pasatiempo y descanso era quedarse en su habitación y entretenerse con los libros que tratan de espíritu o de doctrina, y cuando salía era o para el servicio de su señor, o para visitar iglesias, o para otro beneficio espiritual o corporal del prójimo. Dicen que cuando el P. José entró en Casa Colonna le asignaron las habitaciones contiguas a la iglesia de los Santos Apóstoles de los padres Conventuales de S. Francisco, lo que él consideró una gran suerte enviada por Dios, porque de este modo tenía ocasión de satisfacer sus devociones, y poder adorar el Santísimo Sacramento cada vez que quisiera sin salir de casa, y encomendarse a su Seráfico San Francisco y a los apóstoles y santos cuyas reliquias se adoran y veneran en aquel sagrado templo. Razón de más por la que se gloriaba el cardenal de tener un cortesano tal, dando con ello ejemplo a los otros príncipes de la Iglesia de qué clase de servidores debían tener en sus palacios. De verse tan apreciado el P. José no tuvo motivo de hincharse y considerarse digno, sino más bien cada día se volvía más temeroso de sí y más vil a sus propios ojos, pidiendo tener siempre vivo el temor

filial hacia la divina majestad. Tenía fijos los ojos de la mente en sus defectos, encontrando motivo en estos para humillarse, y si algún prójimo suyo caía en algún exceso, lo tomaba como motivo para aprender él mismo, y compadeciendo al caído, decía: “Peor hubieras hecho tú si te hubieras visto en una tentación semejante y Dios no te hubiera sostenido”. Compadecía tanto a los pecadores que deseando su salvación usaba todos los medios posibles para exhortarles, y además solía rezar frecuentemente por ellos, y hacía recitar a los escolares al final de la misa por ellos un Ave María.

8. Conocidas por el Emmo. Cardenal Marco Antonio Colonna las cualidades heroicas de nuestro Calasanz, lo tomó en su corte como su teólogo y padre espiritual de toda la casa, habiendo ordenado al Príncipe su sobrino que al salir y volver a casa siempre fuera a besar la mano a Don José.

En Roma, además de ese servicio, practicaba todo tipo obra de piedad, visitando las Prisiones, y Hospitales, ayudándoles en toda necesidad con gran caridad. También predicaba en las plazas públicas enseñando a los campesinos pobres la Doctrina Cristiana.

Antes de ir a vivir en la Casa del Cardenal Colonna, regresando una vez de sus devociones, vio a su camarada, que era un canónigo español, que desde la ventana hablaba con una mujer no muy honesta, asomada en una ventana de su casa que daba al patio, y al oírle la mujer dijo: “Despacio, Sr. Canónigo, que viene el que no puede ver a las mujeres”. Le pareció a nuestro Calasanz buena ocasión para hacer alguna ganancia para el Cielo en esa alma y le dijo algunas palabras para su salvación; pero la mujer bajó los ojos y se retiró. Luego avisó con caridad al Canónigo del peligro en el que se ponía haciendo eso, y viendo que no servía para nada, a los pocos días se despidió de ese lugar, tomando otra habitación.

9. Cuando llegó a Roma, fue con mucha devoción y consuelo a visitar los lugares sagrados de esa ciudad. Conocidas del Emmo. Cardenal Marco Antonio Colonna las cualidades heroicas de la nuestro D. José de Calasanz, lo llevó a su corte como su acompañante con el título de Teólogo y Padre Espiritual de toda su casa, habiendo ordenado al Príncipe su sobrino que al salir y volver a casa fuera siempre a besar la mano de nuestro D José.

En Roma, además de dicho servicio, practicaba todo tipo de obras de caridad, visitando las cárceles y los enfermos en los hospitales,

ayudándoles en toda necesidad con gran caridad. También predicaba en las plazas públicas, llevando a los ciudadanos pobres a la iglesia para enseñarles la Doctrina Cristiana.

En esta ocupación santa estuvo unos seis años. Antes de irse a vivir al Palacio del Eminentísimo Colonna, regresando una vez de sus devociones, vio que su compañero de habitación, que era un canónigo español, hablaba desde la ventana con una mujer poco honesta, que desde una ventana de su casa podía ver su patio, y escuchó que la mujer decía: “En voz baja, Sr. Canónigo, que viene el que no puede ver a las mujeres”. Le pareció a nuestro D. José el momento adecuado para hacer alguna conquista para el cielo en esa alma, y le dijo unas palabras para su salvación, por lo que la mujer bajó los ojos y se retiró dentro. Luego advirtió con caridad al canónigo del peligro en el que se ponía con esa acción, y viendo que no servía para nada, después de unos días se fue de ese lugar, tomando otra habitación para él solo.

10. Apenas hubo llegado a la Corte Romana, cuando el Eminentísimo señor, Cardenal Marcos Antonio Colonna de convida con su casa y le quiere en su compañía, como lo hizo por su Teólogo y Confesor, y alcanzó con sus ruegos Su Eminencia que aceptase el ser padre, Maestro y Ayo de sus sobrinos, como afirmaron así el Cardenal como también sus sobrinos el Condestable Colonna duque de Tallacoço etc. y su hermano menor, que después fue Cardenal, que solo con la vista de nuestro bendito José, todos los cortesanos de aquel Palacio se mudaron en recoletos: todo era frecuencia de los Sacramentos, modestia en las palabras y recato en las acciones de todos los que frecuentaban aquella gran Casa (que con tantas ventajas excede a las más ilustres de Italia, no concediendo ni a la más sublime el primado en la antigüedad de su Excelsa Grandeza); tanta fuerza tiene el buen ejemplo y con tanta eficacia mueve a su imitación. Y no solo le consultaba como su Teólogo el Cardenal Colonna, pero otros muchos Cardenales y Religiosos gravísimos, como ellos mismos testificaron y publicaron en Roma a voces en los días que por el concurso de la gente estuvo su cuerpo en San Pantaleo.

11. Tanta bondad del siervo de Dios no podía mantenerse oculta de modo que no se hablase de ella por toda Roma. La noticia despertó el deseo disfrutar de su conocimiento entre otros al Emmo. Sr. Cardenal Marco Antonio Colonna, que lo hizo venir a palacio, y después

de tratar con él sobre muchas cosas, se le encendió el deseo de tenerlo consigo, y viendo que era demasiado cierto lo que le habían referido acerca de José de que tenía su ánimo apartado de cualquier ocasión que pudiera traerle a la adquisición de honores y dignidades, le habló de manera que no impidiendo sus devociones, y puesto que debía tener su habitación en alguna casa, se quedara en su palacio a gusto suyo y de los que participarían de sus bienes con su trato. Entre estos estaban todos los de su corte, y su propia persona, queriendo él que fuese su director espiritual, y que al mismo tiempo le complaciese con su ejemplo y guía segura para instruir en las virtudes a toda su familia, y en particular al príncipe condestable su sobrino, que le entregaba como si fuera hijo suyo, de modo que no saliese de casa sin ir antes a besarle las manos, y le escuchara en todo lo que él le dijera. Quiso Dios que se pusiera a la disposición del Sr. Cardenal en aquello para lo que le destinaba para beneficio de muchos. Le dieron una habitación de la zona que está en el palacio contigua a la iglesia de los Santos Apóstoles, en la que hay una habitación entre los altares que está enfrente de la Trep de Santísimo Sacramento. Esto fue muy de su gusto y satisfacción, porque después del ejercicio que hacía por la noche de las siete basílicas, la mayor parte del día la pasaba postrado frente al divinísimo Sacramento, difundiendo su corazón en la contemplación de aquella majestad de amor, y con la consideración de la vil condición de nuestra baja naturaleza, le parecía ser una criatura abyectísima, y suplicaba a su Cristo que le hiciera conocer lo que era él, y lo que era Dios, a quien solamente debía amar y servir. Por lo que me contó uno de nuestros religiosos, que se lo había oído decir a él mismo, de ello recibía un gran provecho y fuerza de espíritu, con lo cual se volvía más confiado y dispuesto a hacer todo lo que hacía al servicio de las almas, despojándose de sí mismo, y Dios lo enriquecía con su gracia, y lo llevaba más lejos, y lo encendía en aquello para lo que lo llamaba.

12. Distribuía cada uno de sus ejercicios en orden. Se dedicaba diligentemente a la salvación de las almas, y en cualquier ocasión u hora en la que podía ayudar a alguien, acudía inmediatamente. Como poco a poco su eximia virtud comenzó a brillar, el Cardenal Marco Antonio Colonna quiso tenerlo como huésped en su casa. Le nombró su teólogo, y confesor y director espiritual de toda su familia; mandó al mismo Príncipe Colonna su sobrino que nunca saliera de casa sin su venia. En aquella corte todos le llamaban “Padre”, y

le reverenciaban con sumo honor. Le asignaron una habitación que daba a la vecina iglesia de los Santos Apóstoles, en la que, con gran gozo suyo, después de visitar las Siete Iglesias, que solía hacer todos los días, de día o de noche, adoraba el Santísimo Sacramento de la Eucaristía durante horas.

Mientras tanto entabló una buena relación con los Padres Menores Conventuales. Una vez vio a dos religiosos jóvenes que corrían en el atrio. Uno se llamaba Juan Bautista Larini, y el otro Bagnacavallo. José les advirtió seriamente que evitaran esos juegos, pues si se dedicaban a las letras y a las buenas costumbres, ambos llegarían a la cima de su seráfica Orden. Y lo dicho se convirtió en realidad, pues este fue elegido General y trabajó enérgicamente para conducir la Orden a una vida más estricta, y aquel fue dos veces Ministro General. Esta premonición la narró Fray Buenaventura Claver, Obispo de Potenza, que entonces les enseñaba en el colegio las ciencias sagradas. Pues no solo la gente simple y plebeya, sino también Príncipes, Prelados y Obispos, y gente muy erudita y muy diestra en el hablar, admiraban a menudo sus consejos: muchos Cardenales le tenían en cuenta. Colonna, que le conoció en Aragón siendo Virrey, le tenía en gran honor, como dijimos.

13. Y pronto fue acogido en la casa del Señor Cardenal Marco Antonio Colonna, que le había conocido en España, y le nombró su teólogo y confesor, rogándole también que se complaciera en ser también tío y como padre de sus sobrinos el condestable Colonna y el otro hermano menor (que luego fue también conde) y director finalmente de toda su casa y corte en la vida espiritual, ordenando además a los sobrinos que al salir y regresar a la casa siempre debían besar la mano a D. José Calasanz, quien con su ejemplo y exhortaciones cambió la corte del Sr. Cardenal en un estado de perfección, con la frecuencia de los Santísimos Sacramentos, y cambio de costumbres. Era tan grande la buena opinión que el Sr. Cardenal tenía de D. José que no sólo él lo utilizaba como consultor, sino también otras cortes y religiosos de gran calidad, como ellos mismos luego confesaron después de su vida.

14. La fama de las virtudes de Calasanz ya había crecido tanto en aquella gran ciudad, que llegó a oídos del cardenal Marco Antonio Colonna, y como en este príncipe la amabilidad y nobleza de su sangre y las virtudes de su alma competían por adornarlo, siempre

procuró mantener en su Corte hombres de virtudes no mediocres. Cuando oyó hablar de las de nuestro D. José, inmediatamente lo deseó y le pidió que viniera a su casa. El Siervo de Dios había recibido muchas de estas peticiones de diferentes príncipes eclesiásticos y seglares, pero como había huido de su tierra natal para huir de la Corte, las había rechazado todas con buenas excusas y razones. Pero luego, al ser informado de las cualidades de este eminentísimo y de su Corte, aceptó, y aún más cuando el cardenal, para secundar su genio, con mucho gusto le asignó una habitación junto a la iglesia de los Santos Apóstoles, que es el monasterio de los Padres Conventuales de San Francisco, y que estaba tan contigua a dicha iglesia que siempre que quería podía adorar el Santísimo Sacramento, y venerar las reliquias de los Santos Apóstoles que se conservan en esa iglesia. Como el Cardenal lo estimaba mucho, le recibió en su casa con el título de su teólogo, y luego con el trato creció tanto el concepto que de su virtud y conocimiento se formó ese príncipe tan prudente que lo nombró su padre y director espiritual, y quiso que lo fuera de toda su Corte y familia, tanto es así que ordenó expresamente a su sobrino obedecer en todos los aspectos las órdenes del P. José (este título se lo daremos de aquí en adelante, dado por este sabio cardenal) para que no se atreviera a salir de casa sin licencia del P. José. Él, para secundar la santa intención del patrono, dirigía a toda esa familia con tanto espíritu, paz y unión, que en poco tiempo parecía que había cambiado el palacio del Cardenal en un monasterio bien reformado, de modo que el Colonna solía llamarlo Ángel Guardián de su familia, y como tal le honraba y estimaba.

En verdad José había encontrado tan virtuoso el genio del patrono que en su vida sabía unir los ejercicios de su devoción y virtud con la tarea de servicio y satisfacción del Príncipe; porque como sabía ordenar bien el tiempo, lo encontraba para todo: para no faltar a su devoción y espíritu, para asistir diligentemente al cortejo del Cardenal y de los miembros de su familia. Nunca salía de la casa como no fuera para visitar iglesias o servir al patrón, ni se le veía pasear ocioso, ni pasaba tiempo en charlas propias de cortesanos; siempre iba con un libro en la mano, de devoción, de erudición sagrada; o encendía la voluntad con nuevos fervores de espíritu, ilustraba y enriquecía el intelecto con nueva erudición. Y para cumplir el oficio que le había dado el cardenal de ser padre espiritual y director de toda su familia con gran solicitud, era todo ojos para ver las tenden-

cias de los cortesanos, no para roerlos y murmurar sobre ellos en la antecámara, ni para ponerlos a mal con el patrón, haciendo que su fortuna demasiado incierta, ya que fundada en los precipicios ajenos, cayera, como ya es uso inveterado, e irremediable para castigarlos, e incluso hacerlos expulsar de la corte del patrón por justicia y lástima de los demás, que plagados de vicios por los tales podrían con la conversación infectarse fácilmente con tan malvado contagio. Procuraba en ellos la frecuencia de los sacramentos, la paz entre los cortesanos, y para que las charlas y el ocio de las antecámaras no introdujese entre ellos las murmuraciones o discursos vanidosos, solía decirles discursos útiles y eruditos, que endulzaba con su gran elocuencia, gracia, y erudición para atraerlos, y con gran gusto suyo entretenerlos. En suma, la Corte del Colonna ya era el ejemplo de Roma y el espejo de toda Corte de príncipe cristiano. Si alguien en la casa se enfermaba, uno no puede creer con cuánta caridad la asistía, le servía y procuraba que fuera bien servido, y le dieran las medicinas en su momento y como debería ser; no podía desearse más de una madre amorosa en el cuidado. En las caídas espirituales en algún pecado les trataba con gran caridad, porque considerándose él mismo entonces más frágil y mal inclinado que los demás, tenía gran compasión juzgando lo mucho que tenía que agradecerle al Señor, que con su ayuda le había preservado de esos precipicios, en los que por su propia fragilidad y mala inclinación habría caído con seguridad si hubiera como tal otro dejado y negado su santa ayuda; así que con lágrimas de compasión y caridad de un padre verdadero, no con el ceño de un fariseo ni con el rigor de un juez buscaba hacerles conocer su miseria y conducirles a la enmienda. De aquí surgió que pronto muchos se convirtieron a formas de vida más virtuosas, y no había nada que el padre quisiera y persuadiera a nadie, que con voluntad pronta no se ejecutara, porque como en todas las ocasiones lo tenían como un padre verdadero y caritativo, y como tal era de toda aquella Corte estimado y amado, lo que ordenaba era tomado como la orden de un padre que siempre busca el progreso y lo útil para los hijos, por lo que como tal era recibido. El sabio y virtuoso cardenal, que cuanto más conversaba con Calasanz más descubría la mina de tesoros de virtud que había en él, le respetaba y le honraba como a su padre, lo que aumentaba no poco la autoridad y respeto de los demás cortesanos. Pero tanta aura de favores del Príncipe, tanto aplauso de los súbditos, y la estima

que ya iba consiguiendo en las otras cortes de Cardenales, siendo en todas tenido por uno de los cortesanos más eruditos y virtuosos que en esa gran y virtuosa corte florecían, no pudieron hacer que su corazón se hinchara y su sentimiento humilde disminuyera en un punto, porque siempre se tenía como el pecador más vil y sucio del universo, e indigno de aquellos honores que le hacían; de lo que se seguía el conservar con todos, y en cualquier ocasión, una mansedumbre y amenidad de trato tan grande que todos se sentían atraídos a amarlo a la vez que reverenciarlo; porque en realidad es propio de la humildad el merecer los honores y aplausos, cuanto más rechazados tanto más merecidos. Aquí solo para terminar este capítulo agregó que la razón del cardenal Colonna para recibirlo con tanto honor en su casa y concederle títulos tan importantes y oficios de tanto crédito en su familia fue el haberlo conocido en España por su gran fama, siendo él Virrey de Aragón.

Mientras estaba en la casa del cardenal Colonna asistía, como hemos dicho, al templo de los Santos Apóstoles, que es de los PP. Menores Conventuales, y vio a dos jóvenes estudiantes que jugaban corriendo uno tras otro por el dormitorio; uno de ellos era el P. Larini, el otro el P. Bagnacavallo. José les amonestó seriamente para que se abstuvieran de aquellas burlas, prometiéndoles que, si se dedicaban al estudio y a la observancia regular, ambos serían líderes de su religión seráfica. Y la verdad de esta promesa la confirmaron los hechos, porque el primero fue General dos veces y una Asistente de su Religión, y trabajó mucho por hacerla florecer en la observancia regular; y el segundo también fue General de su Orden.

15. Unos días después de su llegada a Roma, entró como teólogo en casa del cardenal Marco Antonio Colonna, esplendor de la púrpura sagrada, que, como muy prudente, descubrió pronto la gran bondad de la vida de José, y por esta razón también lo asignó como director y como padre espiritual de sus sobrinos, hijos de la Condestable Colonna, que no salían de casa si antes no se presentaron al Padre José (que con ese nombre de Padre comenzó desde de entonces a ser llamado comúnmente), para besarle la mano, y pedir su bendecir. Él solía, como se lo había pedido dicho Cardenal, hacer cada sábado por la tarde a la familia de la casa en la sacristía de la iglesia de los Santos Apóstoles de los Padres Conventuales de San Francisco, junto a su palacio, un discurso espiritual, instruyéndoles en la adquisición y ejercicio de las verdaderas virtudes, y en todo lo que debe

hacer un buen cristiano para agradar a Dios y ganarse el cielo. Y de este modo esta corte era un espejo de ejemplaridad. En toda ella, y en toda la casa Colonna, según decía la señora Doña Ana Colonna, sobrina del mismo cardenal Marco Antonio, que luego se casó con D. Tadeo Barberini, sobrino de Urbano VIII de feliz memoria.

En este tiempo que permaneció en Roma como sacerdote secular hizo varias peregrinaciones devotas; y entre otras cosas fue a Montecasino y visitó aquellos lugares donde había vivido el Patriarca San Benito, y luego a Nursia, donde había nacido el santo, y fue a la Santa Casa de Loreto para venerar y venerar ese santuario, en el que el Verbo eterno tomó carne humana en el vientre de la purísima Virgen María. También fue a Asís para la indulgencia de la Porciúncula, y allí fue favorecido por Dios, como lo atestigua con su auténtica certificación monseñor Claver, Obispo de Potenza, con dos apariciones que el seráfico San Francisco le hizo. En una el santo les mostró la gran dificultad que se tiene para ganar la indulgencia plenaria, y si bien el P. José dijo que la tenía por una iluminación que había recibido, no supo cómo explicarla. En la otra, el Padre seráfico lo casó con tres doncellas, que significaban y representaban los tres votos de obediencia, castidad y pobreza.

16. Muchos días después de terminar la visita a los santuarios, tenía otras actividades con los personajes más conspicuos de esa corte, y entre otros con el Eminentísimo Cardenal Marcantonio Colonna, el cual como había estudiado en Salamanca y en Alcalá de Henares en su compañía, tenía pleno conocimiento de las excelentes cualidades y ciencia de Calasanz. Lo acogió con gran estima, pues lo quería cerca de él, declarándolo su teólogo y dándole el gobierno y la dirección espiritual de sus sobrinos, hijos del Condestable, que nunca abandonaban el palacio si antes no se presentaran a José, besaban su mano y le pedían su bendición.

El buen Siervo de Dios, en la medida de lo posible, procuraba también beneficiar a los demás de aquella gran corte, con buenos consejos y excelentes instrucciones, y cada sábado por la noche reunía a todos los del palacio en la sacristía de los Santos Apóstoles adyacente a la misma, y con palabras llenas del espíritu de Dios les daba un discurso exhortándolo a huir del pecado, apreciar la gracia de Dios, recibir con frecuencia de los sacramentos, huir de las conversaciones, de juegos y malas compañías, y les inculcaba otras máximas, según lo que el Señor le sugería y las necesidades que percibía.

Así, en poco tiempo se vio aquella corte tan bien morigerada que despertaba admiración en toda Roma. Y todos tenían tanta estima, reverencia y amor al Siervo de Dios que no se podía pedir más por su parte a la propia persona del Cardenal, estimándolo todos un hombre santo, como afirmó la Sra. Doña Anna Colonna, sobrina del mismo Sr. Cardenal.

Y en verdad, el tenor de vida de José era tal que aquellos que le trataban no podía formarse otro concepto de él. Era muy tenaz para no transgredir en el más mínimo punto el dar a Dios las horas que había destinado a los ejercicios de oración. Decía con tanta aplicación y ternura de afectos el oficio divino y otras muchas de sus oraciones que movían el corazón a compunción de quienes a veces, en secreto, le observaban en tal coyuntura deshacerse en lágrimas y suspiros. Era el primero en todos los actos de caridad, y voluntariamente se interponía para pedir favores al cardenal cuando eran para el beneficio de los pobres.

Estando en este tiempo liberado de cualquier otro cuidado, excepto el del servicio del Sr. Cardenal en la forma predicha, estaba ansioso por visitar algunos santuarios fuera de Roma, por lo que sin tener en cuenta la estación más ardiente del sol, ni a las penas del viaje hecho siempre a pie, para mayor devoción fue a Montecassino; luego a la Santa Casa de Loreto, y luego a Nuestra Señora de los Ángeles de Asís, para ganar la indulgencia de la Porciúncula. Aquí gozó de esas dos visiones que le hizo el seráfico San Francisco, referidas en el Proceso de su Beatificación por Monseñor Claver, Obispo de Potenza. En la primera manifestó la gran dificultad que existe para ganar la indulgencia plena, que luego dijo que entendía muy bien, por la ilustración que había recibido; pero no sabía cómo expresarla con palabras. En el segundo, el Santo Patriarca se le apareció en medio de tres jóvenes muy hermosas que eran Pobreza, Castidad y Obediencia, que se casaron con José.

17. Después de visitar los siete lugares santos de la Ciudad, José llevó a cabo cuidadosamente la práctica de otras buenas obras. El obispo de Urgel, cuando renunció a su cargo de Vicario, escribió a su procurador en Roma para que hiciera lo necesario a favor de José de Calasanz, su antiguo Vicario General, y si en algo podía ayudarle, lo hiciera. Y el procurador hizo adecuadamente lo que le había pedido su obispo. Por ello, en cuanto pudo fue a la iglesia de Montserrat (a la que acuden para su devoción los aragoneses, catalanes y sardos) y preguntó si alguien sabía dónde podría ser recibido como huésped Calasanz, y

si alguien sabía, que se lo dijera. “Hoy hace un año (respondió uno) yo tuve a un Calasanz, pero nunca tuve a nadie de su prosapia. ¿A dónde acudir? No dejaré de notificarlo si hay algo”. Asegurado el procurador con esta explicación, poco después fue a causa de cierto negocio a casa del cardenal Marco Antonio Colonna, que era un hombre excelente, totalmente recomendable por sí y por sus cosas.

Cuando se enteró de que el procurador andaba buscando una morada, y le presentó una carta de recomendación de Calasanz por parte del obispo de Urgel, felizmente, decidió que lo admitiría en su casa, y en efecto lo recibió, después de encontrarse con el procurador citado y que este lo presentara al cardenal. El ser invitado por el Cardenal le pareció a José un bocado amargo, sin embargo, se decidió a tratarlo, aunque con el ánimo reluctante.

Después de dirigirle un largo discurso, le preguntó el Cardenal a José qué había ido a buscar a la ciudad. Respondió que había ido a la ciudad para ver una mejor forma de vida entre tantos modelos de vida religiosa, y si La Divina Voluntad le proponía seguir alguna, la abrazaría con los brazos abiertos, y se entregaría a seguirla. Le dijo el Cardenal: “¿Quiere saber la voluntad de Dios? Es que D. José se quede con nosotros en la corte, y nos ayude en asuntos de la curia apostólica, y en otros negocios que se presenten, con su prudencia; tendrá en ello una gran facilidad para llevar a cabo su buena intención”.

Al escucharle José quedó como herido por un rayo, y no sin motivo, pues quien ha decidido vivir solo, no acepta fácilmente ser inquietado por los demás, y quien es amigo de la tranquilidad difícilmente entra en el océano tumultuoso. Pues se sentía angustiado, ya que quizás huyendo de Escila podría caer en Caribdis. Recordando lo que se le había sugerido sobre la voluntad divina, agarrado a ella como un ancla firmísima, para no transgredirla y para que no se dijera que había injuriado el honor del cardenal, ofreció la pobreza de su persona al servicio solicitado por el cardenal, y así fue nombrado teólogo y confesor de toda la corte del cardenal. Su residencia se encontraba contigua a la iglesia de los Doce Apóstoles, de manera que vivía en un lugar muy próximo al santo lugar, y así le resultaba más fácil la práctica de sus devociones.

Después de que José fue hecho familiar del príncipe purpurado, se produjo el primer milagro, y es que no tomó las costumbres cortesanas, ni abandonó las suyas propias, lo cual es la mejor alabanza que se puede hacer: ser siempre uno mismo con los que son diferentes,

intentando cumplir siempre en todas cosas con su deber de óptimo palatino, y como David y Salomón, mostrar pocas acciones pero claras; aconsejando y discerniendo a favor de la justicia; conservando asiduamente el culto a Dios, pues se dice que el deber de los sacerdotes es lo que aparece en la ley del Deuteronomio, que prescribe que los sacerdotes deben estar siempre dando culto a Dios. José, según prescriben los cánones, decía al Señor las siete oraciones diarias, y supongo que también añadía otras devociones.

Y como durante el día no podía a causa de los negocios del Cardenal, se levantaba a medianoche con los vecinos seminaristas de la Orden Seráfica, y entre las paredes de su habitación salmodiaba, o visitaba las iglesias que estaban honradas con indulgencias perpetuas, sin saciarse nunca de tener piadosos diálogos ya mentales, ya vocales, con Dios y con la Reina de los cielos.

Y como la vida del buen maestro es la norma de vida para sus discípulos, los domésticos fácilmente se convirtieron en émulos de sus carismas mejores, y en primer lugar el ilustre príncipe Felipe, nieto de su hermano, cuya disciplina le estaba encomendada, como Arcadio, hijo de Teodosio a Arsenio. Este más tarde visitaba atentamente iglesias, escuchaba de buena gana sermones morales, leía libros sin cansarse que elevaban su mente hacia el cielo, y mantenía ejemplar conversación con su señor prefecto, de modo que, si al entrar en el aula era al menos honrado, al salir de ella quería ser piadoso. Cada sábado a los servidores de la casa les adornaba con coloquios de modo que todos los moradores eran animados a obrar el bien, y entre otros, como un Argos que tiene cien ojos, reprendió también a un cierto canónigo que intercambiaba gestos menos honestos con una mujer. No contento con servir sólo a los de la casa dentro de las paredes donde vivía, iba también a los de fuera, visitando a los enfermos en los hospitales, pues en aquel tiempo había una plaga que había contagiado a parte de la ciudad. Cuando se enteró el cardenal, pidió a José que se abstuviera de esas visitas, para evitar el peligro de infectar a los de su casa, aunque aprobaba lo que había hecho. En presencia de los de fuera, se gloriaba de tener en casa un hombre de tantos dones. Más lo habría alabado si hubiera visto que aquel hombre honrado sometía su cuerpo a mortificaciones, pues José se sometía a menudo a ayunos, y está probado que, a pesar de que necesitaba reponer fuerzas después de estar fatigado con tantas peregrinaciones, por la noche nunca tomó nada más suntuoso que pan y agua.

Trataba a menudo con los vecinos RR. Padres Conventuales de S. Francisco. Una vez paseaba casualmente en su convento y llamó la atención a dos que iban corriendo y charlando sin modestia, concretamente Juan Bautista Bagnacavallo y Juan Bautista Larino. Los llamó en particular y les dijo que se abstuvieran de juegos y bagatelas, y que pusieran empeño en el estudio de las letras y en la adquisición de buenas costumbres, y les predijo que en el futuro los dos tendrían cargos de relieve en la Orden. Y fue un oráculo, como probaron los hechos. Pues uno de ellos en su tiempo fue elegido General de la Orden, y dirigió la Orden hacia la estricta observancia; el segundo no fue inferior a su compañero, sino que fue elegido General dos veces. Además de estos, Cosme Vannucci, cuyo ejemplo estimuló mucho a José a hacer todo lo que luego hizo con la Doctrina Cristiana. Baste con decir que nuestro José no descuidaba de guardar junto en su colmena como una abeja afanosa todo lo que veía que en Roma hacían hombres rectos dignos de imitación, separadamente, imitando al gran Antonio.

No sé si fue a causa de la familiaridad que tenía con los padres conventuales vecinos como contrajo la misma familiaridad con su Padre. El caso en que como en otro momento había hecho con San Benito en Montecasino, y con S. Miguel en el Monte Gargano, salió de Roma para mostrar devoción y reverencia a S. Francisco en Asís. Se dice que nadie sale a hacer ese camino si no es con carro de dos o cuatro caballos, especialmente en la época del año en que el sol quema los huertos y los campos, los montes y los valles, las arboledas y los bosques con un calor insoportable. Él, sin embargo, rechazó el carruaje que le ofreció el cardenal, y con inexplicable alegría hizo el camino a pie. Y después de llegar su corazón se desbordó en catarras de fervor, y mereció que se le apareciera de manera visible S. Francisco, quien le explicó, primero, lo difícil que era conseguir las indulgencias, pues entonces había acudido mucha gente a conseguir las con ocasión de la fiesta de la Porciúncula. Lo segundo, que él (me refiero a José) ciertamente las había conseguido. ¡Feliz y provechosa peregrinación! Pues compensa tantas molestias de los caminos con delicias. Mientras se esforzaba con precisión por ganarlas, mereció acumular otras nuevas. Pues en un sueño vio José que se le aparecían tres vírgenes, con las cuales fue desposado con un anillo de arras por San Francisco. No entendía José que significaba aquello. Aquella tríada era digna de ser venerada y amada, pues las tres

eran hermosas, amables, modestas, y respiraban pureza y santidad. Sin embargo, una aparecía triste y quejosa, a causa de los desprecios de todos, y porque no había nadie que se ocupara de ella. Él entendió más tarde que aquella tríada de vírgenes celestes era una imagen de los votos religiosos, y a partir de aquel momento decidió convertirse en el amante de aquella que se quejaba (que representaba a la Pobreza), y comenzó a dar vueltas en su cabeza para ver de qué manera podría expresarle su afecto. Y no sólo mientras iba de vuelta a la ciudad, sino que incluso después de llegar, mientras iba de un lado a otro su mente daba vueltas a la cosa, hasta que un día, mientras estaba inmerso en sus devociones, se encontró con un grupo de niños que iban corriendo y vociferando. Se detuvo allí José, y en el mismo momento se acordó de la visión que había tenido en Urgel, y sintió una voz semejante que le decía: “*Mira, José, mira*”. Y sacó oportunamente la conclusión de que Dios, al que le pedía que le iluminara para que pudiera conocer cuál era su voluntad para con él, le estaba dando a entender manifiestamente en qué debería servirle en lo sucesivo. Concluyó que Dios quería que tuviera cuidado especialmente de los niños, y que, lo mismo que ya antes había empezado a instruirlos en los rudimentos de la fe, debería a partir de ahora instruirlos también en las letras y en las buenas costumbres. Ya no tenía que esperar más señales del cielo para obedecer la voluntad divina.

- C) *En este tiempo, para estar siempre bien ocupado, quiso ser agregado a la Cofradía de los Santos Apóstoles. Visitaba a todos los enfermos, no sólo de los barrios que le estaban asignados, sino también de otros, cuando algún cofrade estaba impedido. Y además de los oficios que tenía en dicha corte, se ejercitaba en toda obra de piedad, visitando prisiones y hospitales, ayudándoles en toda necesidad con caridad grandísima.*

Cofradía de los Santos Apóstoles y otras

2. Entre ellos mencionaremos que estuvo entre los fundadores de la confraternidad de los Doce Apóstoles (cuyo apostolado consiste en apoyar a los pobres vergonzantes, y a los enfermos, a quienes asisten en lo necesario para recobrar la salud). ¡Qué diligente fue nuestro José en las visitas a los enfermos! ¡Qué cuidadoso aparecía siempre ayudando a los pobres! ¡Qué a menudo añadía a aquellas obras su propio consejo y su dinero! Él mismo, más diligentemente que los

pobres buscan la leña, buscaba a los pobres, y a los que sabía que estaban en mayor necesidad, pero por motivos de pudor se daba cuenta de que se retrasaban en pedir ayuda, a ellos los sustentaba repetidas veces con dinero a escondidas, con mejor intención que Cimón antaño a los atenienses. Todavía hay muchos testigos oculares de su admirable benignidad, hombres ricos, rectos y sabios, que saben y dicen cómo él dedicó su fortuna a obras pías, para aumentar la gloria de Dios y ayudar a la virtud de los hombres; lo saben y lo recomiendan. Pero él, que era mucho para los pobres y a los enfermos, quiso ayudar también a los difuntos; fue admitido entre los que procuran esforzadamente disminuir los suplicios de las almas fieles que sufren los suplicios en los incendios de las llamas purgantes. ¡Es admirable cuánto se esforzó con oraciones a Dios para que salieran de las llamas del purgatorio y pasaran a disfrutar del premio eterno!

3. Alistáronlo también entre los fundadores de la Cofradía de los Santos Apóstoles. Era tan frecuente y fervoroso en visitar a los enfermos en sus propias casas que, no contentándose con los asignados, pasaba a los enfermos de otros barrios también. Daba a todos consuelo temporal y espiritual. Exhortábalos a la santa paciencia y uniformidad con la voluntad de Dios. Persuadía en quien hallaba capacidad con gran eficacia a la oración mental.

4. Practicó los ejercicios de las archicofradías de los Santos Apóstoles, los Estigmas y otras, y se esforzó incesantemente en practicar otras obras de misericordia.

4.3. Sé que por que es de voz y fama pública, que antes de fundar la Religión de las Escuelas Pías, de la que yo soy profeso, el Padre José fue de los primeros miembros de la Congregación de los Santos Apóstoles, y que en ella practicó gran caridad en el servicio de los enfermos, ayudándoles de su propia bolsa con limosnas, y mucho más consolándoles con exhortaciones espirituales.

4.26. Fue uno de los primeros hermanos de la Cofradía del Sufragio, con quien me encontré en persona y le vi se el hábito y tomar agregaciones para otros lugares de fuera. Era miembro de la Cofradía de la Santísima Trinidad, y trabajó en su momento como los otros hermanos

5. Fue asimismo fundador de la Cofradía de los Santos Apóstoles, y andaba con tanto fervor visitando a los pobres enfermos en sus casas que no sólo cumplía con su zona, sino que si algún compañero

fallaba iba también a otras. Como la cofradía en aquellos primeros tiempos contaba con pocos miembros, hacían más por su cuenta con lo que ellos mismos iban encontrando que con lo que la cofradía les asignaba. A los pobres enfermos les proveía no sólo con la ayuda corporal, sino también con la espiritual, enseñándoles a soportar con paciencia la enfermedad, y a quien veía que era capaz, le enseñaba a hacer oración mental, y a visitar espiritualmente con la imaginación los santuarios de Roma. Por estos caminos guió a gente que no podía caminar a un grado de gran perfección. Se dedicó a este santo ejercicio por espacio de unos siete años.

6. Igualmente se inscribió entre los fundadores de la Cofradía de la Compañía de los Santos Apóstoles, y durante el periodo de más de siete años tuvo como continuo solaz el ocuparse en las salidas para visitar enfermos. Si se echó encima también la ayuda a los cuerpos para ganar más fácilmente las almas, díganlo tantos enfermos en cuya asistencia consumía noches enteras; hablen los peligros que corrió sirviéndolos; cuéntenlo los gastos hechos para curarlos. Consideraba propias las tribulaciones ajenas. Se le veía suspirar con los afligidos, llorar con los doloridos, languidecer con los moribundos. Si alguno sufría las angustias de la fiebre, el sufrimiento era buena parte de José; si la sed secaba sus vísceras, atormentaba las de José. Las amarguras de los alimentos medicinales amargaban, aunque puestos en boca ajena, la boca misma de José. Pero ¿para qué me detengo enumerando la piedad de aquel, si toda su vida fue un continuo acto de piedad? La caridad es una virtud que no tiene cuerpo, pero si alguna vez lo tomara para vivir con él en la tierra, no tomaría otro que el de José.

7. Para auxilio espiritual y material de los pobres, y particularmente de los vergonzantes, había puesto Dios en el corazón de algunos siervos suyos la idea de erigir la Cofradía que fue llamada de los Santos Apóstoles, cuyo ministerio era, entre otras obras pías, socorrer a las familias pobres, especialmente en caso de enfermedad, con limosnas y otro tipo de ayudas para el cuerpo y para el alma. Entre estos fundadores figura el P. José, estimado por su bondad muy a propósito para la tarea, y él, que por instinto y particular don de Dios se sentía inclinado a las obras de caridad, prontamente aceptó la vocación, y se dejó llevar a donde quería el divino beneplácito, el cual poco a poco iba disponiendo a su siervo para obras de mayor esfuerzo y perfección.

En esta nueva cofradía se llenó de nuevo fervor, dándose cuenta de que Dios lo favorecía singularmente y le demostraba querer servirse de él para beneficio de muchos. Él se ingeniaba para corresponder a la gracia divina emprendiendo cualquier tipo de fatiga sin perdonarse a sí mismo ni de día ni de noche en beneficio del prójimo, con lo cual producía óptimos efectos en los demás, porque con su ejemplo se animaban más en la observancia de los estatutos de la cofradía, emulando a quien podía hacer más bien. Tanto vale el ejemplo del buen y acreditado agente para incitar a otros a santa emulación para agrandar las obras de Dios.

Dios sabe con cuánta caridad iría a visitar a los pobres enfermos, consolándolos con devotas reflexiones, con exhortaciones (para lo que tenía gracia eficaz y talento) a soportar las enfermedades y la pobreza por amor de Dios. Con esto añadía liberalmente la limosna, con otras ayudas según las necesidades, dejando consolado a cada cual que visitaba.

Decía a veces que no podía entender cómo había personas tan desamoradas de Dios que sin razón se precipitaban en ofenderlo, y le parecía imposible que habiendo pecado pudieran vivir sin levantarse rápidamente y recobrar la gracia por medio de la penitencia. También decía que quien ama verdaderamente a Dios, considera fácil todo lo difícil, y tiene por sencillo todo lo que es costoso, y que no hay cosa por amarga que sea que no se endulce con el amor de Dios, y que con la oración se aprende a amar a Dios. Con ocasión de andar a las visitas enseñaba a orar incluso a pobres ignorantes. Con ocasión de las mismas iba conociendo al mismo tiempo que era grande la ignorancia en muchos pobrecillos acerca de los rudimentos de la santa fe, y entonces empezó a pensar cómo se podría remediar este daño. Dios le iba enseñando poco a poco el camino por donde quería conducirlo para hacer lo que quería de él.

También los del Sufragio lo quisieron con ellos, porque un hombre justo es deseado por todos.

Así lo hizo en su vida al Padre José de la Madre de Dios, escribiéndose en la Hermandad que hay en Roma cuyo ejercicio es hacer bien por las almas del Purgatorio, solicitando enviarles letras de cambio de sufragios y Sacrificios para la satisfacción de sus deudas. Y después, siendo General, en todas sus conferencias, pláticas y exhortaciones, y hasta cuando iban a comer y cenar los Religiosos juntos en Comunidad, les decía: *Hijos vamos rezando por las al-*

mas del Purgatorio: cada uno de por sí mismo diga, si quiere, un De profundis. Acabado de comer y de cenar, les amonestaba lo mismo, diciéndoles que excusando palabras inútiles, en el trecho que hay del Refectorio hasta la pieza donde todos juntos tienen su hora de quiete, fuesen rezando por las almas del Purgatorio, porque saldría alguna con la Oración de una Comunidad de Religiosos.

8. Fue también uno de los fundadores de la Cofradía de los Santos Apóstoles, e iba con tal fervor visitando a los pobres enfermos que no sólo lo hacía en sus barrios, sino que, en ausencia de sus compañeros, también iba a los demás, y como entonces la Cofradía era muy pobre, los oficiales ayudaban con lo suyo, o con lo que podían encontrar, más que con las asignaciones de dicha Sociedad. Y a los pobres les proveía no sólo de ayuda corporal, sino también espiritual, enseñándoles a soportar con paciencia y mérito la enfermedad, y a los que veía que eran capaces, les enseñaba a hacer oración mental, habiendo guiado a algunos a mucha perfección. Permaneció en esta santa ocupación unos 7 años.

Del mismo modo fue uno de los fundadores de la Archicofradía del Refugio.

9. Fue también uno de los fundadores de la Cofradía de los S. Apóstoles, e iba con mucho fervor visitando a los pobres enfermos en sus propios hogares. Y no sólo visitaba sus barrios, sino que, si sus compañeros no podían, iba también a los de ellos. Como la Cofradía al principio era muy pobre, los oficiales ayudaban más con lo suyo o con lo que iban encontrando que con la asignación de dicha Cofradía. No solo ofrecía a los pobres ayuda corporal, sino también la espiritual, enseñándoles a soportar con paciencia y mérito la enfermedad, y a los que veía capaces, les enseñaba a hacer oración mental, con lo cual condujo a algunos minusválidos a mucha perfección. En esta ocupación santa estuvo unos seis años.

10. Fue de nuevo uno de los primeros fundadores de la archicofradía de los Estigmas de San Francisco en Roma, y de la llamada del Refugio el 18 de julio de 1599, y finalmente de la cofradía de los Santos Apóstoles, la cual se dedicaba con mucha edificación a visitar a los enfermos pobres en sus casas, en cuyo ejercicio de caridad él no sólo satisfacía en nombre propio, sino que, si faltaban los compañeros distribuidos para tal efecto, él los suplía y asistía en su lugar. Por lo cual siempre hacía mucho por su cuenta con los pobres

enfermos, además de lo que le habían asignado la misma cofradía que hiciera. Mientras hacía este ejercicio de devoción y de caridad laudable, descubría por todas partes niños, e incluso sus padres y madres, ignorantes de las cosas de nuestra santa fe, y su corazón, que ardía plenamente en esta piedad de ayudar a las almas de aquellos, iba siempre pensando en acertar con el modo y la vía más provechosos para encaminarlos hacia su Dios.

11. Finalmente de la cofradía de los Santos Apóstoles, la cual de dedicaba con mucha edificación a visitar a los enfermos pobres en sus casas, en cuyo ejercicio de caridad él no sólo satisfacía en nombre propio, sino que, si faltaban los compañeros distribuidos para tal efecto, él los suplía y asistía en su lugar. Por lo cual siempre hacía mucho por su cuenta con los pobres enfermos, además de lo que le habían asignado la misma cofradía que hiciera. Mientras hacía este ejercicio de devoción y de caridad laudable, descubría por todas partes niños, e incluso sus padres y madres, ignorantes de las cosas de nuestra santa fe, y su corazón, que ardía plenamente en esta piedad de ayudar a las almas de aquellos, iba siempre pensando en acertar con el modo y la vía más provechosos para encaminarlos hacia su Dios.

12. También fue miembro de otras cofradías creadas en aquel tiempo, principalmente la Archicofradía de los Estigmas de San Francisco, la Cofradía que llaman del Refugio, y la Cofradía de los Santos Apóstoles, que suele visitar a los enfermos pobres, y ayudarles con limosnas.

13. Movido entonces por el celo de ayudar a los demás, se unió a los primeros fundadores de la Cofradía llamada de los Santos Apóstoles, que tiene como instituto visitar a las viudas pobres y personas necesitadas, dándoles limosna, y en ella se señaló, de modo que los pobres de dos parroquias enteras tuvieron el sustento para dos meses, enero y febrero, como lo narró el P. D. Vitale de Parma, un monje casinense en la oración fúnebre de nuestro D. José que hizo en Florencia en presencia del Sr. Gran Duque. No hubo enfermo a quien no visitara y diera refrigerios, ni afligido que no consolara, y a causa del ejercicio hecho por él con mucha caridad recibió de todos el nombre de Padre de los pobres, siendo conocido en toda Roma la cantidad de doncellas que casó y las muchas viudas que alimentó, según muchas de ellas, que no se conocían, testificaron públicamente en la iglesia de S. Pantaleo en Roma, cuando vinieron a besar los pies del dicho D. José difunto, entre las cuales había algunas que habían re-

cibido durante siete años continuos su sustento de sus propias manos, como declaró el mismo Monje Casinese en dicho lugar.

14. Al estar cerca de la Iglesia de los Santos Apóstoles se enteró de que algunos hombres devotos inspirados de esta manera por el Señor Dios habían pensado en erigir en ella una devota Hermandad o Cofradía titulada de los Santos Apóstoles, cuyo propósito era ayudar a los pobres vergonzantes que por la necesidad y la vergüenza de ser mendigos estaban en peligro muy a menudo para perder la vida o perder sus almas, y otras obras pías y de caridad cristiana, lo que fue para el Siervo de Dios de supremo consuelo. Pero como la fama de su virtud se había extendido por toda Roma, les pareció a los hermanos de la nueva Cofradía que se podría gestionar y perfeccionar su erección con más facilidad y orden si entre los primeros fundadores de ella estaba el P. José, por lo que fueron a hablarle e informarle de lo que el Señor les había inspirado hacer, rogándole que les ayudara y fuera su compañero en la fundación de la misma, siendo de tanto servicio a Dios y beneficio para sus prójimos. No tuvieron que insistir mucho para reclutarlo, pues era tan ardiente su caridad que al oír la finalidad de esta se entregó inmediatamente como compañero suyo y comenzó con todas sus fuerzas a promoverla y propagarla, animando a sus hermanos a continuar eficazmente la obra iniciada. Siendo muy puntual con los estatutos de dicha Cofradía, ardiente se aplicaba a las obras de piedad que se mandaban en ella, despertando con su ejemplo la tibieza de los demás. Con gran frecuencia y caridad iba a visitar a los pobres enfermos que, impedidos por la vergüenza de servirse de la ayuda de los hospitales, sufrían en sus miserables hogares las mayores necesidades, al ser mayores las necesidades; los visitaba, les ayudaba, los hacía visitar por médicos, les proveía de medicinas, les ayudaba cuando estaban muriendo, les consolaba con sus dulces palabras exhortándoles a sufrir pacientemente por Dios y en remisión de sus pecados, y a reconciliarse con él a través de la confesión. Nunca se separó de ningún enfermo que no le dejara consolado y sanado con la confesión en su alma y provisto para todas las necesidades de la enfermedad del cuerpo. No cabe duda de que en ese momento habrán sucedido hechos heroicos de su caridad, pero como estaba muy obsesionado en ocultar el bien que hacía, y no había quienes se preocupasen de ello, se perdió la memoria; sólo se sabe que, habiéndose entregado por ese tiempo con gran fervor al ejercicio de la oración, con este medio su

espíritu avanzó tanto, y tanto estalló el amor de Dios en su corazón, y en consecuencia la caridad de su prójimo, que habría dado la vida por ayudarles, y habría llevado a cabo los actos heroicos de nuestro Santo Patriarca Domingo, o del Santo Obispo de Nola Paulino, que se vendió a sí mismo para ayudarles, si hubiera sido necesario, pero como la liberalidad de los fieles en esa ciudad era grande, le proveía de lo que necesitaba para sus enfermos, y no era necesario que hiciera tales cosas, sino solo esperar diligentemente para recoger limosnas y distribuir las con prudencia y caridad.

Como su caridad no podía dejar de ejercitarse, a pesar de que estaba aplicado a tantos y tan diferentes actividades que apenas tenía tiempo de dormir, a favor no solo de lo espiritual, sino también de lo temporal, de sus prójimos, encontraba el tiempo y la manera de dedicarse a visitar hospitales y al servicio de los enfermos, pero de manera que no fuera visto por los demás, y especialmente por sus compañeros, para que no creciera el concepto de bueno que tenían de él.

15. Pues se afilió a diferentes compañías o confraternidades, como la de los Santos Doce Apóstoles, la de los Estigmas de San Francisco, la del Sufragio, y la de la Santísima Trinidad de los Peregrinos, empleándose diariamente con gran fervor de espíritu en todo lo propio de estas cofradías de acuerdo con sus santos estatutos. Por ello visitaba a los pobres enfermos en sus hogares, y a los pobres prisioneros, dando así a los unos como a los otros muy a menudo limosna propia; y con indecible caridad servía en los hospitales en todas aquellas tareas que suelen hacer los sirvientes para ayudar a los enfermos. Ponía paz donde había discordias y enemistades, y con mucho celo intentaba convertir a los pecadores mediante la penitencia, y cambiar la vida escandalosa en vida de un verdadero cristiano. Y sobre la facilidad con la que se cometen ofensas de S.D.M dijo que no podía entender cómo había personas tan olvidadas de sí mismas y desamoradas del Creador que sin temer a la justicia divina, corrían libremente a ofenderlo; y después de haberle ofendido, decía que le parecía imposible que pudieran vivir con tranquilidad y alegría, sin levantarse rápidamente de la caída y por medio de la penitencia volver a la gracia.

16. Animado cada vez más por las gracias que el Señor le comunicaba a corresponder con obras mayores de su agrado, vuelto de sus devotas peregrinaciones, se inscribió en aquellas Compañías y Co-

fradías en las que en Roma se ejercen las obras de mayor caridad, como la de la Santísima Trinidad de los Peregrinos, la del Sufragio, la de las Llagas, y la de los Doce Apóstoles, practicando con gran fervor todos los santos ejercicios en los que se ocupan todos aquellos hermanos devotos y ejemplares con mucho mérito.

Tendríaís que ver al Siervo de Dios José solícito en los hospitales para mostrar su gran caridad, administrando amorosamente lo que sabía que era necesario para el alivio de aquellos pobres que languidecían, a quienes daba limosnas y consejos para animarlos a la paciencia y la conformidad con la voluntad divina. Ayudaba a cubrirles, a vendar las heridas, a hacerles la cama de nuevo y a vaciar los orinales; pero mucho más se esforzaba en favor de sus almas, escuchando confesiones, y animándoles a perseverar en la gracia de Dios, poniéndolo ante los ojos de aquellos a los que visitaba en sus enfermedades, para que volviendo al corazón se arrepintieran de sus pecados pasados, y resolvieran enmendarse, perseverando en la amistad del Señor.

A veces lo veríaís en la Santísima Trinidad de los Peregrinos, recibirlos con mucha caridad, lavarlos y besarles los pies, servirles y alimentarles, no menos con alimento corporal que con exhortaciones espirituales, animándoles a ganar las grandes e innumerables indulgencias que se adquieren en la visita de esos santos lugares; incluso dándoles limosnas de su dinero a los más pobres al despedirlos, para que pudieran continuar su peregrinación, o regresar a su tierra natal.

17. De la misma manera que la piedra de asbesto una vez encendida no se apaga, así estaba José en el amor de Dios y del prójimo. Para no enfriarse, quiso aumentar la práctica de buenas obras espontáneamente, y se le presentó la ocasión para ello al apuntarse a diversas cofradías.

La primera de ellas fue una congregación para personas de ambos sexos creada con autoridad de la Sede Apostólica en la iglesia vecina de los Doce Apóstoles, cuya finalidad era incrementar el culto de la Santísima Eucaristía, especialmente llevándosela a los enfermos, y además ayudar a personas que a causa de su estado les daba vergüenza mendigar. José no dejó de practicar ambas cosas, y se añadió de buena gana al grupo de miembros, y llevó a cabo generosa y piadosamente las tareas que le encomendaba la cofradía, y luego se testificó que había sido un miembro genuino.

- D) *Fue de los primeros en inscribirse en la Cofradía de las Sagradas Llagas, en la que se hacían muchos ejercicios especiales y mortificaciones.*

Cofradía de la Llagas

2. Ahora bien, quien se ocupaba tanto y con tanto fruto de aumentar la piedad de los demás, en ningún momento se olvidaba de la suya propia, así que frecuentaba piadosamente a menudo y con mucho fruto de todos sus socios la cofradía de los Santos Estigmas de San Francisco (a la que también dio su nombre), obra admirable para el aumento de la virtud de sus miembros, y la frecuentaba de tal modo que su ejemplo de fidelidad y honradez brillaba para los demás, ya que él estaba convencido de no haber nada deseable en la vida más que la virtud y la piedad.

3. Frecuentaba sin cansarse los ejercicios de la mortificación, humildad, y otras virtudes en la Archicofradía de las Sagradas Llagas de San Francisco. Inscribióse entre los primeros cofrades. Promoviólos con todo fervor para emular el Espíritu del Seráfico Padre.

4.3. También fue miembro de la Compañía de los Estigmas de San Francisco, y también de la de la muerte.

6. Estuvo entre los primeros que fundaron la Archicofradía de las Sagradas Llagas. No podía demostrar con un argumento más evidente lo que guardaba encerrado en los más íntimos rincones de su corazón. Estaba completamente llagado por el amor divino, y buscaba revolverse entre las heridas. No podía demostrar con un argumento más evidente lo que guardaba encerrado en los más íntimos rincones de su corazón. Convertido en Argos de las historias andaba siempre inventando maneras específicas de aprovecharse de las obras de la caridad.

7. Además, se inscribió entre los primeros hermanos de la Archicofradía de las Sagradas Llagas, en la cual mostró del mismo modo que Dios lo había inflamado de su fuego y caridad para beneficio de muchos.

8. Fue de los primeros en inscribirse en la cofradía de los Estigmas de San Francisco, en la que se practicaban muchos ejercicios espirituales y mortificaciones.

9. Fue de los primeros en inscribirse en el Archicofradía de las Llagas de S. Francisco el 18 de julio de 1599, y en la del Sufragio, en la que se hacían muchos ejercicios espirituales y mortificaciones.

10. Escribióse en otra Hermandad, la cual restauró y reintegró en su primer fervor, a quien dio título de las Llagas. Fue tan grande el provecho que hizo y lo que creció en lucimiento que hoy en día le reconoce y venera aquella Hermandad y Congregación por su principal Director y Maestro.

11. Fue de nuevo uno de los primeros fundadores de la archicofradía de los Estigmas de San Francisco en Roma, y de la llamada del Refugio el 18 de julio de 1599.

13. También ingresó en la cofradía de San Francisco, a la cual con sus buenos ejemplos devolvió a su primer estado, y le dio el título de cofradía de los Estigmas de San Francisco, y tal fue el beneficio que produjo en ella, que de todos era estimado como su director principal y maestro.

14. Del mismo modo, en aquellos tiempos se estableció otra Congregación o Cofradía en esa ciudad llamada de las Santas Llagas, en honor de las que el Señor se dignó imprimir en el cuerpo del Gran Patriarca San Francisco, a imitación de la ardiente caridad del cual estos hermanos practican diversas obras de misericordia y caridad, ayudando a los pobres y a los enfermos, visitando y sirviendo en los hospitales, casando doncellas pobres a las que asignan la dote, y otras obras similares de piedad cristiana. Y para imitar la penitencia y la vida austera del santo seráfico, sus verdaderos hijos también practicaban diversas y diferentes mortificaciones corporales. Es una Cofradía tan bien fundada y aumentada con la entrada en ella de los primeros señores y caballeros romanos, que hoy es una de las más famosas y nombradas no solo de esa ciudad, sino también de Italia. También D. José se unió a ella, porque cuando veía algo bueno, inmediatamente ponía su mano en ello, y más aún cuando se había erigido en honor de un santo del que por muchos títulos era devoto, y especialmente porque deseaba mucho imitar su caridad y humildad. Fue, pues, uno de los primeros hermanos que erigió esta ilustre Cofradía en la que, siguiendo su costumbre, se entregó con tal fervor que, a pesar de estar entre aquellos hermanos de espíritus muy elegidos y dados a la mortificación y obras de piedad, superaba a todos y brillaba entre ellos como sol entre las estrellas.

17. Conoció después una Hermandad llamada con el nombre de los Estigmas de S. Francisco, y para que su devoción al Seráfico Padre no corriera el peligro de disminuir, como requería un gran afecto por medio de devociones cotidianas, él estuvo entre los primeros que se inscribieron, y en aquellos días nunca dejó de cumplir las tareas adicionales que le encomendaba aquella sociedad.

E) Enseñaba en las fiestas la Doctrina Cristiana, de la cual fue muchas veces visitador, y elegido luego Prefecto no quiso aceptarlo, excusándose razonablemente con el Eminentísimo Cardenal de Médicis, que luego fue León XI.

Cofradía de la Doctrina Cristiana

3. No se recreaba este Venerable Siervo de Dios en la artificiosa disposición de estas torres tan aclamadas, o en la amena variedad de los jardines tan celebrados, sino en la frecuencia de la Doctrina Cristiana. Nombráronle Prefecto de dicho ejercicio, no si gran aumento de aquel Instituto.

4.3. Enseñó la doctrina cristiana tanto a los niños en las escuelas, e incluso antes de que fundara las escuelas. De hecho, siendo miembro de la Cofradía de la Doctrina Cristiana querían hacerlo superior de dicha cofradía, y se negó a aceptar ese cargo.

5. En compañía del Sr. Cosme Vanucci se puso a ayudar a los ciudadanos pobres enseñándoles la doctrina cristiana. Predicando en las plazas que frecuentaban ellos, los conducía después a la iglesia más vecina para hacerles aquella caridad con mayor tranquilidad. Como mostraba grandísimo fervor en aquella obra de tanta caridad, muchas veces le hicieron encargado de la Doctrina Cristiana en muchas iglesias. Incluso lo eligieron visitador general de toda la Doctrina Cristiana, aunque se excusó de aceptar este cargo por tener otras tareas incompatibles con ella ante el cardenal Alejandro de Médicis, protector de la Doctrina Cristiana, que elevado al Sumo Pontificado tomó el nombre de León XI.

6. Enseñaba la Doctrina Cristiana, de la que muchas veces fue Visitador. Le ofrecieron la prefectura, pero no quiso aceptarla; tan grande era la humildad de su alma.

7. Sintióse inspirado por Dios en relación con lo mencionado antes, se dedicó con más celo y fervor que antes a frecuentar la Doctrina

Cristiana, no dejando por ningún motivo de ir a donde sabía que la necesidad era mayor y su esfuerzo más provechoso; y para habituarse mejor a la humildad, presagio de lo que iba a necesitar ampliamente a lo largo de su vida, al enseñar la Doctrina de buena gana elegía la clase de los más pobres y despreciados a los ojos del mundo. Mientras tanto llegó el tiempo de elegir los oficiales de la Doctrina, y decidieron que el P. José fuera su Prefecto, y así lo hicieron, sin que nadie viera mal que un forastero fuera preferido a tantos otros de mérito, porque todos respetaban su bondad. Él humildemente aceptó el cargo, procurando con su ejemplo y con todos los modos posibles que aumentara el número de los obreros de aquella viña. Era sorprendente que muchos, incluso señores nobles, consideraban como una gloria rebajarse a enseñar los primeros rudimentos de la fe cristiana a los niños pobres, como yo lo he oído muchas veces al Sr. Santiago Ávila, que todavía vive, y ya tiene más de ochenta años, quien testifica que nuestro Padre cuando todavía vestía la sotana de sacerdote secular era ya en aquel tiempo estimado como un gran hombre de bien.

8. También predicaba en las plazas públicas enseñando a los campesinos pobres la Doctrina Cristiana.

9. También fue un miembro muy diligente de la Doctrina Cristiana, en la que en las fiestas habituales se empleaban con gran diligencia y caridad; y fue varias veces Oficial Visitador General, y fue elegido por todos como Prefecto de ella, dignidad muy estimada en aquel tiempo, si bien no aceptó por estar ocupado ya en el Escuelas Pías, y por ello se disculpó con el Sr. Cardenal Medici, que luego sería León XI.

10. Escribióse en el número de los Congregantes de la Doctrina Cristiana, y apenas escrito fue elegido por su Prefecto y Superior, pero lo rehusó, como los de aquella Congregación testificaron.

11. Observó José a un sacerdote llamado D. Cosme Vanucci, que solía hacer caridad ayudando a muchos pobres ciudadanos, y le acompañó de buena gana. En tal ocasión, viendo a los necesitados que no sabían las cosas relacionadas con nuestra santa fe, comenzó a enseñarles la doctrina cristiana, por haber oído de ellos mismos que no habían tenido quien les enseñase; así que en las plazas donde los veía en cierto número, procuraba reunirlos juntos, y les predicaba la palabra de Dios, y después los conducía a una iglesia vecina y en ella los instruía con gran caridad con respecto a todo lo

que nos enseña nuestra santa fe. Conociendo así que aquel ejercicio suyo era provechoso y necesario, se creó en Roma una congregación para enseñar la doctrina cristiana a la gente inculta e ignorante, e hicieron muchas veces prefecto de aquella santa obra a José, la cual comenzó a multiplicarse y a practicarse en otras iglesias de la ciudad, y para que aquello siguiera adelante nombraron a José visitador y prefecto general de todas las doctrinas cristianas por el Emmo. Sr. Cardenal Alejandro de Médicis, protector de la obra, el cual, elevado al sumo pontificado, tomó el nombre de León XI. Aunque José, por su humildad y modestia, presentó sus excusas al cardenal porque no quería ser nombrado para el cargo, aunque ejercía el oficio, con todo no dejó nunca su laudable asistencia para el crecimiento de una obra tan provechosa.

12. Mientras tanto, se hizo amigo del sacerdote Cosme Vanucci, y con él enseñaba asidua y cuidadosamente los rudimentos de la fe a los niños, y llevaba a cabo esta tarea incluso en las plazas. Cuando había congregado un buen número de personas, con mucho ánimo los llevaba a alguna iglesia vecina donde, al presentarse la oportunidad, intentaba con gran cuidado explicar el Catecismo Cristiano a la gente sencilla. Por lo cual se fundó en Roma una Cofradía para explicar la Doctrina Cristiana, de la cual más de una vez rogaron a José que fuera el Prefecto. Con el paso del tiempo fue creciendo y propagada a otros lugares. El Cardenal Alejandro de Médicis, su Patrono, que luego ascendería al Pontificado con el nombre de León XI, nombró a Calasanz Visitador General de la misma, y aceptó el cargo, sin el título honorífico.

13. También se inscribió en la cofradía de la Doctrina Cristiana, y pronto fue elegido superior de ella, pero rechazó el cargo, contentándose con someterse a cualquier otro, y con toda diligencia no sólo la enseñaba en las iglesias destinadas a ello, tomando a los niños más pobres y más mendigos, sino también en las calles públicas y plazas de Roma a los campesinos pobres. Y como le parecía poco hacer esto solo los días de fiesta, comenzó a pensar en cómo hacerlo con más frecuencia incluso en los días laborales, por la gran necesidad que veía en los niños que se criaban sin educación y sin temor de Dios.

14. Con estos ejercicios poco a poco llegó a hacer amistad con hombres distinguidos por su propio talento y espíritu. Luego se hizo amigo cercano del P. Camillo de Lelis, hombre verdaderamente lleno de Dios, que entonces estaba en Roma y fundó la Santa Orden de los

Ministros de los enfermos agonizantes, comúnmente llamada de las Crucecitas. Instituto de gran provecho y utilidad para el cristianismo, dedicado por completo a la ayuda de los pobres moribundos en ese paso duro y extremo, en el que tanto ayuda espiritual necesitamos. También se hizo amigo por aquellos tiempos de D. Cosme Vannucci, un sacerdote devoto que, además de muchos otros ejercicios, tenía la costumbre de reunir a muchos niños de la ciudad en alguna iglesia y allí enseñarles la Doctrina Cristiana, algo que agradaba sumamente a nuestro D. José, de modo que se hizo su compañero y se aplicaba con gran espíritu a esta tan santa y piadosa obra.

Pero lo que más dolía a D. José era que la ignorancia no erudita de los niños crecía con la edad, y no disminuía en absoluto en los adultos. Había comprobado en la visita a los pobres enfermos que en muchos de ellos de cristianos había poco más que el nombre y el bautismo, porque no sólo no sabían dar cuenta de lo que el cristiano estaba obligado a hacer, sino tampoco de lo que según el buen sentimiento de los teólogos está explícitamente obligado a creer. Todo nacía del abandono de los familiares y más de los párrocos, a quienes por su cargo incumbe educar a sus niños en el catecismo y la doctrina cristiana. Su dolor aumentaba al pensar que, si esto ocurría entre los habitantes de la ciudad de Roma, maestra del mundo, ¿qué podía esperarse de aquellos que vivían, no digo en las otras ciudades, sino en la aldea y en los lugares más salvajes y montañosos?

D. José se regocijó supremamente de que el Señor hubiera movido el espíritu de algunos devotos cuya cabeza era el sacerdote antes mencionado D. Cosme Vannucci, quienes comenzaron a hacer esta obra tan piadosa de catequizar a los ignorantes en la Doctrina Cristiana, yendo por las calles y plazas de Roma, reuniendo a la gente humilde y los niños y llevándolos a la iglesia más cercana para enseñarles los rudimentos de nuestra fe. Con estos se unió inmediatamente D. José, y con ellos fundó una Cofradía, no sólo de sacerdotes, sino también de seglares nobles y de bien, para establecer en esta ciudad una obra tan grande de caridad. Entre ellos trabajó mucho el Señor Giacomo d'Ávila, cuñado del cardenal Cecchini, y tuvieron como su primer protector al cardenal Alessandro de Médicis, que luego se convirtió en el Papa León XI. Teniendo que elegir a los oficiales y al prefecto de dicha Congregación, todos pusieron sus ojos en el P. José, y aunque él por su humildad se resistió a ello, lo eligieron unánimemente como Prefecto, y gobernó dicha Cofradía con gran prudencia y celo para

que esa santa obra continuase y se perpetuase en esta ciudad, donde había tanta necesidad, siendo él el primer e incansable ministro de la misma, recorriendo continuamente las plazas e iglesias, enseñando y catequizando no sólo a los niños pobres, sino también a muchos plebeyos que, privados en su niñez de tal instrucción, estaban en la edad avanzada siempre con la misma ignorancia sobre las cosas necesarias para la salvación eterna. Encontraba también a muchos ancianos necesitados de tal erudición y doctrina; los instruía con gran caridad y amor el P. José, y hecho todo para todos, se hacía niño con los niños y sencillo con los ignorantes para poder darles el alimento de la doctrina conforme a su capacidad. Les exhortaba a recibir los sacramentos de la confesión y la comunión, enseñándoles cómo se debían confesar y la preparación de los actos relativos al dolor de sus pecados y al propósito de no ofender más a Dios, y de la devoción y disposición que debían tener cuando fueran a comulgar, con tanto provecho y ganancia de aquellos pobres que parecían haber sido convertidos entonces a la fe cristiana, porque de hecho entonces comenzaban a conocer y obrar como fieles cristianos. Y como en una gran ciudad se necesitaban muchos obreros, llamó a muchos de ellos a esa santa obra haciéndolos hermanos de la Cofradía, y con su ejemplo les animó y exhortó a trabajar con todas sus fuerzas en ella.

El Siervo de Dios se entregaba a muchas obras piadosas, en las que practicaba la humildad, abajándose para enseñar los rudimentos del catecismo a los niños, a los mayores y a los jóvenes, cuando, como hemos visto, era conocido como un gran teólogo y filósofo en las Universidades de España, y como un excelente prelado y pastor en las iglesias de Cataluña. Tenía una gran caridad y celo por la salud de las almas, estando ocupado todo el día en las obras de misericordia corporales visitando a los enfermos, ayudando a los necesitados y soportando con sus visitas limosneras a familias enteras, que por la necesidad y la vergüenza perecían de hambre, y en las de misericordia espirituales, catequizando a los niños, instruyendo a los ignorantes y convirtiendo a los extraviados y pecadores. Y parece que su espíritu no se quedaba tranquilo, pues no creía haber llegado a aquello para lo que había sido elegido y llamado por el Señor. Pero, no sabiendo discernir por sí mismo a dónde estaba llamado, seguía inquieto y hacía fervientes oraciones al Señor hasta que al final se dedicó a la obra de las Escuelas Pías para la que había sido elegido, y que llevó a la perfección que veremos.

15. Se inscribió igualmente en la Cofradía de la Doctrina Cristiana, y con diligente caridad la enseñaba en las plazas a los campesinos pobres y en las iglesias de los niños, y de estos elegía normalmente los más pobres y necesitados.

16. No contento con las ocupaciones mencionadas en ayuda del prójimo, quiso además inscribirse entre los miembros de la Doctrina Cristiana, donde con celo propio de su gran espíritu procuraba reunir a las personas más pobres y rudas para instruirlos en los misterios sacrosantos de nuestra fe, y así se presentaba vestido de seda, como estaba, en medio de las plazas con palabras amorosas invitando a todos a seguirlo a algún rincón de la plaza o a alguna iglesia para escuchar allí las enseñanzas de salvación que debía comunicarles. Por esta razón, al verlo el Cardenal Alejandro de Médicis, Protector de la obra de la Doctrina Cristiana, tan celoso y ferviente trabajador, no sólo le hizo varias veces Prefecto de la misma Doctrina Cristiana, sino también Visitador General de la obra, a la que luego renunció humildemente, por haber comenzado ya la gran obra de las Escuelas Pías.

17. Como si estuviera estimulado por una rara avaricia para obrar el bien asumiendo alas como el águila para ganar el premio de los méritos, con algunos cofrades iba a visitar a los presos; a veces asistía a los agonizantes; participaba en los entierros; acompañaba procesiones; y no le molestaba el recitar el oficio mariano o insertar salmos penitenciales mientras tanto. Pues a nadie que sigue el camino de las virtudes le falta el ánimo, como dice Isaías en el cap. 40: “correrán sin fatigarse, y andarán sin cansarse”. De todas las cosas, como de la buena simiente sembrada en buena tierra, parte aquí, parte allí, surge el fruto deseado, para gloria de Dios y bien del prójimo. Y especialmente de la Cofradía de la Doctrina Cristiana, en la cual junto con otros inscritos en esta piadosa obra, no sólo entre las paredes de las iglesias, sino que reunía a los pobres en las plazas, al aire libre, y una vez reunidos allí les hablaba con celo y fervor de los rudimentos de la fe, del amor, del temor de Dios, de recibir dignamente los sacramentos, de cumplir los Mandamientos del Señor y de otras cosas necesarias para la salvación de las almas, de modo que muchos de ellos, inclinados a los juegos y bromas, conmovidos por estas pláticas, los días festivos decidieron acercarse a las iglesias, y llevar a cabo otras obras buenas.

F) Era muy asiduo a visitar las siete iglesias de Roma.

Las siete iglesias

4. En sexto, demostraré que en el año del Señor 1592 vino a Roma, donde practicó obras de Piedad y Caridad en lugares piadosos, y especialmente la visita a las siete iglesias, que llevaba a cabo de día si podía, y si no, de noche.

4.20. He oído decir a los Padres de las escuelas pías que el Padre José de la Madre de Dios visitaba las siete iglesias por la noche, y antes de ir allí limpiaba los lugares comunes que usaban los estudiantes.

5. No se dedicaba nuestro don José tanto a la ayuda de los pobres que se olvidara de sí mismo, porque además de los ejercicios de las citadas archicofradías, se dedicaba a visitar las siete basílicas casi cada noche después de haber recitado maitines con la obligación que comporta la dignidad sacerdotal. Decía cada mañana la santa misa con mucho provecho suyo y ejemplo de quienes la oían en las iglesias más devotas, particularmente en la Columna del Señor, en Santa María la Mayor, en la de los Montes, que se había inaugurado en aquellas fechas.

6. Pero no dedicaba tanta atención a la ayuda al prójimo que se olvidase de sí mismo. Antes del amanecer visitaba casi cada día a pie las siete iglesias, en una de las cuales solía celebrar el santo sacrificio de la misa.

7. Cuando se vio en esta santa ciudad, fue increíble el gozo que sintió su alma, y lo demostró con la devoción exterior, porque todo lo que deseaba era visitar los lugares santos, especialmente las siete iglesias. Y no sólo de día, sino que incluso de noche solía visitarlas con demostración de sumo contento, empleando mucho tiempo en hacer el recorrido (como muchos testifican), que le servía para purgar el alma, y estar mejor preparado para el sacrificio del altar que cada día ofrecía, además de la confesión sacramental, que usaba a menudo. No omitiré decir que muchísimas veces por la mañana se iba a las siete iglesias, volviendo en ayunas a la hora de comenzar las clases.

8. No se dedicaba tanto nuestro Calasanz a ayudar al prójimo que se olvidase de sí mismo, porque además de los ejercicios de la Cofradía de los Estigmas y del Refugio, visitaba las siete Iglesias casi todas las mañanas de madrugada, y cumplía con la obligación de la dignidad sacerdotal, diciendo Misa todas las mañanas con gran provecho propio y ejemplo de los que la sentían.

9. No se ocupaba nuestro D. José en la ayuda del prójimo sin olvidarse de sí mismo, porque además de los ejercicios de las ya citadas Cofradías, visitaba las siete iglesias casi todas las noches, después de haber recitado los maitines y la obligación que lleva consigo la dignidad sacerdotal, diciendo cada mañana misa con mucho provecho propio y ejemplo de los que la sentían en las iglesias más devotas, especialmente en Sta. Práxedes en la Sta. Capilla de la Columna, en Sta. María Mayor, y en la Madonna dei Monti.

Al visitar las siete iglesias le ocurrió dos veces que, encontrándose allí con mujeres poseídas, que no querían entrar en la citada capilla de la columna. Las tomó con sus dos dedos pulgar e índice, diciéndoles que entraran, y fue inmediatamente obedecido por las poseídas y con mucha tranquilidad incluso se confesaron y comulgaron; atribuyendo esto nuestro D. José a la virtud de la Santa Misa que poco antes había celebrado.

11. Continuamente solía visitar las siete basílicas por la noche; recitaba después el oficio divino y dedicaba tiempo a decir la santa misa, con edificación grande de quienes le oían en la iglesia de los Montes, en Santa María la Mayor y en la Columna del Señor, que entonces ya estaba abierta, en la cual hacía sus oraciones acostumbradas y acción de gracias meditando la pasión del Señor

12. Llegado a Roma, cada día se encomendaba primero a Dios, a la Santa Virgen y a su esposo San José; a San Gregorio Magno y a su Ángel Custodio. Visitaba las Siete Iglesias, hospitales y cárceles.

13. No se puede creer cuán grande era la devoción de nuestro D. José en las continuas visitas de las siete iglesias, que durante muchos años visitó todos los días, y cuando no podía de día por otras ocupaciones, las visitaba de noche, con mucho fervor de espíritu.

14. También solía ir a menudo a las siete iglesias a pie los días de las vacaciones, y regresaba a casa en ayunas. Muy a menudo los días de verano se iba por la noche, y regresaba a tiempo de hacer escuela.

15. También visitaba las siete iglesias todos los días, y en tan santa devoción continuó durante más de quince años, a pesar de cualquier otro empleo, y cuando no podía hacerlo de día, las visitaba por la noche, y luego se encontraba por la mañana, listo para sus otras ocupaciones y negocios.

16. Luego, haciendo la visita de las siete iglesias, sintió tan dulce consuelo de espíritu que decidió, a imitación de San Felipe Neri, que entonces también vivía en Roma, hacer este recorrido devoto todos los días, cosa que practicó por espacio de poco menos de quince años, haciéndolo unas horas antes de amanecer para luego tener más libertad para trabajar por el bien de los niños pobres, como se verá en el progreso de esta historia resumida.

17. Por la misma devoción visitó la santa casa de la Santa Cruz de Jerusalén, y por fin el lugar del glorioso S. Lorenzo mártir, completando la veneración de las siete iglesias, y pidiendo humildemente los siete dones del Espíritu Santo.

G) *A menudo sucedió que personas poseídas se sentían impedidas de entrar en la capilla de la Columna de Santa Práxedes y en otros lugares de devoción. Estando él presente en estos lugares se movía a compasión, e imponiendo su mano sobre la cabeza de los aquejados, les mandaba que entrasen sin hacer ruido, y era obedecido, de modo que podían asistir a misa, confesarse y comulgar sin impedimento alguno. Y esto decía él ser efecto de la misa que había dicho poco antes, como solía todas las mañanas.*

Endemoniados

3. Este fue su fin, y ese su cotidiano ejercicio, practicado con grandísima devoción y ternura. Y porque en ellas se encontraba muchas veces obsesos, los cuales con su demasiados gritos y ruidos distraían e impedían el culto debido a los lugares sagrados, poniéndole las manos sobre sus cabezas poniéndole las manos sobre sus cabezas sin otro exorcismo los obligaba a callar. Sucedió muchísimas veces en Santa Práxedes.

4.3. Añado haber oído decir que nuestro Padre General, siendo sacerdote secular, en Santa Práxedes con dos dedos introdujo a una endemoniada con toda facilidad a la capilla de la santa columna, y quedó liberada.

5. Al visitar las siete Basílicas le ocurrió en dos ocasiones que se encontró con mujeres endemoniadas que no querían entrar en la iglesia de Santa Práxedes, organizando mucho alboroto y resistiendo

a muchas personas. Nuestro Calasanz, movido a piedad, las tomó con sus dedos pulgar e índice diciéndoles que entraran, e inmediatamente le obedecieron, y con mucha tranquilidad se confesaron y comulgaron. El humilde varón atribuyó esto a la eficacia de la Santa Misa que había celebrado allí poco antes.

8. Al visitar las siete Iglesias le ocurrió dos veces encontrarse con mujeres poseídas que no querían entrar en el Capilla de la columna del Señor en Santa Práxedes, y a veces en otra Iglesia, que se resistían a muchas personas que querían hacerlas entrar. Movido a lástima, se acercó y las tomó con dos dedos, y les dijo que entraran, y ellas, calmadas de pronto, obedecieron y confesaron y comulgaron con mucha tranquilidad. Nuestro Don José atribuía esto a la virtud de la Santa Misa que poco antes había celebrado.

9. Al visitar las siete iglesias le ocurrió dos veces que, encontrándose allí con mujeres poseídas, que no querían entrar en la citada capilla de la columna. Las tomó con sus dos dedos pulgar e índice, diciéndoles que entraran, y fue inmediatamente obedecido por las posesas y con mucha tranquilidad incluso se confesaron y comulgaron; atribuyendo esto nuestro D. José a la virtud de la Santa Misa que poco antes había celebrado.

11. Permaneció en este ejercicio por espacio de siete años, y en este espacio de tiempo cuentan que muchas veces ocurría que habiendo dicho ya la misa, venían personas poseídas por espíritus, a las que el Demonio impedía entrar en la iglesia de Santa Práxedes, y a causa de la fuerza que les hacían los que los llevaban, gritaban con gran espanto. El siervo de Dios se aproximaba a ellos movido a lástima, y sólo con tocarlos con dos dedos de la mano derecha, y diciéndoles con autoridad “¡entrad!”, de pronto aquellos entraban, y con mucha tranquilidad se confesaban y comulgaban, lo que quería se atribuyese a la virtud del santísimo sacramento de la misa, que había celebrado poco antes.

12. Ocurrió una vez que una mujer poseída por un mal demonio, en la puerta de Santa Práxedes no podía ser conducida dentro a la columna de Cristo el Señor. Cuando José se dio cuenta de ello, se acercó a ella, la tomó con solo dos dedos de su mano derecha, con los que poco antes había tomado la Santa Hostia en Santa María Mayor, y la mujer, sin resistirse más, entró en la capilla de aquella santa columna como una oveja mansa, Mucho más tarde alguno le preguntó si aque-

llo era verdad; José lo confirmo. “¿No sabéis –dijo– cuánta fuerza y poder tienen estos dos dedos, el pulgar y el índice del sacerdote?”

14. Hermoso fue el caso que le sucedió en Santa Práxedes, en la Sta. Capilla donde se encuentra la columna donde el Señor estuvo atado en su flagelación. Celebró según su costumbre con gran devoción la Misa en Sta. María la Mayor, y de allí pasó a Sta. Práxedes para visitar la citada capilla de la Santa Columna de Cristo, cuando vio que dos mujeres y un joven muy robusto, por mucha fuerza que hacían allí, no podían arrastrar e introducir en dicha Capilla a una endemoniada, pues se resistía el diablo que la poseía. Al oír el ruido que hacían, el P. José interrumpió sus oraciones, y viendo de qué se trataba, con gran fe en el poder de su Señor sacramentado, con los dos únicos dedos de su mano derecha, con los que lo había sostenido en el altar esa mañana, la tomó por el brazo y la atrajo tan fácilmente a la Capilla, que las personas que estaban presentes, asombradas, comenzaron a gritar “¡Milagro, milagro!”, a lo que él respondió: “No es esto sino obra del Smo. Sacramento del altar, porque confiando en él, que con estos dos dedos lo tuve antes en la Santa Misa, me atreví a tirar de la endemoniada, sabiendo que todo el infierno no puede resistir a la fuerza que el Smo. Sacramento comunica a los dedos del sacerdote, que en la Santa Misa lo tocan”. Luego solía ponderar a sus hijos la gran fuerza que se encuentra en los dedos del sacerdote, que tocan el cuerpo de Cristo, que si fuese acompañada de su fe sería suficiente para obrar milagros y maravillas.

15. Entre las iglesias de Roma a las que asistió con devoción el Siervo de Dios José estaba la de la Virgen de los Monti, donde celebraba la Santa Misa, como también lo hacía en Santa María Mayor, desde donde una mañana, después de celebrar, se trasladó a la cercana iglesia de Santa Práxedes, para hacer oración ante la columna del Señor que se conserva allí, y queriendo entrar en la iglesia, encontró en la puerta de la misma a una persona dominada por el espíritu maligno que se resistía enérgicamente a varias personas que querían obligarla a entrar en la iglesia sin conseguirlo. El P. José, observado lo que ocurría, se acercó, y tomó la muñeca de su mano con sólo dos dedos, y la introdujo mansa como un cordero hasta la capilla de la santa columna; y cuando luego le preguntaron sobre este hecho, respondió: ¿No conocen el poder de estos dos dedos - mostrando el pulgar y el dedo índice - por el contacto del Santísimo Sacramento? Tan grande y viva era la fe de José.

16. En este tiempo ocurrió que, visitando la basílica de Santa María la Mayor, donde solía celebrar la Santa Misa, como lo había hecho entonces, fue a terminar sus otras oraciones a la iglesia de Santa Práxedes, donde se conserva la columna a la que nuestro Señor estuvo atado y azotado; encontró en la puerta de dicha iglesia una persona poseída por el espíritu maligno, a la que con toda la fuerza humana no se le podía hacer entrar en ella. Entonces, lleno de fe, José se acercó al energúmeno, y tocando con sus dedos que manejan el Santísimo Sacramento su cabeza inmediatamente lo amansó y lo llevó a la capilla de la Santa Columna. Cuando entonces le preguntaron sobre este hecho respondió: “¿No conocen el gran poder de estos dos dedos, por el contacto del Santísimo Sacramento?”

H) Atendía a consolar a los enfermos y pobres no sólo con las limosnas que les distribuía, sino también amaestrando a ignorantes y pecadores, enseñándoles la vía de la salvación y el modo de hacer oración para mantenerse en gracia de Dios y aprovecharse, en lo cual hizo gran provecho.

Hospitales, cárceles

3. Porque la bondad jamás fue avarienta, antes liberal y difusiva, y la bolsa del nuestro alegórico alano, tan liberal en España, no se apretase en Roma, salía a menudo el nuevo Moisés no de la Corte de Faraón para oscurecer el sol, turbar el aire y ensangrentar los ríos, mas del Palacio de los Colonnas para visitar los hospitales, consolar los enfermos y amparar los huérfanos, derramando con las limosnas temporales los tesoros de la virtud y de los consejos celestes.

4. Visitaba a los enfermos en los hospitales y fuera de ellos, llevándoles ayuda corporal y espiritual. Visitaba a los detenidos en las cárceles, a los que ayudaba con consejo y obras; enseñaba a los niños y a los rústicos la doctrina cristiana de manera pública y privada en iglesias y plazas.

4.20. He oído decir a los Padres de las escuelas pías que el Padre José de la Madre de Dios visitaba las siete iglesias por la noche, y antes de ir allí limpiaba los lugares comunes que usaban los estudiantes. Y también me dijeron que visitaba a los pobres, los hospitales, y que hacía grandes obras de caridad.

5. Estando en Roma se dedicó a servir en los hospitales a los enfermos, a visitar y ayudar a los pobres encarcelados con sus propios recursos, y durante muchos años fue uno de los primeros miembros de la cofradía de los Santos Apóstoles, que visitan y ayudan a los enfermos pobres en sus propias casas, con limosnas y con santas exhortaciones.

7. Y para no dar lugar al ocio, que es la ruina de las almas, había distribuido y asignado todas las horas del día a sus obras, entre las cuales tenía tiempo destinado a los ejercicios de humildad y de piedad conjuntamente, porque a menudo iba a los hospitales para ayudar a los enfermos, y a las cárceles para consuelo de los pobres presos, no sólo con el servicio material y las limosnas, sino también suministrando ayuda espiritual de santas exhortaciones y saludables consejos. De lo que resultaba que cada día se hiciese en él mayor el fuego de la caridad, y creciese el deseo de hacer cosas grandes por Dios, el cual suavemente iba disponiendo las cosas y preparando los medios de hacerlo llegar a la realización de cuanto desde la eternidad Él había ya determinado en el cielo.

8. En Roma, además de ese servicio, practicaba todo tipo obra de piedad, visitando las Prisiones, y Hospitales, ayudándoles en toda necesidad con gran caridad.

9. En Roma, además de dicho servicio, practicaba todo tipo de obras de caridad visitando las cárceles, y los enfermos en los hospitales, ayudándoles en toda necesidad con gran caridad. También predicaba en las plazas públicas, llevando a los ciudadanos pobres a la iglesia para enseñarles la Doctrina Cristiana.

11. Las horas del día que le quedaban libres las consumía sirviendo a los enfermos en los hospitales, y a los prisioneros en las cárceles, a los cuales ayudaba en sus necesidades corporales, y con toda afabilidad y mucho más en las del alma. Lo mismo hacía con los pobres tullidos, y a quienes veía estar dispuestos, los encaminaba a entregarse al ejercicio de la oración mental, y consolándoles les indicaba la manera como debían hacer con su mente para visitar las siete basílicas y los santuarios de Roma, en cuyo camino guió a muchos al estado de perfección.

12. Entonces José inició también una costumbre, y actuaba familiarmente con Camilo de Lellis, fundador de los Padres ministros de los enfermos, varón ínclito por sus méritos y virtudes, y célebre por

su fama de santidad. Y como venía mucha gente a Roma para trabajar en el arte de la seda, pues muchos se dedicaban a ello, casi todos, a causa tal vez del calor del aire enfermaban, y quedaban en la miseria por sospecha de contagio. José y Camilo, unidas sus fuerzas, les asistían y ayudaban cada día yendo a verlos con asnos cargados.

13. Entonces sucedió que se dio por completo a las obras de misericordia, sirviendo en hospitales a los enfermos, consolándolos con recuerdos espirituales, visitando a los prisioneros y dándoles generosas limosnas.

14. Ya arriba queda narrado cuántas obras de caridad realizaba desde los primeros años de su edad, y cómo llegó a Roma, y colocado en la casa del cardenal Colonna se entregó con más fervor que nunca a las obras de caridad visitando continuamente y sirviendo no sólo a los enfermos de los hospitales de esa ciudad, sino a muchas casas de los pobres a los que ayudaba con grandes limosnas.

Mientras esperaba conocer del cielo con luz especial en qué tenía que emplearse en la vida activa, para no perder el tiempo, todo el que le sobraba de los ejercicios de oración, misa, oficio y otras de devociones lo aplicaba a servir a su prójimo en los hospitales, donde no sólo ayudaba a los enfermos corporalmente sirviéndoles, limpiándoles y dándoles limosna, sino también espiritualmente, animándoles y exhortándoles a soportar con paciencia los dolores de la enfermedad como pena por sus pecados, y a confesarse y arrepentirse de ellos para que merecieran, junto con la salud del alma, también la del cuerpo.

Y como en aquellos tiempos habían llegado a Roma un gran número de artesanos para introducir el arte de la seda, y o por el cambio del aire, o por otra causa, cayeron gravemente enfermos y la muerte causó estragos en ellos, y como el mal era una fiebre maligna que se contagiaba al acercarse a ellos, aquellos pobres eran aborrecidos y evitados por todos. En esta ocasión brilló sumamente la caridad y el espíritu de nuestro Calasanz, porque no temía nada a la enfermedad ni a la muerte, que en aquellos hospitales abundaban con tan feo y horrendo contagio, al que no tenía miedo, viniendo con el mencionado P. Camilo de Lelis, al que con caridad ayudaba no sólo administrando los sacramentos y ayudándoles a morir bien, sino también con el cuidado y la caridad de una madre, cuidando de llevarles comida, suministrarles a tiempo los medicamentos ordenados por los médicos con vigilancia continua. El Señor al que

servían en los enfermos les comunicaba el espíritu y la fuerza para realizar una obra de tanto cansancio y peligro manifiesto para sus propias vidas; y se habría inscrito en aquel Instituto de tanta caridad si Dios no le hubiera dado, incluso en medio de aquellos ejercicios tan caritativos, muchas llamadas y estímulos internos de que lo había traído para otro fin a Roma, como diremos a continuación.

17. En la vida suele ocurrir que uno adquiere las costumbres de aquellos con quienes trata, y por eso José quiso tratar con gente tal que tratando con ellos pudiera crecer en las virtudes. Entre ellos uno de los principales era el Rvmo. P. Camilo de Lelis, fundador de los Clérigos Regulares Servidores de los Enfermos, con el cual solía visitar enfermerías y hospitales.

1) Además de los ejercicios y oficios mencionados, ayunaba casi diariamente a pan y agua, llevaba sobre la carne desnuda cilicios y cadenas de hierro trenzado, y en particular en la iglesia de los Santos Apóstoles solía todos los días retirarse, postrado en tierra delante del Santísimo Sacramento, y considerando la gloria de Dios y la propia vileza, pedía a su Divina Majestad le concediese sentimientos interiores para conocer la vanidad de todas las cosas del mundo y la verdad de las grandezas celestiales.

Ayunos y penitencias

3. No contento de vivir en una perpetua abstinencia, frecuentaba muy a menudo el ayuno a pan y agua. Con esto apagaba el fuego deshonesto y cebaba más y más la abrasadora llamarada del Divino Amor.

4. Deseando vivir la pobreza para sí y para sus compañeros, obtuvo el permiso del Vicario del Papa, abandonó el palacio del Cardenal Colonna (donde vivía humildemente y siempre ayunaba a pan y agua) y se unió a sus compañeros, y el instituto de las Escuelas Pías se propagó admirablemente.

5. Ayunaba la mayoría de los días pan y agua, y llevaba sobre la carne desnuda ásperos cilicios y cadenas.

En las mortificaciones corporales, siendo de edad decrepita, iba siempre delante de nosotros, y nunca dejó lo que ordenan nuestras Constituciones como el llevar la cadenilla, el cilicio, las disciplinas,

los ayunos a pan y agua en las viglias de la Bienaventurada Virgen y en los viernes de todo el año que observaba estrictamente, y si se daba cuenta de que le daban cualquier cosa diferente reprendía al cocinero, y luego no comía ni lo común ni lo particular. Si le faltaba alguna cosa en la mesa, nunca lo pedía, ni siquiera un vaso o el agua; se mortificaba y no bebía. Y si tenía el vaso y el vino y le faltaba el agua, y el que servía se daba cuenta luego y le pedía disculpas, sonriendo decía: “Dios lo ha querido así”. Con respecto al ayuno añadido que ayunaba cada día hasta que murió, pues sólo comía una vez al día, y por la tarde no tomaba nada, ni fuera de la mesa, como no fuera enjuagarse la boca. Después de cumplir 80 años, por la noche tomaba un fruto cocido o un panecillo de centeno con una onza de agua avinada. Observó siempre los preceptos eclesiásticos referentes a la calidad del alimento durante todo el año, sólo que en los últimos años de su vida los médicos lo dispensaban de la cuaresma, y él pedía la autorización por escrito y no sólo del médico, sino también de los encargados eclesiásticos. Y ni siquiera se servía de ella los viernes y sábados, en las cuatro témporas y viglias, sino que la observaba incluso en lo referente a la cantidad de comida.

6. Ayunar cada día, y la mayoría de las veces no tomar más que simple pan y agua sola, y con medida bastante escasa, eran para él delicias muy ordinarias. Se mostraba implacable y feroz contra su mismo cuerpo, apretándose con cadenas de hierro los costados, y cubriéndose los miembros con un áspero cilicio. Así no daba ocasión de rebelarse a la carne, y de imponerle otra ley repugnante a la del Espíritu. Con muchos compases así de armoniosos y consonantes con la piedad ajustaba sus sentidos, hasta el punto de que entre ellos no se sentía ni una disonancia de afecto mundano.

8. Ayunaba diariamente y las más de las veces a pan y agua, llevando sobre la carne desnuda ásperos cilicios y cadenas.

9. Ayunaba todos los días, y en su mayor parte a pan y agua, llevando sobre la carne desnuda ásperos cilicios y cadenas.

10. Todo esto debió de tener siempre presente el Padre Fundador, porque fue su vida una continua penitencia. Nunca quiso vestir camisa de lienzo, sino de lana, ni dormir sino sobre paja; ni gustar carne más que los domingos, martes y jueves, porque todos los lunes, miércoles, viernes y sábados conservó ayuno riguroso, y lo más

a pan y agua (moderando le solamente alguna vez por obedecer al precepto de su Confesor); andando siempre descalzo y ceñido de una asperísimo cilicio; siendo tan suave con sus súbditos y solamente consigo tan riguroso; no dejando ni un punto el rigor de la penitencia, antes le aumentaba, especialmente en todas las vigilias de Nuestra Señora, comiendo en el suelo de rodillas a pan y agua.

11. Ayunaba a pan y agua casi todos los días. Lleva sobre la carne desnuda ásperos cilicios y cadenas de hierro, y ardiendo completamente en el amor divino, se encendía su corazón en la caridad para con el prójimo, a quien con sus encendidas palabras y exhortaciones espirituales jamás desistía de apartar del pecado y a conocer qué es el mundo, y a amar a Dios.

12. Durante el día solo comía una vez, y nunca aceptaba una porción mayor (que a veces le ofrecían), incluso siendo un anciano nonagenario, distinta de los demás. Prescribió que todos se abstuvieran de carne el lunes y el miércoles; el miércoles y el viernes él ayunaba a pan y agua.

13. Y para que tuviera éxito aún más feliz, se entregó con mayor fervor al servicio de Dios, y en particular a la mortificación de su propia carne con abstinencias y ayunos, contentándose a menudo con sólo pan y agua, y una vez al día. Llevaba sobre la carne desnuda un áspero cilicio, o una cadenilla con anillos de hierro.

14. Se abstenía con los demás de comer carne en lunes y miércoles según el rito de su Regla, pero añadió además el ayuno a pan y agua todos los miércoles y viernes del año.

16. Benigno y accesible a todos, sólo se mostraba severo consigo mismo, llevando casi continuamente sobre la carne desnuda un áspero cilicio, azotándose con disciplinas, y ayunando a pan y agua varios días a la semana, y nunca tomaba alimento de ningún tipo por la noche. Y en esta forma de vida perseveró por espacio de cuarenta años; hasta cuando ya sin fuerzas, y por las súplicas de sus religiosos, moderó un poco estos rigores.

Se retiraba a la iglesia de los Santos Apóstoles

6. No pasaba día que no se retirase en la iglesia de los Santos Apóstoles, donde delante del altar del Santísimo Sacramento por espacio de muchas horas dejaba libres las riendas a los afectuosos sen-

timientos de su corazón. Eran allí intensos sus actos, frecuentes las meditaciones, devotos los afectos, fervientes los suspiros.

Pasaba en vela gran parte de las noches, y muchas veces para conceder el necesario descanso a la naturaleza, yacía sobre la tierra desnuda. Quizás para entrenarse en devolverle lo que era suyo; y si el sueño es, como dijo un sabio, imagen de la muerte, para despertarse después con la reflexión de haber representado la apariencia de un cadáver.

8. Pero además todos los días se retiraba en la iglesia de los Santos Apóstoles ante el Santísimo Sacramento, y allí por espacio de horas abría su corazón a Dios con la consideración de su Suprema Majestad, y de la propia vileza, con tanta humillación que se consideraba una bestia vilísima, rogando a su Divina Majestad que le diera los sentidos interiores para conocer la vanidad y locura de las cosas del Mundo, y la grandeza de las cosas del Cielo para estimarlas, y de esta oración salía muy iluminado

9. Se retiraba todos los días a la iglesia de los Santos Apóstoles ante el Santísimo Sacramento et allí por espacio de una y más horas derramaba su corazón a Dios con la consideración de esa Suprema Majestad; de su propia vileza y de la locura de las cosas del mundo, con santa humillación, considerándose a sí mismo un vil bestia, siempre rogándole que le concediera los sentidos internos para conocer, servir y amar a S.D.M.

13. Y siendo enemigo de la ociosidad, pasaba el tiempo que le sobraba leyendo vidas de los Santos Padres (que le servían como maestros y guías en el camino de la perfección) y en la oración devota, retirándose todos los días en la iglesia de los Santos Apóstoles, adyacente a su habitación en la casa del Sr. Cardenal Colonna, donde por espacio de horas enteras ofrecía su corazón a Dios, considerando la majestad suprema, y su propia vileza, con tal humillación que se consideraba a sí mismo una bestia muy vil, rogando a S.D.M. que le diera luz interna para conocer la vanidad y locura del mundo, y la grandeza de las cosas del cielo para tenerlas más en cuenta. Y de esta consideración y oración salía muy iluminado y estimulado para el servicio de Dios.

Oración

6. No contento con apacentar el alma por medio de los ojos, con la lectura de libros espirituales, tan querida para él que después la

pasó como regla de su Orden, quiso aún redoblar el alimento por la vía de los oídos. Solía escuchar de tan buena gana la palabra divina de la boca de los predicadores del evangelio, que nada le hubiera privado de ello. Llevado solamente por el deseo de su provecho, y no por la curiosidad de los conceptos, procuraba salir siempre con la anotación de algún documento útil para ponerlo pronto en práctica.

12. Creo que no debo callar el caso de una joven campesina, llamada Victoria, casi paralítica, que animó mucho a José para que fuera a ver a los maestros, y orando estableciera de nuevo contacto con ellos. Pues él, cercano a los campesinos, les enseñaba la oración mental, y exhortaba eficazmente a todos. Pero a esta joven que vivía en un vil tugurio, y yacía en un lecho de paja, Dios le asistía en tal modo que, semejante a aquella Francisca de Chieti, de la que hablo en otro lugar, cada mañana mentalmente recorría las iglesias de la Ciudad. En primer lugar, iba a la Basílica de S. Pedro a hacer su profesión de fe, y solía contemplar algún misterio divino. Enseñaba los rudimentos de la fe cristiana a las niñas vecinas.

13. Y a pesar de que estaba empleado en tantas y tan grandes obras de piedad, dignas de su gran caridad y celo hacia su prójimo, y de que daba plena satisfacción a todas, sin embargo, no estaba satisfecho ni tranquilo, porque “*amanti nunquam satis*”; parecía que siempre le faltaba algo para mayor beneficio y servicio de Dios. Y por ello se entregaba con mayor espíritu y fervor a la oración, para que Dios le guiase en lo que fuera para su mayor servicio.

14. La ocasión para entregarse más de lo habitual al ejercicio de la oración mental dicen que fue el ejemplo de una doncella romana a la que su conocía, llamada Victoria, paralizada en un pobre lecho consistente en un vil saco de paja, de modo que apenas tenía un miembro en su cuerpo que pudiera mover libremente, mientras era libre en el espíritu por medio de la oración mental, en la que volaba con admirables éxtasis y raptos; porque secuestraba su alma en éxtasis del dominio de los sentidos era con un rapto muy rápido llevada cada mañana en espíritu a la Basílica de San Pedro, donde hacía la confesión y profesión de fe ante la tumba del Santo Apóstol, y luego era de nuevo de la misma manera llevada a cualquier otra de las diferentes iglesias de esa ciudad, según las diferentes fiestas de los santos del día o según su devoción deseara asistir a los santos oficios y sacrificios, y comulgar espiritualmente. Luego después de

algún tiempo volvía el alma al control de sus sentidos y se dedicaba a una obra de gran caridad, que era catequizar a los niños y niñas del barrio en los rudimentos de la Doctrina Cristiana. Con la conversación con esta doncella, que cuanto tenía de menos de vida sensible tanto tenía de más de vida espiritual, y que en un cuerpo medio muerto e inmóvil al sentido ejercía al mismo tiempo no una, sino dos vidas, la activa y la contemplativa, el espíritu de nuestro de Calasanz se enfervorizó en el ejercicio de la oración mental, de modo que le destinó muchas horas, y esto con tal puntualidad en un ejercicio tan santo que consideraba perdido el día que no lo gastaba en oración mental. Y de ella salió tan encendida su caridad, y viva su fe que no digo que todo él, sino su sangre misma hubiera dado al servicio del prójimo, y ninguna ocasión ardua le parecía difícil, al poner toda su confianza en su Señor. Añadió en aquellos tiempos muchas abstinencias y severas mortificaciones no tanto para someter al espíritu la carne que ya no era recalcitrante y por costumbre se sometía a la virtud voluntariamente, como para no tener con la comida humos para ser digeridos con el sueño, y estar más listo y despierto en el tiempo destinado a la oración.

Y parece que su espíritu no se quedaba tranquilo, pues no creía haber llegado a aquello para lo que había sido elegido y llamado por el Señor. Pero, no sabiendo discernir por sí mismo a dónde estaba llamado, seguía inquieto y hacía fervientes oraciones al Señor hasta que al final se dedicó a la obra de las Escuelas Pías para la que había sido elegido, y que llevó a la perfección que veremos.

17. Veneraba también a religiosos de todas las Órdenes, pero especialmente los de la del Seráfico S. Francisco y los Carmelitas Descalzos. De estos tuvo mucha relación con el Rvmo. P. Juan de Jesús María, el P. Domingo también de Jesús María y el P. Vicente del mismo nombre. En el primero relucía como en un espejo una rara santidad y modestia, que atraía como un imán a los que le seguían. Al segundo lo consideraba como una piedra viva de las numerosas con las que en aquel tiempo la Orden Teresiana comenzó a edificarse admirablemente. Del tercero aprendió las costumbres de la nueva regla, y como los conoció desde el principio, trataba con ellos todos sus asuntos, y abriéndoles su conciencia, nunca se separó de lo que le decían. Trataba a menudo con los vecinos RR. Padres Conventuales de S Francisco. Además de estos, Cosme Vannucci, cuyo ejemplo estimuló mucho a José a hacer todo lo que luego hizo con la Doc-

trina Cristiana. Baste con decir que nuestro José no descuidaba de guardar junto en su colmena como una abeja afanosa todo lo que veía que en Roma hacían hombres rectos dignos de imitación, separadamente, imitando al gran Antonio.

J) Solía decir sus maitines siempre a medianoche.

Maitines a medianoche

6. Acostumbraba a levantarse a medianoche para recitar los maitines, y sabiendo que el vigor del alma resurge cuando cae el orgullo de los sentidos, como solía decir el gran Antonio, y que encerrando el hombre de fuera se fortifica el de dentro, no dejaba ningún modo de mortificar su cuerpo y tratarlo como rebelde, a pesar de que lo conocía como sobradamente fiel y obediente a los dictámenes de la razón.

8. También se levantaba siempre a medianoche para decir maitines, durmiendo muy poco.

13. Decía misa todos los días con gran fervor de espíritu. También se levantaba a medianoche para recitar el oficio divino para alabar a Dios, cuando oía a los religiosos franciscanos de los Santos Apóstoles vecino hacer lo mismo. Huía de todo honor y estima propia, pero estimaba a todos, y en especial a los pobres, en quienes reconocía a Cristo nuestro Señor. Con tales y tantos ejercicios espirituales y santos, sin cansarse nunca, recibía al Siervo de Dios José cada día por mayor luz, para mejor conocerlo y servirle, y para dar principio al Instituto de las Escuelas Pías, tan útil y necesario para la Santa Iglesia, tan premeditado por él.

17. Y como durante el día no podía a causa de los negocios del Cardenal, se levantaba a medianoche con los vecinos seminaristas de la Orden Seráfica, y entre las paredes de su habitación salmodiaba, o visitaba las iglesias que estaban honradas con indulgencias perpetuas, sin saciarse nunca de tener piadosos diálogos ya mentales, ya vocales, con Dios y con la Reina de los cielos.

Núcleo narrativo 5. Origen de las Escuelas Pías, y desarrollo hasta la erección de la Congregación Paulina (1597-1617)

- A) *Al visitar a los enfermos y pobres de Roma comprendió con mucho dolor que la mayoría de los niños pobres se entregaban como presa a los vicios, no pudiendo sus padres y madres mantenerlos en las escuelas. Reg. Prov. Y visto que los maestros rionales²⁷ no admitían más que siete u ocho pobres gratis, y que los de la Compañía tampoco los admitían si no estaban antes iniciados en la Gramática, se movió tanto a piedad que estimó que Nuestro Señor le encargaba a él el cuidado de estos pobres niños.*

El problema y la vocación

2. En aquel teatro romano veía a muchos hombres ilustres que se dedicaban a obras de piedad. Pero no veía a nadie que se dedicara a formar a la tierna niñez pobre, que defendiera la flor de toda la vida ante los daños del tiempo y la naturaleza para producir frutos de honradez; que se inclinara hacia la humilde cuna de los hombres que acababan de nacer, y que de este modo se dedicara al provecho de toda la república cristiana. Él dirige todas sus preocupaciones, todos sus pensamientos, todos sus esfuerzos, a este objetivo.

27 Roma estaba dividida en 13 riones o distritos, cada uno con una escuela pública, atendida por un maestro.

3. Con la susodicha ocasión de visitar a los pobres y enfermos, vio que muchos niños andaban ociosos por Roma, cayendo en varias ligerezas y vicios pueriles. Sus padres no podían remediarlo, porque la pobreza no les permitía sustentarlos en las escuelas. Los maestros de los barrios (que entonces tenía asalariados el Senado Romano) no querían admitir más de seis o siete. Los religiosos que tienen por Instituto enseñar no admitían a los que ignoraban los primeros rudimentos de la Gramática. y así la mayor parte de la juventud se quedaba sin disciplina y educación cristiana. No sufrió José tanto menoscabo; antes para obviar a ese inconveniente se encargó el oficio de la Enseñanza, y consultándose con varones prudentes y doctos comenzó a fundar las Escuelas Pías.

4.22. Para obedecer a este impulso vino a Roma, y después de unos días, pasando por una plaza que no sé cuál era, vio a un grupo de muchachos desviados, que hacían mil maldades, tiraban piedras, y oyó una voz que le decía: “Mira, mira” Y recordando estas mismas palabras más de una vez mientras miraba y pensaba en el significado de esas palabras, le vino el pensamiento y se dijo a sí mismo “Tal vez el Señor quiere que cuide de estos chicos”. Y a partir de ese momento se propuso ofrecer ayuda a estos niños que estaban tan mal criados, y cada día este pensamiento crecía más, hasta que lo perfeccionó con el instituto y fue tan preciso y aficionado a él durante todo el tiempo de su vida, y hasta su muerte. Y antes de morir la recomendó con insistencia al cuidado de los Padres, obligándose a tener que orar a Dios con la gran esperanza de la ayuda de su divina majestad.

5. Con ocasión de las visitas durante unos siete años a los pobres enfermos en los barrios de Roma, se dio cuenta de que los niños pobres estaban bastante abandonados, y que por ello se daban mucho a los vicios, al no poder sus padres llevarlos a escuelas de pago, teniendo en cuenta que en las escuelas de barrio los maestros no aceptaban gratis más de 6 u 8 cada uno, pues se excusaban diciendo que el Senado Romano les pagaba poco. Además, los RR.PP. Jesuitas no les admitían en sus clases si antes no estaban ya preparados, no viendo otro camino.

Recomendado por el Emmo. Y Rvm^o. Cardenal Marco Antonio Colonna, compareció nuestro D. José ante el Consejo en el Capitolio suplicando que se aumentase la paga a los maestros de los barrios con la obligación de tener mayor número de niños pobres en sus

escuelas. No pudo obtener la gracia, y entonces recurrió con el favor del Cardenal a los PP. de la Compañía de Jesús, suplicándoles tuvieran a bien el abrir una escuela elemental para los pobrecitos, pero los padres se excusaron diciendo que no podían hacer más.

6. Con ocasión de las visitas a los pobres enfermos vio que muchos niños iban vagando por Roma, desviándose de este modo del camino derecho de la virtud hacia los senderos de los vicios por la imposibilidad de sus padres de llevarlos a las escuelas de pago, y por no ser admitidos por otros que tienen como ministerio el no enseñar a nadie que no conozca los rudimentos de la Gramática. Movido por una compasión más que humana, comenzó a discurrir consigo mismo las maneras más oportunas de socorrerlos. Se alegraba al ver que los hijos de los ricos encontraban a muchos que los instruían en la piedad y en las letras, pero se afligía sobremanera al ver que los hijos de los pobres estaban abandonados. No podía, considerando la necesidad de una edad tan tierna, no enternecerse aquel corazón que, por así decirlo, estaba totalmente amasado de caridad, y le entonaba bien a menudo aquel doloroso lamento “los niños pidieron pan, y no había quien se lo repartiera”, y atormentado por la ansiedad de darles remedio, no se concedió descanso hasta que, después de largas y fervientes oraciones, le inspiró Dios el santo y laudable instituto de las Escuelas Pías.

Sintió Calasanz el impulso de la inspiración, y con el abandono de cuanto poseía acortó la espera en seguirlo. La tardanza no siempre merece el nombre de prudencia. Se desfogan las buenas inspiraciones cuando se las tiene en reserva durante mucho tiempo.

8. Con motivo de la visita de los pobres enfermos, se dio cuenta nuestro Calasanz de que los niños pobres en Roma estaban muy abandonados, y que se entregaban a los vicios, no pudiendo sus padres enviarlos a escuelas de pago. Vio que en los barrios los Maestros no aceptaban gratis más de seis u ocho cada uno, y también se encontró con que los Padres Jesuitas no los admitían en sus escuelas si antes no conocían los verbos impersonales. No viendo otro camino, pensó que Dios le había dejado esta tarea, y confiado en S. D. Majestad se sometió a la voluntad divina con tal ánimo, que habló con otros sacerdotes amigos y encontró dos que le prometieron ayudarle. Se enteró de que el Párroco de Sta. Dorotea en el Trastevere era muy piadoso, y hablando con él le prestó dos habitaciones

para hacer las Escuelas Pías, donde nuestro Calasanz comenzó con tanto fervor, que nunca dejó esta empresa a pesar de que los compañeros no siempre venían, y que tenía que ir mañana y tarde de los Santos Apóstoles a Sta. Dorotea, y en adelante iba por la noche a visitar las siete Iglesias, por estar ocupado durante el día.

9. Con motivo de la visita a los enfermos pobres, se dio cuenta de que los niños pobres en Roma estaban muy abandonados, y que además se daban a los vicios, no pudiendo sus padres enviarlos a las escuelas de pago; y vio que en los barrios los maestros no aceptaban gratis más de seis u ocho cada uno, disculpándose porque era escaso el sueldo que les daba el Senado. Y también vio que los jesuitas no admitían alumnos en sus escuelas si antes no conocían hasta los verbos impersonales.

No viendo otro medio, pensó que Dios le había dejado esta tarea, y confiado en la ayuda divina se sometió con tanto afecto y desdén de todo lo demás a esta voluntad divina que, hablando de ello con otros sacerdotes amigos suyos se encontró con dos que le dijeron que le ayudarían. Luego se enteraron de que el párroco de Santa Dorotea en Trastevere era muy piadoso, habló con él y obtuvo dos habitaciones para establecer las Escuelas Pías. Allí nuestro D. José comenzó con tal fervor que ya nunca dejó esta obra santa, a pesar de que los compañeros no siempre venían y tenía que ir tarde y mañana de los Santos Apóstoles a Santa Dorotea. Y como le parecía que perdía el tiempo yendo a buscar agua, primero bebía en el patio y luego subía a su habitación a comer sólo pan, su comida ordinaria.

10. Empleado en obras tan dignas de su gran celo, espíritu y caridad, no se hallaba satisfecho; aún le parecía que le faltaba. Dábase más que nunca a la oración, para que Dios le guiase por lo que fuese de su mayor servicio, y al fin encontró con lo que es Su Majestad quería de su persona. Advirtió con particular cuidado en todas las obras buenas que se ejercitaban los fieles en Roma; reparaba en un sin número de muchachos que ociosos vagueaban por las calles; no ignoraba que en el Colegio Romano de la Compañía se enseñaba la Teología, la Filosofía y letras humanas a los ya grandecitos capaces para eso. Mas reconoció que a los pobres niños les faltaba la enseñanza, mientras no tuviesen caudal para pagar a unos Preceptores, que enseñaban sin más amor que el de la paga, y cuando después de muchos años saliese alguno aprovechando en leer y en escribir, en

lo tocante al conocimiento de Dios, de su temor y amor, salían como entraron en las Escuelas de semejantes Maestros, que hacen aquel oficio solamente para buscarse la comida.

Parecióle a nuestro Doctor Calasanz que sería muy acepto delante de la Soberana Majestad el enseñar de balde y por particular voto a los niños desde su primera edad, con la cual como tierna, se imprime más fácilmente el amor y temor de Dios. Discurría prudente y santamente que la enseñanza sería un anzuelo con el cual, si los niños y Estudiantes se hallaban obligados con la enseñanza voluntaria sin otro premio que el de sus propias conveniencias, los Maestros lograrían la ocasión para imprimir en ellos lo más importante al ser de un buen cristiano. Y que, uniendo a la oración con Dios, la cual tanto profesa el Instituto de la Escuela Pía, la enseñanza de su Divino conocimiento, temor y amor a los niños y pobres, sería no bajar, si no subir el más alto grado de la perfección evangélica. Así me parece lo quiso significar el Evangelista San Lucas cuando dice que la Santísima Virgen María Nuestra Señora, estando llena de Dios y preñada de su hijo, levantándose subió a la montaña para visitar a su prima Santa Isabel, como dándonos a entender, a mi corto alcanzar, que el levantarse de la oración y conversación con Dios para enseñar al prójimo no es bajar, sino subir a la más alta montaña de la perfección más heroica. Eso mismo entiendo yo en la respuesta del Divino Esposo para su querida Esposa, la cual deseando los besos dulces de su Dios amante con la contemplación de sus divinas perfecciones, le responde: *Mejores son tus pechos que mis besos*. Como si dijera, como lo reparó San Bernardo, que mucho más le agradaba que hiciese el oficio de madre, dando la leche de su amor y conocimiento a sus hijos pequeñuelos y necesitados, que no el tener cerrada la leche, cual debía comunicar a los niños, y pretender solamente emplearse como esposa en los dulces besos de su amado, siempre contemplativa y solamente para sí provechosa, y con los pequeñuelos necesitados desviada, seca y estéril.

Llegó a lo sumo de la perfección nuestro José Calasanz, no anteponiendo Marta a María, mas uniéndolas de suerte tal que, no faltando un ápice al ejercicio de María con Oración mental mañana y noche, no se omita el de Marta, enseñando de balde y con todo amor a los niños, desde cuando pueden pronunciar hasta cuando pueden saber. Y así enseñado sin duda del Divino Maestro Jesús, funda el Instituto de la Escuela Pía, para desquite de la profecía de

Isaías y de la queja de Jeremías, que clamaba que pedían los niños el pan del conocimiento divino y no había quien se los repartiese. Y aunque para el cumplimiento de ellas vino Cristo para enseñar al mundo el conocimiento de Dios Uno en la esencia y Trino en las personas, no obstante, aún había en el mundo mucha tibieza acerca de esta enseñanza para con los niños pobres, reservando ese cuidado (que tan a pechos emprendió nuestro Padre José Calasanz, como Coadjutor del Hijo de Dios) al valor y constancia de nuestro valiente Español Aragonés. Que, sin espantarle la fiera persecución que se levantó contra tan piadosa obra, prosiguió tan firmemente en ella como en cosa tan del agrado de Su Divina Majestad, para cuyo cumplimiento todo su cuidado fue buscar algunos compañeros, que no le faltaron, los cuales alimentaba a su costa, y cuantos niños hallaba por las calles los llevaba a su casa y les enseñaba, y después los volvía a las casas de tus padres.

Tuvieron dichoso principio las Escuelas Pías en Roma, en la iglesia de la Virgen y Mártir Santa Dorotea, que si esta dio a Teófilo (que se interpreta el Amor de Dios) rosas y manzanas en tiempo no esperado y fuera de sazón, también la Escuela Pía a los niños, que cuales otras rosas y manzanas, antes que la culpa los marchite, aun fuera de sazón, cuando por basta la niñez y bronca parece incapaz, la hace florecer cual rosa entre las espinas, y con la buena crianza dar el olor, como más fragante manzana. Y si Dorotea suena en griego lo mismo que en latín *Donum Dei*, nadie dudará que fue dádiva preciosa de Dios el Instituto de la Escuela Pía, tan aclamado de los Vicarios de Jesucristo por piadoso y provechoso en sus Bulas Apostólicas, como lo reconocen y experimentan las Provincias y Ciudades que lo han merecido.

11. Inflamado por este motivo interno que crecía más y más en el pecho de este siervo de Dios de ayudar a los tiernos niños guiándoles hacia el conocimiento de su Creador, viendo que estaban necesitados de operarios para enseñarles los primeros rudimentos de nuestra santa fe, conocía demasiado bien que era provechosos para los hombres imprimirles el temor de Dios en la edad pueril, según la opinión de Plutarco, quien hablando de ellos en su obra *Acerca de la educación de los niños* dice: *“De la misma manera que los sellos se imprimen en la blanda cera, así se imprime esto con la disciplina en los años infantiles”*. Si se ha aprendido con seguridad desde la niñez el temor de Dios, el enemigo no podrá desviarlo de la recti-

tud y seducirlo al pecado al crecer los años, como había experimentado en sí mismo con la ayuda divina. Y leyendo atentamente lo que dice San Juan Crisóstomo: *“Ciegos son los padres que aman los cuerpos que han nacido de ellos, mientras dejan perder las almas”*, y doliéndose al ver a los niños en ese abandono, les decía: *“Padres de los cuerpos y no de las almas”*, echándoles en cara, con mucha razón, de que se llenan de dolor y tristeza cuando *“ven a sus hijos pobres, pero si oyen que pecan, nadie les ayuda”*. No podía él por menos de afligirse al considerar el extremo abandono y necesidad que generalmente existía. Y la alta providencia, que desde el cielo veía la necesidad, por estar los padres alejados de lo que concierne al beneficio de las almas, pensando solamente en las preocupaciones de las cosas terrenas, y poco preocupados por la tarea de encaminarlos hacia su santo temor, quería en nuestros tiempos proveerles en medio de tan extrema necesidad de un digno obrero, y preparaba a este siervo suyo indicándole la manera de hacerse cargo del cuidado de aquellos de quienes debía ser padre de sus almas, y piadoso proveedor del verdadero alimento, en medio de un hambre y penuria tan grande de alimentos espirituales, necesario soporte de sus almas, que venían a menos por falta del humano apoyo. Y para que tuvieran el necesario mantenimiento de grano para la vida eterna, eligió entre la humana generación a este piadoso proveedor con sus seguidores, para que supieran construir sus graneros, en los cuales con sus elegidos por la vocación divina distribuyeran con auténtica piedad los pastos de la vida a los hambrientos. Así, pues, conociendo José el Piadoso por aquel ejercicio suyo de la visita a los pobres, con pena suya, que los hijos de la gente pobre no tenían en ningún lugar instrucción alguna de nuestra santa fe, mientras a su vez el enemigo de nuestra salud imprimía en sus mentes todo tipo de mala semilla y exposición a los vicios y pecados, pensó de qué manera se les podría ayudar con obreros que se dedicaran a tal provechoso y necesaria tarea.

Observó que los maestros de Roma no admitían en las escuelas sino a aquellos que pagaban, para su sustento, y unos pocos, seis o siete, gratis de la obligación que tenían, por los locales insuficientes que les daba la ciudad, y aquellos eran más bien por gusto. Deliberó comparecer en el Capitolio ante el Consejo para suplicar al Emmo. Senado que se dignase aumentar la paga a los maestros de los barrios, y que estos recibieran mayor número de estudiantes pobres

en sus escuelas, haciéndoles ver lo importante que era el atender a las necesidades comunes en una materia tan cristiana y que era tan provechosa y tan necesaria para la niñez en Roma, especialmente entre los hijos de los pobres. Y porque le dijeron que no podían atender a ello por las dificultades que atravesaba el Senado en aquellos momentos, trató del tema también con el Emmo. Sr. Cardenal Marco Antonio Colonna, y le rogó humildemente que intentara hacer algo con aquellos que su Eminencia sabía, para que abrieran alguna clase en sus escuelas para los niños pequeños, pero ellos dijeron que no admitían en sus escuelas niños pequeños desde los primeros rudimentos de gramática, se excusaron por no poder hacerlo.

Habiendo visto el piadosísimo José en todas partes dificultades para cualquier intento de llevar a cabo una obra que él consideraba tan necesaria para los niños, se volvió confiado con la oración a la ayuda divina, a fin de que se dignase la piedad divina mostrarle cuál era el camino y la manera como se podía efectuar aquello en lo que su corazón ardía, para mayor servicio suyo y bien de estas almas. Entendió el siervo de Dios que esta inquietud y cuidado que tenía en su pecho había sido puesta y reservada a sus manos para llevarla a cabo, por lo que no debía temer en emprenderla, pues vería la ayuda divina, y que ya había llegado el momento en el que debía exponerse a hacer guerra al Demonio, contra el que de pequeño iba queriendo matarlo, que otra cosa no era el encaminar a los de edad semejante a la suya entonces con sus seguidores en la profesión al conocimiento y amor de Dios, abriendo las escuelas de piedad divina en la santa Iglesia, en la cual con el ejercicio de las buenas letras desde los primeros rudimentos se instruirían los niños, en las cuales todos debían saber lo que significa su nombre de cristiano, y que esto se le concedía por el mérito e intercesión de su querida Madre, de la que quería que fuese el instituto de sus obras de piedad, tal como le había pedido con sus fervorosas oraciones su siervo fiel y piadoso.

Es admirable el obrar de Dios, lleno de infinita caridad para nuestro común beneficio, y grande el poder y la amorosa piedad de su Santísima Madre hacia el género humano, como bien conocía este siervo que usaban la Madre y el Hijo al encaminarlo a su santo servicio y bien de las almas, por lo que, confiando plenamente en la ayuda y protección de la Santísima Virgen, de quien era la obra que se proponía, deliberó ponerla en práctica. Consultó su propósito con algunos

sacerdotes que le parecieron dispuestos, de los cuales consiguió vencer a dos para su plan, y se pusieron de acuerdo a su satisfacción, para llevar a cabo lo que les venía ordenado por él. Obtuvo del párroco de Santa Dorotea en el Trastevere dos locales adecuados y cómodos para las escuelas. Y en ellos con gran fervor suyo dio principio a las Escuelas Pías en 1600. Y aquí conoció la fiereza y la indignación de su enemigo, quien temía que de tan flojos y débiles fundamentos se levantara un edificio que haría una guerra crudelísima a todo el infierno. Y si las dificultades daban vigor a su enemigo, los infortunios lo hacían más fuerte. No abandonó la esperanza de seguir adelante al ver a sus compañeros ya cansados de dar clase, que dieron a entender que no podrían continuar en aquella observancia y riguroso tenor, y verdaderamente era más grande la fuerza y el esfuerzo de este siervo de Dios con su vida tan austera porque, estando centrado y siendo asiduo en la oración, terminadas las clases veían que mantenía su cuerpo con pan y agua solamente, cosa que no se les pedía a ellos, así que si mantenían su comodidad podrían enrojecer de vergüenza, al no saber seguirlo, pues estaban bien admirados de tanta bondad y humildad de José, al que veían ocupado en ordenar y barrer con sus manos las clases por la mañana y por la tarde. Estaban tan estupefactos por aquella caridad y modo como asistía a una obra tan santa como guiar a los niños que decidieron seguir lo comenzado.

12. Con este motivo José vio innumerables niños que, a causa de la pobreza de sus padres, se entumecían en el ocio, aprendían los vicios y carecían de la necesaria instrucción. Hacían falta escuelas en la Ciudad para educar a los niños pobres desde la primera edad; sentía excitado su ánimo para lograrlo, de manera que apenas podía descansar. Por lo cual fue a menudo, en vano, al Capitolio para tratar con los Senadores, para que aumentaran el sueldo a los maestros de los barrios y así pudieran ellos llevar a cabo esa tarea. Ni siquiera sirvió la autoridad del Cardenal Colonna, que pidió ayuda a Religiosos. Pero para satisfacer sus deseos, cada día recibía nuevos estímulos, y mientras oraba oyó estas palabras: *Tibi derelictus est pauper: Orphano tu eris adiutor*. Era una tarea de la que podía ocuparse con sus propias fuerzas, pues Dios muy pronto iba a ayudarle. Mientras se preguntaba a menudo para qué le quería Dios en Roma, vio una multitud de niños, que lanzaban piedras con hondas, hacían aquí y allá mil actos indecorosos, y asustaban a los que pasaban. Y entonces oyó una voz que le decía: “Mira, mira, José”. Y entonces co-

menzó a pensar y a dudar si acaso Dios quería que educara aquellos niños en las buenas costumbres. Después de verlos, y sin oír nada más, vio en un sueño que los niños acudían en grupos a él para que les educara en el amor y temor de Dios, y en los rudimentos de la fe.

13. Y finalmente fue escuchado con el conocimiento que tuvo de la voluntad divina, porque mientras observaba con especial atención todas las obras piadosas de Roma, y en especial las de los Santos Apóstoles, visitando las casas de viudas pobres y necesitadas, que, por no tener medios para enviar a sus hijos a la escuela, los dejaban en las calles jugando y pasando el tiempo. También consideró cuidadosamente que, si bien en el Colegio Romano se enseñaban las ciencias y las letras humanas a los niños mayores y capaces de dichas ciencias, sin embargo, podía ver que los niños pobres y de baja edad carecían de educación, por falta de recursos para pagar al maestro que le enseñase, según le decían sus madres, y por lo tanto permanecían sin educación. Y observó además que los pocos que iban a las escuelas de los maestros, que sólo enseñaban por interés, sin embargo, en lo referente al temor de Dios, que mucho más importa, no les enseñaban nada, permaneciendo ignorantes en la vida cristiana conforme habían entrado en dichas escuelas.

Con la consideración fija de todas las cosas antes mencionadas, movido por el espíritu celestial, y por la caridad, pensó muy bien que sería un gran servicio a Dios satisfacer el lamento del profeta Jeremías: "Parvuli petierunt panem et non erat qui frangeret eis", para formar y educar a los niños con el cebo de las letras humanas en el temor de Dios, y la doctrina cristiana, sin dinero u otro pago. Con este medio y atractivo las madres estarían más dispuestas, y sin poder excusarse enviarían sus hijos a la escuela para aprender, y por lo tanto las llamó Escuelas Pías.

Movido, por lo tanto, y formado con los medios mencionados por el Espíritu divino, nuestro D. José Calasanz dio principio al Instituto de las Escuelas Pías en Roma en el año del Señor 1597, en Santa Dorotea del Trastevere, cerca de la puerta Settimiana, con la ayuda de aquel párroco, enseñando por amor de Dios y sin ningún pago a los niños (con el cebo de las letras humanas) la doctrina cristiana y el santo temor de Dios, y para hacerlo, pasaba por las calles de Roma, y todos los niños que encontraba los llevaba a Santa Dorotea, y después de haberles enseñado, los acompañaba ordenadamente a sus hogares. No fue sin la providencia divina que las Escuelas Pías comenzaron

en Santa Dorotea, porque si esa Santa enviaba del cielo fuera de temporada al tribuno Teófilo, que se burlaba de ella, hermosas rosas y manzanas, así envió Dios los Padres de las Escuelas Pías a los niños que, como muchas rosas y manzanas (antes de que el tiempo y la culpa las pudrieran) las hacían florecer, como rosas entre las espinas, y las conservaban con la buena educación, dando también el suave olor de las sólidas virtudes que en estas escuelas les enseñan los maestros. Y si Dorotea significa Donum Dei, nadie tendrá que dudar de que es un precioso regalo dado por Dios a la Santa Iglesia el Instituto de las Escuelas Pías tan elogiado y favorecido incluso con breves particulares de los Sumos Pontífices como piadoso y beneficioso para el mundo, como muy bien lo experimentan las ciudades y provincias en las que ya por la Dios la gracia se ha expandido.

Aplicó a esta obra de tal importancia y caridad nuestro D. José no sólo todo él mismo, sino también sus propios ingresos, que ascendían, además de los bienes patrimoniales, que eran muchos solo en beneficios eclesiásticos, a la suma anual de dos mil escudos romanos, en el pago de los maestros que le ayudaban, para que enseñaran a los niños sin ninguna otra recompensa o interés, y en proporcionar a muchos niños el papel, plumas, tinta e incluso libros para leer, para que pudieran asistir a las escuelas y aprender.

14. Con las continuas visitas que con este motivo realizaba a los hogares de los pobres de esa ciudad, el Señor también fue despertando lentamente en su alma los primeros deseos de aquella obra para la que había sido elegido y llamado por su Providencia, como se ha dicho, desde España a Roma. Vio sobre todo en esas casas a las huestes de niños que sin guías y maestros por no tener cómo pagarles, se echaban a perder en el ocio y se alejaban de la virtud, y consideraba cuántos talentos e ingenios excelentes a causa de la necesidad se perdían y quedaban sepultados para siempre por la pobreza. De hecho, consideraba que muchos de ellos aplicándose a cosas viciosas luego resultaban perfectos en el vicio, mientras si hubieran tenido guía y dirección habrían resultado perfecto en la virtud, y por ello su alma sentía una verdadera melancolía de ver las criaturas de Dios tan maltratados por la falta de diligencia de los hombres. Sin embargo, no avanzaba mucho, ni iban más allá sus deseos de ayudarles, y esto en los primeros intentos que hizo, como diremos a continuación, sin pensar siquiera en la fundación de la nueva Religión a la que Dios le había destinado.

La eficacia todopoderosa de la elección divina, tan dulce como fuerte, suele llamar a los suyos a servirle con diferentes maneras, y como si necesitara disposiciones como causas segundas, para acomodarse a nuestra forma de actuar, va disponiendo a sus siervos a lo que él quiere de ellos. Había elegido a nuestro José como fundador de una nueva Religión en su Iglesia para formar a sus hijos en los primeros rudimentos de la fe católica y de las costumbres cristianas, dándoles a la vez con los dos pezones la leche de la doctrina y la de la bondad de costumbres, pues precisamente (dice mi Angélico, casi previendo esta futura Religión, que casi como madre se hace niña para enseñar a hablar a los pequeñitos) los pechos representan la doctrina adaptada a la capacidad del oyente. “Oh hermana mía - dice él en la última exposición del Cántico, que hizo al morir - qué hermosos son tus pechos; y qué hermosa es tu enseñanza, a la que llama pechos y ubres, pues se adapta a la capacidad de los que escuchan”. El Señor comenzó en España a llamarlo para esta santa obra, y lo atrajo a Roma con aquella voz interior de la que hablamos, para formarlo como a los antiguos Santos Patriarcas Josés con sueños misteriosos. Llamándolo a Roma, como mencionamos más arriba, le hizo ver en un sueño una gran muchedumbre de niños que le pedían que les enseñara, y le parecía que aceptaba el oficio sentado en medio de ellos como pedagogo y maestro. Cuando llegó a Roma, un día en el que más que de costumbre le acosaba la idea de saber con qué fin lo había llamado Dios a esa ciudad, mientras él rezaba al Señor para que manifestara su santa voluntad para poderla llevar a cabo, le ocurrió pasar por una plaza de esa gran ciudad, donde había un gran número de niños pobres que, echándose a perder en el ocio, arrojaban piedras con hondas, y con mil actos y palabras no muy modestas jugaban entre sí; e inmediatamente escuchó la voz interna que le había llamado a Roma y le decía: “Mira, mira, José”, como si el Señor quisiera decirle, Mira, fiel ministro mío, mira cuántos niños pobres que, sin discernir aún el bien del mal, no habiendo nadie que les oriente hacia el bien, se dirigen con su naturaleza depravada al mal; mira cuántos talentos he concedido a estos niños que, por no haber un siervo fiel que con la instrucción los ponga al servicio de la virtud y la erudición, se pierden enterrados bajo el estiércol de los vicios. Mira, mira cuánto bien harían esos muchachos bajo el cuidado de un buen maestro, mientras ahora se pierden en el ocio y los vicios. Mira, mira cuántos daños se evitarían en la Re-

pública Cristiana si tantos no se echaran a perder en el ocio, origen de los vicios y padre de toda iniquidad, y esto porque no existe esa caridad que se busca en el cristianismo. Pero mira, medita tú, oh, José, tú que me amas tanto, tú que siempre me ruegas que te diga en qué tienes que servirme; he aquí que te presento la oportunidad, y ¿qué mayor servicio me puedes hacer que con la erudición de estos niños liberarme de tantas ofensas, conseguirme tantos siervos, proveerme de tantos ministros? Sí, sí, a esto te he llamado desde tu patria, para esto te he elegido desde la eternidad, y en esto quiero que te ejercites en mi viña.

Todo esto en esas tres palabras, “Mira, mira, José”, parecía que le quería decir el Señor, y él, que había agudizado mucho el oído interior, comprendió todo esto claramente al oír esas tres palabras. Entonces se le encendió el deseo de remediar aquellos inconvenientes y encontrar una manera de proveer a esos pobres niños de maestros que, sin exigir de ellos una paga que no podían dar, les enseñaran a leer, escribir, y latín, y otras enseñanzas de acuerdo con su capacidad. Pero no veía por entonces la manera para remediarlos; sin embargo, estimulado por esos pensamientos, no podía encontrar descanso, perdiendo incluso el sueño, tan agudos son los estímulos que Dios coloca en un alma cuando quiere que le sirva en lo que su Divina Providencia le ha elegido. Pensó en hablar con los senadores de Roma, y rogarles que establecieran subvenciones suficientes para los maestros de las escuelas en los diferentes barrios de esa ciudad para obligarles a hacer con los pobres sin pagar lo que hacían con los hijos de los ricos que pagaban. Por lo tanto, fue varias veces al Capitolio, habló con aquella eficacia que a su elocuencia natural había añadido los estímulos muy efectivos de la gracia; pero en vano, porque aquellos piadosos señores siguieron sordos a la invitación de una obra de tanta piedad. Dado el pequeño fruto de sus palabras y persuasiones otras veces tan eficaces, que convencían los más duros e insensatos para hacer lo que él quería, recurrió a la autoridad del Cardenal su patrón, que como sabía quién era el P. José y lo piadosa que era la obra que se proponía, le apoyó con todas sus fuerzas, pero sin fruto, porque solo conseguía promesas generales sin ninguna ejecución y conclusión. El Padre se afligía al ver este medio, que él estimaba tan eficaz, tan seriamente frustrado, y con fervientes oraciones y ardientes suspiros pedía al Señor que o mitigara esos deseos que tan fuertemente se habían encendido en él

para ayudar a esos niños, o que le diera luz y medios de realizarlos. Un día que rezaba más ardientemente que de ordinario, escuchó que Dios le decía con una voz clara: “Tibi derelictus est pauper, orphano tu eris adiutor”, y entendió que sin poner sus esperanzas en los demás, tenía que trabajar en esa obra, y hacer todo lo que pudiera por su parte, porque el Señor no dejaría de ayudarle. Entonces se propuso precisamente con la ayuda de algunos de sus amigos, que eran de sus mismos sentimientos, comenzar una obra tan piadosa, y llamando a los niños pobres a sus escuelas, emprender tan grave y humilde fatiga por Dios, dándoles lecciones desde los primeros rudimentos de lectura y escritura, cosa que a hombres ya experimentados y grandes en Filosofía y Teología les hubiera resultado un trabajo intolerable.

Puestas todas sus esperanzas en el Señor, antes de dedicarse a la obra se preparó con mucha oración y con otros ejercicios espirituales, sabiendo bien cuánto daño le haría al diablo una obra tan pía, y en consecuencia cuán grande era la guerra que le iba a declarar, usando todas sus fuerzas el infierno para que no tuviera éxito. Y en verdad, lector mío, admiro el gran coraje y la constancia de este gran padre que, viéndose armado contra el infierno, pudo resistir muchas conmociones, que, estoy a punto de decir, redujeron a nada a los ojos del mundo esta Religión suya, mientras él con paciencia y admirable constancia siempre persistió y resultó victorioso al final. Después de muchas oraciones, por lo tanto, explicó su resolución al patrón y con buena licencia del eminentísimo al que no importó privarse de tal sujeto para no impedir una obra tan piadosa como necesaria para la República Cristiana, y de acuerdo con algunos pocos amigos, hombres espirituales y de bien, comenzó la obra de esta forma.

Entre otros amigos se encontraba el párroco de Santa Dorotea del Trastevere, y este ofreció dos grandes y capaces salas para hacer las mencionadas escuelas, que estaban al lado de la sacristía de la mencionada iglesia y, tras obtener de los superiores las licencias necesarias, comenzó la obra el año del Señor 1597 bajo el pontificado de Clemente VIII de santa memoria, y siete años después de la llegada del P. José a Roma. Así, pues, salían a las plazas y a las casas de los pobres, y congregaban a sus hijos, que por no tener cómo pagar a los maestros se quedaban sin virtud y sin letras, y llevándolos a las citadas escuelas les enseñaban la Doctrina Cristiana, la lectura y la escritura, ábaco y gramática. El P. José proveía a sus expensas de

papel, plumas, tinta y los libros necesarios, para que no abandonaran las escuelas por falta de ellos, y sobre todo se fatigaba con caridad de madre abajándose a un oficio y profesión tan humilde como era enseñar el abecedario a los niños, obra tan santa y tan útil al cristianismo que no la soportaba el infierno, por lo que inmediatamente al principio, antes de que creciera más, trató de asfixiarla. Así que puso tal sensación de tedio y fastidio en el ejercicio tan molesto y bajo en los compañeros del padre, que, a los pocos días, quien bajo el pretexto de una cosa y quien de otra, lo abandonaron, permaneciendo solo y abandonado por todos con el peso de tantos niños, que ya acudían a esas escuelas, que era imposible que pudiera bastarse solo. Pero el Padre no se desanimó; de hecho, con gran confianza recurrió a través de la oración al Señor y a la protección de su Santísima Madre para que le iluminase sobre lo que tenía que hacer para poder continuar y no abandonar la obra iniciada. Y porque el Señor no deja de iluminar a sus siervos para lo que tienen que hacer en su servicio, inspiró en la oración al P. José, para que en el principio, hasta que la Divina Providencia dispusiera de otra manera, la forma más segura y fácil de continuar y mantener esa obra era pagar con un salario suficiente y proporcionado a los maestros de escuela que estaban empleados solo en las Escuelas Pías de niños pobres, y aunque no tenía muchos ingresos propios, y ya estaba gastándolos en muchas otras obras piadosas, no se desanimó, sino que inmediatamente resolvió pagar a sus expensas a dos maestros de escuela para dichas escuelas.

Así actuó, y poniendo a los dos maestros en las salas de Santa Dorothea, atrajo tantos de aquellos pobres niños que se perdían en los caminos del vicio por no tener quienes les dirigieran por los de las virtudes, que ya no cabían en aquellas salas. El P. José se alegraba mucho de esto, y para que la obra continuara con útil facilidad y subsistencia, no solo la ayudaba con su propio dinero pagando a los maestros y dando a todos los niños libros, papel, plumas y todo lo que era necesario para las escuelas, sino que también colaboraba personalmente dirigiendo y dando reglas y constituciones sobre cómo tenían que actuar los maestros y los discípulos, y vigilaba para que fueran observadas constantemente, asistiendo para ver si cada uno cumplía con su obligación. Y a pesar de que él, como hemos visto, era miembro de muchas cofradías y practicaba obras de gran piedad, donde gastaba mucho de lo suyo, y sobre todo en el de

las Almas del Purgatorio, de las que era muy devoto, y buscaba con grandes limosnas y sacrificios sacarlas de esos amargos dolores, con todo esto la obra a la que se dedicaba todo y principalmente era la de las Escuelas. Porque como él bien decía, ya que depende de la educación de la juventud todo el bien de la República, si este asunto era perfectamente llevado a cabo, sería sido de gran beneficio para el público y de gran reforma para el pueblo cristiano, porque no hay gente más perniciosa para el público ni más viciosa que la gente baja y pobre ociosa y no aplicada, o a trabajos manuales o a labores de estudio, viniendo de ellos toda la astucia, el robo y los vicios que infectan al pueblo cristiano y plagan el mundo.

El Señor no dejó de dar su bendición a esa obra que sabía que había sido emprendida por el Padre para su servicio y gloria, y le proveyó de sujetos para promoverla. Se unió a nuestro P. José un sacerdote devoto que le ayudaba a dar clase, y poco a poco otros, por lo que las escuelas se veían crecer en maestros y escolares, de tal manera que no bastaban las dos salas de Santa Dorotea y fue necesario alquilar otras dos salas contiguas y acomodarlas para escuelas. Ya la obra iba creciendo como cosa de Dios, y la fama de ella volaba por toda Roma con los aplausos comunes de todos los buenos, y el Padre generosamente suplía con sus ingresos los gastos, y con las limosnas de algunos de sus devotos. El enemigo, que veía en ellas abrirse un arsenal donde se armarían contra él infinitos soldados de la fe, enfurecido maquinaba cómo podría destruirlos, y de hecho, como verás, lector mío, persiguió con una guerra perpetua y tan violenta a este santo Instituto y a su Fundador, que no sé si puede leerse que otro haya sufrido una guerra tan formidable movida por el adversario y enemigo de todo bien humano. Porque, aunque luchase contra todas, porque todas las santas Religiones, que tan pomposamente adornan y protegen fuertemente la hermosa ciudad de la Iglesia de Dios, fueron ordenadas al servicio de Dios y a la salud espiritual del prójimo, no creo que nunca se les hayan hecho tan fuertes asaltos como a esta que casi llegó a suprimirla y erradicarla, pero para que resurgiese y fructificase con más fervor en la Santa Iglesia como con asombro verás en el curso de esta historia.

15. Y como en tales prácticas caritativas descubrió por experiencia que había una gran necesidad que los niños desde los primeros años fueran imbuidos en los principios y rudimentos de la religión cristiana y los misterios sacrosantos de la fe católica, andaba pen-

sando de qué manera podría hacer esto. Y fue más impulsado a ello por lo que le sucedió un día caminando por Roma. Pues al llegó a cierta calle, vio a varios niños que tiraban piedras y decían palabrotas con otras mil impertinencias. Admirado por ello, detuvo el paso, y le vinieron a la memoria aquellas palabras: *“Tibi derelictus est pauper; orphano tu eris adiutor”*. Y al reflexionar sobre ello, pensó que Dios le sugería que lo hiciera, para que él encontrara el camino. De modo que el deseo de encontrar un camino apropiado para la buena educación de los niños se encendió en él, para que, educados desde los primeros años en el santo temor de Dios, y en las buenas costumbres cristianas, no se conviertan luego en hombres ignorantes de lo que se debe conocer para la salvación eterna, poco menos que bestias. Por lo tanto, intentó diferentes medios para lograr su deseo piadoso y santo, pero al no tener éxito, tomó la resolución de dedicarse a ello él mismo.

16. Y debido a que en estos actos caritativos la experiencia le mostraba que existía la necesidad de que desde los años más tiernos los niños, particularmente los pobres, fueran imbuidos en las enseñanzas de la religión cristiana, comenzó a pensar en cómo podría hacerse esto. Y un día, cuando vio a una multitud de niños que con palabras impropias y actos inconvenientes se peleaban a pedradas, escuchó una voz en su corazón que le decía: “José, José, mira”. Y reflexionando sobre ello supo que Dios le llamaba a una obra dedicada completamente a la reforma de los niños, sintiendo también sugeridas a la mente aquellas palabras del salmista en Sal 10, 14: “El desvalido se abandona a ti, tú socorres al huérfano”.

17. Y no sólo mientras iba de vuelta a la ciudad, sino que incluso después de llegar, mientras iba de un lado a otro su mente daba vueltas a la cosa, hasta que un día, mientras estaba inmerso en sus devociones, se encontró con un grupo de niños que iban corriendo y vociferando. Se detuvo allí José, y en el mismo momento se acordó de la visión que había tenido en Urgel, y sintió una voz semejante que le decía: “Mira, José, mira”. Y sacó oportunamente la conclusión de que Dios, al que le pedía que le iluminara para que pudiera conocer cuál era su voluntad, para con él, le estaba dando a entender manifiestamente en qué debería servirle en lo sucesivo. Concluyó que Dios quería que tuviera cuidado especialmente de los niños, y que, lo mismo que ya antes había empezado a instruirlos en los ru-

dimentos de la fe, debería a partir de ahora instruirlos también en las letras y en las buenas costumbres. Ya no tenía que esperar más señales del cielo para obedecer la voluntad divina.

No se trataba de que José fundara algún nuevo instituto de Vida Religiosa, pues él sabía lo cauto que era el Concilio de Letrán, que decidió que no podían crearse nuevas órdenes religiosas. Lo único que buscaba era encontrar algún medio provechoso para ayudar a los niños pobres. Considerada la gran necesidad que había de educar a la juventud, de lo que vendría un gran beneficio para el bien público, pues ya antes los concilios ecuménicos habían establecido algunas leyes según las cuales, si los padres no pueden ofrecer oportunidades a sus hijos pobres, le corresponde al magistrado crear escuelas.

Fue pues al Senado y Pueblo Romano, e intentó tantear su bondad, para ver si podía conmoverlos de alguna manera a que tuvieran compasión de aquella muchedumbre de pobrecillos, para que con el dinero público se creara una escuela para los pobres, o si se podía aumentar el sueldo a los preceptores que ya se ocupaban de las escuelas para que enseñaran a los pobres. José no omitió ningún motivo para tratar de convencer al magistrado de la bondad de esta acción piadosa. Decía que si es una obra de caridad dar de comer al pobre o hacerle algún vestido, y sumamente grata a Dios, se puede pensar razonablemente que una obra como instruir a los ignorantes debe ser aún mejor, pues imbuir las buenas costumbres en las mentes de los pobres ignorantes, adornarles con las virtudes cristianas, enseñarles los elementos de la fe y los preceptos de la ley divina, y hacerlos capaces, era algo que no sólo revertía en provecho de ellos, sino de toda la sociedad, en sus diversos estamentos. Pues de la misma manera que si a tales niños se les deja crecer tal como están, se asilvestrarán en su manera de vivir, aprenderán las artes de los vicios, se acostumbrarán a hurtos y latrocinios, no sin descrédito de la ciudad, y serán llevados a la horca, la cual podrían evitar y vivir una larga vida si fueran educados mejor desde los tiernos años bajo la disciplina de un maestro. Esto y muchas más cosas les dijo José, y no sin razón. Pues si son condenados a la cárcel y causan oprobio a sí mismos y a su patria, y reciben el castigo de los azotes, este mal necesario debe atribuirse a que se descuidó la buena educación durante la niñez, bajo la vara de los maestros, y no hay nada que se pueda oponer a esto.

Sin embargo, toda esta perorata de José le pareció superflua al magistrado. En parte porque ya se había hecho lo necesario para aque-

llos escolares que querían aprovechar bien en las escuelas. En parte porque no convenía que toda aquella plebecilla se convirtiera en literatos, pues a la sociedad le hacían falta no sólo gente ilustre por su doctrina, sino hombres que trabajaran en otras cosas. Y en parte porque el erario público en este momento no podía gravarse con gastos extraordinarios. ¡Así respondió el Senado y el Pueblo Romano!

Esta respuesta nada benigna podía haber desmoronado el ánimo de José, pero en la prosecución de su objetivo no se desanimó del todo y recurrió a otro medio que le faltaba de probar.

En aquel tiempo era Superior General alabadísimo de la Compañía de Jesús un hombre de gran sabiduría y de gran pericia en la gestión de las cosas, el P. Claudio Aquaviva. Sabiendo José que S. Ignacio no había considerado indigno el ocuparse de la educación de los niños, ni era extraño a su instituto, e incluso el hacerse cargo de ellos, dedicando algún maestro a enseñarles a leer y escribir. Que Ignacio mismo había practicado ese tipo de ministerio también lo atestigua la historia. Confiando, pues, José en la bondad y justicia de su causa, fue a suplicar a dicho Rvmo. P. General que, puesto que su primer Fundador había mostrado su benignidad hacia los pobres, se dignara él también tener compasión de los pobres y designara algunos maestros aptos por genio e ingenio a enseñar a los pobres gratis en algún lugar, pues todo el mundo sabe que esta obra es utilísima para la juventud y muy necesaria para la sociedad. Así defendía José la causa de los pobres. Pero también sin el efecto esperado. Pues la Compañía estaba ocupada en aquel momento en otros asuntos de más importancia para la Iglesia, y además no habían acostumbrado hacer esa obra piadosa en los setenta o más años que hacía que estaba fundada, y no iban a empezar ahora, pues eso representaría una carga muy grande para la Compañía, que podría ser perjudicial para toda la comunidad. Y así despidió a José.

¿Cuál fue su reacción? ¿Se puso rojo, o palideció? No es seguro. Lo que sí es cierto es que consta que tras el fallo de los dos primeros intentos, recurrió a otras órdenes religiosas, pero unos se dedicaban a la contemplación, otros a las obras pías, otros a atender a los enfermos; estos estaban ocupados en enseñar a los nobles y los ricos; aquellos a redimir cautivos, y otros, en fin, estaban ocupados según sus Reglas a las labores de la Iglesia, y no había nadie que se dedicase a enseñar a los pequeñitos, ni veían que en esta tarea hubiera mucho honor, mucha utilidad ni necesidad para la sociedad cristiana.

Viendo que estaba dejado de lado, se sintió llamado por Dios a esta obra, y se dedicó y ofreció en sacrificio a la educación de los pobres.

Los comienzos

3. Juntáronse unos compañeros suyos y amigos espirituales. Tomó para este ministerio las casas en Santa Dorotea en Trastevere.

4. En séptimo lugar, demostraré que mientras fue teólogo del Cardenal Marco Antonio Colonna, de buena memoria, no cesó de practicar las obras citadas, sino que se entregó a ellas de manera perfecta y total cuando puso el fundamento de las Escuelas Pías en la parroquia de Santa Dorotea en el Trastevere. Reunía a los pobres huérfanos y los llevaba a aquella parroquia a horas establecidas, y les enseñaba la doctrina cristiana, a escribir y algo de ábaco y gramática. Se mudó a diversos lugares, y por fin a San Pantaleo, y una vez instituido allí, propagó admirablemente su instituto.

4.3. Con ocasión de visitar enfermos, viendo a muchos jóvenes desprovistos, aplicó su ánimo a la fundación de las Escuelas Pías, que comenzó en la iglesia de Santa Dorotea en Trastevere con la ayuda de otros voluntarios.

Dije que, siendo teólogo del cardenal Marco Antonio Colonna, realizó obras de caridad, por las que era considerado un hombre de gran bondad y caridad, yendo desde el Palacio de dicho cardenal hasta Santa Dorotea para enseñar allí a los niños pobres la doctrina cristiana y las letras humanas, lo que era voz pública y fama.

4.16. Con mis propios ojos le vi repartiendo a los niños pobres que venían a las escuelas pías no sólo papel, plumas y tinta, pues no habrían podido aprender sin estos materiales, pero cuando veía la necesidad también les daba comida. Pero en cuanto al papel, plumas y tinta, se lo daba indiferentemente a los niños que se lo pedían.

4.21. A los niños pobres les proveía de todo lo necesario, como papel, plumas, tinta, y además a los más pobres también les daba comida, y esto sucedía a menudo, y yo lo he visto porque era maestro en dicha casa en la época.

4.26. Con motivo de lo cual, estando en Santa Dorotea con el párroco, vio que aquel párroco tenía algunos estudiantes y les hacía la caridad por amor de Dios, le gustó tanto esta obra de caridad que

muchos días después de haber terminado las visitas y sus devociones pasaba por allí para ayudar a enseñar a esos escolares.

5. Pensó nuestro Calasanz que Dios le había reservado a él esta tarea, y confiando en la ayuda divina se sometió con tanto afecto y despegó de toda otra cosa a este divino querer que, hablando con algunos sacerdotes amigos suyos encontró que dos querían ayudarle. Sabiendo que el párroco de Santa Dorotea en el Trastevere era una persona muy piadosa, habló con él y obtuvo el préstamo de dos salas para comenzar las Escuelas Pías.

Comenzó aquí nuestro don José con tanto fervor que ya nunca dejó una obra tan santa, a pesar de que sus compañeros no siempre venían y él tenía que ir por la mañana y por la tarde de los Santos Apóstoles a Santa Dorotea. Como le parecía que perdía el tiempo en ir a su habitación y luego volver a buscar agua, bebía agua en el patio primero, subía después a su habitación y allí comía el pan, que era su alimento ordinario.

También aquí recibió la autorización nuestro D. José para poder ir por la ciudad pidiendo limosna con la que pagar el alquiler, que era de más de trescientos escudos al año, y además se proveía a los pobres muchachos de libros, papel, plumas y tinta, para que aprendieran con las letras el santo temor de Dios, y no se excusaran de venir diciendo: “No tenemos libros”. En esta casa permanecieron varios años, en los que incluso nuestro D. José tuvo que sufrir para mantener la santa obra.

Parece que en aquella época la mayoría de los maestros estaban a sueldo, pagados por nuestro D. José. Con todo era tal su diligencia que él mismo por la noche preparaba las composiciones para todas las clases de gramática, las lecciones de ábaco y las muestras de escritura, instruyendo después a los maestros sobre cómo enseñar a los escolares, así que todo pasaba por sus manos. Siendo al mismo tiempo prefecto de las escuelas y maestro en todas las clases, no permitía que otros las barriesen, haciéndolo él por la noche, de modo que en aquellos primeros años la mayoría de las noches no se acostaba, sino que apoyando la cabeza en una mesita un rato satisfacía la necesidad de dormir. Esto solía contarlo cuando era octogenario, exhortándonos a nosotros los jóvenes a que hiciéramos este acto de humildad de barrer cada uno su clase, y no permitir que la barriesen los alumnos. En Roma lo encontró una vez en la Redonda acompañando a los escolares (...)

7. Porque la providencia de Dios había elegido al P. José para fundar una nueva obra en su Iglesia, con la cual muchos ignorantes en las cosas de la salud eterna serían instruidos, solamente en él entre muchos otros encendió el deseo de encontrarla. No le parecía bastante el tiempo de las fiestas, en el que se enseña la Doctrina Cristiana, para conseguir el intento; el siervo de Dios hubiera querido tener ocasión de hacerlo cada día, suplicando con ardientes oraciones a la Divina misericordia que le abriera el camino. Y Dios no dejó de ayudarle dándole la ayuda oportuna. Porque encontró algunos que se pusieron fácilmente de acuerdo con él, y particularmente el párroco de Santa Dorotea en el Trastevere, llamado D. Antonio Brendani, que aún vivía entonces, y comenzó las Escuelas Pías. Corría el año 1597, bajo Clemente VIII, en el quinto año de su pontificado. Comenzaron primero en la sacristía y en algunos locales de dicha parroquia a reunir niños pobres, y a enseñarles a leer, escribir, hacer cuentas y la lengua latina, para tenerlos con esta atracción cada día bajo su control, e instruirles más fácilmente en el santo temor de Dios, y para atraerlos mejor les proveía, pagándolo él, de papel, plumas, tinta y libros, y todo lo que necesitaban los pobrecillos, y con su ejemplo movía a otros a ayudar en la misma caridad. Esta costumbre de proveer de materiales a los escolares pobres la mantuvo durante todo el tiempo que tuvo en sus manos el gobierno de las Escuelas Pías.

Pronto creció el número de escolares, hasta el punto de que fue menester añadir a los locales de Santa Dorotea otros cercanos, y mientras tanto, habiéndole abandonado los amigos con quienes había decidido comenzar la obra, unos por una razón, otros por otra, se vio en apuros; pero con su habitual confianza en Dios no se desanimó, sino que procuró encontrar maestros pagándoles de su propio bolsillo, hasta que Dios proveyera, como hizo y hará siempre con quienes en Él confían, haciendo que acudieran sujetos, y otras ayudas según la necesidad. El Padre no dejaba de insistir en que se trabajara bien en las escuelas.

Entre los que vinieron estaba el Padre Gaspar Dragonetti de Lentino, siciliano, persona de grandes méritos, que murió a los 125 años de edad en San Pantaleo, el año 1628, pero de él se escribe en otro lugar más extensamente.

8. Se enteró de que el Párroco de Sta. Dorotea en el Trastevere era muy piadoso, y hablando con él le prestó dos habitaciones para ha-

cer las Escuelas Pías, donde nuestro Calasanz comenzó con tanto fervor, que nunca dejó esta empresa a pesar de que los compañeros no siempre venían, y que tenía que ir mañana y tarde de los Santos Apóstoles a Sta. Dorotea, y en adelante iba por la noche a visitar las siete Iglesias, por estar ocupado durante el día.

Pues si bien es cierto que los Maestros de aquel tiempo eran en su mayoría mercenarios, pagados por nuestro D. José, y de poca ciencia, sin embargo, era tal la diligencia de nuestro Calasanz que él mismo por la noche preparaba las composiciones para todas las escuelas de Gramática, las lecciones de ábaco y las muestras de escribir, y enseñaba luego a los maestros la manera de enseñar a los escolares, de modo que todo pasaba por sus manos y, siendo Prefecto de las escuelas, era igualmente maestro de todas. No permitía que otros barrieran las escuelas, haciéndolo de noche. Tanto es así que la mayoría de los días en aquellos primeros años nunca iba a la cama; sólo apoyaba la cabeza en una mesa y durante un tiempo satisfacía la necesidad de dormir.

9. Luego se enteraron de que el párroco de Santa Dorotea en Trastevere era muy piadoso, habló con él y obtuvo dos habitaciones para establecer las Escuelas Pías. Allí nuestro D. José comenzó con tal fervor que ya nunca dejó esta obra santa, a pesar de que los compañeros no siempre venían y tenía que ir tarde y mañana de los Santos Apóstoles a Santa Dorotea. Y como le parecía que perdía el tiempo yendo a buscar agua, primero bebía en el patio y luego subía a su habitación a comer sólo pan, su comida ordinaria.

Porque si bien en ese momento los maestros en su mayoría eran mercenarios, pagados por nuestro D. José, y de pocas ciencias, sin embargo, era tal su diligencia que él mismo por la noche preparaba las composiciones para todas las escuelas de Gramática, las lecciones de Ábaco y las muestras de escritura, y luego enseñaba a los maestros la manera de enseñarlo a los escolares, de modo que todo pasaba por sus manos, y siendo Prefecto del Escuelas era también el Maestro de las escuelas. No permitía que las barriesen otros, haciéndolo de noche, por lo que la mayoría de las veces en esos primeros años nunca iba a la cama; sólo apoyaba la cabeza en la mesa, satisfaciendo durante un corto tiempo la necesidad de dormir.

10. Tuvieron dichoso principio las Escuelas Pías en Roma, en la iglesia de la Virgen y Mártir Santa Dorotea, que si esta dio a Teófilo (que se

interpreta el Amor de Dios) rosas y manzanas en tiempo no esperado y fuera de sazón, también la Escuela Pía a los niños, que cuales otras rosas y manzanas, antes que la culpa los marchite, aun fuera de sazón, cuando por basta la niñez y bronca parece incapaz, la hace florecer cual rosa entre las espinas, y con la buena crianza dar el olor, como más fragante manzana. Y si Dorotea suena en griego lo mismo que en latín *Donum Dei*, nadie dudará que fue dádiva preciosa de Dios el Instituto de la Escuela Pía, tan aclamado de los Vicarios de Jesucristo por piadoso y provechoso en sus Bulas Apostólicas, como lo reconocen y experimentan las Provincias y Ciudades que le han merecido.

11. Con todo prefirió dedicar su persona a la educación de los niños; llamó a compañeros, abrió escuelas, juntó a los niños abandonados a causa de la pobreza, y les proveyó de libros, papel, plumas. Es admirable el obrar de Dios, lleno de infinita caridad para nuestro común beneficio, y grande el poder y la amorosa piedad de su Santísima Madre hacia el género humano, como bien conocía este siervo que usaban la Madre y el Hijo al encaminarlo a su santo servicio y bien de las almas, por lo que confiando plenamente en la ayuda y protección de la Santísima Virgen, de quien era la obra que se proponía, y deliberó poner en práctica. Consultó su propósito con algunos sacerdotes que le parecieron dispuestos, de los cuales consiguió convencer a dos para su plan, y se pusieron de acuerdo a su satisfacción, para llevar a cabo que les venía ordenado por él. Obtuvo del párroco de Santa Dorotea en el Trastevere dos locales adecuados y cómodos para las escuelas. Y en ellos con gran fervor suyo dio principio a las Escuelas Pías en 1600. Y aquí conoció la fiereza y la indignación de su enemigo, quien temía que de tan flojos y débiles fundamentos se levantara un edificio que haría una guerra crudelísima a todo el infierno. Y si las dificultades daban vigor a su enemigo, los infortunios lo hacían más fuerte. No abandonó la esperanza de seguir adelante al ver a sus compañeros ya cansados de dar clase, que dieron a entender que no podrían continuar en aquella observancia y riguroso tenor, y verdaderamente era más grande la fuerza y el esfuerzo de este siervo de Dios con su vida tan austera porque, estando centrado y siendo asiduo en la oración, terminadas las clases veían que mantenía su cuerpo con pan y agua solamente, cosa que no se les pedía a ellos, así que si mantenían su comodidad podrían enrojecer de vergüenza, al no saber seguirlo, pues estaban bien admirados de tanta bondad y humildad de José,

al que veían ocupado en ordenar y barrer con sus manos las clases por la mañana y por la tarde. Estaban tan estupefactos por aquella caridad y modo como asistía a una obra tan santa como guiar a los niños que decidieron seguir lo comenzado. Al crecer el número de escolares se vieron obligados a alquilar otros locales vecinos con un alquiler de treinta escudos anuales, y otros maestros con paga en proporción al número de niños. Pasaron tres años y el párroco de santa Dorotea pasó a mejor vida, y porque su sucesor dio a entender que quería que lo dejaran libre a su disposición como se las había prestado el difunto, José ya había previsto abandonar aquel lugar, habiendo visto que era penoso para los escolares venir de la ciudad al Trastevere, y como estos eran muchos, de buena gana se lo devolvió, y transfirió las Escuelas Pías a una casa que ya había alquilado en la calle Maestra, que va a San Carlos ai Catenari, frente al callejón de la iglesia de los Santos Cosme y Damián de los Barberi.

Con su gran caridad siempre acompañaba las filas de los escolares Y en Roma en la Redonda, mientras el P. José andaba acompañando a los escolares en filas, lo vio el Papa.

12. Sin embargo, lo que más preocupaba a José era la necesidad de educar a los niños. A pesar de ser motivado por muchos estímulos, como hemos dicho, no comenzaba nada que le llevara a cumplir la tarea. Primero obtuvo el permiso de sus superiores, y luego buscó dos sacerdotes a los que pagaba un estipendio; luego obtuvo dos salas cómodas del párroco a cargo de Santa Dorotea en el Trastevere (donde nuestra Orden tuvo su origen), y en ellas comenzó las Escuelas Pías para los niños en el año 1597, siendo Clemente VIII Sumo Pontífice. Prescribió reglas y ejercicios, y vigilaba siempre con toda diligencia que se cumplieran. De vez en cuando visitaba las escuelas, instruía a los niños, y solía formar a los maestros en privado. Por la mañana y por la tarde barría las escuelas con una escoba. La fama de su institución creció por toda la ciudad, de modo que en poco tiempo creció el número de niños que acudían, por lo que fue necesario trasladar las escuelas a la Ciudad, a un lugar adecuado. A los niños se les enseñaba no solo los rudimentos de la fe y la gramática, sino también la aritmética. José distribuía a los niños pobres libros, tinta, plumas y papel, y tablas con el abecedario. Esa fue su costumbre, mientras dirigió la Congregación. De vez en cuando preparaba dictados para los maestros, ejercicios de cálculo y muestras; y no se abstenía por la noche de visitar las iglesias.

13. Movido, por lo tanto, y formado con los medios mencionados por el Espíritu divino, nuestro D. José Calasanz dio principio al Instituto de las Escuelas Pías en Roma en el año del Señor 1597, en Santa Dorotea del Trastevere, cerca de la puerta Settimiana, con la ayuda de aquel párroco, enseñando por amor de Dios y sin ningún pago a los niños (con el cebo de las letras humanas) la doctrina cristiana y el santo temor de Dios, y para hacerlo, pasaba por las calles de Roma, y todos los niños que encontraba los llevaba a Santa Dorotea, y después de haberles enseñado, los acompañaba ordenadamente a sus hogares. No fue sin la providencia divina que las Escuelas Pías comenzaron en Santa Dorotea, porque si esa Santa enviaba del cielo fuera de temporada al tribuno Teófilo, que se burlaba de ella, hermosas rosas y manzanas, así envió Dios los Padres de las Escuelas Pías a los niños que, como muchas rosas y manzanas (antes de que el tiempo y la culpa las pudrieran) las hacían florecer, como rosas entre las espinas, y las conservaban con la buena educación, dando también el suave olor de las sólidas virtudes que en estas escuelas les enseñan los maestros. Y si Dorotea significa *Donum Dei*, nadie tendrá que dudar de que es un precioso regalo dado por Dios a la Santa Iglesia el Instituto de las Escuelas Pías tan elogiado y favorecido incluso con breves particulares de los Sumos Pontífices como piadoso y beneficioso para el mundo, como muy bien lo experimentan las ciudades y provincias en las que ya por la Dios la gracia se ha expandido. Y debido a que desagradaban sumamente a nuestro V. Padre las ofensas de Dios al que amaba sobre todas las cosas, para eliminarlas especialmente en los niños y jóvenes que estaban bajo su custodia en las escuelas, ordenó que después de las clases se les acompañara en filas de dos por la mañana y por la tarde a sus hogares por los mismos maestros, acto de humildad que él mismo hacía muy a menudo con gran edificación de toda Roma que le veía. Para que la cosa funcionara más fácilmente, había puesto por escrito los varios equipos o listas de escolares, conforme a los barrios de Roma, y una hoja separada de cada equipo o lista, en la que los niños de cada barrio estaban escritos con las calles por donde tenía que pasar cada uno para volver a casa, y a cada equipo se le asignaban dos Padres que los acompañaban. Estas hojas escritas por su propia mano, para la confirmación de la verdad, las conservo yo con gran estima.

14. Se entregó tan ardentemente al servicio de los pobrecitos de Jesucristo en esa profesión, que olvidando todo lo demás en este mundo,

y despidiéndose, como se dijo, de la casa del cardenal Colonna, que de buena gana le dio permiso para esa santa obra, y luego también de su corte, porque no tenía tiempo para seguir sirviendo, asumió todo el peso de las escuelas. Además de llevar su clase aparte (había dividido las escuelas en varias clases para mayor orden, y asignado a cada una de ellas su maestro) tenía la superintendencia de todas, proveyéndolas de maestros adecuados y diligentes, y procuraba que cada uno practicara diligentemente su oficio, además de hacer y dar reglas fáciles para facilitar el progreso y el beneficio de los escolares en la lengua latina; revisaba o preparaba las composiciones para los maestros de lengua latina, y además de eso no dejaba sus ejercicios de oración y devoción particulares. Como estaba todo el día ocupado en el ejercicio de las escuelas, luego pasaba las noches enteras en oración y estudios sagrados, y a veces en la preparación de las composiciones mencionadas anteriormente para los maestros.

15. Obtuvo a este efecto de D. Antonio Brendani, entonces párroco de Sta. Dorotea en Trastevere, cerca de la Puerta Settimiana, el uso gratuito de algunas habitaciones y allí comenzó a reunir algunos niños de ese barrio, enseñándoles por caridad y sin ningún pago a leer, escribir y ábaco, dándoles también papel, plumas, tinteros, tinta y libros, especialmente las doctrinas cristianas, utilizando estos medios (como él mismo solía decir) para instruirlos en los misterios de la verdadera Santa Fe y buenas costumbres, y las virtudes cristianas, sin importarle el problema de ir y volver dos veces al día, tanto en verano como en invierno, desde el Palacio de los Señores Colonna hasta el Trastevere. Y como por sí solo no era suficiente para el número de niños que aumentaba diariamente, indujo a algunos de los cofrades de la Doctrina Cristiana, sacerdotes de mucha bondad de vida, a ayudarle, cosa que obtuvo fácilmente, con mucho consuelo de su espíritu.
... Acompañar las filas de escolares a sus domicilios...

16. Por esta razón, con toda la eficacia de su espíritu, comenzó a buscar la manera más adecuada de lograr este fin, e iluminado por el Señor supo que no había mejor medio que abrir escuelas públicas para atraer a los jóvenes por medio de las letras a la buena moralidad y un mayor conocimiento de Dios y los misterios relacionados con la salvación. Así que inmediatamente puso manos a la obra y obtuvo de Don Antonio Brendani, entonces párroco de Santa Dorotea en Trastevere, cerca de la Puerta Settimiana, algunas habitaciones, y comenzó a re-

unir allí algunos niños de ese distrito, enseñándoles por mera caridad y sin ningún tipo de pago, a leer, escribir, ábaco y gramática, suministrándoles también con su dinero papel, plumas, tinteros, tinta, libros, y especialmente la doctrina cristiana, recompensando a los que eran más diligentes en aprenderla. Y solía decir que Dios le había sugerido esta hermosa forma de atraer, a través de la formación literaria, a las almas más tiernas para que se enamoraran de Dios y de su ley.

Para avanzar en una obra tan agradable al cielo no tenía en cuenta ningún inconveniente, porque sin dejar ninguna de sus santas ocupaciones habituales, una de las cuales, como se ha dicho, era visitar todos los días las siete iglesias, iba cuatro veces al día, con nieve, con viento, o con lluvia, y en el bochorno del verano, desde el palacio de los Señores Colonna hasta el Trastevere. Y debido a que su presencia no era suficiente para la multitud de niños, invitó a algunos miembros de la Doctrina Cristiana, sacerdotes muy fervientes y de gran bondad de vida, a que le ayudasen, cosa que fácilmente obtuvo con mucho consuelo de su espíritu.

Esta esperanza en la asistencia del Altísimo fue la que la animó a la gran obra de la erección de las Escuelas Pías sin tener ningún fundamento cierto de subsidio humano, requiriendo dicha obra un gran gasto, tanto para el mantenimiento y salario en un principio de algunos maestros, como en el pago del alquiler de los locales en los que se desarrollaba el instituto, y en proporcionar libros a los niños, plumas etc., como decíamos.

Él, por lo tanto, que tenía esta máxima tan cierta arraigada en su corazón, se dispuso a dedicarse al bien de los niños todo lo que podía, de modo que varias veces al día visitaba todas las escuelas, examinaba a los niños, les enseñaba los artículos de nuestra santa fe, y de la mañana a la tarde se ocupaba de una clase de principiantes hasta el extremo de su vida, y acompañaba a los grupos de niños a sus hogares.

- B) *Buscó la colaboración de otros sacerdotes, viendo que él sólo no podía (emprender una cosa tan seria)²⁸ ejercitar un instituto que sería frecuentado por muchos. Comenzó con poca ayuda el instituto de enseñar a los niños, que luego llegaron a un número tal que fue preciso proveerse de una casa más adecuada.*

Primeros compañeros

2. Emprende, pues, con la ayuda de Dios, por fin la obra, y con ella enormes trabajos. Soporta muchas molestias de los hombres, y de aquellos quizás que menos entendían, pero él no tenía otro cuidado que tener algunos compañeros a los que mientras tanto mantendría a su costa, quienes, siendo él el guía, continuaran aquella obra tan piadosa que había comenzado para común utilidad de todos. Obra ciertamente difícil y costosa, y quizás de mínima importancia para algunos, pero gratísima para Dios y muy alabada de hombres sapientísimos.

¿Qué no procuraba José, como primer moderador, para perfeccionar una obra tan piadosa en una milicia religiosa y sacra no mucho más tarde, con la voluntad, el voto y la ayuda de los Sumos Pontífices Pablo V y Gregorio XV (cuyas virtudes admira todo el orbe), con la aprobación de los cardenales, siendo Benito Giustiniani, óptimo patrono, guía y consejero? ¿Qué no hizo para que a ella se unieran como primeros compañeros algunos hombres que brillaban entre los hombres por la fama de su sangre, por el esplendor de su doctrina y por el adorno de sus virtudes? Permitidme mencionar algunos en este lugar de honor: Pedro Casani, fallecido el año pasado, al cual oís llamar venerable por la eximia doctrina y santidad de vida; Pablo Ottonelli, cuyo noble origen, virtud y piedad brillan en sus hijos condes, que corte de Modena recibe y admira; Viviano Viviani, de Colle, hombre egregio de tal pericia del derecho y prudencia, que no sólo en Etruria, sino también en Liguria, muy a menudo se le prefería en lo jurídico y en el responder; hombre admirado por sus óptimas costumbres, y en Narni considerado religiosísimo. ¿Quién más? Francisco Castelli, de la familia de los marqueses Castelli, que dieron héroes célebres de toga y capa en Umbria, en Etruria y en ciudades de otros lugares, y cuya fama es aún enorme. Pero de los que todavía viven no me parece bien hablar. ¿Me referiré para terminar a Glicerio Landriani, celeberrimo por su nombre y por el de sus mayores? De tal modo digno por sus virtudes y costumbres que grandes príncipes pidieran al Sumo Pontífice Urbano VIII, con su aprobación, que lo contara en el número de los Beatos. Omito otros muchos, entre los más de mil que hasta ahora le han seguido, y merecen ser alabados por su carácter y por su vida, no sea que la lista de toda esta milicia religiosa parezca que quiera luchar, o impresionar los oídos de alguno, o como dice el proverbio, jactarse de su arte.

3. No sufrió José tanto menoscabo; antes para obviar a ese inconveniente se encargó el oficio de la Enseñanza, y consultándose con varones prudentes y doctos comenzó a fundar las Escuelas Pías. Juntáronsele unos compañeros suyos y amigos espirituales.

4.23. El dicho Padre José para instruir a los niños pobres se había unido con el Sr. Marco Antonio Arcangeli, que era un caballero, para abrir públicamente las llamadas escuelas pías, que comenzaron en la iglesia de Santa Dorothea en Trastevere, en la casa del párroco.

10. Que, sin espantarle la fiera persecución que se levantó contra tan piadosa obra, prosiguió tan firmemente en ella como en cosa tan del agrado de Su Divina Majestad, para cuyo cumplimiento todo su cuidado fue buscar algunos compañeros, que no le faltaron, los cuales alimentaba a su costa, y cuantos niños hallaba por las calles los llevaba a su casa y los enseñaba, y después los volvía a las casas de tus padres.

Traslados de las escuelas

3. Juntáronsele unos compañeros suyos y amigos espirituales. Tomo para este ministerio las casas en Santa Dorotea en Trastevere, pero siendo angostas para la muchedumbre de los estudiantes ni bastando aunque agregarse otras casas cercanas, determinó tomar otra casa más espaciosa cerca de San Carlo ai Catinari. Subió el Venerable Siervo de Dios en la cumbre de dicha casa para acomodar una campanilla con que llamaba a los estudiantes a las escuelas, y fue derribado por el demonio de aquel empinado lugar en el patio. Hízolo el enemigo maligno para estorbar los adelantamientos que conoció se habían de hacer en aquella casa. Rompióse un muslo el Venerable Siervo de Dios, pero luego consiguió la salud. Vengóse de su envidioso enemigo estableciendo con mayor fervor el nuevo instituto; y por la Divina Voluntad creció tanto que, aumentándose el concurso de los estudiantes, fue en breve tiempo a tomar otro palacio más grande.

4.3. Por voz pública y fama he oído decir a los nuestros que hizo escuela en la iglesia de Santa Dorotea, y en otros lugares, como en la tienda frente a la puerta lateral de Sant'Andrea della Valle yendo hacia el Campo dei Fiori, y luego en la casa donde vive el Sr. Orsino de Rosi, en la plaza de San Pantaleo, y donde ahora están las escue-

las pías que fundó el Padre para ayuda de los niños pobres, tanto en las virtudes como en las letras humanas, que si no hubieran tenido este refugio y educación, habrían ido haciendo gamberradas por la ciudad, y todo esto lo hizo por el celo que tenía por el honor de Dios y del prójimo. Creció tanto el número de escolares que, no siendo suficiente ni siquiera con los locales citados más arriba que se añadieron, hizo falta encontrar otra casa, cosa que se logró cerca de S. Carlos de Catinari, y de este modo las escuelas fueron trasladadas del Trastevere a esta casa.

4.23. Comenzaron en la iglesia de Santa Dorotea en Trastevere, en la casa del párroco, y desde dicho lugar llevó las escuelas detrás de San Andrea della Valle, y luego las llevó a la casa donde está monseñor de Rosis, y últimamente en San Pantaleo.

5. Viendo en el Trastevere el problema de los locales, nuestro Calasanz pensó trasladarlas a Roma para obviar al mismo tiempo la incomodidad de los escolares que venían al Trastevere de tantas partes de la ciudad. En el año 1600 abrió las Escuelas Pías en una casa que se encuentra en la calle que va a San Carlos dei Catenari, entrando casi por el callejón de la iglesia de los Santos Cosme y Damían de los Barbieri. Aunque sólo le siguió uno de los maestros del Trastevere, no perdió el ánimo, sino que con su caridad y diligencia encontró otros buenos operarios, y era tan grande el número de los escolares que al poco tiempo ni siquiera esta casa fue suficiente.

Esto dio motivo a nuestro Calasanz para alquilar un caserón cercano con una renta de doscientos escudos al año, que pertenecía al Ilmo. Mons. Octaviano Vestri de los Condes Cunei, secretario de breves del Sumo Pontífice Clemente VIII. Aquí el número de escolares era tan grande que alcanzó los 600, y se dedicaba a ellos con tanto afecto que se veía en los jovencillos un grandísimo progreso en las letras y en las buenas costumbres, con admiración de toda Roma.

En esta casa nuestro D. José se retiró completamente, despidiéndose del Emmo. Cardenal Marco Antonio Colonna para dedicarse exclusivamente a esta santa obra, tomada por él como suya propia, confiada a él por S.D.M. Y para que los operarios fueran más fervientes y asiduos, hizo que se quedaran a vivir allí y convivieran en santa caridad, enseñándoles el modo de dar bien clase, no sólo en las letras, sino mucho más en el espíritu y buenas costumbres a favor de los jovencitos escolares.

Habiendo crecido mucho el número de los escolares, y habiendo también buenos maestros a causa de la buena fama de nuestro D. José, se vio que la casa del Ilmo. Mons. Vestri ya no bastaba, y para poder acoger a más pobres, pensó el diligente Calasanz en cambiar de lugar, y encontraron un buen edificio en la Plaza de San Pantaleo en frente mismo de la iglesia del santo mártir, y cuando se trasladaron a esta aumentó el número de operarios, y los alumnos llegaron a mil. Nuestro D. José recibió permiso del Sumo Pontífice Paulo V para celebrar en un oratorio decente y adornado, y también allí recibían la comunión al menos una vez al mes los fervientes y numerosos escolares.

El Demonio no podía soportar la caridad y el fervor de nuestro Calasanz ayudando a los pobres jovencitos, y viendo en estos principios el daño que le venía encima, miraba a ver si podía quitarle la vida. Una vez mientras estaba colocando la campana de los toques comunes en esta casa fue agarrado por una sombra (como afirman algunos vecinos) y arrojado al patio. Dada la altura del lugar debía haberse muerto ya por el aire. Muchos acudieron al oír el ruido, y encontraron a nuestro D. José vivo, pero con una pierna rota, que daba gracias por lo ocurrido a la Divina Majestad.

En esta época Dios hizo que por las simples palabras de nuestro enfermo viniera a ayudar en las Escuelas Pías el Sr. Gaspar Dragonetti, insigne maestro de docena de Roma, con cuya presencia continuaron las clases. Curado nuestro D. José, con ayuda de Dragonetti se hicieron cosas tales y de tanta edificación y provecho en las Escuelas Pías, que la buena fama llegó hasta el Sumo Pontífice Clemente VIII, que quiso ver a nuestro Calasanz, y se lo hizo presentar por medio del mencionado Mons. Vestri.

Su Santidad Pablo V, para salir al paso a muchas calumnias que se habían lanzado contra la santa obra, le dio por protector al cardenal Benito Giustiniani, el cual como piadosísimo príncipe, y adornado de ciencia, conociendo la importancia de las Escuelas Pías, abrazó con mucho cariño esta carga. Apreciaba muchísimo a Calasanz como fundador de ellas.

En 1612 nuestro D. José con sus compañeros compraron con el aval del Ilmo. Sr. Abad Glicerio la casa de los Sres. Torres pegada a la iglesia parroquial de San Pantaleo, en la cual obtuvieron el uso para celebrar la misa, pues ya el número de alumnos había aumentado hasta mil quinientos o mil seiscientos

6. Comenzó a practicarse el instituto de las Escuelas Pías con ayuda de unos pocos compañeros en la parroquia de Santa Dorotea en el Trastevere. Pero como los locales que hay allí, incluso añadiéndoles otras casas vecinas, eran demasiado pequeñas para la multitud de escolares que acudían allí, se transfirieron las escuelas a otro lugar bastante más capaz, donde mientras estaba colocando una campana para los toques de la escuela, tuvo una espantosa caída desde aquel alto lugar. Quizás el demonio preveía los sublimes progresos de aquella casa, y para impedirlos procuró la caída. El son de aquella campana debía llamar a los hijos de Roma para armarlos contra Babel, por lo que, temiendo el exterminio, procuró, en vano, trastornarlo. Te equivocas, maligno. El amor es ciego, pero no mudo. Si esta campana se calla, la caridad de José no calla. Mientras te afanas para impedir un sonido, haces que resuenen otros mil para celebrar la gloria de José. No sonaría tan bien por las bocas de los demás la fama de esta acción si hubieras dejado sonar entonces aquella campana.

7. El cual [instituto] a partir de entonces tendría el estatuto de estar bajo la protección apostólica, dejando como Prefecto al fundador, al cual, por ser tan amigo de la pobreza, se le permitió por orden del Vicario del Papa que pudiera ir y enviar a otros por la ciudad pidiendo limosna, como hacen los religiosos mendicantes, y sin más órdenes, el prudentísimo Pontífice quiso que se observase mejor el progreso de la obra. El P. José, guiado por Dios, procuraba para gloria del Señor su crecimiento, consiguiendo cuando podía buenos operarios que cultivasen fielmente la nueva viña.

Para esto había abandonado la casa de los Señores Colonna, los cuales no se consideraron ofendidos viendo al Padre empeñado en una obra de tanto esfuerzo, tan caritativa y humilde. Más aún, lo tuvieron bien en cuenta con su cristiana bondad, procurando ayudarle en lo que él quisiera, y no pedían otra cosa, sino que rogara a Dios por ellos y sus necesidades, cosa que él hacía.

En esta casa ocurrió que, habiendo subido el P. José a un cierto lugar elevado para colgar una campana para dar los toques del horario de las escuelas, mientras estaba allá arriba se sintió como empujado por una mano violenta, y cayó al patio, donde se rompió una pierna, que le atormentó durante toda la vida, y se cree que fue persecución del demonio para impedir el gran bien que veía iba a producirse por medio del P. José quien desde niño se había declarado enemigo suyo. Se curó, y recuperada la salud primera se dedicó con mayor ardor que

nunca a las fatigas acostumbradas, para vengarse santamente de la injuria recibida del Demonio, entregándose completamente al servicio de los pobres de Cristo mediante el establecimiento de la obra que continuaba creciendo prósperamente gracias a su diligencia. En este tiempo, después de haber estado las escuelas cerca de siete años en la casa frente a San Pantaleo, se presentó la ocasión para mudarse a la casa en la que están actualmente los padres. Estuvieron en ella durante algún tiempo de alquiler, y después, como resultaba cómoda para obtener la iglesia de San Pantaleo, la compraron con la aprobación del cardenal Giustiniani, protector del instituto, y que contribuyó con una buena limosna a pagarla. Hay que resaltar aquí la fe que nuestro Padre tenía en la Providencia de Dios, quien sin tener otra garantía que ella asumió la deuda de diez mil escudos que costó la casa, con obligación de pagar un seis por ciento de interés. Su fe no quedó defraudada, porque en pocos años Dios proveyó de tal modo que se pagó la primera, y se compraron y pagaron otras casas contiguas de menor precio. La compra de esta casa tuvo lugar en 1612, y con ella se logró que las escuelas funcionaran mejor que nunca, y además eran adecuadas las habitaciones de los que vivían con el Padre, porque habían comenzado ya una cierta manera de vivir en comunidad haciendo vida pobre, y conformándose gustosos a la pobreza evangélica de lo que se encontraba y les daban como limosna, sometiéndose a la obediencia del Padre.

8. Viendo luego que la casa del párroco era pequeña, tomó en alquiler otra más grande al lado, pero entonces, pensando que se haría más beneficio dentro de Roma, tomó una casa muy capaz hacia la calle de San Carlo dei Catenari hacia los Polleros, y después una más grande cerca de S. Carlo dei Catinari.

Aquí también el diablo, como en cualquier otro lugar, lo persiguió; especialmente mientras iba a acomodar la campana para dar las señales de la escuela. Fue tomado por una sombra, como algunos afirman, y arrojado al patio, que por la altura tuvo que morir por el aire. Al oír el ruido corrieron los vecinos y encontraron que se había roto un muslo. No le abandonó Dios en aquella hora ni en el tiempo que estuvo en la cama, que fueron muchos meses, sino que le envió allí al Sr. D. Gaspar Dragonetti.

Curado nuestro Calasanz, en agradecimiento por la gracia recibida de Dios, se dedicó con mayor ánimo a la obra de las Escuelas Pías, a la que venían tantos niños que fue necesario buscar una casa ma-

yor, que fue la de Monseñor Ottaviano Vestri de los Condes Cunei, Mayordomo del Papa Clemente VIII

9. Viendo entonces que la casa del párroco no era suficiente para la multitud de estudiantes, tomó otra al lado por 30 escudos al año; pero entonces, pensando que sería más ventajoso estar en Roma, alquiló una casa muy capaz en el camino a los Polleros, y después una más grande cerca de S. Carlo dei Catinari.

Aquí también el diablo, como en los demás lugares, le persiguió. Mientras acomodaba la campana para los toques de la escuela, una sombra le agarró, según dicen algunos, y fue arrojado al patio, que según la altura del lugar tuvo que morir en el aire; corrieron los vecinos al oír el ruido y descubrieron que se había roto un muslo.

En este tiempo Dios hizo que el señor D. Gaspar Dragonetti viniera petición suya a las Escuelas Pías. Sanado nuestro D. José, en agradecimiento a la gracia recibida de Dios, se entregó con mayor afecto a la obra de las Escuelas Pías, que por la buena fama tenía muchos escolares, por lo que fue necesario buscar una casa mayor, y fue la de Mons. Ottaviano Vestri de los Condes Cunei, Mayordomo del Papa Clemente VIII.

10. Dentro de muy pocos días, se fundó otra casa en Roma, cuyo título es de San Pantaleo, sita en la Plaza Navona, que está en el corazón de toda Roma. El Eminentísimo señor Cardenal Miguel Ángel Tonti, de su hacienda erigió y dotó ricamente un Colegio situado en la calle de San Onofrio en la misma Roma, con el título de Nuestra Señora, el cual llamó el Padre Fundador Colegio Nazareno, título que hoy conserva. Y en la misma plaza de San Pedro está la Casa del Noviciado de la Escuela Pía, dedicada a San Lorenzo (por más que a diferencia de aquella grandiosa Basílica que el Papa San Dámaso dedicó al invencible mártir San Lorenzo, nuestro valiente Español, Aragonés y compatriota del Padre Fundador), el noviciado de la Escuela Pía se llama en Roma San Lorenzino, edificada en tan buen sitio que la mayor nobleza de Roma la llena el día del Corpus, porque a sus puertas y balcones pasa el Papa con todos los Cardenales con la procesión del Santísimo Sacramento. En todas las casas, así como se iban fundando, se abrían escuelas públicas, hasta en la del Noviciado, de niños, de leer y escribir, Aritmética, Gramática, Retórica y donde no hay Universidad y hay estudiantes capaces, mientras gusten escribir con los Religiosos de la Casa, se les lee también las ciencias.

11. Cuando abrió sus escuelas en el lugar indicado sólo le siguió uno de los maestros, así que buscó otros mejores aumentándoles la paga, y logró que estos dieran clase conforme a lo que disponían sus deseos en relación con el anhelo que tenía a favor de aquella joven edad, que parecía que era lo único en que pensaba, alegrándose mucho del progreso que se hacía en la escuela en la buena educación, por lo que fue creciendo el número de escolares, y la casa se le quedó pequeña, por lo que tomó una mayor de Mons. Octaviano Vestri, de los condes Cunei, secretario de Breves del Sumo Pontífice Clemente, por un alquiler de doscientos escudos anuales, lo que se hizo alrededor del año 1603. Las escuelas tenían mucha aclamación y Calasanz era tenido en buen concepto por toda Roma, por la manera como se instruían laudablemente en ellas los niños con fruto admirable tanto en las buenas costumbres como en el estudio de las letras, pues se sabía que eran necesarias y todos los que eran autorizados recibían beneficio de ellas, y eran aplaudidas. Los escolares que venían a estas escuelas eran más de seiscientos, y el número crecía cada día. José, para no distraerse con otras ocupaciones, considerando que su presencia en las escuelas era necesaria todo el tiempo, decidió dejar su habitación por la incomodidad que resultaba de ello, y se despidió del Sr. Cardenal Marco Antonio Colonna, el cual teniendo en mucho concepto y estima al siervo de Dios, a pesar de que sólo gozaba de su presencia tan útil durante el poco tiempo que pasaba en su palacio, no quiso otro sino ponerse a su disposición, considerando que lo que quería hacer era para el mejor servicio de Dios.

Ahora bien, en esta casa no sólo decidió tener su habitación, sino también proveer otras para los maestros, además de lo que les tenía asignado, y convino con ellos en la caridad de vivir juntos, con lo que sería más fácil expresarles a su gusto de qué manera quería que hicieran escuela, no sólo enseñando las buenas letras, sino mucho más importante aún, el bien de las almas y santas y laudables costumbres, y principalmente las cosas de nuestra santa fe, que se enseñan en la Doctrina Cristiana, con la distribución de las horas asignadas a sus tiempos tanto para las escuelas como para los mismos maestros. En el particular de sus tareas comunes de ejercicios y devociones se pusieron de acuerdo en el Señor para ayudar a aquellos niños. Organizados siguiendo su ejemplo admirable, vivían en tal unión, adquiriendo todo tipo de bien, que parecían una casa de sacerdotes consagrados a Dios.

Atendía con gran esfuerzo a la buena educación de sus escolares, lo que parecía ser su alimento. Por la noche solía preparar las composiciones para los de gramática y buenas letras, y para los de grados mayores las lecciones de ábaco y las muestras de escribir, que distribuía a los maestros, y con destreza les daba a entender el modo que debían emplear para enseñar a los escolares y para explicarles las lecciones. Tomaban a mal el que hiciera todas estas cosas, pero viendo en él una bondad tan extraordinaria se rendían todos dispuestos a escucharle, para seguir todo lo que ordenaba y quería el siervo de Dios, admirando su indecible caridad y el modo que tenía de guiar a la niñez al conocimiento de Dios, y se esforzaban para imitarlo y seguirlo. Decían que su humildad era más que grande, pues no permitía que los demás barrieran las clases, sino que lo hacía él a las seis de la mañana. Y dicen que en aquellos primeros años nunca se acostaba, sino que satisfacía la necesidad de su poco dormir solamente con apoyar la cabeza sobre una mesita. Y, de la misma manera que sus adversarios murmuraban y criticaban, y decían mal de sus escuelas, al mismo tiempo decían de él que era más que santo. Viendo tanto progreso de los niños en el servicio divino se encendía aún más el odio y la indignación del enemigo del alma humana, y en los avances y el provecho de las almas contra sus insidias, de manera que no podía hacer prevalecer su maldad, se estremecía contra el piadoso obrero de la viña de su Señor, el cual, habiendo subido en una ocasión a lo alto de aquella casa para colocar una campana para dar las horas a los escolares, el Demonio, impaciente y soberbio, se le echó encima, y con gran ímpetu cargó contra él, y le dio tal empujón que lo tiró desde lo alto hasta el patio abajo. Algunas personas que estaban enfrente en otras casas lo vieron, admirando la humildad y caridad del siervo de Dios, y dicen haber visto como una sombra negra y horrible, que de improviso y con gran ímpetu se lanzó contra él, el cual de pronto a causa del golpe o del empujón cayó hacia atrás, y se pusieron a gritar fuertemente: “¡Jesús, Jesús, ayúdalo!” Al oír los gritos y el estrépito de la caída acudieron muchos, y encontraron a José tendido en el suelo sobre las piedras del patio. Les pareció que estaba muerto, y ciertamente la altura del lugar era tal (y yo la he visto) que debía haberse muerto ya por el aire, pero lo encontraron vivo, aunque herido, especialmente en una pierna, que se la rompió, y estaba el siervo de Dios con una gran tranquilidad de ánimo y una paciencia invicta, dando gracias a su Dios, a

cuya voluntad estaba totalmente entregado, sin dudar en absoluto de su ayuda y asistencia, con la cual Él sabe transformar el mal en bien, y convierte las desgracias en alegrías.

Lo llevaron a la cama por la herida que tenía en la pierna rota para curársela. Él sólo se preocupaba y pensaba en la buena marcha de las escuelas, y para que no sufrieran, mandó llamar a D. Gaspar Dragonetti, maestro de docena en Roma, sacerdote desde hacía muchos años, y buen viejo. De buena manera le rogó que tuviera la amabilidad de hacerse cargo de la superintendencia de las escuelas, y él de buena gana se hizo cargo, con mucha satisfacción del enfermo, y con gusto suyo. Dragonetti era de origen siciliano, canónigo en la ciudad de Leontino de aquel reino, donde nació, hombre virtuoso y encomiable en su profesión, pues había tenido una escuela en Roma durante setenta años, de la cual habla D. Pedro de la Valle; en 1531, tercera parte, carta 28, folio 507 dice que el P. San Ignacio de Loyola envió a su escuela a sus religiosos jóvenes en los primeros tiempos, a fin de que aprendiesen gramática y buenas letras, con mucho aprovechamiento suyo, como lo demostraba el P. Manuel Álvarez, y otros alumnos suyos. Una vez José recuperó la salud con el particular favor de Dios, y con alegría de todos, Dragonetti ya no dejó nunca de ayudarle y servirle en las escuelas, y terminó sus días en nuestra Orden, en la casa de San Pantaleo, teniendo ciento veinte años y meses de edad.

En 1611, viendo José que cada día aumentaba el número de escolares, siendo ya más de mil seiscientos, se decidió a tomar otra casa más adecuada, y Dios le ayudó en el aumento de buenos obreros que había logrado para su mies, entre los cuales le fue de gran ayuda el Sr. Abad Glicerio Landriani, caballero de una de las mejores familias de Milán, quien se dedicó con total desprecio del mundo al seguimiento y disciplina de este siervo de Dios para imitarlo hasta el último día de su vida, como hizo, pues murió siendo aún novicio, en olor de santidad, de cuya beatificación se trata ante la Santa Sede Apostólica. Cuando este prelado entró a formar parte del número de los hijos de Calasanz, se comprometió a ayudarle a sus expensas en la compra de la casa adosada a la iglesia de San Pantaleo, en la cual se fundó y se estableció hasta nuestros días la primera casa del instituto. Y para cortar el camino a las calumnias de los adversarios de tan santa obra, Su Santidad le dio por protector al Emmo. Cardenal Benito Giustiniani, príncipe piadosísimo y digno del saber y mérito

de su nobilísima familia. Este señor, reconociendo la importancia y la necesidad de un instituto tan importante en la Iglesia, aceptó gustoso y con gran afecto la protección de la obra pía, dando muchos signos del afecto que sentía hacia su fundador por la elevada opinión que tenía de él. Y decidió consagrarse a apoyar el instituto de manera que se estableciese con la mayor firmeza posible, y quiso además que el supradicho P. Domingo, carmelita descalzo, asistiera a la primera Congregación General, de modo que con su prudencia y saber se establecieran las leyes y decretos provechosos para su estado conveniente. Y en tiempos de Urbano VIII, en efecto, intervino en aquella Congregación. Nos mostró su amor incesante, y se dice que envió a aquel buen religioso a nuestro Padre fundador y su instituto, pues le aconsejó y quiso que lo hiciera el padre Glicerio Landriani cuando este le pidió que le admitiera entre sus padres descalzos, y él le respondió que fuera a la nueva orden religiosa de las Escuelas Pías, que Dios le quería por ese camino. He querido escribir todo esto aquí para que los que vengan después conozcan la obligación que tenemos para con una orden tan santa, que incluso en sus primeros albores mostró particular afecto a nuestro instituto. Pues en tiempo de Gregorio XV, el venerable P. fray Domingo de Jesús, aragonés, su general por comisión del mencionado Vicario de Cristo N.S. tomó la dirección de las escuelas y le dio una capilla para oratorio en su convento de la Scala, para garantizar que el Sr. Cardenal Luis de Torres la pudiera usar, y así pudieran obtener su palacio y casa de la Plaza Navona, que hoy se llama de San Pantaleo, y el mismo afecto han demostrado en otras ocasiones, como se sabe con seguridad.

12. Como la obra avanzaba muy bien, el inicuo enemigo del género humano le tenía tal envidia que cuando José estaba colocando una campana en la parte más alta del edificio, le dio un empujón para que cayera desde el tejado. Los que estaban en las ventanas vieron que José, antes de caer, estaba envuelto en una sombra. Se rompió un muslo, y con dolores en todo el cuerpo, aunque con la vida a salvo, tuvo que quedarse en cama. Entonces le visitó el venerable sacerdote Gaspar Dragonetti, canónigo de Lentini, hombre de costumbres serias y muy experto en legua latina, y enseñaba a un grupo de jóvenes. Era tanta su virtud y erudición, como escribe Pedro del Valle en sus cartas, que alguna vez colaboró con el mismo San Ignacio y su obra, cuando estaba comenzando su Compañía. Cuando vino a verle, José supo convencerle con sus palabras para que se

uniera al instituto de las Escuelas Pías y echara una mano. Despidió el grupo del que se ocupaba, y al poco tiempo se trasladó al edificio de las escuelas, llevando consigo sus propiedades. Con la venida de tan insigne sacerdote José se alegró tanto que, curado el muslo, en poco tiempo convaleció. Dragonetti continuó trabajando en las escuelas de manera tan ferviente y diligente que nunca interrumpió su ministerio iniciado. Al final terminó su vida en la Congregación a los 125 años, con alabanza de su gran virtud.

En el año 1600 José trasladó la sede a casa de Octaviano Vestri, de los Condes Cuneo, que era mayordomo del Papa Clemente VIII. Donde después los Clérigos Regulares de la casa de S. Andrea della Valle construyeron la puerta y el patio. Aquí Calasanz, después de abandonar el palacio del Cardenal, fijó su domicilio con los demás. Allí el instituto de las Escuelas Pías florecía con la alabanza y aprobación de todos, de modo que aquel Prelado se lo contó todo al Pontífice. Muy contento Clemente con la fama de este nuevo grupo, llamó a Calasanz, y habló con él de manera benigna y amplia, y le dijo que él mismo había tenido la intención en otro tiempo de ocuparse de la educación de los niños en la escuela, pero que por gravísimos motivos no pudo llevarlo a cabo; nos alegramos (dijo) de que Dios le haya elegido para llevar a cabo una obra tan importante. Y mandó que dieran al P. José cada año unos cientos de escudos.

Por lo cual, con tanta recomendación del Pontífice y los Padres, era necesario conseguir una sede mayor para acoger y educar de manera más cómoda a los niños, y José emigró con sus compañeros a un edificio mayor junto a la iglesia de San Pantaleo.

13. Por ello, fue creciendo la obra y su beneficio, por lo que se trasladó a Roma detrás de la iglesia de San Andrea della Valle, en una casa de Mons. Vestri de los Condes Cunei, Mayordomo del Papa Clemente VIII, donde permaneció poco tiempo. Y finalmente en 1613 plantó las Escuelas Pías en la casa cerca de la iglesia de S. Pantaleo en Parione, donde se encuentran en el presente. Esta iglesia era una antigua iglesia parroquial, y era servida por un sacerdote con el título de vicario, puesto allí por el cabildo de los Canónigos de S. Eustaquio. Y el vicario de entonces se llamaba D. Alessandro Lutio, que estaba de acuerdo con que los Padres vecinos de las Escuelas Pías utilizaran dicha iglesia para celebrar la misa, y también por la conveniencia para sus escolares en escucharla. Paulo V entonces con un Breve particular de fecha 13 de junio de 1614 dio el uso

perpetuo de dicha iglesia a los mismos Padres, para que pudieran hacer en ella sus ejercicios y funciones sin perjuicio, sin embargo, del citado vicario rector. Y para que los maestros pagados por D. José pudiesen continuar con menos esfuerzo en el ejercicio de las ya numerosas escuelas, el mismo D. José por la noche preparaba las composiciones adaptadas a cada escuela, y también las lecciones del ábaco, y las muestras de escritura en buena letra para los escolares, distribuyéndolas por la mañana a los maestros, y les explicaba también la forma de darlas a los escolares. Siendo Prefecto de las escuelas, era igualmente maestro de todas, pasando todo por sus manos, de modo que en esos primeros años casi nunca iba a la cama, sólo apoyaba su cabeza sobre la mesa durante un poco de tiempo, para satisfacer la necesidad del sueño corporal. Y debido a que era extraordinario el beneficio que resultaba a la República Cristiana por el Instituto de Las Escuelas Pías, el diablo, enemigo de todo bien, se indignó muchísimo, viéndose así perjudicado por nuestro D. José con su buena educación a los niños pobres, por lo que con todo su poder procuró perturbarlo.

Y debido a que era extraordinario el beneficio que resultaba a la República Cristiana por el Instituto de Las Escuelas Pías, el diablo, enemigo de todo bien, se indignó muchísimo, viéndose así perjudicado por nuestro D. José con su buena educación a los niños pobres, por lo que con todo su poder procuró perturbarlo. Y se juzgó obra del diablo una caída que tuvo nuestro D. José, en la que estuvo en peligro su vida. Porque mientras un día estaba en cierto lugar alto, donde había subido a colocar una campana para dar las señales para regular las escuelas, sintió como una mano violenta que le daba un empujón, y cayó en el patio, y se rompió el fémur. Pero quiso el Señor devolverle la salud primera después de muchos días, para que continuase la obra comenzada.

En este tiempo se le unió D. Gaspar Dragonetti, siciliano, un hombre de mucha perfección y formación literaria, que después de continuar el ejercicio de las Escuelas Pías durante muchos años con gran provecho en los jóvenes y en la perfección cristiana y religiosa, murió en buena vejez y colmado de días en Roma a la edad de 120 años. Y debido a que la santidad de Paulo V en el año 1614, el 13 de junio, había concedido con particular decreto a nuestros Padres el uso únicamente de la iglesia de S. Pantaleo, adyacente a la casa donde vivían, sin perjuicio, sin embargo, del derecho parroquial y el cui-

dado de las almas, siendo la iglesia dependiente del Cabildo de los Canónigos de la iglesia parroquial de S. Eustaquio, como se mencionó anteriormente, ocurrió que D. Alessandro Lutio renunció a la vicaría en manos del Pontífice Gregorio XV, sucesor de Paulo V. Y Gregorio XV, viendo que dicha cura de almas impedía los ejercicios de nuestras Escuelas Pías, trasladó la cura de almas de la iglesia de S. Pantaleo a la de S. Eustaquio, y concedió la iglesia, libre, a los Padres de las Escuelas Pías, con algunas condiciones, como figuran en su Breve de fecha veintitrés de febrero de 1622.

14. La asistencia de escolares crecía cada día, ya que en todas partes crecía la fama de las nuevas escuelas, y ya no eran capaces para tantos ni las salas de la sacristía de S. Dorotea, ni las que había alquilado el P. José, y había que pensar en encontrar una casa más capaz y más cómoda para las escuelas, para que esta obra continuara y se consolidase. La estrechez de la casa se sumó a la inconveniencia del sitio, al estar demasiado lejos del hábitat más numeroso y más poblado de la ciudad. Fueron muchas las dificultades que encontró el Padre, y la oposición que le hizo el diablo, que había engañado una vez a nuestros primeros padres con la golosina del demasiado saber, y ahora, por el contrario, sabiendo que todo pecador es ignorante, quisiera eliminar el verdadero conocimiento del mundo para engañarnos. Dejo el gran gasto y la poca ayuda que tuvo en esta santa obra, porque nunca se desesperó por esto, como si hubiera puesto todas sus esperanzas en Dios, para cuya gloria la había comenzado. Con muchas dificultades encontró después de muchos esfuerzos una casa grande y cómoda cerca del convento de S. Carlo de Catenari de los Padres Barnabitas, y allí con gran aplauso de toda Roma se trasladaron las escuelas desde Santa Dorotea en Trastevere, y con dicho traslado, siendo el lugar más cómodo y más capaz, no se puede creer cuánto creció el número de escolares y el fervor del Padre y sus compañeros, pues el Señor ya le enviaba algunos para ayudarle. De ordinario dormía un poco, pues se lo exigía la necesidad de la naturaleza, sentado e inclinando la cabeza sobre la mesa donde estudiaba, estando siempre ocupado con Dios o para Dios, como lo leemos sobre nuestro Santo Patriarca Domingo. A tan grandes fatigas añadió otra de no de poco trabajo, pero de gran humildad, que era barrer cada mañana al amanecer y antes de que los demás se levantaran de la cama todas las escuelas, cosa que se ha sabido de su boca cuando era viejo para la instrucción de sus novicios.

Y en ella se ordenó que ese Instituto se erigiera en una Congregación de Compañeros del P. José que se dedicaran a dicha obra bajo la dirección y regulación de dicho Padre, al que nombrarían Prefecto de la misma, y que dicha Congregación fuera recibida bajo la protección de la Sede Apostólica con el subsidio perpetuo de la dicha limosna de doscientos escudos de oro asignados ya por el Papa, y a petición del fundador, que deseaba verse pobre por Cristo sin saber que con esto ponía las bases de su nueva Religión, pidieron permiso del Vicario del Papa para poder pedir limosna en Roma, como suelen hacer los religiosos de las religiones mendicantes.

Pero era desgraciadamente demasiado peligrosa para el infierno esta forma de vida, y aún más su sabio Instituto, del que ya veía que en aquellas escuelas ponía los cimientos, y se le opuso con dura y continua guerra. Primero trató de quitarle la vida, de modo que quitándose de delante ya no tendría miedo de su caridad ni de su nueva Orden. Así que estando en la nueva casa subió el Siervo de Dios (que en todos los trabajos y especialmente en los que eran más viles y más laboriosos era el primero) a lo más alto del tejado para colocar una campana que sonara para dar la señal cuando tenían que empezar o terminar las clases, para hacerlo con orden y regla, y mientras la estaba acomodando, se sintió dar por una mano invisible un empujón muy violento con el que se vio precipitado desde esa altura hasta el patio. Con aquella caída, aunque el Señor le conservó su vida, que sin duda le quería quitar con ella el diablo, se le rompió para mayor mérito un muslo, y permanecía con todo su cuerpo dolorido y atormentado. En medio de un agudo dolor pasó muchos días, ofreciéndolo al Señor en sacrificio, y rogándole que le ayudara en la obra iniciada. El Señor no dejó de escucharle; de hecho, en aquellos días Dios le dio tales consuelos que fueron suficiente para restaurarlo en poco tiempo con una salud prístina. Y que la citada caída y el empujón fue obra del diablo tentador estaba claro, porque los que estaban en las ventanas entonces confirmaron que antes de que cayera lo vieron cubierto por una neblina muy oscura, que lo escondió a su vista, y lo precipitó al patio.

En esta ocasión vino a visitarlo un erudito y devoto sacerdote y canónigo de nombre D. Gaspar Dragonetti, de cuya doctrina y erudición corría la fama no sólo por esa ciudad, sino por toda Italia, y como narra Pietro della Valle en una de sus cartas, fue muy estimado por el Santo Patriarca Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía.

ña de Jesús, que en los principios de su Compañía, cuando aún no abundaba en sujetos con los que luego ilustró el mundo, a menudo se sirvió de la obra de este gran hombre, como si estimara y confiara mucho en su gran bondad y conocimiento. Ahora bien, cuando este gran hombre vino a visitar a nuestro enfermo Calasanz y trató con él en diversos discursos de cosas de estudio y de la obra iniciada por nuestro Padre, le supo persuadir tan bien de que aquella obra era muy útil y grata a Dios y muy útil al cristianismo, que le llevó a abrazarla con tal fervor que una vez puesta la mano en ella, con diligencia incansable siguió a lo largo de su vida, y en los problemas en los que veremos luego se encontró la Religión, fue siempre constante y llegó a la edad de 125 años, lleno de méritos en edad, no demasiado común en nuestros tiempos, y vivió en Roma como religioso de las Escuelas Pías, como de su no menos larga que santa vida se puede ver, pasando a la gloria. Y fue tal el consuelo de esta gran ganancia hecha con esta ocasión para la obra pía, y luego para la nueva Orden, que dio por bien empleados todos los dolores y preocupaciones sufridas, y consolidada la rotura del muslo, recuperó inmediatamente la salud y se dedicó con más fervor a las escuelas. El principal de ellos y el primero que se dedicó a trabajar en las escuelas sin sueldo temporal fue el padre Gaspar, siciliano, natural de la ciudad de Lentino en Sicilia, un hombre verdaderamente de Dios. Este, con todo que era un hombre muy suficientemente formado para recibir el santo sacerdocio, por la humildad y respeto que tenía a ese grado, y a pesar de que vestía de sacerdote, y tenía las órdenes menores, y era un canónigo en su patria, nunca quiso recibirlo. Era su trabajo hacer escuela pública de gramática. Pues este fue uno de los primeros que abrazó esta piadosa obra de las escuelas, y se le puede llamar el primero, porque de todos sólo él perseveró hasta la muerte durante todo el tiempo de su larguísima vida, que Dios le dio tan larga y próspera que vivió ciento veinte, o como otros dicen, ciento treinta años, sin ninguna enfermedad y sin pérdida de dientes ni de vista, lo que en nuestros tiempos puede estimarse como un milagro de la naturaleza. Es cierto que cuando la Congregación cambió de secular a regular, el P. Pedro no quiso que el P. Gaspar se viera obligado a cambiar de hábito, o a profesar los rigores de la Regla, estimando tanto su doctrina y su habilidad en las escuelas que juzgó como mayor servicio a Dios que le sirviese durante tanto tiempo como lo hizo, que con los rigores de la vida se le impidiese

esta obra de caridad, de modo que con el hábito de sacerdote secular vivió siempre en esta Religión sirviendo diligentemente en las escuelas hasta su última decrepitud durante un periodo de más de cien años, muriendo por así decirlo en este ejercicio.

Con estos favores y con la prudente vigilancia del Padre José, iban creciendo de la misma manera las escuelas, que ya para establecerlas y perpetuarlas pensaban en tomar un edificio más grande y más capaz, ya no en alquiler, y como si fuera de paso, sino como una obra que ya con la ayuda divina iba echando raíces y perpetuándose, comprando una casa capaz y apta para establecer allí a perpetuidad las escuelas. Así que, primero negociándolo por medio de la oración con el Señor, y luego consultando también con hombres muy prudentes y muy sabios de la corte, se decidió hacer la compra de una casa muy grande y capaz ubicada al costado de la iglesia de S. Pantaleo, donde hoy se pueden ver dichas Escuelas Pías, disponiéndolo así el Señor, que se comprase una casa cerca de esa iglesia donde se iba a fundar la nueva Orden, aunque de momento nada pensaba sobre ello el P. José. La citada casa era propiedad de la señora Victoria Cenci de Torres, y con el consejo y la opinión no sólo de sus compañeros sino también del Siervo de Dios Fray Domingo de la Scala, Carmelita Descalzo, pronto se llevó a cabo la compra, y con la ayuda del Señor se pusieron de acuerdo en diez mil escudos de Roma, y también fue aprobada por el Cardenal Giustiniani, Protector entonces de las Escuelas Pías, que se esforzaba por promoverlas y ayudarlas no solo con palabras y consejos, sino también con hechos, pues él entonces pagó parte de dicho precio. Se estipuló el instrumento de venta por el Notario Palmerio, Auditor de la Cámara, y el Notario Cosme Conti, que in solidu establecieron el instrumento el primero de octubre del año 1612. En él se obligaba el P. José a hacer el pago en tres veces, y mientras tanto pagar los intereses al seis por ciento, que importaban 600 escudos al año, y todo esto confiando en la Divina Providencia, siendo él pobre, pues había dado todo y se había dado él mismo a los pobres de Cristo. Pero como tenían la firme esperanza de que el Señor se ocuparía de todo, se obligó sin pensar en otra cosa. Una vez comprada la casa, las escuelas se dispusieron en mejor orden y forma que nunca habían tenido antes. Otros seis compañeros se unieron al Padre, el principal de los cuales era el abad Glicerio Landriani, quien con gran espíritu había abrazado esta obra, y ya lentamente comenzó una forma de vida común, y muy pobre, contentándose

con lo que les daban en limosnas los benefactores, de modo que sin darse cuenta llegaron a formar una Congregación de regulares, a la cual el P. José había sido llamado por Dios desde España. Si bien en esos principios se admitían otros seglares, que vivían en sus casas y venían a ayudar a la obra pía por devoción, sin embargo, las piedras fundamentales que Dios había elegido para fundar esta nueva Orden en su Iglesia fueron los seis compañeros con el P. José.

No dejó tampoco de ayudarles en lo temporal; llegó el momento de pagar la primera cuota del precio de la casa que importaba tres mil trescientos treinta escudos, y el P. José para pagarla se vio obligado a tomar dos mil escudos obligándose al nuevo censo, y pagó el dinero a los herederos de la señora Victoria, que había muerto poco después de vender la casa. El Señor le ayudó moviendo el corazón del cardenal Giustiniani, Protector, no sólo a pagar dicho censo, sino para devolver luego, como hizo a su muerte, el capital de los dos mil escudos. Como las escuelas seguían creciendo, y se descubría el gran fruto que la juventud lograba en ellas, y con ello el gran beneficio del público, no faltaba el dinero, que llegaba con buenas limosnas, que no solo eran suficientes para pagar todo lo debido de la casa, sino también para comprar otra casa de un tal Antonio Bindo que estaba entre la casa comprada y la iglesia de S. Pantaleo, con la que no sólo consiguieron agrandar la primera, sino que luego pudieron unir las en forma de monasterio a la iglesia de S. Pantaleo, de modo que sin darse cuenta, iba cada vez más arreglando las cosas para la nueva Religión. Sin embargo, no faltó quien la ayudase valientemente para facilitarle con una excelente relación a la citada Sagrada Congregación favorable a las escuelas. Quien más ayudó fue el Señor Cardenal Giustiniani, que desde el principio fue hecho su Protector y siempre había mostrado de hecho aquello para lo que había recibido el cargo, ayudándoles con toda la eficacia que podía desear y con dinero, y con favores, y con consejos, teniendo un celoso cuidado de ellos. Había considerado excelente la idea del P. José de fundar una nueva Congregación de Clérigos Regulares, que se ocupara por sí mismo a esta obra, y le había animado a la empresa, por lo que pudo tanto con su voto y buena información que dio a los colegas cardenales (otros también favorecieron la idea, movidos por la bondad del P. José y el P. Pedro, ya bien conocidos en toda Roma, que eran los principales promotores de la misma) que se consiguió el excelente final del negocio.

15. La fama de la excelente educación que recibían los niños se extendió por toda Roma; por lo que desde todas las partes venían en tal número que las salas de Sta. Dorotea se quedaron pequeñas. Por lo tanto, determinó el Siervo de Dios trasladar las Escuelas Pías a Roma, como se ejecutó a principios del Año Santo de 1600, habiendo alquilado una casa muy capaz cerca del lugar llamado Paraíso, a donde, para asistir mejor al instituto piadoso, dejó las habitaciones que tenía en el Palacio de los Señores Colonna, y se trasladó a vivir con algunos de los maestros que actualmente enseñaban. Y como después de dos años aumentó la asistencia de escolares, pasó a vivir al edificio de Monseñor Vestri, al otro lado de S. Andrea della Valle, mucho más capaz para las escuelas y para los maestros que vivían allí. Y en este lugar también comenzó a hacer con sus compañeros una especie vida común, así en la comida, como en algunos ejercicios espirituales de oraciones y devociones.

Aquí ocurrió un accidente muy extraño, y fue que quiso colocar en un lugar alto del patio una campana para dar los toques para la escuela, se subió a una escalera de palos; pero mientras estaba empeñado en colocarla, fue golpeado por una sombra, que así lo atestiguaron algunos vecinos, que de sus ventanas lo vieron, y por la fuerza con que le golpeó, cayó al suelo, quedando gravemente herido por la rotura de una pierna, y todo el cuerpo dolido, de modo que se temía mucho por su vida. Los dolores que sufría eran muy grandes y los sufría con indescriptible paciencia; pero la mayor aflicción de su alma era la consideración de que por faltar él, podía igualmente perderse la obra pía.

El Señor, sin embargo, no fue escaso al darle consuelo, pues al mismo tiempo le envió varios excelentes obreros, y entre otros el P. Gaspar Dragonetti, que durante el espacio de unos 40 años había tenido escuela de docena en Roma; y perseveró en las Escuelas Pías hasta el año del Señor 1628 en que murió a la edad de 120 años, con una gran opinión de bondad de vida. Otro fue el P. Gellio Ghellini, un noble de Vicenza y sacerdote de gran espíritu, que luego regresó a su tierra natal y murió allí en olor de santidad.

Pasó a mejor vida Clemente VIII y también a los pocos días León XI que le sucedió. Fue elevado al Sumo Pontificado el Cardenal Camilo Borghese, que tomó el nombre de Paulo V. Este, siendo Cardenal, había ido muchas veces a ver las Escuelas Pías, y por experiencia sabía muy bien que se trabajaba santamente en ellas, y que habían

sufrido muchos ataques, y, estando muy satisfecho con la obra pía, quiso con autoridad apostólica darle alguien que la defendiese; por lo que nombro su protector al Cardenal Ludovico Torres; y unos años más tarde, cuando este murió, nombró como nuevo Protector al Cardenal Benedetto Giustiniani, persona altamente calificada en el Sagrado Colegio por su piedad y letras, bajo cuya protección las Escuelas Pías progresaron notablemente. Las cuales, creciendo cada día el número de escolares, pasaron a otro edificio más capaz que el de Monseñor Vestri.

Finalmente, en el año 1612 el P. José las trasladó al edificio de los Señores Torres adyacente a la iglesia de San Pantaleo, situada en la plaza anteriormente llamada de los colchoneros, comprada por el precio de diez mil escudos. Contribuyó a la compra con dos mil escudos el Señor Cardenal Giustiniani, Protector, y con otra suma considerable el Abad Glicerio Landriani, noble milanés que luego vistió el hábito de las Escuelas Piadosas, y murió en ellas en olor de santidad, como se puede ver en el proceso de autoridad ordinaria que se conserva en la Sagrada Congregación de Ritos, y dicho palacio se terminó pagando con el legado de seis mil escudos que dejó a las Escuelas Piadosas el Señor Cardenal Horacio Lancellotti. También se obtuvo al cabo de poco tiempo el uso de dicha iglesia de San Pantaleo para comodidad de los escolares para escuchar la Santa Misa, para administrarles los santos sacramentos, tanto a ellos, como se ha dicho, cada mes, como a los otros fieles comúnmente.

16. Difundiendo mientras tanto en Roma el concepto y la buena fama de la obra erigida por Calasanz en Santa Dorotea, crecía cada vez más el número de niños que obtenían gran utilidad en la moderación de sus costumbres, que quedaban todos admirados al verlos compuestos, modestos, dóciles y devotos; todo lo contrario de lo que eran antes de recibir las enseñanzas de José. De modo que al poco tiempo las habitaciones en Santa Dorotea resultaron insuficientes para acoger a la gran cantidad de escolares que venían, por lo que decidió el Siervo de Dios trasladar las escuelas al otro lado del Tíber, como hizo a principios del Año Santo de 1600, habiendo alquilado una casa muy capaz, cerca del lugar llamado Paraíso.

Para que los escolares se acostumbraran desde los tiernos años a escuchar todos los días y con devoción la Santa Misa, se aseguró de que se preparara el final de los ejercicios escolares, en alguna iglesia más cercana (hasta que se tuviera una iglesia u oratorio a propósito)

un sacerdote que les celebrara la Misa, a la que él mismo asistía, para que estuvieran allí con devoción. Y por la tarde no despedía las escuelas si antes no habían hecho todos arrodillados el saludo a la Santísima Virgen con las Letanías de Loreto.

Así que dejó las habitaciones que tenía en el palacio de los Señores Colonna para atender mejor a las escuelas, y se trasladó a vivir a ese lugar, junto con algunos maestros que enseñaban entonces, algunos de los cuales pagaba su parte. Creciendo de nuevo la asistencia de escolares, después de dos años pasó a vivir en el palacio de Monseñor Vestri al otro lado de San Andrea della Valle, siendo mucho más capaz para la multitud de escolares, y más cómoda para los maestros. Y en ese lugar esos sacerdotes comenzaron a hacer como una vida común, tanto en la comida como en algunos ejercicios espirituales de oración mental y otras devociones vocales, caminando con tanta unión, celo y caridad entre ellos, que la voluntad de uno era la de todos, manteniendo cada uno en el corazón un solo fin, el servir fielmente a Dios en la ayuda incansable de esa obra tan aceptable a Su Divina Majestad.

Entre otros sacerdotes obreros de las Escuelas Pías estaba el gran siervo de Dios Gellio Ghellini, de Vicenza, famoso no menos por la nobleza de su nacimiento, que, por sus virtudes heroicas, que se pueden leer en su vida dada a la luz por Don Gregorio Sala en Vicenza, el año 1683. Quien luego fue enviado por el P. José con obediencia por escrito a su patria para ajustar algunos intereses particulares suyos y murió allí con gran estima de su bondad.

Otro fue el P. Gaspar Dragonetti, que había tenido una escuela de docena [de pago] durante más de cuarenta años, y luego en 1603 se unió al P. José y continuó con él durante otros 24 años, sin dejar nunca de llevar a cabo las labores de la escuela, hasta que murió a la edad de poco menos de 129 años, con la admiración de todos al ver que en una época tan decrepita trabajaba con tan incansable caridad en el ministerio de la escuela, donde había tenido como oyente a Manuel Álvaro, que era entonces de la Compañía de Jesús y dio a luz a la Gramática aprendida bajo la dirección del P. Dragonetti. Era un hombre venerable no sólo por la canicie, sino porque brillaba en él una profunda humildad, una cándida sencillez, una dulce bondad, una inocente modestia y una gran caridad. Había mantenido, además, con gran esfuerzo, la concupiscencia, de modo que el Siervo de Dios P. José, con quien se confesaba, sostenía para sin duda había mantenido siempre inmaculado el hermoso lirio de su pureza.

Con estos y otros ministros buenos y ejemplares, la obra de las Escuelas Pías iba siempre avanzando en concepto, no defraudando el Señor las labores de sus trabajadores, pues inculcaba en las almas de los jóvenes su santa gracia para que dieran fruto en sí mismos y dieran a conocer al público lo provechosa que era la obra comenzada por el P. José.

Pero el diablo, previendo a partir de estos excelentes principios cuánta guerra iban a hacerle las Escuelas Pías si no impedía su progreso, procuró privar a José de la vida, porque derribada la cabeza, luego desintegraría fácilmente las extremidades; porque queriendo el Siervo de Dios, subido a una escalera de madera, sujetar una campana para dar las señales de las escuelas, lo asaltó en forma de una terrible sombra (así lo declararon unos vecinos que desde la ventana vieron la dicha sombra rodeando al Siervo de Dios) y con vehemente ímpetu lo arrojó al suelo desde la escalera, y a causa de la caída se rompió una pierna y quedó tan magullado en el cuerpo que se dudaba que sobreviviera. Soportaba el Siervo de Dios esos agudos dolores con suprema paciencia y resignación en Dios, no quejándose del dolor, sino muy afligido al ver las escuelas privadas de su trabajo, que por su falta aún podrían perecer. Pero como al Señor así lo dispuso, después de una larga y dolorosa enfermedad recuperó el vigor anterior y emprendió la escuela de nuevo con la vigilancia habitual sobre los demás, para que todos trabajaran fervientemente.

Caminando las cosas de las escuelas de esta manera, pasó a feliz vida Clemente VIII, y poco después León XI que le sucedió, y fue elevado para el gobierno de la Santa Iglesia el cardenal Camillo Borghese con el nombre de Paulo V. Estaba plenamente informado sobre las Escuelas Pías, y del gran fruto que obtenían los jóvenes, y viendo que las persecuciones hechas al piadoso instituto por los pedantes y otros maestros mercenarios como se ha dicho, le dio un Cardenal como Protector, que fue Lodovico Torres, al cual tras su muerte le sucedió el Cardenal Benito Giustiniani, sujeto de gran estima en el Sacro Colegio, bajo cuya protección se beneficiaron enormemente las Escuelas Pías, en las que creciendo más que nunca los colegiales, y no siendo ya capaces las habitaciones del palacio de Monseñor Vestri, se estimó conveniente que las mismas se trasladara al del Sr. Torres, colindante con la iglesia de S. Pantaleo, situada en la plaza de los Materazzari [Colchoneros], comprado por el precio de diez mil escudos, dos mil de los cuales caritativamente se los dio

el Emmo. Protector Giustiniani; y con otra suma considerable contribuyó el Abad Glicerio Landriani, un noble milanés que entonces llevaba el hábito de las Escuelas Pías, y murió allí con gran opinión de bondad, como consta en el Proceso Impreso con Auctoridad Ordinaria, que se conserva en la Sagrada Congregación de Ritos. Y finalmente se terminó de pagar este palacio con el legado de seis mil escudos que el cardenal Orazio Lancellotti dejó a las Escuelas Pías. Después José obtuvo la iglesia unida de S. Pantaleo para ser usada por los escolares, y para administrar los santísimos sacramentos por sacerdotes congregados. Este nuevo pasaje de las Escuelas Pías a la citada casa de los Señores Torres sucedió en el año 1612.

Unión con la Congregación de Luca

4. En décimo, demostraré que en el año 1614 el Papa Paulo V le dio como ayudantes los Padres de la Congregación de Luca.

4.3. Dije que Paulo V, de gloriosa memoria, dio al Padre José como ayuda los Padres de la Congregación de Luca.

5. Su Santidad Pablo V, para salir al paso a muchas calumnias que se habían lanzado contra la santa obra, le dio por protector al cardenal Benito Giustiniani, el cual, como piadosísimo príncipe, y adornado de ciencia, conociendo la importancia de las Escuelas Pías, abrazó con mucho cariño esta carga. Apreciaba muchísimo a Calasanz como fundador de ellas. Lo primero que pensó fue consolidarlas con mayor seguridad, y no sólo con la vida de nuestro D. José, así que después de tratarlo con él y ver que le parecía bien, habló con el mismo Sumo Pontífice, y con un Breve Apostólico fechado el 4 de enero de 1614 las encomendó a los RR.PP. de la Congregación de Lucca de St^a. María in Pórtico, con algunas condiciones, entre ellas que nuestro Calasanz quedaría con el título de Prefecto de las Escuelas Pías. Pero pasados unos dos años, nuestro D. José con la bendición y orden del citado Sumo Pontífice fue con Dragonetti a abrir las Escuelas Pías en la ciudad de Frascati, con el fin de que los dichos padres luqueses llevaran el instituto con toda libertad suya sin estar sometidos a él. Pero no siendo llamados ellos por S.D.M. a esta santa obra, pronto se cansaron, y comenzaron a hacerla más bien por obligación, con lo que el instituto decaía, y las Escuelas Pías ya no estaban en flor como al principio.

7. Con la experiencia de las dificultades pasadas y la situación presente, la prudencia del Padre veía que para conservar el instituto de manera durable y en buena observancia tenía necesidad de apoyarse en alguna orden o congregación, a fin de que no faltasen sujetos habituados a la obediencia regular que mantuvieran con buen orden las escuelas, y por ser un asunto de no poca importancia, además de las oraciones y otras diligencias, se aconsejaba también con personas prudentes y espirituales, y particularmente con el P. Domingo de Jesús, carmelita descalzo, santo religioso, de quien nuestro padre era hijo espiritual, y recibía óptimos consejos.

Se fijó entonces en la congregación de los padres de Santa María en Pórtico, quienes podrían hacerse cargo y mantener con progreso la obra de las Escuelas Pías. Comenzó diestramente a sondear los ánimos y encontró buena disposición en algunos, y especialmente en el P. Juan Leonardi, fundador y general, pero como no se podía tomar ninguna determinación sin el permiso del Pontífice, aunque mucho lo desease nuestro Padre, se retrasaba la cosa esperando una buena oportunidad para llegar a alguna conclusión útil.

Los padres de Lucca habían ya mostrado buena disposición para hacerse cargo de este peso, así que decidieron poner al corriente al Papa, al cual elevaron una súplica. Conociendo él la buena disposición de su Padre General y de algunos otros de los mencionados padres, expidió un Breve el 14 de enero de 1614 en el cual, diciendo que el instituto de las Escuelas Pías era sumamente laudable y saludable, declaraba que el gobierno y la administración de ellas sea perpetuamente confiado al General y a los clérigos de la congregación de Santa María, que a partir de entonces serían responsables de poner y quitar maestros y otros empleados en las escuelas según estimasen necesario, pero con la condición que se menciona en el Breve de que el Padre José, fundador, sería el Prefecto de las escuelas durante toda sus vida.

Con gran fervor, pues, comenzaron los padres de Santa María in Pórtico a ejercer las escuelas, de lo que se alegraba mucho nuestro Padre, por haberse cumplido todo lo que había deseado y procurado con mucho esfuerzo, pareciéndole ahora asegurado el instituto incluso para los siglos venideros. Fue nombrado rector de esta casa el P. Pedro Casani, hombre de gran espíritu y letras, y muy apreciado, quien se esforzó con gran fervor en el humilde ministerio de las Escuelas Pías, complaciéndose mucho de la pobreza con el P. Prefecto.

Vicerrector del P. Pedro fue el P. Baltasar Grimigi, que todavía vive en Lucca, su patria, religioso de gran bondad y de 77 años de edad, quien como testigo de vista escribe algunas cosas para probar la gran bondad del padre Pedro, particularmente acerca del extremo desprecio que sentía hacia las comodidades y placeres de este mundo, y que se apoyaba sólo con seguridad en la divina providencia.

Después de haber estado dos años o poco más al frente de las Escuelas Pías, los padres de Santa María comenzaron a disminuir el fervor con el que habían comenzado, no gustando a algunos la vida pobre que llevaban. Dándose cuenta de ello el P. José, Prefecto, intentaba hacer todo lo posible para que no abandonaran la obra. A algunos de ellos les agradaba la idea de la pobreza evangélica que tenía nuestro Padre, y se acercaban a pedirle consejo. Entre estos fue constante el padre Pedro mencionado hace poco. Otros no acababan de decidirse, pero la mayor parte de ellos decidieron volver a su ministerio anterior.

Cuentan que nuestro Padre, no queriendo en aquellos momentos imponerse a los de Santa María, se retiró a Frascati, dejando sin embargo al Abad Landriani en Roma con órdenes de que, si los padres hacían alguna novedad y querían dejar las escuelas, inmediatamente le avisara, cosa que ocurrió, y hay una carta del P. Abad escrita al P. José, Prefecto.

Finalmente, después de haber estado irresolutos durante algún tiempo, la mayor parte de ellos decidieron retirarse al estado anterior, y en esa situación es de creer que el instituto estaba en peligro de quedar abandonado. Pero nuestro padre fundador, apoyado en la divina providencia, no perdía el ánimo y continuaba haciendo lo que podía para mantener en pie las escuelas, que vacilaban. El Papa se enteró de esta nueva situación, y benignamente decidió dar permiso a los de Santa María in Pórtico para que volvieran a su antiguo ministerio los que no quisieran quedarse trabajando en las escuelas, y mientras tanto, deseando mantener la obra de las escuelas, buscando la utilidad de los pobres y siguiendo el deseo del padre José, quien era su autor, dio orden a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares para que vieran de qué manera se podría instituir una nueva congregación de varones que mantuvieran las Escuelas Pías, confiando el encargo al cardenal Benito Giustiniani, celosísimo protector de las escuelas, y Vicario suyo.

8. Teniendo en cuenta la importancia del Instituto, el Sr. Cardenal Benito Giustiniani, Protector de la Obra, tras informar sobre ella al

Sumo Pontífice Pablo V, este lo apoyó con los Padres Luqueses de Sta. María en Pórtico.

9. Teniendo en cuenta la importancia del Instituto de las Escuelas Pías, el Sr. Cardenal Benito Giustiniani, Protector, informó al Sumo Pontífice Paulo V, que lo confió con breve apostólico a los Padres Luqueses de Santa María in Pórtico.

11. El Sr. Cardenal consideró seriamente lo que hemos señalado antes, y lo trató muchas veces con le Padre José, y finalmente lo trató con Su Santidad. Consideraron que sería oportuno que la obra de las Escuelas Pías se apoyase en la Congregación de los padres de Lucca de Santa María in Pórtico, con los cuales se convino que todo el gobierno y cuidado de las escuelas dependiese de Calasanz, y que él las rigiese con el título de Prefecto, y que aquellos religiosos ayudasen en la obra. El humilde siervo de Dios aceptó la proposición, como quien sabía que todo lo que ocurre viene de la mano de Dios, y no tenía ninguna estima por su persona. No pensaba otra cosa sino que Dios quería ahora que se encaminara la obra, quien era el que daba la forma al bien, pues no era él quien la había creado, sino el autor de todas las cosas, con la protección de la Santísima Virgen, de quien era el instituto, con asombro de su poco y nulo valer, al ver que Dios se servía de su persona en aquello que era su gusto que se hiciera, sintiendo mucho gozo por el bien que iba a venir con los demás, a los cuales tenía por mejores que él mismo, para seguirlos e imitarlos. Estaba tan firme y verdaderamente fundado en la fe y en la caridad que no sentía pena ni adversidad, ni deseo alguno de consolación humana, sino sólo del servicio de Dios y del bien del prójimo, por el provecho que reconocía agradecerle al Señor en esta obra a la cual lo seguía empujando. Por lo que se sometió de buena gana a cuanto decretó el Vicario de Cristo con el consejo del protector en conformidad con el Breve que se dio el 4 de enero de 1614.

Al aplicarse el mencionado decreto, algunos de la Congregación de Santa María in Pórtico comenzaron a dedicarse al ejercicio de las Escuelas Pías, por propia voluntad, junto con los que tenía el Prefecto. La obra era ya reconocida en Roma, y comenzó a desearse en otras ciudades vecinas. La primera que presentó una instancia fue la de Frascati dos años después del Breve mencionado. Por orden del Papa se transfirió José con su bendición a aquella ciudad con su Dragonetti para abrir allí las Escuelas Pías. Ahora bien, mientras

el Prefecto estaba dedicado a esta nueva fundación de la casa de las Escuelas Pías en Frascati, el Abad Glicerio Landriani le informó que el instituto de las Escuelas Pías en Roma iba perdiendo el fervor en el que las había dejado, pues faltando el ojo del agricultor en su campo, seguramente se haría estéril e infecundo.

Estos buenos padres no estaban inclinados a otra vocación sino a la primera en la que profesaron, por lo que pronto se retiraron a otros quehaceres, comenzando a dar clase con cierta tibieza, pues estaban más inclinados a su vocación que a la extraña, según indica en los motivos y sus razones el mismo Vicario de Cristo en el segundo Breve que hizo publicar a favor de las Escuelas Pías con estas palabras: “Vimos que los clérigos regulares no querían abdicar a la posesión de sus bienes estables, y además sentían que los ejercicios y tareas ajenas amenazaban con impedir lo que es propio de su instituto, aprobado por la autoridad apostólica, por lo que no quieren entregarse a los ejercicios de las escuelas citadas, etc.” Como dice el Apóstol, son en verdad muchas las inspiraciones del Espíritu Santo, y por eso se ve en la Iglesia que hay muchos ministerios en las órdenes religiosas, aunque todas obran en el mismo espíritu del Señor, del cual derivan el servicio y la gloria del mismo, para lo que son destinados a gozarlo en el cielo. Por lo que nadie debe sorprenderse de que también en su cuerpo existan muchas maneras de obrar los diferentes miembros para su conservación, y así son todas las órdenes y los demás fieles miembros del cuerpo místico de su Santa Iglesia, y su cabeza en la tierra es el Vicario de Cristo, y su vida y alma ese Señor nuestro Redentor, al cual todos sirven, “*uno de un modo, otro de otro modo*”, como dice el Apóstol.

Avisado el Prefecto de lo que ocurría en Roma, dispuso las cosas de aquella nueva casa de la mejor forma posible según convenía, y se volvió a Roma, donde con toda humildad y prudencia, dirigido solamente por la caridad, evitando todo aquello que el buen obrero podía a poco costo, otra cosa no quería sino el gusto y placer de Dios en el provecho de los escolares, entregados por Él para que los guiase al cielo, pidiéndole se dignara ayudarle en aquello que resultara para su mayor servicio a beneficio del instituto. Estando cierto de que Dios no necesita de los hombres en modo alguno, no se perturbaba; dejaba que Él obrase, teniendo dispuesta su voluntad para aquello hacia lo que lo destinaba su divina providencia, y no estuvo lejana la ayuda del cielo.

12. Pareció al Cardenal Protector, y al Prefecto José, que nunca se apartaba de los deseos de los superiores, que para que esta reciente Congregación fijara más profundamente su raíz con su crecimiento, convenía unirla con la Congregación de los Padres Clérigos Regulares de Luca, cosa que ordenó el Papa Paulo el 14 de enero de 1614. En su Breve denomina el Instituto de las Escuelas Pías como verdaderamente laudable y fructífero, confiando expresamente su administración a un General, y que fuera una congregación de clérigos, de los que podría disponer como maestros y superiores. Pero José, que había fundado el instituto, presidiría las escuelas mientras viviera. Fue nombrado rector de la casa de San Pantaleo el P. Pedro Casani, varón docto y conocido por su gran integridad de ánimo. Vicerrector, el P. Baltasar Guinisio, y los dos administraron con mucho ánimo las escuelas.

13. Sucedió que el mismo Papa Clemente VIII había aprobado unos años antes, en 1595, y confirmado la Congregación de Sacerdotes Seculares establecida por el obispo de Lucca Alessandro Vidiccioni bajo el título de la Santísima Virgen, concediendo al P. Juan Leonardi, primer superior de dichos sacerdotes, la iglesia de la Virgen de Corte Orlandina de la misma ciudad de Lucca en 1585, que tienen como instituto el predicar y administrar los Santísimos Sacramentos a los fieles. Y el 19 de agosto del año 1601 el Pontífice concedió al P. Juan Leonardi (que había ido a Roma para promover su nueva Congregación) la iglesia de Santa María en Pórtico para casa suya y de sus compañeros, pues no tenían hasta entonces morada fija en Roma. Al mismo tiempo se trataba de hacer el breve de la Congregación también nueva de las Escuelas Pías, como dije anteriormente, es decir, el año antes de que Clemente VIII muriera. Cuánto le gustaba al Pontífice el Instituto de las Escuelas Pías, y lo mucho que estaba interesado en promoverlo para el gran beneficio que iba a traer a la República Cristiana, se puede entender muy bien en los manuscritos del P. Franciotti, sacerdote de los mismos Padres Luqueses en la crónica que hace de su Religión, donde hablando de la unión de las dos nuevas Congregaciones dice que, deseando sus Padres obtener privilegios de la Sede Apostólica para poder ordenarse a título de pobreza (porque acostumbraban a ordenarse sólo a título de patrimonio) presentaron una súplica al Sr. Cardenal Benito Giustiniani, que como Protector de los Padres de las Escuelas Pías y de los Padres Luqueses, asignado a ellos por el mismo Pontífice,

aconsejó a aquellos Padres que, si deseaban recibir la gracia de la Sede Apostólica, se unieran a las Escuelas Pías, porque N. Señor se mostraba tan inclinado a favor de este Instituto que para favorecerlo les concedería toda gracia.

Esos Padres asintieron rápidamente, y las capitulaciones se concertaron por ambos lados con la intervención y el consejo de Su Emi-nencia, y la unión siguió. Cuando lo supo Clemente VIII, concedió de buena gana el privilegio a dichos Padres para poder ordenarse a título de pobreza. Ese privilegio no lo habían podido obtener antes de unirse a las Escuelas Pías. Y si bien dicho Pontífice ordenó que se preparara el Breve de esta unión, no se pudo llevar a cabo por entonces porque se lo impidió la muerte, como dije anteriormente. Sucedió en el pontificado Paulo V, a quien refirió igualmente el Emmo. Giustiniani la importancia del Instituto de las Escuelas Pías y el gran beneficio que producía en el prójimo (como testigo de vista, como se dijo anteriormente), y las capitulaciones hechas en el tiempo de Clemente su antecesor para la unión de las dos nuevas congregaciones. S. S., muy contento de oír este informe de S. Em., pronto envió el Breve particular fechado el 14 de enero de 1614, que comienza “*Inter Pastoralis Officii curas*”, formando de las dos una sola Congregación de sacerdotes seculares, que en el futuro se llamaría Congregación de la Madre de Dios, con las condiciones y formas que se ven en dicho Breve. Por lo tanto, las dos nuevas congregaciones se unieron como dos buenas hermanas, para disfrutar cada una de los suaves frutos de la otra, y para avanzar más en las virtudes y el beneficio espiritual del prójimo, y para promover la intención de S.S. que a tal efecto las había unido con el dicho título de Congregación de la Madre de Dios. Esta unión duró por espacio de tres años solamente, es decir, de 1614 a marzo de 1617, porque rechazando después de dicho tiempo los dichos Padres Luqueses continuar el laborioso ejercicio de las Escuelas Pías, sobre todo porque el mismo P. José Prefecto, y otros compañeros trataban de despojarse de bienes temporales, y con una observancia más estricta de la pobreza dedicarse a ayudar al prójimo, prefirieron más bien volver a su Congregación de Santa. María en Pórtico, y vivir con sus reglas conformes a la disposición del mismo Breve, a despojarse y someterse a ese desapego y dedicarse al laborioso instituto de las Escuelas Pías. Cosa que, sin embargo, disgustó mucho al Emmo. Giustiniani Protector, y al P. Juan Leonardi, fundador de los Padres

Luqueses, como se ve en las cartas del P. Juan B. Cioni de la misma Congregación, con las que intenta consolar al Padre Juan en la aflicción que mostró sentir por la resistencia de los suyos a continuar el Instituto de las Escuelas Pías, conociendo muy bien la gran ayuda y favores recibidos de la Santa Sede, y reconociendo el origen de su Congregación en la unión hecha con las Escuelas Pías. El mismo pensamiento lo confirma al P. Gerónimo, florentino de la misma Congregación, en la Vida que escribió del P. Juan B. Cioni, poniendo a un capítulo de esta Vida este título: “Con verdadero fervor de espíritu persiste en la vocación, y con prudencia, consejo y moderación promueve la Congregación para obtener muchas gracias de la Santa Sede, y se sirve del permiso del Instituto de las Escuelas Pías”. Con esta desunión no se tambaleó el Instituto de las Escuelas Pías, ni necesitó de la destreza o ayuda de dicho P. Juan ni de otros para no caer o quedar deshecho, como dice el P. Ludovico Marracci de dicha Congregación en la Vida que escribió del P. Juan Leonardi lib.2, cap. 16, sino que cada una de ellas permaneció en su estado como antes. Porque si la Congregación de los Padres de Lucca se hubiera unido a esta de las Escuelas Pías por temor a que esta cayera, no se habría mantenido cuando se desunieron, como en efecto se mantuvo, y se mantiene aún con toda prosperidad por la gracia del Señor. Pero al Sumo Pontífice Paulo V, deseando que el Instituto de las Escuelas Pías creciera con mayor ventaja, y de acuerdo con lo que había dicho el Sr. Card. Giustiniani, le pareció bien separar la nueva Congregación de los Sacerdotes de Lucca de la de los Sacerdotes de las Escuelas Pías, con un Breve particular, como Clemente VIII su antepasado ya había determinado hacer, y así ellos decidieron venir y ayudar al Instituto no porque sin ellos se tambalearía, o fuera a caer, sino porque así lo trató y ajustó el Emmo. Protector Giustiniani, como se ha dicho, y para facilitar aún más el camino a los Luqueses para obtener gracias y favores del Sumo Pontífice con tal unión, como en efecto obtuvieron, mientras estuvieron unidos a las Escuelas Pías. Pero habiendo obtenido su objetivo, y por otros motivos, como se mencionó anteriormente, determinaron regresar a su iglesia de S. María in Pórtico, y dejar a nuestro P. José Prefecto al gobierno de sus Escuelas Pías, como era antes. El cual, lo mismo que tuvo un don de Dios para comenzar este santo Instituto, también tuvo la gracia de mantenerlo y sostenerlo sin ayuda externa, como había hecho en el pasado, sin que nunca se tambalease o fuera a caer al

suelo, ni siquiera después de la partida de dichos Luqueses, aunque a algunos de ellos poco les hubiera importado la caída mencionada. Pero Dios dio muchos dones celestiales al mismo V. P. José, para que lo mismo que una roca muy fuerte, permaneciera siempre firme e inalterable a cualquier asalto de la mala suerte contraria, mientras que con sus continuas oraciones todo lo ponía en manos de Dios, en quien se apoyaba tan fuertemente que no temía ningún encuentro siniestro en ningún camino que el enemigo común hubiera urdido contra él para inquietarlo, aunque se hubiera quedado solo en la nueva Congregación que él fundó. Así que podemos comprobar verdaderamente que no sólo no se tambaleó para caer el Instituto de las Escuelas Pías, ni antes de la unión ni después de la desunión o abandono que dichos Padres hicieron de nuestro Instituto; de hecho, después de su partida se asentó más sólidamente.

14. Era tan grande y única la caridad que había movido al Padre a fundar las Escuelas Pías, y siendo, por lo demás, grandes también su humildad y desapego de los honores del mundo, y obrando sólo para la Gloria de Dios, que no le importaba que una obra tan buena no le fuera atribuida, y que su nombre fuera borrado, así como su recuerdo, del gran beneficio hecho a la República Cristiana de la memoria de los hombres, y solo deseaba que pudiera perpetuarse una obra tan buena. Después de haberlo pensado durante mucho tiempo y encomendado al Señor, le pareció conveniente encomendarla a alguna Religión de las muchas ya aprobadas por la Iglesia, para que se ocuparan de estas escuelas. Pero como estas exigían una gran y continua dedicación, fue examinando las finalidades y ministerios de las diferentes religiones más antiguas, y a todas las encontró muy ocupadas según sus institutos. Observó al final la nueva Congregación o Religión poco antes fundada de los Clérigos Luqueses de la Madre de Dios, fundada en la ciudad de Lucca, llamada de los PP. Luqueses, o como otros la llamaban, de Santa María in Pórtico por el título de la iglesia que tenían en Roma, y le pareció que no estaba tan ocupada por el contenido de su Instituto que no pudieran tomar el de las Escuelas Pías, tanto más cuanto que en la ciudad de Lucca donde se había fundado, aquellos Padres incluso se dedicaban a la enseñanza de los primeros rudimentos a los jóvenes. Inmediatamente comunicó este pensamiento al P. Fray Domingo de la Scala, Carmelita Descalzo, a quien consultaba y se dirigía en las cosas de su conciencia, y le pareció un buen partido, pero le dijo

que era necesario tener en cuenta dos cosas, a saber, la voluntad de la religión para aceptar este paso y la autoridad del Papa para confirmarlo, para que no pudieran dejarlo por su cuenta. Encomendó el asunto al Señor y se dispuso a tratar con unos y otro. Así que comenzó a tratar con estos Padres para iniciar con ellos y ver su intención, además para saber si eran sujetos hábiles para mantener sus escuelas, y encontrando esto de acuerdo con su gusto, poco a poco comenzó a insinuar primero a algunos, luego al mismo Padre General el asunto, y encontró en principio una excelente disposición para aceptarlo no solo en algunos de aquellos Padres, sino en el mismo Padre General. Aunque, difundida entre los demás la novedad, encontró repugnancias no ordinarias. Por lo tanto, siguiendo el consejo de los primeros que aceptaron, le pareció bien dejar dormir el acuerdo durante unos días, y luego en secreto y con diligencia manejarlo con el Sumo Pontífice, de lo contrario el tratado se habría atascado de tal manera que se habría disipado totalmente.

La mayor dificultad que encontró, y que luego, de hecho, como veremos, incluso después de asumir la tarea les hizo abandonar la empresa, fue que los Padres habían fundado su Religión con ingresos y posesiones, y él juzgaba que tenían que vivir pobremente y sin rentas para poder atender con la debida caridad y franqueza la educación de los pobres, de modo que, de acuerdo con el estado que profesaban, no sintieran asco de los pobres de Jesucristo, para enseñar a los hijos de los cuales había establecido principalmente las escuelas. Con todo esto, como al tantear los ánimos de algunos de ellos sobre la pobreza apostólica los había encontrado muy bien dispuestos, pensó que podría llegar a realizar sus proyectos, y siguió adelante con el tratado. Es cierto que sucedió poco después de la muerte de Clemente, luego vino el Cónclave de León, y pocos días después de su elección, como se dijo, su muerte, y a continuación el nuevo Cónclave de Paulo, de modo que no pudo tomar y continuar el acuerdo con aquellos Padres, que debía ser aprobado por el Sumo Pontífice. Cuando fue elegido el Papa Paulo V, comenzó de nuevo el P. José a tantear los ánimos de los Padres Luqueses de Santa María en Pórtico, para ver si querían hacerse cargo de las Escuelas Pías, y encontró buena disposición en el P. General de esa Congregación y en los sujetos más notables de la misma. Con el consejo y la ayuda del P. Fray Domingo de la Scala arriba citado trataron con el Papa, para que con un Breve aprobara esta disposición y ordenara que los Pa-

dres antes mencionados se hicieran cargo del cuidado de las Escuelas, de modo que la obra permaneciera perpetua y bien fundada.

Ello fue el recomendar como se dijo esta santa obra a los PP. Luqueses de Sta. María en Pórtico, porque de este modo se remediaría (así lo creyó él) a perpetuidad esa obra, que conocía por experiencia que era de gran caridad, y la llamaba, despojándose de hecho de su participación, obra de Dios, y poniéndola consigo mismo, que por amor del Señor se había dedicado a ella completamente, bajo la dirección y gobierno del P. General de esos Padres.

Fue tan bien propuesto el asunto al Papa, que él, como consideraba la obra de las escuelas utilísima y quería perpetuarla y propagarla, inmediatamente dió el Breve de fecha 14 de enero el año 1614, el octavo año de su pontificado, que todo este tiempo fue necesario para madurar y concluir este tratado a la perfección. En dicho Breve, pues, después de muchas alabanzas a las Escuelas Pías, que él llama obra piadosa sumamente loable y saludable Instituto, declara que el P. Superior General de Santa María en Pórtico con sus súbditos, movidos por la caridad cristiana se habían ofrecido voluntariamente a Su Santidad para hacerse cargo del peso y el cuidado de estas escuelas, esperando que con dicho medio nunca les falte nada, y que habiendo confiado la redacción de dicho acuerdo al Cardenal Benito Giustiniani, Protector de las escuelas, había ajustado las cosas de la manera siguiente, a saber: que el cuidado de las Escuelas Pías permaneciera perpetuamente apoyado por el Superior General y los Padres de la Religión de los Clérigos de la Santísima Virgen, y a su cuidado estaría poner y quitar los maestros y ministros de las escuelas, pero, por la estima que del P. José tenía el Papa, con consentimiento de la misma Congregación y de su General, y por consejo del mencionado Cardenal Giustiniani, se ordenaba que, como Fundador de esta obra, permaneciera como Prefecto perpetuo de dichas escuelas durante su vida.

Aceptó ese cargo no por lo que traía de honor, sino para poder promover y consolidar mejor esta obra. De hecho, Dios dispuso así la mente del Papa, porque lo había elegido no sólo como Prefecto de las escuelas, sino como Fundador de una nueva Religión. Los PP. de Sta. María en Pórtico comenzaron las escuelas con gran fervor, y el P. José se alegraba de ello y daba gracias al Señor. Su P. General había destinado a esta obra sujetos de virtud experimentada y buenas letras, de modo que el P. José se alegraba pensando que ha-

bía acertado al encomendar su obra a una Religión ya confirmada por la Iglesia que con tanto fervor y atención la cuidaba, y en la que siempre habría sujetos para mantenerla. Así discurría con sus razonamientos humanos, pero la Divina Providencia tenía otras disposiciones, porque no había destinado aquella Religión para este piadoso oficio, sino otra fundada por el Padre enteramente dedicada a esta piadosa obra, y todo lo que hasta ahora se ha narrado lo había dispuesto para facilitar la fundación de esta nueva Orden en la que nunca había pensado, estimándose por su humildad indigno e inepto para ser el fundador de una nueva Religión en la Iglesia de Dios. Había comenzado la obra el P. José con un espíritu de verdadera pobreza apostólica, y la razón era porque las escuelas fueron fundadas no para los hijos de los ricos, si bien eran admitidos cuando querían usarlas, sino para los hijos de los pobres, y tan pobres que no podían por la miseria ir a otras escuelas. Y no podían ocuparse bien de ellas aquellos que no tenían un espíritu perfecto y amor por la pobreza, por lo que era necesario que lo demostraran en sí mismos, al menos con el desapego del deseo de poseer ingresos, bienes y riquezas. Por lo tanto, de acuerdo con la perfecta pobreza, quiso que los que tenían que continuar en esta obra no pudieran tener rentas y bienes ni en particular ni en común. Ahora bien, no habiendo sido fundada la orden de los Clérigo Regulares Luqueses con estricta pobreza, comenzaron algunos a lamentarse de esa forma de vida, en la que a menudo era conveniente para ellos sufrir muchas deficiencias incluso en las cosas más necesarias, de modo que, como no estaban acostumbrados a necesidades similares, mal podían acomodarse. Así que comenzaron a negociar para lograr del P. José que permitiera aligerar un poco el rigor en esto de la pobreza tan estrecha que quería que se observase en el Instituto de las escuelas, pues les parecía imposible poder atender diligentemente a los ejercicios de ellas con los rigores de una pobreza tan miserable, y no solo los jóvenes, incluso los Padres más serios, y el mismo P. Pedro Casani, que era el primer Rector de la casa de San Pantaleo, hombre de gran virtud, y que luego, conmovido por los ejemplos del P. José, permaneció entre los fundadores de la nueva Religión, cambiando el apellido por el de la Natividad de la Virgen, consideró imposible que se pudiera llevar a cabo ese trabajo con tanto rigor de pobreza. El P. José, con razonamientos muy efectivos, con la experiencia cotidiana de los maravillosos efectos de la Divina Providencia, que de-

muestra con los que confían en ella, trató de persuadirle para que fuera constante en la observancia de esa pobreza en la que había fundado esa obra, y con ellos finalmente convenció al dicho P. Pedro, que se convirtió en uno de los más fervientes promotores de esa pobreza apostólica. Los demás, viendo que no podían apartar al P. Fundador de su idea, resolvieron dejarlo y retirarse a vivir en aquel primer Instituto en el que se había fundado su Orden. Así que cuando el P. José creía que ya había consolidado esa obra a perpetuidad con el apoyo de una nueva Religión, se vio abandonado por ella, porque el Señor había dispuesto no esa, sino otra que debía ser fundada nueva por el Padre, teniendo que ser el promotor de una obra tan piadosa. Fue el Padre a Frascati con el P. Dragonetti para fundar sus escuelas allí y vivió allí durante dos años, pero luego, advertido por el P. Landriani que las escuelas eran abandonadas poco a poco por los Padres de Sta. María en Pórtico, volvió a Roma, donde hizo los últimos esfuerzos con el P. General de aquellos Padres, para que no permitiera abandonar la pobreza asumida, pero encontró tan cambiado a dicho Padre que, por más razonamientos que le hizo nunca pudo quitarle la decisión que comúnmente se sostenía como irrenunciable por los suyos, y especialmente por aquellos a los que nunca les había gustado abrazar esa obra, que no eran pocos ni de poca autoridad en su Orden. Es decir, que ellos no habían abrazado de buena gana para hacer caridad al prójimo aquel peso como una obra supererogatoria a lo que habían prometido en la profesión de su Regla, y no querían obligarse a una nueva regla, como parecía que el Prefecto quería obligarles llevándolos a una pobreza tan estrecha como la que quería que fuera observada por los ministros de sus escuelas. Y que, por lo tanto, se retraban de lo acordado, porque no querían obligarse más de lo que se habían obligado a sí mismos por su Regla. Razón suficiente para convencer a cualquiera, como convencieron al Papa según diremos, por lo que con su permiso y gratitud se retiraron del cuidado de las Escuelas Pías. Viendo el P. José que no era capaz de persuadir al General para que no abandonara las escuelas, se dispuso a ganarse la voluntad de algunos de los Padres para que permanecieran con él para continuar la obra, y su esfuerzo no fue en vano, porque además de otros de menor nombre consiguió que permaneciera en su pobre Instituto de las Escuelas Pías aquel hombre tan erudito y santo, el P. Pedro Casani de Lucca, que, como antes dijimos, había venido con los Padres de Sta. María en Pórtico

para ser el primer Rector de la casa de S. Pantaleo. Este, aunque al principio, como mencioné, fue uno de los que no se adherían a la voluntad del P. Fundador en cuanto a la observancia de la pobreza rigurosa que exigía en su Instituto, convencido después por las maravillosas y milagrosas experiencias que la Divina Providencia obraba a favor de aquellos que fundados solamente en ella desprecian todos los demás afectos a las cosas terrenales al abrazar una estricta pobreza de espíritu, se rindió a la voluntad del P. José y permaneció cuando se retiraron de sus Padres Luqueses del Instituto de las escuelas, asumiendo entonces en la fundación de la Religión el apellido de la Natividad de la Virgen, y fue uno de los sujetos más señalados de la nueva Religión.

Yo podría tejer una amplia relación de sus virtudes, pero lo dejo a una pluma más feliz que la mía. Para darles, sin embargo, una muestra de cuál era la perfección de su virtud, bastará con decirles que mi maestro angelical Santo Tomás para conducirlo a esa doctrina veraz, que él quería que siguiera, vino del cielo para enseñarle, por lo que, habiendo de joven ido a estudiar Filosofía y Teología en escuelas donde se enseñaban doctrinas contrarias a las de nuestro Maestro Angélico, quedó bastante aficionado a ellas, pero como era grande y perspicaz su ingenio, no podía dejar de ver muchas e insolubles dificultades que encontraba en lo que estudiaba. Se acostó con estas dudas y le apareció en un sueño el Santo Doctor, quien con la claridad habitual resolvió con su doctrina cada duda, y tanto se aficionó a la misma que no sólo dejó las opiniones de sus maestros para seguir las de Santo Tomás, sino que fue apasionado de él siempre y su acérrimo defensor.

Tras ganar a este gran hombre para su Instituto, no poco se suavizó la amargura que sentía por el retiro de los PP. de Sta. María en Pórtico, y comenzó a venirle la idea de fundar una nueva Congregación de Clérigos Regulares, y llamarla de los Pobres de la Madre de Dios, cuyo Instituto consistía en vivir en una pobreza muy grande y totalmente dedicados al beneficio de los pobres, enseñando y adoc-trinando a los niños no sólo con la Doctrina Cristiana, sino también con las buenas letras humanas, que era tanto como darles un modo de vida y librarlos no menos de los vicios que el ocio les habría enseñado, que de las necesidades y miserias en las que nacieron. Parecía a la humildad del P. José al principio este pensamiento como un intento de presumir, y temblaba sólo con la idea de querer ser el fun-

dador de una nueva Religión, así que lo alejaba como una tentación, pero el Señor quería que pusiera ya mano a la obra para la que lo había elegido con estímulos muy agudos de aquellos pensamientos con los que le rodeaba para moverlo a la carrera de esa empresa, que durante algún tiempo mantuvo con todo esto oculta, rechazándola siempre como una tentación de su corazón. Mientras tanto, viendo que los PP. Luqueses y su General se habían despedido, porque no querían pensar más en las escuelas, le pareció, con el consejo del P. Domingo Descalzo del Carmen y del mismo P. Pedro citado, que ya había declarado querer permanecer en el ejercicio de las escuelas, dar parte al Sumo Pontífice Paulo V, por orden del cual, y concretamente de su Breve, como se ha dicho, los PP. Luqueses se habían hecho cargo de las escuelas, de esta retirada, como lo hizo. Pero descubrió que el Pontífice ya había sido informado por el P. General de Santa María en Pórtico, quien antes que el P. José, con gran prudencia, había ido a informar al Papa, y con las razones que aducimos se quedó conforme, por lo que fue conveniente que el P. José pensara en tomar otro partido para el mantenimiento de sus escuelas.

Ya excluidos los PP. Luqueses, comenzó a pensar en diferentes medios para poder continuar la obra de las escuelas; pero por más de que pensaba en diferentes posibilidades, ninguna parecía tan efectiva como la de fundar una nueva Religión. Trató de apartar tal pensamiento, pues se estimaba indigno no sólo de ser el fundador de una nueva Religión, sino ni siquiera de pensar en ello; pero cuanto más intentaba expulsarlo, más le presionaba y sentía sin quererlo encenderse el deseo de hacerlo, y le parecía que sería un gran servicio a Dios. Creció al final tanto que creyó que no debía resistirse más a la vocación divina. Sin saber cómo resolverse, pensó en comunicarlo con sus compañeros, y lo consultó con el P. Fray Domingo, Descalzo, y todos estuvieron de acuerdo en que se tenía que suplicar al Papa para que este pensamiento fuera examinado por la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares. A todos les pareció que el P. José debía proponerlo al Papa, y después de haberlo encomendado al Señor durante unos días con fervientes oraciones, fue a la audiencia del Sumo Pontífice Paulo V, a quien con breves y estudiadas palabras hizo saber que, después de la retirada de los PP. Luqueses, para asegurar aquella obra a perpetuidad, parecía necesario que se fundara una nueva congregación de Clérigos Regulares, cuyo Instituto estaría totalmente ordenado con una vida muy

pobre al beneficio a los pobres con una ayuda aún mayor, ya que no se ocuparía de las necesidades actuales solamente, sino que enseñando a sus pobres hijos les daría la oportunidad de elevarse para siempre de sus miserias con la virtud que adquirirían allí. El Sumo Pontífice le escuchó con atención, y sin rechazar su pensamiento, pues lo proponía una persona que siempre había tenido un gran crédito ante él, a pesar de que no faltaran Cardenales a quienes no parecía ser útil para la Iglesia de Dios el multiplicar más Regulares, recibió el Memorial y lo remitió para que se procediese con juicio más maduro al examen de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares. No faltó en este escrutinio quienes se opusieron firmemente a esta nueva erección de una Religión, alegando que tanta variedad no era ni útil ni decorosa, aduciendo a su favor el decreto del Concilio de Letrán bajo Inocencio III, en el que se prohibía la erección de nuevas Religiones, por lo que fue necesario que los dos serafines Domingo y Francisco, con sueños misteriosos y celestiales, movieran al Papa Honorio para que confirmara sus Órdenes de Predicadores y Menores. Sin embargo, no faltó quien la ayudase valientemente para facilitarle con una excelente relación a la citada Sagrada Congregación favorable a las escuelas. Quien más ayudó fue el Señor Cardenal Giustiniani, que desde el principio fue hecho su Protector y siempre había mostrado de hecho aquello para lo que había recibido el cargo, ayudándoles con toda la eficacia que podía desear y con dinero, y con favores, y con consejos, teniendo un celoso cuidado de ellos. Había considerado excelente la idea del P. José de fundar una nueva Congregación de Clérigos Regulares, que se ocupara por sí mismo a esta obra, y le había animado a la empresa, por lo que pudo tanto con su voto y buena información que dio a los colegas cardenales (otros también favorecieron la idea, movidos por la bondad del P. José y el P. Pedro, ya bien conocidos en toda Roma, que eran los principales promotores de la misma) que se consiguió el excelente final del negocio.

Mientras tanto, se negociaba con el Señor cosa de tanta importancia con continuas oraciones, vigiliias y ayunos y otras obras de piedad, no sólo de los tres Padres principales, que eran el P. Fundador, el P. Pedro y el P. Abad Landriani, que eran los principales promotores de la obra, sino de todos los demás compañeros, que entre sacerdotes y laicos eran hasta el número de quince, la mayoría de los cuales eran de los PP. Luqueses de Sta. María in Pórtico que permanecie-

ron con el P. Pedro para continuar esa obra tan piadosa cuando se retiraron dichos Padres, enamorados de la pobreza y el modo de vida del P. José.

- C) *Y como el Papa Clemente VIII apreciaba mucho la obra, le asignó doscientos escudos anuales de limosna, para que pudiese atender más fácilmente al alquiler y a los otros gastos necesarios para el mantenimiento del instituto.*

Apoyo de Clemente VIII

2. Incluso Clemente Octavo, hombre de gran prudencia en sus obras y en su piedad, que dijo que había pensado llevarla a cabo él antes, aprobó con gran alabanza lo llevado a cabo por José, y le ayudó, entregándole cierta cantidad anual, lo cual siguieron haciendo después muchos Sumos Pontífices dando privilegios a la obra, y otras ayudas, y del mismo modo hicieron príncipes, reyes y reinos, convirtiéndose en mecenas que favorecieron el principio y el desarrollo de la misma.

3. Introducido el Venerable Siervo de Dios a los pies de la Santa Memoria de Clemente VIII, después que aquel S. Padre le alabó el Instituto, le animó para que lo conservase y proseguirse con esas formales palabras: *Mucho nos holgamos que hayáis comenzado esta obra de las Escuelas Pías. Nos también teníamos intención de instituir la. Pero las guerras de Hungría nos han causado ocupaciones que nos han estorbado la ejecución. Dios ha sido servido escogeros para ese ministerio: hemos sentido particular consuelo. Queremos venir a visitaros; mirad lo que se os ofrece, que de buena gana lo haremos.* Ordenando también su Santidad que le asignas en 200 escudos de oro cada año para el alquiler de la casa.

4. Este Pontífice le tenía mucha veneración, y un día en la plaza de la Redonda le vio y le llamó, y tuvo una larga conversación con él.

4.3. He entendido de voz pública y fama en nuestra Religión que la santa memoria de Clemente VIII, teniendo noticia de la bondad de nuestro Padre José, y de la obra que había creado de las escuelas pías, le elogió mucho y le asignó limosnas anuales de doscientos escudos de oro a pagar por la Reverenda Cámara Apostólica, para el sustento de los operarios, ya que él estaba recogiendo niños con el

fin de instruirlos. De hecho, oí de la propia boca del Padre General que había recibido esa limosna que le concedió Clemente VIII.

En nuestro convento he oído decir, ya que se me pregunta, que un día en la plaza de la Rotonda el mencionado Papa Paulo V se reunió con el Padre José General; lo llamó y tuvo con él largo discurso.

Sé bien esto, porque el Padre Arcángel, Procurador del Colegio Nazareno, uno de los primeros de la Congregación, siendo él compañero del Padre General, mientras estaba en Frascati fue Mondragone a besar los pies al citado Pontífice Paulo V, y él con sus propias manos lo levantó del suelo y lo llevó hablando con él hasta Taverna, y al despedirse de él le dijo: “Padre José, ore por mí, que sus oraciones me pueden ser de provecho”. Y en otro momento iba el dicho Padre Arcángel a pedir limosna al citado Mondragone y se encontró de pronto con el citado Pontífice, que recitaba el oficio, e inmediatamente le preguntó si el Padre José estaba en Frascati, y respondiendo que sí, le dijo que le dijera que fuera a verle, que lo recibiría de buena gana.

5. Su Santidad le dijo estas precisas palabras: “Nos alegramos mucho de que hayáis comenzado la obra de las Escuelas Pías. Nosotros teníamos la intención de comenzarlas, pero luego la guerra de Hungría nos ha tenido tan ocupados que no hemos podido poner en práctica nuestro deseo. Dios le ha llamado a usted, nos alegramos mucho por ello, y queremos ir a verle. Mire de qué tienen necesidad, que lo haremos de buena gana”. Y ordenó que se le pagaran cada año doscientos escudos de la cámara para el alquiler de la casa.

6. El mismo vicario de Cristo Clemente VIII, deseoso del avance del instituto ya comenzado, ordena que se paguen a José cada año doscientos escudos de oro de la cámara pontificia, animándolo a seguir adelante con las palabras siguientes: “Nos alegramos mucho de que usted haya comenzado esta obra de las Escuelas Pías. También nosotros habíamos pensado comenzarla, pero la guerra de Hungría nos ocupó tanto que no pudimos ponerla en práctica. Dios le ha llamado a usted; sentimos un gran gozo por ello, y queremos venir a visitarles. Mientras tanto, háganos saber sus necesidades, para socorrerles”.

7. Corría ya el año 1600 de nuestra salvación y el octavo del mencionado Clemente, y habiendo alquilado nuestro Padre para uso de las escuelas otra casa cercana a S. Andrea della Valle que estaba donde

hoy tienen su portería los padres teatinos o un poco más lejos, un tal Monseñor Octaviano Vestri de la familia Cunei, secretario de los bienes del Papa Clemente, le dio tales informaciones a Clemente VIII sobre la bondad del Padre José y del provecho de las escuelas, que Su Santidad se alegró mucho, y quiso ver y conocer al Padre fundador de ellas. El día señalado el sobredicho monseñor lo presentó a Su Santidad, quien le acogió con su habitual benevolencia, tratándolo con familiaridad, preguntándole acerca de lo que había oído a otros acerca de la obra de las escuelas y de su persona, a lo que el Padre José dio completa satisfacción.

Viendo el Papa que en el Padre estaba el Espíritu de Dios, y un celo auténtico por su gloria, se alegró, y antes de despedirlo le dijo que se alegraba mucho de que hubiera comenzado la obra de las Escuelas Pías, que él también había pensado llevar a cabo, pero por culpa de las ocupaciones de la guerra de Hungría no había podido realizar lo que quería, y añadió: “Dios le ha llamado a usted, y nos alegramos mucho; queremos ir a visitar las escuelas. Mirad de qué tenéis necesidad, y con gusto lo haremos”.

El siervo de Dios salió de la audiencia muy contento, y con la aprobación del Vicario de Cristo consideró que las Escuelas Pías habían sido aprobadas por el mismo Cristo, tomando ánimo de ello y dándosele a los compañeros para seguir con mayor seguridad la obra, creciendo mucho más su fervor cuando supieron que Su Santidad había dado orden de que se pagaran de la Cámara papal doscientos escudos de oro para el alquiler de la casa cada año, como se hizo hasta los tiempos de Urbano VIII. La piadosa liberalidad del mencionado Clemente dio un crédito extraordinario a la obra, e hizo que se sintieran motivados a ayudarla benefactores de calidad, que con limosnas considerables habrían querido promover y agrandar el instituto de las escuelas, pero el padre fundador no quería recurrir a las riquezas humanas, porque se sentía inspirado por Dios a la humildad y a la pobreza apostólica, como lo demostró al entregar lo suyo liberalmente, confiando en que la Divina Providencia no le iba a fallar.

Después de la muerte de Clemente VIII fue elegido para sucederle León XI, que quería mucho a nuestro Padre porque de Cardenal había sido protector de la Doctrina Cristiana cuando el Padre fue hecho Prefecto en ella, y se esperaba, si hubiera durado, que habría ayudado mucho al instituto. Se preparó el Padre con una nueva y misteriosa imagen de la Madre de Dios, de la cual he escrito en otro

lugar más largamente, para presentarse cuando tuviera ocasión al nuevo Pontífice, pero todo resultó vano, porque León XI nos dejó demasiado pronto, pues sólo vivió en el Pontificado veintiséis días. Después de León XI fue creado Papa Pablo V, de santa memoria, y ello fue de mucho consuelo a nuestro Padre, porque conocía su bondad, y sabía que él le apreciaba. Con esperanza de poder encontrar gracia ante Su Santidad en el futuro, y conociendo además que este Pontífice tenía una gran devoción a la Madre de Dios (como demostró más tarde en el insigne edificio de su capilla en Santa María la Mayor), se preparó (como había hecho con León) haciendo esculpir otra misteriosa imagen de la Virgen de la santa casa de Loreto (que también describo en otro libro, como la anterior), para presentarse a besar los santos pies y darle a conocer sus deseos, que buscaban la gloria de Dios y le bien del prójimo. No se conocen con certeza las particularidades que resultaron del encuentro, pero sólo se observaron buenos efectos, porque se restableció la limosna que había asignado Clemente. En otras ocasiones se vio que el Papa tenía mucha estima por el Padre José, como fue en aquella que se lee en el proceso, en el que se narra que viendo el dicho Pablo V al padre cerca de la Redonda, hizo parar su cortejo, llamó junto a sí al Padre, y estuvo charlando con él durante mucho rato muy amorosamente, y los que lo vieron se admiraron mucho al ver al Papa haciendo tanto honor a aquel padre, hacia el cual la gente sintió mucha más estima, puesto que era tan honrado por el Sumo Pontífice.

8. Su Señoría Ilma. Introdujo a nuestro D. José a S. Santidad, que le dijo estas palabras precisas: “Estamos muy contentos de que haya comenzado la Obra de las Escuelas Pías. Teníamos la intención de empezarla, pero la guerra de Hungría nos ocupó tanto que no pudimos ejecutar nuestra voluntad. Dios le ha llamado a usted, y nos alegramos, nos alegramos mucho. Queremos venir a visitarle. Vea lo que necesite, que con mucho gusto le ayudaremos”. Y ordenó que se les pagara cada año 200 escudos camerales para el alquiler de la casa.

9. Su Señoría Ilma. presentó a nuestro D. José a Su Santidad, que le dijo estas palabras precisas: “Estamos muy contentos de que haya comenzado la obra de las Escuelas Pías. Tuvimos el deseo de crearlas, pero luego la guerra de Hungría nos lo impidió, y nos ocupó tanto que no pudimos realizar nuestro deseo. Dios te ha llamado a ti, y nos alegramos, nos alegramos mucho. Queremos venir a vi-

sitarte; mira lo que necesites, que con mucho gusto lo haremos. Y ordenó que le pagasen cada año 200 escudos de cámara para el alquiler de la casa.

10. Fue su primera aprobación del Santísimo Pontífice Clemente VIII el año de 1600, año de Jubileo, y si el Jubileo es lo mismo que indulto o gracia, singularmente pacífico quiso mostrarse el cielo con tan loable instituto, y no debía ni podía un Clemente sino a probar lo que era Clemencia Divina, porque apenas abrió la boca el Santo Fundador, refiriendo a Su Santidad sus propósitos, cuando el Papa le respondió que esto mismo andaba pensando muchos días había, y que daba muchas gracias a Su Divina Majestad porque de este instituto le parecía que había solamente falta en la Iglesia de Dios, y así como cosa tan suya, y tan acepta, y agradable en su Divina Presencia, quiso que tuviese aprobación tan pública de su Vicario en la tierra, el cual se enterneció tanto oyendo a los Cardenales en público Consistorio hablar de la vida y santidad del nuevo Fundador que su Beatitud le señaló muy buena limosna fija todos los años, y el Padre de José la empleaba tan bien, porque no se te contentaba con dar el pan del conocimiento Divino y de la enseñanza a todos los niños y estudiantes, que llegaban a millares, mas aun daba a todos los estudiantes pobres papel, pluma, y libros.

11. Una vez José recuperó la salud con el particular favor de Dios, y con alegría de todos, Dragonetti ya no dejó nunca de ayudarle y servirle en las escuelas, y terminó sus días en nuestra Orden, en la casa de San Pantaleo, teniendo ciento veinte años y meses de edad. Mientras tanto crecía el buen nombre de las escuelas, y llegó a oídos del Sumo Pontífice Clemente VIII, quien quiso conocer y ver a José, e introducido a la audiencia por Monseñor Vestri, mostró Su santidad mucho placer en verlo, y habló con él durante mucho rato, y entre otras cosas le dijo: “Nos alegramos mucho de que haya comenzado la obra de las Escuelas Pías, que nosotros teníamos intención de comenzar, pero la guerra de Hungría nos ha ocupado tanto que no hemos podido poner en práctica una intención tan santa. Dios le ha llamado a usted, y nos alegramos mucho por ello, y queremos ir a verles. Mire a ver qué necesitan, que de buena gana lo haremos por ustedes”. Dicho esto, se volvió hacia los preladados que estaban allí y ordenó que cada año, a partir de aquel momento, se le dieran doscientos escudos de la cámara para ayudar a las escuelas.

12. Murió Clemente, y fue elegido Pontífice Alejandro de Médicis, llamado León XI, que había sido el patrón de la Doctrina Cristiana y conocía muy bien a José, que había sido Prefecto de la cofradía, y le tenía mucho aprecio. Cuando se preparaba para ir a besarle los pies, preparaba un icono de la Santa Virgen para dárselo, pero León falleció al poco tiempo, a causa de una breve enfermedad letal.

Paulo V sucedió a León en el Pontificado. Cuando José fue admitido a besarle los pies, le llevó una imagen de la Virgen de Loreto. El Pontífice, que tenía buena opinión de José, favoreció a su grupo; mandó que se le asignase una limosna y se le diera perpetuamente. Sin embargo, este decreto dado por él fue anulado por el Papa Urbano VIII. Tampoco faltaron calumniadores que instigaron el ánimo de Paulo para que quitara del medio las Escuelas Pías. Pero Paulo trató el asunto con Fray Juan de Jesús María, Carmelita Descalzo, conocido por su fama de santidad, hombre movido por el celo de Dios, que recomendó de tal modo la virtud de José y de su instituto que, muy satisfecho de ello el Pontífice le encargó la inspección asidua de las Escuelas. Obedeció atentamente Juan, y narró oportunamente al Vicario de Cristo dónde había nacido aquel rumor. José brillaba claramente con sus virtudes; el instituto de las escuelas procedía con mucha disciplina, de donde venía mucho fruto a la Ciudad y a la República Cristiana, y estaba de acuerdo con los sagrados cánones y decretos, y era conforme con el Concilio de Trento. Lo que el venerable varón Juan pensaba, y su inclinación hacia José, se lee en una obra suya del año 1613, sobre la educación de la niñez, dedicada al Cardenal Giustiniani, Protector de las Escuelas Pías, donde entre otras cosas se leen estas palabras: *Hunc iam carpe fructum ex credita tibi pueritia: cui excolenda, ut P. Iosepho Calasanctio, Scholarum Praefecto Viro ob insignem Christianae vitae perfectionem, laude dignissimo, gratam facerem ante años aliquos destinavi scriptum hoc, quo bona educationis paraecipua capita brevissime complector, &*

Era admirable ver el alto concepto que el Papa Paulo tenía de José, y con cuánta familiaridad hablaba a veces paseando con él. Lo cual ocurrió una vez en la Plaza de la Iglesia Rotonda, cuando yendo en su litera vio a José y lo llamó, y estuvieron juntos tratando con él de diversos asuntos, con el rostro muy alegre, no sin admiración de todos. Recibía también benignamente a sus compañeros, a quienes pedía que saludaran en su nombre a José, y dijo muchas veces que

viniera cuando quisiera a verle, que le recibiría con mucho gusto. No pocos varones de gran autoridad pensaban que el papa Paulo tenía intención de incluir a José en el Colegio Cardenalicio, así lo refirió el Cardenal Montalto. Pero el Siervo de Dios, que solo buscaba la humildad, rogó insistentemente que no le apartaran de las Escuelas Pías, que comenzaban a extenderse, ni del estilo de vida que había abrazado.

13. Este Instituto de las Escuelas Pías fue aprobado por primera vez por la buena memoria de Clemente VIII en el año 1600, el año del jubileo, pues si el año jubilar significa un tiempo de perdón y gracia, singularmente parecía que el cielo era pródigo al dar un Instituto tan loable al mundo. Solo un Clemente podía con toda prontitud y clemencia aprobar y favorecer tal Instituto. Y, en efecto, tan pronto como abrió la boca nuestro D. José para informar de su pensamiento sobre tal Instituto a S. S., el mismo Pontífice respondió que le gustaba mucho la idea, y que era justo esto lo que andaba buscando desde hacía mucho tiempo, y daba gracias a Dios porque le parecía que solo este Instituto faltaba en la Santa Iglesia, y animó a nuestro D. José a continuar y establecerlo, añadiéndole además: “Habíamos pensado en establecer esta obra, pero las guerras de Hungría nos han ocupado tanto que no hemos podido. Dios te ha enviado; estamos muy contentos por ello, y queremos venir a visitarte”. Y S.S. quedó muy consolado por el buen informe que en el consistorio le hicieron varios cardenales sobre la vida ejemplar del nuevo fundador D. José de Calasanz, por lo que S.S. le asignó 200 escudos de cámara para el alquiler de la casa.

(Clemente VIII) dio órdenes de que se preparara un borrador de Breve para erigir esta Obra en una Congregación formada, pero no pudo cumplirlo, porque se lo impidió la muerte, que ocurrió el 3 de marzo de 1605.

El Sumo Pontífice Paulo V contaba mucho con él, por lo que a menudo deseaba ser visitado por el mismo fundador, y cuando el Padre hacía esto, S. S. lo entretenía con largas conversaciones, disfrutando mucho de su agradable conversación. Y al despedirle se encomendaba a sus oraciones, diciéndole que podrían ser muy beneficiosas para él. Y una vez, pasando S. S. por la Rotonda, vio a nuestro V. P. José, lo llamó, y se detuvo allí con todo el acompañamiento, le retuvo durante un buen rato hablando con él, lo que causó asombro a todos, como prueba clara de lo mucho que S. S. conta-

ba con él. Como prueba de ello, una vez le ordenó ir al monasterio de San Silvestre en Campo Marzio para reducir a aquellas monjas a la observancia del Sagrado Concilio de Trento. Y también lo usó para examinar el espíritu de algunas siervas del Señor en otros monasterios, y todo el asunto fue llevado a cabo por nuestro V. P. José de acuerdo con el deseo de S. S. De ahí surgió el concepto en la corte según el cual era comúnmente estimado y venerado por un gran siervo de Dios. Y el Instituto de las Escuelas Pías también avanzó en gran estima, y muchos cardenales se dignaron ir a visitar las Escuelas Pías para ver el buen orden que se mantenía en ellas, ya que fueron (además de Baronio y Antoniano nombrados anteriormente) los Emmos. Mellini, Borghese, Lanti, Tonti, Torres, Lancellotti y otros, así como muchos Príncipes, Embajadores y Prelados, que quedaban edificados y admirados ante la caridad suprema con la que los niños eran formados en letras y piedad cristiana. Y esto era todo el gusto y el pensamiento de nuestro V. P. José, y todo esto era su intención, y esto era todo su esfuerzo.

14. La persecución de Herodes del tierno niño desconocido sirvió, dice S. ..., para manifestarlo y hacerlo ver claro al mundo. Del mismo modo, la furiosa persecución movida por los maestros de la escuela contra esa obra tan pía sólo sirvió para darla a conocer mejor en Roma, y para que llegara la noticia hasta los oídos del Papa. Sentado entonces en el trono apostólico, el santísimo pontífice Clemente Octavo estaba totalmente dedicado al gobierno del rebaño católico, y era muy diligente en promover la reforma de las costumbres depravadas del cristianismo. Sabía que todo pecador es ignorante, y en consecuencia que es la ignorancia, y especialmente la de aquellas cosas que estamos obligados explícitamente a creer y hacer, un gran fomento de vicios, y fértil madre de pecados, de modo que cuando oyó hablar de la obra intentada y comenzada por el P. José, le gustó muchísimo, y se complació en llamarlo a su audiencia para preguntarle sobre su obra, y para promoverla, teniendo siempre el Papa un gran deseo de que se remediara en Roma, y luego en todo el mundo católico un gran inconveniente, como era el tener a tantos niños ociosos sin aplicarse a las letras o a otra profesión útil para la república.

Vino Calasanz a los pies del Papa, y le dio cuenta de lo que quería hacer, que era fundar una Congregación de sacerdotes, y otros hombres piadosos y eruditos, que quisieran dedicarse a la obra para el mantenimiento de estas escuelas. Le contó las reglas y organiza-

ción que tenía en las escuelas y los ejercicios que hacía, y todo fue del agrado del Papa, quien con suprema bondad le dijo: “Habíamos pensado en remediar este inconveniente abriendo en esta ciudad una escuela a expensas de la Cámara Apostólica, o de otra manera, pero hasta ahora no lo hemos hecho distraídos por las grandes ocupaciones, y especialmente por las recientes guerras de Hungría, por lo que nos consuela mucho ver que el Señor ha remediado llamándoos a una obra de tal caridad, y os exhortamos a continuarla, dispuestos a ayudaros en todas vuestras necesidades”. Y para que no quedara en promesas, le asignó para mantener estas escuelas un subsidio de doscientos escudos de oro al año, y era el primer subsidio que el Padre recibía para su obra. El Papa también prometió venir a visitar sus escuelas, y le despidió consoladísimo por las gracias obtenidas y animado para continuarlas viendo que el Señor lo aprobaba por boca de su Vicario, y viéndose colocado después de una gran persecución bajo la protección de él, y muy feliz regresó junto a los suyos, pues ya para esa época contaba con algunos compañeros que se habían dedicado a esa obra.

El principal de ellos y el primero que se dedicó a trabajar en las escuelas sin sueldo temporal fue el padre Gaspar, siciliano, natural de la ciudad de Lentino en Sicilia, un hombre verdaderamente de Dios. Este, con todo que era un hombre muy suficientemente formado para recibir el santo sacerdocio, por la humildad y respeto que tenía a ese grado, y a pesar de que vestía de sacerdote, y tenía las órdenes menores, y era un canónigo en su patria, nunca quiso recibirlo. Era su trabajo hacer escuela pública de gramática. Pues este fue uno de los primeros que abrazó esta piadosa obra de las escuelas, y se le puede llamar el primero, porque de todos sólo él perseveró hasta la muerte durante todo el tiempo de su larguísima vida, que Dios le dio tan larga y próspera que vivió ciento veinte, o como otros dicen, ciento treinta años, sin ninguna enfermedad y sin pérdida de dientes ni de vista, lo que en nuestros tiempos puede estimarse como un milagro de la naturaleza. Es cierto que cuando la Congregación cambió de secular a regular, el P. Pedro no quiso que el P. Gaspar se viera obligado a cambiar de hábito, o a profesar los rigores de la Regla, estimando tanto su doctrina y su habilidad en las escuelas que juzgó como mayor servicio a Dios que le sirviese durante tanto tiempo como lo hizo, que con los rigores de la vida se le impidiese esta obra de caridad, de modo que con el hábito de sacerdote secu-

lar vivió siempre en esta Religión sirviendo diligentemente en las escuelas hasta su última decrepitud durante un periodo de más de cien años, muriendo por así decirlo en este ejercicio.

Pero volviendo a nuestro Padre Calasanz, con el favor recibido del Papa mucho se enfervorizó en esta santa obra con sus compañeros, y como con el ejemplo del príncipe se mueven los súbditos, al conocerse en Roma el último éxito del P. José y sus escuelas ante el Papa, inmediatamente crecieron todos en reputación y estima; hubo muchos que se declararon benefactores, ayudándoles con grandes limosnas. Es cierto que como el Señor a todos los fundadores y líderes de las religiones ha concedido un corazón magnífico y grande, que no contentándose con menos que con el mismo Dios, nada estiman, porque en el que es todo ponen todo su deseo, su confianza y esperanza, por lo que son dotados de esa pobreza de espíritu que enriquece en realidad a quienes la poseen Y por ello era muy parco al admitir limosnas que excedían las cotidianas y presentes necesidades de esa obra que día a día crecía, y se afirmaba con argumentos considerables como obra de la diestra de Dios.

Le dieron una relación completa y muy favorable al Sumo Pontífice Clemente, el cual hubiera hecho mucho más para fomentar y establecer esta Congregación, pero el prudente Pontífice había estado tan imbuido de esas infamias que le habían contado, que, aunque nunca las había creído y luego se había quedado muy satisfecho con la relación que les hicieron los dos cardenales enviados como visitadores a ellas, con todo esto el celoso Pontífice quiso mantenerlas, sí, pero no aumentarlas, de tal manera que sucediendo algún inconveniente pudieran ser fácilmente suprimidas y abolidas, por lo que no fue más allá de lo ya dicho en ayudarlas y favorecerlas. Por otro lado, si no hubiera sido por ellas, habría hecho cosas mayores, y, de hecho, a pesar de toda esta información malvada, no disminuyó en nada el elevado concepto que se había formado de Calasanz, y tenía tanta confianza en su virtud que, conforme atestigua al Señor Lorenzo, Arcipreste de la iglesia madre de Novara en la información que bajo juramento hizo en su proceso, a menudo el Papa le enviaba considerables sumas de dinero, para que diera en su nombre limosna, confiando a su bondad e integridad que la dispensara con mucho juicio y caridad a los pobres de Jesucristo.

El gran benefactor de las Escuelas Pías Clemente VIII finalmente murió, y después de estar vacante la Santa Sede 28 días, el 2 de abril

de 1605, el cardenal Alessandro de Médicis, que tomó el nombre de León XI, y tenía mucho afecto al P. José y a su nuevo Instituto y habría hecho mucho a favor de las nuevas escuelas si el Señor después de sólo 26 días de Pontífice es decir, el 27 del mismo mes de abril, no le hubiera llamado a la gloria, dejando al mundo tan ansioso por disfrutarlo durante algún tiempo como eran grandes las esperanzas de disfrutar en su gobierno de una gran paz y prosperidad de la Iglesia. Inmediatamente después de la elección de León, el P. José encargó realizar una hermosa imagen de la Virgen de Loreto en el acto de presentar su hijo al Padre eterno con otros santos; y muchos lemas y versos, en los que mostraba juntamente su piedad e ingenio, pero no es posible saber si por la brevedad de la vida del Papa tuvo tiempo de presentársela.

Habiendo entrado de nuevo en el Cónclave los Cardenales, nuestro P. José con oraciones, penitencias y ayunos rezó al Señor para que diera una cabeza a la Iglesia que pudiera gobernarla en paz y santidad, según él sabía que era necesaria para su amada esposa, y después de veinte días de Cónclave, el Cardenal Borghese, que tomó el nombre de Paulo Quinto, fue elegido con aplausos y alegría universal de la Iglesia, y fue el 26 de mayo del mismo año 1605. Como el nuevo Pontífice no sólo conocía, sino que incluso apreciaba a nuestro Padre y a sus escuelas, la elección le produjo sumo consuelo, y como conocía la gran devoción del nuevo Pontífice a la gran Reina del Cielo, como fue bien conocido por el mundo en la ilustre capilla de Santa María la Mayor llamada por su nombre, Paulina, también pensó ofrecerle una imagen de la Virgen en su primera audiencia. Así que hizo grabar en cobre la Santa Casa de Loreto, y en medio de ella arrodilló a la Santísima Virgen con su hijo en brazos en el acto de ofrecérselo al Padre eterno, sobre las nubes entre esplendores y querubines; a la derecha de la Virgen estaba Santa Ana arrodillada con los brazos cruzados sobre su pecho y con los ojos levantados para contemplar el misterio, y a la izquierda S. José en el mismo acto de admiración, pero con los brazos abiertos. Debajo había un grupo de niños arrodillados y esparcidos en el suelo sus libros y tablillas, y para custodiarlos, a un lado y otros dos ángeles con la siguiente leyenda: *Vos cum oblato offerte*, et en medio de ellos en otro recuadro, *Initium sapientie timor Domini*. La imagen tenía forma ovalada, y en el borde de la parte superior estaban las siguientes palabras: *Sancte domus lauretane pie meditationis mysterium pue-*

ri Scholarum Piarum venerantur atque pro se tum vel maxime pro SS.D.N. Pauli Quinti salute ac S.R.E. felici statu implorantes tam pie oblationis auxilium deprecantur. Roma anno Dni. MDCV mense maio. Bajo el resto del óvalo se podía ver el siguiente tetrástico:

*Excipe Virgo simul que fert pia vota precantum
Casta cohors, summo defer et ista Patri
Sic tua nutantes sustentet dextera mentes
Te duce ne in tenebras lubrica corda cadunt.*

Fue a presentar esta imagen al nuevo Pontífice, quien la recibió con muchas muestras de afecto y le confirmó la limosna de los 200 escudos de oro que le había asignado su antecesor Clemente para la subvención de sus escuelas y, como él, las recibió bajo su protección, favoreciéndolas como diremos a continuación de mil maneras, y en particular a su fundador, que era bien conocido y tratado por el Papa, pues siendo cardenal ya le estimaba y apreciaba. Y le estimaba y apreciaba tanto que no solo le escuchaba con gusto cada vez que venía a su audiencia, sino que muchas veces lo llamaba por su cuenta para hablar con él. Una de las veces le hizo un gran honor, porque yendo el Papa por Roma con su habitual numeroso cortejo, se encontró en la plaza de la Rotonda con el P. José y le hizo llamar. Hizo parar la litera y toda la Corte y con mucha afabilidad se puso a hablar durante un largo período de tiempo con el Padre, lo que asombró a toda Roma al ver el elevado concepto que el Papa tenía de este gran hombre. Y como todo el pueblo depende de la voluntad del Príncipe, viendo Roma la gran estima que el Papa le tenía, todos comenzaron a competir para honrarle, estimarle y ayudarle en su obra de las Escuelas Pías. Con este poco de respiro y viento favorable, los aterrorizados adversarios no se atrevieron a perseguirle tan mortalmente, y se levantó el ánimo de los compañeros del Siervo de Dios para continuar y perfeccionar esta obra, que era de tanta piedad y tan útil al cristianismo.

15. Después de la grave tribulación de la enfermedad, gracias al favor del Cielo y de unos meses de atención médica, recuperó la salud. Dios quiso consolarle y animarle a continuar una obra tan santa. Monseñor Vestri, en cuyo palacio, como se ha dicho, estaban entonces las Escuelas Pías, tenía mucho gusto en intervenir a menudo en algunos de los ejercicios que se hacían allí, y observando la diligencia del P. José, y la gran utilidad que de ella se derivaba en beneficio de los pobres, les tomó tanto afecto que interesó a la San-

tividad de Clemente VIII, a quien presentó el mismo P. José, que fue recibido por ese Santísimo Pontífice con una demostración de gran estima, preguntándole por su persona, y por la obra de las Escuelas Pías. El P. José satisfizo la curiosidad de Su Santidad, informándole plenamente, y en particular sobre el número y orden de las clases, y del método que se practicaba en cada una de ellas, tanto en las letras, como en buenas costumbres, y en la instrucción de los niños en los misterios de nuestra fe y en el temor de Dios.

A partir del discurso y la composición de la persona de Calasanz, entendió el prudente Sumo Pontífice que estaba en él el espíritu del Señor, y el verdadero celo por la gloria divina. Por esta razón, regocijándose, le dijo que se sentía muy feliz de que hubiera emprendido la obra de las Escuelas Pías, y que él mismo había tenido antes un gran deseo de hacer una obra similar, pero que por varios asuntos que surgieron en el gobierno universal de la Santa Iglesia, no había podido aplicar y poner sus deseos en obra. Y añadió estas mismas palabras: “Dios te ha llamado, nos alegramos mucho por ello. Queremos venir a visitar las escuelas; mira lo que necesitas y con mucho gusto lo haremos”. Salió el siervo de Dios de la audiencia del Sumo Pontífice muy consolado; recibió mucho ánimo y lo transmitió a sus compañeros, diciéndoles lo que el Papa le había dicho, el cual poco después para ayudar a la obra pía asignó doscientos escudos para el alquiler de la casa, que eran pagados anualmente por el limosnero de Su Santidad.

Este consuelo del P. José recibido por la buena gracia del Vicario de Cristo, pronto desapareció. Las Escuelas Pías no eran bien vistas por los maestros de Roma, y particularmente por los de los barrios, porque vieron que debido a ellas carecían de los emolumentos que antes recibían de los escolares; y a los maestros se unieron algunos que habían sido maestros en las Escuelas Pías, pero fueron despedidos por el P. José por su no muy buen comportamiento. Enviaron un memorial al Cardenal Vicario. Cuando este vio que la denuncia era falsa, no hizo caso. Entonces enviaron otro al mismo Papa, contra las Escuelas Pías y sus maestros.

16. Mientras tanto Monseñor Vestri, en cuyo palacio, como se ha dicho, estaban las Escuelas Pías, muy a menudo iba a ver los ejercicios que hacían José y sus compañeros, y viendo la gran diligencia con la que por obra del mismo Padre todos y cada uno trabajaban a favor de los niños, quedó muy edificado y concibió tal concepto del

instituto que determinó hablar de él con la Santidad de Clemente VIII, y presentar a sus SS. Pies al P. José para que de su boca oyera el fruto de su obra.

Fue, pues, con el Padre a ver al Sumo Pontífice, quien le acogió con una demostración de gran estima, preguntándole sobre su persona y por el trabajo de las Escuelas Pías. Satisfizo plenamente al Siervo de Dios a las preguntas de Su Santidad y modestamente le informó sobre su persona, y después sobre el número, orden, método y ejercicios, tanto literarios como de piedad cristiana, que se practicaban en las escuelas.

Quedó el Sumo Pontífice satisfecho con la muy exacta información que le dio el Siervo de Dios, y se formó un concepto no ordinario de su persona, estimándolo, como en realidad era, un hombre iluminado por el Señor, de gran prudencia y doctrina, de modo que le animó a continuar la obra iniciada. Y entre otras cosas hizo que su limosnero le asignara doscientos escudos al año, para usarlos en el pago del alquiler del Palacio donde estaban las escuelas. Y luego le dijo que se sentía muy feliz de que hubiera realizado una obra que siempre había querido él que se introdujera en Roma y en todas las ciudades del cristianismo, pero varios asuntos urgentes de la Iglesia universal no le habían permitido ejecutarlo. Y al despedirlo le bendijo y añadió: “Dios le ha llamado, y sentimos un gran gozo por ello. Queremos venir a visitar las escuelas. Mire lo que necesita, y con gusto lo haremos”.

Muy consolado partió de los pies de Su Santidad, y volvió con sus compañeros, dándoles parte de la benigna acogida que el Sumo Pontífice le había hecho, animándole a dedicarse de corazón al servicio de las escuelas, que era tan acepto al Señor como él le había dado a conocer a través de su Vicario, de quien había sido agraciado con el caritativo subsidio, con la promesa de ayudar con su liberalidad y protección al Instituto.

Rechaza dignidades

3. Ojo jamás ofuscado del polvo de las cosas terrenas. Ojo apartado de las tinieblas de la ambición, que acostumbra a alucinar a los Argos. Ojo que, para mantenerse brillante, renunció a las más ricas canonjías y a dos principales obispados que el Ex. Señor Francisco de Castro, entonces Embajador del Rey Católico, le ofreció en España. Ojo que desechó también la ocasión de ser promovido a la sacra

Púrpura cómo estaba en predicamento entre los grandes de la Corte Romana. De suerte que con tal diligencia ingeniándose José de imitar a la industria de la Naturaleza, guardo su ojo muy puro.

4. Este Pontífice le tenía mucha veneración, y un día en la plaza de la Redonda le vio y le llamó, y tuvo una larga conversación con él, y decidió ponerlo en la lista de los Cardenales. Sin embargo, el Siervo de Dios mantuvo siempre su humildad, y rechazó varios obispados ofrecidos por el Rey Católico.

4.3. En nuestro convento he oído decir, ya que se me pregunta, que un día en la plaza de la Rotonda el mencionado Papa Paulo V se reunió con el Padre José General; lo llamó y tuvo con él largo discurso Y también he oído en nuestra religión que el mismo Papa Paulo lo puso en la lista de Cardenales en una cierta promoción, y que le informó de la intención el Cardenal Montalto de feliz memoria, y que lo rechazó, como rechazó una o más diócesis ofrecidas por el Rey Católico, y en particular una ofrecida por medio de un embajador del rey de España, que se llamaba Conde de Castro.

4.9. Dicen estos que el motivo para empezar a considerar santo al padre fue el desprecio de muchos bienes que tenía en el siglo, y que había rechazado dignidades, incluso el arzobispado de Brindisi, en tiempos del duque de Alba.

5. Dicho Pontífice tenía en tal estima a nuestro P. José que no sólo pasaba buen espacio de tiempo hablando con él en palacio, sino que en Frascati también paseaba con él en verano charlando con él. En Roma lo encontró una vez en la Redonda acompañando a los escolares; hizo parar la litera y estuvo hablando públicamente con él con admiración de todos los presentes. Más aún, el Emmo. Cardenal Montalto informó a dos de nuestros religiosos, felicitándoles, que Su Santidad había puesto en la lista de Cardenales a nuestro Prefecto el P. José, y como la cosa se hizo pública en Roma, de modo que los mismos escolares lo decían públicamente, él hizo castigar a los que hablaban de ello, y yo pienso que hizo mucha oración para que S.D.M. no lo permitiese, como ya unos años antes había dado infinitas gracias a Ilmo. y Rvdm. D. Francisco de Castro, embajador del Rey Católico, que en diferentes ocasiones le había ofrecido dos canonjías riquísimas en España y dos episcopados, y todo por el afecto que sentía a la obra de las Escuelas Pías, como encomendada por Dios a él.

6. Además de riquísimos canonicatos, que muchas veces rechazó, tampoco quiso aceptar dos importantes episcopados en España, ofrecidos por D. Francisco de Castro, entonces embajador del Rey católico ante Paulo V. El mismo cardenal Montalto vio que era muy ajeno a recibir la dignidad a la que pensaba promoverlo el mismo Pontífice, aunque era una de las mayores que existen en la Iglesia de Dios. En fin, rechazó a viva fuerza cualquier título ilustre en la tierra, para tenerlo más claro y resplandeciente en el cielo, sabiendo bien que, tan pronto como despunta sobre las alturas mundanas, lo mismo seculares que eclesiásticas, un sol tan claro, inmediatamente la envidia hace caer saetas; la maledicencia, truenos, y la sospecha, granizo.

8. Comenzó las Escuelas Pías con tal fervor que nada próspero ni adverso pudo retrasar o impedir. Desde el principio se le ofrecieron beneficios opulentos como canonjías de mil y más cientos de escudos, y se sabe que en el Pontificado de Paulo V rechazó dos Obispados en España que le ofreció el Sr. D. Francisco de Castro, Embajador del Rey Católico.

Siempre fue muy ajeno a ir a las cortes, e incluso a ser Confesor de un Cardenal importante, para no dar motivo para ser promovido a una dignidad, que en el momento de dicho Pontificado era de las mayores en la Iglesia de Dios, según declaró el Emmo. Montalto el viejo a dos de los nuestros, y porque se decía públicamente en Roma que había sido nombrado Cardenal, se mostró muy severo con unos escolares que hablaban de ello en las escuelas.

9. El Sr. D. Francisco de Castro, Embajador del Rey Católico, le ofreció canonjías muy ricas y dos Obispados en España, y él lo rechazó, por el afecto que tenía a llevar a cabo la obra de las Escuelas Pías, y para escapar a tales encuentros, siempre era muy ajeno a cortejar, habiendo puesto en Dios toda su esperanza.

El citado Sumo Pontífice, conociendo el mucho espíritu, la prudencia y la doctrina de nuestro P. José, lo nombró Cardenal, como declaró el Sr. Cardenal Montalto el Viejo a dos de nuestros Padres; y como se hablaba de esto abiertamente en Roma, él castigó severamente a algunos escolares que hablaban de ello en las escuelas.

10. Mas, queriendo el Rey Católico darle un obispado en Nápoles, como lo intentó el Conde de Lemos siendo Virrey en dicho Reino, y como se excusase el Padre Calasanz con admirable artificio, el Papa Gregorio XV le ofreció el Capelo Cardenalicio, el cual rehusó, como

lo testificaron los Cardenales que se hallaban presentes, y muy en particular en el Cardenal Montalto Pereti el viejo, según lo afirmó el Padre Parma, Monje Casinense, en su oración fúnebre.

11. Siguieron su recomendación luego con satisfacción y contento del Sumo Pontífice, el cual mostraba que sentía un gran placer en tenerle consigo para conversar con él, lo cual no ocurría sólo en el palacio, sino también cuando lo veía por casualidad en la calle, como ocurrió muchas veces en Frascati, y se entretenía hablando con él, caminando a pie juntos durante un largo espacio de tiempo. Y en Roma en la Redonda, mientras el P. José andaba acompañando a los escolares en filas, lo vio el Papa, e hizo parar la litera y se puso a hablar con él durante mucho rato, y le mostraba tal afecto que todos los que lo vieron sintieron una gran admiración por la estima y el concepto que veían que tenía el Vicario de Cristo por este siervo suyo. Y ciertamente era grande, porque se supo como cosa cierta que había puesto su nombre en la lista para hacerlo cardenal de la Santa Iglesia, lo que muchas veces afirmó el Sr. Cardenal Montalto. Este Emmo. incluso se alegró y felicitó a muchos de nuestros religiosos por ello, y por toda Roma se extendió la noticia, y si no lo publicó Su Santidad en la promoción de cardenales que hizo es porque el P. José lo rechazó con su gran humildad, pues se tenía por merecedor de toda humillación, y sin ningún fingimiento se humillaba juzgándose la más vil de todas las criaturas, gloriándose solamente con el Apóstol en la cruz de su Cristo. Pudo ser orador eficaz para persuadirlo de que cambiara su idea en aquella promoción que quería hacer de su persona, para dejarlo estar en aquella tarea en la que Dios le quería solamente. Con el mismo despego de las grandezas humanas cerró los oídos muchos años antes a las proposiciones que le hizo el embajador del Rey católico, D. Francisco de Castro, que en nombre de la Majestad le ofreció en España algunas dignidades de las más ricas que podía presentar, y dos obispados de los más importantes, que todo lo rechazó por el afecto que tenía al instituto de las Escuelas Pías.

12. Despreciándose a sí mismo, admiraba mucho las virtudes de los demás. Y con sumo cuidado y arte disimulaba y escondía los dones que Dios le había dado, mientras alababa efusivamente lo que brillaba en otros. Aborreció siempre grados y honores, y rechazó dos veces obispados ofrecidos por el Rey Felipe IV. Se opuso a la gracia del cardenalato próximo que le ofrecía el Papa; era contrario a todas dignidades.

13. Con el mismo propósito despreció y rechazó repetidamente las dignidades que le ofreció D. Francisco de Castro, Embajador del Rey Católico en Roma, con la entrega de dos patentes o licencias de dos obispados ricos en España a su elección. Y como las rechazó la primera vez, a la segunda dicho Embajador también presentó la patente de la Majestad Católica de Felipe III a la santidad de Paulo V, pidiéndole en nombre de S.M. que le mandara aceptarlas, pero el V. P. José respondió con razón que ya era viejo y no muy hábil para viajar más por España. En otra ocasión se le ofreció el arzobispado de Brindisi, pero igualmente con maravilloso artificio se disculpó.

15. Por la estima que grandes personalidades tenían a su persona, se les ofrecieron diversas dignidades eclesiásticas, que, como afirman testigos de fe, fueron rechazadas por él, y en particular el Arzobispado de Brindisi, por nombramiento del Rey Católico, que le ofreció Don Alonso, Embajador de España en Roma. Y al saber por boca del cardenal Montalto que Paulo V, de gloriosa memoria, a quien era grato, y le tenía por un gran siervo de Dios, le había puesto en la lista de cardenales, para ser publicada en la próxima promoción, José se afligió mucho, y tanto insistió al cardenal Borghese, sobrino del Papa, que el Sumo Pontífice, para no disgustarle, lo quitó de la lista.

16. Aborrecía mucho que alguien le considerara como bueno para algo, por lo que, habiéndole ofrecido Felipe II Rey de España un obispado, con generosa renuncia se excusó, aduciendo su imbecilidad para cualquier empleo. Lo mismo hizo cuando el duque Alonso di Castro, virrey de Nápoles, le ofreció el arzobispado de Brindisi. Y habiendo sido informado confidencialmente por el cardenal Montalto de que el Sumo Pontífice Paulo V, por la estima que le tenía, lo había colocado en la lista para declararlo cardenal en el próximo Consistorio, tanto trabajó, y tanto hizo con el señor Cardenal Borghese, sobrino del Papa, que el Sumo Pontífice, para no causarle un disgusto, no lo publicó.

Visita a las escuelas

3. No pudiendo después su Santidad a andar personalmente a visitarle, le envió los Eminentísimos Cardenales Baronio y Antoniano. Aprobaron aquellos celosos Cardenales está ahora de tanta caridad,

como la aprobó también el cardenal el Klesl, alemán, en una congregación en la cual se trató si convenía este nuevo instituto.

4. Los Cardenales Baronio y Antoniano visitaron por orden de Su Santidad el lugar.

5. No pudiendo después Su Santidad ir a visitar las escuelas, envió allí a los Emmos. cardenales Silvio Antoniano y César Baronio, y mostró gran alegría cuando oyó de estos eminentísimos el buen método que se usaba para enseñar el temor de Dios y las letras a los jovencitos. Y dio orden de que se preparara la minuta del Breve para erigir las Escuelas Pías en Congregación, pero no se llevó a cabo porque pasó a mejor vida.

Aquí incluso nuestro Señor puso su mano, haciendo que el Emmo. Glissel, alemán, hubiera ido casualmente unos días antes a visitar las Escuelas Pías, y habiendo quedado satisfechísimo de su visita, dio a la mencionada sagrada congregación un informe óptimo con respecto a cada cosa.

6. no pudiendo luego acercarse a hacer la visita prometida, la delegó a dos cardenales, que fueron el Baronio y el Antoniano. Encomiaron tanto estos el instituto de José en la relación que hicieron al Pontífice, que él ordenó al momento, lleno de júbilo y de contento extraordinario, que se redactase la minuta del Breve para declararlo Congregación, pero la muerte se lo impidió.

7. No pudiendo Clemente visitar personalmente las escuelas, dio orden a dos cardenales, César Baronio y Antoniano, de que hicieran la visita en su nombre, lo cual hicieron con exactitud, visitando una por una las clases, donde encontraron con satisfacción que la juventud era instruida fructuosamente en la piedad cristiana y buenas costumbres, así como en las letras, según la capacidad de cada cual. Quedando muy satisfechos de tan buena educación, alabaron edificados al P. fundador y a sus compañeros, y exhortándoles y animándoles a la perseverancia, dijeron que no podrían dar sino una óptima información a Su Santidad, cosa que hicieron, alabando mucho la obra, y la bondad y celo del Padre Prefecto (que era el título que tenía, y como tal supervisaba las escuelas).

A consecuencia de esto se vieron los efectos de la buena relación dada. Oyendo el Pontífice tantas alabanzas de aquellos cardenales al P. José y a los compañeros, y el beneficio que se hacía en las es-

cuelas a los pobres ignorantes, conociendo mucho mejor el nuevo instituto, tomó la decisión de establecerlo y favorecerlo aún más. Reunida una congregación de cardenales en la cual además de los citados estaba también el cardenal Kleppel, alemán, alabó de nuevo muchísimo el instituto.

(...) Clemente VIII, el cual, procurando el honor de Dios y el provecho del prójimo, no anduvo lejos de dar crédito a dichas informaciones, por lo que cautamente ordenó a los mencionados cardenales Baronio y Antoniano que visitaran de improviso las escuelas, al Prefecto y a sus compañeros con detalle, observando sus andanzas, y con diligencia reconocieran y le informaran de todo lo que hiciera falta. Los señores cardenales cumplieron la orden, y entraron inesperadamente en las escuelas, y lo examinaron todo minuciosamente, y con la ayuda divina vieron que todas las cosas estaban de manera opuesta a como las habían denunciado al Pontífice. Con increíble contento recibió el Pontífice el positivo y feliz informe de los dos cardenales, por el cual se aficionó mucho más a la bondad del Padre y del instituto, y quizás por esta conocida verdad se movió a favorecerlo con demostraciones de grandísima confianza, como fue lo que depuso el señor Lorenzo Tritonio, arcipreste de Novara en su declaración, en la que dijo que el Papa Clemente tenía tan buena opinión del P. José que solía entregarle buenas cantidades de dinero para que lo distribuyera entre los pobres, confiando mucho en la experimentada virtud del Padre, quien había sacrificado a la pobreza de Cristo por puro amor suyo no sólo los bienes materiales, con todo lo que podía esperar mediante sus talentos, sino también su misma persona, entregándola a la educación de los pobres ignorantes.

8. No pudiendo entonces ir S. Santidad, envió allí a los Eminentísimos Baronio y Antoniano, y sintió gran consuelo cuando oyó de estos Señores la hermosa manera que se utilizaba para enseñar el temor de Dios y las letras a los jóvenes; y dio la orden de que se preparara la minuta del Breve para crear la Congregación, si bien la muerte se lo impidió.

Aquí también el Señor puso su mano, haciendo que el Eminentísimo Glisel, alemán, que había estado unos días antes casualmente para visitar las Escuelas Pías, quedó muy satisfecho, y dio a aquella Sagrada Congregación excelente información de todo.

9. No siendo capaz Su Santidad de ir, envió a los Eminentísimos Baronio y Silvio Antoniano, y se alegró mucho cuando por ellos se enteró de la hermosa manera que se utilizaba en la enseñanza del temor de Dios y las letras a la juventud; y dio órdenes de que se hiciera la Minuta del Breve para crear la Congregación, pero su muerte le impidió el llevarlo a cabo.

También en esta ocasión el Señor echó una mano, haciendo que el Eminentísimo Gliser, Alemán, que había estado unos días antes casualmente a visitar las Escuelas Pías, y quedó muy satisfecho de la visita, dio a esta Sagrada Congregación excelente información de todo.

11. Su Santidad luego no pudo ir a ver las Escuelas Pías, pero envió allí a los Sres. Cardenales Silvio Antoniano y César Baronio, quienes informaron a Su Santidad sobre la óptima disposición y laudable provecho que se hacía en el instruir a los niños en las letras y la piedad cristiana, con grandes alabanzas, y el Papa se alegró mucho de ello, y dio orden a los Sres. Cardenales de que prepararan la minuta de un Breve para erigir y establecer la Congregación de las Escuelas Pías, estimando Su Santidad que sería de mucho provecho el que se erigiera y perpetuara un instituto tan piadoso en la Santa Madre Iglesia, al cual la Santa Sede Apostólica tenía el deber de ayudar y favorecer. Pero como este Sumo Pontífice se fue al cielo, no pudo llevarlo a cabo, como era su deseo.

En esta coyuntura ocurrió que el Emmo. Cardenal Glisel, alemán, quiso venir a ver las Escuelas Pías, y observar cómo funcionaba el instituto, y quedó muy edificado con gran satisfacción y contento. Al contrario que aquellos de la profesión que venían con mala intención para tratar de descubrir los inconvenientes para aquellos que formaban, habló con tanto elogio y eficacia con los demás señores cardenales, encomiando la bondad de José y de su obra, pues la consideraba provechosa y muy necesaria a la Iglesia de Dios, por lo que era conveniente y expediente que fuera no sólo conservada y protegida por ellos, sino defendida y aumentada con todo lo que se debía en relación a la dignidad del gobierno que ellos tenían en la cristiandad.

12. Como el Romano Pontífice no pudo visitar personalmente las escuelas, según era su intención, pidió que fueran los Cardenales Silvio Antoniano y César Baronio, para que hicieran una visita seria. Y ellos lo inspeccionaron todo exactamente con sus propios ojos. Procedieron con suma prudencia y celo, y comprobaron admirablemen-

te los ejercicios y el orden de las escuelas, y la virtud de José. Como en congregación de Cardenales, por orden del Pontífice se trató sobre lo que convenía para el progreso de las escuelas, pareció oportuno que los Padres siguieran lo comenzado de la misma manera, y se admitiera el instituto y el grupo bajo la protección de la Sede Apostólica, y fuera presidido por José, nombrado Prefecto por la autoridad apostólica. El Vicario del Pontífice no les permitió que pudieran pedir limosna en las puertas, al modo de los religiosos mendicantes.

13. Pero al llegar a S. S. el Embajador de España para una audiencia, y por otros asuntos, no pudo cumplir su deseo, pero ordenó a los Sres. Cardenales Baronio y Antoniano que fueran a ver cómo iban las cosas y le informaran. Ellos, después de haber visto y oído examinando a los escolares, en una visita imprevista, informaron que todo iba con gran beneficio y edificación, y dijeron a S. S. que eran falsas todas las imposturas de los maestros antes mencionados, que solo consiguieron acreditar el Instituto ante S. S., que declaró que estaba bajo su protección y de la Santa Sede Apostólica.

Y el Instituto de las Escuelas Pías también avanzó en gran estima, y muchos cardenales se dignaron ir a visitar las Escuelas Pías para ver el buen orden que se mantenía en ellas, ya que fueron (además de Baronio y Antoniano nombrados anteriormente) los Emmos. Mellini, Borghese, Lanti, Tonti, Torres, Lancellotti y otros, así como muchos Príncipes, Embajadores y Prelados, que quedaban edificados y admirados ante la caridad suprema con la que los niños eran formados en letras y piedad cristiana. Y esto era todo el gusto y el pensamiento de nuestro V. P. José, y todo esto era su intención, y esto era todo su esfuerzo.

14. Esperaba y se preparaba lo mejor que podía para la visita a las escuelas que le prometió el Sumo Pontífice; pero luego se dedicó el Pastor Supremo a otros negocios muy importantes de la Iglesia, cuyo gobierno tenía, y se complació en enviar allí a dos de los cardenales más estimados del Sacro Colegio; estos fueron los eminentísimos cardenales Baronio y Julio Antoniano, hombres que, además de por el decoro de la púrpura, eran muy bien conocidos por las letras y su bondad de vida. El primero había sido querido por ello por S. Felipe Neri, y el segundo fue amado y estimado por S. Carlos Borromeo, y fue uno de los primeros ministros que utilizó para reformar las costumbres depravadas de su vasta diócesis de

Milán, por lo que supongo cuánto estimaba el Sumo Pontífice esta obra de las Escuelas Pías, pues queriendo visitarlas en persona y no pudiendo hacerlo por los asuntos muy serios de la Iglesia, había elegido a dos cardenales de esta talla para visitarlas. Vinieron, pues, aquellos eminentísimos y fueron recibidos por el P. José con el honor y pompa que le permitía su pobreza. Visitaron una a una todas las clases, se les informó detalladamente de los estatutos y reglas utilizadas en ellas, examinaron el provecho de los escolares dignándose escucharlos en los ejercicios que hacían, y con sumo consuelo suyo encontraron que esa obra era de la mano de Dios, porque comprobaron y vieron que en tan poco tiempo sin ayuda y asistencia divina no es posible establecer una obra tan difícil, ni obtener tanto fruto en los escolares, ni caminar con tanta diligencia y bondad los maestros. Y lo que más gusto les daba era oír como los escolares no solo eran capaces de dar cuenta de las reglas del latín, sino de los misterios más ocultos de la fe cristiana, por lo que muy satisfechos se propusieron dar a Su Santidad una relación plena y excelente de las escuelas.

Dicen que en esta relación estuvo presente el cardenal Clavel, alemán, quien estaba informado también del beneficio que esas escuelas aportaban a la Iglesia y las encomendó en gran medida al Sumo Pontífice, el cual, satisfecho con lo que le habían informado esos eminentísimos cardenales, ordenó que en una Congregación se tratara sobre lo que era conveniente para el mantenimiento de dicha obra.

15. El P. José respondió a emergencias similares con una constancia de ánimo invicta, y el Señor pronto le consoló. Pues el Sumo Pontífice, al recibir tal memorial, envió a visitar las escuelas a los Cardenales Silvio Antoniano y Cesare Baronio, que examinaron atentamente todos los ejercicios que se hacían habitualmente, y la capacidad de los maestros, e informaron al Papa que todo marchaba con excelente dirección, y con piedad cristiana. El santo Pontífice quedó consolado por la buena relación que le hicieron los dos Cardenales citados, y como le resultaba gratísimo tal Instituto, en presencia de estos declaró un oráculo a viva voz, que las Escuelas Pías estaban bajo la protección de la Sede Apostólica. Por esta gracia recibida del Vicario de Cristo, el Siervo de Dios se enfervorizó aún más para apoyar la obra piadosa para promoverla para utilidad de las almas y beneficio de la república cristiana.

16. Causó aprensión en el alma celosa del Sumo Pontífice un tal recurso, por lo que inmediatamente ordenó al cardenal Silvio Antoniano y al cardenal Cesare Baronio que visitaran conjuntamente las Escuelas Pías, y examinaran todos los ejercicios que allí se hacían y procurasen discernir la capacidad de los maestros y las enseñanzas de piedad que daban, con información precisa y distinta. La orden del Vicario de Cristo se llevó a cabo puntualmente, y al visitar las escuelas encontraron todo bien ordenado y la doctrina que allí se enseñaba muy sana, y todos los maestros eran muy capaces, por lo que informaron al Pastor Supremo que todo iba con excelente dirección y educación en la piedad cristiana de los niños. El Sumo Pontífice se consoló mucho con esta noticia, y para que en el futuro las Escuelas Pías no fueran hostigadas, declaró *vivae vocis oraculo*²⁹ que quería que dichas Escuelas Pías estuvieran bajo la protección inmediata de la Santa Sede Apostólica. De esta manera cesó la tormenta que los ministros mercenarios habían ocasionado, y el Siervo de Dios José recibió nuevo ánimo en la obra emprendida, promocionándola cada vez más en beneficio de la república cristiana.

Algunas actividades

4.3. Y sé a ciencia cierta, por haberle visto, que muchas noches permanecía toda la noche en oración con la luz encendida, concretamente leyendo las Morales de San Gregorio, obra de la que era muy devoto, y le tenía por abogado, y cuando estaba para amanecer, en el momento en que iba el Padre despertando, poco antes apagaba la luz. Era devoto particular de San Gregorio Magno y de Santa Teresa por el gran amor que estos santos habían traído a la salvación del prójimo, por la cual él también estaba siempre ansioso. Sin embargo, leía la obra de dichos santos para su beneficio, y refería a otros las frases a propósito, y en general puedo decir que le he conocido reverente y devoto del culto divino.

5. Ordenó en nuestras Constituciones que no sólo se enseñase el librito de la doctrina cristiana como materia principal, y se explicara en las clases a diario, sino que además se hiciese la doctrina cris-

29 Ibid. 91.

tiana los domingos y otras fiestas en nuestras iglesias, e incluso en otras si fuera necesario.

7. En aquellos primeros tiempos admitía también al servicio de las escuelas algunos con hábito corto, pero quería que llevaran un tipo de sotana que les llegaba por debajo de la rodilla. Uno de ellos fue Cosme Contini, hombre de santa simplicidad y espíritu, en la bondad del cual Dios mostró algunas maravillas, que dejo de lado en este compendio, habiendo escrito de él más ampliamente en otro lugar.

12. Por la noche apenas descansaba en su habitación tres o cuatro horas. Después de apagar el fuego, y con la lámpara encendida, solía recitar los Oficios Divino, de la Virgen María y de los difuntos, y otras oraciones piadosas, y luego leía libros piadosos y ascéticos, principalmente los Morales de San Gregorio.

13. Y para que los maestros pagados por D. José pudiesen continuar con menos esfuerzo en el ejercicio de las ya numerosas escuelas, el mismo D. José por la noche preparaba las composiciones adaptadas a cada escuela, y también las lecciones del ábaco, y las muestras de escritura en buena letra para los escolares, distribuyéndolas por la mañana a los maestros, y les explicaba también la forma de darlas a los escolares.

Siendo Prefecto de las escuelas, era igualmente maestro de todas, pasando todo por sus manos, de modo que en esos primeros años casi nunca iba a la cama, sólo apoyaba su cabeza sobre la mesa durante un poco de tiempo, para satisfacer la necesidad del sueño corporal. Era ferviente en el amor de Dios, y también en el de su prójimo y especialmente en el de los jovencitos, a quienes tenía especial inclinación formándolos en las letras y en el temor de Dios. Y en este sentido, en las composiciones que daba a los escolares, así como en las muestras para escribir, procuraba que siempre hubiera algún ejemplo de virtud y algún texto espiritual, para que los niños con tal ocupación y ejercicio aprendieran a vivir cristianamente, no teniendo otro objetivo en esto que mantener alejados los vicios de los corazones de los jóvenes, y dar lugar a que cada uno aprendiera sin pagar y por amor de Dios lo que más le gustase, y que luego le sirviera para procurarse el alimento. Porque enseñaba las letras, es decir, gramática, humanidades y retórica a aquellos que tenían la posibilidad de continuar sus estudios, y a aquellos que no tenían esa posibilidad, les enseñaba lectura, escritura y ábaco, para que muy pronto pudieran dedicarse a algún oficio

o empleo honrado y ganarse el alimento. Y decía que en las Constituciones había ordenado que a los escolares externos se les enseñara sólo gramática, humanidades y retórica, y no otras ciencias, porque ello podría ser suficiente para que se ganaran la vida como notarios o secretarios, o ayudantes y similares, pues ya había otros religiosos que las enseñaban comúnmente, procurando con tal orden la utilidad y el beneficio de los niños pobres, más bien que la ventaja de los nobles y ricos, que otros religiosos ya procuraban diligentemente. Y este fue el fin verdadero y real para el que nuestro V. P. José estableció las Escuelas Pías, como muchas veces le oí decir en diversas ocasiones de su propia boca. En las que las escuelas, además de las cosas antes mencionadas en los días de trabajo, los niños también practicaban en las fiestas, a saber, los mayores cantando el oficio de la B. V. y los pequeños la corona de la misma Virgen. Y una vez al mes los pequeños se confiesan y los mayores comulgan en oratorios privados con la asistencia de uno de nuestros Padres o del Prefecto de las escuelas, donde también oyen diariamente la misa que allí se celebra, y después del almuerzo en las fiestas señaladas se les instruye en la doctrina cristiana en nuestra iglesia y también en las demás, para mayor gloria de Dios.

14. Y para que toda su vida sirviera de ayuda espiritual a su prójimo, cuando era fiesta y no había clase se distribuían por las iglesias de Roma que les habían asignado para enseñar a los niños y otras personas rudas e ignorantes la Doctrina Cristiana. El Señor, para animarlos a una obra tan santa, hizo que les sucedieran casos que parecen exceder todo orden de la naturaleza. Sólo citaré uno aquí, como ejemplo, atestiguado por monseñor Bernardino Panicola, obispo de Ravello en este Reino de Nápoles. Entre los compañeros del Padre había uno muy ferviente llamado Cosme Contini que, habiendo sido Notario y casado, muerta su esposa se había entregado completamente a la obra de piedad, y puesto bajo la dirección del P. José había sido admitido por él en casa entre sus compañeros, y servía con gran diligencia tanto en las escuelas como en la obra de la doctrina. Les tocaba ir a hacer la Doctrina en la iglesia de Grottapinta, y entre los que vinieron había tres campesinos muy rudos, y al acercarse a él le rogaron que les enseñara el Credo porque no lo sabían, y nunca habían podido aprenderlo; y el hermano Cosme, que enseñaba más con la oración que con la doctrina, recibió con alegría a los tres campesinos, los llevó ante el altar mayor, les mandó arrodillarse, y con fe orar al Señor para que les hiciera la gracia de poder aprender el Cre-

do. Luego hizo que, dirigiéndose a la gran Reina del Cielo, le rogaran que les consiguiera de su hijo esta gracia, e hizo lo mismo con los santos de sus nombres, sugiriéndoles él mismo las palabras con las que tenían que pedir dicha gracia, y después de esto les hizo ponerse de pie y les dijo: “Ya conocéis el Credo”. Mandó a uno de ellos que lo recitara, y él, como si lo hubiera aprendido mucho tiempo antes, lo dijo con toda claridad y distinción. Mandó lo mismo a los otros dos, que con la misma facilidad lo recitaron tres veces, para asombro de todos los asistentes. Les pidió que se arrodillaran de nuevo, les hizo dar gracias al Señor por la gracia recibida y los despidió contentos, dándole ánimo el Señor con los dichos favores para emprender cada vez con más energía las fatigas a su servicio en ayuda del prójimo. Y para completar lo que decimos de sus devociones, era también muy devoto de muchos otros santos como Gregorio Magno, del glorioso patriarca S. José, de San Francisco de Asís, y de su serafina española Santa Teresa, cuyas obras siempre leía.

Actividades escolares

4. En noveno, demostraré que se ocupaba con mucho esfuerzo en este ejercicio, enseñando a niños rudos los primeros elementos de leer, escribir y gramática, y formando a todos los operarios, principalmente en actos de humildad.

4.3. El Padre José con gran caridad se dedicaba a la educación de los niños, no sólo visitando las escuelas casi todos los días en persona, sino que a menudo reunía a muchos en un círculo y les enseñaba el temor de Dios con buenas advertencias. En cuanto a las letras, con su propia mano les enseñaba a escribir, y también les introducía en los principios del ábaco y la lengua latina, para lo que tenía un método muy fácil, y por ello a menudo enseñaba a sus religiosos para cooperar más fácilmente en beneficio de los niños.

En cuanto a los esfuerzos sufridos para mantener la obra pía, sé que fueron muchos, incluso que enseñó de hecho en la escuela, echando una mano al mismo tiempo a varias escuelas para ayudar. Para lo cual he oído decir de la boca del mismo Padre, que para ayudarles tenía que estar en vela noches enteras, y que él arrodillado preparaba las composiciones que había que dar en las diferentes clases, y siendo más viejo y General no dejaba de ir a varias clases para ejercitar e instruir a los niños.

4.7. Y visitaba las escuelas viendo el progreso que hacían los escolares, y él les preguntaba y enseñaba, y también observaba si los maestros utilizaban la caridad conforme debían, exhortándoles tanto con palabras como con el ejemplo.

4.16. Yo, a quien otros me habían advertido de la bondad de este Padre, desde que empecé a conocerlo comencé a observar lo que hacía, y en particular observé lo poco que contaba con la ayuda humana, y con cuánta caridad ayudaba al prójimo, y en particular cómo se comportaba y amonestaba la insolencia, poco juicio, y mala educación de aquellos niños, que, por la corta edad, y por nacer de gente pobre, se comportaban de manera incivilizada. Él los soportaba con gran caridad, los instruía y amonestaba, y yo más de una vez observé que estos mismos niños, que por las razones que dije, eran como animalitos, veneraban y temían al Padre José, que donde los otros Padres a golpes no podían hacerles estar quietos, él con un gesto les hacía calmarse, y no se movían, en lo que yo conocía la ayuda de Dios, que le hacía formidable, incluso para aquella edad en la que no tienen mucho juicio.

4.26. Cuando yo entré en Religión visitaba las escuelas, que entonces eran catorce, visitándolas todos los días, a veces unas y a veces otros, examinando a los niños y enseñándoles, y también enseñándoles a los maestros la manera fácil que tenían que usar para enseñar a los niños.

5. Aunque era General y fundador, y estaba muy ocupado, nunca dejaba pasar un día sin visitar casi todas las clases. Se detenía incluso durante un buen rato para preguntar y corregir en la clase de ábaco y en la cuarta de gramática, y lo mismo iba a hacer contar a los pequeñitos, así que tanto en sus acciones como en sus palabras se veía muy bien que no tenía de sí mismo sino un concepto bajísimo. Aunque siempre se ha tenido particular cuidado de los pobres, no han faltado alumnos de la nobleza, en Roma y en otras ciudades. Con esto la obra de las Escuelas Pías no sólo se recuperó, sino que el número de escolares creció más que nunca, pues pasaban de mil. Y no sólo venían cristianos, sino que por algún tiempo vinieron también muchos judíos.

Procuró con toda diligencia que los hijos de los judíos vinieran a las Escuelas Pías, como en efecto vinieron unos 20 o más durante muchos días, haciendo con ellos particular esfuerzo par atraer a los demás. Cuando se dio cuenta de que los querían sacar por miedo a que se hicieran cristianos, él prometió a sus padres que él no había

hablado con ellos de esto, sino que les exhortaba al mismo tiempo que a los demás escolares a la virtud.

7. Además de su propia clase, ayudaba también a los otros maestros escribiendo muestras o modelos para escribir, las lecciones de ábaco, revisando y preparando las composiciones para los maestros de la lengua latina y dando a todos reglas fáciles para enseñar, de modo que los jóvenes aprendieran deprisa, y no perdieran tiempo en la escuela. A los trabajos mencionados añadía el levantarse temprano por la mañana para barrer y limpiar las clases, la suya y las de los demás, antes de que se levantaran ellos, lo que le servía a él como ejercicio de humildad y mortificación, y a los suyos de ejemplo, para que le imitaran. Sus ocupaciones le llevaban tanto tiempo que le quedaba muy poco para dormir, por lo que cuando se veía obligado por la necesidad apoyaba la cabeza sobre una mesita, y allí se reposaba un poco. Durante mucho tiempo practicó ese estilo de vida, y Dios le daba fuerza y complexión para resistir tantas fatigas sin detrimento de la salud, por lo cual confesaba que se lo debía absolutamente todo a su Majestad.

A los que decían la misa a los escolares les advertía también que no la hicieran demasiado larga, pero no por ello les permitía que corrieran más de la cuenta, como hacen algunos que juntan cosas y embrollan las lecturas y todas las sagradas ceremonias, con daño de sus almas y poca edificación para los que escuchan.

Compadecía tanto a los pecadores que deseando su salvación usaba todos los medios posibles para exhortarles, y además solía rezar frecuentemente por ellos, y hacía recitar a los escolares al final de la misa por ellos un Ave María.

Y no bastándole esto, tan impregnado de la oración estaba, que incluso ordenaba que durante el tiempo de clase hubiera un padre prefecto de la oración continua, cuya tarea era tener un número de escolares en la iglesia tomados de manera rotativa de las clases, que durante todo el tiempo que duraran las clases rezaran a Dios por el Sumo Pontífice, por los Obispos de la Iglesia, por la unión de los príncipes cristianos, por la extirpación de las herejías y por todas las necesidades de la Santa Madre Iglesia.

8. Iba siempre mientras la vista se lo permitió a enseñar ahora en una, ahora en otra escuela, e instruía a los niños en el Santo Temor del Señor, y en los últimos meses de su vida hacía que algunos escolares vinieran al oratorio para enseñarles.

Y si bien siempre se ha tenido cuidado particular de los pobres, no por ello han faltado escolares de mucha nobleza que en Roma tienen los primeros lugares de la corte, y en otras ciudades son los mejores de ellas.

También los hijos de los judíos vinieron a las escuelas durante algún tiempo.

9. Y si siempre se ha ocupado mucho de los pobres, no por ello han faltado alumnos de gran nobleza que en Roma ocupan los primeros puestos de la corte y en otras ciudades son lo mejor de ellas.

A las citadas Escuelas no sólo asistían los cristianos, sino también durante algún tiempo los hijos de los judíos.

11. Todo lo rechazó por el afecto que tenía al instituto de las Escuelas Pías, encomendadas a él por la Santísima Virgen y su Hijo bendito, las cuales por su vigilancia y caridad siempre mejoraban, y aumentaban frecuentándolas además de los hijos de la gente de todo tipo, también los de los nobles y titulados romanos y forasteros, y además el vinieron los hijos de los judíos durante algún tiempo.

Su obrar al educarlos era tan ejemplar que los mismos judíos enviaron a sus hijos a nuestras escuelas, teniéndole grandísima reverencia por el concepto que ellos tenían del Padre, y hubieran continuado si algunos rabinos, dándose cuenta del cambio que hacían hacia nuestra fe, en la dureza de su perfidia no se hubieran interpuesto impidiéndoselo. Recomendaba asiduamente a los maestros que enseñaran a los niños el temor de Dios, y que les formaran cuidadosamente en el culto de Dios y en la reverencia del templo. Y a quien pecaba en ello, si no se enmendaba, o le castigaba, o le expulsaba de la escuela. Cuando alguno de los maestros perdía la paciencia y golpeaba con ira a los niños, mandaba que él mismo sufriera la pena en la escuela, besando los pies de los niños. No permitía que se recibiera nada de los niños. Por lo que, al principio de las escuelas, antes de la fundación de la Orden, si había algún maestro que enseñaba en la escuela y había aceptado algo de los niños, lo expulsaba.

En la parte de las Constituciones de la Orden que trata sobre la manera de enseñar a los escolares, ordena que se les explique el librito de la doctrina cristiana cada día, y que se haga este ejercicio los domingos en nuestras iglesias después de comer. Para ello hizo imprimir un librito en el cual están compendiados los misterios de nuestra santa fe, la vida pasión y muerte de Cristo Nuestro Señor, con otros actos de

virtud, fe, esperanza y caridad; de contrición, de la cruz y del ofrecimiento de sí mismo a la gran Madre de Dios, para que se encaminen los niños al conocimiento del Creador, amándole y sirviéndole.

Animado siempre por este gran deseo que tenía de propagar nuestra santa fe, decretó en sus Constituciones que se hiciera oración continua durante todo el tiempo que duran las clases, mañana y tarde, con la asistencia de uno de nuestros religiosos encargado de ello, para que se ruegue a Dios por la exaltación de nuestra santa fe, lo que quiso que se hiciera también por todos los padres y escolares al final de las clases, y en particular en nuestra habitación, por las necesidades de la Santa Iglesia, la conversión de los herejes e infieles, y la victoria de los cristianos frente a los enemigos de nuestra fe, lo cual, cuando solía hacerlo en cada charla y pública función, siempre movía las almas de todos con un extraordinario afecto y sentimiento que le salía del corazón.

13. A todas las cosas antes mencionadas y ejercicios escolares siempre estaba atento y vigilante nuestro V. P. José general, como si no tuviera nada más que hacer por el gobierno de la Religión, procurando con exacta diligencia que todo fuera practicado tanto por los maestros de las escuelas como por los escolares, con toda perfección, y esto además de otros asuntos del gobierno de la Religión, y el responder a las muchas cartas que le llegaban de muchas partes, a las que siempre respondía con toda caridad, consolando a los afligidos y animando a los débiles de corazón en el servicio de Dios. Además, solía quedarse en el verano (incluso en su vejez) cerca de la puerta principal, sentado en un poyo de piedra en el patio, y se complacía en llamar a los niños que poco numerosos venían a las escuelas antes de comenzar las clases y les preguntaba a qué clase iban y qué estaban aprendiendo. Y si eran escolares de gramática o de otra clase les daba alguna pequeña composición de memoria para ver si aprovechaban, y si iban a la escuela de escribir él mismo corregía los caracteres mal formados, y le enseñaba la mejor manera de formarlos con toda caridad y bondad, lo cual era asombroso en un anciano tan venerado y canoso dedicado tales ejercicios.

Para elevar los ánimos procuraba que hubiera coloquios sobre la observancia del instituto, o lecturas que ayudaran en el cumplimiento de las tareas, o sobre cuestiones santas.

Y esa paz interior que siempre tenía en el rostro, en el hablar, y en todos los demás actos suyos, aunque le dieran motivos de enfadarse, quiso que la tuvieran también los suyos, de modo que castigaba

severamente no solo a aquellos que discutían entre sí, sino también a los maestros de escuela, cuando se pasaban del límite corrigiendo o castigando con demasiada ira o furia a los niños en la escuela, llegando a hacerles besar los pies públicamente a todos los discípulos. Y antes de fundar su Religión, licenció de sus escuelas un maestro que castigaba a los niños con demasiado rigor.

Con una diferencia, sin embargo, que las Escuelas Pías se fundaron principalmente para enseñar las letras humanas a los niños pobres y que no pueden pagar a los maestros para que les enseñen, por lo que sus profesores deben estar atentos a este punto, para no caer en la pompa humana de mantener en las escuelas a los hijos de los ricos y de los nobles, con lo que se alejarían del fin para el cual tan santa y piadosamente fueron instituidas por nuestro P. José.

14. Visitaba las escuelas con gran caridad, y ayudaba a los niños pobres que tenían necesidad incluso con la comida y vestidos, cuando los veía muy necesitados.

15. Como no rehuía incomodidad ni fatiga, e incluso las iba buscando, de tal manera que además de su propia clase, la de la lectura y la escritura, por ser ordinariamente formada por pobrecillos, y con su diligencia quería hacerlos hábiles para leer y escribir en poco tiempo para aplicarlos a algún trabajo, se ocupaba de todas las otras clases, y maestros, preparando para los alumnos de ellas tanto muestras de escritura como las composiciones, que debían entregarse a los escolares, recibiendo las que ya habían hecho antes de entregarlas, para que todo fuera con mayor fundamento.

También sugería a estos maestros métodos fáciles y reglas sencillas para llevar a los escolares más rápidamente a aprender lo que necesitaban. Y en estas ocupaciones pasaba buena parte de la noche, y con tanto gusto de su alma, que muy a menudo preparaba las composiciones antes mencionadas estando de rodillas, como si, al hacerlo, renovara una oblación espontánea de sí mismo y de sus fatigas a Dios. Y cuando por necesidad se veía obligado a dormir un poco, que ordinariamente era corto, lo hacía muy a menudo en la silla apoyando la cabeza encima de la mesa. A estas actividades luego se añadió un aumento en el mérito, pues secretamente barría todas las clases, secretamente por la noche, todas las escuelas y también limpiar los recipientes de las necesidades de los escolares, con lo que se le revolvía el estómago, y muy a menudo arrojaba por la boca una gran cantidad de sangre.

En las primeras clases no permitía el uso de libros que no fueran espirituales; y en las otras recomendaba insistentemente a los maestros que de los libros profanos que se usaran redujeran las fábulas et otros relatos a alguna moralidad o en reproche de los vicios, o en alabanza de la virtud.

Los escolares tenían que recibir el sacramento de la penitencia, y los mayores además el de la Sagrada Comunión cada mes, enseñándoles el modo de recibirlos con fruto para el alma, y en los discursos espirituales que les hacía, siempre insertaba algún ejemplo a propósito para que entendieran mejor, y lo hacía con tal fervor de espíritu, que en esos momentos se veía su rostro rodeado de rayos de luz.

Todos los escolares tenían que aprender de memoria la Doctrina Cristiana, conforme al librito que había impreso. Y para los más pequeños compuso otro pequeño libro, en el que en resumen había explicado los principales misterios de la vida de nuestro Señor Jesucristo. Los ejercicios escolares terminaban por la mañana escuchando todos la Santa Misa, y por la noche recitando las letanías de la Santísima Virgen. Y mientras duraban las clases, se hacía la oración continua con doce o quince niños a la vez, con grupos que se sucedían de cada clase durante el espacio de aproximadamente medio cuarto de hora, rezando particularmente por la exaltación de la Santa Madre Iglesia y por la conversión de pecadores e infieles. Y para santificar las fiestas, se separaban las más grandes de los pequeños en distintos oratorios, y cantaban respectivamente el oficio de la Santísima Virgen, y el rosario de la misma, con una breve reflexión espiritual al final, y luego oyendo la misa satisfacían el precepto de la Santa Iglesia, y después del almuerzo iban a la Doctrina Cristiana a las iglesias respectivas.

16. El cuidado con el que trabajaba en la buena organización de las escuelas era admirable. No sólo era asiduo a su clase de los más pequeños, tomada por él por ser la más numerosa y de mayor esfuerzo y humildad, sino que además ayudaba a todos los demás, dando temas para traducirlos al latín, y muestras para escribir a los otros maestros, para que pudieran llegar más fácilmente a atender a la multitud de alumnos; y para poder llegar a hacer todo perfectamente, pasaba en vela muchas horas de la noche, haciendo las composiciones y muestras antes mencionados la mayoría de ellos de rodillas; y cuando la naturaleza requería un poco de descanso, lo hacía sentándose en su silla, y apoyando la cabeza sobre la mesa; y esto lo practicó hasta que su avanzada edad le obligó a dejar de hacerlo.

Añadía a estas labores la charla espiritual que cada tarde durante un cuarto de hora daba a sus escolares, y los sábados durante media hora a todos; el barrer todas las noches todas las escuelas, arreglar los bancos, vaciar los orinales, algo que, aunque a veces le producía tantas náuseas que por la violencia que se hacía vomitaba sangre, con todo esto lo hacía con mucha alegría, en aras de sacrificar su vida en beneficio del prójimo.

Insistió en que en las escuelas todos los libros que se leyeran fueran espirituales y en particular la doctrina cristiana y otro folleto compuesto por él de los principales misterios de la vida de Jesucristo, el oficio de Nuestra Señora y otro libro de ejemplos que serviría para mover a los jóvenes a abominar del pecado, e imitar la vida de los santos. En las clases superiores exhortaba a los maestros a que en la explicación de los libros de los gentiles habituales para todas las escuelas, trataran de llevar las fábulas al sentido moral, y no dejaran un día en el que no animaran a los escolares a la adquisición de la piedad cristiana y el santo temor de Dios, haciéndoles confesar y comulgar una y más veces al mes, enseñándoles la manera de prepararse para estos santísimos sacramentos, para recibirlos fructíferamente. Estas enseñanzas las daba de muy buena gana por sí mismo y a veces si estaba tan enfervorizado³⁰ que parecía que salían rayos de fuego de su boca, y hay quien testifica en el proceso como testigo de vista que había observado que mientras hacía las conferencias y el catecismo la cabeza y el rostro a veces estaban rodeados de luz brillante.

Para que los escolares se acostumbraran desde los tiernos años a escuchar todos los días y con devoción la Santa Misa, se aseguró de que se preparara el final de los ejercicios escolares, en alguna iglesia más cercana (hasta que se tuviera una iglesia u oratorio a propósito) un sacerdote que les celebrara la Misa, a la que él mismo asistía, para que estuvieran allí con devoción. Y por la tarde no despedía las escuelas si antes no habían hecho todos arrodillados el saludo a la Santísima Virgen con las Letanías de Loreto.

Mientras duraban las clases había instituido el ejercicio de la llamada oración continua, que era realizada por doce escolares a la vez, por turnos, durante un cuarto de hora, en el que hacía rezar a los más pequeños por la exaltación de la Santa Madre Iglesia, y por la

30 Ibidem Pág.194. Proceso 461.

conversión de los pecadores; y a los mayores les enseñaba el modo de meditar en algún punto de la vida, o de la pasión de Jesucristo, y hacer actos de virtud, y otras cosas orientadas a imprimir en sus corazones el santo temor de Dios.

Y para que tuvieran la oportunidad de pasar las fiestas con fruto, por la mañana quería que todos vinieran a alabar a la Santísima Virgen en el oratorio, recitando los mayores el oficio con canto gentil y devoto, y los pequeños el rosario con sus misterios, para luego hacerles un discurso moral, inculcándoles la devoción a la gran Madre de Dios, para tenerla propicia ante su bendito hijo, y luego les hacía escuchar la Misa, y los despedía. Durante el día los reunía para escuchar la explicación de la doctrina cristiana, dividiendo las clases según la capacidad de cada uno y animándoles con recompensas a la frecuencia de tan santo ejercicio.

Él, por lo tanto, que tenía esta máxima tan cierta arraigada en su corazón, se dispuso a dedicarse al bien de los niños todo lo que podía, de modo que varias veces al día visitaba todas las escuelas, examinaba a los niños, les enseñaba los artículos de nuestra santa fe, y de la mañana a la tarde se ocupaba de una clase de principiantes hasta el extremo de su vida, y acompañaba a los grupos de niños a sus hogares, y proporcionaba a los más pobres libros, papel y plumas, como se mencionó anteriormente. Y no se cansó nunca de hacer esto, aunque estaba tan ocupado en su oficina como general y tenía que gobernar y regular muchos colegios del instituto ya dilatados en varios lugares del estado pontificio, en Liguria, en el Reino [de Nápoles], en Toscana, en Sicilia, en Cerdeña, en Alemania, en Polonia y Bohemia. Y para que sus religiosos trabajaran uniformemente para educar santamente a los niños, dio normas tan hermosas, tan fáciles y tan santas en sus Constituciones, que puestas en práctica, no podían dejar de tener el fruto deseado.

Estando el V. Padre asistiendo en el oratorio con muchos escolares a la oración continua, apareció la Santísima Virgen con su bendito hijo en sus brazos sobre una nube blanca, rodeada de una multitud de espíritus celestiales, en medio de una gran luz, esparciendo sobre los niños, que estaban arrodillados en oración, un licor como rocío, y en ese momento el niño Jesús, incitado por María, dio la bendición a todos esos niños, y la visión desapareció. En el altar del Oratorio de S. Pantaleo en las Escuelas Pías está expuesto en un cuadro grande el recuerdo de esta aparición celestial hecha al Siervo del Señor José.

Núcleo narrativo 6. Congregación y Orden de las Escuelas Pías. Expansión (1617-1642)

A) *Sucedió luego el papa Paulo V, quien no sólo continuó dando la limosna citada, sino que elevó bajo el nombre de Congregación a cuantos quisieron sujetarse a votos simples, conforme al Breve en que quiso llamar con su nombre a la Congregación Paulina.*

Congregación Paulina

3. Para que la susodicha obra fuese permanente, fue aprobada con un Breve Apostólico por la Santa Memoria de Paulo V. Anuló en dicho breve otro ya hecho, en el cual se había encargado la enseñanza a los Padres Luqueses, y declaró Congregación de Votos Simples a esta del P. José, dándole el título de Congregación Paulina.

4. En noveno, demostraré que en el año 1614 el Papa Paulo V le dio como ayudantes los Padres de la Congregación de Luca, y en el año 1617 erigió mediante un motu proprio su instituto en Congregación con tres votos simples, y nombró Prefecto al Siervo de Dios, que tomó el nombre de la Madre de Dios.

4.3. Dije que Paulo V, de gloriosa memoria, dio al Padre José como ayuda los Padres de la Congregación de Luca, y que el mismo Pontífice erigió una congregación con los tres votos simples, se pueden consultar los Breves, y que fue hecho Prefecto o General con el nombre de Padre José de la Madre de Dios. Yo lo sé por el trato que he tenido con él siendo religioso, y por la información en ese Breve.

5. Su Santidad y señor nuestro Pablo V Borghese viendo que no había resultado el apoyo dado a la obra de las Escuelas Pías, a fin de que un instituto tan piadoso y provechoso no sufriese ningún detrimento, después de unos tres años con un decreto fundó una Congregación de votos simples con el título de Congregación Paulina de los Clérigos Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, publicado el 6 de marzo de 1617, anulando el hecho a los padres Luqueses, y nombró Prefecto a nuestro D. José de todas las Escuelas Pías erigidas y por erigir.

6. La novedad y la importancia de este instituto atrajeron los ojos de muchos con fuerza incluso para deslumbrarlos. Por lo que considerados los nobles progresos que se hacían en Roma tanto en las letras como en el espíritu, Paulo V con un motu proprio lo declaró Congregación de votos simples, y Gregorio XV Orden de votos solemnes. Sabía el primero de estos pontífices que debía el nuevo capitán de la Iglesia entrar en batalla contra el diablo, y para volverlo más terrible ante él le envió por medio del cardenal Giustiniani el hábito para su orden.

Se expone a la rígida observancia de los votos religiosos, uno de los cuales fue la suma pobreza. No quiso comprar el Reino de los Cielos a otro precio, que, aunque supera a los otros en valor, se vende sin embargo a un precio más vil que todos los demás. Se desprendió de todo lo que pudo, cambiándolo por otros bienes que ya no le podrían ser robados por nadie. En la mesa, en la habitación, en la persona jamás admitió nada que no respirase una extrema mendicidad. Durante muchos años las provisiones de su familia religiosa eran las limosnas diarias; el lecho, la paja; los pasatiempos del día, las escuelas, en las que se instruía a la juventud; las habitaciones, covachas; el mobiliario, sólo un escabel y una imagen de papel. Sus vestidos eran de color negro; todo lo demás era candor y pureza. Con ese color quiso, en contra de la antigua costumbre, dar a conocer su felicidad, y vestido de negro luto celebraba los funerales a las grandezas mundanas. Rodeado de esta noche no quería mirar otra luz sino la del cielo. Sobre el mismo vestido se ciñó un lazo del mismo color, para no dejar abierto aquel saco en el que había guardado tan gran tesoro de pobreza.

7. Después de haberse examinado maduramente durante algún tiempo en la Sagrada Congregación todo lo que convenía, y habien-

do dado informe a Su Santidad, él hizo firmar un Breve especial en el que declarando cuánto le importaba el mantenimiento de las escuelas por el fruto que veía que resultaba para muchos, y puesto que los padres de Lucca no querían continuar como habían comenzado, ni renunciar a la posesión bienes estables, por su propia voluntad revocaba y anulaba el contenido del primer Breve, volviendo los padres mencionados a su primera condición, y declaraba la erección de una nueva congregación que debería regirse y gobernarse por medio de un Prefecto, y este lo sería nuestro padre fundador.

El Papa quiso que por su nombre se llamase Congregación Paulina, y nuestro Padre consiguió que se añadiese de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías. El Pontífice, para secundar el deseo del Prefecto y de los compañeros que anhelaban ser sumamente pobres por amor de Jesucristo, dispuso en el Breve que a los votos de Castidad y de Obediencia se añadiese el de Suma Pobreza. Cuando recibieron noticia del Breve nuestro Padre con los suyos, fue grande el contento que sintieron todos, pero más que nadie (incluso externamente) dio señas de extraordinaria alegría el Abad Landriani, alegrándose sobre todo por la obligación de la suma pobreza. Así, pues, se expidió el Breve el 6 de marzo de 1617, duodécimo de Pablo V. Lo recibió en mano el Abad Glicerio, que había sido enviado por el P. Prefecto al palacio para recibirlo.

8. Después de unos tres años, con un Motu Proprio fundó una nueva Congregación de votos simples con el título de Congregación Paulina de Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, por haber visto el gran beneficio que se hacía en la a educación de los jovencitos.

9. Después de unos tres años, con un Motu Proprio fundó Su Santidad una Congregación de votos simples con el nombre de Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, habiendo anulado en este Breve el de unión con dichos Padres Luqueses; porque vio el grandísimo beneficio de la educación de los jovencitos. El Sumo Pontífice nombró Superior y Prefecto de todas las Escuelas Pías fundadas y por fundar al citado P. José de la Madre de Dios; y luego comenzaron a vestir muchos buenos sujetos.

10. Muy contento el Papa Paulo del progreso de la Escuela Pía, el año de 1617, el 6 de marzo, despachó su Apostólico Breve, declarando la Escuela Pía Congregación con votos simples, los cuales hizo hermanos de Su Santidad el Santo Padre Fundador, y no contentándose de

hacer los tres de pobreza, castidad y obediencia, añadió el cuarto voto del particular cuidado acerca de la enseñanza, provecho espiritual y temporal de la juventud. Declaróle Su Santidad General del nuevo Orden, y eligió por Protector de él al Señor Cardenal Benito Giustiniani, con que el instituto fue extendiéndose cada día más.

11. Habiendo oído el Sumo Pontífice Pablo V de feliz memoria al Sr. Cardenal protector que no había resultado bien el apoyo a la obra de las Escuelas Pías, para que no sufrieran detrimento, con un motu proprio y según ciencia cierta fundó la nueva Congregación de votos simples de los Clérigos Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, con el título de Congregación Paulina por su nombre, con el Breve expedido el 6 de marzo de 1617, con los privilegios y gracias que se contienen en él, y dando facultad al Prefecto para escribir sus estatutos que deberán ser aprobados por la Santa Sede Apostólica, anulando el que había dado antes con los padres de Santa María in Pórtico.

12. José, para dejarles libertad de acción, marchó con Dragonetti a Frascati, y abrió allí las Escuelas Pías. Pero después de dos años el P. Landriani le informó que a los Padres, inclinados al instituto propio, les resultaba costoso el ejercicio de las escuelas, y pidió que cada congregación siguiera por el camino que santamente había comenzado. El Pontífice mandó a la Sagrada Congregación de Obispo y Regulares que buscaran el modo para que aquellas Escuelas Pías pudieran durar y seguir adelante. Examinado el asunto y debidamente discutido, el 6 de marzo de 1617 Paulo mandó que José y sus compañeros emitieran los votos simples, y dio al grupo su nombre: Congregación Paulina de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, y mandó que José, que la había fundado, recibiera el título perpetuo de Prefecto.

13. Debido a que el Sumo Pontífice Paulo V sintió con disgusto esta salida de los dichos Padres Luqueses de las Escuelas Pías, y que hubieran regresado a Santa María in Pórtico, inmediatamente envió un breve particular para el establecimiento de la Congregación de las Escuelas Pías, llamándolo con el nuevo título de Congregación Paulina de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, como se verá a continuación. Queriendo por fortuna S.D.M. que nuestro P. José, fundador, dependiera sólo de su divina disposición y no de otra ayuda humana (no estando él vinculado a los hombres, y dán-

dole con su divina providencia los medios proporcionados para que realizara su voluntad divina) y que sólo él y no otros recibiera el mérito y el premio de la fundación y el origen de las Escuelas Pías, que con tanto esfuerzo y gasto de sus propios ingresos y celo por la salvación del prójimo había establecido y mantenido.

Sin embargo, algunos de estos Luqueses permanecieron con nuestro V. P. José Prefecto, deseando una mayor perfección, y se sometieron voluntariamente a su dirección, y entre ellos permanecieron en particular el P. Pedro Casani de Lucca, un hombre de letras y gran perfección, que vivió en las Escuelas Pías con un ejemplo de bondad singular, y después de haber ejercido honorablemente los mayores cargos de la Religión como provincial de Liguria, Nápoles, Germania y Asistente General de nuestro V. P. Fundador, murió en opinión de santidad el 17 de octubre de 1647, a la edad de 77 años, en Roma. Viendo, pues, el Papa Paulo V la santa resolución y constancia de nuestro V. P. José y compañeros para continuar esta santa obra, a pesar de que había sido abandonada por los Padres ayudantes, quiso S. S. favorecerla, y animarla más para su continuación, porque considerando sólo la gran utilidad que tenía el Instituto iniciado por nuestro V. Padre, anuló el Breve de dicha unión y al mismo tiempo erigió el Instituto de las Escuelas Pías con el nuevo título de Congregación Paulina de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, que sería dirigido por un Prefecto (que era el mismo nuestro V. P. José), como se ve en el Breve mismo enviado con fecha 6 de marzo de 1617, en el que podría con sus otros compañeros hacer los tres votos simples de pobreza, castidad y obediencia; escribir las Reglas y fundar en otras partes el Instituto. Tanto lo apreciaba que quiso que nuestra Congregación se llamara Paulina por su nombre, como se ha dicho, y nuestros Padres eran llamados por todos Padres Paulinos, como en particular nuestros Padres en Narni todavía son llamados hoy en día.

14. Así es que el Señor les escuchó pronto, porque después de haber rumiado y examinado todo maduramente, se concluyó con plenitud de votos que sería conveniente y un servicio a la Iglesia la fundación de una nueva Congregación para el mantenimiento de las Escuelas Pías, e informando de ello al Papa, ordenó que se enviara el Breve, como se hizo, y firmado por el dicho Sumo Pontífice Paulo V el 6 de marzo, víspera de nuestro angélico doctor Santo Tomás, del cual el Fundador y su compañero el P. Pedro, como se ha dicho,

eran tan devotos, en el duodécimo año de su pontificado, que era el año del Señor 1617. En él, después de declarar el Sumo Pontífice lo mucho que deseaba el mantenimiento de una obra de tal caridad como era la de las Escuelas Pías, narra cómo habiendo sido encomendada al cuidado de los PP. de la Madre de Dios llamados Luqueses con otro de sus Breves, no queriendo estos privarse de la posesión de bienes estables tal como había sido fundada su Congregación, ni vivir con la suma pobreza de las escuelas tal como se habían instituido, y no pudiendo llevar a cabo sus propios ejercicios por atender al cuidado de las escuelas citadas, por propia voluntad revoca, casa y anula todas las cosas contenidas en aquella primera determinación, y declara que para el futuro no tiene ningún valor y fuerza, y devolviendo a los citados PP. de Sta. María in Pórtico a su primer ser, dice con el presente establecer nuevamente una nueva Congregación de las Escuelas Pías para ser dirigida y gobernada por un Prefecto, y quiere demostrar el deseo que tiene de favorecer a la mencionada nueva Congregación que reciba el nombre de Paulina, y a petición del P. José y de los otros Padres, se añada de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías.

Secundando el deseo del P. José y compañeros, dispone en el mismo Breve que en dicha Congregación no se permita la adquisición de bienes inmuebles o ingresos anuales, ya sea en particular o en común, con el fin de hacer los tres simples votos de castidad, pobreza y obediencia, y al voto de pobreza se añadió el privilegio de que los profesos en dicha Congregación, incluso con votos simples, pudieran ser ordenados sacerdotes sin patrimonio, a título de pobreza, por cualquier obispo de la Iglesia Católica, y finalmente, para que dicha Congregación pudiera permanecer mejor gobernada y fundada, nombró superior con el mismo título de Prefecto de la misma a nuestro P. José, dándole la facultad de fundar nuevas escuelas hasta una distancia, sin embargo, de 20 millas de las puertas de Roma.

En cuanto los PP. de S. Pantaleo supieron que el Breve había sido expedido, enviaron al Abad Glicerio, que era uno de sus compañeros más conocidos, al Palacio para tomarlo de la mano de Monseñor Vice Datarío del Cardenal Santa Severina, que era Datarío en aquellos tiempos, y cuando supo que en el Breve existía la obligación de suma pobreza en particular y en común, con gran alegría se lo puso en la cabeza, exclamando casi fuera de sí por el gozo que sentía, “¡Suma pobreza, suma pobreza!”. Así que lleno de santa alegría re-

gresó a la casa de San Pantaleo, donde junto con el Fundador le esperaban sus compañeros, de quienes con igual alegría fue recibido y tras leerlo en reunión pública, dieron a Dios las debidas gracias.

15. Conociendo la santidad de Pablo V que era tan benéfica a la república cristiana la obra de las Escuelas Pías, quiso perpetuarla, por lo que con su Breve, expedido el 6 de marzo del año 1617, erigió una Congregación de los maestros de dichas Escuelas Pías, llamándola Congregación Paulina con simples votos de Obediencia, Castidad y Pobreza, declarando como cabeza y superior de ella al P. José con el título de Prefecto , tanto para las casas ya erigidas como para las que se crearan en el futuro, con la facultad de establecer normas y estatutos para el buen gobierno de la misma.

16. Entonces, el seis de marzo de 1617, conociendo la Santidad de Paulo V que era necesario que las Escuelas Pías se perpetuaran en la Iglesia de Dios, visto el gran beneficio que recibía de ellas, con un Breve especial erigió una Congregación de los obreros de las Escuelas Pías, llamándola con su nombre Congregación Paulina, con votos simples de pobreza, castidad y obediencia, declarando como Superior de la misma al Siervo de Dios P. José, tanto de la casa ya erigida, como de las demás a erigir, dándole la facultad de escribir las Reglas y Estatutos para el gobierno de la misma.

Toma de hábito

2. ¿Qué no procuraba José, como primer moderador, para perfeccionar una obra tan piadosa en una milicia religiosa y sacra no mucho más tarde, con la voluntad, el voto y la ayuda de los Sumos Pontífices Paulo V y Gregorio XV (cuyas virtudes admira todo el orbe), con la aprobación de los cardenales, siendo Benito Giustiniani, óptimo patrono, guía y consejero? ¿Qué no hizo para que a ella se unieran como primeros compañeros algunos hombres que brillaban entre los hombres por la fama de su sangre, por el esplendor de su doctrina y por el adorno de sus virtudes? Permitidme mencionar algunos en este lugar de honor: Pedro Casani, fallecido el año pasado, al cual oís llamar venerable por la eximia doctrina y santidad de vida; Pablo Ottonelli, cuyo noble origen, virtud y piedad brillan en sus hijos condes, que la corte de Módena recibe y admira; Viviano Viviani, de Colle, hombre egregio de tal pericia del derecho y prudencia, que

no sólo en Etruria, sino también en Liguria, hizo grandes cosas en lo jurídico a menudo; hombre admirado por sus óptimas costumbres, y en Narni considerado religiosísimo. ¿Quién más? Francisco Castelli, de la familia de los marqueses Castelli, que dieron héroes célebres de toga y capa en Umbría, en Etruria y en ciudades de otros lugares, y cuya fama es aún enorme. Pero de los que todavía viven no me parece bien hablar.

¿Me referiré para terminar a Glicerio Landriani, celeberrimo por su nombre y por el de sus mayores? De tal modo digno por sus virtudes y costumbres que grandes príncipes pidieron al Sumo Pontífice Urbano VIII, con su aprobación, que lo contara en el número de los Beatos. Omito otros muchos, entre los más de mil que hasta ahora le han seguido, y merecen ser alabados por su carácter y por su vida, no sea que la lista de toda esta milicia religiosa parezca que quiera luchar, o impresionar los oídos de alguno, o como dice el proverbio, jactarse de su arte. Omito también mencionar cómo por la habilidad de José y sus compañeros, por obra de muchas ciudades, a petición de grandes príncipes y no desaprobándolo Dios, en breve tiempo, larga y ampliamente esta milicia marchó por grandes caminos. Cruzó Italia; vino a Sicilia; se acercó a Cerdeña; subió a Alemania; ilustró Moravia y Bohemia; entró en Polonia; en Francia a menudo; de España, donde no ignoraban que se tenía el permiso real para abrirla, la llamaron muchas veces.

3. Para que dicha Congregación recibiese forma regular, el P. José tomó el hábito por mano del Eminentísimo Cardenal Justiniani, Protector de la Congregación. Era el paño tan grosero y pobre que para sí y para sus hijos servía juntamente de vestido y de cilicio. Se descalzó para conformarse con el título de pobre, y también para declarar que no enseñaba a los niños con designio de quitar la hacienda a sus padres. O, por mejor decir, se descalzó para significar el total desapego de todo lo mundano y para asemejarse más a Moisés.

5. El mencionado Emmo. Protector Benito Giustiniani, el día de la Santísima Anunciación del año 1617, por orden del Sumo Pontífice, en su capilla del palacio cerca de S. Luis de los Franceses entregó el hábito a nuestro D. José Calasanz, llamándolo en lo sucesivo Padre José de la Madre de Dios. El hábito era clerical, de rudo paño negro y muy basto; la sotana larga hasta los pies, y la capa larga hasta las rodillas.

Vuelto a casa, en nuestro oratorio de San Pantaleo nuestro P. José de la Madre de Dios, Prefecto de la nueva Congregación Paulina de los Clérigos Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, vistió con la misma clase y calidad de hábito a muchos de sus compañeros. El primero de ellos fue el P. Pedro Casani, luqués, que se había quedado con otros de la dicha congregación de Lucca, y se llamó P. Pedro de la Natividad de la Virgen. Con esto la obra de las Escuelas Pías no sólo se recuperó, sino que el número de escolares creció más que nunca, pues pasaban de mil.

El mismo Sumo Pontífice, conociendo la prudencia, doctrina y santidad del nuevo religioso y pobre de la Madre de Dios, José, lo envió al monasterio de S. Silvestre en Campo de Marzo para reducir a aquellas monjas a la observancia de la vida común según el santo Concilio de Trento, cosa que logró en pocos meses, por lo que fue enviado también a otros monasterios para examinar el espíritu de algunas buenas siervas del Señor.

Los Emmos. cardenales Mellini, Borghese, Giustiniani, Lanti, Torres y Lancellotti visitaron varias veces las Escuelas Pías con gran satisfacción suya, y Lancellotti donó seis mil escudos sin ninguna obligación. También visitaron las escuelas muchos otros cardenales, embajadores reales y príncipes, y todos quedaban edificadísimos y admiraban el orden con el que se manejaba un número casi incontable de jóvenes de toda edad y estado.

6. Sabía el primero de estos pontífices que debía el nuevo capitán de la Iglesia entrar en batalla contra el diablo, y para volverlo más terrible ante él le envió por medio del cardenal Giustiniani el hábito para su orden. Yo diría que de este modo lo consagró caballero de la fe, pero quizás la novedad del vocablo no les guste a los que no leen los escritos de los demás sino para censurarlos. En cualquier caso el término no debería, si no me equivoco, considerarse impropio. No es caballero de Cristo solamente el que ciñe la espada por su religión, sino también quien por la misma blande la cruz. Uno tiene el deber de defenderla; el otro, de propagarla. El primero acostumbra a rechazar los ataques de los infieles; el segundo los asalta. Aquel usa la fuerza del brazo; este, la de los argumentos. El de allá requiere el coraje de un león; el de aquí necesita la mansedumbre de un cordero. Podrían multiplicarse en mayor número las semejanzas, y contraponer a la bizarría, el celo de la reputación, y las galas de las órdenes seculares, la humildad, el desprecio de sí mismo y la rude-

za de los hábitos que deben usar los eclesiásticos. Pero la pluma, deseosa de apresurarse para contar las restantes acciones de José las deja de lado, y aquí sólo anota que los hábitos que le enviaron fueron conformes con su gusto, esto es, tan ásperos que le servían no menos de vestido que de cilicio.

7. Recibido en casa y leído el Breve, trataron sobre el hábito que iban a usar en adelante, y de la manera de vestirse los sujetos que debían servir en el instituto.

Acerca del hábito se pusieron de acuerdo en hacerlo humilde, de paño basto, conforme a la profesión de suma pobreza declarada en el Breve. Todos deberían vestir uniformemente ese hábito, y en ello debía comenzar a darse formalidad y orden de vida regular a la nueva Congregación.

La primera vez por orden del Papa fue vestido con el nuevo hábito el Padre José, fundador, por manos del cardenal Giustiniani. Después lo recibieron de manos del P. José el P. Pedro y todos los demás, hasta un número de quince, que casi todos eran de los de Santa María in Pórtico que se habían quedado con el P. Pedro al servicio y mantenimiento de las Escuelas Pías. Algunos otros todavía siguieron al servicio de las mismas escuelas con el primer hábito, sin tomar el nuevo.

La primera vestición del nuevo hábito tuvo lugar el día de la Anunciación, el 25 de marzo de 1617, tomando también como singular protectora de toda la Orden a la Santísima Virgen, por devoción a la cual el Padre Prefecto cambió su apellido, llamándose en los sucesivos en lugar de José de Calasanz, José de la Madre de Dios, y de este modo se introdujo el cambio del apellido secular por el nombre de algún santo u otro similar.

Además de serlo de todos los santos, era parcialmente devoto de la Virgen Madre de Dios, y por eso quiso que los hijos de su Orden se llamasen Pobres de la Madre Dios, y por lo mismo cambió su apellido del siglo como se ha dicho anteriormente, e incluso en los sellos y armas ordenó que se grabase el nombre de María Madre de Dios, rodeada de rayos, como se usa actualmente.

Determinaron después la introducción del noviciado, y le pareció bien al fundador que el P. Pedro, Casani antes y ahora de la Natividad de la Virgen, tomara el cargo de maestro de novicios, como más práctico en el asunto que ningún otro, además de por su insigne bondad reconocida y apreciada. Con humildad y prontitud aceptó

el P. Pedro, y para comenzar este noviciado de buena manera, tomaron para tal efecto una casa cercana a la fuente de Trevi, donde el P. Pedro con el celo habitual y el fervor que Dios le comunicaba puso manos a la obra.

Los primeros novicios, que abrieron el camino a los demás, fueron los padres Pablo Ottonelli, Viviano Viviani, Francisco Castelli, el Abad Landriani y otros, que entre clérigos y hermanos operarios eran quince o dieciséis en un primer momento, y poco después crecieron hasta un número mucho mayor, porque el buen nombre y la perfección de vida que llevaban aquellos primeros fundadores atraía a muchos a imitarlos, a pesar de que el rigor con el que vivían era durísimo y de auténticos penitentes.

Entre todos los novicios mencionados el más fervoroso y deseoso de perfección era el Padre Abad, como alguien que ya se había ejercitado durante muchos años y había gustado más que superficialmente la suavidad del Espíritu de Dios, y no se saciaba de obrar y padecer por amor suyo hasta morir, y el venerable Padre fundador se hacía muchas cuentas con él, pues conocía por muchos signos manifiestos que era un hombre iluminado por Dios. Se cree que por indicación suya se introdujeron en la Congregación diversos ejercicios de humildad y mortificación, como particularmente el de acompañar a su casa a los escolares pobres, que verdaderamente para quien lo hace de corazón se puede considerar un ejercicio cotidiano de mortificación, de humillación y de caridad al mismo tiempo, tal como deseaba precisamente nuestro venerable Padre.

8. El Eminentísimo Protector, el día de la Anunciación, por orden del Sumo Pontífice, en la capilla de su Palacio cerca de S. Luis de los Franceses, dio el hábito que ahora llevan los Padres de las Escuelas Pías a D. José Calasanz, que a partir de entonces se llamó el P. José de la Madre de Dios, que regresó a casa y en el Oratorio de las Escuelas vistió de la misma manera a muchos de sus compañeros, y el Sumo Pontífice le nombró Superior y Prefecto de todas las Escuelas Pías fundadas y por fundar, y comenzó a vestir a muchos buenos sujetos. El mismo Pontífice envió al P. José al monasterio de San Silvestre en Campo Marzo para reducir a las monjas a la Observancia del Sagrado Concilio de Trento, como en efecto después de algunos meses redujo todo a una excelente observancia. También fue enviado a otros monasterios para examinar el espíritu de algunas buenas siervas del Señor, y en todo esto dio cumplida satisfacción a los Superiores.

Visitaron en varias ocasiones la obra, además de los ya nombrados, los cardenales Millini, Borghese, Lanti, Tonti, Torres y Lancellotti, el cual dejó seis mil escudos sin ninguna obligación, y muchos otros señores cardenales, y también muchos príncipes, y embajadores reales, que la vieron bien y recomendaron con grandes aplausos.

9. Dicho Eminentísimo Protector el día de la Anunciación de 1617, por orden del Sumo Pontífice, en su capilla del Palacio de S. Luis de los Franceses dio el hábito que ahora llevan los Padres de las Escuelas Pías al dicho Don, y luego P. José de la Madre de Dios, que regresó a casa y en el oratorio de las Escuelas Pías junto a S. Pantaleo vistió del mismo modo a muchos de sus compañeros, el primero de los cuales fue el P. Pedro Casani, Luqués, que luego se llamó P. Pedro de la Anunciación.

El mismo Pontífice envió al citado P. José al monasterio de S. Silvestre en Campo Marzio para reducir a esas monjas a la observancia de la vida común, en conformidad con el Sacro Concilio de Trento, como en efecto hizo en pocos meses. También fue enviado a otros monasterios para examinar el espíritu de algunas buenas siervas de Dios, y en todo esto dio satisfacción a los Superiores.

Visitaron la obra de las Escuelas Pías varias veces, además de los ya citados, los Eminentísimos Cardenales Millini, Borghese, Lanti, Tonti, Torres, Lancellotti, que dejó seis mil escudos sin ninguna obligación, y muchos otros cardenales y príncipes, y Embajadores Reales, y esta obra fue bien vista y elogiada por todos.

10. Y en la misma plaza de San Pedro está la Casa del Noviciado de la Escuela Pía, dedicada a San Lorenzo (por más que a diferencia de aquella grandiosa Basílica que el Papa San Dámaso dedicó al invencible mártir San Lorenzo, nuestro valiente Español, Aragonés y compatriota del Padre Fundador), el noviciado de la Escuela Pía se llama en Roma San Lorenzino, edificada en tan buen sitio que la mayor nobleza de Roma la llena el día del Corpus, porque a sus puertas y balcones pasa el Papa con todos los Cardenales con la procesión del Santísimo Sacramento. En todas las casas, así como se iban fundando, se abrían escuelas públicas, hasta en la del Noviciado, de niños, de leer y escribir, Aritmética, Gramática, Retórica y donde no hay Universidad y hay estudiantes capaces, mientras gusten escribir con los Religiosos de la Casa, se les lee también las ciencias.

Fueron muy excelentes los primeros compañeros del Padre José Calasanz, varones por su sangre y letras ilustres, y en virtud esclarecidos por la opinión de santidad en que murieron. El primero de ellos fue el Padre Pedro Casani, noble ciudadano de Luca, muy docto y muy santo, por los muchos milagros que así en muerte como en vida hizo en Roma (no puede en modo alguno ser excusado, antes siempre ha de ser reprehensible el descuido de la Religión de la Escuela Pía, porque con ser fundada setenta y cuatro años ha, no se ha hablado ni se ha dado orden alguna que haga las Crónicas y escriba las vidas de su Santo Padre Fundador, y de los Varones ilustres que florecieron en ella. Alegraréme sea de provecho este aviso, para que se resuelva la Escuela Pía a cumplir con lo que debe, a imitación de todas las otras Religiones, a la cual ruego que, si desea su lucimiento y progreso, así espiritual como temporal, haga la estimación que es justo de los bien nacidos, doctos y virtuosos, y no tenga a estos arrinconados).

El conde Pablo Ottonelli, después de haber sido Capitán General de varias Armadas en guerra viva, desengañado del mundo, se despidió del Conde su hijo y rogó al Padre Fundador que le admitiese por su súbdito, y el Santo Padre le dijo que hasta entonces había servido al mundo, sin tener más premio que piedras, como las que ofreció el demonio tentando a Cristo, pero que en la Religión tendría descanso y flores, y así vivió santamente, y a la hora de su muerte murió diciendo: *¿No ven, Padres, esas flores que traen los Ángeles?* El Padre Viviano Viviani, famoso Letrado, fue Presidente de los más graves tribunales de la Liguria y de la Toscana; cuando oyó la nueva fundación, dejando cuanto el mundo le podía prometer, quiso ser compañero del Padre Fundador; vivió santamente, y como a Santo le veneró en su muerte la ciudad de Narni, donde murió. El marqués Francisco Castelli, dejando el Marquesado a su hijo, vistió el hábito de la Escuela Pía en sus primeros principios, y murió en ella con la opinión de santidad. Así de otros muchos, cuyos nombres no se me ocurren, y aún tengo a milagro cómo he podido escribir esta vida, solo con lo que leí en las noticias sucintas, y de lo que oí estando en Roma, y como decían que en el primer Capítulo General elegirían Cronista, no fui curioso de escribir y apuntar, lo cual después me ha pesado de no haber hecho, porque va para diez años que yo dejé Roma, y casi todos los viejos, que lo sabían, todos se han muerto, y hasta ahora no hay Cronista, ni creo que lo habrá, porque se han

salido por el Breve de nuestro Santísimo Padre Clemente Décimo, todos los que podían serlo.

No puedo omitir la memoria del Padre Abad Glicerio Landriani Borromeo, pariente estrecho de San Carlos Borromeo, siendo tan notoria la santidad de este Padre Glicerio en Roma, que ha estado para ser canonizado no pocas veces, y siempre se ha dilatado, y será sin duda, como he oído yo de la boca de algunos Cardenales, porque no querrá, como buen hijo, ser canonizado antes que su Padre. Hablando el Padre General de la virtud de la obediencia una noche de invierno, llegó a tal exageración que llegó a decir: Si hubiere súbdito tan obediente que, a la voz del Superior, que dice que tragando cuatro ascuas encendidas no le hiciera daño, si lo hiciese en virtud de la Obediencia, no solo no le haría daño, antes ninguna conserva le sabría más bien. Apenas lo hubo acabado de decir el P. Fundador, cuando el Padre Abad Glicerio (que con este nombre es llamado, porque era Abad de una riquísima Abadía de Mitra y Báculo cuando se hizo Religioso, y tan vano antes de su conversión que estaba seis horas en vestirse) tragó cuatro ascuas de fuego y confesó no haber probado cosa más regalada jamás. Hacen los santos cosas más para admiradas que para imitadas. Este caso, como sucedió en pública Comunidad, está escrito en los procesos de ambos, así del Padre José Calasanz como del Padre Glicerio, para su Canonización. Fueron muchísimos los milagros que el Santo Padre Abad Glicerio hizo en Roma, pero esos pertenecen a su vida, los cuales tocará publicar a quién fuere su Escritor. Yo solo he dicho lo que acabamos de dejar escrito por pertenecer también al Padre Fundador, cuya vida escribimos, y así diré lo que le sucedió al padre Glicerio en su santa muerte, por ser cosa que también pertenece a la vida del Padre José Calasanz.

En el Colegio Nazareno cayó enfermo el Padre Abad de su última enfermedad; asistía en San Pantaleo el Padre General, pero subía todos los días al colegio para visitar a su querido hijo, a quien administró los Sacramentos por su mano. En el último día, que dejando este siglo había de partir al Cielo el Padre Abad, le asistió más que nunca nuestro Padre, pero le fue forzoso por cierto accidente bajar a San Pantaleo y dejar el Colegio Nazareno, mas al partirse dijo al moribundo, en presencia de todos, estas palabras: *Padre Abad, no os vais al Cielo sin que primero toméis mi licencia*. Dicho esto, vino a San Pantaleo, donde estando con el Padre Rector y otros padres

graves tratando un negocio de mucha importancia, oyeron dar un golpe muy recio a la puerta de la pieza donde estaban congregados acompañado de una voz que dijo así: *Benedicite, Padre General*. El Santo Padre Fundador se puso de rodillas, y llorando respondió al dichoso Padre Glicerio estas palabras: *Hijo mío querido, rogad por mí, besad los pies de Nuestro Señor Jesucristo y los de mi Señora a su Santísima Madre en mi nombre. Sí haré*, respondió el santo hijo y no se oyó más su voz, pero dejó gran fragancia del Cielo. Mandó luego el Santo Padre doblar las campanas, y dijo en voz alta: *¡Dichoso el Padre Abad, que ya está en el cielo; por pocos años que se ha mortificado gozará eternamente de Dios, que sea para siempre alabado!* A estas voces y muchas lágrimas que derramaban los Padres congregados, concurrió toda la Comunidad, y delante de todos hizo una plática admirable, refiriendo por menor la vida y virtudes del Padre Abad, exhortándoles a imitarle para serle compañeros en la Gloria, cuando estando en ella llegaron dos Padres enviados del Padre Rector del Colegio Nazareno participando al Padre General de cómo había expirado el Padre Abad Glicerio Landriani Borromeo. Estos fueron los primeros compañeros del Fundador de la Escuela Pía, entre los cuales deberá ser escrito el Padre Juan García, castellano, llamado comúnmente en Roma el Padre Castilla. El cual, habiendo obtenido una Canonjía con particular breve de la Santidad de Paulo Quinto, la detuvo aún después de ser religioso, para emplear sus frutos, como hizo, en la fábrica de San Pantaleo, la cual concluida, hizo dejación de la Prebenda en manos de su Santidad. Fue el primer Provincial de Nápoles, Visitador General del Padre Fundador y segundo Prepósito General de toda la Religión, de quién nuestro Santo Padre solía decir que era verdadero israelita, como otro Natanael en la candidez de su conciencia y operaciones. También fue compañero de nuestro Santo Padre Fundador el Padre Juan Esteban Spínola, hijo de los Marqueses de Spínola en Génova, y tío del Señor Cardenal Imperial, el cual fue primero Maestro de Novicios de la Escuela Pía en Roma, habiendo sido su Novicio el Reverendísimo Padre Camilo de Urbina, tercer General que fue de la Escuela Pía, y los primeros fundadores del colegio de San José de Cáller. Estos y otros muchos, cuyos nombres a mí ahora no se me ocurren, fueron los primeros compañeros del Padre Fundador, que por redundar en honra suya la virtud de sus hijos, me pareció bien hacer memoria de alguno, escribiendo la historia de su vida.

En la Sagrada Religión de los Franciscos Claustrales hubo cierta diferencia, y la Santidad de Clemente VIII, que entonces gobernaba la Santa Iglesia, encargó su remedio a nuestro José Calasanz, el cual procuró con tanta prudencia y secreto que fue de mucha edificación a toda Roma, aclamándole aquellos graves Religiosos, así en su vida como después de muerto, gran santo y verdadero siervo de Dios. Lo mismo dijeron siempre las más Religiones de Roma y muy en particular los primeros Carmelitas Descalzos, Fundadores de su Sagrada reforma en aquella Santa Ciudad, le dijeron por su particular Consejero y Protector, con cuyo ejemplo, virtud y consejos afirmaron aquellos santos Religiosos haber aprovechado.

11. Aquel mismo año, el 25 de marzo, día de la Santísima Anunciación, por orden del mismo Sumo Pontífice y de su parte, el Emmo. Sr. Card. Giustiniani, protector, dio en su capilla del palacio el hábito que debían llevar los de la congregación paulina de la Madre de Dios de las Escuelas Pías al Padre Prefecto, que se puso el nombre de Padre José de la Madre de Dios, quien también hizo en manos del Sr. Cardenal sus votos de obediencia, suma pobreza y castidad, y del especial cuidado de enseñar a los niños pobres, que profesan todos los del instituto, y cuanto se contiene en la forma de la profesión expresado en sus constituciones. El hábito era de paño negro rudo y basto; la sotana larga hasta los pies, y el manteo del mismo paño pero hasta las rodillas, con sandalias en los pies, con su bonete y sombrero como se usa hasta el día de hoy. Regresó a su casa de San Pantaleo el Padre José de la Madre de Dios, Prefecto de la nueva congregación, y en el oratorio de los padres dio también el hábito a sus compañeros de la misma manera. El primero fue el P. Pedro Casani, que se llamó Pedro de la Anunciación, y el abad Landriani, que quiso llamarse Glicerio de Cristo, y otros nueve de los que quisieron quedarse con el citado P. Pedro en nuestra casa de aquellos de Sta. María in Pórtico.

Dispuso Dios que en el día en el que quiso hacerse hijo de su Santa Madre para la salvación del mundo se le dedicaran sus electos de la vocación del pío instituto, en el que debían educarse los hijos de los fieles, de los cuales era Madre en su Hijo, que en aquel día concibió en sus purísimas entrañas por obra del Espíritu Santo, y el fundador suplicó que la Madre de Dios llevase el nombre de su fundación, de quien era el instituto y fundador. Lo dijo el Vicario de Cristo: Congregación Paulina, como movido por el Espíritu Santo, que le asistía, y

siguió la divina orden en lo que quería la Virgen Madre nuestra señora. Hizo conocer a toda la cristiandad su sumo gozo por el favor y gracia que Dios le había hecho, al servirse durante el tiempo de su sumo pontificado para erigir y establecer la obra de la piedad divina, por intercesión de la gran Madre de Dios, cuyo nombre quiso también que llevara el fundador de la misma, además de ser honrado con el de su esposo virgen S. José con la vocación de la fuente de la gracia bautismal, para militar en este mundo bajo su enseña contra sus enemigos para gozar en su servicio de la dirección y cuidado de los niños, del mérito de su gracia y protección ante su queridísimo hijo. De la misma manera ocurrió también cuando el Papa erigió la congregación: él estaba convencido de que Dios quería encaminar de aquella manera el instituto y sus seguidores que debían profesar en conformidad con el nombre y título que les dio el Vicario de Cristo, el cual, conociendo que este admirable siervo del Señor era guiado por su Espíritu divino, quiso servirse de él en muchos asuntos de consideración, y también en hacerle examinar y conocer de qué bondad y espíritu eran algunas siervas de Dios, y quiso que fuera al monasterio de S. Silvestre en Campo Marzio, para reducir aquellas monjas a la debida observancia de lo que profesaban con la enmienda de muchas cosas, para que se enfrentaran, lo que hizo con tanta caridad y prudencia que fue de gran provecho para ellas su dirección y ayuda al formarlas en su decoro y recomendación de la vida digna. Siguieron su recomendación luego con satisfacción y contento del Sumo Pontífice.

Tanto el Papa como los Sres. Cardenales quedaron más bien aficionados y con el firme propósito de ver a José, y de proteger su obra, que consideraban conveniente y beneficiosa para la cristiandad, y que de ningún modo se hiciera caso a los de sentimiento contrario que con sus inventos intentaban dañar a los fieles y a la Santa Iglesia. Y tanto más se inclinaron sus mentes conformes a la piedad cuando vieron que Calasanz sólo era movido por la caridad en ayuda de los niños, y todos proclamaban su invicta paciencia con la cual toleraba toda contrariedad, y con una gran tranquilidad de ánimo no se permitía que se dijese nada por pequeño que fuera contra los que le hacían mal. Y no mostraba querer otra cosa sino lo que agradaba a Dios en sus superiores, especialmente en el Vicario de Cristo, a cuya opinión se sentía obligado, como a la del mismo Dios. Edificados todos por un concepto de tan buena fama,

no dejaron de ir a ver las Escuelas Pías muchos señores cardenales, como hicieron Mellini, Borghese, Giustiniani, Lanti, Tonti, de Torres y Lancelotti, y también muchos señores príncipes y embajadores, y señores titulados romanos y forasteros, quedando todos satisfechos y admirados, y con afecto decididos a ayudar la obra de piedad, así como hizo el cardenal Lancelotti, quien dio a José seis mil escudos de limosna para ayuda suya y conservación del instituto, por haber notado que en la casa ya no cabían los escolares, que pasaban de mil. Con aquella limosna José transfirió sus escuelas a la casa que está frente a la iglesia de San Pantaleo, hacia la universidad de la Sapienza. El Sumo Pontífice le dio permiso para celebrar misa en ella, en un oratorio decente, donde los escolares pudieran recibir la comunión y hacer otros ejercicios espirituales, a los cuales los preparaba el siervo de Dios. El alquiler de esta casa fue de trescientos escudos anuales. Con todo esto el buen proveedor no dejó, como siempre había hecho antes, de ayudar a los escolares pobres en sus necesidades de libros, papel, plumas y tinta. El Papa les concedió también el poder enviar algunos operarios a pedir limosna por la ciudad, para el mantenimiento del instituto. Permanecieron en esta casa algunos años con gran paciencia y esfuerzo de este siervo de Dios para aumentar la obra.

12. Entonces el Cardenal Protector de los Religiosos impuso personalmente a José el hábito que llevarían en lo sucesivo, que él mismo había escogido bajo la inspiración de la Virgen, y José lo impuso a quince compañeros el día de la Visitación de María por el ángel, 25 de marzo, a la cual todos se esforzaron humildemente por servirla como Madre de Dios y Patrona de la Congregación. En honor suyo, José quiso renunciar a su apellido y llamarse en lo sucesivo José de la Madre de Dios, y quiso que en el escudo de la Orden apareciera el santísimo nombre de MARÍA, rodeado de rayos brillantes. Y todos siguieron el ejemplo de José, poniéndose el apellido de una fiesta de María o de algún santo, como el mismo superior mandó. En Roma fue un agradable espectáculo ver a los nuevos religiosos, que se habían quitado la sotana clerical, y llevaban un decoroso hábito, ceñido en la cintura, y con sandalias para los pies desnudos, a la apostólica. Se instituyó luego el noviciado, en otro lugar de la casa, y fue nombrado Maestro el P. Pedro Casani, que con otros seis Padres de la Congregación Luquesa de la que hablé se integraron en esta nueva congregación, y había tomado el nombre de Pedro de la Natividad

de María. Los primeros novicios fueron quince, entre los cuales brillaba por sus virtudes aquel Abad Glicerio, muy querido de José; por su persuasión y ruego se introdujeron en la congregación algunos actos de humildad. Escuchaba y obedecía tan fielmente al Superior, que narraremos aquí un hecho famoso suyo. En invierno estaban todos sentados alrededor del fuego, y José, que estaba allí y siempre aprovechaba para hablar de algunos actos virtuosos, preguntó: “¿Quién de vosotros tiene suficiente valor para llevarse a la boca una brasa ardiente?” Cuando lo oyó Landriani, sin pensárselo ni temer nada, ni pedir nada, tendió la mano y tomó un carbón ardiente, y lo tragó. Todos los que estaban allí quedaron admirados.

13. Inmediatamente dio el comienzo la formalidad y el orden de la vida regular, cambiando el hábito de los sacerdotes seculares que llevaban hasta ahora por el que se usa hoy en día, es decir, una sotana de tela negra áspera hasta los pies, cerrada totalmente, excepto delante en el pecho, cuya abertura se cierra con botones negros de madera; una capa del mismo material y larga como un hombre arrodillado; un ceñidor de cuerda cubierta con el mismo paño, con sandalias o zapatos con ventanas y los pies descalzos; un bonete los clérigos y sacerdotes, y un solideo los legos, y esto sucedió el 25 de marzo del mismo año 1617. Recibió nuestro V. P. José Calasanz el mencionado hábito de manos del mismo Emmo. Giustiniani, Protector, por orden del Sumo Pontífice, en la capilla de su palacio situado junto a S. Luis de los Franceses, e hizo en las manos de S. Eminencia los tres votos simples de pobreza, castidad y obediencia, a los que también añadió el cuarto de educación de los niños. Y fue nombrado Superior y Prefecto de las Escuelas Pías fundadas y por fundar, con la facultad de poder dar el mismo hábito a sus otros compañeros, y luego también cambió el apellido de Calasanz por el de la Madre de Dios, considerándose mucho más noble y feliz con el apellido de la Madre de Dios que con el de su familia, tomando también a la Madre de Dios como abogada en todo momento de su vida, y por Patrona especial y titular de su Congregación, y llevándola impresa en el escudo o sello de la misma Congregación con el título ΜΑ ΜΡ ΘΥ. Y le favoreció tanto que aquella que en esta vida mortal fue puesta por Dios bajo la tutela de un San José, ahora se convirtió en Tutora de otro José, defendiendo maravillosamente a él y a su Congregación de todos los asaltos de diferentes enemigos que pretendían tirarla al suelo y aniquilarla si podían, como más abajo se verá.

Regresó a casa nuestro V. P. José de la Madre de Dios todo alegre y feliz por el nuevo hábito de los Pobres de la Madre de Dios, y por el singular favor recibido de Dios a manos de Su Eminencia, se retiró inmediatamente en casa en el oratorio junto con sus compañeros para dar las gracias debidas a S.D.M., y entonces como superior Prefecto diputado de la nueva Congregación, dio el hábito del mismo modo y forma a sus compañeros. El primero de los cuales fue el citado P. Pedro Casani, que entonces se hizo llamar Pedro de la Natividad de la B.V., citado más arriba. También dio el hábito al P. Viviano de la Asunción, antes Viviani de Colli; al P. Tomás de la Visitación, antiguamente de Vitoria, noble de Sevilla; al P. Lorenzo del S. Corazón, antes Santilli, de Spoleto; al P. Francisco de la Madre de Dios, antes Fabri de Palermo; al P. Francisco de la Purificación, antes Castelli de Castiglione Fiorentino; al P. Santiago de S. Pablo, antes Graziani de Módena, que murió en Nápoles, Provincial, en 1634, con claros signos de disfrutar del cielo; al P. Juan Pedro de Nuestra Señora de los Ángeles, todos hombres de gran virtud, letras y perfección, cambiando todos el apellido del siglo por otro de algún santo particular del que era devoto, costumbre siempre utilizada después en la Religión de los Pobres de la Madre de Dios.

El conde Pablo Ottonelli de Módena también recibió el hábito, después de haber sido Capitán General en varios ejércitos de guerra, pues estando en Roma, y observando el gran beneficio que la nueva Congregación de las Escuelas Pías hacía, desengañado del mundo, se despidió del conde su hijo, y rogó a nuestro V. P. José que lo recibiera bajo su dirección y gobierno, y este le respondió: “Hasta ahora habéis servido al mundo, del que no habéis sacado nada más que piedras y tierra; pero en nuestra Congregación tendréis paz y flores”, como recogió en el tiempo en que vivió en la Congregación con su raro ejemplo de observancia y humildad. ¿No ven, Padres míos, las hermosas flores que traen los ángeles del cielo?

También le dio el hábito al P. Glicerio de Cristo, que en el siglo se llamaba Glicerio Landriani, milanés y abad mitrado de S. Antonio di Pavía, pariente de S. Carlos Borromeo, que vivió con exacta observancia a nuestro V. Padre Fundador, y ante un simple signo suyo hacía exactamente lo que le indicaba. Entre otras acciones singulares y maravillosas sólo contaré dos aquí, para demostrar tanto la santidad de nuestro V. Padre como la obediencia perfecta de este siervo de Dios. Se cuenta en las actas de canonización del mismo

P. Glicerio que una tarde de invierno, estando todos los religiosos alrededor el fuego, y entre ellos el P. Glicerio, y tratando al V. Padre Fundador de la santa obediencia que debe tener el religioso, dijo a modo de prueba: “¿Quién de nosotros sería tan obediente, que la voz del Superior pondría en su boca uno de estos carbones encendidos?”. A estas palabras el P. Glicerio allí presente, sin esperar otra orden, se metió una de aquellas brasas en la boca y se la tragó no solo sin daño, sino que confesó (algo realmente digno de asombro) que nunca había probado o gustado algo más dulce. Otra vez, gravemente enfermo en el Colegio Nazareno,³¹ el mismo V.P. General le estaba sirviendo, como el que tiernamente amaba a los enfermos, y conocía muy bien la santidad de su hijo espiritual; pero al tener que irse a San Pantaleo, le dijo al Padre enfermo: “No parta de esta vida sin pedirme la bendición antes”. Y así le contestó el enfermo que haría. Pero sucedió que, estando el V. Padre con algunos asuntos importantes en su habitación, donde estaban otros Padres de la casa, oyó que llamaban a la puerta de su habitación, y el Padre fundador dijo como de costumbre: “¿Quién llama? Entre”. Y escuchó la voz del P. Glicerio que respondió: “Bendígame”. A lo que nuestro V. Padre le respondió: “Vaya, bendito sea”. Y se supo que a esa hora precisamente el citado Padre Glicerio había muerto en el Colegio Nazareno. También dio el hábito al P. Juan de Jesús María, en el siglo Juan García, de Castilla, que, habiendo obtenido una canonjía con un breve particular de Paulo V, luego se hizo religioso. Empleó las rentas de esta en beneficio de la nueva Congregación, y siempre fue un querido compañero del V. P. fundador por sus raras virtudes y bondades, por lo que le sucedió después de su vida en el generalato, y fue el 2º General de la Religión.

Ahora bien, todos los Padres antes mencionados fueron los primeros compañeros del V. Padre José fundador, todos hombres de singular virtud y bondad, y de todos se podría escribir la vida, para ejemplo y norma de todos nuestros otros religiosos que viven y vivirán en el futuro en nuestra Religión. Pero no es de extrañar que todos los Padres antes mencionados vivieran una vida ejemplar, porque tenían ante sus ojos a nuestro V. P. fundador José de la Ma-

31 (Otra mano) Sólo comenzó a principios de 1630. Para lo cual Tonti hizo su testamento en 1622. El V. Glicerio murió en 1618.

dre de Dios, que servía a todos como espejo y ejemplo vivo de toda virtud y perfección, que fue excepcional desde su tierna edad hasta ahora, como se ha visto, y por lo que hizo hasta el final.

Sucedió en el mismo convento de los Santos Apóstoles no sé qué diferencia entre los religiosos, y cuando se informó a la Santidad de Clemente VIII (que en ese momento gobernaba la Santa Iglesia) este mandó a nuestro D. José que fuera y procurara arreglar toda diferencia entre los religiosos, en lo que se comportó con tal prudencia y secreto que el caso fue remediado con gran edificación de toda Roma. El asunto reportó a nuestro D. José gran honor por parte de aquellos religiosos, que le estimaron de gran santidad y un verdadero siervo de Dios, concepto que también tenían de él otros religiosos, y en particular los primeros Padres Carmelitas Descalzos que vinieron de España a Italia, que lo eligieron su particular consultor y protector, con cuyo consejo confesaron los mismos Padres que habían avanzado y crecido en Italia. Y esto lo he oído sobre nuestro Venerable Padre fundador hablando sobre él con los Padres Descalzos.

14. Comenzaron entonces a tratar la forma del hábito que los de esta Congregación tenían que preparar para distinguirse de todos los demás sacerdotes regulares que ya en gran número no solo adornan, sino que defienden a la santa Iglesia, y concluyeron que debía ser de paño muy pobre, y tal que siendo el hábito propio de los religiosos de su profesión, mostrara la Suma Pobreza que pretendían profesar, remitiéndose en cuanto a la forma a su Padre Fundador, que quiso que fuera una sotana de sacerdote no tan larga que al arrastrarla con sus ribetes declarase la loca vanidad de quienes la llevan, ni tan corta que repugnase a la modestia religiosa, sino por encima de los pies, que quiso con el consentimiento de todos que fueran descalzos con sandalias o zapatos que llaman a la apostólica. Dicha sotana sería con cuello alto, como la que llevan los Padres Jesuitas, y con mangas más bien largas que estrechas. El manteo de la misma tela negra, corto a media persona, precisamente como lo llevan todas las demás Religiones que van descalzas, conforme más claramente leemos en las Constituciones, que luego, como diremos, fueron escritas por nuestro fundador por orden del mismo Paulo. Decidieron también que se debía establecer una Casa de Noviciado distinta de la de San Pantaleo, donde se debía recibir a los que venían a la nueva Congregación, y la forma que tenían que seguir en

el futuro para recibir novicios y formarlos, y discutieron muchas otras cosas sobre el buen gobierno de la nueva Congregación y las escuelas, que habían sido su propósito principal.

Diseñado por el Fundador con la consulta y opinión de sus compañeros este nuevo hábito religioso con el que se iba a empezar a dar forma y orden de vida regular y común a su nueva Congregación, se informó a Su Santidad, que lo aprobó y dio orden al Card. Giustiniani de que lo vistiera solemnemente al Fundador P. José, para que luego los otros compañeros lo recibieran de sus manos, y se decidió el día de esta función para el 25 del mismo mes de marzo, el día muy solemne de la Encarnación del Verbo, que para salvar al hombre del pecado y vestirlo de gloria puso nuestras miserias sobre sus hombros y se vistió con el hábito de nuestra carne, apareciendo como dijo el apóstol, en forma de hombre, para que estos nuevos discípulos de Cristo vestidos con el nuevo hábito de pobreza y mortificación, todos completamente dedicados a la salvación del alma y para liberarlos de la ignorancia, el primer origen del pecado, aparecieran en el mundo y en su cabeza Roma vestidos con el nuevo hábito de pobreza y mortificación, todos dedicados a la salud de las almas y a liberarlas de la ignorancia, primer origen del pecado. Se realizó la función en la iglesia de S. Pantaleo el citado día 25 de marzo del año 1617, y tras recibir el hábito el Fundador a manos del mencionado Cardenal Protector, luego lo impuso a 15 de sus compañeros, comenzando con el P. Pedro, quien dejando su primera Religión de los PP. Luqueses pasó a la nueva Congregación. No se puede creer cuánta devoción causó este nuevo hábito en la gente, tan pobre y mortificado, tanto por la brevedad y estrechez de la forma, como por la pobreza y tosquedad del tejido, que cedía en poco al de los anacoretas más estrictos, tanto más estimado y venerado por todos, como insignia de hombres apostólicos que despreciaban todo lo terreno con un hábito si pobre en lo material, y que estaban vestidos con el hábito más noble de la caridad.

Para ordenar más perfectamente la uniformidad de la vida, pensando en todos aquellos que en el futuro quisieran entrar en esta Congregación, le pareció al P. Fundador que debería tomarse una casa aparte, que serviría sólo para noviciado, donde los que venían a su Congregación serían formados y entrenados en la observancia de su Instituto; y la tomaron por primera vez cerca de la Fontana de Trevi, y colocaron allí para Maestro y guía de aquellas nuevas

plantas al P. Pedro de la Natividad (que así, dejando a su familia, comenzó a llamarse a sí mismo cuando tomó el hábito a imitación del fundador, que también cambió el de su noble casa de Calasanz por el de la Madre de Dios, por lo que se estableció por ley en esta Religión que, dejando el apellido del siglo y no sólo el nombre como en las otras Religiones, se tomase en su lugar el de algún santo) y él inmediatamente, obedeciendo pasó a la nueva casa para ejercer su oficio de Maestro de Novicios. Dieciséis fueron los que primero llenaron el nuevo noviciado, y luego pronto crecieron en mayor número, entre los cuales los más conocidos fueron Pedro Ottone-lli, Viviano Viviani y Francisco Castelli. Pero brillaba sobre todos la perfección del Abad Landriani, del cual, por ser el primero de esta Religión que desde el mismo noviciado pasó al Cielo, como puede piadosamente creerse por sus virtudes, me permitirás, lector mío, hacer una breve digresión para tu gusto y utilidad, como espero.

Era milanés de nación, de la noble familia Landriani. Desde muy joven se entregó completamente a la devoción y a la adquisición de virtudes. Siendo un niño de tan solo 6 o 7 años dispensaba a los pobres tanto como pudiera tener o tomar incluso sigilosamente de la despensa de su casa. Cuando su buen padre lo advirtió, no solo no lo tomó a mal, sino que también le dio libertad para dar limosnas. Era tanta su devoción, retiro y asistencia a las iglesias, que los suyos, al verlo tan inclinados al culto y a la devoción, con mucho gusto le hicieron tomar el hábito clerical, y fue ordenado por un obispo tío suyo de las órdenes menores, asignándole la Abadía de San Antonio de Piacenza, con 800 escudos de ingresos, que agradeció mucho por poder dar limosna a sus pobres. De pie un día en cierta iglesia de Milán delante de la imagen de la Virgen, de la que siempre fue supremamente devoto, vino en gran entusiasmo y fervor de espíritu, y deseando servir y complacer a la Virgen le hizo voto de mantenerse virgen, y como prueba de ello, como si se casase con ella, se quitó un anillo de oro del dedo y lo colocó en el de la imagen, que era esculpida. Con tan buenos principios, fue enviado por sus padres a estudiar en la Universidad de Bolonia, en la que hizo en breve tiempo un progreso excelente tanto en Filosofía como en Teología. Luego regresó por un corto tiempo solamente a su tierra natal, y los suyos lo enviaron a Roma, un campo donde los eclesiásticos se exponen a los continuos trastornos de la ambición humana y la grandeza, con la esperanza de que pronto avanzaría en dignidad y ho-

nores con sus buenos talentos. Pero los favores que con su bondad y doctrina pronto adquirió junto a los cardenales y príncipes de esa Corte le hicieron desviarse un tanto del camino recto, de tal manera que, metido en las vanidades de hábitos, siervos y caballos, poco le faltó para caer en pecados más graves, pero el Señor le permitió este resbalón para que avanzara con más provecho y atención por el camino de la virtud, pues con una grave, pero amorosa reprensión que le hizo el Cardenal Pío, uno de aquellos Cardenales, que cuanto más le conocía más amaba su virtud, hizo tal cambio de vida que se entregó de nuevo, y con más fervor a la oración, que durante algún tiempo había interrumpido, experimentando desgraciadamente verdadera la sentencia de la seráfica Madre Santa Teresa de que la oración mental y los defectos no pueden estar juntos, por lo que es necesario dejar la oración dando brida suelta al sentido, o es necesario dejar los defectos.

Él, habiendo visto el grave daño que le había hecho dejarla, la retomó con tal fervor que en poco tiempo llegó a tal exceso de amor a Dios y de conocimiento de sí mismo que, pisoteando todas las dignidades y grandezas del mundo, se retiró del cortejo de cardenales, y licenció a los muchos siervos que tenía y vistió un hábito pobre y sencillo. No contento con esto, comenzó a hacerse despreciar y a hacer actos de tan profunda humildad y desprecio de sí mismo no solo dentro, sino también fuera de casa, por lo que Monseñor su hermano, percibiendo esto con el corazón roto, suplicó nuevamente al mismo Sr. Cardenal Pío, puesto que su recomendación había funcionado tan bien con el Abad su hermano que lo había hecho cambiar inmediatamente de vida, que evitase el exceso contrario al de antes, ya que se había dado al auto desprecio y la abyección, y llegó a tal punto que muchos lo tomaban como locura descarada, de modo que su hermano temía que se volviera loco. Prometió el Cardenal cumplir el encargo y envió a llamar al Abad, al que con sólidas y serias razones le persuadió de que aquellos actos de abnegación, que también hacía en público, no eran convenientes ni menos según Dios en su estado. Pero él, que en la primera corrección se había hecho dado cuenta inmediatamente y cambiado de estilo de vida, ahora no quedó convencido por los razonamientos del Cardenal, y no solo no los desechó, sino que habló tan bien del despojo del mundo, y de sus vanos lujos, y tantas y tantas cosas dijo de los bienes, y los males de la otra vida, y tales y tantas razones dio de su

nueva forma de vida, que convenció al cardenal. quien lo despidió y aseguró a su hermano que el abad no estaba loco, sino sabio y santo. Con ello se consoló y calmó Monseñor, y le dio una mano más ancha para poder dar limosna a los pobres, y otras obras de caridad. Como el Siervo de Dios iba buscando guía, pues sabían que sin ella uno no puede caminar felizmente en este camino, se encontró con un gran Siervo de Dios, un sacerdote portugués llamado P. Francisco de Cristo, bajo cuya obediencia se puso, y por él supo que era la voluntad de Dios que permaneciera en Roma, porque quería servirse de él en cosas de su servicio y gloria. En compañía de este sacerdote, y de otro llamado P. Francisco Selvaggi, se dedicaba fervientemente al servicio de Dios y a obras de caridad, tanto espirituales como temporales, a favor de su prójimo y en particular en la reducción de muchas mujeres de vida disoluta y deshonesta a penitencia, por lo que tomaron una casa frente a San Lorenzo en Lucina donde acogieron a muchas de ellas, proveyendo al Abad con sus grandes rentas que gastaba en esta y en otras obras de caridad. Para vivir más pobre y con más libertad de espíritu como él deseaba, con el permiso de Monseñor su hermano pasó a llevar en compañía de los dos sacerdotes citados una vida más angelical que humana. Así vivió unos años el Abad con gran fervor de espíritu y tanta fama de santidad que llegó a oídos del Papa Paulo V que se sentaba en el trono de Pedro entonces. Se le informó del inusual fervor de su espíritu, y dudando que estuviese engañado, para comprobarlo les ordenó que se sometiera a la dirección del P. Fray Domingo de Jesús María, Carmelita Descalzo que entonces era asistente o como dicen Definidor General de su muy ilustre Religión, y religioso de la doctrina, espíritu y prudencia que el mundo conoce y declaran sus libros, a quien obedeció, y se confesaba con él, y lo tenía como su superior. Era obediente, y humildemente se sometió a las órdenes de aquel Padre.

Mientras tanto se publicó en Roma la fundación de las Escuelas Pías y la gran bondad y olor a santidad de su Fundador, y el Abad Glicerio fue a encontrarlo de inmediato, y en ese primer encuentro quedaron muy satisfechos el uno con el otro, pues se correspondían en genio y espíritu pobre y ardiente en la caridad del prójimo, e inmediatamente se hicieron íntimos amigos, y él se propuso ayudarle en la obra de las Escuelas Pías, por parecerle una obra de gran caridad y humildad, que eran las dos virtudes de las que estaba supremamente enamorado. Por lo tanto, consultó sobre ello

al mencionado Fray Domingo su confesor, y él, que ya tenía muchas pruebas y conocía la firmeza y perfección del Abad, estuvo de acuerdo con que abrazara ese Instituto, asegurándose de que con la guía de nuestro P. José progresaría más en el camino del espíritu. Él, sin perder tiempo, fue a buscar al Fundador y a rogarle que lo recibiera en su compañía, y él lo aceptó de buena gana sabiendo la gran virtud que había en esa alma. Y fue el primero de los compañeros que tuvo el Padre, al menos de los que perseveraron más tarde, cuando este nuevo Instituto se erigió primero en Congregación, luego en Religión, en el que él, pobre de espíritu, eligió vivir y morir. Antes de ser fundada con autoridad apostólica la Congregación en la santa pobreza, y que se les pudiera dar el nombre de Pobres de la Madre de Dios, él trató repetidamente de renunciar a su rica Abadía por lo que parecía tener de dominio y posesión de rentas, que por lo demás él era un mero y fiel ecónomo de ellas en beneficio de los pobres. Cuando el Papa se enteró, no quiso en modo alguno aceptar dicha renuncia.

Finalmente, como piedra fundamental de este nuevo edificio, fue a él a quien se entregó el Breve Apostólico de la erección de la nueva Congregación, que por profesar la suma pobreza no se puede creer con cuánta devoción y alegría la abrazó. Y aquí, lector mío, si se me permitiera en esta breve digresión hacer un breve epílogo de sus virtudes lo haría de buena gana, porque en cada una de ellas podría decir cosas de edificación suma; porque si habláramos de humildad, podríamos narrar cuánto estaba sujeto no sólo a los iguales, sino también a sus súbditos, e incluso a sus propios siervos; y que supo vilipendiarse tanto a sí mismo, y tan verdaderamente, que hizo parecer al mundo una especie de locura el muy sabio desprecio que él hacía de sí mismo. Si habláramos de la obediencia, además de otras muchas cosas bastaría con mencionar aquel acto heroico cuando estaba junto al fuego con otros novicios y, oyendo a su Maestro decir quién confiaría tanto como para tomar por obediencia un carbón encendido de aquel fuego y ponérselo en la boca, él sin pensárselo, tomó inmediatamente uno y no sólo se lo puso en la boca, sino para asombro de todos se lo tragó sin hacerle ningún daño. De su caridad, ¡cuánto podría decir! No sólo ayudaba a los pobres con sus ingresos, y con los de su rica Abadía, sino que siempre mostró gran celo por la salvación de su prójimo, por el cual no solo se contentó con haber restablecido en Roma la práctica de

la Doctrina Cristiana, con mantener a su costa cuatro casas de alquiler para mujeres que se habían retirado del pecado, y luego les daba lo que necesitaban, con sostener muchas pobres vergonzosas salvándolos de la pérdida del alma, y del honor, que fácilmente habrían naufragado a causa de sus penas y necesidades, sino que llegó hasta medicar y limpiar las heridas más asquerosas de los pobres, lamiéndolas con su propia lengua. Al verlo el P. Selvaggi su amigo que lo hacía a una herida asquerosa que tenía un pobre hombre en una pierna, y que a cada lamida le daba un julio, le dijo que esto lo hacía por el gran olor y dulzura que sentía al lamerle la llagas. De su castidad diremos que era virgen de alma y cuerpo; de su penitencia, que era inimitable; de su devoción, y en particular a la Virgen, que era tan grande que la comunicara a quienes trataban con él. Hizo el viaje a la Santa Casa de Loreto, y por el camino, que siempre hacía a pie y pidiendo limosina, reunía a tantos pobres y peregrinos como podía, y una vez reunidos cantaban por el camino rosarios, coronas y letanías de la Virgen, acompañándolos siempre con la cabeza descubierta, reverencia recompensada por el Señor con un milagro maravilloso. Pues un día llovía tanto que los demás, a pesar de ir bien cubiertos con sombrero y esclavina, entraron en la hostería completamente mojados, mientras que el abad, que siempre había ido con la cabeza descubierta, entró tan seco que no le había tocado ni siquiera una gota de agua.

Todo esto, e infinitas cosas podría decir, pero no se me permite extenderme demasiado con esta digresión de mi historia principal, así que concluyo con su muerte, que sucedió en la casa alquilada, como dije, del noviciado, el 15 de febrero de 1618 durante la noche, después que Dios le honrara con muchos signos de su gloria y con gran cantidad de gracias y milagros, de los cuales, por orden pontificia, se tomaron informaciones jurídicas. No creas, lector mío, que esta pequeña digresión estaba fuera de propósito para la historia principal, que tengo en las manos, porque, aunque el P. Glicerio no fue cofundador, fue sin embargo un ministro principal de nuestro P. José en la fundación de esta Religión, y como él mismo confesó repetidamente, muchas de las normas que en ella estableció en sus Constituciones, las puso sugeridas por él, y para complacer al abad Glicerio. A tan grande Siervo de Dios (para volver al hilo de nuestra historia) se añadieron como compañeros en el citado noviciado otros de no menos espíritu y perfección, entre los que brillaban el Padre

Peregrino de San Francisco, y el P. Santiago de San Pablo, ambos de Módena, y ambos no menos rigurosos en el tratar sus propias personas que inflamados de caridad con su prójimo; y además de otros sacerdotes de notables costumbres y excelentes letras que el Señor dio a esta nueva viña de su Iglesia, también había un hermano operario, que así llaman en esta Religión a los hermanos conversos, de nombre Luis de S. Bartolomé, bergamasco de nación, de cuya bondad entre otras cosas se dice que siendo él el panadero de la casa, estando una noche haciendo pan, en medio del trabajo, estando ya encendido el horno, mientras amasaba la harina sintió el toque habitual de la oración común, y él, que estaba enamorado de este santo ejercicio, no queriendo faltar a él, recomendó con gran fe a la Santísima Virgen de quien era muy devoto, el pan. Se fue a la iglesia, donde se congregaban los religiosos, y allí con gran tranquilidad no solo estuvo el tiempo de la oración, sino que cuando este terminó, como abstraído en sus sentidos, siguió allí todavía mucho tiempo, después del cual, como despertando de un profundo sueño, recordó el pan que había dejado sin terminar, y fue con pisa al horno, y encontró allí que el pan no sólo había sido perfectamente amasado y hecho, sino también horneado y casi cocido, saliendo ese pan muy perfecto y sabroso, como que, piadosamente se puede creer, había sido hecho y amasado por los ángeles por orden de su gran reina María, a quien su siervo al ir a la oración se lo había encomendado. Y luego pasó a una vida mejor en la casa de San Pantaleo el ocho de noviembre del año 1636, a los 36 años, y dejando una gran opinión de su santidad y perfección. Estos y otros como ellos fueron los súbditos que ingresaron en esta santa Congregación, con los cuales el Señor la hacía crecer en fama y reputación no solo entre el pueblo romano, sino también ante la Corte y el Sagrado Colegio, y el mismo Sumo Pontífice.

Gregorio también confirmó con otro Breve expedido en el mes de enero del mismo año 1622 las Reglas y Constituciones compuestas por el P. José su fundador, permaneciendo así firme y estable la nueva Religión de las Escuelas Pías bajo la protección de la Santísima Virgen, y con el nombre de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, por lo que tomaron como signo o escudo de su Religión el santísimo nombre de María rodeado de rayos, como la ínclita Compañía de Jesús fundada también para beneficio del prójimo y para la enseñanza de los jóvenes desde los primeros rudimentos

de la gramática, tiene el Santísimo nombre de Jesús rodeado de los mismos rayos de sol.

Decidieron también que se debía establecer una Casa de Noviciado distinta de la de San Pantaleo, donde se debía recibir a los que venían a la nueva Congregación, y la forma que tenían que seguir en el futuro para recibir novicios y formarlos, y discutieron muchas otras cosas sobre el buen gobierno de la nueva Congregación y las escuelas, que habían sido su propósito principal.

Para ordenar más perfectamente la uniformidad de la vida, pensando en todos aquellos que en el futuro quisieran entrar en esta Congregación, le pareció al P. Fundador que debería tomarse una casa aparte, que serviría sólo para noviciado, donde los que venían a su Congregación serían formados y entrenados en la observancia de su Instituto; y la tomaron por primera vez cerca de la Fontana de Trevi, y colocaron allí para Maestro y guía de aquellas nuevas plantas al P. Pedro de la Natividad (que así, dejando a su familia, comenzó a llamarse a sí mismo cuando tomó el hábito a imitación del fundador, que también cambió el de su noble casa de Calasanz por el de la Madre de Dios, por lo que se estableció por ley en esta Religión que, dejando el apellido del siglo y no sólo el nombre como en las otras Religiones, se tomase en su lugar el de algún santo) y él inmediatamente, obedeciendo pasó a la nueva casa para ejercer su oficio de Maestro de Novicios.

Dieciséis fueron los que primero llenaron el nuevo noviciado, y luego pronto crecieron en mayor número, entre los cuales los más conocidos fueron Pedro Ottonelli, Viviano Viviani y Francisco Castelli. Pero brillaba sobre todos la perfección del Abad Landriani, del cual, por ser el primero de esta Religión que desde el mismo noviciado pasó al Cielo, como puede piadosamente creerse por sus virtudes, me permitirás, lector mío, hacer una breve digresión para tu gusto y utilidad, como espero.

15. Consultados el P. José con sus compañeros que en número de 15 incluido él, se disponían a abrazar la nueva forma de vida, sobre la forma y la calidad del hábito, se hicieron inmediatamente a expensas del Señor Cardenal Giustiniani Protector. Llegó el día de la Santísima Anunciación, cuando el Verbo Divino se vistió de carne humana, él se despojó de sotana de seda que llevaba y vistió el nuevo pobre y humilde hábito, en la forma precisamente que hoy sus religiosos lo llevan, y lo vistió de la mano del mismo Cardenal Giustiniani en la capilla

de su Palacio, dándoles en nombre del Sumo Pontífice la bendición y la facultad de dárselo a los otros 14 compañeros suyos, como hizo el mismo día, al volver a las Escuelas Pías, en el oratorio. Y para que se supiera que la Congregación había sido erigida bajo la protección de la Santísima Virgen María, quiso que se creara como arma suya un escudo rodeado de rayos con estas breves palabras en cifra: Maria Mater Dei. Y debido al amor que ya tenía a la Pobreza, quiso que todos fueran llamados Pobres de la Madre de Dios. Además de esto para escapar del esplendor de los linajes del siglo, estimó bien que por apellido se tomase el nombre de algún Santo o Santa, y él mismo abandonó el apellido Calasanz, y se apellidó de la Madre de Dios.

Llegó el día de la Santísima Anunciación, cuando el Verbo Divino se vistió de carne humana, él se despojó de sotana de seda que llevaba y vistió el nuevo pobre y humilde hábito, en la forma precisamente que hoy sus religiosos lo llevan, y lo vistió de la mano del mismo Cardenal Giustiniani en la capilla de su Palacio, dándoles en nombre del Sumo Pontífice la bendición y la facultad de dárselo a los otros 14 compañeros suyos, como hizo el mismo día, al volver a las Escuelas Pías, en el oratorio.

16. Después de recibir este Breve, el P. José consultó con sus otros catorce compañeros sobre la forma y la calidad del hábito que todos ellos tenían que usar uniformemente, y resolvió vestirse de la manera que los religiosos de la misma Religión usan ahora. Y habiendo hecho a su costa todos los hábitos el Emmo. Cardenal Giustiniani Protector, el día de la Natividad de la Santísima Virgen del mismo año 1617, el citado Emmo. vistió con su propia mano al P. José, y le dio la facultad de vestir a los otros catorce compañeros suyos con el mismo, como sucedió el mismo día en el oratorio de las Escuelas Pías. Dejando todos entonces el apellido del siglo, tomaron el de algún santo, de modo que ya no se llamó José Calasanz, sino de la Madre de Dios. Por escudo de armas entonces, y divisa de la Congregación, quiso que se formara un escudo rodeado de rayos, que tenía dentro el santísimo nombre de María en letras iniciales, con la cruz en el centro y la corona.

17. Veneraba también a religiosos de todas las Órdenes, pero especialmente los de la del Seráfico S. Francisco y los Carmelitas Descalzos. De estos tuvo mucha relación con el Rvmo. P. Juan de Jesús María, el P. Domingo también de Jesús María y el P. Vicente del

mismo nombre. En el primero relucía como en un espejo una rara santidad y modestia, que atraía como un imán a los que le seguían. Al segundo lo consideraba como una piedra viva de las numerosas con las que en aquel tiempo la Orden Teresiana comenzó a edificarse admirablemente. Del tercero aprendió las costumbres de la nueva regla, y como los conoció desde el principio³², trataba con ellos todos sus asuntos, y abriéndoles su conciencia, nunca se separó de lo que le decían. Trataba a menudo con los vecinos RR. Padres Conventuales de S Francisco.

B) En este pontificado elevaron muchas reclamaciones los maestros rionales de Roma, pero no prevalecieron y el instituto fue creciendo con aplauso universal.

Problemas con los maestros de Roma

5. Viendo el Demonio que no podía impedir las Escuelas Pías con la muerte de nuestro D. José, que no le salió bien, hizo que los maestros de los barrios lo persiguieran y calumniaran de muchos modos, pero no tuvieron éxito, porque se veía que era una cuestión de intereses. Incluso el rector de la Sapienza quiso intervenir, pretendiendo visitar las Escuelas Pía y examinar a los maestros. Otros más atacaban a esta obra con el mejor celo, pero con sumo peligro, pues incluso se habló en una sagrada congregación con el pretexto de que como los maestros eran ignorantes podían imbuir en los niños errores graves. Al principio del pontificado de Pablo V también su Santidad fue informado malamente, y yendo a ver al pontífice por otros asuntos el P. Juan de Jesús María, carmelita descalzo, Dios (con su suma providencia) hizo que hablase de las Escuelas Pías con los sentimientos santos que se podían esperar de su caridad. Por lo cual Su Santidad dijo al P. Juan: “Me habéis quitado una gran preocupación. Me habían informado muy mal de la obra, y me alegraré de que vaya usted a menudo por allí y me tenga informado de todo”.

32 Nota, escrita con otra mano: El P. Juan de Jesús María llegó a Roma en 1597. El P. Domingo de Jesús María, en 1604. No se encuentra ningún P. Vicente de Jesús María entre los primeros Descalzos de Roma, pero en el año 1598 hay un P. Vicente de S. Francisco que fue novicio del P. Juan, y que luego fue a misiones a Persia. *Historia general de los PP. Descalzos*, L. 1 c. 29 y L. 2, c. 5 y 9, 2.

7. Al crecer las escuelas, el P. Prefecto necesitó buscar una casa más capaz, y la tomó enfrente de San Pantaleo, yendo al Pasquino. Por entonces, no pudiendo el Demonio soportar los progresos de las escuelas, buscó cómo crear problemas, haciendo ver a algunos compañeros que aquella vida y el trabajo que se hacía en las escuelas eran muy duros. Muchos de estos abandonaban acobardados, o estando para abandonar, se mantenían con el ejemplo y las exhortaciones del Padre, al que Dios daba constancia.

Es cierto que algunos, no siendo aptos para el trabajo de las escuelas, fueron despedidos por él; algunos, acudiendo a los que miraban mal al Padre, se pusieron de acuerdo para molestarlo y perseguirlo. Así que (como está escrito en el proceso) conjurando contra el Instituto y contra el Padre, dieron una pésima información de uno y otro por medio de memoriales a su Santidad Clemente VIII, el cual, procurando el honor de Dios y el provecho del prójimo, no anduvo lejos de dar crédito a dichas informaciones, por lo que cautamente ordenó a los mencionados cardenales Baronio y Antoniano que visitaran de improviso las escuelas, al Prefecto y a sus compañeros con detalle, observando sus andanzas, y con diligencia reconocieran y le informaran de todo lo que hiciera falta.

8. Los Maestros de los barrios, temiendo que les faltara la ganancia, le persiguieron y calumniaron, y pero resultó victoriosos. También se le oponía el Rector de la Sapienza, pretendiendo visitar las escuelas y examinar a los maestros. Otros más contradecían, pero con más peligro, e incluso se habló en una Sagrada Congregación de Eminentísimos con el pretexto de que siendo ignorantes los maestros podrían imbuir a los niños graves errores contra la Santa Fe.

En el principio del Pontificado de Paulo V también fue mal informada S. Santidad, y yendo para otros asuntos el P. Juan de Jesús María, Carmelita Descalzo, a ver al Sumo Pontífice, Dios, con su habitual providencia, hizo que hablara de las Escuelas Pías con los santos sentimientos que de su caridad se podía esperar, por lo cual le dijo el Papa: “Me ha quitado una gran preocupación, Padre Juan, pues había sido informado muy mal de esta obra. Le agradeceré que usted vaya allí a menudo y me informe de todo”.

9. Los maestros de los barrios, temiendo que les faltara su ganancia, le persiguieron y calumniaron, pero siempre salió victorioso. También se le opuso el Rector de la Sapienza, que quería visitar las Es-

cuelas y examinar a los maestros. Otros se oponían a esta obra con mayor celo, pero con más peligro. Se habló de ella en una Sagrada Congregación de Cardenales, con el pretexto de que los maestros, siendo ignorantes, podían transmitir a los niños graves errores.

Al comienzo del Pontificado de Paulo V también fue mal informado, y yendo por otros asuntos el P. Juan de Jesús María, Carmelita Descalzo, a ver al Sumo Pontífice, Dios con su prudencia habitual hizo que él hablara de las Escuelas Pías con tan santos sentimientos como de su caridad podía esperarse, por lo cual el Papa le dijo: “Me ha quitado una gran preocupación, P. Juan, pues me habían informado muy mal de esta obra. Le agradeceré que usted vaya allí a menudo y me informe de todo”.

11. No le salió bien al espíritu del averno el atentado con el que esperaba llevarse de este mundo al piadosísimo José haciéndole caer del campanario, y viendo que eran cada vez mayores los progresos de su instituto en la Iglesia de Dios, se puso furioso al ver la piedad y solicitud pastoral con la cual el Vicario de Cristo apoyó su obra, con la intención de perpetuarla para siempre, y temiendo que los mismos efectos contra el infierno o quizás mayores tendrían lugar con su sucesor, instigó el Maligno, suscitando los efectos de la emulación en el pecho de aquellos en los que sembraba el aborrecimiento contra su semejante, contra la misma naturaleza, para que le tuvieran odio como a la muerte, por el dominio que tenía la soberbia fiera de sus mentes, y con la consideración del daño que podría venir a sus propios intereses de la profesión y establecimiento de las Escuelas Pías, pervirtió con sus sugerencias a todos los maestros de los barrios, haciéndoles ver que seguramente ellos no podrían mantener sus escuelas con su provecho y beneficio. Así vencidos, deliberaron estos hacer lo posible por contrariarle, y hacerle todo el daño posible, sirviéndose del apoyo y favor del pretor de la universidad de la Sapienza, y de la ayuda de otros que sabían que se alegraban de tener esta oportunidad. Mientras se presentaron a la piadosa mente de Clemente VIII de feliz memoria con varios pretextos y razones en apariencia importantes y premeditados, comenzaron a sembrar por todas partes, incluso en la sagrada congregación de cardenales, cardos espinosos, excitando sus autores los vientos que levantaron una tormenta violentísima, y una fiera tempestad para hacer naufragar al común bienhechor de la gente pobre. Aunque la impresión que crearon en los ánimos de muchos las primeras acusaciones presentadas contra el nuevo instituto (de las

que se habla ampliamente en el libro de los anales de la Orden) fue grande y vehemente, con todo no tuvo fuerza ni lugar en las mentes llenas de auténtico saber, que ya llenas del Espíritu Santo comenzaron a pensar de otra manera, pues las cosas de Dios siempre fueron tomadas con desgana por los hombres que las pesan según el dictamen del interés humano, y es obra del Demonio toda aquella que se da a conocer como un obstáculo a las cosas de las que proviene un grandísimo servicio a Dios y beneficio de las almas, y tiene fuerza sólo en sus secuaces, pues al reinar en sus pechos la vanidad de la grandeza terrena y el interés propio, los hace semejantes a él con la perversión de la envidia y al mismo tiempo les aflige el ver el bien de los otros, queriendo ser ellos los únicos, y se producen a sí mismos todo tipo de desgracia al ofender al Creador, cuyo servicio y gloria buscan los que con una rara prudencia y juicio maduro aciertan con seguridad en su recto y justo fin, que al oír el estrépito de sus voces y la doblez de sus palabras engañosas parece que creían gozar de la luz del día en lo más oscuro de su intelecto, y en realidad era como escuchar y seguir el falso entendimiento de un Juliano el Apóstata y los tiranos de Egipto, que se aprovechaban de la ignorancia y ceguera de su pueblo.

A estos sentimientos de auténtica piedad se rindieron también los rectores de la Sapienza, que depusieron su excesiva pretensión de querer examinar a los maestros y visitar las Escuelas Pías. Sólo el Demonio, con los de su banda, quedó para siempre en su indignación, a la que nunca renuncia. Incluso estaba más enfadado, por haber visto que no funcionó ninguno de sus atentados contra el piadosísimo José, de cuyo valor era en aquellos días la prerrogativa de querer obrar bien al gusto de su Creador, en cuya voluntad se mantenía constante, y más contento en las adversidades y persecuciones que padecía por Dios. No disminuía el fuego de su caridad al servicio del prójimo, y con una atención indivisa enfervorizaba aquellos niños guiándolos hacia su santo temor, de modo que aunque recibía contrariedades y disgustos del enemigo y los de su misma intención, que decían que erraba, Dios le llenaba de su amor de tal modo que con él ningún sufrimiento le parecía amargo, sino que los consideraba como bien empleados, y su pecho no podía por menos que gozar de paz interna en medio de estas contrariedades, que él no las consideraba tales, ni siquiera lo mencionaba en su ánimo, en el cual moraba el Señor, de cuya voluntad estaba disfrutando.

Aquellos que decían que le hacían mal le parecían instrumentos y artificios suyos, entregados para que lo trabajaran como a una piedra que había de servir en la Santa Iglesia, y en su aspecto y en su hablar su rostro estaba tan lleno de humilde sentimiento que confundía a su enemigo y edificaba a todos los que le observaban.

Al mismo tiempo el Sumo Pontífice Pablo V de feliz memoria estaba siniestramente informado por los que tenían a mal que existieran las Escuelas Pías en la cristiandad. Fue a visitar a Su Santidad por asuntos propios el padre fray Juan de Jesús María, carmelita descalzo, religioso de gran mérito por su gran bondad, de virtud y letras, y en aquella coyuntura le comentó el Papa cuántas cosas malas le habían dicho que hacía en Roma José de Calasanz con las Escuelas Pías, y que le pedían que diese un remedio oportuno a esos problemas. Y le preguntó al P. Juan su parecer. El buen religioso, que ya estaba al corriente de todo el mal que hacía el Demonio y los de su voluntad al santo instituto, lleno de celo por el honor de Dios y el bien de las almas, le respondió: “Padre Santo, esta es una obra de gran caridad, y el instituto es sumamente necesario en la Iglesia. El Demonio, que ha visto el bien tan grande que se hace en la juventud y en la niñez alejándolos de vicios y pecados, y que se los quitan de su potestad para dárselos a Dios, es quien organiza esta guerra, y se sirve de cualquier aparato para privarnos de este beneficio tan grande que se hace en la cristiandad, al instruir a los niños en las cosas necesarias en relación con nuestra santa fe, porque esto es algo que no le interesa, como se ve. Es Dios quien mueve a obrar así a este caballero digno de mucha alabanza, al que yo conozco muy bien, y es un gran siervo de Dios. Y, créame Vuestra Santidad, que lo que yo le digo es verdad, y estoy seguro de que el Señor hará conocer a todo el mundo el bien que resultará por la cristiandad cuando Vuestra Santidad con su suma bondad le tienda favorable su diestra. ¿Qué ordenan los sagrados cánones y el concilio de Trento a los obispos y prelados, sino que tengan obreros que enseñen los principios de nuestra santa fe a los niños, a causa del descuido que tienen sus padres en esto, viéndose también ellos tan necesitados que apenas se dan cuenta? Dios ha provisto de un obrero muy piadoso a la viña de su Santa Iglesia, y andarle en contra es poner obstáculos a la divina providencia y a los estatutos de la santa fe apostólica”. El Papa le dijo que le había quitado de encima una gran preocupación, porque le habían contado muchas cosas malas de las Escuelas Pías, y que

le agradecería mucho que fuera a menudo y le avisara de todo. Este digno religioso no dejó de hacer lo que le mandó el Papa, y porque consideraba que hacía un gran servicio a Dios, no dejó con su celo de ayudar ante el Papa la obra del instituto y a su fundador, al que quería tanto, lo que se vio muy bien en las palabras que dejó escritas más adelante en su libro titulado *De cultura pueritiae*: “Coge ya este fruto, si a ti ha sido encomendada la infancia, para cultivar la cual hace algunos años destiné este escrito, en que trato brevísimamente sobre los principales bienes de la educación, para agradecer los beneficios al Padre José Calasanz, Prefecto de las Escuelas, varón dignísimo de alabanza por la insigne profesión de vida cristiana”.

12. Pero los maestros de los barrios, excitados por las aclamaciones de la gente, y apoyados en el patrocinio del Rector de la Sapienza, protestaron con insistencia contra José, ante el Magistrado y los mismos Senadores, enviando memoriales para eliminar la institución de las Escuelas Pías antes de que se hiciera más fuerte. Y acusaban procazmente a José, como el arquitecto de las cosas nuevas, viendo que dañaban a sus ingresos. Pero ciertamente la santísima Madre de Dios, Patrona de las Escuelas Pías, que desde el cielo había inspirado a José la fundación, le ayudó. Inspiró a algunos Cardenales que por iniciativa propia o también por mandato del Pontífice visitaron las Escuelas Pías, y las inspeccionaron detalladamente: quedaron admirados por la cantidad de niños, la manera de enseñar de los maestros, el orden en las clases, la disciplina de los niños, que aprendían los rudimentos de la Fe Cristiana, la gramática y aritmética de manera egregia. Como no vieron nada que debieran corregir, José recibió grandes alabanzas. Al Pontífice le pareció tan bien lo que hacían que solía dar importantes cantidades de dinero para ayudar a los pobres. Como consta por el testimonio de más de un varón grave y honrado, a José no le faltaron tormentas provocadas por algunos de los compañeros que no podían ajustarse a este tipo de vida, por su aspereza. Y también por parte de algunos escolares a los que el Padre no quiso admitir, o expulsó por malas costumbres de los mismos.

13. Pero no cesaron con esto los intentos del enemigo común, porque viendo que no podía por sí mismo impedir aquel gran bien con la mencionada caída de nuestro D. José, utilizó otros medios, instigando a los maestros de escuela de los barrios de Roma y otros

(como los que afirmaban recibir daño y perjuicio de las Escuelas Pías) a aponerse el venerable fundador de ellas. Y para evitar la continuación de un Instituto tan beneficioso, enviaron memoriales con información siniestra a la Santidad de Clemente VIII, que había dispuesto ir en persona a visitar las Escuelas Pías.

En medio de tanta prosperidad de este Instituto, sin embargo, no faltaban tribulaciones a nuestro V. P. José, porque S.S. fue mal informado por personas no muy afectas al Instituto. Sucedió que fue por otros asuntos a ver a S.S. el V. P. Juan de Jesús María, Carmelita Descalzo, un hombre de vida santa y un amigo muy cercano del V. P. José, y salió en la conversación el tema de las Escuelas Pías, y el P. Juan le habló con los santos sentimientos que se podían esperar de su caridad, por lo que el Papa le dijo: “Usted, P. Juan, me ha quitado de encima una gran preocupación: me habían informado muy mal de esta obra. Me alegraré de que vaya a visitarlas a menudo, y me informe de todo”. Cuánto apreciaba entonces a nuestro P. José el gran siervo de Dios Juan, lo prueban las palabras que escribió sobre él todavía vivo en la dedicatoria de uno de sus libros, “De pia cultura pueritiae”, dedicado en 1613 a Emmo. Giustiniani, Protector de las Escuelas Pías, donde dice estas palabras precisas: “Hunc iam fructum cape ex erudita tibi pueritia, cui excolendae, ut Patri Josepho Calasantio, Scholarum Prefecto viro ob insignem Christianae vita perfectionem laude dignissimo, gratiam facerem, ante annos destinavi scriptum hoc, quo bonae educationis praecipua capita brevissime completor”.

14. No dejó el diablo la lucha con esta derrota; de hecho, conjuró con el mundo e incitó a los maestros de escuela de la ciudad, que veían crecer ya demasiado rápidamente la obra, y temían perder en poco tiempo toda su ganancia, a que hicieran todo lo posible para arruinar dicha obra. Así que se levantaron contra su autor y ayudados por el apoyo que les daban muchos prepotentes de la ciudad (pues nunca les faltan estas ayudas a los inicuos contra la virtud), recurrieron a los Rectores de la Sapienza, y con su benevolencia y promesa de ayuda y favor, enviaron muchos memoriales a la Sagrada Congregación, al Vicario de Roma y al Gobernador y Magistrado de la misma contra el P. José, como inventor de novedades, que ellos, con sus falsos sofismas motivados por la pasión y el interés, consideraban perniciosos para el bien público y privado, y de sumo daño a su profesión, y rogaban que se prohibieran bajo penas seve-

ras dichas escuelas, y que se castigara si no obedecía rápidamente al autor. Fueron tales las quejas y ruidos, y tantos los medios prepotentes que se levantaron y plantearon para destruir y aniquilar una obra tan provechosa para el público y de tanto servicio a Dios, que esta vez habría logrado el diablo impedirle si la protección de la Santísima Virgen, que Calasanz tomó como patrona entonces de sus escuelas, y luego de su Religión, no la hubiera defendido y reducido a nada aquella impetuosa tormenta moviendo a algunos eminentes cardenales, que tal vez habían sido informados de los Colonnas para defenderla y apoyarla.

Al ver perdida la esperanza por este camino los maestros de la escuelas, llegaron a conclusiones tan ruinosas y desesperadas que resolvieron dar muerte al Padre, para que, faltando el autor, la obra desapareciera por sí misma, y lo maquinaron de varias formas, pero el cielo, que estaba todo en su defensa, como en España cuando visitaba la diócesis de Monserrat siendo Visitador Apostólico, y en la de Urgel siendo Vicario General de la misma, lo libró como se ha dicho de la muerte maquinada por inicuos que habían sido reprendidos o castigados por él, así ahora lo preservó el Señor con su gracia de la mano de sus perseguidores y enemigos, resultando siempre vanas e inútiles sus inicuas intenciones, creciendo más cuando veía tan atacadas las escuelas su fervor para acrecentarlas y dirigir las siempre con mejor orden.

Algunos quieren que la causa motivadora de esta visita de hombres tan distinguidos como lo fueron esos dos cardenales fue la gran multitud de disputas y súplicas que le presentaron contra dichas Escuelas Pías y su fundador los maestros de las escuelas de Roma, y otros inicuos con infamias tan horrendas que el prudente y celoso Pontífice, no pudiendo por un parte creerles, y queriendo por otro lado, si hubiera sido algún mal, remediarlo, ordenó esta visita. Pero ella sirvió sólo para dejar más clara la fama de las Escuelas Pías y de su fundador Calasanz, porque aquellos piadosos y muy prudentes cardenales no sólo encontraron falso todo lo que los envidiosos y descontentos (pues algunos de sus propios compañeros se habían ido, hartos del rigor de aquella vida, y se habían unido en aquellos días con sus contrarios) habían denunciado y demandado, sino que quedaron muy edificados por la vida y las costumbres, y la forma de vida del P. José, y muy satisfechos con el fruto que en las escuelas, tanto en las costumbres como en el conocimiento, obtenían aque-

llos niños pobres, que antes estaban ociosos por las calles jugando, y del gran fruto que resultaría de esto para el cristianismo, por lo que, como se ha dicho, le dieron una relación completa y muy favorable al Sumo Pontífice Clemente

15. Este consuelo del P. José recibido por la buena gracia del Vicario de Cristo, pronto desapareció. Las Escuelas Pías no eran bien vistas por los maestros de Roma, y particularmente por los de los barrios, porque vieron que debido a ellas carecían de los emolumentos que antes recibían de los escolares; y a los maestros se unieron algunos que habían sido maestros en las Escuelas Pías, pero fueron despedidos por el P. José por su no muy buen comportamiento. Enviaron un memorial al Cardenal Vicario. Cuando este vio que la denuncia era falsa, no hizo caso. Entonces enviaron otro al mismo Papa, contra las Escuelas Pías y sus maestros.

16. Pero no tardó mucho el enemigo común a despertar una feroz persecución a la obra de las Escuelas Pías, pues incitó a los maestros de los Distritos de Roma y a muchos otros, dispersos por toda la ciudad, algunos de los cuales había sido despedidos de las Escuelas Pías porque no llevaban a cabo exactamente su trabajo, a difundir calumnias contra las Escuelas Pías, movidos por la envidia, y por ver disminuir el beneficio que obtenían de los escolares que se les marchaban cada día. Incluso se atrevieron a enviar un memorial al Cardenal Vicario, que, conociendo la falsedad de la exposición, no la tuvo en cuenta. Por lo cual siguieron adelante, enviando otro memorial al Papa, lleno de incorrecciones, acusando a los maestros de las Escuelas Pías de poco preparados, y a José como el autor de la novedad; agregando que enseñaban cosas de poco fundamento, y mil otras cosas que no tenían ni rastro de verdad.

C) Después de este sucedió en el Pontificado Gregorio XV, el cual elevó la Congregación al número de la Religiones, honrándola con la comunicación de los privilegios de los mendicantes.

Orden Religiosa

3. El cual fue (no sé si he de decir) admirado o agregado entre las demás Religiones por la Santidad de Gregorio XV. Dióle también todos los privilegios concedidos a las Religiones Mendicantes. Declaró o mandó que fuese General de dicha Religión el P. José por nue-

ve años, y después por la Santidad de Urbano VIII fue confirmado en dicho oficio por toda su vida, concediendo a la Religión muchas otras gracias y Privilegios.

4. En undécimo lugar, demostraré que, en el año 1621, Gregorio XV erigió la Congregación en Orden, nombró General de ella al Siervo de Dios, y aprobó las Constituciones que él había escrito. No quiso admitir a los votos solemnes a algunos de espíritu poco ferviente, y alguno de ellos quiso asesinarlo, pero gracias a Dios se libró de él y de otros que perseguían el instituto, y siempre les devolvió bien por mal.

4.3. Con toda caridad, pero les advertía seriamente y procuraba la observancia de la ley de Dios, y la reforma de las buenas costumbres. Dije que el Papa Gregorio XV erigió en Religión nuestra Congregación, e hizo General al Padre José, y aprobó las Constituciones hechas por él, y he visto los breves, y que fue perseguido hasta la muerte por algunos poco espirituales a los que no quiso admitir a los votos, y he oído hablar de las insidias de estos, y de otros que le persiguieron.

4.16. Vuelvo a decir, como dije anteriormente, que en la caridad con el prójimo era incansable, tanto en los intereses espirituales como en los corporales. Reprendía las malas acciones, y yo le he visto reprender, y también corregir a sus religiosos por cosas de poca importancia que cometían, y también por la observancia de las Constituciones. Y en particular una vez había dos Padres que discutían, uno a favor de España, y el otro de Francia. El Padre José llegó y les reprendió, y les advirtió que oraran al Señor por la paz y la armonía, y les dijo: “¡Este es su oficio!” Y también les añadió: “¿No se avergüenzan de que alguien les oiga decir estas cosas? Vayan con Dios, y no lo hagan más”. Y lo dijo con una cara más serena que al principio.

5. El Sumo Pontífice Gregorio XV erigió dicha Congregación en Orden Religiosa, con todos los privilegios de los regulares mendicantes, nombrando al P. José General durante nueve años. A partir de entonces el santo instituto comenzó a extenderse por varias provincias de Italia, y el mencionado Pontífice les dio un lugar en Dalma-
cia, aunque no se fue allí por la muerte del Sumo Pontífice.

Cuando llegó la hora de hacer la profesión solemne, por razones justas expulsó a muchos de la Orden, entre otros a un hermano operario de un pueblo llamado Arlegato de la diócesis de Novara, como

consta en el Proceso. A este le dolió mucho ser expulsado, y empujado por el Demonio, se escondió con un grueso bastón y mientras nuestro Padre bajaba la escalera para ir a la oración alzó el bastón para pegarle en la cabeza, y el bastón ya estaba en el aire cuando llegó el P. Pablo de la Asunción, en el siglo Capitán Otonello Ottonelli, y detuvo el golpe al parricida, porque verdaderamente lo habría matado, tanto por el impacto del golpe, que le iba a la cabeza, como por la caída por las escaleras abajo que necesariamente habría seguido si le hubiera golpeado por detrás de manera inesperada. Nuestros religiosos llamaron a los guardas, pero nuestro paciente Moisés no quiso que se le hiciera nada más aparte de quitarle la sotana, cosa que ya estaba decidida. Algún tiempo después el pobre enfermó gravemente, y nuestro Padre no sólo le envió el médico de casa para que lo visitara, le proveía de cuanto necesitaba, y ordenó que dos de los nuestros fueran a visitarlo dos veces al día, sino que él mismo fue muchas veces a llevarle comida, y yo lo he visto con mis propios ojos. Hubo un seglar que era un pícaro y se fingió vicario general de nuestra Orden, y falsificó muchas veces la escritura de nuestro P. José fundador y General en cartas y patentes, y en misivas privadas, e incluso nuestro sello, produciéndonos mucho daño público a nosotros, y todavía más daño a las altezas serenísimas, incluso al Emmo. Francisco Barberini, cuando era legado pontificio en España. Cuando el Emmo. lo descubrió, lo hizo encerrar en la Santa Inquisición en Roma, y nuestro Padre le suplicó que solamente le quitaran las patentes falsas, los sellos y nuestras Constituciones, y fuera liberado.

6. Se retiró para escribir las Constituciones, en conformidad con las cuales debía vivir su Orden. Pero antes de tomar la pluma con la mano, voló con las meditaciones y con las oraciones continuas al cielo; antes de abrir el folio para trazar sobre aquella blancura los caracteres, abrió con un examen riguroso el candor de su conciencia; antes de teñir de negro líquido su pluma, tiñó de sangre con golpes crueles su carne. Para no quedarse después en ayunas en las Reglas que debía componer, ayunó antes a pan y agua por espacio de muchos días. A un lado se veía la pluma; al otro el látigo. Si la mano escribía caracteres sobre el folio, el ojo vertía lágrimas sobre él.

Se ata con voto de educar a aquella juventud a la que voluntariamente había anhelado educar. La Orden es una nueva Ariadna que, para liberar a sus Teseos del horrendo Minotauro de los vicios, les tiende el hilo de las reglas, y con él mismo los ata.

Era una maravilla verlo totalmente centrado en ganar almas, y entregarse con tal fervor de espíritu a la salvación de los prójimos que ni el más fervoroso anacoreta hubiera hecho más por conseguir la suya propia. ¡Hablad vosotros, niños pobres de Roma, cuántas veces José, enseñándoos las primeras letras, procuraba al mismo tiempo enseñaros el recto camino del cielo! ¡Dilo tú, juventud romana, en cuántas ocasiones José, exhortándote a la renuncia de los placeres deshonestos, te persuadió con eficacia a la pureza de vida! ¿Acaso no se vio, por obra de José, introducido el uso frecuente de los sacramentos, la enseñanza del catecismo, los ejercicios de la predicación evangélica, potentísimos instrumentos para abatir el mundo, para destruir la carne, para aniquilar el infierno?

7. El cual aproximadamente por este tiempo se retiró a nuestra casa de Narni para redactar allí sin distracciones las Constituciones, habiéndolo ordenado así el cardenal Giustiniani de parte del Pontífice, lo cual prontamente obedeció. Implorando con oraciones, ayunos, disciplinas y otros ejercicios espirituales y mortificaciones la asistencia de la gracia divina por espacio de muchos meses, y habiendo puesto fin felizmente a la obra con la ayuda de Dios, se volvió a Roma, y comenzó a poner en práctica las nuevas Constituciones a fin de que pudieran ser aprobadas con seguridad por la autoridad apostólica. Habían pasado cuatro años desde que nuestro Padre con sus compañeros habían tomado el nuevo hábito por orden de Paulo V, y el instituto iba de bien en mejor, y también el crédito de aquellos primeros fundadores. A Paulo V le sucedió Gregorio XV, que también tenía en muy buen concepto a nuestro Padre, y estaba bien dispuesto a favorecerle a él y a toda la Congregación.

El Padre consultó con sus compañeros acerca de pedir la gracia al nuevo Pontífice de que la Congregación fuera declarada Orden Religiosa con votos solemnes, y a todos le pareció bien, así que elevaron una súplica a Su Santidad, quien rápidamente encomendó el asunto a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, la cual examinando con maduro consejo todo lo que hacía falta, respondió al Papa que se podía conceder la gracia.

El Papa, muy contento con esto, hizo redactar un Breve, y lo publicó el 18 de noviembre de 1621, el primer año de su pontificado, y pocos meses después, el 28 de abril de 1622, publicó otro Breve con el cual declaraba a nuestro P. José de la Madre de Dios Ministro General de la Congregación u Orden durante nueve años, y le asigna y nombra

cuatro compañeros que tendrían voz activa y pasiva con él y representarían al cuerpo de la Orden. Estos fueron los PP. Pedro de la Natividad de la B.V., Viviano de la Asunción, Francisco de la Purificación y Pablo, también de la Asunción, todos ellos religiosos de singular bondad, y por ello muy apreciados, de los cuales he escrito más largamente en otro lugar.

No contento Su santidad Gregorio XV con haber incluido en el número de las Órdenes Religiosas nuestra Congregación, añadió a ello la participación en todos los privilegios disfrutados por las órdenes mendicantes, gracias que eran de gran estímulo para nuestro Padre y sus compañeros para seguir trabajando en el divino servicio.

El mismo Gregorio XV confirmó también con su Bula expedida el año segundo de su pontificado, el 31 de enero de 1622, las Reglas o Constituciones que el P. fundador había compuesto y practicado, como se ha dicho más arriba, por orden de Paulo V transmitida por el cardenal Giustiniani.

Continuaba gobernando nuestro Padre con toda fidelidad, y aunque cotidianamente era molestado por muchas persecuciones, él soportaba con gran paciencia todo, y no se apartaba un ápice de su objetivo, vigilando la observancia de la disciplina religiosa entre los suyos y procurando que las escuelas estuvieran bien dirigidas, a fin de que la juventud recibiese aquella instrucción que le aprovechase para la salud de sus almas, y para utilidad del vivir civil. Cada día se descubría tan provechoso a la cristiandad el instituto, que lo pedían de muchas partes, lo cual desagradaba no poco al Padre, porque padecía escasez de sujetos, y no podía satisfacer a todo el mundo, como lo habría deseado su caridad. Con todo se iba extendiendo la Orden por Italia y las islas circundantes, y pronto se fundó también en Germania y en Polonia, con beneficio notable de muchas almas que en los reinos citados fueron conducidos por nuestros padres por la vía de la salvación.

8. El Sumo Pontífice Gregorio XV la erigió en Religión con todos los privilegios de los Mendicantes; nombrando al P. José, Fundador, General durante nueve años, y desde aquí comenzó el Instituto a extenderse por muchos lugares; y el mismo Pontífice les ofreció un lugar en Dalmacia, pero no se fue allí a causa de la muerte de dicho Pontífice.

En estos tiempos un seglar Romano muy astuto consiguió maliciosamente nuestras Constituciones y falsificó el sello y la firma del

Padre Fundador General, falsificó la patente de Vicario y Visitador General, y habiendo conseguido también algunas cartas de recomendación del padre Sancho, entonces General de los Monjes Fulgentinos, fue a Francia, Flandes y España en compañía de otros dos sus pares en malicia, engañando a muchos Señores bajo el nombre de Vicario y Visitador General de las Escuelas Pías, aceptando muchos lugares y recibiendo muchas limosnas, iba ahora a un lugar, y ahora a otro; y lo mismo hizo en España con el Eminentísimo Francisco Barberini; en Italia hizo de las suyas, particularmente en Parma y en otros lugares de Lombardía. Avisado el P. Fundador General por el P. Sancho, utilizó toda diligencia para que los Prelados de Francia le quitaran las Constituciones y las falsas Licencias de Visitador y Vicario General de las Escuelas Pías. Y debido a que el Eminente Barberini dio aviso a los nuestros de nuestro Visitador al regresar de su legación, el P. Fundador General desengañó a su Eminencia, que lo tenía en las manos y lo hizo meter en la prisión en la Inquisición; pero nuestro Padre no quería que se le hiciera nada más que quitarle las licencias falsas, el sello y las Constituciones que maliciosamente había conseguido por uno de los nuestros en el Noviciado.

9. El Papa Gregorio XV erigió la Congregación en Orden Religiosa con todos los privilegios de los Mendicantes; nombró al P. José Fundado, General durante nueve años, y luego comenzó el Instituto a expandirse a muchos lugares; y el mismo Sumo Pontífice les dio un lugar en Dalmacia.

En la capilla del Papa Paulo V hizo los votos solemnes, al igual que sus primeros compañeros después del Breve del Papa Gregorio XV el día de la Anunciación, en el que dos años más tarde ordenó que hicieran los votos solemnes aquellos que habían sido juzgados dignos. Solía decir que por medio de la Madre de Dios se obtiene toda gracia del Señor, y que aquellos que son verdaderamente devotos suyos no pueden condenarse.

Con toda caridad, pero les advertía seriamente y procuraba la observancia de la ley de Dios, y la reforma de las buenas costumbres. Cuando se tenía que hacer la Profesión Solemne, despidió a muchos por razones justificadas, entre los que se encontraba un hermano operario de la Diócesis de Novara de Casa Marini, cuya familia eran caldereros en Roma, y él, sintiendo vivamente el ser despedido, determinó matar al Padre, y para llevar a cabo esta miserable inten-

ción, una tarde, cuando el Padre iba a rezar, mientras bajaba la escalera, escondido levantó un gran bastón para golpearle en la cabeza, pero cuando el palo ya estaba en el aire, llegó el Padre Pablo de la Asunción, en el siglo Ottonelli, y paró el golpe al parricida, y aunque los Padres llamaron a la policía, no quiso que hicieran otra cosa que quitarle el hábito, como ya estaba decidido. Después el desdichado cayó gravemente enfermo, y nuestro Padre le mandó visitar dos veces al día, enviándole de nuestra cocina cuanto necesitaba, y también envió al Médico de la Casa, y él mismo fue varias veces a verle, llevándole siempre cosas buenas.

En estos tiempos, un colegial romano muy astuto, habiendo tomado maliciosamente nuestras Constituciones y falsificado el sello y la firma del P. Fundador General, tomó el título de Vicario y Visitador General de las Escuelas Pías, y habiendo recibido fraudulentamente cartas de recomendación del Padre Lario, entonces General de los Monjes Fulgentinos, viajó por Francia y España con dos de sus compañeros, engañando a muchos señores bajo el nombre de Vicario y Visitador General de las Escuelas Pías, aceptando muchas fundaciones y recibiendo muchas limosnas, ahora en un lugar y ahora en otro. Lo mismo hizo en España con el Eminentísimo Francesco Barberini, Nuncio; en Italia también hizo de las suyas, especialmente en Parma y en otros lugares de Lombardía. Cuando el Padre Fundador y General fue informado por el P. Sancho, puso toda la diligencia para que los Prelados de Francia le quitaran nuestras Constituciones y las falsas Patentes con el sello de las Escuelas Pías. Habiendo regresado el Emmo. Barberini de su Delegación en España, y recibido aviso del citado Visitador, el P. General Nuestro Fundador desengañó a su Eminencia que lo tenía en sus manos por haber venido con él desde España, y lo hizo encarcelar en la Inquisición; pero Nuestro Padre no quiso que se le hiciera más que quitarle las Patentes, el sello y las Constituciones que había obtenido maliciosamente de uno de los nuestros en el Noviciado.

10. El Papa Paulo Quinto aprobó sus Reglas sucintas, pero, creciendo cada día más el Divino Espíritu en la bendita alma del Padre Calasanz, dejando Roma fue a Narni, en donde ayunando cuarenta días a pan y agua, escribió las Constituciones divididas en tres partes. En la primera hace una santa exhortación a sus hijos. Declara los impedimentos que embarazarán el entrar en su Orden. El cuidado que debe tenerse con los Novicios en los dos años del Noviciado.

Las cualidades del Maestro de Novicios. Cómo serán admitidos a la profesión después de los dos años de la probación. Cómo deberán conversar con los prójimos y del retiro de ellos, siempre y cuando no importe su salvación o por otras causas importantes. De la afición a la Oración, como quien sabía ser ella el alma del Religioso. Que dos veces cada día examinen la conciencia. Del silencio a sus horas, y en qué parte será más riguroso. De la frecuencia de los Santos Sacramentos. De la observancia en las ceremonias, y del decoro en las alhajas de la Iglesia. De la caridad con los enfermos, convalecientes y achacosos. De las oraciones por los difuntos, hermanos y bienhechores. Del capítulo de las culpas, y de las notificaciones que se permitirán. Con el cual da fin a la parte primera.

En la segunda parte de las Constituciones discurre de los votos en general, y después en particular. De la Castidad, Pobreza y Obediencia. Hace un capítulo separado con los remedios para conservar la Castidad, poniendo entre todos por singular la devoción a la Virgen Nuestra Señora. Manda que se guarden todas sus Fiestas, y que se ayunen todas sus vigiliias, discurriendo como quien era tan devoto de la Madre de Dios. Del particular cuidado que se tendrá en la enseñanza. De lo que se tendrá en el guardarropa, de suerte que ni sobre ni falte. Manda que en ningún modo haya riqueza ni tampoco pobreza demasiada. Cómo se fundarán los Colegios y Casas, y de la política que deberá observarse en su gobierno. El estudio que se dará a los hermanos estudiantes, y como deberá quitárseles cuando se conociere que les ocasiona relajación. De la uniformidad que se ha de observar en las Escuelas y, como este es el blanco del Instituto, discurre divinamente sobre eso, con lo cual concluye la segunda parte. En la tercera parte enseña cómo será el Capítulo General. Lo que han de observar los Vocales para la acertada elección del Prepósito General y de los cuatro Asistentes Generales. Advierte al General el modo y política para gobernar bien la Religión. Discurre de lo perteneciente a los cuatro Asistentes. Enseña a los Prepósitos Provinciales el modo de gobernar bien sus Provincias. Explica cuál sea el oficio de los Visitadores Generales y cuál el de los Visitadores Provinciales. Declara cuál sea la potestad de los Rectores en sus casas y Colegios, y les enseña cómo han de gobernarlos.Cuál sea el de los vicerrectores y cuál el de los Prefectos de las Escuelas. Y lo que hará cada maestro en su aula. Hace un capítulo particular para los Confesores, y otro para los Predicadores, y finalmente, declarando

el orden que han de tener entre sí, concluye protestando que es su intento no agravar la conciencia de nadie con lo contenido en las Constituciones, y así ninguna cosa sujeta a culpa grave ni venial, solo a la corrección del Superior, y penitencia a arbitrio según la falta, y que solamente aquello será pecado cuando se falte en lo sustancial de los votos o en lo prohibido por ley natural, Divina y Eclesiástica, y no obedeciendo al Superior cuando mandaré en virtud de Santa Obediencia declarando ser su expresa voluntad que el Capítulo General no pueda anular ninguna cosa de las contenidas en las Constituciones si de las seis partes no concurrieren cinco en el dicho Capítulo General, y que solo haya de ser la dispensación por causas gravísimas. Escribiendo estas Constituciones le visitó muchas veces Santa Teresa de Jesús, su particular Abogada, que por esto en todas las casas de la Escuela Pía se celebra su día con muchísima solemnidad. También se le apareció la Santísima Virgen Nuestra Señora, que por eso suelen pintar en Italia al Santo Padre José Calasanz teniendo delante la Santísima Virgen que le favorece.

Mientras el Bienaventurado Padre Fundador se entretiene en Narni, pasó a mejor vida el Santísimo Pontífice Paulo V. En aquella sede vacante pasó por la ciudad de Narni el Cardenal Ludovisi, viniendo de la ciudad de Bolonia, su patria, de la cual era Arzobispo, para asistir al Cónclave, y se hospedó en el Colegio de la Escuela Pía, donde se hallaba presente el Padre Fundador, que recibió al Cardenal con la reverencia debida a su gran Dignidad. Al despedirse su Eminencia el siguiente día, abrazando al Padre Fundador le rogó que le tuviese presente en sus oraciones, y la respuesta del Padre General fue que le confirmaría sus Constituciones, y haría Religión la pobre Congregación de la Escuela Pía (siempre defendida de todas las Religiones, y especialmente de la esclarecida Orden de los Predicadores, de la Seráfica de San Francisco y de los Clérigos Regulares de San Cayetano), asegurándole que sería Papa, todo lo cual le dijo delante de toda la Comunidad de los Religiosos, y sucedió como lo predijo, porque salió Papa el Cardenal Ludovisi y se llamó Gregorio XV en su asunción, y confirmó las Constituciones de la Escuela Pía, haciéndola Religión, comunicándole todas las gracias, indultos y privilegios concedidos a las Religiones Mendicantes, como parece en su Breve Apostólico despachado en Roma en los 18 de noviembre del año de 1621, haciendo en las manos de su Santidad los votos solemnes el Padre Fundador.

11. No es de sorprender que el P. José, ayo y educador de niños de cristianos, estimado padre de ellos, fuera también verdadero seguidor y discípulo del hijo primogénito, verdadero y único, de la Virgen Madre, Jesucristo, que tanto amó la pobreza. Mientras el maestro estuvo con nosotros, estando ellos en la escuela, quiso imitarlo, y siguió el siervo a su señor y redentor, abrazando con verdadero afecto el estado y profesión de ser pobre, quien afirmó su congregación e instituto en la profesión y voto de suma pobreza, en la que basó todo su ser y crecimiento, alejándose de la cual, decía, ya no seríamos pobres de la Madre de Dios, y se perdería el fervor del instituto de las Escuelas Pías, todo lo cual se ve claramente en sus Constituciones, las cuales después de un largo retiro suyo hizo en la ciudad de Narni, en la cual ya se habían erigido las Escuelas Pías, y estando en ejercicios de oración y penitencia totalmente centrado, le enseñó el Espíritu Santo con la ayuda de la Virgen Santísima, por lo que él se dejó decir que en las Constituciones él no había puesto nada propio.

Pasando por Narni el Papa Gregorio XV de gloriosa memoria cuando aún era cardenal de la Santa Iglesia, se encontraba entonces el venerable siervo de Dios en aquella ciudad por orden de Su Santidad Pablo V, escribiendo nuestras Constituciones, y fue a recibir a este eminentísimo, que gozó los días que se detuvo allí, con mucha satisfacción suya y contento del siervo de Dios. Cuando se iba a Roma, a donde acudía al conclave para la elección del Sumo Pontífice, le dijo el Padre José que él sería elegido vicario de Cristo, y con su benignidad favorecería a su instituto, y lo elevaría del estado de congregación al de orden religiosa, aprobando sus constituciones, y le concedería muchas gracias y privilegios. Ocurrió exactamente como lo había dicho el Padre; y hecho Sumo Pontífice, acordándose de lo que le había predicho el siervo de Dios, quiso darle el capelo rojo y hacerlo cardenal. El Padre Prefecto de las Escuelas Pías le supo convencer para que el Papa no quisiera contradecir sus humildes sentimientos, y sólo llevó a cabo lo demás que había dicho de convertir la congregación en orden, con la aprobación de las constituciones y lo demás que hemos dicho le había presagiado.

Después de la muerte de Pablo V, de feliz memoria, le sucedió en el gobierno de la Iglesia Gregorio XV, quien con el mismo afecto y sentimiento que su antecesor, y con la asistencia del Espíritu Santo favoreció y vio bien el instituto de las Escuelas Pías y al Padre

fundador, por lo que diremos luego. En los primeros días de su pontificado, el 18 de noviembre de 1621, habiendo visto cumplido el pronóstico que le hizo el P. José en Narni, cuando pasó por aquella ciudad siendo cardenal yendo a Roma para la elección del Papa Pablo V de feliz memoria, quiso cumplir la otra cosa que le anunció el Padre, que haría en favor de su instituto, el cual abrazó, y para signo claro, de congregación lo convirtió en orden religiosa. Concedió muchos privilegios particulares, además de la comunicación de los que gozan las demás órdenes mendicantes. Y aprobando las Constituciones, que había escrito poco antes en Narni, nombró al P. José General de la Orden por nueve años. Y sin duda todo el mundo hubiera celebrado la suma piedad de este Sumo Pontífice para con el Padre General y su instituto si al poco tiempo no hubiera cambiado su vida mortal por la eterna.

Todos sus fines estaban basados en la observancia de sus santos mandamientos, que le movían a tener odio por el infernal enemigo de nuestra santa fe. Este santo ardor creció más con los años, mientras él se disponía en la misma adolescencia y juventud a encender a los otros con sus palabras en las conversaciones, no tratando de otras cosas sino las correspondientes con su condición de cristianos en el amor de Dios con la observancia de sus santos preceptos. En la observancia de los preceptos divinos de la Santa Madre Iglesia fue tan riguroso de niño que ardía completamente en aquellos tiernos años por ver a sus semejantes de su edad de modo que nunca ofendieran a Dios, y con palabras y exhortaciones los animaba de manera tan asombrosa que dejaba confusos a todos los que le observaban. Se vio que este incendio suyo había sido prendido por el cielo en el deseo que tenía de matar al Demonio, por ser el que invitaba a los hombres contra la observancia de los divinos preceptos, en lo que se ve que había nacido para este bien de las almas, para que todos aprendieran su manera de vivir, que consideraba consistía en seguir los mandamientos de la ley de Dios y de la Santa Iglesia su esposa, como hemos dicho. Por ello fue austero en sus ayunos, que observó hasta la muerte, comiendo una sola vez al día, y tomando por la tarde muy poca comida.

Hubo un novicio hermano operario, como los llamamos nosotros, que no fue admitido a los votos, por indigno, y fue expulsado de la Orden. Este, instigado por el espíritu maligno, cayó en la impía resolución de matar al venerable Padre, lo que habría hecho si uno

de los nuestros, que estaba allí por casualidad, no hubiera evitado a tiempo el asalto del impío con engaño, y al mismo tiempo el golpe que había preparado a traición. El siervo de Dios entonces no tuvo otra preocupación e inquietud que en hacer de modo que el desgraciado no fuera enviado a una galera, como habían ordenado los superiores mayores. Y algún tiempo después, oyendo que el pobre estaba gravemente enfermo, quiso que el médico de casa fuera a curarle por amor suyo, y lo proveyó hasta la muerte de todo lo necesario, enviando a los nuestros a visitarlo dos veces al día, y él mismo fue a visitarlo muchas veces, llevándole algo de comer con paterno amor.

Hubo un seglar que se hizo pasar como miembro de nuestra Orden y vicario general del Padre fundador, y falsificó su escritura y sus sellos, engañando a muchos príncipes e incluso señores cardenales que vivían fuera de Roma en países lejanos, con daño para la Orden, y cuando lo descubrieron los guardias de la corte del Emmo. Sr. Cardenal Francisco Barberini, fue llevado a Roma por orden suya a la cárcel del Santo Oficio. El siervo de Dios suplicó que no le hiciese otro mal que quitarle las patentes y sellos falsificados, que tenía con las Constituciones, y lo dejasen libre.

12. Luego Paulo le mandó que escribiera las Constituciones y fue a Narni, donde antes había fundado unas Escuelas Pías. Después de algunos días de retiro, con gran aspereza y mortificación corporal, tras encomendarse al cielo, escribió las Constituciones, de las cuales decía después a los suyos que no las había pensado ni escrito él, sino que había sido guiado por la Virgen Patrona. Siendo un hombre de tanta virtud, ¿quién no le creería fácilmente?

Fallecido Paulo, le sucedió el Cardenal Alejandro Ludovisi, que pasó por Narni cuando iba al conclave al Vaticano. Calasanz le predijo que sería Papa, como lo contamos en la historia de los Pontificados Romanos. Él erigió la Congregación de las Escuelas Pías en Orden Religiosa. Y no se equivocó en su predicción. Por lo cual, una vez asumido el Pontificado con el nombre de Gregorio XV, pensaba elevar a José a los más altos honores. Cuando volvió a Roma rechazó las dignidades y solo pidió la erección de la Orden. El Pontífice, favorable a ello, confió el asunto a la Sagrada Congregación, la cual, después de discutir la cuestión, respondía que podía concederse, si así lo quería Su Santidad. De modo que el 18 de noviembre de 1621 fue aprobada la Orden de las Escuelas Pías, y luego se le concedie-

ron privilegios. El 28 de abril de 1622 José de la Madre de Dios fue nombrado Prepósito General de su Orden por nueve años. El Papa le asignó cuatro asistentes, todos con voz activa y pasiva, concretamente el P. Pedro de la Natividad de María, el P. Viviano, el P. Pablo de la Asunción y el P. Francisco de la Purificación de María. El 31 de enero fueron aprobadas las Constituciones con otro Breve. El Papa Urbano, que sucedió a Gregorio, trató con la misma benevolencia a José, y quiso que fuera General perpetuo, y confirmó los privilegios de la Orden.

Para elevar los ánimos procuraba que hubiera coloquios sobre la observancia del instituto, o lecturas que ayudaran en el cumplimiento de las tareas, o sobre cuestiones santas. Si alguien comenzaba a decir tonterías, no le permitía seguir. “Dejad esas simplezas – decía; tratad solamente sobre la perfección religiosa”. Si alguna vez hablaba en voz baja sobre cosas del mundo con alguien, le entraba sueño, y con su silencio daba a entender que no le interesaba el tema. Del mismo modo, una vez oyó a dos de la misma casa que discutían sobre la importancia y la grandeza de los Reinos de España y de Francia. José les oyó, y enfadado les dijo: “¡Dejad esas historias! El oficio de los religiosos no es discutir inútilmente sobre el poder y la excelencia de los reinos, y rezar asiduamente a Dios para que los Príncipes dejen de luchar entre ellos y busquen la concordia”.

Algunos de los que no quiso admitir a los votos intentaron hacerle daño. Entre ellos hubo un novicio lego de la Orden, que, tentado por el demonio, y movido por la ira, intentó matarlo con un bastón, para quitárselo de en medio. Buscó la oportunidad y el tiempo, cuando bajaba por las escaleras, y levantó impiamente la mano. Pero la Santa Virgen vino en su ayuda, y advirtiendo el peligro evitó el golpe, asustó al criminal con su voz. Toda la casa estaba irritada con él, y el Siervo de Dios, como no podía contener a los demás Padres, le dejó irse libre, y no quiso que fuera llevado a juicio. Y cuando oyó que estaba enfermo, yaciendo en cama en su casa, le visitó amablemente, y le envió al médico del colegio, y suministró todo lo necesario para que se curara.

13. Pasó a una vida mejor el Sumo Pontífice Paulo V mientras nuestro V. P. José se había retirado a la casa de Narni, donde vivía retirado en una habitación en continuo ayuno y fervientes oraciones para escribir bajo la dirección del Espíritu Santo las Reglas y Constituciones de la Congregación, y estando la Santa Sede vacante, pasó

por la ciudad de Narni el Cardenal Ludovisi, que venía de Bolonia, su tierra natal, de la que también era Arzobispo, para ir al Cónclave, y se dignó Su Eminencia permanecer en la casa de las Escuelas Pías, donde fue recibido por nuestro V. P. José con la reverencia debida a tal personalidad. Y al despedirse a la mañana siguiente, el Cardenal abrazó afectuosamente a nuestro V. Padre, y le rogó que lo encomendara a Dios en sus oraciones. La respuesta que le dio el V. Padre en presencia de todos los que les rodeaban fue: “V. Eminencia irá al Cónclave y pronto será elegido Papa, y le ruego que se acuerde de nuestra Congregación”. Y el cardenal le contestó y prometió que, si esto sucedía, una de las primeras cosas que haría sería convertirla en Religión. Y así sucedió, porque dicho Cardenal fue elegido Papa el 8 de febrero de 1621, y se llamó Gregorio XV. Y, recordando S. S. lo que le había predicho nuestro V. Padre en Narni, se dignó corroborar un Instituto tan necesario para la república cristiana, y de honrar y promover al mismo tiempo la Congregación de los Pobres de la Madre de Dios declarándola Religión, con un Breve Apostólico, con votos solemnes como cualquier otra Religión, el 18 de noviembre del mismo año de su ascensión al Papado, 1621, y con gran alegría de todos también aprobó las Constituciones escritas por nuestro V. Padre Fundador José, concediéndole todos los privilegios de los mendicantes, y nuestro Padre fue declarado Ministro General.

Establecida la Religión por S. S. (no con la Regla de San Agustín, como afirma no sé con qué fundamento Barbosa en su *Summa Apostolicarum decisionum collect.* CLXVIII) con sus propias Constituciones ordenadas y formadas por nuestro propio V. P. José de la Madre de Dios, bajo la guía del Espíritu Santo, de la manera que se ha dicho en Narni, en una habitación de nuestra casa, que ahora se tiene en gran veneración.

Y, recordando S. S. lo que le había predicho nuestro V. Padre en Narni, se dignó corroborar un Instituto tan necesario para la república cristiana, y de honrar y promover al mismo tiempo la Congregación de los Pobres de la Madre de Dios declarándola Religión, con un Breve Apostólico, con votos solemnes como cualquier otra Religión, el 18 de noviembre del mismo año de su ascensión al Papado, 1621, y con gran alegría de todos también aprobó las Constituciones escritas por nuestro V. Padre Fundador José, concediéndole todos los privilegios de los mendicantes, y nuestro Padre fue declarado Ministro General

14. Entre otras casas aceptadas entonces por el Fundador estaba la de la ciudad de Narni, donde se retiró para poder con más tranquilidad componer las Reglas y Constituciones de la nueva Congregación. Como se trataba de dar leyes ordenadas a la adquisición de la perfección, juzgó que no podía hacerlo sin la ayuda especial de la Luz Divina, de modo que para prepararse para recibirla, hizo un retiro de muchos días dedicado completamente a la oración, disciplinas y ayunos, y para impetrarla puso como intercesora a la hermosa Estrella Matutina María, aurora y presagio del Sol Divino, por lo que no es de extrañar que resultara tan iluminado que luego confesaría sinceramente que esos Estatutos y Reglas no habían sido compuestos por él, sino solo escritos a sugerencia de la gran Reina del Cielo. Mientras estaba en Narni, tuvo lugar en Roma la muerte de Paulo V, gran benefactor de las escuelas, y fue muy sentida por el Padre, que no se demoró en encomendar la elección de un excelente sucesor según las necesidades de la Santa Iglesia, y es creíble que entonces se le reveló que este sería el cardenal Alejandro Ludovisi, pues pasando este por Narni fue a visitarlo y él le predijo el Pontificado, y que erigiría su pobre Congregación en Orden y la adornaría con otros privilegios. Y no se engañó, porque eligieron a dicho Cardenal, que tomó el nombre de Gregorio XV, quien, por haberlo predicho el P. José, pensó en recompensarlo incluso con los primeros honores del Vaticano. Pero él regresó al tener noticias de la elección a Roma, y prostrado a los pies del nuevo Pontífice renunció a cualquier tipo de honor, y solo le rogó que erigiera su Congregación, hasta entonces de sacerdotes seculares con votos simples, en una verdadera Orden Regular con los tres votos solemnes. El Papa amablemente recibió el memorial, y luego lo entregó a la Sagra Congregación de Obispos y Regulares para que diesen su opinión sobre la petición solicitada. Después de examinarla con diligencia, redactaron la respuesta, diciendo que podía Su Santidad cuando quisiera conceder la gracia, y el Sumo Pontífice amablemente se lo concedió, haciendo que se le enviara el Breve el 18 de noviembre de 1621, día dedicado a los honores de los príncipes de los Apóstoles Pedro y Pablo por la dedicación de sus basílicas, fecha en la que erigió una Religión y Orden Regular con los tres votos solemnes de pobreza, castidad y obediencia, y añadiendo nuevos favores les otorgó la exención de la jurisdicción de los ordinarios de los lugares, y la comunicación de todos los privilegios otorgados a las cuatro Religiones Mendicantes.

En abril del año siguiente 1622 declaró y nombró con otro Breve como General de dicha Religión para durar nueve años al P. José, su Fundador, dándole en el mismo Breve cuatro compañeros con el título de Asistentes, que tenían voto activo y pasivo en el gobierno de la Orden, y eran los PP. Pedro de la Natividad de la Virgen, Pablo de la Asunción, Francisco de la Purificación y el P. Viviano.

Era muy celoso de la observancia de su Regla, sabiendo que cada negligencia de esta, una vez introducida, difícilmente se puede corregir en las comunidades religiosas. Por lo tanto, con rigor castigaba cualquier incumplimiento de la misma. Este rigor, que los buenos religiosos consideraban justo, los malos la tenían por crueldad y tiranía. Con la multiplicidad de casas, y en países diferentes y remotos, habían vestido muchos de los que no toman el estado religioso sino por su propia comodidad, queriendo disfrutar al mismo tiempo de la libertad del siglo con la paz y tranquilidad religiosa.

Entre estos había un lego, a quien el P. General, habiendo visto que no servía para su religión, y por sus malas costumbres, decidió enviarlo al siglo. Sabido lo cual por aquel infeliz, en lugar de pedir con humildad al Padre que le tuviera compasión, y mostrar el deseo de enmendar sus malas costumbres, para ser capaz de permanecer en la Religión, ciego de la furia por ser excluido de ella resolvió con furia diabólica matar al Padre, y buscando la ocasión, encontró una a propósito. Una noche, cuando nuestro Siervo de Dios estaba descendiendo por una escalera secreta y poco practicada, le asaltó con un cuchillo en su mano por detrás, y le habría herido de muerte si la Santísima Virgen no le hubiera protegido (como contó él más tarde). Porque en el momento en que el asesino preparaba el golpe, de repente se volvió y viendo el peligro lo evitó haciendo que ese golpe fuera al vacío; entonces levantó la voz y le aterrorizó de tal manera que no se atrevió más a hacerle daño. Lleno de miedo se dio a la fuga, pero fue agarrado por los otros religiosos, que pidieron que se le diera un castigo ejemplar, pero él no quiso darle más castigo, y prohibió que se le hiciera daño, sino sólo lo expulsó de su Religión, y no quiso que se hablara de aquel insulto, perdonándole de todo corazón la ofensa, hasta el punto de que, enterado después de unos días de que ese infeliz, tocado por la mano de Dios, estaba muriendo miserablemente en su pobre casa, le visitó y le trajo muchas limosnas, haciéndole visitar por el médico de su colegio, y proveyendo de cuantos medicamentos fue necesario.

15. Esta Congregación en el año 1621 fue declarada Religión de Votos Solemnes con un Breve de Gregorio XV de feliz memoria, llamándola de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, y con otros breves posteriormente confirmó las Constituciones escritas por el P. José, y le declaró General de la nueva Religión, y les comunicó igualmente en una forma muy amplia los privilegios de las Órdenes Mendicantes.

En este estado de Orden, no es fácil decir cuánto el Siervo de Dios avanzó en todo tipo de virtudes y en la vida de perfección. Le parecía poco todo lo que había hecho antes, tanto en el cuidado y la educación de los niños, como en sus habituales abstinencias y mortificaciones. Se entregó, pues, con más fervor et atención (como si entonces empezara a servir a Dios) al ejercicio de todos los actos, tanto internos como externos, de virtud, los cuales, movidos por la caridad y el amor que conducían al sumo bien, eran para él de gran mérito y de gran utilidad al prójimo. Su corazón se estremecía de gozo al ver la obra pía establecida, que ya no necesitaba maestros adventicios y extraños, sino provista de la manera de tenerlos continuamente experimentados en las letras, y mucho más en las virtudes religiosas, y fundados en el espíritu para inculcar por amor puro de Dios, y sin intereses mundanos en la juventud con letras humanas, el amor y el temor de S. D. M.; y añadir al ser los hijos que los hijos han recibido de sus padres, el buen ser de las virtudes morales, y el verdadero ser de las virtudes cristianas para alcanzar el fin de la bienaventuranza eterna.

Sobre todo, era muy celoso acerca de la observancia de las reglas y constituciones, que son la norma de la vida religiosa, y esto a menudo lo repetía a los que estaban presentes de palabra, y por escrito a los ausentes, y en prueba de esto se lee en una carta escrita por su propia mano a un Superior fuera de Roma estas palabras precisas: "Procure Vuestra Reverencia que nuestras Constituciones se observen un poco mejor de lo que han hecho en el pasado; y si bien yo estoy lejos, veo sin embargo, como si estuviera al lado". No dejaba de corregir las transgresiones, y también las castigaba en el lugar y en el tiempo, según la calidad de las faltas. Si bien, siendo afable por naturaleza, acompañaba el rigor con tal amabilidad y dulzura que no faltaba en el papel de juez justo y de padre amoroso, por lo que sucedía que los súbditos le temían reverentemente y al mismo tiempo le amaban tiernamente.

Estando enfermo a alguno de sus religiosos, además de visitarlo todos los días y darle santos consejos, a veces les daba comer, otras veces les hacía la cama, y les hacía otros servicios aún más viles y desagradables. En resumen, no había acto de humildad y merecedor de desprecio que él no hiciera.

No podía tolerar la ociosidad en sus religiosos, diciendo que el ocio era causa de relajación. Exhortaba a emplear el tiempo virtuosamente, y a trabajar de acuerdo con su estado para alcanzar el fin último de la bienaventuranza, diciendo: “Recuerden que somos pobres de la Madre de Dios, y que estamos bajo su santa bandera. Esforcémosnos en trabajar como lo que somos; el tiempo es corto y de un punto depende la eternidad”. Y como el diablo es un ferocísimo enemigo de los religiosos, contra quienes lucha incansablemente con tentaciones, les animaba a armarse con la oración, y decía que el religioso que no sabe cómo orar es como un hombre desarmado, al que se puede herir por todas partes. Y por la experiencia que él mismo había tenido de favores celestiales que en la oración se reciben del Cielo, les decía que es el canal por el cual todas las gracias llegan al alma. Poco a poco se iba acercando al último período de su vida, y al darse cuenta de ello, para armarse en ese último combate con los sacramentos de la Iglesia, con gran afecto y fervor pidió el Santísimo Viático. Cuando se lo trajeron, antes de recibirlo, recomendó a todos el temor de Dios, el amor al Instituto, y la perfección religiosa con la observancia de las Constituciones.

16. Cuatro años más tarde, es decir, en 1621, dicha Congregación fue declarada con el Breve de Gregorio XV Religión de votos solemnes, con la adición del cuarto voto para hacer la escuela a los jóvenes, llamándose Religión de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías. Y entonces se aprobaron las Constituciones escritas por el mismo Venerable Padre José el 31 de enero de 1622. Declarando al mismo Padre José General durante toda su vida, y comunicando a la misma Religión todos los demás indultos y privilegios que disfrutaban las otras religiones de los mendicantes. Y esto para mayor gloria de Su Divina Majestad, que se dignaba hacer prosperar mucho la obra iniciada y continuada con tanto celo por su Siervo.

No se puede explicar el gran contenido que sintió el V. P. José cuando vio su Instituto Pío confirmado y establecido con autoridad apostólica, considerando que ya no habría necesidad de usar maes-

tros exteriores, sino que sus hijos de la nueva Religión, con más celo y caridad, atenderían a la obra propia del voto que profesaban. Y, verdaderamente, educados y formados en la vida religiosa, con la ayuda de tantos ejercicios santos de oración, abstinencia, mortificación propia de aquellos que profesan la vida regular, y asistidos más eficazmente por la gracia del voto profesado, sólo pueden dar grandes frutos en su prójimo, comunicándoles aquellos sentimientos de Dios que aprenden en las meditaciones, en la lectura de los libros santos y en la práctica continua de las mortificaciones.

Mientras tanto, el ferviente Siervo de Dios José, viéndose en el estado de religioso, y en consecuencia obligado a avanzar cada vez más en perfección, como si los actos de virtud heroica practicados hasta entonces no hubieran sido nada comparados con la deuda que contraía, comenzó más que nunca a inflamarse en sus deseos de trabajar al servicio de Dios y del prójimo hasta un punto que tal vez era superior a sus fuerzas.

Además de las necesidades espirituales de su prójimo, también proveía a sus necesidades temporales, pues la extraordinaria finura de corazón que desde que era niño sentía hacia los pobres, y les ayudaba en lo posible, la mantuvo mientras vivió. El efecto de esto fue ayudar a varias familias pobres vergonzosas, y todos los días a algunos les enviaba ayuda para alimentarse. A una dama reducida a un estado miserable envió un día su sotana, para poder protegerse del frío. Si al dar limosna, según la prudencia humana, a algún religioso del colegio le parecía que se excedía, respondía: “Dad, que Dios proveerá”, o incluso, “Confíad en Dios, que no os faltará”, como en realidad sucedió, como se puede ver en los siguientes casos.

Él, prudente, gobernaba a todos sus religiosos dando a cada uno sus lo que le convenía para mantenerse cada vez más gratos a Dios, y separados de las cosas del mundo, animándolos a la posesión de las virtudes, el único medio para merecer la gloria. En suma, con su ferviente celo, con sus modales amables, con su vida ejemplar, llevaba a las almas con suave violencia al amor de Dios y al deseo de los bienes eternos.

En una de sus enfermedades contraídas como consecuencia de las penalidades del viaje de Nápoles a Roma, mientras estaba absorto en la oración devota, apareció allí la gloriosa Santa Teresa, que con semblante alegre le dio ánimo, asegurándole la salud corporal, diciéndole que el Señor quería ser servido por él en la propagación de su

piadoso Instituto para utilidad del cristianismo, y le predijo todos los sufrimientos y persecuciones que iba a sostener y sufrir para mantener la obra de las Escuelas Pías. Y a partir de ese momento el mal comenzó a retroceder, y en poco tiempo estuvo completamente sano.

Al principio del establecimiento de las Escuelas Pías hubo un religioso lego que, reprendido por el siervo de Dios a causa de algunas transgresiones manifiestas de la Regla, de las cuales nunca se había enmendado, se atrevió a atacarlo con un palo en la mano, y el buen Padre soportó sin hacer el más mínimo movimiento esa gran afrenta. Los otros religiosos por tal ataque contra su Padre común querían despedirlo de la Religión. El Padre José hizo todo lo posible para evitar que esto sucediera. Y obligado por los impulsos vehementes de todos los demás religiosos a ceder, no dejó de ayudarlo y consolarlo en todas sus necesidades, especialmente durante una grave enfermedad, yendo a visitarlo a menudo y también enviándole la comida todos los días, rezando continuamente al Señor por su salud.

Yendo tan prósperamente los progresos del piadoso instituto, el enemigo infernal puso en marcha todos sus esfuerzos para echar por tierra tan gran obra, utilizando los instrumentos más débiles e inválidos de la Religión, a los que veía más dispuesto a sus sugerencias, y propensos a suscitar peleas y disturbios. Puso, pues, en el corazón de algunos religiosos legos ambiciosos que enseñaban los primeros elementos de la lectura y la escritura, a quienes se les permitía llevar bonete solo en el tiempo que hacían la escuela, aspirar al grado sacerdotal, y debido a que no podían alcanzar la intención deseada, dada su poca capacidad, lograron un Breve Apostólico para poder salir de la religión, como sucedió, quedando las Escuelas Pías privadas, sí, de algunos maestros de las escuelas inferiores, pero purgada la religión como el oro de la escoria más vil. Entre las turbulencias antes mencionadas, no fue escaso el Señor en compartiera sus consuelos con José, pues al mismo tiempo que aquellos se revolvían, el Instituto se extendió mucho en el Reino de Cerdeña y en el de Polonia, donde el rey Ladislao IV fundó en Varsovia un noble y magnífico colegio de las Escuelas Pías, de las que esperaba el mismo fruto que producían en otros lugares.

D) Sucedió después Urbano VIII y el instituto se dilató por muchas partes del mundo, a saber: Nápoles, Génova, Umbria, Sabina, Marca, Florencia, Germania y Polonia, con mucha satisfacción de los pueblos y gloria de la Religión.

Urbano VIII

3. Declaró o mandó que fuese General de dicha Religión el P. José por nueve años, y después por la Santidad de Urbano VIII fue confirmado en dicho oficio por toda su vida, concediendo a la Religión muchas otras gracias y Privilegios.

5. Su Santidad el Papa Urbano VIII agració a la Orden con muchos privilegios, y con Breve Apostólico declaró General vitalicio a nuestro P. José el fundador, cuyo celo para ayudar al prójimo con nuestro instituto siempre había sido grandísimo.

7. Al terminar el noveno año de su Generalato, fue confirmado por la Santidad de Urbano VIII en el mismo cargo de por vida, además de otras gracias y privilegios con los que el mismo Urbano enriqueció la Orden en el año 1632, el noveno de su pontificado.

8. También fue del Papa Urbano VIII agraciada la Religión con muchos privilegios; y con un breve apostólico confirmó como General, de acuerdo con nuestras Constituciones, al P. José.

9. La Orden de las Escuelas Pías recibió muchos privilegios del Papa Urbano VIII; y por Breve Apostólico fue confirmado como General vitalicio de acuerdo con nuestras Constituciones nuestro Fundador P. José, cuyo celo ha sido siempre grande en ayudar al prójimo con nuestro Instituto.

11. No fue menor la gracia y la benignidad de Su Santidad Urbano VIII que sucedió a Gregorio XV hacia nuestra Orden, a la cual favoreció en toda ocasión. Confirmando todos los privilegios que le habían concedido sus antecesores, los aumentó, y concedió a beneficio del instituto otros, con la confirmación del mismo Preósito General en su oficio, que quiso que fuera durante toda su vida por el futuro de la Orden.

12. El Papa Urbano, que sucedió a Gregorio, trató con la misma benevolencia a José, y quiso que fuera General perpetuo, y confirmó los privilegios de la Orden.

14. Cuando Gregorio murió, Urbano VIII, su sucesor, con otro Breve confirmó a la nueva Orden todos los privilegios concedidos por su predecesor, mandando que el P. José fuese general perpetuo de su dicha Religión.

16. A las gracias que el Señor compartía con José no faltaban las de su Vicario en la tierra para el bien de su Pía Instituto. Así es que viendo el Sumo Pontífice Urbano VIII el fructífero compromiso que sus religiosos tenían continuamente en la educación de los niños, con un Breve enviado el primero de junio de 1629 eximió a los profesores religiosos de las Escuelas Pías de intervenir en las procesiones, para que no pudieran ser obligados por nadie a esta función. Además, con otro Breve de fecha 30 de agosto de 1630 prohibió que pudieran en cualquier lugar o tiempo futuro ser erigidas por otros que no fueran los mismos religiosos escuelas de cualquier tipo con la denominación de Escuelas Pías, y que nadie pudiera usar el hábito de la misma Religión, excepto los profesos de las Escuelas Pías. Y finalmente confirmó como general durante todo el tiempo de su vida al siervo de Dios P. José, juzgando que nadie podría gobernar mejor el Instituto que quien había sido el fundador y propagador del mismo.

Expansión

2. Omito también mencionar cómo por la habilidad de José y sus compañeros, por obra de muchas ciudades, a petición de grandes príncipes y no desaprobándolo Dios, en breve tiempo, larga y ampliamente esta milicia marchó por grandes caminos. Cruzó Italia; vino a Sicilia; se acercó a Cerdeña; subió a Germania; ilustró Moravia y Bohemia; entró en Polonia; en Francia a menudo; de España, donde no ignoraban que se tenía el permiso real para abrirla, la llamaron muchas veces. ¡Cuánta fue la piedad de la gente en todos los sitios! ¡Cuánta liberalidad ejercieron con ella los príncipes! En Etruria la apoyó la clemencia innata de los Serenísimos Príncipes, que a menudo la favorecieron con su ayuda, para memoria eterna. En Sicilia, ¡qué piadoso y generoso fue con ella el Virrey Fernando, Duque de Alcalá, honra y adorno de España! Callo la benevolencia de los Calleritanos de Cerdeña. Callo también la humanidad encontrada cada día en el piadosísimo Virrey Duque de Montalto, cuyo recuerdo admiramos con gratitud. Tampoco menciono a las autoridades y a la gente de Liguria, de Insubria, de Umbría, de Tuscia, del Piceno y de otras provincias del reino en toda Italia, que son cada vez más merecedoras. Ojalá pudiera mencionar en este lugar algunos particulares que merecen ser citados por su dignidad, a quienes

haría falta poder dedicar más espacio, y sería grato hacerlo. Sin embargo, no puedo menos que mencionar la benignidad y liberalidad del gran y sagrado príncipe Cardenal Francisco Dietrichstein, quien apoyó con su paterna caridad a la orden naciente en Germania, y la ha protegido con su autoridad siendo adolescente, y la ha propagado en muchos lugares. Ojalá hubiera permitido Dios que tan excelente persona hubiera sobrevivido más tiempo. No obstante, y nos alegramos de ello, tanta piedad, como si fuera una herencia celeste, sobrevive y obra admirablemente en su sobrino Maximiliano. Y nos alegramos también de verla innata en otros muchos grandes príncipes del Imperio: en Gundakero, príncipe de Liechtenstein; en Febronia Herula, oriunda de la estirpe de los Perenstain; Francisco de Magnis, Conde de Strasnitz, el ejemplo de cuya piedad mucho nos anima. Nosotros debiéramos levantar un monumento a cada uno, de modo que en lo sucesivo no los olvidemos nunca, y así su ayuda, aunque no quiera ser contada, se vea claramente reflejada. ¿Y qué diré finalmente de Polonia? ¿Hablaré de la singular e ínclita magnificencia, piedad y benevolencia del invictísimo en otro tiempo Rey Ladislao IV (cuyos gloriosísimos hechos rivalizan con la eternidad)? Siempre recomendaremos, porque no podremos olvidarlo, a aquel óptimo Mecenas y fortísimo Aquiles que humanamente nos acogió, liberalmente nos favoreció, y constantemente nos protegió. Pero en aquel amplísimo reino debemos recordar con gratitud también al Gran Príncipe Duque Gregorio Ossolinski, supremo canciller de Polonia, y a Stanislao Lubomiski, capitán general palatino y de Cracovia, que siguiendo las huellas del Rey nos trataron con afecto muy humano, y nos honraron con su paterna tutela. Confesamos a todo el mundo que les debemos eterna gratitud.

3. No influyeron esos beneficios solamente en Roma, sino también en tiempo muy breve si dilataron hasta las provincias de Liguria, Lombardía, Toscana, Marca, Umbría y Sabina, no dejando de esparcirse también en los Reinos de Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Moravia, Bohemia y Polonia, con muchas peticiones de otros Príncipes, de suerte que obligaron al P. José a suplicar a la Santidad de Paulo V que le mandase a no tomar nuevas fundaciones, faltándole sujetos para suplirlas.

4.9. Sé que dicho Padre José fue fundador de la Religión de los Padres de las escuelas pías, y lo sé porque vi las bulas de la confir-

mación de Paulo V, Gregorio XV y Urbano VIII, que confirmaron el instituto de su Religión, y en esta de las escuelas pías fue nombrado General, y mientras gobernaba se portó con gran ejemplo y con utilidad del cristianismo, y su instituto fue aceptado y abrazado por la mayoría de los Príncipes de Europa, como en el Reino de España, donde fue llevado por Monseñor Ilustrísimo Durán, ex auditor de la Rota, y luego Obispo de Urgel, y luego fundador de un convento en el lugar de Guissona.

5. Al cabo de pocos años se vio la obra introducida en las provincias de Liguria, Lombardía, Toscana, Marcas y Umbría, en los reinos de Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Moravia, Bohemia y Polonia, y mucho más se hubiera extendido gracias a las magníficas y heroicas virtudes y santidad de nuestro P. José si el Demonio no hubiera suscitado nuevos disturbios contra la navecilla que tan prósperamente surcaba el mar guiada por tan bueno piloto.

El Emmo. Sr. Cardenal Dietrichstein, príncipe del Sacro Imperio, escribió a la Sagrada Congregación de Propagación de la Fe: “Los escolares de las Escuelas Pías en materia de fe católica no son como cañas que se inclinan a cualquier viento, sino robles bien arraigados por los santos ejemplos con los que se educan”.

6. En muy breve espacio de tiempo se vieron brotar en diversas partes del mundo la nueva planta de esta Orden. Se introdujo en las provincias de la Liguria; se dilató en el reino de Nápoles; se extendió en la Toscana; se propagó por la Lombardía; se alargó por Marca, Umbría, Sabina. Penetró en Cerdeña; alcanzó Bohemia; llegó a Moravia; pasó a Polonia. Muchos príncipes con repetidas cartas pedían este santo instituto; muchas repúblicas lo deseaban; los más grandes monarcas del mundo lo solicitaban con gran insistencia para sus reinos; hasta tal punto que, no teniendo sujetos que enviar, se vio obligado este nuevo fundador a suplicar al sumo pontífice Urbano VIII que le prohibiese por entonces aceptar más fundaciones.

8. En pocos años la obra se introdujo en la Provincia de Génova, en los Reinos de Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Germania, Polonia, Toscana, Lombardía, Marcas y Umbría, y si no hubiera sido por la escasez de sujetos, se habría multiplicado mucho más, contando las muchas peticiones hechas por medio de cartas y personas particulares de la República de Venecia y muchas otras ciudades y lugares principales de Italia, Francia, España, Germania y Polonia, de modo

que solo en el Reino de Nápoles hubo más de 80 ciudades y lugares grandes que pedían la fundación al mismo tiempo, por lo que el P. Fundador y General se hizo mandar por el Papa Urbano VIII que no aceptase más lugares.

Cada día iba creciendo más el buen olor de la Obra de las Escuelas Pías y sus Obreros, agradando y siendo solicitada por muchas ciudades y lugares por el notable beneficio y cambio que se veía en las costumbres de los jovencitos, como escribe en una carta el Emmo. Dietrichstein a la S. Congregación de Propaganda Fide, que los estudiantes de las Escuelas Pías no serían cañas volubles a cualquier viento, sino robles bien estables en la fe católica romana.

Más allá de la carga del gobierno, y de responder a muchas cartas que le llegaban de muchas partes, y que hasta su edad decrepita escribía de su propia mano, visitaba las casas que están en el distrito de Roma casi todos los años personalmente, y fue a fundar las Escuelas Pías en Nápoles en 1626, como en 1623 había estado en Liguria y Lombardía.

9. En pocos años se introdujo la obra en las Provincias de Liguria, Lombardía, Toscana, Marcas y Umbría, y en los Reinos de Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Moravia, Bohemia y Polonia, y si no hubiera sido por la falta de sujetos, se hubiera multiplicado mucho más, pues había muchas instancias hechas por cartas y personas particulares de la República de Venecia y otras muchas, y lugares principales de toda Italia, Francia, España, Alemania y Polonia, por lo que el nuestro P. Fundador y General, para verse libre de la insistencia de los personajes distinguidos, hizo que Urbano VIII le prohibiera aceptar más lugares.

El Eminentísimo Cardenal Dietrichstein, Príncipe del Sacro Imperio, escribió a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide estas palabras: “Los escolares de las Escuelas Pías no son en la Fe Católica cañas que se inclinan a cada viento, sino robles bien arraigados por las santas enseñanzas que reciben”.

A pesar de estar muy ocupado en la casa de Roma, no descuidaba las ocupaciones del gobierno de toda la Religión, pensando tanto en cada casa en particular que parecía que no tenía ningún otro pensamiento, atendiendo con sus cartas a las necesidades de las casas, y esto lo hizo hasta su edad decrepita, escribiendo con su propia mano, y fueron tantas que parece imposible. Casi todos los años visitaba las casas que están en el distrito de Roma en persona.

10. Difunto el Pontífice Clemente Octavo de Santa memoria, le sucedió el Cardenal Borghese Romano, el cual en su asunción se llamó Paulo Quinto, entró en el pontificado favoreciendo este nuevo instituto, tanto que en Italia a los religiosos de la Escuela Pía los llamaban Padres Paulinos, por lo mucho que la Santidad de este Sumo Pontífice los honró, nombre que aún conservan en la Provincia Romana. El señor Príncipe de Sulmona, sobrino del Papa Pablo V, les fundó una casa en su lugar de Moricone, que dista de Roma solo siete leguas. Los señores Duques de Poli, de la nobilísima casa Conti, y fundaron una casa de la Escuela Pía en su lugar de Poli, que dice dista de Roma solo seis leguas. En Frascati o Túsculo, ciudad que solo dista de la de Roma cuatro leguas, delicias de los Cardenales y Príncipes Romanos, fundaron luego una casa, y en ella tienen una imagen milagrosísima de Nuestra Señora, donde he estado yo dos veces de paso. También fundaron en la ciudad de Narni, en la Plaza Mayor, en frente del Palacio del Gobernador y del de los Cónsules, teniendo los Padres por Colegio el Palacio del Emperador Nerva, que fue natural de esta Ciudad y tiene tan buenas piezas que los Cardenales, cuando pasan por Narni, todos se hospedan en la Escuela Pía, la cual, con haber sido postrera en la fundación, tiene el puesto mejor de las primeras, no siendo pocas las religiones que residen en Narni. En esta casa también he estado yo de paso y vi la celda donde el Santo Fundador, ayunando 40 días a pan y agua, escribió las Constituciones y tantos favores le hizo la Santísima Virgen María Nuestra Señora; nadie habita en ella y es tenida en grandísima veneración.

Extendióse el instituto de la Escuela Pía no solo por toda la Provincia Romana, pero aún por la Umbria. En la ciudad de Nursia tiene un colegio muy insigne, que solo en sus paredes y fábrica material gastó el público 14000 ducados de plata de Cámara. La Iglesia es la más hermosa de toda aquella Provincia, y en toda la Italia no tiene igual la Escuela Pía.

Entró en el estado de Bolonia. En la Pieve de Cento fundó un colegio de la Escuela Pía muy rico un Caballero de la ciudad de Ferrara, de la noble Casa Maxellari. Fue llamada la Escuela Pía al estado de Módena. En Fanano el conde Ottonelli les fundó una casa. Entro en la Toscana, donde ha sido siempre muy favorecida de su Serenísimo Gran Duque, teniendo dos casas en la ciudad de Florencia, una en la de Pisa y otra en la de Castelnuovo. Pasaron al estado de Milán, teniendo una casa muy cómoda en Cárcare. Entraron en la Liguria,

teniendo en Génova el Colegio del Ángel Custodio y la Casa del Noviciado, y una rica casa en la ciudad de Savona.

Fundó también la Escuela Pía en la Nocera, en Campi, en Lecce, en la Ciudad de Chieti, en Brindisi, extendiéndose hasta la Calabria, fundando en la ciudad de Bisignano. Entraron en la Sicilia, fundando en la ciudad de Palermo y en la de Messina.

Fueron llamadas las Escuelas Pías a Cerdeña, donde fueron favorecidas del Magnánimo Príncipe Duque de Montalto. En la ciudad de Cáller, Corte del Reino de Cerdeña, tiene la Escuela Pía el Colegio de San José, fundación de aquella insigne y siempre a ambas Majestades fidelísima Ciudad. En la provincia Arborense tienen el Colegio dedicado a San Efsio Mártir en Isili, y en la Provincia Gallurese, en Tempio, tienen en el colegio que yo les fundé.

El señor Cardenal Dietrichstein llamo las Escuelas Pías a la Moravia, donde las favoreció su Eminencia, y después de su muerte, su sobrino el señor Príncipe Maximiliano Dietrichstein. En la Germania y en Alemania toda está la Escuela Pía muy extendida, como favorecida de Su Majestad Cesárea. La quisieron en sus Estados el Príncipe Gundákero, Príncipe del Sacro Romano Imperio en Liechtenstein, y el Conde de Magnis, del Sacro Romano Imperio, en Straznice. En el Reino de Bohemia entró la Escuela Pía, de la cual se mostró luego Protectora la Nobilísima Matrona Febronia Féru-la. En el dilatado Reino de Polonia está la Escuela Pía en todas sus Provincias con muchos Colegios y Casas, la cual honró y favoreció con públicas demostraciones su gran rey Ladislao Cuarto de gloriosa memoria, cuyo ejemplo han imitado su Serenísimos sucesores, y tomo a pechos el ser su Protector en príncipe Jorge Osolinski, el cual les fundó una casa. Como en Cracovia el Príncipe Estanislao Lubomirski, Conde de Visnich, y el Conde Borzita Martinetz. y el Conde Ferdinando Curcio, los cuales fundaron las Escuelas Pías en sus Estados. Que para estar en todo el mundo no le falta más que entrar en las Españas y en la Francia.

11. Así protegido el instituto por la Santa Sede Apostólica, florecían las Escuelas Pías no sólo en Roma, sino que también fue buscado y recibido en la provincia de Liguria, Lombardía, Toscana, Marca de Ancona, y en la Umbría, donde envió sus primeros compañeros para aquel efecto en el año 1626.

Lo mismo hizo el cardenal Dietrichstein, príncipe del Sacro Romano Imperio en la Congregación de Propagación de la Fe, quien dijo

entre otras cosas: “Los escolares de las Escuelas Pías, por cuanto he visto y tocado con mis propias manos, no son cañas que se balancean siguiendo el viento en cuestiones de fe católica, sino robles bien arraigados, por la educación que reciben durante sus primeros años. La Santa Sede Apostólica debe proteger a toda costa, y sacar adelante, y servirse de un instituto tan santo en la Iglesia de Dios, y el Padre José su fundador es un gran siervo de Dios.”

Le presentaron también peticiones de Sicilia, Cerdeña, Bohemia y Polonia. En pocos años, estando el Padre fundador atento a todo con su rara prudencia y bondad de su vida, se multiplicaron en los sobredichos reinos en muchas ciudades las casas de las Escuelas Pías, y cada día se pedía el instituto para beneficio de la juventud por el gran beneficio que le atribuían. Y se habría extendido más si la penuria de sujetos no le hubiera hecho contener la mano al Padre fundador, con lo cual el Demonio, que le había perseguido tanto, como hemos dicho, podemos pensar ahora que premeditase en aquellos gloriosos avances el odio que tiene contra nuestro Dios, permitiéndolo este, en el que participan todos los que sólo miran por la exaltación de su Santo Nombre, y de los felices progresos se va al mar tempestuoso de este mundo, hace falta que surjan tribulaciones, y no se llega a coger la rosa de la patria bienaventurada si antes no prueba el hombre las espinas de la aflicción y la contrariedad, a fin de que *“aquellos que siembran con lágrimas cosechan entre gritos de júbilo”*³³. El enemigo nunca dejó de asaltar a este fuerte guerrero en su invicta paciencia y generosidad de ánimo, pero en esta última persecución que le suscitó antes de su muerte lo hizo tan glorioso y triunfante en el mundo su guerra, que lo glorificó en el cielo.

12. Las escuelas mientras tanto se iban extendiendo en los Estados Pontificios, Liguria, Piamonte, y en muchas otras provincias.

13. el Instituto comenzó a expandirse en diferentes Provincias no sólo de Italia, como en el Estado de la Iglesia, en Génova, Nápoles y Toscana, sino igualmente en las islas de Sicilia y Cerdeña, y hasta en Germania y Polonia, con mucho beneficio de los pueblos. Y en Roma hubo algunos judíos que enviaban sus hijos a nuestras Escuelas Pías, tan estimado era este santo Instituto. Que mucho más

se habría ampliado de haber tenido sujetos para poder enviar a los lugares donde se solicitaba, viendo las muchas cartas y peticiones hechas por Señores, particulares, y ciudades públicas, que se conservan en el archivo de la Orden. Y todas las Provincias antes mencionadas las erigió nuestro V. P. fundador mucho antes de morir.

14. Ordenó la Santidad de Pablo V en el Breve de la institución de la nueva congregación que no podían estar a más de veinte millas de Roma, lo que parece dictado por el Espíritu Santo, para que la tierna y pequeña Congregación tomara fuerza y vigor, al no tener de momento muchos sujetos que pudieran extenderla a otras ciudades y provincias. Pero como el beneficio que de las Escuelas Pías (a pesar de que aún murmuraban de ella los envidiosos, y los que, como dice el profeta, quieren estar solos sobre la tierra) resulta común, y era conocido en los pueblos, tan pronto como se extendió su fama fueron deseadas en sus ciudades y tierras por muchas comunidades y príncipes, de modo que fueron tantas y tan válidas las peticiones hechas al mismo Sumo Pontífice Paulo, que se vio obligado a dispensar (no sin perjuicio de la nueva Congregación, tanto por la escasez de súbditos, como por las envidias que se levantaron contra ellas por todas partes) la dicha orden y concedió que pudieran fundarse en diferentes partes de Italia.

Y, de hecho, con la observancia de su instituto, y con la ayuda de los favores pontificios, uno no puede creer cómo en tan poco tiempo esta nueva Orden creció y se expandió en muchas partes del mundo. Pues no solo se estableció en el Estado de la Iglesia, sino también en Toscana, Genovesado y Lombardía, por todas partes se abrieron las Escuelas Pías, y se introdujo la nueva Religión incluso fuera de Italia, en Germania, Polonia y España, donde en muy poco tiempo se abrieron muchas casas de la nueva Religión y Escuelas Pías para el beneficio de los pueblos.

Este muy grande y demasiado rápido aumento de su nueva Religión, que a otros les habría dado la ocasión, si no de estar orgullosos, al menos de disfrutar y alabar al Señor, a nuestro Padre, que por humilde y prudente consideraba como demasiado repentino e intempestivo un aumento tan grande en la Religión, que había comenzado en un siglo depravado y lleno de vicios, siendo necesario que, a causa del aumento de las casas, no se hiciera mucha diligencia en la elección de los súbditos admitidos al hábito, pues se recibía a todos los que lo pedían, ya daba motivos para sospechar lo

que luego sucedió, que sus propios hijos ocasionarían con algún escándalo, o con alguna persecución, una furiosa tormenta a su tierna y no bien crecida Orden.

Y en verdad fue tan furiosa, que la habría destruido por completo si las oraciones de su Fundador en la tierra no hubieran logrado de la Reina del cielo su poderoso auxilio y protección, y la liberación total más tarde, con su restauración, cuando él ya había ido, como piadosamente creía, a triunfar en el cielo. Así que se dirigió al Papa para que se dignase ordenar que durante diez años no se pudiesen tomar nuevas casas y abrir nuevas escuelas, para que la nueva Orden tuviese tiempo de echar raíces más firmes, y de vestir y formar sujetos capaces de mantener las casas y las escuelas que con tanta velocidad se estaban erigiendo y abriendo en todas partes.

15. El bondadoso Señor no dejaba de consolar en medio de tantos sufrimientos a su buen siervo José, pues además de los favores y gracias celestiales que impartía en su alma, le consolaba igualmente con la dilatación de su piadoso Instituto, haciendo, a pesar de tantas adversidades, nuevas fundaciones en muchas partes de la cristiandad. Pues en vida suya lo vio crecer y propagarse en Italia, es decir, en los Estados Pontificios, en Liguria, en Toscana, en el Reino de Nápoles, y fuera de Italia, en Sicilia, Cerdeña, Germania y Polonia. Y esperaba mayores progresos a pesar de ser contrariado, pero no abatido; mortificado, pero no derrotado. Y de acuerdo con la esperanza que tenía, con ella consolaba a los suyos, y acostumbrada decir que la obra de las Escuelas Pías no era suya, sino de Jesucristo y de la Santísima Virgen, y que ellos siempre la mantendrían.

16. Y no se cansó nunca de hacer esto, aunque estaba tan ocupado en su oficina como general y tenía que gobernar y regular muchos colegios del instituto ya dilatados en varios lugares del estado pontificio, en Liguria, en el Reino [de Nápoles], en Toscana, en Sicilia, en Cerdeña, en Germania, en Polonia y Bohemia. Lo mismo hizo el duque de Alcalá, virrey de Sicilia, plantando las Escuelas Pías en las dos principales ciudades de ese Reino, Palermo y Messina. Cosa que ya antes había hecho la piedad suprema de Ferdinando Segundo, Gran Duque de Toscana, llamando a los PP. de las Escuelas Pías a sus estados y erigiendo en Florencia y Pisa dos lugares donde podían ejercer cómodamente su instituto en favor de los jóvenes escolares. El cardenal Francisco Dietrichstein llamó al instituto a sus

estados de Moravia, erigiendo dos colegios, uno en Nikolsburg y el otro en Lipnick.

Mediante las gracias compartidas por la Santa Sede y el cuidado vigilante del P. José, las Escuelas Pías se estaban expandiendo. Pues el cardenal Tonti, enamorado de la gran caridad con la que aquellos religiosos promovían a la juventud en la piedad cristiana y en las letras, erigió el Colegio Nazareno en Roma, dándolo a la dirección de los mismos Padres, y hoy tiene tal crédito que compite con los primeros de esa ciudad.

La fundación de Nápoles

9. Casi todos los años visitaba las casas que están en el distrito de Roma en persona, y en 1623 fue a Liguria y Lombardía para fundar otras y visitar las ya fundadas, y en 1626 fue a Nápoles con el mismo objetivo, y allí hubiera ido otras veces si los Superiores Mayores, que tenía en cuenta su avanzada edad, no se lo hubieran negado. Y aunque estaba lejos con el cuerpo, con el espíritu y el deseo estaba en cada casa, lo que se entiende por las cartas que escribió.

10. Fueron llamados a Nápoles, donde fue el mismo Santo fundador en persona, fundando tres casas que hoy tiene en la misma ciudad de Nápoles. Luego se extendió por todas las Provincias de su dilatado Reino.

11. Presentado el deseo que tenían en la ciudad de Nápoles algunos señores de santa mente, con los votos de los mismos ciudadanos, por el anhelo que tenían de gozar del beneficio de una obra tan santa, el Padre General consideró cuánto mérito pierden los favores suplicados, y que las verdaderas ayudas son las que no vienen buscadas, incesante en sus actos de caridad él mismo quiso ir a Nápoles con la bendición de Su Santidad. Una vez llegado allí, el señor Regente Carlos Tapia, que con los demás estaba esperando los efectos de su caridad, al enterarse tuvo que hacer aquella demostración de su afecto con la que reconocía tan señalado favor de haberse dignado él mismo satisfacer a su piadosa mente, a lo que se dispuso inmediatamente con otros que anhelaban lo mismo. También se unieron los complatarios de aquella óptima ciudad, quienes dejando de lado muchos otros lugares, propusieron al Padre como conveniente para el servicio de Dios uno en el barrio de la

Duchesca, para eliminar tantas ocasiones de pecado que se producían en las continuas comedias que se representaban, que parecía un prostíbulo.

No estaban conformes los comediantes, que con el daño de sus almas sostenían sus cuerpos, y dieron en la locura de no querer permitir que se les quitara aquel lugar y su modo de vida. Pero vencidos y persuadidos al fin por las exhortaciones del siervo de Dios, no sólo dejaron de practicar aquellas malas costumbres, sino que se dedicaron a enmendar su mala vida pasada, y se convirtieron en ejemplares de espíritu divino, con maravilla de toda aquella ciudad, que quisieron convertir muchas almas al reconocimiento de Dios todos los días que vivieron, y terminaron con fama de gran bondad por el cambio de los mencionados, edificados. Los demás se aficionaron mucho al Padre, y principalmente los que vivían cerca de aquel lugar, al ver que hablaban de Dios allí los que antes habían sido ministros de Satanás, representando en su teatro todo vicio y pecado, y después estaban convertidos al Señor, deplorando sus malas acciones pasadas, y convertidos en norma y ejemplo de penitencia, servían al Padre en las escuelas, en las cuales sus operarios tenían que instruir a los niños, con júbilo y alegría de todos los que se disponían a la nueva fundación de la casa.

Fueron muchos los que cooperaron ayudando al Padre, de los cuales Aniello de Falco con su mujer Angélica decidieron darle una casa grande que tenían, y con muchas otras limosnas demostraron su liberalidad, así como hicieron otros, que contribuyeron con dinero muy pronto. El primero que se movió a cambiar con la citada ocasión fue su sobrino Juan Antonio, que dejó una mala práctica que tenía con una mujer desde hacía mucho tiempo al ser reprendido por el Padre General, y después se hizo miembro de nuestra Orden, en la cual dio señales de vida laudable el año que vivió, y se fue al cielo. Las hijas del citado de Falco testifican en estos días cómo su padre, teniendo una llaga incurable en una pierna, que había gastado mucho para curarla, sanó cuando el siervo de Dios la tocó con su mano, dándole la bendición y pidiéndole que dijera con fe un Padrenuestro, un Avemaría y el Credo; pronto le cesaron los dolores tremendos que sufría, y la llaga apareció curada, de la cual ya nunca volvió a sufrir, aunque le impuso que de ningún modo hablase de ello. Aquella gente era movida a aficionarse al instituto de verdadera piedad al darse cuenta de lo grande que era la bondad del Padre

General y sus méritos ante Dios por el bien que hacía en las almas de la gente con su manera de tratarlos. Pedro Cotignola declara en el proceso que la primera vez, tal vez, que vio al Padre José salía de su rostro un gran resplandor, que brillaba también alrededor de su cabeza, con otras cosas sobre su vida. El cual, habiendo obtenido el permiso del Consejo Real, y el permiso del Sr. Cardenal arzobispo Buon Compagno, quien honró y quiso ver la nueva casa, y favoreció al Padre General a su satisfacción, en cuanto tuvo a bien su bondad. El 9 de noviembre de 1626 abrió sus escuelas en aquella ciudad, y después de dejar las cosas bien ordenadas en aquella nueva fundación, se volvió contento a Roma.

12. El año 1626 José, con el permiso del Papa, vino a Nápoles, invitado por el Regente Carlos Tapia, hombre de muchas virtudes. Se abrieron las escuelas en un lugar donde actores representaban comedias, y no es fácil contar los pleitos que le hicieron al Siervo de Dios. El cual, sin embargo, con el patrocinio de Carlos Tapia, y sobre todo de la Virgen María, les convenció de tal manera que abrazaron una vida mejor, de modo que se consolidaron las escuelas y muchos ciudadanos ayudaron con liberalidad. Otros, aconsejados por José, cambiaron sus costumbres, y algunos ingresaron en la Orden. Entre ellos un cierto Juan Antonio, que tenía una úlcera en el muslo, y tocándole con la mano Calasanz, y haciendo el signo de la cruz, lo curó. No faltó quien advirtiera su rostro rodeado de fulgor; según consta en acta, fueron principalmente algunos niños de las escuelas, admirados.

En una ocasión no había nada en casa para comer. Los religiosos avisaron a José, que les dijo: "Id todos al Santísimo Sacramento, y recitad ante él cinco padrenuestros y la salutación angélica". Lo hicieron inmediatamente, y entonces oyeron que alguien llamaba a la puerta, y dejó tres mulas en el patio, y se fue. El portero vio que las mulas estaban cargadas de provisiones, pero no pudo ver quién era el hombre que había llamado.

En Nápoles se abrió el noviciado, y después de marcharse José ocurrió que un adolescente, llamado Buenaventura de S. León, fue reprendido por el Maestro, quien le amenazó con expulsarlo de la Orden a no ser que cambiara sus costumbres. Él, por la noche, triste y dolido se encomendó a José ausente. De repente vio un resplandor, y oyó que José le hablaba, y tomándole con su mano la cabeza, le decía: "Ánimo, no temas". Estas palabras le dieron tanto ánimo

que dejó de estar triste, y le dieron fuerza para tolerar en lo sucesivo toda adversidad. También en Roma Juan Carlos de Santa Bárbara, que estaba en el noviciado, mientras estaba durmiendo en su habitación, oyó excitado a José decirle que saliera de su cubículo, porque era hora de llamar a cada puerta y dar la señal para ir a rezar.

14. También pasaron a Sicilia, fundando casas en Palermo y en Messina, y en nuestro Reino de Nápoles, a cuya metrópoli, nuestra ciudad de Nápoles, vino en persona para fundar el P. Fundador.

Me veo obligado a detenerme un poco más en el relato, máxime por algunos casos maravillosos, y que tienen mucho de sobrenatural, que tuvieron lugar en esta fundación. Calasanz fue llamado a Nápoles con gran instancia para el beneficio de este público por el Regente Carlos Tapia, hombre de no menos letras que de singular bondad de costumbres, y llegó allí en persona el año 1626 con licencia expresa, incluso por orden del Sumo Pontífice; y con la ayuda del mismo Regente recibió una casa cerca de la puerta de la ciudad, a la que llaman Capuana, que servía para el uso de los teatros de comedia que se encuentran en esta ciudad, y uno no puede creer cuántas persecuciones y peleas sufrió con los comediantes.

Pero con la protección del mencionado Regente, y sobre todo con la de Dios y su Santísima Madre, poderosa protectora de esta nueva Religión, se superó todo, e incluso se convirtieron muchos de aquellos histriones, que en su mayor parte tienden a ser personas libres y de poca conciencia, a penitencia y a vida más retraída. Incluso ellos algunos de ellos más capaces fueron recibidos y formados en las letras en su Religión. Entre ellos había un tal Juan Antonio, a quien el Siervo de Dios, tocando una herida grande e incurable que tenía en una rodilla con una señal de la cruz, la sanó. Y varias veces fue visto por los escolares y otros como otro Moisés Legislador, con un rostro resplandeciente y radiante como un sol.

En el mismo año el convento se encontró una mañana tan escaso de comida que no había ni un solo pan en la casa, ni los que habían salido a mendigar habían recibido, pues el Señor quería retrasar la curación (como dice Agustín en otra ocasión) para que pudiera resucitar. Fue advertido el Padre de la carencia y, sin perder la confianza en la Divina Providencia, hizo convocar con el toque habitual de la mesa a los religiosos, y en compañía suya fueron juntos a hacer oración en la iglesia ante el Santísimo Sacramento; e inmediatamente se oyó sonar la campana de la portería; corrió el portero a ver de qué

se trataba y encontró ante él tres cargas de provisiones para comer, y vio desde lejos al hombre con las tres mulas sin carga, que a todo paso, sin contestar al portero, que le llamaba a voces, se fue, sin haber podido saber nunca quién había sido el que había enviado tan buena limosna y tan a tiempo, por lo que se juzgó que había sido algún ángel.

No puedo menos que narrar aquí otros dos casos, con los cuales el Señor quiso dejar claro con qué diligencia pensaba el Siervo de Dios en sus hijos, y con cuánto fervor oraba siempre por ellos para que se enfervorizaran más en el servicio divino. El primero fue que después de haber salido de Nápoles, una noche, durmiendo el P. Juan Carlos de Sta. Bárbara cuando aún era joven, escuchó la llamada del P. José ya ausente, que le dijo que llamara al hermano que tenía que llamar a los religiosos a la oración, pues ya había pasado la hora. El otro que, según el P. Buenaventura de San León, muy afligido por haber sido amenazado por el Maestro de Novicios, que si no cambiaba las costumbres lo expulsaría al siglo, se encomendó calurosamente a las oraciones del Padre José fundador, que ya había regresado a Roma desde Nápoles, donde residía el afligido y asustado novicio, y le hizo una promesa de enmendar todo lo que pudiera, y al final se vio oído, porque apareciendo ante él el Padre, después de darle los saludos habituales le dijo que tuviera ánimo porque profesaría, por lo que quedó muy tranquilo, y de hecho hizo la profesión en su momento. Con estos y otros favores, que el Señor hizo a los religiosos a través de su Fundador, el espíritu y el amor por su Padre crecieron en ellos y los súbditos y casas que por cada parte abría la nueva Religión crecieron cada vez más.

Una noche no había en la casa nada que dar a sus religiosos para la cena; advertido de la falta, no se afligió, sino que confiando plenamente en Dios se puso en oración, y he aquí que sonó la campana de la puerta del convento, fue el portero y encontró un joven desconocido con una mula cargada de comestibles, que le dio seis escudos y entregó la carga que les enviaba, como él dijo, una persona devota sin decir quién, y se fue, por lo que pensaron que era un ángel del Señor, que había sido enviado a ellos por los méritos de su Siervo para proveer a sus religiosos.

15. Con el mismo celo por quitar la oportunidad y ocasión de ofender a la Divina Majestad, estando en Nápoles en el año 1626, llamado allí por el consejero real Tapia, y otros señores, para plantar

en esa ciudad muy poblada el piadoso Instituto, después de visitar varios sitios propuestos por ellos, eligió el del distrito llamado Duchesca, cerca de la Puerta Capuana, y precisamente el teatro de las comedias públicas y lugar de juego, estimando hacer algo muy agradable a Dios, quitar al diablo ese lugar para dedicarlo al mismo Dios, y convertir esa escuela de vicios en escuela de piedad cristiana. Y, en efecto, el mismo lugar del teatro se convirtió en una iglesia bajo la invocación de Santa María del Pesebre, y el mismo director de las comedias y custodio del juego, dejando ese uso pernicioso por los santos ejemplos del Siervo de Dios José, se dedicó a la vida espiritual, y se hizo sacerdote, y vivió en lo sucesivo como sacerdote secular muchos años, con una vida ejemplar.

16. Al regresar a Roma, fue a Nápoles, para beneficiar incluso a esa noble ciudad con su obra, y después de haber establecido dos colegios a sus religiosos y para edificar con su presencia esos pueblos, regresó a Roma para asistir al gobierno universal de la religión que ya estaba extendida en muchos lugares de Europa. Cabe señalar que en todos sus viajes en el camino nunca dejaba de cumplir ninguna de las observancias habituales de la regla. Recitaba la Coronilla de los Cinco Salmos en honor del Stmo. Nombre de María; rezaba el Rosario; meditaba dos veces al día; recitaba las letanías de los santos con el examen de conciencia, y todo lo demás como si hubiera estado en el claustro.

Y le contó, entre otros, lo que le sucedió en Nápoles, ante la falta del sustento necesario a sus religiosos cuando aparecieron tres cargas de provisiones en la puerta sin saber quién las envió.

Núcleo narrativo 7. Años de prueba y muerte (1642-48)

A) *En este pontificado, hacia el final, por algunas controversias de los mismos religiosos, fue visitada la pobre Religión.*

Problemas internos

3. Así en el ameno Cielo de esta Religión no han faltado Luzbeles y sus aliados, los cuales, so color de aparentes conveniencias, han causado cisma y domésticas disensiones. Es inexplicable el estorbo que se ha visto en ambas partes o puestos, habiendo concurrido varias y contrarias inteligencias, podemos decir que fuese una Angélica pelea: *proelium magnum factum est in Coelo; Michael* etc.

No sé qué semejante desorden haya seguido entre los religiosos de la Escuela Pía. Levantáronse en ella algunos inquietos contra el nuevo Moisés. llegaron a tal seno las murmuraciones y calumnias que lo suspendieron del oficio. ¿A qué no llega la calumnia? Cargó el gobierno sobre aquellos alevosos, pero no teniendo aquellas prendas que se necesitan para regir un instituto tan dilatado, cayeron oprimidos bajo del mismo peso.

4.26. Y también fueron persecuciones que pusieron en peligro su vida, porque algunos de aquellos malos hombres, cuando vieron los cuchillos fuera, murmuraban que lo que no podían hacer con hierro, lo harían con veneno, y se dio la orden expresa de que no entrara nadie en la cocina o en el refectorio, excepto los encargados, que eran personas de confianza.

5. Uno de los nuestros escribió un memorial lleno de mentiras contra nuestro Padre a un Emmo. Presidente de una Congregación.

Este hizo llamar a nuestro Padre fundador, y sin escucharle ni una palabra le reprendió ásperamente. A estas palabras nuestro Padre se arrodilló, y no se movió hasta que dio la orden Su Eminencia, y no dijo una palabra, así que toda la corte, que presenció el hecho por tener lugar en una sala pública, se admiró de la paciencia de uno y de la imprudencia del otro. Sólo en privado nuestro Padre dijo a Su Eminencia que en aquel asunto lo había hecho todo tras consultarlo con el Emmo. Francisco Barberini.

Otro de los nuestros, que por la protección de personajes de primerísima clase se había ensoberbecido mucho, con afrentas y palabras injuriosas, incluso mentiras, lo maltrataba de muchos modos en presencia de cualquiera. Nuestro Padre no respondía otra cosa sino “Dios lo ve todo, y juzgará entre mí y usted, y se sabrá quién dice la verdad”. El citado Emmo. Cardenal Cesarini, protector, quiso castigar al soberbio mencionado por diversas maldades cometidas. Nuestro Padre le suplicó, incluso de rodillas, que no lo hiciese, pues tenía detrás un fuerte apoyo. Pero Su Eminencia no quiso desistir, por lo que nuestro Padre, alzando los ojos al cielo y sometiéndose él y su Orden en todo a S.D.M. dijo: “Dios quiere que algo grande ocurra; que se cumpla su santa voluntad”.

7. Como el enemigo de la salvación humana no podía tolerar la adquisición de tantas almas para el Paraíso, como se hacía, y se preparaba para ser mayor aún por medio del Padre fundador y de sus religiosos, aumentó (permitiéndolo Dios) las persecuciones contra él y contra la Orden sirviéndose de algunos de la misma Orden que no querían vivir según su profesión, y al ser corregidos y mortificados a causa de ello por el Padre, sin poderlo soportar se sublevaron contra él con tales detracciones y calumnias que lo hicieron suspender del oficio y gobierno. Dios, para ofrecer una prueba ejemplar de la virtud de este siervo suyo, permitió que incluso ministros principalísimos de la Santa Iglesia dieron crédito a las imposturas de los malignos perseguidores, y no conocieron sus fraudes y astucias hasta que el mismo Dios tuvo a bien manifestar con signos la inocencia de su fiel siervo y la malignidad de los perversos religiosos.

8. Las persecuciones causadas por algunos de sus súbditos son bien conocidas. Le acusaron de ser desobediente, terco y reacio a las órdenes de los Superiores Mayores. Una vez le reprendió con demasiado celo un Cardenal sin saber si la acusación era cierta; él se puso

de rodillas y no dijo una palabra en su defensa. Por esas oposiciones fue suspendido del cargo de General, y siempre mostró una gran paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, y durante seis años hasta su muerte soportó con gran ecuanimidad los sufrimientos comunes de todas las casas de Religión. No sólo no se quejaba de los que le habían avergonzado, sino que oraba continuamente por ellos para que en esta vida y en la otra la D. Majestad se dignara exaltarlos. (Y solía decir a menudo: “Han hecho todo lo que han podido y sabido para mortificarme; me privaron del Generalato, deshicieron la Religión por la que he luchado durante 50 años, me calumniaron y deshonraron, me pueden quitar la vida si Dios se lo permite, pero nunca me quitarán a nuestro Dios, por amor de quien hice todo”. Si en la mesa le faltaba algo, nunca lo pedía, y muchas veces se quedaba sin beber por no tener vaso. No quería cosas particulares nunca, y si se daba cuenta de que desde la cocina le enviaban alimentos no comunes, le gritaba mucho al hermano de la cocina, y luego no comía ni las cosas particulares, ni las comunes, de modo que, pensando en darle gusto por su vejez, se le daba la oportunidad de una mayor mortificación.

9. Las persecuciones que sufrió por medio de algunos de sus súbditos son muchas, pero todas las sufrió con grandísima paciencia y fortaleza.

Otro dio un memorial contra él a un Eminentísimo Jefe de Congregación, a quien habiendo ido nuestro Padre, Su Eminencia sin oírle, le reprendió duramente, a cuyas palabras se arrodilló y no se movió sin la orden del Cardenal, y no dijo palabra en su defensa, y sólo respondió que todo el asunto se había hecho tras consultar al Eminentísimo Barberini.

No sólo siempre tuvo muy en cuenta las Constituciones, sino también las costumbres comunes de la Religión, y si en la mesa le faltaba algo, nunca lo pidió y muchas veces se quedó sin beber por no tener la taza, o por no tener vino ni agua ni jarras. No quería nunca comida especial, y si se daba cuenta de que de la cocina le habían servido algo diferente a los alimentos comunes, regañaba al cocinero, a pesar de que, como anciano, se le debía tener alguna deferencia, tanto más que no comía más que una vez al día.

11. Así que Satanás preparó su asalto por medio de uno de sus hijos, que por lo inesperado e indigno de su ataque pudiese si no dañar

verdaderamente al ejercitado en la guerra, al menos ganar la victoria conmoviendo y afligiendo o incluso derribando la obra de su piedad. En aquel tiempo había en la Orden uno nacido en el lugar de Montepulciano, poco destacado por su talento no muy bueno y de poco mérito y saber, que por una cuestión accidental fue aupado por personas de consideración hasta tal punto, como podrá verse en los libros de crónicas de la Orden, que parecía ir a la caza de sus gustos, como se dice, en selva ajena. A veces las piedras falsas se engastan en oro, y los estúpidos “son puestos en dignidad sublime”. Viéndose en su propósito de hacer el mal que era su gusto, se dio a conocer al visitador general de la Orden como alguien de no auténtica piedad. No del todo adverso a la Orden y a su Padre fundador, este visitador había sido enviado en los últimos años del pontificado del Sumo Pontífice Urbano VIII, y unos días antes por aquel tiempo había sido el citado nombrado vicario general de la Orden. Cuando se dio cuenta el P. Ubaldini, somasco, que así se llamaba el visitador general, de la voluntad que tenía el vicario general contra su Orden y contra el mismo fundador, ya depuesto del oficio de general, y dándose cuenta de que perdía el tiempo esperando que con su celo de piedad y justo obrar pudiera reducirlo al recto deber, y por no sentir siquiera el olor de su impío aliento, con el que podría mancharse su nombre, dimitió de su cargo de visitador, y no quiso saber nada más de ello, sabiendo muy bien que *“el que profiere mentiras, perecerá”*. Pero, habiendo encontrado el Vicario General a elección suya aquel que con su profesión natural podía secundar con la suya su propia maldad, obtuvo en lugar de aquel la sustitución de este contrario a la intención del anterior, y lo hizo nombrar visitador, al que se aplica muy bien lo que dice el Eclesiástico: *“El atuendo del hombre proclama lo que hace, su caminar revela lo que es”*. El vicario, corriendo a plena vela en todo con el promovido visitador, que le impulsaba soplando, y vuelto ya odioso, terminó sus días en breve. Precisamente cuando se veía estar en el colmo de sus alegrías por los daños que había ocasionado a la Orden y los perjuicios a su fundador, al que había hundido con sus imposturas de mentiras manifiestas y vilipendios, fue golpeado por la amenaza de Dios y se vio en el umbral de la muerte. Como dice Isaías: *“¡Ay del malvado! que le irá mal, que el mérito de sus manos se le dará”*, todo esto se cumplió pocos meses después de la promoción a su vicariato general. El miserable fue atacado por una enfermedad de fuego sagrado tan horrible que se volvió todo negro

y deforme, y a todos les daba repugnancia mirarlo, y ya odioso con el dicho *“Quien siembra injusticia cosecha miserias”*, se murió en la casa del colegio Nazareno, en el palacio de los Sres. Muti, no en San Pantaleo, de donde había intentado hacer expulsar a su Padre, el 11 de septiembre de 1643. Por la bondad del Padre José, que otra cosa no sabía sino hacer bien a cambio de los males que recibía, su cadáver fue llevado a nuestra iglesia, pero la sepultura de nuestros religiosos no lo pudo admitir, al estar totalmente hinchado, por lo que por la noche, ocultamente para que nadie lo viera, porque daba nauseas, fue llevado a escondidas para ser enterrado en la fosa común de los seglares, al no ser recibido en la tumba propia de los padres, a los que con ignominia para su nombre había perseguido en la persona de su fundador. Del cual ni siquiera quiso agradecer el afecto de su amor paterno cuando antes de que muriese, todo lleno de piedad, para ayudarlo a disponer bien su alma para el justo camino de la eternidad, fue a visitarlo, lo cual ocasionó una gran pena al buen viejo, quien no tenía en su corazón sino la voz de su Dios, *“amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen”*. Por el contrario, el miserable sentía indignación contra aquel que le deseaba todo bien. Y antes de morir se las arregló con aquellos que pensaban como él para seguir adelante con su plan, y a tal efecto les pidió que pusieran en su lugar a otro, al que conocía como muy artificioso a propósito para dañar a la Orden, y que tenía el corazón semejante al suyo, *“corazón que fragua planes perversos, pies que ligeros corren hacia el mal”*. Este castigo de Dios tan ejemplar no despertó los ánimos de los que tomaron la muerte ocurrida como un accidente de la naturaleza, o más bien maldad de ánimo de una mano siniestra, porque querían justificarse, pero en realidad fue un juicio de Dios, y los podía haber hecho perspicaces la misma rectitud en el deber que llevó a la renuncia a su oficio del P. Ubaldini, cuando se dio cuenta de que la mente del difunto era demasiado impía, pues no era justo ni con Dios ni con su Orden y el Padre fundador, a los que de hecho intentaba perder; pero continuando en la vehemencia de la impresión de la razón de estado no podía caber en sus mentes ni el sentimiento de la conveniencia del deber que afirmaba aquel digno religioso, ni el bien universal de la Orden, ni la bondad del fundador depuesto, quien se contenía en su discreto silencio, gozoso de morir en la cruz de su Cristo.

12. Pero mientras las Escuelas Pías florecían de tal modo que se abrían casas en Sicilia, Cerdeña, Polonia, Bohemia y otros lugares

en donde la gente se disputaba su presencia, por envidia del demonio cierto hombre miembro prominente del instituto, al que había reprendido por su licencia el Siervo de Dios, decidió, torpemente ilusionado, manchar con sus mentiras y comentarios la ínclita fama de José, y logró con sus artes que en 1643 se suspendiera su autoridad de Prepósito General, y ser nombrado él mismo Vicario General. Entonces apareció a los ojos de todos cuán sólida era la virtud de José, quien con tranquilidad de ánimo y una serenidad admirable en su rostro, se sometió al nuevo superior, Y aunque no era su súbdito, le pedía permiso y cumplía de buena gana todo lo que le ordenaba. Ocurrió principalmente que el Vicario le acusó gravemente, mientras él estaba humildemente de rodillas, de ser un gran hipócrita, simulador, y viejo fatuo y delirante, añadiendo que al final haría ver a todos sus simulaciones y maldades, y por ellas sufriría el castigo merecido. Mientras oía estas palabras no se alteró la serenidad de su rostro, y cuantas más cosas le decía, menos perdía su valor, pues rechazaba enfadarse por las injurias.

13. Pero no puede ser nadie un verdadero discípulo de Cristo si no pasa por el camino de la Cruz, sufriendo voluntariamente por Cristo, ni hay un mayor signo de amor a Dios que el sufrir y morir por Cristo, que dijo: “*Maiorem charitatem nemo habet ut animam suam ponat quis pro amicis suis*”. Por ello, incluso si uno tuviera todas las virtudes, nunca agradaría a Dios si no llevara también voluntariamente su cruz de los sufrimientos que Dios le envía. Permitió Dios que su siervo José también fuera en esto bien ejercitado y probado, especialmente en los últimos años de su vida, para que pudiera perfeccionar el cúmulo de sus virtudes, y fuera refinado como el oro en el crisol con el fuego de las tribulaciones y persecuciones. Fue un ejemplo vivo de paciencia para todos, porque (además de las tribulaciones sufridas por la fundación del Instituto de las Escuelas Pías, como se vio anteriormente) no fue perseguido sólo por extraños y poderosos (que de acuerdo con la política del mundo percibieron la obra que él instituyó como un mal para la República Cristiana, siendo realmente lo contrario), sino también por algunos de sus hijos religiosos, que llevados por la ambición de mandar en la Religión, se le opusieron con falsas suposiciones y acusaciones falsas, y finalmente obtuvieron la Visita Apostólica del Papa reinante Urbano VIII, y la suspensión de nuestro V. P. José fundador de su cargo como General, y a tal efecto Mons. Altieri, Vicegerente, fue a S. Pantaleo, y

dijo en presencia de todos después de tocar la campana para reunirlos, a nuestro P. General: “Por orden de N. Señor usted, P. José, queda suspendido de su cargo, y ustedes Asistentes, privados del cargo, a causa de la Visita Apostólica que N. S. ordena a la Religión”. Y el P. Ubaldini, somasco, fue nombrado Visitador, con poder absoluto. Pero viendo que algunos de nuestros mismos religiosos principales, y en particular el P. Mario de San Francisco de Montepulciano, se oponían por otros fines indebidos a todo lo que determinaba por el bien de la misma Religión (estimando mejor atender a su propia tranquilidad), pronto decidió renunciar a este cargo, como hizo. Y el P. Silvestre Pietrasanta, jesuita, fue nombrado en su lugar. Y lo que hizo maravillarse a todos fue que el mismo V. Padre nunca quiso tomar su propia defensa, como muchos le habían aconsejado, y fácilmente podría haber hecho, pero al poner todo de nuevo en Dios (en quien había puesto todo su corazón), sólo decía: “Dejemos obrar a Dios, que cuidará de su causa y de sus pobres”.

14. Pero, aunque el Papa respondió a esta súplica con un rescripto favorable, dicha prohibición nunca pudo ser puesta en ejecución por las continuas, e importunas instancias que desde todos los lados personajes a quienes ni siquiera el Sumo Pontífice podía negar una petición tan piadosa, por lo que se veía obligado a prescindir de la orden dada, y mandar al P. José, sintiéndolo mucho, que fundara nuevas escuelas y aceptara nuevas casas. No había duda del gran beneficio que se obtenía, con mucho consuelo suyo, pero el verse tan pobre en compañeros para acudir y servir a tantas fundaciones le causaba inquietud. Todo esto, sin embargo, habría sido remediable, si nuestro José, como antes el antiguo patriarca, no hubiera sufrido por sus propios hermanos una persecución tan furibunda que, permitiéndolo así el Señor para enriquecerlo en méritos, fue removido del gobierno de su Religión, pasando ese tierno rebaño de las manos de su amoroso pastor a ser gobernado por un orgulloso lobo. Era muy celoso de la observancia de su Regla, sabiendo que cada negligencia de esta, una vez introducida, difícilmente se puede corregir en las comunidades religiosas. Por lo tanto, con rigor castigaba cualquier incumplimiento de la misma. Este rigor, que los buenos religiosos consideraban justo, los malos la tenían por crueldad y tiranía. Con la multiplicidad de casas, y en países diferentes y remotos, habían vestido muchos de los que no toman el estado religioso sino por su propia comodidad, queriendo disfrutar al mismo tiempo de

la libertad del siglo con la paz y tranquilidad religiosa. Para estos, toda observancia es rigor, toda estrechez es crueldad, toda mortificación es tiranía de superiores indiscretos; así que descontentos con su estado, por lo demás muy feliz, no piensan en otra cosa que en sacudir el yugo, para ellos nada suave, de las propias leyes y arrojar la carga de la obediencia, demasiado pesada para ellos. Estos, por lo tanto, porque eran castigados por el P. José y sus fieles ministros con mortificaciones y penitencias, tenían a aquel por tirano, y a estos por crueles verdugos.

15. La política mundana se movió muchas veces contra el Instituto de escuelas, aduciendo con razones aparentes y falaces, que la enseñanza a los niños pobres es una cosa perjudicial para la República, no viendo que el propósito de esta es puramente inculcar en el alma el santo temor de Dios, y la piedad cristiana. Y ello para que el precio de la preciosísima sangre de Cristo, tan ampliamente pagado para la salvación de las almas, no deje de alcanzar a los pobres por la escasez de los que les instruyeron, sin obtener el debido fruto de la redención. Mientras que para el sentimiento de los hombres eruditos y temerosos, que tienen ante sus ojos solamente la gloria de Dios, dicho Instituto siempre fue considerado muy noble y necesario para la República Cristiana, pues, siendo los pobres los que constituyen el mayor número, imbuidos desde la tierna edad en la observancia de los preceptos divinos, y el verdadero conocimiento, y en el fundamento de la santa fe y misterios soberanos, mejor la fundamentan. Oposiciones similares tocaron al P. José oblicuamente, puesto que era el fundador, y mero instrumento de una obra tan grata al Creador del universo, y como le causaban tan poco daño, no les hacía mucho caso.

Otras contradicciones, sin embargo, movidas por la ambición, le hicieron mucho daño, pues tocaban a su persona por medio de calumnias insultantes que le trataban de viejo lelo, aturdido, y tonto, que ya no era capaz de gobernar. Y estos tales por medio de partidarios externos confiaron el manejo del gobierno a una persona de otra Orden con el título de Visitador Apostólico, y ellos tomaron parte en el gobierno de la nuestra, y dejando de lado toda reverencia y respeto debido a él, lo vilipendiaban descaradamente y buscaban oportunidades aparentes y falsas, porque no las tenían reales, para acusarle. Soportó todo con un rostro y un alma imperturbables y una paciencia invicta sin dar razones para la excusa y la defensa, poniendo cada insulto y sufrimiento en los brazos de su Creador.

Incluso siendo capaz varias veces de justificarse ante los que estaban mal informados, nunca quiso hacerlo, aunque otros le persuadieran a hacerlo, pues le bastaba ser inocente ante la Divina Majestad. Y en estas tribulaciones que duraron muchos años se mostró tan inalterable que el P. Francisco de la Purificación, su asistente y hombre de prudencia y bondad probadas, dijo que el Padre José era como el Monte Olimpo, a cuya cima no llegan vientos ni tormentas.

16. Pero no cesaron aquí las maquinaciones del furioso mentiroso, pues teniendo como objetivo el gobierno de toda la Religión, y no pudiendo lograrlo sin conseguir antes de la deposición del Venerable Padre fundador, esparcía en los oídos de personas poderosas en la corte que el P. José General estaba chalado, ya no estaba en sí mismo, no sabía lo que hacía, se olvidaba de asuntos importantes, de lo que nacían desórdenes continuos, por lo cual era necesario poner otro superior. Y a pesar de que estas informaciones fueron estimadas mentiras manifiestas por muchas personas sensatas, ya que varios prelados, que fueron varios días a tratar con él sobre diferentes temas, lo encontraron estable en la memoria, prudente en el consejo, sabio en las respuestas, firme en el consejo, y tan constante en el hilo del razonamiento que manifiestamente conocieron la calumnia, el siervo de Dios fue depuesto del cargo de General, y el P. Agustín Ubaldini de la Congregación Somasca fue diputado con el título de Visitador Apostólico, con la junta de cuatro Asistentes religiosos, uno de los cuales era el perseguidor del P. José, y que había maquinado todo el asunto. El prudente Visitador Apostólico conoció en poco tiempo el origen de todos los males, y quiso poner el debido remedio dirigido a reprimir al religioso sedicioso. Este se dio cuenta, preocupado por la información, y se insinuó en la mente de los ministros supremos del Tribunal, creando desconfianza con respecto al mismo P. Visitador, que prefirió renunciar al cargo a exponerse a las calumnias de aquel sedicioso.

B) Y nuestro Calasanz, que por humildad no solía comparecer por las casas de los príncipes en los cortejos, fue maltratado, y finalmente, como humildísimo que era, ha sido muy abatido en el exterior y ha visto con grandísima paciencia reducida su Religión a Congregación bajo el gobierno de los Ilustrísimos Ordinarios, diciendo siempre: “Dios está por nosotros; dejemos obrar a Dios”.

Mario Sozzi

3. Se hace inexplicable la caridad y afecto que tenía a los mismos contrarios. Siempre buscó hacer bien por mal. Y en tal caso nuestro caritativo Moisés no solamente subió hasta la cumbre más empinada de la perfección evangélica, mas casi llegó hasta el solio de la Divinidad. Pues no emulaba más la semejanza de Moisés, sino la de Dios, según la opinión del agudo Crisólogo: *Nulla alia in re potest homo proprie ad divinam potestatem accedere, quam si offensus inoffenso decurrat animo. Nam si offensus parcat, Infulas divinae potestatis videtur obtinere, & viscera Patris misericordiarum induere.* Pasaron los émulos sin venganza de José (antes procuró serles siempre provechoso) pero no sé si pasasen sin castigo de Dios y sin lepra. A un padre que fue causa de la disensión, le envió Dios una horrible lepra con la cual se murió. Otro murió dando de cabezadas en la pared. Porque los superiores (aunque no den señales de ser lo que debieran) con todo eso, siendo las niñas de los ojos divinos, han de ser reverenciados y no ultrajados; se han de honrar y no calumniar.

4.3. Además de las persecuciones causadas por varias personas, y sufridas por él con gran valor y soportadas por amor de Dios, últimamente fue perseguido por una suposición no verificada, más bien probada en contra, de haber quitado algunos escritos al Padre Mario, que según él pertenecían al Santo Oficio, y que el Eminentísimo Cesarini había mandado por medio de su auditor Corona tomar de dicho Padre. Entonces de repente nuestro Padre José con algunos de sus compañeros (el P. Pedro Casani, el P. Juan Castilla) fueron conducidos por el Asesor del Santo Oficio (en aquel momento era Monseñor Albizzi) al Santo Oficio. He oído decir que era a mediodía, en verano, y fueron conducidos a pie. El Padre General, contento, pidió pasar por la calle de los Bancos, para saborear más las afrentas. Después de estar mucho tiempo en la sala en ayunas, finalmente lo enviaron de vuelta el mismo día con sus compañeros a San Pantaleo. Y aunque hemos hablado muchas veces de aquel episodio, nunca he escuchado sino palabras de mucha conformidad con la voluntad de Dios, preocupándose más, como decía, por el honor de Dios que por su propia reputación. Nunca recurrió a acuerdos que le propusieron, por no parecerle que no promovían la gloria de Dios, aunque pareciesen útiles y honrosos para su reputación. Y a partir de estos y semejantes encuentros y sufrimientos

por amor de Dios y la salvación del prójimo, exhortaba a todos. Y he oído decir al dicho Padre José que obtenía muchas cosas a través de la intercesión de la Santísima Virgen.

5. Un príncipe le envió setenta escudos para que se sirviese en sus necesidades. El buen Padre General y fundador en cuanto lo supo los llevó al Superior mencionado (P. Mario), dejándolos a su libre disposición, diciéndole con toda resignación si querría darle algo para comprar algunas imágenes que le habían pedido de nuestras casas. Recibió con toda tranquilidad los pocos julios que le dieron, porque realmente fueron pocos.

Habiendo muerto más tarde el primero (Mario) soportó con toda fortaleza que el P. Visitador (el jesuita Pietrasanta) le impusiera por sí mismo otro superior (Esteban), aunque todos los que vivían en Roma no querían soportar tal afrenta y se sublevaron de mala manera contra él, nuestro buen Padre se opuso a los nuestros que estaba a favor suyo, e hizo que se calmaran y reconocieran al segundo nombrado como superior suyo, y él fue el primero en reconocerlo.

En la enfermedad de aquellos dos principales nuestros, Mario y Esteban, que han causado la destrucción de nuestra Orden, hizo toda diligencia posible por la salud de sus almas, y le gustaba que también por sus cuerpos se hiciera todo cuanto hubiera querido para sí mismo. Sintió muchísimo que el primero de ellos, Mario, no quisiera ser visitado por él, habiendo él ido de San Pantaleo hasta la Virgen de la Victoria, al jardín de los Señores Muti para visitarlo y consolarlo, y que él diese en las otras cosas tan pocos signos de su salvación eterna. Al otro, Esteban, fue a visitarlo varias veces, y le exhortó a recibir los santísimos sacramentos en un momento concreto, porque si no lo hacía entonces ya no tendría tiempo, porque perdió la razón y murió delirando.

7. A la cabeza de ellos estaba un tal padre Mario de Montepulciano, que murió de lepra incurable por castigo de Dios, quedando su cuerpo consumido por un fuego interno, que parecía que lo habían rustido en el horno. Yo lo vi con mis propios ojos tan deforme, y me encontraba presente cuando murió y también cuando los médicos le hicieron la autopsia para ver las causas de su mal, que todos dijeron que era venganza de Dios, incurable para los medicamentos humanos. Fue tal la deformidad de este infeliz que sus compañeros que estaban al mando no quisieron que se expusiera a la vista públi-

ca y lo tuvieron cubierto y cerrado todo el tiempo de las exequias, y después, sin dejar que fuera visto, lo hicieron enterrar. Debo decir sin embargo que el último día de su vida yo me encontraba presente y le vi hacer diversos actos de virtud, pidiendo que yo y otros le leyéramos, así que podemos esperar de la misericordia de Dios que en aquel último momento le tocaría el corazón y lo acogería en un lugar de salvación como sabe y puede hacer cuando y a quien quiere, porque “justifica a los que quiere justificar y se compadece de los que se quiere compadecer”. Posiblemente esto sería fruto de las oraciones que el buen Padre presentaba a Dios por él.

Ocurrió que cierto bienhechor le envió una buena cantidad de escudos para que se sirviera de ellos, considerando que en la postración en la que se encontraba los necesitaría mucho. Tomó nuestro Padre la limosna dando gracias al bienhechor, y después llevó el dinero al superior de entonces, diciéndole si tendría a bien darle algo para conseguir algunas estampas para enviarlas a devotos que las solicitaban. El superior tomó el dinero, y apenas le dio al siervo de Dios unos miserables julios de todos aquellos escudos, con los que se conformó y alegró. En fin, era tan observante de la obediencia que consideraba y reverenciaba a sus superiores como ministros de Dios, obedeciendo alegrísimamente no ya sus órdenes, sino los simples signos, y decía que no hay cosa más segura ni le parecía a él nada más fácil que obedecer las órdenes del superior.

No quiero sin embargo dejar de contar cómo por obra del citado padre Mario, el cual con malos fines, como ha demostrado el resultado, se hizo inscribir entre los ministros de la Santa Inquisición de Florencia, fue denunciado en Roma nuestro Padre a este tribunal, y conducido como reo públicamente en compañía de sus asistentes y secretario a mediodía, delante de la carroza del Monseñor Asesor, al palacio del Santo Oficio en el Borgo, donde después de unas horas fueron licenciados todos por haberse conocido que estaban sin culpa. De tal afrenta no sólo no se turbó nuestro Padre, sino que la recibió con increíble alegría y paz, añadiendo que tal hecho ocurrió un viernes, lo que podía aumentarle aún más la alegría con el recuerdo de que fue en tal día preso Cristo, y completó su Pasión.

Yo sé que fue más de una vez de San Pantaleo al colegio Nazareno, que entonces estaba en el lugar de los señores Muti al principio de las casas, para visitar al P. Mario que yacía leproso en su lecho de muerte. Yo vivía también allí, y oí decir que nunca quiso recibirlo, por lo

que el buen viejo tuvo que volverse sin haberlo visto, pero no creo que sin el premio Dios destinado a la obra de misericordia de visitar a los enfermos, y de soportar por amor de Dios a las personas molestas.

9. Otro de nuestros miembros habló con poco respeto del Eminentísimo Protector en presencia del Prelado Vice protector, hablando mal de la Orden y del Fundador. Quiso el Cardenal ocuparse de ello en la Cámara y sobre la persona de aquel Padre. Cuando lo supo nuestro Padre Fundador, fue a suplicar a su Eminencia que se complaciera en no hacer tal diligencia, conociendo la protección que tenía de una Sagrada Congregación o de un Ministro principal de la misma, y viendo que cuanto más rogaba que no hiciera tal Visita, tanto más se enardecía Su Eminencia, levantó los ojos al cielo, sometién dose él y su Orden en todo a S.D.M., diciéndose a sí mismo: “Dios quiere algo grande, que se haga su santa voluntad”.

Cuando fue suspendido del cargo de General por la mala información de dos, o algunos más de los nuestros, no sólo soportó con paciencia y alegría esta mortificación, sino que al ser colocados en el gobierno de la Orden los mismos calumniadores, los llamó, les ofreció su habitación, los honró y los recibió como Superiores. Además, escribió a los demás que les obedecieran. Una vez un Príncipe le entregó 60 escudos para usarlos en sus necesidades. Él inmediatamente los llevó al superior y le dijo si le parecía bien darle algo para comprar unas imágenes que le habían pedido de nuestras casas de fuera. De aquella gran suma le dio solamente 25 julios, y él no dijo palabra ni pidió otra cosa.

De los que le perseguían a él y a la Religión no sólo no hablaba mal de ellos, sino que no quería oír hablar de ellos a los demás; y varias veces dijo que todos los días rezaba a Dios con todo su afecto por ellos, tanto como por él mismo, y que también les perdonaba con ese afecto con el que deseaba que Dios le perdonara sus pecados; y que deseaba que S.D.M. los elevase en esta y en la otra vida, afirmando que haría todo lo posible para verlos convertidos a Dios y vivir como buenos religiosos. En la enfermedad de aquellos dos que habían causado la destrucción de la Religión, puso toda la diligencia posible por la salud de sus almas y quería hacer por sus cuerpos lo que hubiera deseado para sí mismo, lamentando mucho que uno de ellos no quisiera ser visitado por él, ya que él mismo había ido a verlo, y que por lo demás diera pocas señales de interesarse por su salvación eterna. Al otro fue varias veces y por alguna esperanza

de su alma por haber recibido los Santos Sacramentos, y dio otras señales de su salud eterna. Al otro fue varias veces, y tenía alguna esperanza para su alma, porque había recibido los Santos Sacramentos, y dio otras señales para que le visitara el Padre, e hizo todo lo correcto, mientras que antes pensaba poco en la muerte y en los Sacramentos.

10. Pero el mayor milagro de todos fue su vida, y la paciencia y tolerancia en sus persecuciones, que le ocasionaron sus mismos hijos. Y no me admiro, porque si la envidia que nace del bien ajeno es tan cruel entre los hombres, que cojean de vicio tan rabioso, ¿cuál será la envidia y rabia del demonio contra los justos, conociendo que estos han de poseer el lugar que él por su soberbia perdió? ¿Cómo podrá sufrir Luzbel que se le adelante por gracia el que en la naturaleza le es inferior? Y así incitó con su diabólico ardid a un ambicioso para perseguir al Santo Padre Fundador. Ambicioso había de ser quien, olvidado de las obligaciones de hijo, arma sus tiros contra su mismo Padre. Pretendió un religioso (cuyo nombre se calla por indigno de ser tomado en la pluma) ser Provincial de la Toscana, puso medios para conseguirlo. Pero el Santo Padre José de la Madre de Dios, con la discreción que tenía de los espíritus, no condescendió con su pretensión; antes con carta llena de amonestaciones santas le exhortó a la penitencia de su presunción. Disimuló el pretendiente, y por entonces no publicó quejas contra su Padre Fundador. En ese mismo tiempo eligió el Arzobispo de Florencia a ese Padre por Confesor extraordinario de las Monjas. Ejerciólo el religioso con edificación de todos, y sin duda por las oraciones de su Santo Padre, le hizo Dios instrumento de descubrir por su medio un engaño diabólico, que, a no remediarlo aprisa, podría ser de ruina eterna muchas almas. En uno de los muchos monasterios que aquella insigne y hermosa ciudad tiene, existía por confesor y capellán mayor un sacerdote de lo más noble de Florencia en sangre, el cual, dando demasiado crédito a la santidad fingida de unas mujeres vanas, publicando sus arrobamientos y visiones, eran tenidas en gran opinión de muy espirituales y santas. Cuando he tenido siempre parecer firme (por más que parezca a alguno extravagante) tratar a las mujeres tales con aspereza de palabras, dándoles en la cara con su necia credulidad (hasta más que segura prueba de su conocida virtud), que un instante no se fíen de si, y que humildes confiesen a los pies de Jesucristo que de suyo no tienen más que maldades.

El tal confesor extraordinario, sabido lo que pasaba en el Monasterio, no lo reveló al Serenísimo Gran Duque, ni al Inquisidor, ni al Nuncio de Su Santidad, ni al Arzobispo, sino que montado a caballo se fue corriendo la posta a Roma, declarando todo lo susodicho a los Inquisidores y parientes del Papa, que entonces era la Santidad de Urbano Octavo, los cuales agradecidos como debían de aviso tan importante, dijeron al Religioso que viese qué dignidad quería, que luego Su Santidad se la daría, y es constante que si pide un obispado se le dan; pero ese Padre respondió que solo quería volver a Florencia Provincial, de cuya petición quedaron admirados los Inquisidores y los parientes del Papa, pues quería un Provincialato de una Religión nueva, que más era ir a padecer que a descansar. Enviaron luego orden al Padre José de la Madre de Dios para que le diese luego a la patente de Provincial de la Toscana. Obedeció al instante del Padre General, aunque con la discreción que tenía de espíritus, conociendo ser ese Religioso sobre ambicioso vengativo, le hizo una amonestación santa cuando le dio la patente, exhortándole a no valerse de la autoridad para vengarse de cualquier sospecha que podía tener sobre si alguno le había impedido el ser Provincial al tiempo que lo pretendió, que echase de sí toda quimera, pues no serviría sino de inquietarse a sí y de faltar a la caridad paternal que debía ejercer con sus súbditos.

Este nuevo Provincial dispuso con toda comodidad su vuelta a Florencia, con que mucho antes llegó la Estafeta ordinaria, con la cual supieron en aquella Ciudad los Padres lo que pasaba. Y así, o que los pocos afectos (que siempre los hay en las Comunidades, por santas que sean) se previniesen, o que el mismo Gran Duque se diese por ofendido de que hubiese ido a Roma sin primero dar parte a su Alteza de lo que pasaba en su Corte, pues luego que llegó a su noticia fue el primero a solicitar el remedio, que fue el tomar la mano la Santa Inquisición, y conociendo las Monjas o engaño y pidiendo penitencia; el Confesor delincuente, declarando que no hubo error en su entendimiento, de suerte que creyese las visiones, que bien conocía que eran diabólicas, pero que pasaba por ellas para conseguir sus torpes deleites. Y este Sacerdote delincuente, pasando yo por Florencia el año de 1660, aún vivía en su penitencia, que era cárcel perpetua. Conque o fuese a petición de los Religiosos, o que Su Alteza obrase de motu proprio, lo cierto es que el nuevo Provincial no fue admitido en las dos casas que hay de la Escuela Pía en Florencia, y habiendo

ido a la ciudad de Pisa le sucedió lo mismo. Con lo cual, sin probar en otras casas semejante desaire, dio la vuelta a Roma fulminando todas sus quejas contra su Padre Fundador, y porque no hallaba tan fácil el oído contra un viejo tan venerando como era el P. José de la Madre de Dios; mas aquel religioso, inducido sin duda del demonio, insistió cada día con nuevas cosas contra su Padre Fundador, hasta calumniarle que hablaba mal del Papa y de sus parientes, censurándoles de poco afectos a las cosas del Rey Católico, que como era español el Padre Calasanz, parecía al Provincial no recibido en Florencia que sería fácilmente creída y bien recibida su mentira de los parientes del Pontífice. Que se correspondía (añadía) el Padre José de la Madre de Dios con el Gran Duque de la Toscana, que como en ese mismo tiempo su Alteza no corría bien con los Barberinis, iba aumentando materia de sentimiento, y que sobre las materias pertenecientes al caso referido iban y venían cartas, y todo lo demás que le sugería su pasión para vengarse de su Padre General, por cuya causa él suponía que no le habían recibido por Provincial los Religiosos de Florencia y de Pisa, cuando en la verdad el Santo Padre Fundador escribió repetidas cartas a su favor para que le recibiesen; más los Religiosos se excusaban de no poder obedecerle por la orden que tenían de Su Alteza, que, sentido quizás de que ese Religioso hubiese publicado en Roma lo que había de revelar primero al dicho Gran Duque y al Inquisidor General de la Toscana, residente en Florencia, no quería tenerle premiado en su Estado.

Dio permiso la Santa Universal Inquisición Romana a este Padre Provincial, elegido y no recibido, que recogiese todas las cartas de las Estafetas de Florencia y de Pisa dirigidas a los Padres de la Escuela Pía, para ver si con ellas se verificaba lo que él informaba. Llevaron muy mal este descrédito los Rectores y Religiosos de las casas de la Escuela Pía de Roma, pero el Santo Padre Fundador les exhortó a callar, y que sería mejor, por cuanto se desengañaría aquel religioso promotor de esa orden y los que, dándole crédito, se lo concedieron. De muchos padres ancianos oí yo estando en Roma que tuvieron por milagro que no falsificase la firma del Padre Fundador, facilísima de falsificar, para verificar lo que tan falsamente informaba, pero no puede el Demonio, ni ninguno, obrar más de lo que le es permitido de Dios. Como en todas las cartas que recogieron no hallaron los parientes del Pontífice ni los Inquisidores cosa alguna de todo lo que aquel mal religioso les había representado,

se iba resfriando la materia, y el vengativo Padre no podía lograr su deseo de ver mortificado a su Santo Padre General, que esta solamente era su única pretensión.

Mas, finalmente, permitió Dios por sus incomprensibles juicios, que se le lograra su mal deseo, porque el Padre Rector de San Pantaleo acudió al Cardenal Protector, representándole el descrédito que del recoger las cartas aquel padre les venía, y Su Eminencia le dio orden expresa que entrara en la celda de aquel Religioso y, dejando sus propias cartas, le quitara las de los otros. Al instante lo ejecutó el Padre Rector, sin decir palabra al Padre General, porque temió que lo había de impedir. Vuelto a su celda aquel Religioso y hallando menos las cartas, por más que el Padre Rector le dijo que él las había quitado, como no deseaba más que la ocasión para vengarse, al instante, sin averiguar cómo pasó el caso, se fue a la Inquisición a los parientes del Papa, derramando quejas contra el Santo Padre Fundador y levantándole tales testimonios que, escuchados con facilidad de oído, sin escuchar al Padre José de la Madre de Dios, le llevaron preso a la Inquisición, le privaron de voz activa y pasiva, le jubilaron del puesto de General, y fue declarado Vicario General ese Padre ambicioso. Acompañaron a su Padre Fundador a la Inquisición el P. Castilla y el Padre Camilo, los cuales uno tras otro fueron Prepósitos Generales de toda la Religión, después de muerto el Padre Fundador, premio merecido que les destinó el Cielo, porque como buenos hijos acompañaron a su Padre en su aflicción, cuando los otros, o por temerosos o por codiciosos de los puestos, se hacían de la parte del nuevo Vicario General, siquiera en lo público.

Llegados a la Inquisición con el santo viejo, Monseñor Albizzi, Fiscal de la Inquisición entonces y ahora Cardenal y devotísimo del Padre José de la Madre de Dios, los mandó detener en una pieza hasta que se congregasen los señores Cardenales, que ese día no se congregaron hasta la tarde, conque estuvo allí el Padre General con sus compañeros, que voluntariamente le quisieron seguir esperando. Afligíanse los padres Castilla y Camilo, pero el Padre José de la Madre de Dios les decía que no temiesen, que dejaran hacer a Dios, que cuidaría de su causa cuando más conviniese, el cual después de haber estado un rato en oración, se durmió a sueño suelto, tanto que cuando le llamó el Cardenal Albizzi se le figuró, como Su Eminencia suele decir, de ver a San Pedro dormido en la cárcel, y se enterneció tanto que, refiriéndolo a los Cardenales congregados, salieron

todos y, viéndole dormido, como quien dejaba Dios el cuidado de aquella causa, se edificaron, de suerte que le veneraron como a Santo, sin atreverse a decirle ni una palabra de mortificación, y mientras estaban en esta suspensión llegó allí el Cardenal Protector de la Escuela Pía, y les contó el caso como pasó en la realidad de verdad la tarde antes con el Padre Rector de San Pantaleo, conque mandaron volver a su casa al santo viejo, pero quedó sin el ejercicio del Generalato, aunque siempre se le mantuvo el título, porque el decreto de Su Santidad declaraba con palabras decorosas que, atento sus achaques y vejez, nombraba por Vicario General a aquel Padre N, a quién hablaba de rodilla su Padre Fundador y General, como si fuese su novicio, cuando su desatento hijo, teniéndole a los pies de rodillas, le maltrataba, diciéndole que era un hipócrita, soberbio y desobediente a los decretos del Sumo Pontífice y de la Santa Inquisición, que él le conocía muy bien, hasta llegarle a decir que le haría morir en una galera. Esto hizo y dijo tantas veces y con tanta desvergüenza esté mal Religioso que el Padre José de la Madre de Dios, por más que con su fortaleza lo recibiese todo con alegre rostro, no pudo una y más veces dejar de clamar a Dios con lágrimas, diciendo *Perdonadle, Dios mío, perdonadle, Señor mío*. Y cruzando las manos repitió aquellas palabras de David: *Domine da mihi intellectum*. Y, puesto de rodillas delante de aquel Vicario General, le rogaba que obrase que le enviasen para acabar sus días en una galera, porque así conocía que lo merecía su mala vida.

Derramaban muchas lágrimas sus hijos en persecución tan fiera, y hasta muchos Cardenales llegaron a llorar, sabiendo lo que pasaba en la Escuela Pía. Solamente el Padre Fundador, con la gran fortaleza de su ánimo, lo toleraba con increíble paciencia y, como sabía que en semejantes lances, para que el Espíritu no desfallezca no había ni hay mejor medio que orar y más orar, así lo hacía el Padre General, confiando en Dios, a quién servía, que había de serenar aquella borrasca. Y como Su Majestad tenga por punto de honra el librar a quien confía en su piedad, pues según quiere San Ambrosio, el salir Daniel vivo y libre sin daño del foso de los leones fue porque el rey Darío, aunque gentil, creyó que le había de librar su Dios, que eso suenan claramente aquellas palabras de Daniel: y dijo el Rey Daniel: *Deus tuus, quem colis semper ipse liberabit te*. A estas palabras atribuye el Gran Arzobispo de Milán la vida y libertad de Daniel. No puede faltar Dios a quien confía en su clemencia.

Nos parece muchas veces que tarda en consolarnos, mas la dilación es según nuestra poca mortificación y no según nuestra utilidad. El camino del cielo se nos abrió por medio de la Cruz, y así todos los escogidos para el cielo es ley inevitable que han de tener una vida que sea toda ella una continuada Cruz. En ella triunfó Dios del demonio, por su medio entró triunfante en su Reino, y así quiere que todos sus siervos, para que triunfantes merezcan gozarle en el Cielo, vivan en Cruz y mueran en Cruz. Bien se vio esto en el Padre José de la Madre de Dios. Mas no se jacten los malos de que tienen dominio contra el justo, porque después que a este se le ha aumentado la Corona, según la disposición divina, dará el golpe de su Divina Justicia en la cabeza de los perseguidores de la inocencia, que tan prósperos están cuando persiguen a los justos, tanto qué causa admiración a los más Santos, como clamaba Job a Dios, diciendo: *¿Para qué, Señor, han de vivir hombres tan impíos, y no solo viven, pero exaltados con honores, como hinchados con tanta riqueza?* Pero escuchen los tales lo que a pocas palabras añade el Espíritu Santo en el mismo libro de Job: *Hay infelices es que pasan sus días en gozos, mas en un punto bajan a los infiernos, donde con penas eternas reciben el premio de sus contentos.*

Así sucedió con este monstruo, porque después de haber gozado el Vicario General, y vengándose muy a su gusto de todos los que él se persuadía que no eran de su bando, sin haberse ablandado su empedernido pecho, le castigó Dios con lepra, llenándose todo su cuerpo de ella, y porque corría con apresurados pasos para la eternidad, entró del Padre Fundador para exhortarle en el acierto de su salvación, pero su mal hijo le mandó que se le quitase delante, con palabras indignas de ser por mí escritas, y solo por no ver a su Santo Padre, se mandó llevar a casa de un seglar amigo suyo, donde hizo un papel confirmando sus desatinos y suplicando a su Santidad que después de su muerte, en premio de su servicios, hiciese Vicario General al Padre Esteban Cherubini, que entonces era su Procurador General. Apenas lo hubo firmado, cuando a la lepra se le añadió una rabia tan fiera qué a bocados se comía el mismo sus carnes, expirando en ese tormento, y dejando tan dudosa su salvación, por más que el Padre Esteban Cherubini, que fue el que siempre le asistió, afirmase que se había confesado con él. Difunto llevaron el cadáver a San Pantaleo, para enterrarle en el Carnero o sepultura de los Padres, pero el cuerpo se hinchó de tal suerte que no fue posible

poder entrar en la boca del Carnero, conque le enterraron separadamente en un rincón de la Iglesia, no queriendo aquellos humilde Religiosos difuntos en su compañía al que tan ambicioso había vivido, levantándose contra su mismo Padre Fundador y General.

12. Entonces apareció a los ojos de todos cuán sólida era la virtud de José, quien con tranquilidad de ánimo y una serenidad admirable en su rostro, se sometió al nuevo superior, Y aunque no era su súbdito, le pedía permiso y cumplía de buena gana todo lo que le ordenaba. Ocurrió principalmente que el Vicario le acusó gravemente, mientras él estaba humildemente de rodillas, de ser un gran hipócrita, simulador, y viejo fatuo y delirante, añadiendo que al final haría ver a todos sus simulaciones y maldades, y por ellas sufriría el castigo merecido. Mientras oía estas palabras no se alteró la serenidad de su rostro, y cuantas más cosas le decía, menos perdía su valor, pues rechazaba enfadarse por las injurias.

Aquel Vicario tenía dos o tres que le apoyaban, que habían sido corregidos antes por José, y no podían soportar su disciplina. Cuando encontraban a solas al Siervo de Dios, le ofendían con duras palabras. Intentaban que, abandonado de todos, al fin muriera. Pero José, soportando pacientemente todo esto, no se quejaba en absoluto. Y nunca, en casa o fuera, dijo ni hizo nada para defenderse. Ni siquiera cuando vio en grave peligro su Orden pidió ayuda. Se sometía al arbitrio y la providencia de Dios, a quien apelaba como digno reo que sufría todos los suplicios. Solo cuando alguien le decía que no perdiera el ánimo, respondía: “Hijos, aceptemos lo que Dios quiera hacer, y pongamos nuestra confianza solo en él”. Y una vez, con gran vivacidad, les dijo en secreto: “Hijos, hemos llegado ya al punto de *padecer insultos por el nombre de Jesús*; procuremos también lograr lo que se dice antes: *los Apóstoles iban alegres*”. Como algunos de los religiosos no estaban de acuerdo con ello, José añadió vehementemente: “Mientras tenga aliento, nunca perderé la firmeza de ánimo en el servicio de Dios, por ninguna calamidad, ni perderé la esperanza, sino que con esperanza esperaré contra toda esperanza, pues nuestra obra se basa en el amor de Dios, y no sufro por los ataques que me hacen, sino por las almas de los que atacan a la Orden, a quienes veo en gran peligro”.

De la misma manera, a aquel superior primero de los que hablé, y que le había acusado de falsario y mentiroso, solo le respondió tranquilamente: “Hermano, Dios, que ve todo claramente, juzgará entre

tú y yo, y entonces se verá la verdad”. Como el Cardenal Protector había oído algo de las maldades que el otro hacía, Jose, de rodillas ante él, le rogó e insistió para que no se le castigara ni siquiera levemente. No pudiendo conseguirlo, y previendo lo que iba a ocurrir, elevados los ojos al Cielo dijo: “¡Pobre Orden mía, pobre de mí! Pero que se haga de mí y de la Orden lo que Dios quiera”. Y he aquí que un poco más tarde, un viernes, fue llevado a la Sagrada Congregación con sus Asistentes, Secretario y Procurador para ser juzgados. Inmediatamente el Padre, en ayunas y sin haber cenado tampoco el día anterior, tomó el manteo y se puso en camino, como le habían mandado. Quiso pasar por la famosa calle de los Bancos, para que la vergüenza fuera mayor. Y formaban un grupo vistoso: primero iba José con los suyos; le seguía una carroza, y tras la carroza, un grupo de guardias. Y cuando llegaron a aquella santa casa, mandaron a José esperar en una sala. Y era tal la serenidad de su ánimo, que cuando se sentó se quedó dormido, mostrando así su inocencia y su integridad de ánimo. Se trataba de lo siguiente. Habían tomado algunos escritos de la habitación de aquel superior del que hablé, en los cuales había algo referente a la Sagrada Congregación. José no tenía nada que ver con aquello, sino que había mandado tomarlos el Cardenal Protector por medio de su secretario. El cual, en cuanto lo supo, los devolvió con una nota suya. Y, una vez descubierta la inocencia de José, regresó honrosamente a casa con sus compañeros. José repetía muchas veces estas cosas a sus hijos fervientes y seguidores fieles. Y, mira por dónde, después de unos meses el nuevo Moderador de la Orden, que tanto había perseguido a José y a su Congregación, cayó enfermo de una gravísima lepra, que los médicos llamaban de elefante, y era abrasado de fuego sagrado, de manera que el miserable sufría la ira vengativa de Dios. Se le formaban continuamente escamas, y en poco tiempo su cuerpo adquirió un aspecto horrible, como quemado, y salió de la casa de San Pantaleo, donde había intentado molestar y expulsar a José y otros, y falleció en el Colegio Nazareno, para ejemplo de todos, el 11 de septiembre de 1643. Nunca quiso admitir a José en su habitación, ni siquiera próximo a la muerte, para hablar con él. Pero este, con su admirable bondad, viendo que perecía en una condición tan peligrosa, mandó hacer una oración de 40 horas por su salud. Finalmente, su cadáver fue traído a la iglesia de San Pantaleo, para ser honrosamente enterrado junto con los demás religiosos, pero la enfermedad le había

deformado tanto que no pudo en absoluto ser enterrado con los demás religiosos de la Congregación, y fue necesario, según el juicio de Dios, enterrarlo en otra parte.

13. Pero no contento dicho Vicario General con la sumisión del buen anciano, ya que no podía mandarlo a la cárcel como le había amenazado, procuró que lo llevaran públicamente un medio día de julio a pie por la calle de Bancos de Roma a prisión (como un cordero manso, sin hacer una mínima defensa o resistencia, y sin siquiera preguntar la causa) desde San Pantaleo hasta el Santo Oficio cerca de San Pedro, con algunos de sus asistentes y secretario, bajo el pretexto de que había tomado en la habitación del P. Mario Vic. Gen. algunas escrituras pertenecientes al Santo Oficio, lo que no era cierto. Una vez en prisión con los suyos, Mons. Asesor (que les hizo ir delante de su carruaje a la cárcel), les dijo: “Aquí se quedarán mientras no aparezcan y vengan a mi mano los escritos tomados al P. Mario”. Oído esto, nuestro V. Padre con los demás, al oír la causa de su encarcelamiento, enviaron un memorial al Sr. Cardenal Cesarini, Protector de la Religión, diciéndole dónde se encontraban y por qué, y rogándole se complaciera en enviarles los dichos escritos, cosa que hizo inmediatamente (pues S. Ilma. las había hecho tomar por su auditor Corona de la habitación del P. Mario), junto con el mismo memorial que le habían enviado, en el que declaraba por su propia mano que los Padres no tenían ninguna parte en este hecho, sino que él los hizo tomar por otros motivos. En cuanto Mons. Asesor recibió los pretendidos escritos (que no contenían nada más que una lista o nota de cuentas de la casa de las Escuelas Pías de Pisa firmada por el Vicario del S. Oficio de esa ciudad, como atestiguaron los testigos de vista que estaban presentes allí cuando se presentaron dichos escritos, por los que se armó tanto jaleo), fue a liberar a los prisioneros, y encontrando al buen anciano en una silla durmiendo tranquilamente, dijo: “Verdaderamente la inocencia da tranquilidad al hombre”. Y al despertarlo, lo despidió con sus compañeros, y los envió a casa alrededor de las 21 horas del mismo día. Lo que dio un gran disgusto al P. Mario y sus seguidores, que pensaban que no saldrían de la cárcel tan pronto.

Y bien se vio que estas palabras no las dijo en vano, porque no pasaron seis meses que el P. Mario, autor de esta tormenta, murió, como se verá a continuación, y como se ve en el curso de toda esta tragedia, de la que he escrito más detalladamente en otro lugar, anotando

do aquí sólo lo que, como el fuego, purificó a nuestro V. P. José, y lo mantuvo inmortalmente ante Dios y los hombres del mundo.

Así, pues, comenzó el P. Silvestre Pietrasanta visitador su cargo junto con el P. Mario de S. Francisco, declarado Vicario General, para gobernar la religión con no poco disgusto de todos sus religiosos, al ver suspendido el gobierno de su P. Fundador y General y ver gobernar a los que no hubieran querido. Aquí de nuevo dio a entender nuestro V. P. fundador al mundo toda su gran constancia y fortaleza en la adversidad, porque al ver a su contrario promovido al gobierno de la Religión, con singular disposición se le presentó como súbdito, renunció a su habitación, y le honraba y veneraba como Superior, y también escribía a otros que le obedecieran.

Un Príncipe le envió sesenta escudos para que pudiera servirse de ellos en sus necesidades. Inmediatamente los entregó al P. Mario, Superior General, pidiéndole sólo algo (si, sin embargo, le parecía bien) para comprar imágenes que le pedían en nuestras casas de fuera para los escolares, y él le dio sólo veinticinco julios, y nuestro V. Padre quedó feliz, y no le pidió nada más. Son actos virtuosos de reconocimiento, humildad y obediencia. Nadie más lo habría hecho, excepto aquellos que tuvieran un desapego total de las cosas del mundo, como nuestro V. P. José. Y a pesar de tanta subversión y reverencia hacia su Superior, este, como su opuesto, no dejó de molestar al siervo de Dios con muchos reproches, afrentas y broncas, llamándolo hipócrita, soberbio y desobediente a los decretos de los Sumos Pontífices y a la Santa Inquisición. Añadió además el P. Mario: “Le conozco muy bien y quiero hacerle morir en una cárcel”. Y se lo dijo con gran arrogancia. Y el V. P. José no sólo recibió y soportó todo con gran paciencia y fortaleza, sino que además nunca dejó de orar a Dios para que le perdonase, Y extendiendo sus manos en cruz decía de vez en cuando con el Profeta: “Domine da mihi intellectum ut sciam testimonia tua”.

Pero no pasó mucho tiempo hasta que Dios puso remedio a la situación, asumiendo la causa de su siervo (como poco antes había predicho nuestro V. P. fundador) con una prueba evidente, porque envió Dios al P. Mario una lepra tan violenta que cubrió todo su cuerpo y lo redujo pronto al final de su vida (a pesar de los muchos y exquisitos remedios para curarlo). En este caso nuestro V. Padre, olvidando todo insulto recibido, se apresuró a visitar al enfermo y darle las buenas recomendaciones convenientes para esa circuns-

tancia, pero el Vicario General dijo que se lo quitaran de delante, pues no lo quería ver, y así en unas pocas horas murió, dejando su salvación incierta. Después de muerto, expusieron su cadáver en el oratorio público de S. Pantaleo, e inmediatamente se puso negro y deforme, por lo que fue necesario cubrirlo, para no verlo ni que produjera horror. Había que enterrarlo en la sepultura de los Padres de San Pantaleo, pero con asombro se encontró el sepulcro impedido, y como lleno de cadáveres de los otros Padres, por lo que fue necesario enterrarlo en otro lugar, separado de los demás, cerca del altar de los SS. Justo y Pastor, después de seis meses que gobernó y fue Vicario General de la Religión.

14. Y porque es fácil unir a los tristes en el mal, se conjuraron muchos de estos descontentos e hicieron su jefe a un tal P. Mario de Chiusi, de Toscana, a quien dieron como consejeros y adjuntos a un Padre Esteban Cherubini y un P. Juan Antonio, de Bolonia, hombres ambiciosos y politicones a lo humano, que a una gran sagacidad al decir e inventar habían unido la mala voluntad y un gran poder de favores y medios que en las cortes de los grandes tienen mucho poder. Armados, pues, de fraudes y partidarios, vinieron a Roma para librar una amarga guerra contra su General y Fundador, y para hacer saber que su objetivo no era más que el libertinaje y la libertad contra su propia Religión y sus Reglas, y supieron tan bien girar y regirar sus calumnias e invenciones, que pudieron, permitiéndolo así el Señor para mérito de su Siervo, engañar a muchos y sabios ministros de esa Corte, y al mismo Papa Urbano VIII, que entonces se sentaba en el trono apostólico, de modo que resolvió suspender del cargo de General al P. José, tan estimado por él, que antes por otro de sus Breves había hecho General vitalicio de su Religión, junto con los cuatro Asistentes que en el mismo Breve le había dado él mismo, y nombrar un Visitador Apostólico a gusto de los descontentos.

Este fue un golpe capaz de derribar cualquier otra constancia menos fuerte que la de nuestro P. José, no sólo por el agravio personal, sino por el daño muy grave que venía a su Religión, todavía demasiado tierna y débil para soportar un golpe tan violento. Pero él recibió la orden por boca de monseñor Altieri, luego eminentísimo cardenal, y sumo pontífice Clemente X, con tanta serenidad de rostro y paz interior que bien mostraba de qué valor era el oro de su santidad, al sufrir una prueba en la que se demuestra la bondad de los justos

ante los sufrimientos y afrentas. El Visitador, más parte que juez, actuó de tal manera que, una vez confirmada la suspensión, causó un gran daño a esa nueva Religión y a la Iglesia tan bien servida por ella, haciendo nombrar cabeza y Vicario General de la misma al jefe de los descontentos, el citado P. Mario de Chiusi. Fue este segundo golpe mucho más sensible que el primero, pero soportado con igual constancia y serenidad de corazón y rostro por el P. José, quien con gran humildad se puso inmediatamente bajo su obediencia como si fuera un simple y pobre novicio. Y aquí no me da el corazón para narrar las afrentas y mortificaciones hechas a su General y Fundador; algunas las reservo para el tercer libro, para mostrar cuán grande era su humildad, tolerancia y paciencia, porque lo sufrió todo con indescriptible serenidad e invicta paciencia, con la que se hizo admirable al mundo, y grato a los ojos de Dios.

Mandó, como arriba se dijo, el Papa Urbano VIII, mal informado por contrarios al P. José por hechos, y protegidos por personajes importantes en aquella Corte, suspender a dicho Padre, que el mismo Pontífice había declarado General vitalicio. Él, con gran sumisión, aceptó lo que otros consideraron un golpe atroz, y que él estimaba como un favor concedido por el Señor, que quería hacerle probar el tan deseado estado de súbdito, y la dulzura de la obediencia, tanto más fina cuanto que la debía a una persona que, con alma enfurecida por las penitencias pasadas y las reprensiones del P. José, había pasado del estado de sujeto malo e inobservante, no sé si decir al de orgulloso perseguidor, o de superior apasionado. Bajo la obediencia, pues, del P. Mario, que fue Vicario General, sometiendo a su voluntad todo aquello en lo que pudiera defenderse de las imposiciones hechas con el Papa, no quiso hacerlo.

Y nunca se le vio alterado o se le oyó quejarse de las injusticias y agravios que le hacían por aquellos apasionados superiores tan contrarios a él como a su Congregación. Y así en un caso, como en el otro, a los que la exhortaron a decir o hacer algo en su exoneración o defensa, respondía: “Padres míos, en esto debemos dejar obrar a Dios”. Y en verdad era un gran ejemplo el ver con cuánta humildad y sujeción un anciano tan venerable se sometía a la obediencia y al arbitrio de aquellos dos contrarios suyos en el tiempo en que fueron Vicarios Generales de la Religión. Arrodillado les pedía permiso para salir, o para cualquier otra cosa. Una vez ocurrió que uno de ellos, desdeñando su misma humildad y obediencia como si con

ella les confundiera y les reprochara su orgullo y poca obediencia cuando era súbdito, le llegó a mortificar con palabras duras e insultantes mientras estaba arrodillado a sus pies, diciéndole: “Viejo insensato, piensas engañarme con tu hipocresía, como durante un tiempo has engañado al mundo, pero te conozco bien, y sé que bajo esta humildad zorruna tuya escondes un orgullo del infierno. Sí, ya se han descubierto parcialmente tus fraudes e hipocresías, y el Papa los conoce bien, de modo que ha comenzado a castigarte quitándote el cargo, pero lo hará mejor cuando esté bien informado de tu iniquidad y ambición”. Guardó silencio ante reproches tan insultantes, y con los ojos en el suelo recibió esas ofensas sin resentimiento, ni cambiar su rostro. Al ver invicta su virtud ofendida, el orgullo del injuriador tentaba con palabras más soberbias e insultos más picantes la constancia invicta del P. José, pero como ya no podía soportar lo heroico de tanta virtud, lo alejó de su presencia.

Otras veces practicó estos actos de humildad y obediencia, y en particular, por citar alguno entre otros, en una ocasión, habiendo recibido una buena limosna de 60 escudos de uno de sus devotos, para proveer a sus necesidades, ya que necesitaba ropa. Él, como muy pobre y obediente, lo puso a los pies del citado superior (aunque como General de su Orden, a pesar de estar suspendido en cuanto al gobierno, no estaba obligado a ello), y le rogó que le concediera, si le parecía bien, gastar parte de ello en proveerse de lo que necesitaba, y en comprar algunos objetos de devoción para dárselos, como solía, a sus devotos. Él con suma villanía se llevó todo el dinero, y le concedió con desdén unos pocos julios al Padre, y se fue, dejando al Siervo de Dios con una quietud plácida en el alma y en el rostro, como si nunca hubiera sucedido aquello. Y desde luego, lector mío, si esto no es lo más heroico de la obediencia, no sé qué puede ser, puesto que es lo más difícil a vencer por esta virtud, ya que no hay nada que pueda mover la voluntad sino la belleza de la virtud de la obediencia, pues ni quien mandaba por sí, o con la dignidad, ni quien obedecía por afecto y reverencia, o por necesidad y fuerza podían moverlo, pues ni aquel era tal, ni este estaba obligado a hacer actos similares de respeto, si la sola honestidad de la virtud no le hubiese movido. No se puede explicar suficientemente lo puntual que era al observar la Regla. Hasta los últimos años de su decrepita vejez no quiso relajar ni un punto de rigor de la misma, por lo que el mundo se admiraba al ver a un anciano de 92 años que iba descalzo y con paños de

lana rústicos, se abstenía de carne hasta cuatro veces a la semana, dormía en un colchón de paja hasta que en los últimos años por su enfermedad y por orden de los superiores dormía sobre un delgado colchón de lana, del cual a veces se privaba para prestarlo a algún enfermo del convento. Comía en el refectorio como los demás, y se daba disciplinas como los demás varias veces a la semana. Observaba con mucho rigor el silencio, y otras normas de su Orden hasta la más mínima ceremonia de ellos. Y concluyo este capítulo con una bonita devoción, que él dejó entre los estatutos a sus religiosos y que él practicó de forma fiel mientras vivió, en la que podemos ver bien lo grande que era el afecto y la estima que sentía por la observancia regular. Se trata de ir todos los días a visitar en la iglesia el Smo. Sacramento, et allí en su presencia renovar los votos de la profesión, y en esto era tanto su tierno afecto, y la devoción que sentía, que, no bastándole ir solo una vez el día, iba varias veces a visitar el Santísimo. Y a renovar los votos.

No tardó mucho en realizarse el evento predicho. Porque al verse el P. Mario despojado de sus escritos, fue a quejarse al Tribunal de la Inquisición contra su General, que por la fuerza había tomado de su celda todos sus escritos, y entre ellos había muchos relativos a dicho Tribunal, no obstante la protesta que él había hecho. De modo que el viernes siguiente fueron llamados por ese Tribunal el P. General con sus dos Asistentes y el Procurador General, y conducidos con esbirros a pie por las calles más concurridas de Roma. Iba delante al Santo Anciano animando a los suyos que tristemente le seguían, y venía detrás el carruaje con ese Ministro que había venido a prenderlo desde S. Pantaleo al Tribunal del Santo Oficio. Se le ordenó que esperara en el pasillo con sus compañeros, y se sentó en una silla cansado y débil por el largo camino en ayunas y por la vejez, pero con tanta tranquilidad de ánimo y candidez que se puso plácidamente a dormir. Mientras tanto el Cardenal Protector fue advertido de que el P. General de las Escuelas Pías había sido ignominiosamente llevado con sus compañeros asistentes a ese Tribunal, y como él conocía su inocencia, inmediatamente envió a su Auditor, quien devolvió al Tribunal los escritos tomados, atestiguando con su propia mano por escrito que el P. General no había participado en esto, sino que por buenos propósitos los había hecho tomar el mismo Cardenal por mano de su propio Auditor, por lo que fue inmediatamente liberado como inocente por el Santo Oficio.

El mismo Auditor lo condujo en el carruaje del Cardenal con mucho honor con sus compañeros a S. Pantaleo. En toda esta tragedia tan dolorosa donde se trataba de algo tan delicado como era su honor, y como consecuencia del de toda su Religión, de la que era Fundador y General, no se puede creer con qué paz interior e imperturbabilidad de rostro permaneció, causada aquella por su inocencia y ésta por su gran fortaleza de ánimo y hábito de soportar cosas adversas, siempre conformándose con la voluntad divina.

Por ello cuando después de esta adversidad vinieron algunos amigos para alegrarse con él, confesó sinceramente que no había sido ningún fastidio, porque él en todas las cosas, adversas o prósperas que le sucedían en esta vida ponía inmediatamente el ojo de la mente en la Divina Providencia, de la cual, según enseña la fe, todo deriva; y sabiendo que lo que Dios hace todo es bueno y para nuestro bien, no podía sino contentarse con todo acontecimiento contrario o próspero, de acuerdo con el Apóstol que dice que todas las cosas sirven para el bien.

Pero la paciencia de los justos es una voz que clama venganza a los oídos de Dios hasta ser escuchada, y ¡ay de quienes son tocados por la mano de Dios indignado! Porque pesa tanto que se hace insoporable ante todo poder humano. Bien lo comprobó el infeliz perseguidor del General P. José y de la Religión fundada por él. A los ojos humanos había llegado a la culminación de sus deseos y pasiones desmedidas, viéndose a sí mismo en pocos días convertido de sujeto escarmentado en Superior vengador de su castigo en la persona de quien con tanto rigor le había castigado merecidamente por su incumplimiento. Y él, según hacen aquellos que no pueden sufrir el yugo de la ley, porque para ellos es demasiado pesado al no haber aceptado la sentencia del Redentor, que dice ser yugo suave y peso ligero, porque cuando no hay amor de Dios en un alma no puede probar cuán dulce es lo que él estima una estrechez y rigor insoporables, completamente hinchado por el aura de su fortuna favorable en su opinión (que es la mayor desgracia de un alma cuando el Señor les da lugar y forma de desahogar a su gusto sus pasiones), cortejado y halagado por sus seguidores, actuaba como otro Simón enemigo de su Instituto y su padre, con sus propias fuerzas y las de sus apasionados compañeros de tal manera que, abolida la memoria del Fundador, se estableciera otra Religión a su gusto. Cuando fue tocado por la mano justa y omnipotente de Dios para que no

llegara a gobernar su Orden durante un año entero, cuando se vio a sí mismo con signos manifiestos del Castigo Divino cubierto de la cabeza a los pies de una lepra mala y horrenda que los médicos llaman elefantina, y poco después atacado además por la dolorosa enfermedad que llaman fuego sagrado, se vio a sí mismo en las profundidades de toda miseria. Llamados los médicos, observaron los males del infeliz y dieron su salud y su vida por desesperadas, confesando que había en ellas un duro toque de la Mano Divina, al que la Medicina no puede resistir. La terrible lepra le levantaba escamas como una serpiente, que bien debía morir como una serpiente quien intentó rasgar ferozmente las entrañas maternas de su propia Religión, y le caían del cuerpo con un espectáculo aterrador. Así que mientras el fuego sagrado le abrasaba las entrañas y la lepra pelaba su piel, él murió. Cuando el P. José lo supo fue a visitarlo, asistiéndole con diligencia para hacerlo curar, y su visita no fue infructuosa, porque si no pudo proporcionarle la salud del cuerpo, consiguió la del alma, porque el toque del Señor consiguió al final signos claros de su arrepentimiento, con los cuales pasó de esta vida el 11 de septiembre del año 1643. El cuerpo ofrecía un espectáculo horrible a la vista, de modo que causaba horror a quienes lo veían, y todos veían en aquel cadáver el ejemplo del rigor divino contra quienes dominan según sus pasiones las comunidades religiosas, para los ingratos que se levantan contra su madre y persiguen a los siervos inocentes del Señor. Por lo que sus compañeros, en manos de los cuales estaba el gobierno, no quisieron exponer a la vista del público aquel cadáver que de manera silenciosa les reprochaba sus malas intenciones y defectos, por lo que lo hicieron permanecer cubierto mientras celebraban el funeral y luego, queriendo enterrarlo en la tumba común de sus religiosos, no pudieron de ninguna manera hacerlo pasar, tanto se había inflado y deformado el cadáver. El Señor quiso castigar así al que quiso expulsar no sólo de su casa de San Pantaleo, sino de la Religión, y del mundo, si hubiera sido posible, a su Fundador y Padre, haciendo que después de su horrible y terrible enfermedad y muerte quedara con un tremendo y monstruoso inflamamiento excluido del entierro común de sus religiosos y hermanos.

El Vicario fallecido había enviado varios Visitadores Apostólicos a las casas de su Religión, todo con el propósito de difamar a su Fundador y a sus seguidores. Uno estaba entonces en la casa de San Pan-

taleo en Roma, muy poco favorable a nuestro Siervo de Dios, porque tal vez sus costumbres eran contrarias. No se enmendó en absoluto por el castigo del Vicario muerto, y tanto trabajó con el Papa y la Congregación, y tales informes hizo de su Visita, que creído por la Sede Apostólica como Ministro y no como apasionado, se envió el nombramiento de nuevo Vicario General en la persona del P. Esteban Cherubini, el otro jefe de los descontentos con el P. Fundador, y su adversario mortal. Este, más que el primero, cuando se vio al mando persiguió no sólo al P. General, sino a toda su Religión, intentando destruirla, y llegó a lo que diremos a continuación, que todo esto permitió al Señor para mayor mérito de su Siervo, y para darnos a conocer hasta dónde llega el mal de un hombre cuando no lo sostiene con la mano. ¿Quién no habría sido persuadido al ver el horrendo castigo dado por Dios a su predecesor sólo por haber perseguido al inocente P. General, y a la Orden fundada por él? ¿De las palabras que el moribundo penitente había dicho en el punto extremo, donde el horror de la muerte cercana, del juicio inminente que nos despierta del sueño mortal de la ambición, y nos hace abrir los ojos para conocer los antojos locos de nuestras pasiones desmedidas? Y verlo morir con la muerte es crudo, pero todo esto no fue suficiente para que Cherubini se arrepintieran en un solo punto. De hecho, se volvió más malvado al verse al mando. No se conformó con perseguirlo como había hecho su predecesor, sino que fue más lejos, y como otro lucifer trató de sentarse en el monte de la alianza como legislador supremo, cambiando las Reglas y Constituciones de su Orden hechas por el P. José su Fundador, y confirmarlas, como se ha dicho, con especial Breve por el Papa. Unido, por lo tanto, con el Visitador para cambiar el Instituto, compusieron nuevas Reglas y Constituciones completamente contrarias a las que el P. José había hecho, maltratando con gran descaro al Siervo de Dios en mil formas, como si ellas hubieran sido escritas de manera imprudente y sin juicio por aquel al que a menudo llamaban loco y viejo estúpido y atontado. Es cierto, sin embargo, que el cardenal Ginetti se dio cuenta de esto, y enfadado las rasgó con la orden de que ya no se hablara más de cambiar los estatutos hechos por el Fundador y confirmados una vez por el Papa. Sin embargo, no dejó de perseguir al P. José, y su Religión, unido a los demás ministros del Tentador, a quienes el Señor, para hacer crecer el mérito de su Siervo, había dado en aquellos días el poder no sólo de intentar, sino de actuar de nuevo con tal eficacia y

poder que llegaron a engañar incluso a los Prelados diputados de los asuntos de Obispos y Regulares, y el mismo Papa Inocencio X, para que pudieran hacer ese mal que en el siguiente capítulo narraremos.

15. A este dicho, podemos añadir otro tan común como verdadero, que el alma no manchada de culpa permanece intrépida y constante como pared de bronce ante cualquier contrariedad, pues en medio de las tribulaciones suele triunfar la inocencia. Cosa que claramente se manifestó en el P. José el año del Señor 1642, el 8 de agosto. En ese tiempo era Protector de las Escuelas Pías el Señor Cardenal Alessandro Cesarini, quien para sus justos propósitos mandó a su auditor Corona a hacer cierta búsqueda en los escritos de uno que era el jefe de la persecución, a pesar de que el P. José, postrado en el suelo ante el citado Cardenal, le rogaba que no lo hiciera. Aquel, a pesar de todo, consideró que la búsqueda se había hecho a instancia del mismo Siervo de Dios José, el cual por esta razón de pronto recibió una mortificación muy apasionada, como si fuera culpable y reo de un delito muy grave. Pero su inocencia fue pronto conocida y justificada.

Y mientras el calumniador prefería su humillación, vio de mala gana que era de nuevo honrado y que su invencible paciencia era admirada por los hombres, y no sin aumento de mérito ante Dios. Y aunque él le perdonó de corazón la ofensa, y devolviendo bien por mal oraba afectuosamente al Señor para que usara su misericordia divina con él y le diera luz para que reconociera sus pecados y le fueran perdonados, no escapó de la justicia de Dios a pesar de ello, pues al cabo de un año cayó el castigo del cielo sobre él per medio de una terrible lepra, de la cual con todos los remedios humanos y que el arte de la medicina puede administrar, no fue posible curarlo. Fue el Siervo de Dios, olvidando los agravios recibidos, movido por la piedad, a visitarlo, pero no fue admitido por el enfermo, por lo que él lo recomendó más ardientemente al Señor para la salvación de su alma; y en este estado el enfermo terminó sus días, y quedó todo su cuerpo como quemado, y por deforme no fue expuesto. Del mismo mal de lepra, aunque no tan violenta, fue también atacado otro de sus principales perseguidores; pero este, visitado por el Siervo de Dios, en presencia de muchos humildemente le pidió perdón, y después de recibir los santos sacramentos, entregó el alma al Creador. Así que debemos admirar y venerar los secretos del Altísimo, que permite que sus siervos sufran para aumentar su corona de mérito; pero no deja impunes a quienes les maltratan y afligen.

16. Pero, aunque utilizó en vano los esfuerzos del infierno en este asalto dado al Instituto por los legos, con mayor ímpetu que nunca ordenó una nueva guerra que resultó aún más peligrosa, ya que se dirigía contra el siervo de Dios, cabeza y fundador del Instituto. Había un sacerdote, religioso más de hábito que de costumbres, que, dado que había sido un instigador oculto de las pretensiones de los legos, el diablo lo consideró más hábil que cualquier otro medio para ser un instrumento de sus designios. Este, que tenía espíritu de propiedad y ambición, por medio de calumnias artificiosas y mentiras contra el viejo y buen P. José, procuraba abrirse el camino a sus esperanzas concebidas. Mientras tanto, se insinuó en la gracia de un ministro importante de un Príncipe absoluto, para obtener el cargo de Provincial en el estado del mismo Príncipe, pero como no sabía gestionar su cargo regularmente, cayó en desgracia ante dicho Príncipe, y recibió la orden de salir en pocos días del estado. El religioso atribuyó este golpe a la obra del P. José, que era completamente inocente de ello. De hecho, le había recomendado varias veces que se portara con prudencia y mansedumbre religiosa. De modo que vino a Roma y, apoyado por protecciones y favores, y unido a algunos otros de su temperamento, emprendió negociaciones destinadas a desacreditar al siervo de Dios para hacerlo deponer como General. Y en verdad hicieron tanto ruido las coloridas mentiras del calumniador ante un ministro de un alto tribunal que las justificaciones dadas por todos los demás religiosos a favor de su buen Padre no sirvieron para nada.

El dicho religioso con sus confederados se había dado a todo tipo de libertad, sin reconocer a los superiores y haciendo todo lo que le gustaba, para escándalo de todos los buenos, que recurrieron al Sr. Cardenal Alessandro Cesarini, Protector de la Religión. Este decidió poner algunos frenos a la petulancia de dicho religioso. Hizo amonestar al sacerdote, diciéndole que no debía traspasar los límites de la debida religiosidad, pero él recibió la advertencia con desprecio, por lo que el Cardenal se vio obligado a usar formas más apropiadas frenar al orgulloso sacerdote. Luego envió a su auditor Corona con un notario para registrar su persona y habitación, y tras inventariarlo todo, al salir se llevó algunos escritos para entregarlos a Su Eminencia.

En este hecho fundó todas sus nuevas calumnias el perturbador contra el P. José, y dijo ante el ministro de ese Tribunal Supremo

que el Sr. Cardenal Cesarini había hecho dicha búsqueda a petición del Padre fundador José, quien en realidad no había tenido nada que ver en ese asunto, y agregó que le habían cogido algunas escrituras pertenecientes a ese tribunal. La mentira denunciada tenía sentido en la mente de ese ministro, sobre todo porque se trataba de escritos secretos de aquel Tribunal, de modo que a la mañana siguiente se presentó en la sacristía de S. Pantaleo, e hizo llamar al P. José con sus Asistentes, y después de haberles hecho una severa reprensión ordenó que las personas fueran sin demora al Palacio de su residencia.

Obedeció con prontitud y sin perturbarse el siervo de Dios, como quien conocía su inocencia, y al llegar con sus compañeros al salón del Palacio, se le ordenó entregar las escrituras tomadas la tarde anterior en la habitación del sacerdote mencionado. El P. José respondió modestamente que ni él ni ninguno de sus compañeros las tenían, pues las había tomado el Auditor del Sr. Cardenal Protector por orden de Su Eminencia. Dos religiosos de los que habían seguido de lejos a su querido Padre fueron enviados inmediatamente al Emmo. Cesarini para informarle de todo, y cuando apareció el Auditor Corona con dichos escritos, fue despedido el P. José con sus compañeros, que montaron en el carruaje del Sr. Cardenal y fueron llevado de vuelta al colegio por los mismos caminos, queriendo el Sr. Auditor que las puertas estuvieran abiertas, para compensar con esa apariencia decente la vergüenza recibida al llevar a pie y como delincuentes al dicho Tribunal al Padre General y sus compañeros. Soportó esta mortificación ignominiosa con una constancia inaudita el humilde siervo de Dios, recibéndola como purga por sus pecados, como él dijo, y sintiendo mucha compasión por sus calumniadores, a quienes veía correr al precipicio. Pero no cesaron aquí las maquinaciones del furioso mentiroso, pues teniendo como objetivo el gobierno de toda la Religión, y no pudiendo lograrlo sin conseguir antes de la deposición del Venerable Padre fundador, esparcía en los oídos de personas poderosas en la corte que el P. José General estaba chalado, ya no estaba en sí mismo, no sabía lo que hacía, se olvidaba de asuntos importantes, de lo que nacían desórdenes continuos, por lo cual era necesario poner otro superior. Y a pesar de que estas informaciones fueron estimadas mentiras manifiestas por muchas personas sensatas, ya que varios prelados, que fueron varios días a tratar con él sobre diferentes temas, lo en-

contraron estable en la memoria, prudente en el consejo, sabio en las respuestas, firme en el consejo, y tan constante en el hilo del razonamiento que manifiestamente conocieron la calumnia, el siervo de Dios fue depuesto del cargo de General, y el P. Agustín Ubaldini de la Congregación Somasca fue diputado con el título de Visitador Apostólico, con la junta de cuatro Asistentes religiosos, uno de los cuales era el perseguidor del P. José, y que había maquinado todo el asunto. El prudente Visitador Apostólico conoció en poco tiempo el origen de todos los males, y quiso poner el debido remedio dirigido a reprimir al religioso sedicioso. Este se dio cuenta, preocupado por la información, y se insinuó en la mente de los ministros supremos del Tribunal, creando desconfianza con respecto al mismo P. Visitador, que prefirió renunciar al cargo a exponerse a las calumnias de aquel sedicioso. Inmediatamente fue sustituido por otro Visitador miembro de una Religión diferente, quien, engañado por las persuasiones de los religiosos antes mencionados opuestos al P. José, le dejó actuar de manera absoluta e independiente de los otros PP. asistentes en el gobierno de la Religión. Por ello los mismos renunciaron libremente a su cargo, y le dejaron gobernar solo, quien, triunfando con esta victoria, disfrutaba con los continuos vilipendios que hacía al siervo de Dios y con el gobierno sin reglas de los demás religiosos, de modo que en poco tiempo la Religión de las Escuelas Pías se redujo a una Congregación de sacerdotes seculares, y de esta manera se mantuvo por espacio de diez años, después de lo cual fue restablecida en el estado de la Congregación con votos simples, y dependencia de todos los colegios de un solo General, por Alejandro VII con una Bula fechada el 24 de enero de 1656. Y más tarde, por la Santidad de Clemente IX de gloriosa memoria se restableció en el estado primero de Religión con votos solemnes. Y en este estado se la ve florecer notablemente en el presente por la gracia del Señor.

Dios no dejó de dar indicaciones manifiestas de su juicio sobre la persona del principal autor y su colega de los disturbios ocasionados a la misma Religión y al siervo de Dios P. José. Porque después de seis meses de la deposición del P. Fundador de su generalato, se infectó con una enfermedad pestilente, llamada por los médicos lepra, y como otros decían, fuego sagrado, de la cual, a pesar de todos los exquisitos remedios, nunca pudo sanar. Así que uno de los médicos principales, después de probar todos los remedios, y ver que

no ayudaban, dijo: “A los males naturales puedo aplicar remedios, pero a los que Dios envía, no veo qué remedio se les pueda aplicar”. Quería inferir que este era el castigo de Dios por las persecuciones hechas al siervo de Dios P. José. El cual fue varias veces al Colegio Nazareno, donde vivía, para visitarlo, pero él, obstinado e impenitente, nunca quiso verle. La enfermedad duró dos meses, después de los cuales, deformado todo el cuerpo y reducido, como si estuviera asado, murió en la noche del diez de noviembre del año 1643.

Esteban Cherubini

4.3. Fue perseguido hasta la muerte por algunos poco espirituales a los que no quiso admitir a los votos, y he oído hablar de las insidias de estos, y de otros que le persiguieron. El Señor Dios siempre le ha protegido, y él a los perseguidores siempre les devolvía bien por mal, y yo soy testigo de que uno de estos, del que había recibido muchos agravios, que se llamaba Esteban Cherubini, habiendo llegado al punto de la muerte, al comienzo de su enfermedad me mandó que en su nombre pidiera perdón al Padre General por los agravios que le había hecho, y de los disgustos que le había dado. Al hacerlo, el Padre General, con la cara encendida, y los brazos en cruz, con un espíritu verdaderamente grande, dijo estas palabras precisas con todo su corazón: “Le perdono, le perdono con todo mi corazón, así Dios me perdone mis pecados. Nunca he querido otra cosa que la salvación de su alma”. Palabras pronunciadas con tal espíritu que cada vez que lo recuerdo ciertamente no puedo contener las lágrimas. A petición mía vino dos veces a visitarlo al Borgo, al Colegio Nazareno, y lo consoló, como un Padre amoroso, exhortándole a la salvación del alma. Y sé, como creo, que algunos, como el Padre Mario, y el citado, por haber mostrado con palabras y con ofensas poco respeto a la bondad de dicho Padre, han sido visiblemente castigados por Dios con la lepra, mal que aparentemente no sucede sino como castigo- Y el primero, que fue el Padre Mario, con lepra y fuego, como lo llaman, de tal manera que a causa del horror que causaba no quisieron mostrarlo.

7. El otro jefe o sucesor de Mario fue el P. Esteban Cherubini, que se llamaba de los Ángeles, el cual persiguió también con mil injurias, insultos y calumnias al Padre fundador y a la Orden, hasta reducirla casi a la extinción. Finalmente, avergonzado y perseguido por sus

horribles males y pecados, enfermó de una enfermedad parecida a la del padre Mario, y oyendo que no podría ser librado de ella, por habérsela enviado Dios en castigo por los daños que había causado a su Orden y a su fundador, por gracia especial del mismo Dios se arrepintió, y para satisfacer en parte la obligación de su conciencia pidió al P. Camilo de San Jerónimo, que ahora es General, que fuera en su nombre a pedir perdón, como hizo de rodillas, a los pies del Padre fundador y de otros padres, por los daños causados por su maldad, tanto a nuestro Padre como a su Orden.

Con alegría le perdonó el Padre, y visitó personalmente varias veces al moribundo, que se encontraba en el colegio Nazareno, consolándolo con exhortaciones y palabras de vida como solía. Y de la misma manera que había sobrellevado con paciencia a los perseguidores y sus injurias orando con ánimo tranquilo por su conversión y perdón, sin preocuparse jamás de justificar su inocencia como le aconsejaban, y habría podido hacer, así con todo corazón perdonó y oró por este padre Esteban, que se mostraba arrepentido, para que Dios aceptara su penitencia y lo recibiese en el descanso eterno, como esperamos que haya sido recibido. Pero de esta gran persecución se habla largamente en otro lugar; aquí solamente se resume.

9. Habiendo muerto más tarde el primero (Mario) soportó con toda fortaleza que el P. Visitador (el jesuita Pietrasanta) le impusiera por sí mismo otro superior (Esteban), aunque todos los que vivían en Roma no querían soportar tal afrenta y se sublevaron de mala manera contra él, nuestro buen Padre se opuso a los nuestros que estaba a favor suyo, e hizo que se calmaran y reconocieran al segundo nombrado como superior suyo, y él fue el primero en reconocerlo.

10. Fue elegido por Vicario General el Padre Esteban Cherubini, el cual veneró más a su Santo Padre Fundador, que aunque hizo algunos errores, murió penitente y arrepentido, y por eso le nombra mi pluma, omitiendo el de su antecesor, enseñada de la Sagrada Escritura, que pasa en silencio los nombres de aquellos que degeneran de sus obligaciones. El error mayor del Padre Esteban fue recibir para sacerdotes a muchos idiotas, los cuales todo cuanto les faltaba de letras, les sobró de ambición, cuando muchos recibidos del Padre Fundador por legos les podían ser maestros. Y así, después de difunto el Papa Urbano VIII, habiéndole sucedido el Cardenal Pamphili, que en su asunción se llamó Inocencio X, en los prime-

ros días de su Pontificado se presentaron a sus pies muchos legos, pidiendo gracia de ser sacerdotes, clamando del agravio que les habían hecho en recibirlos por legos, cuando era admitidos por sacerdotes muchos que sabían menos. El Papa Inocencio no les concedió lo que pedían, pero despachó un Breve dando facultad de salirse a todos los que quisiesen, y que en adelante ninguno fuese admitido. Con lo cual muchos se salieron, y no pocos legos se ordenaron, aunque después fueron mortificados, suspensos y penitenciados por la sacra penitenciaría, cuando los absolvió de haberse ordenado sin hacerse dispensar el voto solemne que habían hecho siendo legos *de non ascendendo al Clericatu*. Pero estos desórdenes permitió Dios para que fuese conocido el mal gobierno y ambición de los dos Vicarios Generales, que viviendo su Santo Padre Fundador se levantaron contra él como malos hijos.

Murió también el Padre Esteban Cherubini, pero muy penitente, y no como su antecesor, porque este llamó al Padre Fundador y le pidió perdón en presencia de todos con muchas lágrimas, y recibió los Sacramentos con mucho dolor de sus culpas, asistiéndole con su acostumbrada piedad paternal el Padre General todos los días de su enfermedad, hasta la última boqueada, y fue enterrado en la sepultura de los Religiosos. Difunto este segundo Vicario General, no hubo otro alguno que pretendiese serlo. Solamente a un religioso muy virtuoso, anciano, pero no tan viejo como el Padre Fundador, le pasó por el pensamiento de decir al Cardenal Protector que le hiciese Vicario General, pareciéndole que con ello evitaría que otro menos atento lo fuese, siendo su intento servir con él a su Padre General, no haciendo más de lo que por el Padre Fundador le fuese ordenado. Este pensamiento oculto, que a nadie había comunicado, y al parecer paleado con tan buen fin, no sería agradable a Dios, por cuanto se lo reveló al Padre José de la Madre de Dios, el cual, encontrándose con ese religioso a la puerta de su oratorio, le dijo: *Padre Pedro, no os dejéis engañar del demonio; imagináis que sois más mozo de mí, pue sabed que moriréis un año antes de mí*. Y así fue. Viendo aquel religioso tan virtuoso, que murió en Roma con mucha opinión de santidad por los muchos milagros que Dios sobró por él, descubierto lo que solo sabía su corazón, publicó su pensamiento a todos y pidió pública penitencia. El cardenal Ginetti, como Protector de la Escuela Pía, acudió a la Santidad de Inocencio X para saber quién quería que fuese Vicario General, pero el Papa le respondió

prontamente: *Gobiérnela quién la fundó, porque también se morirá el que hiciéremos, como se murieron los que hizo nuestro antecesor.* Conque el Padre Fundador volvió a hacer todas sus conferencias y pláticas, y se guiaban todos por su dirección con toda paz los dos años que sobrevivió a los dos Vicarios Generales. Mas cuando todos los Religiosos, muy contentos otra vez, día y noche pendían de sus santas amonestaciones y consejos tan saludables, el Padre General se iba preparando (como si no hubiera sido su vida una continua muerte) para la carrera de la eternidad. Y estando lleno de días como de méritos y admirables virtudes (como dejamos escrito), cuando todas Roma le veneraba y engrandecía, el bendito Padre se tenía por muy pequeño y muy imperfecto, que es la admiración que causan los Santos, ser en la realidad grandes y tenerse por pequeños, como lo advirtió San Bernardo.

11. El visitador general estuvo de acuerdo con la apetencia del difunto vicario para nombrar al sucesor de su misma opinión, quien era muy nefasto en política, y *“todo hombre cauto obra con conocimiento”*, se hizo aprobar por el visitador. En aquellos mismos días de su visita, uno de su Orden³⁴ de santa mente y mucho saber dijo que estaba asombrado de que los padres de las Escuelas Pías con los ojos cerrados hubieran aceptado a aquel como visitador suyo, con otras palabras de consideración, pues no siendo del mismo espíritu que su santo fundador, con toda seguridad le traería toda clase de daños y ruina. Y así fue, pues que hizo sentir y proclamar como vicario general de la Orden al seguidor del difunto de manera torcida, y lo quiso mantener, y conjuntamente conmovieron todo el cuerpo de la Orden, que fue cosa de llorar. Obraron de tal modo que vinieran a Roma sujetos que actuaban a su gusto, y con instrucciones los enviaban a aquellas casas de ella, dándoles todos los oficios de gobierno, y a algunos los enviaron a otras casas de las provincias para conseguir sus fines, para lo cual anhelaban el poder ganar a otros, con los que podrían llegar al punto de que perdiera la Orden la forma de aquel espíritu en el cual florecía antes. Ya habían escrito otras constituciones y reglas nuevas, que querían que se pusieran en práctica para cambiar de hecho la primera observancia del ins-

34 Se refiere a la Compañía de Jesús.

tituto, y creyendo haber hecho una gran cosa, con temeridad y estupidez las hicieron ver a algunos señores principales, pero cuando llegaron a manos del cardenal Ginetti, las escondió como indignas y sin forma de espíritu divino y nunca las volvió a sacar. Así me lo contó este eminentísimo, y me las quiso dar.

Además, tenían oprimidos y en la oscuridad a todos aquellos que sabían que eran de mente justa, los cuales apenas podían hablar, sino que eran mortificados y ultrajados, y enviado a lugares lejanos con el objeto de hacerlos terminar con su incomodidad y padecimiento. Las faltas se habían hecho comunes, con artificios, de donde sólo podía surgir la inquietud de las reclamaciones y disensiones, para que estas les sirvieran de excusa cuando tenían que dirigirse a alguien, exageraban los defectos que ellos originaban, y en la expresión de su celo y del empeño que encontraban en su gobierno después de tales comportamientos, para hacer crecer el fuego que encendían con daño para la pobre Orden, de modo que, como dice el Sabio, se veía que *“cuando gobiernan los malos, se multiplican los delitos, pero los justos contemplarán su caída”*.

El vicario general no se veía nunca en la oración y en los ejercicios comunes de la Orden, sino que con el pretexto de comer en otra casa de la Orden en la que le habían dicho que era necesaria su presencia, se iba a cenar e incluso a dormir a casa de sus parientes o de seculares amigos. Y esto ni podía decirse ni creerse, lo mismo que otras cosas malas que hacía, sin ser tenido por impostura de calumnia o maledicencia. El visitador lo acreditaba, haciendo todo para que consiguiera su intento. Sofocaba el calor natural el alimento que excedía en sus vientres como el agua y el vino ocasionan en los hidrónicos mayor saciedad en los engaños, y con arte siempre daban a conocer que obraban por buena voluntad. Promulgaban en todas partes la esperanza de que todo se iba a arreglar, y los enviaban por la calle de después a la casa de nunca jamás.

Teñían sus actos con el fingido manto de piedad, incluso mostrando estima y afecto hacia el Padre fundador, cuando no les quedaba otro remedio. Pero los vientos que estos soplaban de manera indebida no aceleraban el camino de la lamentable nave, sino su naufragio; manejándolo todo con arte y engaño, lo que de verdad buscaban era abolir al buen viejo y su Orden. Con el aparato de todo ello, consideraban adquirir lo que ellos buscaban en el mal, esto que la virtud concede al oprimir a su padre con daño del pobre instituto.

Por otra parte, apoyándose solamente el siervo de Dios en quien conocía verdadera su esperanza, deplorando siempre aquella miseria con serenidad de su alma, suplicaba la ayuda divina para tantos daños que sufría la pobre Orden, con resignación de su mente a todo lo que quisiera Dios, sin abrir jamás la boca. Si alguna palabra le salía era: “Dejemos obrar a Dios, en buena hora, paciencia. Tiene que cumplirse lo que Dios quiere de nosotros, y como dice el Eclesiástico, *“porque el Señor lo hizo todo, y dio a los piadosos la sabiduría”*. Al fin el visitador, a quien el Sabio describe de manera justa para saberse guardar de los semejantes a él con las siguientes palabras: *“El que odia, disimula con sus labios, pero en su interior hay perfidia; si da a su voz un tono amable, no te fíes, porque hay siete abominaciones en su corazón”*, publicó con el vicario general al mismo tiempo en cartas el arreglo de la Orden y la reintegración del P. General a su oficio, haciendo leer una hoja con la información que él decía haber hecho favorable al instituto, pero en realidad se supo todo lo opuesto y contrario a lo que se afirmaba en aquella. Y esto se puede comprobar hoy con la copia de los mismos originales. Y se sintieron así los efectos de la política con engaño del decreto obtenido en el Breve de reducción de la Orden a congregación seglar, que se publicó en San Pantaleo en Roma, el 18 de marzo de 1646, en presencia del Padre fundador, que, a la manera de otro Job, lo único que dijo fue: *“Como le agradó a Dios, así ha ocurrido. Bendito sea el nombre de Dios. Dentro de poco estaremos todos delante de Dios, y entonces se conocerá la verdad”*.

Esta era la finalidad de la visita del citado visitador y del vicario general, conocidos por los efectos que se vieron, para perjuicio de la Orden y sin ninguna utilidad para su bien, pero con doble medida de desgracia para ellos mismos. La justicia de Dios, cuanto más tarde llega, es más severa, por lo que ocurrió al segundo visitador mencionado, quien el 6 de mayo de 1647, justo tres años después de obtener la facultad de visitar nuestra Orden, al acabar su visita se sintió atacado por fuertes dolores de mal de piedra, por lo cual los médicos le hicieron un corte, y para no sentir la agudeza de aquellos dolores que le afligían tomó opio por la noche para poder dormir. Por la mañana lo encontraron muerto, tendido en el suelo, cerca de la cama, con admiración de toda Roma.

Enviaron luego de Roma otro de su intención a aquella casa, en la que con toda doblez y engaños comenzó a sembrar lo que tenía

dentro, y con sagacidad y mala intención con el doble juego de su maldad, dándose cuenta de que sería más fácil emplear el fuego para refrescar el agua, fue obligado a marcharse a Palermo, donde pensó que podría llevar a cabo su plan. Pero le ocurrió lo mismo, y se descubrió que no tenía ningún respeto por Dios ni por la Orden. Se dieron cuenta de que el presuntuoso era un montón de mentiras, y un nublado de engaños, y se tuvo que volver con una sola conquista a donde había sido enviado, para llevar a cabo en su persona lo que no pudo conseguir en los otros. Pudo, pues, ser aceptado por uno que creyó todo lo que le contó con su natural simplicidad, y le convenció de que las cosas de la Orden no se arreglaban porque nuestro Padre fundador no quería, y así seguíamos. Este padre Tomás escribió al siervo de Dios quejándose y con resentimiento, considerándolo culpable, pues por él yacía deprimida la pobre Orden. El Padre venerable con su acostumbrada bondad le respondió. Entre otras cosas le dijo: “Dentro de dos años nos veremos con los que nos culpan ante el rostro de Dios, y se sabrá la verdad, que por mí no hay culpa”. Y así fue, pues después de escribir la carta con que le respondió, muertos ya los que habían afligido a la Orden, el venerable Padre se fue al cielo, que ya lo sabía de antemano como todo, dos años más tarde.

De manera parecida golpeó el látigo de Dios a la persona del segundo Vicario General en el año 1648, el cual con ocasión de hablarse de las desgracias que padecía la Orden a causa de su presencia, se dejó decir con temeridad que él podía y era capaz de erradicarla del mundo. Y porque le respondieron que más bien temiera no le ocurriera eso a él, oyendo esto, sumamente enfadado decidió sacar de la casa de San Pantaleo a todos los que le habían dicho aquello, e incluso al mismo Padre fundador, que no sabía nada. Pero dos días después apareció el pobre todo cubierto de lepra con una fiebre agudísima en la casa del colegio Nazareno. Fue a verle dos veces el buen viejo, y con afecto paterno le visitó, y él, vencido por la caridad y bondad tan grandes del siervo de Dios, se arrepintió por completo, y doliéndose de los males que había hecho, a él y a la Orden, llorando le pidió perdón, y resolvió querer manifestar con un escrito público ante notario al mundo cuanto él los otros citados habían hecho de mal. En modo alguno quiso el siervo de Dios que se hiciera tal, ni permitió que otros prestaran oídos a estos hechos, sino que habiéndole ya perdonado él de todo corazón y orado al Señor por el bien de

su alma, quiso que él se preparase con dolor y rechazando aquel mal que reconocía haber hecho para obtener el perdón de Dios, en lo que él no dejaría de ayudarle. Con tal disposición y ayuda de su buen Padre, el cual después de algunas horas envió rápidamente a dos de la casa de San Pantaleo al colegio, a los cuales les dijo que inmediatamente le dieran los santos sacramentos, porque de otro modo ya no habría tiempo. Después de hacer esto y de haber recibido la comunión, le asaltó un delirio, y así murió el 9 de enero, con estupor grande de todos los que lo oyeron y vieron. El Padre fundador quiso que se llevase su cadáver a la iglesia de San Pantaleo, donde con toda caridad le hicieron las exequias nuestros religiosos. Fue enterrado en la sepultura de los padres, de lo cual toda Roma quedó muy edificada, y especialmente el cardenal Ginetti, el protector, quien entre otras cosas dijo: “No hay que meterse con los siervos de Dios”. De la misma manera todos los que cooperaron en los daños de la Orden y de su fundador terminaron sus días malamente, víctimas de varios accidentes y desgracias, con los cuales castigos manifestó Dios su justicia y la gracia y protección que tenía para con su siervo, contra el cual al principio de estos sufrimientos se refiere, como el P. Juan Muzzarelli de otra orden, habiéndose visto que por haber sido él quien desconsideradamente había dado fe a las mentiras del primer vicario y le había apoyado con sus cartas, fue el origen de todo mal y el principio de todos los daños, quien se vio atacado por una enfermedad de cáncer en la cara, que lo llevó a la muerte en julio de 1643, y llorando su desgracia pidió a nuestros religiosos que le ayudaran pidiendo perdón en su nombre por el mal que había hecho creyendo en todo lo que falsamente le había dicho aquel en perjuicio de la Orden y en ofensa del Padre fundador, para que él con sus entrañas de misericordia le perdonara y le ayudase ante Dios en aquello que se sabía más bien culpable.

12. Una vez muerto, por obra del Visitador General, poco favorable a José y a su institución, fue nombrado otro Vicario General, nada mejor que el primero, que intentó ponerlo todo patas arriba. Para cambiar el espíritu del instituto, de acuerdo con el Visitador preparó otras nuevas Constituciones, muy diferentes de las anteriores, y llamó a Roma de las otras regiones a quienes estaban de acuerdo con él. A quienes sabía que estaban de acuerdo con la manera de pensar de José, los rechazaba y expulsaba. Pero el Cardenal Ginetti, que sabía que las recientes Constituciones iban en contra del pen-

sar de José, cuando las recibió se enfadó mucho, y aunque los otros, protegidos por otro Cardenal, urgían su promulgación, no quiso desenvolverlas, y prometió que nunca permitiría que vieran la luz.

Entonces los que estaban al mando crearon algunos Superiores de casas que eran poco amantes de la Congregación, que comenzaron a decir que José estaba alelado y enfermo, y que era contrario a su misma Congregación. Y cuando lo escribieron en cartas a otros, el mismo José respondió: “Dentro de un bienio yo y los autores de nuestra calamidad, seremos llevados a juicio ante Dios, y se conocerá toda la verdad”. Y la predicción se cumplió verdaderamente, pues en breve tiempo, uno tras otro, murieron. El primero en morir había comenzado su mandato tres años antes; sentía terribles dolores por cálculos en el riñón, y después de tomar opio, le hicieron una incisión que cortó una vena, y lo encontraron inesperadamente muerto, el 6 de mayo de 1647.

Tampoco quedo impune el Vicario General. Pues al año siguiente, 1648, cuando alguno se quejó del mal que estaba haciendo a la Congregación, encendido en ira respondió temerariamente que, si así lo quería, extirparía de raíz su Congregación de todo el Orbe. A estas palabras alguno le dijo que tuviera cuidado con lo que decía con respecto a lo que ocurriría a la Congregación de la Madre de Dios. Por lo cual, airado, mandó que todos sus adversarios salieran de Roma, principalmente José, el fundador de su Congregación. Pero no pasaron dos días cuando, con algunos escudos que había recibido de José para un asunto común, preparó un gran banquete. En aquel momento, mientras estaba en la mesa con algunos seglares invitados, y se estaba lavando las manos en el colegio Nazareno para ir a la mesa, de repente se sintió mal; lo llevaron a la habitación, y se vio atacado de aquella lepra y fuego. Conociendo ya la ira vengadora de Dios, avisado por aquellos que se encontraban junto a él, envió a quien pidiera humildemente perdón de rodillas. Pero el siervo de Dios, cruzando los brazos sobre el pecho, con gran espíritu y fuerte voz dijo: “Yo le perdono de todo corazón, repito, le perdono todo de corazón, así Dios perdone mis pecados; yo nunca quise otra cosa sino la salvación de su alma”. E inmediatamente fue a visitar al enfermo, y evitando mirarle a la cara le dijo tales palabras que él agradeció humildemente, pidiendo perdón. Luego envió dos sacerdotes para que le aconsejaran seriamente que se preparara correctamente a la muerte, y que al día siguiente a las 10 le llevaran el Cuerpo de

Cristo en viático. Cosa que hicieron a esa hora, y apenas pasado un cuarto de hora comenzó a delirar, y el 6 de enero falleció. José procuró que se hicieran bien los ritos; llevaron su cadáver a San Pantaleo y fue enterrado honrosamente en el cementerio común.

Del mismo modo, otro religioso tampoco escapó a la venganza divina. Había estado en buena relación con el primer Vicario, y había apoyado su autoridad; había sacudido miserablemente a la Congregación, y había ofendido al Siervo de Dios. Le apareció una grave gangrena en la boca, y murió en el mes de julio de 1643; también pidió humildemente perdón a José antes de morir. Enterado de estas cosas el Cardenal Ginetti, dijo que había que tener cuidado con ofender y humillar al Siervo de Dios.

13. El P. Esteban de los Ángeles, llamado Cherubini, sucedió en el cargo de Vicario General al P. Mario, conforme el P. Mario había rogado en los últimos días a Mons. Asesor (era compañero del P. Mario contra nuestro V. P. Fundador), con no poco disgusto de toda la Religión, que pensaba que la oposición había terminado con la muerte del Padre Mario, y deseaba ver a su V. fundador en el gobierno. Pero así lo permitió Dios para refinar a su siervo José, y tuvo lugar la segunda persecución del P. Esteban contra él, no menos violenta que la primera, porque este, unido con otros no muy afectos a nuestro V. P. José, y también aficionados a la libertad de vivir a su manera, para evitar que nadie fuera a aconsejar al mismo P. fundador, y para mantenerse con más libertad en el gobierno de la Religión, prohibió a todos los de casa ir a la habitación del mismo P. fundador, declarando enemigos suyos a los que se atreviesen a ir, persuadiéndose, aunque vanamente, que no siendo el buen anciano visitado, ni asistido por nadie, tenía por necesidad o desesperación que morir como cualquier hombre. Pero Dios, que nunca abandona en la necesidad a los que realmente confían en él, hizo que el P. Gabriel de la Anunciación fuera a Roma en este tiempo para otros asuntos e intereses propios, y él, compadeciendo mucho los sufrimientos del V. Padre, a quien amaba y veneraba, y sin tener en cuenta la prohibición hecha por el P. Esteban, le asistió con toda diligencia y caridad, contra de la voluntad de sus enemigos, quienes recurrieron al Emmo. Ginetti, Vicario de N. S. y Protector de la Religión, para que ordenara al P. Gabriel que regresara a Génova, su tierra natal, el mismo Sr. Cardenal (habiendo oído del mismo P. fundador, muy estimado por él, que el P. Gabriel era su secretario) ordenó al P. Gabriel

que sin su orden expresa no saliera de Roma, y que se quedara para servir al P. General, porque le daría un gran gusto.

14. Había ya llegado al colmo de su injusta ira y su gobierno inicuo el segundo vicario citado, cuando la Divina Justicia descargó sobre él el golpe de su indignada espada. El P. José había recibido de varios devotos muchas limosnas para los gastos necesarios en los asuntos que se trataban en la Corte sobre su Congregación, y como observaba la suma pobreza, inmediatamente las entregó a dicho superior, para que se sirviera en esos gastos. Pero él, que no pensaba en preservar, sino en destruir si podía la Congregación, en lugar de usarlas a favor de ella, las gastaba banqueteando con amigos, o en fomentar los favores que podrían traerle ventajas a su ambición. Había preparado para las fiestas de Navidad en compañía de unos amigos en el Colegio Nazareno un banquete más solemne y pomposo de lo habitual, y cuando ya estaban preparadas las mesas y estaba con los invitados lavándose las manos para sentarse en la mesa, fue golpeado de repente por la ira vengadora de Dios. Cayó con un terrible golpe en el suelo, y medio muerto lo llevaron a la cama. Apareció inmediatamente cubierto de la cabeza a los pies de la misma cruel lepra de elefante, como la llaman los médicos, y fuego real, del que murió su antecesor en iniquidad y cargo.

Mientras se estremecía de dolor y esperaba en cualquier momento la llegada de la muerte, se dio cuenta el mezquino de qué mano y por qué causa le venía aquel castigo, y como otro Antíoco envió a pedir perdón de su parte al P. José por el grave daño que a él y a su Religión había hecho con sus iniquidades.

Cumplió este encargo en su nombre, arrodillado ante el Padre, el P. Camilo de San Jerónimo, que luego fue General de su Religión. Con los brazos cruzado en el pecho recibió el viejo santo la embajada, y con lágrimas en los ojos dijo: “Le perdono, le perdono. Así Dios le perdone como yo le perdono de corazón, pero creo que el Señor ya no querrá darle la vida, de modo que tal vez de esta manera pagará con la muerte temporal, y no con la eterna sus pecados”.

Fue inmediatamente a visitarlo al Colegio Nazareno donde se encontraba, y aunque al entrar en la habitación del enfermo este al principio, o por la fuerza de los dolores que le atormentaban quemándole las entrañas con lo que llaman fuego sagrado, o porque tenía vergüenza de mirar a quien tanto había ofendido, estaba con la cara vuelta hacia la pared, pero al oír el dulce y santo encanto

de sus suaves y santas palabras dirigidas a él, lleno de lágrimas el arrepentido moribundo le agradeció la gran piedad usada con él, y le pidió perdón por los insultos que le había hecho y el grave daño causado a su Congregación.

Despidiéndose luego de él, llamó a dos Padres de la confianza del dicho Vicario, y les dijo (no pareciéndole correcto hacer él esta recomendación) que no perdiera tiempo en recibir los últimos sacramentos y en prepararse para la muerte, que no tardaría en venir, y más tarde ya no podría hacerlo. Obedeció el enfermo, ya tocado por el Señor por los méritos y oraciones de nuestro Siervo de Dios, y después de recibir con grandes señales de arrepentimiento y devoción los últimos sacramentos, solo había pasado un cuarto de hora cuando cayó en un gran delirio, que le acompañó hasta la muerte, por lo que de no haber recibido entonces los sacramentos, ya no habría tenido posibilidad de recibirlos.

Finalmente, el 6 de enero de 1648, después de sufrir en el cuerpo dolores crueles, murió con horror y temor de toda Roma, que admiraba en esa muerte los justos juicios de Dios. Sin embargo, no dejó el P. José de hacer al muerto amigo (que cuando vivía se había portado como feroz enemigo) los oficios de caridad a su cadáver que suele mostrar la piedad de la más querida y fina amistad. Decidió llevarlo a S. Pantaleo, donde después de hacerle un suntuoso funeral le hizo enterrar con honor en el cementerio común de sus religiosos.

La Divina Justicia no dejó de castigar a otros cómplices y colaboradores de los dos Vicarios citados por ofender al Siervo de Dios y tratar de destruir su santa Religión; a dos de los cuales, en particular, que se habían excedido más que los demás recibieron un castigo más terrible y manifiesto.

A uno de ellos, haciéndole dejar el hábito de la Religión, que él quería destruir, y luego, como diremos, la vio otra vez confirmada, y vivió una vida miserable y mendicante hasta que murió, como algunos dicen, en una hostería. Al otro, haciendo que se le formara un cáncer pestífero en aquella lengua que tan mal había hablado contra el Siervo de Dios, y su santa Orden, hasta que, arrepentido de sus errores, vino a morir en julio del año 1643. De modo que, a la vista de tantos, y tan serios y manifiestos castigos, el cardenal Ginetti dijo que un hombre se debe guardar bien de afligir y perseguir a los siervos buenos y justos de Dios, porque estimándolos él como a la pupila de su ojo no deja de castigar duramente a quienes quieran tocarlos.

Y de aquí vino además que sus otros contrarios, o por temor de los castigos ya vistos, o porque muertos los dos que eran las cabezas, y el tercero les había abandonado junto con el hábito de la religión, como dijimos, no tenían quien les apoyase, ya no se atrevían a hacer algo de importancia contra su Congregación ni contra su Fundador.

15. Del mismo mal de lepra, aunque no tan violenta, fue también atacado otro de sus principales perseguidores; pero este, visitado por el Siervo de Dios, en presencia de muchos humildemente le pidió perdón, y después de recibir los santos sacramentos, entregó el alma al Creador. Así que debemos admirar y venerar los secretos del Altísimo, que permite que sus siervos sufran para aumentar su corona de mérito; pero no deja impunes a quienes les maltratan y afligen.

16. El último compañero tuvo un final diferente, aunque no una enfermedad diferente, porque después de unos tres años también acabó cubierto de lepra, y sabiendo que había sido tocado por Dios, inmediatamente envió a llamar al P. José, que no había conocido antes su enfermedad. Corrió hasta él y lo encontró muy grave. Al ver al siervo de Dios, el enfermo comenzó a rogarle que le perdonara por las grandes ofensas e insultos que le había hecho. Pero él, con un espíritu lleno de compasión y caridad, respondió, y todos los presentes lo escucharon: “Con todo mi corazón le perdono, le perdono con todo mi corazón, así Dios perdone mis pecados. Nunca he deseado nada más que la salvación de su alma”. Y pidiéndole el enfermo confesarse con él, no lo permitió, para darle más libertad, sino que le dio la bendición, y exhortándole a prepararse para ese gran paso, ordenó y repitió varias veces que a las nueve le dieran la comunión. Y, pareciendo a los Padres una hora muy extraña, agregó que a toda costa le dieran la comunión a las nueve. Después de hacerlo, no pasó media hora que el enfermo empezó a delirar, y no dejó de hacerlo hasta que llegó la hora de su paso.

Calasanz soporta la humillación

5. Con qué paciencia soportó la mortificación que le hizo el Mons. Asesor del Santo Oficio, no sólo de palabras de mucho peso en nuestra sacristía de S. Pantaleo, sino mucho más al ser llevado en medio de guardias por lo más poblado de Roma como el Pasquino, el Parión, los Bancos, el Puente de Santángelo, y todo el Borgo hasta el pa-

lacio de la Santa Inquisición, no ya como fundador y General de una Orden religiosa, sino como jefe de bandidos en medio de sus compañeros, tratados y tenidos por tales. Un viejo de 88 años o más, a pie, en lo más caluroso del mediodía, un camino tan largo, en ayunas desde la mañana del día anterior, porque sólo comía por la mañana. No sólo no se inquietó por ello, sino al ser intimados por el Rvmo. Prelado, respondió: “Vayamos, que Dios nos ayudará”. Vuelto a casa y castigado a no abandonar su habitación, sólo pidió como favor que le permitieran celebrar la misa en el oratorio contiguo, y alabó a Dios.

7. Cuando fue suspendido de su oficio, pues, como se dijo, que fue en el año del Señor de 1643, no sólo no dio ninguna muestra de indignación, sino que con singular humildad y alegría obedeció retirándose de todo gobierno, y como este se entregó en buena parte a los mismos calumniadores y perseguidores de nuestro buen viejo, él se sometió de tal modo a su obediencia que nada hacía sin pedir su bendición, y cada vez que le ocurría salir de casa, lo mismo que si hubiera sido un novicio se presentaba ante ellos a la ida y a la vuelta para pedirles la bendición de rodillas, y como tal sumisión no era tomada quizás por alguno o por ninguno de ellos en buen sentido, un día en que al Padre se le ocurrió pedir permiso para hacer no sé qué comisión, uno de ellos lo embistió mientras estaba de rodillas delante, y lo llenó de improperios enormes e indiscretos, llamándole hipocritón, fingido, engañador, viejo loco, y añadió que finalmente se habían descubierto sus maldades e hipocresías, y se indignaba aún más al ver al humilde viejo estar con el rostro sereno sin turbarse, y cargándolo aún de más injurias y de amenazas lo apartó de sí. De insultos similares que le hicieron incluso sus súbditos y vilísimos hermanos, y que fueron soportados con ejemplar mansedumbre por nuestro Padre, se podrían contar buen número, muchos de los cuales se escriben en otro lugar.

9. Él deseaba mucho el arreglo de las cosas de Religión, pero cuando le propusieron una vez un partido para el ajuste, respondió: “Ciertamente en esta negociación hay pecado, nunca la aceptaré, y si Dios quiere que sigamos siempre así, y que se destruya la obra, todos debemos estar contentos; no he tenido nunca otro fin que su gloria y el cumplimiento de su santa voluntad”.

En una ocasión, cuando le dijeron que Dios le había dado la ocasión de ganar muchos méritos en aquellos tiempos con tantos su-

frimientos (esto fue el 11 de diciembre de 1646), tanto por su parte como por la de la Religión, contestó: “¡Oh, oh, oh, he estado en esta silla como un tonto y un insensato sin hacer nada! Pero verdaderamente estas son gracias singulares que Dios me da, porque si por un pecado mereciera el infierno, y con estos sufrimientos S.D.M. quisiera perdonarme, ¡oh qué gracia sería! Estaría muy agradecido al Señor si por mis maldades y pecados me enviara el Papa a Civita Vecchia a la cárcel, y en un año o dos a lo sumo que pudiera vivir en ese lugar cambiara las penas del infierno y parte de las del purgatorio y me diera el Paraíso, ¡oh qué favor, oh qué gracia sería esto! ¡Tan poco sufrimiento a cambio del castigo eterno, oh qué gracia, o qué gracia! En nuestros sufrimientos, no debemos mirar la causa instrumental, que es el hombre, sino la causa eficiente, que es Dios, que es nuestro bien supremo, y a ningún otro fin dirige estas cosas externas sino a nuestro bien. Nunca he pensado que ni el P. Mario, ni el P. Esteban, ni otros hayan sido la causa de estos sufrimientos; sino Dios que quiere obtener de ellos algún gran bien, y siempre he rezado por ellos; y si el P. Esteban quisiera convertirse y venir a casa, lo abrazaría, como a todos los demás; y en mi habitación tendría la misma acogida que tiene el P. Pedro”.

Este es el primer compañero y Asistente del Padre; el padre Mario ya había muerto. Su gran amor por la profesión religiosa para unirse mejor con Dios, se puede ver en todos sus actos, porque siempre trataba con Dios, de las cosas de Dios, de su propia salvación y de la de los demás por medio de nuestro Instituto, y por eso decía que los que quieren hablar con Dios deben tener el oído interior muy purgado, porque una sola palabra del Señor da fuerza para sufrir grandes tribulaciones durante muchos años; y que conocía a una persona que con una sola palabra que le había dicho Dios había sufrido con mucha alegría sufrimientos durante diez años y más. En los últimos años de su vida solía decir estas palabras precisas: “*Melius est mala patienter pati quam mirabilia facere*”.

11. Un religioso envió un memorial contra el venerable Padre fundador a la sagrada congregación, y el señor cardenal de aquella hizo venir al buen viejo y en la misma sala, en presencia de toda su corte y otros que estaban allí reunidos, lo trató malamente. El pacientísimo, tranquilo de espíritu, se calló y se puso de rodillas. Con toda serenidad de rostro ni se movió, de manera que todos se admiraron viendo una paciencia y una bondad tan grandes en el siervo de

Dios, el cual, al ser despedido, en particular dijo a aquel señor cardenal que cuanto se había hecho había sido por orden del Emmo. Cardenal Francisco Barberini.

Otro religioso de la Orden, que llevado a un estado elevado por señores se había ensoberbecido, trató indignamente al buen viejo, y con palabras injuriosas y de mentiroso, en las que se excedió llevado por el Demonio a fin de hacerlo impacientar. El siervo de Dios, con tranquilidad de ánimo sólo le dijo una vez: “Dios lo ve todo, y juzgará entre usted y yo, y se conocerá la verdad”. Y cuando uno de los señores cardenales, informado de muchas cosas malas de aquel, quiso castigarlo, el siervo de Dios, habiéndolo oído, fue a rogar a aquel Emmo. que no lo hiciera, porque de ello vendría pronto daño, ya que tenía mucho apoyo, y del empeño de los unos y los otros se encendería un incendio aún mayor del que ya se había iniciado contra la Orden, y viendo el Padre que el cardenal estaba firme en su propósito, se le postró en el suelo delante rogándolo con toda su fuerza. No quiso dejarse persuadir aquel digno cardenal. Entonces el buen viejo, que iluminado por divina luz conocía la voluntad de Dios, alzando los ojos al cielo dijo: “Pobre Orden, pobre de mí. Ella y yo estamos en las manos de Dios. Que se cumpla su divina voluntad, pues el Señor quiere alguna cosa grande”. Fueron estas palabras de mucha consideración, por lo que ocurriría más tarde, que parece que él lo sabía todo en su Señor.

El segundo domingo de adviento, después de haber hecho su discurso acostumbrado a los padres en conformidad con las Constituciones, acerca de los grandes bienes que reciben los que con paciencia soportan las tribulaciones, vuelto a su habitación continuó hablando del mismo tema con el mismo fervor de espíritu con otros que le acompañaron, y porque uno quiso decirle: “Vuestra Paternidad ha tenido una gran ocasión de mérito en estos tiempos de tantos sufrimientos que ha padecido por la Orden”, el humilde siervo de Dios estuvo algún tiempo en silencio, y luego, dando un gran suspiro, exclamó las siguientes palabras: “¡Oh, oh, pobre de mí! He estado en esta silla como un tonto, como un bobo sin hacer nada, no he sacado ningún provecho, pobre de mí. Pero verdaderamente son gracias singulares que me ha hecho Dios, porque si por un solo pecado merezco el infierno eternamente, y con estos sufrimientos S.D.M. me los quiere perdonar, ¡oh, oh, oh qué gracia si me cambiara esta pena eterna en temporal, qué favor, qué favor tan grande,

tan enorme sería esto! Me tendría por muy favorecido por el Señor si hiciese que el Papa, conociendo mis despropósitos y pecados, me enviase a Civitavecchia a la cárcel, o a una galera; y después de un año, o 18 o 20 meses que sería lo más que podría sobrevivir en aquel lugar, con ello se me perdonase la pena del infierno y parte de la del purgatorio, y después se me diese el paraíso. ¡Oh, qué favor, qué gracia sería esta, redimir las penas eternas con tan poco esfuerzo, oh qué gracia, qué favor! No hay que mirar en los sufrimientos a la causa instrumental, que es el hombre, sino a la causa eficiente, que es Dios, que es nuestro Sumo Bien. Yo nunca he pensado en estos sufrimientos que hayan sido cosa de tal o de cual, ni de otro sino de Dios, que quiere sacar de ellos algún bien grande, y siempre he rezado por ellos. Y si el P. Esteban quisiera convertirse y viniera a esta casa, lo abrazaría como a todos vosotros”. Así dijo.

La misma paciencia la demostró en todo el tiempo que duraron sus últimos sufrimientos por la Orden. Sólo ellos bastarían para considerarlo más que santo. Con toda su tranquilidad de ánimo reverenció y soportó al visitador, a pesar de que sabía como cosa cierta lo que le decían o escribían del mal que intentaba obrar con sus dos vicarios generales que le sustituyeron en su lugar. Yo recuerdo haberle escrito desde un lugar lejano una carta en la que intentaba persuadirle de que no admitiese a aquel visitador de nuestra Orden, por lo que había comunicado un confidente suyo que conocía al hombre y sus intenciones, pues se sabían con seguridad los daños que intentaba producir, y muchas otras cosas que por conveniencia dejamos fuera. El Padre venerable me respondió sólo unas pocas palabras, que son las siguientes: “Esto ha sido la voluntad de Dios, y debe hacerse, y nosotros hagamos oraciones, a fin de que en todo sepamos recibir lo que es su voluntad con placer y paciencia, conformándonos a su divina voluntad. Y su pensamiento es conservar el instituto de su obra en las dificultades, y después hasta el fin del mundo, como quiera. Que Dios le bendiga”.

El siervo de Dios soportaba todas las contrariedades con alegría de corazón, que disfrutaba estando en la cruz y pasión de su Cristo. Lo mismo dio a conocer también en sus enfermedades, y en aquella ocasión en que sufrió la caída del campanario cuando lo tiró el Demonio. Fue tan grande su paciencia que pudo animar a los que tenía como maestros en la escuela a escucharle y seguir su obra pía con mayor efecto, y él no sentía otra molestia que no poder estar con ellos, pero

quería y se alegraba de estar enfermo, porque Dios lo permitía así, sintiendo con el Apóstol *“cuando estoy débil, entonces soy fuerte”*

Mostró en esto su invicta paciencia, que confirmó con los efectos de su excesiva caridad hacia todos los que le habían perseguido, de los cuales y de cuyos seguidores nunca quiso que se hablase mal, ni en su presencia ni fuera de ella, diciendo que él rogaba muchas veces a Dios con tanto afecto por ellos como por sí mismo, y que les perdonaba con la misma voluntad con la que deseaba que Dios le perdonase a él sus pecados, y que se esforzaría por verlos convertidos al Señor para que vivieran justos ante su vista. Se conoció que su paciencia era verdadera en esto cuando fue corroborada por su caridad al haber perdonado a sus enemigos, pues estando enfermos en otras casas de la Orden, no dejó de hacer lo posible por la salvación de sus almas, como hemos contado en su lugar.

Nunca se opuso a aquel visitador y los dos vicarios ni les fue en contra en ninguna cosa por mínima que fuera, sino que los honró y reconoció como superiores suyos, y a los dos vicarios les entregó sus habitaciones y cuanto había en ellas. Escribió a todas partes, como se sabe por sus cartas que se recibieron, que les obedecieran y los reconocieran como superiores mayores. Y aunque constase desde el principio que el segundo vicario había sido propuesto por el visitador general, y casi todos sentían repugnancia por aceptarlo, y ni siquiera querían verlo, el venerable Padre hizo por la mejor conveniencia de las cosas que ocurrían que obedecieran al visitador en cuanto dispusiera por medio del vicario general, y él fue el primero en reconocerlo, y a su humilde ejemplo de paciencia siguieron después los demás, sin que él perdiera el ánimo de ver a la Orden, al mismo tiempo que extendida con muchas casas en toda Europa, oprimida y denigrada, estando todas las casas de las provincias en muchos modos atacadas y calumniadas, y dispersos sus hijos de buena voluntad, que él nunca se mostró contristado o descompuesto, sino que siempre con el mismo semblante lo único que decía era: *“Dejemos obrar a Dios, el cual ‘me esconde a la sombra de sus alas frente a esos impíos que me acosan’*, a él le toca pensar en los pobres de nosotros. Si el instituto es cosa suya, Él lo mantendrá y lo aumentará por todas partes. Y si quiere que esté así o que se destruya la obra de las Escuelas Pías, lo debemos aceptar gustosos; yo no he tenido otro fin más que su gloria y el llevar a cabo su santa voluntad”, así fueron sus palabras.

12. Estando así las cosas, y como se hacían muchas cosas equivocadas que José y los amantes del instituto ya no podían soportar, un grupo de religiosos que honraban el instituto y veneraban mucho a José, hartos de tantas injurias, decidieron ir en grupo a reclamar al Sumo Pontífice. El prudente José les pidió que no lo hicieran, temiendo que tal vez aquello perjudicaría a la Orden. Y he aquí que la Sede Apostólica promulgó un decreto el 8 de marzo de 1644 por el que el instituto de las Escuelas Pías pasaba a ser, de Orden de Regulares, a Congregación de sacerdotes seculares. Cuando José lo oyó, dijo pacientemente: “Como quiso Dios, así ha ocurrido. Bendito sea el nombre del Señor”. Pero en voz baja añadió: “Dentro de poco tiempo todos pasaremos de esta vida al juicio divino, y la Verdad, que ahora está escondida, aparecerá claramente”.

Se sometía al arbitrio y la providencia de Dios, a quien apelaba como digno reo que sufría todos los suplicios. Solo cuando alguien le decía que no perdiera el ánimo, respondía: “Hijos, aceptemos lo que Dios quiera hacer, y pongamos nuestra confianza solo en él”. Y una vez, con gran vivacidad, les dijo en secreto: “Hijos, hemos llegado ya al punto de *padecer insultos por el nombre de Jesús*; procuremos también lograr lo que se dice antes: *los Apóstoles iban alegres*”. Como algunos de los religiosos no estaban de acuerdo con ello, José añadió vehementemente: “Mientras tenga aliento, nunca perderé la firmeza de ánimo en el servicio de Dios, por ninguna calamidad, ni perderé la esperanza, sino que con esperanza esperaré contra toda esperanza, pues nuestra obra se basa en el amor de Dios, y no sufro por los ataques que me hacen, sino por las almas de los que atacan a la Orden, a quienes veo en gran peligro”.

En un segundo domingo de Adviento hablaba como de costumbre a los suyos sobre los bienes que producen las tribulaciones y vejaciones, y luego siguió en su habitación, no sin fervor, comentando los enormes méritos que venían a la Orden de sus calamidades cotidianas. Y a continuación, con un gran suspiro, dijo: “¡Oh, pobre de mí! ¡De qué manera más necia y fatua he ejercido mi cargo! Nunca hice nada bueno, nada de provecho hasta este día. ¡Cuántos son los cargos y cuántas las gracias que me ha concedido la Divina Providencia, ignorante de mí, hombre de poco valor! ¡Cuántas penas debo pagar en el fuego del Purgatorio! Si Dios quisiera enviarme tormentos y con estas leves adversidades que padecemos hoy cambiarlos por mis errores, ¿no sería una suma e inestimable ganancia? De modo que

si el Papa, oyendo mis ineptitudes, me condenara a la cárcel para siempre, o a remar en las galeras, y así pudiera evitar las penas del infierno, y librarme antes del fuego del Purgatorio, ¿no debería dar muchas gracias por ello? Vamos, hermanos, al afrontar las adversidades no veamos a los hombres, que son causas instrumentales, sino a Dios, que es la causa eficiente, y lo hace por nuestro propio bien”. Por lo cual su paciencia brilló admirablemente, no solo aceptando las adversidades, sino amando además a los que le perseguían.

14. No es nuevo en la miserable condición del hombre vicioso que cuanto más ofende a los buenos sin resistencia, más se ensoberbece y se indigna contra él. Era, como diremos más ampliamente, una cosa de gran edificación ver con cuánta humildad y obediencia el viejo y buen Fundador, y general vitalicio de su Orden, ahora suspendido y sujeto a quienes veía gobernar tan mal, e incluso perseguir con orgullo a su Instituto, les obedeciese y se sometiese a ellos, siempre arrodillado ante los pies del inicuo superior, pidiéndole humildemente permiso para lo que tenía que hacer, sin replicar ni quejarse nunca a otros de los agravios, que veía se hacían a sí y a su Orden, incluso escuchando a sus verdaderos hijos y buenos religiosos quejarse y afligirse con los males que veían que hacían aquellos que debían ayudar a la religión, su común madre. Solía consolarse diciendo que mejor estuvieran tranquilos, porque el Señor con esas contrariedades y tribulaciones quería darles un nuevo motivo de mérito, pero que al final su Religión, fundada bajo el patrocinio de la Virgen Madre, no sucumbiría al peligro. Otra vez que, por las excesivas relajaciones e impertinencias de esos malos superiores, no podían ya sufrirlas sus mismos fieles hijos y religiosos, resolvieron ir en comunidad a suplicar al Papa contra ellos. El Padre les tranquiliza y entretuvo afirmando que eso sería el exterminio final de su Religión, y que, aunque el Señor, para mostrar el abismo de sus juicios ocultos lo hubiera permitido por algún tiempo, no quería que viniera de sus manos sino de las de sus enemigos.

16. Cuando sus perseguidores le llamaban viejo loco, atontado, hipócrita y engañoso, recibía estos insultos como si no estuvieran dirigidos a ofender a su persona, y solo le disgustaba el insulto que se hacía al Señor. Y en esta coyuntura solía decir: “No es gran cosa que me tengan por loco, cuando a Jesucristo, de quien debemos ser imitadores, también le tenían por loco”. No solo sufría los insultos con paciencia, sino que deseaba con alegría recibirlos. A favor de esto

está lo que una vez le dijo a uno de sus religiosos: “Hijo, tenemos un punto en común con los Apóstoles, que es ‘pro nomine Jesu contumelia pati’ [sufrir insultos por el Señor]. Procuremos tener otro: ‘ibant Apostoles gaudenti’ [los Apóstoles iban contentos]”. Luego exhortaba a que reflexionando sobre sus propias faltas cada uno tenía que soportar pacientemente las cargas y los daños que se le hicieran, diciendo solemnemente a aquellos que se quejaban de alguna mala acción recibida: “¿No has ofendido alguna vez a Jesucristo?” Y respondiéndose a sí mismo, añadía: “Por lo tanto, no es gran cosa que tú, por tu bien, soportes este sufrimiento o insulto que se te hace, ya que él ha soportado los insultos que tú le has hecho”.

Reducción de la Orden

13. Y así los contrarios quedaron muy mortificados, y sin saber qué más hacer para demostrar su pasión contra el buen viejo, se esforzaron para hacer chocar con los escollos de la supresión y la perdición la pobre barquilla ya vacilante de la religión por medio de la violenta tormenta desatada, siguiendo todo hasta el 18 de marzo de 1645, bajo el pontificado de Inocencio X, sucesor de Urbano VIII, día en el que (era el sábado antes del Domingo de Pasión a las 23 horas, día realmente apasionado y amargo) el Secretario del Sr. Cardenal Ginetti publicó en S. Pantaleo el Breve de la supresión de la Religión de las Escuelas Pías, dado el 16 de marzo de 1645, en cuya publicación (que como un violento terremoto sacudió las mentes de todos los religiosos presentes y ausentes) se encontraba presente también nuestro V. P. José, que ya no en el lugar de presidencia, que como General de Religión merecía, sino aparte, mezclado con los demás, estaba con gran intrepidez esperando dicho terremoto de la publicación del Breve. Luego se retiró a su habitación, encomendándose a Dios y a la B. V. su abogada. Y si bien como hombre sintió el duro golpe de la caída de su Religión, no quedó abatido, ni se desanimó, sino que aguantó todo con paciencia indecible, aunque viera por tierra y como aniquilada una obra tan santa y con tanto esfuerzo comenzada y mantenida por él, manteniendo siempre un corazón magnánimo y un semblante alegre e intrépido, y su voluntad resignada a la voluntad de Dios, repitiendo de vez en cuando ese dicho del muy paciente Job: “Domino placuit, ita factum est; sit nomen Domini benedictum”. Y yo, P. Gabriel, su secretario, testifico que

todo esto es la pura verdad por haberme encontrado presente junto a los otros en esta tragedia y haber observado todo con no poca mortificación. Nuestro Padre sufría no poco por el daño de las almas de sus perseguidores, por quienes continuamente oraba al Señor para que les perdonara su error y les exaltara en esta y la otra vida. Lo que luego sucedió después de la publicación del Breve, está escrito en las anotaciones particulares hechas por mí, por lo que considero superfluo repetirlo en este lugar, pues solo pretendo contar aquí lo que se refiere a nuestro V. P. José fundador, que en este tiempo calamitoso no dejaba de exhortar a sus hijos religiosos presentes de palabra a la perseverancia del Instituto, y a los ausentes con cartas que me hacía escribir a todos, y especialmente a los de Alemania y Polonia, consolándoles y compadeciéndolos en el sufrimientos común, repitiendo a menudo ese dicho: “Constantes estote, et videbitis auxilium Domini super vos”, asegurándoles que la religión en su tiempo volvería de nuevo a su estado original, estando seguro de que Dios y su Santa Madre siempre tendrían especial cuidado de ella y la mantendrían en pie, por ser una cosa santa y dirigida a la salvación de las almas.

14. Conjuraron con el dicho Vicario en detrimento de esta Religión algunos sátrapas politicones a la humana, y por envidia o por interés, pensando que si la nueva Religión se extendiese perderían su crédito y ganancia, comenzaron a sembrar por Roma y fuera de ella que el Instituto de las Escuelas Pías era más causa de daño que de utilidad al bien público. Entre otras razones que daban, donde bien se daba a conocer la raíz infestada de este falso celo, decían: “No es conveniente para el público, que los niños pobres, y que no tienen forma de vida sean adoctrinados en gramática, letras humanas y otras virtudes similares, porque además de perderse con esto muchos que se habrían aplicado a las artes mecánicas, aumenta el número de ociosos, que con la pluma luego con cien trampas y engaños tratan de vivir lujosamente con poco o ningún cansancio, con lo que se originan en los tribunales, con la multitud de picapleitos, los largos años de las causas, y el embrollo inextricable de los pleitos”. Razones en verdad muy frívolas, y que no pueden tener fuerza salvo para aquellos que las miran con gafas de pasión; y que si tuvieran fuerza probarían que el Santo Instituto de la Compañía de Jesús, también ordenado por su Santo Fundador Ignacio a la enseñanza de los niños, y sobre todo de los pobres, como con tanto fruto del orbe cristiano llevan a cabo hasta hoy, es también pernicioso, lo cual es falso, como publica con

mil voces la fama que resuena en todas partes de la gran utilidad para el mundo católico de esa ilustre Religión. Tampoco creo que esto pudiera mover la mente del Sumo Pontífice Inocencio X, que gobernaba la Iglesia entonces, a declarar con su Breve del 16 de marzo de 1646 la reducción del nuevo Instituto de las Pías Escuelas de Religión a Congregación, y a sus profesores de Regulares como eran, a sacerdotes seculares. Yo creo que, como el citado Pontífice pensaba que no era conveniente para la Iglesia la multiplicidad de Religiones, y especialmente cuando el objetivo de muchas de ellas es el mismo, algunas resultan inútiles, y las suprimió. Y esta, que no le parecía muy necesaria, pues ya estaba la Compañía ordenada para el mismo fin, fue reducida de Religión con votos solemnes a Congregación secular. Cuando nuestro P. José oyó esto, aunque sintió en el alma un golpe tan sensible, con paciencia inaudita y rostro sereno se volvió hacia sus hijos fieles y afligidos, que dolorosos y llorosos por la noticia estaban a su alrededor, y les dijo: “Como plugo a Dios, así ha ocurrido; bendito sea el nombre del Señor”. Luego, prediciendo el castigo futuro de aquellos que habían cooperado en esa supresión, dijo en voz baja: “Al final el Señor así lo ha dispuesto para nuestro mérito, pero ¡ay de aquellos por quienes ha venido este escándalo! Dentro de poco ellos y yo seremos conducidos al tribunal de Dios, y allí la verdad será revelada, y cada uno será juzgado según sus obras”. Esto dijo el viejo santo con lágrimas en los ojos, porque sabía cuánto tenía que sufrir su Congregación con este golpe; porque, de hecho, viendo muchos, y de los mejores súbditos, reducida a Congregación su Religión, y ésta gobernada por personas de poco espíritu y sin celo, sino sólo interesadas en sus propias conveniencias, resolvieron abandonar el estatuto de las Escuelas Pías, y volver al siglo como sacerdotes seculares, o abrazar el de otras Religiones aprobadas, de modo que el número de buenos y celosos súbditos observantes de la Regla e hijos devotos del P. José, los pocos que quedaron, necesitaron armarse de paciencia para resistir los golpes de los perversos reinantes y destructores de la Orden, que solo deseaban y procuraban perpetuarse en el gobierno, y por lo tanto oprimir a los buenos y celosos que se oponían a ellos, y elevar al gobierno de las casas a sujetos de intenciones y costumbres similares, que sólo esperaban mortificar y maltratar a los leales hijos y seguidores del P. José, que para desacreditarlo ante todos decían que se había vuelto estúpido y tonto a causa de la edad, de modo que con mil despropósitos habría terminado de

arruinar su congregación, si no le hubieran quitado todo gobierno y parte en la dirección de ella, publicando también muy a menudo que dicho Padre era el más perverso, contrario y enemigo de las Escuelas Pías, después de haberse visto despojado del gobierno.

Cuando le contaron esto al Padre, con rostro sereno, dijo: “Dios conoce todo”. Y luego, con espíritu profético, agregó: “Dentro de dos años solamente, yo y los autores de tanto mal estaremos ante el tribunal de Dios, y se verá la verdad de todas las cosas”. Y el suceso no mintió, porque precisamente dos años después de esto murió santamente, como diremos, el Padre, y antes que él los perseguidores de su religión. En verdad, lector mío, según mi poco juicio estimo como mayor argumento de la protección de Cristo, y de su Santísima Madre sobre esta sagrada Orden, el que haya sido capaz de mantener y florecer rápidamente de nuevo después de las tormentas sufridas, e incluso los naufragios sufridos en el mismo principio de su fundación, de lo que se puede decir para confirmar esa protección materna, que mostró por encima de cualquier otra Orden Regular. La petulancia de sus perseguidores finalmente llegó a tal punto que el jefe de ellos se jactó un día, cuando oyó a algunos quejarse de los males que por su causa sucedían en esta Congregación, que si él hubiera querido podría haber erradicado su Congregación del mundo desde las raíces. Lo que, no pudiéndolo tolerar uno de ellos, modestamente le respondió que no hablaba de esa manera, y que pensase que esta Congregación estaba dedicada y protegida por la gran Madre de Dios, que podía castigar a los que pensaban destruirla. Palabras que, aunque parecían proféticas de lo que iba a ocurrir, como diremos, llenaron de tanta indignación a aquel inicuo superior, que se propuso expulsar de Roma a todos los que intentaban mantener la observancia y la disciplina religiosas, y de hecho destinó a muchos fuera de Roma, y los relegó a diferentes casas de la Congregación que no le gustaban, y se enorgullecía cada vez más contra el P. José y sus seguidores y fieles compañeros.

- C) *Con esta resignación, después de larga enfermedad, ha recibido los sacramentos de la Santa Iglesia con mucha devoción, y la recomendación del alma. Y declarándose deseoso de que Nuestro Señor perdone a cuantos le han hecho sufrir, ha dado a todos su santa bendición. Y diciendo que a todos deseaba cuantas bendiciones quería para su alma, pidió a todos que rogasen por él a su Divina Majestad, y entregó el espíritu a Dios.*

Enfermedad

2. Atended, oyentes, un poco de tiempo todavía y mirad conmigo el último acto de su vida, que José ha realizado gloriosamente. Quizás la edad ya era madura en años, aunque en su vigorosa senectud, para la muerte, pero ciertamente la virtud por sus frutos estaba madura para la eternidad. Entonces José se siente apretar por los tormentos vehementes de los dolores, faltar las fuerzas, debilitarse los nervios, y al mismo tiempo surgir dentro el incendio de la fiebre (que muchos médicos no parecen diagnosticar, no sin misterio de la naturaleza o por designio divino). ¡Cuánta paciencia, oh Dios inmortal! ¡Con cuánta tolerancia, sin quejarse durante el calor del verano, venció la violencia de la enfermedad durante veinticuatro días de lucha! ¡Con qué serenidad de ánimo recibió el anuncio de su muerte cercana! ¡Con cuánto entusiasmo anhelaba el paso afortunado a la otra vida! Una sola cosa lamentaba, y era que el enfermo cuerpo, oprimido por los dolores, casi impedía a la mente volar libre allá donde incólume esperaba poder descansar para siempre en las delicias; y que le permitiera a su lengua el hablar de las cosas divinas, de Dios, de la felicidad eterna sólo en pocos momentos. En verdad al hombre recto nada le duele tanto cuanto el verse privado de la mínima oportunidad de poder practicar la virtud. Veríais, oyentes, que él no aguardaba, sino que corría a su encuentro. ¿Por qué, si no, dirigir frecuentemente los ojos al cielo? ¿Por qué elevar al cielo sus manos suplicantes? ¿Por qué mover asiduamente los labios en voz baja? ¿Por qué golpearse el pecho a menudo, a no ser certísimo significado de un corazón que habla con Dios, con la Virgen y con los santos? El mismo que pedía perdón de sus culpas, imploraba la divina misericordia, daba gracias por los beneficios recibidos y suspiraba por llegar a la meta celeste de la felicidad, que ahora se acercaba corriendo hacia él. Pues cree que ciertamente se renueva la vida en la muerte, quien vive de tal manera que piensa que para vivir bien hay que morir cada día a sí mismo. Pide que le traigan el divino Viático del Cuerpo de Cristo para la vida futura, con el cual poder llegar más robusta y más seguramente que Elías llegara en otros tiempos al monte Horeb después de comer el pan cocido en las cenizas, al supremo vértice del Olimpo, que constituía el último objetivo para colmar sus deseos. Y lo mismo que un atleta, para luchar más fuerte con los enemigos que se ponen en el camino, después de renunciar a todas las cosas que con permiso de los Supe-

riores usaba para sus necesidades ordinarias, quiso ser ungido con el aceite la sagrada unción. Y después rogó que le obtuvieran la bendición del Pontífice. ¿Qué más? Para atestiguar que su fe estaba bien compuesta, procuró renovarla al modo del triunfador que llega a la patria celestial, y como no podía ir por su propio pie, por medio de un sacerdote en el augustísimo templo vaticano ante los primeros príncipes y senadores de la república cristiana. ¿Qué para terminar? Transmitió con un testamento religioso la herencia cierta y perenne a sus hijos, tanto a los presentes como a los ausentes, las virtudes que poseía, y no las riquezas y el dinero que había dejado.

¿Quién podrá contener sus lágrimas, viendo a un hombre dignísimo de la inmortalidad luchar entre conflictos extremos con la muerte? Sin embargo, éste se duerme de tal manera suavemente como entre besos del Señor, como nuevo Moisés, que debamos alegrarnos más por su suerte que dolernos por la nuestra. Llevaba en la boca en todo momento, y dirigía su corazón al dulcísimo y venerando nombre de JESÚS, de modo que su alma, no pudiera abandonar la prisión del cuerpo con un nombre más suave. De este modo las muertes famosas no son sólo gloriosas, sino también felices. Muere una vez pero para vivir siempre, y siendo el rostro imagen del alma, el cuerpo indica haber sido el domicilio de una mente feliz; y aunque yace en tierra, se convierte en descanso, decoro y ornamento de la Orden, sin embargo afligida y miserable. ¡Tan grande suele ser el honor de la virtud, que puede traer premio y dignidad también en las áridas cenizas!

4.3. Sé que el Padre José murió en Roma en la Casa de San Pantaleo, en su habitación habitual junto al oratorio, el 25 de agosto, a las cinco o las seis de la noche de 1648, de una enfermedad de fiebre causada por el hígado, según puedo entender de la forma en que se encontró su hígado, que el ala inferior se había encogido, y por eso el Padre pedía refrescar el calor que sentía en el lado derecho, y se quejaba de que le dieran vino.

En el último día de su vida, envió al Padre Vicente, que le cuidaba, a la iglesia de San Pedro, para que, prostrado ante los cuerpos de los Príncipes de los Apóstoles, hiciera un acto de fe en su nombre de lo que enseña la doctrina apostólica, y envió otros al Eminentísimo Cecchini, quien le quería y veneraba, para que se complaciera en conseguirle de nuestro Señor la bendición, como la obtuvo a través del mencionado Eminentísimo, y la recibió con toda humildad, y esto lo sé porque en aquellos momentos yo estaba muy a menudo

en su celda, y me lo han dicho los mismos Padres que tenían la orden de hacer, e hicieron dichos servicios. Además, estando yo en la celda de nuestro Padre, dos o tres días antes de morir, se encontraba junto a la cama de dicho Padre nuestro Padre Francisco Castelli de la Purificación, antes su Asistente, y exhortándole a no temer a la muerte, sino a alegrarse, ya que habían pasado toda su vida al servicio de Dios, el Padre José con una voz clara, y con confianza dijo al Padre Francisco en voz alta, no advirtiéndole que yo estaba en la mesa, “Debo tener confianza, porque la Santísima Virgen me prometió su ayuda”. Asombrado al oír esas palabras, me volví al Padre Francisco, y con gestos les di a entender qué palabras eran esas que nuestro Padre había dicho, temiendo que desvariase, cosa que nunca sucedió en su enfermedad, en la que siempre tuvo los sentidos vigorosos. Y ello fue el motivo para que el padre Francisco le preguntase de nuevo para conocer mejor el sentimiento del Padre, y diciéndole de nuevo que no temiese, respondió con una voz muy clara de nuevo el Padre José: “Debo tener confianza, porque la Santísima Virgen dei Monti me prometió su ayuda”. Yo sé que de esta imagen de Nuestra Señora dei Monti él era muy devoto, y he oído decir que cada sábado iba a visitarla, y siendo religioso, tan a menudo como podía. Además, en los días próximos a su muerte llamó al superior de la casa, el Padre Juan Castilla, a quien en presencia de muchos le dijo: “Padre, todo lo que hay en esta celda es tuyo, no he tenido nunca nada propio; lo que hay, está en manos del superior”. Fue un acto que nos llenó de compunción a todos, tal como yo lo sentí y experimenté en mí mismo.

5. El primer día de agosto de 1648 nuestro V. Padre recitó las horas canónicas prima y tercia, y después de leerle yo en alta voz la misa como de costumbre, celebró con mucha devoción, y dio gracias. Vuelto a su habitación pasó aquel día dedicado a sus acostumbradas prácticas espirituales, sin mostrar ninguna dolencia grave. Comió bastante más tarde de lo que acostumbraba porque esperaba a una persona muy querida de casa. Comió con la parsimonia normal, y por la tarde cenó una manzana cocida y media onza de agua avinada, que era su cena habitual desde hacía muchos años, y se fue a la cama sin más.

El domingo por la mañana fui a decir las horas, y me lo encontré en la cama. Me dijo que había pasado muy mala noche. Recitó las horas y se vistió, habiendo yo salido de su habitación. Cuando volví me dijo: “Padre Vicente, me siento muy mal. No tengo ánimo para

celebrar la santa misa”. Yo le aconsejé que volviera a acostarse, pero no lo quiso hacer, diciendo que quería oír la misa y comulgar. Yo ofrecí celebrar entonces mismo, pero no quiso para no interferir en el orden de la iglesia. Me dijo que cuando celebrara para los escolares en el oratorio. A la hora de comer tomó un caldo y poco más. Aquel día lo pasó parte tendido sobre la cama, vestido, y parte apoyado en la mesa.

El día siguiente, lunes, no tenía ánimo para levantarse de la cama. Dijo el oficio divino, como hizo aún durante algunos días más. Vinieron a visitarle los médicos, el Sr. Juan María Castellani y el Sr. Pedro Prignani, médico de casa, y después de haberlo visitado varias veces durante el día y los días siguientes, siempre afirmaban que no habían encontrado fiebre en él.

Llamaron también al señor Juan Jacobo, médico de los Sres. Giustiniani, considerado como uno de los mejores de Roma, quien lo visitó varios días y también afirmaba que no tenía fiebre. Nuestro Padre sin embargo decía: “Yo tengo fiebre, yo sé bien cómo me siento. Me he acostado en la cama para no levantarme más. Cuando Dios quiere las cosas, hace que los médicos se equivoquen”.

Después de ocho días de enfermedad los señores médicos celebraron una consulta entre los tres y concluyeron que no tenía fiebre, y que le convenía levantarse un poco, porque de ese modo se sentiría mejor, pues lo único que ocurría es que el calor le hacía sufrir.

Yo expliqué a nuestro venerable Padre la opinión de los señores médicos, y él me respondió: “Les obedeceré; pero yo estoy mal”. Y añadió: “Cuando Dios quiere las cosas, hace que los médicos no encuentren el mal”. Pidió la sotana, que por lo demás estaba vestido, y no pudiendo ponérsela él mismo, pidió que la sostuviéramos por el cuello delante de nuestros ojos, como suele hacer el monaguillo con el alba cuando ayuda a vestir al celebrante. Y esto lo hizo a causa de su delicada modestia, ya que lo única que tenía desnudo eran las piernas. Después de vestirse se sentó en una silla, pero no aguantó mucho rato porque le daba vueltas la cabeza, y fue necesario volverlo a acostar.

Los señores médicos siguieron viniendo dos veces al día, afirmando siempre que no tenía fiebre, y que todo venía del enorme calor de la estación. Pero nuestro venerable padre decía: “Dios quiere las cosas a su modo, y hace que los médicos no descubran el mal. Yo me he acostado para no levantarme más”.

La enfermedad seguía avanzando, aunque los médicos no eran capaces de diagnosticarla. Yo, que me quedaba con él por la noche y la mayor parte del día, veía que ardía de calor, y como no tenía otro remedio contra ello que remojarse con agua fresca de la fuente, por la noche, en que apenas dormía, me pedía muchas veces que le diera agua para remojarse, e incluso le ponía algunas losas de mármol refrescadas en el agua sobre el hígado, y eso continuamente. Así que me quejé a los señores médicos, pero ellos seguían afirmando que no tenía fiebre, y todo era consecuencia del calor tan fuerte de la estación, y que por eso también el hígado se le calentaba.

Yo quería animarle, basado en las afirmaciones de los señores médicos. Muchas veces le decía: “Alégrese vuestra paternidad, que los señores médicos aseguran que no tiene fiebre, y que una vez hayan pasado estos calores excesivos, si Dios quiere ya no tendrá nada”. Él me respondía: “Yo estoy alegrísimo, porque veo lo que Dios quiere; que se haga su divina voluntad. Lo único que siento es que estos dolores no me permiten realizar las prácticas que quisiera hacer de devoción y de conformidad con la divina voluntad”.

Prepararon varios remedios y parches para aliviarle los dolores y refrescarle el hígado, pero de nada servían. Decía que lo único que le aliviaba era remojarse con agua, y por eso me decía: “Padre Vicente, tenga paciencia si le molesto tan a menudo”, y otras palabras que me dejaban confuso.

Recibió la comunión varias veces en la cama con un sentimiento que puede imaginarse, pidiendo antes perdón a todos por cualquier cosa en que les hubiera molestado. Y perdonando él también a todos, en cualquier modo que le hubieran ofendido. Bendiciendo a todos los presentes y a los ausentes, dijo que deseaba que Dios desde el cielo los bendijera con la misma abundancia de gracias que deseaba para sí mismo. Esto lo hacía cada vez que comulgaba, y con estas palabras u otras similares nos consolaba con amor paterno. Una vez añadió: “Tengo mucha confianza en la Bienaventurada Virgen nuestra Señora, que de la misma manera que ha conseguido el perdón a muchos asesinos y grandes pecadores, también me conseguirá de su Divina Majestad el perdón de mis pecados, a pesar de lo grandes que son”.

Algunos días más tarde me dijo, con la intención de consolarse: “Yo estoy alegrísimo, y confío en la bondad del Señor Dios y de la Bienaventurada Virgen, quien me ha dicho que no dude, que no dude,

que siempre me acompañará, y particularmente en la hora de la muerte. Lo que me fastidia de la enfermedad es que no me deja hacer las devociones que querría”.

Debo recordar aquí que al principio de su enfermedad hizo llamar al P. Juan de Jesús, llamado Castilla, que era el superior de la casa nombrado por el Eminentísimo Cardenal Vicario, y le entregó la habitación y todas las cosas que en ella había, diciéndole al darle las llaves: “Tenga, Padre Castilla, usted es el superior. Todo es suyo, yo no quiero nada. Disponga como Dios le inspire”. Todo lo entregó en efecto, como un auténtico Pobre de la Madre de Dios.

El día de San Bernardo Abad comulgó con el fervor acostumbrado y dio gracias. Después de comer me dijo: “¿A cuántos estamos del mes?” Yo le dije: “Padre, ¿no se acuerda que San Bernardo es el 20?” Y entonces él dijo para sí: “Veinte y seis, veintiséis; y uno, veintisiete”. Él ya me había preguntado otras veces a qué día del mes estábamos, y después no le había oído bien añadir nada más, así que cuando le oí claramente esta cuenta del 26 y el 27, le pregunté: “¿Qué dice vuestra paternidad?” Él no me respondió nada, pero yo ansioso insistí: “Por favor, Padre, haga el favor de explicarme qué quiere decir con ese veinte y seis, veintiséis, y uno veintisiete”. “Porque en ese día ya no estaré”. Yo sonriendo le dije: “Padre, alégrese, que no existe tal peligro ni se encuentra usted tan mal, pues los médicos dicen que no tiene fiebre. Está nublado, va a llover pronto, y entonces terminarán estos calores y entonces vuestra paternidad se pondrá bien y se levantará de la cama, con la ayuda de Dios”. Él se calló, y no añadió nada más.

La enfermedad y los dolores iban a más. Se acatarró, y casi no podía hablar. Le faltaban las fuerzas, y el catarro le obstruía el pecho. Le vino a visitar un señor que le quería mucho, Tomás Cocchetti (inglés, camarero secreto del Rey Carlos Estuardo de Inglaterra) y les enseñó a preparar un remedio para el catarro, a base de limoncitos y azúcar. Lo prepararon y fueron a llevárselo los padres Castilla y Juan Carlos. Se lo dieron, con excelente efecto. Pero deseando el P. Castilla que tomara más de aquel remedio al ver los magníficos efectos, le dijo: “Vea vuestra paternidad cómo habla mejor y se le va el catarro. Tome un poco más, que es cosa buena. Nos ha dicho el señor Cocchetti que el rey Carlos de Inglaterra lo hacía él mismo (queriendo decir que lo había inventado el rey Enrique de Inglaterra)”. Al oír esto nuestro venerable padre, no sólo no se aficionó

como a algo inventado y usado por un rey, sino que con santo celo por la fe católica comenzó a decir en voz alta “¡No lo quiero, no lo quiero, que es cosa de herejes!” En aquel momento llegué yo a la habitación y pregunté qué ocurría. El P. Castilla contó lo ocurrido, y yo dije: “Padre, los limoncitos han nacido en Roma, el azúcar será de España o de Sicilia, y el rey Carlos murió hace muchos años. Y se lo damos nosotros, que somos hijos suyos. ¿Qué tiene que ver con esto el rey Carlos?” Pero de nada sirvieron estas palabras, que no lograron otro efecto que el que se pusiera a gritar con más fuerza: “¡No lo quiero, no lo quiero, que lo ha inventado un hereje!”, y ya no lo quiso probar más, e incluso tanto le pidió al P. Juan Carlos, que era quien lo tenía en la mano, que lo tirara, y no se quedó tranquilo hasta que no vio tirar por la ventana todo lo que había en el tazón, el agua y el limoncito. Para que se vea qué hijo tan obediente de la santa Iglesia Católica Romana era.

Yo confieso verdaderamente haber olvidado muchas de las cosas que ocurrieron durante esta enfermedad, porque estaba engañado por los médicos y por el enfermero de la casa, el hermano Juan Bautista, genovés, óptimo enfermero, con la seguridad que daban de que iba a curar. Yo mismo así lo deseaba de todo corazón, así que sus palabras me parecían infalibles. Si no hubiera sido por eso habría anotado con diligencia todo lo que decía y hacía.

El 21 de agosto los señores médicos Juan María Castellani y Pedro Prignani determinaron entre ellos sacarle un poco de sangre de la vena, y se lo dijeron delante de mí. El buen viejo no respondió la primera vez que se lo dijeron, así que el señor Juan María se lo volvió a decir. Al oírlo por segunda vez, el venerable padre respondió: “Obedeceré”. A mí me parecía extraño que a un nonagenario le sacaran sangre. Se lo dije al señor médico Juan María, y él me respondió que tres años antes habían hecho lo mismo, y ello le había curado, así que era lo que convenía hacer. Yo no me quedé conforme y le dije al P. Castilla, superior de la casa, que quería ir a hablar con el señor Juan Jacomo, médico del Príncipe Giustiniani. Fui, y no lo encontré inmediatamente, pero recibí la respuesta de que de ningún modo le sacaran sangre. Fui corriendo para impedirlo, pero cuando llegué ya era tarde, pues el cirujano ya le había hecho el corte. Después de comer le subió la fiebre, y tuvo escalofríos, y ya la salud se fue deteriorando, a pesar de que los médicos seguían diciendo que no había ningún peligro de muerte.

En estos días de la enfermedad, el P. Juan Jerónimo, rector de las Escuelas Pías de Génova, le envió una póliza de 25 escudos con la obligación de decir muchas misas. La cambié yo, y las misas se celebraron fuera de Roma en su mayoría. El mismo fundador pidió permiso al P. Castilla, superior de la casa, como religioso pobre y súbdito, explicándole todo lo que quería hacer con lo poco que quedaba después de pagarse las deudas de la casa. Recuerdo que me ordenó que pusiera en una caja cuatro escudos y en otra tres, y él las entregó con su propia mano a los médicos: 4 al Castellani, y 3 al Prignani, agradeciéndoles los servicios, como despidiéndose de ellos aunque todavía iba a vivir tres días más. Hizo que se pagaran ocho escudos por una deuda que había contraído el P. Esteban de los Ángeles (esta deuda era fingida, no era verdad que se debiera nada), y otros seis escudos a Ventura Sarafellini.

Uno de esos días le dijo el P. Castilla que quería llevarle la reliquia de San Pantaleón y otra más que se guardan en nuestra sacristía. “Hágalo, porque si esperan demasiado ya no llegarán a tiempo”, le respondió el venerable Padre.

La tarde del 22 dijo que quería comulgar a la mañana siguiente, cosa que hizo con una ternura, devoción y fervor que uno no se podría imaginar, repitiendo con mayor afecto los actos que ya he descrito antes, y otros, que parecía que el rostro se había vuelto de fuego cuando decía “Señor, no soy digno”. Lo dijo con tal sentimiento que nos hizo llorar a todos con lágrimas de ternura.

Después de irse los nuestros me quedé yo solo al lado de la cama, totalmente desolado porque veía que iba a perderlo. El santo viejo llamó diciendo: “¿Quién está ahí?” Le respondí: “yo”. Entonces me dijo que hiciese saber a todos en nombre suyo que, si os humillamos, Dios nos salvará. Yo, llorando, le dije: “Vuestra Paternidad se va al cielo, y ya ve en qué apuros nos deja; acuérdense de nosotros sus hijos”. Oyendo el amoroso Padre estas palabras se le derritió el corazón, y dando un gran suspiro me dijo: “Si voy al cielo, como lo espero de la bondad del Señor y de la intercesión de la Bienaventurada Virgen, me acordaré, me acordaré; no lo dude, no lo dude. Haga saber a todos que sean devotos del santísimo rosario, en el cual se contiene la vida, pasión y muerte de nuestro Redentor, y que no duden, que no duden, que todo se arreglará”.

Después yo le pedí la bendición, suplicándole que se acordara de mí, y le dije que había pensado irme a Alemania o Polonia si le pare-

cía bien. Él me bendijo y añadió: “No, quédese para ver qué ocurre en Roma, no se vaya”.

Le recomendé al Rey y la Reina de Polonia, al Duque Ossolinski, al Príncipe de Nikolsburg y su familia, al Palatino de Cracovia, al Virrey de Bohemia, al Abad Martinitz su hermano, al Conde Magni y a todos nuestros bienhechores, pidiéndoles que los bendijera y se acordara de ellos. Lo hizo con gran afecto y me prometió que se acordaría. Le pedí también que bendijera a todos nuestros religiosos, y dijo que los bendecía a todos, los presentes y los ausentes, porque los amaba a todos tiernamente, como hijos.

Después de tres o cuatro horas volvió a llamar, y yo le respondí. Me preguntó dónde estaban los nuestros, y cuando le nombré a algunos que estaban en el oratorio vecino, el santo viejo añadió: “No me refiero a vosotros, sino a nuestros difuntos, que han estado aquí conmigo: el P. Lorenzo, el P. Tomás...” Y nombró a otros, pero no recuerdo sus nombres, porque, enternecido, no puse mucha atención. Con la misma ternura le respondí: “No piense ahora en estas cosas. Están en el cielo y rezan por usted”. Calló el amoroso Padre al oír mi voz llena de ternura.

Poco después llegó un carmelita descalzo antiguo conocido suyo, llamado P. Querubín, y yo lo acompañé hasta su habitación. Apenas habló con él, porque parece que estaba con otras ocupaciones, así que el carmelita se fue. Llegó entonces el P. Constantino Palamolla, barnabita, y viendo que el Padre estaba ocupado, se entretuvo conmigo en el oratorio vecino. Después de un rato yo entré en su habitación, y en alta voz me preguntó: “¿Y el padre Querubín?” Yo le dije que se había ido a celebrar misa y a rezar por la salud de su paternidad, pero que allí fuera estaba el P. Constantino que quería visitarle. A lo que el Padre, con gran afecto y con voz de quien está sano, me dijo: “Hágalo entrar, hágalo entrar. Se ha ido un querubín y ha venido un serafín”.

Se acercó a la cama el P. Constantino y se saludaron con un gran afecto recíproco, pues eran muy amigos y conocidos desde antiguo. Poco después nuestro venerable Padre dijo: “Salgan todos, que quiero decirle algo al P. Constantino”. Los demás salieron, mientras el P. Castilla se quedó delante de la cama, y yo junto a la puerta. Entonces nuestro venerable Padre le dijo: “Han venido todos mis religiosos difuntos a visitarme; algunos estaban de pie, y otros sentados. Quisiera saber qué quiere decir esta diferencia: los unos de

pie, los otros sentados”. El P. Constantino le preguntó: “¿Con quiénes estaba el P. Abad?” “Con los que estaban sentados”, dijo nuestro venerable Padre. Entonces yo salí, y ya no sé más. Se dijo luego que faltaba uno, pero preguntándole yo a D. Constantino, nunca quiso responderme a esto.

En los dos últimos días de su enfermedad vinieron a visitarlo muchos señores eclesiásticos y seglares, sólo para besarle la mano y recibir su bendición, y se iban muy consolados. Vino uno que ceñía espada, y puesto de rodillas le besó la mano y le pidió la bendición muchas veces, pero el santo viejo ni se movió, por lo que yo, perplejo, después de un rato le dije: “Haga la caridad vuestra paternidad de bendecir a este señor”. Pero ni aun así se movió, por lo que todos estábamos sorprendidos. Después de un Ave María yo le dije de nuevo: “Padre, haga la caridad de dar la bendición a este señor que se la pide con tanto afecto”. Alzó la mano y lo bendijo. Salió el señor al oratorio y exclamó para gloria de su Divina Majestad: “Verdaderamente veo que el Padre es un gran siervo de Dios. Yo vine aquí poco después de haber cometido una sensualidad, y estaba en pecado mortal, y viendo que a los demás les daba la bendición con tanta facilidad, y a mí no me la quería dar, reconocí mi culpa, y pedí perdón a Dios en mi corazón, y apenas hecho aquel acto de contrición me dio la bendición, por lo que creo que él estaba viendo mi conciencia”.

Vino a verlo también D. Cosme Vanucci, limosnero de Urbano VIII y de Inocencio X, conocido suyo desde hacía mucho tiempo, y en esta última ocasión le dijo: “Padre General, deme la bendición y rece por mí al Señor, para que me libre de estos sufrimientos. No se olvide de mí, Padre General”. Besándole de nuevo se lo volvió a decir (las palabras exactas que le dijo fueron: “Padre General, usted se va y me deja a mí en este valle de lágrimas. Ruegue por mí, para que me vaya en compañía de usted”, y esto ocurrió en presencia del P. Juan Carlos de Santa Bárbara). Nuestro venerable Padre le respondió: “Lo haré, lo haré; no me olvidaré”. Lo hizo, y no se olvidó, pues ocho días después del feliz tránsito de nuestro venerable Padre el señor Cosme pasó a la otra vida también como un buen sacerdote, como siempre lo había sido, después de estar en cama sólo un día o dos, y haber recibido todos los santos sacramentos.

Uno de nuestros padres le llevó y le puso sobre la cama una criatura de unos tres años, y le dijo: “Padre, la señora Victoria Piantanidi

se encomienda a las oraciones de vuestra paternidad, y esta criatura es su hijo, que arrastra una pierna, y no se puede sostener sobre ella. Por caridad, haga el signo de la cruz sobre ella”. Nuestro santo viejo obedeció, y de pronto se curó, con la pierna firme, y se fue a casa con su madre sin sufrir ya más, y ahora que es ya joven, está perfectamente.

El 24 de agosto me dijo que fuera a Monte Cavallo y reverenciara en su nombre al Emmo. Cecchini y le dijera que pidiera en su nombre a nuestro Santo Papa Inocencio X la bendición *in Articulo Mortis*. Le pedí un compañero al P. Castilla, superior de la casa, para hacer lo que se me había pedido. Estaba presente cuando yo le pedía esto al superior el P. José de la Visitación, y le preguntó si quería ir él. Yo no puse ninguna dificultad, porque vi que se habría molestado si yo le hubiera puesto resistencia. Volví a la habitación de nuestro venerable Padre y cuando me oyó me dijo: “Padre Vicente, ¿no ha ido?” Cuando oyó la razón, hizo un signo como de disgusto, estando delante también el padre superior y el P. Juan Carlos de Santa Bárbara. Añadió: “Bien, pues vaya a San Pedro, y ante el sepulcro del Apóstol haga un acto de fe en nombre mío, y pídale la bendición para mí, y bésele el pie. Haga esto, ya que no ha ido a Monte Cavallo”.

Cuando yo volví de San Pedro con el P. Juan Carlos aún no había vuelto el P. José de Monte Cavallo, y no se sabía por qué. Deseando nuestro venerable Padre tener la bendición del Papa, me dijo de nuevo: “Vaya a Monte Cavallo a ver a Monseñor Contifiorini, camarlengo de Nuestro Señor, y pídale en nombre mío la bendición, y si ya no está en la antecámara de Nuestro Señor, lo encontrará en tal lugar”. Fui con el mismo padre y encontré en el lugar indicado a dicho prelado, y le hice el encargo. Me respondió que Nuestro Señor la había concedido de muy buena gana, y que sentía mucho lo de su enfermedad. Dijo que eran ya más de las dos, y que para tal efecto había venido ya el camarlengo del Emmo. Cardenal Cecchini. Yo fui a la residencia del camarlengo, y encontré allí al cardenal, el cual expresó su pena por la enfermedad de nuestro venerable Padre, y lamentaba que todavía no había recibido una respuesta a lo de la bendición. Me hizo acompañarle al despacho de su camarlengo, quien dijo que Nuestro Señor ya había concedido la bendición. Al volver a casa vi que el P. José había vuelto poco antes, y le referí todo a nuestro venerable Padre en presencia del P. Francisco de la Purificación. Respondió: “Demos gracias a Dios. Poco importa el

modo; lo que cuenta es que se haya obtenido la gracia”. De todos estos viajes y diligencias se desprende cuánto era su afecto y deseo con el que profesaba la fe católica romana, y la reverencia que sentía hacia el Vicario de Cristo Nuestro Señor.

Vino a visitarle D. Juan Bautista Español, párroco de Santa Lucía de la Tinta y de las religiosas del Emmo. Cardenal Ginnasio que están al lado, y después de decirle varias cosas de devoción, se puso a leer la recomendación del alma, con disgusto de todos nosotros, porque los señores médicos nos aseguraban que no era una enfermedad de peligro, y le dábamos crédito tanto por su saber como porque veíamos que nuestro venerable Padre estaba totalmente consciente y hablaba como si estuviera sano, aunque sólo de temas celestiales, y además no tenía un catarro grave.

Pidió y quiso que se le diese el santo óleo contra el parecer de los médicos y de nuestro enfermero, y lo recibió con gran humildad y profunda devoción, y dijo el *Confiteor* con mucha compunción, respondió a las preces con voz muy clara, y pidió que todos los sacerdotes le hicieran la caridad, uno después de otro, de decir la recomendación del alma, y que le leyeran la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, lo cual se hizo más por darle gusto que porque creyéramos que iba a morir de aquella enfermedad.

Esa misma tarde del 24 de agosto después de ponerse el sol vino el señor Pedro Prignani, médico de casa, y le dijo: “Padre General, se hace de noche. ¿Manda usted algo? Mañana por la mañana nos volveremos a ver”. Nuestro santo viejo le agradeció la caridad hecha, y añadió: “Que Dios le bendiga”. El médico se entretuvo en hacerle algunas cortesías y entonces él añadió: “Señor Pedro, haga el favor de venir mañana a la autopsia que me hará el señor Juan María”. Cuando le oyó el médico le dijo: “Padre General, no estamos en esos extremos. No tiene ningún motivo para decir esto. Queremos verle curado. No piense en esas cosas”. Y con otras palabras del mismo estilo se despidió, y salió de la habitación.

Me llamaron después al oratorio próximo, donde saliendo el mencionado médico con nuestro enfermero el hermano Pablo de S. Juan Bautista, me dijeron estas palabras: “Esperamos que el P. General se curará, aunque ya no tendrá las mismas fuerzas que antes. Si el Señor quiere darle la salud, cuando refresque el tiempo se le curará la enfermedad, antes del fin de octubre, cuando caigan las hojas. Vuestra Paternidad ha estado todas estas noches en pie;

hágase traer un colchón, y arréglese una cama para descansar un poco, o se pondrá enfermo”. Yo les respondí que no se preocuparan, que no hacía falta. Mientras hablábamos llegó el P. Ángel de Santo Domingo, que era de la misma opinión, y a toda costa quisieron que se preparara una cama en la misma habitación del venerable Padre enfermo. He anotado este detalle para que se vea con lo que sigue qué verídicas fueron las palabras citadas antes, que cuando Dios quiere hacer las cosas, hace que los médicos no descubran el mal. Veamos en seguida qué ocurrió después.

Alrededor de media hora después de hacerse de noche, siguiendo las instrucciones de los médicos, se le llevó a nuestro venerable Padre la cena, y le dije que era la hora de tomar algo. “Hagamos lo que dicen los médicos, pero no sirve para nada”, dijo. Tomó lo que le dimos con satisfacción de todos los que estábamos presentes.

6. Pero ya ha llegado el momento en el que, después de largas fatigas, debe procederse a la entrega de premios, y después de muchos y valerosos combates recibir la gloria del triunfo. Fue asaltado por una furiosa fiebre, y para que aumentaran sus méritos, iba acompañada de dolores tan grandes que para otro hubieran sido intolerables. Los estoicos se gloriaban de ser apáticos, pero este vanagloriarse suyo era, según creyeron muchos, soberbia, y no virtud. No hay acción humana, por laudable que sea, que merezca este nombre si no se dirige y termina en Dios. Las virtudes de los gentiles, que no se dirigían a este fin, eran defectuosas y deficientes. La escuela en la que las virtudes son verdaderamente virtudes es la nuestra de los cristianos, y la verdadera apatía se aprende no en la Stoa, sino en el Calvario. De esta se aprovechó José, y es cierto que, si por divino decreto hubiera caído en manos de tiranos, habría soportado con la misma constancia sus tormentos con la que soportó los dolores de su última enfermedad. Dios, que no le predestinó a la corona del martirio, quiso quizás hacerle probar un ensayo de este modo. Y es muy probable, más aún, es cierto, que lo aceptó sin vacilar. Podrían, pues, sus tormentos llamarse tormentos de amor divino, por lo que no es de extrañar que los médicos no supieran ni identificar su mal, ni curarlo. Pero ¿por qué doy el nombre de mal a un bien tan grande? ¿Y por qué no me identifico con sus sentimientos, ya que, si él nunca compuso cánticos de alabanza al Señor, se las ingenió para multiplicarlos? A aquella boca amargada muchas veces por las bebidas medicinales se le oía continuamente proclamar expresiones de

suavidad más que humana. Aquel pobre cuartucho en el que yacía en cierto modo se convirtió en un paraíso, en la morada de quien no profería sino palabras celestiales, propias de los bienaventurados. La fiebre aumentó sus ataques durante veinticuatro días, que afligían tanto más a José cuanto que, debilitado por la vejez y por las penitencias hechas, no tenía, fuera del vigor del espíritu, otras fuerzas para resistir. De todos modos, no te hubieras dado cuenta de que estaba enfermo si no hubiera sido por la palidez de su rostro. Los afectuosos agradecimientos con los que respondía a las amabilidades de sus hijos eran tanto mayores cuanto menos pensaba merecerlas. Las exhortaciones que no se cansaba de hacerles a los que venían a visitarle, habían cambiado su celda en una iglesia; su lecho en un púlpito. ¡Qué útil sería el esfuerzo de quien se dispusiera a recibirlos!

Ya con irregulares latidos el pulso de la mano, a guisa de reloj fatal, comenzaba a marcar los últimos toques de la vida cuando José redobló las alegrías, multiplicó los afectos, y dio a los presentes claras expresiones de su júbilo. No teme la muerte quien viviendo considera siempre que está muriendo. Quien se prepara a combatir durante noventa y dos años seguidos no se turba en la pelea. Uno que espolea con cilicios su cuerpo para hacerlo solícito hacia el cielo, se alegra de verlo caminar precipitadamente. Pero detente, José, y dime: ¿por qué no te espantas ante la muerte, cuyo solo nombre aterroriza? ¿Que, para no moverse a compasión ante nadie, no sólo es sorda, sin que se ha despojado de vísceras? ¿Que, para herir indiferentemente a cada cual, se ha hecho ciega? ¿Que, para alcanzar a todos, lleva alas no solamente en las espaldas, sino también en las saetas? ¡Qué terrible es! ¿Y tú no la temes? “No la temo –así me parece oírte responderme–, porque la muerte es terrible para aquellos para quienes con la vida todo se extingue; no para aquellos cuya alabanza no puede morir. Suspiró mi alma por este día como término de su exilio, y ahora que lo ha alcanzado ¿he de temer? Siempre procuré con gran esfuerzo que mi alma no se apegara a los pensamientos de la carne, y ahora ¿debo rechazar separarme de ella? No la temo”. Con toda la devoción posible para un hombre, pide y recibe aquel alimento preciosísimo que bajo los accidentes de verdadero pan encierra el verdadero cuerpo de Cristo. Le resultó tanto más dulce cuanto más amargos habían sido los afectos con los que lo había sazonado. Alimentado nuestro vencedor con el maná supracelste

que se esconde bajo las especies sacramentales, “al vencedor le dará el maná escondido”; del pan sacrosanto de los ángeles, “el hombre comió pan de los ángeles”; y por decirlo con una palabra, de las maravillas de Dios, “se acordó de sus maravillas”, dejó al lector imaginarse qué fuerza y qué fervor de espíritu recibiría. Después de esto abundaron en el moribundo las lágrimas en tal cantidad que parecía transformado en una fuente. Eran lágrimas de ternura y de afecto; y si “nuestro Dios es un fuego ardiente”, ¿por qué no diré yo que las llamas de su amor, absorbidas en el sacramento, hicieron que se licuara su corazón, y fuera destilado completamente por los ojos? Reforzado por el celeste viático, mejor que Elías por el pan cocido en las cenizas, a largos pasos se acerca hacia el monte Horeb de la gloria, y para correr más ligero hacia la misma se despoja a sí mismo de cuanto para el uso necesario de su muy parco mantenimiento tenía en su celda. Pero ¿de qué podrá despojarse, si nunca tuvo cosa alguna? Quien sacrificó todo el curso de su vida a la pobreza, no encuentra al final de ella nada que dejarnos. Si no queremos dar el nombre de despojos a la pobreza de aquellos harapos que eran destinados a cubrir pobremente su cuerpo. Queriendo dirigir demasiado arriba su camino, consideró muy pesados y enojosos incluso los pesos mínimos. Practicó la doctrina de San Pablo, y sabiendo que el sendero del cielo es muy angosto, para no abandonarse a sí mismo, abandona todas las demás cosas; pero sólo las cosas que se obtienen aquí con la fortuna, no las que se obtienen con la virtud. Los adornos de esta no se desprenden en el expolio. Son vestidos, pero espirituales; y se llevan no sólo de esta ciudad a aquella, sino también de este mundo al otro. Por eso José comparecerá más allá de este mundo tan desnudo de cosas corruptibles como pomposo de eternas.

Al final se le ungió con el Óleo santo, para adornar su lámpara, de modo que estuviera preparada cuando llegara el Esposo, o bien, según la usanza de los antiguos luchadores, para poder triunfar con mayor seguridad en la última palestra de su vida. Fue no tanto el árbol, cuanto el líquido exprimido de sus frutos, un símbolo de paz eterna para José.

Pide con humildad la bendición del Sumo Pontífice; como si el que siempre había vivido bajo la dirección de los mandamientos de la Iglesia, no quisiera morir sin el beneplácito y la bendición de quien la gobierna.

Envía también al Templo Vaticano para renovar la fe que siempre había mantenido íntegra durante el curso de su vida. Con estas acciones José se hizo merecedor de oír aquellas palabras: “Ven, siervo bueno y fiel”.

Le era muy querido en aquellas horas extremas el oír leer algún libro espiritual. El P. José de la Visitación, uno de sus hijos más queridos, honrado siempre por él con cargos importantes en la Orden, satisfizo en gran parte este deseo suyo. Cuando volvió con la bendición pedida al Pontífice, le preguntó si le apetecía que se ejercitaran con él aquellos actos de piedad que mientras viviendo había enseñado a los demás, y él le respondió: “Sí, por favor, benditos sean, me apetece”. ¿Cómo no le hubiera agradado muriendo oír aquellas cosas que procuró imitar durante todo el transcurso de su vida? Está ciego quien, sin necesidad de preguntar nada, no lee en el rostro de José que le apetece esta devota lectura. Leed, sí, que José dentro de pocos momentos que pasan con mejor sentimiento que para aquel antiguo filósofo, dirá quizás dentro de sí mismo “ahora quiero hablar”. Leed, sí; no contento con proferir lo que se lee con el corazón, porque con la lengua no puede, se alegra de que se proclame por medio de la de sus hijos. Si el hombre no vive sólo de pan, sino de toda palabra de Dios, incluso muriendo vivirá José, sintiéndola pronunciar por los otros. Leed, sí; leed.

Llegado al final, en el cual no se le habían concedido sino poquísimos respiros, es difícil al lector imaginarse qué afectos, y qué oraciones dirigía a su Dios. Se golpeaba el pecho al encuentro de su esposo; elevaba los ojos al cielo, meta de su viaje, para indicarles el camino hacia el mismo; elevaba las manos, tal vez para abrazarlo; hablaba (así podía creerse por el movimiento de los labios) pero sin que los presentes oyeran, o porque ya lo veía cercano, o porque, como dice Pablo, no es lícito manifestar los arcanos del Paraíso. De vez en cuando articulaba, a pesar de la debilidad del aliento, pero no sabía decir otras palabras que “Jesús, Jesús”; lo que tenía en el corazón no se le iba de la boca. No quería partir aquella alma sin la guía de tan hermoso Nombre. “Jesús mío –quizás decía consigo mismo-, veo ya llegado el término en el que libre de estos lazos del cuerpo mi alma sea hecha digna de verte, de adorarte. Pero ¿qué dije, verte, adorarte, si la gravedad de mis culpas no permite a la esperanza un vuelo tan feliz? Te veré, pero, quién sabe, ¿con ojos de reo? Señor, si el escudo de tu misericordia no me defiende, la espada de tu justicia ya me gol-

pea. Perdóname. Pido mucho, Pero ¡qué locura sería pedir poco a un Dios! Perdóname; y donde falten mis méritos, abunden los de tu sangre; y que tu muerte sea la causa de mi vida. Perdóname; y si mis oraciones no son merecedoras de gracia, tú, Virgen Santísima, impresa en mi corazón y expresa en mi nombre, tú reza por quien siempre ha confiado en la eficacia de tu intercesión. Tú que por tu pureza has hecho descender un Dios del cielo a los hombres, haz que un hombre ascienda al cielo para gozar de Dios. Socórreme, María; ayúdame, Jesús”. Y tras la suavidad de estos nombres, expiró suavemente José, y devolvió su alma bienaventurada a su Creador, dejando inciertos a sus hijos presentes sobre si debían prorrumpir en gritos de dolor o de júbilo. Sabían que a un fin tan precioso más le correspondían estos que aquellos, pero prevaleció en las primeras conmociones del Espíritu el dolor, y se derramaron lágrimas abundantísimas en cada uno, aunque no sin celeste consuelo, que sintieron después.

7. Después de sufrir infinitos padecimientos (por así llamarlos) que Dios había permitido a nuestro Padre en el curso de la larga vida que le había concedido, al mismo tiempo que le había concedido la gracia de llevar a fin muchas obras buenas, como consta al mundo, y de amasar (como debe creerse) gran cúmulo de méritos para conquistar el cielo, encontrándose ya en el nonagésimo segundo año de su vida, enfermó en el mes de agosto de 1648.

El primero de ese mes, solemnidad de San Pedro in Víncula, celebró su última misa con algunos dolores, que atormentándolo toda la noche siguiente no le permitieron dormir. A la mañana quiso levantarse, y después de recitar el oficio, a causa de su debilidad no pudo decir misa, sino que oyó la de los escolares, y después de comer un poco se volvió a acostar. Llamaron a tres médicos, que unánimemente dijeron que no había fiebre, y no pudieron descubrirla por espacio de ocho días. Sin embargo, el Padre decía: “yo tengo fiebre, pero Dios, que quiere hacer las cosas a su modo, hace que los médicos se equivoquen, y me den los remedios contrarios”.

Al final se descubrió la fiebre, a causa de la cual se veía al buen viejo ardiendo y con un dolor del costado intolerable, sin que le aliviaran los muchos remedios que recetados por los médicos le aplicaban, y que no le permitían ni comer ni dormir. Consolándole entonces uno de los nuestros, le respondió: “Yo estoy muy contento, porque veo que Dios quiere que cumpla su voluntad. Sólo siento que estos dolores no me permiten que practique los actos de conformidad con

el beneplácito divino que yo querría”. El mal iba aumentando, pero él no dejaba sus oraciones, además de las que se dicen en la Orden. En el transcurso de su enfermedad recibió la comunión muchas veces con sentimientos de devoción dignos de su espíritu, y antes de tomar el sagrado alimento, pedía perdón a todos si en alguna cosa les hubiese ofendido o escandalizado, y añadía que perdonaba de corazón a todos los que le habían ofendido, y por fin bendecía a todos, los presentes y los ausentes, suplicando a Dios que confirmase desde el cielo con abundancia de gracias su bendición. Tomaba ávidamente el alimento vivificante y calladamente se retiraba en su corazón para adorar, gozar y contemplar la infinita bondad de Dios, que tenía consigo en el Santísimo Sacramento, y todo esto lo hacía cada vez que le llevaban a la cama la comunión santísima.

Él ya se daba cuenta de que aquella grave enfermedad poco a poco lo conducía al fin, y que los muchos medicamentos no hacían efectos en su salud, pero los padres con afecto y caridad de hijos no dejaban de buscar remedios que consideraban beneficiosos, y el venerando viejo pacientemente obedecía y se dejaba gobernar tomando todo lo que le venía prescrito.

Sucedió un hecho notable, con el que se conoció el gran odio que tenía a la herejía y al mismo tiempo el celo por la religión católica. Entre los muchos remedios que le dieron al Padre para cuidar su catarro, uno fue un cierto limoncito cortado finamente en rodajas cargado de azúcar, que le ayudaba mucho a curar el catarro. Ese remedio había sido sugerido por el señor Tomás Cocchetti, y para que el Padre lo tomara más a menudo lo acreditaron diciendo que era buenísimo, y que el rey Enrique de Inglaterra solía tomarlo a menudo. Con esto el buen viejo se entristeció mucho de que le dieran tal remedio, y en lo sucesivo no sólo no quiso tomar más, sino que ordenó que tiraran el que ya estaba preparado, diciendo que no quería un remedio descubierto y usado por un hereje, y no se calmó hasta que no lo vio tirar a la calle por la ventana.

En aquellos últimos días de su enfermedad venían muchos señores que le querían bien a visitarlo y pedirle la bendición. Ocurrió que uno de estos, dicen que era un pintor que había venido para hacer un retrato del Padre, mientras estaba pidiendo como los demás ser bendecido, el Padre no daba señal de verlo, ni de tenerlo en cuenta, y aunque se adelantaba y se inclinaba y pedía la bendición, el Padre inclinaba los ojos, o giraba la cara hacia otro lado, y bendiciendo

a los demás, este se sentía mortificado. Finalmente, considerando que eso podía ocurrir porque tenía la conciencia dañada, se retiró e hizo en su interior un acto de contrición por haber ofendido a Dios, con el firme propósito de confesarse cuanto antes, y vuelto junto al Padre moribundo, apenas se le presentó delante, él lo miró con un rostro alegre, y alzando la mano lo bendijo.

La piedad de Dios que siempre le había multiplicado las gracias con una larga mano durante los largos años de su vida, no fue menos liberal en el último, conservándole perfectamente los sentimientos hasta el momento en que expiró su alma, por lo que mientras le hacían la acostumbrada recomendación del alma, él respondía a todo con gran afecto, y donde tocaba respondía puntualmente, y porque una vez el sacerdote que leía la pasión de Jesucristo leía en voz baja, le dijo que alzara la voz, oyendo y repitiendo todo con signos de gran consuelo interno, y no le molestaba que le fuera recitada más veces por otros sacerdotes; más aún, recibía gran gozo con ello.

Sintiendo que se aproximaba el momento de su paso, deseó al final tener la bendición pontificia, y a este fin pidió a dos de nuestros sacerdotes que fueran al Emmo. Cardenal Cecchini, para que él pidiera a Su Santidad la anhelada gracia, como la obtuvieron con extremo gozo de nuestro Padre, quien no contento con esto, sino como buen y obediente hijo, que siempre había sido de la Santa Iglesia Romana, envió además al P. Vicente de la Concepción al sepulcro de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, para que a sus pies hiciese en nombre suyo la profesión de fe que aquellos príncipes de la Iglesia y maestros del universo habían enseñado, y esto fue también realizado por el mencionado padre. El cual escribe de puño y letra y depone bajo juramento que poco después de haber comulgado por última vez, le llamó el venerable Padre, y habiendo acudido él para ver qué quería, le dijo: “Haga saber a todos en nombre mío que, si nos humillamos, Dios nos exaltará”. El P. Vicente le respondió: “Vuestra paternidad nos deja, y sabe en medio de cuántas dificultades. Recuérdenos en el cielo, que somos sus hijos”. A estas palabras el buen viejo dio un gran suspiro y después dijo: “Si voy al paraíso, como espero de la bondad de mi Señor y la intercesión de la Bienaventurada Virgen, me acordaré; pero haga saber a todos que sean devotos del Santo Rosario, meditando sus misterios, en los cuales se contiene la vida, pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, y que no duden, que todo se arreglará”.

9. Finalmente se acostó el primero de agosto de 1648, habiendo celebrado esa mañana misa con algunos dolores, que lo atormentaron durante toda la noche siguiente, sin dejarle dormir nunca; se levantó el domingo por la mañana, pero no tuvo suficiente ánimo para celebrar a causa de la debilidad, y escuchó la misa de los escolares, almorzó y luego se volvió a acostar. Llamaron a los médicos y todos dijeron unánimemente que no había fiebre y siguieron con esta opinión ocho días más; pero él decía: “Tengo fiebre, pero como Dios quiere las cosas a su manera, hace que los médicos se equivoquen y den los remedios opuestos”. Entonces apareció la fiebre y se podía ver al buen viejo todo fuego, con ardor indecible y grandes dolores en las caderas. Y no se aliviaba por muchos remedios que le ordenaran los médicos, sino cuando Dios quería, aunque no podía dormir ni comer, diciendo que no tenía otra satisfacción que enjuagarse la boca con ellos. A uno que le consolaba en medio de tantos dolores, le respondió: “Estoy muy feliz porque veo que Dios quiere que se haga su voluntad; sólo lamento que estos dolores no me dejen hacer los actos de conformidad con la voluntad divina que deseo”.

El mal aumentaba cada vez más, pero él no dejaba de hacer sus oraciones habituales según la costumbre de la Religión. Comulgó varias veces en la cama con esos santos sentimientos que no se pueden imaginar mayores; primero pidió perdón a todos si en algo les había dado la oportunidad de escándalo, perdonando también a todos los que de alguna manera le habían ofendido. Bendiciendo a todos los presentes y ausentes, dijo que quería que Dios desde el cielo confirmara esa bendición con la misma abundancia de gracia que deseaba para sí mismo; esto lo hacía todas las veces que comulgaba. Afirmo y con juramento que poco después de la última vez que comulgó, me llamó³⁵ y respondiendo me dijo que en su nombre hiciera saber a todos que, si nos humillamos, Dios nos exaltará; y diciéndole yo: “V. P. nos deja y sabe en cuánto apuro, recuérdenos en el cielo que somos sus hijos”. Al oír esto dio un gran suspiro y luego dijo: “Si voy al Cielo, como espero en la bondad del Señor y en la intercesión de la Santísima Virgen, les recordaré, les recordaré; pero diga a todos que sean devotos del Santo Rosario, meditando en él los Misterios en los que se contiene la Vida, Pasión y Muerte de

35 Se trata, pues, del P. Vicente Berro.

Nuestro Señor, y que no duden de que todo se arreglará”. Para quitarle el catarro le dieron muchos remedios, y uno particularmente se veía que le hacía mucho bien, y para hacer que lo tomase más a menudo le dijeron que era un excelente remedio y muy utilizado por el rey de Inglaterra. Al oír esto nunca más lo volvió a tomar, diciendo que no lo quería porque lo había usado aquel rey hereje, y aunque le decían que era una cosa casera y con frutos nacidos en Roma, nunca más lo quiso probar, diciendo que, si lo había utilizado un rey hereje, no lo quería.

Muchos señores vinieron a visitarle y en los dos últimos días le pedían su bendición. Entre ellos había uno al que se resistía a levantar la mano para bendecirle. Luego lo bendijo después de algún rato; y se supo por el mismo que estaba en desgracia con Dios y que, viendo la reticencia del Padre a bendecirlo, hizo un acto de contrición, tras el cual fue bendecido por el Padre.

Siempre se mantenía en sus sentimientos, respondiendo, o por decirlo mejor, repitiendo lo que se decía en la habitual recomendación del alma, y porque una vez, al leer la Pasión de Jesucristo, el sacerdote la decía en voz baja, le dijo que levantara la voz, y la escuchaba y repetía con gran demostración de consuelo interior, aunque fuera recitada varias veces por diferentes sacerdotes.

Como hijo que siempre había sido obediente a la Santa Iglesia, nos ordenó a mí y a otro sacerdote que fuéramos en su nombre a pedir la Bendición Pontificia, que nos fue concedida por medio del Eminentísimo Cecchini, y antes quiso también que yo fuera a San Pedro a rezar por él, y a profesar en su nombre la Fe que los Santos Apóstoles habían enseñado a los pies de aquellos dos Príncipes de la Santa Iglesia como nuestros maestros.

10. En el año de 1648 fue nuestro Padre José de la Madre de Dios en todas sus cosas y ejercicios más fervoroso, como quien sabía que se le acercaba la hora de las Bodas Celestiales, y así quería aumentar más el dote enriqueciendo su bendita alma con los dones preciosísimos de la gracia. Ya no tenía más vida que al mismo Cristo, y por ganancia el morir crucificado, como acaeció con la grave enfermedad de 24 días, con calenturas y dolores tan intensos, que los médicos más eruditos de Roma y de la Cámara del Papa confesaron que se les ocultaba el origen de la enfermedad. A los dos del mes de agosto de dicho año de 1648, dicha la Santa Misa y visitado las iglesias de nuestro Padre San Francisco de Roma, para lograr la in-

dulgencia de la Porciúncula, despidióse de los Religiosos Franciscos, con palabras tales que bien conocieron que se despedía para no volverlos a ver en sus casas.

Era espiga de trigo bien sazonado nuestro bendito Padre José de la Madre de Dios; ya se había llegado el tiempo en el cual Dios hiciese su agosto en el cielo con grano tan abundante como lleno de tan esclarecidas virtudes. Para nuestro Padre parecen ajustadas aquellas palabras de Job, cuya paciencia tanto imitó: *Ingredieris in abundantia sepulchrum, sicut infertur acervus triticus in tempore suo*. Por su pie y con mucho gozo se va a la sepultura el justo: porque es espiga de frutos colmada. Preveían sus hijos lo que temían, que los dejaría su anciano Padre, el cual los consolaba como quien tanto les quería. Rogaban estos por su vida a Dios, pero el Santo Padre los desengañaba, porque a sus afectuosos ruegos podría Dios responder: si los hombres en este tiempo y en este mes hacen su agosto, también yo lo quiero hacer con este grano; y si a vosotros os parece que os hace falta, a mí me es muy gustosa la cosecha. Consolaos, que más os he de favorecer con su intercesión difunto, pues vivirá conmigo glorioso, que viviendo en el mundo os pudiera ayudar con sus virtudes.

En los 24 días que duró la enfermedad oía la misa desde la cama, porque tenía junto a la celda el Oratorio, que ahora es Congregación de la Asunción de Nuestra Señora, con grandísimas indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices Inocencio X y Alejandro VII. Eran sus dolores al paso que sus virtudes, que para ser más colmado y sazonado el fruto, cuanto más se avecindaba los gozos eternos, crecían a competencia los tormentos de cruz tan penosa en la cual, crucificado con todos sus afectos, quería el Señor que imitándole expirase. A porfía se aumentaban las penas de una enfermedad no conocida de los médicos más entendidos, pero alentábase el esforzado siervo de Dios, aunque en edad tan decrepita, a tolerarlos con tanta constancia, para dar realzadas creces a sus méritos, que aunque los dolores, como tan vehementes pudieran sí acabarle, mas no vencerle, con admiración de todos los Religiosos, así domésticos como extranjeros, que le visitaban, y de no pocos Eminentísimos Cardenales, que a todas horas le asistían con singular devoción.

Fueron muchos los favores que recibió de la Santísima Virgen en estos días de su enfermedad, según afirmaron muchos Religiosos, así de casa como que fuera de ella, y muy en particular el día de la gloriosa Asunción de Nuestra Señora. Mas qué mucho que fuese fa-

vorecido en aquel día, cuando para celebrarle con mayor devoción (aunque en todas las solemnidades de la Virgen se esmeraba y ayunaba rigurosamente todas sus vigili­as, y hacía otras mortificaciones), para la festividad de la Asunción se aparejaba a celebrarla desde el día de San Lorenzo, haciendo una cuaresmilla aquellos días, y es punto de regla en la Escuela Pía el ayunar los cuatro días antes de la Asunción, con otras modificaciones que se hacen, porque todos la piden aquellos días por el amor de la Virgen Santísima, y se practica con fervor grande. Es corto mi espíritu para poder explicar todos los actos encendidos de Amor de Dios, de Fe, Esperanza y Caridad que en esos últimos días sin cesar un instante hacía.

Finalmente, el 24 de agosto por la mañana, que en Roma es vigilia del Apóstol San Bartolomé y en otras partes su día festivo, pidió por viático el Sacrosanto Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, el cual recibió administrándole por el Padre Juan de Jesús María García, castellano, Rector entonces de San Pantaleo, después segundo Prepósito General de toda la Escuela Pía. Se hallaron presentes muchos Cardenales, Príncipes y Prelados y entre ellos el Embajador de Su Majestad Católica. Teniendo presente a su Dios Sacramentado, ¡qué actos no hizo! ¡Cómo en su presencia exhortó a sus súbditos! ¡Con cuánta humildad les pidió perdón! ¡Cómo se protestó no haber tenido otro blanco en todas sus obras sino el celo de la mayor gloria de Dios y el bien de ellos! Pero que, si en algo había errado, les pedía perdón; porque los siervos de Dios, como son tan humildes, aun cuando más acertadamente obran, temen, y piensan que yerran. No hubo Cardenal ni Príncipe que no llorase de devoción; cuánto más sus hijos.

El mismo día envió con un Sacerdote de los más graves una embajada a la Santidad de Inocencio X, en la cual decía que estaba de partida para la eternidad, que muy aprisa estaría en la presencia de Dios, que suplicaba a su Santidad, como a su Vicario en la tierra, le diese licencia y su santa bendición para acertar en aquella jornada. El Sumo Pontífice respondió con lágrimas (como lo afirmaron los Cardenales que se hallaron presentes): *En el nombre de Jesucristo Nuestro Señor, cuyo Vicario, aunque indignamente, somos en la tierra, le bendicimos y concedemos indulgencia plenaria y remisión de sus pecados, y decidle de nuestra parte que nos encomiende a Dios cuando esté en su Divina Presencia.* Y mandó al cardenal Marcio Ginetti, su Vicario, que visitarse en su nombre al Padre Fundador, y después de algunas horas envió su Santidad a visitarle otra vez en

su nombre al Cardenal Nicolás Ludovisi. La misma tarde envió otro sacerdote grave por su Embajador a la Basílica de San Pedro, para que de su parte, y en su hombre (ya que no podía ir en persona) pusiese la cabeza bajo los pies del Santo Pescador el Príncipe de los Apóstoles San Pedro, como en atestación de su rendida obediencia a la Santa Iglesia Católica Romana, y protestación de su ardiente Fe en todo lo que ella nos enseña.

Con todas estas diligencias tan santas que hacía nuestro bendito Padre, toda Roma se persuadió que sabía la hora de su muerte; y dudando que fuese aquella tarde su dichoso tránsito, se llenó la casa de gente, como su celda y Oratorio, de Cardenales, Prelados, Príncipes y de Religiosos gravísimos, siendo de los primeros los Carmelitas Descalzos de Roma, los cuales, aunque avisados de los religiosos de casa que el Padre Fundador les había rogado que le dejaran un poco a solas, se llegaron a la puerta de su celda, y desde ella vieron un resplandor grande, y a la Virgen Santísima que regalaba a su devoto siervo, y a muchos vestidos del Hábito de la Escuela Pía gloriosos. Llamaron a los de casa para que fuesen testigos de tan admirable favor, pero cuando llegaron solamente sintieron un grandísimo olor celestial, mas nada vieron. El Santo Padre Fray Simón de la Escala rogó, y aún me dijeron que le mandó en santa obediencia, como su Confesor, que le revelase aquella visión (porque como eran del mismo espíritu, fueron siempre los dos muy amigos) y el Padre General le confesó que la Santísima Virgen le había consolado, y que le trajo en su compañía los religiosos sus hijos que estaban en el Cielo, y que solo uno no había venido, porque no estaba en su compañía. El Padre Fundador no dijo quién era este, pero es voz común y constante en toda la Escuela Pía que ese que faltaba sería el que fue primer Vicario General y murió dejando tan dudosa su salvación. Esta visión es pública en la Escuela Pía, y me la han referido todos los Religiosos ancianos que conocieron y trataron al Padre Fundador. Muy de noche mandó que le diesen la Santa Unción, respondiendo a todo el bendito siervo de Dios, y porque ni la celda ni el Convento se desocupada, esperando devotos o curiosos el verle expirar, les dijo que no sería aquella noche, como fue así, más al siguiente día, que se contaba 25 de agosto del año 1648.

11. Siendo ya el P. José de la Madre de Dios anciano de muchos años, y enflaquecido en su complexión por los rigores, conoció que estaba en los apuros de su última enfermedad que lo llevaría a la muer-

te. A pesar de que se encontraba mal no decía nada, y continuando sus ejercicios espirituales recitaba las horas canónicas, no dejando nunca la misa, y con mucha devoción daba las gracias debidas. El primero de agosto de 1648 se fue a la cama, donde se sintió mal. A la mañana siguiente dijo con un sacerdote nuestro los maitines, y después de despedirlo quiso vestirse solo, pero llamándolo le dijo: “Me siento muy mal; no podré decir la misa”. Y con su deseo de no querer incomodar la iglesia, esperó al final de las clases y escuchó la misa de los escolares en el oratorio vecino, y comulgó. Pasó parte del día en la cama, y parte apoyado en la mesa. El lunes día 3 no pudo levantarse, y llamando al P. rector le dio la llave de su habitación diciéndole: “Tenga, padre rector, usted es el superior; todo está en su poder y es suyo. Yo ya no tengo nada; disponga y haga lo que Dios le inspire”. En esto no se puede decir sino *“A mí que soy vuestro padre escuchadme, hijos, y obrad así para salvaros”*. Su ejemplaridad dio una clara demostración de observancia de lo que había profesado acerca de su obediencia y de la pobreza, con el despego de todas las cosas en los últimos días de su vida, y nos enseñó diciendo: *“Compartid la instrucción como una gran suma de dinero”* y *“Someted al yugo vuestro cuello, que vuestra alma reciba la instrucción”*. Vinieron después los médicos Juan María Castellani y Pedro Pellegrini, que examinando al enfermo dijeron que no tenía fiebre. En los días siguientes fueron de la misma opinión. El día 8 tuvieron consulta con otros de los mejores de Roma, y todos coincidían en decir que no había otro mal sino el ocasionado por los calores excesivos del mes de agosto. Como no encontraban fiebre, dijeron que sería mejor que se levantara de la cama, para que el cuerpo se refrescara un poco. Le comunicaron la opinión de los médicos, a lo que respondió: “Obedeceré y seguiré sus órdenes, pero yo estoy muy enfermo. Cuando Dios quiere las cosas, hace que los médicos no descubran el estado del enfermo”. Se levantó lo mejor que pudo, y se vistió, pero no pudiendo en modo alguno estar de pie, ni siquiera sentarse, le fue necesario volver a acostarse.

Los padres de la casa, por aquello que decían los médicos, le dijeron: “Padre, alegrémonos, porque estos señores médicos nos aseguran que no hay fiebre, y que todos los medicamentos que le dan son para refrescarle el hígado, a causa del calor excesivo de la estación”. El Padre respondió: “Yo estoy muy alegre, porque Dios quiere que se cumpla su divina voluntad. Lo único que siento es que estos do-

lores no me permiten hacer los actos de devoción y conformidad a su santa voluntad que quisiera”. Y con un benigno afecto les decía palabras que dejaban confusos a los que le atendían, por la incomodidad que decía causarles. Recibió a menudo la comunión con la edificación que puede suponerse. Levantándose de la cama se ponía de rodillas para recibir al Señor. Una vez dijo en la bendición: “En Dios esperé, y en la santísima Virgen nuestra Señora, la cual de la misma que ha impetrado de su amado hijo el perdón para tantos asesinos y grandes pecadores, espero que también a mí entre ellos me consiga de su divina majestad el perdón de mis pecados, aunque son grandísimos”. De la misma manera pidió perdón a todos si les había ofendido en algo, y dado ocasión de sufrimiento, y perdonando a todos que le hubieran ofendido de cualquier modo, y bendijo a todos sus hijos, los presentes y los lejanos, a los que deseaba que Dios desde el cielo les otorgase la misma abundancia de gracias que deseaba para sí mismo. Esto lo hacía cada vez que comulgaba, consolando y edificando a todos con aquellos sentimientos de afecto paterno y con palabras llenas de amor y caridad de Dios.

Algunos días más tarde, hablando con un sacerdote de los nuestros, entre otras cosas le dijo el Padre: “Yo estoy muy alegre, y confío en Dios y en la Bienaventurada Virgen, la cual me ha dicho que no dude, que no dude, porque siempre me asistirá, y particularmente en la hora de la muerte. Me desagrada que la enfermedad no me permita realizar aquellos actos de amor que querría”. El día de San Bernardo, después de recibir la comunión con sus habituales afectos de devoción y acción de gracias, unas horas más tarde le preguntó a un padre de casa a cuántos estaban del mes. Aquel le respondió: “San Bernardo cae en el 20”. Y entonces él, entre sí, añadió: “cinco, y dos, veintisiete”. No comprendió aquel lo que podrían significar aquellas palabras, y pensando después en la manera como las había dicho, comenzó a rogarle que le explicara qué significaba aquello de “cinco y dos, veintisiete”. Y como callaba el buen viejo, le pidió por amor de Dios que le hiciese ese favor. El Padre, sintiendo decir “por amor de Dios”, le respondió: “le he dicho veinticinco y dos veintisiete, porque en aquel día ya no estaré”. Le replicó aquel: “Eh, Padre, no existe tal peligro, ni usted está tan mal. Todos los médicos afirman que cuando llegue el tiempo de las lluvias terminarán estos calores y vuestra paternidad se pondrá bien, porque nunca ha tenido fiebre”. Él se calló, y no dijo nada más.

La enfermedad se iba agravando en el enfermo, y ya tenía menos fuerzas, que no le había ocurrido nunca, y el catarro le impedía hablar, obstruyéndole el pecho. En eso le visitó un caballero amigo suyo, que enseñó a los nuestros un remedio bastante eficaz para purgarle el mal, que se hacía con limoncitos y azúcar, que se lo prepararon y le sentó bien. Y queriendo el dicho señor que le dieran más, le exhortaban a tomarlo, añadiendo el P. Rector: “Padre, tómelo vuestra paternidad con ganas, porque el Sr. Cochetti me ha dicho que es el rey de Inglaterra quien lo inventó, así que tiene que ser cosa buena”. Cuando lo oyó el Padre comenzó a decir en alta voz: “¡no lo quiero, no lo quiero, que es cosa de herejes!” Le respondieron los padres: “Padre, los limoncitos son de Roma; el azúcar viene de España o de Sicilia. ¿Qué importa el rey Carlos, que ya murió?”, y otras cosas, que no sirvieron para nada más que para hacerle decir con mayor sentimiento: “no lo quiero, no lo quiero, que lo inventó un hereje”, demostrando hasta los últimos días de su vida la observancia en la que había vivido en su obediencia a la Santa Iglesia Romana, de la cual *“desde su juventud hizo acopio de doctrina, y hasta encanecer encontró sabiduría”*. Ocurrieron otras cosas admirables, que poco esperaban aquellos religiosos que lo observaban aquellos días, que lo hacían más digno de admiración, que se hubieran anotado, como era el deber, pero al estar siempre engañados por los médicos, que siempre decían que el enfermo no tenía fiebre, no se preocuparon de observarlo todo.

El 21 de agosto ordenaron los médicos que sería saludable sacarle sangre, ya que ello le había ido bien tres años antes en otra enfermedad, pero esta vez no acertaron, como se supo más tarde por otro médico más excelente, que dijo que no estaba bien extraer sangre a alguien de noventa años. El buen viejo dijo entonces: “Obedecemos a los médicos, yo estoy dispuesto, a pesar de que sé que no servirá para otra cosa que para que se descubra y aumente la enfermedad”. He aquí que después de comer le encontraron fiebre, y escalofríos, pareciendo de hecho que se ponía peor, pero aquellos médicos seguían en la suya afirmando que no había peligro alguno de muerte. Quiso el P. rector hacerle sentir que le llevaría las reliquias de san Pantaleón y otros santos que había en el sagrario, y le dijo el Padre: “Hágalo, que si tarda unos días, ya será tarde”.

El 22 por la tarde pidió que a la mañana siguiente le dieran los sacramentos. Le llevaron la santa comunión. En esta acción fue tal su

fervor que no se puede explicar; parecía que el siervo de Dios estaba frente a su amado, todo fuego el rostro y un serafín en los actos de amor. Profirió las palabras “Señor no soy digno” con tal reverencia y amor que conmovió a todos hasta hacerlos llorar. Un rato más tarde dijo: “¿Quién está ahí?” Un padre respondió: “soy yo”. Él le dijo que en nombre suyo les dijera a todos que si nos humillamos, Dios nos ensalzará. Y aquel religioso, rompiendo a llorar, le dijo: “Padre, su paternidad se va al cielo, y sabe en qué líos nos deja. Acuérdense de nosotros”. El Padre, enternecido, se conmovió ante aquellas palabras, y dando un gran suspiro, le dijo: “Si voy al paraíso, como espero de la bondad del Señor y de la intercesión de su Santa Madre, diga a todos que sean devotos del Santísimo Rosario, en el cual se contienen la vida y pasión y muerte de nuestro Redentor, y que no duden, que no duden, que todo se arreglará”. Vino entonces el P. Vicente de la Concepción, y le pidió su bendición. Le pidió que le recordase, y le expuso como tenía en su pensamiento el pedirle permiso para irse a Alemania o a Polonia para alejarse de las aflicciones de tantos malos encuentros como se sufrían, si le parecía a él bien. Él, bendiciéndolo le respondió: “No, no; permanezca en Roma a ver lo que ocurrirá con el tiempo; no se vaya”.

Pasadas unas tres o cuatro horas de la noche volvió a llamar y le respondió uno que estaba allí presente, y le dijo: “¿Dónde están los nuestros?” Y habiéndole dicho aquel que por allí estaban tal y tal, él dijo: “No, no digo vosotros, sino los difuntos que han estado aquí conmigo”, y empezó a nombrarlos, pero dándose cuenta, se calló. Por la mañana vino al P. Cherubini, carmelita descalzo, y al entrar le pareció que estaba abstraído en la oración, así que no dijo nada y se fue a decir misa. Vino después junto al Padre D. Constantino Palamolla, barnabita, y observándolo, le pareció también que estaba lo mismo, y se retiró con los nuestros al oratorio vecino. El Padre después en alta voz dijo: “¿Dónde está el padre Cherubini?” Le dijeron que se había ido a decir misa, pero que aquí estaba el P. Constantino. Dijo el buen viejo: “Se ha ido un querubín y ha venido un serafín; que pase”. Él se acercó a la cama y le saludó, y como le tenía confianza, el Padre dijo que salieran los demás, y se alejaron, quedándose cerca algunos con el P. rector. El Padre le contó algunas cosas a aquel, y cómo le habían venido los difuntos de nuestra Orden a visitarle, y que algunos estaban sentados y otros de pie, y qué pensaba de aquello. El padre D. Constantino le respondió: “Vuestro

abad Landriani, ¿de cuáles era?” El Padre dijo que de los que estaban sentados, añadiendo que de todos nuestros muertos sólo faltaba uno. Todo esto pudieron oírlo los que estaban cerca de allí, los cuales querían saber más por lo poco que habían oído, y le pidieron muchas veces a aquel religioso que les dijese al menos quién era aquel que no estaba con los demás. El P. Constantino nunca quiso responder nada, aunque bien es verdad que encontrando a algunos padres de las Escuelas Pías, como les veía dolidos por la situación calamitosa en la que se encontraba la pobre Orden, con aspecto alegre les dijo entonces: “¿Por qué están así? ¡Oh, si supieran todo lo que ocurrirá, cómo se alegrarían! No estén melancólicos, no”.

En estos días de su última enfermedad vinieron muchos señores, tanto eclesiásticos como seculares, a besarle las manos, y pedirle su bendición con todo gozo y devoción. Entre ellos se acercó uno que se arrodilló y le pidió que le bendijera. El Padre no lo hizo, a pesar de que le insistiera y los padres le rogaran, lo que les llamó mucho la atención. Aquel caballero se puso a reflexionar sobre lo que había observado, cómo bendecía a los demás, por lo que recogíendose hizo un acto de contrición. Al mismo tiempo vio cómo el Padre alzó la mano, y él le dijo: “Padre, déme su bendición”, y lo hizo así. Dicho caballero, lleno de reverencia y compunción, le besó la mano, y cuando salió fuera lleno de estupor nos dijo: “Verdaderamente me doy cuenta, y que sea para gloria de Dios, que el Padre es un gran siervo de Dios y un gran santo. Deben saber, padres, que cuando vine a San Pantaleo poco antes había cometido un pecado de sensualidad, y viendo que el Padre con tanta bondad había dado a los demás su bendición y me la negaba a mí, me puse a pensar, y reconociendo mi estado me arrepentí del pecado, pidiendo perdón a Dios con gran dolor, y ya vieron cómo después el siervo de Dios alzó la mano y yo le pedí reverentemente que me bendijese, por lo que me doy cuenta de que él vio mi estado, y me ayudó con sus oraciones ante el Señor para que me arrepintiera, y cuando lo hice él me bendijo. Es un santo, es verdaderamente un gran santo, y como tal lo proclamaré a todos durante los días de mi vida”.

Vino después a verlo D. Cosme Vanucci, que había sido limosnero del Papa, y al final besándole las manos le rogó que le obtuviese de Dios la liberación de tantos sufrimientos en los que se encontraba. Le dijo el Padre: “Lo haré, lo haré”. Y así fue en verdad, porque ocho días después del feliz paso del Padre a la otra vida, habiendo estado

solamente dos días en la cama, y tras recibir los santos sacramentos, se fue de este mundo al cielo.

Por entonces uno de los nuestros trajo un niño de dos años llamado Francisco Piantanidi. Lo puso sobre la cama diciendo: “Padre, la señora Victoria Piantanidi se encomienda a sus oraciones y esta criatura es su hijo, que tiene una pierna defectuosa, que arrastra por el suelo. No puede andar ni tenerse en pie; haga la caridad de bendecirlo”. El buen viejo le dio la bendición, y el niño quedó sano y fuerte de la pierna, y comenzó a andar, y se lo devolvieron a la madre, que totalmente fuera de sí de alegría, se fue a casa, y aquel ya no volvió a sufrir de la pierna, y todos los años que vivió contó la gracia que recibió de Dios por medio de su siervo.

El 24 de agosto pidió el P. José al P. Rector que enviase de su parte al Sumo Pontífice para pedirle se dignara darle su gracia y bendición, y que otro de los nuestros fuera a San Pedro, y en su nombre hiciera un acto de fe y le pidiese la bendición, y le besara el pie, que todo eran sentimientos de un auténtico profesor de la santa fe católica romana en la obediencia en la que había vivido y deseaba morir. Después por la tarde pidió con mucha insistencia los santos óleos, a lo que los médicos ponían pegas. No lo hicieron con la comunión, porque sabían que aquel celeste manjar era el alimento cotidiano de su alma. Se mantenían fuertes en ello, diciendo que no había peligro de muerte. Con todo afecto y humildad rogó el siervo de Dios que le hicieran esa caridad, diciéndoles: “Denme los santos óleos”. Al fin los padres se los llevaron. Los recibió él con mucha compunción, y de hecho respondía a las preces. Luego rogó a los padres que uno tras otro le hicieran la recomendación del alma, y aunque ellos le replicaban, que le releyeran la pasión del Señor, y por caridad lo hicieron. Los padres le siguieron la corriente más bien por darle gusto, que porque creyeran que iba a morir. Y el médico Pedro Prignani le quiso decir: “Padre General, se hace de noche. Si no manda otra cosa, nos veremos mañana por la mañana”. El siervo de Dios, que ya había mostrado antes el afecto de su gratitud a todos los médicos pagándoles, de nuevo le dio las gracias por la caridad que había hecho, y bendiciéndole le rogó que tuviese a bien al día siguiente de encontrarse presente en la autopsia de su cuerpo que haría el señor médico Juan María. El médico le respondió y dijo: “Padre, no será así, porque vuestra paternidad no se encuentra tan apurado; no tiene motivos para decir eso. Lo queremos curado y sano con la gracia

de Dios”. No le dijo nada más el Padre, y él al despedirse dijo a los nuestros en el oratorio: “Ciertamente esperamos que el Padre General se curará, aunque ya no tendrá las mismas fuerzas que antes, y si el Señor no quisiera devolverle la salud (antes), cuando refresque el tiempo su enfermedad desaparecerá como muy tarde hacia el final de octubre, con la caída de las hojas”. Y ordenó al enfermero que se acomodase una cama allí al lado, porque afirmaba que podía ser que la enfermedad fuera para largo.

Por lo que decía el médico todos estaban convencidos de que el Padre no debería morir entonces. Hacia media hora de la noche le llevaron la cena. El buen viejo dijo: “Obedezcamos las órdenes de los médicos, pero no sirven”. Le recitaron después algunas preces, y la pasión de Cristo Nuestro Señor. Quiso también que se le recitase el oficio del día siguiente, de la fiesta de san Bartolomé, y otras devociones del santo. Y porque se dieron cuenta de que el Padre respondía a todo, le rogaron que no lo hiciera, porque podría fatigarse. Dijo entonces tales palabras que todos quedaron confusos, aunque consolados por una bondad tan grande y la unión que su alma tenía con Dios.

A las cuatro y media de la noche, siguiendo la orden de los médicos le llevaron la comida preparada, que nunca rechazó tomar. Tomo un poco y dijo: “Miren, ya no sirve; basta”. Le dijeron que tomara cinco cucharaditas en honor de las cinco llagas del Señor, y él con toda resignación las tomó, contándolas, y entonces añadió: “ya van cinco”. Y después: “No sirve; ya no más”. Los padres no quisieron contrariarlo y hacia las cinco de la mañana algunos se echaron a dormir, mientras uno le leía la pasión. Al otro que acompañaba al enfermo le pareció que dormía, y le dijo al otro que callase para no incomodarle. El buen viejo respondió de pronto: “Déjele leer, que no me molesta en absoluto; más bien me da gusto y reposo”.

12. José, sintiendo que estaba enfermo, el día 1 de agosto celebró la misa en honor de San Pedro ad Vincula. Luego entregó la llave de su habitación al Rector, y le dijo: “Padre, todo lo que tengo en la habitación es suyo. Nunca consideré que era propiedad mía”. En ella había solamente la cama y el taburete, una lámpara, unos pocos libros y tinta; no había nada de precioso, sino algunos pañuelos, dos vasijas de barro, y alguna cuchara de madera.

Luego, enfermo en cama, por la noche no pudo dormir, a causa de los grandes dolores. Cuando se levantó a la mañana siguiente, a causa de su debilidad no pudo celebrar misa. Después de decir el

Oficio Divino, asistió a misa y recibió la comunión. Llamaron a los médicos Juan María Castellani y Pedro Peregrini, y no encontraron en la enfermedad otra cosa que la vejez, y no encontraron fiebre hasta el octavo día. Él, que sufría fuertes dolores, y sentía la fiebre, dijo que su muerte estaba próxima. Sin embargo, no rechazaba los remedios que le ofrecían.

Como la fiebre fue aumentado poco a poco, contra la opinión de los médicos, José sentía todo su cuerpo abrasado, y a causa del dolor del costado no podía comer ni dormir. A uno que le cuidaba le dijo: “Me alegro mucho de que se cumpla en mí la voluntad del Señor; solo lamento que estos dolores no me permitan hacer, como deseo, actos de amor y de conformidad con Dios”. No omitía sus oraciones cotidianas, principalmente las que se suelen hacer en la Congregación. Recibió varias veces el Sacramento de a Comunión, encomendándose intensamente a Dios y a la Virgen, y pedía perdón al Hijo por todos los hombres infames y perdidos, y pedía indulgencia para sí mismo, considerándose un inútil. A los que estaban en torno a él les pedía que no tuvieran en cuenta su defectos y errores. Perdonaba de todo corazón a los que le habían hecho daño. Abrazaba a todos los presentes y los ausentes. A todos les rogaba y persuadía para que confiaran en Dios, a quien rogaba vehementemente que concediera su gracia a todos. Hablando con familiaridad con uno, le dijo: “No tengo miedo de nada, pues mi Señora la Virgen de los Montes (a la que visitaba cada sábado) me dijo que no tenga miedo”. Le pidieron algunos suyos que estaba presentes que lo repitiera, y no rechazó hacerlo, con voz más fuerte.

Cerca ya del día de su muerte, para purgar y aliviar el pecho, que le molestaba con flemas, le ofrecieron un remedio muy eficaz. Pero cuando oyó decir a alguien que lo había inventado el Rey Carlos de Inglaterra, inmediatamente lo rechazó, y mandó al P. Juan Carlos de Sta. Bárbara, que se lo había preparado en una hermosa taza de porcelana, que lo tirara por la ventana. Se lo mandó con tal energía una y otra vez, que el P. Juan Carlos, triste, lo tiró fuera junto con la taza. Añadió José: “¡No quiero, no quiero un remedio inventado por un Rey hereje!”. Y ya no consintió aceptar aquel remedio que era muy saludable para su pecho. Fue también admirable que después de rechazar el remedio, y tirarlo por la ventana, ya no le molestaron las flemas, como antes. Mientras tanto, enterados de la gravedad de la enfermedad, acudieron a visitarle muchos nobles, eclesiásticos y

seglares, que pedían a José que rezaran por ellos. Entre ellos hubo un pintor que se le presentó. Se puso de rodillas ante él, y también quería sus oraciones. Sin embargo, no logró nada, a pesar de que los Padres que estaba allí se lo señalaban. Pues el Siervo de Dios cerraba los ojos o miraba hacia otra parte. Entonces él cayó en la cuenta de que tenía un delito en su conciencia; se retiró a un ángulo, y do-lido y penitente, hizo un acto de contrición. Inmediatamente José le llamó con un rostro amable. Se alegró tanto el pintor que al salir de la habitación narró, no sin admiración por parte de todos, que José era un gran conocedor de la virtud, y que conocía lo oculto, que había hecho un acto de contrición, pues antes había cometido un pecado con una mujerzuela.

En ese tiempo, con los ojos cerrados decía, como podía, oraciones y comentarios, y tenía a mano su corona, para poder rezar el rosario a la S. Virgen. Quería que su rosario estuviera siempre colgado a la cabecera de la cama, o en una pared, como una señal de su Señora. Pero para cultivar su paciencia, le concedieron como ayuda un siciliano enfermo y septuagenario, sordo, que casi no oía nada, y que ofrecía al enfermo siempre algo diferente de lo que le pedía. José, ni por aburrimiento o molestia, pidió que le cambiaran el compañero. Y cuando quería que no hubiera nadie en la habitación, difícilmente podía conseguirlo, pues hombres de todas condiciones intentaban entrar a verlo.

Cuando empeoró la enfermedad, pidió el Santísimo Cuerpo de Cristo en Viático, que recibió con tan gran piedad y devoción que todos los presentes derramaron abundantes lágrimas. Y a uno que estaba cerca le mandó que dijera a todos que adoraran a Cristo el Señor con gran humildad, añadiendo lo siguiente: “Si realmente somos humildes, seremos exaltados”. Pero él, llorando, le dijo: “Padre, ahora te vas al cielo, como esperamos, y nos dejas con todas nuestras calamidades”. Oído lo cual, dio un gran suspiro y respondió: “Si yo, por la misericordia de Dios y la intercesión de la S. Virgen voy al paraíso, como espero, no me olvidaré de vosotros. Recordad todos el rezo diario del Rosario en honor de la Madre de Dios, y no temáis las adversidades, pues pronto veréis cómo se arregla todo”.

D. Cosme Vanucci, el limosnero del Papa, prelado verdaderamente íntegro, y muy querido de José, le pidió que, puesto que cada día le afligían muchas molestias, si así le parecía a Dios, y convenía al bien de su alma, que le llamara de esta vida al cielo. El Siervo de

Dios asintió, y prometió su oración e intercesión ante Dios. Y sirvió, pues gracias a su oración, pocos días después de la muerte de José, Vanucci, libre de todos los males, emigró de esta vida.

Luego el hombre de Dios pidió al P. Rector que envira alguien al Sumo Pontífice a comunicarle que estaba muriendo, y a pedirle la indulgencia según el rito católico. Y también que fueran a la basílica vaticana a hacer en su nombre la profesión de fe a los pies de la estatua de San Pedro, cosa que fueron hechas. Luego pidió la unción con el santo crisma, que los médicos no querían conceder, pues no le veían en peligro de muerte. Se fue Pedro Prignani, y cuando volvió a la mañana siguiente, José le dio las gracias, y le pidió que al día siguiente le abriera el cuerpo. El médico dijo que no, que sanaría de aquella enfermedad y viviría aún mucho tiempo.

Mientras tanto Hortensia Biscia llevaba treinta días enferma. José le envió agua de San Pantaleo, y después de beberla, curó. Estaba también en cama Sebastián Previsano, que había tenido una caída y no podía moverse, pues tenía fuertes dolores en todo el cuerpo. Sin embargo, al oír que José estaba en las últimas, se visitó, y aunque tenía fuertes dolores, deseando mucho verle, vino con ayuda de los suyos. Llevado ante José con grandes dolores, le pidió que le hiciera la señal de la cruz sobre la rodilla, pues a causa de la caída le producía fuertes dolores. Asintió el Padre, y ayudado por otros, le hizo la señal de la cruz en la rodilla. Y en aquel momento cesó todo dolor. Repentinamente libre de su enfermedad, y manteniéndose firme sobre sus pies, Sebastián salió contento de la habitación, y se llevó una taza, a la que tenía algún derecho, pues antes se la había dado a José, y con ella se fue a casa.

Como de costumbre, al principio de la noche le trajeron un caldo al Hombre de Dios. Y a pesar de que no era necesario, dijo: “Hagamos caso a los médicos”. Luego, después de algunas oraciones, y leerle la Pasión del Señor, rogó a los presentes que recitaran el Oficio de San Bartolomé Apóstol, cuya fiesta era al día siguiente. Él mismo intentaba decirlo, dentro de lo posible. Y narra el P. Cosme de Jesús María, que escribió un acta sobre ello, que en la agonía de la muerte José vio alrededor de su lecho a todos los de la Congregación que habían muerto ya. Algunos estaban de pie, y otros sentados. Vio que solo faltaba uno, quizás el que tantas molestias le causó. Comprendió que todos los demás habían sido admitidos a la vida eterna. Pasada la cuarta hora de la noche, rechazó tomar un caldo de pollo

que le ofrecieron. Pero le rogaron que en honor de las cinco llagas de Jesucristo tomara cinco cucharadas, y aceptó. Los Padres, después de la quinta hora de la noche, fueron a dormir. Uno de ellos le leía de nuevo la pasión de Cristo el Señor. Le leía al oído, en voz baja, para no molestarle o impedir que durmiera. Él, con voz clara, le dijo que leyera en voz alta, porque aquello le producía paz y alegría.

13. Un caballero fue a visitar al V. P. mientras estaba en su última enfermedad en la cama para pedir su bendición, como hacían otros. El V. Padre no se movió para bendecirle, por lo que quedó mortificado el caballero, pero volvió a sí mismo y conociendo su indignidad por estar en pecado mortal, diestramente y sin decir nada se retiró, e hizo un acto de contrición con propósito de enmienda, y de nuevo se acercó para pedirle la bendición. Entonces el Padre, levanto sus manos, le bendijo y le consoló. Luego dicho Caballero explicó a todos que el V. Padre José había conocido su mal estado y su mala conciencia.

Finalmente, en 1648, el 2 de agosto, previendo nuestro V. P. José el final de su vida, dijo la Santa Misa y visitó la iglesia de San Francisco para ganarse la indulgencia de la Porciúncula. Ese día se despidió de aquellos religiosos franciscanos de los Santos Apóstoles con palabras tan expresivas que ellos comprendieron que ya no lo verían más en su convento. Cuando regresó a la casa de San Pantaleo se acostó, y le sobrevinieron dolores muy agudos, que, sin embargo, nunca fueron identificados por los médicos, aunque eran excelentes en la profesión, y fueron sufridos por el siervo de Dios con tal constancia que todos los que lo visitaban quedaban admirados. La fiebre apareció después de ocho días. Los dolores no eran aliviados por los muchos remedios que los médicos le aplicaban. Y al decirle que un remedio que le dieron los médicos también había sido utilizado en su enfermedad por el rey de Inglaterra, nunca más quiso tomarlo, aunque le ayudaba mucho antes de saberlo, y le insistieron mucho para que lo tomase, demostrando en esto lo mucho que odiaba a los herejes, y todo lo que olía a ellos. Uno de los suyos le consolaba por tantas penas que sufría, y él respondió: "Estoy muy feliz, porque veo que Dios quiere que se haga su voluntad. Sólo lamento que estos dolores no me dejen hacer los actos de conformidad con la voluntad de Dios que deseo". El mal crecía, pero él nunca dejó sus oraciones habituales según la costumbre de la Religión. Comulgó varias veces en la cama con esos santos sentimientos que uno puede imaginar hechos por un siervo de Dios tan grande. Pi-

dió perdón a todos si en algo les había dado ocasión de escándalo, perdonando de nuevo a todos los que de alguna manera le habían ofendido, y bendijo a todos sus religiosos presentes y ausentes, diciendo que quería que Dios desde el cielo confirmara su bendición con esa abundancia de gracia que deseaba para sí mismo. Después de la última comunión que recibió como Viático, llamó al P. Vicente de la Concepción, que le asistía, y le dijo que en su nombre hiciera saber a todos sus religiosos que, si eran humillados, Dios los exaltaría. Y el P. Vicente le dijo: “V. P. nos deja, y sabe en cuántos apuros; acuérdate de nosotros que somos sus hijos”. Al oír esto, el bendito Padre dio un gran suspiro, y luego dijo: “Si voy al cielo, como espero de la bondad del Señor y la intercesión de la Santísima Virgen, lo recordaré. Y diga a todos que sean devotos del Rosario, meditando sus misterios. Y que no duden, que todo se arreglará”. Exhortó entonces a todos a toda virtud y perfección religiosa, al amor de Dios, a la caridad fraterna, al cuidado diligente de los niños pobres de las escuelas y a la obediencia debida a la Santa Sede Apostólica. También envió a algunos de casa a la iglesia de San Pedro para hacer la confesión de la fe que el santo apóstol había enseñado. Recibió con singular devoción el Sacramento de la Extrema Unción, respondiendo a todos los versículos del sacerdote ministro de aquel. Y envió a pedir la santa bendición in articulo mortis al Sumo Pontífice Inocencio X, quien de repente en presencia de otros cardenales que estaban allí, dijo con gran sentimiento: “En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, cuyo Vicario, aunque indigno, soy en la tierra, le bendecimos y concedemos indulgencia plenaria y remisión de sus pecados”. Y envió en su nombre al Emmo. Cechini para hacer esta función y bendecirle, y también envió a otros cardenales a visitarle. Y se llenó la sala, es decir, el oratorio delante de su habitación, de grandes personajes que querían encontrarse presentes en su tránsito. Y entre ellos había algunos Padres Carmelitas Descalzos devotos suyos, que a pesar de que los Padres de la casa les habían pedido que no entraran en la habitación del enfermo para dejarlo descansar, se acercaron sin embargo a la puerta de la habitación que estaba algo abierta, y vieron un gran resplandor, y la Santísima Virgen que favorecía a su siervo José. Y llamado inmediatamente con alegría a los otros Padres de la casa para que fueran testigos de esta visión, llegaron, sí, pero no vieron nada. Sólo se sentía un olor y una fragancia celestiales, denotando de hecho lo que había

sucedido. Pero el Padre Fray Simón de la Scala, que era muy íntimo suyo y le había confesado varias veces, le rogó e incluso le ordenó que revelara lo que había visto en ese momento, y confesó que la Sma. Virgen le había favorecido y consolado con su presencia, acompañada de sus religiosos e hijos que estaban en el cielo, y que solo faltaba uno, pero no quiso manifestar quién era, porque sabía y se daba cuenta de que en el oratorio delante de su habitación había muchos caballeros que esperaban su feliz tránsito. Dijo que no sería esa noche, sino la siguiente, el 25 de agosto. Siempre se mantuvo en sus buenos sentimientos y memoria, y respondió y repitió lo que se le decía en la recomendación habitual del alma, y porque una vez al leer la pasión de Cristo nuestro Señor el sacerdote la leía en voz baja, le dijo que alzara la voz. Y la oía y la repetía con una clara señal de su consuelo interno, aunque fue recitada varias veces por diferentes sacerdotes, que se turnaban. Y finalmente en senectute bona et plenus dierum, dio su última bendición a sus religiosos presentes y ausentes, pronunciando a menudo el dulce nombre de Jesús.

14. Ya estaba el P. José en el año 92 de su edad, y aunque nunca se cansó de llevar la cruz y de sufrir al servicio de su Señor, deseando sin embargo en extremo verse en su presencia, siempre elevaba súplicas muy afectuosas a su amado, gritando a menudo con San Pablo: "Deseo morir y estar con Cristo". Y parece que el Señor no sólo le escuchó, sino que también le había iluminado internamente para saber que la hora deseada ya había llegado, en la que después de una navegación tan larga, y no menos dolorosa, iba a llegar al puerto de la paz eterna. El primer día de agosto del año 1648, sintiéndome enfermo y consciente de que era el presagio de su muerte, después de haber dicho por última vez misa en honor de San Pedro ad Vincula, cuya memoria celebra en ese día la Iglesia, a pesar de que sufría muchos dolores, fue a encontrar a su superior, y le dio la llave de su habitación para desprenderse de todo, diciéndole: "Esta es la llave de mi habitación, pero nunca la he tenido como mía, como nada de lo que hay en ella". Y en verdad eran pocas las cosas de las que tenía que desprenderse, porque, amigo de la pobreza religiosa, nunca tuvo en ella excepto la pobre cama, y una mesita con unos cuantos libros, y una silla de madera.

Habiendo hecho esto, se retiró a la enfermería, y al no poder soportar la intensidad de los dolores se echó en la cama, donde entre extremos dolores pasó toda esa noche sin descansar. Por la maña-

na llamaron a los doctores Juan María Castellani y Pedro Peregrini, quienes tomándole el pulso dijeron unánimemente que no tenía fiebre, y la única enfermedad que tenía era la de edad ya decrepita. Se levantó aquella mañana para decir misa, pero al no poder mantenerse en pie se abstuvo con su mortificación, y se contentó con asistir a una misa que hizo decir en el oratorio de la enfermería en la que pudo mitigar con la comunión el dolor sentido de no poder celebrar. Así siguió entre dolores muy agudos durante ocho días, en los que los médicos antes mencionados le observaban mañana y noche, sin poderle nunca encontrarle fiebre. El buen anciano decía: “Tengo fiebre, pero el Señor que quiere tener misericordia de mí, no lo quiere hacer saber, y así me dan medicinas contrarias a mi mal”. Después de ocho días de enfermedad, los médicos encontraron la fiebre, en el tiempo en el que él ardía por los calores duplicados de la canícula y de la fiebre, y con un dolor muy fuerte en el costado, y multiplicándose los males, sufría de asma y de opresión del pecho, que a veces parecía querer asfixiarle. Sobre todo, tenía una sed muy ardiente, al estar con la boca abierta, cosa a que le obligaba la estrechez del pecho para respirar, y crecía por momentos. Y para que a tantos dolores que le enviaba para su gran mérito la mano misericordiosa de Dios no faltara algo del lado de los hombres, le dieron un compañero sordo que le sirviera, el cual después de mucho gritarle siempre lo entendía al revés, lo que no sólo habría aburrido a un enfermo, sino también a un sano. Y, sin embargo, él sufría con tanta paciencia lo uno y lo otro que causaba asombro a todos.

El dolor de su costado le quitaba el sueño y el apetito, de modo que ni dormía ni comía, y los médicos no veían ningún peligro en ello, pero él siempre afirmaba constantemente que no solo tenía fiebre, sino que ya estaba cerca de la muerte, y a pesar de todo les obedecía, y muy a menudo tomaban medicamentos que le ordenaban muy contrario a su enfermedad, pues tenía una gran fiebre interna que no se mostraba. Al verlo en medio de estas penas, uno de sus religiosos le consoló diciéndoles que esas eran alegrías preciosas con las que el Señor quería enriquecerlo, y él respondió: “Me alegro mucho de que se cumpla en mí la voluntad del Señor, y solo lamento no poder, por la acerbidad de los dolores, hacer los actos de resignación y amor que me gustaría”. A pesar de que estaba tan agobiado por los dolores, no dejaba de hacer cada día sus ejercicios habituales de oración tanto mental como vocal, y casi cada mañana,

cuando podía, recibía a su Señor sacramentado, con tantos suspiros y lágrimas que parecía que se le derretía el corazón. Luego rogaba a todos que pidieran al Señor el perdón de sus grandes pecados, reconociéndose como uno de los pecadores más miserables del mundo. Sin embargo, a uno de sus confidentes le dijo en secreto que la gran Reina del Cielo le había asegurado su salvación eterna, porque orando unos días antes en la iglesia de Santa María dei Monti, que solía visitar todos los sábados, delante de aquella imagen devota, sintió que ella le había consolado, diciéndole: “No dudes, ni temas, porque yo soy tu ayuda”.

Al final había aparecido, como él había dicho, la fiebre ardiente, y sus queridos hijos, temerosos de perderlo muy pronto, estaban todos ansiosos por procurarle los remedios que pudieran alargar su vida. El Señor Tomás Cocchetti, inglés de nación y católico de religión, y su hijo espiritual, sugirió uno de ellos muy adecuado para purgar su pecho y amortiguar su sed, que eran las dos cosas que más le afligían, y que consistía en poner en su boca unas lonchas muy finas de limoncillo con azúcar, y el experimento resultó muy beneficioso. Pero entonces oyó que ese remedio había sido inventado y practicado por el Rey Carlos de Inglaterra, y no sólo no quiso tomarlo más, sino que inmediatamente mandó al P. Juan Carlos de Santa Barbara tirar por la ventana lo que le habían preparado, diciendo: “¡Dios me libre de usar un remedio inventado por un tan gran hereje!” Y el Señor, aceptando el sacrificio de su sed, le recompensó aliviándole los problemas que tenía antes en el pecho y en la boca. La fama de su enfermedad ya se había extendido por Roma, y muchos de sus devotos vinieron a visitarlo, y a obtener su última bendición. Entre ellos llegó un pintor que quiso hacer su retrato. Siendo este su devoto, se le postró delante de la cama, y le rogaba con mucha insistencia para que le prometiese que oraría a Dios por él, pero el Siervo de Dios no le daba ninguna respuesta; de hecho, en contra de su costumbre no escuchaba sus palabras y cerraba los ojos para no verlo, y volvía su rostro hacia otra parte, como si ese pintor fuese su gran enemigo, y por más que le rogasen algunos Padres graves de su Orden allí presentes, no podían conseguir que quisiera darle audiencia, o mirarle, por lo que el afligido se retiró a un rincón de la celda y se puso a pensar de dónde podía proceder ese rigor que usaba con él el P. José, que con todos los demás era tan amable, y recordó un pecado muy grave cometido poco antes, considerando que,

habiendo penetrado en el interior de su conciencia lo estimaba tan manchado que era indigno de su bendición. Así que con verdadero dolor y un acto de contrición pidió perdón al Señor, y luego nuevamente se acercó a la cama, e inmediatamente, según lo habitual, fue recibido con una cara alegre del Padre, quien le bendijo y le prometió orar a Dios por él, de modo que el pintor salió de su celda extasiado por el asombro, proclamándolo santo ante todos, como alguien que había penetrado con luz sin duda sobrenatural, conociendo el pecado mortal que había cometido poco antes con una ramera, y el acto de arrepentimiento y contrición que después había hecho.

A él le habría gustado quedarse solo para poder dedicarse a gusto a la oración, pero no le dejaban mucho solo a causa la asistencia de sus devotos que venían a visitarlo. Pero cuando estaba solo profundizaba en la contemplación más elevada. No dejó durante todo el tiempo de su enfermedad de recitar el Santo Rosario, conforme había hecho durante toda su vida, y persuadía a todos a que lo hicieran. Mientras estaba en esas angustias supo que una de sus devotas hija espiritual, la Sra. Hortensia Biscia estaba enferma y llevaba ya treinta días en cama sin esperanza de mejorar; y con esa caridad que siempre ardía en su pecho, se movió a compasión hacia ella y le envió la reliquia de San Pantaleón, y el agua bendecida con ella, diciéndole que bebiera un poco, y recuperaría la salud. Ella le obedeció e inmediatamente quedó sana. Al oír este milagro, se movió Sebastiano Previsano, que estaba en la cama con su cuerpo todo dolorido y magullado por una caída desde un lugar muy alto, de modo que no podía moverse ni en la cama sin un fuerte dolor. Este, sintiendo la grave enfermedad del Padre, y esperando que le consiguiera del Señor la salud, con la ayuda de los suyos y no sin su grave dolor, se vistió lo mejor que pudo, y llevado con una silla de mano a la habitación del Siervo de Dios, le suplicó que le hiciera la señal de la cruz sobre todo su cuerpo, pero especialmente en la rodilla, donde el dolor era más acerbo y grave. Lo obtuvo, y levantando la rodilla con el dolor extremo del paciente, tan pronto como el moribundo P. José hizo la señal de la cruz, el dolor de la rodilla desapareció, y todo mal de su cuerpo, con asombro de los que estaban presentes, porque se puso de pie y caminó alrededor de la habitación, tomó una taza en la que había comido el Padre todo feliz y sano, y con sus pies regresó a casa, cuando antes había sido traído por otros, con mucho dolor.

Vino a verlo entre otros, sabiendo que ya estaba muy enfermo, D. Cosme Vannucci, prelado de no menos nobleza que bondad, y oyendo de su boca que moriría dentro de pocos días, como todos sus deseos los tenía en el cielo, le rogó al instante que cuando se viera en la presencia de su Señor rezara para que, si era el gusto de Dios, y útil para su alma, le sacase ya de esta vida mortal, y le librara de aquellos sufrimientos de alma y cuerpo en los que se encontraba. Le prometió, con la gran confianza de que pronto se vería en la presencia divina, que transmitiría el encargo, y parece que fue escuchado, porque sólo ocho días después de la muerte del P. José también él pasó de esta vida a la eterna, como se puede creer piadosamente por la buena disposición en la que murió Vannucci.

Ya había llegado la plenitud de los tiempos, en la que el Señor, decidido a coronarlo por medio de una muerte preciosa, le llamó a sí. Tras descubrir la fiebre, comenzaron los médicos a temer por su vida, y al verle sin fuerzas, por la gravedad de la enfermedad y por lo avanzado de una edad ya decrepita, la anunciaron que ya estaba cerca de la muerte. El anuncio no le pilló de improviso, porque, como se cree piadosamente, ya mucho antes se le había anunciado desde el cielo las circunstancias de esta, y especialmente la hora y el tiempo de su muerte. Así que antes de acostarse definitivamente en su cama, ya se había desposeído de su celda, y de lo que había en ella para poder disponer de ella a su manera, ella que hasta ahora había sido siempre su querida compañera, y que ya no le serviría más. Lo dijo más claramente, como arriba dijimos, a uno de sus religiosos, que con la licencia de aquel Visitador Apostólico se había ido a su patria, porque entre otras cosas que predijo en torno a ese viaje una fue que a su regreso no lo encontraría con vida.

Inmediatamente se dispuso a prepararse para ese largo y peligroso viaje pidiendo recibir los Santos Sacramentos, con los que la Iglesia nos da la provisión para tal viaje peligroso. Recibió, pues, el santo viático después de haber hecho con gran espíritu según la costumbre la confesión de la fe. Pidió perdón a todos sus religiosos, que llorando formaban una corona alrededor de la cama, por cada ocasión, escándalo, u ofensa, que les hubiera hecho, aunque hubiera sido sin intención, pues él siempre había tenido la voluntad de servir a todos sus hijos y hermanos. El Siervo de Dios estaba tan débil que no podía levantar la voz y ser bien comprendido por sus hijos, de modo que a uno de ellos, que estaba cerca de él, le pidió que en

su nombre les dijera que la herencia que como a hijos les dejaba era la verdadera humildad de espíritu. Añadió: “Si sois humildes, Dios, según la promesa de Cristo os exaltará”. Los religiosos lloraban alrededor de la cama postrados, y uno de ellos le dijo: “Padre, tú vas al cielo, y sabes bien entre qué calamidades y sufrimientos dejas a tus hijos y a nuestra Religión”. Y él, que era todo piedad y la amaba con ternura, se conmovió por esas lágrimas y por esas palabras, y con un gran suspiro respondió: “Si yo, como lo espero de la misericordia de mi Señor y de la intercesión de la Bienaventurada Virgen, mi protectora y señora, me veo en esa patria feliz, nunca me olvidaré de vosotros, mis queridos hijos. Lo que os recomiendo mientras tanto es que en honor a esta gran Señora y Nuestra Protectora recéis su sacrosanto rosario todos los días, y no temáis nada, porque dentro de poco tiempo yo os aseguro que por medio de esta sacrosanta devoción veréis cesar toda tormenta, y todas las cosas de la Orden volverán a su primer ser, y con mucho aumento”.

Consolados con estas promesas, sus hijos, después de darles su bendición paterna, recibió con suma devoción la sagrada comunión. Después de esto, suplicó al Rector que enviara a uno de los Padres a pedir en su nombre al Sumo Pontífice la bendición y la indulgencia in articulo mortis, cosa que le fue concedida inmediatamente, y otro a la Basílica Vaticana para hacer en su nombre ante la estatua de San Pedro la profesión de fe. Luego pidió con gran ansiedad el último sacramento de la Extremaunción. Los médicos no querían que se lo dieran, diciendo que no estaba él en tal estado que hubiera que darle ese sacramento por el peligro cercano. Pero él, que sabía lo cerca que estaba la hora de su muerte, insistió con tanta eficacia que se lo dieron, y lo recibió con la mayor devoción. Al despedirse el doctor Pedro Prignani le prometió que vendría pronto a visitarle la mañana siguiente, y él le dio las gracias y le dijo: “No falte V.S. mañana cuando abran mi cuerpo”. El médico le respondió: “Por el contrario; yo espero que pronto esté bien y viva muchos años”. Pero luego comprobó que fue como él le había dicho.

Por la noche, según el mandato de los médicos, le trajeron un consomé con medicina, y él, aunque con gran molestia, lo tomó diciendo: “Ya sé que no sirve, pero es necesario obedecer al médico”. Después de recitar sus otras devociones diarias, se hizo leer la pasión del Señor; luego rogó a los Padres que estaban presentes que rezaran en su presencia los maitines del apóstol San Bartolomé que era al día si-

guiente, y lo recitó junto con ellos lo mejor que pudo. Y al entrar en la agonía, cuenta el P. Cosme de Jesús María, que escribió su vida, que aparecieron alrededor de la cama todos aquellos Padres que de su Religión o Congregación habían muerto, excepto uno que dudaba no fuese uno de los dos furiosos perseguidores suyos y de su Religión, dándole el Señor el consuelo de hacerles saber que todos sus hijos que habían muerto hasta ese momento ya estaban por la misericordia de Dios en el cielo. Ya eran las 4 de la mañana cuando los Padres le rogaron que tomara un poco de la medicina según la orden dejada por los médicos. Él, viéndose ya en la última agonía, no quería hacerlo, pero le rogaron que al menos en honor de las cinco llagas de su Señor tomase cinco cucharadas de aquella preciosa sustancia, y obedeció. Fueron entonces a descansar los otros Padres, quedando unos pocos junto al moribundos. Uno de los cuales se puso de nuevo a leerle la Pasión. Al otro de ellos le pareció que el leer sin parar podía impedirle descansar y molestarle, le dijo al oído que dejara de leer, pero el Padre se dio cuenta y levantando todo lo que pudo la voz ya debilitada le dijo, “Déjelo leer; siga, Padre, que esto me causa gozo y descanso”.

15. El Siervo de Dios José había llegado a la edad de 92 años, y aproximándose al final de su vida, lo hizo como la vela, que antes de extinguirse, brilla con una llama mayor. En los habituales discursos y conferencias espirituales sus palabras no estaban articuladas por la lengua, sino que parecían animadas por el corazón. Pues en este último tiempo se descubría tanto fervor de espíritu, y las palabras estaban tan encendidas, que se veía bien que el pecho era todo fuego, todo amor, y muy frecuentemente recordaba que la vida es corta y que uno debe morir; por lo que los religiosos comenzaron a temer su próxima muerte.

Finalmente, habiendo llegado el primer día de agosto de 1648, festividad del Apóstol San Pedro en Vincula, comenzó a sentirse mal; a pesar de ello quiso ofrecer el sacrosanto sacrificio del altar, y fue la última misa que celebró, porque se al acostarse después en su cama, el mal se agravó, y tenía fiebre con dolores en el costado. Inmediatamente comprendió que el Señor quería por su infinita bondad llevarlo de esta vida miserable, por lo que, completamente resignado a la voluntad divina, soportara con suma paciencia el ardor de la fiebre y la acerbidad de los dolores, que cada día aumentaban, por lo que perdía el descanso por completo, y apenas podía tomar, aunque escasa, la comida para alimentar su debilidad. Su mayor fuerza la re-

cibía del pan de los ángeles, que es el pan de vida, recibiendo con frecuencia el alimento del Santísimo Sacramento, que debía vigorizarlo para el paso a la vida eterna. Estaba muy sediento a causa del calor excesivo de la fiebre, y se abstenía de beber por puro amor de Dios. Sólo lamentaba que la gravedad del mal no le permitía hacer todos los actos de resignación a la voluntad divina, con otros de fe, esperanza y amor por Dios, como él deseaba. Sin embargo, los hacía con el corazón y sin quejarse, con su mente elevada a Dios, pues con la lengua no podía, si no pocas veces, pronunciar palabra, a causa de la gran sequedad que le impedía el uso la lengua, y le producía flemas en la garganta, que no podía expulsar. Mientras el Siervo de Dios sufría un día más por esta causa, le visitó Tomás Cocchetti, caballero inglés que había servido como camarero de Enrique VIII, rey de Inglaterra, y porque era católico había tenido que huir del Reino. Este le sugirió un remedio para refrescar la lengua, y eliminar las flemas, hecho con finas rodajas de limoncillo espolvoreadas de azúcar, que, tomadas por los enfermos, producen el efecto deseado. Uno de los religiosos, que le asistía, queriendo animarle, le dijo, poniendo como testigo al citado Cocchetti, que había sido inventado y utilizado por el rey de Inglaterra. A estas palabras el Siervo de Dios guardó silencio, e inmediatamente sacó de su boca la rodaja que había tomado, y con santa indignación dijo: “¿A mí esto? ¿Algo que usó el rey de Inglaterra?” “¿Por qué, Padre?”, respondió el otro. “Porque, respondió el enfermo, él era un hereje, y abandonó la fe católica romana. Fuera, fuera, tiradlo lejos”. Y para para calmarle fue necesario tirarlo inmediatamente por la ventana. Tanta era la unión que tenía con la fe católica, y el odio contra los herejes, que también aborrecía los remedios descubiertos y utilizados por ellos. Otro día estaba igualmente muy angustiado por la sed, y al darse cuenta uno de los Padres, le pidió que se enjuagara la boca, a lo que él respondió que sí, pero que quería la copa con la cruz maltesa. Era una copa hecha de arcilla rústica, con una cruz maltesa en el centro, con la cabeza de San Pablo, y a su alrededor había varios misterios de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, que le había regalado poco antes el obispo de Malta. Inmediatamente se llenó dicha taza de agua fresca, y dada al enfermo, la tomó, y comenzó a besarla tiernamente en aquellas partes donde se encontraban los misterios de la pasión, y tras enjuagarse la boca, la devolvió. Se ve en este hecho que la había pedido a causa de estos misterios, para refrescarse besándolos más que con el agua misma.

Poco a poco se iba acercando al último período de su vida, y al darse cuenta de ello, para armarse en ese último combate con los sacramentos de la Iglesia, con gran afecto y fervor pidió el Santísimo Viático. Cuando se lo trajeron, antes de recibirlo, recomendó a todos el temor de Dios, el amor al Instituto, y la perfección religiosa con la observancia de las Constituciones, y dio a sus religiosos tanto presentes, como ausentes su bendición, orando al Señor que la confirmara desde el cielo, y se alimentó de ese Dios, que debía ser un guía seguro a la eternidad. Envió dos sacerdotes al Señor Cardenal Cecchini, Datario, para que obtuviese del Sumo Pontífice la bendición apostólica, y la recibió con signos de gran devoción. Y también envió otros dos a la iglesia de San Pedro para hacer en su nombre la Profesión de Fe, y para someter su cabeza al pie del Príncipe de los Apóstoles, declarando morir en la misma fe de la Iglesia Católica Romana, en la que nació, y vivió.

Era asistido continuamente por sacerdotes, a quienes les hacía leer la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, y porque uno de ellos, para no molestarle, la leía en voz baja, le dijo que lo leyera en voz alta, y despacio, repitiendo todo con gran espíritu y afecto de corazón. Entre otras gracias que les concedió el Señor, una fue que durante toda la enfermedad estuvo consciente hasta el último aliento, como cuando estaba sano. Realizando este acto de caridad el P. Francisco de la Purificación, ya mencionado, cerca del lecho del enfermo, y el P. Camilo de San Jerónimo, que después de once años les sucedió en el Generalato, sentado en la mesa de la habitación, el dicho P. Francisco le animaba a no temer a la muerte, y el Siervo de Dios le dijo dos veces en confianza con voz baja, aunque llegó a oírlo el P. Camillo: “Debo tener confianza, porque la Santísima Virgen de Monti me ha prometido su ayuda y me ha dicho que esté alegre, y no dude de nada”.

Hacia la puesta del sol del día 24 del mes, y de su enfermedad, pidió la Extremaunción, diciendo que era mejor dársela mientras estaba con todos sus sentidos, por lo que fue ejecutado rápidamente, y el buen Padre con su devoción habitual respondió a las preces que se dicen en tan santa celebración.

16. Manifestó esto cuando estaba enfermo de su enfermedad mortal, y le dieron unas rodajas de limón con azúcar para templar el ardor de la fiebre, y para que se animara a tomar este remedio el Padre que le asistía le dijo que este remedio o refresco había sido inventado y usado por Enrique Octavo, Rey de Inglaterra. Cuando lo oyó José, ya

nunca más quiso probar esas rodajas de limón, sino que inmediatamente escupió lo que tenía en la boca, y ordenó que todas las demás fueran arrojadas por la ventana, y al preguntarle el enfermero por qué tal cosa, respondió el Siervo de Dios: “Porque Enrique era un hereje y dejó la fe católica romana. Fuera, fuera, tiradlo fuera”.

Muy feliz, por el contrario, y llena de consuelos celestiales, fue la muerte que tuvo el siervo de Dios José, quien, como previendo su tránsito un año antes del mismo, hablaba de su muerte, diciendo a menudo: “Hijitos, la vida es breve, y debo morir antes que vosotros”. Por esta razón, sus religiosos comenzaron a temer que iban a perderlo. A finales de julio del año 1648, estando en sus noventa y dos años, quiso visitar la iglesia del Salvador, para ganar las infinitas indulgencias que hay todos los días, y en este corto paseo se dio un pequeño golpe en un pie, después de lo cual comenzó a sentir algunos dolores, sin hacer caso de los cuales al día siguiente celebró la Santa Misa en el día de San Pedro en Vincola, y esta fue la última misa suya. Despojado de sus vestiduras sagradas, se echó vestido sobre su saco de paja, y así permaneció todo ese día. El domingo siguiente quiso escuchar la misa en el oratorio, y sintiéndose cada vez más debilitado, se vio obligado a no salir más de su habitación, ya que la enfermedad se agravó mucho por la fiebre que se añadió a dolores muy graves en el costado.

Al verle uno de sus religiosos tan oprimido por el mal, quiso consolarlo y exhortarlo a soportar alegremente esos sufrimientos, a lo que el buen anciano respondió: “Estoy muy feliz, al ver que S.D.M. quiere que cumpla su voluntad. Sólo lamento que estos dolores no me permitan hacer esos actos de conformidad con la voluntad divina como me gustaría”.

En esta enfermedad recibía a menudo a Jesús en el Santísimo Sacramento, teniendo al aparecer el sacerdote en la habitación tier-nas conversaciones con su Señor, lo que hacía verter lágrimas a los presentes. Uno de los días en los que comulgó fue en la fiesta de la Asunción al Cielo de la Santísima Virgen, de la que recibió este señalado favor. Mientras estaba concentrado en sí mismo dando las debidas gracias a su Señor, la Virgen María se le apareció en la forma en que se venera su efigie en la iglesia de Nuestra Señora dei Montí, que le consoló, anunciándole su paso a la otra vida, y animándole a no temer, porque ella vendría en su ayuda. Y el mismo P. José dijo entonces a algunos Padres que le ayudaban y le exhorta-

ban a no temer: “Debo tener confianza, porque la Santísima Virgen dei Monti me prometió su ayuda, y me dijo que estuviera contento, y no dudara de nada”.

Otra vez en la dicha enfermedad Dios quiso consolar su sueño mostrándoles a todos sus religiosos ya muertos, en parte sentados y en parte de pie, menos uno solo al que no pudo ver. Se lo reveló al P. Don Costantino Pallamolla, barnabita, religioso de gran virtud y que había ido a visitarlo, sólo para que le diera su juicio y explicación. Él le preguntó si entre ellos estaba el P. Glicerio de Cristo, también llamado P. Abad Landriani, que había muerto en concepto de gran santidad, y le dijo que sí, y que estaba sentado. De lo cual argumentó que los que estaban de pie estaban en camino hacia la gloria, y los que estaban sentados ya estaban en posesión de la feliz eternidad.

El mal crecía más y más, y era tanto lo que sufría que le hacía incapaz de hablar demasiado y expulsar la flema que le oprimía, y entonces sucedió lo que se narró en otro lugar sobre escupir y tirar por la ventana unas rodajas de limón espolvoreadas con azúcar, al saber que era un remedio inventado y utilizado por Enrique VIII rey de Inglaterra, hereje. Muchos vinieron a visitarlo en esta última enfermedad, y entre otros un joven pintor que, arrodillado y pidiendo la bendición del siervo de Dios, como otros hacían, no escuchó sus peticiones, sino que cerró los ojos y volvió la vista hacia el otro lado. El joven se dio cuenta de que esto podía suceder por encontrarse con la conciencia manchada de una grave culpa, de modo que se retiró a un lado e hizo un ferviente acto de contrición. Volvió al P. José para pedirle la bendición, y él con un rostro alegre, y con signos de mucha amorosa bondad, le bendijo. El mismo joven lo contó luego como una cosa prodigiosa y una prueba de la gran bondad del siervo de Dios.

Él sabía que se acercaba el final de sus días, por lo que pidió los Santos Sacramentos y a través del Sr. Cardenal Cecchini, Datario, la bendición apostólica del Sumo Pontífice, que recibió con muestras de gran devoción. Luego envió a dos de sus religiosos a San Pedro en el Vaticano, para hacer la profesión de fe en su nombre en la tumba del apóstol. En este tiempo se hacía leer la Pasión de Jesucristo por algunos sacerdotes, y a menudo renovaba fervientes actos de caridad hacia Dios, y de tierna devoción hacia la Madre de la Misericordia María, y sus santos abogados.

Muerte

4. En duodécimo, demostraré que en sus tentaciones y persecuciones perseveró tenazmente hasta la muerte, que tuvo lugar el 25 de agosto de 1648 en la citada casa de San Pantaleo, cuando era nonagenario, dando ejemplo de mucha paciencia y santidad en su enfermedad, y tras recibir todos los sacramentos de la Iglesia, que él mismo pidió.

4.3. Sé que el Padre José murió en Roma en la Casa de San Pantaleo, en su habitación habitual junto al oratorio, el 25 de agosto, a las cinco o las seis de la noche de 1648, de una enfermedad de fiebre causada por el hígado, según puedo entender de la forma en que se encontró su hígado, que el ala inferior se había encogido, y por eso el Padre pedía refrescar el calor que sentía en el lado derecho, y se quejaba de que le dieran vino.

4.4. Sé que el Padre José murió en Roma en San Pantaleo el veinticinco de agosto de mil seiscientos cuarenta y ocho, y esto lo sé porque yo hice la caja de plomo para enterrarlo, y sé que está enterrado en el altar mayor, en el lado del evangelio, y he ido cuatro o cinco veces a confesarme a San Pantaleo, y le he dicho el *De profundis*, y por lo que he oído decir y por lo que he visto lo tienen, y yo lo tengo por un santo hombre.

5. Me puse después a recitar la recomendación del alma, y oía que él recitaba los mismos salmos. Le dije entonces: “Padre, no se fatigue la cabeza; basta con que yo lo diga y usted lo oiga”. Me respondió algunas palabras, que no recuerdo con exactitud, pero que me llenaron de consuelo y de confusión al mismo tiempo, al ver lo unido que estaba a su Divina Majestad en todos sus actos. Después de esta lectura, y de las cuatro Pasiones, que quiso que se leyeran las cuatro por separado, quiso que además recitáramos el oficio divino de la mañana siguiente, o sea, los Maitines y Laudes de San Bartolomé. Con esto se hicieron las cuatro y media de la noche, la hora a la que los médicos nos habían dicho que le diéramos un poco de caldo con algunas medicinas mezcladas. Se lo llevamos y le dijimos que eran las órdenes de los médicos, ante lo cual no lo rechazó. Tomo un poco, pero de pronto no quiso más, y dijo: “Mire, padre Vicente, ya no sirven, basta”. Yo le dije: “Ande, Padre, tome un poquito. Cinco cucharaditas más en honor de las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo”, a lo que se mostró muy dispuesto el devoto venerable

Padre nuestro. Las tomó y las fue contando, y entonces me dijo: “Basta, ya van cinco. Y además no sirven ya”. Yo quería que se tomara toda la taza, y añadí: “Ahora tómele otras siete en honor de la Bienaventurada Virgen Nuestra Señora”. Nuestro venerable Padre no me respondió nada, y parece que estaba dispuesto a tomar más ante esa invocación, pero el P. Ángel de Santo Domingo, que estaba presente, me dijo: “Basta por ahora, no le molestemos más”.

Eran ya las cinco de la noche cuando el citado P. Ángel me dijo que me acostara en la cama preparada allí la noche anterior, y se puso a leerle la Sagrada Pasión, y al cabo de poco tiempo me pareció a mí, que, aunque estaba acostado no dormía, que nuestro venerable Padre se había adormecido, y le dije al P. Ángel que no leyera para no molestarle. A lo que el santo viejo respondió inmediatamente: “Déjelo leer, que no me molesta; más bien me gusta, y además no duermo”. El padre siguió leyendo, y yo me callé.

No había pasado media hora de aquella conversación cuando el mencionado P. Ángel me llamó agitado diciendo: “padre Vicente, el Padre se nos muere”. Salté inmediatamente de la cama, me puse la estola al cuello y comencé de nuevo la recomendación del alma, mientras el padre Ángel fue a tocar la campanilla de la comunidad y despertó a todos los de casa, y pronto estuvieron allí todos menos uno, y se unieron a la oración. Le di la estola y el libro ritual al P. Castilla, superior de la casa, y siguió él haciendo la recomendación del alma, que acompañábamos todos con lágrimas en los ojos, y también nuestro venerable santo Padre la acompañaba diciendo las respuestas.

Levantó una vez la mano derecha, sacando el brazo, supongo que para bendecirnos, y en esto, sin ningún movimiento natural como sucede a veces, sin ningún gesto del rostro, sin ningún estertor en la garganta o en la boca, sin torcérselo los labios, se fue volando al cielo, diciendo tres veces: “Jesús, Jesús, Jesús”, como muy bien observó el que se encontraba en frente de él. Ocurrió a las cinco y media.

7. Finalmente, después de veinticuatro días de dolorosísima enfermedad, la noche antes de la fiesta de San Bartolomé, entre el veinticuatro y el veinticinco de agosto, hacia las cinco y media de la noche, estando presentes muchos de sus religiosos e hijos, a los que muchas veces había bendecido y exhortado a la observancia de la disciplina religiosa según su vocación y profesión, con gran tranquilidad, profiriendo siempre el santísimo nombre de Jesús, entregó en sus manos el espíritu el año 1648, y cuarto de Inocencio X.

9. Breve compendio de la vida del Ven. Siervo de Dios Padre José de la Madre de Dios, Fundador y primer General de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, muerto en Roma el 25 de agosto de 1648, a la edad de 92 años y 66 de sacerdocio, 53 años después del principio de las Escuelas Pías, de los cuales pasó en Roma cerca de 60.

Finalmente, después de 24 días de laboriosa enfermedad, la noche entre el 24 y el 25 de agosto a las cinco y media de la noche, con una extraordinaria tranquilidad, en presencia de sus hijos afligidos, que recomendaban su alma, y profiriendo el dulcísimo nombre de Jesús, rindió en los brazos de su Señor su alma bendita a quien para tanta gloria suya le había creado; y sus hijos, con una alegría interna y extraordinaria, y dudando algunos que se desmayarían por el dolor, sintieron unánimemente tal pérdida suavizada, sin embargo, por la esperanza de haber recuperado en el cielo a su amado y dulce Padre y Maestro.

10. Muy por la mañana llamó a sus hijos y exhortándoles a la virtud y perfección religiosa, Amor de Dios y caridad fraterna, solicitud y cuidado para con los pobres estudiantes, y a la rendida obediencia a la Santa Sede Apostólica, nombrando los Dulcísimos Nombres de Jesús y de María, expiró, dando su Alma al Criador, que para tanta honra y gloria suya le había criado, siendo su edad de 92 años. Hubo en la celda grandísima fragancia, de la cual fueron testigos todos los que entraron en ella, y nadie dudará que así como la Virgen Santísima vino a favorecerle la tarde antes, vendría a recibir su alma en sus Sacratísimas manos para presentarla a su Santísimo Hijo, y no vendría sola, porque, además de los muchos ángeles y santos, podremos persuadirnos que también le harían compañía los mismos hijos del Santo Padre que vinieron la tarde antes, para irle cortejando y hacer más gloriosa su entrada en el cielo.

11. Por las señales así lo comprendió el que leía, quien despertó a los demás, dando los toques de la campana a cuyo son vinieron todos los de casa, y el padre rector continuó la recomendación del alma, con todos los demás puestos de rodillas y llorando. Parecer que el Padre repetía las mismas palabras, aunque no le oían, y alzó la mano derecha, y el brazo, como si quisiera darles la bendición, no haciendo ningún otro movimiento, ni muecas como suelen hacer los moribundos, ni movimiento de labios. Sólo se le oyó proferir tres veces: “Jesús, Jesús, Jesús”, y su alma se fue volando al cielo a

las cinco y media de la noche del 25 de agosto de 1648, a los noventa y dos años de edad menos veintisiete días.

12. De pronto, tranquilamente entró en la agonía de la muerte. Inmediatamente sonaron la campana y todos acudieron rápidamente. El P. Rector hizo la recomendación del alma, con los rezos habituales de la iglesia, con todos llorando, de rodillas, alrededor del lecho. Entonces el enfermo, que pronunciaba las oraciones como podía, de pronto extendió el brazo derecho, como si quisiera bendecir a todos, y mientras pronunciaba tres veces el nombre de Jesús, exhaló el alma, después de la quinta hora de la noche, antes del 25 de agosto, fecha en la que se celebraba la fiesta de San Bartolomé Apóstol, el año 1648, a los 92 años de edad.

13. Siempre se mantuvo en sus buenos sentimientos y memoria, y respondió y repitió lo que se le decía en la recomendación habitual del alma, y porque una vez al leer la pasión de Cristo nuestro Señor el sacerdote la leía en voz baja, le dijo que alzara la voz. Y la oía y la repetía con una clara señal de su consuelo interno, aunque fue recitada varias veces por diferentes sacerdotes, que se turnaban. Y finalmente en senectute bona et plenus dierum, dio su última bendición a sus religiosos presentes y ausentes, pronunciando a menudo el dulce nombre de Jesús, y Dios tuvo el gusto de llevárselo para recompensarle en el cielo por las fatigas largas y dolorosas después de veinticuatro días de dolorosa enfermedad, el martes 25 de agosto de 1648, a los 92 años, de gran estatura y bien compuesto, con sesenta y seis de sacerdocio, de los cuales vivió en Roma cincuenta y cuatro años, y habiendo gobernado la Religión de las Escuelas Pías durante cuarenta y seis años, dejando en la habitación una fragancia y un olor dulce sentido por todos, con lo que era muy posible juzgar que su alma fue transportada al cielo.

14. Pero no tardó en dar señales de la ya cercana muerte, por lo que los religiosos fueron llamados de nuevo, y colocados alrededor de la cama, comenzó el Rector la recomendación del alma. El moribundo respondía con los demás como si se hiciera por otro. Al ver a sus hijos, que lloraban tristemente alrededor de la cama, levantó la mano y el brazo como si quisiera bendecirlos, y con una voz tenue, invocando por tres veces el Smo. Nombre de Jesús, exhaló su purísimo espíritu después de las cinco horas de la noche anterior al día veinticinco de agosto, en el que según el uso romano se celebra la solemnidad de San Bartolomé, en el año 92 de su edad y 1648 de nuestra salvación.

15. Pasadas las cinco de la noche, viendo los que le asistían que estaba debilitando, con el toque habitual de la campana llamaron a los religiosos, que se postraron de rodillas alrededor del lecho de su querido Padre con lágrimas en los ojos, y oraban al Señor por su feliz paso. Le hizo la recomendación del alma siguiendo la fórmula del Ritual Romano el Superior, al final de la cual, con el último aliento, pronunció de modo que fue oído estas dulcísimas palabras: “Jesús y María”, y murió en el Señor. Era cerca de las 6 horas de la noche, comenzado ya el 25 de agosto del año de Cristo 1648, teniendo 92 años.

16. Finalmente llegó la hora de su feliz tránsito, pidió la Extrema Unción, y a las dos de la madrugada le llegó un acceso de fiebre, que creció cada vez más con la réplica de otro acceso a las cuatro de la noche. Todos sus religiosos estaban de pie alrededor de la cama, lloraron la muerte de su buen Padre con lágrimas en los ojos, y con el nombre de Jesús y María en su boca murió en el Señor. Fue su muerte en la noche en que entra el martes 25 de agosto, fiesta en Roma de San Bartolomé Apóstol, cerca de las seis, en el año 1648, el noventa y dos de su edad.

Después de muerto

2. ¡Oh, buen Dios! Ese mismo día, y los días que siguieron, sin parar, hacia esa morada, en la cual concluyó la representación de vida tan gloriosa, ¡cuánto fue el concurso de gentes de todas clases, que no creían haberlo admirado lo suficiente de vivo nunca, y volvían de nuevo de muerto a ofrecerle un obsequio piadoso! ¿Qué alabanzas? ¿Qué encomios? ¿Cuánta opinión de santidad? ¿Cuánta fama de nombre creciente? El índice de una muerte ilustre atribuye al sepulcro mucho de la alabanza y el encomio de la vida anterior.

4. En trigésimo primero, demostraré que después de su muerte acudió a la iglesia de San Pantaleo a venerar su cuerpo gran multitud de gente, de uno y otro sexo, incluso Prelados y Príncipes, y todos querían tocar y besar su cuerpo, y le tocaban con rosarios, paños y otras cosas que luego conservaban como reliquias, y aplicaban para curar enfermedades, hasta que para evitar peligros de tumultos, por la noche fue enterrado en la capilla en que se conserva el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

4.3. Sé que el Padre José murió en Roma en la Casa de San Pantaleo, en su habitación habitual junto al oratorio, el 25 de agosto, a las

cinco o las seis de la noche de 1648, de una enfermedad de fiebre causada por el hígado, según puedo entender de la forma en que se encontró su hígado, que el ala inferior se había encogido, y por eso el Padre pedía refrescar el calor que sentía en el lado derecho, y se quejaba de que le dieran vino. Su cuerpo fue enterrado cerca del altar mayor en el lado del Evangelio bajo tierra, y esto lo sé porque lo he visto y varias veces he ido a su tumba, y he visto ir a otros, y a mujeres a encomendarse a sus intercesiones, como he hecho yo mismo, y yo he ido allí, y voy muchas veces, y me encomiendo a sus intercesiones, y he ido a su sepulcro y he oído que otros van allí porque lo mismo que yo, creo que los demás lo consideran un santo. En cuanto a las reliquias del Padre General, añadido que los médicos Juan María Castellani y Pedro Prignani, con toda reverencia y devoción, como me testificaron, y yo vi, el primero al abrirlo tomo su cráneo de la cabeza, y luego empapó en sangre una sábana entera, y me la entregó para que en su momento se la devolviese, como hice. El segundo sumergió un pañuelo nuevo también en sangre, y me dijo que lo tenía en alta estima porque admiraba la virtud extraordinaria del padre, pues había conocido su sólida perfección, y que era un hombre de mucha bondad, por lo que me dijo, y que estas reliquias aplicadas a los enfermos consiguieron la salud a los enfermos es voz pública y fama.

4.4. De hecho, antes de que lo metiéramos en la caja, habiendo allí tanta afluencia de personas, aunque eran las tres o cuatro de la noche, los Padres se esforzaron por llevar el cuerpo al oratorio, donde me encontré con un joven que me parecía por el aspecto napolitano, y un Padre le interpelaba, aunque él no contestaba, pero hacía gestos muy feos y se debatía. Lo que pasó luego no lo sé, porque me fui.

4.6. Sé que el Padre José murió en San Pantaleo, y en la casa de San Pantaleo. De qué enfermedad murió, creo que murió de fiebre, y está enterrado en el suelo del altar del Santísimo Sacramento cuando entras en la capilla a mano izquierda, y he ido allí muchas veces, y voy allí cuando me siento enferma, y cuando me dolía la cabeza, me inclinaba hacia la sepultura, tocaba el suelo con la cabeza, e inmediatamente me sentía mejor. También he visto a otros que hacen oración, y los encuentro casi siempre, y he ido allí varias veces. Y también he oído que las personas que han ido allí, y van, van allí para recibir gracias, porque lo tienen como santo, como yo lo tengo, pues he recibido de él muchas gracias. Y he visto lisiados y endemo-

niados que van allí para recibir gracias. Yo he hecho mis oraciones, y he oído a varias personas que él era un santo, y que fueron allí a pedir gracias. Y también sé que en su persecución tuvo mucha paciencia, y nunca se desconcertó, diciendo “Todo es voluntad de Dios”. Y cuando fui allí, le pregunté cómo suceden nuestras persecuciones, y él me respondió: “Dejemos obrar a Dios”. Y he oído decir que los que lo persiguieron están muertos, leprosos, y esto lo he oído decir a Padres de la misma religión.

4.7. Sé que el Padre José está muerto, y yo lo vi muerto en la casa de San Pantaleo llamada las escuelas pías, en su habitación, que estaba detrás del oratorio, y que en su última enfermedad le saqué sangre de su mano y fui muchas veces a visitarlo y besarle la mano, como era mi costumbre cuando iba a ver a dicho Padre. Y murió de fiebre, conforme dijeron los médicos, y fue en tiempo de calor, en agosto si no me equivoco, y su cuerpo está enterrado en San Pantaleo cerca del altar mayor, y he ido varias veces a su sepulcro por devoción, estimando que está en el cielo, y puede interceder por mí ante le Señor Dios. Y también he visto a otros arrodillados allí. He visto a religiosos, sacerdotes y otras personas, tanto importantes como ordinarias, que estaban rezando, y hoy se sigue yendo, y yo también voy allí a veces, y cuando voy a esa iglesia ruego al Padre José que interceda por mí, convencido de que está en el cielo, y que puede hacerlo.

4.15. El día en que ese Padre, muerto, fue expuesto en la iglesia, hubo en dicha iglesia de San Pantaleo tanta afluencia de gente que no se podía entrar, y la gente iba a tocar su cuerpo con rosarios, y le quitaban pedazos de la sotana, que tenían como reliquias.

4.21. Yo sé que el Padre José de la Madre de Dios murió en Roma, de fiebre, en nuestra casa de las Escuelas Pías de San Pantaleo, y justo en la habitación que está al lado de nuestro oratorio, en la parte de la Epístola del Altar del oratorio, y fue la noche antes de la fiesta de San Bartolomé. (...) Fue enterrado en la mañana del 27 de agosto del mismo año, después de estar expuesto en la iglesia el día 26, pues el día anterior no pudo hacerse a causa de ser la fiesta de San Bartolomé Apóstol, y por no haberle podido enterrar el dicho día 26 debido a la gran afluencia de personas que hubo hasta pasada la medianoche, después de la cual disminuyó un poco la cantidad de gente, retiramos el cuerpo y a la mañana siguiente, antes de abrir la iglesia, lo enterramos hacia la esquina del Evangelio.

En cuanto a la gente que vino a ver su cuerpo el día que fue expuesto, era tal que cuatro y más Padres que estábamos en la iglesia no éramos capaces de contenerlos. Le cortaban la ropa, no sólo la sacerdotal, como la sotana y la casulla, que tenía puesta, sino también el hábito religioso, o sea, la sotana, que tuvimos que recoser y apedazar varias veces dicho día, pues se lo habían cortado, y no era posible volverlo a vestir, a causa de las muchas personas que lo impedían. Y todos los que venían querían tocarlo con rosarios, besarle las manos y los pies, como a un santo, según decían. Los Padres hicieron alrededor del catafalco una barrera con los bancos de la iglesia, para que la gente no aplastase a los Padres, o para que la avalancha de gente no tirara el catafalco al suelo. Pero era tal la multitud, que rompieron todos los bancos para llegar al catafalco. Lo llevamos a la capilla mayor, pero rompieron también la balaustrada para entrar. Era tanta la muchedumbre, que los Padres ya no sabíamos dónde ponerlo a salvo, y ya no podíamos resistir. Hacia la tarde de ese mismo día vino un notario con un cabo de la policía, de orden de Mons. Vicegerente, con la orden de que inmediatamente se enterrara el cuerpo del Padre para evitar el peligro de alguna agitación. Entró en nuestra casa, y después de dar la orden de Monseñor a los Padres, pedimos al cabo y al notario que mandaran a la gente apartarse, para poderlo enterrar. Pero el cabo, después de mucho gritar, y ver que no le hacían caso, tomó una parte de un zapato del Padre como reliquia, y se fue con el notario. El Padre Castilla, superior, con el Padre José de la Visitación, fue a ver al Eminentísimo Cardenal Vicario Ginetti para informarle de lo que pasaba, y su Eminencia ordenó que se enterrara a la mañana siguiente. Cosa que se hizo de manera privada, pues la escasez de tiempo no permitía hacerlo de otra manera, y además porque los Padres querían que se hiciera el reconocimiento mediante un instrumento notarial para perpetua memoria, como hizo después de la cena un notario llamado Francesco Meula, en presencia de los Ilustrísimos y Reverendísimos Monseñores Fiorentillo, Oreggio, Massimi y Biscia. Después de hacer el reconocimiento, nosotros los Padres enterramos al Padre, y lo cubrimos con tierra encima de la caja. Por la mañana, nada más abrir, la iglesia se llenó de gente, y viendo que la sepultura no estaba cubierta de baldosas, comenzaron a excavar la tierra. Me advirtieron de que faltaba poco para descubrir la caja, pues ya se podía ver la alfombra que habíamos puesto encima de

ella. Corrí para impedirlo, y la gente, viéndose obligados a irse, sin poderse llevar otras reliquias, tomaron de esa tierra que estaba encima de la caja en tal cantidad que apenas quedó para rellenar el hueco y poner las baldosas, a pesar de que se había dejado fuera tanta como ocupaba la caja. Y he oído decir que algunos de los que se llevaron esa tierra la ponían en agua, y se la daban a beber a los enfermos, y se curaban inmediatamente.

5. Su cuerpo quedó tan hermoso y bien compuesto que parece que estaba vivo, teniendo en la cara su color vivo y jovial, de modo que se mostraba bien que había sido el templo de un alma santa. Una extraña alegría interna se apoderó de todos nosotros, que nos tenía fuera de nuestros sentidos y consolados, que parecía que estábamos de fiesta y de cantos. Lo normal en aquel momento era que estuviéramos abatidos por un intenso dolor, y sin embargo estábamos todos gozosos. Entonces se oyeron tocar en la Sapienza los tres cuartos para las seis de la noche.

Lavamos su cuerpo con toda reverencia, más para obedecer nuestras Constituciones que por otra cosa, porque estaba más limpio que la nieve, tan blanco como un armiño. Las sábanas de la cama parecían tan limpias como si las acabaran de sacar del baúl, aunque las había usado durante tantos días, y olían a rosas. Mientras lo lavábamos y manipulábamos, por su pureza y modestia siempre se cubría con una mano sus partes, y cuando los padres le cogían la mano para lavársela, se tapaba con la otra, con gran admiración nuestra. Tocaron entonces la señal del Ave María, y no hubo más toques de campana, ni siquiera al día siguiente, pues se celebraba en Roma la fiesta de San Bartolomé Apóstol.

A las 13 de la mañana del 26 queríamos tocar a muerto, pero el Excmo. Sr. Duque de San Gemini Ursini, nuestro vecino, estaba muy grave, y nos rogaron que no tocáramos, por lo que apenas se dieron 25 campanadas mientras llevábamos el cadáver desde nuestro oratorio de casa a la iglesia.

Las exequias se hicieron del siguiente modo: vinieron del Borgo, o sea, del noviciado, y del colegio Nazareno los padres que pudieron con los alumnos de este. Salió la procesión, siguiendo este orden: detrás de la cruz iban los alumnos del colegio, y después nuestros religiosos, todos con velas de dos onzas encendidas en la mano, detrás el cuerpo venerando, vestido de sacerdote como nosotros solemos, en el féretro cubierto de un paño negro. Salimos por la portería de nuestra

casa, dimos la vuelta por el medio de la plaza y entramos en la iglesia por la puerta pequeña. Se colocó el féretro en el centro de la iglesia sobre un soporte cubierto con un paño negro, con cuatro o seis velones colocados sobre sus pedestales. Se le cantó el oficio de difuntos a la capuchina, y la misa de muertos según nuestra costumbre, sin ninguna pompa que pudiera animar a la gente a hacer ningún tipo de manifestación, pues esta había sido la orden del Emmo. Ginetti, Vicario del Papa, ya que no sabía cómo se tomarían la cosa en Palacio. De repente se presentó una multitud de gente en nuestra iglesia, y de los primeros en llegar fueron los colegios de S. Apolinar, Alemán y Húngaro, casi al completo. Vinieron muchos personajes seculares y eclesiásticos, princesas y embajadores, en particular los embajadores de Savona y Toscana y sus excelentísimas señoras, y cada cual procuraba llevarse algo.

Le cortaron a trozos las vestiduras sagradas y la sotana; las uñas, cabellos y pelos de la barba, y aunque había 4 o 6 de los nuestros al principio para custodiarlo, y después hasta 8 o 15, no podíamos defenderlo de la muchedumbre enorme de gente. Pusimos alrededor de él una barricada con bancos grandes, pero al poco tiempo los destrozaron. Para mayor seguridad lo llevamos a la capilla mayor, con ayuda de soldados corsos, y resultó peor, porque rompieron las cancelas y la gente se ahogaba, y en particular dos prelados del Palacio, que sufrieron mucho. Con ayuda de los mismos soldados se llevó al oratorio de la comunidad, y la gente de ambos sexos que acudió, sin respetar la clausura, fue muchísima, por lo que se consideró que valía más volverlo a llevar a la iglesia con ayuda de los corsos, e incluso llegaron los suizos de la guardia del Papa, y ni aun así se podía proteger el venerable cuerpo.

Poco después de las 21 horas el Ilmo. Sr. Rinaldi, Vicegerente de Nuestro Señor envió un notario y guardias con orden y amenaza a la comunidad para que se quitara el venerable cuerpo de la iglesia. La orden fue obedecida a duras penas entre los gritos de la gente, que no quería; fue llevado a la sacristía y se cerró. Pero como la gente y los nobles gritaban y querían volverlo a ver, fueron a ver al Emmo. Vicario del Papa, el cual reprobó la decisión del Vicegerente y ordenó que se consolara a la gente con lo que pedían, y que a la mañana siguiente fuera enterrado antes de abrir la iglesia.

Se llevó a la iglesia, donde estuvo hasta las cinco de la noche con un gentío innumerable, y con grandes apuros a las seis pudimos ente-

rrarlo, porque con las puertas cerradas a las 7 ya estaban llenas de gente todas las calles, y las dos plazas de la iglesia, y querían echar abajo las puertas, y de nada servía decir que ya estaba enterrado; aún gritaban más, y golpeaban las puertas de la iglesia y de la casa. A las ocho se abrieron las puertas, y cuando vieron que, en efecto, estaba enterrado, comenzaron a gritar que de todos modos lo querían desenterrar para ver al santo y, en efecto, se pusieron a hacerlo, y de nada servía el que les gritáramos nosotros. Y lo hubieran hecho si no llega a advertirse que serían excomulgados, y que el Papa los castigaría. Con esto se detuvieron y se calmaron, unos postrándose sobre el lugar de la sepultura, otros de otras maneras que se les indicaban. Muchos se llevaron los cubos con la tierra del lugar donde se le había enterrado. Fueron muchos los que dijeron que sentían un gran olor, no sólo al besarle las manos y los pies, sino también cuando ya estaba enterrado.

Fue tanta la gente que vino, que el P. Giustiniani, hermano del cardenal de este nombre, sacerdote de la Iglesia Nueva, nos dijo a mí y a otros: “El gentío que ha acudido a vuestro Padre fundador ha sido mucho mayor del que vino a nuestro padre San Felipe Neri, y Dios ha hecho con el vuestro muchas más cosas de las que hizo en tiempo de san Felipe”. No voy a escribir yo esas cosas por reverencia a la Santa Iglesia, y porque ya se verán en los procesos, pero sólo por las palabras del P. Giustiniani se puede ver que tal concurso de gente no era sin fundamento, y si el día 27 hubiera estado sin enterrar, se habrían despoblado todas las ciudades y lugares vecinos a Roma, porque al hacerse de noche se había hecho público que ya estaba enterrado, y al volver a sus casas se lo decían a los que estaban en camino, y estos se volvían a sus lugares.

Después de comer el 27 por la tarde se hizo el acto jurídico de la sepultura por manos del notario Francisco Meula, y en las estipulaciones intervinieron los ilustrísimos y reverendísimos prelados Juan Francisco Fiorentilli, Vicente de Totis, Bernardino Biscia, Monseñor de Massimi, camarero secreto del Papa, D. José Pallamolla, secretario del Cardenal Ginetti, Vicario del Papa Nuestro Señor, con el médico Juan María Castellani y muchos señores titulados y señoras. Aunque la iglesia estaba cerrada, les dejamos entrar por la portería, porque si se hubiera sabido, habría sido imposible enterrarle entonces.

Se puso el venerando cuerpo en una caja de ciprés, y esta en una de plomo, con una lápida con la inscripción y los años, se selló todo y

se cubrió con tierra y ladrillos. Esto era en la capilla mayor de San Pantaleón, al lado del evangelio, debajo de la última grada del altar, sin poner ningún objeto ni inscripción por fuera, aunque había una lápida de un sacerdote al lado.

Cuando llegó al Palacio Apostólico la noticia de la muerte de nuestro venerable Padre y la gran afluencia de gente a su sepultura, el Emmo. Cherubini, que lo conocía bien y se había confesado muchísimas veces con él cuando estaba en la Plaza Navona, lo alabó con grandes encomios. Cuando lo oyó Su Santidad Inocencio X, dijo a un viejo conocido suyo (que era librero) que se había ido al cielo el buen viejo vecino nuestro, y otras palabras de estima.

6. Apenas había terminado esta vida suya entre los hombres José cuando inmediatamente comenzó Roma a vaciar las plazas y palacios de sus habitantes, que invitándose uno al otro concurrían para ver y admirar el espectáculo de su cuerpo. El que vivo había rechazado a viva fuerza los honores, está obligado a recibirlos muerto. Su semblante, más de vivo que de cadáver, indica claramente que José estaba vivo después de morir. La muerte no triunfó sobre él. Habrías dicho que dormía, y habrías dicho bien, porque la muerte de los justos no es muerte, es un descansar.

7. Después del paso del venerable Padre al Paraíso, su rostro quedó increíblemente jovial y alegre, y sus hijos estaban llenos de íntimo gozo, hasta el punto de que, impresionados por tal novedad, quedaron estupefactos; y aunque dudaban primero si deberían estar afligidos por el dolor, sorprendentemente quedaron sobrecogidos de extraordinario júbilo de corazón, en lugar de sentir pena. Cuando quisieron lavar el cuerpo muerto, como suele hacerse, lo encontraron limpio y blanco como la nieve, y aunque no había necesidad de lavarlo, no dejaron de hacer el piadoso oficio por obedecer a nuestras Constituciones que lo mandan así. Del mismo modo se encontraron con gran sorpresa las sábanas de la cama limpias y sin mancha, a pesar de que las había usado durante muchos días. Además, observaron que mientras lo lavaban se cubría con las manos las partes pudendas, y lavándole una mano se cubría con la otra, como se lee de S. Felipe Neri, lo cual fue un gran signo de su angélica pureza. Así lo atestigua el P. Vicente de la Concepción que estaba presente. Por orden de los superiores los cirujanos abrieron su cuerpo, sacaron sus vísceras con mucha reverencia y las guardaron en una caji-

ta, y un notario público, que levantó un atestado, selló la cajita y la cerró con dos o tres llaves, que conservaros los superiores y se van pasando de mano en mano. Cuando los cirujanos abrieron el cuerpo, el que podía empapaba pañuelos, trapos o cualquier otro tipo de tejidos en la bendita sangre del Padre muerto. Ocurrió entonces que al hermano José de la Purificación, antiguo encargado de la ropa de esta casa de San Pantaleo, mientras mojaba también él algunos paños en el cráneo, y los empapaba de aquel humor, le entró la duda de que aquel olor podría ser desagradable y causarle náuseas, y queriendo asegurarse dicho hermano, acercó a la nariz el mencionado paño empapado y percibió que no sólo no emitía hedor, sino más bien un grato y suave olor. Esto me lo ha contado a mí muchas veces, y hoy, vigilia de Santiago Apóstol de 1664 que es cuando escribo esto, me lo confirma, y dice que en caso de necesidad lo afirmaría bajo juramento, habiendo experimentado él mismo esta verdad.

Después de la fiesta de San Bartolomé fue llevado el cadáver por los padres y expuesto en la iglesia, a donde comenzó a llegar tal multitud de gente que no sólo la iglesia, sino también las calles y plazas que la rodean estaban tan ocupadas y llenas que apenas cabían los que se apresuraban ávidos de ver y reverenciar las reliquias de aquel venerable Padre al que tenían en concepto de gran amigo de Dios. Sólo se dieron unos pocos toques de campana, mientras llevaban el cuerpo desde el oratorio a la iglesia. La causa fue que se encontraba gravemente enfermo el señor duque Orsini, y rogaron a los padres que no tocaran las campanas para no molestarle, cosa que hicieron. Incluso pareció bien no avisar a ninguno de los señores amigos suyos de Roma, y sólo se comunicó el fallecimiento al Emmo. Vicario, lo cual fue algo de lo que muchos que hubieron querido saberlo se lamentaron más tarde. Se hizo un funeral sencillo, de acuerdo con la pobreza, cantando nuestros padres todo el Oficio al modo de los capuchinos, y también la misa de Réquiem, y procuraron no dar ningún signo de ostentación o pompa, también por consejo y orden del Emmo. Cardenal Vicario. Mientras tanto iba acudiendo mucha gente, no sólo del pueblo llano, sino también de personas nobles, prelados, príncipes, princesas y otros señores titulados, que iban aumentando hora tras hora. Incluso se encontraban los que habían perseguido impíamente al siervo de Dios en vida, y como el verlo tan honrado tras la muerte era una callada acusación de su maldad, no pudieron aguantar el no seguir persiguiendo incluso el cadáver, procurando impedir los honores

que la multitud de personas devotas le ofrecía, por lo que escribieron un memorial con aparentes protestas a Monseñor Rivaldi, Vicegerente en aquel tiempo, para que ordenase que fuera apartado el cuerpo de la vista de la gente. Y en efecto llegó un notario con guardias y lo hicieron encerrar en un cuartito cercano a la sacristía, del cual después de un rato fue de nuevo sacado y puesto en la iglesia por orden del Emmo. Cardenal Ginetti, vicario de Nuestro Señor, y allí estuvo hasta el veintisiete con innumerable asistencia de gente de toda calidad. En ese espacio de tiempo obró Dios maravillas a quien quiso, de las cuales se escribe en otro lugar, y se cuenta todo. Acabado el tiempo que el Emmo. Vicario había concedido para que fuera expuesto, con grandísima dificultad fue quitado de la vista de la multitud, y en presencia de los monseñores Juan Francisco Ziventilli, Vicente Totis y Oreggi, venidos con un notario llamado Francisco Meula, quien hizo atestado público de cuanto convenía, fue puesto el cuerpo dentro de una caja de plomo, que fue sellada, y después en otra de madera, y se enterró en la capilla mayor del lado del evangelio junto a las gradas del altar bajo ladrillos y sin lápida, sin inscripción ni señal externa alguna por la que se pueda conocer que allí hay alguien enterrado, siendo hecho así por orden de lo superiores.

Cuando la multitud era mayor, vino también el padre Pedro Garavita, religioso de la Compañía de Jesús, hombre de conocida bondad a todo el mundo, y no sólo en Roma, el cual no pudiendo entrar en la iglesia a ver el muerto, subió sobre un banco de piedra que está junto a la pared fuera de la casa de los señores Massimi, y allí se dirigió a la multitud que llenaba la plaza, y dijo grandes cosas con mucho espíritu sobre las virtudes y méritos de nuestro venerable Padre, con las que tanto más se inflamaba la devoción de la gente.

9. Se colocó el 26 en la iglesia, donde acudió un número tan grande de nobleza y gente que es imposible decirlo; vinieron más de treinta preladados, y los embajadores de Saboya y Toscana con sus esposas, y Dios obró por medio de su siervo muchas maravillas.

10. Vestido de los ornamentos Sacerdotales, le bajaron a la Iglesia los sacerdotes más graves en sus hombros, la cual apenas abrieron muy de mañana, cuando hallaron innumerables gentes a sus puertas y en toda la plaza, como si hubieran pregonado su muerte por toda Roma, moviéndose todos con instinto particular de Dios, para que fuese venerado el cuerpo de quien tanto les había servido.

Fue tan grande el concurso de la gente, que el Papa Inocencio X envió sus guardias pontificias para guardar el santo cuerpo, porque no le cortasen algo de sus miembros, que de los vestidos todos cortaban a porfía. Si el Padre José de Calasanz de la Madre de Dios en vida fue hermoso, en su muerte quedó hermosísimo, tratable y ágil, con una fragancia celestial. No pudieron enterrarle en todo aquel día, ni tampoco en todo el otro, porque la gente no se desocupaba no solo de lo plebeyo y de lo más noble de Roma, pero aún de los Cardenales, que cuando unos salían, otros entraban. A la guardia Pontificia mandó su Santidad añadir la asistencia de algunos Prelados y de Notarios Apostólicos, para escribir las maravillas que Dios obraba, para declarar la santidad de su siervo. Fueron muchísimos los milagros de enfermos que sanaron; de tullidos de muchos años que cobraron entera salud, y de cojos que anduvieron con agilidad solo con besar los pies del Siervo de Dios. Y así todos los milagros que hizo estando en la iglesia antes de enterrarle, como los muchos otros que obró después su Majestad por medio de sus Reliquias, todos están manuscritos y auténticos y entregados a la Sacra Congregación de Ritos, y los dejo para el que fuera escritor de su vida, después de canonizado este santo varón. Solamente dos no quiero omitir aquí, por ser insignes. Hubo un religioso grave de cierta Religión muy esclarecida (que callo por atención), tan apasionado a favor de la suya y tan contrario a la que fundó el Padre José de la Madre de Dios, que iba esparciendo por Roma mil males del bendito Padre Fundador, diciendo que se ponía a fundar Religión de lo que había visto y aprendido en la suya, donde tantos años había sido cocinero, que era un desdichado, pobretón, ignorante, hipócrita y ambicioso. Castigó-le Dios a este religioso, cegándole para que reconociese con cuánta mala vista notaba las cosas de su siervo. Mas sabiendo ese Padre los muchos milagros que Dios obraba para manifestar la santidad de aquel contra quien tanto él había blasfemado, arrepentido de todo cuanto había dicho movido de su pasión, y engañado del falso celo de su Religión, a la cual hacía conocido agravio, con solo poder pensar que a una Religión tan insigne pudiese a su grandeza, doctrina y política más que humanas, serle de algún embarazo la mendiguez y humildad de la pobre Escuela Pía. Llegó el ciego religioso a San Pantaleo, y puesto de rodillas a los pies del Padre Fundador, se los besó muchas veces, pidiéndole perdón y confesando su culpa, y el que llegó ciego levantóse con la vista del cuerpo y con mejoras en

la del alma. Y en señal de su agradecimiento, salió dando voces, y subiéndose encima de una piedra levantada en la Plaza Navona, el que fue antes tan declarado opositor de la virtud de nuestro Padre José de la Madre de Dios, y de su nuevo instituto, se hizo Predicador de su santidad y maravillas, las cuales oyendo algunos Cardenales, dijeron al Padre Camilo: gracias a Dios, que es noble, docto y Santo en la boca del mismo que pocos días a era cocinero de su Religión. El otro fue que una mujer muy hermosa, tropiezo de toda Roma, tenía un Religioso pariente, el cual deseoso de la salvación de aquella Alma, fue a exhortarla para que fuese a San Pantaleo a besar los pies de aquel siervo de Dios. Ella, más por curiosidad que deseosa de la enmienda de su vida, fue a San Pantaleo, y mientras hacía su esfuerzo para llegar donde estaba el cuerpo del Santo Padre Fundador entre tanto tropel de gente, se le hizo pedazos lo mejor de su vestido, lo cual apenas fue por ella visto, cuando dio en maldecir y renegar de tal Santo, pues por venirle a ver se le había hecho pedazos su gala, y así vueltas las espaldas, se encaminó hacia la puerta para salirse sin pretender llegar donde estaba el cuerpo el bendito difunto. Los que habían experimentado en sus personas lo bien que les había ido besando los pies del Siervo de Dios la detuvieron, y le rogaron que no se fuese sin besarle los pies, que sin duda recibiría algún favor de Dios. Tanto la importunaron que fue y puéstose de rodillas le besó los pies, cuando sin saber cómo, al levantarse reconoció y vio su vestido muy entero y nuevo, de lo cual admirada exclamó sobre tal no vista ni jamás oída maravilla. Y no solo le hizo ese favor de volverle entero el vestido corporal, más aún le sanó el alma, con tan gran dolor de sus culpas que luego a voces pidió confesión, con muchas lágrimas, y a pocos días se recogió en un Monasterio para vivir en penitencia y con ejemplo, como vivió hasta su muerte, edificando a Roma la que antes tanto la había escandalizado. Era devotísimo de Nuestra Señora del Santo Padre Fundador, y parece que le imitó en esta maravilla, pues así como la Santísima Virgen sin rogárselo los novios de Caná de Galilea, les impetró de su Santísimo Hijo el vino que faltaba, así nuestro Santo Padre, aún sin imaginarlo esta mujer pecadora, le alcanzó de Dios no solo el remedio de su vestido para que no se quejase que le pagaba mal la visita, pero aun lo que es más, la salud del alma, milagro tan eminente que San Gregorio el Grande tiene por mayor maravilla la conversión de San Pablo que la resurrección de Lázaro de cuatro días difunto. Y

es muy seguro que es mayor prodigio la conversión de un pecador que la resurrección de un difunto. Estos milagros me los refirieron en Roma, y los he visto escritos en la relación auténtica de todos los que hizo en los días que estuvo público su cuerpo en la Iglesia.

Antes de enterrarle mando el Papa Inocencio X que el Padre José de la Madre de Dios fuese tratado con el título de Venerable siervo de Dios, ordenando con autoridad Apostólica que le hiciesen las debidas informaciones de su vida, muerte y milagros. Asistieron algunos Cardenales y muchos Prelados a su entierro, que se hizo de noche, haciendo el Preste de la función el Cardenal Marcelo Ginetti, Vicario de Su Santidad. Le colocaron en lo eminente de la parte del Evangelio del Altar Mayor, y sellaron el arca con el sello Pontificio y con otros siete sellos de los Cardenales, que así lo mando expresamente Su Santidad. El Cardenal Ginetti, como Ordinario de Roma, hizo en ella las debidas informaciones, como en Peralta de la Sal el comisario Delegado de la Sede Apostólica. Conque fueron formándose los tres procesos de su vida, muerte y milagros, los cuales ya están concluidos, y como tiene lo más andado por haber vivido en Roma, y muerto en ella, y obrado en ella todos los milagros a vista de aquella Sagrada Corte, si hay instancias le veremos presto canonizado, o por lo menos beatificado.

11. Permaneció su venerable cuerpo tan agradable de ver y tan compuesto con su color saludable que parecía más hermoso muerto que vivo, y demostraba haber sido el templo de un alma santa. Todos los padres, que primero lloraban por el dolor de su Padre fundador, sintieron el alma invadida por tanta alegría que les parecía estar fuera de sí, y estaban tan contentos que tenían ganas de hacer fiestas y cantar, y no salían de su gozo, todo lo cual era una señal del gozo de su alma, que ya estaba en el paraíso entre los bienaventurados. Siguiendo luego las costumbres de la Orden, lavaron aquel venerable cuerpo con toda debida reverencia y goce espiritual al tocarlo, y su carne mórbida, y flexible como cuando estaba vivo, y lo encontraron tan limpio y claro con una admirable blancura y color que parecía un armiño. Encontraron la misma limpieza en las sábanas de la cama, como si no hubieran sido usadas, y se olía en ellas un olor de rosas. Pero al lavar el cuerpo venerable ocurrió que vieron que siempre se cubría las partes naturales con la mano, y cogiendo aquella mano para lavarla, el difunto se cubría siempre con la otra, de modo que no permitía dejarlas ver, lo que fue para ellos cosa de estupor y maravilla. Lo mismo se cuenta que sucedió con S. Felipe

Neri, fundador de los padres del Oratorio, lo cual es un signo claro de la candidez virginal de su alma.

Por orden de los superiores mayores se hizo la autopsia de su cuerpo, conservándose cada cosa con pública escritura de notario. No se puede explicar el olor que se percibía de lirios y rosas. Los padres no comunicaron a nadie su feliz paso de esta vida, sino al señor cardenal Ginetti, nuestro protector y vicario general del Papa, el cual nos dio grandes muestras de su sentimiento, y repitió muchas veces que la Iglesia había tenido una gran pérdida. Ni hicieron tampoco en modo que se conociera en la ciudad su muerte, porque no se dieron más que veinticinco toques de campana cuando tuvieron que bajar el venerable cuerpo a la iglesia después de pasar la fiesta de san Bartolomé. Fue tal el concurso de gente de ambos sexos, de nobles y titulados, eclesiásticos, y embajadores con sus esposas, que no se sabía cómo hacer para custodiarlo, no bastando para ello los nuestros, ni los mismos suizos y los guardas de palacio, que fueron enviados para tal efecto. A pesar de que se pusieron cancelas en torno, se rompieron varias veces, porque todos querían verlo, tocarlo y reverenciarlo, sin que quedaran en él ningún tipo de vestido que le ponían para cubrirlo, que le ponían sin número, pues los hacían a pedazos y se los repartían.

Al bajarlo por las escaleras dando la vuelta hacia la iglesia se oyó al principio la voz de un niño pequeñito que gritó fuertemente: “Aquí está el santo, aquí está el santo”, porque quiso Dios que así cantaran los pequeñitos las alabanzas que los había conducido hacia el Señor: *“Por boca de los niños, los que aún maman, afirmas tú tu fortaleza, frente a tus adversarios, para acabar con enemigos y rebeldes”*³⁶. Sólo se oían voces y aclamaciones en honor del siervo de Dios, proclamándolo santo, por los milagros sin número de enfermos que recuperaban la salud al tocarlo, cojos e inválidos que caminaban, y ciegos que recuperaban la vista, lo cual era obra de Dios a través de su siervo. Por toda Roma no se hablaba de otra cosa, y al oírlo la Santidad del Papa Inocencio X dijo: “De este nombre no creíamos que habría tanto número como dicen”. La fama se extendió por las ciudades vecinas, villas y castillos, de donde venía todo tipo de gente para reverenciarlo y tocarlo. Cuando lo vio el P. Giustiniani, hermano del Sr. Cardenal, de la Iglesia Nueva, dijo: “El concurso de

gente de todo tipo que viene a ver al Padre General fundador de las Escuelas Pías, como se ve, y los milagros que hace por medio de este siervo suyo son mayores de los que ocurrieron cuando la muerte de S. Felipe Neri, en la cual yo también estaba presente”. Y el padre Caravita, que llevaba en Roma con mucha alabanza el oratorio de S. Ignacio, llegó a la puerta de la iglesia de San Pantaleo, y no pudiendo entrar y reverenciar al Padre, asombrado por la cantidad de gente de todo tipo, y por los milagros, se subió sobre un poyo que había al lado del palacio de los Massimi, y estuvo predicando durante un buen rato sobre las admirables virtudes y la bondad de nuestro Padre fundador, con gran satisfacción y agrado de todos.

Los religiosos de las Escuelas Pías no encontraban el modo y la manera de enterrar el cuerpo venerable. Había pasado ya un día y medio, y la multitud seguía creciendo, para disgusto y dolor de los que lo habían perseguido en vida. Estos, sufriendo las agonías de Satanás, y vencidos por su vicio, obtuvieron una orden del vicegerente Mons. Rinaldi para que fuera enterrado. La cumplieron los padres, pero ante las reclamaciones de la gente a la que no le gustaba aquello, el Sr. Cardenal Vicario de Nuestro Señor dijo: “Incluso muerto lo persiguen”, y quiso que lo desenterraran y se diese satisfacción al pueblo y a los señores. Todavía estuvo otro día y medio sobre la tierra, llevado de un sitio para otro, que no sabían qué hacer. Aquel venerable cuerpo tenía el semblante como si estuviera vivo, y parecía un ángel. Fueron muchos los que notaron una fragancia más que celestial que salía de aquel venerable cuerpo, que parecía *“Como flor de rosal en primavera, como lirio junto a un manantial, como incienso quemándose en día de verano”*. No sólo durante el día era innumerable la gente que acudía a todas horas, sino también por la noche, de modo que a los señores titulados hubo que hacerles entrar y salir por la portería de los padres, estando las dos plazas de la iglesia completamente llenas, que rompían las puertas. No servía de nada decirles que estaba enterrado, porque se ponían a gritar: “¡Queremos ver y reverenciar al santo!”, y no se podía resistir más. Finalmente, a las siete, habiendo muchos señores y prelados y titulados, Monseñor Francisco Gioventelli, Vicente de Sotis y Eregi, y el médico Castellani y Francisco Meula, notario del vicario del Papa, después de que este hizo la escritura del acto se dispusieron a enterrarlo. Pusieron el venerable cuerpo dentro de una caja de plomo, y esta dentro de una de ciprés con una placa de plata con su inscripción. Lo se-

pultaron en la capilla mayor en la parte derecha de San Pantaleo. Para hacer esto habían cerrado las puertas por un breve espacio de tiempo, y mientras tanto se oía a la gente gritar, y ya no se podía resistir más, y las abrieron. Cuando la gente oyó que lo habían enterrado, se enojaron mucho más, y a toda costa querían ver al santo Padre, e intentaron desenterrarlo. Aquellos señores les hicieron saber que si lo hacían serían excomulgados, y el Papa los castigaría. Se tranquilizaron al oír esto, y reverentes se postraron sobre la sepultura, encomendándose y reverenciando al siervo de Dios, y se llevaron toda la tierra que se había sacado para hacer la fosa en la que fue enterrado el venerable cuerpo. Y cuando aplicaron aquella tierra a muchos enfermos, todos recobraron la salud, y Dios hizo otros milagros en honor de su siervo, y no deja de glorificarlo de continuo con otros muchos que le concede. Cuando se supo en Peralta de la Sal, en el reino de Aragón, la muerte de nuestro venerable Padre fundador, que había ocurrido con señales de tanta bondad en Roma, el clero con el consejo y cabezas de la ciudad le hicieron un digno funeral con el debido honor que convenía a su piedad y con asistencia de todo el pueblo. Terminadas las exequias, todos aquellos señores fueron en forma de comunidad a cumplir con las debidas condolencias, y más bien para alegrarse por el difunto Padre fundador de un instituto tan provechoso y necesario en la Santa Iglesia, y lleno de tantos méritos y bondad por cuanto corría la fama, con sus señores parientes del lugar, de Claravalles y de Benavarre.

12. Después de su muerte, se veía su cadáver, con el rostro limpio y sereno, colorado como si estuviera vivo, con carne mórbida y flexible, sin ninguna mancha en su cuerpo, esparciendo un admirable olor. No vieron ninguna suciedad, ni en su ropa interior ni en las sábanas. Cuando, según la costumbre, lavaron su cuerpo, se vio cómo cubría sus partes pudendas con la mano, ahora la izquierda, ahora la derecha, lo cual causó gran estupor a todos, e indicaba el candor de su alma y su virginal inocencia. Por mandato del superior y para conocer la causa de la muerte, por la mañana le hicieron la autopsia. El P. Cosme escribió que las sábanas olían a rosas, y el cuerpo de José a lirios. Por mandato del superior y para conocer la causa de la muerte, por la mañana le hicieron la autopsia. El P. Cosme escribió que las sábanas olían a rosas, y el cuerpo de José a lirios.

Tras la muerte del Padre, y deprimidos por aquella calamidad, sus hijos no se sintieron tristes, como pensaban antes. Pues sus ánimos estaban consolados, y todos sentían una insólita suavidad y alegría

de espíritu, cosa que ninguno hubiera esperado antes. Aquel en su comentario escribe que ocurrió un prodigio aquella misma noche, que omitimos hasta que la cosa esté más clara.

Cuando el cadáver fue llevado a la iglesia para celebrar las exequias, acudieron muchos nobles, prelados, embajadores ante el Papa de reyes y príncipes con sus esposas, y una gran multitud de gente, de manera que rompieron barreras y bancos que había puesto para protegerlo. Los que le custodiaban no pudieron impedir que muchos se llevaran trozos de sus vestidos, le arrancaran cabellos, o le cortaran las uñas e incluso la carne. El P. Pedro Caravita de la Compañía de Jesús, hombre famoso por sus virtudes, no pudo entrar en la iglesia a causa de la multitud. Entonces se subió a un poyo de piedra que había junto a la casa de los Massimi. Y guiado por el Espíritu, como se puede suponer, predicó a los que venían y a los que estaban allí sobre los hechos de José, inflamando admirablemente al pueblo. Pero fue un niño el primero en exclamar: *¡El Santo, el Santo!*, lo que ocasionó que todos vinieran para alabar la piedad de José.

Llegaron muchos enfermos, ciegos y cojos, y entre ellos uno que se arrastraba, con todos sus miembros impedidos, que recuperaron la salud, la vista, el caminar, y todo el vigor y fuerza de sus cuerpos. Entre otros hubo una mujer llamada Catalina, esposa de un cierto Anastasio Joannini, de Ancona, que quería acercarse al cuerpo, y arrastrada por la gente vio que el delantal que llevaba puesto, en el que llevaba un jabón que había comprado poco antes, había sido desgarrado; cogió la parte rota y se acercó con fe al féretro, y al mirar el delantal vio que estaba de nuevo íntegro. Durante mucho tiempo fue llevado para curar enfermos; hoy lo conservan los Padres.

Pero, como era la costumbre, pronto se llevaron también algo y lo enviaron a regiones remotas. Varios se llevaron del féretro el bonete. Lelio Ursino se llevó uno y dejó otro. Su sotana fue cortada y hubo que recoserla cuatro veces. Otros se llevaron las sandalias. El Embajador de Saboya recibió el rosario para su mujer. Muchos le tocaban las manos y la boca con rosarios. Y no olvidemos a Juan Bautista Pallotta, ahijado del Cardenal Pallotta, que a escondidas se llevó el primer bonete del difunto, que sirvió para sanar a algunos enfermos pertinaces. Finalmente fue enterrado en la iglesia de San Pantaleo, al lado derecho del altar mayor, al pie de los escalones, en una caja de plomo, dentro de otra de madera, después que hombres de autoridad firmaran el acta. Reunió sus cosas asombrosas y las cartas el P. Juan Carlos

de Sta. Bárbara, que se esforzó mucho por la causa del hombre de Dios y por la restauración de la Orden. El compendio de los hechos lo escribió el P. Pedro de la Anunciación. Quienes han publicado algunas de sus virtudes han sido el P. Hipólito Marracci de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios en *Fundadores Marianos*; el P. Jacinto de S. Vicente, Carmelita Descalzo, en su *Oración Fúnebre*; el P. Teglios de la Orden de la Redención de los Cautivos, luego Obispo de Aquila, en *Alabanza en Cagliari, en el año 1648*; el P. Camilo de S. Jerónimo, Prepósito General de las Escuelas Pías, en *Libro de Flores*, impreso en Roma en 1667; el P. Francisco de Jesús en *Elogios de su vida*, impreso en Roma en 1664; el Abad Justiniano, en el tercer tomo de su *Epistolario*, editado en Roma; el P. Efsio de S. José, en la *Vida* editada en castellano y dedicada al Rey Carlos II de España, y el P. Cosme de Jesús María, que reunió todas las actas, pero aún no las ha editado.

13. Dejando en la habitación una fragancia y un olor dulce sentido por todos, con lo que era muy posible juzgar que su alma fue transportada al cielo. Su cuerpo seguía siendo hermoso y flexible, con un rostro alegre y más que humano. Luego fue vestido con los ornamentos sacerdotales, y su cadáver fue exhibido por Padres sacerdotes con gran sentimiento de todos en la iglesia de S. Pantaleo para celebrar los sufragios habituales según la costumbre de la S. Iglesia. Y muy pronto se corrió la voz por toda Roma de que había muerto el Padre José, General de las Escuelas Pías, por lo que hubo una gran afluencia de gente de todo tipo, de modo que no se le podía defender de la multitud, y fue necesario poner una valla de bancos alrededor del catafalco, pues todos querían besarlo, y quien podía tomaba algún trozo de su hábito u otra reliquia suya, aunque fuera mínima, y se consideraba feliz. Cuando el Sumo Pontífice Inocencio X oyó esas cosas, se complació en enviarle sus guardias papales, para guardar el cuerpo del siervo de Dios, para que nadie lo profanara en su cuerpo, ya que la ropa no podía ser defendida. Muchos prelados y los Señores Embajadores de Saboya y Toscana también acudieron con sus esposas. No fue posible enterrarlo en todo ese día y tampoco al siguiente. Y debido a que Dios obraba mientras tanto muchos milagros por medio de su siervo, envió Su Santidad algunos prelados a San Pantaleo, para que asistieran y anotaran lo que estaba sucediendo, para declarar la santidad del Siervo de Dios José, que sanó en aquel tiempo a muchas personas enfermas de diversas enfermedades con el simple toque de su bendito cuerpo, como si vio

al final. Luego se enterró su cadáver, después de cuatro días, por la noche, en la capilla mayor de San Pantaleo, en el lado del Evangelio, en un ataúd de ciprés colocado dentro de otro de plomo. Y el Emmo. Ginetti, Vicario de N.S. y Protector de las Escuelas Pías, hizo la función. La deposición se hizo con el reconocimiento de cuatro prelados que conocían al V. Padre, ante notario, y fueron los monseñores Massimi, Oregio, Totis y Fiorentillo. Dentro del ataúd se colocó una placa de plomo con la siguiente inscripción: “Hic requiescit corpus Ven. Servi Dei Patris Josephi a Matre Dei Religionis Pauperum Matris Dei Scholarum Piarum Fundatoris et Propagatoris. Obiit anno aetatis suae 92 die 25 mensis augusti An. DOM. MDCXXXVIII”.

Y se selló dicho ataúd con siete sellos de siete prelados por orden de S.S., que a pesar de que había enviado el Breve de la supresión de la Religión, como se dijo anteriormente, dijo (cuando oyó sobre la muerte de nuestro V. P. José y lo que Dios obró a través de él): “Teníamos al P. José por un hombre de bien, pero no tanto como se nos refiere”.

14. Después de volar, como piadosamente se cree, el alma del P. José al empíreo, quedó su cuerpo tan hermoso, e inmediatamente se revistió de tanta blancura, y de color tan vivo, que parecía que el Señor quería comunicarle los candores de aquella estola con la que se había vestido en la patria de los vivos. Su carne estaba blanca, palpable, suave y flexible, mucho más que cuando estaba vivo, porque los años y las penitencias la habían endurecido y secado, por lo que aparecía oscuras, árida y dura. Y lo que más devoción y asombro causó fue el candor y la limpieza que aparecía tanto en el cuerpo como en la cama y sábanas, que habían servido durante muchos días a un moribundo, no ya con una, sino con más y poco limpias dolencias, como se decía, y que además había necesitado que aplicaran medicinas para ungrle, que forzosamente tenían que manchar la ropa de la cama, y sin embargo, después de muerto desapareció de ellas toda suciedad y aparecieron tan blancas y limpias como si hubieran sido sacadas entonces del cofre, lo que a juicio de todos los presentes era una señal que quiso dar el Señor no sólo de su gloria, sino de su virginal castidad.

Y este concepto se confirmó en todos con otro, y más maravilloso portento. Decidieron a los Padres, aunque no lo necesitaba por no estar sucio, lavar según la costumbre de los religiosos el cuerpo, por lo que al descubrirlo con este fin vieron con asombro que el cadáver extendía la mano, y con ella cubría las partes vergonzosas del cuerpo, y cuando levantaban aquella para lavarla, apresuradamente ex-

tendía la otra para hacer lo mismo, queriendo así incluso después de la muerte conservar aquella modestia virginal y recato que siempre observó mientras estaba vivo.

Cuando llegó la mañana, decidió el superior hacer que abrieran el cuerpo y lo embalsamaran antes de que fuera expuesto en la iglesia. Abierto, pues, por un cirujano experto, comenzó a exhalar tal olor que en todos provocaba devoción y asombro, siendo tan fuerte que también lo comunicaba a las toallas y paños que le tocaban, siendo el olor que exhalaba como el de los lirios, pero el que comunicaba a los paños era similar al de las rosas, como si quisiera indicar al Señor que no era cuestión de artesanos de aromas en aquel cuerpo, que por su pureza tan intensamente olía a rosas y lirios, como lo que sucedió a nuestra Beata Margarita da Castello, que al querer embalsamarla milagrosamente comenzó a exudar por todo el cuerpo.

Acomodado el cadáver en el ataúd, sus hijos, que ya no lloraban como antes por la pérdida de tal padre (porque al morir el Señor les secó las lágrimas de un dolor tan grande con los consuelos con los que él suele secar las lágrimas de los ojos de los santos, sintiendo ellos un consuelo interno que nunca antes habían sentido, que les llenó a todos de júbilo espiritual) sino llorando sólo lágrimas de consuelo y ternura espiritual, lo llevaron a la iglesia, donde ya por la fama de su muerte habían acudido innumerables personas, y nobles, a pesar de que para no hacer alboroto gente, y observando con toda exactitud los Decretos del Sumo Pontífice Urbano sobre el funeral y los honores de aquellos que murieron con opinión de santidad, no advirtieron a nadie de la muerte del Siervo de Dios, ni siquiera a aquellos que eran más íntimos y más devotos del Padre, y solo fueron a dar parte al Eminentísimo Cardenal Vicario, a quien había que informar, para que, según mandan los decretos antes mencionados, determinase el lugar donde enterrar el cuerpo de Ven. Siervo de Dios.

De hecho, quizás para dar a conocer el Señor que era solo moción suya la concurrencia de personas para honrar el funeral de su siervo, ordenó que ni siquiera se pudiera, según la costumbre, sonar las campanas de San Pantaleo a muerto, sino sólo con unos pocos toques se dio la señal de que llevaba su cuerpo a la iglesia, por estar cerca de esta iglesia en su palacio gravemente enfermo el Sr. Duque Orsini, y se rogó a los Padres que no sonaran a muerto más para no molestar a aquel Señor. Estuvo el cuerpo expuesto un tiempo en la iglesia, y creció tanto la concurrencia de príncipes, señores y embajadores de las

Coronas que llegaron a venerarlo, que ya ni los Padres ni otros a quienes ellos pidieron ayuda para guardar el cuerpo eran suficientes para contener a la multitud e impedir que a trozos se llevaran sus vestiduras y cabellos. Pero la iniquidad de algunos que lo habían perseguido en vida, no pudiendo con esos honores sufrir el reproche tácito que con ello se hacía a su malicia por la voz del pueblo, y en consecuencia de Dios, procuraron perseguirlo incluso muerto, y disturbar o impedir los honores que el Señor quería que se le hicieran. Así que escribieron un largo memorial con aparentes pretextos, diciendo que los honores que hacía la plebe a ese cadáver eran excesivos, casi superando a los debidos a santos canonizados, a Monseñor Ricialdi, entonces Vicegerente de Roma, y fueron tales que movieron a ese prelado a enviar un notario, para que con guardia armada encerrase el cuerpo en una pequeña habitación cerca de la sacristía. Pero como el Señor quería honrarlo, aquello solo sirvió para que aumentasen los honores. Así que, advertido de esto el Eminentísimo Ginetti, entonces Vicario, ordenó que nuevamente se colocara en la iglesia, y allí, para satisfacer la devoción de la gente, dio permiso para que antes de enterrarlo estuviera dos días más expuesto al público, como se hizo. Y la asistencia siempre fue creciendo, de tal manera que ya apenas se podía entrar a la iglesia. Entre tantas multitudes vino una mujer llamada Catalina que había sido la esposa de Anastasio Gioannino; esta, movida por el devoto de besar las manos del Siervo de Dios, se metió en medio de la multitud, y se rasgó su delantal en pedazos, y uno de ellos fue devuelto por un no sé quién, que estaba cerca de ella, y ella con todo esto colocó esos pedazos juntos envueltos en el mismo delantal, y lo guardó atado al pecho, y tanto se esforzó que consiguió lo que deseaba, que era besar las manos del Siervo de Dios. Luego se apartó de la multitud y se retiró a una capilla de dicha iglesia para ver si el daño del delantal era remediable, y al desplegarlo lo encontró entero, como estaba antes de entrar en la iglesia, de modo que en voz alta publicó el milagro. Después el Señor con ese delantal hizo muchas gracias, y entre ellas que llevó a un conocido suyo enfermo en el hospital del Espíritu Santo, que estaba tan enfermo que ya había perdido la palabra. Lo tocó con él, e inmediatamente volvió a sí mismo, y pudo confesarse, de modo que hoy lo tienen los Padres y guardan el delantal milagroso en una caja. También parecía moción de Dios el que un niño pequeño de muy poca edad comenzara a gritar en medio de esa multitud de personas “¡He aquí el santo, he aquí el santo!”, lo que aumentó tanto en la gente la

devoción del Siervo de Dios, que todos lo aclamaron en voz alta como santo. Y este concepto creció más aún al haber venido a venerarlo el P. Pietro Caravita, religioso de probada virtud de la ínclita Compañía de Jesús, y que al no poder penetrar en la iglesia de S. Pantaleo por la gran multitud de personas, se detuvo frente al palacio de los Señores Massimi, y dominado por un empuje de espíritu, sin poder contenerse se subió a una de las columnitas que están frente a la puerta de su palacio y se puso a predicar en voz alta a esa gran multitud narrando muchas cosas de la virtud del difunto, que sirvió para inflamar aún más a las personas que habían acudido en la devoción del P. José. El cadáver ya había quedado casi desnudo, porque la furia de la gente, a la que no se podía resistir, se había llevado a trocitos la ropa que llevaba. Monseñor Orsini se llevó el bonete, una señora se llevó las sandalias, el embajador del duque de Saboya recibió su rosario como una gran reliquia, y al final, al no poder tener nada porque ya se había repartido todo, se contentaban con tocar con sus rosarios varias veces las manos y el rostro del Padre. Y hubo alguno que le arrancó cabellos de la cabeza, o pelos de la barba, de los cuales uno fue Juan Bautista Pallotta, y con ellos también recibió una gracia del Señor. Después de dos días en que el cuerpo había sido expuesto en la iglesia, y después de que los Padres de San Pantaleo celebraran el funeral, fue enterrado en una caja de plomo, y esta colocada en otra de madera muy fuerte, y cerrada con sellos y un acto público para futura memoria, se colocó bajo tierra en el lado derecho del altar mayor de dicha iglesia de S. Pantaleo, donde los fieles vienen muy a menudo a venerarlo, y a invocarle en sus necesidades, y siempre lo encuentran proicio en su ayuda.

15. Después de expirar quedó su rostro más hermoso y colorido que cuando estaba vivo, y al sacarlo de la cama, se sintió que ella exhalaba un olor dulce como rosas. Lavado el cuerpo, fue vestido primero con su ropa religiosa, y luego encima la ropa sacerdotal, y fue colocado en el oratorio cerca de su habitación, donde se tuvo todo el día 25, por ser en Roma la fiesta del glorioso Apóstol San Bartolomé.

En la mañana del día 26 el cuerpo fue expuesto en la iglesia, llevado procesionalmente por todos sus religiosos que estaban en Roma, llevando el ataúd cuatro de los sacerdotes más antiguos, y, colocado, en el centro de la iglesia de S. Pantaleo, se celebraron todas las exequias que habitualmente se hacen a los difuntos.

La noticia de su muerte se había extendido por toda Roma, y fueron innumerables las personas de todos los estados y condiciones,

como prelados, príncipes, duques, embajadores y otros títulos y religiosos, que ese día acudieron a la iglesia de San Pantaleo para venerar y besar el cuerpo del Siervo de Dios, y algunas personas al besar sus pies sentían un olor a musgo y rosas; y la devoción del pueblo llegó a tal punto, que no solo lo tocaban con rosarios, flores y otros objetos para conservarlos como reliquias, sino que le cortaban la sotana, los zapatos, la casulla, la camisa y hasta el pelo y las uñas. Para salvarlo de estos ataques, se hizo una barrera de bancos a su alrededor, pero pronto fueron apartados y rotos por la multitud. Lo colocaron en una habitación frente a la sacristía y poco se pudo conservar allí, dada la gran violencia que se hacía a las puertas de la misma; y por esta razón hubo que llevarlo de nuevo a la iglesia para satisfacer la devoción común del pueblo hasta las dos de la noche. A la mañana siguiente fue enterrado en el suelo de la capilla mayor, en la parte del evangelio, donde estuvo hasta el año 1686, en el que el 8 de marzo fue trasladado a la nueva iglesia que se estaba construyendo, estando la antigua ya demolida, y se colocó sobre su tumba una placa con la siguiente inscripción: “Hic requiescit corpus Ven. Servi Dei Josephi a Matre Dei Religionis Pauperum Matris Dei Scholarum Piarum Fundatoris, ex familia Calasantio Aragonen. Qui obiit die 25 Augusti anni Domini 1648, aetatis suae LXXXII”. Y en este traslado sucedió algo que no debe dejarse en silencio; aunque por brevedad aquí dejamos el relato tanto de los favores y dones sobrenaturales que le fueron comunicados por la mano liberal del Señor, como de los milagros y gracias otorgadas por Dios a través de la intercesión de su Siervo José, tanto durante su vida como después de la muerte en beneficio de los fieles, que se leerán en su vida narrada en cinco libros. El suceso mencionado fue el siguiente: destinado el traslado del Siervo de Dios José de la antigua iglesia a la nueva, que se estaba construyendo, se encontraban a la hora prevista en el lugar destinado los Ilustrísimos y Reverendísimos Prelados Diputados, que eran Monseñor Carducci, Obispo de Sulmona; Monseñor Capobianchi, Obispo de ... y Monseñor Arcani, Obispo de Comacchio; el Señor Abad Pierii, sub Promotor, y el notario del acto. Alrededor de las 22 horas³⁷ comenzó a la excavación de la tierra, y se descubrió el ataúd, se hizo

37 Recordamos que en aquel tiempo en Roma el día comenzaba al anochecer; las 22 horas es, pues, dos horas antes de ser de noche y comenzar el nuevo día.

el reconocimiento del cuerpo, y luego se llevó al lugar destinado en la nueva iglesia. Después de haberlo depositado, se pusieron encima las baldosas, y era cerca de las dos de la noche, que tanto tiempo duró la función. El P. Segismundo de S. Silverio, entonces Asistente General de las Escuelas Pías, declaró bajo juramento que durante la función había orado al Señor que demostrara con algo milagroso la santidad de su Siervo, y experimentó en sí mismo aquello por lo que había orado. Pues saliendo de la iglesia a esa hora sin luz, al pasar por la parte donde se construía, se había excavado un foso para poner los fundamentos a una profundidad de unos 25 palmos, puso un pie en falso, y cayó dentro, dio con el hombro izquierdo en un lado de dicha excavación, rebotó hacia el otro lado, donde había un antiguo muro de unos 8 palmos de ancho, y de allí cayó más abajo. Cuando tuvo la sensación de perder pie al comienzo de la caída, invocó la ayuda del Siervo de Dios, diciendo: “¡Oh, Dios, Padre Fundador!”, recomendándose a él de todo corazón. Se encontró en el fondo de la excavación, hecho de duras piedras, entre una antigua pared de travertinos y un gran travertino excavado en el sitio de unos 4 palmos, sin ninguna lesión, cuando lo natural habría sido, a juicio de los que lo vieron, que hubiera resultado con varias fracturas. Por el contrario, se levantó por sí mismo, recogió la capa, el sombrero, el birrete y el pañuelo que tenía en la mano al caer, esparcidos en diferentes partes de la zanja a causa del movimiento de caída, y subió por sí mismo muy flamante por una escalera de palos que inmediatamente fue bajada, sin haber tenido ninguna contusión en la cabeza, ni en la cara, ni sangrar por la nariz, ni otro signo de lesión y daño recibido, reconociendo la gracia obtenida por Dios a través de la intercesión del Venerable Padre José Fundador. Y de tal suceso se formó un proceso legal con el examen de varios testigos.

16. Ya muerto, seguía siendo su rostro más hermoso y colorido que cuando estaba sano y vivo, y al levantarlo de la cama se sentía exhalar un suave olor a rosas. Vestido entonces con su hábito religioso y los ornamentos sacerdotales, fue llevado por la mañana a la iglesia, donde solo estaba el Sr. Marcantonio Magalotti y un niño de unos siete años, y este, al ver entrar su cuerpo en la iglesia, dijo en voz alta: “¡Aquí está el santo, aquí está el santo!”, con asombro del dicho Sr. Marcantonio y de todos los Padres que lo escucharon. En un momento aumentó la asistencia de la gente porque se extendió por toda Roma la fama de su muerte, y para defender el cadáver de

la multitud, además de la ayuda de algunos Padres, fue necesario poner una barrera de bancos alrededor, pero esto no fue suficiente a causa de la gran multitud de los que venían para besar sus pies, cortarle las uñas, el cabello y la ropa, considerándose afortunado el que había conseguido algo que hubiera tocado su cuerpo.

Viendo algunos malévolos la gran estima que el pueblo tenía de la bondad del siervo del Señor, movidos por un celo falso, hicieron presentar un memorial al Vicegerente del Papa Monseñor Rivaldi, diciendo que, habiendo muerto el P. José, fundador de las Escuelas Pías, algunos lo tenían como santo. Al leer el prelado t el memorial, estalló con estas palabras: “¡Oh, Dios! ¿Es posible? ¡Está muerto, y sin embargo lo persiguen!” Y despidió con resentimiento a los que habían traído el memorial.

Mientras tanto venía cada vez más gente, y no solo gente común, sino príncipes, prelados y religiosos. Vinieron Monseñor Arzobispo de Amalfi; Monseñor Massimi, que más tarde fue cardenal; Monseñor Scannarola; Monseñor de Totis, y los Sres. Embajadores de Florencia y Saboya; el Sr. Residente de Génova; el Duque Cesarini; el Duque de Acquasparta; el Duque y la Duquesa Conti; el Duque y la Duquesa Strozzi; la Sra. Condestable; la duquesa de Latera; La princesa Giustiniani, y muchas otras damas y caballeros romanos, todos los cuales no hicieron más que exaltar las virtudes heroicas del buen anciano, llamándolo comúnmente un gran siervo de Dios y un santo. Para satisfacer la devoción de la gente, el cuerpo se mantuvo expuesto hasta las dos horas de la mañana, sin cesar nunca la asistencia, y finalmente con gran fuerza, fue retirado de entre la multitud de la iglesia y llevado al oratorio, donde se guardó esa noche. A la mañana siguiente a las diez fue colocado en la iglesia, y a puerta cerrada se le dio sepultura, primero en una caja de madera, y esta en otra de plomo. Después se colocó en el suelo de la capilla mayor, en la parte del Evangelio, con la siguiente inscripción sobre el caso: “Hic requiescit corpus Servi Dei Josephi a Matre Dei, Religionis Pauperorum Matris Dei Scholarum Piarum Fundatoris, ac Propagatoris, qui obiit anno aetatis suae XCII die XXV Augusti anni MDCXLVIII”.

Núcleo narrativo 8. Virtudes de Calasanz

Virtudes teologales

4. En décimo cuarto, demostraré que tenía fe, por la que se hacía la señal de la cruz cuando era pequeño, rezaba sus oraciones, leía libros devotos siendo adolescente y exhortaba a otros jóvenes a obrar el bien. Una vez hecho sacerdote, no olvidaba las Sagradas Escrituras y los Santos Padres, no cesaba de hacer exhortaciones, deseaba ardientemente la propagación de la fe, por la cual estaba dispuesto a morir. Y finalmente, después de recibir todos los sacramentos y de pedir y recibir la bendición apostólica, y de enviar a dos de nuestros sacerdotes para expresar su fe ante los apóstoles Pedro y Pablo, y en el seno de la Iglesia, entregó su espíritu al Creador en medio de sus hijos que oraban por él.

En décimo quinto, demostraré que, esperando firmemente en Dios, despreció todas las riquezas y comodidades del mundo, y se dedicó a los jóvenes, y tuvo que afrontar voluntariamente muchas dificultades por Cristo. Pues para la fundación, propagación y reforma de las escuelas pías tuvo que trabajar mucho y sufrir continuas dificultades, y se mantuvo firme en medio de ellas hasta la muerte. Y uno no puede creer que trabajara tanto y con tantas dificultades si no esperaba el premio eterno, y no apoyara su esperanza en la divina bondad y en el patrocinio de la Santa Virgen, y animara a todos a que tuvieran la misma confianza.

En décimo sexto, demostraré que tenía una ardiente caridad tanto con Dios como con el prójimo. Tanto ardía en amor de Dios e hizo tanto por el honor y la gloria de Dios que parece que no podía hacer

otra cosa, y no podía tolerar que se ofendiera o se pecara contra la divina majestad, e intentaba atraer a todos al culto y al amor del Creador, con sermones amables o con palabras graves.

En décimo séptimo lugar, demostraré que ejerció tanta caridad con el prójimo que nunca se cansó de practicar las obras de misericordia, tanto corporales como espirituales, e incluso con los seglares, deseaba corregir con gran esfuerzo las costumbres depravadas de los fieles con sumo esfuerzo según la religión instituida. Y ayudaba con todas sus fuerzas a unos a evitar las faltas, a otros les exhortaba a cumplir la ley y establecer la paz; a los superiores a prestar reverencia religiosa a Dios; a los súbditos, a la piedad; a todos, a la caridad. Movido por la caridad servía a sus religiosos, como su compañero y servidor, y cuando era necesario atendía a los enfermos, movido por su afecto hacia ellos, especialmente realizando las tareas más humildes y viles. Y, en definitiva, no cesaba de ofrecer beneficios al prójimo, tanto corporales como espirituales.

4.3. Dije que tenía las virtudes no sólo en el hábito, sino también en la práctica, y especialmente en la fe. En cuanto a los actos de su niñez y juventud, me remito a la fama, según la cual era muy devoto del Santísimo Sacramento, bajando a la iglesia antes que cualquier otra cosa, arrodillado ante él, y orando, y solía decir, como dije, que de él recibía la luz para el camino espiritual.

En cuanto a la esperanza, he dicho que me dijo que nunca habría dejado la constancia en el servicio de Dios, y que mientras tuviera aliento en la boca, esperaría incluso esperando contra toda esperanza, y que, como he dicho, soportó innumerables sufrimientos desde el principio de la fundación de la obra piadosa, sin perturbarse nunca ni perder el ánimo. A mí me pareció que tenía tanta esperanza en Dios que por ella renunció y despreciaba las riquezas, las dignidades y los favores, incluso despreciando herencias y legados que querían hacer a las escuelas pías, como fue el de Squarciafichi, si no recuerdo mal el nombre, que ascendía a ochenta mil y más escudos³⁸, deseando conservar el estado pobre y humilde por la esperanza que tenía de mayor gloria en el cielo. En cuanto a los esfuerzos sufridos para mantener la obra pía, sé que fueron

38 Para hacernos idea de la cantidad, Calasanz compró la casa de San Pantaleo por 10.000 escudos; la nueva iglesia construida en 1680 costó otros 10.000 escudos.

muchos, incluso que enseñó de hecho en la escuela, echando una mano al mismo tiempo a varias escuelas para ayudar. Para lo cual he oído decir de la boca del mismo Padre, que para ayudarles tenía que estar en vela noches enteras, y que él arrodillado preparaba las composiciones que había que dar en las diferentes clases, y siendo más viejo y General no dejaba de ir a varias clases para ejercitar e instruir a los niños. Y esto lo he visto yo, por haber estado con él en la misma casa de San Pantaleo. Además, es voz pública y fama que iba a acompañar a los niños, y a pedir limosna con las alforjas al hombro. Además de las persecuciones causadas por varias personas, y sufridas por él con gran valor y soportadas por amor de Dios, últimamente fue perseguido por una suposición no verificada, más bien probada en contra, de haber quitado algunos escritos al Padre Mario, que según él pertenecían al Santo Oficio, y que el Eminentísimo Cesarini había mandado por medio de su auditor Corona tomar de dicho Padre. Entonces de repente nuestro Padre José con algunos de sus compañeros (el P. Pedro Casani, el P. Juan Castilla) fueron conducidos por el Asesor del Santo Oficio (en aquel momento era Monseñor Albizzi) al Santo Oficio. He oído decir que era a mediodía, en verano, y fueron conducidos a pie. El Padre General, contento, pidió pasar por la calle de los Bancos, para saborear más las afrentas. Después de estar mucho tiempo en la sala en ayunas, finalmente lo enviaron de vuelta el mismo día con sus compañeros a San Pantaleo. Y aunque hemos hablado muchas veces de aquel episodio, nunca he escuchado sino palabras de mucha conformidad con la voluntad de Dios, preocupándose más, como decía, por el honor de Dios que por su propia reputación. Nunca recurrió a acuerdos que le propusieron, por no parecerle que no promovían la gloria de Dios, aunque pareciesen útiles y honrosos para su reputación. Y a partir de estos y semejantes encuentros y sufrimientos por amor de Dios y la salvación del prójimo, exhortaba a todos. Y he oído decir al dicho Padre José que obtenía muchas cosas a través de la intercesión de la Santísima Virgen.

En esta virtud de la caridad y el amor de Dios, por haber vivido con él sé que era muy ardiente, sin dejar pasar una buena oportunidad para introducir el discurso de su majestad divina, inculcando siempre la reverencia que se le debe y el odio al pecado. También puedo decir que siempre se consideraba a sí mismo muy vil. En cuanto a la humildad, que siempre demostraba conocer con palabras, aunque

hizo muchas cosas, decía que no había hecho nada, y ante estos actos me encontré en todo el tiempo que viví con él.

Nunca dejó de ayudar a su prójimo, en todo lo que podía corporalmente, ya que sé que a los pobres vergonzosos procuró varias veces limosna para su mantenimiento; a los prisioneros libertad, pidiéndola a sus superiores, que por su intercesión la concedieron, y en particular al Sr. Lorenzo Conti. Y a otros cuyo nombre no recuerdo. Pero mucho más con las exhortaciones espirituales, y con palabras de consuelo con las que animaba al prójimo. Y lo sé porque he sido testigo de sus actos. Y también practicaba las obras de misericordia, tanto corporales como espirituales, enseñando a los ignorantes, corrigiendo los errores que veía con toda caridad, y esto tanto con los seglares como con los religiosos. Con toda caridad, pero les advertía seriamente y procuraba la observancia de la ley de Dios, y la reforma de las buenas costumbres. Y afirmaba que había instituido la obra de enseñar a los jóvenes porque le parecía el medio más fácil para conseguir este fin. También sé que cuando sus religiosos estaban enfermos, él con mucha caridad les visitaba, consolaba y con sus propias manos a algunos les daba de comer, y también he oído decir que en las celdas de los padres enfermos barría el cuarto y vaciaba los orinales. También barrió las clases y los servicios. He oído que incluso se ocupaba (del asno), y que una vez ocurrió que estaba ayudando al hermano que se ocupaba del asno y le vio el Eminentísimo Cardenal Torres mientras lo cepillaba, y le preguntó qué estaba haciendo, y él respondió que enseñaba al hermano que se ocupaba de él, y esto me lo dijo Padre Arcángel, ahora procurador del Colegio Nazareno, y dijo que lo había visto con sus propios ojos. Siempre se dedicaba a estas tareas viles, pero siempre huyendo de la ostentación. De hecho, para no ser admirado por estas tareas viles, las hacía por la noche, como el barrer las escuelas de los niños, y esto entre nosotros es voz pública y fama.

4.7. He visto al Padre José de la Madre de Dios que tenía y estaba adornado de muchas virtudes, como de una gran humildad, una caridad perfecta, tanto con sus enfermos, como con otros fuera de su casa, tanto con gente noble como con todo tipo de personas, y también vi la gran caridad que tenía enseñando a los niños, incluso a los más pequeños y los principiantes, a los que enseñaba a conocer las letras. Y visitaba las escuelas viendo el progreso que hacían los escolares, y él les preguntaba y enseñaba, y también observaba si

los maestros utilizaban la caridad conforme debían, exhortándoles tanto con palabras como con el ejemplo. E incluso lo vi pacientísimo en la adversidad, con una gran fe, diciendo: “Dejad obrar a Dios”.

4.8. Sé del cuidado y preocupación que tenía para educar bien a los niños de las escuelas. Tuve la oportunidad de edificarme viendo la gran caridad con la que instruía y hacía que los maestros instruyeran a los niños que iban a la escuela, no menos en las letras que en la piedad y el temor de Dios, y de esto deduzco las otras virtudes teológicas, es decir, la fe y la esperanza, ya que teniendo cuidado en instruir a esos pobrecillos pobremente vestidos, no creo que lo habría hecho si no hubiera reconocido en ellos la persona de Dios, que nos declara recibir en su propia persona lo que se hace a los pobres, con la esperanza del premio que Dios promete a los que le sirven. Las otras virtudes de este Padre eran grandes y admirables.

4.9. De las virtudes teologales, es decir, la fe, la esperanza y la caridad, lo conocí y lo consideré muy eminente. En cuanto a la fe, no sólo la tenía como don perfecto, sino que procuraba avivarla en los demás, conforme me sucedió en sufrimientos y persecuciones que he tenido, en los que estaba en juego mi vida. Yo me desesperaba en aquella situación, y él me animaba diciéndome que tuviera fe en Dios, asegurándome que de su divina majestad iba a venir mi ayuda, y tal como lo esperaba, recibí la ayuda de Dios. Conocí igualmente que tenía la caridad de un modo eminente, que no tengo palabras para poderla alabar. En particular me acuerdo de la caridad que tenía con el prójimo, como sucedió cuando quiso fundar su Religión, pues siendo un hombre rico con dos mil escudos de ingresos, que consistían en bienes eclesiásticos correspondientes a su dignidad tercera después de la pontifical. Renunció a ello, y cedió otros beneficios a pobres virtuosos, y a algunos clérigos pobres les pagó sus despachos de beneficios, y esto lo sé por haberlo visto. En cuanto a esto de las bulas, sucedió mientras era General de la Orden, en la persona de un pobre español, que no podía sacar las bulas de un beneficio concedido por la sede apostólica. El Padre General fue a buscar limosnas, y consiguió dinero para sacar las bulas. Y si quisieran contar la caridad que hacía a los pobres, incluso después de ser religioso, no terminaría hasta mañana. Más aún, muchas veces le he oído gritar a su compañero, que molesto por la multitud de necesitados que acudían al Padre General, muchas

veces les negaba la ayuda, y muchas otras se los quitaba de delante con malas palabras, y cuando el Padre General se daba cuenta le reprendía con palabras duras, disgustándole mucho no poder ayudar a los pobres, por los que daría sus entrañas. De él nunca se iba nadie descontento, porque cuando no tenía para poder darles, los enviaba a pedir a alguno de sus amigos, y esto yo lo sé porque lo he visto, por el trato continuo que yo tenía con él. Y antes de ser religioso, es decir, en el tiempo en que era auditor del cardenal Ascanio Colonna, a quien me dijo que había conocido en Aragón, cuando el Cardenal era Virrey de aquel Reino, cuando iba a fundar la Congregación y Religión citada de las escuelas pías, se despojó de todos sus bienes temporales, los dio todos como limosna, parte a las cárceles y parte a los niños que reunía para enseñarles.

4.16. Yo, a quien otros me habían advertido de la bondad de este Padre, desde que empecé a conocerlo comencé a observar lo que hacía, y en particular observé lo poco que contaba con la ayuda humana, y con cuánta caridad ayudaba al prójimo, y en particular cómo se comportaba y amonestaba la insolencia, poco juicio, y mala educación de aquellos niños, que, por la corta edad, y por nacer de gente pobre, se comportaban de manera incivilizada. Él los soportaba con gran caridad, los instruía y amonestaba, y yo más de una vez observé que estos mismos niños, que por las razones que dije, eran como animalitos, veneraban y temían al Padre José, que donde los otros Padres a golpes no podían hacerles estar quietos, él con un gesto les hacía calmarse, y no se movían, en lo que yo conocía la ayuda de Dios, que le hacía formidable, incluso para aquella edad en la que no tienen mucho juicio.

Vuelvo a decir, como dije anteriormente, que en la caridad con el prójimo era incansable, tanto en los intereses espirituales como en los corporales. Reprendía las malas acciones, y yo le he visto reprender, y también corregir a sus religiosos por cosas de poca importancia que cometían, y también por la observancia de las Constituciones. Y una vez entre otras vi al Padre muy melancólico, y le pregunté qué tenía, y él respondió que él no sabía cómo hacer para dar la cena a los Padres, y le respondí que Dios nos remediaría, y él dijo “Así lo creo”. Yo dudaba si le daría un poco de dinero que tenía para comprar un poco de ensalada y un poco de vino. El Padre se quedó dormido un rato sentado en una silla en la que se había sentado para hablar conmigo, y una hora más tarde aproximadamente vino un

Padre de la Mentana, con una mula cargada de provisiones, y seis escudos en metálico, que enviaba el Padre Superior de la Mentana a las escuelas pías. Y no creo que el Padre José les hubiera escrito nada acerca de este asunto, sino que fue la providencia de Dios.

Otra vez hablando con él le pregunté por qué no trataba con los señores españoles, que le harían algo de caridad. Él respondió que no tenía talento, y que no encontraba en ellos esa disposición, y que Dios bendito le haría venir las limosnas a casa. Le dije que era necesario ayudarse a sí mismos con los hombres, que son ministros de la caridad y la justicia de Dios. El Padre José respondió que Dios se preocupaba de sus criaturas, y se fue sin decirme nada, por lo que lo que conocí que tenía una confianza sobrenatural en Dios.

Se fatigaba haciendo obras penosas, y entre otras, recuerdo que estando enfermo un novicio, no teniendo la Religión la comodidad de buenas camas, el mismo Padre José dejó su cama, en la que dormía por mandamiento de su confesor, que quería que durmiera en una cama con colchón, para que como fundador de la religión, que comenzaba entonces, no se pusiera en peligro de muerte, que se podía acelerar si el Padre José dormía en un saco de paja como los demás. Cuando la enfermedad del novicio citado no quiso tener esa consideración, sino que, impulsado por la caridad, quiso dejar su cama, y poner en ella a dicho enfermo, y él dormía sobre una caja con una almohada debajo de la cabeza, y el confesor no se atrevió a prohibírselo.

4.20. Y también sé por lo que he oído contar a los citados que iba a visitar a todos sus estudiantes cuando estaban enfermos, y a quienes lo llamaban, y esto lo sé porque lo he oído decir a mi marido, a mi suegra, y a otros.

4.21. Es como se acostumbra ahora, lo que no habría hecho si no hubiera tenido una fe muy viva de lo que contiene la hostia sacratísima (...) Y también en algunas observaciones diarias que hacía, tenía muy familiarmente en su boca estas palabras: “El tiempo es corto, y de un punto depende una eternidad, y puesto que tenemos tiempo, obremos el bien, porque el Reino de los cielos sufre violencia”, y cosas similares. He oído decir esto muchas veces estas cosas (...) También debo decir que la última vez en su vida que salió de casa, después de haberle instado repetidamente a que saliera a tomar un poco de aire, finalmente se animó a salir, e incluso fue a visitar la iglesia de San Salvatore cerca de San Luis de los Franceses, y de allí

regresó a casa. Y lo sé porque fui uno de los dos que la acompañaron. Añado además que estando en el último día de su vida, queriéndole yo darle de comer un poco de pollo desmenuzado, tomó una pequeña cantidad, pues no podía tomar más. Yo le dije que tomara otro poco por mortificación y por amor de Dios. Inmediatamente, aunque con pena, lo tomó, y luego agregó: “Por favor, no me haga tomar más, porque me ahogo y ya no puedo”. Y cosas similares han sucedido muchas veces durante su enfermedad. Esta misma fe la ha demostrado al haber introducido en nuestra religión la costumbre que todavía se observa, de antes de ir a la mesa por la mañana y por la tarde, decir todos un *Avemaría* por la victoria de los católicos contra los herejes, y el *Sub tuum presidium* (...)

A propósito de la caridad, incluso siendo General casi no había día que no fuera a visitar todas las escuelas, y en particular las más bajas, y en ellas escogía los niños más miserables, y los instruía con gran afecto tanto en las letras como en la vida espiritual, y esto se lo he visto hacer, y lo hacía en las escuelas pías muchas veces, de hecho, mientras gobernó. A los niños pobres les proveía de todo lo necesario, como papel, plumas, tinta, y además a los más pobres también les daba comida, y esto sucedía a menudo, y yo lo he visto porque era maestro en dicha casa en la época.

En cuanto a la esperanza, que él tenía firme esperanza en Dios y en su providencia lo he conocido muy claramente porque nunca quiso hacer ninguna diligencia para ayudarse a sí mismo o defenderse en ningún asunto, ni buscar remedios humanos o favores, que los podría haber recibido en la Corte Romana, en las graves persecuciones sufridas a causa de algunos de nuestros Padres, teniendo con frecuencia en su boca las palabras “Aquí debemos dejar obrar a Dios”, sin querer nunca ir a encomendarse a nadie por esta misma esperanza y confianza en Dios. Fundó la religión con voto de suma pobreza, renunciando a todo lo que podría tener, y en particular renunció al principio de la fundación de la religión a una gran herencia que le dejó un tal Squarciafico, que recibieron luego los Padres de la Cruz. Quería construir un convento y darlo a nuestra Religión, y también renunció a la propuesta, aunque él en ese momento, por estar en el principio de la fundación de la religión, tenía una gran necesidad de confiar en Dios, que proveería de otro modo. Con la misma esperanza era muy liberal al dar limosna a los pobres vergonzantes, cosa de la que muchas veces los Padres se quejaban, pues siendo la casa tan

pobre, el Padre no debería dar tan fácilmente como lo hacía, pero él decía siempre: “Den ahora esto, que Dios nos proveerá”.

4.26. En dicho oficio se portó bien con caridad y con ejemplo de buena vida, abstinencia, mortificación y gran caridad en las dificultades que le sucedieron, y disgustos que le dieron, y esto sé porque me encontraba presente cuando les venían los disgustos, y se portó con gran paciencia.

5. Nuestro P. José tenía un deseo vehemente y grandísimo de que se exaltara y propagara la santa fe católica en todas partes del mundo. Si hubiera podido habría ido volando a muchas partes remotas para propagarla. Daba claros y manifiestos indicios de ello en todos sus actos y discursos. Se mostró muy dispuesto a enviar nuestra obra a lugares de Moravia, Hungría, Bohemia, Austria y Polonia cuando se lo pidieron, a pesar de que algunos personajes intentaran disuadirlo de ello.

Por eso se empeñaba mucho en que todos los pobres, grandes y pequeños, supiesen las cosas necesarias de la santa fe, y ya desde el principio se dedicó a enseñar la doctrina cristiana en las iglesias y en las plazas para educar a los ciudadanos pobres con un fervor extraordinario.

Hizo imprimir un librito en el que estaban compendiados todos los misterios de la santa fe, la vida, la pasión y muerte de Nuestro Redentor con muchos actos de virtud, fe, esperanza y caridad, contrición, adoración de la Santa Cruz y ofrenda de sí mismo a Dios y a la Bienaventurada Virgen.

Su fe era ardentísima, como puede verse en las cosas mencionadas, y resumía todo lo que decía en todos sus sufrimientos y en las exhortaciones que dirigía a los demás diciendo muy a menudo: “Tened fe y no dudéis. Si no tenéis fe nunca haréis nada”. A menudo repetía aquella oración que dice: “Danos aumento de fe, esperanza y caridad”. El desprecio de las cosas del mundo lo demuestra.

Sobre el amor hacia S.D.M. y la Bienaventurada Virgen nuestra Señora en el que ardía nuestro Padre José, me parece que se puede deducir de muchos de los capítulos pasados. Era mejor de lo que uno sabría contar, así como de la caridad para con el prójimo en cualquier tipo de ocasión.

Pero dejemos de tratar de la caridad, que demostró tenerla grandísima al plantar en el jardín de la Santa Iglesia el instituto de las Escuelas Pías, y cultivarlo, propagarlo y consolidarlo con tanta fatiga,

paciencia y mortificación suya, con las Constituciones aprobadas en estado de Orden por santísimos pontífices, porque también de eso se ha tratado más arriba. Pienso hablar ahora de su gran caridad para con el prójimo en las cosas temporales, teniendo en cuenta siempre que él la hacía siempre pensando en la salvación del alma de aquellos a quienes la hacía.

Además, ayudó a algunos jóvenes listos y de buena voluntad, pero pobres y que no tenían con qué ganarse cristianamente la vida. Les compró mercancías de diversas clases, para que fueran por Roma y las vendieran, y de este modo se sustentasen, y evitasen el ofender a Dios. Algunos se las arreglaron tan bien que han abierto tienda, y han resultado ejemplares padres de familia.

A otros que no tenían ánimo para ir de aquella manera dando vueltas por la ciudad, les procuró otros empleos honrados, como hacer flores imitadas, copiar textos y libros, y a dos jóvenes españoles les dio los hierros y durante mucho tiempo incluso el material para hacer hostias, con las que no sólo se ganaban la comida, sino que, como vendían hostias en muchas iglesias, se dieron a conocer a prelados, y han obtenido algunos beneficios. A muchas familias les conseguía una limosna de pan y leña cada día consiguiéndoles labores, y la venta de lo que hacían, y también les compraba los materiales para que trabajaran, o telares para cintas y ramos para hacer almidón, y a otros lo que necesitaban. E incluso buenas dotes para colocar en el santo matrimonio o en casa de algunas princesas, para que cuidaran de ellas.

A dos doncellas nobles huérfanas (una de ellas se llama Sra. Julia Merenda), creo que eran milanesas ya de edad, bastante apuradas por las deudas de su padre, no sólo las mantuvo durante muchos años con pan y vino, y algún dinero, sino que incluso les libró una casa muy estimada de quien la había ocupado. Sus acreedores iban a vender una viña suya por un precio muy barato. Al enterarse nuestro P. José de sus miserias les recuperó la viña, y comprando una parte pagó con el importe sus deudas, vistió a las jóvenes y les devolvió gratis más de la mitad de la viña, y se las arregló de manera que con ello ganaran para comer durante toda su vida.

El Sumo Príncipe hizo ajusticiar al marido de una señora titulada nobilísima, además de confiscar sus bienes, como suele hacerse en aquellas tierras. La Ilma. Señora quedó en una situación miserable, cargada además con dos hijas ya mayores y con un varón de cor-

ta edad, abandonada de sus parientes, incapaz no sólo de pagar los gastos a los sirvientes, sino ni siquiera de conseguir el pan para sí y sus hijos. Por lo cual se encontraba reducida a la desesperación tanto por la extrema calamidad en que se encontraba como por las astucias del Demonio, hasta el punto que se podía dudar mucho de la salvación de su alma y de su cuerpo. Nuestro P. José conocía aquella ilustrísima familia. Fue para consolarla en un caso tan miserable, descubrió el objetivo del enemigo común y lo evitó con oraciones, con persuasiones, promesas y obras. Ayudó a la señora y sus hijas consolándolas a todas, y durante meses y años les enviaba el P. José dinero, comida, leña y carbón, y visitándola muchas veces le ayudó en el cuerpo y en el alma, hasta que consiguió recuperar algo de la dote de la señora. Al hijo lo educó en las letras y lo mantuvo en nuestra casa, y las jóvenes están lo mejor que se ha podido arreglar, conservando el alma y el cuerpo con la ayuda de Dios y del Padre José. Mantuvo a un pobrecito viejo en un local fuera de nuestra casa pagándole la cama y la habitación, haciendo que mañana y tarde viniese a comer a nuestra casa de lo que comían los padres.

No me quiero extender más para no hacerme tedioso, que se podrían contar muchas más cosas. A una familia que había huido a Roma por deudas les pagó habitación y comida cotidiana por más de un año, e incluso les pagó los estudios a sus dos hijos hasta que se doctoraron en la universidad.

6. Nunca fue pobre de confianza aquel corazón que siempre fue rico de resignación total en la voluntad divina. Un soldado que teme ser vencido, ya ha sido derrotado por su propia creencia. A pesar de que vio su Orden oprimida por las persecuciones, no por ello perdió jamás la esperanza de su restauración; es más, siempre solía decir a los suyos: “dejemos obrar a Dios; él se ocupará de su causa, y de nosotros”. Se ve la total seguridad que tenía de la gloriosa restauración de su Orden en muchas cartas escritas de su propia mano al P. José de S. Eustaquio³⁹. En una de ellas se leen estas palabras: “No vaya a creer V.R. que nuestra Orden, aunque ahora está destruida, no vaya a resurgir más, sino más bien ampliarse con la ayuda del Señor; e incluso pienso que no pasará mucho tiempo. Por eso con-

39 Giuseppe Pennazzi. EP 4109, 4463. Esta es la última que Calasanz escribió de su puño y letra, el 20 de mayo de 1647.

viene estar firmes en la mortificación que Dios nos envía, porque con ella quiere probar quién le sirve verdaderamente por amor, y quien persevere verá el auxilio del cielo sobre él”. En otra: “Permaneced constantes y veréis el auxilio del Señor sobre vosotros. Ahora rezamos por vosotros para que no os entristezcáis, sino que en la tribulación brille más vuestra virtud”.

7. No cabe duda de la gran fe y esperanza que tenía en Dios y en su providencia el venerable Padre, sin las cuales no hubiera hecho tantas cosas como hizo en su vida, si no hubiera tenido fe en Dios y no hubiera esperado conseguir el galardón de la vida eterna. Más aún, solía decir a los suyos a menudo: “Hijitos, tengamos confianza en Dios y en su providencia, que no puede fallar”. Cuando se presentaban situaciones difíciles de superar, para dar ánimo con la esperanza del premio, tenía en la boca aquellas palabras: “el Reino de los cielos padece violencia, y los violentos lo consiguen”. Pero quiero terminar aquí este compendio, siendo consciente de que me alejo de sus reglas, por un lado, y por otro me doy cuenta de que reduzco y dejo fuera muchas cosas que quedan por decir de nuestro venerable Padre y de sus virtudes.

Su esperanza era tan perfecta que cuando parecían las cosas más desesperadas, entonces la mostraba más viva, por lo que viéndose suspendido y perseguido por los malvados, e incluso por quienes parecía que no tenían mala intención, como se debe creer de pontífices y prelados de la Santa Iglesia, a quienes a veces Dios, para afinar más la virtud de algunos de sus siervos, permite que no llegue inmediatamente el conocimiento de la verdad, y den algún crédito a la impostura, haciendo mientras tanto que incluso ellos sean instrumentos para ejercitar y perfeccionar mucho más a quien place a su infinita bondad, como se ha visto suceder con nuestro Padre. El cual, viendo suprimida su Orden, nunca quiso hablar en su defensa, considerándose reo y merecedor de todo castigo, y en tantas tribulaciones mientras esperaba constantemente en Dios, siempre animaba a sus hijos exhortándoles de palabra y con cartas a no dudar. Nunca dijo a los amigos que le aconsejaban a menudo a defenderse y justificarse sino estas palabras: “dejemos obrar a Dios, tengamos confianza en Él, que Él cuidará de los suyos”, y cosas semejantes, mostrando la gran esperanza que tenía en su Divina Majestad, la cual, como era verdaderamente un don especial de Dios, como tal era reconocida por su siervo, y deseaba obtener aún una nueva gracia de su Dios:

no ser ingrato a la gracia que recibía de sufrirlo todo por amor suyo. El gran amor hacia Dios hacía también que fuera indecible la caridad y afecto que sentía hacia los mismos contrarios suyos, mientras a imitación de Jesucristo buscó siempre devolver bien por mal, prefiriendo vivir con deshonor antes que defendiéndose ocasionar a sus calumniadores más daño del que ellos mismos se habían hecho, no dejando con oraciones y con otros medios de procurar su salud espiritual, como procuraba la suya propia.

Su caridad para con Dios y con el prójimo era ardentísima, y ello lo predicaban las obras que él hizo, y la Orden. Su amor a Dios era tan fogoso que, habiendo hecho grandes cosas por el honor y gloria divinos, con todo a él le parecía que no hacía nada, y de aquí venía el que no pudiera soportar que la Majestad de Dios fuera ofendida con pecados ni en modo alguno despreciada. De este amor nació el motivo para encontrar la manera de quitar de los hombres rudos la ignorancia de las cosas de Dios.

Fue tanta y tan grande su caridad hacia el prójimo que nunca se cansó de ejercitar las obras de misericordia tanto corporales como espirituales. Incluso cuando era seglar se fatigó mucho corrigiendo las costumbres corrompidas de los fieles, como se escribe en otro lugar, pero una vez fundada la Orden, con sumo cuidado, por sí y con ayuda de otros, se esforzaba por eliminar los pecados, e introducir la observancia de la ley de Dios en el mundo. Exhortaba a la paz, a la reverencia hacia los mayores, a tener compasión de los menores, a tener caridad con todos. Cuando sus religiosos estaban ocupados en tareas de caridad, quería él estar con ellos y ayudarles. A los enfermos, sintiendo compasión en su corazón, les servía incluso en las más viles tareas. En fin, nunca se cansaba de hacer bien, corporal o espiritual a su prójimo.

9. El gran deseo que tenía de la exaltación de la Santa Fe Católica se manifestaba en todas sus acciones, pero particularmente al ordenar en las Constituciones que se hiciera continuamente oración por algunos escolares, los unos por los otros, y para este efecto con la ayuda de uno de nuestros Padres, además de lo que se rezaba en la iglesia, mañana y tarde se hacía oración particular, y en cada uno de sus discursos o funciones públicas hacía hacer y exhortaba a esta oración.

10. Tenía grande amor a Dios el Vicario Calasanz, y de este nacía el grande que tenía al prójimo, porque ni es verdad ni ha de ser creí-

do que ame de corazón a Dios aquel que a su semejanza, que es el pobre afligido, pudiendo, no le socorre. El Obispo y el Prelado que no es muy amigo de pobres da a todos a entender lo indignamente que tiene la Prelacia. Estaba adornado de todas las virtudes nuestro José, y la señal cierta de que las tenía era la caridad que ejercitaba con los pobres. Con ella se conoce que están todas, y si la caridad falta, son todas las demás virtudes como oro falso, porque todas las virtudes sin la caridad son como el cuerpo sin alma. De la caridad y amor fino y perfecto para con Dios nace la caridad y amor que tenemos a los pobres necesitados, nuestros hermanos, y esta caridad que ejercemos con los pobres fomenta la que tenemos a Dios. Ambas se dan como buenas hermanas las manos, y es error conocido el imaginar que puedan estar separadas.

Acompañaba a esta Reina de las virtudes la Fe, que, como fuego o lumbre, que llaman los Teólogos, por más que por ser enigma, que nos descubre a Dios como de rebozo, parezca que tiene en sí poca luz, con todo abraza como fuego el espíritu de aquel que tiene caridad, con ardentísimo los deseos de conocer, y que sea de todos conocido Dios. Y así ardía sumamente la caridad en nuestro Vicario General, solicitando los remedios corporales de sus feligreses, y mucho más, procurándoles los bienes espirituales, con firmísima esperanza en la Divina Clemencia, que le ayudaba en todo, como quien solo confiaba en el Omnipotente Dios, como decía David: *A mí conviene y me está mejor llegarme a Dios y poner mi esperanza en el Señor*. Quien fía en las criaturas agravia la soberana Majestad, como lo advirtió San Bernardo, porque le quita a Dios toda la esperanza que en las criaturas pone, de suerte que quien solamente confía en Dios con debido rendimiento, le honra.

11. El amor que tenía este venerable siervo de Dios en su alma a su divina majestad era más que divino, de donde nacía el ardor de su gran deseo que tenía siempre de la exaltación y propagación de nuestra fe católica por todo el mundo, que si hubiera podido habría corrido a las partes más remotas de la tierra para dilatarla, de lo que daba signos manifiestos en todas las obras y discursos que hacía. Y por ello le pidieron que enviara el instituto de sus escuelas de piedad a Moravia, Hungría y Polonia. A pesar de que muchos personajes intentaron disuadirlo de ello, quiso a toda costa enviar a sus obreros diciendo que sentía mucho no haber podido ir él mismo a aquellos reinos. Se ve también este celo suyo de manera muy clara

en lo que hemos escrito en su vida, desde sus más tiernos años, que lo tenía de su nombre cristiano, que anhelaba que todos los niños de su edad compartieran su deseo de amar y servir a Dios. No se conformaba con querer ser fiel a su Señor, sino que teniendo la fe en las manos se volvía justo y santo. Todos sus fines estaban basados en la observancia de sus santos mandamientos, que le movían a tener odio por el infernal enemigo de nuestra santa fe. Este santo ardor creció más con los años, mientras él se disponía en la misma adolescencia y juventud a encender a los otros con sus palabras en las conversaciones, no tratando de otras cosas sino las correspondientes con su condición de cristianos en el amor de Dios con la observancia de sus santos preceptos. Terminado el curso de sus estudios, dio a conocer aquella llama suya en la que estaba encendido, pues estaba dedicado plenamente a enseñar a los pobres y niños pequeños de las escuelas las cosas que deben saberse sobre nuestra santa fe, sirviéndose de las obras de piedad de los montes que había creado para ayudar a vivir a aquellos, permaneciendo fiel en este objetivo por la gran necesidad de ello que existía y él conocía. Destinado siempre al mismo como a su fin, respirando se veía su espíritu al cumplir con aquellos cargos honrosos a los que fue expuesto por sus obispos en los reinos de España, a los cuales se dedicó para conducir aquella gente al nombre de Cristo. Y finalmente, movido por la interna moción del Espíritu Santo por aquella visión que tuvo, se decidió a ir a Roma, donde de hecho se dedicó a instruir en las iglesias y en las plazas a los ignorantes en la doctrina cristiana. Por esos principios vino empujado por la divina providencia a fundar una Orden en la cual sus religiosos operarios profesan con voto el instituto tan útil y necesario de las Escuelas Pías en la Iglesia de Dios. Y para conservarlo y aumentarlo se volvió fuerte y constante contra todas las furias del infierno, que nunca dejaron de hacerle guerra, y si hubieran podido, lo habrían perdido y vencido, como hemos dicho.

Animado siempre por este gran deseo que tenía de propagar nuestra santa fe, decretó en sus Constituciones que se hiciera oración continua durante todo el tiempo que duran las clases, mañana y tarde, con la asistencia de uno de nuestros religiosos encargado de ello, para que se ruegue a Dios por la exaltación de nuestra santa fe, lo que quiso que se hiciera también por todos los padres y escolares al final de las clases, y en particular nosotros en nuestra habitación, por las necesidades de la Santa Iglesia, la conversión de los here-

jes e infieles, y la victoria de los cristianos frente a los enemigos de nuestra fe, lo cual, cuando solía hacerlo en cada charla y pública función, siempre movía las almas de todos con un extraordinario afecto y sentimiento que le salía del corazón.

En la parte de las Constituciones de la Orden que trata sobre la manera de enseñar a los escolares, ordena que se les explique el librito de la doctrina cristiana cada día, y que se haga este ejercicio los domingos en nuestras iglesias después de comer. Para ello hizo imprimir un librito en el cual están compendiados los misterios de nuestra santa fe, la vida pasión y muerte de Cristo Nuestro Señor, con otros actos de virtud, fe, esperanza y caridad; de contrición, de la cruz y del ofrecimiento de sí mismo a la gran Madre de Dios, para que se encaminen los niños al conocimiento del Creador, amándole y sirviéndole. Su obrar al educarlos era tan ejemplar que los mismos judíos enviaron a sus hijos a nuestras escuelas, teniéndole grandísima reverencia por el concepto que ellos tenían del Padre, y hubieran continuado si algunos rabinos, dándose cuenta del cambio que hacían hacia nuestra fe, en la dureza de su perfidia no se hubieran interpuesto impidiéndoselo, con gran disgusto del Padre, no habiendo podido resultar ningún artificio ni diligencia que intentó para lo contrario, que todo nacía de aquel amor que tenía hacia nuestra santa fe, para aumentarla, de modo que todos vivieran en conformidad con el nombre que profesan, que parecía que sólo había venido al mundo para esto, en lo que se hizo tan digno a los ojos de todos por sus palabras y obras inflamadas de la fe, que lo llamaban el fiel y el piadoso, pues no decía otra cosa sino: “Tengamos fe; tengamos fe, y no dudar; si no tenéis fe, no haréis nada”. Así pensaba el piadoso fiel, que sólo vivía de la fe y por la fe murió a su Dios, del que ahora goza para siempre en el cielo.

Haría falta repetir aquí todo lo que hemos escrito de la vida de nuestro venerable Padre fundador, para comprobar cómo fue la virtud de su esperanza que tenía en Dios, en la cual estaba tan firme y seguro durante su vida como podrá saber quien la lea, que parece que la tenía en el alma como el respirar en el cuerpo, y que no le importaba nada sino lo que le sostenía en el esperar en su Señor, al cual se encaminaba con seguridad y acierto, sin desconfiar jamás de su Dios en todos sus asuntos, pareciéndole seguir su divino querer, al cual estaba entregado desde la hora en que comenzó a mover los pies, y a tener alguna capacidad de razón, sólo se encaminó hacia

el amor de su amado bien, al cual esperaba no tener que abandonar nunca, no temiendo ni el padecimiento, ni la muerte. A la manera de un monte firme y fijo, se disponía a hacer aquello que lo movía a su servicio, y fue tal como dice el Eclesiástico: *“Quien teme al Señor no temblará y no tendrá miedo, porque Él mismo es su esperanza”*.

El fiel que lo esperaba todo de su Dios era la caridad misma, y con toda seguridad se me hace difícil describir lo encendido que estaba hacia su Creador, que ya era dueño de su alma; no teniendo sentimientos de hombre mortal, sólo vivía en su Dios; y del mismo Dios y del altísimo incendio de la caridad, en la que ardía, derivaba el estar fuera de su voluntad, buscando sólo complacer la divina voluntad, y que todo fuera a su mayor servicio y gloria, sin buscar otra cosa que el amar a Dios. Esta leche la mamó desde sus tiernos años; de este único alimento amoroso fue nutrido y alimentado, y el amor divino fue el sostén de su alma durante todos los días de su vida. Cambiada ya la sustancia de su ser terreno en este amoroso incendio, su alma se encontraba en los confines de la divinidad. Anclado en la presencia de su Creador, otra cosa no sabía ni podía obrar sino cómo se podría hacer para que todos ardieran en el amor de su Dios. Por eso era grande su padecimiento, pues veía que Dios no era amado por sus criaturas, y era un continuo morir suyo porque no sabía cómo recordarles la muerte para que vivieran en su Creador. Moría siempre en este fuego amoroso porque las almas rescatadas con la sangre de nuestro Señor perecían. Y como desde sus tiernos años llevó esta llama en su corazón, nunca podía estar tranquilo si no encontraba verdaderamente el camino y el modo de encenderlo en los pechos de los demás. A tal efecto constituyó aquellos montes de piedad no tanto para ejercitar los motivos de su caridad, pues servían para alimentarles en sus necesidades corporales, sino más bien para nutrirles de los pastos del conocimiento de su Dios, al que los preparaba de manera asombrosa, los instruía y animaba para no ofenderle, sino más bien a amarle y servirle.

Esta caridad que ardía en su pecho lo sujetó al peso del gobierno de las almas para sembrar en sus corazones la ley de Dios, y moviendo a todos con su ejemplo quería enderezarlos y formarlos en su conocimiento en conformidad con lo que hemos narrado en su vida, porque estaba destinado por Dios a abrir no sólo aquellos graneros de grano, sino también los de su caridad para la salvación de las almas, llenos de pastos saludables y celestiales para distribuirlos a la juventud, que perecía de cruel hambre y sed. Finalmente lo dispuso

a constituir la obra de auténtica piedad cuyo ministerio consiste en instruir a los niños en sus escuelas con ocasión de admitirlos al estudio de las buenas letras desde los primeros elementos en el santo temor y amor del Creador, lo cual una vez impreso en los pechos de aquellos, difícilmente podría borrar el tiempo lo que habían aprendido en los tiernos años. Todo era efecto de su gran caridad contra la cual el odio del Demonio fue tan cruel como se ve en cuánto lo persiguió, y en toda ocasión, para que no se consolidara y estableciera su obra en la Iglesia de Dios, lo que da a conocer la grandeza de la gran caridad que este siervo de Dios tenía para con su Creador y el prójimo, y el odio al enemigo de todo bien.

No fueron sólo estos los límites del gran fuego de su caridad, mientras *“en todas tus obras muéstrate con dominio”*; también dio muestra de un liberalísimo proveer a los necesitados ayudándoles para el mantenimiento de su vida a fin de que no perecieran del hambre corporal aquellos cuyas almas apacentaba. A muchos jóvenes sanos y de buena voluntad que no sabían cómo ganarse el alimento les compró mercancías de todo tipo, para que fueran a venderlas por Roma, y de esa manera encontrarán el camino para vivir de su trabajo y huyeran de las ocasiones de ofender a Dios en el ocio, y se desarrollaron tan bien que pudieron después abrir tiendas, y llegaron a ser honrados padres de familia, cuyos hijos se encuentran hoy en Roma en posiciones cómodas y convenientes. Y a los que no estaban inclinados a hacer eso, les procuró ocupaciones honradas, como fabricar flores artificiales y copiar escrituras y libros; y entre estos a dos jóvenes españoles les dio los hierros y durante mucho tiempo el material para hacer hostias, que vendían por las iglesias, y así ganaban para vivir con lo que ganaban, y con ocasión de ello fueron admitidos al servicio de las iglesias, y después tuvieron la entrada para servir en casa de prelados, con lo que obtuvieron beneficios considerables.

A muchas familias les hacía llegar el pan y la leña procurándoles trabajo, e incluso les compraba los instrumentos necesarios, como telares para cintas, y ramos para hacer almidón, u otro tipo de cosas para quienes tenían aptitud, de modo que trabajando pudieran ganarse un honrado sustento para vivir, y así podían ganar buenas dotes para colocarse en el santo matrimonio, o las ayudaba a ser admitidas al servicio de alguna princesa, o en monasterios en lugares piadosos, y así, ayudadas por su caridad eran entregadas a Dios, a las que encaminaba hacia su santo amor para no ofenderlo nunca.

Cuentan que a dos muchachas huérfanas de noble sangre y de origen milanés, ya mayores, que se encontraban angustiadas por las deudas que les había dejado su padre, no sólo les ayudó a vivir durante muchos años, sino que él rescató una casa de gran precio suya que tenían ocupada para pagar los intereses, y vendiendo una viña sus acreedores por un precio muy bajo, el venerable Padre, sintiendo que ello les afligía mucho, la compró, librándolas de aquel peso, y después hizo de tal modo que más de la mitad de la viña les quedó libre, pagando con el resto las demás deudas, con lo cual pudieron arreglárselas para vivir el resto de sus vidas.

A una nobilísima señora y de título le ajusticiaron el marido y le confiscaron los bienes, como determina la ley que ocurra en aquel país, con lo cual ella quedó en la miseria y además en una gran amargura y angustia con dos hijas y un niño pequeño, abandonados de todos sus parientes. No sabía cómo podría hacer para vivir con ellos, y se vio en tal situación que el Demonio podría aprovecharse de la calamidad de su desesperación, vendiéndose a riesgo de perder el alma y el cuerpo. El Padre conocía la familia, y fue a visitarla, y vio la amargura de la señora y la tentación del enemigo. Con su prudencia le animó a confiar en Dios, y le prometió que él la ayudaría con sus oraciones, y además le prometió que también él le ayudaría en lo que necesitara, cosa que hizo durante muchos años. Quiso que le enviase el niño, y lo mantuvo en nuestra casa, además de enseñarle en la escuela. Y al final le ayudó en la corte de modo que consiguió que le devolvieran lo que le correspondía de su dote, con lo que pudo mantener en estado conveniente y decente a las hijas, y al niño que le devolvió, y ya se vio libre con ellas del peligro de perderse, exaltando la gran caridad de este siervo de Dios.

Del mismo modo mantuvo a un anciano honrado al cual permitía que viniera a nuestra casa a comer, proveyéndole de vestido, y pagando la pensión de la casita donde vivía. Hizo lo mismo con una familia importante que a causa de deudas había huido a Roma por espacio de dos años, dándoles comida, pagándoles el alquiler de la casa, y ayudándoles con sus hijos, a los que hizo ir a la universidad, y después les ayudó con los gastos de la graduación y les consiguió trabajo en su profesión, y pudieron después arreglárselas y valerse para el mantenimiento.

Vino un pobre a la sacristía, y le dijo al Padre que tenía muchos hijos, y que no tenía con qué mantenerlos. El Padre hizo venir al encarga-

do del comedor y le pidió el pan que hubiera en casa, y cuando oyó que sólo había cinco hogazas que servirían un poco más tarde para los enfermos, le dijo: “Déselas a este pobrecito”. El otro le dijo: “¿Y cómo haremos nosotros?” El Padre le dijo: “No me replique, déselas”. Se las dio, y apenas el pobre se había ido de la iglesia, llegó a la portería uno enviado por el señor cardenal Montalto, con una nota en la que decía que fueran los nuestros a un tal horno a recoger sesenta decenas de hogazas como limosna. Cosas similares ocurrían ordinariamente, pero no se hacía ninguna reflexión al respecto.

La ilustrísima señora Laurea Gaetani afirma saber que el Padre so-corría con comida y vestido a personas nobles pobres, a las que por conveniencia no nombra.

Todas estas cosas las hemos podido contar porque han sido refe-ridas por los mismos que participaron de los efectos de su caridad para manifestar al mundo la bondad de este gran siervo de Dios, porque si se supieran todas, sería una cosa de nunca acabar. El Pa-dre era tan hábil en huir de la gloria del mundo, verdaderamente fundado en la caridad hacia Dios y el prójimo, que no ponía ningún obstáculo ni barrera a la gracia divina y a la abundancia de dones con los que lo enriquecía el Señor. Se daba a conocer como hombre miserable y sujeto como los demás a las enfermedades humanas, como si no supiera hacer nada bueno. Reconocía que era sólo Dios quien lo hace todo, y por su parte ser sólo un inútil, y no saber nada. Verdaderamente amaba a Dios, y por medio suyo, al prójimo.

12. Mandó que todos dijieran la salutación angélica en la mesa antes de comer, para que los católicos vencieran en la guerra a los herejes. y que cada día cantaran la antífona *Sub tuum praesidium* humil-demente prostrados ante la imagen de la Virgen. Les recomendaba que cada día visitaran el Santísimo Sacramento, y que, si habían he-cho los votos en la Orden, los renovaran.

A pesar de ser sumamente pobre, podía ayudar a los pobres con al-gún subsidio. Una vez que estaba en la sacristía vino alguien a pedir limosna para alimentar a su mujer y los muchos hijos que dijo tener, a quienes no podía dar de comer. José llamó inmediatamente al ecónomo. Le preguntó cuántos panes había en casa. Muy pocos, le respondió. Entonces José mandó que se los diera todos a aquel pobre. El ecónomo respondió que había enfermos en la casa, a los que había que alimentar. Jose le dijo que obedeciera y le diera todos los panes que tenía, pues Dios da pan a los enfermos y a los sanos.

Al oír esto, el ecónomo obedeció. Y apenas había salido de la iglesia el pobre con los panes, entró por la puerta un criado del Cardenal Montalto, y le dio un vale a José para que fuera a cualquier panadería de la ciudad a retirar noventa decenas de panes. Y tampoco omitiré que otro día, cuando apenas había pan en casa, una matrona vino a la puerta trayendo un cesto con pan de primera calidad. Mientras los que estaban allí admiraban su calidad y la dignidad de la señora, en cuanto esta dejó el pan, desapareció.

13. Pero no es de extrañar, porque como el amor que el P. José tenía hacia Dios era muy singular, de ahí surgía ese gran amor que tenía por el prójimo, ayudándole en todas sus necesidades espirituales y corporales con una esperanza muy firme en la bondad divina que siempre le ayudaba en cada ocasión, experimentando muy bien lo que el profeta real dijo: “*Mihi autem adherere Deo bonum est, et ponere in Domino Deo spem meam*”.

Era ferviente en el amor de Dios, y también en el de su prójimo y especialmente en el de los jovencitos, a quienes tenía especial inclinación formándolos en las letras y en el temor de Dios.

14. Me queda, lector mío, antes de narrar su preciosa muerte, ofrecer en este tercer libro un bosquejo de sus más nobles virtudes y dones con los que fue enriquecido por el cielo. Fue elegido desde la eternidad como fundador de una nueva Orden en su Iglesia, no de ermitaños, ni de monjes, sino de obreros para ayudar a las almas, y de caridad con el prójimo, y en consecuencia tuvo que constituirlo para idea y ejemplo de los ministros evangélicos sus religiosos y seguidores. Así que lo adornó con todas aquellas virtudes que son necesarias para un verdadero ministro del evangelio, y de los dones sobrenaturales que podrían hacerlo más conspicuo y admirable a los ojos no sólo de los suyos, sino del mundo entero, para la enseñanza del cual tuvo que abrir nuevas escuelas tanto más eruditas cuanto más piadosas, ya que, según el dicho de Ambrosio, “*primus discendi ardor est nobilitas magistris*”. Por lo tanto, comenzaremos a dibujar las primeras líneas de este noble retrato con aquellas virtudes que son las primeras líneas, y sin embargo también las últimas de la perfección cristiana, las virtudes teologales Fe, Esperanza y Caridad.

Cuán grande fue la fe del Siervo de Dios, no sé cómo expresarlo mejor que diciendo que la fe católica era tan viva en su pecho, y el deseo que tenía de que se extendiera a todos los hombres de la tierra,

que solo este deseo le llevó a propagarla y fortalecerla con tantas de sus labores, como más arriba narramos, enseñando el catecismo, tanto en España en el tiempo que estuvo allí como sacerdote, y en particular cuando fue ministro y vicario en varios obispados de la misma, como en Roma, y fuera de ella, cuando vino, como dijimos, y fundó las Escuelas Pías, donde con tanta servicio y utilidad para la fe católica se enseñan los primeros rudimentos de ella a los niños, y también se ofrece la posibilidad de estudiar gramática a los pobres, con lo que muchos de ellos pueden pasar a estudios superiores y sagrados de Filosofía y Teología para servir en la Iglesia. Era muy enemigo de los herejes, de los que no sólo odiaba las opiniones muy falsas y los dogmas perversos, sino incluso su conversación y comercio, diciendo como otro Antonio el Grande que de ellos hay que huir como de la peste, porque esos basiliscos del infierno infestan con su aliento. Graciosa no menos que heroica constancia mostró al respecto en su última enfermedad, cuando el buen anciano estaba sumamente atormentado por la opresión del pecho y el asma causada por la flema congelada y endurecida en el pecho, y el P. Juan Carlos de Sta. Barbara le trajo un remedio para purgar el pecho muy probado por él y precioso, inventado por el Rey de Inglaterra, que con gran cuidado había preparado para su Padre José en un vaso de mezcla preciosa. Lo aceptó el Siervo de Dios, pero entonces oyó que ese remedio lo había descubierto y preparado un hereje y no sólo no quiso aceptarlo, sino que con gran ardor y eficacia mandó al dicho P. Juan Carlos que lo arrojara por la ventana, y para complacerle y acallararlo tuvo que obedecer y tirarlo por la ventana.

Y de esta fe tan viva nació la gran devoción que tenía al Santísimo Sacramento del altar, y una gran confianza para encontrar allí el remedio para todos los males. Decía la Misa con suprema devoción, preparándola un día para el otro. Solía leer con la más alta devoción la Misa del día siguiente, y con gran atención, y le servía como materia de meditación por la noche y a la mañana siguiente. Después de celebrar la Misa con gran espíritu y fervor, decía que allí no sólo encontraba todo su consuelo, sino el remedio de todos sus males, y las fuerzas para resistir las tentaciones y a todo el infierno, y de hecho hizo la experiencia varias veces.

Y si queremos hablar de su confianza y esperanza en el Señor, se nos abre un amplio campo, porque habiendo fundado su Religión sobre una extrema, y para usar las palabras de Gregorio en la con-

firmación de la misma, como dijimos anteriormente, en una suma pobreza, y en consecuencia sobre nada de todo lo creado, era necesario que fuera grande la esperanza y la confianza que tenía en el Señor y en su Divina Providencia. Bien se vio en dicha fundación, pues no quería que en ella se admitiera ningún tipo de rentas, en particular o en común (a pesar de que luego, por indulto de los Sumos Pontífices, tengan rentas en común), porque quería que todos sus religiosos se apoyaran solo en esta Divina Providencia, de la que debían esperar ayuda en cada una de sus necesidades. Así que a veces solía negarles también alguna ayuda necesaria para hacerles experimentar los efectos prodigiosos de esta santa esperanza.

Hermoso entre los demás fue el caso que les sucedió hacia los años del Señor de 1620 a un tal P. Tomás y al H. Miguel de Luca su compañero, porque enviado el primero como superior a un lugar tomado en Moricone, a unas 20 millas de Roma, y no confiando en hacer tan largo recorrido en ayunas, pidió al P. General un pequeño refresco para llevar en el camino. Quiso él entonces que aprendieran a confiar en la Divina Providencia, y ellos creyeron en su Padre, obedecieron y se pusieron en marcha sin ninguna provisión para el viaje. Después de hacer un gran trozo de camino, cansados por el caminar y el calor de la estación, fueron a refrescarse en una fuente que encontraron en el camino, necesitados incluso de un poco de sustento, y he aquí que encontraron la provisión preparada por el Señor, porque vieron al borde de la fuente una servilleta blanca y en ella precisamente dos panes blancos y grandes de sabor delicado. Dieron gracias al Señor e hicieron la colación que les habían enviado desde el cielo, y se dispusieron a seguir felices su viaje, después de aprender por tan noble experiencia a esperar en todas sus necesidades la ayuda de la Divina Providencia.

Estando otro día en la iglesia, un pobre hombre le pidió limosna diciendo que no sabía cómo alimentar a sus muchos hijos y esposa que tenía en casa. Llamó al Padre al Procurador o Ministro, como ellos le llaman, y le preguntó cuánto pan había en casa. Le respondió que muy poco, y que apenas bastaría para los de la casa, dando un poco a cada religioso. “Vaya - dijo él -, tráigalo todo aquí y dáselo a este pobre hombre, que no sabe cómo alimentar a su numerosa familia”. “Le recuerdo - respondió entonces el Ministro - que en la casa hay muchos enfermos que tienen que comer pronto, y necesitamos pan al menos para ellos”. “Vaya - dijo el General - y obedez-

ca, porque Dios no dejará de remediar la necesidad de los enfermos y de sus religiosos sanos”. Obedeció él, y apenas salió de la iglesia cargado de pan el mendigo, cuando entró en ella un criado del Cardenal Montalto, que le dio al P. General un vale del Cardenal en el que ordenaba un hornero de la ciudad que pusiese a disposición de dicho padre 900 panes para sus religiosos.

Más hermoso fue lo que le sucedió en otra ocasión. No había una sola miga de pan en la casa, ni esperanza de tenerlo, y especialmente de buena calidad para los enfermos, y el P. José, sin alterarse, dijo que confiaran en el Señor. Y en ese momento tocaron la campana de la puerta, fueron otros religiosos con el portero, y encontraron una matrona de aspecto hermoso y muy serio, que entregó al portero en una cesta un pan grande y muy blanco, y mientras ellos admiraban su belleza y majestuosidad, desapareció de sus ojos, que permanecieron llenos de asombro y estupor.

Pero donde mostró grandemente su esperanza en el Señor fue en la gran ruina y persecución, que como antes indiqué, sufrió por sus propios hijos, de modo que cuando las cosas se habían reducido a tal punto que ya parecían irreparables, y que su Religión debía ser destruida, él, entonces con más viva esperanza en Dios, solía decir a sus hijos fieles, que ya desconfiaban: “Ea, no desconfiéis, hijos, que esta no es nuestra causa, es la causa de Dios, por cuyo amor con tantos esfuerzos la hemos instituido, y como le toca a él protegerla, yo nunca perderé la esperanza. De hecho, con el apóstol ‘in spe contra spem omnini sperabo’”. Y, de hecho, se vio después de su muerte, según su esperanza, florecer de nuevo su Religión, cuando ya todos la tenían no sólo extinguida y reducida a Congregación, sino arruinada de hecho, y sin esperanza de ningún refugio. Y si tal era su esperanza en la Divina Providencia sobre las cosas temporales, mayor era sin duda en la Divina Misericordia en relación con las eternas. Con tan viva esperanza esperaba con su muerte la bienaventuranza eterna de la piedad divina por los méritos como él decía, no suyos, sino de su unigénito Jesucristo, que podría ofrecer a los suyos, conforme diremos, su ayuda desde el cielo después de morir.

Y para pasar a su caridad aquí, lector mío, no sé por dónde empezar a hablarte de su amor a Dios, de quien debe proceder todo amor ordenado al prójimo. Era tan grande que, aunque intentaba ocultar este fuego, que cuando reside en un alma no puede con su resplandor dejar de iluminarla, bajo las cenizas de su humildad dema-

siado celosa y cauta, muchas veces le traicionaba su corazón que, inquieto entre esos fuegos, con sobresaltos repentinos del pecho o con ardientes suspiros de la boca, descubría lo grandes que eran sus llamas y ardiente su amor. Sobre todo, esto le sucedía al decir la Sta. Misa y al recitar el oficio divino. Y porque quien ama no sabe apartarse del objeto amado, y sabiendo él por Gregorio que los pies con los que camina el alma, y en consecuencia se aleja o se acerca al objeto amado, son los actos del intelecto y la voluntad, él con el ejercicio continuo de la oración mental siempre se encontraba con su amado Señor con el pensamiento y el afecto, no de cerca, sino ensimismado, si se me permite decirlo, además de estar continuamente con la mente en Dios incluso entre los negocios que más distraen en esta vida, comenzando todos ellos no solo encomendándolos al Señor, sino también continuándolos y terminándolos con el pensamiento siempre fijado en el bien supremo, a quien todo lo que hacía estaba de hecho ordenado.

Tenía muchas horas de retiro dedicadas a la oración mental, alimento vital y único con el que la santidad se sostiene y crece en un alma, saliendo de ella, como lo atestiguan sus compañeros más próximos, que nos dejaron registradas brevemente estas noticias, con el rostro tan iluminado y ardiente que, aunque disimulaba y trataba de ocultar el ejercicio al que se había aplicado, era manifiestamente descubierto por los signos de fuego interno causado por la conversación con Dios, que aparecía en su rostro, y por los discursos tan inflamados, que hacía entonces, que eran suficientes para encender esas llamas sagradas en los corazones de los demás. Así es que, por los frutos tan suaves que sentía en este sagrado ejercicio, se decidió a dejarlo en sus Constituciones, recomendándolo mucho a sus religiosos. En ellas prescribe cinco momentos de oración común: por la mañana a primera hora, una hora de oración mental; antes de ir a comer, otra media hora, en la que se hace el examen de conciencia; una hora después de almuerzo se reúnen en el oratorio para decir la coronilla del nombre de María formada por cinco salmos, e igualmente las antífonas que comienzan con las letras que forman ese Smo. Nombre, compuesta por nuestro Beato Jordán, segundo General de nuestra Orden de Predicadores, y juntos recitan las letanías de la Virgen; a otra hora congruente después de las clases, otra media hora de oración mental; y por la noche antes de acostarse, las letanías de los santos, y el examen de conciencia.

Él, después de haber visitado las escuelas, se retiraba mientras duraban las actividades escolares a hacer oración en la iglesia, que aplicaba para las necesidades de los Sumos Pontífices, y de la Santa Iglesia. Y como en el Smo. Rosario de la Virgen se unen tres cosas queridas por ella por serlo en deferencia a la reina del cielo, de la que era muy devoto, y la oración del Pater y Ave María, que son las principales de la Iglesia, como nos lo enseñó el mismo Cristo y personas tan importantes como fueron Gabriel e Isabel, y sobre todo porque guarda unidos mentalmente los 15 misterios principales de la vida, muerte y gloria del redentor glorioso, lo recitaba todos los días con suprema devoción, y aumento de espíritu, para que no dudara en recomendarlo a los demás como muy útil a todo fiel. Y para completar lo que decimos de sus devociones, era también muy devoto de muchos otros santos como Gregorio Magno, del glorioso patriarca S. José, de San Francisco de Asís, y de su serafina española Santa Teresa, cuyas obras siempre leía diciendo que lo hacía para intentar despertar un poco en su corazón ese fuego sagrado, del que estaba llena aquella gran maestra de Teología mística, de cuyos devotísimos escritos llenaba sus cartas, que este y no otro era el propósito de P. José conocía en todos estos santos ejercicios; y ser su caridad con el prójimo efecto de tan gran amor, no podía sino ser grande. Ya arriba queda narrado cuántas obras de caridad realizaba desde los primeros años de su edad, y cómo llegó a Roma, y colocado en la casa del cardenal Colonna se entregó con más fervor que nunca a las obras de caridad visitando continuamente y sirviendo no sólo a los enfermos de los hospitales de esa ciudad, sino a muchas casas de los pobres a los que ayudaba con grandes limosnas. Esta gran caridad le movió (no pudiendo ver sufrir a tantos niños pobres, que por no tener quién les enseñara tenían que permanecer en la oscuridad de la ignorancia no solo de las ciencias, sino también de las noticias más necesarias de los misterios de nuestra fe, recibiendo con ello no menos daño en el alma que en el cuerpo) a establecer primero en Sta. Dorotea, como se mencionó anteriormente, las escuelas en las que pagaba con su dinero a los maestros de escuela, y proveyendo lo que era necesario para ellos, de modo que los niños estudiantes fueran enseñados por amor de Dios. Y luego, para que esta obra se perpetuara, instituyó inspirado por el Señor su Religión llamada de las Escuelas Pías, para fundar y mantener la cual ya se dijo más arriba cuánto tuvo que trabajar y sufrir. Sin embargo, estas

impetuosas aguas de persecución y esfuerzos no pudieron extinguir en él la caridad, de modo que incluso decrepito trabajaba con gran diligencia para el beneficio de muchos niños que venían a sus escuelas, no solo en Roma, sino en todas las demás ciudades a las que con admirable brevedad de tiempo se había extendido su Religión.

15. Era celoso del honor de Dios, y no podía sufrir que con palabras o hechos fuera ofendida la Divina Majestad, y por esta razón si le era posible, impedía escándalos y pecados. Se encontraba en el mes de abril del año 1623 en la tierra de Carcare, en el marquesado de Finale, a donde se había trasladado para visitar esa nueva fundación de su piadoso Instituto, junto con la de Savona, y se enteró de que entre los principales de esa tierra reinaba una ardiente enemistad, por lo que toda la gente estaba envuelta en hechos de odio tan cruel que existía el peligro de que llegaran a las manos. El Siervo de Dios José con su celo habitual trabajó de tal manera con exhortaciones y documentos sagrados que los apaciguó y redujo los espíritus a la verdadera paz y armonía, y en su presencia, derramando todos lágrimas de arrepentimiento, se abrazaron, y perdonándose mutuamente las ofensas unos a otros, se reunieron en paz verdadera y perpetua. Llegada la noticia de este hecho al oído de Don Pedro de Toledo, Gobernador de Finale, se retiró a su oratorio, postró sus rodillas en el suelo, en acción de gracias a Dios, y recitó devotamente el *Te Deum Laudamus*.

Tanta era la unión que tenía con la fe católica, y el odio contra los herejes, que también aborrecía los remedios descubiertos y utilizados por ellos. Otro día estaba igualmente muy angustiado por la sed, y al darse cuenta uno de los Padres, le pidió que se enjuagara la boca, a lo que él respondió que sí, pero que quería la copa con la cruz maltesa. Era una copa hecha de arcilla rústica, con una cruz maltesa en el centro, con la cabeza de San Pablo, y a su alrededor había varios misterios de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, que le había regalado poco antes el obispo de Malta. Inmediatamente se llenó dicha taza de agua fresca, y dada al enfermo, la tomó, y comenzó a besarla tiernamente en aquellas partes donde se encontraban los misterios de la pasión, y tras enjuagarse la boca, la devolvió. Se ve en este hecho que la había pedido a causa de estos misterios, para refrescarse besándolos más que con el agua misma.

Había fijado en su mente ese dicho del Espíritu Santo registrado en el salmo 33: “Venite filii, audite me, timorem Domini docebo vos”.

Y conociendo que el Señor le había destinado a este ministerio, no sólo se aplicaba a él con toda la atención, sino que lo inculcaba igualmente con gran eficacia en los maestros. Y debido a que el propósito principal del Instituto es la buena educación de los niños privados de cualquier otra ayuda, les decía esas palabras del Salvador: “Ne contemnabis unus ex his pusillis”, queriendo que fueran tratados con verdadero amor y caridad, como mies crecida para ser llevada a los graneros del Cielo. Por tanto, se esforzaba en inculcar en la mente de los mismos maestros ese gran concepto que él mismo tenía del Instituto, al que consideraba ser el más noble y generoso ejercicio que se puede emprender, aunque los hombres del siglo, que no tienen en cuenta el último fin de la salvación del prójimo, lo tienen como vil et abyecto; mientras que tiene de divino el trabajar por la salvación del alma. Y quería que esta idea se inculcase especialmente a aquellos que venían a la Orden y que se dispusieran a ello con verdadera humildad, como escribió a un superior maestro de novicios en Nápoles con estas palabras: “Aprendan los novicios a humillarse tanto como puedan interiormente, para que sean adecuados para un ejercicio tan elevado como es el ejercicio de enseñar a los niños, que a nuestro enemigo el mundo le parece tan bajo y vil, pero con la práctica descubrirán su valor”. Cuál sea este valor, parece mencionarlo en otra carta escribiendo así: “La enseñanza de los niños agrada mucho a Dios, y es de sumo disgusto al diablo; y en este trabajo hecho por el amor de Dios todo esfuerzo es pequeño; y él nos quiere en este camino al Paraíso, en el que debemos luchar hasta la muerte para obtener el premio”. Y en otra ocasión también dijo que emplear su talento al servicio de los niños es la manera de adquirir grandes méritos y asegurar el camino del Paraíso. Por este camino el Siervo de Dios caminaba con gran decisión, e incitaba a otros con su ejemplo. Pues, a pesar de las muchas y serias ocupaciones del gobierno general de la Orden, no pasaba ningún día en el que, además de visitar las escuelas vigilando sobre todo a los maestros, no se empleara en una obra tan santa como dar clase a los niños, llamando a grupos de ocho o diez y llevándolos a parte para enseñarles cuanto era necesario para la salvación de sus almas. Y en tan santo ejercicio perseveró hasta los últimos años de su vida. Movido por la misma caridad de la salvación de las almas, estaba el Siervo de Dios siempre listo cuando le llamaban a escuchar confesiones, tanto en la iglesia como en la sacristía, donde por la mañana

solía quedarse algún tiempo a tal efecto. Además, se apresuraba rápidamente para ayudar a los enfermos de cualquier condición que fueran, a quienes con un afecto indescriptible sugería actos de virtud y devotas oraciones para su feliz paso a la vida eterna. Y por la opinión de su gran bondad y virtud, entre otros cardenales Miguel Ángel Tonti, y García Mellini lo quisieron presente en su última enfermedad, para rendir en sus manos el alma al Creador.

A esta caridad de ofrecer ayuda espiritual añadió otra, la de ayudar al prójimo incluso en las necesidades corporales. Siempre fue misericordioso y compasivo, desde que era joven, con los pobres y les ayudaba con las limosnas que podía; y la misma compasión tuvo cuando religioso, no permitiéndole el corazón dejar que ningún pobre se apartara abatido de su presencia. Ayudaba a varias familias pobres y vergonzosas, a algunas de las cuales enviaba todos los días comestibles para su alimentación; y a una pobre señora reducida por los acontecimientos del mundo a la miseria, le envió su propia sotana para vestirse, y esto lo hacía con tal liberalidad que no tenía en cuenta sus propias necesidades y las de sus religiosos. Incluso les animaba a dar limosna, diciéndoles: “Dad, que Dios proveerá. Confíad en Dios que no os fallará”. Y la Divina Providencia, en la que confiaba, no defraudó en absoluto su confianza, como la experiencia en varios casos dejó claro, y sobre todo una mañana en la que encontraba el Siervo de Dios José en la sacristía, y se les presentó un caballero pidiéndole limosina para sus seis hijos, diciendo que hacía un día y medio que no había comido y no tenía nada que darles. Se enterneció el buen Siervo de Dios, y pidió al sacristán algo de dinero, pero al ver que no se había recibido ninguna limosna de misas, llamó al encargado del pan, quien le dijo que sólo había cuatro panes para los enfermos, que luego tenían que almorzar. Ordenó que se los diera a ese caballero; pero poniendo dificultades dicho encargado, le mandó: “Déselos sin replicar, que Dios proveerá para los enfermos y para los sanos”. Apenas se fue el caballero con dicha limosna, llegó a la puerta un criado con una orden para ochenta panes blancos, enviada como limosna por el Cardenal Montalto, e inmediatamente fue enviado uno al horno donde retiró los panes, y así se proveyó a la necesidad de los enfermos y los sanos, correspondiendo el Señor con mano generosa a la limosna dada por amor suyo.

16. Por lo tanto, dispuso que el espíritu de caridad que inflamaba su corazón se comunicara a todos sus hijos espirituales que estaban

empleados en la educación de los jóvenes, diciéndoles a menudo las palabras de Cristo nuestro Señor “No menospreciéis a ninguno de estos pequeños”, queriendo que fueran tratados con toda la plenitud de la santa caridad, para atraerlos de esta manera más fácilmente a la piedad cristiana, que era el propósito del instituto creado. Así que trató en la medida de lo posible de imprimir en la mente de los maestros un concepto muy alto del instituto, que trata de la ayuda al prójimo con el vínculo del voto solemne, lo que hace que todas las demás acciones llevadas a cabo por sus religiosos, aunque fueran muy grandes, eran de menor mérito para ellos que la de instruir a los niños en el santo temor de Dios, y en las letras. Y en relación con ello leemos muchas referencias en este libro, que declaran que para los religiosos de las Escuelas Pías la obra más aceptada por el Señor es la del trabajo en las escuelas, para lo cual nuestra Religión está plantada en la Iglesia de Dios.

Él, por lo tanto, que tenía esta máxima tan cierta arraigada en su corazón, se dispuso a dedicarse al bien de los niños todo lo que podía, de modo que varias veces al día visitaba todas las escuelas, examinaba a los niños, les enseñaba los artículos de nuestra santa fe, y de la mañana a la tarde se ocupaba de una clase de principiantes hasta el extremo de su vida, y acompañaba a los grupos de niños a sus hogares, y proporcionaba a los más pobres libros, papel y plumas, como se mencionó anteriormente. Y no se cansó nunca de hacer esto, aunque estaba tan ocupado en su oficina como general y tenía que gobernar y regular muchos colegios del instituto ya dilatados en varios lugares del estado pontificio, en Liguria, en el Reino [de Nápoles], en Toscana, en Sicilia, en Cerdeña, en Germania, en Polonia y Bohemia. Y para que sus religiosos trabajaran uniformemente para educar santamente a los niños, dio normas tan hermosas, tan fáciles y tan santas en sus Constituciones, que, puestas en práctica, no podían dejar de tener el fruto deseado.

Pero su caridad no se extendía sólo a los escolares. Aunque estos tenían en su alma el primer lugar, procuraba además expandirla a otros, escuchando las confesiones de sus muchos penitentes, pero sobre todo de niños, para escuchar a los cuales dejaba a cualquier otra persona. Acudía a ayudar a los enfermos, a quienes ofrecía advertencias saludables y consejos espirituales hasta el punto de que no querían apartarse de él hasta que habían devuelto el espíritu a su creador. Y por el concepto que tenían del Siervo de Dios por la dicha

bondad de vida y el maravilloso arte de consolar al moribundo, el cardenal Miguel Ángel Tonti, y al cardenal García Mellini quisieron que asistiese a su última enfermedad.

Además de las necesidades espirituales de su prójimo, también proveía a sus necesidades temporales, pues la extraordinaria finura de corazón que desde que era niño sentía hacia los pobres, y les ayudaba en lo posible, la mantuvo mientras vivió. El efecto de esto fue ayudar a varias familias pobres vergonzosas, y todos los días a algunos les enviaba ayuda para alimentarse. A una dama reducida a un estado miserable envió un día su sotana, para poder protegerse del frío. Si al dar limosna, según la prudencia humana, a algún religioso del colegio le parecía que se excedía, respondía: “Dad, que Dios proveerá”, o incluso, “Confíad en Dios, que no os faltará”, como en realidad sucedió, como se puede ver en los siguientes casos.

Un día, cuando el P. José estaba en la sacristía, un caballero se le acercó y le pidió limosna para él y seis hijos que tenía, y afirmaba haber estado un día y medio sin comer. Como era compasivo, le preguntó al sacristán si había limosnas de misas, y respondiéndole que por ahora aún no había llegado ninguna, llamó al encargado de la despensa y le ordenó que le diera el pan que tenía a ese pobre caballero. Él respondió que sólo había cuatro panes blancos en la casa, que debían servir para los enfermos; y él respondió que se los diera, porque Dios proveería para los enfermos y los sanos. El despensero obedeció con prontitud, y apenas partió el caballero, llegó un criado del cardenal Montalto, con una orden suya para que el panadero entregara ochenta decenas de panes de su parte. Y así fue abundantemente provisto por el Señor a través de la generosa caridad de José. En otra ocasión, encontrándose el Siervo de Dios en Nápoles, a donde había ido a plantar el Instituto Pío, un día, después de haberse fatigado sus religiosos en las escuelas, no tenían nada para recuperar las fuerzas. Recurrieron a su amoroso Padre, quien respondió que fueran ante el Santísimo Sacramento y dijeran cinco Pater y cinco Aves. Así lo hicieron sus obedientes hijos, y entonces llamaron a la puerta, y el portero encontró en el patio tres cargas de comestibles, sin saber quién las había dejado allí.

Pero pasemos a hablar de algunas particularidades de sus virtudes, que le hicieron brillar ante los ojos de Dios y del mundo. Su fe era muy vívida, manifestándola con actos externos, que normalmente son pistas de lo que siente el interior. Muy a menudo y con mucha

devoción se marcaba con la señal de la santa cruz, que contiene los más altos misterios de nuestra fe. Ardía en un celo santo para que las personas incultas y los niños fueran instruidos en las máximas de las verdades católicas, y se empleaba en un ejercicio tan piadoso con tal fervor que no le importaba exponer a su persona al ridículo y al sufrimiento, con tal que las almas redimidas con la sangre de Jesucristo tuvieran el alimento de la enseñanza cristiana.

Efecto de su gran fe era la ardiente devoción al Santísimo Sacramento del altar. Celebraba los misterios divinos con suprema humillación y reverencia. Se servía de los dos dedos que habían tocado la hostia consagrada para detener el ímpetu del diablo, como se dijo que le sucedió en Santa Práxedes, y otra vez en S. Juan de Letrán. Iba muy a menudo y quería que sus religiosos fueran a visitar el Santísimo en su propia iglesia, y especialmente con motivo de alguna necesidad grave, y de estas visitas resultaba el obtener del Señor lo que él pedía.

No menos se manifestaba el celo que tenía por la santa fe cuando oía que el sacrosanto nombre de Dios era blasfemado, cosa que le horrorizaba y sentía que las entrañas se le conmovían, y no dejaba de hacer una amorosa corrección a los culpables. Por ello aborrecía a los herejes como miembros pestilentes separados de la Santa Iglesia. Manifestó esto cuando estaba enfermo de su enfermedad mortal, y le dieron unas rodajas de limón con azúcar para templar el ardor de la fiebre, y para que se animara a tomar este remedio el Padre que le asistía le dijo que este remedio o refresco había sido inventado y usado por Enrique Octavo, Rey de Inglaterra. Cuando lo oyó José, ya nunca más quiso probar esas rodajas de limón, sino que inmediatamente escupió lo que tenía en la boca, y ordenó que todas las demás fueran arrojadas por la ventana, y al preguntarle el enfermo por qué tal cosa, respondió el Siervo de Dios: “Porque Enrique era un hereje y dejó la fe católica romana. Fuera, fuera, tiradlo fuera”. Por el contrario, disfrutaba mucho de su conversión, y cuando nuestros religiosos le enviaban noticias del número de herejes convertidos por ellos, se llenaba de alegría, y en tales ocasiones solía decir que, si su avanzada edad no se lo hubiera impedido, habría ido en persona a esos países para tener parte del mérito que sus otros religiosos ganaban por una obra tan grande.

No menos singular era el brillo del Ven. P. José en la virtud de la esperanza, manteniendo siempre puesta su confianza en el Señor, de

modo que sus palabras más conocidas eran: “Esperemos en Dios; esperamos en Dios”. Esta esperanza en la asistencia del Altísimo fue la que la animó a la gran obra de la erección de las Escuelas Pías sin tener ningún fundamento cierto de subsidio humano, requiriendo dicha obra un gran gasto, tanto para el mantenimiento y salario en un principio de algunos maestros, como en el pago del alquiler de los locales en los que se desarrollaba el instituto, y en proporcionar libros a los niños, plumas etc., como decíamos. Con todo esto, confiando en Dios, dio su mano y cumplió la tarea, sin que nunca le faltara de nada, a través de la divina Providencia en la que José había depositado toda su confianza. Así que decía que, aunque a veces había estado en peligro porque le faltaba algo necesario, Dios siempre le había provisto. Y un día le dijo al Sr. Matías Judiski, Archidiácono de Vratislavia, que estando en Roma se maravillaba de la gran pobreza en la que había fundado su pío Instituto, y sin embargo dudaba de su progreso: “Le digo a V.S. que no hay motivos para desesperar de la providencia del bendito Dios, sino confiar en ella, de lo cual tengo muchos ejemplos”. Y le contó, entre otros, lo que le sucedió en Nápoles, ante la falta del sustento necesario a sus religiosos cuando aparecieron tres cargas de provisiones en la puerta sin saber quién las envió.

Era tan grande y segura la esperanza que tenía en el bendito Dios, que cada vez que veía dudar a sus religiosos, decía: “Hijos, confiad en Dios, porque él proveerá”. En los disturbios y tribulaciones de la religión nunca se desanimó, sino que confiaba constantemente en la ayuda de Dios, que no permitiría que su causa peligrara, y decía: “Dejémoslo en las manos de Dios, que lo arreglará todo: *in manibus tuis sortes meae*”. Y a un religioso confidente suyo que dudaba que las Escuelas Pías serían destruidas, le dijo: “Mientras tenga aliento, nunca perderé mi firmeza en el servicio de Dios, y también esperaré en *spem contra spem* [esperando contra toda esperanza], pues la obra que he hecho la he hecho por puro amor a Dios”.

Por lo tanto, dado que era el fuego del amor divino lo que le hacía actuar, puede argumentarse cuán grande era su ardiente caridad hacia Dios. Ella era lo que le hacía permanecer casi continuamente absorto en la contemplación de los más altos misterios de la divinidad, y con los sentidos externos tan compuestos y recogidos, que apuntaban a la unción interna que tenía con su único bien. De ahí nació esa gran facilidad y disposición que en todo momento tenía para hablar de cosas del espíritu, animando al amor divino a

los demás que le escuchaban. Y sobre todo cuando tenía que ir a tratar con algún seglar para algún asunto importante, después de tratarlo introducía discursos espirituales con tal energía de espíritu, que se notaba que su corazón estaba completamente inflamado por el amor a Dios, como testificó el Sr. D. Apio Conti, Duque de Poli, quien muchas veces se encontró presente en sus santos razonamientos. También fue observado por la Sra. Hortensia de la Riccia Biscia, que era su hija espiritual, que un día mientras hablaba en su casa de cosas espirituales brillaba todo su rostro; tan grande era el fervor con el que hablaba de Dios.

Fue el efecto de este amor santo el promover en lo posible cada vez más la gloria de Dios sin escatimar dificultades e inconveniencias que por esta razón le pudieran suceder. ¿Que no hizo o no sufrió José para comenzar la obra de las Escuelas Pías? Se sometió a los riesgos de su propia vida, a la calumnia, a la persecución y a despojarse de todo lo que tenía para hacerse pobre y vil a los ojos de los hombres, siendo su único objeto la mayor gloria de Dios, que debía manifestarse haciendo que la juventud adquiriera buenas costumbres y temor del Señor desde los años más tiernos.

Para conocer el grado eminente de la caridad que tenía hacia su prójimo, basta con hacer una simple reflexión sobre el Instituto que fundó, por completo dirigido a la salvación espiritual y a la utilidad temporal de la juventud, que es la mejor parte de la república cristiana. Esta obra, que es una de las más útiles y necesarias en el cristianismo, aparte de la buena educación aprendida en la infancia, se mantiene normalmente hasta la muerte como dijo el sabio: *Adolescens iuxta via sua, etiam si senuerit non recedet alea* [el camino emprendido por el adolescente no cambiará cuando envejezca]. Fue establecida por el Padre José con reglas tan buenas y santas que ya no pueden ser más a propósito para el fin que él buscaba, es decir, la formación de los jóvenes en la piedad cristiana.

Por esta razón, para que dichas normas fueran bien practicadas por sus religiosos y fueran de mejor servicio al prójimo, se expuso a realizar muchos y penosos viajes, cabalgando sobre un vil borriquillo, no pudiendo hacerlos a pie por el impedimento que tenía en la pierna a causa de la mencionada caída, visitando los colegios de Religión, y plantando nuevas comunidades de su santo Instituto. El año 1623 fue a Savona en Liguria, donde dio el hábito a tres jóvenes, uno hijo del marqués Cavretti, otro del marqués de Monesiglio y el

tercero de otro noble de Savona de la Casa Baroni. De Savona fue a Carcare, tierra de Langhi y dominio de España, consolando con su presencia a sus religiosos, y aumentando el amor hacia las Escuelas Pías en aquellos Pueblos, que veían a José no como un hombre, sino como un Ángel del Paraíso, por la santidad que respiraba su presencia, y la cortesía de sus palabras.

En este lugar reconcilió en fausta paz a sus gentes, en discordia antes de que llegara él, de lo que seguían muchas ofensas a Dios, consiguiendo que se abrazaran y se dieran el beso de la paz, algo que muchos otros personajes y religiosos que lo habían intentado no habían podido lograr. Por esta razón⁴⁰ cuando Don Pedro de Toledo, Gobernador de Finale, tuvo la certeza de la paz conseguida por obra de José, cantó en su capilla un Te Deum, agradeciendo a Dios que hubiera enviado a un hombre que como ángel de paz había sido capaz de sofocar tantas y tan tercas discordias. Una vez finalizada esta obra, regresó a Savona, pasando después a Génova, cuya Señoría se encariñó tanto con él que le hizo una insistente petición para que sus religiosos fueran introducidos allí, como ocurrió en enero del año siguiente 1624.

Su caridad hacia su prójimo no se limitaba a buscar el buen servicio sólo de las escuelas, sino que se extendía a las personas necesitadas, como se ha indicado en otra parte, cuando asistía a los enfermos, ayudaba a los prisioneros, servía a los peregrinos y también daba su ropa a los necesitados. El P. José disfrutaba, antes de fundar las Escuelas Pías, además de los muy copiosos bienes patrimoniales, dos mil escudos de beneficios eclesiásticos. A los que renunció en beneficio de algunas personas virtuosas pobres, para ayudarles a avanzar en sus estudios. Y en Roma a un pobre clérigo que no tenía dinero para pagar la expedición de un beneficio que había recibido, consiguió mediante limosnas toda la suma necesaria, y le consoló. Una vez, en el principio de la Religión ocurrió que, habiendo caído enfermo un clérigo novicio, y por la estrechez de la vivienda no había habitaciones para la enfermería, lo colocó en su propia habitación, y en su propia cama, y mientras duró la enfermedad él dormía sobre una caja desnuda, con una sola almohada de paja debajo de su cabeza. Tan grande era la caridad que tenía hacia todos.

40 Ibid.195.

Virtudes cardinales

2. ¿Alabaré de nuevo en el anciano la prudencia, que ya habéis admirado como singular cuando era joven? ¿De la cual aprendisteis del Doctor Máximo que es la única entre los restantes adornos de las virtudes que aumenta con la edad? Testigos de ello son tantas cartas, de su puño y letra, incluso cuando ya era anciano, que tratan de cosas varias, diversas, y graves sobre todo tipo de cuestiones humanas, que con divina sabiduría escribía muy a menudo a los suyos y a los de fuera, a la gente vulgar y a los príncipes. Testigos de ello son los saludables consejos que daba en temas complicados y difícilísimos que daba a mucha gente principal que se los pedían para moderar sanamente sus ánimos, que daba no desde el trípode de Apolo sino desde el Numen celeste. Testigo es, en fin, la elección de las cosas mejores, que quería seguir en todo asunto, para que toda la vida se fundara rectamente con velas y remos, de modo que prefería morir antes que conseguir y poseer alguna cosa que pareciera buena con algún arte.

4. En décimo noveno, que importantes cardenales aclararon de manera segura que este Siervo de Dios cultivó estrictamente la justicia, que nunca tomó nada para sí o para otros, y que con ánimo sincero y mirada sencilla procuraba tomar la decisión más probable, excusando a los pecadores públicos. Ninguna pasión le movía al ejercer su oficio al tomar decisiones, sin ser movido por ningún afecto o pasión, dando a cada cual lo que le correspondía, sin defraudar a nadie en lo que se le debía.

En vigésimo lugar, que tenía tanta prudencia el Siervo de Dios que fue admirada por grandes hombres, y por los mismos Sumos Pontífices Clemente VIII, Paulo V y Gregorio XV, y le pidieron consejo muchos obispos y los mismos Pontífices. Sus acciones, sermones y pensamientos iban siempre dirigidos a la salvación eterna, tano la propia como la del prójimo, y en los medios que hay que elegir para este fin. Fue siempre diligentísimo en pedir antes la ayuda divina, y muy cauto y amante de la verdad. Siempre fue ajeno a cualquier palabra ambigua. Hablaba siempre con un rostro sereno, en el que lucía un candor purísimo que atraía fácilmente a todos con su suave manera de hablar. Nunca decía palabras ociosas, y escuchaba de buena gana a todos, de modo que no solo las personas simples, sino también los prelados y príncipes admiraban su doctrina, su elocuencia y sus acertados consejos.

En vigésimo primero, demostraré que tuvo una fortaleza admirable, con la que emprendió acciones arduas por la gloria de Dios y el bien del prójimo, y por su congregación, y con increíble constancia consiguió el efecto deseado, afrontando trabajos, incomodidades y dificultades con ánimo tranquilo y rostro sereno, casi angélico, como si no sufriera, pues siempre tenía en la boca el dicho “el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan”. Todos los trabajos los consideraba leves y fáciles para conseguir los gozos del Paraíso. En vigésimo segundo, demostraré que el Siervo de Dios cultivó y amó la templanza de tal modo que ni expresaba alegría en los acontecimientos felices ni dolor en los adversos, y tenía un ánimo tan moderado que apenas se podía notar en él ninguna conmoción. Se abstenía de recordar cosas antiguas agradables, y su única satisfacción era trabajar incansablemente por Cristo, por sus religiosos y por los pobres, y cuanto más duro era el esfuerzo, más contento parecía. Se diría que era enemigo de los placeres de la comida, y que no comía por gusto, sino por mantener la vida.

4.3. En cuanto a esto (virtudes cardinales), además de los actos mencionados anteriormente, que son propios de un hombre justo, constante, prudente, y templado, puedo afirmar que no he visto en él actos contrarios a estas virtudes cardinales. De hecho, muchos actos proceden de ellas, tales como la observancia de la palabra de fe. En cuanto a los relacionados con la justicia, no sé que haya quitado a nadie lo debido. De hecho, ayudaba con las limosnas a los demás, y sé que él se preocupaba por la paz y la tranquilidad, y que de buena gana renunciaba a pleitos. Con su persona era parco, y sé que después de que lo conocí sólo comía una vez al día, y en cuanto a la ropa era muy ordinario y vestía como todos los demás, de hecho, muchas veces de manera más vil. En cuanto a la distribución de los cargos, sé que siempre tenía en cuenta los méritos de la virtud, más que otras condiciones, porque le oí varias veces hablar con mucho sentimiento. De hecho, unos meses antes de que muriera, me contó que había hablado con el Eminentísimo Cardenal Panfilí, que ahora es el Sumo Pontífice, y le dijo que la Iglesia era fácil de reformar. Su Eminencia le preguntó la manera, y añadió nuestro Padre que, buscando antes buenos sujetos, virtuosos, aptos para ser obispos, y entre estos escoger a los mejores para el cardenalato, lo que aseguraría un excelente Pontífice, y de esta manera se reformaría la iglesia. Tanto era el deseo que nuestro Padre mostraba de la virtud y de

la justicia, que quería tener en cuenta sólo el mérito de la bondad, y no los respetos mundanos.

En cuanto a los ejemplos de prudencia, lo considero sobresaliente, y en ella perseveró hasta la muerte, porque nunca vi su rostro turbado, ni le oí quejarse de palabra, sino que siempre bendecía a Dios, a cuyo juicio remitía sus obras, teniendo siempre en su boca “Hágase la divina voluntad en todo y por todo”, y a mí, que trataba a menudo con él, me decía: “Hijo, tenemos un punto en común con los Apóstoles, que es padecer injurias por el nombre de Jesús. Procuramos tener también el primero: iban los Apóstoles contentos”. Y mostrando yo en mis palabras alguna duda con respecto a los muchos sufrimientos, él añadió: “Mientras tenga aliento en la boca, nunca perderé la firmeza en el servicio de Dios, y espero incluso con esperanza contra la esperanza, porque la obra que he hecho, la he hecho por el mero amor de Dios”. Y se lamentaba muy a menudo no por los errores, sino por el peligro de la salvación de quienes los cometían, y sé que oraba eficazmente por ellos, venciendo el mal con el bien, dicho que tenía en su boca, y este sentimiento lo tuvo siempre hasta la muerte, que sucedió en Roma en la casa de San Pantaleo, el veinticinco de agosto mil seiscientos cuarenta y ocho, a la edad noventa y dos, dando un gran ejemplo de paciencia, y de conformidad con la voluntad de Dios, tras haber pedido y recibido los sacramentos, que solía recibir con mucha reverencia, y el sacramento del Altar de rodillas.

En cuanto a la prudencia de dicho Padre, sé que era admirable, y muchos venían a verle para aconsejarse, entre ellos estaba el Sr. Duque Conti, que a menudo venía a pedir consejo al Padre. Y sé que le llamaban los Eminentísimos Lanti y Torres, de quienes era también su confesor, y otros que no recuerdo. En cuanto a los cargos, me remito a lo que dije anteriormente. En cuanto a la prudencia en el negociar, era diestro, y muy eficaz en persuadir con hermosos modales y palabras suaves, pues de su boca yo nunca he oído palabras indignas de un religioso prudente y piadoso.

En cuanto a la fortaleza, me refiero a lo dicho más arriba, la que tenía para soportar las tribulaciones, penalidades e incomodidades en la congregación y por el amor de Dios, y con cuánta constancia y severidad en el rostro lo soportaba todo, y consideraba cada esfuerzo de este mundo un vil precio para el paraíso. A menudo tenía en la boca ese dicho: “El Reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan”.

He conocido a dicho Padre muy templado, y no había disgusto que le aterrara, ni alegría que le hiciera alterarse, ni accidente que turbara su tranquilidad y paz, y estaba lejos de cualquier recreación sensual, tanto en comer, y beber, como de las demás. En las recreaciones hablaba de tal modo que sus discursos podrían llamarse conferencias espirituales, y era tan modesto, que incluso enfermo y viejo, a pesar de que estaba muy a menudo en su habitación, nunca pude ver ninguna parte de su cuerpo desnuda. En esta materia era muy pudoroso. En cuanto a la alimentación, era muy observante de ayunos, y cuaresmas, incluso en los años de su vejez.

4.8. Al persuadir y consolar era tan prudente que era cosa admirable, y no había atribulado que no se fuera de su lado consolado. De la sonrisa de su rostro yo deducía la fortaleza que tenía, y era tan templado en las tribulaciones que no podía discernir si recibía más gusto de las satisfacciones que de las tribulaciones. De hecho, creo que disfrutaba más de tribulaciones que de las cosas prósperas, por lo que supongo que esta virtud estaba encadenada a todas las demás, y que de Dios había recibido todos los dones del Espíritu Santo.

4.9. Y de las otras virtudes cardinales, la prudencia, la templanza, la justicia y la fortaleza estaba muy adornado, y lo era en concepto de todos. Pues en cuestión de prudencia, se ocupaba bien de los negocios que trataba, como dije más arriba. En cuanto a la fortaleza era singular, por lo que era apreciado por los demás. Se vio en la persecución que le hicieron en Roma sus propios hijos y otros varias veces, y en particular cuando fue conducido al Santo Oficio, a donde fue enviado de repente, y la persecución no sólo la soportó con fortaleza, sino que además fue a ver a sus propios perseguidores con ocasión de su enfermedad para consolarlos. No guardaba ninguna amargura; incluso cuando los que le mortificaban tanto no tenían ánimo para soportar el rostro del Padre José, acusándoles su conciencia, sin embargo, el Padre José mismo benignamente los quería visitar y ser amable con ellos, como si nunca hubiera sido ofendido por ellos. De la templanza y justicia, puedo contar los actos que escuchará vuestra Señoría. Muchas veces tenía que aguantar las tonterías e imprudencias de los que trataban con él, y parecía imposible no impacientarse; sin embargo, la mayor palabra de resentimiento que he oído decir de otros, era levantar algo más la voz, y hacer un gesto con la mano, con decir “bendito sea Dios”,

y lo repetía muchas veces. En cuanto a la rectitud de la Justicia, era tan observante que para mantener exactamente el instituto de su Religión era el primero en observarla y dar ejemplo, como en penitencias, disciplinas, yendo descalzo incluso a los noventa y cinco años, y en todos los actos observaba la justicia en su Religión, que por querer hacerla observar le vinieron las persecuciones, y rebeliones, y esto lo sé por el trato que he tenido en esa casa, y por ser público y bien conocido tanto en Roma como para toda Europa.

4.19. El Padre siempre contaba cosas del espíritu acerca de la observancia de la regla, a la que me exhortaba. Y debido a que el instituto de nuestra regla en particular se relaja en la observancia de la abstinencia de los alimentos cárnicos, tanto los lunes como los miércoles, además del viernes y el sábado, después de haberse introducido un poco de dispensa para el lunes, sólo para tomar el caldo, pero no la carne, el Padre General no podía sufrir esta dispensa, si bien entonces, condescendiendo con la fragilidad de los demás, tomaba el caldo, pero realmente yo me daba cuenta de que lo hacía de mala gana, y sólo para condescender a las necesidades de los otros Padres, pues se había introducido la dicha costumbre de tomar el caldo, y dejar la carne, costumbre que también hoy se observa. De hecho, me acuerdo de un detalle en esta cuestión de la abstinencia de alimentos cárnicos el lunes. Un lunes el Sr. Blas, un capataz del Cardenal Tonti de gloriosa memoria, llevó a nuestro Padre General con otros dos padres de la casa a ver un viñedo que podría ser conveniente para los estudiantes del Colegio Nazareno. El Padre Francisco de la Purificación y el Padre Arcángel de San Carlos, que eran los dos Padres que el Sr. Blas llevó, junto con el Padre General, para ver dicha viña, el día anterior, que era domingo, vinieron a verme, y me dijeron que cocinara comida de Pascua para el viaje, que tenía que hacerse al día siguiente a la viña citada, y ejecuté puntualmente lo que me dijeron. A la mañana siguiente, cuando los Padres llevaron la carne a la viña, el Padre General se enfadó mucho, por lo que me dijo, pero asegurado a V.S. que no mostró ningún signo, para no molestar al Sr. Blas. Además, la regla no ordena esta abstinencia, sino que es sólo un añadido, del que puede dispensar en algún caso el superior. Por la noche, de vuelta a casa, me llamó aparte y me dijo las siguientes palabras con gran sentimiento: “El Padre Arcángel se ha burlado solemnemente de mí; me ha forzado en el campo a comer carne. Tuve paciencia para no molestar al Sr. Blas, pero quiero

que me la pague. Quiero que mañana por la mañana en el refectorio coma pan y agua en el suelo, y también yo quiero pagar mi parte, así que mañana por la mañana no haga más que un pancotto con agua y sal”. Y así obedecí. También recuerdo y quiero decirles de la exactitud con la que quería observar la abstinencia del miércoles, en el que no quería que se tomara el caldo si el día siguiente al miércoles era de vigilia. Cuando le pedían al Padre General que diera dispensa el miércoles, siempre se oponía, y no quería que nadie permitiera tal dispensa, y solía decirme estas palabras precisas: “Hermano Francisco, hoy, que es miércoles, quiero que hagamos abstinencia, porque nuestra regla lo ordena. Mañana, que es jueves, y es vigilia, hay que hacerla, porque la Iglesia lo manda”. Así hablaba en otras ocasiones conmigo. Los refitoleros se olvidaban alguna vez de ponerle el vaso o la taza, y otras veces el vino, u otro plato delante del Padre General o de otros Padres. El Padre General, cuando le pasaba a él, si se olvidaban de poner el vino, bebía agua, y si no se le ponían el vaso, se quedaba sin beber, sin pedir nada que le faltara. Y cuando las cosas dichas faltaban a los otros Padres, y las pedían, el Padre General les reprendía duramente por perder una buena oportunidad de sufrir un poco por lo que les faltaba por olvido mío o del refitolero, y estas cosas sucedían a menudo. Sé todas estas cosas porque me han pasado a mí, o en mi presencia.

4.21. En cuanto a la templanza, sobre la abstinencia de alimentos, siempre estaba acostumbrado a comer una vez al día por la mañana en la mesa común; comía alimentos comunes, y en la misma cantidad como se les daba a los otros Padres, que comían dos veces al día, y esto lo sé por haber comido tantos años en el refectorio con él. Es muy cierto que en los últimos años a causa de la vejez no venía al refectorio, y le llevaban a la habitación algo por la tarde para que bebiera, y él lo hacía por la gran insistencia de los Padres. En cuanto a beber era muy parco y casi solo bebía agua.

5. La fortaleza demostrada durante seis años seguidos para superar las adversidades era increíble. Viendo que la Orden que él había fundado con tantos esfuerzos, y que estaba dilatada con tanto fervor y aplauso en Europa, era abatida y aniquilada, y todas las casas de la Orden en muchas partes y de muchos modos atacadas y calumniadas, y a sus hijos dispersos y perseguidos, no sólo no se descompuso nunca, sino que siempre se resignaba a la divina vo-

luntad, y con la misma ecuanimidad decía: “Dejemos obrar a Dios, dejemos obrar a Dios, que a Él le toca tener cuidado de sus pobres. Si somos cosa suya, él nos defenderá; y si Dios quiere que las cosas sean así, y que se destruya la obra de las Escuelas Pías, nos debemos contentar todos. Yo no he tenido otro objetivo que su gloria y que el cumplimiento de su santísima voluntad”.

En una ocasión yo mismo le dije: “Padre, he ido a la iglesia y he presentado una gran queja a nuestro padre el Abad Landriani, que está en el cielo y le deja a V.P. y a todos nosotros en tanto sufrimiento. Yo sé que él ama mucho las Escuelas Pías, y le reverencia a usted, y luego se ha olvidado de todos. Él puede si quiere, porque está en él cielo; pero me parece que se ha olvidado, y por eso me he quejado bastante a él”. Me respondió: “Ha hecho mal. Ha hecho mal, y lo siento mucho. Los bienaventurados en el cielo ven la divina voluntad, y con eso se quedan completamente pagados y satisfechos. Si Dios quiere que suframos durante toda nuestra vida, nos tenemos que conformar y aceptarlo como un favor que nos hace al ponernos con Él en la cruz. ¿Hará algo especial en esta ocasión? Ha hecho usted mal en quejarse; eso no debe hacerse”.

7. Lo dotó Dios también de gran consejo y prudencia, y como de tal se sirvieron de él muchos, incluso grandes señores y pontífices, con gran alabanza; no sólo cuando era religioso, sino anteriormente, como se ha contado en su vida.

Su abstinencia podía considerarse una continua mortificación de los sentidos propios, y para que todos pudieran más fácilmente contenerse dentro de los límites, usaba una gran templanza en el comer, porque además de comer poco, la mayoría de las veces sólo hacía una comida al día, y de alimentos pobres y viles, estando acostumbrado desde sus primeros años a mortificar la garganta y castigar la carne con ayunos y evitando la exquisitez en las comidas. Huía cuanto podía de los recreos, especialmente con la gente de fuera, y cuando se hizo religioso vivía de acuerdo con la Regla, y si algunas veces por error le faltaba lo que suele darse a los demás, nunca se quejaba, ni pedía nada. Algunos que han vivido con él testifican que muchas veces si no le ponían el vino usual por descuido, bebía agua, y otras veces que no le ponían ni lo uno ni lo otro, se iba de la mesa sin beber nada. Y si ocurría que le ponían las jarras con el agua y el vino pero no le ponían vaso, tomándolo como una mortificación enviada por Dios, se abstenía de pedirlo, y se iba de la

mesa sin beber. Al darse cuenta el encargado de preparar las mesas quedaba confundido, y al decir la culpa en el comedor, el Padre le ponía una pequeña mortificación y le advertía que estuviera atento para no hacérselo a los demás. También solía hacer insípida la sopa añadiendo agua por mortificación, dando cualquier otra excusa.

La mortificación del Padre no consistía sólo en las cosas citadas, sino mucho más en soportar con paciencia y constancia admirables las molestias y persecuciones y calumnias tanto de extraños como de los suyos propios. Pudiendo defenderse y librarse justificándose, no lo hacía para mortificar más sus propios sentidos externos e internos por amor de Dios, lo que demostró en muchísimas ocasiones, aunque con la que se mencionó más arriba, aquella en la que por calumnia fue conducido al Santo Oficio con sus asistentes, ya basta para probar la verdad de lo que se escribe. En aquella ocasión el señor Pedro de Massimi depone haberlo visto ir con tanta tranquilidad y alegría que quedó estupefacto. De tal manera había hecho un hábito del dominio de sus pasiones que no sólo no se turbaba, sino que parecía que disfrutaba en los momentos difíciles.

9. Ayunaba todos los días, y en su mayor parte a pan y agua, llevando sobre la carne desnuda ásperos cilicios y cadenas.

No sólo siempre tuvo muy en cuenta las Constituciones, sino también las costumbres comunes de la Religión, y si en la mesa le faltaba algo, nunca lo pidió y muchas veces se quedó sin beber por no tener la taza, o por no tener vino ni agua ni jarras. No quería nunca comida especial, y si se daba cuenta de que de la cocina le habían servido algo diferente a los alimentos comunes, regañaba al cocinero, a pesar de que, como anciano, se le debía tener alguna deferencia, tanto más que no comía más que una vez al día.

10. Tenía una Prudencia superior, con la cual daba consejos muy buenos, saludables y acertados. Sabía el tiempo oportuno de mandar y el de corregir y amonestar, como el de disimular hasta mejor ocasión. La virtud de la justicia, que en personas públicas y perfectas es olvidarse de sus propias conveniencias, por el bien de utilidad común, resplandeció en este santo varón con eminencia, dando a cada uno lo que es suyo, no fiándose de informes, viviendo como una paloma sencilla en no engañar a nadie, y prudente y muy cauto como la serpiente, no dejándose engañar, ni siendo fácil de oído a siniestros informes en descrédito de sus hijos y hermanos. En la templanza

pareció ser único, por la continua abstinencia que observó toda su vida, que por ser tan admirable parecía que se alimentaba más con los regalos del Cielo que con las cosas corruptibles de la tierra.

La virtud de la fortaleza fue plantada en su corazón tan eficazmente de la poderosa mano de Dios que, cuando no hubiese tenido otra, ella sola hubiera bastado para hacerle eminente. Para nuestro Padre José de la Madre de Dios parece cuadrada aquella sentencia que celebra el Espíritu Santo en los Proverbios cuando dice: *Es mucho mejor el que tiene fortaleza para sujetar su ánimo que el expugnador de las fuertes Ciudades*. Estaba su alma bendita no solo ilustrada y hermoçada con la gracia justificante, mas aun con todas las gracias que los teólogos llaman gratis datas, porque todas se hermanaron para hacer dulce compañía a su purísima alma. Y con la discreción de espíritus que tenía, era grande el acierto en todo lo que ponía mano para el bien y provecho de las almas. Era como paloma doméstica que trae otras su compañía para llenar el palomar de su señor, como lo advirtió San Ambrosio escribiendo del Arca de Noé.

11. El justo y santo obrar de este venerable Padre sin duda alguna estaba fundado y establecido en el pobre concepto y baja estima en que se tenía, como alguien que sabía que todo le venía de Dios, y que él no tenía nada en lo que gloriarse, y siempre confuso en su nada, glorificaba al creador y dador de todas las cosas que le ocurrían, complaciéndose de lo que quería de su persona siempre que fuese para mayor gloria y servicio suyo.

Uno de los nuestros le quiso decir: “Padre, he ido a la iglesia y he presentado una gran queja a nuestro padre el Abad Landriani, diciéndole que él está en el cielo y le deja a V.P. y a todos nosotros en tanto sufrimiento sin ayudarnos. Yo sé que él amaba mucho las Escuelas Pías, y le reverenciaba a usted, y me parece que luego se ha olvidado de todos, y me le he quejado bastante”. Le respondió el venerable Padre: “Ha hecho mal, y lo siento mucho. Los bienaventurados en el cielo ven la divina voluntad, y con eso se quedan completamente pagados y satisfechos, no quieren otra cosa. Si Dios quiere que suframos, nos tenemos que conformar y aceptarlo como un favor que nos hace al tenernos con Él así. Esta es una gracia particular, y un gran favor de Dios. Ha hecho usted mal en quejarse; eso no debe hacerse”.

12. Fue un gran cultivador de la justicia. No podía soportar que a alguien se le quitara algo que le correspondiera. No temía nada de los

demás, ni pensaba mal de ellos. Si descubría u oía algo, lo tomaba en buena fe. Era enemigo de la mentira, y cultivaba la verdad de tal modo que se apartaba de cualquier simulación o discurso ambiguo. No decía palabras ociosas, sino que era directo en todas sus conversaciones, espiritual y fructífero. Para elevar los ánimos procuraba que hubiera coloquios sobre la observancia del instituto, o lecturas que ayudaran en el cumplimiento de las tareas, o sobre cuestiones santas. Si alguien comenzaba a decir tonterías, no le permitía seguir. “Dejad esas simplezas – decía-; tratad solamente sobre la perfección religiosa”. Si alguna vez hablaba en voz baja sobre cosas del mundo con alguien, le entraba sueño, y con su silencio daba a entender que no le interesaba el tema. Del mismo modo, una vez oyó a dos de la misma casa que discutían sobre la importancia y la grandeza de los Reinos de España y de Francia. José les oyó, y enfadado les dijo: “¡Dejad esas historias! El oficio de los religiosos no es discutir inútilmente sobre el poder y la excelencia de los reinos, y rezar asiduamente a Dios para que los Príncipes dejen de luchar entre ellos y busquen la concordia”. Una vez no había nada en casa para dar de cenar, y se le vio un tanto meditabundo y más bien triste. Pero, lleno de confianza en Dios, se sentó tranquilamente, con un sentimiento de paz. Y he aquí que alguien vino a la puerta, con un asno cargado de alimentos y seis escudos de oro.

¿Qué diré de su constancia inalterable y de su fortaleza? Por la gloria de Dios, por el bien del prójimo y por el progreso de su Congregación nunca dejó de llevar a conclusión nada arduo o costoso, y siempre descubrió y superó las tretas de su adversario el demonio. Toleraba los trabajos, las incomodidades, los ataques, las miserias con ánimo inalterable, con un rostro sereno y casi angélico, como si nada le afectara, repitiendo a menudo aquello de *El Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan*. La templanza de su ánimo fue admirable: ni el placer le alteraba, ni le enaltecía la alegría de las cosas secundarias; ni le afectaba el dolor o la tristeza en las cosas adversas. Nunca se encolerizaba o se conmovía su ánimo, nunca se dejaba arrastrar por las delicias. Su descanso eran las asperezas y trabajos, que cada día llevaba a cabo con rostro alegre. No se permitía alimento, como si se lo negase a un enemigo suyo, pues lo usaba para mantener la vida, no para disfrutar de él.

13. Y el V. P. José no sólo recibió y soportó todo con gran paciencia y fortaleza, sino que además nunca dejó de orar a Dios para que le

perdonase, Y extendiendo sus manos en cruz decía de vez en cuando con el Profeta: “Domine da mihi intellectum ut sciam testimonia tua”. Le pedía también de rodillas al Vicario General que lo enviara a la cárcel, porque decía que así lo merecía su mala vida. Los religiosos de San Pantaleo estaban muy dolidos, viendo perdido el respeto con tal persecución contra su V. P. fundador. Y muchos cardenales, sabiendo lo que pasaba en las Escuelas Pías, no dejaban de sentirlo mal. Todo esto, sin embargo, lo soportaba el siervo de Dios con gran fortaleza y tranquilidad de ánimo, diciendo que Dios no dejaría de remediarlo todo, siendo esta su causa.

Y para que tuviera éxito aún más feliz, se entregó con mayor fervor al servicio de Dios, y en particular a la mortificación de su propia carne con abstinencias y ayunos, contentándose a menudo con sólo pan y agua, y una vez al día. Llevaba sobre la carne desnuda un áspero cilicio, o una cadenilla con anillos de hierro.

Fue su vida casi un ayuno continuo, comiendo sólo una vez al día, y con tanta moderación, que causaba asombro en un hombre de gran estatura y complexión robusta como era él. A menudo ponía agua en las bebidas para mortificarse y quitarles su sabor, y nunca omitía los ayunos particulares de la regla ni las disciplinas, u otras mortificaciones habituales que se hacen en la Religión, observando en todo puntualmente nuestras Constituciones, incluso durante su avanzada vejez.

14. En la prudencia brilló mucho el P. José, así en el gobierno de la iglesia de Urgel, cuando era vicario general, como en las gravísimas negociaciones encargadas por aquel obispo a su cuidado y en particular en la paz que trató con tanta prudencia, y contra lo que se esperaba concluyó entre aquellas nobles familias de Barcelona, como narramos anteriormente. Sobre todo, al formar la Regla de su Religión, que sometida a examen riguroso en la Congregación de Obispos y Regulares, fue confirmada por Paulo V, y luego por Urbano VIII, y aunque Inocencio la redujo de Religión a Congregación, no quiso, sin embargo, que se cambiara nada de sus Reglas, sino que aquellos que habían profesado según ellas estaban obligados a observarlas. Confirmó lo mismo su sucesor Alejandro VII, y luego Clemente IX en el Breve con el que vuelve a establecer la Congregación en Religión con votos solemnes, como queda explicado anteriormente. Cuando se hizo una solicitud al Cardenal Prefecto de la Congregación de Regulares por parte del P. Mario para la reforma

de algunos estatutos del P. José poco adecuados para la relajación de su genio, el Cardenal con ambas manos rompió el memorial y ordenó que ya no se hablara de tal asunto, pues siempre estimó mucho la prudencia del P. José, con la cual habían sido escritas.

Su Justicia fue tan recta que no tenía en cuenta la carne o a la sangre, no sólo siendo Vicario General en Urgel, sino también con las personas de su Religión. En ella premiaba el bien y castigaba el mal, y sin preocuparse en absoluto de las consecuencias que le vendrían por ello, incluso la muerte, con lo que probaremos también su invicta fortaleza, con algunos de los muchos casos que le sucedieron a este propósito de los que hablaremos. Al entregar el hábito y al admitir a la profesión en su Religión era muy cauto, porque siempre es cosa de justicia tanto el recibir a los dignos como el expulsar a los indignos, y a los que pueden hacer daño con sus depravadas costumbres a los buenos, y destruir la Religión. Así que a muchos que durante el año de probación y noviciado vio que no eran buenos para la Religión, los envió al siglo, donde podrían hacerse daño a ellos solos, y no a muchos. Entre estos había un lego, a quien el P. General, habiendo visto que no servía para su religión, y por sus malas costumbres, decidió enviarlo al siglo. Sabido lo cual por aquel infeliz, en lugar de pedir con humildad al Padre que le tuviera compasión, y mostrar el deseo de enmendar sus malas costumbres, para ser capaz de permanecer en la Religión, ciego de la furia por ser excluido de ella resolvió con furia diabólica matar al Padre, y buscando la ocasión, encontró una a propósito. Una noche, cuando nuestro Siervo de Dios estaba descendiendo por una escalera secreta y poco practicada, le asaltó con un cuchillo en su mano por detrás, y le habría herido de muerte si la Santísima Virgen no le hubiera protegido (como contó él más tarde). Porque en el momento en que el asesino preparaba el golpe, de repente se volvió y viendo el peligro lo evitó haciendo que ese golpe fuera al vacío; entonces levantó la voz y le aterrorizó de tal manera que no se atrevió más a hacerle daño. Lleno de miedo se dio a la fuga, pero fue agarrado por los otros religiosos, que pidieron que se le diera un castigo ejemplar, pero él no quiso darle más castigo, y prohibió que se le hiciera daño, sino sólo lo expulsó de su Religión, y no quiso que se hablara de aquel insulto, perdonándole de todo corazón la ofensa, hasta el punto de que, enterado después de unos días de que ese infeliz, tocado por la mano de Dios, estaba muriendo miserablemente en su

pobre casa, le visitó y le trajo muchas limosnas, haciéndole visitar por el médico de su colegio, y proveyendo de cuantos medicamentos fue necesario.

Pero mayor fue la fortaleza de su alma en el siguiente caso. El P. Mario, del que hablamos anteriormente, se había convertido en tan poderoso en Roma por un servicio hecho al Santo Oficio de la Inquisición por un caso que sucedió en Florencia, y que él con su industria descubrió a dicho tribunal, que los Cardenales, y el Asesor del mismo lo protegían, y primero le hicieron por un Breve Provincial di Toscana, y luego, como hemos visto, Vicario General de su Religión. En el tiempo en que él era Provincial, por no sé qué imprudencia fue desterrado de su Estado por el Serenísimo Duque, y vino a Roma, atribuyendo esto a los malos oficios del P. General, por lo que nuestro Siervo de Dios con gran mortificación fue seriamente reprendido por aquellos Prelados. Supo luego el Cardenal protector la verdad, y que el dicho P. Mario incluso había hablado mal de él, y mandó al P. General que lo mortificase y le quitara todas las escrituras que guardaba en su celda. Le suplicó entonces que no le diera esa nueva oportunidad a ese Padre de difamarlo, y de hecho se abstuvo. Se encontró con el dicho mal religioso, que le acusó de falsario y mentiroso, y él solo le respondió: “Hermano, Dios que ve todo claramente nos juzgará a mí y a nosotros, y entonces quedará claro para el mundo cuál de nosotros es verdadero y quién es un mentiroso”. Con todo esto, el Cardenal envió a su Auditor a llevarse de la celda del P. Mario todos los escritos que encontró, lo que oído por el General dicen que se volvió a los suyos con lágrimas en los ojos y dijo: “¡Ay de nosotros, ay de nuestra Religión, y ay de los que la persiguen, que de mí y de mi orden será lo que Dios quiera, y en él he puesto he confiado todo!”.

Aquí me parece, lector mío, que no hace falta que te recuerde los sufrimientos que padeció en todas sus otras penalidades, como las que mencionamos anteriormente, y especialmente cuando se vio privado del generalato, maltratado en manos de otros el gobierno de su Religión, y finalmente reducida a Congregación, y poco menos que destruida; pues él en todas esas tribulaciones decía con una sonrisa: “Dejemos obrar a Dios, que él sabe lo que debe hacer”, y así calmaba y reducía a una gran tranquilidad interna todas aquellas tormentas de pasiones, que podrían causarle sentimientos tan adversos en el alma, permaneciendo siempre plácido y callado,

sometido totalmente a la voluntad divina, y confiado en la Divina Providencia.

Y con esto creo que comprenderás también cuán grande era su virtud de la templanza. Porque podría contarte muchas cosas de su templanza externa, y recordarte lo que observaba al comer, beber y dormir. En cuanto a comer, observaba los ayunos de la Iglesia y de su Religión con tal precisión que una vez que por necesidad estaba en el campo y se vio forzado a comer carne un lunes, que no por regla sino por costumbre introducida en su Religión no se comía entonces, castigó esto que él creía exceso con estricto ayuno de pan y agua. En el refectorio no manifestaba sus necesidades, y faltándole algo se quedaba sin ello, por lo que muy a menudo si el refitolero se olvidaba de poner el pan o el vino o el vaso, se quedaba sin beber, o sin comer, contento con lo que tenía delante. Nunca se quejaba si la comida estaba bien o mal sazónada. Quería que los demás estuvieran cómodos, a pesar de que él a los 92 años de edad dormía en un colchón de paja. Bebía el vino tan aguado que apenas le quedaba sabor y color; comía sólo una vez al día, y muy poco. Y cien, y mil otras cosas que yo podría decir, porque en mi opinión, como dije, no hay mayor evidencia de su templanza que el haber controlado y dominado perfectamente las pasiones de su ánimo, de modo que nunca se vio alterado su rostro por acontecimientos prósperos o adversos, ni con melancolía inquieta, sino que siempre, en unos y otros casos, tenía el mismo rostro inalterable e inmutable, su eterna modestia habitual, su paz tranquila e interna en el corazón. Y en ninguna ocasión, por impertinente y provocativa que fuera, se conmovía su indignación, o le alteraba la ira, de modo que estallara en palabras o gestos que le mostraran indignado. En las ocasiones más arduas, donde no el enfado, sino el celo le movía a hablar, la forma más ardiente de expresarse era golpear una mano sobre la otra y decir con una voz más fuerte, “¡Bendito sea Dios!”. O “¡Dios le perdone!”.

Y para concluir este capítulo, tenía tanta estima a causa de estas virtudes en Roma entre Príncipes y Cardenales, que todos le apreciaban y muchos, y de los más importantes Cardenales, dependían de su consejo, entre otros y sobre todo el cardenal Miguel Ángel Tonti de santa memoria, que habiendo creado el Colegio Nazareno no supo apoyarlo mejor que en la prudencia y Justicia de P. José.

Fue siempre amigo de la verdad, huyendo y odiando la mentira más que la muerte. Y tan amigo de la paz, que al oír a dos de sus religio-

sos que entre ellos discutían sobre quién tenía mayor poder entre los dos reyes católicos, si el de España o el de Francia, les recriminó con dureza, amenazándoles con castigarlos si les oía otra vez en discusiones similares, añadiendo una sentencia digna de su espíritu, que no es tarea de religioso el discutir sobre la grandeza y el poder de los príncipes cristianos, sino orar continuamente al Señor por la concordia y la paz entre ellos.

Y con esto creo que comprenderás también cuán grande era su virtud de la templanza. Porque podría contarte muchas cosas de su templanza externa, y recordarte lo que observaba al comer, beber y dormir. En cuanto a comer, observaba los ayunos de la Iglesia y de su Religión con tal precisión que una vez que por necesidad estaba en el campo y se vio forzado a comer carne un lunes, que no por regla sino por costumbre introducida en su Religión no se comía entonces, castigó esto que él creía exceso con estricto ayuno de pan y agua. En el refectorio no manifestaba sus necesidades, y faltándole algo se quedaba sin ello, por lo que muy a menudo si el refitolero se olvidaba de poner el pan o el vino o el vaso, se quedaba sin beber, o sin comer, contento con lo que tenía delante. Nunca se quejaba si la comida estaba bien o mal sazónada. Quería que los demás estuvieran cómodos, a pesar de que él a los 92 años de edad dormía en un colchón de paja. Bebía el vino tan aguado que apenas le quedaba sabor y color; comía sólo una vez al día, y muy poco. Y cien, y mil otras cosas que yo podría decir, porque en mi opinión, como dije, no hay mayor evidencia de su templanza que el haber controlado y dominado perfectamente las pasiones de su ánimo, de modo que nunca se vio alterado su rostro por acontecimientos prósperos o adversos, ni con melancolía inquieta, sino que siempre, en unos y otros casos, tenía el mismo rostro inalterable e inmutable, su eterna modestia habitual, su paz tranquila e interna en el corazón. Y en ninguna ocasión, por impertinente y provocativa que fuera, se conmovía su indignación, o le alteraba la ira, de modo que estallara en palabras o gestos que le mostraran indignado. En las ocasiones más arduas, donde no el enfado, sino el celo le movía a hablar, la forma más ardiente de expresarse era golpear una mano sobre la otra y decir con una voz más fuerte, “¡Bendito sea Dios!”. O “¡Dios le perdone!”. Y para concluir este capítulo, tenía tanta estima a causa de estas virtudes en Roma entre Príncipes y Cardenales, que todos le apreciaban y muchos, y de los más importantes Cardenales, dependían de su

consejo, entre otros y sobre todo el cardenal Miguel Ángel Tonti de santa memoria, que habiendo creado el Colegio Nazareno no supo apoyarlo mejor que en la prudencia y Justicia de P. José.

15. De esta manera el oro de las virtudes del P. José brillaba en el mundo, pero para parecer más puro en la presencia de Dios, fue necesario refinarlo en el fuego de las tribulaciones. Había tenido muchas dificultades y contradicciones al principio de la obra pía, y todas ellas fueron constantemente superadas por José. Pero eran mucho mayores y más temibles las que con no menos fortaleza de ánimo aguantó en el mantenimiento y propagación del santo Instituto, y parecía que todo el infierno se había movido para derribarlo y aniquilarlo. Pero en el pecho constante del Siervo de Dios todas las tempestades furiosas de las contradicciones se estrellaban como contra una roca firme.

16. Pero sería demasiado largo si en este breve compendio si quisiera mencionar cada una de las virtudes de José en particular, en cuyo ejercicio era admirable por los actos que hacía. Siendo celoso de la gloria de Dios, no dejaba de hacer nada con lo que pudiera aumentar su culto y el de su Santísima Madre María. Era fiel en observar cada detalle de lo que estaba prescrito en sus Reglas. Era fuerte y constante, no se dejaba alterar por ningún contratiempo o tribulación que se le opusiera en el camino emprendido al servicio de su Señor. Él, prudente, gobernaba a todos sus religiosos dando a cada uno lo que le convenía para mantenerse cada vez más gratos a Dios, y separados de las cosas del mundo, animándolos a la posesión de las virtudes, el único medio para merecer la gloria. En suma, con su ferviente celo, con sus modales amables, con su vida ejemplar, llevaba a las almas con suave violencia al amor de Dios y al deseo de los bienes eternos.

Otras virtudes

2. ¡Cuánto trabajo hizo, oyentes, con cuánta prudencia experimentada, con cuánta constancia, para propagar la mayor gloria de Dios, para restituir el culto de la religión y los deberes de la piedad!

¿Alabaré su constancia de ánimo? ¿La manera admirable como, una vez fijada la razón de su vida en lo mejor, perseveró siempre? ¿El que permaneciera siempre siguiendo el propósito y esfuerzo de buscar la virtud? ¿El que dedicara mucho esfuerzo a las cosas reconocidas

como egregias y elevadas? ¿El que despreciara con todas sus fuerzas lo que muchos suelen admirar y anhelar con toda su mente? No buscaba los premios humanos consecuencia del recto obrar, sino el mismo obrar recto. Ni quería que el hombre fuera árbitro de su mente, sino que buscaba al mismo Dios en todos sus asuntos.

Permitidme, os ruego, pasar de largo en silencio en cuántas y cuán graves ocasiones resistió pacientemente a los ataques en los que siempre venció, para que no parezca quizás que alabar la paciencia de tan gran varón cause ofensa a otros. Pienso que en este tema basta con esto: si estando vivo quería sepultar la memoria de las injurias, muerto no querría en absoluto excitarla. Es dudoso si debemos alabar más la tolerancia al soportar o la mansedumbre al perdonar. En todas las cosas mantuvo la misma firmeza de ánimo, nunca perdió la tranquilidad. En tiempos prósperos se mantenía él mismo, y en los adversos nunca otro, con plácido rostro, corazón pacificado y mente serena, de modo que no era fácil que el viento adverso quebrara su ánimo, ni que el favorable lo hinchara. Y al que humildísimo no hacía caso de los elogios, no le resultaba difícil despreciar pacientísimo las murmuraciones. Estaba listo para sufrir y padecer en nombre de la rectitud todos los sufrimientos, todas las incomodidades, todos los peligros y hasta la misma muerte.

Pero ¿por qué sigo yo, oyentes, abriendo cada una de las escenas de este teatro tan rico? ¿A qué virtud pasaré revista en particular, de las que tenían morada en su alma como en una amplísima sede? ¿Qué la modestia, con la que aborrecía el pecado más que la muerte? ¿Con la que buscaba en todas las cosas que los demás crecieran, y disminuir él mismo? ¿Qué la continencia, él que nunca permitió tratarse con el lujo de las blanduras de la voluptuosidad? ¿Con la que procuró diligentísimamente dominar el apetito del cuerpo para que siempre estuviera sometido a la razón del alma? ¿Qué la fidelidad, que una vez ofrecida a Dios con voto, o entregada a los hombres, nunca, ni de palabra ni de hecho, violó, y que observó íntegramente siempre? ¿Qué, para terminar, la religión, sumo y máximo adorno del hombre óptimo, con la cual veneraba con pura, íntegra e incorrupta mente y palabra el culto del Óptimo y Excelso Dios, el obsequio a la Bienaventurada Virgen, y la memoria de los demás santos? ¿Acaso no son banderas y amplísimos y abiertos testimonios de este culto de religión y veneración, que alabo, la denominación para sí mismo y para su milicia de Pobres de la Madre de

Dios, las oraciones obligatorias que compuso, y los ayunos que él introdujo? Me faltaría tiempo, y no sé cómo podría completarlo, si quisiera decir en un discurso todas las buenas costumbres de alma y de la naturaleza que cultivó y en las que brilló.

Resplandecían en él de modo admirable todo tipo de cualidades: la magnanimidad con la mansedumbre; la gravedad con la desenvoltura en el comportamiento; la benignidad con la severidad; el entusiasmo con la austeridad; la alegría con la modestia; una cierta amable dignidad con la venerable majestad de su rostro. Y así el mismo curso de su longeva edad, que empezó con alabanzas, continuó gloriosamente, y terminó con una salida admirable, con el aplauso de todos los espectadores. Salió del teatro de la escena realizada con suma alabanza, siendo casi centenario de edad, como un grande e inmortal en la virtud. ¡Oh glorioso día de la muerte, que es para el hombre el comienzo de una inmortalidad felicísima, y corona de sus virtudes! ¡Oh, qué bien sucede que a quien condujo una vida admirable en la honradez obtiene también una muerte celeberrima en la gloria!

3. Campeaba en él la constancia, pero no ostentaba su poder la soberbia. Despidió en todas sus acciones perfecciones cristianas. Con ellas granjeó la voluntad de los súbditos, obrando con ellos lo que quiso, de suerte que a su vista y al asomo de sus palabras cada uno se sujetaba, deponiendo el ánimo resentido y tumultuoso.

4. En décimo tercero, demostraré que durante toda su vida, y especialmente siendo religioso, brilló en todas las virtudes, y no solo consiguió hacer de ellas un hábito, sino que en cada una practicó actos heroicos con máxima perfección y ejemplo para el prójimo.

En décimo octavo, demostraré que fue excelente en tema de religión, pues siempre practicó de manera religiosa y reverente todo lo referente al culto de Dios, y siempre fue muy respetuoso con el honor divino y observó las ceremonias y normas eclesiásticas, y mandaba a los suyos que las observaran. Daba culto a los santos, celebraba los sacramentos de la Iglesia con toda devoción, trataba con gran reverencia las imágenes de los santos y las reliquias, y fue muy ferviente en su devoción y veneración de la Santa Virgen, cuyo nombre dio a su Congregación, y a sí mismo, en su honor.

4.3. (En cuanto a la virtud de religión) La observó exactamente, particularmente con respecto al Santísimo Sacramento, y sé que cele-

braba misa con toda puntualidad y exactitud de ceremonias todos los días, incluso en los últimos tiempos de su vejez, teniendo a causa de los años un sacerdote que le ayudaba.

4.7. He visto al Padre José de la Madre de Dios que tenía y estaba adornado de muchas virtudes, como de una gran humildad, una caridad perfecta, tanto con sus enfermos, como con otros fuera de su casa, tanto con gente noble como con todo tipo de personas, y también vi la gran caridad que tenía enseñando a los niños, incluso a los más pequeños y los principiantes, a los que enseñaba a conocer las letras. Y visitaba las escuelas viendo el progreso que hacían los escolares, y él les preguntaba y enseñaba, y también observaba si los maestros utilizaban la caridad conforme debían, exhortándoles tanto con palabras como con el ejemplo. E incluso lo vi pacientísimo en la adversidad, con una gran fe, diciendo: “Dejad obrar a Dios”. Y le he visto hacer muchas exhortaciones a sus Padres, yo estaba presente cuando iba a la casa de San Pantaleo para ejercer mi oficio. Una vez, estando enfermo en dicha casa, mientras aún vivía dicho Padre, le oí y vi hacer muchas exhortaciones espirituales con gran celo por la caridad y la doctrina, añadiendo los escritos sagrados, y los Santos Padres en su momento, y con esta ocasión vi hacer muchos mortificaciones y también él las hacía, y le vi ir descalzo, con el hábito como los demás, y yo le tenía por un gran siervo de Dios, como también lo oí de quienes le trataban mucho, y castigaba su cuerpo con cilicios, disciplinas y ayunos, y sé esto porque lo he oído a los otros Padres, y esto lo sé porque lo he visto, y lo he oído decir.

4.8. En cuanto a la paciencia, la he visto en él en grado realmente alto, en particular en algunas persecuciones que sufrió, una de las cuales fue ser conducido a medio día al Santo Oficio a pie por una impostura que le hicieron. Y este sufrimiento lo llevó con tal paciencia que cuando regresó a casa me acerqué a él para consolarlo, y me dijo riendo que en las tribulaciones era necesario tener paciencia, y recibir todo de la mano de Dios, y comenzó a consolarme a mí, y decirme que tuviera paciencia en las tribulaciones, que no era el único en ser atribulado. Al persuadir y consolar era tan prudente que era cosa admirable, y no había atribulado que no se fuera de su lado consolado. De la sonrisa de su rostro yo deducía la fortaleza que tenía, y era tan templado en las tribulaciones que no podía discernir si recibía más gusto de las satisfacciones que de las tribu-

laciones. De hecho, creo que disfrutaba más de tribulaciones que de las cosas prósperas, por lo que supongo que esta virtud estaba encadenada a todas las demás, y que de Dios había recibido todos los dones del Espíritu Santo.

4.16. Vi al Padre José durante el tiempo que lo traté que aventajaba a todos sus religiosos en devoción y reverencia en la iglesia, como al decir la Misa, que decía con tanta devoción que movía a temor y a amor. En mí causaba estos efectos, que me estimulaba al servicio de Dios y me asustaba cuando lo veía tan reverente al decir la Misa, y yo cuando comulgaba no tenía tanta devoción y reverencia como él, porque pienso que en él había una gracia especial de Dios para que supiera celebrar de ese modo los Santísimos Sacramentos, y otras cosas espirituales. Y en particular puedo decir que cuando miraba la imagen de la Virgen fijaba los ojos con tanto cariño, que no se movía y parecía estar todo absorto en ello. Y él solía decir que era esclavo de Nuestra Señora, y puedo decir que esto era cierto, por haber observado su comportamiento con atención. Le pregunté al mismo Padre José “¿cómo se llama la congregación que ha creado?” y él me respondió en español: “Se llama los pobres de la Madre de Dios, de la que me considero indigno esclavo”.

4.21. Cuando se quedó casi completamente ciego a causa de la vejez, nunca quiso dejar de celebrar todos los días en el oratorio privado, aunque esto lo hacía con mucho padecimiento corporal por lo mucho que sufría para mantenerse de pie, y por la debilidad de la vista, que por esta razón era necesario ponerle una luz muy potente, y de esto y de lo que voy a decir soy testigo de vista, por haberme encontrado presente en cuanto dije. Y añado ahora que quería esta devoción en nuestros Padres, y por eso les exhortaba, y a veces les daba como mortificación pública, de acuerdo con nuestra costumbre habitual de cada semana, que todos fuéramos al menos una vez al día a visitar el Santísimo Sacramento. Incluso lo escribió en las Constituciones, que todo el mundo debería ir al menos una vez al día a visitar con el Stmo. Sacramento, y renovar los votos hechos. Y esta misma devoción quería que la adquirieran los escolares, y por ello hacía castigar muy severamente a aquellos que habían hecho algún acto de irreverencia en la iglesia, e incluso a veces los expulsaba de la escuela. Quería que todos los aptos a la comunión comulgaran una vez al mes. Es como se acostumbra ahora, lo que

no habría hecho si no hubiera tenido una fe muy viva de lo que contiene la hostia sacratísima.

4.26. Con ocasión de que me exhortaba a mí y a otros jóvenes súbditos a la piedad cristiana, nos dijo que desde niño asistía a las devociones, y que siempre decía el oficio de Nuestra Señora, y otras devociones, y en particular el Santísimo Rosario, que siempre continuó durante toda su vida. Y en el tiempo en que yo le servía me llamó y me dijo: “Lorenzo, he perdido el rosario por la cama, ven a buscarlo”. Y yo se lo encontraba, y me decía: “¡Alabado sea Dios!” Y todas las noches se lo ponía en la cama, y muchas veces al día, según yo iba y venía, le encontraba con que decía el rosario, y otras veces mientras estaba con él me daba licencia: “Ve y haz el trabajo, que quiero decir el Rosario”.

En esta hizo la profesión en manos del Cardenal Benito Giustiniani, y en ella fue General. En dicho oficio se portó bien con caridad y con ejemplo de buena vida, abstinencia, mortificación y gran caridad en las dificultades que le sucedieron, y disgustos que le dieron, y esto sé porque me encontraba presente cuando les venían los disgustos, y se portó con gran paciencia.

5. Otra vez después de haber ido a la ciudad a hacer no sé qué santa acción, al llegar a casa se le descubrió una gran erisipela en la pierna ya rota por la caída, y se le hinchó tanto que tenía la pierna tan gruesa como una mujer encinta, y tan inflamada que parecía fuego. Aunque estuvo varios días y noches sin poder dormir a causa del gran dolor, nunca se le oyó un lamento, ni otra palabra que los dulcísimos nombres de Jesús y María, sin quejarse nunca ni de los médicos ni de las medicinas que le resultaban violentas, y mucho menos del enfermero ni del servicio que se le hacía, ni de lo que le daban para comer, así que era un modelo en todo.

En la oración mental y vocal, además de la que hacía por su cuenta de noche y de día, que podía llamarse continua, en las horas asignadas a la común al alba, a mediodía y por la tarde, siempre era el primero en llegar al oratorio. El oficio divino lo decía con tanta devoción que uno se daba cuenta de que hablaba con Dios, y nunca lo dejó a no ser en caso de enfermedad muy grave. Cuando era nonagenario y ya no le servían los anteojos, nunca lo quiso dejar, recitándolo de memoria en compañía de alguno de nosotros sacerdotes, con tal atención que me corregía los errores, y siempre se po-

nía de pie al decir los cánticos e himnos, y lo recitaba todo con gran devoción, incluso el gloria.

Nunca dejó de decir la santa misa, con sentimientos celestes, y si bien le costaba mucho leerla al final de su vida por su falta de vista, con todo la decía cada mañana, queriéndola oír leer primero, y seguía el oficio de los domingos y propios.

También recitaba cada día el rosario con mucho sentimiento, fijando la vista en la imagen de Nuestra Señora con tanto afecto que parecía que hablaba con ella como con una madre y señora especial suya. Siempre fue muy devoto de ella, y por eso llamó a la congregación y a la Orden que el fundó con el nombre de Pobres de la Madre de Dios, diciendo que ella, y no él, era la fundadora. Incluyó en las Constituciones que cada día después de comer se dijera la coronilla, que consiste en las letanías de la Virgen, cinco salmos y cinco antífonas que componen el santísimo nombre de María con cinco avemarías, “Bajo tu Amparo”, y con sus oraciones que componen una bellísima guirnalda a esta celeste emperatriz y Madre de Dios. Dispuso que al final de todas nuestras funciones espirituales dijéramos mirando al suelo “Muestra ser Madre”, con su oración “Protege, te rogamos, Señor, por la intercesión de la Bienaventurada siempre Virgen María a esta familia tuya de toda adversidad”, etc. Al comenzar a comer, después de la bendición, postrados a la romana, se dice el avemaría, el “A tu amparo y protección Madre de Dios acudimos” etc. Al final de su vida como testamento nos dejó recomendado insistentemente el santísimo rosario, prometiendo todo bien con esta devoción.

Fue devotísimo y muy fervoroso del Santísimo Sacramento y de la Sacratísima Pasión de Nuestro Redentor, y siempre la tenía en la boca, habiéndola grabado en su corazón. En memoria de ella ordenó el ayuno riguroso todos los viernes del año, la disciplina tres veces a la semana, el capítulo de culpas, y recordarla muchas veces cada día, incluso en la mesa mientras se come. Y el decir cada día de rodillas nuestro ejercicio espiritual “Te adoramos y te bendecimos, Señor Jesucristo, porque por tu santa cruz y tu pasión has redimido el mundo, ten piedad de nosotros”. También el ordenar a los sacerdotes que celebren la misa cada día, a los demás religiosos que comulguen los domingos, todas las fiestas de primera y segunda clase, y un día entre semana, y los enfermos al menos dos veces al mes, y que en los días de comunión se diga de rodillas la antífona “Tantum ergo Sacramentum” y su oración, y que se tengan limpiísimas las iglesias.

Predicaba la palabra de Dios con profundo sentimiento no sólo cada domingo y en la vestición y profesión de los nuestros, sino también cada vez que hablábamos con él, porque él estaba con nosotros en los recreos después de comer y nos hablaba de la vida, pasión y muerte del Señor, sobre el modo de adquirir la virtud, que era un San Pablo en el hablar.

No puedo extenderme mucho con respecto a la primera enfermedad, la que sufrió después de comenzadas las Escuelas Pías como consecuencia de la caída en la que se rompió la pierna, porque yo no estaba allí. Sólo puedo suponer que tendría mucha paciencia y fortaleza en el sufrimiento, por las consecuencias del efecto que producía en quienes le visitaban, y se ofrecían para ayudar a una obra tan santa como las Escuelas Pías.

En esta otra enfermedad los médicos dijeron que moriría si no dormía la cuarta noche de estar enfermo, por lo que recibió la comunión con sentimientos de santo. Cuando no estaba in extremis recibía el Santísimo Sacramento arrodillado en el suelo, vestido con sobrepelliz y estola, haciendo antes actos de grandísima humildad y fe, con una esperanza grande en la bondad del Señor, que tenía presente.

Cuando tenía 88 o 90 años enfermó otra vez con fiebre bastante elevada, y falta de apetito. A pesar de ser de una edad tan avanzada se sometía en todo a lo que decían los médicos inmediatamente, dejándose sacar sangre a su gusto. Nunca se quejaba de nada, como si todo le hubiese sido ordenado inmediatamente por S.D.M.

Cuando fue suspendido del cargo de General por la mala información de dos o unos pocos más de los nuestros (Mario, Esteban y Glicerio), no sólo soportó con paciencia, sino incluso con alegría aquella mortificación. Habiendo sido puestos al frente de la Orden los mismos, no sólo les entregó su habitación, y cuanto había en ella, honrándoles y reverenciándoles como superiores suyos, sino que escribió también a los demás para que los obedecieran y reconocieran, pues así era la voluntad de Dios.

En la obra de las escuelas buscaba siempre, a veces con palabras sencillas y a veces con grandes discursos, atraer a todos al culto y al amor del Creador. Y por esto en cuestiones de culto era singularmente puntual, observando con diligencia las ceremonias y ritos eclesiásticos y cuidando que los suyos hicieran lo mismo. En la iglesia y en la sacristía quería junto con la pobreza la limpieza y el orden, y que con toda reverencia se administraran los santos sa-

cramentos, como lo hacía él enseñando y haciendo enseñar lo que conviene a la reverencia de los altares, de las santas reliquias e imágenes, y todas las cosas destinadas a honrar a Dios y a sus santos.

6. ¡Cuánta fue su paciencia en las persecuciones y en los sufrimientos! Eran muchas las nubes de la maledicencia con la que algunos intentaron oscurecer el candor de sus virtudes; muchos los ímpetus para desnervar el valor viril de su constancia; abundantes las calumnias para inculpar el celo de su justicia. Pero su paciencia era un duro escollo, en el que se rompían las olas de cualquier fiero desdén, y una roca inmóvil a las conjuras de los aquilones, mientras no sólo sostenía los asaltos con intrepidez, sino que convertía los mismos desprecios en materia de triunfos.

Ignacio de Loyola dijo una vez que estaba enfermo que, si por cualquier accidente su compañía desapareciese, después de un cuarto de hora, en el que se retiraría a orar, volvería a su alegría habitual, y nuestro José, viendo en la práctica su Orden que se había extendido con tanto aplauso por el universo caer más tarde, y casi destruirse, sin necesidad ninguna de retirarse, se mantuvo siempre con ánimo alegre. José fue dos veces sabio, porque supo por sí mismo, y supo aconsejarse con los demás. Sacrificó al bien público de su Orden su comodidad privada, y tenía siempre una maravillosa prontitud para escuchar las necesidades de sus súbditos y socorrerlos después con los remedios oportunos.

Tenía entrañas de misericordia, y usaba mucha caridad con los que, debilitados por la enfermedad o agravados por el peso de los años, no podían ir al paso de los demás.

Fue muy especial su constancia, tanto que pudo decirse de él en verdad que “permaneció en aquella vocación a la que había sido llamado”. Dio comienzo a las Escuelas Pías, y quiso también ver en ellas, con muchos sufrimientos, su fin.

7. En la misa, que decía devotísimamente, y al recitar el oficio divino mostraba el fuego de amor hacia Dios, no pudiendo evitar el hacerlo patente, incluso exteriormente. Sin embargo, evitaba extenderse al celebrar la misa en público, y exhortaba a los suyos a lo mismo para no aburrir a los asistentes. A los que decían la misa a los escolares les advertía también que no la hicieran demasiado larga, pero no por ello les permitía que corrieran más de la cuenta, como hacen algunos que juntan cosas y embrollan las lecturas y todas

las sagradas ceremonias, con daño de sus almas y poca edificación para los que escuchan.

Al decir el Oficio alababa más la diligencia en el prevenir que el posponer, máxime a quien se encuentra muy ocupado. Una vez le preguntaron si al decir el oficio era mejor anticipar el tiempo, o si bastaba con decirlo antes de medianoche, ya que los padres por impedimento de las clases no pueden decirlo a las horas debidas. Él respondió que es mucho mejor anticipar. Al que anticipa lo llamaba diligente; a quien lo dice a su tiempo, obediente; y al que lo pospone lo llamaba negligente.

Dedicó muchas iglesias de la Orden a la misma Reina del Cielo, y él mismo se llamó con el nombre de José de la Madre de Dios, como si no fuese ya él mismo, sino todo de María, a quien recitaba su Rosario todos los días, y a menudo su misa, visitando cuando era posible todos los días la iglesia de S. Maria Maggiore y la de la Madonna dei Monti. Dios había dado a su siervo un don particular de oración, a la cual solía recurrir en toda ocasión, y habiendo experimentado que era un medio óptimo para conseguir las gracias deseadas y librarse de grandes peligros desde los años de la niñez y la juventud, tenía por costumbre no decidir nunca nada sin recurrir primero a Dios con oraciones. Reconociendo que eso era un gran don del mismo Dios, le daba continuamente gracias por ello a su inmensa bondad.

A veces se le veía salir de la oración con el rostro encendido de tal modo que, aunque hubiera querido ocultarlo como solía, los signos externos lo denunciaban. Conociendo por experiencia propia los grandes bienes que se derivan de la oración, la dejó sumamente recomendada en las Constituciones, en las cuales, además del Oficio y la Misa en que deben decir juntos las oraciones, ordena que sus religiosos se reúnan cinco veces al día a hacer oración, parte mental y parte vocal, en el oratorio público, en el cual por la mañana reunidos tengan una hora de oración mental; antes de ir a almorzar hagan el examen de conciencia, y una hora después de comer digan las letanías de la Virgen con cinco salmos y otras oraciones, que todo junto se llama la coronilla de la Virgen. Deben reunirse en otro momento oportuno durante media hora para hacer oración mental, y por la noche antes de ir a dormir se termina la jornada con las letanías de los santos, con otro examen de conciencia y otras preces. Y no basándole esto, tan impregnado de la oración estaba, que incluso ordenaba que durante el tiempo de clase hubiera un padre prefecto de la

oración continua, cuya tarea era tener un número de escolares en la iglesia tomados de manera rotativa de las clases, que durante todo el tiempo que duraran las clases rezaran a Dios por el Sumo Pontífice, por los Obispos de la Iglesia, por la unión de los príncipes cristianos, por la extirpación de las herejías y por todas las necesidades de la Santa Madre Iglesia. No se puede decir breve ni suficientemente cuánto estimaba la oración este enamorado siervo de Dios.

Su hablar nunca era ocioso, sino siempre útil y de fruto para quien le oía; más aún, incluso de las simplezas sacaba materia para hacer alguna reflexión provechosa, por lo que con razón solían decir muchos que tenía palabras de vida.

8. Las Constituciones de la Religión compuestas por él, y confirmadas por el Sumo Pontífice Gregorio XV, descubren su espíritu y lo que él deseaba que fueran sus hijos. Además de la caridad que todos buscan en la educación de los escolares, y el acto de humildad al acompañarlos a sus hogares, ordena que se usen camisas de lana con sandalias apostólicas, que duerman sobre la paja, que se flagelen tres veces a la semana, que ayunen los miércoles durante todo el año. Y de manera similar los viernes, pero más estrictamente. Y mucho más en las vigiliass de las siete fiestas de la Santísima Virgen; que el viernes se lleve el cilicio o la cadenilla, y se haga el capítulo de culpas. Él mismo ha practicado todo eso incluso después de los 80 años de edad. Que hagan dos veces al día juntos la oración mental, una hora inmediatamente después de levantarse por la mañana, y media hora por la tarde. Que se haga examen de conciencia dos veces al día. Que después del almuerzo se diga la Coronilla de la Santísima Virgen, es decir, sus letanías y los habituales 5 salmos con las antífonas y la Salutación Angélica. Y por la noche las letanías de los Santos con las preces, y luego el silencio muy estricto. Que los sacerdotes digan misa todos los días y los demás comulguen todos los domingos y festivos de primera y segunda clase, y un día entre semana, y en esto era muy celoso, queriendo ser informado minuciosamente por los superiores locales, y hasta su edad decrepita siempre fue el primero en todas las cosas. Si en la mesa le faltaba algo, nunca lo pedía, y muchas veces se quedaba sin beber por no tener vaso. No quería cosas particulares nunca, y si se daba cuenta de que desde la cocina le enviaban alimentos no comunes, le gritaba mucho al hermano de la cocina, y luego no comía ni las cosas particulares, ni las comunes, de modo que, pensando en darle gusto

por su vejez, se le daba la oportunidad de una mayor mortificación. En sus sermones o discursos espirituales que continuamente hacía a sus súbditos, o a los que trataban con él, siempre intentaba procurar un gran aborrecimiento al pecado, incluso a los veniales, y un Santo Temor del Señor con una humildad muy profunda, en la que siempre procuraba ejercitarse y ejercitar a los suyos, siendo él humildísimo en su sentimiento, y nunca hablaba de los favores que Su D. Majestad le hacía, o si decía algo como ejemplo para los que le oían, lo decía en tercera persona, como si le hubiera sucedido a otro. Nunca se le oyó hablar de sus antepasados, aunque eran muy honorables; nunca se dio a conocer por Doctor o Teólogo, y primero hizo raer y luego hizo trizas todas sus Patentes, de los oficios ejercidos y de los privilegios de sus doctorados, y luego hizo azotes, pues eran de pergamino. Y en la fe de su primera tonsura rascó en el nombre del padre unas pocas palabras, que tal vez trataban del cargo o dignidad del padre, que era muy ilustre. Y de nosotros los Religiosos nunca quiso, ni por escrito, ni de palabra, ser llamado Reverendísimo o muy Reverendo, sino el simple nombre de Padre, o de P. Ministro General, dando siempre en todos sus actos la gloria a Dios en cuanto al título de Fundador, diciendo que Dios y la Santísima Virgen la habían fundado, y no él, que nunca había tenido este pensamiento, y por esta causa en las súplicas siempre hablaba en nombre de las Escuelas Pías, a pesar de los mismo Pontífices le habían honrado como Fundador, y le confiaron a él el gobierno de la Obra y le ordenaron que hiciera las Constituciones, y para darle toda la gloria a Dios la llamó con el título de Religión de los Clérigos Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías.

Practicaba actos viles a los ojos de los hombres, como acompañar a los escolares, ir con las alforjas al hombro públicamente por Roma a pesar de ser General; en casa servía en la mesa, ayudaba en la cocina, lavaba los platos y los paños, barría la casa y las escuelas, iba a cuatro patas del oratorio al refectorio, servía a nuestros enfermos con extraordinaria caridad, incluso limpiándoles los orinales de la noche. Iba siempre mientras la vista se lo permitió a enseñar ahora en una, ahora en otra escuela, e instruía a los niños en el Santo Temor del Señor, y en los últimos meses de su vida hacía que algunos escolares vinieran al oratorio para enseñarles. Más allá de la carga del gobierno, y de responder a muchas cartas que le llegaban de muchas partes, y que hasta su edad decrepita escribía de su propia

mano, visitaba las casas que están en el distrito de Roma casi todos los años personalmente, y fue a fundar las Escuelas Pías en Nápoles en 1626, como en 1623 había estado en Liguria y Lombardía.

9. Al celebrar la Santa Misa, cosa que si no era por grave enfermedad nunca dejaba de hacer, eran muy grandes los favores que Dios le hacía, y se sabe que antes de comenzar la obra de las Escuelas Pías se preparaba durante dos y más horas, y luego iba a celebrar en lugares devotos y remotos. Luego, siendo una persona pública, como siempre huía de la exterioridad, se podía ver con qué violencia oprimía los efectos de la devoción que durante ella sentía, y en estos últimos años de su vida siempre quería celebrar conforme al oficio actual, si bien le costaba mucho por la debilidad de los ojos y por el frío que sufría en el invierno, descubriéndose la cabeza desde que comenzaba a preparar la misa antes de vestirse.

De la Santísima Virgen como Madre, Esposa y Reina suya fue siempre muy devoto, y por esta razón puso la Religión que fundó bajo su protección, llamándola con el título de Pobres de la Madre de Dios, ordenando en sus Constituciones y Ritos que varias veces al día se le invocara con las antífonas habituales que utiliza la Santa Iglesia, repitiendo varias veces al día el *Sub tuum praesidium*; ordenando igualmente que en las vísperas de sus siete fiestas se ayunara estrictamente, más que en cualquier otro ayuno; que se dijeran después de comer sus Letanía y los cinco Salmos y Antífonas que comienzan con las cinco letras de su dulce nombre María, intercalando también entre los salmos la Salutación Angélica y que en todas nuestras casas, el sábado, se cantasen las Letanías, siendo costumbre durante mucho tiempo en Roma el cantar su misa cada sábado por sopranos solistas. Dedicó muchas iglesias de la Orden a la misma Reina del Cielo, y él mismo se llamó con el nombre de José de la Madre de Dios, como si no fuese ya él mismo, sino todo de María, a quien recitaba su Rosario todos los días, y a menudo su misa, visitando cuando era posible todos los días la iglesia de S. Maria Maggiore y la de la Madonna dei Monti. En la capilla del Papa Paulo V hizo los votos solemnes, al igual que sus primeros compañeros después del Breve del Papa Gregorio XV el día de la Anunciación, en el que dos años más tarde ordenó que hicieran los votos solemnes aquellos que habían sido juzgados dignos. Solía decir que por medio de la Madre de Dios se obtiene toda gracia del Señor, y que aquellos que son verdaderamente devotos suyos no pueden condenarse.

Su paciencia y fortaleza para superar las adversidades era indescriptible. Viendo que su Religión, que se había expandido con tanto fervor y aplausos por toda Europa, era reducida y casi aniquilada, y que todas las casas de la Religión en muchos lados y de muchas maneras eran atribulados y calumniadas, y sus hijos dispersos y perseguidos, nunca se descompuso, sino que siempre, en los últimos seis años de su vida, soportó con gran paciencia y orando continuamente por quienes le perseguían. Sintió mucha lástima por los muertos, por el triste fin que tuvieron, sin tener otra palabra en la boca sino “Dejemos obrar a Dios; Dios cuidará de su causa y de los pobres”.

En sus enfermedades, que no han sido pocas, siempre fue muy paciente, no sintiéndose nunca de su boca sino “Jesús, María”, dando siempre ejemplo de religioso perfecto, no quejándose nunca de lo que le daban de comer o de lo que le hacían, estando siempre resignado a la voluntad de Dios y obedientísimo a los médicos.

Su modestia siempre fue grande, demostrando en esto lo grande que era su pureza; por esta razón nunca permitió que le vieran desnudo en ningún momento, si no en caso de extrema necesidad en la enfermedad, y entonces solo aquellas partes que tenían extrema necesidad; en estos últimos años de edad decrepita nunca quiso que se le viera sentado en la taza sin sotana, y estando enfermo y ya no podía levantarse de la cama, quería que se pusiera un paño para no ser visto en camisa y calzoncillos; y para medicar el cauterio que tenía en su brazo izquierdo, a pesar de que no lo veía, quiso siempre medicarse él mismo, y dejaba la manga remangada en esa parte de tal modo que no se veía sino ese lugar del brazo.

En los sermones o discursos espirituales que continuamente hacía o mandaba hacer, a menudo quería que sus súbditos y escolares hicieran el acto de contrición, y a los que hablaban con él siempre procuraba darles un gran aborrecimiento a todo pecado, aún venial, y el temor de Dios, con una humildad muy profunda que siempre procuraba ejercitar él mismo y los otros; siendo él humildísimo en su sentimiento.

10. Porque fue devotísimo el Padre fundador de nuestro Seráfico Padre San Francisco y de su Sagrada Religión, y bien se conoce en lo que hizo el Santo por él, porque una noche se hallaron tantos huéspedes en la casa de San Pantaleo, que el hermano Cocinero no sabía cómo dar refección a tantos, cuando apenas había lo bastante para la numerosa familia de la casa. Fuese con esta aflicción al Padre Ge-

neral, el cual le dijo que partiese lo que había, y no cuidarse de otra cosa. Y mientras empezó a partir la cena, tan poca que apenas había para la comunidad, vio a un Religioso Francisco a su lado, que quitándole de la mano el cuchillo, empezó a partir, y no solo hubo suficientemente para todos los de la casa, y huéspedes, pero aún sobró mucho más. Luego desapareció el Fraile, diciendo al cocinero: *Hermano, tened más fe*, a cuyas palabras el Hermano cayó en el suelo aturdido por muchas horas, y sabido de los religiosos lo que pasaba, lo fueron a decir al Padre General, el cual dijo: *Andad en buena hora, que el religioso que repartió la cena era nuestro Padre San Francisco*. El Hermano Cocinero, cuando tan contra su genio hacía la cocina, desde aquel día pidió dejarle toda su vida en ella, y con ser ya de edad decrepita, aún la ejercía los años que yo estaba en Roma con edificación de todos, y él mismo me contó el caso.

Era devotísimo del Santísimo Sacramento del Altar; allí acudía en sus tribulaciones, que las tuvo grandes, como a su único consuelo y remedio, y como a espejo y verdadero ejemplar de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Por eso el Padre José Calasanz decía Misa todos los días con singular devoción; diciéndola en público nunca se entretenía más del ordinario, pero cuando la decía en secreto se estaba horas enteras regalándose con el Divino Esposo de su bendita alma. En este Oratorio donde decía Misa secreta, que está al lado de su celda, la cual nadie habita, antes viene a ser como sagrario del Oratorio, dedicado a Nuestra Señora y ahora con muchísimas indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices. Dejó ordenado que todos los que no fuesen sacerdotes comulgasen todos los domingos y jueves, todas las fiestas de Nuestra Señora, San José, Santa Teresa de Jesús, Santo Tomás de Aquino, los Santos Apóstoles y Doctores de la Iglesia, y de San Miguel Arcángel, del Titular de la Casa y del Patrón de la Provincia o Ciudad donde residieren, y la tarde antes se da señal para particular recogimiento, hasta de los estudios.

Fue devotísimo de las almas del Purgatorio y así predicaba y exhortaba a todos su devoción. Era Ángel en su vida y costumbres el Padre José de la Madre de Dios, y así no le podía faltar esta devoción tan propia de los Ángeles.

Fue su vida a una continua Oración; siempre le hallaban orando, y no pocas veces arrobado en Dios en dulcísima contemplación, y como sabía que en la Oración estriba y de ella depende toda la perfección religiosa, dejó mandado hora y media de Oración Mental cada día,

una por la mañana y media por la tarde, con meditaciones sobre la Pasión de Jesucristo por la mañana y sobre los cuatro Novísimos por la noche, ordenadas y compuestas por el mismo Padre Fundador. Que antes de comer mandó que todos juntos examinen la conciencia, y la noche antes de acostarse, después de haber rezado las Letanías de los Santos, con preces particulares allí ordenadas, todos juntos en Comunidad hagan otro examen de conciencia, enseñando hasta el modo de hacerlo, lo cual concluido daba el Santo Padre la bendición a sus hijos, que todavía se observa en la Escuela Pía.

Todos los días tenía su lección espiritual, y ordenó que sus hijos la tuviesen en hora señalada, como se observa, y para los Legos, que no saben leer, congregados en una pieza, un hermano Estudiante hace la caridad de leerles a la misma hora, para que no les falte este alimento espiritual. Todos los domingos por la noche, después de la oración mental, les hacía conferencias y pláticas espirituales, y aunque para ejercicio mandaba los sacerdotes, cuando a uno y cuando a otro, que las hiciesen, conocían los súbditos que, aunque aquellos padres dijese cosas muy buenas y eruditas, no movían los corazones como una sola palabra del Padre Fundador. El cual, como estaba lleno del amor de Dios, amaba tiernamente a su prójimo como imagen del mismo Dios. Era Abogado de todos los pobres y el Puerto dónde descansaban todos los afligidos. Escuchaba a sus hijos con toda caridad paternal. A los que deslizaban, como buen médico, suave y prudentemente curaba y prevenía, para que no recayesen. Fue de todos los Cardenales, Prelados, Príncipes y Religiosos graves, consultado, como a oráculo divino.

Era ternísimo en la consideración de la Pasión de Jesucristo, tanto que derramaba copiosas lágrimas, y en su memoria dejó ordenadas tres disciplinas a la semana en Comunidad, esto es, los lunes, miércoles y viernes, y todas las vigilias de Nuestra Señora; la cual quería que tuviesen siempre presente sus hijos hasta cuando comían, porque el Lector por tres veces les dice: *Acordémonos Padres y hermanos, de la hiel y vinagre que el Redentor del mundo gustó en el Santo Leño de la Cruz*. A cuyas palabras todos dejan de comer y de beber, y con las manos juntas hacen una profunda reverencia. Y acabada la mesa se pone el Lector de rodillas y dice: *Acordémonos siempre de meditar la Pasión de Jesucristo, porque es el verdadero camino para ir al Cielo*. Convirtió a mejor vida a muchas personas desalmadas con sus santas amonestaciones, y muchas mujeres cortesanías y públicas pe-

cadoras dejaron la torpe y escandalosa vida que hacían, porque el amor de Dios no le dejaba ocioso, y como otro San Pablo no estaba sosegado si no era haciendo bien a todos, imitando a los buenos en sus virtudes, porque como todo lo bueno es de Dios, tenemos obligación de abrazarlo, y procurando librar a los malvados de sus vicios y pecados, sin hacer caso de lo que dirán, porque los buenos echan todo a la mejor parte, venerando las operaciones de los siervos de Dios y sus virtudes, los malignos hasta lo más alto censuran; pero no es siervo de Dios verdadero, como decía el Apóstol, el que pretende agradar a los hombres. El padre José de la Madre de Dios toda su vida atendió solamente a obrar según el agrado de su Majestad y en provecho de las almas, sin reparar en el dicho de los hombres, aunque, como los efectos muestran con evidencia el ser de las obras, quedaron también los hombres edificados con su santa vida y milagros que hizo en ella y después de difunto (según muy pormenor todos los milagros están apuntados en los procesos escritos para el efecto de su canonización).

Con estos favores del Cielo, porque a Dios daba las gracias por las mercedes que su Vicario le hacía en la tierra, crecía cada día más en santidad el Santo Padre José Calasanz, y aunque por su edad ya madura y con tantos trabajos afligida, parece que podía tomarse algún alivio, fue siempre muy penitente, cuanto más lleno de virtudes.

11. Viviendo siempre con estos humildes sentimientos, nunca hablaba de los favores que recibía de Dios, y si por el bien particular de alguno se veía obligado a decir algo que pudiera redundar en estima de su nombre, la decía de manera que parecía que había ocurrido a otros, para que no pudiera venir al pensamiento que hablaba de sí mismo. Fue tal que hacía creer que era una persona que no tenía nada de bueno, a pesar de que muchos sabían cómo era, porque lo habían visto con sus propios ojos. Entre estos cuenta uno de los nuestros que habiendo ido a la habitación del Padre para decirle algo que le importaba, lo encontró tan elevado del suelo que tocaba el techo de la habitación con la cabeza, y estaba envuelto en resplandor. Lo observó estupefacto durante un rato y luego se retiró al oratorio cercano, donde estuvo durante un espacio de tiempo. Luego se oyó llamar por su nombre para que entrara, lo que hizo con temor y reverencia, y después de escucharle a su gusto, le dijo que se fuera. Otro buen religioso y de espíritu llamado hermano Marco Antonio de la Cruz me refirió que mientras vivían uno y otro, pasan-

do él por la noche cerca de la habitación del Padre, vio salir claridad por las fisuras de la puerta, como si fuera de día, y mayor que la luz del sol; se acercó por donde podía ver, y observó que el siervo de Dios estaba elevado en el aire, de rodillas delante de la Virgen Santísima, la cual parecía que hablaba con él con gran familiaridad, haciéndole algunas caricias. Junto a la Madre de Dios había otras dos santas vírgenes. Y otras cosas contó, que, si hubiese podido hablar, cuánto habría podido contar del venerable Padre. Pero no pudo decir mucho, porque murió antes que el Padre en países lejanos. Verdaderamente fue tan humilde en sus actos y palabras, que siempre intentaba ocultarse gozando de su bajo conocimiento, y que fuese tenido en nada por todos. Y cuando oía alabar a alguno de los nuestros por alguna acción virtuosa, mostraba una gran alegría por ello, y decía confuso: “Yo no he llegado a esto”.

La paciencia de nuestro venerable Padre fundador fue incomparable, que parecía no tener ni rastro de sentimiento en su ánimo a causa de la paz interna de que gozaba, siempre fijo en la divina voluntad, y sólido en el verdadero bien, en el cual tenía su esperanza, recibiendo todas las cosas de algún modo graves o molestas no sólo con humilde paciencia, sino con alegría y reconocimiento por el favor o gracia particular de la compasiva mano y amor paterno de Dios, quien todo lo dirigía a su bien. Así pensaba, lo mismo si yacía entre continuos martirios o felicidad; en lo oscuro de la noche o en la luz del día; en las aflicciones de las contrariedades y persecuciones o en los gozos de la felicidad; en las amarguras y aridez del corazón o en la anchura del espíritu; lo mismo si mendigaba su dones o si era enriquecido por sus celestiales favores, con una pura intención guardaba la felicidad de su corazón, diciendo siempre: “En buen a hora, dejemos obrar a Dios, que *me salvó porque me amaba*”, por cuanto se puede saber de lo que diremos luego.

No podía decir otra cosa el pacientísimo siervo de Dios ni sentir de manera diferente de lo que obraba con la virtud de la paciencia en su Dios, en lo que obraba y veía que su divina voluntad disponía con respecto a su persona por lo que le mostraba, y complaciéndole en ello se tenía por muy favorecido y honrado siguiendo la cruz de su Cristo. Así ocurrió un viernes cuando se dio a conocer en toda Roma nuestro pacientísimo Padre, cuando, no solamente fue mortificado con palabras de mucho peso, sino que además fue conducido en medio de esbirros por lo más habitado de la ciudad,

es decir, por el Pasquino, el Parione y Bancos, y el Puente Santángelo hasta la prisión, como un jefe de delincuentes, con otros cinco de los nuestros tenidos como tales, cuando tenía ochenta y ocho años más o menos, a pie, en el mes de julio, a mediodía, y en ayunas. Se consideró favorecido por ello, y manso y tranquilo sólo dijo con su paciencia: “Vayamos, que Dios nos ayudará”. Siempre mantuvo la misma serenidad e intrepidez de ánimo, por lo que se puede observar en todo lo que hemos dicho en el capítulo de sus persecuciones, y tuvo como favor y gracia singular el ser tratado de tal modo por sus ministros del mismo oficio, y de cuyo nombre ardía hasta morir por él en su Señor, diciendo con el Profeta: *“El Señor guarda a los pequeños, estaba yo postrado y me salvó”*

12. Cada día preparaba por la tarde la misa del día siguiente, y la meditaba por la noche. Ocurría alguna vez que cuando alguno se quedaba a dormir en su habitación, de vez en cuando le pidiera que le recordara el introito, o la epístola, o el evangelio de la misa del día siguiente, para recordarlo de memoria. Cuando el encargado de despertar llamaba a las puertas, quería que se lo volviera a leer en alta voz. Y así se preparaba por tercera vez. No es de admirar que luego, en el altar, celebrara con tanta piedad los Divinos Misterios que cuando había espectadores seglares sintieran estupor y terror. De vez en cuando pasaba toda la noche en oración, insomne. Se flagelaba asiduamente en su habitación. Raramente dejaba de llevar cilicios y cadenilla de hierro. A menudo decía que en su celda se sentía como en el paraíso, viendo a Cristo el Señor a la derecha, a la Virgen a la izquierda, y enfrente a los Apóstoles y otros Santos y Patronos. Deseaba que todos se menospreciaran en secreto; que fueran a orar ante el Santísimo Sacramento con gran piedad, del cual nos puede venir gran luz. Nunca dejaba de recomendar la devoción a la Santa Virgen, a la cual erigió varios altares en el templo, para que los fieles piadosos la veneraran con sus múltiples títulos. En ese tiempo, con los ojos cerrados decía, como podía, oraciones y comentarios, y tenía a mano su corona, para poder rezar el rosario a la S. Virgen. Quería que su rosario estuviera siempre colgado a la cabecera de la cama, o en una pared, como una señal de su Señora. Pero para cultivar su paciencia, le concedieron como ayuda un siciliano enfermo y septuagenario, sordo, que casi no oía nada, y que ofrecía al enfermo siempre algo diferente de lo que le pedía. José, ni por aburrimiento o molestia, pidió que le cambiaran el compañero.

Y cuando quería que no hubiera nadie en la habitación, difícilmente podía conseguirlo, pues hombres de todas condiciones intentaban entrar a verlo.

“Recordad todos el rezo diario del Rosario en honor de la Madre de Dios, y no temáis las adversidades, pues pronto veréis cómo se arregla todo”.

Junto con el don de Consejo, tenía también en alto grado el de Oración. Nunca dejaba de hacerla, y se le veía el rostro como encendido en ella. Y nunca comenzó una obra importante sin haber rogado antes a Dios de rodillas. Por la noche apenas descansaba en su habitación tres o cuatro horas. Después de apagar el fuego, y con la lámpara encendida, solía recitar los Oficios Divino, de la Virgen María y de los difuntos, y otras oraciones piadosas, y luego leía libros piadosos y ascéticos, principalmente los Morales de San Gregorio. En lo que se refiere al Oficio Divino, aconsejaba a menudo a los suyos que lo leyeran a la hora correspondiente, y si debían estar en la escuela, lo anticiparan. Decía que anticiparlo era diligencia; decirlo a su hora, obediencia; posponerlo era negligencia.

Nunca hablaba tenso, sino siempre sereno, y con voz sumisa y plácida, y con facilidad inclinaba a los demás a lo que él decía. No había personas de otra opinión a los que no escuchara de buena gana, gente docta en otros temas a veces.

Las cosas de este tipo las ocultaba cuidadosamente, y no solía contarlas a nadie, ni las revelaba nunca en casa, excepto cuando Landriani y otros varones de gran virtud le observaban con sus propios ojos. Una vez entró uno próximo a él en su habitación y vio a José con los sentidos abstraídos, elevado en el aire. Hubo otro con fama de santidad que por la noche se acercó a mirar por la puerta de su habitación, y entre las grietas vio en una luz radiante a la santísima Madre de Dios, acompañada de dos santas Vírgenes, con José elevado sobre el suelo. Siempre procuró diligentemente que los religiosos de su Congregación, aunque hubieran tenido un rico patrimonio, brillaran con insigne humildad. Fue siempre a los ojos de todos un ejemplo de virtud y religiosa continencia, con perpetuos ayunos, vigiliias, oraciones, flagelaciones y cilicios. Se tenía tanto odio a sí mismo que cada día inventaba nuevas asperezas y exigencias corporales, y nunca omitió el rigor y la humildad por motivos de vejez.

Cada día visitaba diligentemente las escuelas, y cuando encontraba a los niños más pobres, los llamaba y les enseñaba él mismo, e inclu-

so les daba comida. A otros pobres, principalmente lo que eran de familias nobles, y especialmente sacerdotes, les enviaba pan, vino, aceite, y a veces su propia ropa, y procuraba ayudarles en lo posible, y alguna vez se le vio dando a alguno dos escudos de oro. No era raro ver comer de rodilla al Padre General en el refectorio. También servía la comida en la mesa, y ayudaba en la cocina, lavando platos. Cepillaba al asno, y hacía otras tareas viles. Cuando estaba en la mesa y le faltaba algo, no lo pedía; si ocurría que habían olvidado ponerle vaso, se abstenía de beber. Cuando faltaba algo a los demás, avisaba a los sirvientes, y de vez en cuando les reprendía.

13. Todos los días acudía al coro o a la iglesia a visitar el Santísimo Sacramento, del que era muy devoto. Nunca omitió celebrar la Santa Misa, en la que yo le servía con sumo gusto porque la decía de manera muy clara, distinta y muy devota, y sin afectación; más bien breve que larga, para la cual se preparaba leyéndola antes en el misal, y recitaba los salmos colocados para su preparación, y después de misa se retiraba a su habitación para dar las gracias debidas a Dios. Se conocía bien su devoción por el rostro rubicundo que mostraba, denotando el espíritu celestial que ardía en su pecho. Recitaba todos los días el divino oficio a las horas debidas, y me hacía llamar porque lo recitaba de memoria, para que le ayudase en algunas partes, y a mí me agradaba mucho darle gusto, y él sabía que yo le servía con cariño y puntualidad en cada ocasión, sobre todo en sus últimos años, cuando casi todo el mundo le había abandonado, como se verá más abajo. Rechazaba todo lo que fuera singular, tanto en la comida como en el vestido, contentándose con la simple comida común, y ropa de la misma tela vil que los demás. Y en la celebración de la santa misa no quería cosas singulares como amitos y albas finas y plisadas preparadas para él, especialmente en las fiestas solemnes por el sacristán como Superior General, sino todo simple y ordinario, dando en esto a entender que no se preocupaba por el exterior o la apariencia vana del mundo, sino sólo en agradar a Dios, y despreciar todo lo demás por Cristo.

Por ese motivo dejó el apellido Calasanz y tomó el de la Madre de Dios como se dijo anteriormente, y ordenó una coronilla de cinco salmos con sus antifonas, en la que se expresa el nombre de María, y ordenó que fuera recitado en común por todos cada día, y que las siete fiestas principales de Nuestra Señora fueran celebradas por sus religiosos con todo tipo de solemnidad y ayuno riguroso en sus

vigilias, y que muchas veces durante el día fuera invocada con la recitación común del *Sub tuum praesidium*. Luego recitaba todos los días el Rosario, y como muestra de ello incluso en el extremo de su vida recordó a sus religiosos que fueran devotos del Rosario, meditando sobre los misterios de la vida, pasión y resurrección de Cristo Nuestro Señor. A causa de esta devoción la Santísima Virgen le favoreció un día entre otros, porque recitando el Rosario, como era habitual, caminando por el oratorio de San Pantaleo, el P. Ambrosio de al B. V. le vio detenerse y elevarse maravillosamente del suelo tres o cuatro palmos con su rostro vuelto al cielo. Quiriendo el Padre que otros Padres que estaban en la enfermería lo vieran, fue inmediatamente a llamarlos, pero al volver lo encontraron de nuevo caminando como antes.

Fue también devoto de San Francisco de Asís y sus frailes, especialmente de los de los Santos Apóstoles, con los que estaba muy relacionado porque había sido su vecino de casa, y en efecto, se vio que San Francisco quiso honrarlo en uno de sus religiosos. Ocurrió que un día el cocinero de la casa estaba muy preocupado y triste y fue a decirle a nuestro V. P. José fundador que había poca comida para los Padres que estaban en casa, y para otros extraños que llegaron por la tarde de otros conventos. No sabía cómo darles de comer; nuestro V. Padre le dijo que dividiera todo lo que hubiera a partes iguales y el resto se lo dejara hacer a Dios. El cocinero obedeció y al dividir las porciones para cada uno vio al lado a un religioso de San Francisco, que quitándole la cuchara de las manos le dijo: “Déjame hacerlo”. Y no solo hizo las porciones normales y suficientes para cada uno, sino que aún sobraron para otros. Tras el reparto, el fraile desapareció, diciéndole al cocinero: “otra vez ten más fe”. A estas palabras el cocinero cayó al suelo desmayado durante un buen espacio de tiempo, e inmediatamente se lo contó al V. P. fundador, quien respondió: “Vaya en buena hora, que ese religioso que hizo las porciones fue el B. Padre San Francisco”. Y el cocinero, que hasta ese momento había hecho el oficio de cocinero de mala gana, pidió el favor de que se le permitiera continuar durante todo el tiempo de su vida, y se le concedió.

Su oración también era continua, y siempre se le encontraba absorto en Dios, produciendo devoción y asombro a cualquiera que lo mirara, y a mí, que estaba al lado de su mesa en su habitación como su secretario, al verlo me parecía ver la cara de un bendito en el cie-

lo, y me agradaba quedarme con él y ayudarle por la conversación suave, y me decía, entre otras cosas, que dormía muy poco por la noche. Le pregunté qué estaba haciendo mientras estaba despierto, y me contestó que recitaba el Rosario, y luego todos los himnos con la secuencia del Santísimo Sacramento, meditando los misterios divinos que estaban encerrados en ellos. Y realmente puedo decir que mientras vivió nuestro V. Padre José con su cuerpo en la tierra, siempre tenía su mente fija en Dios. Y por ello en todas sus acciones siempre tenía ante sus ojos el mayor honor y gloria de Dios, llevándolo en su corazón, siempre pensando en Dios con su mente; al hablar siempre trataba del amor divino o de las cosas debidas a la salvación del alma. Y en las acciones, lo hacía rápidamente todo por Dios, y por eso se le veía muy a menudo con la cara encendida y como brillante. Y cuando lo encontraba alguno en la habitación como abstraído, y con los ojos vueltos al cielo en contemplación asidua de Dios, inmediatamente al ver a quien había ido a hablarle, entraba en discursos de espíritu tan alto que se veía bien que salía de esa escuela celestial adocetrinado por su dulce Maestro Cristo. Su conversación era continuamente sobre temas del cielo, y a menudo decía que quien quiere hablar con Dios, debe tener sus oídos internos purgados, porque una sola palabra de Dios da fuerza para sufrir grandes tribulaciones. Lo cual, en efecto, lo conoció en su propia persona, como se verá más abajo. En los sermones y discursos espirituales que continuamente hacía a los súbditos o seglares, o a los que trataban con él, siempre procuraba imprimir en los corazones de todos un gran aborrecimiento del pecado, aunque fuera venial. Y no sólo vivía puro y modesto en sí mismo, sino que también quería que sus religiosos vivieran con toda modestia. Un sacerdote nuestro me dijo que, durmiendo una noche con poca modestia en la cama en el verano, le pareció ver en un sueño a nuestro V. P. José fundador, aunque nunca le había visto, como un viejo venerable, mientras aún vivía, que le miraba con cara de indignación como reprendiéndole por tan mala compostura, e inmediatamente despertó, y permaneció tan confundido y compungido que nunca más incurrió en tal falta.

A veces incluso se le veía mandando a los súbditos que se sentaran, y postrado a sus pies se los besaba humildemente. En otras ocasiones se colocaba una soga alrededor del cuello en medio del refectorio, y decía su culpa, pidiendo a todos los religiosos presentes que

oraran a Dios por un pecador miserable como él. Todos se levantaban por la reverencia que tenían al Padre, y quedaban no menos edificados que compungidos ante este espectáculo, pero el V. Padre les ordenaba que se sentaran. A veces incluso se ponía tumbado en la puerta del refectorio y mandaba con plena sumisión que todos al pasar le pusieran el pie encima, o se ponía de rodillas en el mismo lugar y pedía por el amor de Dios y de la V.B. que todos le dieran una bofetada (eran mortificaciones que no solo él, sino todos los demás practicaban como en una competición, para ejercer la humildad) y teniendo que ir a algún lugar por algún asunto, caminaba por Roma descalzo con un simple compañero como cualquier otro religioso.

14. Su puntualidad en todas aquellas cosas que eran del servicio divino era tan grande, que para celebrar la Santa Misa acostumbraba a prepararse leyéndola antes en diferentes momentos, hasta tres veces, una por la tarde, que luego le daba materia para meditar toda la noche; otra al amanecer, y la otra justo antes de celebrarla. Era también muy puntual para recitar el oficio a la hora propia y competente, y solía decir a los suyos que cuando no podían decirlo a la hora determinada, por motivos de estudio o por otras ocupaciones al servicio de Dios, trataran de anticiparlo, porque, decía, “el que dice el oficio en las horas debidas es obediente; quien lo anticipa, es diligente; pero quien lo pospone, es negligente”.

Hacia el amanecer bajaba y visitaba todas las escuelas, las barría y ordenaba. Luego se preparaba orando para la Santa Misa, que luego decía con tal devoción y fervor, que despertaba compunción y devoción en los espectadores, por fríos y obstinados que fueran. Luego hacía una larga acción de gracias y se ponía en el confesionario, donde escuchaba con caridad y sin diferencia o acepción de personas a todos sus penitentes.

Puestas todas sus esperanzas en el Señor, antes de dedicarse a la obra se preparó con mucha oración y con otros ejercicios espirituales, sabiendo bien cuánto daño le haría al diablo una obra tan pia, y en consecuencia cuán grande era la guerra que le iba a declarar, usando todas sus fuerzas el infierno para que no tuviera éxito.

No dejó durante todo el tiempo de su enfermedad de recitar el Santo Rosario, conforme había hecho durante toda su vida, y persuadía a todos a que lo hicieran.

A menudo visitaba el Smo. Sacramento del altar, siempre con nuevos y más fervientes actos. Se renovaba su espíritu como ave fénix en los

amorosos fuegos de tales visitas, y en su corazón le producían encendidas jaculatorias. No dudo, lector mío, que eran grandes los favores que en tan largos y fervorosos ejercicios recibía del Altísimo, pero su demasiado celosa y cauta humildad los escondía disfrazado a los ojos de todos, que según su deseo quedaron velados a la memoria de la posteridad. Tenemos escasas noticias de uno o dos por un testimonio muy digno de fe, a saber, del Abad Landriani alabado más arriba, y de otros no menos excelentes religiosos. El primero es que, entrando casualmente y fuera de hora en su celda, lo encontró extasiado, inconsciente, e inmóvil, y con todo su cuerpo levantado en el aire durante un buen rato, por lo que con asombro, devoción y temor se retiró. El otro fue que, pasando dicho Abad por la noche hacia su celda, vio a través de las grietas de su puerta salir un gran esplendor. Se acercó a ella, y colocó el ojo en la cerradura de esta y para su asombro vio un prodigioso favor que su Padre recibía entonces del cielo. Lo vio suspendido en el aire, rodeada de luz, a los pies de la gran Reina del Cielo, que se había aparecido con otras dos vírgenes, que no pudo discernir quiénes eran, y que la Virgen suavemente, como a cosa muy querida, con sus manos virginales le acariciaba, por lo que quedó inmóvil por el asombro, y después de ver y volver a ver tan precioso favor, considerándose indigno de contemplar aquella visión, se fue. Sucedió después de algún tiempo que en el mes de agosto fue a Asís para ganar la Santa Indulgencia de agosto, y para visitar esa santa iglesia en la que recibió el primer espíritu su San Francisco, del que era muy devoto, y cuando, después de haber ganado la indulgencia, oraba con suma devoción, le apareció el glorioso Patriarca con las tres mismas doncellas, y le dijo que eran los tres votos esenciales de las Religiones: pobreza, castidad et obediencia, pero sobre todo la pobreza, que era de la que se quejaba de que todos los hombres del mundo la aborrecían y huían de ella.

Y en verdad, lector mío, admiro el gran coraje y la constancia de este gran padre que, viéndose armado contra el infierno, pudo resistir muchas conmociones, que, estoy a punto de decir, redujeron a nada a los ojos del mundo esta Religión suya, mientras él con paciencia y admirable constancia siempre persistió y resultó victorioso al final. Este fue un golpe capaz de derribar cualquier otra constancia menos fuerte que la de nuestro P. José, no sólo por el agravio personal, sino por el daño muy grave que venía a su Religión, todavía demasiado tierna y débil para soportar un golpe tan violento.

Al tratar más arriba sobre la fe y la religiosidad de este Siervo de Dios, ya he dicho que era muy adicto al santo ejercicio de la oración mental. Ahora trataremos de los regalos y favores con los que en ella le enriqueció el Señor, y para que recuerdes cuáles eran sus ejercicios de oración te daré aquí un breve resumen de su vida diaria. No daba al sueño y al descanso de su cuerpo cansado más que tres horas, y a lo sumo cuatro. Al levantarse y encender la luz, recitada con gran devoción el Oficio Divino, el del Bma. Virgen, y el oficio de los muertos. Luego pasaba el resto de la noche en profunda oración y en la lectura de libros espirituales y los Santos Padres.

Y aquí puedo mencionar aquellos actos de humildad y mortificación que hacía en el refectorio, o en el capítulo, para dar buen ejemplo a sus súbditos, cómo besar los pies a todos sus religiosos, comer arrodillado en el suelo en medio del refectorio, lavar él solo todas las ollas de la cocina, y a veces, enamorado de esta hermosa virtud, caía en los excesos del conocimiento de sí, hasta el punto de que hubiera querido aniquilarse, y se dejaba pisotear por sus súbditos, haciéndolos pasar por encima mientras estaba prostrado cara al suelo. Amaba tan ardientemente esta virtud que siempre la predicaba a sus súbditos, persuadiéndoles a ser humildes, “porque - él solía decir - ¿no sabéis que los niños, no en edad sino en humildad, consiguen el reino de los cielos?”

Para preservar su virginidad castigó su cuerpo ferozmente, y lo obligó a estar siempre sujeto al espíritu, bien con las crueles disciplinas que varias veces a la semana se daba, bien con los largos ayunos y vigiliass, bien con la estricta observancia de su estricta Regla, no solo durmiendo sobre el colchón de paja hasta su última y decrepita vejez, cuando por preceptos de los médicos necesitó admitir en su cama un colchón de lana, del cual, sin embargo, muy a menudo con su gran gusto se privaba para ayudar a la necesidad de otros con motivo de enfermedad, sino aún en ir descalzo hasta la muerte, que, como diremos, fue después de una larga decrepitud.

Luego venía la hora de la comida común en el comedor con los demás religiosos. Comía con tanta moderación que parecía que su ayuno era continuo; comía solo una vez al día, y ni por esta razón admitía algo extraordinario o de mejor calidad para su sustento, incluso a la edad decrepita de 90 años. Se abstenía con los demás de comer carne en lunes y miércoles según el rito de su Regla, pero añadió además el ayuno a pan y agua todos los miércoles y viernes

del año. Después del almuerzo recitaba las Vísperas y Completas, visitaba las escuelas y se retiraba a la celda para orar y estudiar. Retirado en ella practicaba este ejercicio, como dijo a algunos de sus religiosos para que lo aprovecharan: imaginaba tener a la derecha a Cristo y a la izquierda la Virgen, y que junto a las paredes de la celda estaban los Apóstoles, y otros santos y santas, sus abogados especiales, con quienes le parecía estar en santa y dulce conversación. Entonces solía tener la cara tan encendida y alegre che de manera clara expresaban el júbilo y las llamas del amor divino que mantenía encendidas en su corazón.

15. Aquí he procurado hacer lo que viviendo él nunca pudo realizarse, aunque varias veces se intentó con mucha diligencia, a saber, hacerle un retrato, deseándolo mucho los que le quieran, por devoción. Por lo que se llamó a varios pintores excelentes, pero ninguno tuvo la suerte de tomarlo al natural, gracia que tal vez le concedió Dios por su humildad. Pero yo que escribo, y que le conocí y traté durante varios años con el Siervo de Dios, me ayudaré aquí con el pincel de la lengua, y con las sombras de las palabras para pintarlo en claro oscuro, aunque imperfectamente, para que de alguna manera se formen una imagen suya los que leen la efigie.

Era José de estatura alta, de tez blanca, pero colorida. Tenía el pelo tirando a rubio, y la barba tirando a rojo, aunque en la vejez era canoso, con la frente competentemente amplia, las cejas anchas, y la nariz algo afilada. Los ojos eran más bien pequeños, pero no desentonaban en su semblante, y, en resumen, todas las partes eran muy proporcionadas para la simetría del rostro, que parecía noble y majestuoso. Y aunque en sus años de edad avanzada mostraba alguna apariencia de rigidez, conservó sin embargo su ser natural en el habla afable, y en el trato cortés y gentil. Y finalmente en el aspecto se percibía en su modestia la santidad del alma, por lo que era amado y venerado por todos como un santo.

Una vida tan activa, como se ha dicho que practicaba José, no le distraía en absoluto de la contemplación. Puesto que fuera de tales actividades, se le veía como absorto en Dios, y la prontitud y facilidad que de inmediato tenía en cada oportunidad de hablar de cosas devotas y espirituales era un argumento obvio de que su mente siempre estaba elevada a las cosas celestiales. Su intelecto, sin embargo, estaba iluminado por una luz sobrenatural, y al mismo tiempo el amor divino inflamaba su voluntad, como se veía en

los razonamientos y conferencias espirituales que daba, con claridad de oraciones y exposiciones de escritos tan fundadas y firmes y expresadas con tanto espíritu que se veía que provenían más de la oración que de la lectura de libros. Y una vez, hablando con el P. Francisco de la Purificación, su Asistente, un hombre de gran virtud y espíritu, le dijo en confianza que, al pensar en cosas devotas, o de la Sagrada Escritura, le surgían muchos otros sentimientos, que eran innumerables. Y el mismo Padre Francisco admirando la doctrina del Siervo de Dios, aunque era muy versado en los temas de la Sagrada Teología, dijo que claramente se veía lo que se decía de San Buenaventura, que su conocimiento era más debido a la oración mental que al estudio de los libros.

Participaba en todos los ejercicios espirituales comunes en la Orden, tanto vocales como mentales; sin embargo, su oratorio retirado era su celda, en la que, fiel ejecutor de lo que el bendito Cristo enseña en el santo Evangelio, con la puerta cerrada pasaba las vigili-
as de su devoción, y lo enseñaba a los demás, es decir, a hacerse un Paraíso en la celda, imaginando a un lado Cristo nuestro Señor con la Santísima Virgen, y al otro lado los Apóstoles con otros santos. Uno puede creer fácilmente que él mismo lo practicase, y toda la noche, a imitación del Redentor, la pasaba en oración, y para que esto fuera secreto para los demás, justo antes de dar la señal en la mañana para levantarse del descanso de los religiosos, apagaba la luz que tenía encendida; y aunque utilizaba en esto diligencia no ordinaria, innumerables veces fue observado por varios.

Era propio de José no enseñar nada que él no practicase en sí mismo. Decía a los suyos: “Hermanos, esforzaos en la imitación de Cristo, y en ella, como nos enseñó el Maestro celestial, discite a me, quia mitis sum et humilis corde”. Él se ejercitaba diariamente en ello, teniendo ante los ojos de la mente cómo el Rey de la gloria, creador y señor del universo, es decir, el Verbo Divino Unigénito del Padre eterno, rebajado para tomar carne humana y convertirse en hombre, convertido de hecho en oprobio de los hombres y vilipendio de la plebe, era para José ejemplo vivo y poderoso estímulo para imitarlo en cuanto lo permitía la fragilidad de la condición humana. Y por ello siempre fue muy humilde, y tenía un sentimiento tan bajo de sí mismo, que se consideraba a sí mismo menos que un gusano, y más vil que el barro, declarándose en varias ocasiones ser muy poca cosa, y nada, incluso digno de ser como el polvo de la tierra, pisotea-

do por todos. Y de ello se derivaban los muy frecuentes actos de desprecio que hacía de sí mismo. Se encargaba voluntariamente de los ejercicios más bajos, y en todo tipo de actos de humildad, como (sin repetir lo ya dicho más arriba) en el lavado de los platos en la cocina, llevar leña para la misma, servir a los religiosos en la mesa, caminar a cuatro patas, después del examen habitual de la conciencia antes del almuerzo, desde el oratorio hasta el refectorio, y luego tumbarse en la puerta de este en el umbral, y estar allí hasta que todos hubieran pasado por encima de él. Iba a pedir pan puerta por puerta con un saco al hombro; acompañar las filas de escolares a sus domicilios; quitar las telarañas, y escobar los dormitorios y escaleras, y también cepillar el borriquillo que solía servir para ir a mendigar leña, estando la puerta de la cuadra en el callejón entre el palacio del cardenal Torres, y el convento, a la vista de los que pasaban.

Movido por la misma caridad de la salvación de las almas, estaba el Siervo de Dios siempre listo cuando le llamaban a escuchar confesiones, tanto en la iglesia como en la sacristía, donde por la mañana solía quedarse algún tiempo a tal efecto. Además, se apresuraba rápidamente para ayudar a los enfermos de cualquier condición que fueran, a quienes con un afecto indescriptible sugería actos de virtud y devotas oraciones para su feliz paso a la vida eterna. Y por la opinión de su gran bondad y virtud, entre otros cardenales Miguel Ángel Tonti, y García Mellini lo quisieron presente en su última enfermedad, para rendir en sus manos el alma al Creador.

La misma opinión sobre la bondad de la vida del P. José era común tanto en Roma como fuera de ella, pues varios señores germanos y polacos que iban a Roma lo visitaban, atraídos por la fama que se había extendido hasta sus países. Esta fama se apoyaba en el concepto de que en la misma ciudad de Roma, donde vivía, tenían tanto religiosos de gran importancia, como Príncipes, Prelados y Cardenales, y en particular los cardenales Ettore Mellini y Tonti, de los cuales ya hemos hablado, Montalto, S. Cesario, sobrino de Clemente VIII, Ludovico Torres, Antoniano, Baronio, Alternazzi, La Quercia, Giovanni Francesco Bagni, Nicolò Bagni, Martino Ginetti, Cesare Facchinetti, Cecchini, Alessandro Costantio y sobre todo Benedetto Giustiniani, quien dijo muchas veces que el P. José era un santo.

Efecto del mismo celo por la gloria divina y salvación de las almas fue la gran satisfacción que sintió en el alma el Siervo de Dios José cuando recibía los informes que le enviaban sus religiosos desde

Germania, sobre los muchos herejes que con su trabajo habían convertido y reducido a la unidad de la fe católica, y daba muestras de mucha alegría por ello. Y puesto que había enviado varios buenos súbditos no para trabajar en las escuelas de los niños, sino para lograr tales conversiones, se le oyó decir repetidamente que, si su gran edad no lo hubiera impedido, él mismo habría ido a esas partes para emplearse en la conversión de los herejes, pues le faltaban las fuerzas, no la voluntad y el ánimo de ganar almas para Cristo. Y, sin embargo, su celo para con sus súbditos no era menor, para que a grandes pasos avanzaran en la adquisición de la virtud y la perfección religiosa. Les recomendaba la ferviente mortificación de sus pasiones, que, aunque repetidamente reprimidas y doblegadas, resurgen de nuevo brotando como cabezas de hidra contra la razón; y en esta lucha hay que combatir durante toda la vida para alcanzar la gloria bendita. Decía muy a menudo al respecto: “Regnum coelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud”. Les recomendaba la sujeción de sus pasiones y la mortificación incluso de los sentidos externos; porque si bien Dios es quien ve el corazón, los hombres, sin embargo, se reflejan en la composición y la modestia externa, y esta les sirve muy a menudo como motivo para componer sus costumbres mal reguladas. Por el exterior se infiere lo que es el interior; y ambos van de acuerdo cuando se está en la presencia de Dios. Y porque no es pequeño indicio del alma la lengua, por lo que se dijo, “Loquere ut te videam”, recomendaba como propio del estado religioso el silencio, fiel guardián de las virtudes y del recogimiento interior de las potencias del alma para la unión con el Sumo Bien, dado que no es el hábito, sino la virtud lo que hace al monje, por lo que al respecto solía decir: “Los que no tienen la modestia y el silencio que deben, son religiosos de hábito y no de virtud”.

16. Uno de sus religiosos fue una noche a su habitación para conversar sobre algunos de sus pensamientos particulares, y cuando llegó a la habitación vio una gran luz saliendo por la puerta, y admirado de ello se acercó lentamente, y encontrando la puerta entreabierta miró, y vio que el siervo de Dios estaba como absorto en medio de un gran esplendor, y que había dos santas Vírgenes, que estaban hablando con él, por lo que lleno de asombro se retiró, para no molestar a su buen Padre en aquel consuelo celestial.

Soportó esta mortificación ignominiosa con una constancia inaudita el humilde siervo de Dios, recibéndola como purga por sus pecca-

dos, como él dijo, y sintiendo mucha compasión por sus calumniadores, a quienes veía correr al precipicio.

Unida a esta excelente virtud estaba la de la paciencia, en la que el siervo de Dios sobresalió mucho. Las persecuciones que sufrió fueron muy grandes y sensibles, y aunque era muy inocente de las imposturas y calumnias que se le hacían, con todo esto, soportó todo con suprema tranquilidad de mente, disculpando siempre la intención de quienes lo perseguían, y achacando todo a sus propios pecados.

Humildad

3. Volaba a los ejercicios más humildes, limpiando con sus manos los platos de la cocina, y barriendo todas las escuelas. *Duabus volabat*. Volaba con las alforjas sobre sus hombros para buscar algunas limosnas, las cuales con gran ternura y compasión distribuía los menesterosos. Volaba para acompañar los estudiantes hasta sus casas, sin reparar a distancia de camino, a lluvias, o a lodos. Volaba a los confesionarios para desatar las almas enredadas entre vicios, y a los enfermos para darles algún consuelo. De manera que podía decir con San Pablo: *Omnia omnibus factus sum*.

4. En vigésimo sexto, demostraré que fue muy humilde, se despreciaba a sí mismo y admiraba las virtudes de los demás. Con mucho cuidado disimulaba sus cualidades, y alababa efusivamente las de los demás. Rechazó todas las dignidades, y solo admitió el generalato por obediencia. Y aunque era superior en dignidad, a todos daba órdenes con ánimo humilde, y tanto amaba la humildad que intentaba atraer a los demás para que del mismo modo que él se sentía humilde, se sintieran también los demás.

4.3. También puedo decir que siempre se consideraba a sí mismo muy vil. En cuanto a la humildad, que siempre demostraba conocer con palabras, aunque hizo muchas cosas, decía que no había hecho nada, y ante estos actos me encontré en todo el tiempo que viví con él. En cuanto a la virtud de la humildad, además de lo dicho añadido que en esta virtud me parece que es en la que más brillaba, no sólo al recomendarla en sus frecuentes discursos, sino con su acción, practicándola, como de lo que muchos han dicho anteriormente se puede deducir, y siempre fue muy cauteloso en no hacer aparecer lo que podría redundar en su alabanza, ocultando con cuidado aque-

llas virtudes que podrían hacerle notar en presencia de los demás, como dije anteriormente. Y siendo General, trataba de buena gana con personas incluso de baja condición, disfrutando de su pobreza y sencillez, y esto lo sé porque lo vi. En cuanto a la renuncia de dignidades, me remito a lo que he dicho anteriormente.

4.9. El Sr. Cardenal Albernozzi de gloriosa memoria, tenía un gran concepto de su persona por su bondad, de quien se quejaba de que no iba a visitarle, diciendo “El Padre José nunca viene a visitarme”, y esto se lo oí al mismo Padre José, y yo ya sabía antes la entrada que tenía en casa del Cardenal Albernozzi. Al Padre José yo le oí decir: “El Sr. Cardenal Albernozzi me envió a llamar; su Eminencia debe tener paciencia, porque me da vergüenza ir allí”. Supongo que lo hacía por humildad, no considerándose digno de ser visto por esos Príncipes.

El Sr. Cardenal Spínola, difunto, que fue Arzobispo de Compostela, tenía de él tal concepto que lo consideraba santo, y no quería irse de Roma antes de tener su retrato, que para tenerlo tuvimos que usar muchas estratagemas para hacerlo, sin que el Padre se diera cuenta, porque una vez, habiendo notado que un pintor lo retrataba, se quejó mucho, diciendo que de este modo le ofendían, diciendo “¿Quién es tan palurdo que se le ha ocurrido hacerme un retrato? ¿Les parezco un hombre para ello?”

Siendo General venía a menudo a la cocina y me ayudaba a lavar los platos, y además de las semanas que solían tocar por turno a cada Padre para ayudar al cocinero, en la semana que le tocaba al Padre, era muy puntual. Y cuando no le tocaba, venía muy a menudo a la cocina para ayudarme, y como dije también para lavar los platos, que es el servicio más vil que suele hacerse en las religiones.

5. Nuestro P. José era conocido, reverenciado y amado por todos como fundador y General, pero él no se atribuía a sí mismo ningún honor. Daba todo honor y gloria a S.D.M., teniendo de sí mismo una opinión tan baja que es increíble, no prefiriéndose ni al más pequeño de la casa. Pero en las mortificaciones era el primero: en besar los pies, en comer debajo de la mesa, en decir la culpa y pedir perdón, en tumbarse en el suelo y hacerse pasar por encima, en estar con los brazos en cruz, en lavar los platos en la cocina, en servir la mesa, en barrer la casa, escaleras, patio y clases incluso en presencia de los escolares, en cepillar el burro incluso en nuestra plaza,

que una vez lo vio el Emmo. Torres, y sorprendido le preguntó: “Padre General, ¿qué hace?”, y le respondió: “Enseño a este hermano”; en andar por Roma con las alforjas a pedir, en acompañar a los escolares a casa, en servir a nuestros enfermos, incluso en limpiarles los vasos y recipientes de la noche, en peinarlos y en cualquier otra cosa humillante y mortificante; en esto superaba a todos y nos dejaba confundidos.

De otras enfermedades puedo hablar con más autoridad, porque me encontraba presente. En una ocasión nuestro P. José había ido a pedir como solía, y se empapó porque en aquella época llovía mucho. El compañero, creyendo darle gusto, le llenó mucho las alforjas de pan, así que además sudó. Al volver a casa no quiso dar el peso al portero, que se lo quería tomar con mucha insistencia, sino que lo subió por las escaleras hasta el comedor. Después de celebrar la misa enfermó con mucha fiebre, que siguió aumentando hasta que lo redujo casi al estado de muerte, y al fin cayó en un letargo grandísimo. Durante esta enfermedad no salieron de su boca otras palabras sino “Jesús, María”. Aunque yo le interrumpía el sueño a menudo por orden de los médicos, diciéndole cosas diversas, nunca se quejó ni una sola palabra por mi inoportunidad. Es más, me miraba con gran tranquilidad y sin alterarse. Comulgó muchas veces con tanto sentimiento que se nos rompía el corazón y se nos reducía a lágrimas a todos.

He contado ya más arriba muchos hechos de nuestro Padre que muestran la bajísima estima que tenía de sí y de sus cosas en todo lo que pudiese significar grandeza exterior, a las cuales añadido que nunca hablaba de su casa ni de sus diplomas de doctor en leyes civil y eclesiástica y en teología, a pesar de que era muy insigne en todas esas cosas. Más aún, los documentos de sus privilegios, doctorados y oficios desempeñados los mandó cortar en tiras, después de tenerlos a remojo en agua para borrarlos para que nadie los pudiera leer. En la dimisoria de su primera tonsura hizo raspar el nombre de su padre, y la dignidad que tenía y le daba el obispo.

Todas estas cosas son, en efecto, signos evidentes del sentimiento interior que tenía de sí. Con todo, escucha lo que le ocurrió conmigo. El segundo domingo de Adviento, el 9 de diciembre de 1646, nuestro Padre José hizo como de costumbre los domingos un discurso muy fervoroso acerca de los grandes bienes que reciben las almas que soportan pacientemente las tribulaciones. Vuelto a su habitación, y estando yo allí, continuaba conmigo el tema. Yo le dije

entonces: “Padre, verdaderamente Dios le ha dado a V.P. una ocasión de gran mérito en estos tiempos de tantos sufrimientos, tanto para usted como para la Orden”. Al oír esto, el humilde y santo viejo nuestro estuvo un rato en silencio, y después dio un gran suspiro y prorrumpió con estas mismas palabras, dando golpes con la mano sobre la silla en la que estaba sentado: “¡Oh, oh, oh pobre de mí! He estado en esta silla como un tonto, como un bobo sin hacer nada, no he sacado ningún provecho, pobre de mí. Pero verdaderamente son gracias singulares que me ha hecho Dios, porque por un solo pecado merezco el infierno eternamente, y con estos sufrimientos S.D.M. me los quiere perdonar. ¡Oh, oh, oh qué gracia si me cambiara esta pena eterna en temporal, qué favor, qué favor tan grande, tan enorme sería esto! Me tendría por muy favorecido por el Señor si hiciese que el Papa, conociendo mis despropósitos y pecados, me enviase a Civitavecchia (“a la cárcel, Padre”, le dije yo), no (me respondió), a una galera; y después de un año, o 18 o 20 meses que sería lo más que podría sobrevivir en aquel lugar, con ello se me perdona la pena del infierno y parte de la del purgatorio, y después se me diese el paraíso. ¡Oh, qué favor, qué gracia sería esta, redimir las penas eternas con tan poco esfuerzo, oh qué gracia, qué gracia! No hay que mirar en los sufrimientos a la causa instrumental, que es el hombre, sino a la causa eficiente, que es Dios, que es nuestro Sumo Bien, y que no dirige estas cosas exteriores a otro fin que a nuestro bien. Yo nunca he pensado en estos sufrimientos que hayan sido cosa del P. Mario, ni del P. Esteban, ni de otros, sino de Dios, que quiere sacar de ellos algún bien grande, y siempre he rezado por ellos. Y si el P. Esteban quisiera convertirse y viniera a esta casa, lo abrazaría como a todos los demás, y sería acogido en mi habitación lo mismo que el P. Pedro”. Este era su primer compañero. No habló del P. Mario porque ya había muerto de lepra.

No quiso nunca que nosotros sus religiosos ni por escrito ni de palabra le diéramos el tratamiento de Reverendísimo y Muy Reverendo; por escrito sólo “Al P. General”, y de palabra “Vuestra Paternidad”, y no quería el título de fundador, a pesar de que los mismos Sumos Pontífices se lo daban.

6. Se conservaba tanto más humilde y bajo cuanto más elevados eran las ciencias y los honores que conseguía. Tenía por horizonte de sus acciones la honradez; fuera de ella, nunca vio ni oyó. Esto era el objeto de sus sentidos, el motor de sus afectos, la regla de sus pasiones.

Goza de pobres habitaciones en la tierra para tenerlas después magníficas y suntuosas en el cielo. Debe haber alguna proporción entre el lugar y el que lo habita; por eso, como quería que fueran humildes sus hijos, deseó también que fueran humildes sus habitaciones. Rechazó las paredes embellecidas con artificiosos colores, porque, amigo de la pureza, quería que las paredes mismas fueran blancas. Por naturaleza e instinto el corazón de cada uno tiende a aspirar a los honores; en el caso de José una humildad sin precedentes y un bajo sentimiento de las grandezas terrenas helaron en su corazón una pasión tan inflamada.

La soberbia, que es un vicio casi invisible para los grandes, nunca pudo acercarse al corazón de José. A José, a pesar de ser el General de su Orden, se le veía por Roma con las alforjas a la espalda mendigando trozos de pan, acompañando a los escolares a sus casas en los días más embarrados, o los de más calor. En casa se le veía a menudo servir la mesa, escobar la casa y las escuelas, lavar los recipientes que servían por la noche a los enfermos, andar en el refectorio con las manos por el suelo a cuatro patas, y pidiendo con lágrimas en los ojos perdón a sus mismos súbditos. Perseveró hasta el final de su vida con este bajo concepto de sí mismo. Mientras moría, notando que un querido y devoto hijo le quitaba de la cabeza el bonete, le dijo: “¡En buena hora! Me está ayudando a morir”.

7. Su humildad era tal que ordinariamente hablaba de ella como una cosa preciadísima, y exhortaba a los suyos a conseguirla y a pedirla a Dios. El ministerio de las escuelas, con sus ejercicios basados en la humildad y la mortificación, demuestra lo fundado que él estaba en esa virtud. En cuanto le era posible se ingeniaba para ocultar las gracias y dones que recibía de Dios, para no dar motivo de ser admirado y mantenerse humilde. Por esto despreció también grandes dignidades que le fueron ofrecidas por los Pontífices y por el embajador de España, como se escribe en otro lugar. En casa no dejaba las tareas humildes y bajas, como barrer la casa y las clases, servir en la cocina, lavar los platos y ollas, haciendo que incluso los demás lo hicieran por turnos, para mantener en los religiosos la humildad como necesarísima salvaguarda de la Orden, que sin ella está en peligro de naufragar.

Sin embargo, en sus acciones procuraba con la humildad de Cristo ocultar todos aquellos dones que no estaba obligado a mostrar a los hombres para dar el buen ejemplo que todo cristiano temeroso

debe dar, aunque muchas veces sin darse cuenta manifestaba aquello que hubiera querido tener escondido para los demás.

8. Practicaba actos viles a los ojos de los hombres, como acompañar a los escolares, ir con las alforjas al hombro públicamente por Roma a pesar de ser General; en casa servía en la mesa, ayudaba en la cocina, lavaba los platos y los paños, barría la casa y las escuelas, iba a cuatro patas del oratorio al refectorio, servía a nuestros enfermos con extraordinaria caridad, incluso limpiándoles los orinales de la noche. Nunca se le oyó hablar de sus antepasados, aunque eran muy honorables; nunca se dio a conocer por Doctor o Teólogo, y primero hizo raer y luego hizo trizas todas sus Patentes, de los oficios ejercidos y de los privilegios de sus doctorados, y luego hizo azotes, pues eran de pergamino. Y en la fe de su primera tonsura rascó en el nombre del padre unas pocas palabras, que tal vez trataban del cargo o dignidad del padre, que era muy ilustre.

9. Siendo General, siempre hizo actos viles a los ojos de los hombres, como acompañar a los escolares, yendo con las alforjas al hombro a Roma, sirviendo en la mesa, ayudando en la cocina, lavando platos y ropa, barriendo la casa y las escuelas, sirviendo a los enfermos con caridad heroica, limpiando los vasos de noche, perseverando en ello hasta la muerte en la enseñanza del santo temor de Dios, y las letras; y en los últimos meses de su vida no pudiendo ir más a las escuelas, hacía que algunos escolares vinieran al oratorio para enseñarles. Con una humildad muy profunda que siempre procuraba ejercitar él mismo y los otros; siendo él humildísimo en su sentimiento. Nunca hablaba de los favores que Dios le había hecho, y si como ejemplo para los que le oían decía algo, era en tercera persona, como si le hubiera sucedido a otro.

Nunca se le oyó hablar de su nacimiento, a pesar de que era honorable. Ni tampoco usó su título de Doctor o Teólogo. Hizo raer y luego convirtió en trizas todas sus Patentes de los cargos que había desempeñado y de los Privilegios de sus Doctorados. Eliminó después del nombre de su Padre en algunas escrituras lo referente a su oficio y sus dignidades muy importantes.

10. Su humildad no fue inferior a su penitencia. Conocen los Santos con vista muy perspicaz el ser de Dios, sus soberanas excelencias e incomprendibles perfecciones. Quedan con razón pasmados considerando tan Inmensa Majestad, y conociendo por otra parte el abismo

de la nada de que fuimos criados, no hallan cómo humillarse, y por más que se humillen, quisieran siempre humillarse más. Siempre exhortó el Padre Fundador la humildad a sus hijos, como quien la enseñaba en todas sus obras, palabras y acciones. Mandaba muchas veces que se asentasen sus hijos, y postrado a sus pies, se los besaba. Otras veces, puesto una soga al cuello, a lo mejor de estar en la mesa la Comunidad entraba el Santo Padre y, puesto de rodillas en medio del refectorio, decía su culpa, rogando a los Religiosos que encomendasen a Dios a un miserable pecador como era él. Levantábanse en pie todos sus hijos, tan igualmente edificados como compungidos, haciendo la cortesía debida a su Padre, Fundador y General. Mas el santo, mandándoles sentar, se daba una recia y pública disciplina. Otras veces se ponía a la puerta del Refectorio echado en el suelo, y mandaba que todos le pisasen, poniendo los pies encima. Otras, puesto de rodillas, pedía por amor de Dios y de la Virgen a todos que le diesen de bofetadas. Muchas veces se iba a las aulas de los estudiantes con una escoba y las barría, y este ejercicio continuó hasta la vejez.

11. No era de sorprenderse el verlo siempre barrer las clases de los niños, lo que hizo durante todo el tiempo de la Orden desde que abrió las escuelas hasta que fue viejo, barriendo incluso la casa, las escaleras y el patio en presencia de los escolares. A veces cepillaba el asnillo, y lo hacía una vez en la plaza Navona, cuando lo vio el Sr. Cardenal Torres, quien sorprendido le dijo: “Padre general, ¿qué hace?” Él, sonriendo, dijo: “Enseño a este hermano”. Iba con las alforjas al hombro por Roma a pedir; con su gran caridad siempre acompañaba las filas de los escolares, y en casa nunca renunció al servicio a los enfermos, a los cuales incluso limpiaba los vasos y recipientes nocturnos, y los peinaba como hace una madre a su hijo. En todo servicio de humildad y mortificación era la misma ejemplaridad, con la cual dejaba a todos confusos, que lo admiraban al ver que era el primero en besar los pies a los demás, en comer en el suelo, en pedir perdón y decir su culpa, en echarse largo al suelo y hacer pasar por encima a los demás, en servir la mesa y lavar los platos en la cocina. Y si acaso el que servía en la mesa por inadvertencia no le llevaba algo de lo que comían los demás o no le había puesto el vino o el agua, nunca decía nada, y se conformaba con comer poco, y no beber ni agua ni vino.

En una ocasión este ejemplar de toda virtud fue a mendigar pan, y por aligerar al compañero hizo que la mayor parte del pan se pusie-

se en sus alforjas, con lo que se puso a sudar, y además llovía, y se mojaron bien. Llegados a casa no permitió que el portero o algún otro que se acercó con reverencia lo descargaran, hasta que lo llevó a su lugar, y yéndose después a la habitación, se preparó para la misa. Después de decirla fue asaltado por una fuerte fiebre, que lo llevó a las puertas de la muerte. En esta enfermedad fue tan extraordinaria su paciencia durante todos los días que estuvo enfermo que de su boca no salieron otras palabras sino “Jesús, María”.

Luego se le produjo en la pierna rota por la caída del campanario una erisipela, y a causa de esta enfermedad estuvo muchos días sin poder dormir, con dolores muy agudos, y nunca se quejó o lamentó de cosa alguna, sino que siempre estuvo en los fervores de sus actos de virtud sin ninguna otra idea sino perfeccionarse en su paciencia, y recibiendo a menudo el Santísimo Sacramento, lo que hacía puesto de rodillas, con roquete y estola, con tanto sentimiento y diciendo tales palabras llenas de amor divino que rompía el corazón de los que estaban presentes allí, que no podían evitar echarse a llorar. Y ya que hemos mencionado a un Vicario de Cristo Nuestro Señor tan clementísimo, no me parece fuera de propósito el contar lo que su suma bondad se dignó decirme de nuestro venerable Padre fundador, lo cual es una prueba de la opinión y alta estima en la que Su Santidad le tenía, a quien yendo yo a besarle los pies y presentar la instancia debida para suplicarle la dispensa del tiempo para formarse el proceso de la vida del venerable Padre para su beatificación y para la restauración de la congregación en el estado de orden y por otras particularidades en beneficio de la misma, llevado ya por el favor y la protección de aquellas altezas serenísimas, por cuanto con toda eficacia ya ellos habían dispuesto por su agente, el señor conde Monte Augusti, con sus cartas, y entre otras cosas me dijo Su Santidad: “Creemos deberá usted saber cómo siendo nosotros prelado fuimos visitador de su congregación, y habiendo ido una vez a San Pantaleo a tal efecto, buscamos al buen viejo, gran siervo de Dios y verdadero siervo del Señor, y no aparecía; al final lo encontramos con la escoba en la mano, barriendo una clase, de lo que todos nos quedamos extraordinariamente admirados por una humildad tan grande, y entre nosotros dijimos que era nuestro deber ayudar en lo que pudiéramos a una obra tan santa, y a un siervo de Dios tan digno. Ahora que nos sentamos en la cátedra de San Pedro, ¿no quiere que pongamos en práctica un propósito tan santo?

Padre General, todo lo que pida se lo concederemos, y alégrese, que su persona tiene mucho crédito en la Santa Sede Apostólica, y el tiempo se lo hará conocer”.

Rehuía cualquier sombra de honor, no queriendo que se le diese el título de reverendísimo o muy reverendo, sino que por escrito pusieran “Padre General”, y hablando “vuestra paternidad”. Ni quiso nunca que le dijeran “Padre fundador”, a pesar de que así le llamaban en los Breves, no creyendo nunca que hubiera sido él el fundador de la Orden, sino Dios y la Virgen Santísima, de quien era la obra. Nunca rechazó estos humildes sentimientos desde el principio, más bien se entregó al querer y orden del Vicario de Cristo cuando se confió el instituto a los padres de Santa María in Pórtico, y de la misma manera actuó cuando el mismo decidió bueno y expediente el erigirla en estado de congregación. Y para que se perdiese la memoria suya y de su familia hizo quemar algunos documentos y las patentes de los cargos que había desempeñado, y en las dimisorias de su ordenación hizo borrar el nombre del padre por los títulos que se le daban, y los de su misma persona, allí donde se veía su nombre y apellido, y nunca hablaba de su casa, por el humilde concepto y baja estima que se tenía, y su vida estaba totalmente escondida en Dios.

12. En la cual actuó siempre con ánimo sumiso, como si fuera de los últimos, y siempre procuró diligentemente que los religiosos de su Congregación, aunque hubieran tenido un rico patrimonio, brillaran con insigne humildad. Fue siempre a los ojos de todos un ejemplo de virtud y religiosa continencia, con perpetuos ayunos, vigiliias, oraciones, flagelaciones y cilicios. Se tenía tanto odio a sí mismo que cada día inventaba nuevas asperezas y exigencias corporales, y nunca omitió el rigor y la humildad por motivos de vejez. Nunca permitía que le llamaran Reverendísimo o Muy Reverendo, o Fundador de la Orden, ni por escrito ni de palabra. Decía que la Orden era obra de Dios y de la Santa Virgen. Consiguió con gran alegría en otro tiempo que su Congregación pasara al gobierno y dirección de otros. Muchas patentes en las que constaban sus importantes cargos honoríficos las echó al fuego, para que no quedara memoria de sus honores en lo sucesivo. Y de los privilegios de sus doctorados en pergamino, hizo azotes para castigar a los niños que pecaran o erraran en las clases. En las patentes que consideró que debía guardar, borró cuidadosamente cualquier cosa que pudiera

parecer honorífica. No erar raro que exhortara a la humildad a otros si les veía rechazar tareas viles. Les decía: “¡Oh ignorantes e ineptos, que perdéis las coronas de gloria eterna! ¿No sabéis que el Reino de los cielos lo consiguen los pequeños en edad y humildad?”

Siempre hablaba humildemente de sí mismo y de sus cosas. En un segundo domingo de Adviento hablaba como de costumbre a los suyos sobre los bienes que producen las tribulaciones y vejaciones, y luego siguió en su habitación, no sin fervor, comentando los enormes méritos que venían a la Orden de sus calamidades cotidianas. Y a continuación, con un gran suspiro, dijo: “¡Oh, pobre de mí! ¡De qué manera más necia y fatua he ejercido mi cargo! Nunca hice nada bueno, nada de provecho hasta este día. ¡Cuántos son los cargos y cuántas las gracias que me ha concedido la Divina Providencia, ignorante de mí, hombre de poco valor! ¡Cuántas penas debo pagar en el fuego del Purgatorio! Si Dios quisiera enviarme tormentos y con estas leves adversidades que padecemos hoy cambiarlos por mis errores, ¿no sería una suma e inestimable ganancia? De modo que si el Papa, oyendo mis ineptitudes, me condenara a la cárcel para siempre, o a remar en las galeras, y así pudiera evitar las penas del infierno, y librarme antes del fuego del Purgatorio, ¿no debería dar muchas gracias por ello? Vamos, hermanos, al afrontar las adversidades no veamos a los hombres, que son causas instrumentales, sino a Dios, que es la causa eficiente, y lo hace por nuestro propio bien”. Por lo cual su paciencia brilló admirablemente, no solo aceptando las adversidades, sino amando además a los que le perseguían.

A menudo estaba con los niños, y se le veía barrer por su propia mano con una escoba las clases y otros lugares. Y si faltaban los maestros, él mismo les sustituía en clase, y con gran artificio les enseñaba a dividir. Cuando los mismos maestros debían ser dirigidos o aconsejados, se encontraba él allí en el momento oportuno. Por la noche preparaba de rodillas en su habitación las lecciones, temas y dictados. Más de una vez fue por Roma mendigando el pan por las puertas, y cada día se le veía realizar tareas viles. Una vez el Cardenal Torres le vio cepillando el asno en la plaza pública, y desde la ventana, en alta voz, le preguntó: “Padre General, ¿qué hace?” José, sonriendo le respondió: “Enseño al hermano encargado cómo debe hacerlo en adelante”. A menudo besaba los pies de los demás en una reunión, pedía perdón, o comía de rodillas en el suelo. Les

servía la comida a todos, o fregaba los platos, y no era extraño que, tumbado en el suelo, quisiera que los que entraban le pisaran.

13. La bondad y perfección de nuestro V. P. José crecía diariamente con el ejercicio continuo de todas las virtudes, fundadas sobre la base firme de la humildad y el desprecio de sí, con lo que se esforzaba todo lo posible en mantener ocultas al mundo las gracias y dones de Dios que en él eran muy grandes, y para que esto se llevara a cabo mejor, si en algún documento contaba algo de su propia virtud, lo contaba como sucedido en tercera persona, y como algo que sucedió a otros. Nunca se le oía hablar de sus antepasados, aunque eran ilustres como se ha dicho. Además, tampoco se daba a conocer como doctor o teólogo, aunque se había doctorado, como se mencionó anteriormente, en todas las ciencias. Y por la misma razón rasgó y lanzó al fuego sus patentes, que eran muchas, tanto del doctorado como de todos los cargos y gobiernos que había tenido en España, y los privilegios de su casa, como consagrando todo en holocausto grato a Dios. Tampoco dejó nunca que sus religiosos de palabra o por escrito le dieran el título de Reverendísimo o de Muy Reverendo, aunque era el General de la Religión, sino sólo Vuestra Paternidad, siendo verdaderamente un padre cordial para todos. Ni quería el título de fundador, diciendo que Dios y la Bma. Virgen habían fundado las Escuelas Pías. Practicaba los más bajos y viles oficios de la casa, como a veces ir con las alforjas al hombro a pedir por caridad por la ciudad de Roma, incluso si era General; servir en la mesa, lavar los platos de la cocina, cambiar el orinal a los enfermos, especialmente barrer las escuelas y servicios de los escolares por la noche, durante muchos años, para escapar de la vana ostentación del mundo. Y en sus discursos que continuamente hacía a sus religiosos, casi siempre trataba de la humildad, repitiendo a menudo: “Hijitos, sean humildes, porque Deus superbis resistit; humiles autem dat gratiam”. Y destacó particularmente enseñando a los niños pobres continuamente, hasta los últimos días de su vida, el santo temor de Dios con otras enseñanzas de letras. A veces incluso se le veía mandando a los súbditos que se sentaran, y postrado a sus pies se los besaba humildemente. En otras ocasiones se colocaba una soga alrededor del cuello en medio del refectorio, y decía su culpa, pidiendo a todos los religiosos presentes que oraran a Dios por un pecador miserable como él. Todos se levantaban por la reverencia que tenían al Padre, y quedaban no menos edificados que compun-

gidos ante este espectáculo, pero el V. Padre les ordenaba que se sentaran. A veces incluso se ponía tumbado en la puerta del refectorio y mandaba con plena sumisión que todos al pasar le pusieran el pie encima, o se ponía de rodillas en el mismo lugar y pedía por el amor de Dios y de la V.B. que todos le dieran una bofetada (eran mortificaciones que no solo él, sino todos los demás practicaban como en una competición, para ejercer la humildad) y teniendo que ir a algún lugar por algún asunto, caminaba por Roma descalzo con un simple compañero como cualquier otro religioso.

Nunca se le oía hablar de sus antepasados, aunque eran ilustres como se ha dicho. Además, tampoco se daba a conocer como doctor o teólogo, aunque se había doctorado, como se mencionó anteriormente, en todas las ciencias. Y por la misma razón rasgó y lanzó al fuego sus patentes, que eran muchas, tanto del doctorado como de todos los cargos y gobiernos que había tenido en España, y los privilegios de su casa, como consagrando todo en holocausto grato a Dios.

14. El ánimo de un verdadero obediente no puede dejar de ser partidario y amigo de la humildad. Tal era el P. José, porque si en todas las demás virtudes floreció, en esta avanzó más allá de toda medida. Desde sus primeros años amó esta virtud sumamente, y buscó con todas sus fuerzas adquirirla. Era tal el hábito suyo de esconder todos los actos buenos y virtuosos que hacía, que lo había convertido en naturaleza. Y de aquí viene que muchos actos heroicos de su vida no están registrados como tales, porque él sabía ocultarlos tan bien que no parecían hechos para el fin para el que él los hizo.

Un ejemplo de esto, en mi opinión, puedo presentar, que creo que es uno de los mayores que puedo contarte. Con el consentimiento del Sumo Pontífice, y con alabanza de todo el orbe Católico, y sólo con la ira de unos pocos pedantes, había fundado la obra de las Escuelas Pías, y creo bien que el Señor desde ese momento, con inspiración decidida le movió a fundar, como lo hizo más tarde, su Religión, pero era tanta su humildad que le parecía una tentación de orgullo y de ambición el pretender el glorioso título de Fundador de una nueva Religión en la Iglesia de Dios, como gracia concedido por el Señor siempre a héroes de santidad exquisita y singular. Así que cada vez que le venía el mismo pensamiento lo rechazaba como tentación diabólica. Al final, para deshacerse de él completamente, porque el Señor para moverlo a fundación le mostraba que no había otro medio más eficaz para mantener la obra piadosa iniciada con

sus escuelas como fundar un Instituto completamente dedicado a esta obra de caridad, él, o creo que sería mejor su humildad, siendo una idea de su humilde sentimiento, pensando que Dios le libraría de aquello que él juzgaba una tentación de su orgullo, aunque el resultado mostró que era humano e insuficiente, aunque bien a propósito para hacer conocer su humildad, que en ese momento se traicionó a sí misma. Ello fue el recomendar como se dijo esta santa obra a los PP. Luqueses de Sta. María en Pórtico, porque de este modo se remediaría (así lo creyó él) a perpetuidad esa obra, que conocía por experiencia que era de gran caridad, y la llamaba, despojándose de hecho de su participación, obra de Dios, y poniéndola consigo mismo, que por amor del Señor se había dedicado a ella completamente, bajo la dirección y gobierno del P. General de esos Padres. Pero luego, viendo en la práctica lo contrario a sus dos intenciones, porque aquellos Padres pronto rechazaron las fatigas de las escuelas, y el Papa, que a instancia suya se las había confiado, quiso a toda costa que siguiera siendo su jefe y superior con el título de Prefecto. Y por inspiraciones internas, y por ánimos y peticiones de sus compañeros se decidió a fundar, como hizo, su Orden. Y quién sabe si desde entonces, para complacerle el Señor, y para animarle a tomar sobre sí esta obra, para la que él le había elegido, le revelaría, como hizo con el Apóstol, cuánto debería sufrir por su nombre en ella. Y tal vez no me harán aparecer como inventor o mentiroso las cosas que diremos cuando tratemos del espíritu de profeta que Dios les concedió.

Fue su humildad la que lo mantuvo siempre en paz, y con quietud interna y júbilo de su interior entre las tormentas terribles de las persecuciones narradas. Y cuanto más pisoteado veía su honor, y más en peligro la reputación de su nombre, solía decir a sus hijos, y los amigos que le compadecían: “¿Acaso voy a quejarme de las gracias que me hace el Señor, cuando yo merezco por mis pecados mil infiernos? Grande sería la misericordia de Dios si en lugar de ello me hubieran condenado a ser azotado en manos del verdugo por toda esta ciudad, y luego llevado a una galera para acabar entre duras cadenas mi indigna vida. ¡Oh, qué grande es su piedad, contentándose con satisfacer tantas faltas con tan poca mortificación! ¡Ah, hijos, hijos, demasiado ingrato sería este anciano infeliz si se quejara de tan grandes favores que recibe de la mano de Dios!” Tales eran sus sentimientos en las mayores mortificaciones y sufrimientos.

Pero cuando era alabado, o cualquiera le honraba y estimaba como se merecía, él rechazaba su autoestima, y siempre se fijaba con el pensamiento en sus defectos, que las lentes de su humildad, al contrario de aquellas de larga vista de la soberbia, se los hacían ver muy graves, tratando siempre de esconder a los ojos del mundo su talento natural, la nobleza de su sangre, y las virtudes de su alma. Así es que él nunca hablaba, ni quería que otros hablaran en su presencia, de las prerrogativas de la nobleza de sangre de su familia ni de los privilegios de su Doctorado en Derecho y Magisterio en Teología recibidos en la distinguida Universidad de Salamanca, con los por desprecio hizo unos azotes para golpear a los niños en las escuelas. Viendo una vez a un pintor que por orden del cardenal Spinola había venido a hacer su retrato (el cardenal le apreciaba tanto que, al tener que salir de Roma hacia España a su obispado de Compostela, no quería irse antes de tener su retrato), entró en tal cólera, que contrariamente a su habitual calma, parecía indignado al decir que no se burlasen de él de esa manera, pues no podía creer que hubiera alguien tan estúpido como para desear tener el retrato de un hombre tan vil como él. Con gran desdén dijo: “¿Les parece que yo soy hombre para retratar? No sé en qué se puede fundar este vano pensamiento”. Por la misma humildad nunca permitió que se le diese el título de P. General, o de Fundador de la Religión, o del Reverendísimo, pues quería sus propios súbditos le llamasen con el simple nombre de P. José, y que lo trataran con el título ordinario de V. R., como a los otros Padres. Fue por humildad que, considerándose indigno de todo honor, renunció no solo a la mitra de Arzobispo de Brindisi en el Reino de Nápoles ofrecido por el Rey Felipe de España por boca del duque de Alba, su Virrey en ese Reino, sino también al capelo de Cardenal prometido por Clemente VIII por la boca del Cardenal Protector. Así que no sorprenderá que luego fuese tan humilde al hacer los servicios de la casa, realizando personalmente los más bajos, cuando de hecho era General. Hablo aquí de servir la mesa, lavar los platos en la cocina, ir a suplir en las escuelas la ausencia de algún maestro, llevar con sus manos la comida y servir a sus súbditos enfermos, y más lejos aún llegaba su humildad, pues su ejercicio diario era el levantarse de madrugada antes de comenzar el día, y barrer todas las clases por su propia mano, ejercicio no menos humillante que fatigoso. Y aquí no hablo de suplir él solo a maestros ausentes en sus clases, y acompañar ordinariamente a los

escolares a sus hogares; solo quiero narrar lo que el cardenal Torres una vez para su asombro admiró. Una vez, desde la ventana de su casa, vecina a S. Pantaleo, vio al Siervo de Dios que cepillaba un asnillo que servía para traer la limosna de leña y vino al convento, y sin poder contenerse le gritó con asombro: “P. General, ¿qué está haciendo?” A lo que él humildemente respondió: “Señor, enseñe a este hermano como debe tratar a este pobre animalito que tanto nos sirve”. A menudo, siendo General, iba con dicho asnillo pidiendo limosna de puerta en puerta por las calles más populares de Roma. Y aquí puedo mencionar aquellos actos de humildad y mortificación que hacía en el refectorio, o en el capítulo, para dar buen ejemplo a sus súbditos, como besar los pies a todos sus religiosos, comer arrodillado en el suelo en medio del refectorio, lavar él solo todas las ollas de la cocina, y a veces, enamorado de esta hermosa virtud, caía en los excesos del conocimiento de sí, hasta el punto de que hubiera querido aniquilarse, y se dejaba pisotear por sus súbditos, haciéndolos pasar por encima mientras estaba prostrado cara al suelo. Amaba tan ardientemente esta virtud que siempre la predicaba a sus súbditos, persuadiéndoles a ser humildes, “porque - él solía decir - ¿no sabéis que los niños, no en edad sino en humildad, consiguen el reino de los cielos?” Así que para quitar todo indicio de soberbia fundó una Religión en la que, gloriándose en el nombre y en los hechos de ser Pobres de la Madre de Dios, se dejase el apellido de sus familias y se tomase el de algún santo.

Y, finalmente teniendo tanto cariño a esta virtud, no sólo no le desagradaron las provocaciones e injurias gravísimas causadas por sus propios súbditos, sino que con gran alegría a menudo se gloriaba diciendo: “¡Cuánto debo agradecer al Señor que me envíe una gran oportunidad para merecer y humillarme!”. Y a quienes le compadecían solía decirles: “Deberían regocijarse conmigo, porque el Señor me hace la gracia de ponerme en el número de los que han sido considerados dignos de sufrir persecuciones por el nombre de Jesús”. ¿Qué diré entonces de todas las otras virtudes que están conectadas, y casi como nacidas de la humildad? Como el retiro en la celda, y silencio perpetuo, hablando sólo de cosas beneficiosas para su prójimo y para gloria de Dios; someterse a la opinión de los demás, siendo admirado por los súbditos en esto su gran modestia, con la que se sometió en los asuntos del gobierno de su Religión a la opinión de sus Asistentes, que es el mayor signo que puede ser de una

perfecta humildad. Evitaba en lo posible la conversación con personas nobles y grandes personajes; cuando era invitado, se disculpaba muchas veces de asistir a las casas de los cardenales, quienes lo apreciaban mucho por su virtud auténtica. Y no satisfecho con humillarse, rogaba al Señor que le iluminase para conocer su nada, y al mundo para que conociera lo indigno que era de todo honor. Su puntualidad en todas aquellas cosas que eran del servicio divino era tan grande, que para celebrar la Santa Misa acostumbraba a prepararse leyéndola antes en diferentes momentos, hasta tres veces, una por la tarde, que luego le daba materia para meditar toda la noche; otra al amanecer, y la otra justo antes de celebrarla. Era también muy puntual para recitar el oficio a la hora propia y competente, y solía decir a los suyos que cuando no podían decirlo a la hora determinada, por motivos de estudio o por otras ocupaciones al servicio de Dios, trataran de anticiparlo, porque, decía, “el que dice el oficio en las horas debidas es obediente; quien lo anticipa, es diligente; pero quien lo pospone, es negligente”.

Fue siempre amigo de la verdad, huyendo y odiando la mentira más que la muerte. Y tan amigo de la paz, que al oír a dos de sus religiosos que entre ellos discutían sobre quién tenía mayor poder entre los dos reyes católicos, si el de España o el de Francia, les recriminó con dureza, amenazándoles con castigarlos si les oía otra vez en discusiones similares, añadiendo una sentencia digna de su espíritu, que no es tarea de religioso el discutir sobre la grandeza y el poder de los príncipes cristianos, sino orar continuamente al Señor por la concordia y la paz entre ellos. Y para ayudarles a ello, obligó a sus religiosos que antes de la comida dijeran un Ave María, y una vez la devota Antífona *Sub tuum presidium* a la Santísima Virgen, para que concediese la victoria a los católicos contra los herejes, y la paz entre los Príncipes cristianos. Y esa paz interior que siempre tenía en el rostro, en el hablar, y en todos los demás actos suyos, aunque le dieran motivos de enfadarse, quiso que la tuvieran también los suyos, de modo que castigaba severamente no solo a aquellos que discutían entre sí, sino también a los maestros de escuela, cuando se pasaban del límite corrigiendo o castigando con demasiada ira o furia a los niños en la escuela, llegando a hacerles besar los pies públicamente a todos los discípulos. Y antes de fundar su Religión, licenció de sus escuelas un maestro que castigaba a los niños con demasiado rigor.

Así es que él nunca hablaba, ni quería que otros hablaran en su presencia, de las prerrogativas de la nobleza de sangre de su familia ni de los privilegios de su Doctorado en Derecho y Magisterio en Teología recibidos en la distinguida Universidad de Salamanca, con los por desprecio hizo unos azotes para golpear a los niños en las escuelas. Por la misma humildad nunca permitió que se le diese el título de P. General, o de Fundador de la Religión, o del Reverendísimo, pues quería sus propios súbditos le llamasen con el simple nombre de P. José, y que lo trataran con el título ordinario de V. R., como a los otros Padres.

Así que para quitar todo indicio de soberbia fundó una Religión en la que, gloriándose en el nombre y en los hechos de ser Pobres de la Madre de Dios, se dejase el apellido de sus familias y se tomase el de algún santo.

Su mayor gusto era ir de puerta en puerta mendigando para sus religiosos

15. Una vez que el dicho cardenal Torres estaba a la ventana, lo vio en esa actividad y admirado le dijo: “Padre General, ¿qué haces?” Y él, sonriendo, respondió: “Estoy enseñando a este hermano”, estando presente el hermano que se ocupaba de él. Estando enfermo a alguno de sus religiosos, además de visitarlo todos los días y darle santos consejos, a veces les daba comer, otras veces les hacía la cama, y les hacía otros servicios aún más viles y desagradables. En resumen, no había acto de humildad y merecedor de desprecio que él no hiciera. Sobre estos firmes fundamentos de humildad tenía sus virtudes tan establecidas que se hizo agradable con ellas a Dios, y admirable a los hombres; y aunque se esforzaba mucho para mantenerlas ocultas, eran con todo como la luz que no puede ser escondida, y por sí misma se revela.

16. Entre otras virtudes, el siervo de Dios era un excelente espejo de la Humildad, que, como era su más querida y amada, también la practicó con sumo cuidado a lo largo de su vida. Tenía un sentimiento tan bajo de sí mismo que se estimaba inferior a todos, y para que otros no tuvieran que formarse un concepto positivo de él, procuraba hábilmente ocultar su talento, parecer un hombre de poca y ninguna cuenta. Y si a veces alguna persona que conocía el fondo de su bondad le hacía algunas alabanzas, inmediatamente se sonrojaba y se humillaba, no solo con palabras, sino también con hechos.

Este bajo sentimiento de sí mismo era lo que lo impulsaba a realizar actos muy profundos de humildad, y por ello, sin reflexionar sobre el grado que tenía de General, y de la estima que toda Roma tenía de su persona, comenzó a acompañar a los escolares, a pedir con la alforja el pan por Roma, a barrer la casa y las escuelas, a lavar los platos, a llevar la leña para la cocina, a quitar las telarañas por la casa, a servir a sus religiosos en la mesa. Y a veces se postraba boca a abajo en el suelo, por donde los religiosos tenían que pasar para ir a comer, y quería que lo pisaran con los pies.

Y para ser despreciado incluso por los de fuera, se ponía afuera de la puerta a cepillar públicamente el borriquillo. Y un día, visto por el Sr. Cardenal Torres, que estaba en la ventana, le dijo: “¿Qué estás haciendo, Padre General?” A lo que él respondió que le estaba enseñando a un hermano lego que estaba allí cómo debía hacer esa tarea. Por esta razón, el concepto de su gran bondad que tenía de él Cardenal aumentó mucho más.

Votos

4. En vigésimo tercero, demostraré que observó diligentemente los tres votos de la Orden, castidad, pobreza y obediencia, y dio magníficos ejemplos en todos ellos. Cultivó con esfuerzo la castidad, de modo que su rostro era realmente angélico e instilaba pudor y castidad a los demás por sus costumbres y palabras.

En vigésimo cuarto, demostraré que era amante de la pobreza, de modo que nunca admitía de los seculares nada superfluo en materia de comida o ropa. En la congregación, como la había fundado sobre la suma pobreza, a pesar de haber tenido algunas dificultades, perseveró en ella de manera muy observante hasta la muerte. Poco antes de morir declaró que todas las cosas que había en su habitación pertenecían al superior de la casa, y a él se las entregó abiertamente.

En vigésimo quinto, demostraré que fue un diligente practicante de la obediencia, de manera que trataba con suma veneración a los superiores y su vida como ministros de Dios, y recibía sus mandatos de manera ávida, y los cumplía con prontitud, y nunca, por motivos de enfermedad o de edad avanzada se atrevió a descuidar una orden, o a criticar de algún modo la autoridad, afirmando que nada le parecía más seguro que seguir las órdenes del superior.

4.3. En cuanto a la obediencia, además de lo anterior, sé que lo mismo que él era bastante mandón, yo no conozco ningún acto que haya hecho en contra de la obediencia a sus superiores. De hecho, en el último día de su muerte envió espontáneamente a pedir la bendición de nuestro Señor, al cual, y a otros prelados y superiores de la Santa Iglesia, siempre se mostró reverente. Y al superior de la Orden, incluso al final de su vida le mostró deferencia, y por orden suya, cuando ya no era capaz de tomar comida, a pesar de ello se hizo a sí mismo violencia y comió en honor a las cinco llagas, que así le dijo el Padre Castilla, superior, que las tomara, pues tomó cinco cucharadas de comida, y esto lo sé porque yo estaba presente.

6. Conservó siempre íntegra la castidad. El mismo color de sus vestidos era una clara muestra de que en él se habían extinguido ya los carbones de la concupiscencia. Se mostró como insensible a cualquier sensualidad. Aquellos costados, que bien a menudo eran ceñidos de férreas cadenas, tenían como esclava de cadena a la carne. De ningún modo podían entrar en el corazón de José los pensamientos lascivos, porque como él caminaba siempre con los ojos modestamente fijos en el suelo, encontraban cerradas las puertas. Con mucha frecuencia hacía llover sobre sus miembros rigurosas palizas de duros látigos, para que atemorizada no se atreviese a cercarse la concupiscencia, sabiendo que de aquella cuerda no iba a recibir más que golpes.

Le ofrecieron grandes sumas de dinero para ampliar la construcción de su convento, pero a tal liberalidad correspondió con una muy avara estrechez al no recibirlas.

Hizo voto de exacta obediencia, y exactamente obedeció. Era el primero en poner en práctica lo que había enseñado en teoría a los suyos. Con el ejemplo confirmaba todo lo que proponía con las palabras. Para José ser superior no era diferente de ser súbdito. Mandaba tan benignamente que sus órdenes parecían súplicas. Corregía tan dulcemente que si el pecado no fuera en sí mismo deforme y abominable, a muchos les hubiera gustado pecar para ser corregidos por él.

7. De la humildad venía que él fuera obediente, y estuviera pronto a someterse y seguir las órdenes de cualquiera, y si bien siempre se distinguió en la obediencia, lo hizo de manera mucho más memorable cuando por falsas imputaciones fue depuesto del generalato,

el cual del mismo modo que lo había aceptado por obediencia, con la misma voluntad lo entregó. Y a los que tomaron el gobierno en lugar suyo fue tan obediente que no lo podría ser más un joven novicio. Se arrodillaba ante ellos para pedirles la bendición cuando tenía que salir de casa y al volver, y no hacía nada por pequeño que fuera sin su permiso.

9. Las Constituciones de la religión hechas por él, y confirmadas por el Sumo Pontífice Gregorio XV, muestran su espíritu y lo que quería que fueran sus hijos; porque más allá de la caridad que busca en todos por medio de la educación de los escolares, y del acto de humildad al acompañarlos a sus hogares, son de tal rigor que los Prelados de la Sagrada Congregación de la Visita Apostólica dijeron que dudaban de si las habría más rigurosas, y las observó en su propia persona con tanta exactitud que siempre quiso ser el primero en cumplir lo que se decían en ellas, incluso cuando tenía una edad decrepita. Siempre fue muy celoso de su pureza, y por no mancharla rechazó grandes legados; y uno de estos era de más de cien mil escudos; y con el fin de no llegar a pleitos muchas veces renunció a grandes sumas de dinero.

10. Su castidad fue tal, que por ella le podríamos llamar a Ángel, porque en la verdad del ángel y el hombre casto se diferencian en la naturaleza, no en la virtud, como dice San Bernardo. Fue virgen toda su vida al Padre José Calasanz, y así con la odorífera fragancia de su pureza convidaba a Dios a habitar tan de asiento y gustoso su bendita alma. No habiendo en la tierra semejanza que a la Deidad más perfectamente parezca ni convenga como la Virginitad. Nadie impuro se atreviese parecer en su presencia, porque le ofendía el mal olor de la lascivia, como lo testifica el Reverendísimo Padre Camilo en su Oración fúnebre. De esta su pureza virginal manaba el ser tan favorecido y regalado de la Virgen de las Vírgenes, Nuestra Señora. Y así tenía siempre en la boca su dulcísimo Nombre, y en el suyo de José Calasanz se dejó el José y tomó por apellido *de la Madre de Dios*, dejando el de Calasanz. Ordenó una Coronilla de Salmos y Antífonas, en los cuales se cifrase el nombre de María, y mandó que todos juntos la retrasen todos los días, siendo punto de Regla en la Escuela Pía. Dio por timbre y Armas a su Religión estas letras: *María Madre de Dios*. Quiso que todos sus hijos se llamasen *Pobres de la Madre de Dios*. Que sus Festividades fuesen celebradas

con muchísima solemnidad, como te principal Patrona. Y porque siendo devoto de María lo había de ser de su Esposo San José, ordenó que su Festividad se celebrase de primera Clase, como a Protector elegido, y con autoridad Apostólica confirmado, de su Orden, devoción que le infundiría sin duda en sus visitas su Abogada Santa Teresa de Jesús.

Cuán amigo fuese de la pobreza se le conoció siempre en la de su persona, celda, comida y vestido, y mucho más en el desprecio de las dignidades grandes que le ofrecieron. El señor Don Francisco de Castro, Embajador del Rey Católico en Roma, en dos diferentes ocasiones le puso en las manos dos células con la merced de dos Obispos ricos de España, y porque no admitió el primero, la segunda vez presentó la cédula del Rey Católico, el señor Don Felipe Tercero a la Santidad de Paulo Quinto, instando en nombre de Su Majestad Católica que le mandase el aceptarlo, pero el Padre Fundador respondió que ya era viejo y muy poco hábil para dar la vuelta a España, y dejando Roma, se fue a Narni, donde estuvo hasta después de la muerte de Pablo Quinto. Mas, queriendo el Rey Católico darle un obispado en Nápoles, como lo intentó el Conde de Lemos siendo Virrey en dicho Reino, y como se excusase el Padre Calasanz con admirable artificio, el Papa Gregorio XV le ofreció el Capelo Cardinalicio, el cual rehusó, como lo testificaron los Cardenales que se hallaban presentes, y muy en particular en el Cardinal Montalto Pereti el viejo, según lo afirmó el Padre Parma, Monje Casinense, en su oración fúnebre.

Siendo el Padre José Calasanz adornado de todas las virtudes, no podía faltar en su compañía la de la obediencia. Fue muy obediente en todos los estados este siervo de Dios, como quien sabía muy bien que, habiendo venido el Hijo de Dios a hacer la voluntad de su Padre y no la suya, era gran temeridad que quisiese el hombre hacer su propia voluntad, cuando Cristo Señor Nuestro quiso más presto morir siendo obediente que vivir faltando a la obediencia. Resplandeció siempre esta virtud de la obediencia en nuestro Padre Fundador, obedeciendo con todo rendimiento no solo a todos sus superiores, mas aun a sus súbditos, poniéndose de rodillas el que era Padre, Fundador y General a los pies de sus hijos.

11. Se parecen también José el Justo y José el Piadoso en la pureza y candidez de ánimo. El primero fue casto; el segundo fue virgen y esposo de la Madre de las vírgenes, a la cual se consagró de pequeño.

Y fueron gloriosos por los asaltos de mujeres pecadoras e impuras, huyendo de las cuales ganaron sus trofeos en la tierra, y se sentaron coronados de la aureola virginal en el cielo.

Y para confirmar eso, lo que un obispo contó a nuestros religiosos cuando nuestro venerable Padre volvía de la visita que había hecho a la santa casa de Loreto a Roma. Dijo este prelado que encontró al Padre José que ya volvía de la Santísima Virgen de Loreto, y por la confianza que tenían entre ellos, el Padre le contó cómo al salir de aquel santuario se le aparecieron tres bellísimas doncellas llenas de esplendor, las cuales le saludaron una tras otra, y le dijo la primera: “Bienvenida la señora Obediencia”. Luego dijo otra: “Bienvenida la señora Pobreza”. Y la tercera añadió: “Bienvenida la señora Castidad. Nosotras somos sus queridas y amadas esposas”. Y entonces desaparecieron. Él le contó también que estando en aquella santa casa, Dios le había hecho saber que de tantos millares de personas que habían entrado en aquel santo lugar, sólo cinco habían gozado de la indulgencia. Todo esto nos lo contó el obispo como signo de la estima y buena opinión que tenía de nuestro Padre.

El verdadero seguidor y discípulo de Cristo Nuestro Señor, estando aún en el siglo, abrazó la virtud de la santa pobreza tan cordialmente que no quería ni tenía para sí cosa alguna de la tierra, sino que quería que sólo Dios fuera su sustancia y su ser. No deseó nada, pues estimando que su paz y sus riquezas estaban en Dios, decía con el Profeta “*Y ahora, Señor, ¿qué puedo yo esperar? En ti está mi esperanza*”. Totalmente desapropiado de sí mismo no tenía en sí amor al oro ni a la plata, y su ánimo estuvo tan despegado de todo el mundo, que todo aquello de lo que pudo disponer porque se lo habían dado, el fiel dispensador lo empleó en ayudar al prójimo. Y lo que es más importante, se servía de aquella caridad para con los pobres y necesitados para encontrar el camino de comunicar en sus corazones su propia elección y deseo de moverlos a buscar las verdaderas riquezas en el vivir virtuoso para conseguir la felicidad de la vida feliz, y con gusto se privó a tal efecto de lo que le dieron sus padres, quedando contento con lo poco que necesitaba para sustentarse, lo cual nunca dejó de darlo también a los pobres, anhelando él mismo llevar una vida de pobre por amor a su Cristo.

No se detuvo en esto el ansia que tenía de seguir a su maestro en el feliz estado de la pobreza hasta que llegó a cumplir sus votos profesados en el instituto que hizo de la congregación de la Madre de

Dios con particular disposición divina y favor de la Santísima Virgen, que lo hizo todo oyendo sus oraciones, y por ello quiso que tuviese el nombre y la profesión con el voto de suma pobreza, dando a ver que quien quisiera seguir rectamente a su maestro en su escuela, no sería nunca pobre de la Madre de Dios si no la abrazase todos los días de su vida. En esto quiso que consistiera el instituto, y que conservándolo tal en su rigor siempre se mantendría provechosa la obra de la divina piedad. Y por esto nunca quiso aceptar soberbios edificios de fundaciones de las casas de grandes príncipes, como la que el sobrino de Pablo V de santa memoria le quería construir, rechazando a tal efecto centenares de miles de escudos. Siempre se glorió de este nombre, de ser pobre de la Madre de Dios, y a tenor de su profesión quiso que la Orden fuese incapaz de poseer ninguna propiedad terrena o posesión, sino que todo con el humilde estado de las casas fuese devuelto a la Santa Sede apostólica.

Este voto de pobreza lo amó con tanta ejemplaridad que habiendo sido depuesto de su oficio de prepósito general un príncipe le envió 60 escudos para servirse en sus necesidades. El pobre, ya súbdito, los llevó al vicario general puesto en su lugar, y se los dio, y con toda resignación le expuso que si era su gusto le diese algo para poder comprar algunas imágenes y otras devociones que le habían pedido unos religiosos nuestros de provincias remotas, si le parecía bien. El vicario sólo le dio siete u ocho julios a tal efecto, y él con buen ánimo, sin decir nada más, los recibió. De la misma manera, como hemos dicho, ya cerca de la muerte, cuando se vio enfermo el pobre de la Madre de Dios confirmó su voto dando la llave de su habitación al padre rector. Alma verdaderamente rica y llena de los dones de Dios, por amor del cual nunca amó la tierra, sino que siempre fijo en el cielo, supo encontrar el verdadero gozo de su bien amado, el cual fue su riqueza, que poseía verdaderamente incluso cuando estaba aún en el mundo.

Si consideramos a este siervo de Dios cuando era seglar, se sabe que fue exactísima su virtud de obediencia como su primer pensamiento que le dirigía, que no era otra cosa sino la salvación de su alma y la del prójimo. Como tenía un solo corazón, y este era de Dios, no era dueño de su querer, sino que lleno de caridad hacia Dios, y hacia el prójimo, al entender que esa era la voluntad de Dios, nunca rehusó obedecer a sus obispos; siempre estaba dispuesto a cualquier empresa al que fuera destinado para servirles y por el bien de las

almas, y todo lo emprendía obedeciendo con gran valor, comprobándose en su fin su recta intención, al haber obedecido con sinceridad, por lo que se dice *“el hombre obediente dice la victoria”*. Habiéndole elegido Dios para fundar el instituto de las Escuelas Pías, en todas las cosas que se le conocieron al edificar una obra tan pía, él siempre afirmó que la establecía a disposición de lo que quisiera según su placer el vicario de Cristo Nuestro Señor, en el que adoraba su divina voluntad. Y se le conoció perfectísimo en el estado de religioso en esta virtud, mayormente en el tiempo de las persecuciones que padeció para sostener la construcción que había levantado con su piedad, a fin de que no sucumbiese a la voluntad de los que anhelaban arrancarla, que por cierto habría desanimado a cualquiera de gran ánimo, pero él, obedeciendo y actuando de modo que otros supiesen imitar su fuerza y constancia, triunfó contra todas las potencias del infierno, de modo que dio ocasión para que hablaran de esta gran virtud suya en toda Roma.

Estando enfermo en el tiempo de cuaresma, para obedecer a los médicos quería sus órdenes por escrito, y además firmadas por el diputado eclesiástico, y no se servía de ese permiso los viernes y sábados y las cuatro témporas y las vigiliias. Y a pesar de sabía que iba a morir, durante su última enfermedad quiso obedecer a los médicos sacándose sangre. Nunca dejó de recitar el oficio divino, incluso cuando era viejo y no podía servirse de los anteojos; lo decía de memoria recitando de manera que corregía a los otros cuando se equivocaban, y estaba tan concentrado que parecía que hablase con Dios, y quiso en la misma noche cuando murió que se le recitase el oficio, que él iba siguiendo con mucha admiración de los demás.

Nunca dejó de decir el santo sacrificio de la misa sino cuando estaba enfermo, haciéndolo con una reverencia y unción tal que parecía un serafín ardiendo en el amor de su Señor, que lo transformaba totalmente en sí mismo. En fin, fue tan obediente que podemos decir que murió obedeciendo.

12. A alguien de su confianza le contó una vez que en un sueño vio a tres muchachas que se acercaban a él, y una de ellas pedía su ayuda con muchas lágrimas. José le preguntó qué mal tenía, y por qué lloraba tanto. Ella le respondió: “Todos me desprecian, huyen de mí, me expulsan y atacan, y no hay nadie que me reciba y me ayude”. Lleno de lástima, el Padre la abrazó, y quería levantarle el ánimo. Al despertar a la mañana siguiente, comprendió el misterio. Pues

en el mes de agosto fue a venerar la iglesia de Santa María de los Ángeles en Asís, para ganar la indulgencia para la expiación de los pecados. Y mientras oraba vio por dos veces a San Francisco de Asís que le desposaba con aquellas tres hermosas doncellas en la iglesia, representando los tres votos religiosos, concretamente la Pobreza, la Castidad y la Obediencia. Otro religioso, diferente del que he dicho antes, muy conocido suyo, escribió lo siguiente: *“Fray Buenaventura Claver, Obispo de Potenza, y gran pecador, doy fe ante todo el mundo y ante Dios de que conocí al P. José de la Madre de Dios, antiguo General de las Escuelas Pías, y lo he tratado durante muchos años. Y siempre he visto en él virtud y perfección tanto en sus actos como en sus palabras, de modo que hablando con él uno se encendía en el amor a Dios y el desprecio del mundo. Una vez que estaba en Roma, en San Pantaleo, y me abría los sentidos, me contó un secreto. Había ido tiempo atrás a Asís, para ganar la indulgencia Plenaria en la fiesta de Santa María de los Ángeles, y se le apareció dos veces S. Francisco, y le casó con tres muchachas, que representaban los votos de Obediencia, Castidad y Obediencia. Entonces me dijo que era muy difícil ganar la Indulgencia Plenaria, según había comprendido por revelación, y dijo que no se puede explicar. Por lo cual considero que aquella feliz alma goza ya del cielo. Este Siervo de Dios apareció tan admirable en la tierra, que no creo que otros puedan imitarle fácilmente. Por ello le ruego que se acuerde de mí, miserable y vil pecador. En Potenza, a 15 de octubre de 1651. Yo, Fray Buenaventura Claver, firmo cuanto he dicho antes con mi propia mano”*.

Su castidad virginal era tan visible en el rostro, en las costumbres y en sus palabras, que parecía un ángel, viviendo siempre con pudor e instilando pudor en aquellos con quienes se encontraba. Nunca mostró ninguna parte de su cuerpo. Todos admiraban su modestia e insigne integridad de ánimo, excepto su enemigo envidioso, instigado por el demonio.

Amaba tanto la pobreza que su Orden distribuía todo a los pobres. Nunca quiso recibir herencias de nadie, y rechazó constantemente las que le ofrecieron. Quiso que sus religiosos fueran pobres y mendigaran, confiando siempre en el auxilio de la Divina Providencia. De ningún modo le convencieron para que aceptar el legado de la familia Squarciafico que, según decían ascendía a muchos miles de escudos. A pesar de ser sumamente pobre, podía ayudar a los pobres con algún subsidio.

Siempre abrazaba la obediencia de muy buena gana, y a cualquier superior, incluso a aquellos con los que no tenía ninguna relación, les obedecía como un novicio. Nunca dejó de cumplir la voluntad del superior, ni por estar enfermo ni por su avanzada edad. Nada le parecía más seguro ni más deseable, decía a menudo, que someterse al parecer, obsequio y arbitrio de los demás. En las cuestiones domésticas a menudo sometía su voluntad y opinión a la de los demás. Pero dejando de lado otros casos, bastará que presentemos uno para admirar su facilidad y prontitud. Clemente Buoncompagni, conociendo su desgracia y su senectud, le envió unos 60 escudos de oro, para que los gastara como quisiera. Y aunque José, como Preósito General (incluso si la autoridad había pasado a otros) no era súbdito de nadie, siendo muy amante de la pobreza y de la obediencia, inmediatamente entregó todo el dinero a aquel Vicario General primero, su adversario, rogándole humildemente que, si le parecía bien, le diera algo de aquella suma para, según su costumbre, poder distribuir imágenes a bienhechores y devotos. Pero aquel, una vez recibido el dinero, y sin importarle la necesidad de José, y con palabras rudas, como acostumbraba, solo le dio unos pocos julios, que el siervo de Dios recibió con mucha tranquilidad de ánimo y serenidad. Los mandamientos de la Iglesia los respetaba de tal modo que nunca, ni cuando era muy anciano, dejó de cumplir los ayunos mandados.

13. Su castidad era tal que podría ser llamado más bien ángel en la tierra que hombre mortal, porque a lo largo de su vida conservó su virginidad como se dijo anteriormente, y nadie se atrevía a aparecer en su presencia si no vivía honestamente, porque inmediatamente sentía el mal olor de la deshonestidad.

Recibió nuestro V. P. José Calasanz el mencionado hábito de manos del mismo Emmo. Giustiniani, Protector, por orden del Sumo Pontífice, en la capilla de su palacio situado junto a S. Luis de los Franceses, e hizo en las manos de S. Eminencia los tres votos simples de pobreza, castidad y obediencia, a los que también añadió el cuarto de educación de los niños.

14. En la pobreza era admirable, porque desde que la desposó en la iglesia de Santa María de los Ángeles de Asís nunca la abandonó, como un marido fiel, mostrándose en todas sus acciones tan enamorado de ella, que bien parecía imitar a aquel gran amante de la pobreza Francisco, que en su iglesia le había comunicado su espíritu.

El caso sucedió así: le aparecieron en un sueño una noche tres hermosas doncellas, una de las cuales, con lágrimas y suspiros le pidió ayuda, y él le preguntó qué mal, o qué desgracia le había ocurrido para llorar tan amargamente, y cuál era su dolor. Ella le respondió: “¡Y qué mayor desgracia me puede ocurrir que no solo todos se burlan de mí, sino que me odian y huyen de mí, de modo que no hay uno que me acoja y reciba de buena gana, que todos me rechazan con todas sus fuerzas!”. Movidó a por ello el Padre, abrazó con fuerza a aquella doncella, la levantó en alto y la mostró a todos. Terminó así el sueño, pero no entendió el misterio entonces. Sucedió después de algún tiempo que en el mes de agosto fue a Asís para ganar la Santa Indulgencia de agosto, y para visitar esa santa iglesia en la que recibió el primer espíritu su San Francisco, del que era muy devoto, y cuando, después de haber ganado la indulgencia, oraba con suma devoción, le apareció el glorioso Patriarca con las tres mismas doncellas, y le dijo que eran los tres votos esenciales de las Religiones: pobreza, castidad et obediencia, pero sobre todo la pobreza, que era de la que se quejaba de que todos los hombres del mundo la aborrecían y huían de ella. Informó de esta visión a algunos de sus amigos más íntimos, especialmente al Ilmo. Fray Buenaventura Claver, Franciscano Conventual y luego Obispo de Potenza, que para memoria futura dejó fielmente escrita de su mano la relación siguiente: “Fray Buenaventura Claver, Obispo de Potenza y gran pecador, declaro ante Dios como testimonio para todo el mundo: que conocí al P. José de La Madre de Dios, antes General de las Escuelas Pías, y traté con él durante muchos años, y siempre manifestó la virtud interior y perfección tanto en hechos como en sus palabras, de modo que cuando hablaba, estaba encendido en amor de Dios y desprecio del mundo. Una vez en Roma etc.”.

Por lo que no es sorprendente que fuera tan entusiasta partidario de que en su religión se profesara la suma pobreza, como dijo en su Bula Gregorio, y por tanto ni en particular ni en común quería que en ella hubiera rentas estables ni censos anuales. Por ello de ninguna manera pudieron convencerle para que recibiera para su Religión un gran y rica herencia que ascendía a muchos miles de escudos de la noble familia Squarciafico que uno de la familia le había dejado en el testamento. De hecho, inmediatamente después de ver confirmada su orden y regla vendió cuanto tenía y lo distribuyó a los pobres, de los cuales fue siempre eres un gran amigo, pues como

decíamos anteriormente, solo para que su amor por los pobres permaneciera en su religión y en los profesores de ella, la fundó con una pobreza tan estricta, de modo que, después de probar la necesidad e inconvenientes de ella, supieran compadecerse de los pobres y ayudarlos en sus necesidades.

A un hombre a quien Dios había elegido desde la eternidad como Fundador de una Religión tan perseguida como gloriosa, ¿quién puede dudar de que el Señor enriqueció su alma con aquellas virtudes que son constitutivas de todas las santas Religiones, que con votos solemnes las observan, es decir, Castidad, Pobreza y Obediencia? En cuanto a la castidad, era tan grande en nuestro P. José que se sabía por el testimonio de todos los que le confesaron, o que le trataron en su vida, que era virgen de cuerpo y alma. Virtud que en su florida juventud le costó unas cuantas luchas, y se vio en peligro manifiesto de perderla, si la gracia del Señor que lo impidió no le hubiera hecho invencible a los asaltos más violentos de una enemiga tanto más peligrosa cuanto molesta y alocada amante, que a la condición de patrona unía las súplicas de una amante demasiado ardiente y los beneficios de una princesa demasiado pródiga, como narramos arriba en el primer libro. De modo que, lo mismo que el brillo de la virtud crece con la oposición, y con el combate aumenta, creció tanto después de esa victoria en nuestro José, que solo su rostro angelical y su modesta compostura eran suficientes para despertar en el espíritu más lascivos sentimientos de castidad y de modestia, y vergüenza. Sus palabras, su trato, su mirada respiraban pureza, inculcaban castidad en los corazones de aquellos con quienes trataba, de tal modo que muchos con su solo trato se veían libres de la molesta tentación del sentido.

El cuidado con el que conservaba en cada momento la modestia externa era tan grande que por muy familiar que fuese, nunca hubo nadie que pudiera presumir de haber visto parte alguna de su cuerpo desnudo, incluso en su última enfermedad ni en la extrema vejez, cuando era necesario a causa de su debilidad servirse de la ayuda de los demás en cada acción o movimiento suyo.

Para preservar su virginidad castigó su cuerpo ferozmente, y lo obligó a estar siempre sujeto al espíritu, bien con las crueles disciplinas que varias veces a la semana se daba, bien con los largos ayunos y vigiliias, bien con la estricta observancia de su estricta Regla, no solo durmiendo sobre el colchón de paja hasta su última y decrepi-

ta vejez, cuando por preceptos de los médicos necesitó admitir en su cama un colchón de lana, del cual, sin embargo, muy a menudo con su gran gusto se privaba para ayudar a la necesidad de otros con motivo de enfermedad, sino aún en ir descalzo hasta la muerte, que, como diremos, fue después de una larga decrepitud.

Él mientras vivió fue tan observante de la pobreza que siempre llevaba un hábito más tosco y vil, desgarrado y pobre que cualquier hermano pobre de la casa. En su cama, habitación o cualquier otra cosa de su servicio, resplandecía una gran pobreza. Su mayor gusto era ir de puerta en puerta mendigando para sus religiosos, y muy a menudo con sumo consuelo suyo, cuando veía a alguno de sus súbditos necesitados se despojaba de su propia ropa, que necesitaba, para ayudarle, y luego disfrutaba sufriendo esa necesidad lo que es experimentar el sabor de la pobreza.

Quería que se profesara la suma pobreza no sólo en particular, sino también en común, como se mencionó anteriormente. Aunque luego se vio por experiencia que vivir de la mendicidad impedía la dedicación a las escuelas, por lo que Alejandro VII la dispensó. A pesar de que desapareció la obligación de la suma pobreza, siempre se les recordaba a los maestros que habían sido fundados principalmente no para enseñar a los ricos y a los nobles (aunque estos no deben ser excluidos, si quieren venir a sus escuelas uniéndose a los pobres), sino a los pobres y mendigos por amor a ese Señor que en ellos se hace presente, pues con esto sin duda el Señor siempre hará crecer esta santa Religión a pesar de la envidia y de todos los envidiosos perseguidores, no pudiendo dejar de crecer la gloria de ese Instituto mientras sus profesores no se aparten de su fin.

Su obediencia era muy exacta, y a pesar de que al principio cuando fundó su Religión, siendo fundador y General de la misma no tenía a quien obedecer, entonces el Señor manifestó con los prodigios que él obró por medio de ella en lo que narramos anteriormente, cuando con una orden suya de obediencia hizo tomar con las manos, y poner en su boca un carbón de fuego encendido al Abad Landriani sin ningún daño, lo que, aunque fuese efecto de la obediencia del dicho Abad como dijimos anteriormente, no dejó de mostrar cuánta fe tenía en esta virtud tan noble nuestro Padre nuestro.

Hermoso fue también lo que les pasó con otro de sus súbditos, llamado P. Pablo. Este tenía tal repugnancia al olor de cebolla que una vez, cuando era seglar y casado, le pusieron en la mesa un cuchillo

con el que se había cortado una cebolla, e intentó matar a su esposa por el coraje y la rabia que le produjo. Luego se hizo religioso, y le había crecido tanto este aborrecimiento natural que se desmayaba cuando olía la cebolla. El P. General quiso que superara este natural horror en su súbdito, y una mañana hizo que le pusieran debajo de la servilleta en lugar de pan una cebolla gaetana dividida en cuatro partes. Cuando el P. Pablo desplegó la toallita, al olor de ese fruto aborrecido perdió el color y casi se desmaya. Oyendo que había sido orden del P. General, que se sentaba frente a él, le pidió humildemente que le dispensase de aquella mortificación tan contrario a su natural, pero él, que sabía cuánta virtud tiene la obediencia, le mandó decir que más bien que quitarla, quería que por obediencia se comiera aquella cebolla. A este mandato obedeció el P. Pablo, y con gran repugnancia y aborrecimiento, cerrando los ojos, comió tres o cuatro mordiscos de ella, y entonces el Padre, sonriendo, le dijo: “Vaya, ¿ha muerto por eso? Ya está libre de ese gran aborrecimiento”. Como de hecho sucedió, porque ese mandato de obediencia le cambió el sabor y le quitó el aborrecimiento natural que tenía. En otras ocasiones con su orden de obediencia expulsó fiebres y dolores de los cuerpos de sus súbditos, como diremos a continuación. Pero como el Señor no sólo quería que tuviese experiencia y fe, sino también el ejercicio y el mérito, hizo que de superior y fundador se convirtiese en súbdito, y lo que es más, de uno opuesto a él, que parecía que solo esperaba la ocasión para mortificarlo, que es lo más arduo y difícil de la obediencia, porque cuando el superior es tenido por los súbditos como padre, es fácil obedecer sus órdenes, pues cuando vienen de un padre no son tenidas por dañinas, pero cuando se tiene del superior la idea de que es un enemigo, se hace tan difícil obedecer que sólo la divina Gracia puede endulzarlo y facilitararlo.

16. El Amor que le llevaba a la Santa Pobreza tenía algo de singular, porque para abrazarse más fuertemente con ella renunció a todo lo que tenía en el mundo y podía esperar de él, dejando toda la herencia paterna y las pingües pensiones sin reservarse nada, para entregarse al servicio de Dios. Incluso después de hacerse religioso rechazó en varias ocasiones muchos legados que le dejaron, y en particular uno de ochenta mil escudos de un miembro de la Casa Squarciafico. Y lo hacía porque poseer, como él decía, en muchos casos conduce a disputas y pleitos, que no van de acuerdo con la

caridad que debe tenerse con el prójimo. También se negó a aceptar de un joven que quería tomar el hábito religioso tres mil escudos, y de otros cinco mil, por el gran amor que tenía a la Santa Pobreza. Vestía con la tela más vil y plebeya, y no permitía ninguna distinción entre sus religiosos y él, sino que quería que su ropa fuera más vieja y más pobre que la de los demás, incluso de los legos, e intercambiaba muchas veces su capa y sotana con aquellos que las tenían más gastadas que las suyas. Los muebles de su habitación eran los estrictamente necesarios, y tan sencillos y antiguos que siguen causando admiración a quienes los ven en su habitación en S. Pantaleo de Roma, donde con gran diligencia se conserva todo lo que tenía para su uso. E incluso de estos muebles se despojó antes de morir, con una renuncia solemne en manos del superior.

Si José fue tan cuidadoso al mantenerse pobre, uno puede creer que fue mucho más prudente al preservar la flor de su virginidad, estando el enemigo que se opone a ella dentro de sí mismo. Desde niño le daba tal importancia, que por temor a fallar en su custodia vigilante, la recomendó a la protección de la gran Reina del Cielo, y a tal efecto recitaba diariamente algunas oraciones espirituales para que obtuviera de su bendito Hijo mantener en su integridad esa hermosa joya. No dejó de asistirle la gran Madre de Dios, máxime en aquel peligroso encuentro que tuvo en Valencia, cuando estaba en la flor de su juventud, donde le dio fuerza y espíritu para superar las descaradas solicitudes de aquella mujer inmodesta huyendo, como se dijo.

Sabiendo que para obtener la victoria sobre sus sentidos convenía mantenerlos sujetos con la mortificación, controlaba con mucho cuidado sus ojos, no permitiéndoles extenderse mirar más allá de la estatura de su cuerpo. Afligía la carne con la escasez de comida, con la aspereza del vestido, y con darle un breve descanso, y esto sobre un saco de paja, o descansando con la cabeza en la mesa. Domó la lujuria con ásperos cilicios sobre la carne desnuda, con repetidas flagelaciones, y con todas las austeridades que sirven para disminuir el vigor y debilitar las fuerzas, para que la carne no se rebelase contra el espíritu.

Por el amor que tenía a la pobreza, quiso que sus religiosos fueran llamados Pobres de la Madre de Dios, y solía decir que el religioso, para ser verdaderamente pobre, debía sentir las incomodes de la pobreza. Por esta razón procuraba que su comida fuera muy parca, y

de alimentos bastos, y se contentaba con comer solo una vez al día, intercalando tres días a la semana, lunes, miércoles y viernes, con una abstinencia más rigurosa. Aborrecía el vicio de la propiedad, de modo que, si algo le era entregado como limosna, inmediatamente se lo llevaba al ecónomo, no soportando el quedarse con nada de dinero por un espacio mínimo de tiempo. Y un día, en el tiempo en que había sido depuesto del generalato y gobernaba la Religión aquel que tanto le había atribulado, como se dirá, habiéndose recibido una suma considerable de dinero para que lo empleado en sus propias necesidades, él sin esperar más tiempo, lo entregó inmediatamente a ese superior. Se conservaba de esta manera siempre despegado de todo en la tierra y siempre con ganas de sufrir y ser pobre. Despreciaba las riquezas, las dignidades y los favores, incluso despreciando herencias y legados que querían hacer a las escuelas pías, como fue el de Squarciafichi, si no recuerdo mal el nombre, que ascendía a ochenta mil y más escudos, deseando conservar el estado pobre y humilde por la esperanza que tenía de mayor gloria en el cielo.

De su boca, incluso cuando era jovencito, nunca se oyó una palabra que tuviera una sombra de poca decencia, y se sonrojaba cuando otros pronunciaban algunas no muy honestas. En el tiempo de sus enfermedades era tan circunspecto para no descubrir ninguna parte de su cuerpo, que las operaciones que había que hacerle quería hacerlas por sí mismo, y si no podía, procuraba cubrirse para que no pareciera más que la honestidad necesaria. En resumen, su vida estaba tan lejos de cualquier cosa que pudiera manchar su pureza virginal que su confesor tenía la firme opinión y afirmaba que siempre la había guardado en su hermosa flor.

El mismo cuidado para preservar el hermoso tesoro de la pureza quería que todos sus religiosos lo tuvieran, y les daba muchos ejemplos efectivos sobre esto, diciéndoles que mortificasen todos los sentidos, que nunca estuvieran ociosos, que observaran la modestia en los ojos, que se abstuvieran de entrar en los hogares de los seglares, que perseveraran en la oración, que rechazaran todo fantasma que les sugiriera el diablo en su imaginación, que maceraran su carne y que a menudo renovasen sus votos solemnes ante el Santísimo Sacramento.

La misma custodia de su pureza anhelaba que tuvieran todos los jóvenes escolares, a quienes a menudo razonaba en elogio de esta

virtud angélica, y en el día de Santo Tomás de Aquino, ordenaba a todos los escolares que se proveyeran de un cingulo o correa con la que, después de haberles dado la bendición al siervo de Dios, les hacía ceñirse para conseguir de S.D.M., por la intercesión de Sto. Tomás el don de la castidad.

El Amor que le llevaba a la Santa Pobreza tenía algo de singular, porque para abrazarse más fuertemente con ella renunció a todo lo que tenía en el mundo y podía esperar de él, dejando toda la herencia paterna y las pingües pensiones sin reservarse nada, para entregarse al servicio de Dios.

En la virtud de la Obediencia, el Siervo de Dios se distinguió cuando más bien quería en su enfermedad abstenerse de la comida que le presentaba el enfermero por estar en tiempo de cuaresma, a pesar de que tenía la licencia del médico, pero no firmada por ninguno de los generales asignados por el Vicario del Papa, que transgredir el mandato de la Santa Iglesia. Y como el enfermero le persuadía de que la orden del médico era suficiente, él respondió: “No sabéis lo que significa la observancia de los preceptos de la Santa Iglesia, ya que me insistís en que los rompa”.

Del mismo modo que aceptó por mera obediencia al Sumo Pontífice Gregorio XV el cargo de General de la Religión, con la misma obediencia lo renunció alegremente en manos de quienes le habían calumniado y perseguido, aunque que preveía que bajo su conducta flaquearía la Religión de las Escuelas Pías, queriendo más obedecer que cualquier otra cosa que pudiera suceder al instituto, porque sabía que al obedecer se seguía infaliblemente la voluntad del Señor, a quien no le faltan formas de guiar las otras cosas hacia su fin, según sus santas disposiciones.

Así, pues, se sometió con total subordinación a aquellos que le habían sido asignados como superiores, con quienes se portó el buen anciano con tal reverencia que más no habría hecho un novicio. Y aunque el mismo superior le maltrataba y lo tenía por vil, no por ello José dejaba de hacer la parte de un buen súbdito, pidiéndole cada vez que según las normas de la regla era necesario, la bendición y la licencia debida. Con todo esto, casi siempre el superior lo recibía crudamente y con desprecio, tratándolo a veces como un anciano insensato, hipócrita y engañoso, y él, con gran jovialidad y sin entristecerse nunca, se humillaba y no respondía, ni por ello dejaba nunca de ir, cuando se presentaba la ocasión, a pedirle

arrodillado la bendición. Personas muy discretas y que amaban al Siervo de Dios rogaron al superior que le dispensara de este acto de obediencia; cuando se enteró de ello les rogó que le dejaran hacer las partes que un súbdito le debe al superior, añadiendo que era una acción seria, y que de hecho la hacía de buena voluntad y buen corazón, y siguió como antes.

Tenía además tal concepto de la Obediencia que por ella habría dejado todo lo demás, pero en los últimos años de su decrepita vida solía decir que, si sus superiores le hubieran mandado ir a Civita-vecchia a enseñar a los desafortunados condenados en la cárcel la doctrina cristiana, inmediatamente dejaría todo y habría ido, porque no es verdadero obediente quien actúa según su propio juicio.

Núcleo narrativo 9. Calasanz predecía el futuro

Don de profecía

4. En vigésimo octavo, demostraré que recibió de Dios el don de profecía, y a menudo veía cosas ocultas y misteriosas sin estar presente, y viendo cosas íntimas de los hombres les daba consejos para el futuro, cosas observadas por algunos, y siempre se cumplieron.

4.3. En cuanto a esto, siempre le tuve por hombre iluminado por Dios, y por lo tanto en su presencia yo andaba con todo respeto y reverencia. Oí decir a mucha gente que él conocía lo oculto, como me dijo el Padre Arcángel de San Carlos, Procurador del Colegio Nazareno en Cesena, que supo que un hermano Lorenzo, que era su compañero en la recogida de víveres, se había impacientado con la mula, maltratándola a golpes. Dijo, pues, que había descubierto su impaciencia, y aprovechó la oportunidad para exhortarle, pues Dios no le trataba así a él &. Y esto no pudo de ninguna otra manera saberlo, sino por revelación de Dios, habiendo sucedido todo en el campo mientras estaba pidiendo víveres, y de esto hará más de veinticinco años, y el mismo Padre Arcángel que me lo contó era el compañero de dicho Lorenzo cuando golpeó a ese animal con impaciencia. Sé también por la boca de la señora Julia Merenda, dama pobre, a quien el dicho José había conocido en un estado floreciente, y a menudo le ayudaba con limosnas y con su propia sotana, y le dijo que no moriría antes de que ella hubiera sido provista de alimentos, y así sucedió, porque el día antes de la muerte del Padre se hizo un instrumento con el Colegio Nazareno por orden de los Ilustrísimos Señores Auditores de la Rota, que le asignaron dos hogazas al día, dos hojaldres y un escudo

el mes por la cesión que se hizo a dicho colegio de la redención de una viña de dicho colegio en San Pancracio, y este instrumento se hizo en presencia mía, como Rector de dicho Colegio. La asignación se estableció por acta de Valentino el año mil seiscientos cuarenta y ocho, el veinticuatro de agosto si no recuerdo mal, y yo siempre he estimado que se logró por intercesión de dicho Padre. Y quiero mencionar también que, un año o más antes de la muerte de dicho Padre, de su propia boca le oí decir que esperásemos a agosto, que veríamos lo que permitiría Dios, y tales palabras las refería a algún acontecimiento que ocurriría al cristianismo, pero luego he pensado que él se refería a su muerte, que en ese mes se produjo.

4.17. Puedo decir que este Padre conocía cosas futuras y secretas, porque nunca me dijo cosas que no se me cumplieran. Y en particular del Sr. Francisco María Biscia, mi hijo, por quien estaba muy preocupada, que había ido a la guerra en diferentes lugares y tiempos, dudando que pereciera en la guerra con peligro de su alma. Se lo encomendé al Padre José, quien siempre me dijo que no dudara, que no moriría en la guerra, sino que volvería para morir en casa, conforme sucedió. E igualmente sucedió cuando me predijo la muerte de Sr. Francisco Biscia mi yerno, que había decidido el Lunes Santo de 1639 ir a su aldea. Yo fui al Padre José con la Sra. Hortensia mi hija para pedir a dicho Padre que nos aconsejara qué teníamos que hacer, pues nos parecía extraño tener que salir esos días santos, en los que la gente de fuera viene a Roma, y el Padre José me dijo simpatizando con mi aflicción: “Pobre señor, está huyendo hacia la muerte. Pobre Señor, si se va, nunca volverá”. Y esto lo dijo después de haber estado pensando un poco, y después de dar un gran suspiro, y así exactamente sucedió, porque el Lunes de Pascua le cayó la gota en Mazzano, y el Miércoles de Resurrección murió.

4.26. Puedo decir que el Padre conocía las cosas secretas y ocultas, porque me encontré presente un par de veces cuando venía alguno de fuera, y antes de que le contara algo que había hecho, le reprendía o elogiaba de acuerdo con lo que se merecía.

7. Tuvo incluso el don de predicción, como consta en muchos testimonios jurados en su proceso, en los cuales se narran muchas cosas que él predijo y se cumplieron admirablemente, como también en los mismos testimonios se cuentan gracias y milagros en gran número, operados por Dios por medio suyo, queriendo manifestar su gloria en él.

10. Las Ilustrísimas señoras Laura Gaetani y Hortensia, su hija mujer del Ilustrísimo señor Francisco Biscia, tienen depuesto en el proceso muchas cosas notables, entre las cuales dicen que el dicho Señor Francisco en la Semana Santa dijo querer ir a ver un lugar suyo (porque era señor de Estado), y que así se preparasen las cosas necesarias para la jornada. Y porque las dichas señoras sentían mucho el salir de Roma en aquellos días santos, fueron a San Pantaleo y suplicaron al Padre General que le detuviese, y apenas ellas empezaron a hablar sobre el caso, cuando prontamente les respondió el Padre General: *Tened paciencia, andad, andad. ¡Ah, pobrete, que va a morir!* Aquel señor entonces estaba bueno y sano y gozaba buena salud, mas el día de la Pascua de Resurrección de improviso le sobrevinieron unos dolores que le quitaron la vida, como ya había antes visto el gran siervo de Dios. También han depuesto que el señor Bernardino Biscia, hijo de dichos ilustrísimos señores Francisco Biscia y Hortensia Caetani, estuvo en una enfermedad gravísima, desahuciado de los médicos, dejándole por muerto. Entonces los padres del moribundo enviaron a llamar al Padre José de la Madre de Dios. Fue luego el Santo Padre y halló a todos llorando, y que ya habían dado la orden para las cosas tocantes a su sepultura, y entró diciéndoles: *No es nada, no es nada.* Y llegándose al moribundo, le llamó por su nombre, y aquel joven que estaba tantas horas dejado como muerto, respondió al Santo Padre, el cual mandó que le diesen de comer, y antes de salirse del aposento, le dejó sano y libre de calentura, con admiración de todos. Y cuando murió el Padre José de la Madre de Dios, este Bernardino Biscia era un insigne prelado. Habiendo las dichas Ilustrísimas señoras depuesto otras muchas cosas y verdaderamente grandes acaecidas a sus mismas personas.

Además de lo que predijo, como dejamos escrito, al Cardenal Ludovisi, Arzobispo de Bolonia, que había de ser Papa, como lo fue, llamándose en su asunción Gregorio XV, a Monseñor Julio Rospigliosi, cuando partió para la Nunciatura de España, le dijo que estaría en ella muchos años y que no volvería de allí Cardenal, mas que lo sería sin duda, Cardenal y aún algo más, y que solamente le suplicaba que entonces le acordarse de la pobre Escuela Pía. Así sucedió, porque Monseñor Rospigliosi, después de muchos años que estuvo en España, volvió a Roma Prelado solamente, sin el Capelo, el cual ni por muchos años le tuvo. Mas al fin le creó Cardenal su antecesor el Papa Alejandro VII, a quién sucedió en la silla de San Pedro, llamándose

en su asunción Clemente IX, el cual reintegró la Escuela Pía en el título de Religión, con todos los privilegios que el Papa Gregorio XV le había concedido, porque tuvo la Escuela Pía sus persecuciones, y repetidas veces se ha visto a pique de ser destruida, y solo con el título de Congregación Secular. En los años que estuvo Prelado en Roma, y siendo Cardenal, hablando del Padre José de la Madre de Dios siempre repetía estas palabras: *El Santo Fundador me predijo la purpura Cardenalicia y algo más*. Se nos permita el decir que aquel *y algo más* y no decirle *mucho más* sería sin duda por lo poco que hemos visto que gozó el Sumo Pontificado, pues no llego a tres años cumplidos. Al Cardenal César Faquinetti, mi señor, le dijo cuando vino a la Nunciatura de España que estarían ella muy poco, pero que no perdería el capelo. Y así fue, que no estuvo más de 2 años en España y volvió a Italia solamente Prelado, como era antes, mas no le faltó el Capelo, porque el año 1640 fue creado Cardenal, con el título de los Santos Cuatro Coronados, título que tuvo el Cardenal Faquinetti su tío, el cual en su asunción al Sumo Pontificado se llama llamo Inocencio IX. Después de difunto el Papa Urbano Octavo, el padre Pedro Lucas de San Miguel, natural de Roma, me dijo que el mismo día que los Cardenales entraron en el cónclave, entró en la celda del Padre Fundador y le preguntó: *Padre General, ¿quién será esta vez Papa?* Y que le respondió luego el santo viejo *Dios quiere que a la Abeja se siga la Paloma*. Y así fue, que a la Abeja, armas de Urbano Octavo, le sucedió el Cardenal Pamphili, que lucía por armas una Paloma, el cual se llamó en su asunción Inocencio Décimo, y acaeció después de tantos contrastes como hubo en aquel cónclave, mas finalmente fue elegido el Cardenal Pamphili, cuando, según el estado de las cosas, ninguno parecía que había de estar más lejos, por no corresponder bien con los Barberinis, que eran los más poderosos de aquel cónclave. Porque estos le habían dado una pesadumbre muy grande, la cual, aunque publica en Italia, la callo por atención. Con todo, los mismos Barberinis se esforzaron para que fuese Papa el Cardenal Pamphili, poco antes por ellos tan agraviado. Para que se cumpliese contra todo el orden y disposición de las materias la profecía del Santo Padre Fundador. Pegóse fuego en San Pantaleo una noche con tanta vehemencia que pensaban todos que se quemaría toda la casa. El Padre General, con una boca de risa, mandó al Padre Castilla, que fue después segundo General (de quien hicimos mención arriba) que hiciese la cruz al fuego. Obedeció el Padre Castilla y al instante cesó y desapareció

el fuego, como sí tal no fuera. Con lo cual juzgaron todos que fue inventado del demonio.

11. Este siervo de Dios fue también dotado admirablemente con el don de profecía, y parecía saber todo lo que iba a ocurrir por la iluminación del Espíritu Santo que asistía a su alma, por cuanto se ha podido saber de los que trataron con él, que afirman que conocía por dentro el estado de la gente mejor que otros ven en las personas con la vista de los ojos, por lo que se puede demostrar de las consecuencias que se han podido saber, y otras cosas se callan para ser observadas en el tiempo en que ocurrirán.

A Julia Merenda, una pobre señora a la que le ayudaba con la comida, le dijo el Padre fundador: “No moriré antes de que usted sea provista de alimento”. Y así sucedió, porque antes de su muerte los ilustrísimos auditores de Roma le asignaron dos comidas al día y un escudo al mes antes de morir el Padre.

Pedro Prignani, médico excelente, depuso y testificó que en la tarde antes de morir el Padre le dijo: “Señor Pedro, venga mañana y esté presente en mi autopsia, y observe qué tengo aquí”, tocándose con la mano en la zona del hígado, y así le ocurrió, a pesar de que no parecía que iba a morir.

Se escribió como cosa cierta de la arriba citada señora marquesa Laurea que nunca el Padre le aseguró algo que no ocurriera tal como él se lo anunciaba, y estando una vez muy preocupada por que su hijo Francisco María Biscia podría morir en la guerra a la que había ido, se lo dijo al venerable Padre, y él le respondió: “No tema, que no morirá allí; volverá a casa y terminarán en ella sus días”. Volvió de la guerra a casa el mencionado hijo, y enfermado después de algunos años murió como lo había predicho el Padre José.

El señor Francisco Biscia quiso ir a entretenerse en una casa de campo suya, con disgusto de la señora marquesa doña Laurea Cayetana Colonna, la cual confió su sentimiento a nuestro Padre general, preguntándole su parecer. El Padre, enterado sobre lo que ella pensaba, suspiró y dijo: “Pobre señor; va huyendo de la muerte. Si va, ya no volverá”. El señor Francisco quiso irse, y al cabo de unos días murió de improviso en Mazano. Monseñor Bernardino Biscia de la misma familia estaba en los últimos días de su vida y los médicos ya lo habían desahuciado, así que sus señores parientes ya estaban preparando las cosas necesarias para su funeral. Nuestro venerable Padre fue a visitarlo cuando se encontraba ya en una si-

tuación extrema. Lo llamó por su nombre el Padre, y le dijo: “No dude, porque no morirá”. El moribundo al oír su voz comenzó a respirar mejor, y al cabo de pocos días fue a presentar sus respetos a los padres gozando de buena salud, y agradeciéndole la ayuda que le había prestado ante Dios con sus oraciones.

Después de la muerte del Sumo Pontífice Urbano VIII, mientras los señores cardenales estaban en conclave para elegir su sucesor, algunos de los nuestros contaron lo que se decía por Roma al Padre sobre que tal cardenal ya había sido elegido Papa. Entonces el buen viejo dijo: “No será así, sino que harán Papa a Pamfili”, y otras cosas que se callan por conveniencia, y después de algunos días se oyó que este había sido promovido, exactamente como lo había dicho el Padre.

El Emmo. Cardenal Fachinetti, hablando conmigo después de la muerte del Papa Clemente IX de feliz memoria, alabó mucho la bondad de nuestro venerable Padre fundador, y añadió cómo siendo el prelado le había predicho que sería cardenal, y lo mismo se lo pronosticó a muchos.

Fue a Roma un sacerdote de la ciudad de Trapani en Sicilia para conseguir cierta dignidad en su patria, y mientras trataba el asunto recibió una carta de su tierra avisándole de graves accidentes que ponían a su hermano en muchas dificultades, a riesgo de perder sus propiedades, con lo que se llenó de preocupación, y por temor se disponía a volver lo más pronto posible, sin preocuparse de la dignidad que esperaba. Pero algunos confidentes suyos le aconsejaron que no tomase ninguna decisión antes de ir a San Pantaleo a hablar con el P. General de las Escuelas Pías y hacerle saber lo que le ocurría, encomendándose a sus oraciones, y siguiendo lo que él le dijera. Así hizo, presentándole sus aflicciones, y preguntándole si le convenía más irse. Le escuchó el Padre, y una vez enterado le dijo: “No se vaya; siga en Roma con su asunto, que pronto será consolado con otras buenas noticias que recibirá diciéndole que se han arreglado las cosas, y no tenga temor alguno”. Hizo caso a lo que le dijo el Padre, y con el primer correo recibió una carta llena de consuelo. Y después de obtener lo que deseaba, se fue de Roma a su tierra, donde muchos años después, yendo algunos de los nuestros por devoción propia a visitar a la Madre Santísima, sus sobrinos oyeron decir a gente de su pueblo que habían llegado unos padres de la Orden de las Escuelas Pías, por lo que inmediatamente fueron a recibirlos y hacerles todo tipo de cumplimiento, y les contaron lo que

se cita más arriba, que se lo había contado su tío arcipreste, siempre decía que el venerable Padre fundador era un gran siervo de Dios. Uno de nuestra Orden se salió en virtud del Breve para disfrutar del beneficio de una canonjía, y escribió al Padre venerable, el cual le respondió: “Nunca creí que usted iba a titubear en estas borrascas, que cesarán. Vaya, pero no lo conseguirá y volverá avergonzado”. Así ocurrió, porque el obispo que le iba a dar la canonjía fue encontrado muerto en su cama la mañana del 18 de septiembre de 1646 en San Benito fuera de Mantua, y él volvió a la Orden.

Vino a Roma un sacerdote de los nuestros contra su orden, y cuando llegó a la puerta del Pueblo envió a rogar al Padre que le permitiese entrar. Al Padre le desagradó mucho eso, y le mandó decir que viniese a San Pantaleo, y le hizo saber que antes de llegar a casa Dios le iba castigar por su desobediencia. Entró él y por la calle dentro de la ciudad se cayó del burro y se rompió la pierna, de la cual nunca curó. Uno de nuestra Orden, llamado padre Diomedes, deseaba ir a Nápoles el año 1635, y el Padre general le negó el permiso. Él pidió la mediación de un Emmo. Sr. Cardenal. El Padre, al recibir la orden de aquel príncipe hizo venir al religioso y le dijo: “Usted quiere ir a Nápoles por dar gusto a su padre y a su madre, pero no será así. Ahora, vaya”. Se fue él, y tres meses después de llegar a Nápoles pasó a mejor vida. Lo mismo ocurrió a otro llamado P. Juan Bautista en 1645, el cual estaba obstinado en querer dejar la Orden con el pretexto de ayudar a sus hermanas. El Padre intentó disuadirlo a no hacerlo, diciéndole que podría ayudarles mejor permaneciendo en la Orden, pues si estaba en el siglo no podría serles de ningún provecho. Dejó la Orden aquel, y se entregó a la vida licenciosa, con lo que más afligía que ayudaba a sus hermanas, y por fin después de dos años murió.

Dos de nuestros religiosos se sirvieron de la intercesión y mediación de algunos señores cardenales para que el Padre fundador les permitiese ir a Génova su patria, lo que él les había negado, y les permitió después de la insistencia de aquellos señores. Los cuales partieron de Roma, y el día que llegaron a Génova el padre rector de aquella comunidad recibió por el correo una carta del Padre General en la que le decía: “Llegan a Génova tales religiosos nuestros, pero morirán ahí por propia voluntad, por no haber sabido obedecer”. Leyó la carta el rector al mismo tiempo que uno estaba ya muriendo con el estupor de todos. Y el otro enfermó, y habiendo oído aquello, tuvo algo de tiempo por piedad de Dios para prepararse, y también murió.

Un sacerdote que fue de los nuestros, encontrándose en Roma fue a pedir la bendición del Padre, pues estaba para ir a Poli, ya que iba a pedirselo al vicario general, del que sabía con seguridad que no lo quería en Roma. El venerable Padre le dijo: “En buena hora, no vaya a Poli, pues allí enfermará peligrosamente, con lo cual se verá obligado a volver a Roma, y ya no me encontrará. Hijo, crea que no está firme en su vocación, y dejará la Orden, y se verá hecho seglar”. Él le respondió: “Padre, no se me ocurren esas ideas”. Añadió el buen viejo: “Usted no lo sabe, pero ocurrirá así”. Este padre se fue Poli, donde enfermó con peligro de muerte. Cuando estuvo en condiciones de viajar, volvió a Roma, y el Padre ya se había ido al paraíso. Luego se fue de Roma a Palermo, y pasados algunos meses dejó el hábito de la Orden, y así me lo ha referido el mismo, que se llama D. Domingo Manuel.

En el año 1641 en Fanano, en el ducado de Módena, había un enfermo en nuestra casa llamado hermano Francisco de San Peregrino, al cual, cansado ya de su larga enfermedad, le vino la idea de escribir a nuestro Padre lo duro que le resultaba seguir en el mundo en medio de las angustias de aquella enfermedad, y que si creía que era voluntad de Dios que se muriese, que su paternidad le diera su bendición, y después de recibirla se moriría de buena gana. Le escribió, pues, y envió otra carta del mismo tenor a su hermano llamado P. Peregrino de San Francisco, que estaba en Roma, para que le hiciese el favor de ir a ver al Padre General con lo que le pedía. El venerable Padre, después de recibir la carta y escuchar al P. Peregrino, dijo que después de ver su disposición pronta a la voluntad divina, y considerando que su vida en este mundo era miserable, le parecía mejor que muriera para ir a gozar de Dios, pero que tuviera buen ánimo, y con su bendición se fuera en buena hora al cielo, y le escribió en el mismo sentido que el otro. Partió el que llevaba las cartas, y al llegar a Módena se entretuvo allí por asuntos personales por espacio de dos meses. Y yendo por casualidad allí uno de Fanano que conocía a los padres, el otro le pidió que cuando volviera al país les entregara las cartas. Pero cuando volvió este, se quedó en un lugar suyo que estaba a milla y media de Fanano, y se le olvidó enviárselas. Y como dejó decir que tenía cartas de los padres de Roma para los nuestros, estos se enteraron y fueron a buscarlas, y vueltos a casa hacia las dos de la noche, le leyeron las cartas al enfermo, quien oyendo lo que le decía nuestro Padre, con toda alegría y conformidad pidió al padre rector los santísimos sacramentos de

la Iglesia, y hacia el amanecer se fue a gozar de Dios, con admiración de todos en casa.

El padre Silvestre de Santa María Magdalena, de Fanano, estando gravemente enfermo en 1629 en la casa de San Pantaleo, llegado el día del Beato Luis pidió la gracia de recibir la comunión. Cuando lo oyó el Padre General le dijo: “No debe hacer venir al Señor a la habitación cuando usted no está enfermo. Mañana es la fiesta del Corpus Domini, y usted irá a comulgar a la iglesia”. Quedó atónito el enfermo oyéndolo, porque se sentía muy enfermo. Añadió el siervo de Dios: “¿Conoce usted al Padre Landriani?”. Respondió el enfermo: “No”. Entonces el Padre dijo: “Diga al hermano Vicente que venga, y traiga el corazón del P. Landriani”. Lo llevaron, y tomándolo el Padre se lo hizo besar, y signándole con él, se lo puso sobre el pecho, y el enfermo de repente se durmió. Le desapareció la fiebre ardiente, y curado a la mañana siguiente fue a comulgar a la iglesia. El padre Arcángel de San Carlos, estando en San Pantaleo ya desahuciado por los médicos, fue a verlo el Padre General, y tocándolo le dijo que no moriría. Al día siguiente se levantó sano de la cama.

Al Emmo. Sr. Cardenal Ginassio, que estaba enfermo para morir, le dijo el Padre General cuando le fue a visitar: “No dude vuestra eminencia, que todavía vivirá diez años”. Y así ocurrió, y del mismo modo predijo al Emmo. Médicis la muerte, la cual tuvo lugar tres horas después de que la predijera el Padre. Y afirman nuestros religiosos haberle oído decir que el Papa Inocencio X iba a ser Sumo Pontífice, y lo que iba a pasar de gusto entre él y el duque de Parma, e innumerables cosas más.

El P. Juan de San Carlos, de 75 años, cayó enfermo y tenía miedo de morir. Fue a verlo el Padre fundador y le dijo: “No tema, que vivirá aún 12 años”. Y este padre después sanó de todo tipo de enfermedad o sufrimiento que le llegaba, a pesar de que los médicos u otros dijeran que iba a morir; siempre creyó en aquello. Y en 1630, estando en Poli al final de los 12 años, mandó decir a los padres que rezaran por él, que ya le había llegado la hora, y así fue: al terminar los doce años, se fue a la otra vida.

En 1628 el P. General envió como superior a Moricone al P. Tomás con el hermano Miguel, paisanos los dos, luqueses. Antes de salir le pidió al Padre algo de comida para el camino, pues no tenía ánimo para caminar treinta millas sin comer. Entonces el Padre fundador le dijo: “vayan más bien, que Dios proveerá”. Ellos, después de ca-

minar una buena distancia, fatigados se retiraron hacia una fuente para refrescarse, y allí encontraron una servilleta blanca con dos gruesas hogazas de pan blanco e incluso vino, lo cual tomaron, y allí dejaron la servilleta. Cuando volvieron a Roma después de algún tiempo contaron lo ocurrido a todos nuestros religiosos.

No quiero pasar en silencio lo que me ocurrió a mí cuando estaba en el primer año del noviciado en Palermo, en lo que parece que este siervo de Dios sabía mucho antes por revelación del Señor todo lo que le iba a ocurrir a su persona en esta vida mortal, y todos sus accidentes y sufrimientos y persecuciones que iban a sufrir él y la Orden por obra del Demonio, para hacerlo conforme y firme en su divino querer, y que nunca su Divina Majestad le iba a abandonar, de modo que conocía el tiempo, las cosas, las personas y la manera como iba a ocurrir todo, lo bueno y lo malo, a la Orden; lo veía en Dios, en quien reconocía su ayuda y favor admirables para mantenerlos a él y a su instituto. Por lo que recuerdo de haber oído contar mucho antes a algunos de los nuestros con asombro cómo habían oído decir al Padre muchas cosas sobre esto, entre otras: “Oh, cuántos apuros ha de pasar la pobre Orden; será puesta en la balanza y estará a punto de caer, pero todas las cosas terminarán y Dios la hará crecer hasta el fin del mundo”. Aquellos que lo contaron se lo oyeron decir, y cuando sucedió creyeron que el Padre lo sabía desde mucho antes. Volvamos ahora a lo nuestro. Así, pues, siendo yo novicio, envió una orden el Padre para que todos los novicios de aquella casa fueran enviados a Roma. Y así se hizo, pero a mí y a otros no nos envió el padre provincial, y como yo tenía un gran deseo de conocer y ver a mi Padre fundador, cosa que yo consideraba un gran favor, como si hubiera visto a Santo Domingo o a San Francisco en mis días, quedé un tanto frustrado. Un año después, no sé con qué ocasión, tenía que escribir al Padre en 1640, y en aquella ocasión con la debida prudencia, le mostré mi sentimiento y disgusto por no haber podido ir con los que fueron a Roma. El Padre venerable me respondió con su benignidad, y con respecto al particular que le había insinuado, me escribió las siguientes palabras: “Habíamos dado la orden de que todos los novicios de aquella casa de Palermo fueran enviados a Roma; el Provincial nos dijo que su persona y sus servicios eran necesarios en aquella casa. Llegará un día en el que como otro Abraham saldrá de su patria “al frente de mucha gente”, a donde Dios le llama para bien de la Orden, como ocurrirá. De momento

quede conforme con el divino querer, de quien debemos reconocer todo, y que Dios le bendiga”. Esas son las palabras que me escribió el Padre. Yo no pude entender nada, ni entonces ni más tarde. A pesar de que luego, ya profeso, me escribió otras veces el Padre, observando siempre aquel afecto y manera que usaba conmigo, más bien me dejaban confundido que otra cosa, conociendo mi poco mérito.

El padre José Manzi de los padres de la Vallicella de Roma, hijo muy digno de San Felipe de Neri por su bondad de vida y profesión de letras, me contó que cuando regía la Santa Iglesia Urbano VIII de feliz memoria, en los días en los que los soldados del Duque de Parma invadieron con la caballería el estado de la Santa Iglesia, trayendo mucho daño a los terrenos en los que aquellos padres del Oratorio tenían algunas posesiones, y estaban preocupados sobre las consecuencias que su congregación iba a sufrir por aquella guerra, de la cual se decía que no se sabía cómo iba a terminar, y entre otras cosas se comentaba el temor que todos tenían a causa de las palabras que dejó escritas el abad Joaquín, que eran “El dragón hablará, abejas”. Entonces el buen viejo con su aspecto alegre le dijo: “Eh, padre, no dude, que dentro de poco se arreglarán las cosas, pues no es ese el dragón de que habla el abad. Esperemos a ver lo que Dios quiere”. Y porque el siervo de Dios siguió explicándole más sobre el asunto, y sobre otras materias provechosas diversas, dijo el padre Manzi: “Me quedé pensando en lo que había dicho vuestro Padre fundador, y después de unos días se calmaron aquellas turbulencias, y me acordé de cómo había acertado el siervo de Dios, quedando yo más convencido del concepto en que le tenía; y cuando después ocurrió que pasó a mejor vida el Sumo Pontífice Urbano VIII el día de Santa Marta, me quedé totalmente estupefacto”⁴¹. Y añadió: “El Padre fundador de las Escuelas Pías es un gran santo, y por tal yo lo proclamo ahora con más verdad a todos, diciendo que está en el paraíso, por las maravillas y milagros con que Dios lo glorifica en el mundo”.

41 En el escudo de armas de Urbano VIII, de la familia Barberini, aparecen tres abejas. A Santa Marta se la representa a veces matando un dragón, pues dice la tradición que mató a la Tarasca, famoso dragón, cuando fue a evangelizar Tarascón en el sur de Francia. Según este padre Manzi, pues, Calasanz adivinó que la profecía de Joaquín de Fiore se refería a la muerte del Papa Urbano VIII el día de Santa Marta, 29 de julio.

El señor Tomás Cocchetti habló con el venerable Padre acerca de un asunto de su hijo, pues pensaba meterlo en el colegio de los Salvati, pero encontraba enormes dificultades por parte de los eminentísimos señores cardenales, por lo que estaba decidido a ofrecer 40 escudos al año para entrar al colegio. El padre le dijo: “No lo haga; vaya más bien a ver al Sr. Cardenal Filomardi, que este señor le obtendrá la dispensa de nuestro señor Pablo V”. Fue este rápidamente a ver al eminentísimo que le había dicho el Padre, y él hizo como le había dicho el Padre, y dijo para sí “este siervo de Dios tiene mucho poder ante su Divina Majestad, y sabe todo lo que va a ocurrir”.

El ilustrísimo y reverendísimo Mateo Judiski, polaco, afirma que en el mes de mayo de 1635, habiendo venido a Roma en compañía del Emmo. Sr. Cristóbal Zvistiti, señor de Posnania y senador del reino de Polonia, de unos 80 años, para curarse este de una enfermedad grave, habiendo oído hablar de la bondad de vida laudable del Padre José de las Escuelas Pías a sus religiosos de Nikolsburg, tenía ganas de verlo, pero por su debilidad se detuvo en la santa casa de Loreto, y rogó al señor Mateo que fuera a cumplir ese cometido con el siervo de Dios. Llegado el arcediano Sr. Mateo a Roma, fue a ver a nuestro Padre general con mucho consuelo suyo. Viendo cuánta bondad había en el siervo de Dios concibió esperanza con respecto a lo que deseaba para la salud del senador y otras particularidades, por lo que se lo expuso para que él obtuviera de Dios con sus oraciones la salud de aquel. El Padre le dijo que él era uno de los pecadores más grandes del mundo. Fue otras tres veces a suplicarle con otros señores nobles de su país. Por fin al cuarto día le dijo que rogaría por él al Señor con los de su Orden. Y añadió al respecto: “Nosotros, aunque pobres pecadores, hemos orado al Señor por lo que Él quiera para el señor Cristóbal. Y a su Divina Majestad le ha agradado escuchar nuestras plegarias, y le aseguro de parte de Dios, que nunca abandona a quien confía en Él, que el Sr. Cristóbal ya no está enfermo, sino curado; y no se encuentra ya en la santa casa de la Virgen de Loreto, sino en Boloña, y allí le espera. En cuanto a lo segundo, de igual modo la bondad de Nuestro Señor Jesucristo nos ha consolado, y podrá decirle que antes de que llegue a Polonia tendrá noticias de un hijo varón que Dios va a darle a la mujer de su hijo, y si tiene su santo temor, le aseguro que tendrá un segundo y quizás un tercero (que era la otra cosa que él le había pedido, ya que dicho señor de gran nobleza no tenía herederos de su hijo)”. Con esta respuesta el Sr. Mateo quedó muy

contento, y tres días más tarde se fue de Roma hacia Florencia, y llegado a Bolonia encontró al señor Cristóbal, sano con gran sorpresa y contento suyo, y cuando le contó todo lo que le había dicho el Padre, dieron gracias a Dios con esperanza porque había acertado todo, y así alegres y sanos se fueron a Venecia, y después a Padua, donde se entretuvieron hasta septiembre, esperando que hiciera fresco, y estando allí al poco tiempo les llegaron noticias de Polonia, acerca del nacimiento de un hijo varón del Sr. Andrés, hijo del Sr. Cristóbal. Cuando se enteraron, no se puede imaginar su gozo, y el concepto acerca de la santidad del P. José. Se fueron inmediatamente a la iglesia de San Antonio de Padua y dieron las debidas gracias a Dios por su siervo, y dijo el señor Cristóbal: “Este padre José es un gran siervo de Dios, y yo quiero introducir cuate lo que cuate su Orden en mi ciudad”. Cuando llegaron a Polonia, unos años más tarde tuvo el Sr. Andrés un segundo hijo varón, y después el tercero, como había dicho el Padre fundador, aunque este fue póstumo, pues el Sr. Andrés murió y dejó a su esposa embarazada, lo cual sucedió todo tal como lo había anunciado el siervo de Dios, por lo que se puede ver.

El mismo señor Mateo afirma que estando en Roma con gran temor de que su obispo Ladislao Matías Lubienski, anciano ya de setenta años se le muriese y no pudiera verlo más, le comentó al Padre su temor y su tristeza, y él le respondió que no dudase, y acertó al decirle que se encontraba bien y que llegaría a los 80 años, añadiendo que sería un gran prelado de la Iglesia de Dios, y que era un buen siervo de Dios, como ciertamente lo era. Y en las tres cosas que le dijo se comprobó el espíritu de profecía del P. José de manera admirable, aunque él no conocía ni había visto jamás al obispo, mientras que sí que le conocía el otro siendo su archidiácono, y le había servido por espacio de 24 años, y además era su vicario general, y había recibido de él otros oficios y beneficios eclesiales. Poco después el obispo fue hecho arzobispo de Gniezno, que es la sede primada del reino, y en aquella dignidad cumplió los 80 años, y murió. Por lo que a tal efecto llevaba personalmente el encargo y vino a Roma a tratar con el Padre General de parte del Gran Canciller para establecer la Orden en Polonia a instancia de su Rey, ofreciendo su majestad la erección de seis casas de las Escuelas Pías en seis ciudades de su reino. El Padre respondió que no era entonces el tiempo de satisfacerle, por no tener sujetos. En esta ocasión añadió el mencionado que hablando con el Padre quiso saber cómo había fundado aquel instituto. Le

dijo el siervo de Dios que habiendo visto en Roma muchos niños pobres que no recibían buena educación a causa de su pobreza o por el abandono de sus padres, meditando en las palabras del salmo en el que se dice *“el desvalido se abandona a ti, tú socorres al huérfano”*, le parecía que Dios le dirigía a él aquella sentencia. Así comenzó poco apoco a reunirlos e instruirlos en las cosas de la fe, y después se dispuso a hacer escuela con la finalidad de encaminar a los niños al conocimiento y santo temor de Dios. Pareciéndole entonces al otro que, a causa de la pobreza del instituto, en la gran pobreza que profesaban, no podrían salir adelante, se lo dijo, a lo que él respondió que no se trataba de disponer de la providencia divina, sino más bien de confiar en ella, de cuya bondad reconocía venir tantos efectos. Y en particular le contó que una mañana, estando con los suyos en la mesa con muy poca comida, que casi no había nada, vieron venir a la puerta personas que traían comestibles, que entregaron al portero, y se fueron, y los padres pudieron comer lo suficiente.

D. Juan Rosa, cortesano del Sr. Cardenal Cherubini, vino a nuestra casa de San Pantaleo y quería ver y conocer a nuestro Padre fundador. El hermano Eleuterio de la Madre de Dios se lo indicó mientras el Padre estaba en la iglesia, y aquel señor, llevando a parte al hermano, le dijo: “Este Padre de ustedes es un gran santo. Debe saber lo que me ocurrió a mí estando en Mesina. Estaba yo a punto de salir para Roma, y el P. Melchor de Todos los Santos que había llegado allí para fundar la casa de las Escuelas Pías, me dijo que quería darme una carta suya para que se la llevara al Padre general, pues le era de gran necesidad dadas las muchas dificultades que se presentaban para la fundación de la casa. Escribió aquel padre, y por medio de uno de sus religiosos envió la carta, y no encontrándome (dijo el señor Juan), se la entregó a un servidor mío. A la mañana siguiente, queriendo yo partir, y no habiéndome dado la carta el criado, le di la orden de que fuera a ver al padre Melchor para que le diera la carta, el criado dijo que el padre ya había enviado la carta, y que él la había dejado sobre la mesita. Yo la busqué, y por más que hice no pude encontrarla, aunque sí que encontré una carta dirigida al citado padre Melchor, y al verla decidí enviársela, considerando que el padre se habría equivocado enviando la que venía dirigida a él en lugar de la que debía escribir, y no fiándome mucho del servidor decidí ir yo mismo, cosa que hice. Cuando el padre abrió la carta, vio que era la respuesta a la que él había escrito la tarde anterior para que yo la

llevese a Roma, de lo que quedamos estupefactos yo y el padre Melchor, y cuantos estaban por allí, y fueron al archivo del arzobispo, donde hicieron formar un proceso acerca de este hecho”.

En 1635 estaba en Palermo el señor conde de Rogalmuto muy triste porque no podía tener hijos de la señora condesa, hija del señor príncipe de Leonforte, por lo que se encomendó por medio de uno de los padres de las Escuelas Pías a nuestro Padre general. Aquel, pues, le escribió una carta, a la cual le respondió el Padre por escrito: “Diga a aquel Señor que no dude, que después de concederle una hija le dará un hijo para que herede sus posesiones”, y otras cosas. Tal como escribió el Padre, así ocurrió; hablado de ese asunto el Sr. Alfonso Carreti, caballero de Malta y tío del conde, con nuestros religiosos, donde yo también lo oí, dijo este: “Ciertamente fue un gran milagro el que obró Dios por medio de este venerable Padre fundador, puesto que mi sobrino de ninguna manera podía tener hijos, hablando según la naturaleza, y él lo sabía bien por el pronóstico científico que se le había dado, pues los médicos le habían examinado y todos habían afirmado que era naturalmente impotente para generar hijos, y él afirmaba siempre que estaba dispuesto a testificarlo bajo juramento ante quien hiciera falta, para que se conociera un milagro tan grande, y lo hubiera hecho de no haber pasado a mejor vida alrededor de un año antes de que muriese el venerable Padre. A algunos de nuestros religiosos les dijo que esperaran a agosto para encontrarse en Roma, donde verían lo que Dios permitiría. No entendieron sus palabras hasta después de su muerte, que ocurrió aquel mes, y se dieron cuenta de que Dios se lo había manifestado a él.

Sebastián Previsano se había enfadado con su hermano, hasta el punto de que estaban a matarse por cuestión de intereses. Este encontró en Roma al Padre y le contó lo que ocurría en su enfrentamiento con el otro, y se encomendó a sus oraciones. El Padre con mucha amabilidad lo exhortó a la paciencia, y que más bien rezara por el otro, y luego le dijo: “Oh, cuánto tendrá que arrepentirse el pobre de su hermano por la manera de comportarse con usted, cuando se vea en estado de pobreza, necesitado de sus sobrinos, que ahora le engañan, y vendrá entonces a pedirle perdón por todo el mal que le ha hecho”. Y todo ocurrió como lo había dicho el Padre, ocho años más tarde.

Algunos padres de Florencia le escribieron porque querían venir al año santo. El Padre general les respondió: “Que venga el P. Pedro de Lucca, porque el padre Francisco de Florencia ya tendrá ocasión de

ver el próximo”. Y así fue, porque aquel padre Pedro murió, y el otro vivió en Roma hasta el año santo siguiente.

Pedro Poli, que vive en Roma cerca del Campo de las Flores, vino a verme y me contó cómo cuando él era joven fue a pedir a nuestro Padre fundador que se dignase admitirlo como hermano en su Orden. El venerable Padre le tomó las manos, y mirándolo le dijo: “Hijo mío, quédese en el siglo que es donde Dios le quiere, pues si entra se verá obligado a salir”. Él se quedó estupefacto oyendo eso, porque tenía la intención de hacerse religioso, o de los padres de las Escuelas Pías, que es hacia donde se sentía más inclinado, o de los padres de San Andrea della Valle. Pasados algunos años murió su hermano dejando tres hijas y dos hijos, todos de corta edad. No tenían a otro para mantenerlos sino a Pedro, quien si se hubiera hecho religioso se hubiera visto obligado a salirse, y reconocía la gracia de Dios al conservarlo en el bien de su alma, y con posibilidad de mantener convenientemente a sus sobrinos, según le había predicho el Padre, por lo que decía que verdaderamente era un gran santo.

En 1645 el padre Miguel del Sm^o. Rosario estaba gravemente enfermo, e hizo escribir al Padre General sobre su estado. El miércoles le llegó a este la carta, y el jueves siguiente ya estaba bien y se levantó de la cama. Recibió la respuesta del venerable Padre a la semana siguiente, en Nápoles, en la que le decía que se pondría bien, exhortándole a obrar bien. Otra vez en 1647 enfermó, e hizo escribir a un hermano suyo para que le dijese que estaba desahuciado por los médicos. Él le respondió que se curaría, y como dijo el Padre, se curó. El mismo afirma que estando de comunidad en San Pantaleo, cuando el Padre iba a visitar a alguno religiosos nuestros ya desahuciados por los médicos que se encomendaban a él, si les decía “no dude”, se curaban inmediatamente y se levantaban de la cama; y a los que les decía que ya no les quedaba más tiempo y se prepararan a bien morir, de hecho morían, y parece que sabía con verlos quiénes iban a vivir más, y quiénes debían morir.

Algunos padres de Florencia le escribieron porque querían venir al año santo. El Padre General les respondió: “Que venga el P. Pedro de Lucca, porque el padre Francisco de Florencia ya tendrá ocasión de ver el próximo”. Y así fue, porque aquel padre Pedro murió, y el otro vivió en Roma hasta el año santo siguiente.

El P. Arcángel de San Carlos, procurador del colegio Nazareno, yendo de viaje se impacientó con el caballo y lo golpeó. Cuando llegó a la

presencia del Padre fundador, este le hizo una buena corrección, diciéndole que en ocasiones como esa ocurrían los accidentes, y no debía impacientarse como había hecho durante el viaje, exhortándole a tener paciencia. Por lo que quedó fuera de sí con su compañero, tal como lo refirió a los otros padres de la casa. Y a propósito de esto, el hermano Lorenzo de la Anunciación, que servía a nuestro Padre, dijo que parecía que nuestro Padre fundador supiese todo lo que les ocurría a nuestros religiosos cuando venían de fuera a verle, y a algunos les reprendía por el mal que habían hecho, y alababa a otros diciéndoles a distancia todo lo que había ocurrido o habían hecho, ante su estupor y admiración, y no dice casos particulares porque aún viven.

12. Cuando los religiosos volvían a casa de algunos negocios o de mendigar, antes de que dijeran a José cómo les había ido, José les alababa o reprendía, por lo que habían hecho bien o mal, y todos quedaban admirados. Una vez envió fuera de Roma a dos hermanos legos; uno caminaba y el otro iba en un burro. Este equivocó el camino, y el hermano, enfadado, casi lo mata a palos. Cuando volvieron a casa José le miró, le reprendió blandamente y le corrigió.

Julia Miranda, en otro tiempo mujer rica, y luego arruinada, era ayudada por José; este le dijo que antes de morir él, el cielo le concedería una subvención cotidiana y suficiente. Y no se equivocó en su predicción, pues el día antes de que José muriese, los auditores de la Rota le concedieron pan y vino diario, y un escudo de oro al mes. Laura Cayetana, noble matrona romana, estaba angustiada porque temía que su hijo muriese en la guerra. Él le dio ánimo diciendo: “Volverá incólume, pero morirá enfermo en casa”. Y así ocurrió. La misma, en el año 1639 dudaba si su yerno Francisco Biscia debía ir el lunes de Semana Santa a cierta aldea suya, y él le anunció que, si se iba, no volvería. Y no pasaron ocho días que sufrió un ataque de apoplejía y el lunes de Pascua falleció.

Dos religiosos de querían volver a su patria. No quería dejarles ir José, pero coaccionado por un Cardenal, se lo permitió. Sin embargo, al rector de aquella casa le escribió lo siguiente: “Irán los nuestros ahí, donde terminarán su vida por propia voluntad, pues no aprendieron en la Orden”. Su predicción se cumplió, pues en poco tiempo murieron uno tras otro.

Un cierto Diomedes, religioso, deseaba ir a Nápoles a ver a los suyos, y José no le permitía ir, pero tras la intervención de un Cardenal, le dejó ir. “Vete – le dijo -, pero sábetelo que no serás de ayuda para tus

padres, como piensas”. Así que salió de Roma, pero pocos meses después, con gran dolor para sus padres, murió. Lo mismo predijo a un cierto Juan Bautista que dejó la Congregación para ayudar a sus hermanas. Le dijo: “No ayudarás a tus hermanas, sino que serás una carga para ellas”. Y no fue vano el pronóstico. Pues se dedicó a los encantos de la vida deshonesta, arruinó a la familia y muerto al cabo de dos años, dejó a las hermanas en gran pobreza y miseria.

Domingo Manuel pidió permiso al Visitador externo para ir a cierto pueblo. Cuando pidió permiso también a José, este le dijo: “Hombre de Dios, ve; te pondrás enfermo, y cuando vuelvas a Roma ya no me verás, y, si no aguantas firme, dejarás la Orden”. Se fue Domingo, enfermó, y volvió a Roma después de la muerte de José. Fue a Palermo, y allí abandonó el hábito religioso.

Cierto sacerdote vino espontáneamente a Roma sin permiso de José, y antes de poner el pie en Roma le pidió permiso para entrar. A lo cual José dijo: “Venga, pero sepa que antes de entrar en casa recibirá el castigo por su desobediencia”. Oyendo lo cual, entró en la Ciudad, pero cayó de la mula en que viajaba, y se rompió el muslo.

En el año del jubileo de 1625 querían venir de Génova a Roma: Francisco de la Purificación, Pedro de la Natividad y cierto pablo de Módona. A los cuales José escribió lo siguiente: “Que vengan los Padres Pedro y Pablo, pues el P. Francisco vivirá hasta otro año jubilar y entonces podrá venir a Roma”. Entonces los dos vinieron a Roma, y vivieron poco tiempo más. Pero Francisco, que tenía entonces 40 años, sobrevivió, y vino a Roma en el jubileo siguiente, cumpliendo la predicción de José.

Cierto sacerdote de Trapani había ido a Roma para conseguir no sé qué dignidad eclesiástica en su patria, y le avisaron por carta que su hermano estaba gravemente enfermo, con grave peligro de su vida. Temía perder a su hermano, y también la dignidad pretendida. Con todo, decidió irse de Roma. Pero José le dijo que tuviera ánimo, y que no se fuera de Roma. Confortado por estas palabras, se quedó en Roma y obtuvo lo que quería. Cuando volvió a su patria encontró sano a su hermano. Hacia el año 1618 envió como superior al P. Pablo a la casa de una cierta población, distante veinte millas de la Ciudad. Iba como compañero suyo un cierto hermano Miguel, de Luca. Pidieron comida para reponerse durante el camino. José, que en otras ocasiones trataba a la gente con tanta caridad, que a los que iban de viaje no solo les daba comida, sino también otros dones, les dijo: “Id, pues no os

faltará comida en vuestro viaje”. Salieron los dos, y a mediodía quisieron descansar, y se dirigieron hacia una fuente, donde encontraron sobre un blanquísimo mantel dos panes y una vasija con vino. Cuando se lo contaron a José, él dijo a todos que había que tener confianza en Dios. Cuando contaba el hecho a otros, hablando de la Divina Providencia, no atribuía el hecho a mérito suyo, ni a la predicación que había hecho, sino a la fe que habían tenido ellos, sin dudar. Lorenzo de la Anunciación, hacia abril de 1641 estaba gravemente enfermo. Pidió que José le diera la bendición antes de morir, pero José no quería que muriera. Cuando fue a visitarle, le hizo la señal de la cruz en la frente, le recitó el evangelio de S. Juan, y le dijo: “No morirás, quiero que te cures, y me sirvas en la Orden”. Y no falló la predicación, pues cuatro días después se levantó de la cama. Lo mismo ocurrió con Carlos de la Pasión, de Deponte, que era ya anciano y enfermo. Le dijo: “Ánimo, te curarás y vivirás aún 12 años.” Y sobrevivió ese tiempo con buena salud.

En el año 1641, en el pueblo de Fanano se encontraba el Duque de Módena, Francisco S. Peregrini, que estaba enfermo desde hacía mucho tiempo. Molesto por los sufrimientos, y por las incomodidades que causaba a la casa y a los religiosos, escribió a José para que, si así lo quería Dios, y si era conveniente, con su permiso, quería morir. El Padre se alegró al ver su buena disposición, y le anunció que moriría pronto. Y la previsión no resultó vana, pues al recibir el enfermo la carta, pidió al P. Rector los sacramentos de la Iglesia, y murió.

Este último [C. Chiara], cuando estaba en el noviciado, deseaba ir a Roma con sus compañeros, para conocer personalmente a José, de cuya fama de virtud había oído hablar mucho. Pero siguió en Palermo, y después de hacer la profesión solemne le escribió una carta expresándole su deseo. A la cual el siervo de Dios respondió lo siguiente: “Vendrá un tiempo en el que, como otro Abraham destinado a tener una gran familia, dejarás la patria”. Y, efectivamente, con el paso del tiempo vino a Roma y fue elegido Prepósito General. Y protegido no tanto por el favor de algunos Príncipes y Cardenales cuando por la ayuda de la misma Virgen Patrona, y con la ayuda del P. Juan Carlos de Sta. Bárbara, Procurador, que trabajó de manera eficaz y constante, consiguió del Papa Clemente IX la reintegración de la Orden y todos sus privilegios el 23 de octubre de 1669.

El P. José Mansi, de la Congregación del oratorio, hombre docto y de gran ingenio, le dijo a José que algunos temían el vaticinio de aquel

Abad Joaquín (que la gente cree), según el cual *El dragón devorará las abejas*, interpretándolo como que los ejércitos de Parma ocuparían los Estados Pontificios, causando mucho daño a los campos, y muchos temían por el resultado de la guerra. Cuando José lo oyó, sonriendo le dijo: “No se refiere a aquel dragón del que habla Joaquín: pronto se aclarará todo”. Y el suceso comprobó su predicción. Pues pocos días después el P. Mansi, superados miedos y temores, oyó la triste noticia: que el Pontífice Urbano había fallecido el 20 de julio, y el dragón aquel era el que se suele poner en los cuadros de Santa Marta.

Los religiosos de Palermo veneran a José por lo que ocurrió allí a los nuestros. Cuando estaban fijando su sede en un lugar visible, en septiembre de 1640 D. Francisco de Barra y Montenegro, comandante en el Reino de Sicilia, iba a ir a Roma. el superior de la casa le dio una carta de la familia del Príncipe Ventimilia para que la llevara a José, que contenía asuntos de importancia. Cuando este la recibió la dejó en la habitación de D. Juan Rosa, teólogo del Cardenal Cherubini, sobre la mesa. Cuando después de la salutación angélica volvió a coger la carta, leyó la dirección, que antes no había leído, y se dio cuenta de que la carta no entregada no era para José en Roma, sino para el príncipe Ventimilia en Palermo. Cuando la entregó descubrieron con estupor la respuesta de José a lo que le pedían el día anterior. De lo cual, como atestiguó con su propia mano Juan Rosa, que fue quien lo comprobó, se informó a todos, pero especialmente al Eminentísimo Cardenal Joanettini de Auria, Arzobispo, y a su Vicario Antonio Geloso, con gran estupor.

Cuando se celebró el conclave, tras la muerte de Urbano, se decía que cierto cardenal sería elegido Papa. Cuando se lo dijeron a José, con toda seguridad dijo: “No ese, sino Juan Bautista Pamphili será papa”. Y así ocurrió. Cuando algunos Cardenales u otros hombres ilustres caían enfermos, y sufrían por ello, él anunciaba con certeza la muerte o la recuperación de la salud. Consta que también lo anunció por carta a muchos que estaban ausentes. Más de una vez prometió descendencia a quienes deseaban tener hijos, y los tuvieron. Entre otros casos, causó mayor admiración el que sigue.

Mateo Judicki, Canónigo de la Iglesia Metropolitano de la Gniezno, Archidiácono de Wodzislaw en Pomerania, al oír la fama de José quiso conocerlo personalmente, y en el mes de mayo de 1635 vino con Cristóbal Jucinski, Prefecto de Poznan y Senador del Reino de Polonia, anciano de ochenta años, a Padua, y luego a Loreto. Como

el Conde no pudo seguir el viaje a causa de una enfermedad, Mateo vino en su nombre a Roma, y vino a ver a José y le presentó la petición del Senador. Se había hecho católico antes con sus servidores y súbditos, y era odiado por los herejes. Deseaba que su hijo, que se había casado varias veces, tuviera un hijo varón que fuera heredero de su territorio, para poder conservar aquellos pueblos para la fe católica. José le respondió que él era un pecador, y que no podía conseguir tal cosa de Dios. Sin embargo, el Archidiácono conoció por sus palabras su virtud y santidad, y se sentía encendido por dentro al escuchar esas palabras. Volvió al día siguiente, sin vencer su humildad. Volvió al tercer día con Alberto Grealicio, sacerdote polaco, y José prometió que diría algunas oraciones y se daría disciplinas con los hermanos por ese asunto. Vuelto aquél después del tercer día, como le había indicado, José le invitó a comer, y le dijo estas palabras: “Nosotros, pobres y pecadores hemos orado, y a Dios le ha agradado oír vuestras peticiones. Así, pues, en nombre de Dios, que no abandona a quien confía en él, le aseguro que Cristóbal ya no está enfermo; no está en Padua, sino en Bolonia. Esté seguro de que su hijo tendrá un hijo varón de su esposa, y si continúa en el temor de Dios, tendrá un segundo y un tercero”. Se fue Mateo, y encontró sano a Cristóbal en Bolonia, que volvió con él a Venecia y Padua, para continuar el viaje después del verano. En el mes de septiembre llegó el anuncio de que la esposa de su hijo Andrés había parido felizmente un niño de sexo masculino. Y con el tiempo dio a luz un segundo y un tercer hijo.

De la misma manera, al Archidiácono Matías Lubienschi, que le encomendó la salud del obispo de Wodzislaw, le dijo: “No dude que le irá bien; pasará de los ochenta años, y será grande en la Iglesia de Dios”. Fue Arzobispo de Gniezno. Y también le fue bien al Archidiácono, que fue su Vicario General. Le sirvió durante veinticuatro años, según afirmó en Roma bajo juramento tras la muerte del Obispo y de José.

A Pedro Poli, que pedía el hábito teatino, le dijo claramente que la voluntad de Dios era que no abandonara el siglo, pues si era aceptado en la Orden, tendría que dejar el hábito pronto. Y he aquí que murió un hermano suyo, dejando cinco hijos e hijas, a quienes tuvo que acoger en su casa y educarlos.

Predijo a Sebastián Previsano que sufriría molestias e injurias por parte de su hermano. Luego, cuando sufrió esas injurias, estando conmovido y triste, José le animó, pues su sobrino, hijo del herma-

no que le había ofendido, vendría humildemente a pedirle perdón y ayuda. Todo ello ocurrió tal como lo había predicho José, ocho años más tarde.

Sobre su propia Congregación, José en el pasado anunció: “¡Oh, cuantos sufrimientos, cuántos desastres y miserias duraderas la agitarán! Casi se desmoronará, y estará a punto de desaparecer. Pero al final cesarán las contrariedades, y el Señor y la S. Virgen protegerán su Orden, y la aumentarán”. Se narran muchas cosas admirables de él. Algunas las hemos narrado de paso, así que añadiremos poco. Como el niño que fue golpeado por un maestro con un azote, y le sacó un ojo. José acudió inmediatamente y con su propia mano lo volvió a poner en su sitio.

13. Nuestro V. P. José también tenía el singular don de la profecía, porque la Sra. Laura Gaetana y Hortensia su hija, que era la esposa del mencionado Sr. Francisco Biscia, viendo tanto su esposa como su suegra que el Sr. Francisco quería en Semana Santa ir a un determinado lugar o tierra, y ellas tenían que seguirle allí a regañadientes en los días santos, fueron juntas a S. Pantaleo a ver al V. P. José, y le rogaron que disuadiera al Sr. Francisco de este viaje, a lo que respondió: “Tengan paciencia; vayan, vayan, se va a morir”. Fueron, y aunque el Sr. Francisco estaba sano y sano el día de Pascua, de repente le vinieron tales dolores que le quitaron la vida como había predicho el V. P. José. Y además de haber predicho al Card. Ludovisi, Arzobispo de Bolonia, el Papado, que fue Gregorio XV como se ha dicho, sucedió lo mismo con Mons. Julio Rospigliosi, a quien predijo cuando salió de Roma como Nuncio en España que se quedaría seis años en ella, y luego regresaría a Roma, sería nombrado Cardenal, e incluso algo más, y sólo le rogó que luego se acordara de las pobres Escuelas Pías. Y así sucedió, porque Mons. Rospigliosi después de su regreso de España fue nombrado cardenal por el Papa Alejandro VII, a quien pronto sucedió en el Pontificado, y se llamó Clemente IX. Y él restableció la Religión de nuestras Escuelas Pías con todas las gracias y privilegios como habían sido otorgados por Gregorio XV, habiendo sido la Religión destruida por Inocencio X en 1646, sometida a cada obispo ordinario de los lugares donde se encontraba nuestra Religión.

Predijo igualmente a monseñor Cesare Fachinetti que iría a España como Nuncio, donde estaría poco tiempo, y que de vuelta a Roma sería nombrado cardenal, como sucedió con el título de Santi Quattro Coronati.

Habiendo ocurrido la muerte de Urbano VIII, nuestro V. P. José fue preguntado por el P. Pier Luca di S. Michele, romano, de las Escuelas Pías, quién le sucedería en el Pontificado, y él respondió que la paloma sucedería a las abejas, y en efecto, fue elegido el Cardenal Pamphili, que tenía como armas la paloma con la rama de olivo en el pico, y su nombre fue Inocencio X. Urbano VIII tenía tres abejas en las de su familia.

Un canónigo de Polonia llegó a Roma con otro personaje y caballero, por su devoción. Sucedió que dicho caballero enfermó seriamente, y desahuciado por los médicos, recurrió dicho canónigo al V. P. José para que orara a Dios para que ese caballero pudiera regresar a su patria sano y salvo. El V. P. José respondió que oraría al Señor Dios por ello. Al día siguiente dijo al canónigo que había hecho oración y que no dudase, que recuperaría la salud. El canónigo creyó a ciencia cierta lo que el V. P. le dijo, y añadió que dicho caballero era señor de un gran estado en Polonia, pero que no tenía herederos, y al no tener sucesión, algunos parientes heréticos le sucederían como herederos, y que, por lo tanto, orase a Dios para que le diera la sucesión en su esposa. Le respondió el siervo de Dios que haría oración. El canónigo regresó junto al enfermo y lo encontró sano, y ambos volvieron a ver al V. P. José para despedirse pidiendo su bendición. Él les dijo: “Vayan con la bendición de Dios, para que vuelvan con salud a su hogar”. Y dirigiéndose al caballero le dijo: “Nuestro Señor os dará un hijo y será grato a S. D .M, y si vive con temor de Dios, tendrá el segundo y el tercero”. Sucedió en su tiempo como había sido predicho por el V. P. José fundador, y el canónigo depuso todo el caso bajo juramento.

Un día un fantástico incendio se desató en la casa de San Pantaleo en Roma por la noche, y todo el mundo temía que iba a quemarse todo, menos nuestro V. P. José, que, conociendo la verdad del hecho, con una boca sonriente mandó al P. Juan Castilla, su íntimo compañero, que fuera inmediatamente a hacer la señal de la cruz al fuego, y al hacerla cesó, por lo que se supo que había sido invención del diablo para inquietar la casa aquella noche.

14. Debido a que el Señor trata como amigos y no como siervos a sus fieles, no es de extrañar que luego les comunique como a queridos amigos los arcanos más ocultos de su corazón, otorgándoles la luz profética de prever lo que en el tiempo futuro ha dispuesto hacer su infalible Providencia. Y como a su fiel y querido amigo enriqueció

a nuestro Padre con este espíritu. Era común decir de sus religiosos que había que ser muy cautelosos, porque tenían un superior que, aunque viejo, veía muy bien de lejos, y que sabía lo que hacían o decían por la ciudad. Y decían esto porque al regresar a casa a recibir la bendición del superior, les alababa o reprendía por lo que habían hecho de bien o de mal. Una vez entre otras, habiendo ido dos legos con un borriquillo a pedir limosna, este se equivocó de camino, y el religioso indignado lo golpeó con demasiada ira y furia. Al volver a los pies del Padre para pedir la bendición, inmediatamente se sintió reprender suavemente, sorprendido que hubiera sabido lo que había hecho a muchos kilómetros de distancia.

A Julia Miranda, una mujer rica y noble en un tiempo, pero luego reducida a una pobreza miserable, el Siervo de Dios le ayudó con limosna secreta y abundante, pero desconfiando la mujer de recibir esta ayuda diaria, le predijo claramente que antes de dejar él esta vida el Señor le proveería del sustento diario. Y así sucedió, porque sólo dos días antes de su muerte se le asignó como limosina concedida por los Auditores de la Rota una asignación de pan y vino todos los días, y un escudo al mes.

A la señora Laura Cayetana, noble dama romana, que estaba ansiosa por saber algo nuevo sobre uno de sus hijos, que estaba en la guerra, le animaba a tener ánimo, que pronto volvería sano su hijo, como sucedió. También el Padre le había predicho que el yerno no saldría de casa, como dudaba, y sucedió que solo ocho días después murió de apoplejía antes de poder partir, conforme lo había pronosticado. En la misma casa predijo y obtuvo la salud a un niño nieto de la dicha dama, de nombre Bernardino, que ya había sido desahuciado por los médicos.

Dos religiosos genoveses de su Orden a deseaban mucho volver a ver su patria. Él les negó la licencia, pero luego a petición de algunos cardenales se la concedió. Sin embargo, escribió al Rector de su convento en Génova estas palabras: “Estos dos religiosos nuestros van a esa ciudad, donde su voluntad terminará con sus vidas, porque ni siquiera han aprendido a ser obedientes en la Religión”. Y así sucedió, porque en poco tiempo murieron uno tras otro.

Un Padre sacerdote de su Orden había venido sin su licencia a Roma, pero antes de entrar envió a una persona para pedir perdón al Padre por esa desobediencia suya, y él a la persona que había venido a pedirselo, le dijo: “Que venga, que le perdono, pero no sé si el

Señor le perdonará, y que sepa con certeza que antes de venir a casa recibirá el castigo por esta falta suya”. Entró en la ciudad, y conseguido el perdón, cayó desgraciadamente del caballo y se rompió una rodilla, por lo que sufrió dolores muy graves.

Un tal Padre Diomedes, religioso suyo, quería ir a Nápoles su patria para ver a los suyos. El Padre le negó el permiso, y él puso por medio un Cardenal, que le obligó a concedérselo. Pero cuando le pidió la bendición para salir, le dijo: “Vaya, pero sepa que no llevará consuelo a sus padres como piensa, sino una gran aflicción por su culpa”. Y así fue, porque al regresar a la patria en pocos días murió con gran dolor y disgusto de sus familiares.

Lo mismo hizo con tal Juan Bautista, que dejó el hábito de la Religión para ayudar a sus hermanas que habían quedado solteras, porque le dijo: “Vayan pues, como quiere, y deje el camino comenzado, que no por esto será de ayuda, sino de muchas molestias para sus hermanas”. Y así fue, porque aquel mezquino, al pasar de la estrechez de la vida religiosa a la anchura del siglo, se dio con todas las ganas a una vida tan deshonesta y libre que disipó todas las posesiones y murió después de dos años, dejando a las hermanas muy pobres y desprovistas de cualquier ayuda humana.

El P. Domingo Manuel había conseguido permiso del Visitador Apostólico que fue el primero en perseguir al Padre para ir a un pueblo cercano, y vino a despedirse de su P. General. Este, como si leyera en los Divinos Decretos las cosas por venir, le dijo: “Irás, pero en poco tiempo caerás enfermo, y cuando regreses a Roma no me encontrarás vivo”. Todo esto sucedió como él predijo; el religioso fue al lugar determinado y tan pronto como llegó allí, cayó enfermo, y no pudo regresar a Roma hasta después de la muerte del Siervo de Dios. Otros tres sacerdotes de su Orden le pidieron permiso para venir a Roma en el año 1625 para el Año Santo, y él concedió licencia al P. Pedro de la Natividad y al P. Pablo de Módena, y la negó al P. Francisco de la Purificación, escribiéndole que tendría tiempo de venir en el futuro Año Santo. Este Padre tenía entonces 40 años, por lo que le pareció inapropiado lo que el P. José le había dicho. Pero así sucedió, porque los dos primeros regresaron del Año Santo y poco después murieron, pero el tercero sobrevivió mucho tiempo, de modo que el año 1650 fue a Roma para hacerlo, cumpliendo la predicción del Siervo de Dios. A un sacerdote español, que había venido a pretender un beneficio en esta Corte, y desesperado por tenerlo quiso marcharse al ente-

rarse de que uno de sus hermanos estaba enfermo, le predijo el éxito del negocio y que su hermano recuperaría la salud, exhortándole a no marcharse hasta obtener lo que anhelaba, y todo fue como le dijo el Siervo de Dios.

También le pronosticó a Sebastiano Previsano ocho años antes que sucederían infortunios a él y a su hermano.

Cuán eficaces eran sus oraciones bien puede saberse por los efectos. Y no hablo solo de los que causaba el amor divino en su alma, que muy a menudo eran tales que le hacían estar fuera de sí mismo, y con una cara tan iluminada que bien daba a conocer las llamas que ardían en su corazón, sino también de las gracias que por medio de ellas obtenía para sus hijos y devotos. El P. Lorenzo de la Anunciación, religioso suyo, estaba gravemente enfermo, y considerando grave su enfermedad los médicos, pidió que lo encomendaran al P. José, y él le respondió que no dudara, porque él no quería que muriese. Fue a visitarlos, le hizo la señal de la cruz en la frente, le leyó el evangelio de San Juan, y le dijo: “Quiero que sane, y me sirva en la Religión”. Y eso fue suficiente para que a partir de esa hora mejorase, y cuatro días después se levantara de la cama. Lo mismo hizo con otro hermano lego de la misma Religión llamado Carlos de la Pasión, a quien no sólo le devolvió la salud, sino que le predijo doce años de vida.

También al Sr. Cosme Vannucci, limosnero del Papa, le predijo que poco después de su muerte le seguiría a la otra vida; y así sucedieron las cosas, porque solo 55 días después de la muerte del Padre siguió la de Vannucci.

Lo mismo hizo con el P. Francisco de San Peregrino, que estaba abrumado con una larguísima enfermedad y los sufrimientos que le ocasionaba, y los que hacía sufrir por esta causa a sus religiosos, y le pidió por carta al P. General que la consiguiera del Señor el ser liberado de este valle de lágrimas, a lo que respondió el Siervo de Dios que se preparara porque ya había obtenido la gracia, y tan pronto como recibió la respuesta procuró recibir los últimos sacramentos, e inmediatamente después de recibirlos, murió.

Pedro Poli quería convertirse en religioso teatino, pero el Padre le dijo que no era esta voluntad de Dios, sino que él permaneciera en el siglo, y que estaba seguro de que, si tomaba ese hábito sagrado, lo dejaría poco después. Y he aquí que no pasaron muchos meses cuando murió un hermano suyo que dejó cinco hijos muy pequeños, a los que tuvo que recibir en su casa y educarlos como si fueran sus propios hijos.

En tiempos de la guerra entre los Serenísimos de Florencia, Parma y otros potentados de Italia contra el Papa Urbano VIII, hablando él un día con el P. José Mansi de la Congregación del Oratorio de S. Felipe, este se quejaba de esos acontecimientos infelices, sospechando que esto sería en gran detrimento para la Iglesia, y la ruina del cristianismo. Pero él le aseguró diciendo que no dudara, porque, aunque algunos temían una gran ruina y creían que de esto se hablaba en la predicción hecha por el abad Joaquín, que al llegar al Papa Urbano dice, entre otras cosas, que el dragón devorará a las abejas, le aseguró que ese no era su significado, y que pronto todo se arreglaría en paz. Y así fue, porque pronto llegó la paz, y poco después de que Urbano muriera el 20 de julio, el día de Santa Margarita, explicó que ese era el dragón, que generalmente se pintaba a los pies de la santa, que con la muerte del Sumo Pontífice devoraba a las abejas de los Barberini.

Pero sobre todo fue maravillosa la que le hizo a Mateo Judischi, canónigo de la iglesia de Gniezno y archidiácono de Vladislavia en Pomerania. Este, para conocer de vista al Siervo de Dios, al que sólo conocía por su fama, llegó a Italia en compañía del Señor Cristóbal Jucinschi, castellano de Poznan y senador de Polonia, de 80 años, el año 1635. Llegaron a Padua, y de Padua fueron a Loreto. No confiando en pasar adelante el senador por la poca salud y por el peso de los años, envió al canónigo en su nombre a Roma para rogar al P. José que rogara a Dios por él, porque habiendo pasado unos años antes con toda su familia de la herejía a la fe católica, por lo que era muy odiado por los herejes, quería para el mantenimiento de la misma que su único hijo y heredero, que estaba casado con una dama noble y había tenido sólo hijas, tuviera ahora un varón para el mantenimiento de la familia y la fe en aquellos pueblos que eran de su dominio. Pero el humilde Siervo de Dios les respondió que no tenía devoción ni espíritu, y ni entonces ni al día siguiente pudo obtener una palabra de esperanza ni le prometió siquiera que rezaría al Señor. Pero regresó la tercera vez con un sacerdote y tanto le dijeron que prometió rezar al Señor junto con sus religiosos, y le invitó a venir a comer con él al tercer día, y vino. Mientras comían dijo el Padre estas palabras al canónigo: “Señor, nosotros, pobres y pecadores, hemos hecho oración por su asunto, y el Señor por su misericordia se ha dignado responder a nuestras súplicas, de modo que en nombre del mismo Señor le informo que el Señor Cristóbal

ya no está enfermo en Loreto, como lo dejó, sino sano y ya ha pasado a Bolonia, y antes de regresar a Polonia le avisarán que la nuera ha dado a luz a su casa un hijo varón, y también dará a luz al segundo, y al tercero si persevera en la fe católica y en el temor de Dios”. Con estas promesas el canónigo salió feliz de Roma, y encontró sano, como el Padre había dicho, al senador en Bolonia. Pasaron a Venecia y Padua, donde se detuvieron a esperar el tiempo fresco para volver a la patria el mes de septiembre. Según la promesa del Padre, recibieron el aviso del nacimiento de un niño, y luego nacieron también el segundo y tercer varón, como el Siervo de Dios había prometido al canónigo.

Al mismo Archidiácono, que le había encomendado la salud de su Arzobispo de Vladislavia, le dijo: “No lo dude, vivirá mucho tiempo, pues su Arzobispo pasará de ochenta años y será un gran Prelado en la Iglesia de Dios”. Y el evento le dio la razón, porque el Arzobispo vivió más de ochenta años, y pasó a ser Arzobispo Primado de Polonia. Estando entonces los Cardenales en cónclave para dar un sucesor a tan gran pontífice, siempre afirmó que el Cardenal Panfilí iba a ser elegido, con tal certeza que corriendo una voz por Roma, que decía que otro cardenal había sido elegido, él afirmó con toda seguridad que no era aquel, sino el Cardenal Juan Bautista Panfilí, como de hecho fue elegido, y tomó el nombre de Inocencio X.

Más hermoso es lo que le sucedió al P. Cosme de Jesús María, que fue General de su Religión. Siendo todavía joven en Palermo, después de haber hecho su profesión solemne en la casa de su Religión de las Escuelas Pías en esa ciudad, deseó ir a Roma, y escribió este deseo al P. José su Fundador y entonces General, que le negó entonces el permiso escribiéndole con espíritu profético estas palabras: “Todavía no está bien que abandones la patria; llegará el momento en que, como Abraham saldrás de tu familia y serás destinado a una gran multitud”. Y así sucedió, pues vino después de muchos años a Roma, y después de la muerte del Fundador fue elegido General de su Religión, y trabajó tanto por ella en compañía del P. Carlos de Santa Bárbara, Procurador de la Orden, ante la Santidad de Clemente IX, de santa y gloriosa memoria, que consiguió la restauración y reintegración de su Orden en Regular como antes, y que se confirmaran todos sus privilegios, gracias y exenciones concedidos por los papas precursores suyos; con lo cual comenzó a florecer de nuevo de una manera inmediata, y a extenderse por todas partes

con un crecimiento admirable en súbditos y casas, que a causa de la pasada tormenta estaban no poco deterioradas.

Hermoso y prodigioso, para terminar, fue el caso que narraremos. Teniendo que partir hacia Roma desde Palermo D. Francisco de Barra de Monte Negro, capitán de la infantería española en el Reino de Sicilia, le entregó el superior del convento de las Escuelas Pías una carta del Príncipe Ventimiglia para el P. José, para que al llegar a Roma lo entregase en sus propias mano, pues conteniendo asuntos de gran importancia, y él la dejó sobre una mesita de la habitación de D. Giovanni Rosa, amigo suyo y teólogo del Cardenal Cherubini, pues tenía que resolver ese día otros asuntos en esa ciudad. Luego regresó por la noche hacia el toque del Ave María a tomarla, pues tenía que salir al día siguiente. Leyó la dirección de la misma, y para su asombro vio que ya no iba dirigida al P. José, sino al Príncipe Ventimiglia. Creyó que era un error, así que a esa hora junto con el dicho D. Giovanni fueron a encontrar a aquel Padre Superior que se la había entregado. Dijeron que se trataba de un error, pero él lo negó. Le mostraron la carta, y vio que ya no iba dirigida al Padre en Roma, sino al Príncipe en Palermo, y lo más sorprendente es que reconoció la escritura del Padre. Entonces abrió la carta en presencia de ellos y de muchos otros, y encontraron que era la carta del P. José en respuesta a la que unas horas antes había entregada al capitán, respondiendo adecuadamente a lo que el Príncipe requería en la suya. Caso que hizo admirar a todos, y en particular al Señor Cardenal D'Oría entonces Arzobispo y a su Vicario, a quien fue llevada para que tomara sumaria y jurídica información.

Muchas otras maravillas obró el Señor a favor de su Siervo cuando aún vivía, dando la salud a muchos enfermos, a quienes marcaba con la cruz, u oraba por su salud; entre ellos al P. Miguel del Smo. Rosario, que estaba enfermo lejos de Roma con una grave enfermedad e informó al P. José con una carta, y en el mismo momento en que él recibió la carta, él recuperó la salud, y poco después recibió la respuesta de su Padre, en la que tratando sobre la salud recuperada le exhortaba a retomar con más fervor de vida espiritual sus ejercicios habituales de oración y estudio.

Hermoso entre los demás fue el caso que les sucedió hacia los años del Señor de 1620 a un tal P. Tomás y al H. Miguel de Luca su compañero, porque enviado el primero como superior a un lugar tomado en Moricone, a unas 20 millas de Roma, y no confiando en hacer tan

largo recorrido en ayunas, pidió al P. General un pequeño refresco para llevar en el camino. Quiso él entonces que aprendieran a confiar en la Divina Providencia, y ellos creyeron en su Padre, obedecieron y se pusieron en marcha sin ninguna provisión para el viaje. Después de hacer un gran trozo de camino, cansados por el caminar y el calor de la estación, fueron a refrescarse en una fuente que encontraron en el camino, necesitados incluso de un poco de sustento, y he aquí que encontraron la provisión preparada por el Señor, porque vieron al borde de la fuente una servilleta blanca y en ella precisamente dos panes blancos y grandes de sabor delicado. Dieron gracias al Señor e hicieron la colación que les habían enviado desde el cielo, y se dispusieron a seguir felices su viaje, después de aprender por tan noble experiencia a esperar en todas sus necesidades la ayuda de la Divina Providencia.

El año 1618 envió al Siervo de Dios al P. Pablo de su Religión con un hermano lego llamado F. Miguel da Luca a una casa fundada en un pueblo distante veinte millas de Roma; el Hermano le pidió al Padre algo para comer en el camino, pensando que no podrían recorrer tanto camino en ayunas. Sonrió a esto nuestro José, y para que probaran la delicadeza de la Divina Providencia, le dijo: “Id, no hay necesidad de llevar nada, porque el Señor proveerá”. Se fueron, aunque de mala gana, y después de recorrer una buena parte del camino, cuando ya estaba muy alto el sol, quisieron descansar y refrescarse deteniéndose cerca de una fuente situada fuera del camino, y al llegar encontraron tendida en el suelo una servilleta muy blanca, y sobre ella dos hermosos y sabrosos panes, y un frasco de vino delicioso, de modo que, dando gracias al Señor, con gran gusto comieron y se refrescaron a saciedad, y luego informaron al P. José de lo sucedido, el cual, no atribuyéndose nada a sí mismo, sólo les aconsejó que esperaran siempre en la Divina Providencia, que nunca falla a los que de verdadero corazón confían en ella.

También profetizó los sufrimientos de su Religión, y lo que tendría que pasar, incluso el peligro de ser suprimida, y el final feliz que por la intercesión de la Virgen Nuestra Protectora y Señora tendría, y el glorioso crecimiento que después de esas turbulencias el Señor le concedería; y finalmente su muerte, como en el próximo capítulo veremos.

Núcleo narrativo 10. Gracias obtenidas por medio de Calasanz, antes y después de su muerte

- A) *Con gran demostración de santidad se frecuenta su sepulcro con mucha devoción y con demostración de milagros, por los cuales a su tiempo se dará gloria a Dios, porque “mirabilis est in sanctis suis”.*

En vida

4. En vigésimo noveno, demostraré que el Siervo de Dios hizo en vida diversos milagros. Libró a poseídos por demonios, devolvió la salud a enfermos, dio consejos para ayudar a gente en sueños, e hizo otras cosas de las que hablarán testigos bien informados.

4.3. El milagro yo considero que es una operación superior a las fuerzas de la naturaleza, como sería decir una regresión de la privación al hábito, es decir, de la ceguera a la vista, y de la muerte a la vida o incluso una restitución instantánea de la salud, o cosas similares que trascienden la naturaleza y sus fuerzas, y que dicho Padre ha operado tanto en la vida como en la muerte. Me remito a lo que dije anteriormente. Y añado además que he oído decir a muchas personas que han visto operar a través de la intercesión del dicho Siervo de Dios maravillas similares a las que yo he narrado antes, y de quienes lo he oído decir me remito a lo que dije más arriba, de donde viene la fama común y la reputación pública de que dicho Siervo de Dios ha hecho milagros, y esta fama es común entre todas las personas que le han conocido, y contra esta fama no he oído nada en contra. Y por lo que he oído de los milagros, tienen

verdadera formalidad de milagros, que no se pueden atribuir a remedios medicinales.

11. Sería demasiado larga nuestra empresa si quisiéramos describir los milagros que Dios obró por medio de este siervo suyo, mientras vivía y después de muerto, con los que de manera continua demostraba su Divina Majestad lo acepto que le era. Se presentan algunos para dar satisfacción a quienes desean conocerlos, siempre con la sumisión y reverencia en todo lo que se cuenta, lo mismo que en lo descrito sobre sus profecías y en otros capítulos de su vida, pues queremos someternos a la verdad en todo lo que reconozca la Santa Madre Iglesia, a cuya comprobación nos referimos en todo lo que hemos narrado, pues nuestro deseo es no separarnos nunca en cualquier cosa que ella ordene. La mayor parte se ha tomado de lo que ha sido depuesto en los procesos hechos sobre su vida y después de su muerte, tal como aparece en los siguientes y anteriores hechos narrados.

Curaciones de religiosos

4.3. He oído a muchos que por la intercesión de dicho Padre se han realizado cosas maravillosas, tales como devolver la luz a los que no veían, sanar con la aplicación de su sotana, birrete u otras cosas a un enfermo de repente, y mientras él vivía, con la imposición de las manos y la recitación del evangelio haber devuelto la salud a personas desahuciadas por los médicos, como le sucedió al antes citado Padre Arcángel, por lo que me dijo, que estando enfermo, y desahuciado por los médicos, y en particular por el Sr. Belardino Castellani, el Padre General le dijo absolutamente que no moriría, le impuso las manos, y dijo el evangelio, como podrá decirlo él mismo, y a la mañana siguiente se levantó.

4.16. Que en vida haya hecho algún milagro no lo sé, sino lo que dije más arriba. Bien podría decir que por su intercesión recibió la salud cierto Padre laico, que era barbero, que estando enfermo de fiebre maligna y desahuciado por los médicos; pidió al Padre José una anchoa, ya que no podía comer. El padre José hizo traerla y la bendijo, y se la puso delante al enfermo, que la comió e inmediatamente comenzó a sentirse mejor, se quedó dormido, y siguió mejorando, y al tercer día comenzó a levantarse, y esto lo sé porque la

misma persona enferma estaba en la habitación donde yo pintaba, y vi todo el hecho, si bien yo, a decir la verdad, si es un milagro o no, lo dejo a los que tendrán que juzgarlo. Sé muy bien que los médicos lo habían desahuciado.

4.26. Creo que podría llamarse un milagro lo que voy a decir y que ocurrió en mi presencia. El Padre José estaba diciendo la misa en el oratorio de arriba, que estaba entonces frente a la enfermería, y entonces se oyó un gran grito de un padre genovés, Ignacio, que la noche anterior había caído de una escalera. Al golpearse la cabeza había perdido la palabra, y sólo de vez en cuando daba gritos continuos y aterradores. Al escucharlos el Padre, se detuvo un poco en la misa, y me preguntó qué gritos eran aquellos. Les conté brevemente el caso que había sucedido la noche anterior, y cómo el Sr. Cristóbal le había desahuciado. El Padre José dio un gemido y levantó los ojos al cielo, y en ese momento el Padre Ignacio dejó de gritar y el dolor cesó. Media hora después vino el cirujano y dijo: “¡Este se ha curado!”. Y se preguntaba con admiración cómo era esto. Se le informó sobre lo ocurrido durante la misa. El cirujano dijo entonces: “¡Esto es un gran milagro!”, como podrá informar el citado Don Cristóbal. En mi propia persona ocurrió un acto milagroso y es este. Estaba yo enfermo hacia 1642 o 1643 con una fiebre maligna, desahuciado por el Sr. Juan María Castellani, médico, preparándome para morir bien, y le pedí al P. General que me bendijera, y me respondió: “No morirás; quiero que te cures y vengas a servirme, que no tengo a nadie que me sirva”. Y de hecho me sentí como si hubiera resucitado, y a los dos días aproximadamente me levanté de la cama, y cuando volvió el Sr. Juan María Castellani, médico, después de la visita que me había hecho el Padre José me encontró sin fiebre, y me dijo “Está curado”.

También sucedió un hecho similar en la persona del Padre Castilla. Cuando el Padre Castilla era superior en Frascati cayó enfermo de muerte. El Sr. Jerónimo Pallitti, médico de la ciudad, y que medicaba a Paulo V cuando estaba en la villa, lo desahució. Nuestros Padres enviaron a llamar al Padre General con gran urgencia, que, si quería ver vivo al Padre Castilla, no tardara en ir a Frascati. El Padre General respondió que iría, pero se quedó dos días para unos asuntos, y cuando le enviaron mensajeros instando al Padre General, el Padre General respondió: “Digan a los Padres que el Padre Castilla esperará a que yo vaya”. Y dos días más tarde fue, y cuando llegó se encon-

tró con que no podía hablar por la gravedad del mal. Cuando llegó, le abrazó y le dijo: “Padre Castilla, no dude, que no morirá ahora”. Y de hecho mejoró, y dos o tres días más tarde si levantó de la cama, y esto lo sé por voz pública y fama que hay entre nosotros los Padres. El siguiente caso también ocurrió en la persona del mayordomo de Monseñor de Alezzano, que se llamaba Sr. Reginaldo da Todi. Estando enfermo en 1624, o 25, o 26, poco después o poco antes de que ocurriera el caso del padre Castilla. Estaba enfermo el Sr. Reginaldo en la casa de Monseñor en Borgo, y Monseñor envió a llamar al Padre General, que fue a visitar al Sr. Reginaldo porque estaba enfermo. El Padre General fue allí y encontró a los médicos, que estaban haciendo una consulta, según creo, y dijeron que tenían mucha fiebre. El Padre General tocó su muñeca y dijo que el Sr. Reginaldo no tenía fiebre, e insistiendo los médicos en que tenían mucha fiebre, e insistiendo igualmente el Padre General que no tenía nada de fiebre, los médicos de nuevo tomaron la muñeca del enfermo y realmente encontraron que estaba limpio de fiebre, y le dijeron: “¡Está curado!” Y el citado Reginaldo reconoció esto como una gracia de Dios por medio del Padre General, y así lo testificaba, como me lo testificó a mí mismo.

11. El señor Tomás Cocchetti fue a nuestra casa en San Pantaleo y vio al Padre General que estaba rezando al lado de la cama donde yacía un novicio enfermo, que parecía un cadáver. Con un gran susto del señor Cocchetti el Padre tomó luego el brazo izquierdo del enfermo y lo hizo sentar sobre la cama, y le dio de comer, estando él presente. Y al día siguiente el médico le dijo que lo había encontrado sin fiebre, y de hecho curado, y luego se levantó de la cama, atestando el médico que naturalmente no podía haber vivido. Esto ocurrió en tiempos de Gregorio XV.

El padre Ignacio, de Génova, se cayó una vez por las escaleras de San Pantaleo, y a causa de fuerte golpe que se dio, el médico Cristóbal lo desahució. Esto ocurrió por la tarde; a la mañana siguiente, mientras el Padre general decía la misa en el oratorio aquél gritaba a causa de los fuertes dolores, de modo que se le oía en el oratorio. Se detuvo el Padre y preguntó qué era aquello. El hermano Lorenzo, que le ayudaba, le contó lo que había ocurrido y que nuestro religioso estaba moribundo. Entonces el Padre dio un gemido y alzó los ojos al cielo. En ese mismo momento el P. Ignacio dejó de gritar, y se acabaron sus dolores. Al cabo de media hora vino el médico y

lo encontró sano, y se quedó sorprendidísimo, y se enteró de que lo había curado el Padre en el momento en que lo encomendó a Dios. El médico dijo que era un gran milagro.

Estando enfermo de fiebre maligna en 1642 el citado hermano Lorenzo, el médico Juan Bautista María Castellani ya lo había desahuciado, por lo que el enfermo se había puesto resignado en las manos de Dios. Fue a visitarle el Padre general, y él le pidió la bendición. El Padre le respondió: “Bendito sea, pero no morirá; yo quiero que se cure, y que venga a servirme, porque no tengo a nadie que me sirva”. Cuando oyó eso se sintió como si hubiera resucitado, y dos días después se levantó de la cama, y el médico, después de lo que había dicho el Padre cuando vino a curarlo, lo encontró sano de hecho, y le dijo: “Usted está curado”, con gran sorpresa suya, habiendo oído del enfermero lo que había dicho el Padre.

El padre Ángel de Santo Domingo, de nuestra Orden, enfermó, y el Padre general fue a verlo. Le leyó el evangelio, y a leer las palabras que dicen “imponen sus manos sobre ellos” etc., lo tocó diciéndole: “Eh, no dude, que ya no tendrá más fiebre”. Y así fue, porque inmediatamente se curó y se levantó de la cama.

El padre Juan Castilla, que fue al morir el Padre el segundo general de la Orden, siendo superior en Frascati enfermó mortalmente y ya había sido desahuciado por el sr. Jerónimo Pallotto, médico de Paulo V de feliz memoria. Los padres informaron al Padre fundador sobre el estado del padre rector, para que se complaciese en venir a visitarlo. Respondió el Padre: “Digan al padre Castilla que me espere”. Pasaron dos días, y ellos volvieron a enviar mensajeros. El Padre dejó pasar otros dos días, y después de cuatro días fue a Frascati, y lo encontró que ya no podía hablar, y abrazándolo le dio: “Padre Castilla, no dude, que no morirá ahora”. Así fue, porque sintiéndose confortado por aquella voz, a los dos días se levantó de la cama.

El padre Ángel de Santo Domingo, de nuestra Orden, enfermó, y el Padre General fue a verlo. Le leyó el evangelio, y al leer las palabras que dicen “imponen sus manos sobre ellos” etc., lo tocó diciéndole: “Eh, no dude, que ya no tendrá más fiebre”. Y así fue, porque inmediatamente se curó y se levantó de la cama.

12. El mismo Lorenzo de la Anunciación hacia el año 1642 había estado gravemente enfermo con fiebre, y el médico Juan María Castellani, viendo que no había remedio, le dijo que se preparara a bien morir. Al cual José, sin embargo, le dijo: “No morirás; quiero

que vivas por más tiempo, y me sirvas, pues necesito una persona que me ayude”. Con estas palabras Lorenzo sintió que le volvían las fuerzas, y comenzó a convalecer. Cuando volvió el médico, quedó sumamente admirado.

El Padre Ignacio de Génova se cayó de cabeza en la escalera, se golpeó en la nuca y perdió el habla. Luego aullaba, y estaba desahuciado por los médicos. Mientras estaba rezando, José oyó aquellos lamentos, y, conmovido, preguntó qué pasaba. Lorenzo de la Anunciación se lo explicó. Suspiró, y elevó los ojos al cielo, orando. Ya no se oyó gritar más al herido, el cual dejó de sentir dolor y se curó. Cuando vino el quirurgo media hora más tarde, lo encontró sano, cuando el día anterior desesperaba por su vida.

El P. Castilla, que administraba la casa de Frascati, enfermó con fiebre, y era tan grave la enfermedad que el médico del Papa Paulo, Jerónimo Pallotti, lo desahució. Los Padres enviaron un mensajero a Roma, avisando a José que, si quería ver vivo al enfermo, fuera sin demora a Frascati. Como al cabo de dos días no había ido, le enviaron otra carta apremiante, pidiéndole que viniera pronto, pues el enfermo estaba para morir. Entonces José respondió lo siguiente: “Diga a los Padres que el enfermo esperará”. Y dos días después llegó, y encontró muy grave al enfermo, que ya no podía hablar. Lo abrazó y le dijo: “No morirás, pronto estarás bien”. Y tres días después se levantó de la cama.

El P. Miguel del Santísimo Rosario estaba enfermo desde hacía mucho tiempo fuera de Roma. Advirtiendo la enfermedad, el P. José en una carta le anunció que curaría. Inmediatamente después que le entregaron la carta, y que José rezó por él, se curó. Al cabo de un tiempo escribió una carta en la que decía al hombre de Dios que estaba convaleciendo de su enfermedad, y él le exhortó a que a partir de hora viviera una vida más santa. Atestigua Miguel lo que ocurrió en aquella enfermedad, y mostraba sus cartas autógrafas.

13. El P. Melchor de Todos los Santos, siciliano, estaba gravemente enfermo en Roma. Fue Mons. Bernardino Castellani a S. Pantaleo para preguntar cómo estaba el enfermo y el portero le dijo que estaba moribundo, pero no fiándose del portero, envió a su sirviente al V. P. José para conocer mejor su estado, estimando que le diría la verdad. Así que fue a preguntar al V. Padre de parte del dicho Prelado como se encontraba el enfermo, y él le respondió: “Diga a monseñor que el P. Melchor está bien”. Pero el médico, que estaba

presente allí, dijo entonces: “El P. Melchor está a punto de morir ¿y V. P. dice que está bien?” El V. Padre respondió: “Vaya en buena hora, y diga a Monseñor que el P. Melchor está bien”. Y así fue, porque poco más tarde el P. Melchor se quedó dormido un poco. Le pareció como en un sueño que, al caer de una gran roca a un gran precipicio, nuestro V. P. José vivo se le apareció y le detuvo diciéndole: “Deténgase, no quiero que muera por ahora”. Y así se curó rápidamente y levantado se arrodilló para dar gracias a Dios por el beneficio que había recibido. Después de eso, fue a visitarlo en persona el mismo V. Padre, y queriendo darle las gracias y contarle el hecho, le ordenó que se callara, y que no hablara más, no queriendo que revelara lo que Dios había obrado por medio de él.

14. En otras ocasiones con su orden de obediencia expulsó fiebres y dolores de los cuerpos de sus súbditos, como diremos a continuación. El P. Ignacio, genovés, había caído miserablemente en la escalera del convento y se hizo tanto daño en la cabeza que perdió la palabra, y desahuciado por los médicos no daba más señales de vida que algunos fuertes suspiros que de vez en cuando lanzaba. Al ruido de los Padres que acudieron, se turbó el P. José, que estaba orando, y preguntó qué pasaba. Cuando oyó la desgracia de este Padre, al que amaba mucho, conmovido con suspiros y lágrimas, se puso a rezar por él, y antes de terminar la oración se le pasó el dolor y volvió sus tareas, de modo que el moribundo estaba sano, y cuando vinieron los cirujanos media hora más tarde lo encontraron completamente sano, y con las heridas curadas.

El P. Castilla, confesor del Siervo de Dios, cayó enfermo en el convento de Frascati, y como el mal era grave, les pareció bien a los Padres llamar al Siervo de Dios, pero él a esta primera advertencia no se movió. Más aún: al oír que el famoso Pallotto, médico de Paulo V, le había desahuciado, no partió hacia Frascati, a pesar de que quería mucho a ese Padre. Empeoró tanto la enfermedad que dos días más tarde el enfermo recibió todos los sacramentos y entró en agonía. Escribieron entonces súplicas ardientes al Padre para que viniera, diciéndole en qué estado se encontraba. Entonces él les respondió por boca del mensajero que había traído la carta: “Diga a los Padres que no hay prisa, que el enfermo me esperará”. Y estuvo dos días más sin ir; al tercer día fue a verle, y lo encontró no solo desahuciado por los médicos, sino que ya había perdido la palabra, y estaba como dando el último aliento. Le dio un fuerte abrazo y le

dijo: “No morirá, de hecho, pronto estará sano”. E inmediatamente después de abrazarlo comenzó a mejorar el enfermo, y en apenas tres días se levantó de la cama sano.

Curaciones en la familia Piantanidi

4.11. No le he conocido; he oído hablar a algunos niños del Padre José, y al mismo Padre que hace tres o cuatro años aproximadamente un día estaba junto al catafalco del muerto al lado de la sacristía de la iglesia de San Pantaleo. Y estaba allí porque en la iglesia había tanta gente que no se podía estar allí, e incluso en la salita había mucha gente. Y había tantas personas allí porque querían tocar el cuerpo de dicho Padre José, y recibir un pedazo de su sotana, porque decían que era santo. Y esa fue la razón por la que me llevó mi padre, porque muchas personas le habían aconsejado que me llevase, porque había un Padre santo que hacía muchos milagros, y me llevó, y me hizo tocar el brazo donde yo tenía la herida sobre el cuerpo del dicho Padre José, y uno de esos Padres que estaban guardando el cadáver de dicho Padre le dio a mi padre un trozo del alba blanca y de la sotana negra, por caridad, y todavía los tengo en casa y los guardo, y antes de entonces no había visto a dicho Padre. He oído decir a muchísimas personas que el Padre José ha hecho muchos milagros en vida, e incluso después de la muerte. En qué personas los hizo no lo sé. Sé bien que a mí me hizo un gran milagro curándome este brazo izquierdo, que V. S. ve con estas cicatrices (secretario: todos vimos el brazo izquierdo, que estuvo herido y ahora tiene siete cicatrices en el codo; se anota por la verdad del hecho), que he tenido inútil durante más de cuatro años, que me dolía tanto, que me hacía aullar como un perro, y los quirurgos habían determinado cortármelo, y que en cuanto puse este brazo sobre el cuerpo del Padre José, que estaba muerto en una salita en San Pantaleo, al salir de dicha salita para ir a casa vi allí un montón de carruajes. Uno era de una cierta Señora Milia, y allí empecé a estirar el brazo, que durante muchos años no había podido estirar ni encojer, y los quirurgos dijeron que estaba paralizado. Le voy a contar a V. S. cómo empezó lo de este brazo.

Yo estaba un día en mi casa en compañía de un niño, que era cojo, y no recuerdo su nombre, pero él tenía catorce años, y era mayor que yo y estábamos jugando. Se enfadó, y para hacerme daño me agarró

el brazo y me golpeó contra la esquina de una caja que había en la habitación junto a la ventana. Chillé y me fui a mi madre llorando por el mal que me había hecho en el brazo. Ella me gritó, y me parece que me dio una bofetada, diciéndome “siempre está armando jaleo”. Después me siguió doliendo el brazo, pero no le dije nada a mi madre, temiendo que volviera a pegarme. Y así aguanté el dolor durante mucho tiempo, casi dos semanas. Cuando Alejandro mi hermano regresó de la guerra me agarró para abrazarme, y tomándome por este brazo, por el gran dolor que sentí chillé, y mi madre vino y alzando mi manga vio que estaba muy rojo. Por la noche, al desnudarme, mi madre me quitó la camisa, que se me había pegado al codo, y me puso unguento de mucílago para curarme. Al cabo de cinco o seis noches se rompió la corteza, y salió pus. Continuó medicándome durante mucho tiempo, y como no sanaba, mi padre me llevó al hospital del Espíritu Santo al Sr. Josafat, quien me medicó por un espacio de un año más o menos. Como no mejoraba, se decidió mi padre a llevarme al Sr. Quintilio, médico, mi padrino de bautismo. Antes de llevarme a él, me llevó al Sr. Nicolás, quirurgo del hospital de Santiago de los Incurables. Cundo este señor vio mi lлага dijo que era incurable, y por eso no quería tratarme, y entonces mi padre me llevó al Sr. Quintilio, que me envió al señor Juan Truglio, quirurgo, que me medicó durante mucho tiempo, pero sin fruto. Vino después otro quirurgo, que decían que era muy bueno, y dijo que en ocho días me curaría, e hizo un trato con mi padre para pagarle una cantidad por las medicinas. Comenzó a medicarme y en poco tiempo me empeoró mucho, porque se me hinchó el brazo y me dolía mucho. Al darse cuenta mi padre de que iba peor, lo despidió, y ya no quiso que me medicara más.

Después mi padre fue a ver al Sr. Quintilio mi padrino, y con el Sr. Juan Truglio y otros que me habían medicado, y otros que me habían visto, hicieron una reunión, y decidieron que, para curarme, de modo que el mal no pasara más allá, no había otro remedio que cortarme el brazo, y querían hacerlo. Decían que no me daría cuenta cuando me lo cortaran, porque el brazo estaba insensible. No podía moverlo en el codo, ni encogerlo ni estirarlo. Mi padre intentó muchas veces estirarlo, agarrando con una mano mi muñeca, y con la otra el brazo, con tanta fuerza como si quisiera romper un bastón, pero nunca pudo moverlo, y lo único que hacía era producirme un dolor de muerte. Cuando mi padre oyó que tenían que cortarme el

brazo, no tuvo ánimo suficiente para aplicarme este remedio tan cruel. Dijo: “Prefiero que mi hijo muera antes que verlo sin un brazo”. Mi madre de vez en cuando me hacía unos unguentos, con unas rosas benditas del Rosario, y una palma bendita, y agua bendita, y un poco de vino bueno, y con esto me lavaba el brazo, pero esto no me producía ningún beneficio.

Sucedió entonces que un día vimos a mucha gente yendo y viniendo de San Pantaleo, y algunos que conocían a mi padre, y sabían que tenía un hijo con un mal incurable, dijeron a mi padre y a mi madre que me llevaran a San Pantaleo, donde había muerto un Padre santo que hacía muchos milagros. Cuando se fueron las personas a las que servía mi padre en el restaurante, me llevó a S. Pantaleo, donde había una gran cantidad de gente. Entramos en la iglesia, para ir a la sacristía, a la salita donde estaba el Padre muerto. En medio de la gran multitud, mi padre me tomó en brazos, y me llevó a dicha habitación, y mi padre rogó a uno de esos Padres que estaban allí que nos hiciera el favor de poder tocar con mi brazo el cuerpo del Padre, y que le diera alguna reliquia del Padre. El Padre nos dio dos trocitos del hábito del Padre, y yo toqué su brazo, y le besé el hábito. Mi padre me sacó, y cuando estábamos fuera de la iglesia, me puso esos trocitos del hábito del Padre santo en este brazo enfermo, y nos fuimos a casa. Cuando estábamos frente a la carroza de la señora Milia, como dije, comencé a estirar un poco brazo, y se lo dije a mi padre con gozo. Y poco después al llegar a casa lo estiraba mejor. Mi madre siguió poniéndome esos trocitos de hábito sobre el mal, y quedé curado. Al ver esto los médicos y quirurgos quedaron muy asombrados y dijeron que esto es un gran milagro. Siguió a mi madre, por consejo de un quirurgo, poniéndome un parche para deshinchar el brazo, que tanto tiempo había utilizado sin resultado, pero luego, poniendo el mismo parche con los trocitos del hábito del Padre santo, produjo el resultado que V.S. ha visto.

4.20. He oído que el Padre José hizo milagros en vida, y puedo decirlo porque a mí me obtuvo las gracias infrascritas. Una fue: Tengo una hija llamada Jerónima Piantanida, que había tenido durante más de un año y casi dos enfermos los ojos y no podía ver la luz. Yo conocía la fama del Siervo de Dios, conforme dije anteriormente, y le llevé a Jerónima mi hija, para que el Padre José tocara con sus manos los ojos de mi hija, que hasta la edad de siete años entraba en la casa de las escuelas pías, y el Padre José le hacía la señal de la

cruz con su mano. Y con la ayuda del Señor, no viendo nada recuperó la vista por la intercesión del Padre José, y después de los siete años, recuperada la vista, la mandé a la escuela, que fue en el año 1644 o 1645, y allí andaba las fiestas, y hoy tiene 15 años, y ve muy bien, y lee, y hace otras tareas cuando hace falta.

Mi esposo Félix Pantanidi estaba enfermo de retención de orina. Llamé al Sr. Belardino Missorio, y al Sr. Juan. Truglia, y al Sr. Cino-lio Baccio para que lo curaran. Pero con todos los remedios que le aplicaron no consiguieron hacerle orinar, de hecho, lo desahuciaron y me dijeron que le hiciera confesar y comulgar, y que hiciera testamento, y arreglara sus cosas, porque no tenía cura. Vino también otro médico, así que ya no había esperanza en la ayuda humana. Acudí al Padre José, después de haber estado diez días sin orinar. Lo llevé en un carruaje a tomar agua de acedera, y tampoco funcionó. En el camino de regreso lo llevé a San Pantaleo al Padre José, y al llegar subió las escaleras, y se arrodilló a los pies del Padre José, quien puso su mano en su cabeza diciendo una oración, y le dijo con mucho ánimo: “Hagamos oración, que a donde no llegamos, nos ayuda Dios”. Y se fue, y vino a casa, que estábamos en Tordinona, y se quedó allí dos o tres días, y luego con la ayuda de Dios, por intercesión del Padre, comenzó a orinar, y los médicos dijeron que moriría incluso aunque orinara, y esto me lo decían tanto el Sr. Belardino Missorio, como el Sr. Truglia y también el Sr. Troti. Y cuando mi esposo curó, como he dicho, el Padre José le dijo: “Sea bueno en el futuro, que por esto el Señor le hará la gracia y no morirá”. Y todo esto me lo contó mi esposo, que luego se curó y vivió cinco años más, sin sufrir más.

En cuanto a mi marido, además de lo que dije de la enfermedad de la orina de la que fue curado, el mismo día que estaba en el catafalco de la iglesia, le dije al padre Castilla que mi marido estaba sufriendo de podagra. El Padre me contestó: “Tráelo aquí al cuerpo del Padre José, que espero le cure de todo mal”. Y así lo hice, pues apoyándose en un bastón le hice subir a un carruaje y fue a San Pantaleo, donde me dijo que había entrado con mucha dificultad, a causa la gran multitud de gente que había allí. Se acercó al cuerpo, que poco después lo sacaron de la iglesia, y le dieron un trozo del hábito y de la camisa de dicho Padre, y me dijo que había besado y tocado el cuerpo del Padre José, y un rato más tarde regresó a casa sin apoyarse en el bastón, y subió las escaleras sin ayuda, todo por la intervención de dicho Padre, a quien con gran fe se había encomendado. Des-

de que lo he conocido como dije anteriormente, siempre he oído nombrarlo como un gran siervo de Dios, y después de su muerte la devoción a dicho Padre ha crecido más que nunca.

El Padre José hizo milagros mientras vivía. Yo tengo un hijo llamado Francisco Domingo Felipe Piantanidi, a quien tocándole los pies, como suele hacerse a los niños pequeños, me di cuenta de que el niño comenzaba a caminar con los pies torcidos, pues en lugar de caminar sobre las plantas, caminaba sobre los bordes. Y como yo tenía una fe viva, creía que, si el Padre José veía a este niño y rezaba por él, recibiría la gracia. Yo, animada por esta esperanza, lo llevé a San Pantaleo, en brazos de mi criado, o de una muchacha que tenía en casa, no lo recuerdo bien. Pedí que llamaran al Padre José, y me respondieron que no podía bajar, pues tenía un pie un poco hinchado, pero los Padres me hicieron la caridad de llevarlo a la habitación del Padre José, y de rogarle a petición mía que tocara los pies de mi niño, cosa que los Padres prometieron hacer. Lo llevaron al Padre, y luego me lo devolvieron, diciéndome que el Padre José había puesto a mi hijo de pie sobre una mesita, y le había tocado los pies, frotándolos con sus manos, y luego había orado, en presencia de varios Padres, y en particular del Padre José, cuñado del Sr. Juan Bautista Foschi. Cuando me dijeron que el Padre José había tocado a mi hijo, me sentí reconfortada. Volví a casa y les dije a todos en casa, y en particular a los jóvenes de la oficina de la caridad de Tordinona, donde mi marido era jefe notario, que tenía esperanza segura de que mi hijo se curaría. Y, en efecto, así ocurrió, pues cuatro días más tarde, mientras vestía a mi hijo, vi que ya no ponía los pies torcidos, sino que los ponía planos en el suelo. Le hicimos un par de zapatos, no como los de antes, que debían servir a un cojo, sino para pies normales, y comenzó a caminar inmediatamente bien, como si nunca hubiera tenido mal. De hecho, yo creo mi hijo sanó el mismo día, pero no me di cuenta, porque le ponían siempre los zapatos hechos para los pies deformes, pues por la mañana no siempre lo vestía yo, sino que a veces le vestía el criado, otras veces el padre, y otras veces una muchacha que teníamos, que no se dieron cuenta, o porque no estaban atentos, o porque no habían notado la gran bondad del Padre José como yo había hecho, y tal vez no tenían ninguna esperanza de que aquella deformidad pudiera curarse. Pero cuando yo le vestí me di cuenta de que el niño estaba curado, y siendo aquel el día de los Santos Justo y Pastor, que en San Pantaleo

se celebra como fiesta, fui, e informé de ello a los Padres, y luego les envié el niño, y les envié el exvoto, aproximadamente un año antes de que el Padre José muriera.

4.27. Sé que el Padre José hizo milagros en la vida, y poco antes de su muerte le trajeron un niño del Sr. Félix Piantanidi, que tenía unos tres años, que tenía una pierna torcida, rogando al Padre José que quisiera encomendarlo al Señor, como lo hizo el Padre José. Le tocó la pierna y la enderezó, y dos o tres días después estaba curado. Y lo sé por haberlo visto, cuando tenía la pierna torcida y después, cuando estaba curado.

5. Uno de nuestros padres le llevó y le puso sobre la cama una criatura de unos tres años, y le dijo: “Padre, la señora Victoria Piantanidi se encomienda a las oraciones de vuestra paternidad, y esta criatura es su hijo, que arrastra una pierna, y no se puede sostener sobre ella. Por caridad, haga el signo de la cruz sobre ella”. Nuestro santo viejo obedeció, y de pronto se curó, con la pierna firme, y se fue a casa con su madre sin sufrir ya más, y ahora que es ya joven, está perfectamente.

11. Dominga Victoria tenía una hija llamada Jerónima Piantanidi que tenía una enfermedad en los ojos de modo que no veía la luz. La llevó al Padre y le rogó que la bendijese y le tocase los ojos con sus dedos, lo cual hizo el Padre e inmediatamente la niña vio, teniendo entonces unos siete años, y al llegar a los 15 todavía tenía buena vista. La misma dice que estando enfermo por retención de orina su marido Félix Piantanidi, ya habían ordenado que le dieran los santos sacramentos, y que hiciera testamento, y que se dispusiera a bien morir. Cuando ella vio eso, recurrió al Padre, y le pidió por caridad que le hiciera el favor de ir a ver a su marido moribundo. Fue al Padre, y puesto allí de rodillas ante el Padre, él le puso la mano sobre la cabeza diciendo: “Oremos a Dios, para que donde no llegamos nosotros nos ayude el Señor. Sé bueno en el futuro”. Inmediatamente el enfermo se sintió mejor, y de hecho curó, y eso que los médicos habían dicho que moriría, aunque fuese capaz de orinar. Eugenia, esposa de Pablo Humiltá, viendo que había abortado muchas veces, dijo al Padre que estaba muy afligida porque no podía llevar a término ningún hijo. El Padre General la signó con la cruz y le dijo: “Alégrese, que de ahora en adelante no perderá los hijos”. Y así ocurrió.

12. Félix Piantanidi apenas podía orinar durante diez días; cada día los médicos le aplicaban diversos remedios en vano, y le dijeron que, aunque consiguiera orinar, no viviría. Le llevaron en un carruaje a José, y prostrado de rodillas ante él, le pidió ayuda. El hombre de Dios, tras recitar las oraciones habituales, le dijo que enmendara sus costumbres, y que le ayudaría a recobrar su salud. Con esta esperanza volvió a casa, y dos o tres días más tarde se cumplió lo prometido: pudo orinar, y, contra la opinión de los médicos, se curó. Tenía un hijo que se llamaba Francisco Domingo Felipe Piantanidi, que tenía un pie torcido y cojeaba, y ningún remedio de los médicos podía arreglarlo. La madre lo envió a José, el cual, impedido por una inflamación del pie, no podía caminar, y estaba en su habitación. Llevaron allí el niño, lo pusieron sobre una mesa, y rezando a Dios por él, con la mano le frotó el pie y la pierna, y luego lo mandó a casa, donde el niño se puso firmemente de pie, y se le vio caminar de manera correcta, como si nunca antes hubiera tenido ese problema.

13. Victoria Gracchi, que tenía un hijo de dos años con un pie zambo y torcido, lo envió al V. P. José para que diera la bendición, con la esperanza de obtener su salud. El Padre lo bendijo y lo envió de vuelta a su madre sano y salvo.

14. Félix Piantanidi sufría retención de orina desde hacía diez días, y después de probar en vano todas las medicinas de los médicos, ya lo daban por muerto, pues decían que la retención estaba corrompida. Pero él recurrió al Siervo de Dios. Se hizo llevar en un carruaje a San Pantaleo y con gran fe se arrodilló ante el Padre y le pidió con lágrimas que le consiguiese de Dios la salud. El Padre, movido a compasión, le dijo que si le prometía la enmienda de las culpas pasadas recuperaría la salud. Lo prometió y después de una buena confesión mantuvo la promesa, y el Padre no tardó en cumplir su palabra, porque después de dos días orinó, y contra el pronóstico de los médicos se mantuvo sano.

Félix Piantanidi, estando clavado a la cama por el grave mal de la podagra, fue llevado a S. Pantaleo y se acercó con gran dificultad al cuerpo, y apoyándose en el catafalco oró al Señor para que le diera la salud por los méritos de su Siervo, y esto fue suficiente porque sin ayuda de nadie, y tirando el bastón en que se apoyaba, regresó sano caminando con sus propios pies a casa.

El mencionado Félix tenía un niño con un pie tan retorcido que no podía mantenerse erguido, y caminaba cojeando. Lo llevó al Padre, quien con un tumor en el pie estaba retenido en la habitación, y él, después de una breve oración, estiró el pie del niño con las manos y lo colocó sobre la mesa cercana. Lo hizo caminar derecho y lo devolvió sano al padre.

Curaciones en la familia Biscia

4.17. Sé, como he oído decir, que ha hecho muchos milagros en diferentes personas a las que no conozco. Pero sé bien lo que sucedió en mi casa el año 1628 o 1629, lo que escucharé. Enfermó de enfermedad mortal el Sr. Bernardino Biscia mi nieto, lo medicaban el Sr. Bernardino Missorio, y el Sr. Clemente Landí, y los dos médicos lo desahuciaron, pues tenía fiebre maligna y petequias, y el pulso intermitente. Dijeron de manera muy clara que solo le quedaban unas pocas horas de vida. Entonces, desesperada de la ayuda humana, recurrí a la ayuda de Dios e inmediatamente envié a llamar al padre José, que vino y fue recibido por mí, y por el Sra. Hortensia mi hija, la cual se arrodilló a sus pies, rogándole que no la abandonara en tal necesidad. Entonces el Padre la hizo levantar, y me dijo que lo llevara a la cama del enfermo, y después de verlo lo marcó con la señal de la Santa Cruz, le dijo el “en el principio”, y luego tocó sus muñecas. Me dijo: “Este ya no tiene fiebre”. Yo, asombrada por lo que me decía, respondí: “El médico me dijo que había vuelto la fiebre, con más fuerza”. Y el Padre respondió: “Os digo que ya no tiene fiebre”. Y también dijo que le diéramos de comer, aunque hacía muchos días que no había comido, y se mantenía con el destilado, y preguntándole él mismo al enfermo si quería comer, respondió que quería huevos rotos en caldo, y se lo trajeron, y se lo comió todo él solo después de que lo bendijera el Padre General. Y después de terminar de comer, el Padre General nos dijo que lo dejáramos descansar, que ya no tenía fiebre. Y esto fue alrededor de las veinte horas, y creo que fue en el mes de junio, y se quedó dormido inmediatamente después de comer. Y cuando despertó lo vieron los médicos, y lo encontraron sin fiebre y curado. Y en particular el Sr. Bernardino Missorio estaba muy admirado de cómo esta sanación podía haberse realizado tan repentinamente. Yo les conté lo que había sucedido con el Padre General. Entonces el Sr. Bernardino dijo: “Este Padre

General es un gran siervo de Dios; esta curación que ha recibido su señor nieto la llamo milagro”. Así mismo en mi propia persona me pasó en el año 1649, en el mes de agosto, que enfermé de fiebre maligna y petequias, flujo y vómitos, y al tenerlos los médicos me hicieron comulgar mediante viático, y me dijeron que pidiera la Extremaunción, pero el Sr. Bernardino Missorio, que me medicaba en compañía de los Sres. Tiberio Fonti y Silvestre Pasthumo, dijo que por esa noche podían esperar para darme la extremaunción, pero que no me dejaran sola sin la asistencia de algún sacerdote. A la mañana siguiente llegó el Padre Castilla con el bonete del Padre José, que pedí que me lo colocaran sobre el estómago, como hicieron, y de hecho me sentí consolada en el estómago y dejé de vomitar, que hasta entonces no había hecho más que vomitar, y me dieron no sé qué de comer, que lo retuve muy bien, e igualmente desaparecieron inmediatamente los dolores y poco después desapareció incluso la fiebre, y me curé, y el Sr. Bernardino con los otros médicos dijo que había sido milagro que me hubieran curado tan rápidamente a esta edad. Y ciertamente yo lo tengo por milagro de este Padre y todos se sorprendieron y decían “¡Milagro, milagro!”.

10. También han depuesto que el señor Bernardino Biscia, hijo de dichos ilustrísimos señores Francisco Biscia y Hortensia Caetani, estuvo en una enfermedad gravísima, desahuciado de los médicos, dejándole por muerto. Entonces los padres del moribundo enviaron a llamar al Padre José de la Madre de Dios. Fue luego el Santo Padre y halló a todos llorando, y que ya habían dado la orden para las cosas tocantes a su sepultura, y entró diciéndoles: *No es nada, no es nada*. Y llegándose al moribundo, le llamó por su nombre, y aquel joven que estaba tantas horas dejado como muerto, respondió al Santo Padre, el cual mandó que le diesen de comer, y antes de salirse del aposento, le dejó sano y libre de calentura, con admiración de todos. Y cuando murió el Padre José de la Madre de Dios, este Bernardino Biscia era un insigne prelado. Habiendo las dichas Ilustrísimas señoras depuesto otras muchas cosas y verdaderamente grandes acaecidas a sus mismas personas.

11. En el año 1629 enfermó mortalmente el señor Bernardino Biscia, nieto de la señora Laurea Gaetani, al cual atendían los médicos Bernardino Missorio y Clemente Landi, y ya lo daban por desahuciado a causa de la fiebre maligna, con petequias y pulso intermitente,

diciendo con toda seguridad: “no puede vivir”. Entonces aquella señora, desesperada de las ayudas humanas, mandó llamar al Padre General. Cuando vino se encontró con la señora Hortensia su hija, quien postrándose a sus pies le rogó que no la abandonase en aquella necesidad. El Padre la hizo levantar y le dijo que lo llevase hasta el enfermo, y cuando lo vio lo signó con la señal de la santa cruz y le dijo: “*En el principio la Palabra existía*”⁴², etc. Y poco después le tomó el pulso y dijo a aquellos señores: “No tiene fiebre”. Asombrados por lo que decía el Padre, le respondieron: “El médico nos ha dicho que tenía fiebre muy alta”. Dijo el Padre: “Y denle de comer”. Hacía ya muchos días que no había comido nada, y sólo se mantenía con algunos líquidos. Preguntándole él mismo al enfermo si quería comer, este respondió que quería un poco de huevos revueltos en caldo, cosa que le llevaron, y se lo comió todo por sí mismo. Después de comer y de darle la bendición, el Padre les dijo que lo dejaran reposar porque ya no tenía fiebre. Esto ocurrió hacia las 10 en el mes de julio. Se durmió inmediatamente, y cuando llegaron los médicos lo despertaron, y vieron que no tenía fiebre, y que estaba totalmente curado. El médico Missorio se quedó muy asombrado, y preguntándose cómo podía haberse producido una curación tan repentina, le contaron lo que había ocurrido con el Padre fundador de las Escuelas Pías. Entonces el señor Bernardino dijo: “Ese Padre General es un gran siervo de Dios, y yo considero esta salud recobrada como un gran milagro”.

12. Su nieto Bernardino Biscia estaba gravemente enfermo, y los médicos Bernardino Missorio y Clemente Lanti lo desahuciaron. Pero Laura y su hija Hortensia, madre del niño, fueron rápidamente a José y le rogaron que consiguiera del cielo la curación del enfermo. Él fue y le hizo la señal de la cruz, y tras recitarle el evangelio de Juan, dijo que estaba curado. Los médicos quedaron admirados de que hubiera salido de aquella enfermedad.

Mientras tanto Hortensia Biscia llevaba treinta días enferma. José le envió agua de San Pantaleo, y después de beberla, curó.

13. Bernardino Biscia, hijo de los señores Francisco et Hortensia Biscia, muy devotos de nuestro V. P. José, tenía una dolencia muy

grave, por la que le dejaron los médicos por muerto. Los padres del niño inmediatamente llamaron a nuestro V. P. José General para que lo visitara. Al entrar en la habitación del enfermo los encontró a todos tristes y llorando por la situación desesperada de su hijo, e inmediatamente dijo: “Estad alegres, que no hay mal”. Y llamando al moribundo por su nombre, rápidamente le respondió, y el V. P. José ordenó que inmediatamente le dieran de comer, cosa que hicieron, y antes de que nuestro V. P. General se fuera, el enfermo quedó perfectamente sano.

14. También a la señora Hortensia de Riccia Biscia predijo y obtuvo de mi padre Santo Domingo el día de su fiesta la salud. A la misma señora en otra de sus enfermedades le envió a decir que debía tocar la reliquia de San Pantaleón el día de dicho Santo para gozar de salud. Mientras estaba en esas angustias supo que una de sus devotas hija espiritual, la Sra. Hortensia Biscia estaba enferma y llevaba ya treinta días en cama sin esperanza de mejorar; y con esa caridad que siempre ardía en su pecho, se movió a compasión hacia ella y le envió la reliquia de San Pantaleón, y el agua bendecida con ella, diciéndole que bebiera un poco, y recuperaría la salud. Ella le obedeció e inmediatamente quedó sana.

Otras curaciones

4.3. Además, en mi presencia, siendo yo joven de diez y nueve años, su compañero visitó a una mujer esposa de un médico, que estaba en la Sapienza, es decir, pasado el callejón donde hoy está el guantero para venir a la tienda con puerta a la Piazza Navona, que si me llevaran hoy allí se la indicaría. Esta señora durante muchos meses sufría de melancolía, y estaba casi desesperada, estimando que el haber golpeado a una de sus hijas había sido la causa de su muerte, y no se encontraba ningún remedio para consolarla y hacer que se moviese y fuera a las iglesias. Llamaron al Padre, que subió, y encontraron a la mujer que se escondía, y la tranquilizaron poniéndole el Padre una cucharada de maná de San Nicolás, y luego dijo a dicha mujer que viniera sin falta a la iglesia de San Pantaleo, o a la mañana siguiente, o a la fiesta siguiente, lo que sucedió, y yo conocí a dicha mujer sin que sufriera más de tal enfermedad, cosa que siempre he estimado que se le concedió a través de la intercesión de dicho Padre.

Además, puedo decir que he oído decir a nuestros Padres y a más gente que el Sr. Félix de Totis tenía en casa una criada conocida por todos por su carácter libre, aunque no como endemoniada. El Sr. Félix había invitado un día a almorzar al Padre General. No habiendo ido aún a la casa el Padre General, y sin habérselo dicho a dicha criada, esta comenzó a hacer mucho ruido y a dar fuertes gritos, diciendo que esa mañana venía a la casa el mayor enemigo que tenía en el mundo. Al llegar el Padre General, la criada lo señaló como su enemigo, y se puso en fuga, por lo que se descubrió que estaba endemoniada, y el Padre General la liberó. Además, está la fama de que algunas quedaron liberadas junto a su ataúd.

4.6. Cuando mi marido estaba enfermo, y yo le hice llamar, y él vino, y yo le dije: “Padre General, santígüelo un poco”, y él le hizo la señal de la cruz y de inmediato comenzó a mejorar. Y también a mí me ocurrió que, estando enferma, para no incomodar al Padre fui a visitarlo a S. Pantaleo y les dije mi necesidad, y cuando me tocó ya no me sentí mal

Dije anteriormente que cuando mi esposo estaba enfermo, envié a llamar al Padre José de la Madre de Dios, y él vino con mucha caridad y le hice tocar a mi marido, y en cuanto le tocó, mejoró, y atribuyo esto a su bondad Y hacía lo mismo cuando enfermaban otros, y él con gran paciencia venía, y cuando les tocaba todos mejoraban. Una vez, el médico había desahuciado a mi marido, diciéndole que ya no había esperanza. Empezamos a llorar desesperados, y envié por el Padre José, y vino y le tocó, e inmediatamente comenzó a mejorar, después de haber hecho oración, y de pedirnos a nosotros que hiciéramos lo mismo.

4.24. He oído decir que el padre José en vida hizo algunos milagros, y esto lo he oído decir al Sr. Pablo Humiltà, barbero en San Pantaleo, y además me dijo en su casa que el dicho Padre había hecho muchos milagros con ocasión de que el Padre José iba a casa de dicho Pablo con motivo de algunos enfermos, pero no recuerdo cómo pasó. De hecho, si preguntan a dicho Pablo y a su esposa se lo explicarán todo. Recuerdo bien que la esposa de dicho Paolo Humiltà que se llama Eugenia, un día, según me dijo dicho Pablo su marido, después de haber tenido dos o tres abortos, se quejó al Padre José de que no podía dar a luz ningún hijo. Entonces el Padre José, marcándola con la señal de la cruz, le dijo “Alégrate, hija, que de aquí en adelante reten-

drás tus hijos”, como en efecto sucedió, y a partir de entonces todos los embarazos llegaron a término, y esto se lo oí contar al mencionado Pablo. (...) Recuerdo bien un milagro que me sucedió a mí mismo, y esto ocurrió cuando el Padre José estaba en su última enfermedad, de la que murió. Yo también estaba en cama por una caída y un golpe en una rodilla, que me tenía en cama con gran dolor, y no podía moverme de ninguna manera. Me dijeron que el Padre José estaba reducido al final de su vida. Sentí un gran disgusto, y mucho más por no haber ido a verle, pues era casi imposible ir allí por el gran dolor que sentía. Pero como me dijeron que el Padre se estaba yendo por horas, resolví salir, y apoyado llegué a su habitación. Con gran dolor me llevaron ante él, y me presentó al Padre José el Padre Castilla, quien le dijo que yo estaba allí con las palabras precisas “Padre José, aquí está nuestro Bevi Sano”. Al no poder verme, pues tenía los ojos cerrados, que ya nunca más los abrió, entonces le dije: “Padre General, no he venido a verle porque he estado, y estoy herido por una caída que he hecho, y un gran golpe en rodilla derecha”. Y al mismo tiempo, ayudado por el padre Castilla, le pedí que me hiciera la señal de la cruz en la rodilla, como lo hizo estirando su mano, que yo besé después de haberme marcado la rodilla, y mientras le sostenía su mano le dije que se acordaba de mí en el cielo, y me estrechó la mano e inclinó la cabeza. En cuanto marcó mi rodilla, dejé de sentir dolor, y empecé a caminar por su habitación, y cogí una taza donde quedaba un poco de caldo que le habían dado entonces y me fui a casa a llevar la taza, y bajé las escaleras como si nunca hubiera tenido dolor. Y como un Padre que le asistió me vio coger la taza, me dijo que la dejara, porque querían darle más caldo. Le dije que yo había traído otras dos, que se lo dieran con ellas, porque la del caldo la quería para mí por devoción. Resolví hacer eso porque venían forasteros para pedir sus cosas, y se las daban, y se las llevaban. Cuando llegué a casa, no me podía cansar de hacer saber a los que me habían visto tan enfermo la gracia que había recibido de Dios a través de dicho Padre José, y estaban presentes cuando sucedió el caso el citado Padre Castilla, y el Padre que no quería que me llevase la taza, cuyo nombre no sé, pero vivía en el noviciado de Borgo, y el Padre Lorenzo lego, y el padre Gavotti, y muchos otros padres y escolares, y poco después de que me fui, el Padre José murió.

11. Estando enfermo el señor Reinaldo de Todí, maestro de la casa de monseñor Alejandro, en Borgo en 1624, el prelado rogó al Padre

que fuera a ver al enfermo. Fue, y encontró allí reunidos a los médicos, que estaban haciendo una consulta colegial. El Padre fundador, tomándole el pulso, dijo que Reinaldo no tenía fiebre, lo cual al oírlo los médicos, dijeron: “¿Qué dice, Padre?” Y se acercaron de nuevo a observarlo, y vieron que ya no tenía fiebre, y dijeron: “¡Oh, se ha curado!” Cuando el enfermo conoció que estaba bien dio gracias a Dios que le había dado la salud por medio de su siervo.

Una criada del señor Félix de Totis estaba poseída por un espíritu. El Padre General fue a casa de este señor porque le había hecho llamar. El espíritu maligno de la criada comenzó a gritar que aquella mañana venía a casa el mayor enemigo que tenía en el mundo, y cuando llegó arriba el Padre, el enemigo continuó con la misma querrela, y en cuanto lo vio se fue, y ella quedó sana.

Cuando se encontraba el Padre cerca de la muerte, Pablo se cayó y se dañó una rodilla y estaba en cama con grandes dolores, pero oyendo el estado del Padre, con gran esfuerzo se hizo llevar arriba al cuarto del Padre, y el padre Castilla le dijo: “Padre, aquí viene nuestro Pablo”. Él añadió: “No he podido venir a verle porque me he dado un fuerte golpe y tengo que estar en la cama. Hágame la caridad de bendecirme”. El Padre extendió la mano; el enfermo se acercó y se la besó, y de pronto sintió que le desaparecían los dolores, y comenzó a andar, y bajó las escaleras por sí mismo, y se fue a casa llevándose una taza del Padre que estaba allí, muy alegre, como si nunca hubiera estado enfermo. Cuando lo vieron sus vecinos se quedaron asombrados, viéndole volver tan contento, y les contó todo lo que le había ocurrido en presencia de los padres que se encontraban allí.

Marta, esposa de Bernardo Sacco, mercader, estaba enferma y a punto de morir; se le apareció el Padre visiblemente y la tomó por el brazo diciéndole: “Levántate; esta vez no morirás”. Y he aquí que de pronto se levantó curada, y cuenta muchos otros milagros.

12. Mandó a muchas otras fiebres y enfermedades salir de los cuerpos de los enfermos, y con ello causó mucha admiración.

Eugenia, esposa del barbero Pablo de Humildad, que servía a los Padres de San Pantaleo, tras sufrir más de un aborto, se encomendó a José. Le hizo la señal de la cruz y le dijo: “Ánimo, y no perderás más fetos, sino que los darás a luz”. Y después concibió varios hijos, y los parió felizmente.

Félix de Totis invitó con insistencia a José para que fuera a su casa al día siguiente. Cuando preparaban la casa para acogerlo, una cria-

da, que nunca se había portado así, comenzó inmediatamente a alborotar, y se puso furiosa, diciendo que su enemigo capital estaba por venir a la casa. Félix se asombró, y comprendió que estaba poseída por un demonio. A la mañana del día siguiente, antes de ver, oír y entrar en casa, oyó el estrépito y los gritos. José entró, y oyó lo que pasaba en casa. Llamó a la criada enfurecida, y cuando llegó le impuso la mano sobre la cabeza y le dijo: “Sal fuera y haz tu trabajo”. Y ella inmediatamente quedó silenciosa.

Estaba también en cama Sebastián Previsano, que había tenido una caída y no podía moverse, pues tenía fuertes dolores en todo el cuerpo. Sin embargo, al oír que José estaba en las últimas, se visitó, y aunque tenía fuertes dolores, deseando mucho verle, vino con ayuda de los suyos. Llevado ante José con grandes dolores, le pidió que le hiciera la señal de la cruz sobre la rodilla, pues a causa de la caída le producía fuertes dolores. Asintió el Padre, y ayudado por otros, le hizo la señal de la cruz en la rodilla. Y en aquel momento cesó todo dolor. Repentinamente libre de su enfermedad, y manteniéndose firme sobre sus pies, Sebastián salió contento de la habitación, y se llevó una taza, a la que tenía algún derecho, pues antes se la había dado a José, y con ella se fue a casa.

Fernando Tudor era el ecónomo de un obispo romano, y estaba gravemente enfermo. El obispo pidió a José que viniera a visitarlo. Encontró a unos médicos que estaban discutiendo sobre su fiebre y su grave enfermedad en su misma habitación. Pero él se acercó alegre, tomó la mano del enfermo, y le tomó el pulso. Luego se volvió a los médicos y les dijo: “Este no tiene fiebre”. Se le rieron, y dijeron que tenía mucha fiebre. José les rogó que le volvieran a tomar el pulso, y efectivamente vieron que ya no tenía fiebre.

14. La esposa del barbero de su convento de S. Pantaleo, llamada Eugenia di Paulo, nunca había llevado los partos a término, por lo que estaba muy afligida. El Siervo de Dios la consoló diciéndoles que ya no tendría más abortos, y así fue, porque dio a la luz felizmente a partir de entonces.

El Padre había sido invitado por D. Félix de Totis a comer el día siguiente en su casa, y he aquí que la criada, al oírlo comenzó a hacer un gran alboroto gritando que tenía que servir al día siguiente a aquel enemigo suyo, de modo que se descubrió que estaba poseída por un espíritu muy inicuo y contumaz. Vino al día siguiente el Padre y al saber lo que había sucedido con la criada, hizo que la

trajeran a pura fuerza ante él, y cuando la vio arrodillada a sus pies puso su mano sobre su cabeza, oró un poco y le dijo: “Levántate y ve a hacer tu trabajo en la cocina”. Y se levantó sana y libre, y con mansedumbre y quietud fue a hacer los servicios habituales de la casa. Un gran Prelado romano le pidió que viniera a ver a uno de sus mayordomos, un servidor al que apreciaba mucho, que tenía una enfermedad muy peligrosa. Fue el Padre y entró en la habitación del enfermo cuando los médicos estaban reunidos en ella para consulta sobre su peligroso mal, y mientras ellos exageraban el peligro mortal y los signos de ello, se acercó al enfermo, y después de una breve oración le tomó la muñeca, se volvió sonriendo a los médicos y les dijo: “Señores, ustedes presentan el mal de este buen hombre como peligroso, y yo lo encuentro sano y sin fiebre”. Los médicos se rieron y se burlaron de esas palabras, pero él les rogó que le tomaran de nuevo el pulso, le tomaron de nuevo su muñeca, y con asombro lo encontraron sano y sin fiebre, como el Siervo de Dios había dicho.

Milagro del ojo del niño

10. Una vez, jugando dos niños, saco el uno al otro un ojo, y pasando en eso el Padre Fundador con el padre Abad Landriani Borromeo, le mandó el Santo Padre tomar el ojo que estaba en el suelo y que se le restituyese al niño. Obedeció el Padre Abad, poniendo el ojo al niño, el cual quedó sano con su vista como antes de habérsele sacado.

11. A un niño de las escuelas de Frascati por desgracia le sacaron un ojo con un palo. El Padre fundador, que se encontraba entonces allí, cuando oyó el caso se acercó al niño, tomó el ojo y se lo volvió a poner dentro, y el niño se quedó sano, como si no le hubiera ocurrido nada, con asombro de todos los religiosos y escolares que estaban presentes.

12. Como el niño que fue golpeado por un maestro con un azote, y le sacó un ojo. José acudió inmediatamente y con su propia mano lo volvió a poner en su sitio.

13. Sucedió que mientras dos niños jugaban, uno le sacó un ojo al otro, y pasando al mismo tiempo nuestro V. P. José con su compañero el abad Glicerio Landriani, mandó al P. Glicerio que tomase el ojo de ese niño que había caído al suelo y lo pusiera de nuevo a su lugar al niño. Rápidamente obedeció al P. Glicerio, e inmediatamente sanó al niño como era antes.

14. Más admirable fue lo que le pasó con un niño. Un maestro de la escuela le pegó, y por desgracia le dio un golpe tan violento en el ojo, que se lo sacó todo de su órbita. A los gritos del infeliz niño corrió el P. José, y al ver el triste espectáculo, después de una breve y ferviente oración, tomó el ojo y lo colocó en su lugar, e inmediatamente, como si nunca le hubieran sacado el ojo, el niño quedó con el ojo sano y muy buena vista.

16. Puesto que el alma del Siervo de Dios José era tan rica con rasgos tan hermosos de virtud, no es de extrañar que el bendito Dios manifestase sus maravillas a través de su persona, algunas de las cuales relataré aquí, sin pretender que se les dé otra fe que la de pura historia, por no estar aún en los procesos examinados por la Santa Sede. Teniendo dos niños al tiempo de entrar en las escuelas dos palos de escoba en sus manos, comenzaron a bromear entre ellos, como si lucharan, e imprudentemente uno golpeó al otro con la punta en un ojo, de modo que todo el ojo salió de la órbita y colgaba sobre su mejilla. Los otros escolares inmediatamente comenzaron a chillar, y apresurándose el P. José vio el espectáculo, tomó al niño y lo llevó ante la imagen de María que está en lo alto de la escalera del colegio, animando al niño a confiar en María; le puso una mano encima, y haciendo una breve oración, levantó la mano y apareció su ojo sano y hermoso como antes, sin que la vista quedara mínimamente dañada, y sin dejar daño del golpe.

Otros milagros

4.16. Yo creería que bien podríamos llamarlo milagro, tratando de cambiar la naturaleza y la inclinación, como le sucedió a un tal Padre Pablo, que había sido capitán, y hombre casado con esposa e hijos, que por instinto tenía un aborrecimiento natural al olor de un cierto alimento en particular, y que por orden del mandato que el Padre lo tomó en virtud de la santa obediencia, cambió ese aborrecimiento que tenía a ese alimento, y lo comió, y esto lo sé porque lo he oído contar al mismo Padre Pablo en el noviciado, y fue en la forma que V. S. oirá. Teniendo que vestir a algunos jóvenes inspirados por Dios en la Religión de las escuelas pías, el Padre Pablo era maestro de los novicios, y haciéndoles una exhortación a dichos novicios exhortándoles a no rechazar la penitencia que se les impusiera por obediencia, pues la obediencia cambia el sabor a cada acto difícil, contó de hecho que siendo él capitán y casado tenía un aborrecimiento tal a la cebo-

lla, que cuando sentía el olor, se sentía morir, y se desmayaba. Un día su mujer le puso un cuchillo en la mesa sin pensar que con él había cortado la cebolla, y él la persiguió para golpearle, que si la hubiera alcanzado la habría matado con el mismo cuchillo. Murió su esposa, y se hizo religioso de las escuelas pías, y mantenía el aborrecimiento a las cebollas. Y queriendo el Padre José General que superara ese vicio y aborrecimiento a dicho alimento, pensó que podía lograrlo de la manera que lo hizo, y fue haciendo que le pusieran a cambio de pan bajo la servilleta una cebolla gaetana dividida en cuatro partes. Cuando la vio el Padre Pablo y sintió el olor, comenzó a sentir pasión tan grande que perdió el color y casi se desmaya, y comenzando a llorar miró al Padre José que estaba en el comedor enfrente de él, y le hizo señales para que le hiciera la caridad de quitarle aquella tribulación que tenía delante, pero el Padre José le reprendió y le mandó que se comiera la cebolla en virtud de santa obediencia. Obedeció el Padre Pablo y cerrando los ojos comió tres o cuatro bocados. Al verlo el Padre José le dijo: “¡Vaya, parece que iba a morir por esto!” Y desde entonces cesó este aborrecimiento, cosa que atribuyo a la virtud del mandato hecho por el Padre José, como el mismo Padre Pablo atribuía a la virtud del mandato del Padre José el cambio de dicho gusto. Y esto fue en el tiempo que estuve allí, como dije anteriormente.

10. Otra vez el mismo Padre Abad entró en casa compadecido, que a un pobrete se le había muerto en la calle su jumento, con cuyas cargas se alimentaba. Oyéndolo el Padre Fundador, le mandó que fuese a la calle donde estaba el jumento muerto, y le mandase levantar vivo, lo que ejecutó el Padre Abad, mandándolo levantar, como se levantó vivo el jumento. Atribuyendo el hijo el milagro a la santidad del Padre, y el Padre a la rendida obediencia del hijo.

En la ciudad de Nursia es voz pública y constante y me lo testificaron personas fidedignas, entre las cuales fue don Jacinto Quarantotti, cura de la parroquial de San Martín de Ligoni, Sacerdote ejemplar, docto y virtuoso, que viniendo el Padre Fundador de vuelta de la Santa Casa de Loreto de haber revisitado a su Divina Protectora, quiso pasar por Nursia para ver a sus hijos. Llegó muy de noche, estando cerradas las Puertas de la Ciudad, y llevadas las llaves a la Castellina (Castellina se llama el Palacio Apostólico, donde residen los Prefectos y Gobernadores Generales de aquella Provincia). Corresponden los balcones de uno de los Dormitorios del Colegio a una plazuela fuera de la puerta de San Leonardo, de donde dieron

voces para abrir al Padre General. El Padre Rector y demás Religiosos se asomaron a los balcones, diciendo la dificultad grande que había, por ser tan tarde, que en la Castellina quisiesen dar las llaves, por no haber ejemplo de darlas jamás a nadie en semejantes obras. El Padre Fundador respondió: *A la buena hora hemos de estar acá afuera, abrir la Iglesia que quiero hacer oración, y lo demás dejadlo hacer a Dios.* Bajaron todos los padres para abrir las puertas de la Iglesia, como les mandaba el Padre General, y le hallaron dentro de ella, reprendiéndoles de poca fe. Habiéndose abierto las puertas de la Ciudad y de la Iglesia para que entrase el Padre José de la Madre de Dios, milagro que se divulgó por toda la Ciudad, en la cual son muy devotos del santo Padre Fundador, y Dios ha obrado muchos milagros en ella solo con tocar algo del vestido de su siervo.

11. Después que saliera el Breve reduciendo la Orden a congregación, fueron muchos los que, sin haber dejado el mundo con su afecto, fueron víctimas infelices del engaño, con el cual en pocos días vieron el final de su engaño en el propio morir en vano; entre ellos hubo dos de los nuestros en Mesina, nacidos en aquella ciudad, que renegaron de su estado en la Orden y el servicio de Dios para disfrutar del mundo que habían dejado antes, los cuales ocasionaron a aquella pobre casa muchos daños por el mal gobierno ejercido por uno de ellos, que sólo pensaba en vivir cómodamente en el siglo, de modo que a los de aquella comunidad no les dejó ni lo necesario para vivir el día en que se fue. Fue enviado a Roma como rector de aquella casa por aquel visitador y vicario general que promulgaron el segundo breve, con su fin diseñado para abolir en aquella ciudad el instituto con su ejemplo y obra, y con una intención tan malvada, habiendo hecho poco caso de los avisos paternos recibidos de nuestro Padre fundador con cartas tuyas que yo había leído mientras me encontraba allí en medio de aquellos problemas, y en ellas le hacía saber la miseria en la que caería, como ocurrió al final, viéndose aborrecido por todos aquellos buenos y sinceros religiosos contrapuestos a su abominable modo de vivir y a su torcida intención. Los dejó en medio de una gran angustia, pero todos ellos eran fuertes y constantes en la divina esperanza, contando con el apoyo de Dios y la ayuda de la Virgen Santísima, y decidieron mientras tanto organizarse de manera satisfactoria y conservarse y mantenerse de manera ejemplar, como consecuencia de la auténtica caridad y unión que había entre ellos para servir a Dios. Ahora bien, aquella misma mañana

vino a nuestra casa una persona que pidió al portero que llamara al religioso que estaba encargado de procurar lo necesario para la comida. Le replicó el portero si quería ver al superior. Él respondió que no, sino al que tenía asignado el oficio mencionado. El portero le refirió al superior la petición de aquel señor, añadiendo que no lo había visto nunca en Mesina, de lo que todos los padres se quedaron asombrados, porque estaban aún tratando sobre la manera de organizar la casa, y ya aquel padre se había ofrecido y comprometido para encargarse de lo necesario para la comida, y a sugerencia suya el superior ya había enviado a comprar a crédito lo que necesitaban en la cocina para aquel día. Así que aquel religioso bajó a la portería, y al verle aquel señor se le acercó con gran amabilidad y cortesía y le dijo: “Padre, no dude, tenga fe, porque el Señor no les abandonará. Por ahora tome esto, y sírvase para sus necesidades actuales, y aún les traerán más dinero, pues Dios no les abandona nunca”. Dicho esto se despidió del religioso con gran estupor de este. Queriendo darle las gracias y acompañarlo, ya no lo vio más, y el portero, que estaba atento junto a la puerta, tampoco lo vio desaparecer por la calle. Subió aquel arriba, y contó a los padres lo que le había ocurrido, y que le había dado cuatro escudos, y las palabras que le dijo, y todos entendieron que había sido uno enviado por Dios. Al cabo de pocos días le entregaron al mismo padre 50 escudos. Pasado el tiempo, este religioso al que se le había quedado grabada la imagen de aquel, habiendo visto en Roma un retrato de nuestro venerable Padre fundador, se dio cuenta de que se le parecía completamente, y bien se puede creer que Dios incluso cuando aún vivía le manifestaba el estado de las casas y de los suyos de la Orden, y se complacía de favorecerlo en servirse de ello en ayuda de aquellos, lo que claramente se ve y se conoce por lo que escribía en particular a sus hijos que parecía saber cómo estaban, especialmente en los tiempos de las persecuciones, dándoles ánimo y haciéndoles llegar aquello de que tenían necesidad y exhortando a todos a que no dudaran, porque cesarían aquellas tribulaciones y contrariedades, como puede comprobarse en las cartas que escribió y se conservan hoy.

12. Este mismo P. General después de terminar el sexenio de estudios volvió a Mesina. Encontró aquella casa dilapidada y en la miseria. Pues allí actuó como rector un visitador, destinado por el Vicario General, más hábil para destruir la comunidad que para consolidarla. Ya José le había escrito una carta para que se convir-

tiera, y evitar las penas que merecía. Pero él no hizo caso, y cuando oyó que la Orden había sido reintegrada y confirmada, y tal vez sin tener ánimo para seguir, abandonó el hábito religioso. No había nada para alimentar a la comunidad. Vino uno que no habían visto antes; el portero llamó al P. Cosme, que era el administrador, y le entregó dinero. El hecho le levantó el ánimo, viendo que era una obra divina. Y luego desapareció. Si se trataba de un ángel, o más bien del mismo José, que piadosamente se había desplazado, lo indicaba el resultado y la semejanza de su rostro.

13. Se quejaba llorando cierto pobre hombre porque había muerto su burro, con el que mantenía su pobre casa. Contó el caso el P. Glicerio a nuestro V. P. José, el cual, sintiendo compasión del pobre hombre, ordenó al P. Glicerio que fuera a donde estaba el burro muerto y lo resucitara. Y Obedeciendo rápidamente, fue y con la señal de la santa cruz ordenó al burro que se alzara vivo del suelo, y así inmediatamente regresó a sí mismo, se levantó vivo, con no pequeña maravilla de los circunstantes, que no sabían a quién atribuir tanto esto como el otro milagro contado, si a la santidad de nuestro V. P. José o a la pronta obediencia del P. Abad Glicerio.

En la ciudad de Nursia es voz pública y cierta (y lo certificaron personas dignas de fe y en particular D. Jacinto Quarantotto, cura de la parroquia de San Martín de Legone, sacerdote erudito y virtuoso) que, al regresar nuestro V. P. José de visitar la santa casa de Loreto, llegó a dicha ciudad por la noche, y encontró las puertas de la ciudad cerradas y las llaves ya en poder del Prefecto. Y como la casa de las Escuelas Pías está adosada a la muralla de dicha ciudad y también cerca de las mismas puertas, el Rector de esta se asomó para ver quién estaba a las puertas de la ciudad, y al oír que era nuestro V. P. General, mandó que fueran a pedir las llaves para abrir dicha puerta. Pero dadas las dificultades que había para abrir por la noche a todo el mundo las puertas dichas, el Rector dijo desde la ventana a nuestro P. General que era imposible abrirlas a causa de la hora tardía. Entonces el P. General, confiando en Dios, dijo al P. Rector: “Abra la puerta de la iglesia que quiero hacer un poco de oración, y el resto lo hará Dios”. Todos los Padres bajaron a obedecer y abrir la iglesia, y encontraban la puerta de la misma, así como la de la ciudad, milagrosamente abiertas para que entrara el siervo de Dios José, a cuya voluntad y necesidad Dios le abrió las puertas inmediatamente sin llaves, ya que era imposible que se las abrieran con

las de los ministros de la ciudad. Y los Padres, todos asombrados, lo encontraron ya en la iglesia orando, después de lo cual les reprochó su poca fe (para ocultar el milagro hecho por Dios). Pero inmediatamente se extendió por toda la ciudad, que luego permaneció muy devota al mismo V. P. José, y Dios hizo muchos milagros en ella con sólo tocar cualquier cosa del V. P. José fundador de las Escuelas Pías.

14. Hermoso fue también lo que les pasó con otro de sus súbditos, llamado P. Pablo. Este tenía tal repugnancia al olor de cebolla que una vez, cuando era seglar y casado, le pusieron en la mesa un cuchillo con el que se había cortado una cebolla, e intentó matar a su esposa por el coraje y la rabia que le produjo. Luego se hizo religioso, y le había crecido tanto este aborrecimiento natural que se desmayaba cuando olía la cebolla. El P. General quiso que superara este natural horror en su súbdito, y una mañana hizo que le pusieran debajo de la servilleta en lugar de pan una cebolla gaetana dividida en cuatro partes. Cuando el P. Pablo desplegó la servilleta, al olor de ese fruto aborrecido perdió el color y casi se desmaya. Oyendo que había sido orden del P. General, que se sentaba frente a él, le pidió humildemente que le dispensase de aquella mortificación tan contrario a su natural, pero él, que sabía cuánta virtud tiene la obediencia, le mandó decir que más bien que quitarla, quería que por obediencia se comiera aquella cebolla. A este mandato obedeció el P. Pablo, y con gran repugnancia y aborrecimiento, cerrando los ojos, comió tres o cuatro mordiscos de ella, y entonces el Padre, sonriendo, le dijo: “Vaya, ¿ha muerto por eso? Ya está libre de ese gran aborrecimiento”. Como de hecho sucedió, porque ese mandato de obediencia le cambió el sabor y le quitó el aborrecimiento natural que tenía.

Después de muerto

4. En trigésimo segundo, demostraré que sus reliquias, como ropa y cosas similares, fueron y son tomadas y enviadas a diversos lugares del mundo, y que en Roma como en otras partes del mundo por medio de su aplicación y por intercesión del Siervo de Dios se reciben de Dios muchas gracias y sirven para beneficio de muchos, y cada día se realizan milagros.

4.3. Acerca de la definición de la fama, considero que es una opinión constante, y compartida por muchas personas, acerca de los

hechos de alguna persona, fama de bondad de vida, y de hombre amante y celoso del honor de Dios, y la salvación de las almas y autor de milagros.

Así lo he oído decir por su boca de un niño que tenía un brazo dañado a tal punto que se lo querían cortar ya, y al aplicarle un trozo de la sotana, o no sé qué reliquia del Padre, de repente quedó curado, y yo he visto el brazo del niño que lo cuenta, como podrá saberse si se llama al niño con su padre y su madre, que aún viven, y el dicho niño va a clase en San Pantaleo. Igualmente tengo por una operación milagrosa, como me cuenta el sacristán y procurador de San Pantaleo, lo que ocurrió a una niña, que tenía una perla en un ojo, a la que se aplicó el birrete del Santo Padre e inmediatamente quedó sana de ese ojo, y desapareció la perla, y esto sucedió en Roma después de la muerte del Padre José, con ocasión de que el dicho Padre, procurador y sacristán, fue a llevar el birrete al Condestable Colonna hoy vivo, que estaba enfermo con fiebre, y pidió que le llevaran el birrete, y cuando se lo llevaron recibió la gracia de la curación de la fiebre, operaciones no se pueden atribuir a medicamentos, no teniendo tal paño la cualidad o virtud de ser capaz de sanar ningún mal.

En mi presencia, mientras el cuerpo de dicho Padre estaba expuesto en la iglesia, hacia el anochecer, entre la gente vi a un pobre hombre que se arrastraba por el suelo, rogando a los presentes que lo alzasen hasta el cuerpo, que él solo no podía. Tal como él deseaba, lo alzaron a la altura del catafalco, y luego pidió que lo bajaran al suelo, donde quedó en pie sin dificultad, y dudando yo de que no fuera un pobre que realmente no tenía tal enfermedad, me respondió un joven que era farmacéutico en el Paraíso, y me dijo que realmente era un inválido, y que él mismo lo había medicado, y que durante muchos meses se había ido arrastrando por Roma, y después de haber sido puesto sobre el cuerpo del Padre, y bajado al suelo, caminó con sus pies, y oigo decir a algunos que ahora lleva el barril en la ciudad de Anagni. Y estas cosas las sé a ciencia cierta, porque las he visto, y por haberme encontrado presente; otras solamente las he oído contar. En concreto, el mismo día que se expuso en la iglesia de San Pantaleo a dicho Padre, se acercó una mujer para besarle el hábito al Padre José, y a causa de la multitud que había, se le desgarró un delantal de sarga en dos partes. Ella, lamentando esta desgracia, recuperó el trozo que le dio uno que lo había recogido, y al salir de la multitud, queriendo ver el daño, lo encontró reunido. Yo hablé con

esta mujer fingiendo no creerlo, atribuyéndolo a ligereza de mujer, pero ella me respondía constante y afirmando que otros lo habían visto. Y yo podría decir muchas cosas que he oído contar y que he experimentado en mí mismo, y las atribuyo a su intercesión. Y yo podría decir muchas cosas que he oído contar y que he experimentado en mí mismo, y las atribuyo a su intercesión. Cuando yo tenía grandes dolores de podagra, pero no sabía que era podagra, apliqué al lugar del dolor un pedazo de pañuelo, empapado en la sangre del padre José, y una carta escrita por mano de dicho Padre, y me cesó el dolor, y descansé, y esto fue poco después de la muerte de dicho Padre, y siempre me encomiendo a sus intercesiones, pues estimo que me puede conseguir la gracia de Dios.

4.4. El día que murió el Padre José, y que fue expuesto en la iglesia, hubo una gran afluencia de personas. Yo fui por la tarde a llevar la caja de plomo, y allí encontré una gran cantidad de personas. Qué gente era no lo puedo decir, porque yo estaba atento a la cuestión de la caja. Puedo decir que me detuve con los otros hombres del taller en la puerta de San Pantaleo, que está enfrente del palacio de los Orsini, esperando a que me abrieran, para llevar dentro la caja. Entre los que esperaban allí en la puerta había un lisiado de treinta y cinco o cuarenta años, de pelo rojo, que decían que era de Anagni, al que yo había visto ocho días con ocasión de que estaba en el albergue de la Cuna, cerca de mi taller. Por lo que me dijo, cuando yo le pregunté un día en mi taller por su mal, necesitaba arrastrarse por el suelo, es decir, se apoyaba en un brazo y un codo, que descansaban en el suelo, y luego arrastraba su trasero, y así caminaba. Quedó así como consecuencia de una inflamación que afectó a su cuerpo. A este mismo hombre lo encontré en la mencionada puerta de San Pantaleo, cuando yo y mis compañeros llevamos la caja. Entramos dentro con la caja, y uno de mis compañeros, movido a compasión por ese pobre hombre, rogó a uno de los Padres de San Pantaleo que le dejara entrar. Al poco rato, después de dejar la caja delante de la balaustrada, y estando cerca del cuerpo del Padre José, a quien besé la ropa y las manos como hacían los demás, vi a mis pies al mismo lisiado, que rogaba le levantaran del suelo para besar las manos y la ropa del Padre José. Me dio lástima, así que levanté al pobre hombre, tomándolo en brazos; lo acerqué al cuerpo del Padre, y comenzó a besar sus manos y ropas, y también quería besarle la cara, pero un Padre le dijo que no era apropiado besar su cara, que ya era

suficiente con besarle las manos. Añadió que tuviera fe en Dios, y se encomendase a la intercesión del Padre José, como lo hizo calurosamente. Mientras continuaba besando sus manos y la ropa, dijo en voz alta, “Oh Jesús, estoy en el suelo, estoy de pie”, y comenzó a estirar los dedos de la mano, y los brazos como si estuviera asombrado, no creyendo que fuera cierto que él hubiera recibido esta gracia, y de hecho comenzó a mover todas las extremidades, y comenzó a caminar alrededor del catafalco una y otra vez, diciendo que no quería salir de allí, que quería quedarse a dormir esa noche en la iglesia, al lado del cuerpo. Y comenzaron a dar vueltas alrededor de él para saber si era él quien había recibido una gracia singular, y yo estaba realmente asombrado, pues le había visto días antes y ese mismo día en las calles arrastrándose. Y yo le tenía en brazos cuando estiró las piernas, y recibió la salud perfecta. Y toda la gente procurada besar su ropa, y las manos, y besaban su ropa porque lo tenían como un hombre santo. Y creo que su ropa la tenían como una reliquia, para pedir y conseguir del Padre alguna gracia.

Entiendo que el milagro es algo que no se puede hacer con el poder ordinario de los hombres de este mundo, sino sólo con la ayuda de Dios. Yo creo que fue un milagro lo que conté del lisiado, que en mi presencia estaba muy impedido, y de pronto al tocar el cuerpo del Padre José le vi recuperar la salud. Escuché entonces decir que el Padre José había hecho otras gracias, y en particular estando en mi taller mientras el cuerpo estaba sobre la tierra pasó uno seguido por un número de personas. Después de preguntarle qué pasaba, respondió: “Veo el palacio de Farnesio, y he estado ciego durante cinco años, y he recibido la gracia del cuerpo del Padre José”. A este hombre no podría describirlo, porque iba de paso. Que recibiera la curación de los ojos, y que era un milagro y gracia singular, lo decían los que estaban con él, y que había ocurrido sin aplicación de medicamento, sólo al tocar el cuerpo del Padre José.

4.5. Oí nombrar al Padre José Calasanz de la Madre de Dios con ocasión que fui a comprar una libra de jabón y conocí allí a una anciana llamada Isabella da Morlupo, que me dijo “Doña Catalina, ¿no ha ido a San Pantaleo, donde un Padre murió y hay mucha gente, que dicen que ha muerto un santo?” Y le dije: “Quiero ir allí”. Y fui allí con el jabón que había comprado, y cuando estaba en la iglesia oí que el Padre muerto era el Padre José de la Madre de Dios, fundador de la religión de las escuelas pías, y así es como lo conocí.

Yo, como dije anteriormente, animada por una señora, fui a visitar el cuerpo del Padre José de la Madre de Dios en San Pantaleo, hace unos tres años, y me parece que fue en verano. La iglesia estaba llena de gente y no se podía pasar. El Padre José estaba en medio de la iglesia, y habían puesto bancos alrededor. Por tres veces intenté acercarme para verlo, pero no podía llegar por la multitud de gente que estaba allí. Yo había comprado un jabón antes, y me lo puse en el delantal por miedo a que me lo robaran o que se me cayera. Hice fuerzas para entrar entre los bancos, y por fin entré, y al entrar, el delantal que llevaba apretado en mis manos se me escapó, y se quedó entre un banco y un hombre, que tenía una cicatriz en la cara, y se me desgarró el delantal. Un pedazo de mi delantal quedó en manos de aquel hombre. Era un delantal de sarga negra, y estaba partido en dos. Fui a besar los pies y las manos al Padre José, que estaba muerto, y queriendo entrar dentro de los bancos para besar las manos, me di cuenta de que el delantal estaba roto, y dividido en dos partes. Me devolvieron la parte de delantal que había quedado en la mano de aquel hombre, y lo metí dentro de la parte que me había permanecido unida a la cintura, y lo apreté para que no se me cayera junto con el jabón, con intención de coserlo luego, y unirlos juntos. Luego besé las manos y los pies al difunto Padre José, y salí de los bancos, y comencé a hacer oraciones adelante el santo Crucifijo, y luego fui a poner el jabón en un pañuelo, y al abrir el delantal encontré la parte del delantal desgarrada reunida junto con el delantal que tenía atado, de modo que no se notaba que se había roto. Se me acercaron muchas personas, y particularmente mujeres, y el hombre que me había devuelto el trozo, y al contarles mi asombro por lo que había sucedido, todos quedaron muy admirados, y estimaron que esto era un milagro hecho por el difunto Padre José, a quien yo también me había encomendado. Y esto fue visto por aquellas personas que estaban presentes allí, y como yo era forastera, no conocía a las personas que estaban presentes allí; sólo a aquel hombre que me devolvió el trozo que se había rasgado, y lo tenía en la mano, y ya no le he visto más.

Una señora vecina nuestra tenía un gran dolor de cabeza, me mandó llamar, para que le llevara el delantal mencionado. Fui allí, que vivía en esa placita que está detrás de la Virgen Santísima de la Paz, en un edificio donde había dos columnitas. Entré, subí las escaleras. Llevaba el delantal y cuando encontré a la señora a la que le dolía la cabeza, le di el delantal, y ella se arrodilló y dijo un padre-

nuestro y un avemaría, y también lo hicieron sus hijos. Se puso el delantal sobre la cabeza e inmediatamente se le pasó el dolor, y dijo que por la gracia recibida quería enviar una cabeza de plata a San Pantaleo como signo de dicha gracia recibida.

También me llamó la señora Teodora de Ancona, mi paisana, para que fuera con ella al hospital del Espíritu Santo en Sassia, donde su marido estaba enfermo. Se llamaba Baltasar, y también era de Ancona, pidiéndome que llevara el delantal citado, como lo llevé. Llegamos al hospital donde estaba el marido enfermo. Le habían puesto ampollas y estaba moribundo. Se acercó su esposa y comenzó a llamarlo, y uno de los sirvientes dijo: "Llama, llama; este está más allá que aquí". Sin embargo, Teodora la esposa se acercó a su marido, y le puso el delantal sobre la cara, y el marido, que ya no hablaba, al contacto con dicho delantal comenzó a hablar. Dijo: "Jesús, ¿qué me habéis hecho, qué esplendor es este?" Y comenzó a recuperarse, y se curó, a pesar de estar desahuciado. Y él, después de haber tenido el delantal, en dos días salió del hospital, y ahora vive, y se encuentra en Ancona.

Cuando se enteraron los Padres, vinieron a pedirme el delantal, y se lo di. Y esto me ocurrió de la manera que he contado, y creo que es un milagro, debido a la bondad de ese Siervo de Dios.

Entiendo que un milagro es un acto que no se puede hacer naturalmente, sino que necesita la ayuda de Dios. He oído decir que dicho Padre hizo milagros en vida, y esto lo sé porque lo oí decir el mismo día que dicho Padre fue expuesto en San Pantaleo, a una señora, que estaba allí y dijo que estando muy enfermo su hijo pequeñito envió a llamar a dicho Padre, que tocó al dicho hijito enfermo, y de pronto se curó. Quién es esta señora no lo sé, porque hacía poco tiempo que yo había llegado a Roma. Y muchas otras personas contaban algo milagroso, y hoy día corre este rumor, que es un santo, y muchas personas le tienen devoción, y han recibido un trocito de aquel delantal como dije anteriormente.

4.6. Después cayó enfermo mi hijo llamado Belardino, que nació seis meses después de la muerte del Padre, y estaba en cama muy enfermo, y desahuciado por los médicos, y no comía nada. Envié a llamar a los Padres, porque el Padre José había muerto, y vinieron el Padre Sacristán, y el Padre Pablo, y trajeron el bonete y un pañuelo empapado en sangre del Padre José de la Madre de Dios, y le pusieron el bonete sobre la cabeza al niño y el pañuelo en el pecho,

comenzaron a hacer oración, orando al Padre para que intercediera al Señor por su salud si era mejor para su alma. Inmediatamente el niño comenzó a abrir los ojos, llamó a la nodriza llamada Violante, y los Padres le dijeron: “Belardino, ¿quieres comer?” Le trajeron la sopa, que era de migas de pan, o caldo, y se lo comió inmediatamente, y esto fue en el año mil seiscientos cuarenta y nueve, hacia la Pascua de Resurrección. Después me enfermé yo, hacia Corpus Christi, que fui a San Pedro, y en San Pedro me pilló la fiebre, y el mal me cogió con tanto ímpetu, que inmediatamente los médicos me desahuciaron, y yo no podía moverme, y estaba tan débil que ni siquiera podía llevarme la mano a la boca, y estaba enferma en la casa de mi nodriza en el callejón del Mattonato en Trastevere. Ella me cuidaba, y a las seis de la noche aproximadamente sentí que me tomaban por el brazo, y me di la vuelta como dije y vi al Padre José, que me había tomado con una mano por el brazo izquierdo, y con el otro brazo me mostraba una figura de la Santísima Virgen de la Concepción, que estaba en la habitación donde yo estaba enferma, frente a la cama, y el Padre me dijo: “Levántate, mira a la Santísima Madre y Nuestra Señora, que por ahora no quiere que mueras, y te ha perdonado”. Y miré hacia arriba a Nuestra Señora, y Nuestra Señora me dijo: “Por esta vez estás perdonada, pero haz una buena confesión general”. Y me dio la bendición, y lo consideré un milagro muy grande, y los Padres me trajeron su retrato, el bonete y la tela que dije arriba, y me lo dejaron. Al poco tiempo me curé, después de estar ciega, sorda y con todos los miembros debilitados, de tal manera que poniéndome las ampollas no sentía nada, y esto me ha ocurrido a mí. Yo en mis tribulaciones me encomiendo a él, y él me hace el bien, que no merezco, y le tengo una devoción particular. Dije que quería hacer el exvoto: no lo he hecho, pero quiero hacerlo por haber recibido la gracia antes mencionada.

4.7. Considero que milagro es algo que se produce por causas sobrenaturales, y en cuanto a lo demás, me remito a lo dicho más arriba. Yo fui invitado para dar testimonio por uno de esos Padres, y decir lo que siempre he publicado y dicho en vida como en muerte del Padre José, que le tengo por un gran siervo de Dios y de vida santa. En principio me negué a ser examinado, no estando plenamente seguro de nada en particular, que hubiera visto yo mismo. Pero sucedió que unos días después enfermaron gravemente dos amigos míos, marido y mujer, que el marido se llamaba Bartolomeo Reggi, y su

esposa Barbara, y me llamaron una noche, creyendo que la dicha Bárbara iba a morir. Llegué y me encontré con sus hijas que estaban llamando al confesor, creyendo que iba morir. Yo le tomé el pulso a la enferma en la muñeca, y dije que no había peligro de muerte por ahora. Pero replicó y dijo que mandara a llamar a un Padre para confesarse. Para darle gusto le dije que iría a llamarlo, y fui a llamarlo, que podrían ser las siete de la noche, a principios de mayo pasado. Mientras llamaba a dicho confesor, subí a una habitación que me prestan los Padres para guardar algunas cosas mías, y tuve ganas de llevar algo de devoción a dicha enferma, así que tomé un Agnus Dei de Pío V, que me había dado una persona muy devota. En este momento me acordé de llevarle también un pañuelo mío, que había empapado en la sangre del corazón del Padre José. Me olvidé del Agnus Dei, sin darme cuenta y cuando llegué a la casa de la enferma, queriendo dar el dicho Agnus Dei a una de sus hijas, me di cuenta de que no lo había tomado, y le dije: “Le he traído algo que guardo con gran devoción, pero no puedo decir que sea una reliquia; si se lo quiere aplicar a su señora madre, aplíquelo; si no, haga lo que Dios le inspire”. Ella pensó un poco y me dijo que se lo diera, y lo puso inmediatamente bajo la cabeza de la enferma bajo la almohada, y la enferma inmediatamente pudo descansar un poco, y comenzó a mejorar. No mucho después, dicha señora enferma me pidió que por el amor de Dios hiciera un voto por ella, para que Dios le devolviera la salud. En aquel instante sentí en mí un impulso interno, como si me dijese que entonces era el momento de darle gusto, y certificar el hecho como prueba a favor del Padre José. Empujado por este impulso, hice el voto de que, si el Señor Dios le devolvía la salud a la enferma citada, por intercesión del Padre José, y me dirigí a él orando para que hiciera esta caridad, cuando dicha enferma estuviera sana vendría para ser interrogado para esta causa, y también haría decir algunas misas. Y habiendo recibido la gracia, me he presentado a este examen, pues yo actué así por tratarse, como dije, de una peligrosa enfermedad, y creo que ha recuperado la salud por medio de la intercesión del dicho Padre José.

4.9. He ido a arrodillarme varias veces a su tumba, y le supliqué con lágrimas que me sanara de mi enfermedad, y creo que a través de su intercesión he sanado. Se trataba de una hernia; me había tratado el médico del Papa y otros, pero no me curaron, y por lo tanto digo que por medio de su intercesión me he curado.

4.10. Y yo, que tenía y tengo un hijo llamado Alejandro Domingo, que tenía un brazo infectado, y los quirurgos, que llaman al mal de mi hijo tener el brazo enyesado, y estaba tan mal que no podía estirarlo, y por eso lo llevé a la iglesia de San Pantaleo para hacerle tocar el brazo por el cuerpo del padre José difunto.

Oí decir cuando llevé a mi hijo a la iglesia que este Padre José hacía muchos milagros en vida, y esto lo oí tanto en la iglesia como fuera, por varias personas que en gran cantidad habían acudido a dicha iglesia, y había tanta gente que había ido allí, que me tuve que esforzar para entrar. Y entre esas personas había muchos caballeros y señoras, en quienes se hicieron milagros, que se contaban. No sé quiénes eran, porque la multitud que había allí me empujaba de acá para allá, y yo llevaba al niño en brazos entre la multitud. Yo he estado en su sepultura, y lo he hecho para agradecerle el beneficio que me consiguió milagrosamente para mi hijo, hecho que sucedió de la manera en que V. S. oirá. V. S. debe saber que tengo un hijo llamado Alejandro Domingo, que en septiembre cumplirá trece años. Este niño en el año 1645, jugando con otro niño que estaba en mi casa llegaron a las manos, y ese otro niño, que se llamaba Pedro, golpeó el brazo de Alejandro Domingo mi hijo, que entonces tenía seis o siete años, y le golpeó contra la esquina de una caja con fuerza, y temiendo mi hijo que su madre le pegara, no le mostró el mal que había hecho el tal Pedro en el brazo. Pero después de quince o veinte días, después de habersele hinchado el brazo en el codo, se le pegó la camisa a la herida, y al cambiársela, sintiendo un gran dolor, se quejó, y le contó lo sucedido a su madre, que le puso no sé qué unguento en la herida durante algunos días. Viendo que no mejoraba, sino que más bien empeoraba mucho, llevé el niño a Santo Spirito a los quirurgos, a uno de ellos, que vivía en la Longara, en la primera o segunda casa, que está a mano izquierda para ir a la puerta Settimiana. Y lo llevé allí de manera seguida durante más de un año, y siempre iba empeorando, por lo que me decidí a retirarlo de su cura. Pasó uno por mi casa que se ofreció a curármelo en un mes si le daba diez escudos, e hice con él un acuerdo de darle diez escudos y pagarle los medicamentos. Le di veinticuatro o veinticinco julios para comprarle medicamentos en varias ocasiones. Comenzó a medicarle, y duró dieciocho o veinte días, tiempo en el que empeoró notablemente, y me vi obligado a sacarlo de su mano, para que no terminara de lisiármelo, como había lisiado a otros, y por

miedo se fue de Roma. Llevé al niño a San Giacomo al Sr. Nicolás, quirurgo, que vio la herida y dijo que era una herida incurable, y no quiso poner su mano. Entonces, encontrándome en apuros, y viendo lisiado a mi hijo, lo llevé a un compadre mío médico que está en el Peregrino, llamado Sr. Quintilio, que observó bien el brazo, y me envió al Sr. Juan Truglia, a quien fui, y me recetó unos ungüentos, que le puse, pero todo en vano, porque siempre iba de mal en peor. Finalmente lo llevé de nuevo al Sr. Juan Truglia, quien me dijo que el brazo de mi hijo no tenía remedio. De todos modos, me dio un cierto parche, que continué poniéndole durante un mes más o menos, pero sin mejoras. Volví de nuevo a él, estando desesperado, y fui allí con el señor Quintilio mi compadre. Uno y otro le tocaron el brazo, y discutieron juntos un buen rato, en latín, y yo no entendía lo que decían. Me ordenaron llevar el niño a casa, y que siguiera con el parche ya ordenado. Dos o tres días después mi compadre vino a casa, y francamente le dijo a mi esposa: “Comadre, siento darte esta mala noticia: el brazo de tu hijo está enyesado, no tiene remedio. Si quieres que el niño viva, hay que cortarle el brazo. De lo contrario, el mal continuará, y le matará.” Al escuchar esta mala noticia, piense cómo nos quedamos (me siento horrible ahora que lo cuento; imagine cómo me sentía entonces). Ocurrió entonces la muerte de este bendito Padre José; vi correr mucha gente hacia San Pantaleo, oí decir a muchas y diversas personas que el dicho Padre José que había muerto hacía milagros, y lo mismo oí decir a mi esposa, que dijo que lo llevase a San Pantaleo a ese Padre santo, de lo contrario lo llevaría ella. Para que ella no fuese a aquella multitud, tomé al niño de la mano y lo llevé a San Pantaleo con mucha confianza y esperanza de ser consolado. Entré en San Pantaleo, pero con gran dificultad a causa de la multitud de personas, y entré en una pequeña habitación al lado de la sacristía, donde habían colocado a dicho Padre a causa de la gran multitud de gente; tomé el niño en brazos, y un Padre me hizo la caridad de tocarlo con el brazo enfermo de mi hijo, y luego me dio una un trozo de tela blanca y otro negro de la sotana del Padre, y después de haberme encomendado de todo corazón me fui de allí. Esto fue antes del almuerzo. Llegados a casa, mi mujer quitó las vendas de su brazo, que como dije, conforme dijeron los quirurgos estaba enyesado y no podía estirarlo o encogerlo, de modo que queriendo los quirurgos probar a la fuerza a hacérselo mover, con una mano lo tomaban por la muñeca y con

la otra por el brazo, y era como si quisieran doblar un bastón, nunca fue posible doblarle el codo más de lo que estaba, ni extenderlo más de lo que estaba. De vuelta, digo, de San Pantaleo, mi esposa desató las vendas a mi hijo, y luego sobre la herida colocó los pedazos de la sotana del Padre José, que me había dado ese Padre, y también colocó el parche, que durante un mes y medio continuo le había recetado el Sr. Juan Truglia, y lo volvió a vendar, y así lo tuvo hasta la noche, y cuando quiso irse a la cama le quitó las vendas de nuevo para renovar el medicamento. Antes ya de que mi mujer le quitara las vendas el mismo niño dijo: “Mira mamá, me parece que puedo mover el brazo”. Arrimando el brazo, se iba quitando los botones, subiendo y bajando el brazo, cosa que antes no podía hacer, como he dicho, aunque el quirurgo tirara de los dos extremos del brazo. Y lo movía mucho mejor extendiéndolo, y siguió mejorando. Él seguía mejorando cada día, y mi esposa siempre ponía ese pedazo de tela del Padre José, junto con otras medicinas que otros quirurgos nos recetaban para sacarles los humores y el pus que en gran cantidad se había formado, y cada día iba recuperando las fuerzas hasta que se curó del todo, y ya no hay nada sino el signo de la cicatriz. Esto sucedió después de cuatro o cinco días de ir a San Pantaleo. El médico, y el hermano del señor Juan Truglia pasaron por mi casa, que a veces venía uno y a veces el otro; les enseñé el brazo, que manejaba bien, y les dije: “este es el brazo que querían cortar, y dijeron que no tenía ningún remedio. Pues, miren, ya está curado”. Al verlo estos se asombraron; querían saber cómo había ocurrido el hecho. Se lo dije, y uno y otro me dijeron: “Esta sanación solo pudo realizarse de una manera milagrosa. Han recibido una gracia muy grande”. Y les contesté: “Y como tal la he recibido, y la recibo”, y siempre doy gracias a Dios, y al dicho Padre, y a menudo voy a su sepulcro para agradecerle y encomendarme a sus intercesiones, y también sé que otros van allí a encomendarse a él, yo lo he visto, y lo tienen como un santo, y siempre que voy allí me encuentro con personas que se encomiendan a sus oraciones.

4.11. No le he conocido; he oído hablar a algunos niños del Padre José, y al mismo Padre que hace tres o cuatro años aproximadamente un día estaba junto al catafalco del muerto al lado de la sacristía de la iglesia de San Pantaleo. Y estaba allí porque en la iglesia había tanta gente que no se podía estar allí, e incluso en la salita había mucha gente. Y había tantas personas allí porque querían to-

car el cuerpo de dicho Padre José, y recibir un pedazo de su sotana, porque decían que era santo. Y esa fue la razón por la que me llevó mi padre, porque muchas personas le habían aconsejado que me llevase, porque había un Padre santo que hacía muchos milagros, y me llevó, y me hizo tocar el brazo donde yo tenía la herida sobre el cuerpo del dicho Padre José, y uno de esos Padres que estaban guardando el cadáver de dicho Padre le dio a mi padre un trozo del alba blanca y de la sotana negra, por caridad, y todavía los tengo en casa y los guardo, y antes de entonces no había visto a dicho Padre. He oído decir a muchísimas personas que el Padre José ha hecho muchos milagros en vida, e incluso después de la muerte. En qué personas los hizo no lo sé. Sé bien que a mí me hizo un gran milagro curándome este brazo izquierdo, que V. S. ve con estas cicatrices (secretario: todos vimos el brazo izquierdo, que estuvo herido y ahora tiene siete cicatrices en el codo; se anota por la verdad del hecho), que he tenido inútil durante más de cuatro años, que me dolía tanto, que me hacía aullar como un perro, y los quirurgos habían determinado cortármelo, y que en cuanto puse este brazo sobre el cuerpo del Padre José, que estaba muerto en una salita en San Pantaleo, al salir de dicha salita para ir a casa vi allí un montón de carruajes. Uno era de una cierta Señora Milia, y allí empecé a estirar el brazo, que durante muchos años no había podido estirar ni encojer, y los quirurgos dijeron que estaba paralizado. Le voy a contar a V. S. cómo empezó lo de este brazo.

Yo estaba un día en mi casa en compañía de un niño, que era cojo, y no recuerdo su nombre, pero él tenía catorce años, y era mayor que yo y estábamos jugando. Se enfadó, y para hacerme daño me agarró el brazo y me golpeó contra la esquina de una caja que había en la habitación junto a la ventana. Chillé y me fui a mi madre llorando por el mal que me había hecho en el brazo. Ella me gritó, y me parece que me dio una bofetada, diciéndome “siempre está armando jaleo”. Después me siguió doliendo el brazo, pero no le dije nada a mi madre, temiendo que volviera a pegarme. Y así aguanté el dolor durante mucho tiempo, casi dos semanas. Cuando Alejandro mi hermano regresó de la guerra me agarró para abrazarme, y tomándome por este brazo, por el gran dolor que sentí chillé, y mi madre vino y alzando mi manga vio que estaba muy rojo. Por la noche, al desnudarme, mi madre me quitó la camisa, que se me había pegado al codo, y me puso unguento de mucílago para curarme. Al cabo

de cinco o seis noches se rompió la corteza, y salió pus. Continuó medicándome durante mucho tiempo, y como no sanaba, mi padre me llevó al hospital del Espíritu Santo al Sr. Josafat, quien me medicó por un espacio de un año más o menos. Como no mejoraba, se decidió mi padre a llevarme al Sr. Quintilio, médico, mi padrino de bautismo. Antes de llevarme a él, me llevó al Sr. Nicolás, quirurgo del hospital de Santiago de los Incurables. Cundo este señor vio mi llaga dijo que era incurable, y por eso no quería tratarme, y entonces mi padre me llevó al Sr. Quintilio, que me envió al señor Juan Truglio, quirurgo, que me medicó durante mucho tiempo, pero sin fruto. Vino después otro quirurgo, que decían que era muy bueno, y dijo que en ocho días me curaría, e hizo un trato con mi padre para pagarle una cantidad por las medicinas. Comenzó a medicarme y en poco tiempo me empeoró mucho, porque se me hinchó el brazo y me dolía mucho. Al darse cuenta mi padre de que iba peor, lo despidió, y ya no quiso que me medicara más.

Después mi padre fue a ver al Sr. Quintilio mi padrino, y con el Sr. Juan Truglio y otros que me habían medicado, y otros que me habían visto, hicieron una reunión, y decidieron que, para curarme, de modo que el mal no pasara más allá, no había otro remedio que cortarme el brazo, y querían hacerlo. Decían que no me daría cuenta cuando me lo cortaran, porque el brazo estaba insensible. No podía moverlo en el codo, ni encogerlo ni estirarlo. Mi padre intentó muchas veces estirarlo, agarrando con una mano mi muñeca, y con la otra el brazo, con tanta fuerza como si quisiera romper un bastón, pero nunca pudo moverlo, y lo único que hacía era producirme un dolor de muerte. Cuando mi padre oyó que tenían que cortarme el brazo, no tuvo ánimo suficiente para aplicarme este remedio tan cruel. Dijo: “Prefiero que mi hijo muera antes que verlo sin un brazo”. Mi madre de vez en cuando me hacía unos unguentos, con unas rosas benditas del Rosario, y una palma bendita, y agua bendita, y un poco de vino bueno, y con esto me lavaba el brazo, pero esto no me producía ningún beneficio.

Sucedió entonces que un día vimos a mucha gente yendo y viniendo de San Pantaleo, y algunos que conocían a mi padre, y sabían que tenía un hijo con un mal incurable, dijeron a mi padre y a mi madre que me llevaran a San Pantaleo, donde había muerto un Padre santo que hacía muchos milagros. Cuando se fueron las personas a las que servía mi padre en el restaurante, me llevó a S. Pantaleo, donde

había una gran cantidad de gente. Entramos en la iglesia, para ir a la sacristía, a la salita donde estaba el Padre muerto. En medio de la gran multitud, mi padre me tomó en brazos, y me llevó a dicha habitación, y mi padre rogó a uno de esos Padres que estaban allí que nos hiciera el favor de poder tocar con mi brazo el cuerpo del Padre, y que le diera alguna reliquia del Padre. El Padre nos dio dos trocitos del hábito del Padre, y yo toqué su brazo, y le besé el hábito. Mi padre me sacó, y cuando estábamos fuera de la iglesia, me puso esos trocitos del hábito del Padre santo en este brazo enfermo, y nos fuimos a casa. Cuando estábamos frente a la carroza de la señora Milia, como dije, comencé a estirar un poco brazo, y se lo dije a mi padre con gozo. Y poco después al llegar a casa lo estiraba mejor. Mi madre siguió poniéndome esos trocitos de hábito sobre el mal, y quedé curado. Al ver esto los médicos y quirurgos quedaron muy asombrados y dijeron que esto es un gran milagro. Siguió a mi madre, por consejo de un quirurgo, poniéndome un parche para deshinchar el brazo, que tanto tiempo había utilizado sin resultado, pero luego, poniendo el mismo parche con los trocitos del hábito del Padre santo, produjo el resultado que V.S. ha visto.

El Padre José murió, y yo lo vi muerto, y está enterrado a la derecha del altar mayor de la iglesia, y a dicha iglesia voy todos los días, pues voy a estudiar a las Escuelas Pías, a las que empecé a ir cuando quedé curado, que antes no iba. Y las personas que van a verlo dicen que era un santo.

4.13. fui yo también varias veces a la iglesia de San Pantaleo, donde está enterrado para encomendarme a él, con motivo de algunas de mis tribulaciones, y sobre todo para agradecerle una gracia que recibió (Do)Ménica mi hija, que había tenido el sarampión y quedó dañada en el ojo izquierdo, con el que no veía la luz, habiéndole quedado en dicho ojo una perla. Y con ocasión de que el Padre Vicente trajo el bonete al Sr. Giuseppe Laúd, que estaba enfermo y era patrón de mi marido, yo llevé a mi hija, y le rogué a dicho Padre que tocara su ojo con el bonete, como lo hizo, e inmediatamente la niña comenzó a mejorar, de modo que al cabo de un mes la perla desapareció, y sanó completamente el ojo. Y por eso fui varias veces a esa iglesia para dar gracias a Dios bendito y a dicho Padre, que fue nuestro intercesor, que está enterrado en el altar mayor en el ángulo del evangelio.

4.14. Tengo la experiencia del milagro en la persona de una hija mía llamada Doménica, que había tenido el sarampión, que le dañó el ojo izquierdo, pues además de dejarle una perla blanca en el ojo, perdió la vista en él, y la curación la recibió como les voy a contar. Estaba enfermo un tal Giuseppe Buglione, por apodo llamado Giuseppe del Laúd, que era y es un buen músico y tocaba bien. Vivía pegado a la pared de mi casa, en la plaza de los Santos Apóstoles, al entrar en el callejón del Plomo. Escuché a mi esposa que los Padres de las Escuelas Pías traían el birrete del Padre José al citado Giuseppe. Entonces mi mujer, que se llama Francisca, tomó a Ménica mi hija en brazos, y se fue a casa del Sr. Giuseppe, que estaba enfermo, y rogó a los Padres que tocaran con el birrete el ojo de mi hija. Así lo hicieron, y luego ellas regresaron a casa. A la mañana siguiente comenzamos a darnos cuenta de que la dicha perla estaba disminuyendo, y al cabo de tres días había desaparecido por completo, y recuperó plenamente la vista, y sólo tenía un poco de molestia causada por el resplandor de la lámpara por la noche, que le duró unos días, y ahora está curada por completo.

Y en signo de acción de gracias, trajimos el exvoto a San Pantaleo, y esto lo tengo por milagro, porque el médico, que se llamaba Francisco, y era el médico de Nuestra Señora de Loreto, pensaba que ella permanecería para siempre con el impedimento. Y esta curación ciertamente no vino de las medicinas, porque la niña no se dejaba aplicar remedios, pues habiéndole recetado sanguijuelas en las orejas, no se las dejó poner.

4.15. El día en que ese Padre, muerto, fue expuesto en la iglesia, hubo en dicha iglesia de San Pantaleo tanta afluencia de gente que no se podía entrar, y la gente iba a tocar su cuerpo con rosarios, y le quitaban pedazos de la sotana, que tenían como reliquias. Yo, como los demás, procuraba entrar en la iglesia movida por la devoción que tenía a aquel hombre santo, para encomendarme a su intercesión, y pedirle la gracia de curarme el brazo derecho, que había quedado inmovilizado por una inflamación que me producía dolor y no podía moverlo, y creo que por su intercesión fui curada, y ocurrió el caso en la forma en que V. S. lo oirá. Unos dos o tres años de que muriera el Padre José, comencé a tener una inflamación en el brazo derecho, que me producía dolor y me lo inmovilizaba, de modo que no podía llevarlo a la cabeza ni girarlo hacia la espalda, ni recoger las cosas que habían caído al suelo. Y así, dolorido e impedido, lo

tuve por espacio de dos o tres años, sin haber experimentado mejoría de los medicamentos que me aplicaban. Y cuando ocurrió la muerte del dicho Padre José, concebí una gran confianza y esperanza de poder ser curada por medio de su intercesión, así que me hice conducir a la iglesia. Había mucha gente, que procuraba, como he dicho, besar su cuerpo. Yo, después de haberle besado las manos y los pies, puse el brazo enfermo sobre los pies del dicho Padre con gran afecto, y le rogué que, si así me convenía, consiguiera de Dios la salud de ese brazo, para no permanecer ociosa los días que me quedaban de vida. Y después de esto me fui, e inmediatamente comencé a sentirme mejor, y diariamente mejoraba más, y en poco tiempo, y casi de repente comencé a usarlo, y esto considero haberlo recibido por intercesión de dicho Padre.

4.16. Entiendo que el milagro es una operación sobrenatural hecha por Dios sin intervención de cosas naturales. Y sobre si después de muerte ha obrado milagros el Padre José, voy a contar lo que viví en propia persona, y fue en la forma que sigue. Yo en el año 1649, el 17 de julio sufrí una gran fiebre, y fui a Santiago de los Españoles a tratarme, pues es el hospital de mi nación, donde agravándose mucho la enfermedad no conocida por los médicos, después de intentar todos los remedios humanos, me desahuciaron, y dieron la orden de que me dieran de comer y beber lo que quisiera, y me dieron vino, cerveza y frutas crudas. Me ordenaron que confesara y comulgara. Pedí confesarme con el Padre Castilla, y después de confesarme le pedí por amor de Dios que me trajeran algo del Padre General. El Padre Castilla trajo un paño de lino, y frotó mi cuerpo, y luego supe que ese paño de lino era un pañuelo empapado en la sangre del Padre José. Después de recibir el Viático, esa noche tuve un gran vómito que me cruzó en la garganta, y eché dos gusanos de un palmo cada uno. Empecé a llamar a los enfermeros, que trajeran luz para ver lo que era, y con aquel incidente me aumentó aún más la fiebre. Empecé a encomendarme con más devoción al Padre José, y de repente vi sin estar en un sueño, sino despierto, y con los ojos abiertos. Vi abierta una puerta, que tenía dentro un gran esplendor, y en la puerta había un fraile vestido con el hábito de San Francisco, que creo que era el mismo San Francisco, y luego un joven armado, y al otro lado el Padre José de Calasanz. Entonces aquel joven vino hacia mí con una cara de enfado, y se sentó en el lado izquierdo, y yo temeroso y temblando me volví hacia el otro lado, pidiendo a Dios que me liberara

de aquella visión, y me volví para verlo otra vez y me miró con una cara más feliz, y se fue junto con el fraile vestido con el hábito de San Francisco, y mirándome fijo el Padre José me hizo un gesto con su cabeza, y creo que lo hizo para que yo me enmendase de la vida pasada, y por la voluntad de Dios y la intercesión del Padre José estoy curado. Siempre me ha protegido, en vida y tras la muerte, e inmediatamente, desapareció la visión, y yo comencé a sanar, y a través de su intercesión tengo la convicción de haber recuperado la salud, y yo lo tengo por un milagro, pues mi salud no sólo no mejoraba con los medicamentos, sino que de hecho los médicos no conocían mi enfermedad. Y el señor Fonseca, que era el médico que me medicaba, al verme sanado dijo: "¡Jesús!" Lo que yo creo, y las personas a las que he contado este suceso, todos han dicho que esto fue un milagro.

4.20. He ido allí muy a menudo a su sepulcro, y sé que hay muchas otras personas que van para encomendarse a sus oraciones, y yo he llevado a muchos, y he enviado, y en particular este mes de octubre pasado llevé a una joven que sufría de opilación y de algunos accidentes de faltas, y desde entonces se encuentra cada vez mejor.

Sé que muchas personas cuando el cuerpo del Padre José estaba sobre tierra acudieron para tocarlo, y hubo una gran afluencia de todo tipo de personas, pobres, y ricos, señores y plebeyos, que trataban de tocar el cuerpo del Padre José. Y entre estos también estaba yo, que intentaba conseguir algo suyo, y recibí de los Padres un pañuelo que había estado sobre la cara y el cuerpo de dicho Padre, y había tocado el interior del mismo, y lo guardo con gran devoción, y lo presto siempre a los enfermos, y reciben la salud de Dios a través de la intercesión de dicho santo. Hoy lo tengo fuera de casa, pues se lo presté a la Sra. Magdalena Bigozzi, que no quiere devolvérmelo, ya que lo aprecia mucho, porque después de recibir la gracia por los méritos de este siervo de Dios, no quisiera privarse de él. Este pañuelo ha sido la causa para recuperar la salud, ya que que tenía una enorme herida bajo la planta del pie, y con el único contacto de este pañuelo ha sanado. Muy a menudo, como dije, lo he prestado a varias personas enfermas. De hecho, mi marido con grandes celos me dijo que pensara bien a quien se lo daba, porque temía que un día no me lo devolverían.

4.27. Vi a un tal que hace exvotos en Nuestra Señora dei Monti, que tenía una mano hinchada, que no podía trabajar, y la estaba frotan-

do sobre las baldosas de la sepultura del Padre José, y poco tiempo después vi a ese hombre con la mano curada, con un exvoto, que puso sobre la sepultura como señal de la gracia recibida por medio de la intercesión del Padre José, y el mal que tenía en la mano decían que era quiragra, lo que le impedía trabajar, y desde entonces en adelante ya no sufría, y me dijo que era santo.

También sé que después de la muerte hizo milagros, y lo sé porque lo vi el día en que el Padre José fue expuesto muerto en San Pantaleo. Una mujer apareció por la tarde, y tenía la mano derecha hinchada y contraída, con todos los dedos estirados, que no podía cerrar el puño. Esta se acercó al cuerpo, y lo tocó con esa mano, y comenzó a cerrarla y abrirla, y comenzó a gritar “¡Milagro, milagro!” Corrí entonces y vi que movía muy bien su mano, y que no tenía hinchado el brazo. Ella con los demás que estaban allí me dijo cómo tenía el brazo y la mano antes de tocar el cuerpo del Padre José.

4.28. Yo no conocí al Padre José Calasanz de la Madre de Dios hasta después de su muerte, y fue con ocasión de que en mi casa vivía una tal señora Magdalena, que tenía un hijo que sufría convulsiones. Esta mujer me dijo que quería ir a San Pantaleo, donde estaba expuesto muerto un fraile de las Escuelas Pías que hacía milagros, y quería llevar a su hijo para pedirle la gracia. Y como desde hacía seis o siete meses yo había empezado a sufrir de un mal que los médicos dijeron que era una especie de epilepsia, que me afectaba en cada cuarto de la luna, y a pesar de que había hecho purgas buenísimas por orden de los médicos, el mismo mal seguía. Así que rogué a la Sra. Magdalena, que era la esposa de un tal Bernardo Belandi, antes camarero del Sr. Cardenal Sforza, que me esperase y me llevase con ella a la iglesia de San Pantaleo. Allí íbamos, pero de repente en la calle, al pasar delante de la iglesia de los ingleses, cerca de donde yo vivía, me dio un fuerte ataque, y tuve que detenerme allí en la calle, en la puerta de los ingleses, esperando a que se me pasara el ataque. Cuando se me pasó fui en compañía de la Sra. Magdalena a la iglesia de San Pantaleo, y cuando llegamos a la iglesia habían retirado el muerto, y lo habían puesto en un cuartito junto a la sacristía. Y allí me quedé, con la esperanza de poder entrar donde estaba el dicho cuerpo, hasta que vino la señora Cardelli, y a ella le abrieron la puerta donde estaba dicho Padre, y entré con ella, y toqué y besé el pie al dicho Padre, y puse mi cabeza bajo las plantas de sus pies y con gran fe me encomendé a la intercesión de este santo Padre, re-

zándole para que me librase de este mal. Y después de estar un poco de tiempo allí con la esperanza de recibir la gracia, me fui a casa, y desde ese momento en adelante, por la gracia de Dios y del santo citado, nunca más sufrí de este mal, y esta sanación declaro haberla recibido a través de la intercesión de este gran siervo de Dios.

4.30. Me advirtieron de la muerte del Padre José General, y de los milagros que hacía mientras estaba expuesto en la Iglesia de San Pantaleo. Fui allí con gran confianza. Durante mucho rato intenté entrar y acercarme al cuerpo del Padre José, a causa de la gran multitud de personas que habían acudido allí. Finalmente me acerqué a sus pies, y los besé con gran confianza y con mi lengua toqué los dedos de sus pies, y me encomendé con todo mi corazón a su intercesión, y, en efecto, no fui defraudado de la confianza que tenía en su intercesión, porque a la mañana siguiente dije la misa sin ningún impedimento, leyendo despacio, distinto y fuerte, de modo que los que escucharon mi misa no se molestaron como lo habían hecho antes, y en lo exterior no había nada que lamentar como antes, lo cual era una pena para los que me oían. Y esto lo considero un milagro obvio, y yo me hago esta cuenta, como si hubiera recibido, como declaro haber recibido la mayor gratia que podía recibir, porque si no hubiera recibido esta gracia, a largo plazo yo habría tenido que dejar de decir la misa, para no sentir la confusión que yo sentía al decir la misa. Y desde entonces soy su devoto por la gracia recibida. También he oído que ha hecho muchos milagros, pero no podría contar ninguno.

4.33. En dicha ciudad de Cagliari donde gobierno hoy envié a un súbdito sacerdote a visitar a la Señora Marquesa de Palma, que por dolor en las arterias no podía estrechar una mano, y había pedido alguna reliquia de nuestro fundador por haber oído decir que hizo muchos milagros. Entonces solo teníamos una carta suya, que pusieron en la mano enferma, e inmediatamente la apretó fuertemente, y entonces su familia comenzó a gritar en catalán “¡Miracle, miracle!”. El sacerdote, llamado Pedro de San Pellegrino, luqués de nación y teólogo, en cuanto regresó a casa contó el hecho, y esto sucedió alrededor del año mil seiscientos cincuenta.

11. La señora marquesa de Palmes en Cerdeña tenía una mano totalmente inmovilizada, que no la podía cerrar. Rogó a los padres que le dieran alguna cosa del Padre General que todavía vivía, y ellos, no teniendo otra cosa más que una carta suya, el padre Pedro

Francisco de la Madre de Dios, que era novicio cuando presencié el milagro contado arriba, se la dio, y en cuanto la puso sobre su mano comenzó a cerrarla y moverla, gritando todos los de su casa “¡Milagro, milagro!”, y se curó.

El señor duque de Vale, D. Apio Conti, afirma como cosa cierta que sabe que en el monasterio de San Pablo de Roma había una monja enferma de una apostema en el pecho, y que tocando una reliquia de nuestro venerable Padre inmediatamente curó, y dice que conoce otros muchos milagros de los cuales no se acuerda específicamente. Catalina Anastasi, de Ancona, que recibió el milagro del delantal, contaba el milagro de una señora vecina de su casa que estaba con un fuerte dolor de cabeza, y fue a rogarle que les llevase el delantal bendecido por el Padre venerable, y cuando se lo pusieron sobre la cabeza dijo la enferma un padrenuestro y un avemaría con sus hijos en oración y de pronto sanó y envió a San Pantaleo una cabeza de plata como signo del milagro hecho.

La señora doña Teodora de Ancona tenía al marido en el hospital del Espíritu Santo enfermo. Rogó a la mencionada Catalina Anastasi que hiciera el favor de ir con el delantal a ver al enfermo. Cuando llegaron encontraron que ya estaba moribundo. Comenzaron a llamarle. Le dijeron los del hospital: “¿No ven que está muriendo? ¿Cómo les va a oír?” Catalina le puso el delantal sobre la cabeza. Entonces Baltasar, que así se llamaba el moribundo, cuando le tocó aquel, gritó diciendo: “¡Jesús! ¿Qué me habéis hecho? ¡Oh, qué esplendor!” Y se levantó de la cama y se marchó del hospital.

La señora Francisca Toschi testifica que su hija Mónica había perdido ya la vista del ojo izquierdo en el que tenía una perla. A sus ruegos el P. Vicente de la Concepción la tocó con el bonete del venerable Padre fundador. Inmediatamente comenzó a ver, y a los pocos días se desvaneció aquella mancha del ojo. Lo mismo confirma su marido Valeriano.

Otra señora, oyendo aquellos milagros, le hizo ver a un hijo al cual lo curó el Padre de un brazo que no podía mover en modo alguno en aquellos días en que su cuerpo estaba expuesto en San Pantaleo. Otra señora, al mismo tiempo que todos contaban los milagros que Dios obraba en el venerable Padre en aquella ocasión, que no acabaríamos de contar todo lo que decían, dijo que cuando aún vivía el siervo de Dios le curó un hijo suyo con sólo tocarlo con sus dedos, cuando él estaba en la cama gravemente enfermo.

12. Llegaron muchos enfermos, ciegos y cojos, y entre ellos uno que se arrastraba, con todos sus miembros impedidos, que recuperaron la salud, la vista, el caminar, y todo el vigor y fuerza de sus cuerpos. Entre otros hubo una mujer llamada Catalina, esposa de un cierto Anastasio Joannini, de Ancona, que quería acercarse al cuerpo, y arrastrada por la gente vio que el delantal que llevaba puesto, en el que llevaba un jabón que había comprado poco antes, había sido desgarrado; cogió la parte rota y se acercó con fe al féretro, y al mirar el delantal vio que estaba de nuevo íntegro. Durante mucho tiempo fue llevado para curar enfermos; hoy lo conservan los Padres.

Por lo demás, se cuentan innumerables sucesos admirables. Elijo uno de ellos en honor de la Virgen María. Anna de Pace, cuando vivía José, curó a su esposo e hijo que habían sido desahuciados por los médicos. Ella misma estaba enferma, y los médicos ya la habían desahuciado. No podía mover la mano, y no podía ver ni oír. A las seis de la noche sintió que tiraban de su brazo. Y sorprendida vio a José, que la tenía con la mano izquierda y con la derecha le indicaba una imagen de la Santa Virgen que tenía en el cuarto, y le dijo: “Venga, levántate de la cama y alaba a la santísima Madre de Dios, que no permitirá que mueras de esta enfermedad”. Y cuando miró la imagen de la Virgen, oyó que ella le decía estas palabras: “Te perdono, pero debes hacer una confesión general de toda tu vida”. Y una vez hecha, recobró la salud.

14. La de Mesina, que era la del P. General, había sido más dañada que las demás en lo temporal, pues tenía un Rector puesto allí por aquel Visitador Apostólico y el Vicario General contrario al P. Fundador, del que más arriba hablamos, que despilfarró los bienes de esta en gastos desordenados y superfluos, y en fomentar su ambición, sin ni siquiera signo de observancia regular. El P. Cosme de Jesús María, después del sexenio de su generalato, (que había sido reducido a seis años primero por Alejandro VII y luego por Clemente IX en el mencionado Breve de la reintegración de la Orden) regresó a la patria, y se encontró con que el mencionado Rector destructor y disipador de aquel convento, tras oír la confirmación y reintegración de su Religión, no teniendo ánimo para someterse a la observancia de la misma, y a las censuras de sus fechorías en el gobierno, abandonó a la vez el hábito y el convento (para que se verificase una profecía hecha por el P. José en una carta, en la que paternalmente le reprendía por los excesos de su gobierno); había dejado

la Religión y regresado al siglo. Él, por orden de su sucesor, se hizo cargo del gobierno de aquella casa, pero la encontró tan desolada y endeudada, que humanamente no encontraba forma de pagar las deudas y mantener a la familia, por lo que recurrió a la ayuda divina con la oración, y se encomendó al Padre Fundador, al que piadosamente creía que estaba gobernando desde el cielo, y he aquí que una mañana, en la que más que nunca se encontraban en una gran necesidad, le llamaron a la puerta y allí encontró a un hombre, que por los efectos fue considerado un ángel, pero que por los rasgos de la cara era el mismo P. José, bajado del cielo para ayudar a sus hijos, quien entregó una buena suma de dinero para ayudar en las necesidades presentes a dicho Padre, y le prometió que Dios nunca dejaría de ayudarle en todas las necesidades de aquella casa. Desapareció, y lo sucedido demostró el pronóstico divino, porque en las necesidades más grandes y arduas siempre se vio milagrosamente ayudado, lo que comúnmente se imputaba a los méritos del P. Fundador, que se había aparecido para ayudar a sus hijos tan rápidamente.

La primera [gracia] es lo que le sucedió a Marta Pace en la dicha ciudad de Roma, y no Ana, como quizás por error de impresión leemos en el Compendio del P. Maggi. Cayó enferma hacia finales de junio del año 1649, y con una enfermedad tan violenta que pronto fue atacada por la fiebre y perdió sus fuerzas, y fue desahuciada por los médicos, y había perdido las fuerzas hasta tal punto de que no solo ya no podía dar la vuelta a la cama, sino que tampoco se podía llevar la mano a la boca. Ella era devota del P. José cuando estaba vivo, por lo que se puede creer que se le encomendaría de corazón. Una noche en la que ya estaba casi en tránsito, pues ni veía ni oía, alrededor de las seis sintió que le tiraban fuertemente del brazo izquierdo. Abrió los ojos y vio al P. José, que sostenía con una mano dicho brazo, y con la otra apuntaba a una imagen de la Santa Virgen y le decía: "Mira la piadosa imagen de la gran Madre de Dios, que ya te ha obtenido la salud. No morirás esta vez". Y ella, mirando a aquella imagen devota que estaba delante de la cama donde yacía, oyó que le decía: "Ya te he conseguido el perdón de mi Hijo; no morirás, pero recuerda que debes enmendarte, y hacer una confesión buena y general de tus pecados". La mujer mejoró en ese momento, y unos días más tarde estaba sana.

Entre tantas multitudes vino una mujer llamada Catalina que había sido la esposa de Anastasio Gioannino; esta, movida por el devo-

to de besar las manos del Siervo de Dios, se metió en medio de la multitud, y se rasgó su delantal en pedazos, y uno de ellos fue devuelto por un no sé quién, que estaba cerca de ella, y ella con todo esto colocó esos pedazos juntos envueltos en el mismo delantal, y lo guardó atado al pecho, y tanto se esforzó que consiguió lo que deseaba, que era besar las manos del Siervo de Dios. Luego se apartó de la multitud y se retiró a una capilla de dicha iglesia para ver si el daño del delantal era remediable, y al desplegarlo lo encontró entero, como estaba antes de entrar en la iglesia, de modo que en voz alta publicó el milagro. Después el Señor con ese delantal hizo muchas gracias, y entre ellas que llevó a un conocido suyo enfermo en el hospital del Espíritu Santo, que estaba tan enfermo que ya había perdido la palabra. Lo tocó con él, e inmediatamente volvió a sí mismo, y pudo confesarse, de modo que hoy lo tienen los Padres y guardan el delantal milagroso en una caja.

Más admirable fue el siguiente caso. Francisco Gutiérrez, español natural de la Villa de Madrid, en el mes de julio del año 1649 cayó enfermo, y como forastero se retiró a cuidarse en el hospital de Santiago, que en Roma es el de su nación española, y allí, agravándose el mal, fue desahuciado por los médicos, que le dijeron que se preparara para a la muerte con los últimos sacramentos. Él mandó llamar para confesarse al P. Castilla de las Escuelas Pías, que había sido confesor del Siervo de Dios P. José su Fundador. Después de confesarse con él, le rogó insistentemente que le trajera algo del P. José, porque le tenía una gran fe. Él, para complacerle, le trajo un paño mojado en la sangre del Siervo de Dios, y él, después de recibir los últimos sacramentos, se encomendó de corazón y con gran fe a dicho Padre. Y he aquí que por la noche sintió el deseo de vomitar; y vomitó dos gusanos grandes, y con el movimiento, y la molestia aumentó más la fiebre, pero no perdió la fe. De hecho, se encomendó al Siervo del Señor con mayor devoción. Y estando, como testifica, despierto y con los ojos abiertos, vio (en mi opinión con visión imaginaria) abrirse una puerta, por la cual, en medio de un gran esplendor, vio al Padre José venir a su cama en compañía de San Francisco, y de un joven armado, y tan bello como terrible, que le hizo temblar de miedo de pies a cabeza, pero se encomendó con gran confianza al P. José, que como un signo de perdón le había mirado con ojos tranquilos, y amorosos cuando había aparecido con S. Francisco. Entonces el P. José le dijo que cambiara de vida

para mejor, y desapareció, quedando él con tal mejoría que cuando llegaron los médicos, entre los que se encontraba Fonseca, todos quedaron admirados y la confesaron como milagrosa, y a los pocos días estaba perfectamente sano en el cuerpo, y enmendado de muchas imperfecciones en el alma.

Y para contar un favor similar de visita con devolución de la salud les contaré lo que le pasó al H. Juan Pedro de la Stma. Trinidad, converso de su Religión. Este estaba trabajando en Chieti en el Abruzzo, no sé si con un cuchillo imprudentemente se hirió la mano con un golpe tan violento que le atravesó la palma de la mano, quedando clavado en ella el cuchillo con dolores indescritibles. El P. Ángel di Sto. Domingo, que era Superior de esa casa, corrió a los gritos y, viendo el gran daño que se había hecho, recurrió a la intercesión de su P. Fundador, le sacó el cuchillo y puso sobre la herida un poco del yeso con el que se había hecho la máscara funeraria, que había traído a Chieti desde Roma, donde estaba cuando murió el Padre, y le vendó la herida. Él se echó a la cama, e inmediatamente se durmió, y en un sueño le parecía ver el P. José, que le tomaba la mano herida, y se la apretaba fuertemente, y él a causa del dolor que sentía comenzó a gritar, y con los gritos se despertó, y ya no sentía dolor, por lo que se quitó la venda de la mano, y aunque encontró la cicatriz allí, ya tenía la mano curada, y no sintió más dolor.

Añadiré aquí algunas pocas gracias que también sucedieron mientras el cuerpo del Siervo de Dios estaba sobre la tierra para satisfacer, como se ha dicho, la devoción de la gente. Estaba en Roma un pobre hombre de la ciudad de Anagni, a quien por una inflamación que tuvo en un costado era incapaz de caminar sobre los pies, por lo que se veía obligado a estar sentado en el suelo, arrastrándose con la ayuda del brazo que le había quedado sano. Este oyó la muerte de P. José y las gracias que el Señor hacía por su intercesión, así que vino con gran fe a San Pantaleo para tocar y besar el cuerpo del Siervo de Dios, que estaba expuesto en la iglesia, pero a causa de la multitud de gente encontró la puerta cerrada, para que no sucediera a causa la gran multitud algún inconveniente. Pero abrieron la puerta para introducir la caja de plomo en la que se iba a poner el cuerpo del Padre y él entró en la iglesia y tanto se esforzó arrastrándose en medio de la multitud, que llegó al catafalco, pero no podía tocar el cuerpo como deseaba, al no poder levantarse del suelo. Así que rogaba y suplicaba a los presentes que le hicieran la caridad de ayudarle y

levantarle del suelo, para besar y tocar el cuerpo de aquel Siervo de Dios. Uno, sintiendo lástima de él, lo levantó en brazos del suelo, y lo puso encima del ataúd donde estaba el cuerpo. Él y se arrojó sobre él, y besándole los pies y las manos, le rogaba con gran devoción y fe que le implorara la salud deseada, y mientras con mucha fe seguía haciéndolo, se dio cuenta de que las piernas, que desde que sufrió la inflamación habían estado durante tantos años contraídas y cruzadas, de modo que no podía estirarlas, se le habían estirado solas, de modo que sus pies tocaban la tierra; así que todo contento y asombrado se puso a gritar: “¡Jesús mío, este es un gran milagro, ya que después de estar impedido por tantos años, ahora mis piernas se han estirado y toco la tierra con mis pies!” Y apartándose del ataúd, comenzó a caminar recto y de pie con asombro de los que se encontraban presentes, y de todos los que lo conocían de antes por inválido impotente, y luego lo veían sano de pie, y saliendo de la iglesia con sus pies, cuando había entrado en ella con sus codos, y con el cuerpo arrastrándose lo mejor que podía sobre el suelo.

Alejandro Domingo, hijo del camarero Esteban Comini, siendo niño de 7 a 8 años, y jugando con otro niño su compañero, este le tiró sobre una caja, y allí golpeó fuertemente su brazo izquierdo en la esquina, o el borde de esta, le que le causó una contusión grave. El niño, aunque sentía un fuerte dolor, se calló por miedo a ser golpeado por su madre. Durante mucho tiempo la herida se fue agravando y produciendo pus, de modo que después de quince días, no pudiendo el pobre niño sufrir el dolor, se lo dijo a su madre, la cual al ver el brazo le puso allí no sé qué unguento, esperando curarle la herida con ese remedio. Pero no viendo mejoría, sino que empeoraba, hizo que su padre lo llevase al cirujano del hospital de Santo Spirito, quien lo medicó durante un año entero sin que mejorara. Después vino a la hostería del padre uno de esos médicos que con uno o dos remedios secretos mal probados creen curar todos los males, el cual al saber lo que el niño tenía en su brazo se ofreció a curarlo por el precio de diez escudos, y tras recibir 25 julios como adelanto, comenzó la infeliz cura, que fue tan mala que a los 15 días el brazo ya estaba tan dañado que, para no verlo completamente arruinado, como había arruinado a muchos otros enfermos que había intentado curar, fue obligado a irse de Roma. Le quitaron su cura y lo llevaron por medio de un compadre suyo a un cirujano de Santiago, y al ver la herida dijo que ya estaba tan endurecida, que era incurable, de modo que no quiso encargarse

de él. Por último, por medio del mismo compadre lo llevó al cirujano Juan Truglia, que es de los más virtuoso en su profesión que tenemos, y era de la misma opinión del cirujano de Santiago. Para probar algún medicamento, le hicieron tomar algunos baños, pero no mejoró nada con ellos. Le aplicó un unguento, y después de haberlo seguido algún tiempo, finalmente declaró Truglia que el brazo ya estaba podrido y gangrenado, y que había que cortarlo para cortar el paso a la gangrena, que con toda furia corría para atacar su corazón y quitarle la vida. Ocurrió entonces la muerte de nuestro P. José, y oyendo los afligidos padres la concurrencia que había en San Pantaleo, y las gracias que Dios concedía por intercesión del Padre, decidieron llevarlo con fe en los méritos del Siervo de Dios, que le conseguiría la salud, pues ya no esperaban los hombres. Y con grandes molestias y mucha fe lo llevaron a una pequeña habitación donde, para evitar los inconvenientes que podrían suceder a causa de la gran multitud de gente, había sido colocada por los Padres, Y tomándolo en brazos el niño enfermo, le hicieron tocar la mano del Padre muerto con el brazo enfermo, encomendándolo calurosamente a su intercesión. Los padres le dieron también un trocito de su sotana, y otro de tela del alba. Regresó a casa, donde su madre le quitó las vendas, le puso aquellos trocitos de tela y lo volvió a vendar hasta la noche. En cuanto le aplicaron esas reliquias, comenzó el niño a mover el brazo, que estaba tan contraído y endurecido que no podía moverlo. Por la noche, sin embargo, notaron la gracia recibida, porque queriendo medicarlo la madre, al quitarle las vendas encontraron que podía mover el brazo en todas direcciones, y que estaba mucho mejor, de modo que continuaron poniéndole aquellos trocitos de tela, y a los cinco días estaba curado, y solo le quedaba en el brazo una simple cicatriz, con asombro de los médicos, que habían dado el caso por desesperado.

A esto añadiremos una gracia similar concedida a una dama romana viuda, de nombre Doña Constanza. Tenía 65 años de edad aproximadamente, y por una inflamación del brazo no sólo sentía un dolor continuo, sino que se le había quedado tan contraído que no podía estirarlo hasta la boca, ni girarlo detrás de la espalda, ni hacer otro movimiento con él, permaneciendo así durante tres años aproximadamente, sin encontrar medicina que le hiciera bien. Oyó esta señora la muerte del P. José, a quien tenía por un gran Siervo de Dios, y creyó que podía por su intercesión recibir del Señor la gracia para ese brazo, pues le daba mucha pena tenerlo tan impedido, y por ello se hizo

llevar a la iglesia de S. Pantaleo, y entró a través de la compacta multitud para llegar al catafalco, y allí, después de haber besado las manos y pies al difunto, colocó el brazo enfermo sobre los pies del cadáver, y lo tuvo durante un buen rato, orando ella entre tanto con gran fe al Señor, para que por medio de ese Siervo le concediese la salud del brazo, y luego se fue. Tan pronto como salió de la iglesia para regresar a casa, sintió que el dolor mitigaba, y vio que podía mover el brazo, y unos días más tarde, sin ninguna medicina, recobro del todo la salud. Y si queremos pasar del brazo al pie de Magdalena Bigozzi, con la aplicación de un pañuelo, que estaba mojado en la sangre que salió cuando abrieron el cuerpo del Siervo de Dios, curó de una herida incurable, que tenía bajo la planta del pie, considerada por los médicos incurable.

Félix Piantanidi, estando clavado a la cama por el grave mal de la podagra, fue llevado a S. Pantaleo y se acercó con gran dificultad al cuerpo, y apoyándose en el catafalco oró al Señor para que le diera la salud por los méritos de su Siervo, y esto fue suficiente porque sin ayuda de nadie, y tirando el bastón en que se apoyaba, regresó sano caminando con sus propios pies a casa.

También curó milagrosamente a una niña ciega que tenía una perla de nacimiento en los ojos al poner su bonete sobre ellos, precisamente cuando fue llevado por el P. Castilla a la Condestable Colonna, que estaba gravemente enferma, y tras recurrir a la intercesión del Padre, que había sido, como se ha dicho, su ayo y maestro, recuperó milagrosamente la salud.

Y si de la vista del ojo corporal queremos pasar a la del ojo intelectual o espiritual, también sanó de ella a una mujer que se volvió loca por la muerte de una hija suya. Y lo mismo hizo con un sacerdote tan impedido por los escrúpulos que, al no poder proferir las palabras de la Misa con libertad, decidió dejarla, pues se vio libre de ese problema tan grave con besar los pies del Padre, mientras estaba expuesto en la iglesia, y encomendándose a su intercesión.

Y en este traslado sucedió algo que no debe dejarse en silencio; aunque por brevedad aquí dejamos el relato tanto de los favores y dones sobrenaturales que le fueron comunicados por la mano liberal del Señor, como de los milagros y gracias otorgadas por Dios a través de la intercesión de su Siervo José, tanto durante su vida como después de la muerte en beneficio de los fieles, que se leerán en su vida narrada en cinco libros.

El suceso mencionado fue el siguiente: destinado el traslado del Siervo de Dios José de la antigua iglesia a la nueva, que se estaba construyendo, se encontraban a la hora prevista en el lugar destinado los Ilustrísimos y Reverendísimos Prelados Diputados, que eran Monseñor Carducci, Obispo de Sulmona; Monseñor Capobianchi, Obispo de ... y Monseñor Arcani, Obispo de Comacchio; el Señor Abad Pierii, sub Promotor, y el notario del acto. Alrededor de las 22 horas comenzó a la excavación de la tierra, y se descubrió el ataúd, se hizo el reconocimiento del cuerpo, y luego se llevó al lugar destinado en la nueva iglesia. Después de haberlo depositado, se pusieron encima las baldosas, y era cerca de las dos de la noche, que tanto tiempo duró la función. El P. Segismundo de S. Silverio, entonces Asistente General de las Escuelas Pías, declaró bajo juramento que durante la función había orado al Señor que demostrara con algo milagroso la santidad de su Siervo, y experimentó en sí mismo aquello por lo que había orado. Pues saliendo de la iglesia a esa hora sin luz, al pasar por la parte donde se construía, se había excavado un foso para poner los fundamentos a una profundidad de unos 25 palmos, puso un pie en falso, y cayó dentro, dio con el hombro izquierdo en un lado de dicha excavación, rebotó hacia el otro lado, donde había un antiguo muro de unos 8 palmos de ancho, y de allí cayó más abajo. Cuando tuvo la sensación de perder pie al comienzo de la caída, invocó la ayuda del Siervo de Dios, diciendo: “¡Oh, Dios, Padre Fundador!”, recomendándose a él de todo corazón. Se encontró en el fondo de la excavación, hecho de duras piedras, entre una antigua pared de travertinos y un gran travertino excavado en el sitio de unos 4 palmos, sin ninguna lesión, cuando lo natural habría sido, a juicio de los que lo vieron, que hubiera resultado con varias fracturas. Por el contrario, se levantó por sí mismo, recogió la capa, el sombrero, el birrete y el pañuelo que tenía en la mano al caer, esparcidos en diferentes partes de la zanja a causa del movimiento de caída, y subió por sí mismo muy flamante por una escalera de palos que inmediatamente fue bajada, sin haber tenido ninguna contusión en la cabeza, ni en la cara, ni sangrar por la nariz, ni otro signo de lesión y daño recibido, reconociendo la gracia obtenida por Dios a través de la intercesión del Venerable Padre José Fundador. Y de tal suceso se formó un proceso legal con el examen de varios testigos.

16. Tampoco dejó Dios de mostrar sus maravillas en su siervo, algunas de las cuales mencionaré aquí, tomadas de su Vida y del Proceso, que están siendo examinadas en la Sagrada Congregación.

La señora Marquesa Raggi, devota y penitente del mismo V. Padre, se acercó al catafalco, y besó sus pies, sintió que exhalaban un olor muy suave, como de almizcle y rosas. Lo mismo le sucedió a Mons. de Totis, a la Sra. Violante Raimondi y a varias otras personas.

Salvatore di Marini, de Agnani, era un impedido que se arrastraba por el suelo sobre el trasero, ayudado por los estañadores que habían traído la caja de plomo para colocar el cuerpo del P. José, vino a besar sus manos y hábito, e inmediatamente comenzó a estirar los pies y tocar el suelo, y cuando lo dejaron los que le ayudaban, comenzó a caminar solo, girando varias veces alrededor del catafalco, para asombro de todos.

Alessandro Domenico, hijo de Stefano Comini, por un golpe recibido de niño en un brazo quedó privado del uso del mismo, y al tenerlo lleno de cicatrices, los practicantes querían cortarlo por temor a que infestase las otras partes del cuerpo. Fue llevado junto al cadáver del siervo de Dios, y después de tocarlo, antes de salir de la iglesia comenzó a mover el brazo, y en pocos días se quedó completamente sano, quedándole solo algunas cicatrices que mostró al ser examinado en el Proceso.

Entre la multitud de gente llegó un ciego movido por la fama de las gracias que el Señor obraba por medio de su siervo José, y después de tocar el venerable cuerpo, inmediatamente recuperó la vista, habiendo pasado cinco años y más desde que había quedado ciego.

Una mujer poseída por un espíritu maligno fue conducida a la iglesia, y después de tocar el cuerpo del V. siervo de Dios quedó inmediatamente libre, y como signo de la gracia recibida trajo un busto a la iglesia de S. Pantaleo.

Caterina, hija de Pietro Jarnoni, viuda de Anastasio Sergiuli, entró a besar las manos del V. Padre expuesto en la iglesia, y estando el cuerpo rodeado por una cerca de bancos, haciendo fuerza para entrar entre la multitud, se le rasgó en dos pedazos el delantal es sarga negro, quedando un pedazo en la mano de un hombre, que recuperó y lo envolvió en el otro trozo, con la idea de arreglarlo en casa. Después de besar las manos y el hábito del siervo del Señor se retiró a un lado, en presencia del hombre que le había devuelto el trozo desprendido y de otra gente, y lo encontró intacto, como si nunca se hubiera desgarrado. Y hoy se conserva en la habitación del V. Padre, con otra ropa que le había servido para su uso mientras estaba vivo. Y con este mismo delantal Nuestro Señor ha obrado otras maravillas, como si leen más ampliamente en la vida del mismo Venerable Padre impresa en Roma el año 1710.

9 (Anónimo 2). Gracias y Milagros hechos por Nuestro Señor a través de la intercesión de Nuestro Padre General y Fundador durante el tiempo en que estuvo expuesto en la iglesia y después

1. Porcia, hija de Cesare Napolione de Versano, endemoniada, sanó inmediatamente.
2. Mónica de Poncio, estando igualmente endemoniada, fue inmediatamente sanada.
3. Cecilia de Antonio estando igualmente endemoniada se sanó.
4. Catalina de Antonio, se le rasgó el zinale o delantal...
5. Catalina di Sixto habiendo estado inválida se encontró sana.
6. La citada Catalina llevé el zinale a uno de sus familiares.
7. Paola Taddei estando poseída quedó sana.
8. Margarita Porsi había estado enferma de fiebre y dolores inmediatamente sanó.
9. La Sra. Angela Bonelli, tenía un pezón marchito, y quedó inmediatamente sano.
10. La hija de la señora citada tenía un dedo estropeado sanó de inmediato.
11. José de Gregorio había tenido fiebre inmediatamente sanó.
12. Lucrecia Diodata tenía una pierna golpeada y torcida, inmediatamente se curó.
13. Ágata Giordani teniendo un bracio sin poder moverlo, se mantuvo sana.
14. La misma Ágata tenía un diente muerto ya no le dolió más.
15. Julia Squanzi era ciega, recuperó la vista.
16. María de Horacio, estando poseída y minusválida se curó.
17. Juan Bautista de Domingo tenía un gran dolor de cabeza se curó.
18. Santiago Ercolani estaba con dolores en la rodilla, se curó.
19. Catalina Scientini estaba enferma desde hacía dos o tres años, se curó.
20. Octavia Victoria Orsini sufría grandes dolores en la cabeza, y se curó.
21. Catalina d'Alessandro, viuda, tenía un gran dolor en un brazo, se curó.

22. Francisco, hijo de Pietro Sabrione, tenía convulsiones e inmediatamente se curó.
23. Francisco Starino tenía dañadas las piernas y una mano, y sanó.
24. Lorenza hacía tres años que tenía el brazo izquierdo paralizado y se curó.
25. Anastasia Catalia llevaba cinco años con gota, tocó al Padre y se curó.
26. Marta de Marco tenía una herida que supuraba bajo un brazo, y manejaba bien la mano.
27. Lorenzo Pancarelli, cuatros meses con dolor de vientre, inmediatamente sanó.
28. Cristófana Neliofanti una llama de fuego en el ojo derecho, quedo sanada.
29. Leonardo de Martino tenía una congestión en la cabeza quedó curado.
30. Ruggiero Anastatio tenía un dolor en una rodilla, inmediatamente sanó.
31. Alessandro Bernardi, dos meses enfermo con fiebre, con una rodilla que le dolía y supuraba; e inmediatamente se recuperó.
32. Magdalena Manini tenía un fuerte dolor en un muslo, y quedó sana.
33. Sor Alessia de Santa Apolonia con fiebre y oclusión, quedó curada inmediatamente.
34. Margarita Nusa sufría pérdida de sangre; quedó libre.
35. La señora Margarita Rieni no podía dar a luz y trajo al nacido.
36. El Padre Jacinto de San Vicente subió al púlpito para recitar la oración fúnebre del Padre, y quedó completamente sano.
37. La Sra. Victoria Gracchi envió a su hijo de dos años que arrastraba la pierna izquierda al P. José, y le curó.
38. Astolfo di Mutio recuperó la vista que había perdido dos años antes.
39. Salvador di Marino, iba arrastrándose y quedó curado.
40. Juan Lorenzo Berto no podía caminar, quedó curado.
41. Francisco Prati, se vio libre de una enfermedad.
42. Valerio Rotella, padre de la niña con una perla en el ojo, quedó sana.

43. Sor Bárbara tuvo un accidente con el carruaje; desapareció el dolor.
44. El Señor Pedro Pablo Giuliani, teniendo un flujo dolorosísimo de podagra en una pierna se sintió sano.

10 (Soto Real). Milagros

1. Salvador de Morino se arrastraba quedó sano.
2. La señora Victoria Grachi, envió un hijo suyo niño con su pierna izquierda torcida, volvió sano y bueno.
3. Alejandro Cominis, con un feísimo mal en el brazo, fue curado.
4. Valerio Rorella tenía una hija con una perla en el ojo, quedó sana.
5. Anunció la muerte del señor Francisco Biscia.
6. Curó al niño Bernardino Biscia.
7. Catarina Anastasi, delantal reparado, y cura de un enfermo con él
8. Mateo Judicki, consiguió la curación del senador, y descendencia masculina

13 (Bianchi). Muchos milagros

1. Porcia Napolione, endemoniada. Lo mismo a Menica di Pontio y Cecilia d'Antonio.
2. Catarina de Sisto, lisiada, sanó.
3. Catarina d'Antonio, la del delantal.
4. Gioseppe Gregorio, tenía fiebre y curó.
5. Lucrecia Deodato, tenía una pierna torcida.
6. Giovanni di Lorenzo, tenía mal la pierna (el nervio de la rodilla), no podía andar. Y su madre Barbara, a la que atropelló una carroza, y quedó curada.
7. Agata Giordani, tenía un brazo impedido. Y un diente podrido.
8. Giacomo Hercolani, lisiado, con dolores y fiebre.
9. Catarina Sietini, enferma desde hacía dos años.
10. Catarina d'Alessandro, no podía mover un brazo.
11. Francesco Sofirone, tenía impedido el brazo.
12. Francesco Stavicco, enfermo de las piernas y una mano.
13. Lorenzo Astolfi, tres años con el brazo izquierdo hinchado.

14. Anastasia Catalia, cinco años con gota.
15. Lorenzo Pancalli, dolores de riñones.
16. Salvatore di Marino, se arrastraba por el suelo sobre las posaderas, con el codo.
17. Francesco Grati, dolores de estómago durante 18 meses
18. Alessandro Domenico Comini, el niño con el brazo izquierdo herido.
19. Un religioso (Garavita, jesuita) hablaba mal de Calasanz y quedó ciego. Pidió perdón y recuperó la vista. Y luego predicaba sobre un poyo a la puerta de la iglesia.
20. Una mujer pública fue a SP y se le rompió el vestido. Y luego se le arregló.
21. Giulia Sequanzi, ciega, recobró la vista.
22. Maria d'Orazio, lisiada y poseída.
23. Juan Bautista de Domingo, dolor de cabeza.
24. Ottavia Vittoria Orsini, dolor de cabeza, se curó con una reliquia de la sotana.
25. Christofora Lionfanti, un ojo enfermo, se curó con tierra.
26. Leonardo di Martino, inflamación con dolores
27. Alessandro Bernardi, con fiebre y dolores.
28. Madalena Marini, dolor en un muslo.
29. Sor Alessia de Santa Apolonia, fiebre con opilación.
30. Margarita Nuta, pérdida de sangre.
31. Margarita Ganzi, fiebre y dolores.
32. Giacomo Viola, dolor en un muslo.
33. Angela, tenía un pezón marchito. Su hija tenía un dedo con tres heridas.
34. Paula Catarina Carretta, erisipela y dolor de dientes. Monja.
35. Tomaso Armiroto, fiebre y dolores. Su madre Anna Maria, el mismo.
36. P. Francesco M., escolapio de Génova; fiebre y dolores de cabeza.
37. Valerio Rotella: su hija tenía una perla, le pusieron el bonete de Calasanz y curó.
38. Un tal Benedetti, herido mortal, curó en Norcia por una reliquia.
39. P. Agostino di S. Carlo, escolapio en Savona; salió cuando la explosión; Calasanz le advirtió en sueños que saliera.

Núcleo narrativo 11. Fama de santidad

Testimonios a favor

4. En trigésimo lugar, demostraré que, durante su vida, su muerte y después de su muerte tuvo fama y opinión de santidad.

En trigésimo tercero, demostraré que la fama de su santidad dura desde el día de su muerte, e incluso aumenta cada día.

4.3. En cuanto a ser tenido en concepto de santidad el dicho Padre José por gente principal, sé que el Sr. Cardenal de Bagni, y el Ilustrísimo Sr. su hermano, que ahora es nuncio en Francia, tenían de él ese concepto, y por ello a su muerte dichos ilustrísimos querían un retrato suyo, que el Sr. Blas Fattorio le envió a Francia, y esto lo sé porque el Sr. Andrés, sobrino de dicho Sr. Blas, me lo dijo y me mostró el retrato. Añado además que la Señora Maroza, antes esposa de Bernardino Sacco de Gensano, comerciante de Campaña, me dijo dos veces, una en la subida de San Onofre, y otra en la portería de nuestro Colegio en presencia del entonces mi compañero el Padre Jorge, que toda su casa era devota de dicho Padre, y que habían recibido gracias singulares, entre ellas que estando ella gravemente enferma con peligro de morir, el Padre se le apareció visiblemente y la tomó por el brazo diciendo: “Ánimo, que esta vez no vas a morir”, como sucedió, pues se curó de repente. Y esto dice que no le sucedió en un sueño, o bajo otro modo de imaginación, sino que estaba consciente, y ella conoció muy bien a dicho Padre, y de otras gracias obtenidas, como ella misma puede testificar.

Su cuerpo fue enterrado cerca del altar mayor en el lado del Evangelio bajo tierra, y esto lo sé porque lo he visto y varias veces he

ido a su tumba, y he visto ir a otros, y a mujeres a encomendarse a sus intercesiones, como he hecho yo mismo, y yo he ido allí, y voy muchas veces, y me encomiendo a sus intercesiones, y he ido a su sepulcro y he oído que otros van allí porque lo mismo que yo, creo que los demás lo consideran un santo.

Entiendo que la gente consideraba un hombre santo a dicho Padre, y yo el día de su muerte vi una multitud tan grande, que calculo que pasaban de cinco o seis mil personas, que vinieron a la iglesia al mismo tiempo, y entre estas personas había muchos de título, y entre ellas conocí al Embajador de Savona, a Auditores de la Rota, y en concreto vi a Monseñor Gislieri con otros Religiosos de gravedad y doctrina, tales como el Padre Lezana Carmelita, el Padre Garavita de la Compañía de Jesús, a los que yo hice entrar por una puerta secreta, y vinieron otros Padres Franciscanos, Dominicos, y otros. Ya en vida le tenían devoción, y luego tras la muerte aumentó, conforme dije. Como prueba de ello, Monseñor Gislieri, Auditor de la Rota, dos años antes de que el Padre muriera, tratando yo con él por negocios del Colegio, me dijo, que nuestro Padre era un hombre santo, y que como tal lo daría a conocer en la Corte de Roma, alegrándose de haberlo conocido y hablado con él. El Sr. Urbano Mellini me dijo en la sacristía de San Pantaleo que su eminentísimo tío había querido que le asistiese dicho Padre José en su muerte, pues le consideraba un santo varón, y me lo dijo para que también eso contribuyese a la fama de su muerte.

4.4. Sé que el Padre José murió en Roma en San Pantaleo el veinticinco de agosto de mil seiscientos cuarenta y ocho, y esto lo sé porque yo hice la caja de plomo para enterrarlo, y sé que está enterrado en el altar mayor, en el lado del evangelio, y he ido cuatro o cinco veces a confesarme a San Pantaleo, y le he dicho el *De profundis*, y por lo que he oído decir y por lo que he visto lo tienen, y yo lo tengo por un santo hombre.

Y toda la gente procurada besar su ropa, y las manos, y besaban su ropa porque lo tenían como un hombre santo. Y creo que su ropa la tenían como una reliquia, para pedir y conseguir del Padre alguna gracia.

Yo diría que la fama es la opinión y concepto que uno tiene de las cualidades de alguna persona, y he oído que se decía comúnmente que el Padre José era un hombre bueno, santo. Y que él era un hombre bueno lo decían no sólo sus religiosos, sino también otras personas, y esto lo he oído decir no sólo mientras vivió, sino también

después de la muerte. De hecho, mientras el cuerpo estaba encima del suelo expuesto en la iglesia, todo el mundo decía: “Queremos ir a San Pantaleo para ver a un santo Padre, que ha muerto y concede gracias”. Y que ese día gran cantidad de gente acudió a dicho lugar y entre estos había gente noble y plebeyos, yo lo sé porque estando cerca de dicha iglesia vi a la gente que iba a San Pantaleo. Y quienes conocían a este Padre todos lo tienen en concepto de santo. De hecho, antes de que lo metiéramos en la caja, habiendo allí tanta afluencia de personas, aunque eran las tres o cuatro de la noche, los Padres se esforzaron por llevar el cuerpo al oratorio, donde me encontré con un joven que me parecía por el aspecto napolitano, y un Padre le interpelaba, aunque él no contestaba, pero hacía gestos muy feos y se debatía. Lo que pasó luego no lo sé, porque me fui.

4.5. Y muchas otras personas contaban algo milagroso, y hoy día corre este rumor, que es un santo, y muchas personas le tienen devoción, y han recibido un trocito de aquel delantal como dije anteriormente.

4.6. Y también he oído que las personas que han ido allí, y van, van allí para recibir gracias, porque lo tienen como santo, como yo lo tengo, pues he recibido de él muchas gracias. Y he visto lisiados y endemoniados que van allí para recibir gracias. Yo he hecho mis oraciones, y he oído a varias personas que él era un santo, y que fueron allí a pedir gracias.

4.7. Lo he oído nombrar por muchas y diversas personas en diferentes ocasiones, y en diferentes lugares, y todos lo tenían por un gran Siervo de Dios.

Y murió de fiebre, conforme dijeron los médicos, y fue en tiempo de calor, en agosto si no me equivoco, y su cuerpo está enterrado en San Pantaleo cerca del altar mayor, y he ido varias veces a su sepulcro por devoción, estimando que está en el cielo, y puede interceder por mí ante le Señor Dios. Y también he visto a otros arrodillados allí. He visto a religiosos, sacerdotes y otras personas, tanto importantes como ordinarias, que estaban rezando, y hoy se sigue yendo, y yo también voy allí a veces, y cuando voy a esa iglesia ruego al Padre José que interceda por mí, convencido de que está en el cielo, y que puede hacerlo.

Considero que milagro es algo que se produce por causas sobrenaturales, y en cuanto a lo demás, me remito a lo dicho más arriba. Yo fui invitado para dar testimonio por uno de esos Padres, y decir

lo que siempre he publicado y dicho en vida como en muerte del Padre José, que le tengo por un gran siervo de Dios y de vida santa.

4.9. He oído decir que el Padre José en la Casa de San Pantaleo curó a uno de sus religiosos, que estaba desahuciado por los médicos, y que el religioso sanó; no recuerdo el nombre. También entendí que por medio de la intercesión de dicho Padre muchos otros dijeron haber recibido muchas gracias, y esto lo oí de religiosos y de personas de gran calidad, tanto en Roma como en la ciudad de Nápoles, pues en Nápoles buscaban sus reliquias con gran interés, ya que lo tenían en concepto de un hombre santo.

También he visto cuando he ido que va mucha gente, y estos van allí porque es un santo. He ido a arrodillarme varias veces a su tumba, y le supliqué con lágrimas que me sanara de mi enfermedad, y creo que a través de su intercesión he sanado. Se trataba de una hernia; me había tratado el médico del Papa y otros, pero no me curaron, y por lo tanto digo que por medio de su intercesión me he curado. Y que él es un santo, lo he oído en Roma, Venecia y en diversas partes de Italia y en otras naciones, particularmente a los germanos. Y nunca ha disminuido la afluencia a dicha sepultura, pero hoy hay más que nunca, y lo sé porque lo he visto y también he visto cartas de diferentes lugares, y las he leído, y esta es la verdad.

He oído decir que no sólo la gente común y la plebe, sino también la nobleza, no sólo en Roma y España, en el lugar de origen y de nacimiento del Padre, sino en el Reino de Aragón, en Génova, donde en particular hablando yo con el Embajador de España sobre el Padre José, aún vivo, me dijo: “Este Padre es un santo”. En Venecia he oído hablar a la nobleza y, en particular, escuché estas palabras precisas dichas por el Sr. Embajador Zeno, que fue Embajador en Roma por la República Serenísima de Venecia, quien dijo: “Oh, esta religión del Padre José de las escuelas pías sería necesaria para nuestro estado”, y tenía el deseo de introducirla en uno de sus condados en el estado de Venecia. En Roma he oído decir estas palabras precisas que me dijo el Auditor del Cardenal Giustiniani, con ocasión de que el Padre José iba a ver a su Eminencia, que el Cardenal decía: “Respeto a este Padre José como a un santo, y si no fuera por esta dignidad cardenalicia que tengo, cuando viene a verme iría a recibirlo a la puerta de la calle, porque es un hombre santo”. Similar fama de santidad y devoción es universal, como he dicho, en toda España, y lo sé por el trato que tengo con todo el grupo de españoles

en Roma, que todos lo tienen por santo. En Germania, en Polonia tiene una fama similar, no sólo entre la plebe, sino también entre los señores y palatinos de ese Reino de Polonia, según me contaron ciertos Padres de Araceli en el Capítulo General que celebraron en Pentecostés, y dicen estos que el motivo para empezar a considerar santo al padre fue el desprecio de muchos bienes que tenía en el siglo, y que había rechazado dignidades, incluso el arzobispado de Brindisi, en tiempos del duque de Alba. El Sr. Cardenal Spínola, difunto, que fue Arzobispo de Compostela, tenía de él tal concepto que lo consideraba santo, y no quería irse de Roma antes de tener su retrato, que para tenerlo tuvimos que usar muchas estratagemas para hacerlo, sin que el Padre se diera cuenta, porque una vez, habiendo notado que un pintor lo retrataba, se quejó mucho, diciendo que de este modo le ofendían, diciendo “¿Quién es tan palurdo que se le ha ocurrido hacerme un retrato? ¿Les parezco un hombre para ello?” Con muchas otras palabras de queja, y yo estaba presente cuando el Padre hizo este clamor, y a mí me tocaba parte de esta queja, porque yo estaba de acuerdo con muchas otras personas de la casa del Señor Cardenal Spínola, a quienes el Cardenal se había encomendado para que lo tuviéramos a raya hasta que se hiciera ese retrato. Que finalmente se terminó en varias veces sin que se diera cuenta, manteniendo escondido a un pintor en la sacristía en un vestidor donde se guardan sus reliquias, mientras el Padre estaba en la sacristía ocupado con la conversación que le dábamos. El Sr. Cardenal Albernozzi de gloriosa memoria, tenía un gran concepto de su persona por su bondad, de quien se quejaba de que no iba a visitarle, diciendo “El Padre José nunca viene a visitarme”, y esto se lo oí al mismo Padre José, y yo ya sabía antes la entrada que tenía en casa del Cardenal Albernozzi. Al Padre José yo le oí decir: “El Sr. Cardenal Albernozzi me envió a llamar; su Eminencia debe tener paciencia, porque me da vergüenza ir allí”. Supongo que lo hacía por humildad, no considerándose digno de ser visto por esos Príncipes. El concepto y la estima de este Padre que le tiene la gente hace muchos años que comenzó, ya desde la infancia, conforme dije anteriormente, y luego en la edad adulta siempre fue creciendo. En la edad madura ha dado mayores señales con la renuncia de los bienes patrimoniales, y de otros bienes y dignidades que se le ofrecían, a favor de la caridad y las buenas obras que hacía en beneficio de los demás, y entonces llegó a la perfección. Fundó la

Religión de las escuelas pías, en la que vivió con gran santidad y edificación del prójimo, y celo por la salvación de las almas, cosa conocida por todo el mundo. Yo estoy plenamente informado por el trato que he tenido con dicho Padre y su Religión, y con otros informados de sus costumbres y vida. Y hoy lo siento con mayor vigor que nunca por los milagros que cada día se oyen. Hace unos días vi algunas cartas de Nápoles, y otras de Polonia que informaban sobre algunos milagros de gracias recibidas por diferentes personas a través de la intercesión del Padre José.

Acerca de la definición de la fama, considero que es una opinión constante, y compartida por muchas personas, acerca de los hechos de alguna persona, fama de bondad de vida, y de hombre amante y celoso del honor de Dios, y la salvación de las almas y autor de milagros. Sé que la tiene nuestro Padre, tanto entre gente de respeto, como de otras personas. Creo que esta fama ha tenido origen en los buenos y santos actos de dicho Padre. No la estimo un vano rumor y cuchicheo de personas movidas por ligereza, ni de otras personas interesadas por la sangre o la amistad, o de un acuerdo dentro de la misma Congregación, sino que la he considerado y la considero basada en personas serias que lo consideran un hombre santo, aduciendo la gran caridad que ha tenido con el prójimo, el celo por la salvación de las almas y el ejemplo de la virtud, que muchos han conocido, y las acciones singulares que hizo devolviendo la salud a varios enfermos en la forma que he dicho anteriormente. Tiene esta fama entre los principales Padres Conventuales de la religión de San Francisco, y en particular del General actual, y del Padre Regente Biseglia, ahora Obispo de Potenza. Y en suma esta fama entre los Padres mayores es firme y estable, como también entre los primeros Padres Carmelitas Descalzos, como de los Padres José Domingo y Juan de Jesús María, y siempre ha sido estable, duró y dura. De hecho, tuve que ir a Roma en compañía del Padre, justo antes de que muriera, y oí con mis propios oídos a varios que lo llamaban santo, y nunca he oído a nadie hablar contra esta fama. Cuando en Roma asistieron a su muerte muchas personas, nobles y plebeyas, que dan testimonio de ello, y este concepto no sólo existía en Roma, sino también fuera de Roma y hasta en Polonia y Germania. En particular en la sacristía de San Pantaleo vi a señores polacos y alemanes venir a venerarlo y, de hecho, la hoy reina regente de Polonia quería su retrato y su rosario, y sé esto por las cartas que

vinieron de aquellas partes, que lo demuestran, y esas cartas las he oído leer en San Pantaleo.

4.10. Han recibido una gracia muy grande”. Y les contesté: “Y como tal la he recibido, y la recibo”, y siempre doy gracias a Dios, y al dicho Padre, y a menudo voy a su sepulcro para agradecerle y encomendarme a sus intercesiones, y también sé que otros van allí a encomendarse a él, yo lo he visto, y lo tienen como un santo, y siempre que voy allí me encuentro con personas que se encomiendan a sus oraciones.

4.11. Y había tantas personas allí porque querían tocar el cuerpo de dicho Padre José, y recibir un pedazo de su sotana, porque decían que era santo. Y esa fue la razón por la que me llevó mi padre, porque muchas personas le habían aconsejado que me llevase, porque había un Padre santo que hacía muchos milagros.

El Padre José murió, y yo lo vi muerto, y está enterrado a la derecha del altar mayor de la iglesia, y a dicha iglesia voy todos los días, pues voy a estudiar a las Escuelas Pías, a las que empecé a ir cuando quedé curado, que antes no iba. Y las personas que van a verlo dicen que era un santo.

4.15. Yo, como los demás, procuraba entrar en la iglesia movida por la devoción que tenía a aquel hombre santo, para encomendarme a su intercesión, y pedirle la gracia de curarme el brazo derecho, que había quedado inmovilizado por una inflamación que me producía dolor y no podía moverlo, y creo que por su intercesión fui curada.

4.17. Y he oído decir que a su tumba y a su cuerpo, el día que estuvo expuesto, hubo innumerable cantidad de gente, y que se hicieron muchos milagros, y esta afluencia se debía a que se trataba de un santo, y que se acercaban a tocar el cuerpo, y esto lo sé que porque lo he oído decir, y es voz pública y fama.

4.20. Sé que va muy a menudo la gente, y esto lo sé porque los veo, y van a encomendarse a las oraciones del Padre, porque lo tienen como santo, como lo tengo yo, y me parece que la afluencia no disminuye, sino que continúa.

4.21. Y todos los que venían querían tocarlo con rosarios, besarle las manos y los pies, como a un santo, según decían.

4.27. Vi a un tal que hace exvotos en Nuestra Señora dei Monti, que tenía una mano hinchada, que no podía trabajar, y la estaba frotan-

do sobre las baldosas de la sepultura del Padre José, y poco tiempo después vi a ese hombre con la mano curada, con un exvoto, que puso sobre la sepultura como señal de la gracia recibida por medio de la intercesión del Padre José, y el mal que tenía en la mano decían que era quiragra, lo que le impedía trabajar, y desde entonces en adelante ya no sufría, y me dijo que era santo.

4.28. Y allí me quedé, con la esperanza de poder entrar donde estaba el dicho cuerpo, hasta que vino la señora Cardelli, y a ella le abrieron la puerta donde estaba dicho Padre, y entré con ella, y toqué y besé el pie al dicho Padre, y puse mi cabeza bajo las plantas de sus pies y con gran fe me encomendé a la intercesión de este santo Padre, rezándole para que me librase de este mal. Y después de estar un poco de tiempo allí con la esperanza de recibir la gracia, me fui a casa, y desde ese momento en adelante, por la gracia de Dios y del santo citado, nunca más sufrí de este mal, y esta sanación declaro haberla recibido a través de la intercesión de este gran siervo de Dios.

Núcleo narrativo 12. Restauración de la Orden

Restauración como Congregación de votos simples

10. Difunto el Papa Inocencio X, le sucedió en el pontificado el Cardenal Fabio Chigi, que en su asunción se llama Alejandro Séptimo. Este Papa, dispensando el Breve de Urbano VIII, en el cual manda que no se trate en la Sacra Congregación de Ritos de ninguno que no esté difunto 50 años, ordenó con particular decreto que se introdujese la causa del Padre José de la Madre de Dios en la Sacra Congregación de Ritos, como se hizo. También este Pontífice despachó un Breve el primero año de su Pontificado, mandando a los Obispos que no se entrometan con los Clérigos pobres de la Madre de Dios de la Escuela Pía; los declara exentos del Ordinario. Alaba mucho el piadoso el instituto, pero ordenó que los votos solo fuesen simples, añadiendo juramento de perseverancia, reservando la absolución y dispensación de dichos votos simples y juramento a la Santa Sede Apostólica, prohibiendo el poderla obtener por virtud de la Bula de la Cruzada, Jubileo u otros privilegios. Rogóle el Padre Camilo que declarase la Escuela Pía Religión y le quitase el título de Congregación Secular, y no fue posible poderlo conseguir de Su Santidad, con mostrarse tan afecto a la Escuela Pía, según las continuas limosnas que le enviaba; y queriendo que el jueves, día de vacación de escuelas, tuviesen los Padres del vino regalado de su dispensa Pontificia. Y con haber estudiado en la Escuela Pía a su sobrino el Eminentísimo señor Cardenal Flavio Chigi, no se pudo alcanzar que declarase Religión la Escuela Pía, antes cuando más apretaron, respondió Su Santidad: esto lo hará nuestro sucesor, y

sin duda que fue disposición del Cielo, para que se verificase la profecía de nuestro Padre Fundador.

12. Dos de los adversarios de José, que aún quedaban y tenían autoridad, para ensombrecer su memoria y eliminar la disciplina, e incluso quisieron quitar los rayos de la Virgen en el escudo de la Orden (ya los habían quitado diligentemente del altar por medio de algunos amigos), no querían renunciar al apellido familiar, ni las sandalias, y otras muchas cosas que había establecido José para su Orden bajo la inspiración de la Virgen. El P. Juan Carlos, para que el P. Cosme actuara según la costumbre, con esfuerzo preparó un arma para destrozarse con un golpe al inicuo enemigo del género humano, se dirigió al Sumo Pontífice para que el Breve Apostólico de Alejandro VII de que hablé, renovado, se incluyera lo siguiente: *El Padre General y su Congregación, formada por cuatro Asistentes, tendrán un mandato de solo seis años. Los Asistentes tendrán voto decisivo con el Prepósito General para los nombramientos, diputaciones y cambios de todos los superiores. En los demás asuntos los Asistentes tendrán voto consultivo, y el Prepósito General, en la medida de lo posible, seguirá su consejo, como está prescrito en las constituciones de la Congregación. Todos residirán con el Prepósito General en la casa de San Pantaleo de la Ciudad. Por lo demás, dicha Congregación deberá observar invariablemente los preceptos de su instituto, principalmente la recepción de niños pobres en sus casas; llevar el hábito según la calidad y forma establecidas en sus Constituciones; irán con los pies descalzos; recibirán en sus escuelas niños aptos para los primeros elementos; sus lechos serán conformes a lo establecido en las Constituciones; a los miembros de la Congregación se les llamará no según el apellido nativo, sino con el nombre de algún Santo; deberán seguir en el camino de la pobreza que profesaron los miembros de este instituto. Por lo demás, deben observarse las antiguas Constituciones de la Congregación, con todas las gracias, indultos y privilegios concedidos por la Sede Apostólica*". Todas estas cosas dieron tanta alegría al P. General Cosme como a los esforzados hijos y alumnos de José que cantaron el himno *Te Deum laudamus*, no sin lágrimas y enorme gozo, dando gracias a Dios y la Virgen. Inmediatamente las casas y colegios de las Escuelas Pías en la Cristiandad, que habían yacido oprimidas por la calamidad, levantaron felizmente la cabeza con gran alegría y felicitación de todas las Órdenes.

13. Lo cual, si bien no ocurrió en vida suya (queriendo Dios tal vez mortificarlo incluso en esto para aumentar su mérito en el cielo), sin embargo ocurrió diez años después de su vida, porque Alejandro VII, sucesor de Inocencio X, liberó por gracia especial a la Congregación de las Escuelas Pías de la jurisdicción de los Ordinarios, con su Breve de fecha 24 de enero de 1656, con el que la redujo de nuevo a Congregación de tres votos simples, ordenando que fuera gobernada por su General y sus Superiores como antes. De modo que la Congregación comenzó de nuevo a respirar y a ponerse en pie con la entrega del hábito a diferentes sujetos.

Pero finalmente, después de trece años en los que fue gobernada la Congregación con dicho Breve de Alejandro VII, además de otros diez en que estuvo suprimida bajo Inocencio X, veintitrés años en total, en los que la Religión sufrió mucho daño, pues muchos religiosos salieron de la religión, muchos murieron de muerte natural y otros de contagio en Génova, Nápoles y otras casas en el Reino, y otros en el incendio de Savona, y quedaban pocos en la religión, Clemente IX, sucesor de Alejandro VII, la estableció de nuevo y la perfeccionó con toda rapidez reduciendo dicha Congregación a un nuevo y perfecto estado de Religión, como las otras de tres votos solemnes, y con todos los privilegios de las religiones mendicantes, con nuevo Breve favorable el 23 de octubre de 1669. Con lo cual quedó completamente verificada la profecía de nuestro V. P. fundador de que no pasaría mucho tiempo para volver nuestra Religión a su estado anterior, con júbilo universal de todos los religiosos de la misma. Ese Breve y favor singular de S. S. debe estimarse aún más, ya que se dio en el tiempo en que se trataba de suprimir alguna otra Religión, y en los últimos días de la vida santísima de dicho Sumo Pontífice, que selló con una obra tan señalada y gloriosa para disfrutar también por ella el premio eterno en el cielo.

14. Después de la muerte del P. José fue elevado al pontificado Alejandro VII, quien expidió un Breve el 24 de enero de 1656, en el que, aunque confirmó la reducción del citado Instituto de las Escuelas Pías hecha por su predecesor en 1646 de Religión a Congregación de sacerdotes seculares, como los del Oratorio fundado por S. Felipe Neri, con todo confirmó todos los privilegios previamente concedidos por Gregorio XV en su erección, así de Congregación hecha en 1617, como de Religión en 1621, en todo aquello que no repugnaba al estado de sacerdotes seculares, y confirmó expresamente en la mis-

ma Bula todas las reglas hechas por el Siervo de Dios, y en especial la de ir descalzos, el llamarse no con el apellido de familia sino con el de algún santo, y tener como escudo el Santísimo Nombre de María con los rayos alrededor, y otras cosas similares, que no sólo los vicarios anteriores habían tratado de abolir, sino que incluso después de su muerte cuatro Padres seguidores suyos tuvieron el atrevimiento de hacer una nueva propuesta en el Capítulo celebrado en Roma, en el que el P. Cosme di Jesús María fue elegido General para cambiarlo, pero el dicho P. General no permitió que se tratara entonces, y luego, para imponer en el futuro perpetuo silencio, hizo que el Papa Alejandro VII lo confirmase en su Breve, como lo hizo con las siguientes palabras: “*Ut Prepositus Generalis memorate Congregationis, et quatuor Assistentes et durare deberent ad sexennium tantum et preterea inviolate servari precepit laudabile dictum Congregationis Institutum, precipue in usu associandi pueros pauperes ad eorum domus; deferendi habitus qualitate et forme a predictis Constitutionibus prescripte; incedendi pedibus discalceatis; recipiendi ad scholas pueros aptos ad prima elementa; adhibendi lectulas ad formam ipsarum Constitutionum denominandi personas eiusdem congregationis non ex cognomine gentilitio, sed ex nomine alicuius Sancti; ac demum servandi etiam in itinere paupertatem, quan operarii huius Instituti profitentur. In ceteris vero servari iussit antiquas Constitutiones Congregationes huiusmodi omnibus gratiis, indultis et privilegiis a Sede Apostolica eidem concessis*”. Este Breve fue recibido por los buenos religiosos y fieles hijos del P. José con pública acción de gracias, cantando no sin lágrimas de júbilo el canto *Te Deum Laudamus*. La Congregación comenzó con esta nueva confirmación a florecer mucho de nuevo; pero al final se tenía que confirmar la profecía hecha por el Siervo de Dios, que después de la agitación de una tormenta tan grave en la que parecía que iba a sumergirse su nueva Congregación, debía volver la serenidad de su reintegración y aumento para experimentar su protección del cielo, que antes de morir prometió a sus hijos que lloraban alrededor de su cama, como diremos cuando tratemos de su preciosa muerte.

16. Por ello los mismos renunciaron libremente a su cargo, y le dejaron gobernar solo, quien, triunfando con esta victoria, disfrutaba con los continuos vilipendios que hacía al siervo de Dios y con el gobierno sin reglas de los demás religiosos, de modo que en poco tiempo la Religión de las Escuelas Pías se redujo a una Congrega-

ción de sacerdotes seculares, y de esta manera se mantuvo por espacio de diez años, después de lo cual fue restableció en el estado de la Congregación con votos simples, y dependencia de todos los colegios de un solo General, por Alejandro VII con una Bula fechada el 24 de enero de 1656. Y más tarde, por la Santidad de Clemente IX de gloriosa memoria se restableció en el estado primero de Religión con votos solemnes. Y en este estado se la ve florecer notablemente en el presente por la gracia del Señor.

Restauración como Orden de votos solemnes

10. Difunto del Papa Alejandro VII, fue su sucesor el Cardenal Julio Rospigliosi, que en su asunción se llamó Clemente Nono, el cual acordándose de lo que el Padre Fundador le predijo que sería no solo Cardenal, aunque tardase a conseguirlo, pero aún algo más, y que entonces se acordase de su pobre Escuela Pía, así lo hizo su Santidad, porque la declaró Religión, y le volvió a conceder todas las gracias que le había concedido el Papa Gregorio XV, suspendidas por sus dos últimos antecesores. Mandó con particular decreto que los procesos de su vida y milagros se viesen con toda solicitud y presteza, señalando a un Cardenal para este efecto particular. También ordenó que se reconociese el cuerpo, aunque para evitar el concurso del pueblo quiso que se hiciese cerradas las puertas de la iglesia, como se ejecutó en presencia de los Cardenales y Prelados para este efecto señalados. Y tengo por muy firme, constante y seguro, que si Su Majestad Católica y su Sacro, Real y Supremo Consejo de Aragón suplicaren a su Santidad que, atento están concluidos los procesos de la vida, muerte y milagros de este bendito siervo de Dios José de la Madre de Dios, y revistas en la Sacra Congregación de Ritos, en el ínterin que se dilata la canonización, se sirva dar de título de Beato, se conseguirá sin duda alguna. Y si con haber escrito yo esta vida inclinase los ánimos de sus Majestades Católicas, de sus Ministros y de los señores, Grandes y Títulos de esta Catolicísima Monarquía, y finalmente los de todos los Españoles a ser devotos y un Caballero Español su compatriota el bendito padre José Calasanz de la Madre de Dios, y de su pobre cuanto provechosa Religión la Escuela Pía, diera por bien empleada, y aún por misteriosa, esta mi detención en estos Reinos.

11. Y ya que hemos mencionado a un Vicario de Cristo Nuestro Señor tan clementísimo, no me parece fuera de propósito el contar lo

que su suma bondad se dignó decirme de nuestro venerable Padre fundador, lo cual es una prueba de la opinión y alta estima en la que Su Santidad le tenía, a quien yendo yo a besarle los pies y presentar la instancia debida para suplicarle la dispensa del tiempo para formarse el proceso de la vida del venerable Padre para su beatificación y para la restauración de la congregación en el estado de orden y por otras particularidades en beneficio de la misma, llevado ya por el favor y la protección de aquellas altezas serenísimas, por cuanto con toda eficacia ya ellos habían dispuesto por su agente, el señor conde Monte Augusti, con sus cartas, y entre otras cosas me dijo Su Santidad: “Creemos deberá usted saber cómo siendo nosotros prelado fuimos visitador de su congregación, y habiendo ido una vez a San Pantaleo a tal efecto, buscamos al buen viejo, gran siervo de Dios y verdadero siervo del Señor, y no aparecía; al final lo encontramos con la escoba en la mano, barriendo una clase, de lo que todos nos quedamos extraordinariamente admirados por una humildad tan grande, y entre nosotros dijimos que era nuestro deber ayudar en lo que pudiéramos a una obra tan santa, y a un siervo de Dios tan digno. Ahora que nos sentamos en la cátedra de San Pedro, ¿no quiere que pongamos en práctica un propósito tan santo? Padre General, todo lo que pida se lo concederemos, y alégrese, que su persona tiene mucho crédito en la Santa Sede Apostólica, y el tiempo se lo hará conocer”. En 1664 ocurrió que yo tuve que ir a Roma por el oficio que tenía en la provincia de Sicilia, y de aquella ciudad por razones del cargo que me dieron me tuve que transferir a Florencia, y estando allí fui a presentar mis respetos a la alteza serenísima del Gran Duque Fernando de Toscana, y a su hijo el príncipe Cosme, que reina hoy, con el hermano del Gran Duque, Leopoldo, que luego fue cardenal de la Santa Iglesia. Vi a estas altezas llenas de piedad y gran afecto hacia nuestro instituto, el cual profesa infinito agradecimiento y el deber de reconocimiento, y ruega siempre a Dios por la persona del Gran Duque por muchos años, y pide la suma felicidad y grandeza de su Estado, pues además de habernos protegido ante Su Santidad Alejandro VII, todavía hicieron más, pues a mis ruegos el Serenísimo Gran Duque Fernando con su hermano el cardenal Leopoldo instaron ante Su Santidad Clemente IX de eterna memoria, y lograron la reintegración de nuestra Orden al estado de que goza ahora, con la confirmación de todos los privilegios y gracias que se contienen en aquel Breve que se publicó el 23 de octubre del año 1669 de nuestra salvación.

12. Reunió sus cosas asombrosas y las cartas el P. Juan Carlos de Sta. Bárbara, que se esforzó mucho por la causa del hombre de Dios y por la restauración de la Orden.

13. No se lee (al menos no sabemos) que otra Religión suprimida haya sido tan honorablemente restaurada y con un Breve especial vuelta de nuevo a su estado original como esta de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, que a la manera de un ave fénix consumida en su propio fuego de sufrimientos y persecuciones, renace y rejuvenece más vigorosamente que nunca. Una clara señal de la gran protección de la Madre de Dios, que mantiene a sus pobres siervos y a los hijos de ese José que ella mantuvo, y mantiene aún bajo su tutela. Y no permitió Dios que su siervo José tuviera ese gozo y alegría de ver su religión en el estado prístino, para conseguirlo de Dios y su Santísima Madre después de su vida en el cielo, como defensor de sus hijos ante Dios, a los que dejó afligidos en la tormenta de la supresión. Y era razonable que habiendo sido un Clemente VIII quien dio el ser al Instituto de las Escuelas Pías, como se dijo anteriormente, fuera otro Clemente, IX, sucesor, quien lo sublimase y lo restableciese de nuevo en el estado de Religión, y que el final correspondiera con el principio.

14. De hecho, poco a poco se levantaron los buenos religiosos y celosos de su Instituto, que bajo el pasado gobierno de los dos vicarios habían estado oprimidos y mortificados, y eligiendo superiores locales que eran guardianes y pastores conservadores de los rebaños, no lobos devoradores, vino a florecer de nuevo, y a recuperar aquel brillo de observancia y espíritu que en este sagrado Instituto había florecido desde sus inicios. Y finalmente, como diremos, recuperó de los Sumos Pontífices el estado y privilegios de una verdadera religión con tres votos solemnes y las exenciones y privilegios correspondientes a dicho estado, y la comunicación de los Privilegios de las cuatro órdenes mendicantes. Pero el Señor no quiso que esto sucediera en la vida de su Fundador, aunque a él le revelase todo esto y se lo hiciera ver con luz profética, porque quería, con aumento de sus méritos, como otro Moisés legislador, que viera desde lejos, si no la tierra de la promesa, la restauración prometida de su religión, y luego, como al otro, hacerle morir con el beso del Señor en medio de las tribulaciones y mortificaciones de ver su Religión en mal estado. Porque precisamente estos son los besos más queridos

que Dios da a los justos en esta vida, donde los labios de la esposa destilan mirra reservando para el otro leche y miel en sus labios. Luego fue elegido para el feliz gobierno de la Iglesia el santísimo y nunca bastante alabado Pontífice Clemente IX, el cual, clemente de nombre y muy piadoso de hechos, condescendiente a los ruegos del P. Cosme citado, y del P. Procurador de la Congregación, P. Juan Carlos de Santa Bárbara, con su Breve de fecha 23 de octubre de 1669, tercero de su pontificado, confirmó no sólo lo que su predecesor había establecido en su Breve, sino que devolvió el nombre y el estado de verdadera Religión con tres votos solemnes, y la participación de los privilegios de cuatro Órdenes Mendicantes, concedida por Paulo V, convirtiéndolos de nuevo de sacerdotes seculares a sacerdotes regulares, y el Breve comenzaba con estas palabras: “Ex iniuncto nobis divinitus...”.

Así quedó confirmado una vez más como Religión el Instituto de las Escuelas Pías, que con tantas conmociones y tormentas tan espantosas se parecía a la misma Iglesia, crecida y dilatada no sólo por toda Italia, sino también en Sicilia, Cerdeña, Polonia, Alemania y España; y se cumplieron las profecías de su Fundador hechas varias veces a sus hijos fieles, cuando entre las gravísimas tribulaciones de su Orden los veía afligidos y les decía: “No dudéis hijos, hay tribulaciones y persecuciones, y habrá muchas otras, pero más que nos veamos sumergidos hasta el cuello, no dejéis de confiar en el Señor y en su Santísima Madre, bajo cuya poderosa protección está este pobre Instituto, porque al final todas las cosas volverán a la calma, y ella hará recuperar con mayor brillo lo que la maldad de sus envidiosos y sus inicuos miembros le han quitado”. Lo que, como diremos, confirmó al final de su vida para consolar a los suyos, que lloraban porque les dejaba en medio de tantos sufrimientos. Bienaventurado el Señor, que sabe sacar bien del mal.

15. Terminadas las tormentas de las contrariedades, ha resucitado, y como grano muerto en la tierra, ha brotado más vigorosamente, como aparece claramente con las nuevas fundaciones que en estos reinos y en otros más a diario se hacen, extendiéndose para gloria de Dios, y multiplicándose para alimentar a los niños pobres en las buenas costumbres y la piedad cristiana.

Apéndice. Frases atribuidas a Calasanz en estas primeras Vidas

Infancia y juventud

“Este es nuestro enemigo, ¿no sabéis que nos atrae siempre a hacer el mal? Yo tengo ganas de matarlo. ¡Oh, si supiera donde está ese feo y horrendo monstruo!” “En verdad os digo que le voy a dar una cuchillada tan grande que lo haré morir” (11)

“Te doy gracias, Señor Jesucristo, porque desde la infancia custodiaste mi juventud, para no ser arrebatada mi mente por mis enemigos, ni ser desviado por las sendas que llevan al interior de la muerte. Ayudado por ti atravesé las inmundicias del diablo por una calle inmaculada. A ti solamente te entrego mi fe como un siervo, y a mí mismo con toda devoción” (11)

“Señor y Redentor mío, si es tu voluntad, y sirve para mayor gloria tuya y servicio y ayuda del prójimo el que yo me sane de esta enfermedad, yo seré tuyo, aunque ni tengo ni valgo nada, sino lo que tú haces de mí; que tu voluntad se haga en el cielo y en la tierra. Sólo te ruego, que si quieres que yo viva en esta frágil vida, te complazcas, Dios mío, en hacerme un digno ministro tuyo, para poder gozar del santo altar. Siempre he tenido este anhelo de unirme a ti, y de vivir la vida verdadera, que sois vos, mi bien. Y este deseo mío os lo prometo con voto, de ser todo de vuestra Divina Majestad. Mi vida, mi Dios, haz de mí como te plazca, que otra cosa no quiero sino lo que tú quieras. Así he dicho” (11)

Sacerdocio en España

“Píadosísimo Señor mío, ¿así que es voluntad tuya que para mayor servicio y gloria de tu suma bondad se confíe a mi inhabilidad el

gobierno y la administración de estas almas? ¿Qué fuerza y poder tengo yo para llevarlo adelante? ¡Mira que *'me hundo en el cieno del abismo, sin poder hacer pie'*! Si tú no me ayudas, ¿qué podré hacer yo? Me parece, Dios mío, llevado *'a las honduras de las aguas, ¡el flujo de las aguas no me anegue!'* En tales males, en los que veo a esta gente correr como insensata a los precipicios, que no sabe hacer otra cosa más que pecar, mi ineptitud no puede hacerles evitar una miseria tal. Bien conozco la mía, que no sé pensar en ningún bien sin tu ayuda. *'¡Sálvame, oh Dios, porque las aguas me llegan hasta el cuello!'* Yo también soy pecador, como estos que te ofenden. Ten piedad, Dios mío; piedad, Señor, perdón, si es voluntad tuya que yo proclame que *'de la opresión, de la violencia, rescatará su alma'*; ello te dará gloria, y honor a tu nombre en la boca de estos. Yo confieso que tu bondad para conmigo es grande, *'Dios, me enseñaste desde mi juventud'*, por lo que mi alma toda yace en dolor y llanto por los pecados que cometen estas criaturas tuyas contra tu Santo Nombre, *'porque el celo por tu casa me devora'*, si ese es tu gusto, y *'proclamaré tus maravillas hasta que sea viejo'*. Dame un alma encendida en el fuego del amor divino. Asísteme con tus dones de gracia, que son dignos de vuestra beneficencia. Descárgame, benignísimo Jesús, del peso de los sentidos, para que así levantado, y vuelto a tu gusto, pueda servirte sin ningún impedimento. Dame aquella prudencia que me haga en parte conforme a las virtudes de tus santos. Dame una justicia incorrupta, con la cual pueda dar reglas a este pueblo tuyo. Ármame de tu fuerza, que me ha sido provechosa para mi defensa y para la de tu Iglesia y su gobierno. Hazme digno, Jesús mío, de una vida continente, incesante en la devoción, fuerte en mis padecimientos, y que todo mi sentir sea tu querer, tu servicio y tu mayor gloria, para que así yo quiera, Dios mío, ayudar a estas almas tuyas, para que dejen el pecado; en mis costumbres, huyan los vicios; y en mi caridad, con tu gracias y favor, te amen y sirvan siempre a ti, Dios mío, nuestro sumo bien” (11)

“Pongo al Señor ante mí sin cesar, porque está a mi diestra, no vacilo” (11)

“¿Quién soy yo, mi Señor? Yo no soy nada, y vos, mi Creador y Redentor del universo, os habéis complacido en serviros de esta vil criatura. Dulce bien mío, dadme vuestro amor y vuestra gracia; estad siempre conmigo, no me dejéis, Dios mío, para que yo sea siem-

pre vuestro. Sin vos no soy nada, y estando vos en mí soy y puedo hacer todo aquello que sea de vuestro gusto y servicio” (11)

“No tengo ninguna pretensión, ¿qué tengo que hacer en Roma?” (4.22)

“¿Qué tengo que hacer yo en Roma? Yo no pretendo nada, así que ¿por qué quiero meterme a hacer este viaje?” (7)

“Peor hubieras hecho tú si te hubieras visto en una tentación semejante y Dios no te hubiera sostenido” (7)

“¿Para que he de ir a la Ciudad? Y no tengo ninguna ambición ni deseo ninguna dignidad” (12)

Primeros años en Roma

“¿No sabéis – dijo – cuánta fuerza y poder tienen estos dos dedos, el pulgar y el índice del sacerdote?” (12)

“No es esto sino obra del Smo. Sacramento del altar, porque confiando en él, que con estos dos dedos lo tuve antes en la Santa Misa, me atreví a tirar de la endemoniada, sabiendo que todo el infierno no puede resistir a la fuerza que el Smo. Sacramento comunica a los dedos del sacerdote, que en la Santa Misa lo tocan” (14)

“¿No conocen el gran poder de estos dos dedos, por el contacto del Santísimo Sacramento?” (16)

“Tal vez el Señor quiere que cuide de estos chicos” (4.22)

Congregación

“¿Quién de vosotros tiene suficiente valor para llevarse a la boca una brasa ardiente?” (12)

“¿Quién de nosotros sería tan obediente, que la voz del Superior pondría en su boca uno de estos carbones encendidos?” (13)

“Hasta ahora habéis servido al mundo, del que no habéis sacado nada más que piedras y tierra; pero en nuestra Congregación tendréis paz y flores” (13)

“No parta de esta vida sin pedirme la bendición antes” (A Glicerio)
“¿Quién llama? Entre” “Vaya, bendito sea” (13)

“V. Eminencia irá al Cónclave y pronto será elegido Papa, y le ruego que se acuerde de nuestra Congregación” (13)

“Procure Vuestra Reverencia que nuestras Constituciones se observen un poco mejor de lo que han hecho en el pasado; y si bien yo estoy lejos, veo, sin embargo, como si estuviera al lado” (15)

Dejemos obrar a Dios

“Dios está por nosotros; dejemos obrar a Dios” (1)

“Todo es voluntad de Dios” “Dejemos obrar a Dios” (4.6)

“Dejad obrar a Dios” (4.7)

“Aquí debemos dejar obrar a Dios” (4.21)

“Dejemos obrar a Dios, dejemos obrar a Dios, que a Él le toca tener cuidado de sus pobres. Si somos cosa suya, él nos defenderá; y si Dios quiere que las cosas sean así, y que se destruya la obra de las Escuelas Pías, nos debemos contentar todos. Yo no he tenido otro objetivo que su gloria y que el cumplimiento de su santísima voluntad” (5)

“Dejemos obrar a Dios; él se ocupará de su causa, y de nosotros” (6)

“Dios quiere algo grande, que se haga su santa voluntad” (9)

“En buen a hora, dejemos obrar a Dios, que *me salvó porque me amaba*” (11)

“Dejemos obrar a Dios, en buena hora, paciencia. Tiene que cumplirse lo que Dios quiere de nosotros, y como dice el Eclesiástico, *“porque el Señor lo hizo todo, y dio a los piadosos la sabiduría”* (11)

“Dejemos obrar a Dios, el cual *‘me esconde a la sombra de sus alas frente a esos impíos que me acosan’*, a él le toca pensar en los pobres de nosotros. Si el instituto es cosa suya, Él lo mantendrá y lo aumentará por todas partes. Y si quiere que esté así o que se destruya la obra de las Escuelas Pías, lo debemos aceptar gustosos; yo no he tenido otro fin más que su gloria y el llevar a cabo su santa voluntad” (11)

“Pobre Orden, pobre de mí. Ella y yo estamos en las manos de Dios. Que se cumpla su divina voluntad, pues el Señor quiere alguna cosa grande” (11)

“Dejemos obrar a Dios, que cuidará de su causa y de sus pobres” (13)

“Padres míos, en esto debemos dejar obrar a Dios” (14)

“Dejemos obrar a Dios, que él sabe lo que debe hacer” (14)

Buscar la perfección religiosa

“¡Este es su oficio!” “¿No se avergüenzan de que alguien les oiga decir estas cosas? Vayan con Dios, y no lo hagan más” (4.16)

“Dejad esas simplezas – decía-; tratad solamente sobre la perfección religiosa” “¡Dejad esas historias! El oficio de los religiosos no es discutir inútilmente sobre el poder y la excelencia de los reinos, y rezar asiduamente a Dios para que los Príncipes dejen de luchar entre ellos y busquen la concordia” (12)

“Dejad esas simplezas; tratad solamente sobre la perfección religiosa” “¡Dejad esas historias! El oficio de los religiosos no es discutir inútilmente sobre el poder y la excelencia de los reinos, y rezar asiduamente a Dios para que los Príncipes dejen de luchar entre ellos y busquen la concordia” (12)

“El que dice el oficio en las horas debidas es obediente; quien lo anticipa, es diligente; pero quien lo pospone, es negligente” (14)

“Hermanos, esforzaos en la imitación de Cristo, y en ella, como nos enseñó el Maestro celestial, discite a me, quia mitis sum et humilis corde” (14)

“Los que no tienen la modestia y el silencio que deben, son religiosos de hábito y no de virtud” (14)

“Recuerden que somos pobres de la Madre de Dios, y que estamos bajo su santa bandera. Esforcémonos en trabajar como lo que somos; el tiempo es corto y de un punto depende la eternidad” (15)

Confianza en la Providencia

“Hágase la divina voluntad en todo y por todo” “Hijo, tenemos un punto en común con los Apóstoles, que es padecer injurias por el nombre de Jesús. Procuramos tener también el primero: iban los Apóstoles contentos” “Mientras tenga aliento en la boca, nunca

perderé la firmeza en el servicio de Dios, y espero incluso con esperanza contra la esperanza, porque la obra que he hecho, la he hecho por el mero amor de Dios” (4.3)

“Den ahora esto, que Dios nos proveerá” (4.21)

“Ha hecho mal. Ha hecho mal, y lo siento mucho. Los bienaventurados en el cielo ven la divina voluntad, y con eso se quedan completamente pagados y satisfechos. Si Dios quiere que suframos durante toda nuestra vida, nos tenemos que conformar y aceptarlo como un favor que nos hace al ponernos con Él en la cruz. ¿Hará algo especial en esta ocasión? Ha hecho usted mal en quejarse; eso no debe hacerse” (5)

“Tened fe y no dudéis. Si no tenéis fe nunca haréis nada” “Danos aumento de fe, esperanza y caridad” (5)

“No vaya a creer V.R. que nuestra Orden, aunque ahora está destruida, no vaya a resurgir más, sino más bien ampliarse con la ayuda del Señor; e incluso pienso que no pasará mucho tiempo. Por eso conviene estar firmes en la mortificación que Dios nos envía, porque con ella quiere probar quién le sirve verdaderamente por amor, y quien persevere verá el auxilio del cielo sobre él” “Permaneced constantes y veréis el auxilio del Señor sobre vosotros. Ahora rezamos por vosotros para que no os entristezcáis, sino que en la tribulación brille más vuestra virtud” (6)

“Hijitos, tengamos confianza en Dios y en su providencia, que no puede fallar” (7)

“Han hecho todo lo que han podido y sabido para mortificarme; me privaron del Generalato, deshicieron la Religión por la que he luchado durante 50 años, me calumniaron y deshonraron, me pueden quitar la vida si Dios se lo permite, pero nunca me quitarán a nuestro Dios, por amor de quien hice todo” (8)

“Vayamos, que Dios nos ayudará” (8)

“Ciertamente en esta negociación hay pecado, nunca la aceptaré, y si Dios quiere que sigamos siempre así, y que se destruya la obra, todos debemos estar contentos; no he tenido nunca otro fin que su gloria y el cumplimiento de su santa voluntad” (9)

“Esto ha sido la voluntad de Dios, y debe hacerse, y nosotros hagamos oraciones, a fin de que en todo sepamos recibir lo que es su voluntad

con placer y paciencia, conformándonos a su divina voluntad. Y su pensamiento es conservar el instituto de su obra en las dificultades, y después hasta el fin del mundo, como quiera. Que Dios le bendiga” (11)

“Tengamos fe; tengamos fe, y no dudar; si no tenéis fe, no haréis nada” (11)

“Id todos al Santísimo Sacramento, y recitad ante él cinco padre-nuestros y la salutación angélica” (12)

“Ánimo, no temas” (12)

“Hijos, aceptemos lo que Dios quiera hacer, y pongamos nuestra confianza solo en él” “Hijos, hemos llegado ya al punto de *padecer insultos por el nombre de Jesús*; procuremos también lograr lo que se dice antes: *los Apóstoles iban alegres*” “Mientras tenga aliento, nunca perderé la firmeza de ánimo en el servicio de Dios, por ninguna calamidad, ni perderé la esperanza, sino que con esperanza esperaré contra toda esperanza, pues nuestra obra se basa en el amor de Dios, y no sufro por los ataques que me hacen, sino por las almas de los que atacan a la Orden, a quienes veo en gran peligro” (12)

“Ea, no desconfiéis, hijos, que esta no es nuestra causa, es la causa de Dios, por cuyo amor con tantos esfuerzos la hemos instituido, y como le toca a él protegerla, yo nunca perderé la esperanza. De hecho, con el apóstol ‘in spe contra spem omnini sperabo’” (14)

“¡Ay de nosotros, ay de nuestra Religión, y ay de los que la persiguen, que de mí y de mi orden será lo que Dios quiera, y en él he puesto he confiado todo!” (14)

“Vaya, tráigalo todo aquí y dáselo a este pobre hombre, que no sabe cómo alimentar a su numerosa familia” “Vaya y obedezca, porque Dios no dejará de remediar la necesidad de los enfermos y de sus religiosos sanos” (14)

“Dad, que Dios proveerá. Confiad en Dios que no os fallará” (15)

“Dad, que Dios proveerá” “Confiad en Dios, que no os faltará” (16)

“Esperemos en Dios; esperamos en Dios” (16)

“Le digo a V.S. que no hay motivos para desesperar de la providencia del bendito Dios, sino confiar en ella, de lo cual tengo muchos ejemplos” (16)

“Hijos, confiad en Dios, porque él proveerá” “Dejémoslo en las manos de Dios, que lo arreglará todo: in manibus tuis sortes meae” “Mientras tenga aliento, nunca perderé mi firmeza en el servicio de Dios, y también esperaré en spem contra spem [esperando contra toda esperanza], pues la obra que he hecho la he hecho por puro amor a Dios” (16)

“Dad, que Dios proveerá” “Confiad en Dios, que no os faltará” (16)

Dios juzgará entre nosotros

“Dios lo ve todo, y juzgará entre mí y usted, y se sabrá quién dice la verdad” (5, 11)

“Como le agradó a Dios, así ha ocurrido. Bendito sea el nombre de Dios. Dentro de poco estaremos todos delante de Dios, y entonces se conocerá la verdad” (11)

“Dentro de dos años nos veremos con los que nos culpan ante el rostro de Dios, y se sabrá la verdad, que por mí no hay culpa” (11)

“Como quiso Dios, así ha ocurrido. Bendito sea el nombre del Señor” “Dentro de poco tiempo todos pasaremos de esta vida al juicio divino, y la Verdad, que ahora está escondida, aparecerá claramente” (12)

“Dentro de un bienio yo y los autores de nuestra calamidad, seremos llevados a juicio ante Dios, y se conocerá toda la verdad” (12)

“Hermano, Dios, que ve todo claramente, juzgará entre tú y yo, y entonces se verá la verdad” “¡Pobre Orden mía, pobre de mí! Pero que se haga de mí y de la Orden lo que Dios quiera” (12)

“¡Ay de nosotros, ay de nuestra Religión, y ay de los que la persiguen, que de mí y de mi orden será lo que Dios quiera, y en él he puesto he confiado todo!” (14)

“Como plugo a Dios, así ha ocurrido; bendito sea el nombre del Señor” “Al final el Señor así lo ha dispuesto para nuestro mérito, pero ¡ay de aquellos por quienes ha venido este escándalo! Dentro de poco ellos y yo seremos conducidos al tribunal de Dios, y allí la verdad será revelada, y cada uno será juzgado según sus obras” (14)

“Dios conoce todo” “Dentro de dos años solamente, yo y los autores de tanto mal estaremos ante el tribunal de Dios, y se verá la verdad de todas las cosas” (14)

“Hermano, Dios que ve todo claramente nos juzgará a mí y a nosotros, y entonces quedará claro para el mundo cuál de nosotros es verdadero y quién es un mentiroso” (14)

Le perdono

“Yo le perdono de todo corazón, repito, le perdono todo de corazón, así Dios perdone mis pecados; yo nunca quise otra cosa sino la salvación de su alma” (12)

“Le perdono, le perdono con todo mi corazón, así Dios me perdone mis pecados. Nunca he querido otra cosa que la salvación de su alma” (14)

“Le perdono, le perdono. Así Dios le perdone como yo le perdono de corazón, pero creo que el Señor ya no querrá darle la vida, de modo que tal vez de esta manera pagará con la muerte temporal, y no con la eterna sus pecados” (14)

“Con todo mi corazón le perdono, le perdono con todo mi corazón, así Dios perdone mis pecados. Nunca he deseado nada más que la salvación de su alma” (16)

¡Pobre de mí!

“¡Oh, oh, oh pobre de mí! He estado en esta silla como un tonto, como un bobo sin hacer nada, no he sacado ningún provecho, pobre de mí. Pero verdaderamente son gracias singulares que me ha hecho Dios, porque por un solo pecado merezco el infierno eternamente, y con estos sufrimientos S.D.M. me los quiere perdonar. ¡Oh, oh, oh qué gracia si me cambiara esta pena eterna en temporal, qué favor, qué favor tan grande, tan enorme sería esto! Me tendría por muy favorecido por el Señor si hiciese que el Papa, conociendo mis despropósitos y pecados, me enviase a Civitavecchia (“a la cárcel, Padre”, le dije yo), no (me respondió), a una galera; y después de un año, o 18 o 20 meses que sería lo más que podría sobrevivir en aquel lugar, con ello se me perdonase la pena del infierno y parte de la del purgatorio, y después se me diese el paraíso. ¡Oh, qué favor, qué gracia sería esta, redimir las penas eternas con tan poco esfuerzo, oh qué gracia, qué gracia! No hay que mirar en los sufrimientos a la causa instrumental, que es el hombre, sino a la causa eficiente, que es Dios, que es nuestro Sumo Bien, y que no dirige estas cosas exte-

riores a otro fin que a nuestro bien. Yo nunca he pensado en estos sufrimientos que hayan sido cosa del P. Mario, ni del P. Esteban, ni de otros, sino de Dios, que quiere sacar de ellos algún bien grande, y siempre he rezado por ellos. Y si el P. Esteban quisiera convertirse y viniera a esta casa, lo abrazaría como a todos los demás, y sería acogido en mi habitación lo mismo que el P. Pedro” (5)

“¡Oh, oh, oh, he estado en esta silla como un tonto y un insensato sin hacer nada! Pero verdaderamente estas son gracias singulares que Dios me da, porque si por un pecado mereciera el infierno, y con estos sufrimientos S.D.M. quisiera perdonarme, ¡oh qué gracia sería! Estaría muy agradecido al Señor si por mis maldades y pecados me enviara el Papa a Civita Vecchia a la cárcel, y en un año o dos a lo sumo que pudiera vivir en ese lugar cambiara las penas del infierno y parte de las del purgatorio y me diera el Paraíso, ¡oh qué favor, oh qué gracia sería esto! ¡Tan poco sufrimiento a cambio del castigo eterno, oh qué gracia, o qué gracia! En nuestros sufrimientos, no debemos mirar la causa instrumental, que es el hombre, sino la causa eficiente, que es Dios, que es nuestro bien supremo, y a ningún otro fin dirige estas cosas externas sino a nuestro bien. Nunca he pensado que ni el P. Mario, ni el P. Esteban, ni otros hayan sido la causa de estos sufrimientos; sino Dios que quiere obtener de ellos algún gran bien, y siempre he rezado por ellos; y si el P. Esteban quisiera convertirse y venir a casa, lo abrazaría, como a todos los demás; y en mi habitación tendría la misma acogida que tiene el P. Pedro” (9)

“¡Oh, oh, pobre de mí! He estado en esta silla como un tonto, como un bobo sin hacer nada, no he sacado ningún provecho, pobre de mí. Pero verdaderamente son gracias singulares que me ha hecho Dios, porque si por un solo pecado merezco el infierno eternamente, y con estos sufrimientos S.D.M. me los quiere perdonar, ¡oh, oh, oh qué gracia si me cambiara esta pena eterna en temporal, qué favor, qué favor tan grande, tan enorme sería esto! Me tendría por muy favorecido por el Señor si hiciese que el Papa, conociendo mis despropósitos y pecados, me enviase a Civitavecchia a la cárcel, o a una galera; y después de un año, o 18 o 20 meses que sería lo más que podría sobrevivir en aquel lugar, con ello se me perdonase la pena del infierno y parte de la del purgatorio, y después se me diese el paraíso. ¡Oh, qué favor, qué gracia sería esta, redimir las penas eternas con tan poco esfuerzo, oh qué gracia, qué favor! No hay que mirar en

los sufrimientos a la causa instrumental, que es el hombre, sino a la causa eficiente, que es Dios, que es nuestro Sumo Bien. Yo nunca he pensado en estos sufrimientos que hayan sido cosa de tal o de cual, ni de otro sino de Dios, que quiere sacar de ellos algún bien grande, y siempre he rezado por ellos. Y si el P. Esteban quisiera convertirse y viniera a esta casa, lo abrazaría como a todos vosotros” (11)

“¡Oh, pobre de mí! ¡De qué manera más necia y fatua he ejercido mi cargo! Nunca hice nada bueno, nada de provecho hasta este día. ¡Cuántos son los cargos y cuántas las gracias que me ha concedido la Divina Providencia, ignorante de mí, hombre de poco valor! ¡Cuántas penas debo pagar en el fuego del Purgatorio! Si Dios quisiera enviarme tormentos y con estas leves adversidades que padecemos hoy cambiarlos por mis errores, ¿no sería una suma e inestimable ganancia? De modo que si el Papa, oyendo mis ineptitudes, me condenara a la cárcel para siempre, o a remar en las galeras, y así pudiera evitar las penas del infierno, y librarme antes del fuego del Purgatorio, ¿no debería dar muchas gracias por ello? Vamos, hermanos, al afrontar las adversidades no veamos a los hombres, que son causas instrumentales, sino a Dios, que es la causa eficiente, y lo hace por nuestro propio bien” (12)

“¿Acaso voy a quejarme de las gracias que me hace el Señor, cuando yo merezco por mis pecados mil infiernos? Grande sería la misericordia de Dios si en lugar de ello me hubieran condenado a ser azotado en manos del verdugo por toda esta ciudad, y luego llevado a una galera para acabar entre duras cadenas mi indigna vida. ¡Oh, qué grande es su piedad, contentándose con satisfacer tantas faltas con tan poca mortificación! ¡Ah, hijos, hijos, demasiado ingrato sería este anciano infeliz si se quejara de tan grandes favores que recibe de la mano de Dios!” (14)

Sufrir por Cristo

“*Melius est mala patienter pati quam mirabilia facere*” (9)

“No es gran cosa que me tengan por loco, cuando a Jesucristo, de quien debemos ser imitadores, también le tenían por loco” (16)

“Hijo, tenemos un punto en común con los Apóstoles, que es ‘*pro nomine Jesu contumelia pati*’ [sufrir insultos por el Señor]. Procuraremos tener otro: ‘*ibant Apostoles gaudenti*’” (16)

“¿No has ofendido alguna vez a Jesucristo?” “Por lo tanto, no es gran cosa que tú, por tu bien, soportes este sufrimiento o insulto que se te hace, ya que él ha soportado los insultos que tú le has hecho” (16)

Permaneced constantes

“Constantes estote, et videbitis auxilium Domini super vos” (13)

El Reino de los Cielos sufre violencia

“El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan” (4)

“El Reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan” (4.3)

“El tiempo es corto, y de un punto depende una eternidad, y puesto que tenemos tiempo, obremos el bien, porque el Reino de los cielos sufre violencia” (4.21)

“El Reino de los cielos padece violencia, y los violentos lo consiguen” (7)

“Regnum celorum vim patitur, et violenti rapiunt illud” (14)

Confianza en la Virgen

“Debo tener confianza, porque la Santísima Virgen me prometió su ayuda” “Debo tener confianza, porque la Santísima Virgen dei Monti me prometió su ayuda” (4.3)

“Tengo mucha confianza en la Bienaventurada Virgen nuestra Señora, que de la misma manera que ha conseguido el perdón a muchos asesinos y grandes pecadores, también me conseguirá de su Divina Majestad el perdón de mis pecados, a pesar de lo grandes que son” (5)

“Yo estoy muy alegre, y confío en Dios y en la Bienaventurada Virgen, la cual me ha dicho que no dude, que no dude, porque siempre me asistirá, y particularmente en la hora de la muerte. Me desagrada que la enfermedad no me permita realizar aquellos actos de amor que querría” (11)

“En Dios esperé, y en la santísima Virgen nuestra Señora, la cual de la misma que ha impetrado de su amado hijo el perdón para tantos asesinos y grandes pecadores, espero que también a mí entre ellos me consiga de su divina majestad el perdón de mis pecados, aunque son grandísimos” (11)

“No tengo miedo de nada, pues mi Señora la Virgen de los Montes (a la que visitaba cada sábado) me dijo que no tenga miedo” (12)

“Si yo, por la misericordia de Dios y la intercesión de la S. Virgen voy al paraíso, como espero, no me olvidaré de vosotros. Recordad todos el rezo diario del Rosario en honor de la Madre de Dios, y no temáis las adversidades, pues pronto veréis cómo se arregla todo” (12)

“Debo tener confianza, porque la Santísima Virgen de Monti me ha prometido su ayuda y me ha dicho que esté alegre, y no dude de nada” (15)

“Debo tener confianza, porque la Santísima Virgen dei Monti me prometió su ayuda, y me dijo que estuviera contento, y no dudara de nada” (16)

Todo lo de la celda es suyo

“Padre, todo lo que hay en esta celda es tuyo, no he tenido nunca nada propio; lo que hay, está en manos del superior” (4.3)

“Tenga, Padre Castilla, usted es el superior. Todo es suyo, yo no quiero nada. Disponga como Dios le inspire” (5)

“Tenga, padre rector, usted es el superior; todo está en su poder y es suyo. Yo ya no tengo nada; disponga y haga lo que Dios le inspire” (11)

“Padre, todo lo que tengo en la habitación es suyo. Nunca consideré que era propiedad mía” (12)

“Esta es la llave de mi habitación, pero nunca la he tenido como mía, como nada de lo que hay en ella” (14)

Tengo fiebre, los médicos se equivocan

“Padre Vicente, me siento muy mal. No tengo ánimo para celebrar la santa misa” (5)

“Padre Vicente, tenga paciencia si le molesto tan a menudo” (5)

“Yo tengo fiebre, yo sé bien cómo me siento. Me he acostado en la cama para no levantarme más. Cuando Dios quiere las cosas, hace que los médicos se equivoquen” (5)

“Les obedeceré; pero yo estoy mal” “Cuando Dios quiere las cosas, hace que los médicos no encuentren el mal” (5)

“Dios quiere las cosas a su modo, y hace que los médicos no descubran el mal. Yo me he acostado para no levantarme más” (5)

“Obedeceré” (acepta que le sangren) (5)

“Hagamos lo que dicen los médicos, pero no sirve para nada” (5)

“Yo tengo fiebre, pero Dios, que quiere hacer las cosas a su modo, hace que los médicos se equivoquen, y me den los remedios contrarios” (7)

“Tengo fiebre, pero como Dios quiere las cosas a su manera, hace que los médicos se equivoquen y den los remedios opuestos” (9)

“Me siento muy mal; no podré decir la misa” (11)

“Obedeceré y seguiré sus órdenes, pero yo estoy muy enfermo. Cuando Dios quiere las cosas, hace que los médicos no descubran el estado del enfermo” (11)

“Obedezcamos a los médicos, yo estoy dispuesto, a pesar de que sé que no servirá para otra cosa que para que se descubra y aumente la enfermedad” (11)

“Obedezcamos las órdenes de los médicos, pero no sirven” (11)

“Hagamos caso a los médicos” (12)

“Tengo fiebre, pero el Señor que quiere tener misericordia de mí, no lo quiere hacer saber, y así me dan medicinas contrarias a mi mal” (14)

“Ya sé que no sirve, pero es necesario obedecer al médico” (14)

Estoy alegre, lamento no poder hacer lo que quisiera

“Yo estoy alegrísimo, porque veo lo que Dios quiere; que se haga su divina voluntad. Lo único que siento es que estos dolores no me permiten realizar las prácticas que quisiera hacer de devoción y de conformidad con la divina voluntad” (5)

“Yo estoy alegrísimo, y confío en la bondad del Señor Dios y de la Bienaventurada Virgen, quien me ha dicho que no dude, que no dude, que siempre me acompañará, y particularmente en la hora de la muerte. Lo que me fastidia de la enfermedad es que no me deja hacer las devociones que querría” (5)

“Yo estoy muy contento, porque veo que Dios quiere que cumpla su voluntad. Sólo siento que estos dolores no me permiten que

practique los actos de conformidad con el beneplácito divino que yo querría” (7)

“Estoy muy feliz porque veo que Dios quiere que se haga su voluntad; sólo lamento que estos dolores no me dejen hacer los actos de conformidad con la voluntad divina que deseo” (9)

“Yo estoy muy alegre, porque Dios quiere que se cumpla su divina voluntad. Lo único que siento es que estos dolores no me permiten hacer los actos de devoción y conformidad a su santa voluntad que quisiera” (11)

“Me alegro mucho de que se cumpla en mí la voluntad del Señor; solo lamento que estos dolores no me permitan hacer, como deseo, actos de amor y de conformidad con Dios” (12)

“Estoy muy feliz, porque veo que Dios quiere que se haga su voluntad. Sólo lamento que estos dolores no me dejen hacer los actos de conformidad con la voluntad de Dios que deseo” (13)

“Me alegro mucho de que se cumpla en mí la voluntad del Señor, y solo lamento no poder, por la acerbidad de los dolores, hacer los actos de resignación y amor que me gustaría” (14)

“Estoy muy feliz, al ver que S.D.M. quiere que cumpla su voluntad. Sólo lamento que estos dolores no me permitan hacer esos actos de conformidad con la voluntad divina como me gustaría” (16)

El 27...

“¿A cuántos estamos del mes?” “Veinte y seis, veintiséis; y uno, veintisiete” “Porque en ese día ya no estaré” (5)

“Cinco, y dos, veintisiete” “Le he dicho veinticinco y dos veintisiete, porque en aquel día ya no estaré” (11)

“Hágalo, porque si esperan demasiado ya no llegarán a tiempo” (5)

“Hágalo, que si tarda unos días, ya será tarde” (11)

“Que Dios le bendiga”. “Señor Pedro, haga el favor de venir mañana a la autopsia que me hará el señor Juan María” (5)

“No falte V.S. mañana cuando abran mi cuerpo” (14)

No quiero el limoncillo

“¡No lo quiero, no lo quiero, que es cosa de herejes!” “¡No lo quiero, no lo quiero, que lo ha inventado un hereje!” (5)

“No lo quiero, no lo quiero, que lo inventó un hereje” (11)

“¡No quiero, no quiero un remedio inventado por un Rey hereje!” (12)

“¡Dios me libre de usar un remedio inventado por un tan gran hereje!” (14)

“¿A mí esto? ¿Algo que usó el rey de Inglaterra?” “Porque, respondió el enfermo, él era un hereje, y abandonó la fe católica romana. Fuera, fuera, tiradlo lejos” (15)

“Porque Enrique era un hereje y dejó la fe católica romana. Fuera, fuera, tiradlo fuera” (16)

“Porque Enrique era un hereje y dejó la fe católica romana. Fuera, fuera, tiradlo fuera” (16)

Si voy al cielo...

“¿Quién está ahí?” “Si voy al cielo, como lo espero de la bondad del Señor y de la intercesión de la Bienaventurada Virgen, me acordaré, me acordaré; no lo dude, no lo dude. Haga saber a todos que sean devotos del santísimo rosario, en el cual se contiene la vida, pasión y muerte de nuestro Redentor, y que no duden, que no duden, que todo se arreglará” “No, quédese para ver qué ocurre en Roma, no se vaya” (5)

“Lo haré, lo haré; no me olvidaré” (5)

“Si voy al Cielo, como espero en la bondad del Señor y en la intercesión de la Santísima Virgen, les recordaré, les recordaré; pero diga a todos que sean devotos del Santo Rosario, meditando en él los Misterios en los que se contiene la Vida, Pasión y Muerte de Nuestro Señor, y que no duden de que todo se arreglará” (7)

“Si voy al Cielo, como espero en la bondad del Señor y en la intercesión de la Santísima Virgen, les recordaré, les recordaré; pero diga a todos que sean devotos del Santo Rosario, meditando en él los Misterios en los que se contiene la Vida, Pasión y Muerte de Nuestro Señor, y que no duden de que todo se arreglará” (9)

“Si voy al paraíso, como espero de la bondad del Señor y de la intercesión de su Santa Madre, diga a todos que sean devotos del Santísimo Rosario, en el cual se contienen la vida y pasión y muerte de nuestro Redentor, y que no duden, que no duden, que todo se arreglará” (11)

“Si voy al cielo, como espero de la bondad del Señor y la intercesión de la Santísima Virgen, lo recordaré. Y diga a todos que sean devotos del Rosario, meditando sus misterios. Y que no duden, que todo se arreglará” (13)

“Si yo, como lo espero de la misericordia de mi Señor y de la intercesión de la Bienaventurada Virgen, mi protectora y señora, me veo en esa patria feliz, nunca me olvidaré de vosotros, mis queridos hijos. Lo que os recomiendo mientras tanto es que en honor a esta gran Señora y Nuestra Protectora recéis su sacrosanto rosario todos los días, y no temáis nada, porque dentro de poco tiempo yo os aseguro que por medio de esta sacrosanta devoción veréis cesar toda tormenta, y todas las cosas de la Orden volverán a su primer ser, y con mucho aumento” (14)

Han venido nuestros difuntos

“No me refiero a vosotros, sino a nuestros difuntos, que han estado aquí conmigo: el P. Lorenzo, el P. Tomás...” (5)

“Salgan todos, que quiero decirle algo al P. Constantino” “Han venido todos mis religiosos difuntos a visitarme; algunos estaban de pie, y otros sentados. Quisiera saber qué quiere decir esta diferencia: los unos de pie, los otros sentados” “Con los que estaban sentados” (5)

“¿Dónde están los nuestros?” “No, no digo vosotros, sino los difuntos que han estado aquí conmigo” (11)

Vaya a San Pedro

“Padre Vicente, ¿no ha ido?” “Bien, pues vaya a San Pedro, y ante el sepulcro del Apóstol haga un acto de fe en nombre mío, y pídale la bendición para mí, y bésele el pie. Haga esto, ya que no ha ido a Monte Cavallo” “Vaya a Monte Cavallo a ver a Monseñor Contiflorini, camarlengo de Nuestro Señor, y pídale en nombre mío la bendición, y si ya no está en la antecámara de Nuestro Señor, lo encontrará en tal lugar” “Demos gracias a Dios. Poco importa el modo; lo que cuenta es que se haya obtenido la gracia” (5)

Llegado al final

“Jesús mío –quizás decía consigo mismo-, veo ya llegado el término en el que libre de estos lazos del cuerpo mi alma sea hecha digna de verte, de adorarte. Pero ¿qué dije, verte, adorarte, si la gravedad de mis culpas no permite a la esperanza un vuelo tan feliz? Te veré, pero, quién sabe, ¿con ojos de reo? Señor, si el escudo de tu misericordia no me defiende, la espada de tu justicia ya me golpea. Perdóname. Pido mucho, Pero ¡qué locura sería pedir poco a un Dios! Perdóname; y donde falten mis méritos, abunden los de tu sangre; y que tu muerte sea la causa de mi vida. Perdóname; y si mis oraciones no son merecedoras de gracia, tú, Virgen Santísima, impresa en mi corazón y expresa en mi nombre, tú reza por quien siempre ha confiado en la eficacia de tu intercesión. Tú que por tu pureza has hecho descender un Dios del cielo a los hombres, haz que un hombre ascienda al cielo para gozar de Dios. Socórreme, María; ayúdame, Jesús” (6)

Abstinencia

“El Padre Arcángel se ha burlado solemnemente de mí; me ha forzado en el campo a comer carne. Tuve paciencia para no molestar al Sr. Blas, pero quiero que me la pague. Quiero que mañana por la mañana en el refectorio coma pan y agua en el suelo, y también yo quiero pagar mi parte, así que mañana por la mañana no haga más que un pancotto con agua y sal” (4.19)

“Hermano Francisco, hoy, que es miércoles, quiero que hagamos abstinencia, porque nuestra regla lo ordena. Mañana, que es jueves, y es vigilia, hay que hacerla, porque la Iglesia lo manda” (4.19)

Si nos humillamos...

“El Sr. Cardenal Albernozzi me envió a llamar; su Eminencia debe tener paciencia, porque me da vergüenza ir allí” (4.9)

“¿Quién es tan palurdo que se le ha ocurrido hacerme un retrato? ¿Les parezco un hombre para ello?” (4.9)

“¡En buena hora! Me está ayudando a morir” (6)

“Haga saber a todos en nombre mío que, si nos humillamos, Dios nos exaltará” (7)

“Yo no he llegado a esas virtudes” (5)

“Yo no he llegado a esto” (11)

“Si realmente somos humildes, seremos exaltados” (12)

“¡Oh ignorantes e ineptos, que perdéis las coronas de gloria eterna! ¿No sabéis que el Reino de los cielos lo consiguen los pequeños en edad y humildad?” (12)

“Hijitos, sean humildes, porque Deus superbis resistit; humiles autem dat gratiam” (13)

“Si sois humildes, Dios, según la promesa de Cristo os exaltará” (14)

“Porque ¿no sabéis que los niños, no en edad sino en humildad, consiguen el reino de los cielos?” (14)

“¿Les parece que yo soy hombre para retratar? No sé en qué se puede fundar este vano pensamiento” (14)

“Porque ¿no sabéis que los niños, no en edad sino en humildad, consiguen el reino de los cielos?” (14)

“¡Cuánto debo agradecer al Señor que me envíe una gran oportunidad para merecer y humillarme!” “Deberían regocijarse conmigo, porque el Señor me hace la gracia de ponerme en el número de los que han sido considerados dignos de sufrir persecuciones por el nombre de Jesús” (14)

Enseñando al hermano

“Enseño a este hermano” (a cepillar al burro) (5, 11, 15)

“Enseño al hermano encargado cómo debe hacerlo en adelante” (12)

“Señor, enseñó a este hermano como debe tratar a este pobre animalito que tanto nos sirve” (14)

Siga leyendo

“Déjelo leer, que no me molesta; más bien me gusta, y además no duermo” (5)

“Déjele leer, que no me molesta en absoluto; más bien me da gusto y reposo” (11)

“Déjelo leer; siga, Padre, que esto me causa gozo y descanso” (14)

Basta ya

“Por favor, no me haga tomar más, porque me ahogo y ya no puedo” (4.21)

“Miren, ya no sirve; basta” “No sirve; ya no más” (5)

“Mire, padre Vicente, ya no sirven, basta” “Basta, ya van cinco. Y además no sirven ya” (5)

Rezo del Rosario

“Lorenzo, he perdido el rosario por la cama, ven a buscarlo” “¡Alabado sea Dios!” “Ve y haz el trabajo, que quiero decir el Rosario” (4.26)

“Recordad todos el rezo diario del Rosario en honor de la Madre de Dios, y no temáis las adversidades, pues pronto veréis cómo se arregla todo” (12)

Predicciones

“Pobre señor, está huyendo hacia la muerte. Pobre Señor, si se va, nunca volverá” (F. Biscia) (4.17, 11)

“Tengan paciencia; vayan, vayan, se va a morir” (13)

“No moriré antes de que usted sea provista de alimento” (a Julia Merenda) (11)

“No tema, que no morirá allí; volverá a casa y terminarán en ella sus días” (F. M. Biscia) (11, 12)

“Pobre señor; va huyendo de la muerte. Si va, ya no volverá” (11)

“No será así, sino que harán Papa a Pamfili” (11)

“No ese, sino Juan Bautista Pamphili será papa” (12)

“No se vaya; siga en Roma con su asunto, que pronto será consolado con otras buenas noticias que recibirá diciéndole que se han arreglado las cosas, y no tenga temor alguno” (11)

“Nunca creí que usted iba a titubear en estas borrascas, que cesarán. Vaya, pero no lo conseguirá y volverá avergonzado” (11)

“Usted quiere ir a Nápoles por dar gusto a su padre y a su madre, pero no será así. Ahora, vaya” (11)

“Llegan a Génova tales religiosos nuestros, pero morirán ahí por propia voluntad, por no haber sabido obedecer” (11)

“Irán los nuestros ahí, donde terminarán su vida por propia voluntad, pues no aprendieron en la Orden” (12)

“Estos dos religiosos nuestros van a esa ciudad, donde su voluntad terminará con sus vidas, porque ni siquiera han aprendido a ser obedientes en la Religión” (13)

“En buena hora, no vaya a Poli, pues allí enfermará peligrosamente, con lo cual se verá obligado a volver a Roma, y ya no me encontrará. Hijo, crea que no está firme en su vocación, y dejará la Orden, y se verá hecho seglar” “Usted no lo sabe, pero ocurrirá así” (11)

“No tema, que vivirá aún 12 años” (11)

“Vayan más bien, que Dios proveerá” (a Moricone) (11)

“Id, pues no os faltará comida en vuestro viaje” (12)

“Id, no hay necesidad de llevar nada, porque el Señor proveerá” (14)

“Oh, cuántos apuros ha de pasar la pobre Orden; será puesta en la balanza y estará a punto de caer, pero todas las cosas terminarán y Dios la hará crecer hasta el fin del mundo” (11)

“Habíamos dado la orden de que todos los novicios de aquella casa de Palermo fueran enviados a Roma; el Provincial nos dijo que su persona y su servicio eran necesarios en aquella casa. Llegará un día en el que como otro Abraham saldrá de su patria “al frente de mucha gente”, a donde Dios le llama para bien de la Orden, como ocurrirá. De momento quede conforme con el divino querer, de quien debemos reconocer todo, y que Dios le bendiga” (11)

“Vendrá un tiempo en el que, como otro Abraham destinado a tener una gran familia, dejarás la patria” (12)

“Todavía no está bien que abandones la patria; llegará el momento en que, como Abraham saldrás de tu familia y serás destinado a una gran multitud” (14)

“Eh, padre, no dude, que dentro de poco se arreglarán las cosas, pues no es ese el dragón de que habla el abad. Esperemos a ver lo que Dios quiere” (11)

“No se refiere a aquel dragón del que habla Joaquín: pronto se aclarará todo” (12)

“No lo haga; vaya más bien a ver al Sr. Cardenal Filomardi, que este señor le obtendrá la dispensa de nuestro señor Pablo V” (A T. Cocchetti) (11)

“Nosotros, aunque pobres pecadores, hemos orado al Señor por lo que Él quiera para el señor Cristóbal. Y a su Divina Majestad le ha agradado escuchar nuestras plegarias, y le aseguro de parte de Dios, que nunca abandona a quien confía en Él, que el Sr. Cristóbal ya no está enfermo, sino curado; y no se encuentra ya en la santa casa de la Virgen de Loreto, sino en Bolonia, y allí le espera. En cuanto a lo segundo, de igual modo la bondad de Nuestro Señor Jesucristo nos ha consolado, y podrá decirle que antes de que llegue a Polonia tendrá noticias de un hijo varón que Dios va a darle a la mujer de su hijo, y si tiene su santo temor, le aseguro que tendrá un segundo y quizás un tercero (que era la otra cosa que él le había pedido, ya que dicho señor de gran nobleza no tenía herederos de su hijo)” (11)

“Nosotros, pobres y pecadores hemos orado, y a Dios le ha agradado oír vuestras peticiones. Así, pues, en nombre de Dios, que no abandona a quien confía en él, le aseguro que Cristóbal ya no está enfermo; no está en Padua, sino el Bolonia. Esté seguro de que su hijo tendrá un hijo varón de su esposa, y si continúa en el temor de Dios, tendrá un segundo y un tercero” (12)

“Señor, nosotros, pobres y pecadores, hemos hecho oración por su asunto, y el Señor por su misericordia se ha dignado responder a nuestras súplicas, de modo que en nombre del mismo Señor le informo que el Señor Cristóbal ya no está enfermo en Loreto, como lo dejó, sino sano y ya ha pasado a Bolonia, y antes de regresar a Polonia le avisarán que la nuera ha dado a luz a su casa un hijo varón, y también dará a luz al segundo, y al tercero si persevera en la fe católica y en el temor de Dios” (14)

“Vayan con la bendición de Dios, para que vuelvan con salud a su hogar” “Nuestro Señor os dará un hijo y será grato a S. D. M, y si vive con temor de Dios, tendrá el segundo y el tercero” (13)

“No dude que le irá bien; pasará de los ochenta años, y será grande en la Iglesia de Dios” (12)

“Diga a aquel Señor que no dude, que después de concederle una hija le dará un hijo para que herede sus posesiones” (11)

“Oh, cuánto tendrá que arrepentirse el pobre de su hermano por la manera de comportarse con usted, cuando se vea en estado de pobreza, necesitado de sus sobrinos, que ahora le engañan, y vendrá entonces a pedirle perdón por todo le mal que le ha hecho” (11)

“Que venga el P. Pedro de Lucca, porque el padre Francisco de Florencia ya tendrá ocasión de ver el próximo” (11)

“Hijo mío, quédese en el siglo que es donde Dios le quiere, pues si entra se verá obligado a salir” (11)

“Vete, pero sábetete que no serás de ayuda para tus padres, como piensas” (12)

“Vaya, pero sepa que no llevará consuelo a sus padres como piensa, sino una gran aflicción por su culpa” (14)

“No ayudarás a tus hermanas, sino que serás una carga para ellas” (12)

“Vayan pues, como quiere, y deje el camino comenzad, que no por esto será de ayuda, sino de muchas molestias para sus hermanas” (14)

“Hombre de Dios, ve; te pondrás enfermo, y cuando vuelvas a Roma ya no me verás, y, si no aguantas firme, dejarás la Orden” (12)

“Irás, pero en poco tiempo caerás enfermo, y cuando regreses a Roma no me encontrarás vivo” (14)

“Venga, pero sepa que antes de entrar en casa recibirá el castigo por su desobediencia” (12)

“Que venga, que le perdono, pero no sé si el Señor le perdonará, y que sepa con certeza que antes de venir a casa recibirá el castigo por esta falta suya” (14)

“Que vengan los Padres Pedro y Pablo, pues el P. Francisco vivirá hasta otro año jubilar y entonces podrá venir a Roma” (12)

“No, no; permanezca en Roma a ver lo que ocurrirá con el tiempo; no se vaya” (11)

“¡Oh, cuantos sufrimientos, cuántos desastres y miserias duraderas la agitarán! Casi se desmoronará, y estará a punto de desaparecer.

Pero al final cesarán las contrariedades, y el Señor y la S. Virgen protegerán su Orden, y la aumentarán” (12)

“No dudéis hijos, hay tribulaciones y persecuciones, y habrá muchas otras, pero más que nos veamos sumergidos hasta el cuello, no dejéis de confiar en el Señor y en su Santísima Madre, bajo cuya poderosa protección está este pobre Instituto, porque al final todas las cosas volverán a la calma, y ella hará recuperar con mayor brillo lo que la maldad de sus envidiosos y sus inicuos miembros le han quitado” (14)

Curaciones

“Este ya no tiene fiebre” “Os digo que ya no tiene fiebre” (4.7)

“No tiene fiebre” “Y denle de comer” (11)

“No dude, porque no morirá” (Bernardino Biscia) (11)

“Estad alegres, que no hay mal” (13)

“No debe hacer venir al Señor a la habitación cuando usted no está enfermo. Mañana es la fiesta del Corpus Domini, y usted irá a comulgar a la iglesia” “¿Conoce usted al Padre Landriani?”. Respondió el enfermo: “No” “Diga al hermano Vicente que venga, y traiga el corazón del P. Landriani” (11)

“Bendito sea, pero no morirá; yo quiero que se cure, y que venga a servirme, porque no tengo a nadie que me sirva” (11)

“No morirás, quiero que te cures, y me sirvas en la Orden” (H. Lorenzo) (12)

“No morirás; quiero que vivas por más tiempo, y me sirvas, pues necesito una persona que me ayude” (12)

“Quiero que sane, y me sirva en la Religión” (14)

“Ánimo, te curarás y vivirás aún 12 años” (Carlos de la P.) (12)

“Digan a los Padres que el Padre Castilla esperará a que yo vaya”
“Padre Castilla, no dude, que no morirá ahora” (4.26)

“Eh, no dude, que ya no tendrá más fiebre” (P. Ángel de S. D.) (11)

“Diga a monseñor que el P. Melchor está bien” “Vaya en buena hora, y diga a Monseñor que el P. Melchor está bien” “Deténgase, no quiero que muera por ahora” (13)

“Oremos a Dios, para que donde no llegamos nosotros nos ayude el Señor. Sé bueno en el futuro” (11)

“Alégrese, que de ahora en adelante no perderá los hijos” (11)

“Alégrate, hija, que de aquí en adelante retendrás tus hijos” (4.24)

“Ánimo, y no perderás más fetos, sino que los darás a luz” (12)

“Sal fuera y haz tu trabajo” (12)

“Levántate y ve a hacer tu trabajo en la cocina” (14)

“Este no tiene fiebre” (F. Tuder) (12)

“Señores, ustedes presentan el mal de este buen hombre como peligroso, y yo lo encuentro sano y sin fiebre” (14)

“Levántate, mira a la Santísima Madre y Nuestra Señora, que por ahora no quiere que mueras, y te ha perdonado” (4.6)

“Venga, levántate de la cama y alaba a la santísima Madre de Dios, que no permitirá que mueras de esta enfermedad” (12)

“Mira la piadosa imagen de la gran Madre de Dios, que ya te ha obtenido la salud. No morirás esta vez” (14)

“Ánimo, que esta vez no vas a morir” (4.3.)

La muerte ya próxima

“Denme los santos óleos” (11)

“Deseo morir y estar con Cristo” (14)

“Hijitos, la vida es breve, y debo morir antes que vosotros” (16)

Últimas palabras

“Jesús, Jesús, Jesús” (5)

“Jesús, Jesús, Jesús” (11)

“Jesús y María” (15)

Otras

“Domine da mihi intellectum ut sciam testimonia tua” (13)

“¡Bendito sea Dios!” “¡Dios le perdone!” (14)

“Se llama los pobres de la Madre de Dios, de la que me considero indigno esclavo” (4.16)

“Vaya en buena hora, que ese religioso que hizo las porciones fue el B. Padre San Francisco” (13)

“Vaya, ¿ha muerto por eso? Ya está libre de ese gran aborrecimiento” (al P. Ottonelli) (14)

“¡Vaya, parece que iba a morir por esto!” (4.16)

“No sabéis lo que significa la observancia de los preceptos de la Santa Iglesia, ya que me insistís en que los rompa” (al médico) (16)

“A la buena hora hemos de estar acá afuera, abrir la Iglesia que quiero hacer oración, y lo demás dejadlo hacer a Dios” (10)

“Abra la puerta de la iglesia que quiero hacer un poco de oración, y el resto lo hará Dios” (13)

“¿Y el padre Querubín?” “Hágalo entrar, hágalo entrar. Se ha ido un querubín y ha venido un serafín” (5)

“¿Dónde está el padre Cherubini?” “Se ha ido un querubín y ha venido un serafín; que pase” (11)

Epílogo

Para terminar este estudio, quiero ofrecer algunas breves observaciones, que se desprenden de todo lo presentado anteriormente, y que puede verse también en los otros dos tomos.

- La primera, es la desigual extensión de las vidas presentadas. En realidad, no todos los textos pretenden ser biografías. La *Breve Noticia* (1) son unos simples apuntes; hay dos sermones funerarios (2 y 3); un conjunto de testimonios escogidos (4), y algunas que parecen ejercicios literarios o de propaganda (6, 8, 9). La únicas dos que tienen intenciones de ser biografías más amplias son las del P. Chiara (11) y la del P. Marchesi (14), escolapio el primero y dominico el segundo.
- Se nota un cierto “parentesco” entre algunas de estas vidas. Es evidente el existente entre la *Breve Noticia* y la *Oración Fúnebre* del P. Jacinto, aunque la primera ha podido influir en todas las demás. Se percibe también el “núcleo Berro”, que además de las declaraciones del Proceso Informativo, escribe su propia Vida (5), y revisa las dos anónimas (8 y 9). Existe también una fuerte relación entre las que forman lo que podríamos denominar “grupo napolitano” (Chiara, Maggi, Marchesi).
- Es evidente que algunos elementos son considerados más importantes que otros, pues son citados en casi todas las biografías, mientras otros, menos conocidos, solo los citan algunos autores. Estos son los los más comunes:
 - En el núcleo de la infancia y antecedentes familiares: Peralta como su lugar de nacimiento, el nombre y la nobleza de sus padres, el episodio del desafío en el árbol (aunque al final no sabemos si fue un olivo o una higuera).

- En el núcleo de los estudios sacerdotales, se lleva la palma el episodio de la dama tentadora (aunque unos la consideran soltera, otros casada, o viuda; la mayoría la sitúan en Valencia, pero uno en Barbastro) y la huida de Calasanz. Es también importante el episodio de la enfermedad (la mayoría piensan que enfermó en Peralta, otros que fue mientras estudiaba en la universidad) y el voto y curación de Calasanz. Existe una gran uniformidad al hablar de las ordenaciones de Calasanz: los autores tenían sus certificados en el archivo de San Pantaleo, donde aún están.
- En el núcleo de los servicios sacerdotales en España, encontramos su servicio al obispo de Lérida y la visita a Monserrat, sus actividades como visitador y vicario general de Urgel, y el sorprendente episodio de la muchacha raptada en Barcelona (donde se ve hasta donde puede llegar la exageración de un hecho mucho más simple. Y, por cierto, tras leer todos los relatos uno no acaba de saber con quién se casa por fin la joven, si con el raptor o con el antiguo novio). Es también importante la creación del montepío de grano en Ortoneda. Importante también la llamada para ir a Roma.
- En los primeros años de Calasanz en Roma se da gran importancia a su servicio en la corte del cardenal Colonna (aunque no está claro si se ocupó de un sobrino suyo o de dos), su asociación a diversas cofradías, la visita a las siete iglesias, así como a hospitales y cárceles, y los ayunos y penitencias que hacía.
- En el núcleo del origen de las Escuelas Pías destacan la vista de los niños pobres como un desafío y el comienzo de la obra en Santa Dorotea. Se resalta también el rechazo de las dignidades ofrecidas (cardenalato y obispados). El Papa Clemente VIII es presentado bajo muy buena luz, así como la visita a las escuelas de sus cardenales Antoniano y Baronio.
- En el núcleo de la creación de la Congregación y la Orden destaca el hecho de la erección de 1617, con la protección del Cardenal Giustiniani, que entrega el

hábito: también la erección como Orden por Gregorio XV, con los privilegios concedidos, y aprobación de las Constituciones. Se menciona también a menudo la expansión de la Orden a diversos países.

- En el núcleo sobre las persecuciones y muerte de Calasanz tienen un papel importante Mario y Cherubini. El relato de la enfermedad de Calasanz ocupa muchas páginas en algunas de las Vidas (Berro, Chiara, Maggi, Bianchi, Marchesi). La mayoría de los autores hablan de la gran afluencia de gente a la iglesia de San Pantaleo cuando el cuerpo de Calasanz estaba expuesto.
 - En el núcleo de las virtudes calasancias se habla de las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad), pero las virtudes más ensalzadas son su humildad y su paciencia.
 - Es sorprendente el número de predicciones que se citan en el núcleo dedicado a ellas, relacionadas más bien con un grupo no muy amplio de personas.
 - No decimos nada sobre los milagros: basta con ver la lista de los citados.
- No nos sorprender que sólo los últimos autores hablen de la renuncia a una canonjía en Barbastro (15, 16, 17); las cartas que hablan de ello habrían sido recuperadas por los primeros escolapios que fueron a España, ya a finales del siglo XVII. Lo cual deja en el aire las verdaderas motivaciones para ir a Roma que tuvo Calasanz; los historiadores seguirán discutiendo sobre la cuestión.
- Un poco más sorprendente es que un solo historiador, el P. Orlandi, mencione de pasada el problema de los hermanos reclamantes, que todos los contemporáneos de Calasanz conocían, y que tantas dificultades significó para la Orden. ¿No le dieron importancia, o prefirieron pasarlo por alto, por considerarlo un tanto infamante? Tuvo su importancia, sin embargo; algunos opinan que es la raíz de los males que llevarían a la destitución de Calasanz y a la reducción de la Orden.

